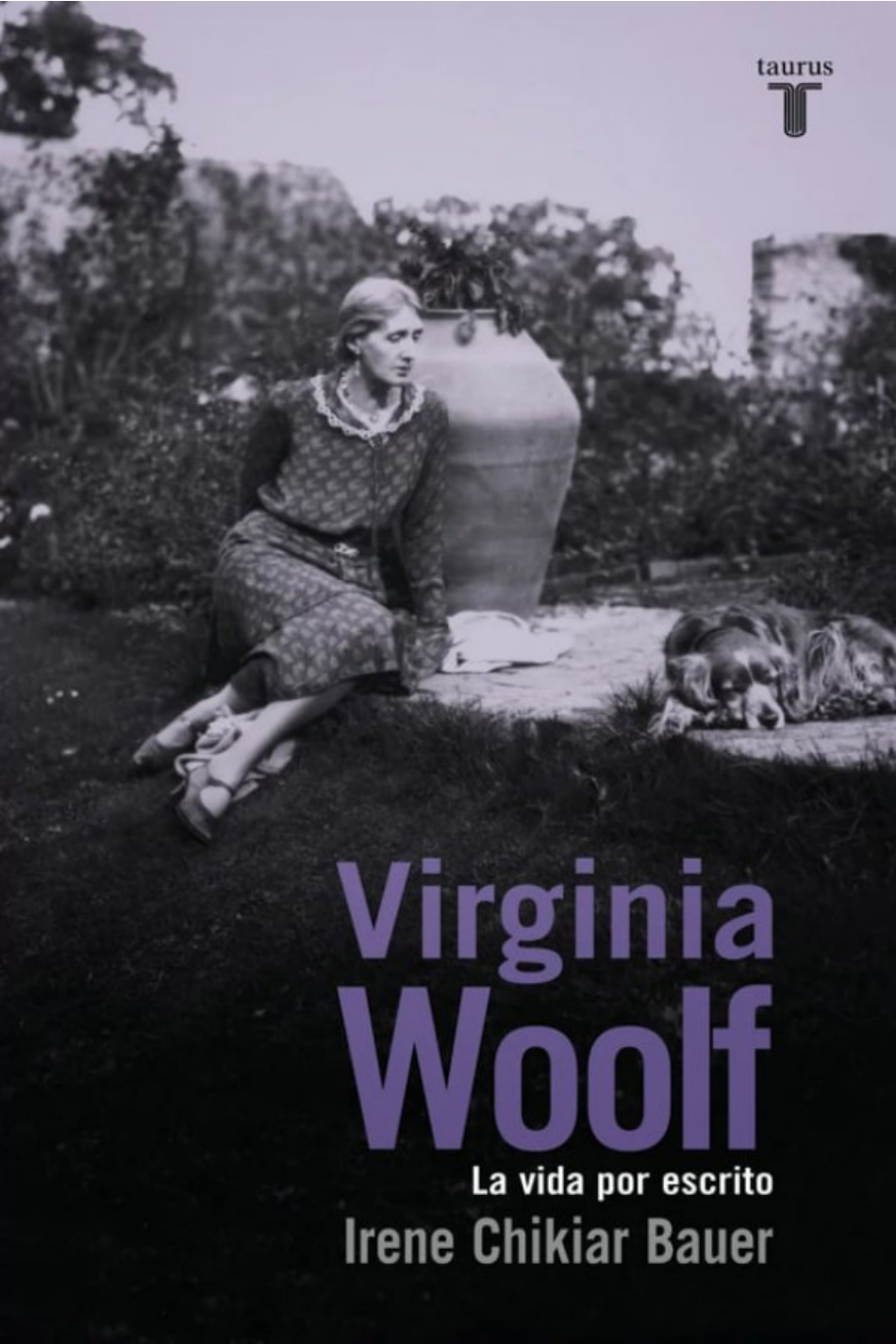




taurus
T

Virginia Woolf

La vida por escrito
Irene Chikiar Bauer

Sinopsis

Cuando Virginia Woolf paseaba por la calle con aire distraído, la gente decía: 'Mírala'. Leonard Woolf da cuenta de la doble faz de una persona a la vez ridícula y bella. Absolutamente fascinante. Quizá el propósito de Irene Chikiar Bauer al escribir esta biografía monumental sobre una de las más grandes escritoras del siglo XX consista en entender, a través del análisis del ingente acervo de documentos de Virginia Woolf y de parte de los integrantes del grupo de Bloomsbury, la complejidad de una mujer peculiar por sí misma que es simultáneamente un fruto reconocible de su época. El resultado es el mismo que se produce cuando en una novela se acumulan los detalles para construir un personaje: la asequibilidad de lo esquemático cede ante la bruma; el carácter revelador y subjetivo del impresionismo -el ojo que selecciona según comprende o comprende a medida que selecciona- deja paso a la minuciosidad de ese hiperrealismo que, en su recreación de cada arista, pelo, sombra, produce opacidad y se acerca a la abstracción. Chikiar Bauer consigue sustraer a la gran figura de Bloomsbury -con perdón de Keynes- de la espectacularización del icono que ha llegado a hacer de su imagen una mariquitina o un punto de lectura. Al acabar este libro no sabemos si conocemos más o menos a Virginia Woolf y nos formulamos las preguntas de a quién va dirigida esta biografía y, sobre todo, de cómo la debemos leer: con el impulso fascinante de la novela río, con demorada lente académica o picoteando a la búsqueda de informaciones específicas de cualquier índole -puro cotilleo, apunte filológico, dato histórico-.

La biógrafa revisa los diarios y la correspondencia de una autora que llegó a escribir siete cartas diarias: tal exceso nos suscita la duda de si Virginia Woolf escribió tanto por su deseo de encontrarse con el otro o por esa modalidad del onanismo que, a través del ejercicio mental de la

escritura, persigue el autorreconocimiento. A diferencia de autores que han buscado ocultarse y escatimar detalles de su intimidad - fantasmagorizarse en vida-, nos sorprende el lado social y comunicativo de una Virginia Woolf que suele sernos presentada en sus facetas más introspectivas y delirantes. El celo de la biógrafa es casi tan grande como el de Virginia Woolf e incluso visibiliza las peculiaridades de la defecación de la escritora. Chikiar Bauer nos descubre el lado xenófobo, esnob y clasista de una mujer que tenía prejuicios contra los judíos, pero se casó con uno. Acaso la conciencia de posteridad de Virginia Woolf puede ser otra de las razones para entender qué la condujo a producir esa mastodóntica cantidad de textos autobiográficos. No obstante, lo trascendente es la metodología de Chikiar Bauer que los utiliza como las miguitas de Pulgarcito: por una parte, da la impresión de que la biógrafa no hubiese escrito ni una sola línea sin haber consultado una prueba documental y conoce detalles tan asombrosos como el de que el fuego estaba encendido cuando Julia, madre de la autora, aceptó casarse con Leslie. Por otra parte, ante estas pinceladas de ambientación, los lectores más ortodoxos académicamente pueden llegar a inquietarse cuando las expectativas que desencadena Virginia Woolf. La vida por escrito derivan hacia lo libresco.

El contorno de Virginia Woolf y el fondo del cuadro se presentan como indisolubles y dan sentido a la palabra queer. La escritora londinense era completamente queer y su extrañeza se vincula con su sexualidad, que camina entre lo frío y lo ambiguo, entre las experiencias traumáticas de abuso sufridas en la infancia y una virginidad que se prolonga hasta casi los 30 años, y que ella quiere superar fundamentalmente porque piensa que no conocer esa parte de la vida puede ser un lastre para su escritura. La extrañeza de Virginia conecta con su deseo truncado de ser madre; con la dependencia y la competición permanente con su hermana Vanessa -carnalidad, maternidad, calidez-; con esos episodios patológicos en los que oía hablar en griego a los pájaros; con su vocación espeleológica, su autoexigencia y su afán de experimentación. Precisamente uno de los aspectos más sobresalientes de este volumen es la inteligencia con que Chikiar Bauer va enlazando la biografía de Virginia con su concepción del lenguaje y la literatura, con sus novelas y ensayos. Se observa el proceso de evolución de una escritora y una mujer vital. La extrañeza de Virginia Woolf se relaciona también con el imperativo de ser una mujer, pero escribir como un hombre: Un cuarto propio, Orlando, la consigna de huir del imaginario victoriano del ángel del hogar, la

reivindicación de que lo privado es político o de que las muchachas deberían beber vino, la conveniencia de alejarse de la cocina para que la escritura no se convierta en un vómito sensiblero de emociones... Chikiar Bauer, partiendo de los estudios de Leah Leone, se aproxima al peliagudo asunto de cuál hubiese sido la repercusión de Virginia Woolf en los autores del Boom si en las traducciones que Borges hizo de sus obras no hubiese alterado las cuestiones de género y neutralizado hasta cierto punto su efecto transgresor.

El fondo del cuadro se completa con una galería de personajes de una entidad indiscutible: Henry James, Leonard Woolf, Vanessa Bell, Katherine Mansfield, Roger Fry, T. S. Eliot, James Joyce, Vita Sackville-West, Ethel Smyth, Lytton Strachey, Dora Carrington... Al fondo de la imagen, pero tal vez mucho más dentro de sí misma de lo que la propia escritora hubiera deseado, aparece la guerra, el nazismo, el racionamiento, la falta de combustible, la percepción de que no hay futuro, las dificultades para escribir, el miedo a la locura, la renuncia a los placeres de la vida -caminar, conversar-, la impresión horrible de que el esposo y la hermana se alejan... Entonces aparece el río turbulento, una pesada piedra y una necrológica donde el suicidio de Virginia Woolf casi se interpreta como una imperdonable falta de patriotismo. Irene Chikiar Bauer lo cuenta bien.

Marta Sanz 'Babelia' 6 de abril de 2015.

©2015, Chikiar Bauer, Irene

©2015, Taurus

ISBN: 9788430617135

Generado con: QualityEbook v0.84

Irene Chikiar Bauer

Virginia Woolf. La vida por escrito

Índice

DEDICATORIA

Epígrafe

NOTA DEL EDITOR

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN. EL DESAFÍO DE UNA ESCRITORA
o Virginia Woolf en la mira

PRIMERA PARTE. UN MUNDO REGLADO: INFANCIA Y ADOLESCENCIA

ÁRBOL GENEALÓGICO

capítulo I. Genealogías

La familia materna

La familia Stephen

Los padres de Virginia: Leslie y Julia

CAPÍTULO II. EL PAÍS DE LA INFANCIA

La casa familiar y el cuarto de los niños

Hyde Park Gate News o el primer ensayo de escritura

La casa de la playa

Los jardines de Kensington

CAPÍTULO III. EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Momentos perturbadores

Difícil convivencia

Madre torrente

CAPÍTULO IV. EL DUELO VICTORIANO

Últimas visiones

Los otros y nosotros. Primera crisis

Una boda, un funeral

CAPÍTULO V. LOS SIETE AÑOS DE INFELICIDAD

Una nueva víctima

El arte de servir el té

Autoridad y abuso

CAPÍTULO VI. Fin de una ERA

La sociedad: una máquina despiadada

Amistad y refugio

Una extraña pausa

Segunda parte. Al correr de LOS AÑOS

capítulo VII. 1904

El viaje traumático de una *englishwoman*

Una gran crisis

La tía Nun y el camino de la escritura

Los inicios en el periodismo

“¿Estás convencida de que puedo escribir?”

CAPÍTULO VIII. 1905

Casa nueva, vida nueva

Pequeñas bromas y grandes rebeliones

Los amigos de Thoby

Viajes, paisajes y prejuicios

Entre el Morley College y Cambridge

Escribir, pintar, ¿casarse?

CAPÍTULO IX. 1906

Reflexiones acerca de la cuestión amorosa

Virginia y Vanessa, Phyllis y Rosamond

Un dramático fin de viaje

Una boda inesperada

CAPÍTULO X. 1907

El casamiento de Nessa

Pretendientes para Virginia

La transformación de Vanessa

Informes de una educadora

CAPÍTULO XI. 1908

Amas de casa bohemias
El impacto de la maternidad
Lo prohibido
Hermanas apasionadas
Un viaje para tres
Abriendo el juego

CAPÍTULO XII. 1909

Comunión de intelectos
El juego de la libertad
Una visión propia
Entre escritoras y anfitrionas
Pasiones wagnerianas

CAPÍTULO XIII. 1910

Cerca de las sufragistas
Nuevas crisis
Nuevos amigos
“Cambió el carácter humano”

CAPÍTULO XIV. 1911

Los neopaganos
Roger Fry y Vanessa: las afinidades electivas
Propuestas matrimoniales
Hermanas peligrosas
Virginia y Leonard

CAPÍTULO XV. 1912

Leonard Woolf, “un Apóstol en la selva”
Enamorado
Para una historia de la correspondencia amorosa
Reacciones, presentaciones y matrimonio
Luna de miel: ¿una alumna aplicada?

CAPÍTULO XVI. 1913

Fracaso sexual, éxito intelectual
Distintos frentes de batalla
Demasiada mala suerte
La amenaza del suicidio

CAPÍTULO XVII. 1914

Un matrimonio en construcción
La primera novela de Leonard
La primera novela de Virginia

CAPÍTULO XVIII. 1915

De la calma a la tempestad
Los recursos de la época
Nuevas tendencias y una visión actualizada
Fin de las pesadillas: comienzo del viaje de una escritora

CAPÍTULO XIX. 1916

La guerra continúa
Guerra y literatura
La odisea de los objetores de conciencia
Vanessa, una inspiración noche y día
Cuestiones domésticas, cuestiones políticas
Los últimos utópicos vs. la nueva generación

CAPÍTULO XX. 1917

Nuevos intereses: la Hogarth Press
Katherine Mansfield
Diario de una escritora
Una escritora al acecho

CAPÍTULO XXI. 1918

Sueños revolucionarios
El hipnotismo de Bloomsbury
El tiempo pasa: desafíos de la madurez
Entre Joyce y Mansfield
Espionaje familiar
Fin de la guerra

capítulo xxii. 1919

Hacia un balance personal y literario

Teoría y práctica para una escritura moderna

Una escritura que perdure

Kew Gardens y Monk' s House

Entre artistas y reformadores sociales

El impacto de las críticas

Noche y día

CAPÍTULO XXIII. 1920

Desafíos para una nueva novela

Memoir Club

La mente de los otros

Temas pendientes

CAPÍTULO XXIV. 1921

Forma, ritmo y estilo

Celos literarios: Leonard, Lytton y Virginia

Rencillas literarias

“Dos meses enteros borrados”

Vida cotidiana y literatura

El cuarto de Jacob

Al cuidado de la casa

CAPÍTULO XXV. 1922

Los cuarenta: celos y enfermedades

Una galería de mujeres

Carrington, Ralph Partridge y la Hogarth Press

Eliot

Las dificultades de practicar la ecuanimidad: entre Joyce y Proust

Prosperidad

CAPÍTULO XXVI. 1923

“La única escritura de la que he estado celosa”

Muchachas como manzanas

Nuevos experimentos y la prisión suburbana

Freshwater o la necesidad de divertirse

Balance y proyectos

Una noche de angustia, alucinaciones y otras narraciones interesantes

capítulo xxvii. 1924

“Un enredo de exquisitas sensibilidades”

Tavistock Square, la irrupción de Vita

Londres, una invitación a la elegancia

Knole y Vita, otras seducciones

“La inveterada ilusión de sentirme joven”

Intimidación: Vita en Monk’s House

Fantasmas: Katherine y “The Old Man”

CAPÍTULO XXVIII. 1925

Lectores comunes

Confesiones a un amigo epistolar

La señora Dalloway

El núcleo de la vida

“On being ill”

Vita va por más

“Me gusta ella”

CAPÍTULO XXIX. 1926

Duelo epistolar: escribir emociones

“El estilo es un tema muy sencillo: es todo ritmo”

¿Se puede vivir sin escribir?

Escritores de segunda y vida familiar

Reclamos obreros

El regreso de Vita

Thomas Hardy, un gran victoriano

Un romántico fin de semana: entre Leonard y Vita

Los hijos de Nessa, los alumbramientos de Virginia

“Todo marcha muy a prisa”

CAPÍTULO XXX. 1927

Entre dos mujeres: nace *Orlando*

La crisis de Vanessa

Fama
Retratos
La incómoda “excitación del amor”
Orlando, o por qué escribir una biografía
Editora y crítica

CAPÍTULO XXXI. 1928

“Me gusta ser un asno atado a la piedra del molino”
“Mi tierra está regada de nuevo”
La escritura contra el poder destructor del pasado
Un viaje con Vita y el *turning point* de una escritora
Orlando
Hipnotizada como unniño por una esfera plateada

CAPÍTULO XXXII. 1929

La enfermedad y la mente de otra persona
Vanidades y afectos
Comercios humanos
Un cuarto propio
“Embarcada en una aventura”

CAPÍTULO XXXIII. 1930

“Algo sucede en mi mente”
Ethel Smyth
“Una vieja mujer de setenta y uno se ha enamorado de mí”
“Este roce con la muerte fue instructivo y curioso”
“¡Cómo puedes *tú* estar celosa!”

CAPÍTULO XXXIV. 1931

“Si no fuese tan desdichada, no podría estar feliz”
Una posible justificación del suicidio
“La línea divisoria entre amistad y perversión”
La crisis llega a Inglaterra
Las olas

CAPÍTULO XXXV. 1932

Lytton, Carrington y la mirada de los otros

Fantasma juvenil
Los Lobos y su criatura: eclosiones
Un desmayo “entre las rosas”
Los Pargiters o el triunfo de la escritura

CAPÍTULO XXXVI. 1933

“Apenas sé cuál soy, o dónde estoy”
“Nada forma un todo a menos que esté escribiendo”

Flush

Frente al egotismo, la filosofía del anonimato
“Esto es la muerte: la pérdida del contacto humano”

capítulo xxxvii. 1934

Conflictos domésticos
El misterio irlandés
El encanto de Shakespeare
Mandriles lamiendo un papel dulce
Exóticas apariciones

CAPÍTULO XXXVIII. 1935

Freshwater y otros proyectos
La lucha antifascista en la vida cotidiana
Entre la Alemania nazi y “la joya del mundo”
La muerte, la soledad y la política
La maldita política y las misteriosas extranjeras

CAPÍTULO XXXIX. 1936

Días sumergidos
“Todo se estiliza cuando escribo”
Última vez en Cornwall
Ethel vs. Bloomsbury
¿Soy una esnob?”
La amante del rey

CAPÍTULO XL. 1937

Analizar las propias intensidades
Los años y el precio de la fama

La decisión de Julian

“Mi escritura es una especie de médium”

El grito de Nessa

Los medios materiales para la felicidad, pero no la felicidad

CAPÍTULO XLI. 1938

Mantener el paso

Tres guineas: “el parto más apacible que haya tenido”

Outsider

“Inglaterra está prácticamente sin descubrir...”

Huir hacia adelante

Paz sin honor

CAPÍTULO XLII. 1939

De este lado de la tumba, conversaciones con Freud

“¿Es todo polvo y cenizas?”

Victoria y Virginia

Adiós, señora Woolf

El gradual advenimiento de la muerte

El momento tan temido o CAPÍTULO XLIII. 1940

La última fiesta

Roger Fry

La torre inclinada

Profecías autocumplidas

Diario de guerra

Réquiem para la ciudad de Londres

Qué hacer mientras no se produce la invasión

CAPÍTULO XLIV. 1941

“Mira por última vez todas las cosas hermosas”

Entre actos

Hablaron

“He perdido el arte”

El día después

EPÍLOGO

El refugio de Leonard

Vanessa: entre el desconsuelo y las nuevas alegrías

Abreviaturas

Notas

Bibliografía

ÁLBUM DE FOTOS

Sobre la autora Créditos

Dedicatoria

A HORACIO

A Miranda

En memoria de mis padres y abuelos

La verdad es que no se puede escribir directamente acerca del alma.
Al mirarla se desvanece.

VIRGINIA WOOLF, *Diarios*.

Nota del maquetador

CON este libro he roto uno de mis dogmas que es el de no “piratear” libros con menos de dos años de antigüedad. Considero que pasado ese tiempo el daño económico es mínimo ya que los libros, lamentablemente, pierden su interés al perder el estímulo de la novedad. Además yo no subo los libros que transformo a *epub* a ninguna página especializada. Lo hago por puro placer, si así se puede llamar a este trabajo dificultoso, y para poder cedérselo a algún amigo interesado en el tema. Siempre es mejor regalarle un *epub* que prestarle el libro original, uno de los mejores métodos inventados para deshacerte de ejemplares y tener un hueco libre en la biblioteca.

Si Vd. no es amigo, he de suponer que le habrá “robado” de mi pc mediante *eMule*. Eso dice mucho de Vd. ya que se le presupone un interés en el tema, ya que ha llegado a él mediante una búsqueda selectiva. Lo cual le convierte automáticamente en “amigo”.

Aunque el daño material esté minimizado, debo pedir (y pido) perdón a Irene Chikiar por mi acción.

Durante el fatigoso trabajo de la transformación del formato, me metí en la piel de la autora. Si duro era mi trabajo cuánto debió el suyo. Creo que el precio del libro en papel no compensa tamaño esfuerzo. Con esto quiero rendir mi profundo respeto por ella.

Otra norma rota, y esta vez meditada y consciente, ha sido la de no alterar lo más mínimo de la obra. Pero ya se sabe: *Traduttore, traditore*.

Me encontré al intentar anidar las notas de esta obra que contenía 4501 notas. Al llegar cerca de las 1.000 decidí hacer una prueba: el *epub* quedaba “feo”. Decidí mantener 571 *realmente* aclaratorias y explicativas y suprimir las 3.930 notas puramente bibliográficas. Estas, informan de las fuentes en la que consultó uno u otro dato. Son de esta forma: HEUB, pp. 269-276.; D, 28 jul 1940, V, p. 307; VW a JR, 8 mar 1924, L, III, p. 92.

Ese tipo de notas están muy bien para expertos, u obcecados mastines que persiguen el posible error de la biógrafa. **¡Que se compren el libro!**, pero en un *epub*, produciría un efecto demoledor, ya que el lector se cansaría al poco tiempo de consultar la notas al encontrarse con esa jerga bibliófila y monótona y terminaría por abandonar su consulta y perderse las verdaderamente interesantes y aclaratorias.

Creo que al final he acertado con esta decisión.

También he suprimido la galería fotográfica. La calidad bajaba mucho. Es mucho más práctico consultar Google.

Además, he sustituido la reseña oficial por la escrita en el País (Babelia) por la magnífica escritora Marta Sanz. Parece que mi sino es “traicionar” a los que más admiro.

Me queda por decirles que, si lo leen, disfrutarán casi tanto como yo.
Oleolé.

Nota del editor

ESTA biografía de Virginia Woolf es un gran relato basado en un enorme trabajo de investigación. Lo presentamos dividido en dos partes. La primera, encabezada por un árbol genealógico, se remonta a los orígenes de las familias paterna y materna de la escritora, y da cuenta de su nacimiento, infancia y primera juventud. En la segunda, se narra año a año el transcurrir de su vida y la elaboración de su obra, partiendo del punto de inflexión donde la joven victoriana da paso a la compleja artista que fue V.W.

El texto lleva dos tipos de notas. Señaladas con asteriscos aparecen, al pie, aquellas que son aclaratorias de diversos pasajes. Numeradas [\[1\]](#), al final, figuran las notas bibliográficas. Las abreviaturas utilizadas en unas y otras corresponden a los títulos de las obras citadas de Virginia Woolf, a los autores de los libros citados o a los nombres de los remitentes y destinatarios de las cartas. Estas últimas se aclaran en la página 857; las que corresponden a títulos de obras y autores, entre las páginas 895 y 899, acompañando la bibliografía.

Las traducciones de las citas de textos de Virginia Woolf y de otros autores no traducidos hasta el momento al español fueron realizadas especialmente para esta edición por Luz Freire, Marina von der Pahlen y la autora.

La edición se completa con un índice onomástico y un conjunto de fotografías.

Agradecimientos

ESCRIBIR esta biografía llevó cerca de siete años. Fueron muchas las personas que me acompañaron durante todo este tiempo y que merecen mi reconocimiento.

Agradezco a Mónica Plöese la lectura de mis primeros manuscritos y sus excelentes sugerencias y comentarios. A Julia Saltzmann, mi editora, la invaluable confianza y el apoyo para la publicación de un material tan extenso y de autora novel. Gracias especiales a Sylvia Iparraguirre, por el estímulo. Mi reconocimiento a Gabriela Franco, coordinadora de esta edición, a Patricia Somoza, por su afinada lectura y sugerencias de edición, y a Silvia Santillán, por sus minuciosas observaciones. A María Minellono, por sus consejos, orientación y apoyo en el camino de la investigación académica. No puedo dejar de mencionar a Paula Maffia por su acompañamiento en los inicios del proyecto, así como a Rosario Castelli. He recibido una ayuda de incalculable valor de parte de Luz Freire, quien me alentó constantemente y corrigió las traducciones iniciales; fue un duro golpe perderla. El auxilio oportuno llegó de la mano de Marina von der Pahlen, quien también me brindó su amistad y ánimos para concluir la tarea. Mi agradecimiento a Dale Stinchcomb, de Harvard Theatre Collection, Harvard University, y a Karen Kukil, de Mortimer Rare Book Collection, Smith College, por su colaboración en la búsqueda de las imágenes publicadas. Silvana Adorno, Norma Basile, Juancho y Male Hollmann, Daniel Berenguer, Marta Roscardi, Ana Hollmann, Evelyne Bissone Jeufroy, Horacio Varela Roca, María Celia Gayoso, Lara Maksimovic de Bauer, Silvia Battistutti, Estela Ferrato, María Laura Garrido, Perla Gonilsky, Lía Selum, Elba Iriarte, Mónica Veli, Mateo Chimenti, Daniel Berenguer, Lara Pedrosa y Belmira Raimabault estuvieron, de una manera u otra, cerca de este libro.

Agradezco a mi familia, la cercana y la extendida. Y el apoyo

constante de Horacio, mi marido, y de mi hija Miranda, que aprendió a leer cuando yo iniciaba esta biografía y pasó de preguntarme quién era la mujer que aparecía en las tapas de tantos libros que veía por la casa a manifestar, ya más crecida, su deseo de leer a Virginia Woolf, para saber por qué me interesaba tanto.

Introducción El desafío de una escritora

ME llamo Virginia Woolf. Atrápame si puedes: más que una evocación de uno de sus textos, [\[2\]](#) puede considerarse un desafío lanzado a tantos lectores y admiradores de la escritora inglesa, quienes sienten que no pueden permanecer indiferentes ante el misterio de una vida y una obra que los interpela. Lo más curioso es que el convite proviene de alguien que defendió la filosofía del anonimato y nunca quiso dejar de ser una outsider; que rechazó la publicidad de su persona con la clara decisión de dejar que fuesen sus libros los que hablasen por ella. ¿Por qué, entonces, sentimos que nos desafía? ¿Qué nos lleva a desear conocerla, e incluso a creer, a veces, que lo estamos logrando?

Virginia Woolf es y ha sido una escritora célebre; precursora del modernismo y personaje de culto, fue una autora prolífica y una personalidad enigmática que siempre tuvo admiradores y detractores. Y si como autora su obra sigue convocando a los especialistas y cautivando a los lectores, también ha sido considerada precursora por las feministas, sujeto de interés para los estudios *queer* e incluso, en lo que atañe a su salud mental y a la decisión de acabar con su vida, materia de análisis para psicólogos y médicos. Haber confesado que sufrió el acoso en su infancia y adolescencia disparó especulaciones de parte de quienes llegaron a afirmar que fue “una niña abusada, una sobreviviente del incesto”. [\[3\]](#) Tal vez por eso muchas de las biografías y estudios que la tienen como protagonista eligen como eje alguno de esos aspectos. Abuso, sexualidad, locura, suicidio no son cuestiones para pasar por alto, y los biógrafos han tomado posiciones: ¿fue Virginia Woolf víctima de abusos sexuales?; ¿sufrió trastornos mentales?; ¿cuál sería el diagnóstico actual de sus problemas psíquicos?; ¿qué la llevó al suicidio?; ¿en qué consistió su feminismo?; ¿fue una heterosexual que experimentó relaciones lésbicas o una lesbiana camuflada tras un matrimonio convencional? Los intentos de etiquetarla o clasificarla han

fracasado: decididas a profundizar, las feministas ponen sus reparos, considerando que, al fin y al cabo, no propuso cambios radicales; los especialistas en teoría gay y lésbica reconocen en ella una sexualidad poco transgresora, y los profesionales de la salud deben aceptar que, al estudiar sus trastornos nerviosos, no es fácil dar con un diagnóstico preciso y terminante.

Difícil de encuadrar, su compleja personalidad es probablemente uno de los principales atractivos de Virginia Woolf. Durante su vida superó los obstáculos que se le presentaron con la inquebrantable decisión de ser leal a sí misma y con el convencimiento de que la literatura era esencial, ya que veía en ella la posibilidad de arrancarle sus secretos a la vida. Haberlo logrado la convirtió en una de esas personas singulares a las que llamamos artistas. Pero su excepcionalidad no impidió que se interesase por las personas comunes; incluso, se puede afirmar que para ella la materia de la narrativa es lo que le sucede a “una mente normal en un día normal”, punto en el cual el lector se halla comprendido e identificado. Es entonces cuando se produce la peculiar comunicación entre él y la escritora llamada a expresar la vida tal cual es: “Una aureola luminosa, una envoltura semitransparente que está a nuestro alrededor desde el principio de la conciencia hasta el fin”.

La aguda percepción que tuvo Virginia acerca de que albergamos un secreto pudo haberse originado durante su infancia, probablemente en la imagen enigmática de sus padres. Ambos eran viudos al momento de casarse, y en el imaginario de sus hijos esta situación entrañaba un misterio. En el caso de Julia Stephen, su madre, la vida anterior evocaba un reino mítico y perdido. Dada la importancia con la que llegó a revestir esos acontecimientos pasados, podría decirse que la historia de Virginia Woolf comenzó mucho antes de su nacimiento, antes, incluso, del de sus hermanos mayores, y antes de que sus padres se conocieran. Pronto descubrió que, como les sucede a todos los seres humanos, estaba inmersa en una trama familiar previa, en un contexto generacional y social que la antecedió. Advertida, nuestra escritora se describió a sí misma formando parte de una constelación:

«Adeline Virginia Stephen, la segunda hija de Leslie y Julia Prinsep Stephen, nacida el 25 de enero de 1882, descendiente de un gran número de antepasados, unos famosos y otros desconocidos; nacida en el seno de una familia numerosa, hija de padres acomodados, aunque no ricos, nacida en un mundo de fines del siglo XIX, muy comunicativo,

culto, epistolar, propenso a las visitas y a la elocuencia; de tal manera que, si quisiera tomarme tal molestia, podría escribir mucho aquí, no solo acerca de mi padre y de mi madre, sino acerca de tíos y tías, primos y amigos.»

Pero la acumulación de datos puede ser perjudicial; Virginia Woolf nota que uno de los “problemas del escritor de memorias” es que deja “fuera a la persona a quien le ocurren las cosas”:

«La razón es que resulta muy difícil describir a un ser humano. Dicen “esto es lo que le pasó”, pero no dicen cómo era la persona a quien le pasó. Y los hechos significan muy poco a menos que sepamos primero a quién le ocurrieron.»

El primer desafío de esta biografía fue, entonces, escribir sobre la vida y la obra de Virginia Woolf para atrapar su peculiar individualidad. La de una mujer que nos legó, además de una extensa obra literaria, varios volúmenes de cartas y diarios personales. Estos materiales iluminan al biógrafo pero le plantean también una empresa ardua pues, al intentar abordarlos, tiene la sensación de sumergirse en un mar de textos en el que corre el peligro de ahogarse. A pesar de disponer de semejante cantidad de información, o por ello, Virginia se nos escapa de entre los dedos como un pez hábil y escurridizo, y mientras huye sigue diciéndonos “atrápame”. La seguimos con la vista y la vemos confundirse con otros peces, comenzamos a entender que de nada nos sirve capturarla, si no hacemos lo mismo con todo el cardumen: la familia, los amigos, las relaciones y el entorno.

De hecho, en las oportunidades en que ella escribió sus recuerdos, lo hizo colocándose entre otros seres, como si parte de su misterio radicara en el vínculo, muchas veces apasionado, que sostuvo con otras personas. Que esos escritos se remitan casi exclusivamente a su infancia y juventud es por demás significativo; Virginia abandona el trabajo cuando debe abordar su vida adulta. Así pues, sus memorias anclan en los ancestros, retoman los primeros años de su vida y no van más allá de los recuerdos de su juventud, anteriores a su matrimonio. Esa particular necesidad de volver al pasado, como si con ello pudiera dar sentido al presente y proyectar un futuro libre de ataduras, fue determinante en la elección de la estructura de la presente biografía, por lo que en la primera parte, además de detenernos en sus ancestros,

detallamos, a partir principalmente de sus recuerdos autobiográficos, su infancia y adolescencia.

La muerte del padre de Virginia Woolf ofició como suerte de pasaje entre un mundo y otro. La joven victoriana comenzó a posicionarse, junto con sus hermanos y amigos más íntimos, en la modernidad; ese devenir puede rastrearse en los abundantes testimonios de primera mano, en especial en las cartas que conforman el primer volumen de su correspondencia, que abarca de 1888 hasta 1912, y en sus diarios de juventud, escritos entre 1897 y 1909.

A pesar de los seis tomos de cartas en los que sus editores agruparon lo que se conserva de su correspondencia, ya de por sí abrumadora; de sus diarios de juventud y de los cinco tomos de los diarios personales que escribió desde 1915 hasta su muerte, siempre hay algo de elusivo en su personalidad que la misma Virginia Woolf se encargó de subrayar. Identificándose con una “buscadora”, se refirió al deseo de que hubiera “un descubrimiento en la vida [...] Algo que uno pueda coger entre las manos y decir: ‘Esto es...’”: algo que tuviera la capacidad de irrumpir en ocasiones en su conciencia junto con la sensación de la “propia extrañeza” de su ser, andando por el mundo. Aquella extraña que era para sí misma: ¿qué podría decir de su alma?, ¿era posible atraparla, como sucedía a veces con la realidad exterior? Su respuesta es negativa: “La verdad es que no se puede escribir directamente acerca del alma. Al mirarla se desvanece”. Como máximo, Virginia percibe que a través de sus diarios puede observar “cambios, rastrear el desarrollo de los estados de humor”. Curiosamente, en sus ensayos señala que es justamente la biografía la que puede officiar como “registro de las que cosas que cambian más que de las cosas que suceden”. En esa línea de reflexión, esta biografía pretende dar cuenta del transcurso de la vida de Virginia Woolf registrando el particular movimiento de las cosas que cambian y de las escenas que transcurren, renunciando así a fijar o transmitir al lector una hipotética verdadera Virginia Woolf. Así, a partir de 1904, año en que muere su padre y que junto con sus hermanos se muda a Bloomsbury y comienza una vida independiente, los capítulos de este libro siguen año a año su vida, de una manera que, creemos, no ha sido abordada aún.

En este punto, también se hace necesario hacer algunas consideraciones acerca de la pertinencia de una nueva biografía de Virginia Woolf. En principio creemos, con nuestra biografiada, que “hay historias que cada generación debe contar de nuevo”. Esta creencia no es arbitraria, ya que permite una toma de distancia no solo del

protagonista o la protagonista de la biografía, sino también de las pasiones de su entorno. Refiriéndose a las memorias de William Rothenstein, en las que es mencionada junto con su madre, abuela y hermanas, Virginia Woolf le preguntó a su cuñado, Clive Bell: “¿Crees que todas las memorias sean tan mendaces como esta? Me refiero a cada uno de los hechos, todos de un solo lado”. Esta pregunta, que alude a la parcialidad del género memoria, puede proyectarse a la biografía, en especial cuando el que la escribe está demasiado involucrado con su protagonista. Eso sucedió con Quentin Bell, sobrino de Virginia Woolf, autor de su biografía autorizada. Comprometido con la necesidad de transmitir una visión familiarmente consensuada de su tía, la de Bell, magnífica sobre todo por ser material de primera mano, falla al dar una visión “*all on one side*” (de un solo lado). Que ella no haya sido discreta en sus cartas y diarios, y que se haya referido con ironía e incluso con cierta crueldad a sus sobrinos y cuñado, podría explicar en parte la parcialidad de Quentin Bell, quien en numerosas ocasiones tiende a explicar las acciones, pensamientos o reflexiones de su tía, refiriéndose a su “locura”[4]

Con respecto a la pertinencia de escribir una biografía en castellano, hay que decir que a la barrera que supone la lengua para acceder a las muy completas e interesantes biografías académicas en inglés y no traducidas a nuestro idioma, se le suma la desventaja, para un lector no anglohablante, de que estos trabajos dan por sentado saberes que no son tales por parte de los hispanoparlantes, como ciertos movimientos culturales o personalidades destacadas en su país que no han trascendido las fronteras inglesas. Por otra parte, no existe aún en nuestra lengua una biografía que, como la que presentamos, dé cuenta de trabajos relevantes editados en los últimos cuarenta años y que permita al lector, gracias a las citas propias de un trabajo académico, recurrir a las fuentes cuando desee profundizar alguna de las cuestiones o temas planteados. Además, nuestra biografía prioriza el avance cronológico —una perspectiva encarada también por Quentin Bell—, mientras que algunos de los trabajos mencionados tratan la vida por temas, es decir, se refieren a su infancia, al llamado grupo de Bloomsbury, a su matrimonio o a los trastornos psíquicos, y otros toman como eje la obra y tratan en paralelo aspectos de su vida. Si bien la perspectiva cronológica supone un abordaje dificultoso para el investigador, ya que se corre el riesgo de que se pierda la ilación temática, el esfuerzo es recompensado porque lo que se obtiene es una visión no segmentada sino integral de la vida de Virginia Woolf. El

lector está invitado a “ver” su desarrollo como si fuera un espectador o un testigo de las escenas que se suceden en el teatro de la vida.

Cuando emprendí la escritura de esta biografía, no tenía demasiada conciencia de la magnitud del trabajo que depararía. Aunque había leído con fervor sus principales obras, no sabía mucho acerca de la vida de Virginia Woolf hasta que encontré casualmente, en una librería, una edición en castellano de *Vanessa Bell/Virginia Woolf*, el libro de Jane Dunn centrado en la relación de las hermanas, que me resultó muy sugerente y me llevó a leer las biografías de Virginia disponibles en castellano. Se trata de trabajos publicados en su mayoría hace muchos años, en los que si bien encontraba abordajes interesantes y complementarios, no alcanzaban a darme una visión que se ajustara a mis deseos —convertidos en necesidades— de conocerla en profundidad. Fue entonces que me decidí a acceder directamente a sus cartas y diarios personales; todas estas lecturas me estimularon a escribir sobre ellas. Había iniciado un trabajo detectivesco que oficiaría como motor del proyecto, ya que, junto con la obra literaria, los datos que iba acumulando comenzaron a darme una imagen o visión de Virginia Woolf que quise transmitir y que luego complementé con la lectura de la bibliografía que figura al final de este libro. Ya había iniciado la escritura cuando de pronto, en mitad de la tarea, tuve la sensación del nadador que en medio del río se pregunta si siguiendo la corriente se dejará llevar al punto de partida o si, en contra de ella, con más preguntas que respuestas, hará el esfuerzo y se aventurará a la otra orilla. ¿Había sido temeraria al proponerme escribir su biografía? En cierta manera, sí, y las bromas de mi entorno sirvieron de acicate. La pregunta: ¿quién le teme a Virginia Woolf?, era más que nunca: ¿quién le teme al Lobo Feroz?[5] Solo puedo decir que así como al principio me lanzó a la empresa aquel desafío de atraparla, fue la misma Virginia quien me hizo tomar conciencia, a medida que avanzaba en el trabajo, de las dificultades que implica delinear una personalidad: allí estaban sus textos autobiográficos, sus obras de ficción, sus ensayos sobre narrativa, y también todas las referencias al género biográfico.[6]

Lectora ferviente de autobiografías[7] biografías y memorias, Virginia Woolf consideraba que “la fascinación que entraña la lectura de biografías es irresistible”, pero también denostaba el afán esquemático de algunos trabajos, que disponen a los habitantes del pasado como si se tratara de figuritas, “en toda suerte de dibujos, de los cuales ellos nada supieron en su día, pues creyeron que estaban vivos y que podían ir adonde quisieran y como les viniera en gana. Una vez que uno se

encuentra en una biografía, todo cambia”. A su entender, lo que se les escapa a esas biografías no son los hechos, la verdad, lo fidedigno (“algo dotado de la solidez del granito”), sino la personalidad (“que posee lo intangible del arco iris”). Al señalar que el arte del biógrafo debía poseer “la sutileza y la osadía necesarias para presentar esa extraña amalgama de sueño y realidad, ese perpetuo maridaje del granito con el arco iris”, también indicaba las posibilidades del género. Así, Virginia Woolf invitó a sus lectores a estar atentos: “Vamos a buscar, quizá no tanto en lo escrito sino entre líneas”. Ella misma, cuando escribió la biografía de su amigo Roger Fry, experimentó la necesidad de eludir ciertas cuestiones relacionadas con su sexualidad; y escribir sus memorias la llevó a nuevas reflexiones: “He estado pensando en los censores, en cómo nos amonestan los visionarios”. Pero además de los censores internos, que impedían que ni siquiera en sus diarios tratara ciertos temas privados o íntimos, al final de su vida reconocía lo que podríamos denominar otra dificultad que enfrenta el biógrafo: “La falsa V. W. que llevo como una máscara por el mundo”. La conciencia de la censura, propia y ajena, lo mismo que la idea de que hay una personalidad social y otra íntima y reservada, no alcanzaban, sin embargo, a opacar su curiosidad cuando se trataba de leer biografías, y de alguna manera confiaba en el biógrafo que “ha de seguir por delante del resto de nosotros, como el canario del minero, sondeando el ambiente, detectando falsedades, irrealidades, la presencia de convenciones obsoletas”.

También a través de su personaje de Mrs. Dalloway, Virginia Woolf me dio a entender que mi tarea sería tan fascinante y tan imposible como conocerse cabalmente a uno mismo. Si bien hacemos el intento hasta el fin de nuestros días, lo más probable y lo más honesto es que digamos, como ella, que no nos atrevemos “a afirmar de nadie, ahora, que fuera esto o aquello”, del mismo modo que “no se habría atrevido” a afirmar de ella misma “soy esto, soy aquello”.

Convencida de la imposibilidad de fijar descriptivamente a uno mismo u a otra persona, no es de extrañar que en sus cartas Virginia se preguntara “por qué los sucesos de una vida son tan irracionales que un buen biógrafo se vería forzado a ignorarlos por completo”. [8] Sea como fuere, en la vida, como en la biografía, estamos dispuestos a presentar batalla, a tratar de llegar lo más cerca posible de ese conocimiento que siempre se escapa. Por eso, mi deseo fue hacer propias sus palabras respecto de lo que puede ser “el arte de la biografía”: [9] “en lugar de saber de antemano lo que sucederá”, tenía que estar dispuesta a

encontrarme “a cada paso, como sucede en la vida misma, desorientada y tratando de comprender”. Así fue como el desafío y el deseo se convirtieron en la convicción que me sostuvo hasta el final: era posible escribir una biografía que pudiera ofrecer una visión real de Virginia, pero que al mismo tiempo evitara fijarla y apresarla en el relato.

Virginia Woolf en la mira

Los antecedentes de lo que hoy se considera género biográfico pueden remontarse a ese tiempo antiguo e impreciso en el que los seres humanos comenzaron a comunicarse, a establecer genealogías, a contar sus experiencias y las de los otros hombres y mujeres que los precedieron o fueron sus contemporáneos. En su largo recorrido, las biografías pasaron de ser obras pensadas y construidas con ánimo encomiástico —reflejaban vidas ejemplares, con propósitos morales o políticos, y establecían versiones aceptadas y canonizadas de los biografiados— a ser escritos que brindaran a sus autores la posibilidad de la caricatura, la ironía, la parodia y, por qué no, la venganza. La ilusión de omnipotencia es un peligro para el biógrafo, aunque también se ha señalado que la biografía puede ser entendida como una forma de autobiografía.

Los biógrafos de Virginia Woolf no escaparon a estos dilemas. Tanto aquellos que interpretaron su suicidio en términos de debilidad o cobardía frente a la guerra, como los que lo atribuyeron a la locura, contribuyeron a presentar una imagen segmentada o distorsionada de su personalidad. Durante los veintiocho años que siguieron a su muerte, el más influyente de estos intérpretes fue sin duda Leonard Woolf. Él se encargó de publicar *Entre actos* en julio de 1941, aclarando que el libro estaba casi terminado y que seguramente Virginia solo hubiera realizado “pequeñas correcciones y revisiones”. Pero, como sostuvo John Lehmann, es probable que ella hubiera querido hacer más que eso. Ese tipo de intervenciones y apropiaciones de la figura del escritor, tan características del dominio póstumo que ejercen sus viudos, viudas y demás ejecutores de su obra, perfila supuestas versiones autorizadas que tienden a cristalizar en el imaginario del público. El deber del biógrafo también es advertir que eso sucede; su tarea no deja de ser apasionante, por eso se escriben una y otra vez biografías de las mismas personas; y

uno de los desafíos que enfrenta el escritor de una biografía es tratar de esclarecer ese tipo de construcciones. Desde las que realiza el escritor a través de su vida y de su obra, hasta las que establece su público, sus ejecutores, sus comentaristas y también las que surgen del trabajo de sus otros biógrafos.

El primero en ocuparse del tema fue el mismo Leonard, que asumió mucho más que la tarea rigurosa de ejecutor testamentario, editor y compilador de la obra de su mujer. Durante veintiocho años, él fue el dueño de la obra y la imagen de Virginia Woolf; [10] es decir, ejerció un control casi absoluto y, en ese rol, se ocupó de pedirle a su sobrino Quentin Bell que escribiera su biografía. Cuando esta apareció en 1972, Leonard ya había muerto. Con él desaparecían un poder y un dominio sobre la *verdadera* historia de Virginia Woolf que a Quentin no le fue posible recuperar del todo. A la luz de los estudios posestructuralistas, feministas, de la teoría del discurso y de los estudios culturales, mientras Quentin publicaba la biografía de su tía, se desestabilizaban, entre otras cosas, las nociones de autor [11] y de género. De hecho, en 1973 Hayden White consideraba en *Metahistoria* “los textos historiográficos como un tipo particular de textos literarios, sujetos a arreglos formales y usos retóricos comunes a las obras de ficción”; es decir, especificaba que en los textos, aun en los históricos, hay una clara implicación ideológica del historiador o biógrafo, ya que utilizan los mismos recursos de la narrativa. Como al mismo tiempo que se producían estos discursos, Quentin Bell se arrogaba un propósito “puramente histórico” al pretender brindar “una relación clara y verídica del carácter y desarrollo personal de [su] tema”, ya entonces sus pretensiones podían considerarse cuanto menos discutibles. Si bien por un tiempo gran parte de las reseñas y de las críticas han defendido la autoridad de la biografía de Bell, como si ella revelara la “verdad” (como él mismo aseguró) acerca de Virginia Woolf, inmediatamente después de su publicación surgieron cuestionamientos a su versión oficial y autorizada. Además de preguntarse si como sobrino no tenía un interés consciente o inconsciente en dar a conocer un retrato de Virginia adecuado a los deseos familiares, o incluso producto de sus propias reacciones afectivas [12] numerosos estudios se han ocupado de estudiar las operaciones retóricas a través de las que Bell reproduce un supuesto documento histórico, que, como sabemos en la actualidad, no puede eludir su carácter narrativo. Como señala Brenda Silver, generalmente han sido mujeres quienes discutieron “un retrato basado en el supuesto de que sí, ella era un ‘genio’ precoz (y el abuso de la palabra *genio* tanto

en la biografía como en las críticas la vacía de todo significado) y una compañía muy agradable, pero que también era difícil, delicada, frígida, apolítica y a menudo estaba desconectada de la realidad”. Y agrega:

«“Casi no es necesario decir que las familias suelen clasificar a sus miembros o ponerles etiquetas que pocas veces coinciden con las que otras personas que los conocieron les asignarían”.»

Lejos de la imagen de escritora esteta que prefería estar al margen de las cuestiones políticas, planteada por Quentin Bell,^[13] la supervivencia del debate y los miles de libros y estudios académicos que se siguen publicando dan cuenta de la vigencia de las preocupaciones políticas y literarias de Virginia Woolf. Su zarandeada reputación literaria también estimula a los críticos. Cuando se publicó *Entre actos*, mientras que algunos contemporáneos, como John Lehmann e incluso Leonard, consideraron que era uno de sus mejores trabajos, el acérrimo crítico de Bloomsbury y catedrático de Cambridge, F. R. Leavis, dijo que se trataba de una novela “insustancial y vacía”.

Del estudio de la recepción que hizo la crítica literaria de la obra de Virginia Woolf según las épocas o según la pertenencia académica de esos trabajos, surgen cuestiones por demás interesantes.^[14] Los ecos de su influencia se rastrean tempranamente en Hispanoamérica gracias a las valiosas traducciones y publicaciones gestionadas por la argentina Victoria Ocampo.^[15] Pero más allá del ámbito literario, incluso en esas latitudes, su perfil adquiere, como bien señaló Brenda Silver para la esfera anglosajona, la fuerza del mito. Según sostiene esta autora, en la década del sesenta, en parte debido a la obra de teatro de Edward Albee, *Who's Afraid of Virginia Woolf?* [*¿Quién teme a Virginia Woolf?*] —llevada al cine por Mike Nichols y protagonizada por Elizabeth Taylor y Richard Burton—, aun quienes no la habían leído o ni siquiera sabían que había sido una escritora comenzaron a familiarizarse con el nombre de Virginia Woolf.

Por otra parte, desde la aparición de su retrato en la revista *Times* en 1937, después de que *Los años* se convirtiera en *best seller*, y más aún cuando comenzó a divulgarse su famosa foto de perfil —una de las postales más vendidas de la National Portrait Gallery—, se fue dando un proceso singular que originó una verdadera iconización. Notoriedad literaria y estrellato icónico prosiguieron diversos recorridos, incluso entrecruzamientos. Como los íconos son eminentemente visuales, contar

con la famosa imagen del perfil de Virginia Woolf resultó fundamental, y la foto aludida ha circulado resignificándose cada vez. En los años setenta, mientras la estrella de Leavis, el crítico de Cambridge que tanto hizo por mantener al grupo de Bloomsbury fuera de los claustros universitarios, se iba apagando, en los Estados Unidos emergían los estudios feministas y culturales a la luz del posestructuralismo y el posmodernismo, con una fuerza que las últimas décadas han potenciado. En ese contexto, se publicaba la biografía de Virginia Woolf escrita por su sobrino Quentin Bell. Completando todos estos elementos, el mercado encontraba un buen nicho en las imágenes de escritores y artistas famosos, y tanto sus caras como sus frases célebres se imprimían en todo tipo de objetos, desde lapiceras, tazas y platos hasta bolsos, remeras, pósteres, postales y toda clase de objetos.

En este mundo, hegemonizado por la cultura del espectáculo, un *aura* nueva, no ya la aludida por Benjamin para la obra de arte clásica, sino un aura mediática con gran poder evocador, cristalizó tanto en la fotografía de perfil de Virginia Woolf, como en las fotografías de Marilyn Monroe, John Lennon, Elvis Presley, Albert Einstein, Sigmund Freud o Lady Di. En *Virginia Woolf Icon*, Brenda Silver realiza un extenso análisis de las representaciones visuales de Virginia Woolf que han circulado en la cultura angloamericana “otorgándole una visibilidad, inmediatez, y celebridad, muy rara en los escritores vivos y más extraña aún para los del pasado”.

Además de las esperadas apropiaciones feministas, posfeministas y *queer*, y del singular uso de su poder icónico, oficiado por la cultura del *merchandising*, la obra y la vida de Virginia Woolf han sido objeto de múltiples versiones y apropiaciones cinematográficas y televisivas. [16]

El turismo cultural hace lo propio. Monk's House pertenece hoy al National Trust, y la casa y los jardines son visitados por miles de visitantes cada año. Lo mismo sucede con la casa de Vanessa Bell en Charleston. Además de los cuadros expuestos en la Tate Collection y en otras colecciones y museos, se conservan los murales pintados por Vanessa Bell, Duncan Grant y Quentin Bell en Berwick Church. Lamentablemente, Talland House en St. Ives ha perdido mucho de su encanto, está rodeada de construcciones. Por otra parte, si bien la casa de Asheham ha desaparecido, todavía está en pie Round House en Lewes; lo mismo que Hogarth House, en Richmond. Muchas de las casas en las que vivió Virginia Woolf ostentan la característica placa azul con letras blancas con la que se indican, en Londres, los lugares de residencia de personalidades relevantes. Y si bien Tavistock Square

debió ser demolido, y ahora hay allí un hotel, la de Fitzroy Square y las casas que ocuparon los integrantes de Bloomsbury en Gordon Square lucen las placas características. Mención especial merece el 22 de Hyde Park Gate, ahora dividido en departamentos. Hace un par de años visité el lugar y me entretuve filmando la fachada. De pronto, una mujer se asomó a la ventana, y cuando me preparaba a disculparme, asegurándole que me marcharía, me pidió que la esperara en la puerta. Después de contarme que ocupaba uno de los departamentos en los que se había dividido la casa y que rentaba habitaciones, y de dejarme pasar al hall de entrada, me ofreció unas postales de la casa pintadas por una amiga suya, que por supuesto no pude dejar de comprar.

Párrafo aparte merecen los Jardines de Kensington, Regent's Park, St. James Park, el British Museum, con sus mármoles de Elgin y su sala de lectura, y todos los sitios históricos que Virginia registró en su obra y que forman parte de cualquier recorrido literario por Londres. Entre la gran cantidad de libros sobre Virginia Woolf publicados desde los setenta, las guías de Bloomsbury y del Londres woolfiano son los que mejor facilitan recorridos biográficos y literarios de la ciudad. Confieso haber disfrutado de algunos de ellos, como el paseo de Mrs. Dalloway, desde Westminster, pasando por las cuatro calles en las que se especula que podría haber vivido, y la librería, Hatchards, hasta llegar finalmente a Bond Street. Atentos a la virginiamanía, en el Hotel Russell instalaron un restaurante llamado Virginia Woolf, y también se puede visitar el Ivy, donde Virginia solía comer con sus amigos.

Por otra parte, los lectores de Woolf no pueden visitar Cambridge o el Newnham College sin pensar en *Un cuarto propio*, o Sissinghurst, y no relacionarlo con *Orlando*.

La vigencia y la cercanía de Virginia Woolf tienen que ver con la imposibilidad de permanecer indiferentes ante una escritora que ha difuminado los límites entre lo público, lo político y lo privado; entre ficción, historia y biografía; pero también con el interés por dilucidar al ser humano que se expresa a través de sus diarios y cartas. El tiempo transcurrido desde su muerte, lejos de convertirla en polvo y ceniza, ha construido una imagen cambiante, le ha otorgado una vida nueva; como ella misma intuyó: "Un ser que cambia es un ser que vive". En ese sentido, el misterio del ser, que siempre se nos escapa, tiene que ver, lo advirtió nuestra escritora, con lo social y con la historia:

«Consideremos las enormes fuerzas a que la sociedad somete a cada uno de nosotros, cómo cambia esa sociedad década tras década y

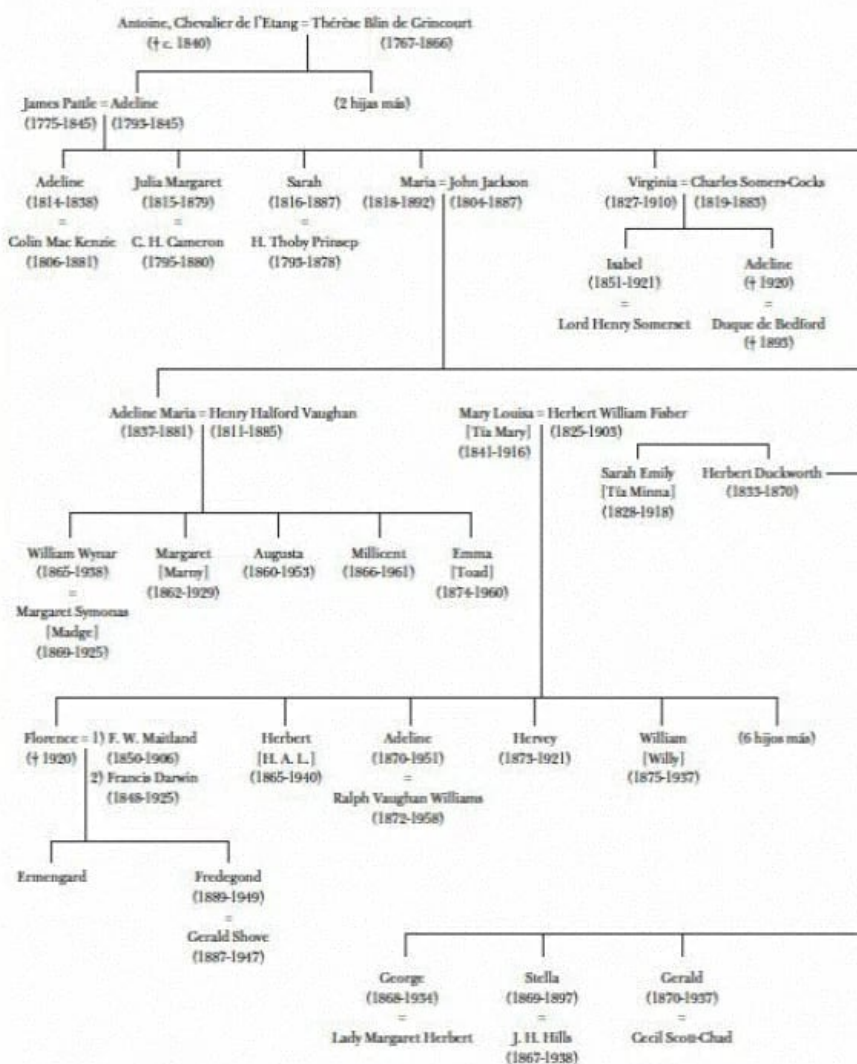
también clase tras clase. Si no podemos analizar esas presencias invisibles, sabemos muy poco acerca de las memorias, y de nuevo la escritura de la vida se vuelve inútil. Me veo como un pez en una corriente; desviado, sostenido, pero no puedo describir la corriente.»

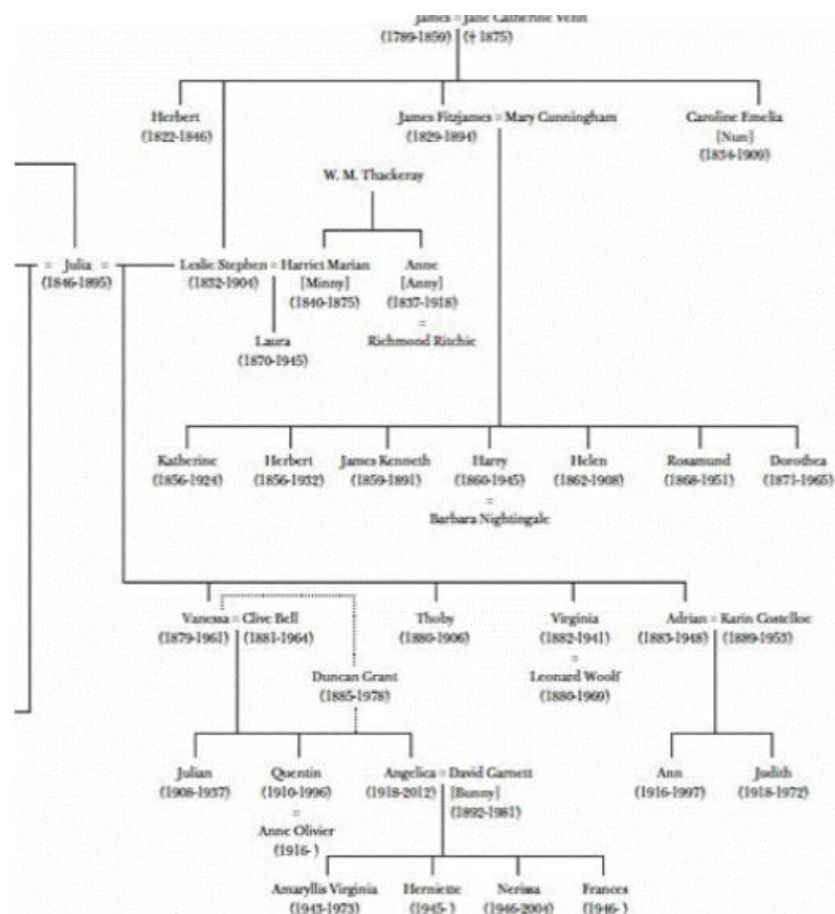
Los lectores del siglo XXI, inmersos en la corriente de nuestro tiempo, podemos buscar respuestas en la vida y en la escritura de una mujer que nos antecedió en más de una centuria, pero que todavía tiene mucho por decir.

Primera parte

***Un MUNDO REGLADO: INFANCIA Y
ADOLESCENCIA***

ÁRBOL GENEALÓGICO





CAPÍTULO I - Genealogías

La familia materna

EL primer recuerdo que evoca Virginia Woolf es la imagen de unas flores rojas y moradas sobre un fondo negro. Se trata del vestido de Julia, su madre. Virginia viaja en tren o en autobús sobre su regazo, y cree que las flores podrían ser anémonas.

Ese recuerdo llama a otro y a otro más, hasta que todos se entretejen para contar su historia familiar. La historia es peculiar ya que los integrantes de la familia de Virginia no escaparon a la tendencia que tenemos, como individuos o grupos, a mistificar personajes o anécdotas y a construir nuestra identidad a partir de esos núcleos significativos. A la hora de contar la propia vida y de establecer una identidad, esos mitos son fundadores. Es importante, entonces, detenerse en el mito genealógico de Virginia Woolf. Por vía materna, su historia familiar se remonta a Pierre Antoine, Chevalier de l'Etang, Garde du Corps de Luis XVI, un caballero de la corte de María Antonieta que dominaba las artes ecuestres y los modos cortesés. Ciertas relaciones peligrosas —algunos decían que lo habían sorprendido *in fraganti* en intimidad con la reina; otros, que con una de sus damas— lo impulsaron al exilio. Esta circunstancia le fue propicia; gracias al destierro, el caballero se salvó de la Revolución y probablemente de perder su cabeza. En Pondicherry se casó con Thérèse Blin de Grincourt, una bella francesa con sangre bengalí; finalmente entró al servicio del Nabab de Oudh, y dirigió con éxito la actividad de sus caballerizas. Al fallecer, Pierre Antoine dejó tres hijas. Una de ellas, Adeline, contrajo matrimonio con James Pattle, nacido en Bengala y miembro del Bengal Civil Service, “conocido como el embustero más grande de la India, bebió hasta morir y fue enviado a

la patria en un tonel de alcohol que, al estallar, arrojó el cadáver no embotellado ante los ojos de su viuda, la volvió loca de terror, prendió fuego al barco y lo dejó varado en el canal de Hooghly”

Cada tanto esta historia y sus diferentes versiones volvían en las conversaciones y escritos de Virginia Woolf, orgullosa como toda su familia del *charm* que le legaron sus antepasados franceses.[17] Haya estallado o no el tonel de alcohol que transportaba a su marido, lo cierto es que Adeline, viuda de James Pattle, partió de la India y alrededor de 1840 regresó a Londres, con siete hijas que sentarían las bases de la estirpe familiar y su legado. Aunque criadas en la colonia, las jóvenes habían perfeccionado su educación viajando a Versailles, donde su abuela Thérèse sobrellevaba su viudez. Las hermanas Pattle se enorgullecían de no ser víctimas de la moda, proclamaban que jamás habían usado vestidos de crinolina y solían conversar entre ellas en hindi.

«Contemplar a una de las hermanas Pattle hubiera sido notable; encontrarse con siete de ellas en el mismo salón de baile era abrumador. No se inquietaban en lo más mínimo por la opinión pública (su propia familia era tan grande, que contaba con todos los elementos de interés y crítica). Tenían reglas no convencionales para la vida, que les sentaban a la perfección y que, además, estimulaban a otras personas. Eran artistas intuitivas que presentían la belleza y convivían con ella.»

Una de las siete hermanas, Virginia Pattle, considerada la más bella, y admirada por el celebrado escritor William Thackeray, se convirtió por matrimonio en condesa de Somers y vivió una aristocrática vida en Eastnor Castle. Se trataba de una mujer excéntrica y con mucho estilo, que supo infligir a sus hijas, primas hermanas de la madre de Virginia Woolf, “tales torturas que, en comparación, el potro y la bota o zapato chino eran insignificancias, a fin de que una de ellas se casara con el duque de Bedford y la otra con lord Henry Somerset”. Este último era un hombre encantador pero irremediabilmente infiel: las relaciones que mantenía con su lacayo segundo colmaron la paciencia de su esposa, quien puso el asunto en manos de su madre. Acto seguido, lady Somers organizó un escándalo público que culminó con el feliz exilio de lord Henry en la India, y con la no tan feliz exclusión social que signó a su hija, lady Somerset. De todas maneras, ambas se mostraron muy estoicas, se alejaron de la vida social y lady Somerset se dedicó con

mucha energía a la recuperación de mujeres alcohólicas.

Sarah, otra de las bellas hermanas Pattle, casada con el administrador angloindio Thoby Prinsep, tuvo gran influencia en la historia de Virginia Woolf. Instalado en las afueras de Londres, el matrimonio convirtió su granja, la Little Holland House (la pequeña Casa Holland) —en lo que hoy es Melbury Road, en Kensington—, en un lugar de encuentro entre aristócratas de cuna y de intelecto. Eran *habitués* de la casa políticos y escritores como Disraeli, Tennyson, sir Henry Taylor y William Thackeray, también pintores de la talla de William Hunt y Edward Burne-Jones. El ambiente que generaban las Pattle irradiaba excentricidad y servía de escape a la rigidez y las formalidades de la sociedad victoriana. Para muchos, la casa era también un enclave donde frecuentar la belleza; así lo notó John Ruskin en una carta de 1859, en la que resaltaba que lady Prinsep y su hermana eran “por cierto, dos de las mujeres más bellas en toda la extensión de la palabra —los mármoles de Elgin[18] con ojos oscuros—, que podemos encontrar en la vida moderna”.

En la Little Holland House, Sarah también albergó al reconocido pintor George Watts, a quien solían llamar *il Signor* y que representaba, para todos ellos, una suerte de prócer. Pero además de bella y hospitalaria, Sarah tenía injerencia en la vida privada de sus huéspedes. El pintor prerrafaelista Burne-Jones la describía como lo más parecido a una madre que él hubiera conocido, y no debió asombrarse cuando ella consideró su deber aprobar a su prometida.

En su obra teatral *Freshwater*[19] Virginia recreó el ambiente que se vivía en Little Holland House y señaló indirectamente el fracaso de los esfuerzos casamenteros de su tía abuela, responsable de urdir el corto y malogrado matrimonio de Watts con la joven actriz Ellen Terry. Mucho más que una casa, la Little Holland House terminó convirtiéndose en una leyenda familiar de importancia, ya que allí transcurrió gran parte de la infancia y juventud de Julia, la madre de Virginia, cuyo porte y exquisita apariencia conquistaban a los pintores y eran motivo de orgullo para sus tíos. Como Mrs. Ramsay, en *Al faro*, Julia “sabía llevar con elegancia la antorcha de la belleza, y se sabía bella; exhibía esa antorcha con orgullo dondequiera que entrara”.

La leyenda de la belleza de las mujeres de la familia materna se convertiría, por varias generaciones, en un tema recurrente, ya que en un sinfín de cartas y testimonios de contemporáneos se alude una y otra vez al atractivo de las Pattle y su descendencia. Menos hermosa que sus hermanas, pero muy notable, fue Julia Margaret Cameron, que adoptó

la fotografía como profesión. Ella descubrió casualmente su vocación cuando cumplió cincuenta años y su hija le regaló una cámara fotográfica para que se entretuviera mientras su marido estaba en Ceilán, supervisando sus plantaciones de café. Las Pattle eran mujeres apasionadas e incluso despóticas, y Julia Cameron[20] sometió a largas sesiones de fotografía a cuantos pudo. Tanto Tennyson como William Gladstone fueron algunas de sus víctimas. La fotógrafa, que alimentó su vocación retratando a sus modelos en determinadas poses y con diferentes vestuarios, se convirtió en una de las primeras y mejores retratistas de la sociedad victoriana. La madre de Virginia Woolf fue su modelo preferida, por lo que la influencia de Julia M. Cameron no debe subestimarse. Virginia admiraba su singular estilo: ella nunca retocaba las fotos —cosa habitual en la época—, ni aunque estuviesen fuera de foco. En la comedia *Freshwater*, cuya protagonista es su tía abuela, Virginia le hace decir: “Llévate mis lentes fotográficas, se las dejo a mis descendientes. Asegúrate de que estén siempre apenas fuera de foco”.

El mandato es claro y parece anticipar una clave de la modernidad literaria que obsesionó a Virginia Woolf. Si damos por cierto que “*where there ’s a will there S a way*” (querer es poder),[21] arribamos a la conclusión de que las tías abuelas le legaron la posibilidad de tener una vida en la que lo doméstico y lo cotidiano adquirieran rango artístico. Aunque Virginia Woolf apenas conoció a Sarah Prinsep, y Julia Margaret Cameron murió años antes de que ella naciera, a lo largo de su vida, conservó el interés y la curiosidad por sus antepasadas y por las historias protagonizadas por mujeres. Tanto por las que “sin ser famosas, parecen reunir las cualidades de una época y representarlas mejor que nadie”, como por aquellas otras personalidades relevantes y excéntricas que supo rescatar en cuentos como “El foco”, en *Freshwater* o en el ensayo con el que en 1926 la Hogarth Press acompañó la publicación de *Victorian Photographs*, donde se reunieron fotos de Cameron. El entusiasmo de estas féminas, y las anécdotas que de ellas derivaban, fueron las fuentes de inspiración más importantes para Virginia.

Sin embargo, ninguna opacaría la centralidad de su madre Julia, que nació en 1846 en la India y fue la tercera hija del médico angloindio John Jackson y de Maria, una de las bellas hermanas Pattle. A fines de la década del cuarenta, Maria y sus hijas viajaron a Inglaterra; pero el doctor Jackson, dedicado con fervor a su profesión —durante veinticinco años no visitó Londres ni una sola vez—, recién se reunió con ellas en 1855. Dado que entre los dos y los nueve años no vio a su

padre, Julia estableció un fuerte lazo filial con su tío Thoby Prinsep. Tanto él como el ambiente generado en Little Holland House influyeron en su educación, y por pertenecer a la estirpe de las Pattle, fue tan admirada y homenajeadas como sus tías. Ese fue su mundo, “un mundo de tarde de verano”, que Virginia ubicaba alrededor de 1860, imaginando mesas de té sobre el césped y grandes tazones de frutillas con crema. Y allí estaba Julia, luciendo su belleza entre aquellos “hombres eminentes [...] autoridades de la India, hombres de Estado, poetas, pintores”.

Muchos años después, cuando en Melbury Street, el lugar donde se levantaba la casa, se irguieron una serie de edificios nuevos y una calle atravesaba lo que fue el jardín de Little Holland House, Julia “dio un pequeño salto hacia adelante, juntó las palmas de las manos y gritó: ‘¡Aquí es donde estaba!’, como si el país de las hadas hubiera desaparecido”.

Sus antepasados, íntimamente ligados al gobierno de la India durante la colonia británica, también ejercieron influencia en Virginia Woolf. Le transmitieron costumbres y tradiciones; le legaron curiosos objetos y memorias a los que cada tanto se refirió en su obra. De todas maneras, esta delectación no impidió que más tarde cuestionara la visión romántica del imperialismo y del papel paternalista de Inglaterra respecto de sus colonias; es así como en la novela *Al faro*, se refiere a la India cuando desea demostrar el quiebre generacional entre Mrs. Ramsay y sus hijas. Tal como podría haberlo hecho la madre de Virginia, Mrs. Ramsay “extendía su protección a todos los miembros del sexo opuesto; por razones que no sabría explicar, por su caballerosidad y valor, porque negociaban tratados, gobernaban la India, controlaban el mundo financiero”. El paralelismo entre la madre de Virginia y Mrs. Ramsay se extiende al que podemos establecer entre Virginia y las hijas de la protagonista de la novela. En las jóvenes “habían brotado dudas inexpressadas acerca de la deferencia, la caballerosidad, el Banco de Inglaterra y el Imperio de la India”. Sin embargo, nada quiebra la unión entre madre e hijas; atraídas por “un componente fundamental de belleza”, las muchachas respetan y se dejan influenciar por su madre y, respondiendo a una suerte de compleja alianza, las mujeres nunca llegan a enfrentarse abiertamente.

El caso de Maria, la abuela de Virginia, da testimonio de una relación o alianza similar; si bien Maria quería mucho a sus tres hijas, tenía un vínculo muy estrecho con Julia, a la que le escribía entre dos y tres veces por día. En su correspondencia tan extensa como la de su

nieta, aunque no de la misma calidad, Maria prefería los temas relacionados con la salud y la enfermedad. Como muchas esposas de médico, diagnosticaba y trataba las enfermedades de sus conocidos y tenía un amplio repertorio de sus propias enfermedades. “Mrs. Jackson —escribió uno de sus descendientes— era buena como el oro, pero no hay un solo pensamiento original, muy poco sentido común y ni la más ínfima destreza en el uso de la lengua en todos los cientos y cientos de cartas”. Julia supo acompañarla y consolarla en sus múltiples dolencias, al punto que el incomparable lazo que unía a la madre y a la hija dejaba al doctor Jackson en segundo plano. Al enviudar, Maria se apoyó en Julia; solía pasar largas temporadas en su casa y fue una presencia importante en la vida de Virginia hasta que falleció, cuando ella tenía diez años.

A pesar de ser la preferida de su madre, Julia siempre se sintió muy unida a sus hermanas Maria y Adeline. La muerte de esta última —poco antes del nacimiento de Virginia— fue un duro golpe para la familia. Con el tiempo, sus hijos Marny, Emma y William se convirtieron en compañeros de juegos de Virginia y sus hermanos.

Mientras tanto Maria, la otra hermana de Julia, se casó con Herbert Fisher, tutor y secretario privado del príncipe de Gales, con quien tuvo once hijos. Esa tía fue una presencia poderosa, pero también rechazada y temida, una suerte de censora vigilante de las buenas costumbres, que Virginia llegó a aborrecer. Tampoco sintió mucho afecto por sus primos, y aunque de mayor solía visitar en Oxford a Herbert, presidente del Board of Education (Consejo de Educación), y a F. W. Maitland que, casado con su prima Florence, escribió la biografía de su padre, Virginia evitó a sus primos Fisher cuanto pudo, incluso a su prima Adeline, casada con el compositor Ralph Vaughan Williams.

Lo cierto es que para Virginia el centro y la figura femenina más misteriosa fue su madre, sobre quien escribió que “fue feliz como pocas personas lo son, pues había pasado, como una princesa en un desfile, desde su juventud de suprema hermosura al matrimonio y a la maternidad, sin despertar”.

Testimonio de la belleza de Julia es el cuadro donde el pintor prerrafaelista Burne-Jones la retrató como a la Virgen María en el momento de la Anunciación. Poco después de rechazar las propuestas matrimoniales del pintor William Hunt y del escultor Thomas Woolner, y mientras visitaba a una hermana en Venecia, Julia conoció a su primer marido Herbert Duckworth. Virginia cuenta que “se enamoró perdidamente de él, y él de ella, y, en consecuencia, se casaron. Esto es

todo lo que sé, y quizá nadie sepa más ahora, del hecho más importante que le ocurrió en su vida”.

En forma sorpresiva, cuatro años después del matrimonio, y tras hacer un leve esfuerzo al intentar alcanzar un higo que pendía de una rama, Herbert Duckworth murió en el lapso de pocas horas, a causa de una septicemia producida por la explosión de un absceso no diagnosticado. Sola, con dos hijos, George y Stella, y otro en camino — Gerald nació seis semanas después de la muerte de su padre—, Julia concluyó que había sido “todo lo infeliz y todo lo feliz que puede llegar a ser un ser humano”. Para Virginia y sus hermanos, la madre, esencial y misteriosa, fue un ser mítico, una princesa de leyenda que se convirtió en el personaje de un drama inexplicable. A partir de su temprana viudez, a los veinticuatro años, Julia se dedicó a atender a su familia; también desarrolló una particular vocación por cuidar enfermos, además de visitar y asistir las necesidades de los pobres. Pero mientras se dedicaba a lo que se ha dado en llamar buenas obras, Julia perdió la fe.

A esta conclusión —señala Virginia — llegó “como resultado de un pensamiento solitario e independiente. Eso demuestra que en ella había algo más que sencillez, entusiasmo, romanticismo, y de ese modo da sentido a sus dos elecciones incongruentes: Herbert y mi padre”. Para Virginia, cabía la posibilidad de que la “propia superabundancia” de Julia hiciera que encontrara satisfacción “encubriendo las deficiencias” de su primer marido. Por boca de su padre, supo que Herbert Duckworth había sido el típico muchacho educado en *public school*,^[22] el perfecto prototipo del *gentleman* inglés. Ejercía la abogacía, pero no se la tomaba demasiado en serio. Además era seductor, y según una tía de Virginia, “¡un rayo de luz...!”; ¡Y cuando sonreía...! En definitiva, era un tipo de hombre muy diferente de Leslie Stephen, el segundo marido de Julia y padre de Virginia. La familia paterna carecía de los rasgos de mundanidad y excentricidad que caracterizaban a la rama materna, y en la estrictamente clasista sociedad inglesa ocupaban otro estrato social.

La faceta artística y excéntrica que les legaban las Pattle fueron las preferidas por Virginia y su hermana Vanessa, que desdeñaron el carácter rústico que provenía de los Stephen; no obstante, Stephen al fin, las dos serían incansables trabajadoras como ellos.

La familia Stephen

Vale detenerse en cada una de las personas con las que, al menos durante su infancia y primera juventud, Virginia estuvo ligada de una u otra manera. Inmersa en una gran red familiar, fue conformando su identidad pugnando también contra características que le desagradaban. Es un hecho que, lejos del misterio y del encanto con el que Virginia revestía la figura de sus ancestros maternos, su visión de Leslie Stephen y de sus parientes paternos adquiría un cariz muy diferente.

En 1924 Virginia le escribió a Jacques Raverat refiriéndose a sí misma y a su hermano Adrian, que atravesaba una crisis matrimonial: “Nosotros, los Stephen, somos difíciles, sobre todo cuando la carrera empieza a definirse hacia el final: semejantes dedos fríos, tan quisquillosos, tan críticos, semejante gusto. Mi locura me ha salvado”.

Los primeros Stephen de los que se tienen noticias aparecen a mediados del siglo XVII. Eran granjeros, mercaderes y contrabandistas. “Uno de ellos, William Stephen, se estableció en las Indias Occidentales y prosperó en el desagradable comercio de comprar esclavos enfermos y luego curarlos apenas lo suficiente para poder venderlos en el mercado”.

De modo que si por la rama materna Virginia tenía antepasados asociados con la nobleza, gracias a los Stephen contaba con parientes piratas. Uno de ellos, James, era un hombre de gran fortaleza: una noche de tormenta, cuando su barco —que transportaba vino de Bordeaux— naufragó en Dorset, salvó su vida y la de cuatro compañeros gracias a su constitución física y a una petaca de coñac. Después de semejante hazaña, los náufragos treparon por un acantilado casi imposible de escalar, y James consiguió que los hospedara el recaudador de aduanas del lugar; finalmente logró recuperar parte del cargamento de su barco y casarse con Sibella, la hija de quince años del recaudador, sin el consentimiento de sus padres. La vida de James continuó por azarosos caminos que incluyeron el fracaso matrimonial y el financiero. Sus deudas lo llevaron a la prisión de King’s Bench, donde asumió la defensa de su propio caso ante los tribunales e inició la actividad literaria que habría de caracterizar, a partir de entonces, a las sucesivas generaciones de los Stephen. Fue perseverante, y cuando salió de la cárcel quiso convertirse en abogado; pero ni su posición social ni la fortuna lo acompañaban y debió conformarse con asociarse con uno de ellos. Conseguía muchos de sus clientes en las tabernas, y no hizo

dinero ni obtuvo prestigio. Finalmente, se hundió en la bebida y murió en 1779. Dejó seis hijos y escaso dinero para pagar las deudas.

Mejor suerte corrió su hijo James II, que nació en 1758. A pesar de tener a su padre en la cárcel y de contar con pocos recursos económicos, pudo ingresar en el Mariscal College de Aberdeen. Avanzaba en sus estudios hasta que un examen de latín le hizo temer que no pasaría de ahí. Intrépido, a los diecisiete años se le ocurrió una idea salvadora y logró que se modificaran las normas del colegio y que se eliminase dicho examen.

De muy joven, James II tuvo un hijo ilegítimo. Estaba de novio con Nancy Stent, pero tuvo un desliz con una joven llamada Maria, de la que estaba enamorado el hermano de Nancy. Después de obtener el perdón de Nancy y de su hermano, James y Nancy se casaron y partieron a las Indias Occidentales.

En cuanto a Maria, se casó con otro hombre, mientras que William, el hijo ilegítimo de James, llegó a ser vicario en Buckinghamshire. Cabe destacar que cuando escribió la historia de sus antepasados, Leslie Stephen evitó referirse a estos hechos —a pesar de conocer a William— y que Virginia descubrió, encantada, el secreto.

De joven, James II había sido admirador de George Washington, pero, inglés al fin, cuando en las Indias Occidentales vio cómo los franceses y los norteamericanos burlaban el bloqueo británico, escribió su famoso panfleto *War in Disguise* (Guerra enmascarada). Si bien esa no había sido su intención, el panfleto fue uno de los factores influyentes que condujeron “al bloqueo continental y, para gran mortificación y asombro de Stephen, a la guerra de 1812” con los Estados Unidos.

Hombre de acción, James Stephen II abrazó una noble causa; había sido testigo del maltrato a los esclavos negros en Barbados, y a partir de entonces formó parte de grupos antiesclavistas. Tomó contacto con William Wilberforce,^[23] y su compromiso llegó a tal punto que renunció al Parlamento cuando se hizo evidente que el gobierno inglés no pensaba abolir la esclavitud. Apasionado por la causa de la que se sentía abanderado, James II se unió a un grupo del barrio de Clapham, cuyos integrantes, liderados por su vicario, fueron conocidos como los *santos* de la Secta Clapham. Se trataba de una agrupación de evangelistas con intereses y convicciones políticas, que luchaban por la abolición de la esclavitud. Más que teólogos, eran activistas que trataban de influir en la opinión pública a través de panfletos y por medio de la creación de comités y de presentaciones públicas. Lejos del dogmatismo, los *santos* de Clapham supieron aliarse con miembros de

otros grupos y convicciones religiosas con los que compartían los mismos intereses antiesclavistas. Los integrantes de la Secta Clapham representaban “la conciencia de la clase media británica y, en consecuencia, [tenían] un enorme poder político”. Muchos años después, su bisnieta Virginia Woolf, se casará con un hombre que dedicó su vida, con similar fervor y entrega, a la acción política.

Es evidente que James II fue un personaje muy representativo de Clapham, y muy considerado entre los antiesclavistas, ya que cuando enviudó se casó con Sarah, hermana de William Wilberforce. Finalmente, James falleció en 1832, poco tiempo antes de la abolición de la esclavitud en el Imperio británico. Los hijos del matrimonio fueron abogados; uno de ellos, también llamado James, es el que nos interesa.

Nacido en 1789, James III fue padre de Leslie y abuelo de Virginia. Su casamiento con Jane Catherine Venn, perteneciente a una familia de clérigos —uno de los cuales escribió la base de la doctrina de la Secta Clapham—, lo asoció aún más con este influyente grupo. El hogar que formaron Jane Catherine y James Stephen moldeó la infancia de Leslie, el adorado y conflictivo padre con el que Virginia Woolf llegaría a identificarse. El carácter de Leslie y muchas de sus particularidades pueden entenderse a la luz de la personalidad de sus progenitores. Jane era una mujer que la historia familiar definió como “muy sensata... Al mismo tiempo, era atractiva y cordial, con una fuerte tendencia a ver siempre el lado bueno de las cosas”. Además, Jane llevaba un diario íntimo que tiempo después Virginia leería con interés porque brindaba claves para comprender la vida cotidiana de sus antepasados y a su propio padre.

En cuanto al abuelo paterno de Virginia Woolf, James III, fue un exitoso abogado que dejó su lucrativa profesión para emplearse en la Colonial Office (Oficina Colonial) y así poder seguir con la cruzada familiar contra la esclavitud. Como un quijote, y con su trabajo como misión, debió enfrentar la gran oposición de las minorías blancas dirigentes en las colonias y a sus aliados en el gobierno. Lo cierto es que James imponía respeto por su gran capacidad de trabajo, pero había quienes lo encontraban antipático. “Su larga relación con la Oficina Colonial llevó a los periódicos a llamarlo ‘Mr. Madre Patria Stephen’, puesto que era él quien utilizaba la metáfora doméstica de Inglaterra como Madre Patria, y comparaba a las colonias con ‘hijas solteras’”.

Trabajador incansable, James hacía colaboraciones periodísticas dictando alrededor de tres mil palabras antes del desayuno. “Sus colegas lo apodaron rey Stephen, y con sir Henry Taylor ‘prácticamente gobernó

el imperio colonial' durante varios años cruciales". A pesar de ese poder, el abuelo de Virginia era tímido y tenía "tics nerviosos" en los ojos, al punto de que hubo quienes, al verlo por primera vez, lo creyeron ciego.

Como les sucedería a su hijo Leslie y a su nieta Virginia, consideraba que sus logros estaban lejos de sus aspiraciones. Otro rasgo significativo de James tuvo gran influencia en sus descendientes. Cierta vez probó un cigarro y, como le gustó, decidió no fumar otro nunca más. Leslie heredaría el ascetismo de James, y Virginia, que incluso compararía a su padre con la figura de un "profeta hebreo", compartió con ellos la hiperexigencia y la austeridad.

También heredaría su característica hipersensibilidad. De hecho, James era un excelente orador, pero fundamentalmente era un hombre austero, de personalidad difícil y sensible en extremo. Solía caer en depresiones, y no soportaba mirarse en el espejo. Como dejó asentado, tenía la sensación de ser dos personas en una, situación que se volvía particularmente extraña cuando ambas partes se sentían compelidas a sostener un diálogo entre ellas:

«Al vivir solo, a veces me siento muy abrumado por mi propia presencia. Tengo la sensación de que entro demasiado en contacto conmigo mismo. Es como [sentir] la presencia de un visitante, inoportuno, familiar, y sin embargo desconocido. [...] supongo que todos nos hemos sentido en algún momento como si fuéramos dos personas en una, forzadas a sostener un discurso en el cual el soliloquio y el coloquio se mezclan en forma extraña y terrible.»

Además de reconocer su especial sensibilidad, James poseía una fuerte imaginación; creía en los seres espirituales, recelaba de los fantasmas, era en extremo supersticioso y experimentaba fuertes sentimientos de culpa. Leslie Stephen, el padre de Virginia, estaba convencido de que había heredado muchas de sus características; sobre todo, cuando a la muerte de su madre, llegó a pensar en el suicidio. Es evidente que el temperamento irritable y nervioso caracterizaba a los Stephen, incluso Leslie había escuchado decir que "su padre había nacido sin piel".

Lo cierto es que James III sufrió crisis nerviosas en 1824, 1832 y 1847. Poco antes de la última, escribió en su diario que le hubiera gustado "ser un auténtico hombre de letras", una capacidad que muchos

de los Stephen desarrollaron. La última crisis fue tan severa que sus amigos y sus doctores le aconsejaron la jubilación anticipada de la Oficina Colonial.

James no fue un padre fácil para sus hijos. De los cinco que tuvo, lo sobrevivieron tres: James Fitzjames, Leslie y Caroline Emelia, quien decía que tenía la sensación de haberse criado en una catedral.

Tanto James Fitzjames como Leslie heredaron la hiperexigencia de su padre.

Como hermano mayor, James Fitzjames protegió al delicado y tímido Leslie en el campo de batalla de la escuela de varones a la que ambos asistieron. De ese modo, se ganó su admiración y despertó en él deseos de imitarlo. Después de recibir los maltratos de sus compañeros de Eton, James Fitzjames concluyó “que ser débil era equivalente a ser desgraciado” y no paró hasta convertirse en un líder. Sus anchas espaldas le valieron el apodo de “Gigante Inflexible”.

Pero Fitzjames también se destacó por su carácter e inteligencia. Fue el preferido de su padre, y sus compañeros de Cambridge lo eligieron para integrar la Sociedad de los Apóstoles —un grupo elitista que incluía a los intelectos más brillantes— y del que formarían parte el marido de Virginia y algunos de sus más íntimos amigos. Como ya era tradicional entre los Stephen, Fitzjames se dedicó a la abogacía y llegó a ser juez de la Corte Suprema y baronet, dignidad de rango algo inferior a la de barón. Además de ejercer el periodismo, hizo honor a la prolífica capacidad literaria de los Stephen y se convirtió en autor de numerosas obras, entre ellas *A General View of the Criminal Law of England* (Consideraciones generales acerca del derecho penal de Inglaterra) y una historia de la ley criminal. Abiertamente antifeminista, Fitzjames polemizó con John Stuart Mill acerca de los derechos de la mujer. La prensa se ensañó con él por la manera en que llevó un caso de adulterio: atacó alevosamente a la acusada, asegurando que las mujeres que cometían adulterio eran criminales por naturaleza, y poco después debió renunciar a su cargo.

Pero otro suceso lo afectaría profundamente. Como padre, Fitzjames depositaba sus esperanzas y su orgullo en su exitoso hijo James Kenneth, estudiante destacado y atleta cuyo porte imponente se apreciaba en un retrato del pintor Charles Furse. James Kenneth fue el sobrino dilecto de Julia y de Leslie. La tragedia lo alcanzó mientras viajaba con unos amigos; un objeto le golpeó la cabeza y aunque consideraron que se trataba de una conmoción leve, al poco tiempo su salud mental comenzó a deteriorarse. Leslie siempre relacionó aquella herida con la

locura, pero para Thomas C. Caramagno, que examinó la historia clínica de James, sus trastornos se correspondían con un cuadro maniáco-depresivo como el que afectó a varios miembros de la familia Stephen. [24]

Para Virginia, su tío Fitzjames fue el cabal representante del sistema patriarcal, una voz perentoria e irritante asociada al autoritarismo; por su parte, Leslie reconocía los sentimientos ambivalentes que su hermano le inspiraba. Cuando este murió afectado por una demencia senil, Leslie escribió su biografía donde señaló que su fin se debió en parte a su excesiva dedicación al trabajo y al trágico destino de su hijo.

El caso es que además de oír las leyendas familiares relacionadas con el carácter de los Stephen, con apenas seis o siete años, Virginia fue testigo de las cada vez más perturbadoras extravagancias de su primo. Mucho después escribió: “Jim Stephen se había enamorado de Stella. Ya estaba loco en ese entonces. No se hallaba en sus cabales. Era capaz de tomar un coche de alquiler, pedirle al conductor que lo llevase a toda velocidad por Londres hasta la casa de Leslie, quien debía pagarle al cochero”.

Virginia siempre recordaría aquella vez en que Jim entró como un rayo en el cuarto de los niños y ensartó un pan con una espada; como también la ocasión en que fueron a su departamento y pintó su retrato en un pequeño trozo de madera. En sus recuerdos, ella escribió: “Durante un tiempo fue un gran pintor. Supongo que la locura le hacía creer que era omnipotente. Otra vez vino a la hora del desayuno y, riendo, dijo: ‘Savage [su médico] acaba de decirme que corro el peligro de morirme o de volverme loco’”.

Aunque el comportamiento de Jim se hacía incontrolable, Julia decía que no podía cerrarle las puertas de su casa; [25] por su parte, Fitzjames negaba la locura de su hijo. El joven, que había sido atleta destacado en Eton, alumno de Oscar Browning [26] y formaba parte de su círculo homosexual, también fue miembro de los Apóstoles y autor de la colección de versos *Lapsus Calami*, algunos de carácter “extremadamente misógino”. A su manera, estaban orgullosos de él, y la familia sufría impotente su deterioro.

En noviembre de 1890, el doctor Savage, el mismo médico que atendió a Virginia y a toda su familia, le escribió una carta a James advirtiéndole “que a medida que su enfermedad progresara, gastaría y pediría dinero imprudentemente ‘para comprar cosas inútiles’, ‘se vestiría de manera informal’, y consideraría el hecho de tener que pagar sus deudas como ‘un agravio’, típicas características maniáticas”. Tres

años después, afectado seriamente su equilibrio, James sufría “de ataques de pérdida de autocontrol seguidos de ataques de depresión e inactividad”; los médicos comprobaron que padecía una severa depresión “que duraba algunos meses, seguida de períodos de inusual excitabilidad”. Al final, terminaron internándolo; el episodio determinante sucedió una mañana, cuando James “tiró un espejo a la calle y permaneció desnudo delante de la ventana: creía que había una orden judicial para su detención por crímenes no especificados”.

Años antes, James había sido tutor del duque de Clarence, nieto de la reina Victoria. Cuando durante su internación se enteró de la muerte del duque, dejó de comer. Tenía apenas treinta y tres años. A las tres semanas murió en el hospital de St. Andrews? [27] Desolado, su padre falleció dos años después.

¿Cómo influiría este drama en la niña que entonces era Virginia? De mayor dirá que su primo le hacía evocar la imagen de “un toro torturado y también la imagen de Aquiles —Aquiles, apoltronado sobre su lecho, rugiendo un aplauso profundo—”. Lo cierto es que esta imagen estilizada no debió de ser la que Virginia percibió de pequeña cuando debió enfrentarse con la locura de Jim y mentirle si lo encontraba en la calle, asegurándole que su hermana Stella no estaba en la casa. [28]

Es interesante señalar que Michael Harrison, biógrafo del duque de Clarence, revistió a James con rasgos novelescos y sugirió que era, ni más ni menos, Jack the Ripper (Jack el destripador) y que, al descubrirlo, Leslie sufrió un colapso. Aunque esta teoría no afectó a Virginia, ya que recién fue publicada después de su muerte, en la década del setenta, es evidente que Virginia Woolf tenía motivos para temer el legado de los Stephen, ya que en su entorno era aceptado que la capacidad intelectual que los caracterizaba iba acompañada de un cono de sombras. Es así como al referirse a su primo Herbert —otro de los hijos de Fitzjames, que se casó a los setenta años y fue nombrado juez del Tribunal Supremo de Calcuta en 1901, cerca de los cuarenta— afirmaba: “Nosotros, los Stephen, maduramos tarde” [29]

Es un hecho que Virginia tomó características de sus parientes para delinear sus personajes, características que suelen ser negativas cuando provienen de los Stephen. Uno de sus modelos fue Harry, otro de los hijos de Fitzjames también abogado, que vivió en Calcuta y se casó con una escritora feminista, sobrina de la famosa enfermera Florence Nightingale.

Hay huellas de “Harry Stephen [...] abriendo y cerrando su gran navaja e imponiéndose con el egoísmo propio de todos los Stephen” en

Peter Walsh, el antiguo pretendiente de Clarissa venido de la India, que en *La señora Dalloway* suele jugar con un cuchillo, tal como Virginia había visto hacer a su primo.

Como Virginia no asistía al colegio y carecía de compañeras o amistades más allá de la familia y sus relaciones, observaba a sus parientes con particular curiosidad. Su mundo de infancia y adolescencia se limitaba al ámbito familiar. En ese sentido, las cuatro hijas de su tío Fitzjames captaron también su interés y fueron sus modelos identifícátenos. Virginia recordaba a una de ellas, Helen, tocando Beethoven como al paso de “un regimiento de dragones”, y solía ridiculizar a Rosamund y a Dorothea. Esta última llegó a enseñar religión en la India, y escribió un libro, *Studies in Early Indian Thought* (Estudios del pensamiento indio primitivo), que obtuvo reseñas desfavorables en *The Times* en 1919. Sus contadas apariciones en la vida adulta de Virginia siempre fueron motivo de mofa o crítica.^[30] En *La señora Dalloway*, la austera severidad de Doris Kilman, la preceptora de la hija de la protagonista, mujer aferrada a la religión y al resentimiento y que no tiene ningún gesto cordial con Mrs. Dalloway, saca de quicio y despierta —como le sucedía a Virginia en relación con Dorothea— una piedad forzada en Clarissa.

El caso de su prima Katherine era diferente, y Virginia reconocía sus méritos como directora de Newnham College y la respetaba por ser una de las pioneras en la educación de las mujeres. Podría decirse que Virginia Woolf trasladó a la escritura aspectos relevantes de la personalidad de sus parientes, pero también le interesó destacar, en sus personajes, lo difícil que resulta escapar a los encasillamientos impuestos por la familia y la sociedad.

Así, en la segunda parte de *Al faro*, Lily Briscoe se define como figura contrapuesta a la victoriana Mrs. Ramsay, y en *Noche y día*, la joven protagonista trata de escapar, estudiando en secreto matemáticas, del destino tejido a su alrededor por su madre, hija de un prócer literario. En el ensayo *Tres guineas*, el problema se plantea desde un encuadre político: se reivindica a las “hijas de los hombres con educación” que, en contraposición con sus afortunados hermanos, no recibieron educación institucional, y se da cuenta de los sacrificios que ellas debieron hacer para mantener un *statu quo* que garantizara que prevalecieran los privilegios masculinos.

Lo cierto es que, a su manera, los Stephen resultaban personajes notables; ya en agosto de 1899, a los diecisiete años, Virginia describió una excursión con ellos:

«Todos ostentan la atmósfera de la sala de lectura; son severos, cáusticos y absolutamente independientes e impasibles [...] Un signo de carácter notable en esta casta es que tienen la capacidad de sentarse en silencio sin sentir ni la más mínima incomodidad, mientras que el éxito de la fiesta a la que invitaron depende de ellos»

LOS PADRES DE VIRGINIA: LESLIE Y JULIA

Es evidente que Leslie, el padre de Virginia, tenía muchas de las particularidades de los Stephens. Su niñez había transcurrido entre los cuidados de una madre cariñosa y la autoridad de un padre caracterizado como un “tirano doméstico”. Según el diario de su madre, Leslie tenía un temperamento violento y sensible; podía estallar en lágrimas ante cualquier reproche, e incluso negarse a escuchar historias con finales tristes. Su madre lo definió como el “niño más impresionable que he conocido”.

En Cambridge, frustrado tras no ser elegido miembro del elitista grupo de los Apóstoles, Leslie se esmeró por superar su debilidad física. En ese empeño quiso ser fuerte como su hermano mayor, se convirtió en remero, e incluso llegó a destacarse como un gran montañista y escalador. Virginia heredó de él no solo el gusto por los largos paseos, sino la facultad de construir frases mientras andaba, como también lo hace el personaje de Mr. Ramsay en *Al faro*, durante sus caminatas, cuando puede “expulsar, en completa soledad, las preocupaciones a fuerza de pensar en ellas”.

Mientras que la brillantez de su hermano lo destinaba a seguir la tradición familiar de la abogacía, el carácter retraído de Leslie parecía más apropiado para un clérigo, pero aunque fue ordenado en 1859, pocos años después, en 1862, a la edad de treinta años, debió hacer frente a su incredulidad. Como la pérdida de la fe fue acompañada de la añoranza por una vida diferente, decidió abandonar su puesto en Cambridge. Entusiasta partidario de los unionistas —yanquis—, Leslie viajó a los Estados Unidos en 1863 y otra vez en 1868; entrevistó a Lincoln e hizo allí amistades que lo acompañarían durante toda la vida.

Entre ellas, cabe destacar a James Russell Lowell, padrino nominal de Virginia.

Una vez de regreso en Londres, su hermano Fitzjames lo ayudó a iniciarse en el periodismo y Leslie comenzó a frecuentar a personalidades famosas, como el economista John Stuart Mill y escritores como Tennyson, Robert Browning, Thomas Carlyle, George Eliot, George Meredith y Aldous Huxley. Por entonces se consideraba a sí mismo un solterón. Los años pasaban y vivía rodeado del afecto de su madre y de su hermana Caroline Emelia, que había sufrido una desilusión amorosa en su juventud y se dedicaba al cuidado de sus padres y a tareas filantrópicas.

Pero en su fuero íntimo, Leslie debía de aspirar a tener su propia familia. Lo cierto es que mientras lo observaba conversar con Harriet Marian — apodada Minny—, una de las hijas del fallecido escritor William Thackeray, la novelista Mrs. Gaskell tuvo el presentimiento de que Leslie y Minny se casarían. Así fue, y después de su luna de miel en los Alpes el matrimonio retornó a Londres donde vivió con Anne, la adorada hermana mayor de Minny, escritora como su padre. Sin tener una gran belleza, Minny, la primera esposa de Leslie, era una mujer tierna, una especie de ser angelical y hogareño, que no se destacaba por su intelecto y que lo atrajo a por su “sencillez y sinceridad”. Durante toda su vida, subrayaba Leslie, su candor fue el de un niño, sin que por ello fuera aniñada o infantil. Aunque podía sentirse celoso del afecto que Minny le demostraba a su hermana Anne, los tres vivieron juntos y su vida transcurría plácidamente. A Leslie le sentaba bien la rutina de hombre casado y su trabajo como escritor y periodista. En 1868, el matrimonio viajó a los Estados Unidos, y en 1870 nació su hija Laura.

Leslie y Minny eran vecinos de la viuda Julia Duckworth. Como él, Julia había perdido la fe y leía los libros de Leslie “intentando resolver el agnosticismo a través de la lógica”.

Cierta vez, Julia visitó al matrimonio, pero pronto decidió dejarlos solos ya que se sintió una intrusa en medio de esa pareja que irradiaba armonía y felicidad. Parecían “reconocer y compartir los deseos del otro con solo mirarse”. Con esa visión idealizada de Leslie y Minny, embarazada de su segundo hijo, sentados ante el fuego de la chimenea, Julia volvió esa noche sola a su casa. Al día siguiente se sorprendió al saber que, después de sufrir convulsiones, Minny había fallecido.[31] Aquel día de 1875 Leslie cumplió sus cuarenta y tres años.

Poco después, la relación de amistad que Julia había establecido con sus vecinas Anny y Minny terminó por acercarla al viudo. Pero, en verdad, Leslie había apreciado la belleza de Julia por primera vez en 1866, cuando ninguno de los dos estaba casado. En ese entonces, con un

vestido blanco y un sombrero con flores azules, Julia había llamado poderosamente su atención.

Por otra parte, la familia de su esposa estaba relacionada con la de Julia desde hacía tiempo. Anny y Minny frecuentaban especialmente a la fotógrafa Julia Cameron, e incluso se hospedaron en su casa cuando murió su padre, hallando consuelo al amparo de la generosa mujer, a la que un mes atrás le habían regalado la cámara fotográfica que la haría famosa. Y Julia Duckworth había encontrado alivio en la amistad de Anne Thackeray desde las primeras semanas de su repentina viudez. En esos momentos, la desesperación de Julia era total, solía recluirse en soledad, yacer sobre la tumba de su difunto marido y casi nunca hablaba de sus sentimientos. Respetando esa necesidad de silencio, Anne logró hacerla partícipe de su vida. En abril de 1871, Julia la ayudó con las pruebas de su novela *Old Kensington*, en la que el personaje de Dolly Vanborough está basado en Minny. Como Julia reconoció en sus cartas, el apoyo y el consuelo que Anne le brindó fueron inestimables, y cuando Minny murió, ella estuvo en posición de retribuir sus atenciones y afecto. Además, ayudó a Leslie y a Anne a mudarse al 11 de Hyde Park Gate, a pocos pasos de la casa donde ella acababa de trasladarse con sus hijos.

Pronto se convirtió en una fuente de ánimo y consuelo, tanto para su amiga como para el viudo. Sin la mediación de Minny, se hizo evidente que Anne y Leslie se irritaban mutuamente y que la convivencia entre ellos se hacía difícil. Mientras que a Anne le fastidiaban la demanda permanente y el egocentrismo de su cuñado, Leslie también tenía sus quejas. Reconocía en ella cierto genio, pero le molestaba que no apreciara sus libros, se sentía abrumado por su ignorancia, por su carácter expansivo y por su forma de manejar la economía doméstica.

Lo cierto es que Anne era una persona interesante, toda una personalidad. Su madre, Isabella Thackeray,^[32] había comenzado a mostrar signos de desequilibrio después del nacimiento de Minny, hasta que finalmente cayó en la demencia, y Anne debió madurar pronto. Convertida en una hija devota y en una hermana ejemplar, se hizo cargo de Minny. Sin educación formal, desorganizada, presa de desequilibrios emocionales, Anne fue una suerte de modelo-antimodelo para Virginia Woolf. En 1863, el mismo año en el que falleció su famoso y adorado padre, Anne publicó su primera novela, *The Store of Elizabeth* (La tienda de Elizabeth), y ya no se detuvo. Pero su desorden llegó a complicar su trabajo. Un equívoco con las pruebas de *Miss Angel* (1875) —su novela sobre la pintora Angelica Kauffmann— enviadas a Australia

motivó que el último capítulo quedara inserto en medio del libro.

Leslie consideró este error una prueba fehaciente de su falta de organización —incluso dijo que un uso más inteligente de sus recursos podría haberla equiparado con Jane Austen—, y aunque también criticaba su falta de rigor histórico, reconocía que Anne era la persona con más empatía que había conocido. Por su parte, cuando ella murió, Virginia Woolf admitió que la había “admirado sinceramente”, y escribió su obituario en el *Times Literary Supplement* (suplemento literario del diario *Times*)[\[33\]](#). Si bien pensaba que ninguna de sus novelas podía considerarse una obra maestra, creía que eran indiscutiblemente “el trabajo de una escritora de genio”. Como Virginia reconoció en cartas a amigos, el personaje de Mrs. Hillbery de *Noche y día* está inspirado en Anne Thackeray. En la novela, Mrs. Hillbery es la hija de un laureado poeta victoriano, cuya biografía “escribía con facilidad y todas las mañanas llenaba varias cuartillas de una manera tan instintiva como otras personas cantan”. Como Anne, Mrs. Hillbery no puede sistematizarse y finalmente es incapaz de finalizar su trabajo. La voz narradora advierte que la razón “no era la carencia de datos ni la falta de interés y ambiciones, sino algo más profundo y grave: su falta de aptitudes y su temperamento”. Como podría decirse de Anne Thackeray, sus “raptos de inspiración no seguían un orden coherente, sino que saltaban caprichosamente de un tema a otro, sobre una multitud de asuntos distintos”.

Sin ser una pariente directa, Anne Thackeray tuvo influencia en Virginia Woolf; ofició como una especie de contramodelo que la impulsó a construir su propia figura de escritora y a reconocer la necesidad de contar con un andamiaje teórico coherente. La dispersión[\[34\]](#) de Anne y su falta de formación le sirvieron para diferenciarse de ella. Tampoco Virginia había recibido educación formal, pero a diferencia de su tía —la llamaba así aunque no tuvieran lazos de sangre—, desde muy joven hizo lo imposible por proporcionarse un marco de lecturas y de estudios ordenado.

Pero mucho antes de eso, a principios de 1877, en la misma época en que la convivencia con Anne se le hacía cada vez más engorrosa, Leslie descubrió que estaba enamorado de la viuda Julia Duckworth y le declaró su amor. Y aunque ella reconocía que albergaba sentimientos afectuosos hacia él, por un tiempo insistió en señalar que no deseaba volver a casarse.

Entre tanto, y en secreto, Anne Thackeray se involucraba sentimentalmente con Richmond Ritchie, su joven primo que aún no se

había graduado, carecía de fondos, y al que le llevaba diecisiete años. Cuando el *affaire* quedó en evidencia, nadie en la familia, y menos aún Leslie, estuvo de acuerdo con la relación, pero Anne deseaba casarse y Julia la ayudó a convencerlo. Con el tiempo quedó demostrado que no estaba equivocada al socorrer a su amiga, ya que a pesar de los agoreros pronósticos y alguno que otro desliz, el matrimonio tuvo dos hijos y nunca se separó. [35]

Mientras la relación de Anne y su joven primo avanzaba, Julia seguía rechazando a Leslie, pero le escribía cartas que dejaban lugar a la esperanza:

«Si pudiera estar muy cerca de ti y sentir que me abrazas, moriría contenta. Puesto que me conozco a mí misma, no me siento inclinada a casarme contigo con la idea de hacer tu vida más feliz o radiante... No creo que debiera. De modo que si deseas una respuesta, solo puedo decirte que tal como estoy ahora, sería un error casarme contigo..., Todo esto suena frío y horrible —pero bien sabes que te amo con todo mi corazón—, solo que parece un pobre corazón tan muerto.»

Durante varios meses Julia mantuvo el suspenso, pero las cartas que se enviaron uno al otro durante la Navidad —él estaba en Brighton y ella en Saxonbury— pronosticaban cambios. Por fin, una noche de principios de enero, casi un año después de la propuesta matrimonial de Leslie, mientras estaban sentados frente al fuego volvieron a hablar del asunto. La conversación culminó con un silencio, y Leslie estaba por retirarse cuando, de pronto, Julia lo miró y le dijo: “Seré tu mujer y haré todo lo posible por ser una buena esposa para ti”. Contrajeron matrimonio el 26 de marzo de 1878.

CAPÍTULO II El país de la infancia

La casa familiar y el cuarto de los niños

LA familia formada por Julia y Leslie Stephen pertenecía a la clase media alta londinense, dato no menor en una sociedad, como la inglesa, altamente estratificada. Según señaló Quentin Bell, sobrino y biógrafo de Virginia:

«Los Stephen [...] solo recientemente habían escapado de la pequeña burguesía. [...] no tuvieron el dinero ni la influencia de los Prinsep, los Cameron o los Duckworth. Sus logros se basaban en el intelecto y la iniciativa, adquirieron sus títulos en los tribunales de justicia, y su orgullo familiar era el orgullo de la *noblesse de robe* [...].

El señor y la señora Stephen pertenecían a lo que se podría llamar el nivel inferior de la alta burguesía. Tenían siete criadas, pero ningún criado. [...] cuando viajaban en tren, lo hacían en tercera clase. Las damas se mandaban hacer los vestidos con una buena modista, pero de precios razonables. Leslie era miembro del Athenaeum y, por supuesto, del Alpine Club. A pesar de sus parientes importantes, no se aventuraron en lo que se llamaba la “alta sociedad”. De hecho, vivieron muy modestamente, aunque Julia tenía sus “domingos por la tarde”, en los que un visitante podía encontrar a parte de la sociedad intelectual de Londres.»

Cuando Leslie se casó, él y su hija Laura se mudaron a la casa que Julia ocupaba con sus tres hijos, George, Stella y Gerald, en el 22 de Hyde Park Gate, apenas a unos pasos de la que había sido su propio hogar. Se trataba de una residencia de cinco pisos a los que

posteriormente se agregaron dos más, para satisfacer las necesidades de la familia a medida que se fueron sucediendo los nacimientos de los hijos que tuvieron en común.

El 22 de Hyde Park Gate se yergue aún hoy[36] en el *cul de sac* que nace en Kensington Road, entre Palace Gate y Queen's Gate. El 30 de mayo de 1879 nació allí Vanessa, un año después se sumaría Thoby, el 8 de septiembre de 1880. Parecía que allí se detendría la familia ya numerosa cuando Julia quedó embarazada nuevamente; el 25 de enero de 1882 nació Virginia y poco después, el 27 de octubre de 1883, Adrian. De esta manera, con treinta y siete y cincuenta años, respectivamente, Julia y Leslie sumaban juntos ocho hijos.

Curiosamente, la casa que habitaban quedaba muy cerca de aquella en la que había nacido Leslie. Lo cierto es que en esa zona de Kensington también se había criado su primera mujer. Amigos y parientes vivían cerca unos de otros: “En Hyde Park Gate, todo el mundo conocía a todos, y sabía todo sobre cada uno”. Por eso, en los recuerdos infantiles de Virginia Woolf, a cada vecino le correspondía un retrato preciso. A través de las ventanas se podía ver, en la casa de enfrente — como ocurre en *La señora Dalloway*—, a la anciana Mrs. Redgrave. En el número 23 de Hyde Park Gate, vivía otra vecina, Mrs. Ashton Dilke, una mujer que siempre vestía a la moda y cuya simpatía hacia el movimiento sufragista era desaprobada por Julia. Aunque tenían casi la misma edad, Virginia solo se veía ocasionalmente con los pequeños Dilke. “Tal vez los Stephen desaprobaban sus pretensiones sociales, [y] se burlaban de su afectada manera de hablar y de su incapacidad para pronunciar la letra ‘erre’”.

Otros vecinos, los Maude, residían en el 16 de Hyde Park Gate. Tampoco se relacionaban mucho con los Stephen, dado que su reputación era dudosa y se comentaba que “no podían pagar las cuentas”. Cuando Virginia tenía nueve años, sufrió el ataque del temible perro de los Maude, por lo que debió testimoniar, acompañada de su madre y secundada por otros vecinos, en el Departamento de Policía.

La zona de Kensington albergaba diferentes tipos de familias; a fines del siglo XIX aún podían verse lacayos con medias de seda en las puertas de algunas casas y había quienes tenían sus propios carruajes. Solo ocasionalmente, si lo necesitaban, los Stephen arrendaban algún cabriolé o coche de cuatro ruedas en la caballeriza Hobbs:

«Mi padre y mi madre —escribe Virginia— tomaban el bus; para ellos un cabriolé de día era un lujo impensable. Mi madre

hacía todos sus inmensos recorridos — compras, llamados, visitas a hospitales y asilos— en autobuses. Era una experta en líneas de ómnibus. Podía saltar a prisa del rojo al azul, del azul al amarillo, y de alguna manera lograr que se conectaran y la llevaran por todo Londres.»

Pero no era sencillo moverse en la ciudad, cada vez más populosa. Incluso en la corta distancia que mediaba entre su casa y los jardines de Kensington, Virginia debía atravesar una calle que ya en ese entonces tenía un tránsito incesante de buses, carruajes, ciclistas y caballos que podían colisionar en cualquier momento, posibilidad que, como atestiguan sus diarios de infancia, la aterrorizaba. En claro contraste con el bullicio de la ciudad, dentro del 22 de Hyde Park reinaba una suerte de microclima al que no llegaban los ruidos de la calle. Aún hoy es apenas audible la actividad de la cercana avenida, los estruendos del tránsito y las bocinas. Puertas adentro, se creaba un espacio de intimidad silenciosa que Virginia describió en la novela *Los años*. La escena transcurre durante la noche; la criada lleva unas lámparas con pantalla de seda y corre las cortinas:

«Se deslizaron con el familiar chasquido de los aros en la barra de latón, y las ventanas quedaron oscurecidas por los gruesos y esculpidos pliegues de terciopelo color burdeos. Cuando Crosby hubo corrido las cortinas de las dos estancias pareció que un profundo silencio descendiera en la sala de estar. El mundo exterior tras una separación densa y total.»

“La jaula”, como Virginia llamó a la casa de Hyde Park Gate, albergaba tres familias, que, a causa del matrimonio de Leslie y Julia, debieron convivir y a la vez mantener cierta independencia. Julia se encargaba de remodelarla según las necesidades que se iban planteando y de ese modo evitaba los gastos de arquitectos. En el lúgubre sótano destinado a los domésticos, reinaba Sophie Farrell,^[37] la cocinera, quien junto con los criados pasaba la mayor parte del día en una oscura sala de estar, decorada con un desgastado retrato del matrimonio Pattle. En sus memorias, Virginia recuerda un efímero momento de rebelión:

«“Es como el Infierno”, le dijo [una de las criadas] en forma abrupta a mi madre, mientras nos sentábamos en el comedor para empezar las lecciones. Mi madre asumió de inmediato la dignidad austera de la matrona victoriana y dijo (tal vez): “Sal de la habitación”; y ella (la

desafortunada muchacha) se desvaneció detrás de la cortina de felpa roja.»

Lo cierto es que Inglaterra sufría el impacto social causado por la Revolución Industrial, las clases trabajadoras reclamaban mejoras en las condiciones de vida, y estos reclamos se extendían a los criados que vivían hacinados y con ínfimas comodidades. Es poco probable que la pequeña Virginia tuviera conciencia de ello, al menos ese parece ser el caso de Eleanor, en *Los años*, quien reconoce el problema recién en la adultez cuando, encargada de vender la casa familiar, va al sótano a despedirse de la que había sido la cocinera de la familia durante cuarenta años, y por primera vez percibe lo “oscuro y profundo” del lugar en el que la mujer permanecía la mayor parte de la jornada. Ni el sótano ni las habitaciones del último piso de la casa de Hyde Park Gate esperaban visitas; eran sitios despojados, que no debían ver los extraños:

«Una vez, reventó un caño y un joven de visita —¿Peter Studd?— se ofreció a ayudar y se precipitó escaleras arriba con un balde. Entró en las habitaciones de los sirvientes, y mi madre, noté, parecía un poco “irritada”, quizás un poco avergonzada, de que él hubiera visto lo que seguramente eran esas habitaciones bastante desaliñadas.»

En “Casas de grandes hombres”, Virginia afirmó la importancia del entorno en la vida del escritor y señaló que sus hogares pueden revelar más “de lo que jamás podemos llegar a saber mediante sus biografías”^[38] En su caso particular, ella siempre tuvo en cuenta lo arduo que había sido mantener el orden doméstico en la época victoriana, y no es arriesgado decir que con la posesión de su primera cocina moderna y su heladera, sintió una suerte de liberación que en tiempos de su madre había sido impensable. De hecho, aunque “a comienzos del siglo XX” se instalaron algunas luces eléctricas, la mayor parte de las habitaciones del Hyde Park Gate se iluminaban con velas y con faroles. Refiriéndose a la casa de Carlyle —en la que extraían el agua de un pozo en la cocina por medio de una bomba manual—, Virginia describe una residencia victoriana de clase media que podría compararse con la de sus propios padres:

«Esa casa sin agua, alta y vieja, sin luz eléctrica, sin calefacción a

gas, repleta de libros, llena de humo de carbón, con grandes camas y con aparadores de caoba, en la que vivieron dos de las personas más inquietas y exigentes de su tiempo, año tras año, durante décadas, era atendida por una sola y desdichada doméstica. Durante todo el período intermedio de la época victoriana, esa casa forzosamente tuvo que ser un campo de batalla en el que todos los días, verano e invierno, ama y criada lucharon contra el polvo y el frío, en busca de la limpieza y el calor. La escalera de madera tallada, ancha y digna, parece tener los peldaños desgastados por los pies de ajetreadas mujeres transportando baldes de agua. Las altas estancias con paneles de madera parecen vibrar con el eco del sonido de la bomba manual y el siseo del fregar. La voz de esta casa, y cada casa tiene su voz, es la voz de sacar agua del pozo, y la de refregar, toser y gemir.»

Después de la Primera Guerra Mundial, cuando el 22 de Hyde Park Gate se puso en venta, los clientes esperaban otro tipo de comodidades, situación que Virginia utilizó en *Los años* como recurso para marcar el cambio de época. En la novela el encargado de vender la casa “se volvió hacia ella cuando se disponían a bajar la escalera.

”—La verdad es que, en los tiempos que corren, nuestros clientes esperan encontrar más instalaciones higiénicas —dijo el señor Grice deteniéndose ante la puerta de un dormitorio.

“Por qué no dice ‘baños’ y termina de una vez, pensó Eleanor. [...] se fijó en sus orejas rojas, que destacaban sobre el alto cuello de la camisa; y en el grueso cuello no demasiado bien lavado en alguna pila de Wandsworth. Eleanor estaba enojada, pues el joven, al inspeccionar la casa, olisqueando y mirando, había puesto en entredicho la pulcritud de su familia”.

En todo caso, la infancia de Virginia Woolf transcurrió en una casa que se adecuaba perfectamente a las costumbres victorianas, donde el comedor ofrecía un fuerte contraste con las dependencias de servicio. Por las mañanas Julia daba allí lecciones a sus hijos, y por las noches, como en *Los años*, relucían los candelabros y la platería que afanosamente cuidaban las criadas:

«Merece la pena sacarle brillo a la plata, pensó. Los cuchillos y los tenedores destellaban alrededor de la mesa. La estancia entera, con sus sillas de madera labrada, los cuadros al óleo, las dos dagas en la repisa de la chimenea y el hermoso aparador —todos los pesados objetos a los

que Crosby quitaba el polvo y sacaba brillo todos los días— lucían más por la noche. Con olor a carne y cortinas de sarga durante el día, por la noche tenía un aspecto luminoso y semitransparente. Y, además, formaban una hermosa familia, pensó Crosby a medida que sus miembros iban entrando, las jóvenes señoritas con sus bonitos vestidos de muselina blanca y azul; los caballeros tan atildados con sus chaquetas de vestir.»

Otro espacio fundamental de la casa era el salón doble, presidido por un retrato de Leslie pintado por Watts; en esa habitación, se recibía a los invitados y Julia ofrecía su té de los domingos. Pero, para Vanessa, “las tardes más felices” las pasaban en una pequeña habitación vidriada que daba al jardín y brindaba un lugar de intimidad para las hermanas. Allí, mientras ella pintaba, Virginia leía en voz alta a los novelistas victorianos. En 1949, ocho años después de la muerte de Virginia, Vanessa confesaría recordando esos momentos: “Todavía puedo escuchar mucho de George Eliot y Thackeray con su voz”.

En el primer piso de la casa estaba la habitación matrimonial. Ese cuarto era el “centro sexual, el centro de nacimiento, el centro de muerte de la casa”. Allí nacieron los hijos y allí murieron Julia y Leslie. En esa planta también había un cuarto que solía ocupar la madre de Julia cuando los visitaba.

En el piso siguiente estaban las habitaciones de George, Gerald y Stella; en el de arriba, la sala y el cuarto en el que los cuatro pequeños hermanos Stephen dormían junto a las institutrices. Leslie tenía su estudio en el piso superior, donde también estaban las habitaciones de los criados.

«Había distintos olores en los diferentes descansos de esa casa alta y oscura. Un descanso olía siempre a sebo de vela, ya que en una gran alacena estaban todas las velas de las habitaciones. En otro medio descanso se encontraba el retrete, con todas las vasijas de agua caliente de bronce ubicadas al lado del lavatorio. En otro medio descanso se encontraba el solitario baño familiar. (Mi padre se bañó toda su vida en una bañera de hojalata amarilla con aletas chatas donde se ponía el jabón).»

Buena parte de la infancia victoriana transcurría en el cuarto de los niños, donde estos pasaban mucho tiempo en compañía de las niñeras —por lo general, chicas jóvenes con escasa preparación y un sueldo bajo— y solo veían a sus padres en horarios establecidos. Aunque, como

sucedía con los Stephen, se tratara de padres cariñosos que disfrutaban de la compañía de sus hijos, durante el tiempo que les dedicaban los padres esperaban buena conducta de parte de su prole y respeto ante su indiscutida autoridad. En el caso de los Stephen, cada noche, durante una hora y media, Leslie hacía dibujos o leía en voz alta para entretener a sus hijos. Virginia siempre recordaría los treinta y dos volúmenes de las novelas llamadas *Waverley*, de sir Walter Scott, material de lectura por muchos años, ya que cuando terminaban el último tomo volvían a empezar por el primero. Después de leer, Leslie les pedía a sus hijos que dieran su opinión, les preguntaba qué personaje les gustaba más, y solía mostrarse indignado cuando alguno “prefería al héroe en vez del villano, mucho más verídico”.

Ese era el país de la infancia, y cuando Virginia llegó, allí la esperaban Vanessa, de dos años y medio, y Thoby, de uno y medio, hasta ese entonces amos y señores del universo infantil. No fue un tránsito fácil; Thoby —escribió Vanessa— era “el hermano que tanto Virginia como yo adorábamos... pero él y yo teníamos una amistad íntima antes de que ella entrara en escena”.

Como los demás hijos del matrimonio de Julia y Leslie, Virginia nació en Hyde Park Gate, en la habitación de sus padres; aunque su madre no la amamantó por mucho tiempo, aun así pronto alcanzó un buen peso: era “notablemente bonita” —la llamaron “Beauty”—, de “cara redonda y rellena,^[39] con los párpados y la boca como los de una escultura budista, esculpidos a fondo, pero exquisitamente suaves y lisos”. Aunque le pusieron de primer nombre Adeline, en homenaje a la hermana de Julia recientemente fallecida, para evitar tristes asociaciones con la muerta, la llamaron por su segundo nombre, Virginia, y pronto, como era habitual en la familia, llegaron los apelativos cariñosos de Ginny o Gima.

Si bien no comenzó a hablar hasta los dos años, Virginia tenía suficiente carácter como para hacerse notar; y como los “niños son pequeñas celosas criaturas”, sus hermanos descubrieron que las palabras podían ser un “arma letal para usar contra ella”. Con el nacimiento de sus hermanos menores, Vanessa adoptó el rol de primogénita, y si bien en ocasiones cuidaba de los más pequeños, otras veces, niña al fin, peleaba con ellos. Lo cierto es que Virginia admiró toda su vida ciertos rasgos de su hermana mayor, a quien llegó a idolatrar. Así lo refleja en una anécdota de infancia en la que las hermanas se encuentran jugando bajo la gran mesa del cuarto de los niños. “¿Tienen cola los gatos negros?”, preguntó Vanessa. “No”, contestó Virginia. Y más adelante

agrega: “Me sentía muy orgullosa porque Nessa me había hecho una pregunta”.

Como ocurre muchas veces con las hermanas mayores, Vanessa era responsable y estaba al corriente de las necesidades de los demás. Se había autoimpuesto, actitud que era de esperar en las mujeres de la época, “ayudar, hacer algo... y no manifestar tímidos deseos, irrelevantes y probablemente caros”. En sus escritos, Virginia recuerda con ternura los esfuerzos de Nessa por ser “lo que la gente llama una *persona práctica*, a pesar de su gran talento para perder paraguas y olvidar recados que revelaba una naturaleza que a veces se complacía en reírse de esas pretensiones”. En la familia todos admiraban la honestidad mental de Vanessa, creían que poseía un sentido común que hacía que “quizá no lo viera todo, pero nunca veía lo que no estaba allí”. Como consideraban que estaba aferrada con demasiado empeño a la verdad, sus hermanos comenzaron a apodarla “Santa”, cosa que la enojaba muchísimo, y según sus palabras, la “[reducía] a las desdichas del sarcasmo” —ya que viniendo de una familia agnóstica, el apodo connotaba la acusación de rigidez y estrechez mental—. De todos modos, siempre primaba la admiración, y para Virginia, el mejor testimonio de la apariencia de Vanessa “es una fotografía y, en este caso, la cara también revela gran parte de su carácter”. “Ves la expresión suave, soñadora y casi melancólica de los ojos —escribió más tarde—; y no sería extraño descubrir en ellos también una especie de indagación y rechazo, como si ya entonces, considerara la cosa que estuviera mirando, y no siempre encontrase en ella lo que necesitaba”.

Pero la admiración o el deseo de que sus hermanos la tuvieran en cuenta no impedía que Virginia, como registró Leslie, se mostrara belicosa: “Miss Virginia, de dos años y medio, araña a su hermano, de cuatro años. Insisto, y al fin consigo una disculpa o un beso. Se muestra muy pensativa durante un rato y luego me pregunta: ‘¿Para qué tenemos uñas, papá?’”.

Lo cierto es que cuando Virginia creció, ella y Vanessa comenzaron a rivalizar por la compañía de Thoby, ya que Adrian, tímido y retraído, no significaba mucha competencia para él. La escena recrea un cuadro victoriano: la belleza y la generosidad de Vanessa se proyectan hacia el hermano varón, que a pesar de su carácter autoritario tiene rasgos encantadores. A su vez, cuando Virginia entra en escena, se dedica con fervor a conquistar a sus hermanos mayores. Todos ellos intentarán perfilar sus respectivas personalidades en un juego constante con los demás, cada uno explotará al máximo sus atributos y se pondrá otra vez

en escena el tema de la belleza. En ese sentido, y dada su vocación plástica, Vanessa percibe, además de la inteligencia y el genio de su hermana menor, su belleza, que le recordaba siempre “un guisante de un particular color ígneo”.

Al tiempo que se adoraban, los hermanos competían y llegaban a sacarse de quicio mutuamente. No debe de haber sido muy difícil para Vanessa y Thoby lograr que el rostro de Virginia se pusiera “púrpura de rabia” hasta adquirir “el más vivo rojo flameante”. Pero estos cambios de humor, recordaría Vanessa, podían ser abrumadores:

«Ella tenía la facultad de crear repentinamente una atmósfera de tormentosa tristeza. Creo que siempre la tuvo —quizás era una característica de los Stephen— pero yo no era consciente de eso hasta que ella las producía. De repente, el cielo se nublaba, y yo me desesperaba. Eso podía durar eternamente, al menos para una niña; y luego se iba.»

Si bien ninguno de los pequeños Stephen fue bautizado, tenían “una especie de padrinos”, pero solamente el de Virginia, James Russell Lowell, a quien Leslie había conocido en los Estados Unidos y que había sido embajador en la corte, parecía tomar su rol con seriedad. Le obsequiaba más dinero que a sus hermanos, e incluso “un pájaro de verdad, en una jaula” lo que provocaba sus celos.^[40] Cuando Virginia nació, Lowell le regaló un *posset dish*^[41] y le escribió un poema. Admirador declarado de Julia, Lowell fue destinatario de la primera carta de Virginia que se conserva.^[42]

A pesar de la competencia o de los celos que pudieran existir entre las hermanas, Vanessa no dejaba de responder al llamado de Virginia cuando la asaltaban terrores nocturnos. En las noches de invierno, Virginia solía entrar “con gran ansiedad” en el cuarto de los niños, para comprobar cómo se extinguía el fuego de la chimenea. Le daba miedo que siguiera ardiendo mientras dormían, sentía temor ante “aquella llamita en las paredes” y para sentirse acompañada, aun cuando estuviera dormida, le preguntaba a su hermana: “¿Qué has dicho, Nessa?”.

La relación presentaba facetas menos armoniosas cuando Leslie incentivaba la rivalidad entre sus hijos, a los que escribía: “Quiero que su madre me diga con toda franqueza y honestamente cuál es su favorito... ¿Acaso no le encanta Ginia? Por supuesto que todo el mundo

tiene que amar a Nessa y que To [Thoby] tiene bastantes admiradores.

De todas maneras, en el vínculo de Vanessa y Virginia siempre primó un fuerte lazo afectivo: desde pequeñas definieron sus dones y sus afectos, y con ello lograron superar la competencia y los celos. Cuando no lo hicieron así, cuando rivalizaron, debieron asumir el dolor y las cicatrices indelebles en una relación que siempre reposó sobre una base de cariño.

Una anécdota de la infancia ilustra la imperiosa necesidad que experimentaban, tanto Vanessa como Virginia, de buscar cada una su propia y diferenciada identidad:

Vanessa tenía nueve años cuando, en forma sorpresiva, mientras estaban en el baño, Virginia le preguntó a cuál de sus padres quería más. Consternada por la crudeza de la pregunta, pero con su habitual sinceridad, Vanessa contestó que prefería a su madre. Acto seguido, Virginia explicó que prefería a su padre, y en esa suerte de reparto más o menos equitativo, pareció que ambas dieron por zanjada la cuestión, es decir, repartieron sus territorios y, como hacen los países, delimitaron sus fronteras. Aunque a Vanessa le pareció que la preferencia de Virginia no era tan segura como la de ella, entendió que “parecía comenzar una época de conversaciones más libres entre nosotras. Si uno podía criticar a uno de sus padres, qué o a quién no podía criticar”.

Por su parte, Leslie correspondía y alentaba el afecto de su pequeña hija. Cuando Virginia tenía tan solo dos años, le comentó a Julia:

«La pequeña Ginia es ya una consumada coqueta. Cuando hoy he dicho que me iba a trabajar, se ha recostado a mi lado en el sofá, se ha apretado fuertemente contra mí, y después, mirándome con sus ojos luminosos a través de los cabellos, me ha dicho: “¡No te vayas papá!”. Me miraba con un aire lleno de malicia. Nunca vi semejante pequeña bribona.»

En cuanto a la educación que recibieron, si bien los pequeños tuvieron institutrices extranjeras, sus aportes fueron casi nulos: ellas aprendieron inglés de los niños, pero no dejaron en ellos conocimientos de sus respectivas lenguas. Con limitada paciencia, y no pocos errores, Julia se esmeró en enseñarles francés, historia y latín a sus hijos, mientras que Leslie lo intentaba sin mejores resultados con las matemáticas.^[43] El resultado fue que Virginia lamentó muchas veces la

falta de educación formal y vivió esa carencia con resentimiento, pero también como una debilidad que se esmeró en superar. De todas maneras, es evidente que a pesar de esa falta, o tal vez gracias a ella, pudo desarrollar su obra creativa de manera rica y personal.

Cabe señalar que la primera ley nacional inglesa de educación es del año 1870, y que la educación pública masiva no se hizo efectiva hasta alrededor de 1899, cuando adquirió rango ministerial. En tanto la educación superior estaba reservada mayoritariamente a los varones de clase alta, y aunque desde 1848 existían el Queen's College — colegio al que asistió la escritora Katherine Mansfield— y el Ladies College, los padres de Virginia no consideraron necesario enviarla a ninguna institución educativa. Esta decisión tenía que ver más con pautas culturales que con consideraciones de falta de mérito, ya que Leslie reconocía la inteligencia de su hija: “Ayer estuve hablando de Jorge II con Gima. Lo asimila todo y, con el tiempo, será escritora”.

En aquella época, lo que la sociedad victoriana esperaba de una niña de su clase era que tuviera buenos modales, un comportamiento adecuado en la sociedad, que recibiera nociones de danza y de música y no mucho más. Virginia recuerda: “Tanto Vanessa como yo éramos marimachos, como se decía entonces; es decir, jugábamos al cricket, nos subíamos a las rocas, trepábamos a los árboles, y se decía que no mostrábamos interés por los vestidos, etcétera”. Además, las hermanas compartían una pasión que incluso continuaron de adultas: la caza de falenas y de mariposas. Para compensar esas tendencias y encauzarlas hacia el modelo burgués de niña victoriana, ambas recibieron lecciones de danza de una profesora vestida de satén negro, con un ojo de vidrio, que “graznaba como un cuervo, y hacía que todas las pequeñas saltaran arriba y abajo como enajenadas”, de quien se escondían en el cuarto de baño en cuanto podían. También tomaban lecciones de piano que les resultaban aborrecibles. Cierta día, las lecciones de canto derivaron en una escena incómoda. La profesora de canto y solfeo era una mujer muy religiosa, y se quedó de una pieza cuando no supieron contestarle qué significaba el Viernes Santo y Virginia comenzó a reírse; hasta que finalmente “se retiró, apresuradamente chillando de risa”. Los hijos habían heredado el agnosticismo de sus padres, y en el caso de Virginia, su convicción se convirtió en una suerte de militancia.[44]

Lejos de cualquier creencia religiosa, tanto Vanessa como Virginia respondieron desde pequeñas a otro tipo de llamado, y eligieron actividades y áreas de acción diferentes. Mientras Vanessa disfrutaba de sus clases de dibujo y se esmeraba haciendo los ejercicios que Ruskin

estableció en su obra *Los elementos del dibujo*, Virginia declaraba que sería escritora. Sin embargo, los mandatos relacionados con lo que se esperaba de las mujeres y con el pudor, mantenían ocultos estos deseos. Cierta vez Virginia oyó que Vanessa decía, mientras dibujaba con tiza blanca sobre una puerta: “Cuando sea una famosa pintora...”, pero de inmediato la invadió la timidez y borró el dibujo. En otra oportunidad, después de ganar un premio en la escuela de arte, le comunicó entrecortadamente a Virginia: “Me han dado una cosa... No sé por qué”. “¿Qué cosa?”. “Bueno, dicen que la he ganado... el libro... el premio, ya sabes”.

Virginia supo, desde pequeña, lo que significaba el juicio de los otros, pues a los nueve años fundó con Thoby un periódico semanal llamado *Hyde Park Gate News*. Vanessa era la editora, y la mayoría de los ejemplares estaban escritos con su caligrafía. A veces, el periódico incluía ilustraciones y como la mayoría de las notas no estaban firmadas, no siempre es fácil reconocer su autoría.^[45] Como Thoby estaba casi todo el tiempo en la Preparatoria Evelyns, Virginia terminó haciéndose cargo del periódico. Vanessa recordaba que solía dejarlo estratégicamente en la mesa, al lado del sofá de su madre, cuando sus padres cenaban; los niños aguardaban expectantes sus comentarios; y mientras Julia lo leía, Virginia “temblaba de excitación”. Finalmente, después de decir “bastante ingenioso, creo [...] dejaba el periódico sin aparente excitación. Pero eso era suficiente para hacer estremecer a su hija; ella había sido aprobada y habían dicho que era inteligente”; esas palabras transportaban en un raptó de felicidad a la pequeña autora.

HYDE PARK GATE NEWS O EL PRIMER ENSAYO DE ESCRITURA

El primer número del *Hyde Park Gate News* que se conserva es el noveno, fechado el 6 de abril de 1891, en tanto el último es del 8 de abril de 1895. Son muchas las lecturas que pueden hacerse de ese periódico familiar, que sirve tanto como documento de la vida de una familia victoriana de clase media alta, como para rastrear los inicios de Virginia Woolf escritora. Inspirado en las revistas que leían los niños de la época —entre las que destacaba *Tit Bits*—, ^[46] el periódico de los Stephen incluye adivinanzas, bromas, una imaginaria correspondencia

de lectores, y las actividades diarias de la familia, tanto en Londres como en la casa de la playa. A través de sus páginas podemos imaginar de qué manera transcurrían los días de la familia Stephen e incluso entrever la personalidad de sus miembros. El tono es satírico, y los autores se valen de la parodia y del humor, ya que su objetivo es divertir a los lectores y lograr su aprobación. Tal vez por eso, aunque se deja constancia de las enfermedades leves, el periódico familiar se puede leer como una crónica de “antes de las tragedias”, en la que se pone especial cuidado en no tocar temas preocupantes o tristes. Por ejemplo, si bien se dice que la madre de Julia está enferma, no se hace referencia a su muerte, en el número fechado dos días después. [47]

En su periódico, Virginia se permite ser irónica y mordaz y no evita criticar a las visitas aburridas o poco interesantes. Queda claro cuáles son sus afectos y necesidades. Desea complacer a sus padres, pero no se priva de parodiar la nostalgia de los mayores por la inocencia perdida: “Debe de ser muy duro para una Madre ver crecer a sus hijos cada vez más, y así dejar atrás el dulce mundo de la niñez, para entrar en el gran mundo de la vida adulta”.

En el *Hyde Park Gate News*, la aparente objetividad del cronista, que se sirve de un lenguaje pretencioso y elaborado, siempre apunta a lograr la sonrisa del lector. Lo que se busca recrear es una atmósfera alegre y sugestiva; y son los noviazgos y lo que se denomina “mercado del matrimonio”, temas propicios para la humorada. Refiriéndose a la visita de dos jóvenes casaderas, el cronista dice: “Pero estamos bastante seguros de que Miss Stella Duckworth saldrá airosa, y se llevará un buen botín del ‘mercado del matrimonio’”.

Las cartas de amor entre supuestos pretendientes y la correspondencia entre padres e hijos reciben un trato similar. Pero además de estas notas de ingenio, Virginia comienza a escribir historias que continúan de un número a otro, a la manera del folletín, como la de un granjero *cockney* [48] o la historia de un *paterfamilias*.

Con el tiempo, y en los números finales correspondientes a 1895, se nota un cambio de estilo y es evidente la mayor pericia de la redactora, que se ocupa, por ejemplo, de seguir las alternativas de la posible compra de la casa que había pertenecido a Carlyle, y así rescatarla “de las garras del tiempo”. Otra de las historias publicadas en el *Hyde Park Gate News* permite inferir que el espíritu del periódico familiar estaba lejos de alentar el feminismo. Su protagonista comienza pensando que “los hombres eran brutos y lo único que las mujeres podían hacer era luchar contra ellos”, pero opta finalmente por el matrimonio. La

preocupación de Virginia Woolf acerca del destino de las mujeres y de cómo debían entenderse las relaciones entre ambos sexos surge en parte de los condicionamientos de la época. La niñez y la adolescencia de los pequeños Stephen coincidieron con el final de una era en la cual los destinos de hombres y de mujeres diferían por completo. Que ellas tuvieran que optar entre seguir los modelos establecidos o desobedecerlos implicaba un alto costo personal y social que podía tener consecuencias incluso en la relación entre hermanos. No bien ingresaban en el colegio y salían de la esfera hogareña, los varones tomaban caminos que a las mujeres les estaban vedados.

Es lo que sucedió en 1891, cuando Thoby comenzó a asistir a la Preparatoria Evelyns, paso intermedio para ingresar en Eton. Sus calificaciones eran oscilantes, pero se esperaba mucho de él y la familia vivía sus logros como acontecimientos relevantes que generaban la expectativa y la ansiedad paternas y a veces desencadenaban conflictos matrimoniales. Al menos, eso es lo que se deduce de la lectura del *Hyde Park Gate News* del 19 de diciembre de 1892, donde se dice que, mirando a su marido como si “hubiera estado discutiendo con él”, Julia lucía triunfante tras enterarse de que Thoby regresaba premiado a casa.

Sociable y admirado por sus compañeros,[49] pero a la vez introvertido y melancólico, Thoby tenía un lado oscuro que quizá sus hermanas ignoraban, pero que preocupaba a Leslie; en sus memorias, este recuerda la vez en que su hijo “permitió que un juguetero compañero de colegio le clavara un cuchillo en la arteria femoral, y cuando retomó el sonambulismo de manera alarmante tras un ataque de gripe”. Como no aprobó el examen de ingreso a Eton, Thoby fue enviado al Clifton College, cerca de Bristol, en 1894. En la nueva institución “comenzó a mostrar aptitudes para el latín y las matemáticas, y durante tres años consecutivos ganó becas otorgadas por la escuela”.

Pero Thoby también era temperamental y, cierta vez, después de padecer una gripe muy fuerte y tras un estado de delirio, se estrelló contra una ventana. Lo cierto es que Virginia no escribió sobre esos episodios en sus memorias; tampoco se refirió a ellos en sus diarios o cartas. Cabe la posibilidad de que, siendo pequeña, no estuviera al tanto de lo ocurrido, y además, ese mismo año 1894, Leslie escribió que tanto Vanessa como Virginia no pasaban por un buen momento y “estaban seriamente deprimidas”.

Para Virginia, Thoby era una figura dominante que imponía su voluntad a los hermanos, y no podía recordarlo luciendo un aire

infantil; era “un muchachito torpe y muy gordo, que apenas cabía en su chaqueta de Norfolk [...] incluso a los adultos les resultaba más bien imponente”. Finalmente, Thoby se transformó en fuente de inspiración de los idealizados muchachos de *Al faro*, *El cuarto de Jacob* y *Las olas*, novela en la que Virginia supo recrear, en el personaje de Percival, su conmovedor y melancólico retrato.

A diferencia de su hermano mayor, Adrian, el menor de los Stephen y benjamín de la familia, preferido y mimado por Julia, que lo llamaba su “alegría”, nunca supo ganarse la admiración de sus hermanas. Es probable que los celos de infancia influyeran en la relación de Virginia con su hermano menor, que incluso, a diferencia de ella —que había sido destetada cerca de la décima semana de vida porque Julia estaba agotada tras una crisis de Laura—, fue amamantado durante al menos seis meses.

A los nueve años, y tal vez porque no lo invitaron a formar parte del *Hyde Park Gate News*, Adrian tuvo la peregrina idea de escribir su propio periódico, pero no cumplió con la fecha que había establecido para su lanzamiento, cuestión que quedó registrada en el periódico familiar. Uno de sus hermanos mayores —quizá Virginia— señaló: “Lamentamos que no fuera el feliz poseedor del espíritu de la puntualidad, que podría ser considerado la piedra angular de un periódico, como también el comienzo de la vida de un hombre de negocios”. El artículo continuaba diciendo, en tono condescendiente, que Leslie había dado a entender a Adrian que debía sumarse al “respetable periódico” existente, antes que iniciar uno nuevo, y que si bien *Hyde Park Gate News* no buscaba nuevos escritores, deseaba, en cambio, darle aquella oportunidad en su joven vida de aspirante literario.

Sus hermanos trataban a Adrian como a un bebé, lo llamaban “enano”, lo mandoneaban y excluían de sus juegos. Además, solían compararlo con el favorecido Thoby. Tampoco la relación con su padre era la mejor. En 1894, Adrian fue enviado a la Preparatoria Evelyns, de ahí pasó como alumno de día al Westminster School; y debido a que sus “progresos escolares eran insatisfactorios”, Leslie decidió ponerlo como pupilo.

Con sus dos hermanos en el colegio, Vanessa y Virginia se relacionaron todavía más estrechamente, y a través de los juegos de la niñez, o dibujando y escribiendo un inocente periódico familiar, comenzaron a forjarse en sus respectivas vocaciones. Lo hicieron subrepticamente, intentando profundizar, cada una en el campo que le

interesaba, a partir de las clases superficiales que recibían. Sin duda, hay un rasgo de seriedad y determinación en esas niñas, que a simple vista concuerda con el prototipo de la jovencita victoriana. A las mujeres de su clase se las educaba para el matrimonio, pero Vanessa y Virginia respondían, no obstante, al secreto llamado de sus sueños. El deseo de ser escritora y la conciencia de lo deficiente de su formación escolar hicieron que Virginia no fuera solo una niña alegre y juguetona, sino que se distinguiera como fina observadora; sus preguntas demostraban que su intelecto y su sensibilidad estaban lejos de quedarse en la superficie de las cosas. Ya que el mundo de las apariencias nunca le interesó y siempre prefirió centrarse en su propia percepción de la realidad, desde pequeña comprendió que para ser el tipo de escritora que deseaba, debía capturar en palabras las sensaciones y las visiones que el mundo le ofrecía.

Como surge de sus diarios, es evidente que su búsqueda encontraba paralelo en la de su hermana, y que ambas se apoyaban mutuamente. A los quince años, Virginia escribió: “Nessa sostiene que nuestros destinos residen dentro de nosotros mismos”.

La casa de la playa

Un año antes del nacimiento de Virginia, durante una de sus caminatas, Leslie descubrió y alquiló en St. Ives — ciudad costera de Cornwall, al sudoeste del país—, “en la mismísima uña del dedo gordo del pie” de Inglaterra, una casa llamada Talland House. Ese sería, desde 1882 hasta 1894, el idílico paisaje de las vacaciones familiares. Pero en el imaginario de Virginia Woolf, St. Ives y Talland House son mucho más que eso, ya que cuando menciona “el más importante” de todos sus recuerdos de infancia, se refiere a una escena primordial originada en las sensaciones que experimentó durante sus vacaciones allí:

«Si la vida tiene un fundamento sobre el que se apoya, si es un tazón que llenamos, llenamos y llenamos, entonces mi tazón, sin la menor duda, se apoya en este recuerdo. Es el recuerdo de yacer medio dormida, medio despierta, en la cama del cuarto de niños en St. Ives. Es el recuerdo de oír las olas rompiendo, una, dos, una, dos, y llenando la playa con salpicaduras de agua; y luego volviendo a romper, una, dos,

una, dos, detrás de una persiana amarilla. Es el recuerdo de oír la persiana arrastrando por el suelo la pequeña bolita de madera del cordón cuando el viento la empujaba hacia afuera. Es el recuerdo de yacer y oír las salpicaduras de agua y ver esa luz, y sentir, es casi imposible que yo esté aquí; de experimentar el más puro éxtasis que me es posible concebir.»

Una gran expectativa se generaba en vísperas del viaje desde Londres hasta la playa. Así que la desgraciada noticia de que “la instructora de los Stephen en el arte de la música” concurriría dos veces por semana —como dice el *Hyde Park Gate News* del 6 de mayo de 1892— era irrelevante pues ese año viajarían antes de lo usual, lo que constituía “una perspectiva celestial para las mentes de los jóvenes que adoran St. Ives y se deleitan con sus numerosos placeres”.⁶⁴

A fines del siglo XIX no era sencillo recorrer los quinientos kilómetros que separan Londres de St. Ives, y los Stephen encaraban el trayecto como si se tratara de una especie de aventura o “éxodo familiar”:

«El señor y la señora Stephen, las muchachas, Adrian (Thoby tal vez venga más tarde de la escuela), Stella y quizá sus hermanos, Sophy, la cocinera, Ellen, la mucama, una institutriz suiza y todo su equipaje en no menos de dos coches, sin duda; los niños, llenos de entusiasmo, mientras iban a la estación de Paddington, a tomar, digamos, el tren de las 10.15 (el de las 9 era insoportablemente malo, porque paraba en todas las pequeñas estaciones imaginables). Y luego el largo viaje, que empezaba con gran animación, mientras el *Cornish Express* recorría a toda velocidad la distancia entre Paddington y Bristol, y llegaba a Temple Meads a las 12.45; aquí podían comprar una canasta con la merienda del almuerzo, a menos, por supuesto, que ya tuvieran sus propios sándwiches. Seguía el viaje, largo, caluroso, húmedo y cada vez con más peleas, hacían sus necesidades en escupideras, y los periódicos, los libros y la *Strand Magazine* se arrugaban y se dejaban en los asientos en una interminable tarde calurosa. Cerca de las cuatro, el tren entraba en Plymouth, y de ahí en adelante el viaje se volvía pausado y lento. Iban vía Turo, y llegaban a St. Erth a las siete menos cuarto. Y entonces a los pasajeros solo les quedaban seis minutos para salir y acomodar sus pertenencias en el pequeño tren del ramal secundario hasta St. Ives. A esas alturas, sin embargo, el entusiasmo ya empezaba a reemplazar al cansancio; los niños habían visto el océano en Hayle, y a partir de allí el

tren viajaba por la costa, bordeando la bahía de Carbis, hasta que llegaba al final de su recorrido en St. Ives, poco después de la siete.»

El viaje oficiaba como ritual de pasaje entre los meses transcurridos en Londres —“la sensación de yacer dentro de una uva y de ver a través de una película amarilla semitransparente”— y el pleno contacto con la naturaleza en St. Ives. Como si pintara un cuadro, Virginia recuerda el amarillo pálido de las persianas, el verde del mar y el plateado de las pasionarias: “Todo sería grande y difuso; y todo aquello que se viera, se oiría al mismo tiempo; los sonidos llegarían a través de ese pétalo o de esa hoja... y serían sonidos que no se podrían distinguir de la imagen”.

La realidad era sinestésica, ya que “la naturaleza del aire sobre Talland House parecía suspender el sonido, para dejarlo caer muy despacio, como si estuviera atrapado en un velo azul gomoso”.

A través de esas experiencias percibidas en una edad temprana, Virginia experimentó la sensualidad que, a manera de raptó, le provocaba la vinculación entre los diferentes sentidos. Percibió lo visual en conjunción con lo sonoro, y como escritora se dedicó a transmutar esas sensaciones en palabras; es así como el mar, la playa y los niños que disfrutaban de esos paisajes viven plenamente en sus novelas *Al faro*, *El cuarto de Jacob* y *Las olas*.

En 1939, dos años antes de su muerte, Virginia continuaba rememorando con claridad la fuerza de esas primeras impresiones que la transportaban en su infancia:

«Aún me hace sentir la calidez, como si todo fuera maduro, zumbante, soleado; oliendo a muchos aromas al mismo tiempo, y formando una totalidad que hasta hoy me obliga a detenerme... tal como me detuve entonces cuando iba a la playa; me detuve en lo alto para mirar hacia abajo, hacia los huertos. Estaban hundidos bajo el camino. Las manzanas se encontraban a la altura de mi cabeza. De los huertos brotaba el murmullo de las abejas; las manzanas eran rojas y doradas; también había flores en tonos rosados, y hojas grises y plateadas. El zumbido, el arrullo de las palomas, el olor, todo parecía apretarse en forma voluptuosa contra una membrana, pero no para romperla, sino para susurrar a nuestro alrededor, hasta transportarnos en un raptó, tan absoluto, que me detuve, olí, miré.»

Y como el místico que cree que no puede transmitir la magnitud de su experiencia, concluye: “Pero, una vez más, no puedo describir aquel

rapto. Fue rapto antes que éxtasis”.

Talland House era una casa de mediados del siglo XIX que inauguró una costumbre que Vanessa y Virginia conservaron toda la vida. Enamoradas de sus recuerdos y de la naturaleza, ambas buscaron siempre refugios fuera de la ciudad. Pero Talland House quedó asociada a la idea de la felicidad, motivo más que suficiente para que Virginia llamara Little Talland House a la primera propiedad que alquiló en Sussex.

Al recordar las vacaciones de su infancia, Virginia elidió toda idea de estatismo, evitó presentar el recuerdo como una imagen fija; sentía que de una u otra manera debía “incorporar también a este recuerdo la sensación de movimiento y cambio”, ya que en la infancia “nada se mantenía estable durante mucho tiempo”.

El lugar fue tan fecundo y sus vivencias allí tan intensas que durante el resto de su vida, cuando evocaba St. Ives, tenía la sensación de estar allí nuevamente. Pero también era consciente de las mil cosas que olvidaba. Una vez leyó una autobiografía en la que la autora decía que había visto a Virginia y a Vanessa “corriendo desnudas por la playa. O siendo remolcadas hacia el mar [entre las piernas de Leslie]”; pero no recordaba nada de eso.

A pesar de los olvidos, conservaba la posibilidad de regresar a su infancia y a St. Ives cuando lo deseaba, y de representar sus recuerdos a la manera de escenas. Incluso le parecía que lograba una especie de visión más real que la de su presente, y se preguntaba:

«¿No será posible —a menudo me lo pregunto— que todas las cosas que hemos sentido con gran intensidad lleguen a tener vida propia, fuera de nuestra mente? ¿Que de hecho aún existen? [...] Lo veo —el pasado— como una gran avenida que se prolonga hacia atrás; una larga serie de escenas, emociones. Y allá, al final de la avenida, todavía están el huerto y el cuarto de los niños.»

Como si esa avenida se abriera a varios cuartos posibles, recorría y penetraba cada recoveco hasta agotar la experiencia, buscando allí las intensidades, sensaciones y visiones que quería conservar, para volcarlas luego en cada una de sus novelas. En “Apuntes del pasado”, Virginia, admiradora de Proust, se cuestiona por qué algunos hechos se recuerdan y otros no, y agrega que las cosas que no se recuerdan pueden ser tanto o más importantes que las otras.

«Cuando era niña —escribe—, mis días transcurrían, al igual que ahora, entre algodones, en este no-ser. En St. Ives pasaban las semanas, una tras otra, sin que nada hiciera mella en mí. Hasta que, sin motivo aparente, hubo una conmoción repentina y violenta; algo ocurrió con tanta violencia que lo he recordado toda mi vida.»

A continuación, describe tres ejemplos de esas irrupciones. En el primero recuerda una pelea con Thoby. Ella levantó el puño para pegarle a su hermano, pero interrumpió el movimiento mientras se preguntaba: “¿Por qué causar daño a otra persona”. Y recuerda: “Bajé la mano de inmediato, me quedé quieta y dejé que me golpeará. Recuerdo la sensación. Era una sensación desoladora”.

La segunda irrupción también ocurrió en el jardín de St. Ives. Virginia miraba unas flores delante de la puerta de entrada. De repente le pareció “con toda claridad que la flor era parte de la tierra; que un círculo rodeaba lo que era la flor, y eso era la flor real: parte tierra, parte flor”. Y decidió que no debía olvidar “ese pensamiento porque seguramente [le] iba a ser muy útil más adelante”[50] El momento indicado para utilizar esa visión-sensación coincidió con la escritura de sus novelas. Es así como mientras escribía *Las olas*, su convicción era que debía escribir como si fuera un niño, sobre “la infancia”, aunque no precisamente sobre su infancia.

El tercer ejemplo de lo que Virginia llamó violentas impresiones sucedió cuando oyó comentar a uno de sus padres, en la cocina de St. Ives, que un conocido de la familia se había suicidado. En un “trance de horror, sentí que me arrastraban, sin poder evitarlo, al fondo de un pozo de absoluta desesperanza del que no podía escapar”.

Analizando los ejemplos, Virginia descubrió que en dos de ellos la desesperación se convirtió en impotencia. “Pero en el caso de la flor —dice—, encontré un motivo, y así pude enfrentarme con la sensación”. La capacidad de explicar las sensaciones era su manera de canalizarlas en forma positiva, y esa explicación “amortigua[ba] la fuerza del golpe del mazo”.

Con los años y gracias a su genio, Virginia logró sublimar, a través de la escritura, la fuerza de esas y otras impresiones. Y cuando ya había escrito la mayor parte de su obra, señaló: “A pesar de que tengo la particularidad de recibir estos golpes bruscos, ahora son siempre bienvenidos; después de la primera sorpresa, siempre siento al instante que son especialmente valiosos”; el golpe siempre va seguido de la

necesidad de explicarlo. “Es mi capacidad de recibir golpes lo que me hace escritora”, supone Virginia.

Mientras que cuando era niña tenía la sensación de que un enemigo oculto propinaba esos golpes “detrás del confort de la vida cotidiana”, como escritora consagrada, considera que esos momentos se transforman en revelaciones y en “la demostración de la existencia de algo real que se encuentra detrás de las apariencias”. Una vez expresadas en palabras, esas visiones adquieren “el carácter de algo íntegro”, y así pierden la capacidad de causar daño.

Lejos de una remembranza edulcorada de la infancia, Virginia expone, tanto en sus novelas como en sus escritos autobiográficos, cuánta fragilidad tiene la niñez, cuánta impotencia, cuánta incapacidad de procesar y de comunicarse. El recuerdo de la suya se actualiza en el diálogo que sostienen dos mujeres adultas en *Los años*:

«—Qué vida tan espantosa llevan los niños, ¿verdad, Rose? —dijo Martin haciéndole un gesto con la mano mientras cruzaba la sala.

—Sí —respondió Rose—. Y no pueden contárselo a nadie —añadió.»

A pesar de la violencia de algunas impresiones y de los sinsabores de la infancia, Virginia consideró que la suya había sido feliz. Sobre todo en lo referente a St. Ives, un enclave todavía agreste y que conservaba su singularidad, ya que la línea de trenes que llegaba a St. Erth se había inaugurado recién en 1870, y la ciudad no pasaba de ser un poblado de pescadores, ventosa, ruidosa, sin ninguna arquitectura ni arreglo particular, salvo una iglesia de granito, el Malakoff —monumento construido después de la Guerra de Crimea— y la visión del faro de Godvrey, erigido en 1859. Durante el verano, una banda tocaba música mientras se realizaba la acostumbrada regata. Además había competencias de natación y cada cinco años se solía bailar alrededor del Knills Monument, uno de los lugares favoritos de Julia, y la pareja que danzaba por más tiempo ganaba un simbólico *shilling* o chelín. Los encantos pueblerinos y la facilidad de acceso que significó el arribo del tren concitaron la llegada de pintores que, como Whistler y su ayudante Walter Sickert, encontraban inspiradores sus parajes. Este último le contó a Vanessa, muchos años después, cuánto le impresionaba divisar las siluetas de Julia y Leslie cuando paseaban por los alrededores.

Pero la llegada de los pintores y la apertura de la primera galería

artística, en 1887, contribuyeron al cambio de la fisonomía del lugar; en 1893, cuando comenzó a construirse un hotel que tapaba la vista de la bahía, los Stephen pensaron en abandonar lo que consideraban hasta ese momento su paraíso. Tampoco se sentían muy a gusto ante la invasión de los pintores, cuestión que Julia, la madre de Virginia, puso en evidencia con cierta mofa en “The Wandering Pigs” (Los chanchitos vagabundos), uno de los cuentos que escribió para niños. Los protagonistas del relato son tres chanchitos que viven en los acantilados. Uno de ellos, Curly, ve un “mono pintando”:

«Curly, que nunca fue tímido, subió a ver qué sucedía. Se sorprendió bastante cuando vio, sobre el pedacito de tabla delante del mono, los botes de velas marrones y el cielo azul avanzando a toda velocidad hacia el pequeño puerto.

—Válgame Dios, es usted muy listo — exclamó Curly.

—Y usted es muy educado —respondió el mono, echando una mirada alrededor—. ¿Es usted crítico de arte?»

Para los hermanos Stephen las vacaciones fueron sinónimo de libertad, de largas caminatas, de cricket —sus hermanos llamaban a Virginia el “demonio lanzador”— también navegaban, nadaban, sacaban fotos, recolectaban plantas. La casa era grande, lo suficiente como para albergar a la numerosa familia, los criados y los huéspedes, aunque algunos, como el escritor Henry James, se alojaban en un hotel cercano. El jardín era el lugar propicio para el encuentro de adultos y niños, pero es probable que no existiera demasiada privacidad. Así lo refleja Virginia Woolf en *Al faro*, en el momento en que Lily Briscoe se sobresalta, sintiéndose observada mientras pinta “a Mrs. Ramsay, sentada en la ventana con James”.

Pero el jardín, como piensa Louis en *Las olas* mientras los demás desayunan, es también el lugar para quedarse al fin solo y dejarse invadir por las sensaciones:

«Es muy temprano, antes de las clases. Flor tras flor puntean la profundidad verde. Los pétalos son arlequines. Los tallos surgen de los negros hoyos. Las flores nadan como peces de luz en la superficie de las oscuras aguas verdes. Sostengo un tallo en la mano. Soy el tallo. Mis

raíces descienden hasta las profundidades del mundo, a través de tierras secas, de roca, a través de húmedas tierras, de vetas de plomo y de plata. Soy todo fibra. Todos los temblores me estremecen, y el peso de la tierra oprime mis costillares. Aquí, mis ojos son hojas verdes que no ven [las olas].»

Tal comunión con la naturaleza inspira reverencia, un sentimiento místico; pero para los niños Stephen la vida silvestre también estaba asociada con la diversión. Cada verano, todos en St. Ives anhelaban que aparecieran los bancos de sardinas. Un vigía con telescopio vigilaba el mar a la espera de su aparición, pero para Virginia y sus hermanos ese momento nunca llegaba[51] y debieron esperar hasta 1905, tras la muerte de Leslie, para oír el cuerno del vigía, presenciar la agitación de las barcas saliendo tras los millares de sardinas y experimentar el suspenso que precedió el momento en que lograron atraparlas.

Otro de los posibles placeres era realizar una excursión en bote al faro. Un sábado por la mañana, el clima se presentaba perfecto, y Leslie invitó a Thoby y a Virginia a navegar hasta allí, pero, como ella anotó en su diario, “Adrian Stephen estaba muy decepcionado porque no lo dejaron ir”.

La frustración de Adrian reaparece en la del pequeño protagonista de *Al faro*, quien no logra, hasta la adolescencia, participar de la ansiada excursión. Según escribió Virginia en su diario, ese no fue el caso de Adrian, que consiguió ir a navegar y pasarlo muy bien, pero en la novela, la frustración del niño es uno de los momentos más patéticos y remite a la idea de que no todo es placer en la infancia y la primera juventud. En el libro, años después de la excursión frustrada, dominándolos “de nuevo con su malhumor y su autoridad”, Mr. Ramsay obliga a sus hijos a acompañarlo en bote hacia el faro, en tanto Cam y James se juran “en silencio, mientras caminaban codo con codo, ayudarse y mantener esta gran alianza: enfrentarse con la tiranía hasta morir”. La escena sirve para expresar la enorme tensión entre padre e hijo, y el conflicto de la hija, dividida en sus afectos, expuesta “a correr este riesgo, a esta intensidad y división de sentimientos, a esta tentación extraordinaria” de caer bajo el dominio afectivo del padre:

«Sí, pensaba James implacable, viendo el perfil de la cabeza de su hermana contra la vela, ahora cederá. Se quedaría solo para luchar contra el tirano. Quedaría él solo para continuar la lucha, para hacer

honor al pacto. Cam no será capaz de enfrentarse con la tiranía hasta morir, pensaba sombrío, observando la cara, triste, hosca, débil.»

En la primera parte de *Al faro* los niños son más felices “que nunca”, pero también saben —tanto su madre como su padre se encargan de transmitírselo— que existen “problemas eternos: el sufrimiento, la muerte, los pobres”. Son niños hipersensibilizados, llamados a “saber desde la infancia que la vida es difícil, que con la realidad no se puede jugar, que para el viaje hacia esa tierra de fábula en la que se extinguen nuestras más ardientes esperanzas, donde naufragan nuestras frágiles barquillas en medio de las tinieblas [...] lo que hace falta es, sobre todo, valor, sinceridad, fuerza para conllevar los padecimientos”.

El juicio de los padres, el respeto que inspiran y la necesidad de agradecerles producen una gran tensión en los niños. Virginia sabía muy bien que el deseo de agradar podía llevarlos a todos, en especial a las mujeres, a aceptar cualquier sacrificio. Algo así sucedió en su infancia, cuando descubrió que le gustaba pescar, pero después de oír a Leslie decir “no me gusta ver cómo se pesca un pez, pero tú puedes ir si quieres”, sintió que las palabras de su padre extinguían poco a poco su pasión: “cesó mi deseo de pescar”.

A fin de cuentas, jugar con su perro Shag[52] o cazar mariposas nocturnas eran alternativas que tanto Leslie como Julia festejaban. La técnica consistía en empapar un trapo con ron y miel, lo que atraía a un sinfín de insectos y a las esperadas mariposas nocturnas. Había que quedarse despierto hasta tarde y acercarse sigilosamente para atraparlas y agregarlas a la colección. En *El cuarto de Jacob* los niños coleccionan insectos, cazan mariposas nocturnas y las clasifican con rigor científico:

«Las alas superiores de la mariposa que Jacob sostenía entre los dedos ostentaban, sin la menor duda, manchas en forma de riñón, de un color amarillo rojizo. Pero en las alas inferiores no había en modo alguno las formas de media luna [...] El Morris la llamaba “insecto extremadamente local que se encuentra en tierras pantanosas o húmedas”. Pero el Morris a veces erraba. Y a veces Jacob cogía una pluma de plumilla muy fina y anotaba una corrección al margen.»

En sus novelas, Virginia escribió muchas anécdotas de la niñez. Como sucedía en Talland House, en *Al faro* hay una escena en la que la cocinera envía al cuarto de los niños comida en una canasta atada a una

cuerda. En sus recuerdos, Virginia retomó el hecho: “Puedo recordar la sensación del pesado cesto, y de la cuerda liviana”. De todas maneras, referirse a la infancia o retomar el hilo de los recuerdos no implicaba sentimentalismo y en ese sentido, mientras escribía *La olas*, insistía: “Esto será la Infancia, pero no será mi^a infancia”.

Los jardines de Kensington

El regreso a Londres implicaba un gran cambio. Lejos quedaban la libertad y las distancias abiertas, y los cuatro hermanos Stephen debían conformarse con los Jardines de Kensington, un paseo obligado que, si bien deslucía al lado de las magníficas excursiones a la casa de la playa, tenía sus peculiaridades. Apenas unos minutos de caminata separa la casa de la familia Stephen, en el 22 de Hyde Park Gate, de los Jardines de Kensington; Virginia podía entrar allí por la Gloucester Road o por la Queen’s Gate. Junto a cada entrada se sentaba una vieja. La vieja de Queen’s Gate, flaca, alta, “demacrada, con cara de chivo, amarilla y picada de viruelas”, vendía nueces y cordones de zapatos, mientras que la otra anciana, bajita y rechoncha —“pobrecitas, es la bebida la que las pone así”, decía Kitty Maxse, la amiga de Vanessa—, ofrecía globos. El aburrimiento que los niños sentían ante la monotonía de los dos obligados paseos diarios cesaba cuando ponían sus barquitos a navegar en el estanque, comenzaban a contarse largas historias o cuando, mientras comían chocolate, leían *Tit Bits*, su revista favorita.

Aunque el Broad Walk no se comparaba con las caminatas en St. Ives, podía deparar sorpresas, como una vez en que Vanessa y Thoby hallaron el esqueleto de un perro cerca del Flower Walk. También estaba el Round Pond, en el que lanzaban sus pequeños botes y donde Virginia vio hundirse el suyo. Meses después, tuvo la suerte de llegar al lugar justo en el momento en que unos hombres, que dragaban el lago, lo recuperaron, y logró que se lo devolvieran.

Como dejó registrado en su diario, también solía pasear con Leslie hasta el Serpentine: “...perezosamente nos sentamos en dos butacas; y nos recostamos allí por hora y media, mirando el río”. Pero, sin duda, uno de los mejores momentos era cuando los chicos podían patinar sobre el hielo en febrero, mes en que las aguas se congelaban en el Round Pond.

La zona de Kensington, aunque desprovista del romanticismo de St. Ives, aparece una y otra vez en los libros de Virginia Woolf, quien rinde así su enamorado homenaje a la ciudad. Las visitas al Albert Memorial, el South Kensington Museum —ahora Victoria and Albert Museum—, el Science Museum y el Natural History Museum, formaban parte de la vida cotidiana de los hermanos Stephen. Pero la ciudad también dejaba traslucir escenas de sordidez, y Virginia grababa en la mente esas experiencias. En una ocasión, se le cayó el reloj mientras patinaba. Un hombre lo encontró y, al devolvérselo, le pidió dinero, por lo que una amable señora le ofreció unas monedas de cobre. “[Pero] el hombre dijo que solamente aceptaba monedas de plata; y la señora hizo un gesto negativo con la cabeza y desapareció”.

A través de ese tipo de circunstancias Virginia descubrió que el sinsentido, lo siniestro o lo grotesco podían irrumpir en los momentos cotidianos. Algo así sucedió aquella vez en la que cuenta: “El muchacho idiota saltó con la mano extendida, maullando. Tenía los ojos rasgados y rojos, y yo, sin decir palabra, con una muda sensación de horror, le volqué en la mano una bolsa de *toffee* ruso”. La impresión no terminó allí; por la noche, mientras se bañaba con Vanessa, volvió a sentir un horror mudo y otra vez la embargó una tristeza desesperada. Sujeta, como estaba, “a toda una avalancha de significado”, no pudo explicar lo que le sucedía y no le dijo nada a su hermana.

En otra oportunidad, Vanessa y Virginia vieron a un exhibicionista que merodeaba por Hyde Park Gate, escena que Virginia trasladó a *Los años*. Allí, Rose, la pequeña protagonista criada en Kensington, sufre un patético encuentro después de escapar de su casa, impulsada por el deseo de “cumplir una misión” en una tienda vecina; mientras se dirige allí, la niña imagina que es una heroína que lucha contra sus enemigos:

«Al pasar junto al buzón, la figura de un hombre apareció bruscamente bajo la luz de la farola de gas.

“¡El enemigo! ¡El enemigo! ¡Bang!”, gritó Rose para sus adentros. Oprimió el gatillo de la pistola y miró al hombre a la cara cuando se cruzó con él. Era una cara horrible: blanca, pelada y picada de viruela; dirigió una sonrisa repulsiva a Rose. Alargó el brazo como si quisiera detenerla. Rose pasó veloz ante él. Y el juego terminó.

Rose volvía a ser ella, una niña de corta edad que había desobedecido a su hermana y que, calzada con los zapatos de estar en casa, buscaba la seguridad en la tienda de Lamley.»

Al regresar de la tienda, cuando la niña vuelve a su casa, se encuentra otra vez con el hombre:

«Apoyaba la espalda en la farola, y la luz de gas vacilaba sobre su cara. Cuando Rose pasó, el hombre se lamió los labios. Emitió una especie de maullido. Pero no alargó las manos hacia Rose; estaba desabrochando su ropa.»

CAPÍTULO III - Educación sentimental

Momentos perturbadores

DE pequeña, Virginia divertía a los adultos con sus ocurrencias, pero también entretenía a los niños; como la vez en que perdió las bragas, se escondió detrás de un arbusto y, para distraer la atención del público, cantó lo más alto posible “La última rosa del verano”. Tales actitudes le valieron un apodo familiar, y así como Vanessa era —muy a su pesar— la “Santa”, Virginia recibió el mote de la “Cabra”. En la correspondencia con sus familiares y amigos más íntimos, ese apodo aparece una y otra vez, y es imposible no asociarlo con una personalidad extrovertida o por lo menos extravagante.

Además de perspicaz y divertida, la Cabra era también una buena narradora de cuentos. En tiempos en que Thoby estaba en la escuela, cuando las niñas se acostaban, Virginia solía contar historias. Las hermanas tenían un ritual que comenzaba con las palabras de Nessa, dichas con parsimonia:

«Clémont, hija querida, dijo la señora Dilke” —en alusión a los vecinos de la familia—, y continuaba con los “locos relatos” de los Dilke y su institutriz, que después de encontrar bolsas de oro bajo el suelo, celebraban espléndidas fiestas en las que comían los platos favoritos de los pequeños Stephen: huevos fritos “con mucha panceta crujiente”. Virginia contaba sus cuentos en uno de los dos cuartos de niños de la casa; en el que dormían los pequeños junto con sus institutrices. Ella tenía seis años cuando, en esas habitaciones, los cuatro hermanos enfermaron de tos ferina y perdieron mucho peso.^[53] Para que se recuperaran, su abuela Maria los llevó a Bath. Virginia nunca recobró la

redondez de la infancia, y a esa temprana edad adquirió los rasgos esbeltos y finos que conservaría toda su vida.»

Entre las fotos de su adolescencia, hay una tomada en 1896, en la que está junto a Vanessa y Stella. A la languidez que tal vez buscaban las modelos y el fotógrafo, se suma la expresión de melancolía. No hay frivolidad en las poses; hay miradas perturbadoras, misteriosas e inquietantes. Lo mismo ocurre en la fotografía en la que Julia está apoyada en un árbol, delgada en extremo, con los ojos hundidos y muy abiertos, fijos en un más allá en el que descreía. En la foto de las hermanas, se puede observar de izquierda a derecha a Vanessa, a Stella y a Virginia; debajo del torso de cada una, figuran sus respectivos nombres y apellidos escritos con tinta. Vanessa Stephen mira al espectador, toda ella ojos y determinación, como si estuviera eligiendo un modelo para un dibujo y todavía no supiera si vale la pena o no pintarlo. A su lado Stella Duckworth, la mayor, ya una mujer, de perfil y con la cabeza inclinada, mira hacia abajo. De apreciable belleza, esconde la mirada con timidez. Finalmente, está Virginia Stephen. Delgada, es la única con los labios apenas entreabiertos y la vista perdida a lo lejos; podría estar cavilando en cómo expresar, con palabras, la sensación que tuvo al contemplar cierta flor. Hay algo de pasión contenida en esos rostros. Vistos superficialmente, los Stephen representan la típica familia victoriana de clase alta, en la que los hijos varones aspiran a educarse en excelentes colegios y a conseguir después puestos destacados en la sociedad, mientras que las mujeres toman unas pocas clases en el hogar, se dedican al cuidado y a la atención de los demás y, si el destino les es propicio, esperan un buen matrimonio. Sin embargo, es posible advertir, observando los rostros en esa foto, una predeterminación del destino de las hermanas. Mientras Stella parece aceptar con humildad su rol de joven victoriana, en Vanessa y Virginia se pueden adivinar los gérmenes de secretas aspiraciones. Con o sin conciencia de ello, las hermanas establecieron una alianza que duró toda su vida. Conocedora de la inteligencia y el don para las palabras de Virginia, y debido a su propia timidez, Vanessa dejaba que su hermana menor fuera su portavoz. Por su parte, Virginia, seducida por la apariencia de su hermana, su sólida y hasta monumental belleza que le recordaba la de una diosa, valoraba especialmente el vínculo establecido entre ambas.

En aquella foto hay una ausencia. Sabemos que fue tomada en 1896, momento en que Laura, la hija de Leslie, ya no vivía con la familia, pero cabría preguntarse si de estar presente hubiera sido incluida en la foto grupal. En el año en que Virginia vino al mundo, Laura cumplió los doce años. Había sido una beba prematura, que nació tres meses antes de la fecha prevista y a la que debieron tratar con infinitos cuidados, envolviéndola en paños durante varios meses para mantenerla a una temperatura adecuada. Mientras Minny vivió, su hija recibió las mayores atenciones y cuidados. Como Laura rechazaba algunas comidas, lejos de forzarla, su madre la alimentaba con una dieta que toleraba, a base de leche de cabra y frutas. La mayor preocupación de Minny fue la lentitud con la que Laura se desarrollaba, [54] pero ni ella ni Leslie vincularon ese rasgo con algún tipo de trastorno. Cuando Minny murió, Anne Thackeray cuidó y dio cariño a su sobrina; también se ocupó de ella Caroline Emelia, la hermana de Leslie, que intentó vivir con ellos, pero que a causa de la tensa relación con el hermano y su propio agotamiento, se desmoralizó al cabo de tres semanas. Mientras tanto, Leslie comprobaba que Laura no evolucionaba de modo normal. Uno de sus intentos por encarrilar la situación fue ceder el mando a una institutriz alemana, pero su influencia no sirvió de mucho, además de que la decisión le creó problemas con Anne, que sintió su poder menoscabado. Las cartas de Leslie a su por entonces amiga Julia dan testimonio de sus dudas y ansiedades respecto de su hija. Estaba a punto de contratar a una gobernanta cuando Julia aceptó casarse con él, y al hacerlo tomó a Laura a su cargo.

Cuando Leslie y Julia se casaron, Laura tenía ocho años; el hijo mayor de Julia, George, diez; Stella estaba cerca de cumplir nueve y Gerald tenía siete años. La convivencia de los niños no fue sencilla. En mayo del año siguiente nació Vanessa; su parto no fue fácil y Julia tardó unos meses en recuperar las fuerzas. Aun así, entre noviembre y diciembre, corrió a socorrer a su madre, aquejada de fiebre reumática en Eastnor Castle, cerca de Ledbury. El casamiento no coartó su decisión de estar junto al lecho de enfermo de cuantos la necesitaran —incluso, ya comprometida con Leslie, asistió a su tío Thoby Prinsep en los momentos finales—, [55] y seis meses después del nacimiento de su segundo hijo, al que llamó Thoby en su homenaje, se dirigió a Upton Castle, donde acompañó y cuidó a su hermana Adeline, que murió el 14 de abril de 1881.

Nueve meses después, el 25 de enero de 1882, nació Virginia. Según Leslie, ese fue el año en el que su preocupación por Laura alcanzó un

punto culminante. Por su parte, Julia agotada por las demandas que le suponían enfermos y moribundos,[56] solo amamantó a Virginia durante diez semanas y dejó que las niñeras se ocuparan de los niños. Aunque Leslie sufría el abandono de su mujer, se admiraba de los esfuerzos de los que era capaz. Entre tanto, Laura seguía apartada en su mundo privado e inaccesible. Era una niña bonita, “que hubiera sido una belleza de no haber sido por su mirada en blanco, pero su imaginación era un mundo cerrado cuya clave nunca nadie pudo encontrar”. Podría decirse que ni Julia ni Leslie supieron o pudieron hacer algo por ella. A fines de la década de 1880, Laura vivía separada de los demás, aunque en la misma casa. Atender a la numerosa familia era extenuante; además, en 1887, Julia estuvo junto a su padre cuando murió y seguía ocupándose de su demandante y enfermiza madre. Fue al año siguiente cuando los niños enfermaron de tos ferina.

Por entonces Leslie continuaba con su labor periodística y con su intenso trabajo en el *Dictionary of National Biography*,[57] brindaba veinte conferencias sobre literatura inglesa en el Trinity College, Cambridge —tarea que consideró una “metida de pata”—, y escribía la biografía de su amigo Henry Fawcett. Corría el año 1888, cuando agotado, finalmente sufrió un colapso; un “serio ataque”, y uno de menor envergadura al año siguiente. En sus memorias cuenta que, durante varios años, tuvo el sueño muy ligero y necesitó de la ayuda de narcóticos. Su estado de excitación lo llevó a estar muchas horas despierto y a merced del “ataque de ‘los horrores’”. Esto afectó el descanso de Julia que, esmerada en la cabecera de la cama de su marido, era la única capaz de tranquilizarlo y ponerlo “a dormir como a un bebé”. Esa crisis fue un punto de inflexión para Leslie[58] Obligado a hacer un reposo laboral, es probable que las circunstancias vinculadas a su enfermedad decidieran el destino de Laura. Ella había sido una fuente de irritación e inquietud durante muchos años, y los métodos de educación propios de la era victoriana, que Leslie y Julia practicaban, no habían dado buenos resultados. Laura hablaba con dificultad, tenía tics nerviosos y podía reaccionar con violencia. No aprendía a escribir, hablaba casi sin parar, y podía chillar o escupir la comida.

Es imposible, a la distancia y con los documentos con los que se cuenta, definir cuál era el problema que la aquejaba. En principio, tanto Leslie como Julia pensaron que, con el adecuado rigor y disciplina, lograrían encauzarla. Cuando Virginia nació, todavía intentaban que aprendiera a leer correctamente. Según parece, creían que podían inducirla a comportarse siguiendo un método de recompensas y

castigos, pero la crisis consecuente fue abrumadora y con el tiempo terminaron medicándola y sedándola.[59] No es difícil imaginar que la pobre Laura haya dejado de recibir el afecto y atenciones necesarias desde la muerte de su madre. Noel Aman, el biógrafo de Leslie, relata que al recibir una visita de su tía Anne Thackeray, en Hyde Park Gate, “la niña corrió hacia ella riéndose y radiante al abrazar al único adulto que podía recordar, le había demostrado amor”.

En esa época se esperaba que los niños fueran virtuosos y obedientes, y Leslie veía en el comportamiento de Laura una “perversidad” que lo azoraba. Lejos de advertir —como se alentaba en los niños— que los castigos que recibía eran por su bien, Laura reaccionaba con violencia y terquedad. La relación padre-hija fue una tortura para ambos. Leslie veía que la niña no se comportaba como él esperaba, y tampoco recibía el reconocimiento ni las atenciones a los que estaba acostumbrado como padre. Por su parte, Laura era una criatura incomprensible, a la que se le exigía que se convirtiera en la clase de persona que su padre esperaba que fuera. A fines de 1886, cuando Laura contaba con dieciséis años, vivió por un tiempo en el campo, al cuidado de una mujer. Para que se reuniera con su familia, y como por entonces no la consideraban “totalmente incapaz”, la pusieron en el tren con destino Cornwall, donde Leslie debía esperarla. “Fue un viaje largo y complicado, y cuando Leslie encontró el tren en el empalme, descubrió las maletas, pero no a Laura, a quien llevaron por error a Penzance. [Ella] Tuvo que pasar la noche allí, le preguntó al mozo de cuerda qué podía hacer y el jefe de estación la mandó a una residencia”. Que Laura haya podido comunicarse y viajar sola da a entender que la familia consideraba que podía manejarse con cierta independencia.

Mientras creyó que podría encauzar a su hija, Leslie no quiso institucionalizarla, pero en 1891 Laura fue internada en un asilo y, salvo un par de veranos en los que se reunió con la familia en St. Ives, no volvió a vivir con ellos. En una de las ocasiones en las que se reunió con sus hermanos, el *Hyde Park Gate News* señala que *Her Ladyship of the lake* [alusión a La dama del lago] había llegado a pasar las vacaciones con la familia, asociando así a Laura con el lago, con el agua, con lo sumergido e impenetrable, con los misterios del inconsciente. Como La dama del lago,[60] personaje de las leyendas del rey Arturo que rapta a Lancelot para llevarlo a vivir con ella en su palacio de las profundidades, Laura vivía en un mundo propio. Aunque su presencia fue ineludible durante los primeros años de la niñez de sus

hermanos,[61] Virginia se desvinculó emocionalmente de ella, y en su vida adulta apenas la menciona. También es significativo señalar que nunca se refirió a ella llamándola hermana, como lo hacía con Stella, sino más bien como la “nieta de Thackeray”. Por su parte, Quentin Bell, hijo de Vanessa, escribió:

«En la medida en que puedo entenderlo, sus hermanastras la consideraban una diversión [*sic*]. Le escribían cartas, la trataban, supongo, más o menos como a una igual; pero Laura podía hacer cosas desconcertantes: arrojar con calma un par de tijeras al fuego. Y debió de haber, a medida que crecían, algo inquietante a su alrededor.»

Por un tiempo, todos intentaron que Laura se comportara como sus hermanos: Leslie le daba algunas lecciones, sus hermanos le escribían cartas; incluso intentaba leer *Robinson Crusoe* o *Alicia en el país de las maravillas*. Pero en sus memorias, escritas después de perder las esperanzas de que pudiera ser como sus otros hijos, Leslie se refiere a ella utilizando términos como “mentalmente deficiente”, reconoce que requería “un tratamiento especial”, y deja en claro cuánto le molestaban sus “maneras inarticuladas de pensar y hablar”. En *The Flight of Mind* [El vuelo de la mente], Thomas C. Caramagno sostiene:

«Los médicos del siglo XIX solían diagnosticar mal los desórdenes afectivos, consideraban que la esquizofrenia y el autismo infantil implicaban algún retardo, ya que los desórdenes de humor, metabolismo y pensamiento interfieren con la atención, la performance cognoscitiva y la memoria; de hecho los psicólogos victorianos consideraban el retraso “una característica fundamental del humor depresivo”. Además, los victorianos preferían pensar en niños anormales como retardados más que como locos, como anñados más que como psicóticos, y Leslie aparentemente compartía esta creencia popular.»

En sus memorias Leslie se pregunta si Laura podría haber heredado sus problemas de su abuela materna, pero él mismo le quita fundamento a su razonamiento. Aunque es sabido que la madre de Minny sufrió una “psicosis posparto”, no hay referencias de que tuviera, antes de ese episodio, algún comportamiento llamativo o especial. Por lo demás, en vida de su primera mujer, Leslie nunca tuvo ningún indicio

de que Minny padeciera algún tipo de trastorno o afección nerviosa. No deja de resultar llamativo que, a pesar de que en su propia familia había casos de desequilibrio y hasta de locura —basta pensar en su padre, en su hermano Fitzjames o en su sobrino Jim—, a Leslie no se le ocurrió escribir que Laura pudiera haber heredado esas características de su propia familia. Incluso él mismo había sido un niño difícil y nervioso, cuyas peculiaridades habían preocupado a su madre al punto de hacer una consulta médica.[62]

Para la historia oficial de la familia, Laura terminó siendo la idiota, un ser sumergido, inexplicable, incoherente. A diferencia de las crisis nerviosas acotadas temporalmente que sufrieron James Fitzjames, Leslie y Virginia Wolf, e incluso a diferencia del trágico destino de Jim Stephen, Laura vivió en un mundo ajeno a la comunicación intelectual que su familia practicaba, y pocos pudieron relacionarse con ella a través del afecto. Aún hoy la locura, la enfermedad mental y los graves trastornos psíquicos suelen ser negados y silenciados como si se tratara de enfermedades vergonzosas. Y respecto de Virginia, es probable que se mostrara intolerante con un tipo de seres a los que tal vez temía como solo se teme aquello a lo que uno se siente expuesto. Incluso al final de su vida, al escribir sus recuerdos, demostró escasa sensibilidad respecto de Laura y se refirió a ella diciendo que “su idiotez se hacía cada día más obvia [...] y como si fuera poco, se sentaba a la mesa con nosotros”. No es arriesgado concluir que Laura recibió más presiones que comprensión. En todo caso, apenas podía esperarse otra cosa de Virginia, quien, en 1915, mientras daba un paseo, vio a un grupo de personas con trastornos mentales y escribió en su diario:

«Una fila de imbéciles. El primero era un joven muy alto, tan extraño como para mirarlo dos veces, pero no más; el segundo arrastraba los pies y miraba a un costado; y luego nos dábamos cuenta de que cada uno en esa larga fila era una criatura idiota, inútil y desgraciada, que andaba arrastrando los pies, sin frente, ni mentón, y con una sonrisa imbecil, o una mirada loca y recelosa. Fue realmente horrible. Por cierto deberían matarlos a todos.»

Cuando en 1921 Katherine Stephen visitó a Laura en el lugar en el que estaba internada —tenía por entonces cincuenta y un años—, dijo que seguía “igual que siempre, nunca dejaba de hablar, y a veces decía ‘le dije que se fuera’ o ‘bájalo, entonces’, con bastante sensatez; pero el resto era ininteligible”. [63]

Durante su institucionalización, Stella solía visitarla. En 1897 Leslie admitió, apenado, que Laura apenas lo reconocía y que su aspecto y comportamiento se habían deteriorado. A su muerte, Leslie designó como tutores de su hija a Jack Hills y a George Duckworth, pero quienes más se ocuparon de ella fueron su sobrina Katherine Stephen y Anne Thackeray Ritchie,^[64] quien solía visitarla e incluso la llevaba a su casa. Por su parte, la nieta de Anne recordaba haber visto a Laura:

«Estaba muy bien, realmente. Contaba, por supuesto, con una acompañante que se ocupaba de ella. Tenía facciones marcadas, con la nariz Stephen, como la de Leslie. Era alta y delgada, y vestía de encaje negro. Fue muy amable con nosotros. Era *agradable* con nosotros. Cuando rompimos algo una vez, recuerdo que nos ayudó a recoger los pedazos de una porcelana que tiramos. Se rió, se portó de manera afectuosa, y no nos reprendió.»

Aunque no hay registros de que una vez institucionalizada los hermanos Stephen siguieran en contacto con Laura, en 1906, cuando hipotecaron el 22 de Hyde Park, dispusieron de 489 libras para sus gastos. Con el tiempo, todos parecieron olvidarla y cuando murió, en 1945, los administradores del hospital donde se encontraba no estaban al tanto de la existencia de parientes.

Difícil convivencia

A pesar de todo, la familia vivía en un clima de armonía. Aunque las pequeñas Stephen sabían que su madre había sido realmente feliz en el pasado, y que bajo el rostro sufrido y escéptico de Julia se escondía para siempre la princesa de leyenda que había sido, tanto Vanessa como Virginia intuían que habían perdido a esa Julia antes de conocerla. Tal vez esa era una de las razones por las que la niñez de los Stephen, aunque divertida y alborotada, reposaba sobre una base de melancolía. Además, Virginia sentía hostilidad hacia sus hermanastros. Ellos eran “los otros”, y uno de sus primeros dolores fue entender que Vanessa no sentía lo mismo que ella.

«“Los otros” —escribió Virginia, refiriéndose a los Duckworth— no

eran hermanos y hermana, sino seres en posesión de cuchillos, o de envidiables dotes para correr y cortar [y Vanessa], debido en parte a que no parecía compartir estas opiniones en forma tan completa como nosotros, fue la primera que perturbó mi alegría.»

La independencia de criterios que le permitía sostener sus opiniones, aun a despecho de Virginia, concordaba con el carácter de Vanessa. Gracias a su ejemplo, con el tiempo, Virginia pudo apreciar el afecto sincero de Stella, la hermanastra mayor, que llegó a convertirse en un sustituto materno para los hermanos Stephen. Pero lo cierto es que, criados sin padre, los afectos de George, Stella y Gerald se centraron en la figura materna, y no debió de ser fácil para ellos aceptar el nuevo orden que imponía el segundo matrimonio de Julia. De hecho, al principio de su relación, Leslie percibió que los hijos mayores de Julia albergaban el temor de que él pudiera interponerse entre ellos y su madre. Por su parte, quizá Leslie no consideró pertinente acercarse demasiado a los Duckworth, o tal vez no lo logró; en sus memorias reconoció que, aunque eran niños pequeños cuando él y Julia se casaron, su “instinto de genuina paternidad no se desarrolló del todo”. Así pues, cuando tenía alguna sugerencia para ellos, Leslie se dirigía a Julia y no a sus hijos en forma directa, y aunque con el tiempo dijo quererlos como un padre y aceptarlos tal cual eran, no podía sentirse identificado con ellos. Era indudable que George y Gerald respondían al modelo de caballero inglés de su padre biológico, y mientras ambos se esmeraron en sobresalir en el terreno social, no creyeron que era importante, no quisieron o no pudieron, destacarse en el ámbito intelectual.^[65]

George estudió en Eton y en el Trinity College de Cambridge; no aprobó los exámenes requeridos para ingresar en la carrera diplomática, pero logró convertirse en el secretario privado de Charles Booth en 1892 y de Austen Chamberlain en 1902. Al principio — luego las cosas cambiaron—, Virginia sentía gran estima por su hermano mayor, apreciaba sus regalos, las salidas y los paseos que realizaban. El *Hyde Park Gate News* incluye a menudo noticias acerca de él y de cómo la familia festejaba los cumpleaños de “Georgie” —a quien por entonces veían como un Adonis o príncipe de cuento de hadas— o sus regresos al hogar.

En cuanto a Gerald, cuando los hijos de Julia y Leslie nacieron, el menor de los Duckworth dejó de ser el benjamín consentido de su madre. Su nacimiento, seis semanas después de la muerte de su padre,

su naturaleza “delicada”, siempre habían preocupado a Julia, y como dice el redactor de *Hyde Park Gate News*, su regreso al hogar podía ser muy emotivo: “Nuestro autor se sintió muy conmovido al ver lágrimas en los ojos maternos”. Puede decirse que a pesar de ciertos perturbadores recuerdos asociados con él, Virginia lo apreciaba más que a George. Educado en Eton y en el Clare College de Cambridge, Gerald tampoco mostró inclinaciones intelectuales. Sabemos por el *HPGN*: “Apenas puede pasarse sin las diversiones ya mencionadas [‘bailes, fiestas y otros entretenimientos’], y no se destaca por su dedicación a los estudios”. Gerald, solía contar “chistes indecentes” para divertir a la familia, y su preferencia por la buena mesa fue siempre su punto débil. [66] Sus bromas — como decirle a Adrian en su noveno cumpleaños que, mentalmente, parecía de cinco— recibían como contrapartida comentarios acerca de su gusto por las comidas caras y sobre lo inútiles que le resultaban los tratamientos para adelgazar. De todas maneras, el *Hyde Park Gate News* lo menciona frecuentemente y con gran alegría en ocasión de su arribo a St. Ives con un irish terrier que llamaron Shag y que hizo las delicias de Virginia.

Stella era diferente de sus hermanos; Virginia logró quererla y desarrolló hacia ella un afecto profundo y verdadero. El amor que Stella sentía por su madre la llevaba a cumplir con todas las expectativas puestas en las niñas de su época, y es posible que, para complacerla, comenzara a ocuparse de sus hermanos pequeños. Cuando después del difícil parto de Vanessa, Stella se dedicó a cuidar a Julia, le escribió a su abuela: “Por favor, ya no te preocupes por ella, abuelita. Soy muy cuidadosa cuando le doy los medicamentos [...] a excepción de manos, cara y pies, ella misma se lava”.

Con el tiempo, Stella se dedicó a los pequeños Stephen, paseaba con ellos, los atendía y supervisaba las lecciones de música que sus hermanas hacían todo lo posible por evitar. Ella fue quien le dio a Vanessa su primera clase de música y quien le enseñó a escribir cartas. También solía llevar a sus hermanos a la ciudad a comprar ropa y a tomar helados o el té en la confitería ABC. Desde siempre, Stella fue una compañía cariñosa “muy popular con los niños”, y cuando volvía de sus viajes a Roma o a Bayreuth —donde había escuchado, con George, “cierta ópera alemana”—, sus hermanos pequeños, a quienes colmaba de obsequios, la recibían con gran alegría.

A pesar de las dificultades de una convivencia forzada, la niñez de los pequeños Stephen no dejaba de ser un tiempo para atesorar. Con añoranza, Virginia describe su infancia como una escena completa en sí

misma:

«Muchos colores vivos, muchos sonidos diáfanos, algunos seres humanos, caricaturas, cómicos, varios momentos violentos de ser, que siempre incluían un círculo que recortaba la escena y todo rodeado de un espacio inmenso: esta es, a grandes rasgos, la descripción visual de la infancia. Así es como le doy forma y cómo me veo de niña, vagando de un lado a otro, en ese espacio de tiempo que transcurrió desde 1882 hasta 1895.»

Lo que ella llama “momentos violentos de ser” no son solo aquellos instantes en los que percibió cierta flor y pensó que las sensaciones asociadas le servirían alguna vez. Hubo otros momentos, el “duro golpe del mazo”[67] de la locura, el desamor o la tragedia — la viudez de Julia, los problemas mentales de Laura o la locura del primo Jim—; y todos ellos pueden leerse como motivaciones secretas, claves que permiten dilucidar lo que siente “la mente común”, tanto en ocasiones excepcionales, como en los días corrientes.

A su vez, la insistencia con la que Virginia retorna a la infancia y a la primera juventud pone en evidencia que la fuerza de las impresiones recibidas en esos tiempos signó la escritura de toda su obra. Como dice en *Al faro*: “No, [...] los niños no olvidan”. Los niños crecen, y algunos tienen el genio de convertir en arte los “golpes del mazo”.

Madre torrente

En la Inglaterra del siglo XIX, “el deber, el trabajo, la moralidad y la vida familiar triunfaban”. La reina Victoria encarnaba esos valores, especialmente para las clases medias a las que “les gustaba contemplar un matrimonio por amor, les gustaba un hogar que combinaba las ventajas de la realeza y la virtud y en el que parecían ver reflejada, como en un espejo, la imagen ideal de la vida que cada uno llevaba”. La devoción incondicional de la reina hacia su esposo era un modelo para seguir, pero se puede decir que, en su caso, Julia representaba más que el prototipo de la abnegada mujer del hogar que la reina propiciaba. Y si bien es posible que esto haya pasado inadvertido a su primer marido, tanto Leslie como sus hijos llegaron a conocer facetas singulares que

hicieron de ella un ser tan fascinante como esquivo.

“Cincuenta pares de ojos no bastaban para completar el retrato de esa mujer”, piensa Lily Briscoe, el alter ego de Virginia cuando recuerda a Mrs. Ramsay en *Al faro*. Lo cierto es que, como le sucede a Mrs. Ramsay, se esperaba mucho de Julia. Cuando Leslie le declaró su amor, había perdido el “consuelo” de la fe y la ponía en una situación difícil al asegurarle: “Ya ves que no tengo santos y por eso no debes enojarte si te pongo en el lugar donde deberían estar mis santos”. En realidad, también ansiaba que ella le suministrara permanente alivio y consuelo, cuestión que dejaba atónitos a muchos, entre los que estaba Henry James, quien exclamaba: “Dios, Dios [...] ¡Cuánto la adora ese hombre!”.

Según Quentin Bell, es muy probable que la felicidad de la familia Stephen se debiera al hecho de que “los hijos sabían que sus padres se amaban profundamente y eran felices. Este era, sin duda, el fuego generoso del que todos extraían su bienestar. Pero también era el medio por el que todo el edificio podía quedar reducido a cenizas”. De hecho, Virginia veía a su madre como “el centro de aquel gran espacio catedralicio que era la infancia”, y todavía en 1940 sentía: “Aún perdura su voz débilmente en mis oídos, decidida, rápida, y en particular, las pequeñas cadencias con que terminaba su risa: tres ahs decrecientes... ‘Ah-ah-ah.’... A veces, yo también termino la risa de esa manera”.

Inmersa en la corriente materna que la arrastra en su recorrido, esta hija-escritora, dependiente de los mandatos y mitos familiares, logra encauzar el rumbo, y aunque reconoce que, hasta sus cuarenta y cuatro años, la imagen de su madre la obsesionó, un día, mientras paseaba por Tavistock Square, consiguió desprenderse de ese recuerdo insistente:

«Concebí *Al faro*, tal como a veces concibo mis libros: en forma de un torrente impetuoso y aparentemente involuntario [...] y cuando terminé de escribirlo, dejé de estar obsesionada por mi madre. Ya no oigo su voz; ya no la veo.

Supongo que hice por mí misma lo que los psicoanalistas hacen por sus pacientes.»

Su confesión es una prueba más que relevante a la hora de afirmar que Virginia Woolf recreó, en *Al faro*, su visión de lo que era el matrimonio de sus padres. Las fuentes fueron sus propios recuerdos,

pero también los escritos de Leslie, quien reconocía que su carácter poco sociable, su egotismo e hiperirritabilidad eran una carga para Julia. Como Mrs. Ramsay en *Al faro*, ella debía mediatizar constantemente la relación de su marido con los demás y con los asuntos prácticos del mundo. “Se acercaban a ella, todo el día, incesantemente, porque era mujer: que si esto, que si aquello [...] a veces se sentía como si no fuera nada más que una esponja empapada de emociones humanas”.

Aunque Mrs. Ramsay detesta parecer superior a su marido, él depende de ella, en especial porque es un hombre que necesita “en primer lugar, que le aseguraran que era un genio, y, a continuación, que lo introdujeran en la esfera de la vida, que lo acogieran y calmaran” Apaciguar a ese “egotista, [que] se hundía y golpeaba, mientras exigía consuelo” la dejaba tan agotada como sucedía con la misma Julia: “Como si en esta deliciosa fecundidad, en este surtidor y fuente de la vida, se hundiera la funesta esterilidad masculina, punzante pico de bronce, estéril y desnudo. Quería consuelos. Era un fracasado”.

Se ha dicho una y otra vez que también Mr. Ramsay recuerda a Leslie. Ambos son intelectuales destacados, les falta poder creativo y parecen siempre al borde de sufrir un colapso. De hecho, y como señalamos, exhausto por su trabajo en el *DNB*, Leslie terminó por sufrir una crisis de gran magnitud. Cabe destacar que Virginia tendría experiencias similares, pues al igual que él no podía trabajar sino a “alta presión”. El día en que Leslie se desmoronó —en sus memorias dice que sufrió un “ataque serio”—, Julia lo encontró inconsciente, preso de un colapso nervioso, al que siguió un período de insomnio durante el cual ella lo cuidó a expensas de su propio agotamiento. Altos y bajos hicieron que Leslie terminara por abandonar parte del *DNB* en 1890, y lo dejara por completo en 1891.

El caso es que las virtudes morales de Julia se veían realizadas por una belleza que todos alababan. Estando embarazada de Vanessa, Edward Burne-Jones la tomó como modelo para la Virgen María en su *Anunciación*, en tanto James Russell Lowell —el padrino norteamericano de Virginia— le escribía cartas de amor platónico. Modelo favorita de su tía Cameron, quien la fotografió a lo largo de diez años, la imagen de Julia nunca dejó de influir en sus hijas: sus retratos colgaban en el vestíbulo de Hyde Park Gate y las acompañaron siempre. Virginia y sus hermanas se sentían identificadas con su belleza: “La femineidad era muy fuerte en nuestra familia. Éramos famosas por nuestra belleza: la belleza de mi madre y la belleza de Stella me daban, desde que tengo

memoria, orgullo y placer”.

Las manos, las joyas que lucía su madre, el tintinear de sus pulseras, todo quedaría grabado en la mente de Virginia, y finalmente hallaría eco en el personaje de Mrs. Ramsay. Al igual que ella, Julia era la que propiciaba, por la noche, el sueño tranquilo en los pequeños, invitándolos a que pensarán “en todas las cosas bonitas que pudiera[n] imaginar. Arco iris y campanas”. Pero Julia también podía tornarse distante, misteriosa, poseedora de un saber intransferible, casi una visión como la que impresionó a Virginia siendo pequeña:

«Mientras subía por el camino que cruzaba el césped en St. Ives, ligera, hermosa... iba muy erguida. Yo estaba jugando. Dejé de jugar, para hablar con ella. Pero se alejó un poco de nosotros y bajó la vista. A través de ese gesto indescriptiblemente triste supe que Philips, el hombre que cayó aplastado en la fábrica y a quien mi madre visitaba, había muerto. Se acabó, parecía decir. Me di cuenta y quedé abrumada ante la idea de la muerte. Pero, al mismo tiempo, sentí que su gesto, como un todo, era hermoso.»

Lo cierto es que Virginia veía a su madre como a un ser complejo. Julia, que en ocasiones era “muy rápida, muy directa, práctica y divertida...”, también podía “ser cortante, y le desagradaban los amaneramientos [...], grave, con un trasfondo de conocimientos que la entristecían”. Sus hijos intuían —como sucede a los de Mrs. Ramsay— que “tenía su propia pena, siempre acechándola, para sumergirse en ella en privado”.

Vivir inmersa en la atmósfera de la madre entrañaba el peligro de que Virginia jamás se “alejara de ella lo suficiente” como “para verla como persona”. Con el tiempo llegó a comprender “por qué fue que para ella era imposible dejar en un hijo una impresión muy íntima y particular. [...] Ella vivía en una superficie tan extendida que no tenía tiempo, ni fuerzas, para concentrarse excepto por un instante, si uno enfermaba, o en alguna crisis infantil —en mí o en otro cualquiera—, a menos que fuera Adrian. A él lo quería de manera diferente: lo llamaba ‘Mi Alegría’”.

Es el “benjamín, [...] su adorado”, lo mismo que en *Al faro*, el que conmueve más profundamente a su madre, que se pregunta: “¿Por qué tenían que crecer, y perder todo eso?”. Como le ocurre a Mrs. Ramsay, Julia abrigaba la esperanza de convertirse en lo que “más admiraba: en

una investigadora, en alguien que se ocupara de resolver en serio los problemas sociales”. Pero también experimentaba, como la protagonista de la novela, momentos de alegría, o se mostraba creativa y pícaro: “... siempre [estaba] dispuesta a hacer algo una vez más, fuera lo que fuese [...] todo esto lo enderezaba al momento; o lo torcía maliciosamente”. Así reflexiona Virginia cuando recuerda a Julia:

«Debió de haber sido una presencia general en vez de una persona individual para una niña de siete u ocho años. ¿Puedo recordar haber estado a solas con ella alguna vez poco más que unos minutos? Alguien siempre nos interrumpía. Cuando pienso en ella en forma espontánea, siempre se encuentra en una habitación llena de gente. Stella, George y Gerald están allí; mi padre, sentado, lee, con una pierna enrollada en la otra, retorciéndose un mechón de pelo. “Anda y quítale la migaja de la barbilla”, me decía mi madre, y allá iba yo corriendo. Hay muchas visitas, jóvenes como Jack Hills, que está enamorado de Stella; muchos jóvenes amigos de Cambridge, de George y Gerald; y hombres mayores sentados alrededor de la mesa de té, conversando, amigos de mi padre.»

Las largas ausencias de Julia, las visitas en las que se prodigaba, continuaban con las tareas que la ocupaban en su casa. Allí sentada frente a su escritorio, con “los candelabros de plata, la silla de alto respaldo, de madera tallada, con las patas en forma de garras y el asiento en tono rosa, y el tintero de tres ángulos de latón”, pasaba horas contestando y escribiendo cartas ante la mirada de la pequeña Virginia, que se recuerda a sí misma “ansiosa, vigilando en forma subrepticia, detrás de la persiana, en espera de verla caminando por la calle, cuando ha estado fuera hasta muy tarde y los faroles ya están encendidos, y estoy segura de que la han atropellado”. Pero nada impedía que Julia, experta en horarios y conexiones de autobuses, recorriera la ciudad auxiliando a pobres y enfermos, labor que extendía a sus vacaciones, y que determinó la fundación *The Julia Prinsep Stephen Nursing Association of St. Ives*. Además, y considerando que podía hacer una contribución en ese aspecto, escribió sus *Notes from Sick Rooms* [Notas de los cuartos de enfermos], libro publicado en 1883, el año siguiente al nacimiento de Virginia. También escribió acerca de cuestiones referidas al servicio doméstico: las condiciones de explotación e insalubridad eran un tema de discusión, tanto como los reclamos de los criados. Conservadora y defensora del sistema patriarcal, Julia sostenía que el ama de casa debía proteger y cuidar a sus empleados, ya que pensaba que podía ofrecerles

una mejor vida que la que tendrían en las fábricas.

Aunque Julia compartía con Leslie el gusto por la lectura — disfrutaba de las novelas de Scott y siempre tenía cerca *Confesiones de un inglés fumador de opio*, de De Quincey—, en sus escritos no pretendía hacer literatura, sino transmitir sus muy formadas opiniones. En ese sentido se sintió compelida a responder por carta una nota aparecida en el periódico *Nineteenth Century* [68] acerca de las consecuencias de la pérdida de la fe en la vida de las mujeres. Como mujer agnóstica, Julia defendía su idea de que bastaba el incentivo moral y ético para llevar a cabo tanto las tareas domésticas como la enseñanza o cuidado de enfermos. Además, colaboró con el *Diccionario de biografías nacionales* de Leslie, donde incluyó una entrada sobre su tía Julia Cameron. Pero lo que resultó más interesante para sus hijos fue una serie de historias para niños, que si bien tienden a un final moralizante, son divertidas y están protagonizadas por una serie de animalitos y de pequeños traviesos. Sugestivamente, en “Cat’s Meat” [Comida de gato], unos niños deciden abandonar su confortable hogar y vivir en la pobreza, para lograr que su madre, dedicada a la filantropía, les preste atención. Las coincidencias entre los niños Stephen y los protagonistas de la historia saltan a la vista, pero lejos de dejarse invadir por la culpa, Julia deja claro lo agradecidos que deben de sentirse sus protagonistas en comparación con los pobres que la madre asiste. Leslie y Julia trataron infructuosamente de publicar sus cuentos infantiles; incluso él hizo los dibujos de “animalitos y animales, un arte que practicaba casi inconscientemente mientras leía, de modo que las guardas de sus libros estaban llenas de lechuzas y de burros como para ilustrar los ‘ ¡Ah, qué burro!’ o ‘Estúpido vanidoso’, que solía garabatear con impaciencia en el margen”. Leslie también dibujaba animales para divertir a sus hijos, y su destreza era tal que, con un pedazo de papel y unas tijeras, podía hacer “un elefante, un ciervo, o un mono con trompa, cornamenta y cola, modelados con delicadeza y precisión”.

Más que la escritura, y tal vez pareja a su vocación de enfermera, otra de las pasiones de Julia fue —como sucede con Mrs. Ramsay— la de intervenir en la vida sentimental de los otros: tanto podía aconsejar en cuestiones de mudanza al poeta Henry Newbolt y a su esposa, como oficiar de celestina o aconsejar “al anciano Watts que no perdiera tiempo casándose con la joven Mary Fraser Tytler”.

Al faro recrea una de las facetas de Julia en Mrs. Ramsay: “Alardeando de su capacidad para amparar y proteger, apenas había un fragmento de ella misma que le sirviera para conocerse; todo lo gastaba

con generosidad”. Sin embargo, hay más: para Virginia —y lo mismo les sucede a los hijos de Mrs. Ramsay en la novela—, la madre reúne todas las cualidades del arquetipo materno. Por una parte, concentra los aspectos protectores, de apoyo y bondad, que facilitan el desarrollo, estimulantes y nutricios, y ostenta la autoridad mágica y la sabiduría que propician la transformación y el renacimiento. Pero, además, dentro de sí pervive lo oculto y lo secreto, lo devorador y lo terrible. Y si bien Julia era el “Ángel Bueno” que socorría a los pobres y necesitados en Londres y en St. Ives y que sus hijos reverenciaban, para Virginia también representaba un tipo de mujer que debía ser superado: “El ángel de la casa”.

“El ángel de la casa” era el nombre de un poema que conocía bien. El autor, Coventry Partmore, amigo de su abuela Maria, exaltaba lo que los victorianos consideraban virtudes femeninas: benevolencia, simpatía, belleza y generosidad. Sin duda, mientras fueron pequeñas, ese fue el modelo femenino para Virginia y sus hermanas. Un modelo asfixiante y perseguidor. En “Professions for Women” [Profesiones para mujeres], la conferencia que dio origen a *Tres guineas* —libro pensado como continuación de *Un cuarto propio*—, Virginia identificó a su perseguidor:

«Y el fantasma era una mujer, y cuando la conocí mejor la llamé como la heroína de un famoso poema “El ángel de la casa”. Era ella la que se interponía entre la hoja de papel y yo cuando escribía reseñas. Era ella la que me molestaba y me hacía perder el tiempo, y tanto llegó a atormentarme que al final la maté.»

“El ángel de la casa” se sacrifica todos los días: “Nunca tuvo un pensamiento o un deseo propio, sino que prefería solidarizarse siempre con las ideas y los deseos de los demás”; y la sombra de sus alas cae sobre las páginas que Virginia Woolf escribe, dejándola sin alternativa:

«Me di vuelta hacia ella y la tomé de la garganta. Hice mi mayor esfuerzo por matarla. Mi excusa, si tuviera que comparecer ante un tribunal, sería que actué en defensa propia. Si no la hubiera matado, ella me habría matado a mí. Ella habría arrancado el corazón de mi escritura. Pues, como descubrí, en cuanto empuñé la pluma, uno no puede ni reseñar una novela sin ideas propias, sin expresar lo que considera la verdad acerca de las relaciones humanas, la moralidad, el

Podría afirmarse que si en *Al faro*, a través de Mrs. Ramsay, nuestra escritora logró exorcizar el fantasma de su madre, y puede leerse allí el retrato más acabado de Julia, es en obras como *Un cuarto propio* y *Tres guineas* donde Virginia retoma el argumento desde su peculiar militancia feminista. Porque aunque idealizaba a su madre, también reconocía que no compartía su modelo de mujer: Julia estaba en contra del voto femenino; además, convencida de que había carreras destinadas exclusivamente a los hombres, creía que las mujeres debían ser educadas hasta cierto punto. De hecho no faltaban quienes, como George Meredith, le reprochaban su convencionalismo con respecto al estatuto de las mujeres. En 1889 Julia firmó un manifiesto contra el sufragio femenino que apareció en el periódico *Nineteenth Century*; y tanto ella como Leslie recibieron las críticas de Meredith, quien les advertía que la suya era una posición que perdía el tren de la historia. Pero como Julia estaba convencida de que “las mujeres ya tienen bastante que hacer en su propia casa, sin voto”, nada le hizo cambiar de opinión.

Como le ocurre a Lily Briscoe y a las hijas de Mrs. Ramsay en *Al faro*, a pesar de los aspectos conflictivos entre madre e hija, a Virginia no le era fácil salir de la esfera de influencia de la suya. Al igual que las hijas de Mrs. Ramsay, se puede decir que Vanessa y Virginia tenían “ideas heréticas, de las que eran responsables exclusivas, acerca de una vida enteramente diferente de la de ella; quizás en París; una vida más animada; no ocupándose siempre del hombre que fuera”. Y aunque desde el comienzo de su adolescencia, Virginia se fue separando del prototipo que su madre representaba, de todas maneras, al final de su vida, todavía parecía prendada de una imagen idealizada y estática de sus padres:

«Qué bellos eran, aquellas personas mayores —me refiero a mi padre y mi madre—, qué sencillos, transparentes y tranquilos. He estado toda la tarde hojeando cartas viejas y memorias de mi padre. Él la amaba —ah, y era tan franco, razonable y transparente— y tenía una mente delicada y minuciosa, culta y transparente. Qué serena e incluso alegre me parecía su vida: sin fango, sin torbellinos. Y tan humana, con los hijos y con el pequeño murmullo y canto del cuarto de los niños. Pero si lo miro como contemporánea perderé mi visión de niña, así que debo detenerme. Nada turbulento, nada complicado, sin introspección.»

Sin embargo, las fotos de los últimos años de Julia ponen en evidencia su cansancio y sufrimiento. Lejos de la belleza plena y rozagante de las de su juventud, se ve a una mujer demacrada, delgada en extremo, pálida y de expresión deprimida. Sus allegados no parecían percibirlo, pero así la vio William Rothenstein en 1890, cuando ella tenía apenas cuarenta y cuatro años, y elaboró un dibujo de Julia que generó controversia:

«Cuando el dibujo estuvo terminado ella lo miró, y luego se lo alcanzó en silencio a su hija. Los otros vinieron y lo miraron por encima de su hombro; finalmente llegó a Leslie Stephen. La consternación fue general. Enseguida me miraron con recelo, pues en esos días, Whistler — sabían que yo era su discípulo— era anatema en los círculos de Burne-Jones y Watts. La alarma debe de haberse propagado arriba, ya que llegó un mensaje de la vieja Mrs. Jackson... y subieron el dibujo para que lo viera. Mrs. Jackson, inválida crónica, no había bajado de su cuarto desde hacía mucho tiempo, pero al ver el dibujo pidió un bastón, como el barón cuando pide las botas, y se preparó para decirme cuatro verdades. Todavía puedo oír el golpe del bastón mientras bajaba con lentitud por las escaleras, y la reprimenda fue contundente. Me fui muy confundido, y bien castigado por mi imprudencia.»

Muchos años después —en 1929— y aun sabiendo que en tiempos del retrato su madre lucía exhausta, Virginia insistía ante Rothenstein: “Reconozco que creo, tal vez con la parcialidad de una hija, que mi madre era más hermosa de lo que usted la muestra”. Lo cierto es que tanta actividad y desgaste habían cobrado su precio. Según Henry James, en marzo de 1895, Julia lucía “intensamente bella” mientras convalecía de una seria gripe que había atacado a la familia. A mediados de marzo pareció repuesta y sus hijos mayores partieron de vacaciones al continente. Antes de que transcurriera un mes, Stella decidió regresar junto a su madre, porque detectó, en las cartas que recibía, que le ocultaban información acerca de su salud. El 5 de mayo, después de varios brotes de influenza, Julia murió de fiebre reumática. Tenía cuarenta y nueve años. El misterioso aunque estable universo de la infancia se trastornó imprevistamente; hubo una irrupción en la calidad algodonosa y protegida de la vida cotidiana y Virginia escribió:

«Qué inmensa debe de ser la fuerza de la vida que transforma a un bebé que apenas puede distinguir una gran mancha azul y morada sobre un fondo negro, en aquella niña que trece años después es capaz de sentir todo lo que yo sentí el día 5 de mayo de 1895 [...] cuando mi madre murió.»

CAPÍTULO IV - EL DUELO VICTORIANO

Últimas visiones

JULIA murió una “hermosa mañana azul de primavera” y Virginia siempre recordaría la “última visión” que tuvo de ella: “... se estaba muriendo; fui a darle un beso y cuando salía silenciosamente del cuarto, me dijo: ‘Camina derecha, mi Cabrita’”.

Poco después George, el hijo mayor, les dio de beber leche con unas gotas de brandy a sus hermanos pequeños y los llevó envueltos en mantas a ver a su madre. Al llegar al dormitorio, Virginia se cruzó con Leslie, que salía tambaleándose: “Y yo —escribió ella— extendí los brazos para detenerlo, pero pasó de largo, gritando algo que no pude entender”. Estaba en estado de shock, pero igualmente percibió cierta teatralización en la actitud paterna y luego en la de las enfermeras:

«Recuerdo muy claramente cómo, incluso cuando me llevaban al lado de su cama, vi que una de las enfermeras lloraba, y me embargó el deseo de reír, y me dije, como siempre me he dicho desde entonces en momentos de crisis: “No siento absolutamente nada”.»

La incapacidad de expresar sus emociones, o la tendencia a negarlas, iba acompañada de una sensación de irrealidad. Y cuando Stella la llevó a besar a su madre por última vez, Virginia tuvo la impresión de besar hierro frío. Vio cómo su hermana acariciaba la mejilla de Julia, le desabrochaba un botón del camisón mientras decía: “Siempre le gustaba llevarlo así”. Luego Virginia volvió al cuarto de los niños. Más tarde, Stella le dijo: “Perdóname. Me di cuenta de que tenías miedo”. Solo entonces ella estalló en sollozos, y reconoció: “Cuando veo a mamá, veo

a un hombre sentado a su lado”. En sus recuerdos Virginia llegó a preguntarse si lo que dijo fue verdad o solo lo hizo para llamar la atención. Estaba segura de que, cuando Stella le pidió perdón, ella tuvo ante sí la imagen de un hombre sentado en el borde de la cama, con el cuerpo inclinado. Impresionada, y un poco temerosa, Stella contestó: “Es bueno que no esté sola”.

Repasando esa época y atribuyendo la sensación ilusoria al clima “melodramático, histriónico e irreal” de los días que precedieron a los funerales, Virginia pensó “que cualquier alucinación era posible”. En ese estado, las impresiones visuales se hacían más pregnantes, y cuando fue a la estación de Paddington en compañía de George y Vanessa para buscar a Thoby, a quien habían hecho regresar del colegio, Virginia anduvo por el andén extasiada ante “el contraste entre aquel magnífico resplandor de luz y los recintos oscuros y cerrados con cortinajes de Hyde Park Gate”. Sucedió como si de pronto y sin que mediara ningún esfuerzo, ciertas percepciones se intensificaran. Eran momentos luminosos, como el que tuvo lugar días después en el parque de Kensington cuando, tendida en el césped junto a Vanessa, comenzó a leer un poema y “al instante y por primera vez” lo comprendió. Aquellas chispas de vida iluminaban lo gris del luto compartido, expresado en las salidas de la familia, cuyos integrantes, vestidos de negro, caminaban en procesión y de la mano, conscientes “de la impresión que debían de causar”. Todo era silencio alrededor, y mientras los nuevos roles que asumirían se iban gestando, Leslie se abandonaba a su desesperación y exigía consuelo permanente, pasando del silencio a las lamentaciones. Se estaba volviendo sordo, usaba una corneta para oír mejor, “y sus gemidos eran más fuertes de lo que creía”. El cambio en la vida de la familia fue drástico y el pasado, irrecuperable. Julia se había ido y con ella, la infancia:

«No más visiones centelleantes de vestidos blancos de verano y de cabriolés dirigiéndose veloces a exposiciones privadas y cenas [...] Ya no hubo ni uno solo de aquellos momentos fugaces, tan divertidos y por alguna extraña razón tan tranquilizadores y sin embargo emocionantes, cuando bajaba corriendo la escalera del brazo de mi madre a cenar, o cuando elegía las joyas que mi madre llevaría puestas.»

Julia se llevó consigo la posibilidad de disfrutar de lo cotidiano, y ni Leslie ni ninguno de los otros miembros de la familia con edad suficiente como para transformarse en nuevos guías tuvieron la

capacidad para revertir ese proceso. La realidad había sido transformada y nadie parecía poder hacer nada contra eso. Según Virginia, junto a Julia las personas exhibían “chispas de carácter que desde entonces nunca han mostrado ante nadie más”. Su presencia podía no mejorar a las personas, pero era evidente que las acercaba más a sí mismas, de modo que, como si se tratase de una sacerdotisa o emperatriz, la familia, los amigos y los que recurrían a ella para pedirle ayuda, gravitaban a su alrededor como lo hacen los personajes de *Al faro* en torno a Mrs. Ramsay. Podría aventurarse que los hijos de Julia la veían tal cual ven a su madre los niños de *Al faro*: “como si ella floreciera al modo de un frutal cargado de frutos rosados, lleno de hojas y ramas bailarinas, en el que el punzante pico de bronce, la árida cimitarra del padre, el egotista, se hundía y golpeaba, mientras exigía consuelo”.

Pero no se trataba solo de Leslie;

Virginia recordaba a su madre siempre preocupada por todos y obstinada en no ceder la carga que se había impuesto. El correo —que hasta hace poco llegaba a Londres dos veces al día— se acumulaba, y después de la muerte de Julia, Virginia encontró, en una cajón cerrado en St. Ives, un montón de cartas ordenadas que esperaban contestación. “Había una carta de una mujer cuya hija [...] pedía ayuda, una carta de George, de la tía Mary, de una enfermera que se había quedado sin trabajo, unas cuantas facturas, cartas pidiendo dinero”, y también varias páginas en las que una chica que se había peleado con sus padres se sentía en la obligación “de poner su alma al descubierto con la mayor seriedad y prolijamente”. Lo que Julia consideraba su deber había minado su resistencia. Solo los sábados sonreía y respiraba aliviada: “¡Gracias a Dios esta noche no hay correo!”; mientras, Leslie “protestaba en vano: ‘ ¡Esto debe terminar, Julia!’”.

En 1907 Virginia describió con patetismo el ocaso de su madre: “A medida que se extinguían sus fuerzas, menos eran sus momentos de descanso; se hundía, al igual que un nadador agotado, más y más en el agua”. Virginia afrontó el sacrificio de Julia como una expresión del sinsentido; pero en “Apuntes del pasado” aseguró:

«Lo más trágico de la muerte de mi madre no fue que de vez en cuando nos hiciera terriblemente desdichados. Sino que la convirtió en un ser irreal,[69] y a nosotros en seres solemnes y cohibidos. Nos vimos obligados a desempeñar roles que no sentíamos como propios; a buscar a tientas palabras que no conocíamos.»

Lo cierto es que el duelo, y sus expresiones sociales, no escapaban a las convenciones que estructuraban la vida victoriana; y un grupo constituido fundamentalmente por mujeres tomó por asalto la casa. Las imponentes figuras de Mary Fisher, hermana de Julia; Mia, una de sus primas; su cuñada Minna Duckworth —los chicos Stephen la llamaban tía—, entraban y salían del Hyde Park Gate intentando controlar y dirigir a los hijos de la muerta. También la familia de Leslie se hacía presente y, aunque no eran tan dominantes, las visitas de su hermana Caroline Emelia, de lady Stephen, de la viuda de Fitzjames y de sus hijos resultaron inevitables. Otros parientes, como los primos Vaughan, hijos de Adeline, eran más del gusto de las hermanas Stephen, pero ni siquiera las personas más afines podían hacer nada por borrar o hacer desaparecer los mecanismos del duelo victoriano. No existía ninguna posibilidad de liberarse: ciertos ritos debían cumplirse aunque no se creyera en ellos; tampoco se podía expresar o experimentar el dolor si no era de la manera prescrita.

En *Los años*, Delia siente que el entierro de su madre termina resultando “una recatada y modosa reunión matutina entre tumbas”. Las palabras del responso consiguen rebelarla:

«¡Qué mentira!, gritó Delia en su fuero interno. ¡Qué condenada mentira! Le habían quitado el único sentimiento sincero, le habían destrozado su único momento de comprensión [...] En cuanto a su padre, estaba tan serio y rígido que le inspiró un convulsivo deseo de reír.»

Refiriéndose a la muerte de su madre, dijo Virginia: “[el duelo] nos hundía en la oscuridad, nos embotaba. Nos transformaba en seres hipócritas, inmersos en los convencionalismos del dolor. Cobraron vida muchas ideas tontas y sentimentales”. Como ocurre en *Al faro*, ella percibió que “la tragedia” no fueron “los crespones, el polvo y el sudario, [sino] la coerción sobre los niños [...] la sumisión de sus espíritus”.

La psicoanalista Maud Mannoni señala las dificultades que se presentan para poder elaborar el duelo de un ser querido, cuando se le reprocha su desaparición y surge, en el deudo, el sentimiento de que con su partida el muerto se llevó parte de uno mismo. Para Mannoni, Virginia Woolf supera la obsesión de la falta de madre a través de la

escritura. Trasciende el “desvalimiento impensable”, el “temor al hundimiento” relacionado con “la noción de angustia impensable ligada a la pérdida de la relación arcaica del niño con la madre”. Si eso sucede, el individuo tiene la posibilidad de protegerse “elaborando defensas que pueden conducirlo a auténticos éxitos profesionales y sociales”. En otras palabras, puede convertirse en escritor, en artista, o al menos intentarlo. Ese es el caso de Lily Briscoe, a la que en *Al faro* le faltó una madre solo para ella y que, abrazada a Mrs. Ramsay, ansía, más que nada, recomponer una unidad o simbiosis perdida.

«Se imaginaba cómo en las cámaras de la mente y del corazón de esta mujer que físicamente estaba en contacto con ella había, como en los tesoros de los reyes, tablillas con inscripciones sagradas, que si una pudiera leerlas le enseñarían todo [...] ¿Cuál era el resorte que te permitía convertirme, como el agua vertida en la jarra, en una sola cosa inextricablemente unida a la persona amada? [...] ¿Podría el amor, como lo llamaba la gente, convertirlas en una a ella y a Mrs. Ramsay?»

Lejos de sucumbir bajo el peso de la muerte, o de dejarse arrastrar por “las convenciones” del dolor, Virginia encontró fuerzas en unión con sus hermanos. Superó “ideas locas y sentimentales”, y en sus memorias recordó: “No tardamos en revivir, y surgió el conflicto entre lo que debíamos ser y lo que éramos”. La búsqueda de la identidad, y la necesidad de afirmarse en sí mismos tras la muerte de un ser querido, es característica de muchos de los personajes de sus novelas, donde la muerte suele irrumpir bruscamente trastornando un orden, pero permitiendo a la vez, que surja uno nuevo. Mientras que en *Fin de viaje*, la madre de Rachel muere cuando ella todavía es una niña, y con ello se explican muchas de las características del personaje, en *Noche y día* se hace referencia a distintas maneras de superar un duelo difícil. En tanto su madre queda atrapada en el mundo de su abuelo muerto, un prócer literario, Katherine intenta iniciar un camino propio, alejado de la tradición literaria familiar, y a escondidas estudia matemáticas.

También en *Al faro*, aunque sumida en el dolor por la pérdida del ser amado, Lily Briscoe se siente aliviada tras haber escapado a la “manía [...] esta de que todos se casaran” que entusiasmaba a Mrs. Ramsay, cuya muerte la había salvado de milagro de caer en las redes de esa mujer y permitido “desatender sus deseos, mejorar sus limitadas ideas, pasadas de moda”. Por su parte, en *Los años*, la vivencia de la larga agonía de la madre hace que Delia ansíe su muerte, ya que mientras ella

esté viva representa “un obstáculo, un impedimento, una barrera, a cuanto fuera vida”. En el libro, Eleanor se siente feliz después de la muerte del padre —a quien sin embargo amaba—, porque al fin puede liberarse de la tiranía y de las obligaciones cotidianas, simbolizadas por la vieja casa que pone en venta.

“Pero basta con la muerte... es la vida lo que importa”, escribió Virginia en su diario, y al cumplirse cuarenta y dos años de la muerte de su madre todavía era capaz de recordar las impresiones de ese día.

LOS OTROS Y NOSOTROS. PRIMERA CRISIS

La desaparición de Julia complicó la convivencia entre los Duckworth y los Stephen, o entre “los otros” y nosotros, como diría Virginia. Cuando su madre murió, George tenía veintisiete años, Stella veintiséis, y Gerald uno menos. Por el lado de los Stephen, a fines de ese mes de mayo Vanessa cumplió dieciséis, Thoby tenía catorce, Virginia, trece y Adrian once años. Si Leslie caía en la nostalgia y en la desesperación, ¿quién guiaría el barco a buen puerto?

En Stella, que había vivido a la sombra de su deslumbrante madre, cayó la responsabilidad de asumir el rol de ama de casa y, como lo había hecho Julia, se ocupó de controlar las cuentas y de la economía doméstica. También se convirtió en el paño de lágrimas de Leslie, a quien le parecía natural apoyarse en su hijastra. Por largos períodos de tiempo, él permanecía callado, y si los hijos conseguían que hablara, “y eso era parte de nuestro deber”, escribió Virginia, solo se refería a los buenos viejos tiempos. Además, acostumbraba pasearse por la casa gritando que nunca le había dicho a Julia cuánto la amaba. En esos momentos aparecía Stella, que “lo abrazaba y protestaba”. Acto seguido, Leslie se dirigía a sus hijos diciéndoles que ellos eran su esperanza y consuelo, y Virginia recordaría cómo “allí, arrodillados en el suelo, intentábamos serlo... quizá solo para llorar”.

Por fortuna, Leslie encontró otro tipo de consuelo en la escritura de una extensa carta autobiográfica, *Mausoleum Book* (El libro del mausoleo), dedicado a los hijos de Julia; ese texto, que redactó hasta su muerte, refleja mucho de su personalidad y del espíritu de su época. También se refiere a su trabajo y analiza el carácter de algunos de sus eminentes contemporáneos. Tras la muerte de Julia, él decidió que

debía reemplazarla en las clases que ella daba a sus hijas, pero no era un buen profesor, y su estado de ánimo terminó agobiándolas aún más.

Tanto en los primeros diarios personales que Virginia escribió en 1897, como en el *Hyde Park Gate News*, se percibe que, aún entonces, la familia seguía un patrón de comportamiento acorde con los parámetros victorianos y de clase que tanto Julia como Leslie sostenían. En ese modelo, como señaló la tía Caroline Emelia, la estructura familiar perduraba y reposaba sobre la base del sacrificio de las hijas mujeres solteras[70] y su trabajo agotador y no remunerado. Fue así como Stella, cada día más pálida y agotada, se sentaba a contestar las cartas de condolencia, en un papel que “tenía un ribete negro” tan ancho que apenas quedaba espacio para escribir. Frente a ella había una foto de Julia, “y a veces lloraba mientras escribía”.

De pronto la persona de Stella comenzó a adquirir importancia. Durante su niñez, signada por la melancolía de la temprana viudez de Julia, había visto a su madre yacer sobre la tumba de su padre en la casa Orchardleigh. Sus primeros recuerdos estaban asociados a una madre viuda y desolada, que en esos tiempos pensaba que la muerte era la mayor bendición que podía concedérsele. En cuanto a la relación con sus hijos, Julia sentía devoción hacia George, del que decía que “era igual a su padre” y dedicaba especiales atenciones a Gerald, “hijo nacido después de la muerte del padre y muy delicado”. Sin embargo, podía ser dura con Stella. Durante su noviazgo, Leslie lo había percibido y se lo señaló, pero Julia respondió que consideraba a Stella parte de sí misma y por eso la trataba de ese modo. No solo ella consideraba a su hija como una suerte de prolongación suya; Virginia escribió: “Eran la una para la otra, como el sol y la luna; mi madre la positiva y terminante; Stella, el satélite que refleja la luz”. Sin ambiciones personales, “o siquiera carácter propio”, aun cuando Stella, “muy dulce y muy franca”, tenía un gran encanto, y una “generosidad pura, simple y modesta”, cargaba con el poco halagador apodo de “vieja vaca”, con el que la llamaba su madre.

Cuando creció, la belleza de las mujeres de la familia se reflejó en ella, lo que provocó el orgullo de Julia y generó entre madre e hija “un sentimiento de singular profundidad e intimidad”. Lo cierto es que la vida social de Stella, sus éxitos y pretendientes estimularon “en su madre muchos instintos que habían estado latentes durante largo tiempo”. Dependiente de Julia y preocupada por ella, Stella también disfrutaba de esas ocasiones, pero insistía en volver pronto de las fiestas y reuniones, por temor a que su madre se fatigase. Su preocupación se

acentuó en los últimos tiempos, y Virginia no dudó en creer que Stella albergaba rencor hacia su enceguecido y demandante padrastro, para quien Julia debía de ser una fuente inagotable de apoyo y contención. Lo cierto es que Virginia terminó haciéndose eco de ese encono y escribió: “[Mi padre]... causó un daño imperdonable al sustituir la imagen de una madre verdadera y sumamente vívida por algo que no era más que un desagradable fantasma”.

En sus recuerdos, Virginia señala que Stella no tenía una inteligencia brillante y que muy rara vez leía un libro, pero también dice que derrochaba un gran encanto, que era alegre, muy femenina y dulce. La joven Duckworth se había sentido siempre un apéndice de su madre, y después de su muerte solo encontró sentido a su vida ofreciendo, casi sin pensarlo y de manera automática, sus cuidados a quienes la rodeaban. Así conquistó a sus hermanas Stephen, quienes la diferenciaban de los otros Duckworth, ya que su “falta total de afectación y de esnobismo [...] su autenticidad [...] no era común en una hermana de George y de Gerald, tan poco brillantes y convencionales, quienes además exhibían una devoción tan innata por los convencionalismos y las respetabilidades”. En contrapartida, la inocencia de Stella siempre evocaría en Virginia “a esas grandes flores blancas, como la flor del saúco o la flor del perejil, que se ven en los campos en el mes de junio [...] También a una pálida luna en un cielo azul. O a esas grandes rosas blancas, que tienen muchos pétalos y son casi transparentes”.

Se trata de una imagen angelical, diametralmente opuesta al retrato de pesadilla que Virginia hizo de sus hermanastros:

«Una vez, cuando yo era muy pequeña, Gerald Duckworth me puso encima de [una repisa que se reflejaba en un espejo], y mientras estaba sentada allí comenzó a explorar mi cuerpo. Puedo recordar la sensación de su mano bajo mis ropas; descendiendo con firmeza y con seguridad más y más abajo. Recuerdo cuánto esperaba que se detuviera, y como me puse tensa y empecé a retorcerme cuando su mano se aproximaba a mis partes íntimas. Pero no se detuvo. Su mano exploró también mis partes privadas. Recuerdo mi resentimiento, mi desagrado. ¿Cuál es la palabra para expresar aquel sentimiento mudo y complejo?»

Situaciones como esta suelen generar sentimientos de ira, culpa y vergüenza en la víctima del abuso; tal vez por eso Virginia no se refirió

a esa “escena” en sus primeros escritos autobiográficos, esbozados en ocasión del nacimiento de su primer sobrino. Sí pudo relatarla en 1939, en “Apuntes del pasado”.

Impulsada por Vanessa, que le dijo que si no empezaba a escribir sus memorias “pronto sería demasiado vieja” para hacerlo, Virginia se refirió no solo a los bellos recuerdos de infancia, sino a los abusivos tanteos exploratorios de Gerald.

Su relación con Stella, exenta de cualquier tipo de reproche o mácula, fue completamente diferente y sus recuerdos de ella son siempre cariñosos. Stella se sentía consustanciada con el trabajo que Julia hacía en los barrios pobres, con su arduo trajín en favor de los enfermos; y al tanto de las visitas de su madre al Hospital de Enfermos cancerosos de Brompton Road, insistió en que, en su lápida, figurase una inscripción que explicitara su dedicación a “hacer el bien”. Su devoción “casi canina en su conmovedora adoración” fue una de las razones que la impulsaron a dedicarse, ella también, al servicio del prójimo. Con ese objetivo se unió al grupo liderado por Octavia Hill, [71] filántropa y reformadora social que propiciaba la construcción de viviendas para los pobres. Es sabido que Virginia acompañó a Stella a una de las reuniones del grupo, y permaneció sentada frente al fuego “contemplando las piernas de Miss Hill” mientras ellas conversaban acerca de sus proyectos. Otra vez, la acompañó en su recorrido por los barrios pobres: “Cuando nos enteramos de los tugurios que tendríamos que atravesar para llegar a ese sitio, S. dijo que era imposible, así que dimos media vuelta y volvimos derecho a casa”.

Es posible que los sentimientos ambivalentes de Virginia hacia las mujeres que se dedicaban a la filantropía nacieran en esos años. A la admiración por la entrega apasionada y convencida de aquellas que sentían que su deber era trabajar para el bien de los demás, oponía la convicción de que en ocasiones la filantropía no era más que una “malévola comedia”, que encubría deseos de poder o de dominio. También rechazaba las actividades caritativas porque alejaban a las mujeres de trabajos remunerados y, por ende, de alcanzar su independencia.

En *Al faro*, se sugiere que “todos [los] deseos de dar, de ayudar” que caracterizan a Mrs. Ramsay podrían originarse en su vanidad: “Era por amor propio por lo que tan ansiosamente se empeñaba en dar, en ayudar”. Por su parte, “desdeñada y contrariada”, Mrs. Ramsay lamenta la actitud de otro de los personajes, que le hace “sentir la mezquindad de una parte de ella, y de las relaciones humanas”.

En sus ensayos y novelas, Virginia Woolf vuelve constantemente al tema de la filantropía. En *Los años*, tal como lo hacía Stella, el personaje de Eleanor se dedica a actividades caritativas y a la construcción de casas para los pobres en Peter Street. Pero Eleanor percibe que debe sumar contenidos a la acción. Para ella, es necesario hacerse de “una opinión, una opinión muy concreta”. De lo que se trata es de ser algo más que un peón en el engranaje filantrópico; en cuyo caso, la formación de la opinión propia puede entenderse como un paso previo a la toma de conciencia política. Por otra parte, tanto *Un cuarto propio* como *Tres guineas* pueden leerse como la respuesta personal de Virginia Woolf a esa problemática: solo a través de la educación las mujeres podrían superar y dar cauce a una forma más benévola de amor al prójimo. Aun a riesgo de idealizar la tarea del escritor, en su diario de 1919 subrayó: “Cada vez tengo más claro que las únicas personas honestas son los artistas, y que todos esos reformadores sociales o filántropos son tan incontrolables y ocultan deseos tan poco honorables bajo el disfraz del amor hacia el prójimo, que habría mucho más que decir de ellos que de nosotros”.

Es probable, sin embargo, que la filantropía fuera para algunas mujeres la manera de escapar de la tiranía del hogar. Stella fue un buen ejemplo de lo que Virginia llamó “hijas de los hombres con educación”, cuya instrucción siempre era postergada en favor de la de sus hermanos varones. Aun cuando tocaba el piano lo suficientemente bien como para integrar una orquesta femenina, no podía evitar los sentimientos de inferioridad; “había un obstáculo en su mente, una plácida indiferencia con respecto a los libros y a la enseñanza”. De pequeña había tenido fiebre reumática y estaba convencida de que la enfermedad la había “tocado”. Como muchas jóvenes de su época, Stella, Vanessa y Virginia eran conscientes de lo escaso de su formación intelectual y recelaban de sí mismas. Y, si bien Stella no experimentaba los llamados de una fuerte vocación, como les sucedía a sus hermanas, tenía carácter y capacidad resolutive, sentía un gran amor por la música, se interesaba por la fotografía, jugaba billar, tenis y croquet. Otra característica que la diferenciaba de Vanessa y Virginia era su conformismo y su escaso deseo de novedades, cualidades que tuvieron que ver con que, a los veinticuatro años, definiera *Casa de muñecas*, de Ibsen, como una obra “loca de atar”.

Dedicada “a servir el té”, su actitud complaciente hacia el modelo victoriano y sus gustos sencillos la hacían una buena candidata para el matrimonio. El perturbado primo Jim no fue su único pretendiente. En

el verano de 1893 tuvo, por lo menos, otros dos. Rechazó las propuestas sentimentales de Walter Headlam, y en cuanto a los galanteos de Dick Norton, escribió en su diario: “Me temo que le gusto más de lo que él me gusta a mí, y eso es mucho decir”. Jack Hills también aspiraba a casarse con ella. Julia vivía todavía cuando, atenta a los progresos del romance, Virginia oyó una noche, en la casa de St. Ives, a través del tabique del ático, los sollozos de Stella, que acababa de rechazarlo: “En aquellos tiempos, el rechazo era catastrófico. Significaba una ruptura total de relaciones”.

Las familias trataban estos asuntos en un lenguaje cifrado, “un código religioso, que llegaba de una u otra manera a los hijos”. Por otra parte, la comunicación entre jóvenes del sexo opuesto era por demás intrincada, cuando no imposible. Las primeras novelas de Virginia Woolf dan cuenta de ese diálogo babélico. Las relaciones entre los pretendientes “se llevaban a cabo tal como ahora las relaciones entre naciones, con embajadores y tratados. Las partes interesadas se reunían en la gran ocasión de la petición de mano. Si la petición era rechazada, se declaraba el estado de guerra”. Era por eso que Stella lloraba, mientras Jack partía de inmediato a Noruega para dedicarse, despedido, a la pesca. En esa ocasión, a través de Julia, “se mantuvieron vagas negociaciones, pues hacía falta un intérprete”. Todos estos procedimientos, subrayó Virginia, “daba(n) solemnidad al amor” y “los sentimientos se acumulaban; se interponía silencio”. La carga emotiva signaba la atmósfera familiar. Lo privado se hacía público a través de un lenguaje críptico y misterioso que los pequeños, intrigados, trataban de adivinar.

La muerte de Julia dejó a Stella y a Jack sin mediador. Él se había hecho presente la noche anterior a su deceso. La familia estaba reunida en “la sala de estar, y allí —escribió Virginia— teníamos la bandeja con el té, pues teníamos la curiosa costumbre de tomar el té cerca de las nueve de la noche”. La tetera de plata, un objeto querido que Virginia atesoró aun desvencijado, tenía un asa que se recalentaba. La hermana mayor de Julia intentó servir el té y tuvo que soltar la tetera: “Y Jack Hills dijo, con una triste y extraña sonrisita, adecuada a su pequeña broma: “Solo la señora Stephen y Stella pueden hacer eso””.

Virginia contemplaba interesada esas escenas, le “resultaba estimulante mirar por encima de nuestro mundo inmaduro e imaginar que el verdadero conflicto propio de seres humanos reconocidos como tales ya había comenzado para nosotros”. Ese interés se trasladó a su escritura. De hecho, Stella es evocada en las jóvenes victorianas que

Virginia retrató en sus novelas; su recuerdo está “en el corazón de *Fin de viaje*”, y de manera más o menos directa sobrevuela gran parte de su obra. Como si se tratase de un pálido y enlutado fantasma, Stella se dedicaba a atender a los miembros de la familia. La situación era confusa. Leslie, su padrastro, “era el pupilo que su madre le había legado”. Él consideraba “natural” la entrega de Stella en la que se había operado “un cambio que parecía terriblemente simbólico. Jamás se vio un ser tan pálido”.

Durante el duelo, la familia se trasladó a Freshwater. La belleza del paisaje y la ausencia de visitas enlutadas y llorosas les dejaron entrever otras posibilidades, y fue Leslie quien, de alguna manera, permitió un accionar más libre, y dio —recordó Virginia— “el primer impulso encaminado a darnos libertad”:

«Quizás, durante un paseo, de pronto él dejaba de lado todas nuestras curiosamente convencionales relaciones y nos mostraba durante un minuto una inspiradora visión de vida libre, bañada en una luz impersonal. Había muchas cosas que aprender, libros que leer y se podían alcanzar los éxitos y la felicidad sin cometer deslealtades.»

Como padre, Leslie podía mostrarse distante, incluso demandante, caprichoso y antojadizo, pero también magnánimo y generoso. Después de la muerte de Julia, su comportamiento se tornó cada vez más exigente. Solo veía sus necesidades, no tenía atisbos de las de los demás, y esto fue muy doloroso para Virginia, que lo amaba. De todos modos, como le sucede a Mr. Ramsay en *Al faro*, Leslie podía recuperar su mejor faceta:

«Era hermoso en esos momentos, sencillo y ávido como un niño; y exquisitamente sensible a todos los afectos; exquisitamente tierno. Entonces lo hubiéramos ayudado, si hubiéramos podido, le habríamos dado todo cuanto teníamos, y sentíamos que aquello era muy poca cosa al lado de su necesidad, pero el momento pasaba.»

Como buen victoriano, si bien Leslie estaba de acuerdo con que las mujeres tuvieran derecho a la misma educación que los varones, nunca se le ocurrió que esto era válido para sus hijas. De todas maneras permitió que Vanessa tuviera primero lecciones particulares de pintura y que luego acudiese a la Academia, y que Virginia tomara lecciones de

griego. Aunque desconocía casi todo lo relacionado con la música y la pintura —y esto fue doloroso para Vanessa—, [72]estimuló siempre la inclinación literaria de Virginia.

Por su parte, sin el consuelo de una vocación, Stella se acercó a Vanessa porque le recordaba a su madre y era “la única persona que no necesitaba que se hicieran sacrificios por ella”. Lo cierto es que Stella solía sentirse desconcertada ante las reacciones de su padrastro. Cierta vez Virginia oyó que Leslie le preguntaba: “No fui tan malo como Carlyle, ¿verdad?”. Stella, que no había leído mucho y tal vez desconocía el maltrato de Carlyle hacia su mujer, “lo consoló una y otra vez, cansada pero tenaz”. En realidad Leslie no sentía “escrúpulo alguno en revelarles sus sufrimientos y en exigirle una atención constante y cuanto consuelo pudiera ella darle”; y se escudaba en el hecho por todos sabido de que era “propio de su naturaleza y costumbres hallar consuelo en la manifestación de sus sentimientos”. Aun así, en *Mausoleum Book*, él reconoció que si lo hubieran atormentado los remordimientos que torturaron al “pobre Carlyle”, hubiera pensado en el suicidio.

En ese contexto familiar, en el verano de 1895, Virginia cayó víctima de una crisis nerviosa acompañada de síntomas físicos. A una excitación extrema asociada con un pulso acelerado, le seguía un período de depresión y el rechazo a ver gente. El doctor Seton, médico de la familia, dijo que la sintomatología se correspondía con una depresión nerviosa a consecuencia de la muerte de su madre y ordenó que suspendiera las clases y demás actividades. También le recomendó que llevara una vida tranquila, que hiciera mucho ejercicio, e indicó que debía pasar cerca de cuatro horas diarias al aire libre. Stella acompañaba a Virginia al médico, la llevaba a pasear o a viajar en el piso alto de los autobuses. Salvo en lo que respecta a los síntomas físicos, no se sabe mucho acerca de esa primera crisis, pero sí que la convalecencia fue lenta y sus efectos duraron mucho tiempo. Recién en 1897 los médicos consideraron que Virginia estaba curada.

El diario personal que llevó en 1896 no se conserva, y en el de 1897 Virginia no menciona ningún síntoma específico. [73] De todas maneras, leyendo sus escritos de la época, es posible percibir cierto nerviosismo, sobre todo en las ocasiones en las que se sentía contrariada y llevada a seguir la voluntad de los demás en contra de sus propios deseos. En ese estado, deprimida y hastiada de ver gente, sentía que las visitas eran una imposición desagradable, y toda la familia estaba preocupada por su salud. Aun así, ni en los diarios de Stella ni en las cartas de Leslie, ni

en ningún otro documento, se dice que en ese entonces hubiese sufrido de alucinaciones, como sí sucedió en crisis posteriores.[74]

En tanto atendía la crisis de Virginia, Stella comenzó a preparar a Vanessa para su “entrada en sociedad”: la acompañaba a la modista y le enseñaba a bailar el vals. La familia deseaba colaborar con la formación de las pequeñas huérfanas y en noviembre de 1896, junto con George y con su tía Minina Duckworth, Vanessa viajó al norte de Francia. Pero la mayor de las responsabilidades recayó sobre Stella, que se ocupaba de la casa, al tiempo que hacía de madre de sus hermanas menores; incluso anotaba, como quedó registrado en su diario de 1896, las fechas de los períodos menstruales de las tres. Es probable que Virginia haya tenido su menarquia en esa época, y es evidente que en su caso la pubertad quedó asociada al duelo por la pérdida de su madre.

Tanto Vanessa como Virginia vivían a la vista de la familia los días de su período menstrual. Ambas acostumbraban a quedarse en cama al menos durante el primer día de su menstruación, lo que no solo relacionaba ese momento del ciclo hormonal con la debilidad y la invalidez, sino que todos los que estaban en la casa quedaban al corriente de lo que sucedía. Aun así, Virginia contó que ella misma se hacía los paños de algodón para no tener que ir a una tienda y comprárselos, ni pedírselos a una empleada y confesar: “Yo también soy mujer”.

Sin Julia, el paraíso de la infancia que fue la casa de St. Ives dejó de tener sentido; nadie quería volver allí, y Gerald se encargó de ir a Cornwall para deshacerse del lugar. El verano de 1895 la familia fue de vacaciones a Freshwater, en la isla de Wight, y en 1896 alquilaron una casa en Hindhead. Por entonces, Jack Hills, el candidato más constante de Stella, era una compañía habitual para la familia, y llegó a “convertirse en una parte natural, aunque secundaria, de Stella”. El insistente pretendiente fue su apoyo y “refugio de todas las preocupaciones de la familia, y también alivio” frente a la tiranía y los reclamos de su padrastro. Amante de la naturaleza, Jack también ocupó un lugar en el corazón de los hermanos Stephen, en quienes estimuló uno de sus pasatiempos favoritos: la caza de mariposas nocturnas. Además, les enseñó a poner azúcar en los árboles para cazar insectos y les regaló libros de entomología. Al describirlo, Virginia es tan pronto sarcástica como cariñosa. Dice que Jack era un hombre honrado, que representaba el tipo de caballero rural inglés, agrega que era “escrupuloso”, pero a su vez señala que, evidentemente, en lo que respecta a Stella había trazado un plan de acción.

A pesar de que lo había rechazado dos veces, durante las vacaciones Stella reconsideró su propuesta matrimonial. Como sucede en *La señora Dalloway*, donde Richard suele ir en bicicleta a visitar a Clarissa, en agosto Jack llegó pedaleando con cualquier excusa, como lo había hecho durante todo ese verano, con la idea de ver a Stella. Finalmente, ese día ella aceptó casarse con él.

Una boda, un funeral

Agrupada alrededor de Stella, la familia vivió su compromiso con ambivalencia. En principio todos dijeron compartir su felicidad, pero temían perderla, y se sucedieron escenas de celos y tensión. Al enterarse, Adrian comenzó a llorar y Leslie lo reprendió. Pero como le costaba imaginar qué sería de él sin el sostén de Stella, terminó por convertirse en el más irritado de todos y vivió los meses anteriores a la boda como una tortura. El solo hecho de oír el nombre de Jack le resultaba “como el chasquido del látigo”. Sin embargo, Leslie no era tonto y admitía que su comportamiento —como Julia le había señalado en ocasión del casamiento de Anne Thackeray— se debía a los celos que le provocaba ocupar un lugar secundario en el afecto y en la vida de la novia.

Con sus actitudes, Leslie seguía un patrón conocido, pero también repudiado, y que Virginia se encargó de señalar en *Tres guineas*, tomando los casos de autoritarismo empleado por los padres de las escritoras Elizabeth Barnet y Charlotte Bronte, quienes no podían soportar la idea de que sus hijas contrajeran matrimonio. Ambos padres se excusaban en las emociones que los embargaban, y decían que sus sentimientos les impedían pensar críticamente. A través de ellos, Virginia se permite bromear acerca de lo que Freud llama “fijación infantil” sugiriendo que, en este caso, eran los padres quienes tenían una fijación hacia sus hijas, y señalando el patético caso de Charlotte Bronte cuya “vida de casada, que sería breve, quedó mayormente acortada por el deseo de su padre”.

Cuando Julia aceptó como marido a Leslie, repitió una suerte de esquema: una mujer salía de su vida —su primera esposa— y otra entraba. Con la muerte de Julia, fue Stella quien se hizo cargo de él, pero su compromiso con Jack amenazaba destruir el delicado equilibrio

familiar. Las cosas tampoco fueron fáciles para Virginia, que aceptaba con toda naturalidad la dedicación que Stella le brindaba y temía la injerencia de Jack; pero como Vanessa estaba decididamente a favor del matrimonio, terminó apoyando a Stella, se alegró de su alegría y, esperanzada con el nuevo ciclo, se sintió compenetrada con el devenir del idilio:

«Y fue gracias a ese noviazgo que tuve mi primera visión —tan intensa, tan excitante, y tan arrebatadora fue, que bien merece el nombre de visión—, mi primera visión del amor entre un hombre y una mujer. Fue para mí como un rubí, el amor que capté aquel invierno en su noviazgo, radiante, rojo, claro, intenso. Me dio un concepto del amor; una medida del amor; la sensación de que no hay nada en el mundo tan lírico, tan musical, como un joven y una joven en su primer amor compartido. Lo relaciono con los noviazgos respetables; el amor no oficial nunca me produce la misma sensación. ‘Mi amor es como una rosa roja, roja, que acaba de brotar en junio’. Esa era la sensación que provocaban, la sensación que siempre retorna a mí cuando oigo hablar de un “noviazgo”; nunca cuando oigo hablar de un *affaire*. Y proviene de Stella y Jack. Surge del éxtasis que sentí, en mi escondite, detrás de las puertas plegables de la sala de Hyde Park Gate. Me quedaba allí, oculta, medio enloquecida por la timidez y el nerviosismo mientras leía el diario de Fanny Burney, y me sentía invadida a ratos por oleadas de profunda emoción —a veces de furia, ¡cuánto me enfurecía mi padre en ese entonces!— y también de amor o del reflejo del amor. Era incorpóreo, una luz; un éxtasis.»

El noviazgo se prolongó varios meses, y a pesar de los esfuerzos de Virginia por mostrarse gentil y alegre, en febrero de 1897 sintió que era insoportable tener que acompañar a Stella y a Jack a Bognor. Ni la presencia de Leslie, Vanessa y Adrian mejoró la situación y, luego de su estadía, escribió en el diario íntimo que había comenzado a principios de año “Otra semana de llovizna en ese Bognor nublado, fangoso, chato y absolutamente estúpido (el nombre le sienta bien) me hubiera empujado al borde del muelle y dentro del mar amarillo y mugriento”.

Felizmente, a mediados de febrero, Virginia pudo regresar a Londres y, con consentimiento médico, retomó sus ejercicios de griego; por su parte, Vanessa asistía a la escuela de arte de Arthur Cope.^[75] Aunque los profesores eran excelentes, muchas jovencitas concurrían a clase al solo efecto de ocupar su tiempo hasta el matrimonio; pero el sueño de

Vanessa era diferente: quería prepararse para ingresar en la prestigiosa Royal Academy of Arts (Real Academia de las Artes).

Entre las rutinas familiares que se iniciaron en 1897, por las noches Leslie leía a sus hijos o recitaba poesía. Mientras tanto, Virginia estudiaba historia, alemán, practicaba griego y leía mucho. Consciente de sus progresos, Leslie consideró oportuno darle acceso libre a su biblioteca y pronto comprobó que su hija estaba “devorando libros” más rápido de lo que él hubiese querido. Lo cierto es que Virginia disfrutó e hizo pleno uso de su nueva libertad, sin por eso desatender los consejos que pudieran ofrecerle y respetando las recomendaciones de su padre en materia de lectura.

El *Hyde Park Gate News* había llegado a su fin y con él aquella parte de sus escritos que mostraba a sus padres. Es posible que ni siquiera Leslie conociera los intentos narrativos en los que en esos momentos se ejercitaba. De hecho parecía que la autoridad paternal estaba en proceso de revisión, cuestión que quedó en claro con el noviazgo de Stella. Al anunciar su compromiso, y aceptando el deseo de Leslie, dijo que seguiría viviendo con la familia; pero pronto cambió de opinión y tuvo que afrontar la consecuente “explosión” del tiránico Leslie. Finalmente, la pareja alquiló una casa al final de la calle, a pocos pasos de la de la familia, en el 24 de Hyde Park Gate.

Aunque el temperamento de Leslie obstaculizaba y complicaba el noviazgo, él creía que su conducta estaba totalmente justificada. Virginia, que se hacía eco de la tensión que se vivía en la casa, llegó agotada a las vísperas del casamiento. Además, consecuente con su agnosticismo, no tenía costumbre de asistir a la iglesia y la perturbaba tener que enfrentar la ceremonia del matrimonio de Stella. En ese estado, el 28 de marzo, luego de “rebuscar” por toda la casa los libros de plegarias e himnos, Virginia presenció la lectura de las amonestaciones por la boda de Jack y Stella, que se leyeron en St. Mary Abbots, y anotó en su diario: “En ciertas partes nos quedamos de pie, luego nos sentamos, y finalmente nos arrodillamos... lo cual me negué a hacer”.

Sin ninguna inclinación religiosa, había asistido a la iglesia como un deber previo a la boda, casi adivinando los salmos, que no conocía, pero disfrutando de los himnos que “fueron espléndidos”. Pero además de concurrir a la iglesia, había otras mil cosas que hacer. Aparte de someterse a las pruebas de su vestido de dama de honor —anotó en su diario que fue “forzada” a usar “cierta ropa interior”, un corpiño por primera vez—, debía escribir las invitaciones para la boda y pensaba que

todo el asunto se hacía cada día más engorroso.

La casa rebosaba de regalos que había que acomodar —cerca de ciento setenta— y las visitas llegaban a raudales. Aunque Virginia y Vanessa habían resuelto permanecer “calmas” como si el casamiento de Stella no “las tocara”, ansiaban que todo terminara, y el día anterior a la boda Virginia confesó exhausta: “Demasiadas cosas que hacer como para deprimirse, pese a que la última noche amenazó con terminar mal”. Todos estaban alterados, pero se superaron los obstáculos y Stella contrajo enlace el 10 de abril de 1897.

Vestidas de gris, Vanessa y Virginia fueron las damas de honor y Leslie decidió que sería él y no George quien acompañaría a la novia hasta el altar. Esa mañana transcurrió en medio de la confusión, y recordándola, Virginia escribió que la atmósfera era “como un sueño, o una pesadilla... Stella casi estaba soñando, pero creo que el suyo era un sueño feliz”. Sin embargo, su imagen de Stella “caminando en sueños, la mirada fija hacia adelante, muy blanca y bella”, más que la de una novia extasiada, parece ser la de una víctima ofrecida en sacrificio.

Días después de la boda y durante las vacaciones que en abril la familia tomó en Brighton, Virginia estuvo muy irritable. Le molestaba que el lugar estuviera lleno de “actrices de tercera disfrazadas con ropas espectaculares; tremendos sombreros, polvos y lápiz labial, y horribles jóvenes para escoltarlas”, y deseaba volver a su casa y arrellanarse en su amado sillón de lectura.

A fines de abril, cuando los Stephen regresaron a Londres, se encontraron con la triste noticia de que Stella, que había regresado de su luna de miel de dos semanas por Italia, estaba en cama con gastroenteritis. Poco después, debido a los fuertes dolores que padecía, los médicos sospecharon que se trataba de peritonitis. Muy turbada y angustiada, Virginia —que luego de la boda de Stella tenía una habitación para ella sola— debió dormir con Nessa. Al día siguiente los síntomas desaparecieron y todo hizo suponer que Stella mejoraba. Durante ese tiempo Virginia registró en su diario, día a día, el estado de salud de su hermana, pero a pesar de su buena evolución, la invadía la sensación de que el mundo era un lugar peligroso e inquietante. Además, desde que había visto cómo una mujer, que iba tranquilamente en bicicleta y que seguía el mismo horario y trayecto que hacía Vanessa para volver de sus clases, fue atropellada por un coche, la asaltaban funestos presentimientos. Preocupada por ella, Vanessa le escribió a Thoby:

«Ginia lo vio todo... Nuestra pobre Cabra se encontraba en un estado terrible, como podrías imaginarte, y ahora quiere que yo deje de andar en bicicleta, lo que no voy a hacer, por supuesto. Qué mala suerte que siempre sea la Cabra la que ve los accidentes.»

Mientras Stella parecía recuperarse, la salud de Virginia se deterioraba, y enojada escribía en su diario: “Esa vieja vaca se encuentra de lo más bien y muy animada”. Era evidente que Virginia estaba muy alterada, por lo que el doctor Seton volvió a prohibirle que tomara clases. Cuando Stella le sugirió que ambas podrían dejar Londres para recuperarse, contestó irritada que era “imposible”, y se negó con vehemencia.

El 30 de mayo Stella y Vanessa festejaron sus respectivos cumpleaños con un almuerzo en casa de la primera y una cena en la de la segunda. Se trató de un acontecimiento notable, ya que Vanessa cumplía dieciocho años: “la edad en la que una jovencita de pronto se transformaba en una dama: las faldas caían hasta el suelo, el cabello se llevaba recogido firmemente en lo alto de la cabeza”. Era la ocasión de asistir a los primeros bailes y de lucir los primeros vestidos de noche realizados por la reputada modista Mrs. Young.

Sus hermanas florecían, se anunciaba públicamente que Stella estaba embarazada, pero Virginia no pasaba por su mejor momento. De todas maneras, no dejaba de participar de la vida social y familiar, y provista de tickets preferenciales, asistió junto con Nessa, Thoby y un amigo de Leslie al desfile de la Reina Victoria, que cumplía sesenta años de reinado y “sonreía y asentía con su pobre cabeza cansada” ante una multitud que la aclamaba con vítores el día de su jubileo.

Más que de cualquier otra cosa, Virginia seguía pendiente del estado de salud de su hermana y le escribía a Thoby, comunicándole los esperanzadores reportes del Dr. Seton. Pero solo eran espejismos. El 13 de julio, mientras visitaba a Stella, Virginia tuvo fiebre y se decidió que debía quedarse a dormir allí. Esa noche, Stella volvió a sentir fuertes dolores. El 15 de julio, salió de su habitación en salto de cama, para ver cómo se encontraba Virginia.[\[76\]](#)

El 17 de julio, George fue a buscar a Virginia. Stella empeoraba y, como ella tampoco estaba bien, intentaban ocultarle la verdad. Cuando camino a su casa Virginia pasó por la puerta de su habitación, alcanzó a oír que su hermana le decía “¡Adiós!”. Esa fue la última vez que se vieron. Operaron a Stella de urgencia[\[77\]](#) pero murió en la madrugada

del 19 de julio. George y Nessa fueron los encargados de comunicárselo a Virginia.

Si bien retomó esa época en sus “Recuerdos” de 1908, e incluso en “Hyde Park Gate 22”, texto para ser leído a un grupo de amigos en 1920, y en los “Apuntes del pasado” de 1939-1940, había algo tan oscuro en esos años que Virginia señaló que rehuía “los años 1897-1904, los siete años de infelicidad”. Tampoco Vanessa soportaba el recuerdo de lo que llamó “una época de horrible suspenso, confusión, mal manejo, y luchas desesperadas contra la estupidez de aquellos en el poder”. Los malos diagnósticos y los tratamientos errados habían acabado con la vida de Stella, y destruidas por la pérdida, ni Vanessa ni Virginia asistieron a la ceremonia religiosa ni al entierro de su hermana, en el cementerio de Highgate, al lado de su madre. Pocos días después, acompañaron a Jack a poner flores en su tumba.

En *Al faro*, la historia de Prue, una de las hijas de Mrs. Ramsay, recuerda o refleja la de Stella. Más allá de que adora a su madre, poco se dice de su personalidad, y de pronto el lector se entera: “Prue Ramsay murió durante el verano de alguna enfermedad relacionada con el parto, lo cual, en verdad, fue una tragedia, dijeron. Decían que nadie merecía más la felicidad”.

Para Vanessa la muerte de Stella fue “la más aterradora de las dos tragedias que habían destrozado nuestra vida de familia, normalmente alegre”. Por su parte, Virginia sintió que perdía toda protección, y sopesó con temor la fuerza que tendría en los días y en los años venideros: “Y otro y otro y otro aún por llegar”. En momentos como esos, la vida, “de ser una cosa compuesta de muchos incidentes separados que se vivían uno tras otro, se recogía y se hacía una, como si fuera una ola que la arrastrara a una con ella, y la arrojara, de golpe, sobre la playa”.

CAPÍTULO V - Los siete años de infelicidad

Una nueva víctima

LAS hermanas Stephen reconocieron con horror cómo volvían a activarse los mecanismos sociales y familiares del duelo victoriano. Era su deber dar muestras de desesperación y, aunque contrariadas, no pudieron evitar que una prima de Stella insistiera en rezar en la habitación donde ella había muerto. Al mismo tiempo, toda una cohorte de primas y tías, a las que Virginia llamó desagradables plañideras, invadían la casa y la intimidad de la familia. Debían establecerse nuevos roles, cubrir el lugar de Stella.

Vanessa y Virginia contemplaban con tristeza los relojes de oro — con sus iniciales grabadas y la inscripción *De Stella y Jack*— que la pareja les había regalado, y no dejaban de preguntarse qué hubiera sido de sus vidas sin la muerte de Julia y de Stella.

Virginia comprobó que la “mutilación de los sentimientos naturales nos sensibiliza”, e intentó consolarse pensando que esas experiencias dolorosas podían significar “que los dioses [...] nos tomaban en serio, y nos daban una tarea que no creían que valía la pena encomendársela a, digamos, los Booth o los Milman” Que se viera como víctima de un extraño sacrificio de los dioses, no resulta extraño; los lazos victorianos se tornaban asfixiantes. Tanto Vanessa como Virginia debieron aceptar que habían heredado las relaciones de Julia y de Stella, y eso significaba confraternizar con gente que no soportaban. Las familias se visitaban y controlaban, y tanto la cuñada de Leslie como la hermana de Julia no eran ajenas a esa tendencia. Todos ellos eran una presencia

constante; a los primos Fisher, “que hubieran hecho el Edén inhabitable”, se les sumaban los tíos y primos Stephen, y también estaban los mucho más simpáticos primos Vaughan.

Emma, una de ellas, se convirtió en amiga y corresponsal de la joven Virginia. Las dos compartían el hobby de encuadernar libros.[78] Además, William, un hermano de Emma, se había casado con Madge Symonds,[79] trece años mayor que Virginia, y escritora como ella, con la que estableció una amistad de carácter romántico y apasionado.

De todas maneras, el mes que siguió a la muerte de Stella fue una pesadilla. La familia Stephen partió, a fines de julio, a la rectoría de Painswick, en Gloucestershire, donde pasaron el verano huyendo de “los horribles seres que venían a [presentar] sus condolencias, los parientes y amigos”.

Para Virginia, el lugar quedó relacionado con la imagen de un árbol sin hojas, junto a una glorieta en la que ella y Jack estaban sentados, tomados de la mano. De pronto, él gimió diciendo: “Es desgarrador”. Testigo muda de su sufrimiento, Virginia oyó que agregaba con brusquedad: “No puedes entenderlo”. “Sí puedo”, murmuró, y le pareció comprender “que sus deseos sexuales lo desgarraban [...] al mismo tiempo que su extrema aflicción por la muerte de Stella. Ambos sentimientos eran una tortura”.

A Jack debía lo poco que sabía de sexualidad; fue el primero en hablarle con franqueza del tema, y Virginia llegó a decir que fue “el más imparcial y el menos represivo” de todos sus “jóvenes guías”. Pero aun así, su saber era brumoso, y la invadía la sensación de que las relaciones entre hombres y mujeres jóvenes estaban basadas en diferencias irreconciliables, seguían fuerzas misteriosas, y que la mayoría de las veces la comunicación entre ellos era imposible. Virginia trasladó esa temática a *Fin de viaje*: Raquel, la protagonista, muere poco antes de su matrimonio y su novio, Hewet, percibe “el sufrimiento como si se tratase de algo material. Un gigante comiéndose a puñados la vida de hombres y mujeres. Conoció por primera vez el sentido de las palabras que otras veces le sonaban a hueco. La lucha por la vida. La dureza de esta. Ahora, por sí mismo, sabía que la vida era muy dura y que rebosaba dolor hasta los bordes”.

Dado que el sufrimiento de la familia no parecía reflejarse en Leslie, que lucía vigoroso y animado, él se convirtió en el blanco de los reproches de todos los que recordaban cómo “había abusado de las fuerzas de Stella [...] y ahora cuando debería mostrarse arrepentido, era quien menos dolor revelaba”. En su desesperación, Jack no se privaba

de hacer insinuaciones amargas sobre su comportamiento, lo que exacerbaba el rencor de los otros.

Convencidas de que debían consolar al joven viudo, a fines de septiembre Vanessa y Virginia acompañaron a Jack a visitar a sus padres en Corby Castle. Fue, a decir de Virginia, “una de las semanas más desdichadas de nuestra vida; y quizá nuestra desdicha se debía, en parte, a la sospecha de que Jack no reconocía todos nuestros esfuerzos y a que el mundo exterior los ignoraba completamente”. En ocasiones Virginia se rebelaba contra Jack, pero se sentía dolida cuando percibía el silencio con que Nessa, como poseída de una sabiduría imposible de compartir, recibía sus quejas.

Finalmente, en noviembre de 1897, Virginia encontró una válvula de escape. Comenzó a tomar clases de griego e historia en el King’s College de Londres, a cargo del Dr. George C. Warr. También se fijó un plan de trabajo que incluía la relectura de todos los libros que su padre le había recomendado. Era su manera de contrarrestar la falta de educación formal; animada por la idea de llegar a ser escritora, sentía que debía suplir los defectos de formación que, como siempre decía Leslie, eran característicos de escritoras como Anne Thackeray. De esta manera, Virginia encontró en la lectura no solo un refugio o la posibilidad de evadirse, sino una forma de aprendizaje que convirtió en pasión. Leía “más de cuatro libros a la vez” y los agrupaba por categorías, diferenciando así el divertimento y el estudio. De esa época data su reverencia hacia ciertos autores que, como Carlyle y su “amado Macaulay”, la acompañaron toda su vida. También gracias a Leslie, que pidió prestado para ella en la Biblioteca de Londres los *Voyages* de Hakluyt, descubrió a los isabelinos. “Cuando tenía veinte años —recordó— me gustaba la prosa del siglo XVIII. Me gustaba Hakluyt, Mérimée. Leí gran cantidad de obras de Carlyle, la biografía y las cartas de Scott, Gibbon, todo tipo de biografías de dos tomos, y Shelley”

Ese ritmo particular de lecturas[80] y sus elecciones personalísimas fueron el germen de una visión de la literatura que muchos años después decidió volcar en sus ensayos. Es así como en *El lector común* Virginia se muestra “como una novelista seria y buena crítica, pero también escribe desde el punto de vista de una estudiante independiente, una mujer formada en la biblioteca de su padre, a la que se le negaron los privilegios de sus hermanos”.

A principios de 1898, y a falta de otras prerrogativas, Virginia seguía con sus clases de griego y sus lecturas. Con Leslie cada vez más sordo y ensimismado, George tomó a su cargo la presentación de Vanessa en

sociedad. Una suerte de inercia mantenía a toda la familia reunida en torno a Leslie, el estilo de vida del clan no parecía variar, e incluso solían tomar las vacaciones de verano todos juntos.[81] Sin embargo, bajo la superficie, las tensiones que se acumulaban amenazaban con desbordar, y tanto Vanessa como Virginia eran las más afectadas. Los varones experimentaban una mayor independencia. Thoby era una figura dominante que “incluso desde muy pequeño [había sido capaz de] imponerse” y que brillaba en Clifton, mientras Adrian hacía lo que podía en Westminster. En cuanto a las hermanas: se esperaba que cumplieran las expectativas del clan. Vanessa pasó a ser la referente femenina de la familia, y Virginia se plegó a su voluntad con el amor y la determinación de un pajarito asustado.

Propensos a establecer un nuevo ícono femenino, las miradas de todos recayeron en Vanessa; “en el enfermizo estado de ánimo en que nos hallábamos, obsesionados con grandes fantasmas — recordó Virginia—, insistíamos en que ser como nuestra madre o como Stella significaba poder alcanzar la máxima perfección humana”. Así Vanessa, a los dieciocho años, llegó a “ocupar, de la manera más trágica, esa extraña posición, llena de poder y responsabilidad [...] y se comportaba como una joven reina abrumada por la pompa de su atuendo ceremonial”.

En tanto, en 1899 Thoby ingresó en Cambridge. Ese año, y durante sus vacaciones en Warboys, Virginia comenzó un nuevo diario. Escribía con una pluma muy fina y con letra diminuta. Su estilo era más maduro, y sus páginas no acumulaban un simple *racconto* de hechos, sino que eran un recurso para mejorar su estilo y ejercitarse.[82] Fueron las primeras vacaciones que ella disfrutó después de mucho tiempo, feliz de sentirse rodeada de sus hermanos y de amigas como Emma Vaughan, quien también fue una de sus primeras lectoras. Ansiosa por comprobar el efecto que provocaba su escritura, Virginia le dedicó un supuesto artículo de periódico que cuenta con humor y velada ironía la “terrible tragedia” en la que los jóvenes Emma Vaughan, Virginia Stephen y Adrian Stephen se ahogan en un estanque a la luz de la luna. Saber que contaba con un número pequeño de lectores que apreciaban y se divertían con sus ejercicios debía de ser gratificante. También eran estimulantes las primeras clases privadas de latín y griego que tomaba con Miss Clara Pater.[83]

Inmersa en su mundo, Virginia parecía menos propensa que Vanessa a consolar a Jack, pero respetaba la voluntad de su hermana. Jack pasaba mucho tiempo con la familia, y la atención cada vez más notoria

que le prestaba a Vanessa despertó suspicacias. Para Virginia esto se tradujo en otra escena de jardín. Esta vez paseaba con George. De manera indirecta y ambigua, él le insinuó que la gente murmuraba sobre la relación, e incluso le aseguró que un matrimonio de esa especie estaba penado por la ley, ya que la difunta mujer de Jack era hermana de Nessa. Efectivamente, esa ley rigió en Inglaterra hasta 1907, y aunque era posible transgredirla casándose en el extranjero, el escándalo —prosiguió George— tocaría a Vanessa y afectaría la carrera de Jack.

En un principio Virginia se sintió orgullosa cuando su hermanastro mayor le pidió que interviniera para que Vanessa no viera a Jack a solas, pero pronto cambió de opinión. Infirió que lo que preocupaba a George era el escándalo que atentaría contra sus propias pretensiones sociales, y contra sus deseos de casar a Vanessa con un pretendiente de acuerdo con sus expectativas. Virginia se dio cuenta de que allí había dos bandos, y ella, por supuesto, estaba en el de su hermana.

Aunque Leslie dejó claro que Nessa podía hacer lo que quisiera ya que él no pensaba intervenir,[84] George tuvo sus aliados. La tía Mary Fisher, hermana de Julia, escribió cartas admonitorias y en consecuencia Vanessa se negó a visitarla y a saludarla en la calle. En esa ocasión, Thoby se mostró convencional; aunque era “todo lo que, desde el punto de vista de una chica, un hermano debería ser”, tenía tendencia a acatar la autoridad, y él también condenó la actitud de su hermana. La consecuencia fue que Vanessa y Virginia estrecharon su unión. Sintieron que formaban una “alianza íntima”, cuyos objetivos eran, por una parte, resistir la tendencia a inmiscuirse de la familia y, por otra, soportar los cambios de humor de Leslie.

Durante las vacaciones de Pascua de 1900, y tal vez con la intención de alejarla de Jack, George llevó a Vanessa a París. Allí visitó el Louvre por primera vez, quedó encantada con lo que había visto y desde entonces se declaró admiradora de la cultura y de la comida francesas. Lo cierto es que Francia se convirtió en un amor que resultó más duradero y profundo que el que sentía por Jack, y su relación con él terminó al poco tiempo. Eso no implicó una ruptura, pues dada la amistad y el cariño que profesaba por los hermanos Stephen, Jack —que no volvió a casarse hasta 1931—[85] les cedió durante muchos años el dinero que le correspondía por su acuerdo matrimonial. El caso es que Vanessa pasó a ser la referente femenina de la familia, y Virginia recordaría:

«Las personas que se sienten obligadas a guiarse por rasgos evidentes, como el color de los ojos o la forma de la nariz, y a quienes les encanta inventar situaciones de vida melodramáticas, como si se tratara de una novela sensacionalista, aclamaron ahora a Vanessa como la heredera por derecho divino de todas las virtudes femeninas, y debido a cierta confusión mental olvidaron los rasgos pronunciados de [... Julia] y los más suaves de Stella, y crearon con ellos un modelo para que Vanessa lo imitara, bello en la superficie, pero fatalmente insípido en su interior.»

En realidad, ni Vanessa ni Virginia se veían como continuadoras de la tradición de entrega y sacrificio de Julia. Ambas tenían una mirada crítica sobre esa expresión del ideal femenino. ¿Pero cómo escapar del destino que la familia, los amigos y su misma sociedad les señalaba? En sus recuerdos Virginia reconoció que la personalidad de Vanessa fue determinante en la consolidación de su alianza y en marcar el camino por seguir: “Era hermosa. Pero no había ocultado durante dieciocho años que también contaba con una inteligencia poderosa, ágil y enérgica”.

Además, aunque por el momento intentaba no entrar en conflicto con los criterios dominantes, tenía gustos particulares en materia artística. Otro de sus dones era el de descubrir todo tipo de insinceridades y mentiras, y en esos casos “la Santa” podía mostrarse rígida. Virginia recordaba una anécdota de aquellos años que pinta muy bien a su hermana mayor. Era una noche de verano y las muchachas y Adrian paseaban por el jardín cuando sintieron que Leslie los llamaba. Presa de remordimientos, Virginia se unió al silencio de los demás, pues nadie quería ir a jugar cartas con él. Cuando regresaron, Leslie les preguntó si no lo habían escuchado y, mientras Virginia y Adrian guardaban silencio, Vanessa “dudó, y luego dijo: ‘Sí’”.

Virginia temía y admiraba esas facetas del carácter de su hermana. Además, Vanessa era incapaz de registrar ambigüedades, y cuando otorgaba su afecto a alguien, su fidelidad era “inquebrantable”. Aún sumidas en el duelo, las aliadas trazaron sus tácticas y estrategias. Rápidamente consideraron que Leslie era un peligro para Vanessa, ya que parecía decidido a inmolarla en el mismo altar que a otras mujeres de su vida. Cerca del final de la suya, Virginia describió críticamente la relación de sus padres, reconociendo la responsabilidad que le cabía a Julia con respecto al comportamiento de Leslie. Por ejemplo, obligaba a sus hijos a acompañarlo en sus caminatas:

«Estos paseos llegaron a ser una suerte de penitencia; mi padre exigía que uno de nosotros lo acompañara [...] Obsesionada en exceso por la salud de mi padre y por su bienestar, [mi madre] se mostraba demasiado dispuesta —ahora que lo pienso— a ofrecernos como víctimas propiciatorias. Así fue como nos dejó el legado de la dependencia de nuestro padre, que después de la muerte de mi madre se convirtió en un cruel mandato. Hubiera sido mucho mejor para nuestra relación que mi madre le hubiese permitido que se valiera por sí mismo. Pero durante muchos años hizo un fetiche de la salud de mi padre... Mi madre terminó agotada y murió a los cuarenta y nueve años... [A mi padre] le resultó muy difícil [...] morir de cáncer a los setenta y dos años.»

Mientras que Vanessa no tenía una buena relación con Leslie y le fue más fácil verlo como si fuera su enemigo, Virginia sufrió el distanciamiento de una manera diferente. De todas maneras, él no era el único que impedía su libertad, y las hermanas compartían el deseo de escapar de una serie obligada de ceremonias y compromisos. ¿Cómo hacer para que el padre no estuviera presente cuando venían las amigas a tomar el té? ¿Cómo evitar visitas no deseadas, negarse a ir a Brighton o a casa de la tía Mary en las Pascuas? A esos inconvenientes se agregaba una cuestión mucho más desagradable que Virginia describió, como “los terribles miércoles”. Ese día Leslie revisaba las cuentas de la casa y si pasaban las once libras, el almuerzo se convertía en una tortura.

«Se le presentaban los libros después del almuerzo. Mi padre se ponía los anteojos. Luego leía las cifras. Y luego le pegaba un puñetazo al libro de contabilidad. Se le hinchaban las venas; se le ponía roja la cara... Entonces gritaba: “Estoy arruinado”. A continuación se golpeaba el pecho. De inmediato, llevaba a cabo una extraordinaria dramatización de compasión de sí mismo, horror, ira. Vanessa se quedaba a su lado en silencio. Y él la llenaba de reproches e insultos: “¿Acaso no merezco compasión? Te quedas ahí como un bloque de piedra”, etcétera... Vanessa seguía a su lado en total silencio. Mi padre le lanzaba todas las frases que se le cruzaban por la mente, sobre *Shooting Niagara*^[86] sobre sus desgracias, sobre las extravagancias de Vanessa... Pero ella seguía imperturbable. A continuación mi padre adoptaba otra actitud. Lanzaba un gemido y tomaba la pluma, y con

manos ostentosamente temblorosas extendía el cheque[87] Muy despacio, con abundantes gemidos, guardaba la pluma y el talonario. Luego se hundía en la silla y adoptaba una postura grandiosa con la cabeza inclinada sobre el pecho. Y luego, con aire de cansancio, agarraba un libro, leía un rato y después decía con voz medio quejumbrosa, suplicante... “¿Y qué vas a hacer esta tarde, Ginny?” [...] Nunca he sentido tanta rabia y tanta frustración. Porque no podía expresar ni una palabra de lo que sentía, ese infinito desprecio por él y la lástima que me inspiraba Nessa».

Al igual que aquella escena en la que se veía bajo la glorieta con Jack, Virginia recordaba el comportamiento “brutal” de su padre como una escena completa, y no como “un recurso literario”. Esa era su “manera natural de señalar el pasado” y se preguntaba si tal vez no residía allí, en esas escenas representativas y duraderas, en “esa fidelidad a las escenas el origen de [su] impulso de escribir”.

Como sucede con Mr. Ramsay en *Al faro*, Leslie nunca reaccionaba de forma explosiva frente a otros hombres, e incluso a su primer biógrafo y amigo, Frederic William Maitland, le costaba creer, como le había asegurado Caroline Emelia, que su hermano Leslie tuviera mal genio. Por su parte, Virginia estaba convencida de que si hubieran sido los hombres de la casa los que le presentaran los libros de cuentas, él se hubiera avergonzado y no habría tenido esos exabruptos. Pero Leslie era el más típico entre los victorianos; dependía de las mujeres. Para él “la mujer era una esclava” y ante ella podía explayarse, teatralizar, mostrar otras facetas de sí mismo, y quizás eso explicara “su dependencia de las mujeres. Siempre necesitó que una mujer lo comprendiera, lo halagara, lo consolara”

Ese mismo solaz es el que busca desesperadamente Mr. Ramsay en su mujer. Ella lo sabe, y a veces mecánicamente le concede el consuelo, pero en otras ocasiones, para desesperación de él, se resiste. Como Mr. Ramsay, Leslie “tenía clara conciencia de su fracaso como filósofo [...] Pero su credo, su actitud [...] lo llevaba a ocultar la necesidad que tenía de hacerse merecedor de grandes elogios; así pues, ante Fred Maitland y Herbert Fisher se mostraba como el ser más modesto y [...] humilde”.

Aunque pensaba que su comportamiento se debía a la educación que había recibido y a otras características relacionadas con la clase social a la que pertenecía, Virginia nunca pudo soportar el tratamiento que en esas ocasiones Leslie le infligía a Vanessa. Es posible que el carácter de Vanessa agravara la situación. Ella se negaba a desempeñar el penoso

papel, “en parte de esclava y en parte de ángel de la comprensión”, y Leslie se ponía tan violento que Virginia llegó a preguntarse qué hubiera pasado si alguien le hubiera dicho: “Solo un bruto puede tratar así a una muchacha”.

Y si bien ella no se atrevió a decírselo en su momento, en toda su obra, Virginia polemiza con el modelo patriarcal que Leslie representaba. Como autora elabora el tema tanto en clave literaria como política. En las novelas lo hace de manera más emocional — aunque siempre evitando caer en el sentimentalismo—, mientras que como ensayista reúne datos históricos y políticos que le permitan dar forma cabal a la idea que quiere transmitir. Desde su primera novela hasta la última, y pasando por sus ensayos *Un cuarto propio* y *Tres guineas*, su empeño pasa por dibujar y denunciar los sufrimientos padecidos por “las hijas de los hombres con educación”.

Pero Virginia también pensaba que el comportamiento de su padre se debía a la “disparidad, tan obvia en sus libros entre su capacidad crítica y su capacidad creativa. Démosle un pensamiento para que lo analice [...] y el suyo [...] es agudo, claro, imparcial”: un admirable ejemplo del espíritu analítico de Cambridge. “Pero démosle una vida, un personaje, y (para mí) es tan burdo, tan elemental, tan convencional que, un niño con una caja de tizas, puede hacer un retrato más sutil”. Buscando indicios que le permitieran explicar esa deficiencia paterna, concluye que “sería preciso estudiar el catastrófico efecto de Cambridge; y su tendenciosa educación; y, después, estudiar al escritor profesional del siglo XIX, y la mutilación que produce el intensivo trabajo mental. Él nunca hizo trabajos manuales. Y uno podría mostrar como actúan esas influencias, sobre una naturaleza congénitamente poco afín a la música, al arte, y criada en el puritanismo”.

La falta de otros intereses de Leslie y su exacerbada autoexigencia se traducían en aridez y en sufrimiento; pero como le pasó a Virginia con su padre, en *Al faro*, Cam es presa de sentimientos ambivalentes hacia el suyo:

«Porque nadie la atraía más; sus manos le parecían hermosas, y sus pies, y su voz, y sus palabras, y su prisa, y su genio, y sus rarezas, y su pasión, y lo de decir sin miramiento ante cualquiera lo de morimos a solas, y su lejanía [...] Pero lo que no dejaba de ser intolerable [...] era esa crasa y ciega tiranía suya que había envenenado su infancia, y había levantado amargas tempestades; de forma tal que incluso ahora se despertaba en medio de la noche temblando de ira, y recordaba alguna

orden de él, alguna insolencia: “Haz esto”; “Haz aquello”; su autoridad: su “Obedéceme”»

A los sesenta y cinco años, Leslie estaba aislado en un mundo que ya no existía y no tenía idea de lo que sus hijas deseaban. Entre dos fuegos, Virginia sentía que tanto ellas como él sufrían, y eran escasas las posibilidades de comunicación, aunque “a través de las ventanas de su prisión, él tuviera momentos de iluminación”. Se trataba de una guerra generacional. “En la sala de estar de Hyde Park Gate se enfrentaban dos generaciones diferentes; la generación victoriana y la generación eduardiana” Con edad de ser nietas de un padre anclado en el pasado, las jóvenes Stephen se consideraban “por naturaleza exploradoras, revolucionarias”, pero no podían escapar de una escena fijada por la era victoriana. La impronta de Leslie era de una fuerza tal que en 1928 Virginia escribió que, de haber llegado a los noventa, “su vida habría acabado completamente con la mía. ¿Qué hubiera sucedido? Ni escritura, ni libros... inconcebible”.

El arte de servir el té

Es evidente que alrededor de 1900, el 22 de Hyde Park Gate era “un modelo completo de sociedad victoriana”. Después del desayuno, cerca de las ocho, Vanessa y Virginia acompañaban a Adrian, que salía corriendo al colegio, y le decían adiós con la mano hasta que desaparecía. Se trataba de “un legado de Stella, el aleteo de la mano muerta que yacía bajo la superficie de la vida familiar”.

Entonces comenzaba la tortura de contener al quejoso Leslie. Si no había correo, gemía que todos lo habían olvidado; pero una carta de su banquero lo hacía gruñir. Entre tanto, George y Gerald se disponían a salir, mientras Vanessa hablaba con la cocinera acerca de la cena y luego corría para alcanzar el autobús que la conducía a la academia de pintura. A veces Gerald la llevaba en el cabriolé que alquilaba todos los días. Al menos por un rato, Vanessa se alejaba del opresivo ambiente hogareño, pero Virginia debía detenerse a escuchar los comentarios de George acerca de la fiesta a la que había concurrido la noche anterior, y finalmente a observar cómo “se abotonaba el chaqué, rozaba levemente con el guante de terciopelo el sombrero de copa y se marchaba,

buenmozo y elegante, con sus calcetines a rayas y sus pequeños zapatos bien lustrados, al Ministerio de Hacienda”.

Recién en ese momento, y debido a que Leslie se encontraba en su escritorio y los empleados entregados a sus quehaceres, podía leer, escribir o estudiar griego. Su estudio estaba en lo que había sido el cuarto de los niños; escribía en un pupitre alto, de pie, como solía trabajar Vanessa ante el caballete. Toda tarea se interrumpía cerca de las cuatro y media de la tarde cuando “la sociedad victoriana comenzaba a ejercer su presión”, y las hermanas debían estar listas para recibir. Entonces, comenzaba una serie ineludible de obligaciones centradas en el comportamiento y los modales. Había que atender a las visitas y estar preparadas para sostener conversaciones tan regladas como intrascendentes. Por norma, los visitantes más viejos eran sacrificados a Leslie, del que todos debían compadecerse pero nunca decir que lucía bien. Al respecto, Virginia escribió:

«Ante todo, nosotras teníamos que iniciar la conversación. No había discusiones ni chismes. Era un mejunje, un rejunte, ligero, ceremonioso y por supuesto ininterrumpido. El silencio era una infracción a las convenciones. En el momento indicado, una de nosotras tomaba la trompeta[88] de mi padre y le transmitíamos algo de su gusto. Y luego, si nos las ingeniábamos, la trompeta pasaba con habilidad a Florence Bishop. [...] Para citar una frase exacta, Elsa Bell dijo con afectación social: “Mis hermanos siempre se quitan el sombrero cuando se encuentran conmigo en la calle”. [...] Mi padre intervino con un gruñido. [...]. Mi padre se irritó: Florence Bishop, también, y retiró su comentario desafortunado, de que él se veía bien”».

La conversación victoriana se atenía a códigos muy rigurosos. Tanto Vanessa como Virginia conocían las reglas, aunque para ellas los modales victorianos se convirtieron en un juego exquisitamente jugado por otros. Sin embargo, ambas aprendieron “tan bien las reglas del juego de la sociedad victoriana” que nunca las olvidaron. Tal aprendizaje tenía su parte positiva, y Virginia señalaba su utilidad y “su belleza, pues se basa en la medida, la comprensión, la generosidad, todas ellas cualidades civilizadas. Es útil puesto que transforma una serie de elementos toscos en algo decente y decoroso”. Aun así se inclinaba a creer que esos ritos eran “una desventaja para escribir”; y al releer sus artículos de *El lector común* llegó a atribuir “la culpa de su falta de consistencia, su cortesía y su enfoque indirecto a [su] formación

de mesa de la hora del té”.

Los domingos por la tarde eran días especiales; se disponían, sobre la mesa ovalada, el servicio de té y una fuente rosada que rebosaba de pasteles especiados. Alrededor de ella, se ubicaban las visitas frecuentes, y se desplegaba, en su esplendor, la ceremonia del té. Ahí estaban el general Beadle hablando de la India, el señor Haldnane, sir Frederick Pollock, C. B. Clarke, con cuyo apellido fueron bautizados tres helechos del Himalaya, y el profesor Wolstenholme, perfectamente “capaz, si se lo interrumpía —recuerda Virginia—, de expulsar dos columnas de té no sin restos de pasas de uva por la nariz, después de lo cual volvía a sumirse en un sopor de oso, consecuencia de su costumbre de consumir opio”.

También podía contarse con la presencia de Frederick Gibbs —una de las pocas personas en las que Leslie confiaba “absolutamente”—, pero con quien solía mostrarse descortés, al punto que, hablando alto a causa de su sordera, exclamaba: “¿Por qué no se va? ¿Por qué no se va?”.

Los caballeros solían quedarse hasta tarde y sabían ganarse la simpatía de los jóvenes en Navidad con regalos de plata india o bolsitos realizados en piel de ornitorrinco. Tampoco faltaban bellas jóvenes. Generalmente eran hijas de amigas de Julia, o amigas de Stella que Vanessa y Virginia heredaron. Las tres señoritas Lushington, las tres Stillman y las tres Montgomery, “todas de tres en tres, todas arrebatadoras, pero de las nueve el dechado de ingenio, gracia, encanto y distinción era, sin duda, la adorable Kitty Lushington”.

Kitty, quien comenzó siendo amiga de Stella y luego lo fue de Vanessa, representaba para las hermanas Stephen el mundo de la alta sociedad. Virginia recordaba cómo luego de romper su compromiso matrimonial con lord Morphet, dio las pertinentes explicaciones a Julia, quien seguramente “le echó la culpa a Kitty”. Sin embargo, su prestancia era evidente: salió “del lado secreto de las puertas plegadizas mientras llevaba en las delicadas mejillas rosadas dos lágrimas de cristal en forma perfecta de pera. Las lágrimas no cayeron, ni en modo alguno opacaron el brillo de sus ojos. Y, al instante, Kitty se convirtió en el alma del grupo de la mesa de té”. Su comportamiento y encanto eran lo más apropiado a las maneras victorianas y solía suministrar los elogios que Leslie esperaba del género femenino. Si bien la relación con Virginia dejó de ser fluida y años después dejaron de verse, en su primera juventud, Kitty fue una presencia importante en su educación sentimental, y Virginia escribió que “su compromiso matrimonial bajo

la enredadera jackmanii de grandes flores azules, en el Rincón del Amor en St. Ives, fue mi iniciación en las pasiones del amor”. Ciertos aspectos de la mundanidad y conformidad de Kitty producían admiración y a la vez rechazo en Virginia, quien reconoció que ella le inspiró muchas de las características de Clarissa en *La señora Dalloway*.

El caso es que las hermanas vivían una realidad segmentada: había momentos en los que Vanessa podía vestir guardapolvos y Virginia dedicarse a su Liddell y Scott y a sus coros griegos; pero además del ritual del té victoriano, debían participar de otras ceremonias, una de las cuales comenzaba cerca de las siete y media. Aunque hiciera mucho frío y la niebla no les permitiera ver más allá de sus narices, las jóvenes Stephen se quitaban la ropa, se ponían frente al aguamanil, se frotaban el cuello y los brazos; se enfundaban en vestidos de noche con brazos y cuello al descubierto y arribaban, etéreas, a la sala de estar. La apariencia era casi todo, y no era fácil conseguirla. A esas horas “los vestidos y los peinados eran más importantes que los cuadros y la gramática griega”. Virginia se miraba en el espejo Chippendale de George intentando “adquirir un aspecto no solo pulcro, sino también presentable”, cuestión que le parecía hartamente difícil con una asignación de cincuenta libras.

Aunque era posible adquirir un vestido de uso diario por una o dos libras, un vestido de fiesta llegaba a costar quince guineas, y eso constituía un problema que requería soluciones.^[89] En una oportunidad, Virginia compró una tela verde de tapicería en una tienda de muebles. Era una tela más barata que las que se usaban para hacer vestidos, y también más osada, de modo que, satisfecha de su creatividad, bajó las escaleras con su nuevo vestido y llegó a la sala de estar donde se encontraba George en esmoquin. “De inmediato, [él] fijó en mí aquella extraordinaria y atenta mirada con la que siempre examinaba las prendas de vestir”, y Virginia se sintió como si fuera un caballo en una subasta. De pronto, en los ojos de George “apareció esa mirada hosca, la mirada que no expresaba simplemente una censura estética, como si percibiera una suerte de insurrección, un desafío a sus normas sociales”. Y al fin dijo: “Ve y hazlo pedazos”.

Virginia no se atrevió nunca más a usar ese vestido en su presencia. Más tarde escribió:

«George aceptaba la sociedad victoriana en forma tan incondicional que para un arqueólogo hubiese sido un ejemplar fascinante. Igual que un fósil, había adquirido todos los pliegues y arrugas de los

convencionalismos de la sociedad de la clase media alta entre 1870 y 1900.»

George estaba convencido de que las mujeres debían “ser puras y los hombres viriles”, y a diferencia de su padrastro, que no tenía ambiciones sociales ni amaba el lujo, sus aspiraciones se dirigían en ese sentido. La combinación era alarmante y Virginia escribió: “Mientras que mi padre conservó el armazón de 1860, George lo llenó de todo tipo de sierras de diminutos dientes; y la máquina en la que colocaron nuestros cuerpos rebeldes en 1900, no solo nos aprisionó en su armazón, sino que nos mordió con sus innumerables dientes cortantes”.

En él confluían aspectos que hacían que la sociedad lo recibiera con los brazos abiertos. Era apuesto y saludable; y según Virginia, tenía muy poco seso y abundancia de emociones. Con una renta de mil libras al año y una posición social aceptable, no aspiraba más que a formar parte y a codearse con la aristocracia. Su renta le permitía interpretar ese rol, bien provisto de escopetas, caballos y ropas adecuadas. Cualquier síntoma de rebeldía, o controversia —como el vestido verde de Virginia—, le parecía inmoral.

Autoridad y abuso

Virginia se refirió a George en “Hyde Park Gate 22” (1920), uno de sus escritos autobiográficos que más han dado que hablar, y en “Viejo Bloomsbury” (1921). Ambos textos fueron redactados para ser leídos ante un grupo de amigos en las reuniones del Memoir Club (Club de la Memoria), y la intención de Virginia era deslumbrar a su audiencia. Lo logró más allá de su deseo, ya que incluso se sintió molesta cuando Maynard Keynes le dijo que sus memorias sobre George eran lo mejor que había escrito, y le sugirió que debería dedicarse a escribir sobre “gente real”.

En el retrato que surge de las memorias de Virginia, George aparece como un personaje hipócrita y superficial, presa de emociones confusas, y cuyo profundo egoísmo linda con la perversión. Virginia señala que por las noches, y empecinado en dirigir el destino de sus hermanastras, George acariciaba aristocráticos sueños mientras deslizaba su mano, pensativo, sobre su mascota, un dachshund schuster. Ella creía que, en

esos momentos, su hermano pensaba en escudos heráldicos, en duquesas que no usaban cuchillos de pescado, o que tal vez divagaba, especulando cuánto impresionaba en sociedad. Siguiendo los textos de Virginia, se infiere que el principal talento de George estaba relacionado con su maestría en la sala de estar, sitio de reunión de la familia. De hecho, cierta vez, después de contemplar cómo él se quitaba el gabán, una tal señorita Willet de Brighton “se sintió inspirada a escribir una oda comparando a George Duckworth con el Hermes de Praxíteles” Si bien Julia tenía ese texto en su escritorio junto con una condecoración italiana que George había recibido por salvar a un campesino de ahogarse, Virginia llegó a considerar que la comparación con Hermes no era demasiado acertada, ya que examinando “atentamente a George, se notaba que una de sus orejas era puntiaguda y la otra, redondeada; y también que si bien poseía los rizos de un dios y las orejas de un fauno, tenía sin duda alguna los ojos de un cerdo”.

Es cierto que Virginia arribó a esta conclusión años más tarde, ya que hasta la muerte de Julia y bajo la influencia materna, George era visto como un perfecto caballero victoriano, que enseñaba a sus hermanos menores a jugar al cricket, a comportarse, y les ofrecía clases de equitación y diversiones. La familia se obstinaba en ver en él una profundidad y pureza de sentimientos propios de un niño, pero las descripciones que Virginia hizo más tarde lindan en la ironía y el desprecio. Por ella nos enteramos de que las damas lo adoraban: “George corría millas y millas para ir a buscar almohadones, se pasaba la vida cerrando puertas y abriendo ventanas, y siempre era él quien decía las frases atinadas, quien daba las malas noticias, quien soportaba la ira de mi padre, quien nos leía libros cuando teníamos tos ferina, quien se acordaba del cumpleaños de las tías”.

Virginia agrega que, en vida de Julia, no era raro entrar en la sala de estar de la casa y ver a George, que volvía de pasar un fin de semana afuera, dirigiéndose apasionadamente a su madre, como si se reencontrara con ella después de haber pasado “cuarenta años en el monte australiano”. Inundado por emociones que lo desbordaban, George estaba siempre dispuesto a representar el papel del hijo pródigo. Comprobar cuánto disfrutaba Julia de su compañía llevó a las pequeñas Stephen a pensar que “George era como el marido muerto”, y —agregaba Virginia— “quizá no nos equivocábamos”. Sin piedad, ella señala que los méritos histriónicos de George eran reconocidos por todos los habitantes de Hyde Park Gate, y que las escenas que protagonizaba podían ser memorables: en una de ellas, cuando le

sacaron una muela, se arrojó con los ojos llenos de lágrimas en los brazos de la cocinera; en otra, cuando Judith Blunt lo rechazó, “se sentó en la cabecera de la mesa sollozando fuerte, pero sin dejar de comer”. En sus recuerdos, Virginia tampoco se priva de señalar que George solía llorar cuando lo vacunaban y que era capaz de hacer grandes despliegues de emotividad en todos sus actos. Por ejemplo, tenía propensión a enviar telegramas que comenzaban con las palabras “Mi muy querida madre” para tan solo decir, a continuación, que esa noche no cenaría en la casa.

Cuando todavía lo admiraba, Virginia intentó copiar su estilo de correspondencia con pésimos resultados. Enterada de que Flora Russell había aceptado la propuesta matrimonial de George, le envió un telegrama que firmó con su apodo “Cabra”, en el que decía: “Ella es un ángel”. Desafortunadamente la versión telegráfica terminó diciendo: “Ella es una vieja cabra”[90] Aunque George aseguró que eso tuvo incidencia en que Flora rompiera su compromiso y se resistiera a emparentarse con la familia Stephen, es posible que por entonces Virginia solo intentara ser agradable.

Lo cierto es que, en sus memorias, ella señala que luego de pasar sin resistencias por Eton y por Cambridge, y a pesar de cursar estudios intensivos, George no aprobó los exámenes de ingreso del Foreign Office (Ministerio de Relaciones Exteriores) por ser singularmente “estúpido”, y agrega que solo podía desempeñarse en cargos recomendado por sus amigos. Sin dejarse impresionar por su puesto como secretario de Chamberlain, subraya que su hermano era un personaje codicioso y obstinado; que podía poner todo su esfuerzo en memorizar poesías y conocer libros al dedillo, solo para llamar la atención, ya que pronto se hizo evidente que su empeño no iba dirigido a educarse, sino a “trazar proyectos con el mayor esmero en el lento remolino de su cerebro, planes para proveernos diversiones [...] y entonces —recuerda Virginia—, tuvimos muy buenos motivos para sentir que la tierra temblaba bajo nuestros pies y que los cielos se oscurecían”.

Como su aspiración era codearse con la aristocracia británica, George hacía lo posible por conectarse con los descendientes de duques, vizcondes y condes a los que sus tías abuelas los habían ligado a mediados del siglo XIX. Vanessa y Virginia eran testigos de charlas que giraban alrededor “de los botones de marfil que llevaban en el saco los cocheros de los ministros de gobierno, de tener libre acceso a la corte, de las baronías por línea femenina, de condesas que escondían los

diamantes de María Antonieta en cajas negras debajo de la cama”. En ese contexto, si se atrevían a sugerirle que tenía ambiciones sociales, George protestaba diciendo que lo único que quería era conocer gente agradable.

Virginia no tiene piedad cuando lo describe y, extendiendo su rechazo a la familia Duckworth, señala que la fortuna familiar se debía al comercio de algodón y que no pertenecían, como aseguraba George, a las más antiguas familias de Somersetshire. Agrega, afirmando que lo sabe de la más fidedigna fuente, que cuando la familia compró Orchardleigh, cerca de 1810, el “primer Duckworth” la llenó de reproducciones de esculturas griegas, y cubrió las partes íntimas de los dioses con hojas de parra y con delantales a las diosas.

Es probable que si George se hubiera limitado a dirigir su propia vida, sin inmiscuirse en las de Vanessa y Virginia, esta última no hubiera cargado contra él con tanto empeño. Pero George que, según aseguró Jack Hills, fue casto hasta llegar al matrimonio, vivía “en la más densa niebla emotiva” y sumergió en esa bruma a sus hermanastras. Sollozando con vehemencia, e incluso arrodillándose frente a Vanessa, le rogaba que aceptase las invitaciones a las fiestas a las que a él le interesaba asistir.

En principio, gracias a los buenos oficios de la afamada modista Mrs. Young, quien hizo “un vestido que sugería luto y sin embargo era bonito y a la moda: un género negro translúcido cosido con pequeñas lentejuelas plateadas caía encima de una túnica blanca”, Vanessa aceptó acompañarlo en sociedad. Y allí iba, con abanico, pañuelo y largos guantes blancos, con una flor prendida en el vestido y las joyas que George le había regalado: una amatista al cuello y una mariposa de esmalte azul en el pelo. A los dieciocho años, sin madre y muy bella, Vanessa parecía “un ornamento para cualquier mesa, una condesa en potencia”. Para que su obra luciera perfecta, George también le regaló una yegua árabe, con la que, siguiendo la moda, Vanessa paseaba por las mañanas, antes del almuerzo, en la Ladies’ Mile en Rotten Row.

Sin duda que él daba la impresión de ser el más admirable hermano, y si Vanessa osaba resistirse a representar el rol social que George esperaba, debía escuchar una serie de reproches en los que le sugería que ese hubiera sido el deseo de Julia. El chantaje emocional iba acompañado de más besos y abrazos de los necesarios.

Vanessa, que tenía el “apasionado deseo de pintura y trementina, trementina y pintura”, y que gracias a sus clases de arte comenzaba a conocer un mundo nuevo, más bohemio y menos convencional, alejado

de las apariencias,[91] no pudo resistirlo más. George podía no percibirlo, pero se anunciaba una gran tormenta. Vanessa se mostraba cada vez más resistente a acompañarlo. Entonces, él recurría a la influencia de la tía Mary Fisher, y ambos atacaban con virulencia a Vanessa, le recriminaban su comportamiento, decían que era desagradecida, poco femenina, egoísta, y finalmente George la arrastraba a una nueva fiesta, como si asistir fuera un deber supremo.

Virginia recordaba que, en una ocasión, su hermana se quedó callada toda la noche. Al día siguiente George la abrumó con sus quejas e insistió en que Vanessa asistiera a la próxima fiesta para compensarlo. Agotada por la presión, ella aceptó. Fue la última vez que acompañó a George. Según parece, el coche de alquiler que tomaron se lo pasó dando vueltas, ya que, en el estado de ánimo que mostraba Vanessa, él no quería bajar, o era la propia Vanessa la que se negaba, sollozando. No se sabe si llegaron a la fiesta. Pero al día siguiente, George se presentó ante Virginia, que estaba estudiando su griego. Le regaló una pequeña lira de esmalte, y a continuación dio su versión de lo ocurrido la noche anterior; también aseguró que nunca más invitaría a Vanessa, ya que había visto en sus ojos “una mirada que realmente lo atemorizaba”. Fue así como George se lanzó sobre su nuevo objetivo: presentaría a Virginia “en sociedad”.

Mientras Virginia entraba en la adolescencia, Leslie y George representaban aspectos complementarios de una maquinaria patriarcal que la ahogaba; ella tenía hacia ellos sentimientos ambivalentes de amor y rechazo. Aunque se conservan algunas cartas cariñosas que le enviara en su juventud, terminó convirtiendo a George en un personaje perverso y caricaturesco. La muerte de Stella y el aislamiento y poco interés de Leslie en los temas sociales le habían dado a George un poder que, a su manera de ver, podía beneficiarlo tanto a él como a sus hermanas. Poco perceptivo, no llegó a comprender que ni Vanessa ni Virginia se ajustarían a su modelo. Los regalos y los viajes con los que las obsequiaba despertaban su gratitud, y muchos amigos y parientes valoraban que se ocupara de que ellas tuvieran una buena colocación en “el mercado del matrimonio”. Pero las hermanas no soportaron el abuso emocional al que las sometía y su reacción fue distinta de la esperada: “Mientras otras jovencitas florecían bajo estas circunstancias, Vanessa parecía desconcertada, triste y oprimida”. Esas experiencias contribuyeron a que tomara una resolución que la joven pintora puso en práctica a lo largo de toda su vida: evitar en lo posible las ocasiones sociales que implicaban reglas y etiqueta.

El carácter y la vocación de Virginia la llevaron por otros caminos. Aunque también descubrió que era incapaz de sostener las conversaciones triviales y danzar al compás requerido en esas fiestas y reuniones, para ella la vida social siguió teniendo atractivo como fuente de inspiración, y nunca pudo resistir el encanto de la aristocracia. En principio, Virginia escuchó las protestas en las que George involucraba la familia, el hogar, la tradición femenina, los deseos maternos, y cuando sugería que con su forma de comportarse Vanessa y Virginia estaban echando de la casa tanto a él como a Gerald. De seguir las cosas así, quedaba “perfectamente claro que el casto, el inmaculado George no tendría más remedio que refugiarse en los brazos de las rameras”. En su ingenuidad Virginia evocó “horrendas imágenes de los vicios en los que caían los jóvenes cuyas hermanas no los hacían felices en el hogar”.

Y dado que en junio de 1900 había disfrutado junto con Thoby y amigos su primer baile en el Trinity College de Cambridge, se preguntaba por qué razón Vanessa detestaba las fiestas de Londres. Lo descubrió por sí misma de la mano de George, cuando él la llevó al baile de la marquesa viuda de Sligo, donde permaneció dos horas de pie, esperando que le presentasen jóvenes desconocidos. Luego Virginia bailó muy mal y finalmente se quedó sin pareja. George apareció de pronto, sugiriéndole que debía sentarse derecha, y ella se escapó a una antesala y se ocultó detrás de una cortina. En eso lady Sligo la descubrió; “juzgó la situación, y como era una vieja y amable aristócrata, con la cara de una cerda rubicunda, [la] llevó al comedor, cortó una buena porción de torta glaseada, y dejó que la devorara en un rincón”. Así concluyó la primera experiencia de Virginia en las fiestas de George. A pesar de todo, él le aseguró que con un poco de práctica triunfaría en sociedad; pero esos acontecimientos pronto se convirtieron en una tortura. Más tarde recordaría:

«Yo no pude bailar. Vuelve a mí la humillación de estar ahí parada, sin pareja. Pero al mismo tiempo, recuerdo que el buen amigo que aún me acompaña me sostuvo; esa sensación de espectáculo; la sensación desapasionada y aislada que me será útil más adelante.»

Otra velada explica sus sentimientos hacia George. En esa oportunidad él la llevó a cenar a casa de la condesa viuda de Carnarvon —tenía singular ascendiente entre las viudas—, donde también estaba la señora Popham, hermana de la condesa. De acuerdo con la descripción que George había hecho antes de salir, Virginia creyó que se

“dirigían a una casa de grandeza y desolación”. La realidad la decepcionó: las dos flacas y remilgadas mujeres vestidas de negro y de grises cabellos no la impresionaron en modo alguno, como tampoco la conversación llena de lugares comunes. Virginia, que se vio en posición de contestar preguntas tontas, quiso demostrar a su hermano que, a diferencia de Vanessa, ella sabía hablar, y se embarcó apasionada en reflexiones acerca de la necesidad de expresar las emociones, cosa que no pasaba en la vida moderna y sí entre los griegos: ¿habían leído las señoras los diálogos de Platón? En ese punto Virginia creía que sus oyentes rebotaban de admiración, y George, de eterna gratitud; pero en realidad la condesa se estremecía y George enrojecía vivamente. Las señoras cambiaron de tema y dieron por concluida la comida. Al salir, y mientras le ponía la capa, George le susurró angustiado: “No están acostumbradas a que las jóvenes digan ALGO”.

Luego él y la condesa hicieron un aparte, y pese a que la señora Popham trató de distraer a Virginia, ambas oyeron cómo se besaban. La noche no terminó allí y todos se dirigieron al teatro a ver una comedia francesa. Virginia aseguró que se trató de la comedia más indecente que vio en su vida, y que la situación fue por demás embarazosa para todos. De allí, George y Virginia partieron a una fiesta de William Hunt. Aunque su hermano no valoraba el ambiente, más artístico e intelectual que aristocrático, como allí se encontraban varios de los amigos de la familia Stephen, George pensó que podía ser una buena práctica para su pupila. En realidad, él intentó que sus hermanas dejaran el ambiente sobrio y erudito de las amistades de Leslie e ingresaran, de su mano, en el mundo al que deseaba pertenecer: el de los diplomáticos, los políticos y la aristocracia del período eduardiano. Un mundo satirizado por Oscar Wilde, un círculo cerrado que tenía el poder de excluir los elementos que les resultaran subversivos. De hecho, la sociedad en el período eduardiano “se volvió cada vez más extravagante en sus ansias por alcanzar dos metas: el placer y el matrimonio”. Para ello se organizaban bailes, banquetes, fiestas, y se asistía a la ópera, al teatro y a conciertos. Las fiestas de fin de semana se celebraban en las grandes casas de campo de los personajes más elegantes, que tenían el privilegio de un “resguardado acceso al poder. Ya que detrás de esa sofisticada maquinaria yacía la primitiva necesidad de mantener las más altas jerarquías bien provistas”.

Más dúctil que su hermana, como aspirante a escritora Virginia gozaba del espectáculo humano que esas ocasiones le brindaban. No es extraño que una vez en su dormitorio, mientras se quitaba el vestido de

satén y los claveles prendidos a su broche en forma de lira, pensara en las clases de griego que al día siguiente tendría con la señorita Case: “Tenía la impresión de que sabía mucho más de los diálogos de Platón que la señorita Case. Me sentía vieja y experimentada, desilusionada e irritada, divertida y excitada, llena de misterio, de alarma y de desorientación”.

El final de “Hyde Park Gate 22”, de donde proviene la cita anterior, es sumamente efectista, y allí Virginia relata el momento en que, después de la fiesta y ya en su habitación, se quitó la ropa interior, las medias de seda y los largos guantes blancos, mientras las experiencias de la noche se agolpaban en su mente:

«¡Que agradable sería echarme en la cama, quedarme dormida y olvidarlos a todos!

Ya casi me había dormido. El cuarto estaba a oscuras. La casa, en silencio. Entonces, se abrió la puerta furtivamente, con un leve chirrido. Alguien entró con cautela. “¿Quién es?”, grité. ‘No te asustes’, susurró George. “Y no enciendas la luz, mi amor. Mi amor”. Se arrojó en mi cama y me tomó en sus brazos.

Sí, las viejas damas de Kensington y de Belgravia nunca se enteraron de que George Duckworth no solo era padre y madre, hermano y hermana de aquellas pobres chicas Stephen; también era su amante.»

Virginia leyó estas palabras en una reunión de amigos, en la década del veinte. Se trata del primer texto autobiográfico en el que es explícita acerca del comportamiento de George. En el anterior “Recuerdos” (1907), escrito después del nacimiento del primogénito de Vanessa, y como obsequio a ella, Virginia se refiere a George como un “joven estúpido y de buen corazón, [cuyos] afectos pródigos y volubles” se habían desbordado luego de la muerte de Julia. Dado que relató sus recuerdos de infancia pensando en el bebé recién nacido de su hermana, y teniendo en cuenta que por entonces todavía no había escrito su primera novela, no es de extrañar que el texto termine un par de páginas después, y que Virginia haya evitado referirse a lo que llamó “los siete años de infelicidad”, en los que no podría obviar detalles del accionar de George.

En “Viejo Bloomsbury”, texto escrito poco después de “Hyde Park Gate 22”, Virginia retoma la escena final y agrega que cuando Vanessa intentó informar acerca del comportamiento de George al médico de la

familia, el doctor Savage concluyó que George solo intentaba proporcionarle “consuelo en la fatal enfermedad de [su] padre, que se estaba muriendo, tres o cuatro pisos más abajo, de cáncer”. El caso es que la tiranía emocional que George ejerció entre sus dieciocho y veintidós años, esmerado en guiarla en una vida social para la que ella se sentía incapaz, y sus abusivas e incestuosas caricias, dejaron una marca perdurable en la psique de Virginia y dieron tema a situaciones planteadas en sus novelas. En la primera, *Fin de viaje*, ella se refiere el despertar sexual de Rachel, una joven huérfana de madre, a quien el “pomposo y sentimental” Richard Dalloway besa intempestivamente. La joven primero se sorprende, después se indigna; su corazón late con fuerza y Rachel siente enojo mientras él se excusa diciendo: “Me tentaste... me tentaste”. No es extraño que el abusador intente culpar a su víctima, y menos aún que, amparado en una época de represiones y tabúes, le adjudique a la mujer atributos lascivos y la acuse de tentadora. El beso y la urgencia de Richard hacen que Rachel tome conciencia del deseo sexual que despierta en él, y de la confusa sensación de ser la poseedora de “un poder inmenso para el bien o para el mal” que hasta entonces, ingenuamente, desconocía. Esa noche ella sufre “una espantosa pesadilla”.

«Se veía encerrada en un oscuro túnel cuyas paredes iban acercándose lentamente, amenazando aplastarla e impidiéndole respirar. Cada vez que intentaba huir se le aparecía un enanillo, de largas y negras uñas que mordía incesantemente, impidiéndole pasar y sacando la lengua burlonamente”.»

Los avances de George, o las exploraciones frente al espejo perpetradas por Gerald, pueden asociarse con la violencia inesperada de Richard Dalloway; y la pasividad y los sueños de Rachel, con los de la propia Virginia. En la novela, cuando despierta “oprimida y angustiada” a causa de la pesadilla, Rachel intenta tranquilizarse y enciende la luz:

«La idea de que la perseguían seguía atormentándola, a pesar de estar despierta. Cerró la puerta con llave. Le parecía oír una voz que gemía cerca de ella y cientos de ojos que la asaltaban anhelantes. Hombres salvajes rondaban por los pasillos y las cercanías de su camarote... hasta parecía que se detenían ante su puerta para escuchar y atisbar. El resto de la noche lo pasó en vela.»

Rachel sufre de alucinaciones, oye voces, se imagina hombres andando por los pasillos, percibe miradas. Thomas C. Caramagno sostiene que los críticos freudianos interpretaron este sueño como un enmascaramiento neurótico del temor de “Rachel (y de Woolf)” con respecto al sexo, pero él propone otra explicación:

«Si, en cambio, tomamos en cuenta los progresos recientes de la investigación que sugieren que los sueños son formas transformativas y adaptativas del pensamiento antes que productos de un censor inconsciente, veremos que ese sueño ficticio puede estar utilizando imágenes sexuales para representar un contenido no sexual: el infierno amurallado y “sin salida” de la depresión, con todo su desvalimiento, terror y desesperación intrínsecos.»

Sea como fuere, es evidente que en sus escritos autobiográficos para ser leídos en público, en sus novelas y en conversaciones con amigas, Virginia dejó constancia de que el comportamiento incestuoso de su hermano había sido decisivo en su vida. Lo que queda menos claro — Virginia no es explícita con las fechas—[92]es cuándo las caricias de George se convirtieron en “un avance erótico obsceno”. Tampoco establece con precisión en qué consistió y hasta dónde llegó su comportamiento abusivo. Lo cierto es que Virginia no enterró el tema en el pasado y se refirió a él en variadas ocasiones y con diversas personas. Así, en 1911, habló de George y de su comportamiento con Janet Case, y luego le escribió a Vanessa comentando la reacción de su vieja amiga:

«Ella tiene un interés discreto por la cópula [...] y esto nos condujo a la revelación de todas las perversidades de George. Para mi sorpresa, a ella siempre le había desagradado profundamente y solía decir: “¡Puaj! ¡Tú, criatura asquerosa!”, cuando lo veía aparecer y él empezaba a halagarme por mi griego. Cuando llegué a las escenas de alcoba, ella dejó caer la costura y se quedó boquiabierta como una boba. A la hora de acostarse dijo que se sentía bastante mal, y de hecho fue al baño.»

En 1922, Virginia se refirió a George en una conversación con Elena

Richmond, quien lo conocía desde joven, y que le aseguró que ni a ella ni a su marido les agradaba. En esa oportunidad, Virginia llegó a imaginar: “Siendo un perfecto caballero [el marido de Elena] probablemente tenga que escupirle a la cara a George en el Club”.

Virginia también confesó los abusos de George a Violet Dickinson, [93] y en la década del treinta retomó la cuestión, sobre todo con Ethel Smyth, con quien discutió en varias oportunidades y sin mucho patetismo acerca del comportamiento de su “medio hermano seductor”. Además, le envió a Ethel el texto “Hyde Park Gate 22” para que leyera lo que había sucedido “cuando éramos vírgenes, por decirlo así”. En los escritos autobiográficos en los que abordó la cuestión, Virginia siempre hizo referencia a la violación de su espacio privado y a los abusos emocionales y físicos que sufrió en manos de George, pero también señaló que, según Jack Hills, su hermanastro “vivió en total castidad hasta su matrimonio”. Cualquier conversación con él podía terminar “ahogada en besos”. Por eso no es extraño que en tanto “sus pasiones se acrecentaban y sus deseos se volvían más vehementes”, Virginia se sintiera “como un desafortunado pececito encerrado en el mismo tanque con una ballena inmanejable y turbulenta”. Por otra parte, el lenguaje burlesco y las constantes bromas que hace a costa de George, y el hecho de que nunca haya especificado que fuera víctima de una violación, han dado lugar a la incertidumbre y a las interpretaciones más variadas. [94]

Aunque es probable que, al final de su vida, cuando tenía poco contacto con ellas, George sospechara que sus hermanas se burlaban de él, continuó viendo a Virginia ocasionalmente —fue él quien le brindó alojamiento durante su crisis nerviosa de 1915—, e incluso cuando él murió, en 1934, ella lo lamentó en su diario:

«George Duckworth ha muerto. Así es. Y siento las habituales sombras incongruentes de sentimiento, una de este año, una de aquel... qué gran papel solía representar, y ahora apenas ninguno. Pero recuerdo el brillo sincero del año pasado, cuando fui a visitarlo [...] Pero qué poco significaban, después de su casamiento — y sin embargo cómo la infancia se va con él— el cricket, las risas, los agasajos, los regalos, cuando nos llevaba de paseo en autobús a ver iglesias famosas, convidándonos té en posadas de la ciudad, etc.»

Eso era lo mejor que, aunque parezca mentira, volvía a veces en los últimos años, con las salchichas Lincoln, las botellas de *eau de Cologne*,

los grandes ramos de flores. Recuerdo a Margaret jugando alrededor suyo, y yo pensaba lo felices que eran a su manera.

Lo que no puede negarse es que, si bien Virginia se caracterizó por ser mordaz, aguda y crítica y “tomó de punto” a varios amigos y parientes, ninguno de ellos quedó tan mal parado ni tan desprestigiado como George. Cuando escribió sobre él, ya era una escritora consagrada y estaría lejos de imaginarse que sus textos no se divulgarían. Gracias a estos escritos, para los lectores de Virginia Woolf, George siempre será el hermano abusivo que convirtió su adolescencia en una pesadilla y cuyo comportamiento tuvo consecuencias tanto en su vida adulta como en su escritura. Puede decirse que si para ella fue traumático verse sometida a sus caprichos, y aún más a su erotismo desencauzado, para George fue una verdadera desgracia caer bajo el peso de su pluma.

CAPÍTULO VI - Fin de una era

La SOCIEDAD: UNA MÁQUINA DESPIADADA

A fines del siglo XIX y a principios del siguiente, “la sociedad era una máquina despiadada y muy eficiente”, que impulsaba a las jóvenes al matrimonio. “Ninguna muchacha tenía la menor posibilidad de escapar de sus colmillos. Ningún otro deseo — digamos, escribir o pintar— podía tomarse en serio”.

En abril de 1900, cuando para reponerse del rechazo de su prometida Flora Russell, y quizá para distanciar a la rebelde Vanessa de Jack Hills, George llevó a Nessa a París, Virginia sintió que estaba madurando. Se veía a sí misma “vieja y respetable y apenas humana”, pero sobre todo extrañaba a Nessa. Melancólica como Hamlet, pensaba que “las hermanas [eran] lujos demasiado caros”, y que la dependencia era lo peor ya que no había manera de “deshacerse de ellas”. Sin Nessa presente en la casa, Virginia debía atender las necesidades de sus hermanos varones y de Leslie. De todas maneras, seguía adelante con sus proyectos y formación. Había descubierto que, luego de la muerte de Julia y de Stella, su relación con Thoby era especial y más reflexiva.

Cierto día, mientras escudaba su timidez subiendo y bajando las escaleras de la casa, él se refirió a la historia de Héctor y de Troya. También le habló de los chicos que admiraba, de sus compañeros de Evelyns, Clifton y Cambridge. Aun así, entre Thoby y Virginia parecía mediar una distancia. “Nunca —escribió Virginia— pudo decir ni una palabra sobre sus sentimientos”. Mientras ella se sentía atraída por la marcha de sus estudios y sus conversaciones con profesores y amigos, Thoby parecía intrigado por el interés y la seriedad con que Virginia abordaba su aprendizaje de griego.

Cierta vez, mientras escribía un ensayo que pensaba presentar a un premio en el Trinity, él la descubrió redactando otro sobre los viajeros isabelinos:

«Creo —escribió Virginia— que me consideraba una pequeña criatura sin caparazón, muy protegida en mi cuarto, comparada con él, siempre dispuesta a escuchar sus historias de la escuela con ilusión y candor, sin ninguna experiencia personal que pudiera superar a la suya, pero jamás pasiva; por el contrario, entusiasta, curiosa, inquieta, discutidora.»

Cuando Thoby afirmó que todo lo importante se encontraba en Shakespeare, ella no dudó en encarar, a pesar de ciertos prejuicios, su lectura.

Finalmente, terminó declarándose “en la compañía de los adoradores” de Shakespeare. Admitió que había perdido la partida y se preguntaba por qué sus personajes no eran más humanos; ¿o sería que ella tenía una cierta “debilidad femenina en la región superior”? Lo que más la sorprendía era que Thoby parecía basar su relación con Shakespeare en el orgullo, “como el orgullo que se siente por los amigos”. Su lectura no era la del crítico, sino que había convertido el mundo del autor en “otro mundo. El lugar desde donde obtenía la medida del mundo cotidiano. Aquello determinaba su posición y nos juzgaba según esos parámetros”. Era como si Shakespeare hubiera conseguido penetrar en su mente, de modo que Thoby asimilaba cada situación de la vida cotidiana con la expresión de quien está preparado: “Imperturbable, bien dotado, colocando cada cosa en su sitio. Sentí —escribió Virginia— (no solo entonces) que sabía cuál era su lugar y que gozaba de su herencia; sentí que percibía la batalla; y era ya, de antemano, un legislador, orgulloso de ser hombre, listo para interpretar su papel entre los hombres”.

A la vez que amaba y probablemente idealizaba a su hermano, Virginia comprobó cómo se desprendía, día a día, de su piel de niño. Su partida a Cambridge fue un acontecimiento familiar. Virginia descubrió “su belleza” y también que “fumaba pipa”, pero el más importante de sus hallazgos fue conocer la existencia de sus condiscípulos Bell, “Strache” y Sydney-Turner. “Ahora —escribió Virginia—, los hermanos y las hermanas hablan con plena libertad... de todo. Sexo, sodomía, períodos, etc.”. Ellos, sin embargo, no solían referirse a sí mismos;

tampoco recordaba “confidencias, ni halagos; ni besos, ni autoanálisis entre él y yo”. [95]

La represión característica de esos tiempos restringía las naturales inclinaciones al diálogo y al descubrimiento, afectaba la comunicación entre hermanos de distinto género y sus efectos se extendían entre las amistades. Las relaciones entre las jóvenes y los muchachos estaban trabadas y limitadas a convencionalismos similares a los que regían la ceremonia del té victoriano. Sobre todo en sus primeras novelas *Fin de viaje* y *Noche y día*, Virginia trató esa imposibilidad de comunicación que hacía sumamente vulnerables a los jóvenes sensibles de su época. Todo lo referente a la sexualidad era tabú. Virginia recordaba de este modo el crecimiento de su hermano y el diálogo con él:

«Thoby pasó de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la virilidad, ante nuestra vista, en nuestra presencia, sin decir una sola palabra que pudiera tomarse como un indicio de lo que sentía... ¿Se enamoraron de él otros muchachos? Él no de ellos, con toda seguridad.»

Por entonces los compañeros de escuela resultaban un canal alternativo y liberador de la represión imperante, y las amistades románticas se veían exaltadas. Estas relaciones podían incluir contacto sexual, y muchas identidades se forjaron u orientaron a partir de esas experiencias. Mientras algunos amigos de Thoby tuvieron relaciones homosexuales solo en la adolescencia y primera juventud, y luego se casaron o llevaron adelante vínculos heterosexuales, tal el caso del economista Maynard Keynes; otros, como el escritor Lytton Strachey, siempre se declararon homosexuales. Pero en 1901, cuando aún nadie le había hablado “con franqueza sobre la sexualidad”, Virginia estaba lejos de plantearse interrogantes sobre la vida íntima de su hermano.

En julio de ese año, en vísperas de partir nuevamente de vacaciones a Fritham, Leslie pidió prestados a la biblioteca una serie de libros para ella; por su parte, Thoby se encargó de sugerirle lecturas e incluso prometió ayudarla con una o dos obras griegas. Al tiempo que le pedía asesoramiento, Virginia ponía a su hermano al tanto de sus lecturas:

«He leído *Antígona —Edipo en Colono—* y voy por la mitad de *Las Traquinias*. Me gustaría volver a leer *Antígona*, y cualquier otra obra que me aconsejes. Para mi inmenso orgullo encuentro que realmente *disfruto* de Sófocles, no solo lo admiro.»

La afinidad con Thoby planteaba aspectos diferentes de los que caracterizaban su relación con Vanessa, poco propensa a expresarse con palabras. Mientras que con él podía discutir y medirse intelectualmente, su condición de varón lo eximía de las inevitables comparaciones que disgustaban a Vanessa, ya que veía allí la “forma más fácil de criticar”.

A pesar de los cursos en King’s College, Virginia no tenía, como sus hermanos, compañeros de estudio con quienes confraternizar. Sus amigas pertenecían al círculo formado por parientes y amistades de su familia. Y, en eso, Vanessa comenzaba a diferenciarse. En 1901 Nessa aprobó el examen para entrar en la Real Academia de las Artes y logró ser admitida en un cupo que limitaba a veinte el número de mujeres. Allí se hizo amiga de Margery Snowden, con quien compartía su interés por la pintura y de quien Virginia pronto estuvo celosa. Como también necesitaba compartir sus proyectos con otros, Virginia se dedicó a buscar un grupo de lectores que disfrutaran de sus escritos. Todavía no se aventuraba a mostrar su trabajo en público, pero escribía cartas que eran muy bien recibidas por sus corresponsales y en las que desarrolló un particular talento epistolar mientras practicaba su estilo literario.

Virginia descubrió que en sus cartas a mujeres era posible sostener una comunicación íntima y despreocupada. Su necesidad de referentes femeninos hizo que, entre fines de la década de 1890 y principios de la siguiente, encontrara fascinante la amistad con mujeres que rondaban los treinta.

Cuando tenía dieciocho años, sus principales amigas eran bastante mayores que ella: Emma Vaughan tenía veintiséis años; Madge Vaughan, treinta y uno; lady Eleanor Cecil —a quien Virginia llamaba Nelly—, treinta y dos; Kitty Maxse, treinta y tres; Violet Dickinson, treinta y cinco, y Janet Case, treinta y ocho.

Amistad y refugio

Todas ellas eran relaciones que surgían del círculo social y familiar más íntimo. Emma Vaughan era hija de Adeline, la hermana de Julia que murió poco antes del nacimiento de Virginia, y su relación con ella era divertida y cariñosa. Sus cartas a la “queridísima sapa” son fuegos de artificio. Valga como ejemplo aquella en la que le describe su primer

baile en el Trinity. En realidad, Virginia cuenta que bailó poco y que se ubicó estratégicamente cerca de su prima Florence, a la que consideraba una cabal descendiente “de nuestras amadas abuelas y bisabuelas francesas”, una mujer “en verdad muy hermosa y lo suficiente como para hechizarte con su encanto”.

Virginia también le comunicaba a Emma sus progresos e intereses literarios. Así le comentaba que se sentía “un poco triunfante sobre la lengua latina como si le hubiese ganado de mano... ¡tan atrozmente difícil como es! En cuanto al griego —agregaba— es mi pan de cada día, y un profundo placer para mí”. Con Emma podía compartir anécdotas, bromear a costa de los primos Fisher, pero también era una confidente con deseos similares; ganar dinero fue una “vieja ambición” compartida, que Virginia pudo comenzar a concretar en 1904 cuando comenzó a escribir reseñas y artículos para el *Guardian*.

Virginia también se escribía con Marny, otra de sus primas Vaughan. Pero aunque por un tiempo la relación con las hermanas fue bastante íntima, y Virginia compartía con Emma el hobby de la encuadernación y alentaba a Marny con el griego, ambas hermanas, hijas como ella de “hombres con educación”, quedaron asociadas a un estilo más convencional; desarrollaron tareas filantrópicas, nunca se casaron y vivieron juntas en Kensington. De hecho, no pasaron muchos años antes de que Virginia comenzara a sentir que una y otra eran un fastidio, y —desde aproximadamente 1917— se convirtieron en blanco de burla.

El único varón de la familia, William Vaughan, se había casado con Madge Symonds, autora de la novela *Days Spent on a Doge's Farm* (1893), a quien por mucho tiempo Virginia consideró un modelo a seguir. Le parecía que sus descripciones campestres revelaban una “verdadera alma de artista”. Madge, que había crecido en los Alpes suizos, a los veinte años se alojó en casa de los Stephen y conquistó el afecto de todos. Cierta vez, Julia le envió un escrito de Virginia, quien nunca olvidaría el “intenso placer, como si yo fuese un violín y alguien lo tocara”, que sintió cuando se enteró de que su madre había dicho que “era tan imaginativo”. Con el tiempo, ambas intercambiaron críticas y manuscritos. Fue uno de los “tiranos y semidioses” de la infancia y Virginia siempre recordaría la ocasión en la que se decía a sí misma, mientras se lavaba las manos en el cuarto de niños de Hyde Park Gate: “En este momento ella se encuentra bajo este mismo techo”.

Pero la mujer que Virginia llamó “Mamá Vaughan” no llevó a cabo los ideales que había proyectado en ella, y con los años se transformó a sus ojos en una persona “corriente” cuyos rasgos utilizó en el personaje

de Sally Seton, la amiga de juventud de la protagonista de *La señora Dalloway*: una exuberante e imprevista jovencita, que termina transformándose en una convencional matrona.

Su amistad con Violet Dickinson fue mucho más relevante. Se trataba de una amiga y compañera en tareas filantrópicas de Stella, que las hermanas Stephen heredaron. A través de ella,

Virginia estrechó su relación con lady Nelly Cecil, definida en sus cartas como “la mejor de esos viejos aristócratas”. Tanto Violet como Nelly Cecil apoyaron la carrera literaria de Virginia. La relación con ellas se afianzó a partir de 1902, momento en el que Janet Case comenzó a darle clases de griego, completándose así el grupo de mujeres con las que estuvo muy unida por esos años.

Menos íntima pero haciendo valer sus derechos, Kitty Maxse —casada con el beneplácito de Julia con Leo Maxse, editor de la *National Review*— merece un párrafo aparte. Recordemos que Kitty era una de las tres hijas de una íntima y vieja amiga de Julia que murió muy joven, Susan Lushington. Virginia la retrató formando parte del ramillete que adornaba la mesa de té victoriana, como el arquetipo de mujer mundana que deseaba ayudar a las hermanas Stephen a concertar buenos matrimonios, y finalmente terminó convirtiéndola en musa inspiradora del personaje de Clarissa en *La señora Dalloway*.

Vanessa pasó con Kitty unos días en el verano de 1900, y Virginia, que se sentía incómoda en su papel de ama de casa, extrañaba a su hermana y estaba celosa. Lo cierto es que todas las amistades de Vanessa caían bajo su mirada crítica, y cuando esta fue dama de honor de la boda de Katherine

Symonds con el pintor Charles Furse, Virginia retrató al pintor y a su entorno con ironía, diciendo que se había tratado de la boda más cómica que había presenciado y que apenas podía creer que estuvieran casados. Pero cuando Charles Furse encontró a Nessa en la National Gallery (Galería Nacional) y la invitó a pasar unos días con ellos en su nueva casa, Virginia debió aceptar la partida de su hermana.

Una nueva desgracia familiar intensificó su necesidad de un espacio reparador, de un mundo en el que solo hubiera espacio para el arte. En abril de 1901, Virginia exclamaba: “Si alguna vez existió una tragedia griega, la familia Fisher es una”. El médico que atendía a Hervey Fisher sugirió internarlo en un asilo, tal vez por eso Virginia soñaba con un mundo sin sufrimiento:

«Lo único que hay en este mundo es la música... la música, los libros y uno o dos cuadros. Voy a fundar una colonia en la que no existirá el matrimonio —a menos que uno se enamore de una sinfonía de Beethoven—, no habrá ningún elemento humano —salvo el que proceda del arte—, nada más que paz ideal y meditación.»

Por entonces, anticipándose a cuestiones que elaboraría en personajes como el de Septimus en *La señora Dalloway*, se preguntaba por el límite entre la sanidad y la locura:

«Este mundo de seres humanos se vuelve muy complicado; lo que aún me asombra es que no llenemos más manicomios. Hay mucho que decir acerca de la visión enajenada de la vida... quizá sea la sana después de todo: y *nosotros*, los tristes, sobrios y respetables ciudadanos realmente deliramos en cada momento de nuestra vida y merecemos que nos encierren para siempre.»

La dificultad para orientarse en el mundo adulto podía relacionarse con que a pesar de sus actividades artísticas e intelectuales, las hermanas se comportaban como jóvenes victorianas y continuaban asistiendo a reuniones y bailes. Sin embargo, como Virginia le contó a Emma, cada vez era más evidente que placeres como esos les estaban vedados:

«Nuestra temporada londinense... resultó de lo más aburrida. Solo fui a tres bailes, y creo que nada más. Pero la verdad es que, como solemos repetirnos, somos un fracaso. De veras, no podemos brillar en Sociedad. No sé cómo se hace. No somos populares: nos sentamos en los rincones y parecemos mudas que suspiran en los funerales. Sin embargo, hay cosas más importantes en esta vida. Por lo que sé, no me van a invitar a bailar en la próxima fiesta, y ese es uno de los motivos por el cual espero ir ahí. Este es el tipo de cosas que le digo a Dorothea [Stephen] y ella resplandece como un atardecer en el Mont Blanc (¿puedes ver desde tu ventana el Mont Blanc como para refutar mi metáfora?), y dice “¡Cállate!”»

Mientras tanto, una nueva era comenzaba. La reina Victoria, cuyo reinado se extendía desde 1837, falleció en 1901. La soberana había regido y pautado los comportamientos de toda la nación por más de

sesenta años, y su muerte sensibilizó a los ingleses. Como escribió su biógrafo: “Parecía que estaba por tener lugar una inversión monstruosa del curso de la naturaleza. La vasta mayoría de sus súbditos jamás había conocido un día en que la reina Victoria no reinara sobre ellos”. Aunque vivió momentos turbulentos, y no siempre le fue fácil contentar a su pueblo, los últimos años de la reina fueron “de apoteosis. En la imaginación deslumbrante de sus súbditos, Victoria se elevaba hacia las regiones de la divinidad a través de una nube de purísima gloria”. Pero para muchos, “su naturaleza, en la que la imaginación y la sutileza ocupaban un lugar tan pequeño”, le había impedido comprender los nuevos movimientos sociales, por lo que el final del período que ella simbolizaba generaba nuevas expectativas.

Cabal representante de la era victoriana, a sus setenta años Leslie se acercaba a la imagen de profeta hebreo que Virginia supo retratar. Pero también había en él un espíritu innovador y, según su biógrafo Noel Aman, fue un pionero en el estudio sociológico de la literatura, señalando, entre otras cosas, que la demanda del público lector tiene destacada influencia en la producción literaria. Para él, que los conocía y frecuentaba, Thomas Hardy, Henry James y George Meredith solo eran amigos talentosos. No veía en ellos un genio particular, se quejaba de que a diferencia de lo que ocurría en su juventud, “para la generación en ascenso” nadie simbolizaba lo que Mill y Carlyle habían representado para la suya. Tampoco encontraba entre ellos “un novelista realmente bueno ni un poeta de alto rango para reemplazar a los viejos ídolos”. Es llamativo que este hombre, que valoraba la literatura sobre todas las artes, no entendiese demasiado de pintura ni de música, e incluso, a diferencia de muchos de sus contemporáneos que sentían que ese era un viaje iniciático indispensable, nunca había visitado a Italia.

Leslie tenía una particular relación con la naturaleza y había preferido otro tipo de viaje; agnóstico y adherente a las teorías evolucionistas de Darwin, en su juventud fue un destacado montañista y editor del *Alpine Journal*. Entre sus hazañas, se contaba que había recorrido en doce horas las sesenta millas que separan Oxford de Londres. También fue el primero en escalar el monte Schreckhorn, en Suiza.

En 1902 mucho de eso pertenecía al pasado. No sabemos si Virginia leyó toda la obra de su prolífico padre, pero sí que consideró *Atardecer en el Mont Blanc* lo mejor que escribió. Lo cierto es que Leslie, que recibió distinciones honorarias de Cambridge, Edinburgh, Harvard y

Oxford, en 1902, el mismo año en que su salud se deterioraba, fue nombrado caballero (Knight Commander of the Bath).[96] Por entonces, sintiéndose enfermo y con el presentimiento de que su vida acababa, consultó con su médico. A pesar de lo grave de su estado, la familia pasó su tercera temporada en Fritham. Debido a su enfermedad, Leslie estaba más tiempo en la casa, y el verano de 1902 transcurrió sin grandes problemas. La familia no perdió la costumbre de recibir visitantes, y ese año se destacó la presencia de Clive Bell, amigo y compañero de estudios de Thoby y de Violet Dickinson, cada vez más cerca de la familia.

Gracias a que Violet guardó la mayoría de las cartas que Virginia le envió, se pueden rastrear casi día a día sus preocupaciones e intereses de ese tiempo. Entre 1902 y comienzos de 1904, Virginia le escribió a Violet constantemente; durante la enfermedad de Leslie su amistad se hizo cada vez más estrecha y se han podido conservar cerca de cien cartas de ese período. Hay que considerar que en su correspondencia publicada —la edición inglesa es de seis volúmenes— se han recopilado alrededor de tres mil ochocientas cartas, dispersas en colecciones privadas y públicas. Después de tan arduo trabajo, los editores de la correspondencia dieron en llamarla *correspondence* compulsiva, ya que, además de las editadas y considerando todas las que se habrán perdido, es inevitable pensar en la extraordinaria cantidad de cartas que debe haber escrito a lo largo de su vida. No sabemos cuántas, pero el número debe ser impactante, ya que hay registros de que llegó a escribir hasta siete cartas por día.

En abril de 1902, Virginia se encontró otra vez al frente del hogar. La familia pasaba unos días en Hindhead; allí estaban Leslie, Gerald, Thoby y Adrian, ya que Vanessa y George habían programado un viaje a Italia. De pronto, Leslie no se sintió bien, y el médico sugirió que regresara a Londres a ver a un especialista. Le diagnosticaron cáncer de intestinos y se hicieron interconsultas. El doctor Savage, médico de la familia, opinaba que no debían operarlo, pero el cirujano lo recomendaba. Su enfermedad marcó el retorno de George y Vanessa; y aunque indicaron la intervención quirúrgica, luego se suspendió. Según pasaban los meses, Virginia sentía la necesidad de ver con más asiduidad a Violet Dickinson, a quien le escribía: “Ahora quisiera realmente que estuvieras aquí. Estamos completamente solas; me llevo bien con Nessa, pero se aburre tanto conmigo (aunque también me tiene mucho cariño)”. La foto de 1902,[97] que muestra a Virginia de perfil y que se ha convertido en imagen icónica[98] de la escritora, corresponde

a este nuevo período de duelo.

Mientras que Virginia tomaba sus clases de griego con Janet Case y pasaba mucho tiempo junto a su padre, Vanessa asistía a la academia, donde conocía gente nueva y se sentía fascinada por la personalidad y la obra del pintor John Singer Sargent, de quien recibía tres clases semanales. Él era un espléndido maestro y Vanessa estaba en los cielos. Las horas en la academia le permitían desarrollar su vocación y también huir de la densa atmósfera de Hyde Park Gate. El antagonismo que sentía hacia su padre la liberaba de la preocupación y de la pena de Virginia, quien tampoco podía compartir sus sentimientos con sus hermanos varones, ya que tanto Thoby como Adrian vivían en sus respectivos colegios y la mayor parte del tiempo se mantenían alejados del ámbito hogareño. Así pues, cuando

Virginia se encontraba sola entre Leslie y su hermana —la tía Caroline Emelia (apodada Nun)— se quejaba de la densidad de la atmósfera y exclamaba: “Solo mi cuerpo entre aquellos dos”.

Finalmente, el 12 de diciembre, sir Frederick Treves, el cirujano que había atendido a la reina Victoria y trataba al nuevo rey, operó a Leslie. Su estado era delicado y la operación se convirtió en “una cosa horrible” que tampoco podría curarlo. La evolución fue favorable, pero a nadie se le ocultaba que no había esperanzas, y esa Navidad pasó inadvertida: “Tal vez sea un síntoma de la edad y muchas ilusiones perdidas”, escribió Virginia, que apenas tenía veinte años.

A pesar de la enfermedad de Leslie, todos trataban de llevar una vida normal; continuaban con sus estudios y con su vida social. Pero la particular belleza de Virginia no alcanzaba para que calificara como una correcta damisela de sociedad. Así lo relata en una carta:

«Fui a *Dos Bailes* la semana pasada, pero creo que la Providencia decretó inescrutablemente otro destino para mí. Adrian y yo bailamos un vals (¡al ritmo de una polca!), y Adrian dice que no puede concebir cómo alguien puede ser tan idiota que llegue a parecerle divertido bailar; y veo cómo lo hacen, pero siento que todas las bonitas damiselas están muy lejos, en otra esfera —lo cual es tan patético— y daría todo mi profundo conocimiento del griego por bailar realmente bien, y Adrian también daría cualquier cosa.»

El 25 de enero de 1903, Virginia cumplió veintiún años. Ese mismo día recibió una carta de felicitación de sus primos Madge y William

Vaughan, y vio en ese delicado homenaje un gesto que la rescataba de la “desesperación”, haciéndola “sentir joven otra vez, como cuando un cumpleaños *era* un cumpleaños”.

Las pérdidas y duelos habían signado su adolescencia, se sentía joven y vieja a la vez; y mientras ciertos rasgos de su personalidad se veían forzados a madurar rápidamente, en otros aspectos seguía siendo una niña desvalida. Julia fue una madre idealizada, pero, en cierta medida, ausente; casi nunca la veía a solas. Esa añoranza por la madre lejana contribuyó a la necesidad de rodearse de figuras maternas, y a la idealización y amor con que Virginia revistió a mujeres que, como Vanessa y Violet, tenían características maternas.

Por entonces, la embargaban sentimientos e impresiones que salían del marco de lo cotidiano, y experimentaba lo que llamó “la sensación de ser un extraño”. En principio asoció ese sentimiento con la visión de George, el acróbata del circo victoriano que le hacía sentir que tanto ella como Nessa solo eran espectadoras de aquella exhibición. Es verdad que tenían buenas localidades, pero no se les permitía tomar parte del espectáculo: “Solo se esperaba de nosotras que admiráramos y aplaudiéramos a los hombres de la familia cuando realizaban las diferentes figuras del juego intelectual”. En realidad, el sentimiento de exclusión fue una consecuencia que las hermanas debieron pagar como tributo a su sensibilidad y respectivas vocaciones. Tanto Vanessa como Virginia comprendieron que podían sentirse solas aun rodeadas de gente. Y es esa sensación de extrañamiento o inadecuación la que explica situaciones como la que relató en una carta a Violet, en las que se refiere a sí misma como “Sparroy”. [99] Allí estaría ella, presente-ausente, rodeada por la marquesa de Bath y lady Cromer: “Alice y lady Bath y Katie y Beatrice se sentarán todas alrededor como las magníficas aristócratas que son, y no habrá un lugarcito para Sparroy, literata ágil e ingeniosa, pero enteramente de clase media”.

Ese tipo de mujeres siempre ejercerían fascinación sobre ella, y Virginia no dudaba en declararse “susceptible a los encantos femeninos”. Aunque rechazaba la frivolidad y superficialidad de las reuniones sociales, e incluso podía sentirse humillada si percibía que no estaba a la altura de las circunstancias, también podía disfrutar de conversaciones leves e intrascendentes y le gustaba observar a la aristocracia en su elemento. De hecho, esta ambivalencia entre rechazo y admiración se traslada a sus novelas y a la toma de una u otra posición de sus personajes. Desde *Fin de viaje* en adelante, las reuniones sociales y fiestas reciben este particular tratamiento, que alcanza su

máxima expresión en *La señora Dalloway*, donde el deseo de lograr que la fiesta que organiza sea perfecta impulsa a la protagonista, y esa actitud genera el rechazo de Peter Walsh, su amigo y enamorado de juventud, que lamenta que ese aspecto de Clarissa opaque otros mejores.

Aunque Violet Dickinson respondía al prototipo de la mujer victoriana de clase alta y muy bien relacionada con familias de nota y aristócratas, como también tenía aspiraciones y gustos intelectuales, se convirtió en una amiga imprescindible. En 1902 Leslie observaba que Violet retribuía el cariño de Gima y aprobaba que pasaran gran parte del día discutiendo sobre literatura y otros temas. Además, como los informes médicos se contradecían y Virginia notaba que su padre se debilitaba día a día, decidió, en lugar de compartirlos con él, enviarle a su amiga los ejercicios literarios a los que se dedicaba con empeño. Entre agosto y septiembre de 1902, Virginia escribió unas memorias de Violet y se las dedicó con afecto. El tributo, titulado *FriendshipS Gallery*, que escribió durante las vacaciones en Fritham House, es un bello documento que la amiga atesoró, lo mismo que sus cartas.

Por entonces, Violet tenía alrededor de treinta y siete años. No era una mujer bella, y llevaba su imponente figura y sus cabellos canos con gracia y simpatía. Podía ser el alma de una reunión, pero había mucho más en esta cuáquera ligada a la aristocracia. Toda la familia la apreciaba. Incluso Leslie, que, sin perder el sentido del humor, escribió: “Su único defecto es que mide 1,83”. Satisfecho, él comprobaba que se había “encariñado con las niñas” y que admiraba la inteligencia de Ginia. Dedicada a la filantropía, Violet acostumbraba visitar a los enfermos mentales del London Hospital y a criminales con problemas psíquicos. Optimista, modesta, generosa e independiente, su presencia fue cada vez más necesaria para Virginia, y su relación pasó rápidamente a la intimidad. Al principio, como la diferencia de edad exigía un trato formal, Virginia encabezaba sus cartas con un “Mi querida Miss Dickinson”, pero pronto pasó al afectuoso “Mi querida Violet” y finalmente al más íntimo “Mi querida mujer”.

El cariño quedaba demostrado en las despedidas, donde Virginia terminaba: “*your lovef* ” (tu amante) o “*your loving goat*” (tu cariñosa cabra). Y también en las firmas al pie, donde utilizaba su nombre o sus apodos cariñosos: Sparroy, “*monkey*” (mono), canguro o *wallaby*, animalitos, todos ellos, necesitados de cuidados y atención. Como sustituto de la figura materna, Virginia reclamaba de Violet afecto nutricio y presencia; la relación de ambas se hacía más intensa y

apasionada, y a fines de 1902 Virginia le escribía acerca de sus proyectos literarios:

«Voy a escribir una gran obra de teatro... Trata de un hombre y una mujer... mientras pasan de la infancia a la edad adulta, sin encontrarse jamás, sin llegar a conocerse, pero todo el tiempo sentimos que cada vez se acercan más y más.»

En la época victoriana, la llamada amistad romántica implicaba compromiso, pasión, intimidad y confidencias. Analizando con los criterios actuales, el lenguaje utilizado por Virginia podría considerarse “descaradamente lesbiano”, pero no hay documentos que atestigüen y sería muy atrevido concluir que la relación amorosa e intensa con Violet haya tenido implicancias sexuales.

En 1903, por deseo de Leslie, la familia pasó las Pascuas en una casa en las afueras de Londres. Tanto a él como a Virginia les agradaba el lugar, y ella le escribió a Violet:

«Thoby y Adrian están aquí. Adrian se va mañana, pero Thoby se queda hasta el domingo. Es una criatura encantadora e incapaz de expresarse, con torrentes de cosas dentro de él. Adrian, por el contrario, habla sin parar, quince años menor que todos nosotros.»

Atenta a las contradicciones de los médicos y a las diversas opiniones de las enfermeras acerca de la salud de Leslie, Virginia no podía evitar sentirse alterada. Oscilaba entre etapas de negación en las que le parecía que su padre era el mismo de siempre, y otras en las que lo veía cada vez más debilitado. Durante todo ese año de agonía, y experimentando el dolor de la próxima pérdida, pasó la mayor parte del tiempo con Leslie y rodeada de médicos y enfermeras. Su trato cotidiano con los doctores, que databa de la crisis que sufrió después de la muerte de su madre, se incrementó durante la enfermedad de Leslie, ya que en algunas oportunidades lo atendieron hasta cinco profesionales.

Esa misma variedad provocaba situaciones de conflicto, porque el enfermo ponía tan pronto su confianza en un médico como en otro. Pero lo cierto es que ninguno podía hacer demasiado. A las crisis seguían momentos de calma, registrados minuciosamente en las cartas que Virginia le escribía a Violet, donde además reconocía la

importancia que su amiga había adquirido en su vida:

«Mi adorada mujer:

Tus cartas son como un bálsamo para el corazón. De veras pienso que debo hacer lo que nunca hice antes: tratar de preservarlas. Nunca guardé ni una carta en toda mi vida, pero esta amistad romántica debería de conservarse. Muy pocas personas tienen sentimientos que podrían expresar —al menos de afecto o de compasión— y si los que tienen sentimientos no los manifiestan —los mundos como una luna apagada—, vida para los Sparroys y las Violets.»

Una extraña pausa

En mayo de 1903, cinco meses después de la operación, el doctor Treves visitó a Leslie y se sorprendió de verlo “vigoroso de mente y alegre”. Su pronóstico era que, de no mediar complicaciones, viviría cerca de seis meses, y aconsejaba que “hiciera todo lo que sentía que podía hacer: caminar, trabajar y ver gente”. Virginia, cuya tarea consistía en escribirles a amigos y parientes sobre el estado de salud de su padre, sufría al ver el contraste entre la aparente buena presencia que Leslie conservaba y la realidad de su enfermedad y los pronósticos médicos.

Además, lamentaba la falta de estímulo intelectual y le escribía a Thoby: “No consigo que nadie discuta conmigo ahora [...]. Tengo que nutrirme de los libros, dolorosamente y a solas, lo que obtienes cada tarde sentado junto al fuego y fumando tu pipa con Strachey, etc.”. Si bien sentía que hacía ese trabajo lo mejor posible y con el mayor esfuerzo, le parecía que su conocimiento era escaso y estaba convencida de que la mejor manera de adquirir una buena formación intelectual era a través de conversaciones con condiscípulos y maestros.

Mientras las mujeres de la casa supeditaban sus estudios y actividades artísticas a la atención que Leslie requería, los varones seguían con sus quehaceres. Aun así, para Vanessa y Virginia era un alivio verse liberadas de sus compromisos sociales, por lo que contemplaban indiferentes como George y Gerald asistían todas las noches a los bailes o a la ópera.

A pesar de vivir la situación con culpa y experimentar dolor,

Virginia debía intuir que la muerte de Leslie era el pasaporte para la libertad. El precio de la emancipación era alto, pero era evidente que todos comenzaban a pensar en lo que les deparaba el futuro. Jack Hills opinaba que Thoby debía ir a la corte y convertirse en magistrado.

Imaginando que sería un juez justo, cuyos juicios no se verían afectados por los sentimientos, Virginia le escribía a su hermano: “Si la razón estuviera de mi parte, deberías ser mi abogado”.

La tarea de contestar las cartas de amigos y parientes que preguntaban por Leslie acentuaba lo lúgubre de esos días. De todas maneras, había momentos alegres. A menudo Virginia veía a su padre de buen humor, incluso animado. Según parece, Leslie pasó de manera pacífica su último año de vida. Tal vez hubo menos arrebatos en su conducta; esto y el hecho de que nunca hiciera preguntas acerca de su salud —como si secretamente supiera lo que pasaba y no quisiese hablar de ello— contribuyeron a que la relación atravesara por un buen momento. Virginia escribió acerca de esos días:

«El calor es bastante malo para papá, pero está muy alegre, y escribe y le gusta mucho conversar. Algunos días se lo ve tan bien, que no se puede creer. Es una extraña pausa y no pasa mucho más; y el mundo sigue su curso como de costumbre.»

Virginia se atormentaba porque pensaba que su padre no hablaba de su enfermedad pero que era consciente de lo grave de su estado, y se sintió especialmente conmovida cuando, fiel a sí mismo, le preguntó si le gustaba a Violet Dickinson. Virginia le escribió a su amiga contándole: “Y se puso contento como un niño, o un Sparroy, cuando le dije que sí. Le conté que disfrutaste de su charla... y él dijo, espontáneamente, que eras una mujer encantadora. Es un terrible flirteo”. Este tipo de alusiones poblaba las cartas entre las amigas, donde un lenguaje juguetón daba lugar tanto a las bromas como al erotismo o a la demanda de atención por parte de Virginia. Tanta era la intimidad que este hecho llevó a que muchos años después, en 1936, Virginia le rogara que no dejase que nadie más leyera “aquellas cartas”.

A mediados de 1903, la salud de Leslie seguía deteriorándose, y muchos parientes pensaron que ese era el momento de convertir a los hermanos Stephen. Tal fue el caso de Dorothea Stephen que, mientras conversaban sobre cristianismo, insistió en demostrarles que ciertas partes de su alma estaban vivas; “mientras que las nuestras —escribió

Virginia en una carta — estaban atrofiadas”:

«Una suerte de instinto (probablemente milagroso) la llevó hacia la única Biblia en la habitación, y acaba de leer un salmo en voz alta, algo acerca de ser salvada de una perra y de sus entrañas. Tratamos de aparentar que estábamos en la iglesia. Adrian se derrumbó completamente. Ahora canta a través de la nariz, con voz inspirada y sonora. Oh, mi Violet, qué confusión que es el mundo.»

Lo cierto es que la familia podía ser un engorro y los veranos, en Salisbury, alentaban la convivencia con los tíos y primos Fisher que alquilaban una casa cerca, lo que deprimió a Vanessa y Virginia. Es de suponer que el comportamiento de las Stephen no fuera del gusto de algunos de sus parientes, y como resultado hubo discusiones con la tía Mary y ruptura de relaciones con la duquesa de Bedford, que llegó a acusar a Virginia de hacer del intelecto un dios.

De hecho, es posible que a mediados de 1903, a Virginia le interesara más que nada continuar con sus ejercicios de escritura — muchos de los cuales están reunidos en *A Passionate Apprentice*—, y todos podían percibir su firme decisión de convertirse en escritora. Por entonces Violet era su mayor referente, solía enviarle sus escritos y esperaba ansiosa su crítica. Recordando esa época de múltiples intentos, Virginia escribió:

«Por ese entonces estaba escribiendo un ensayo largo y pintoresco sobre la religión cristiana, llamado *Religio Laici*, creo, para demostrar que el hombre necesita a Dios; pero el Dios era descrito en proceso de cambio. Y también escribí una historia sobre las mujeres y una historia sobre mi propia familia... todo ello muy prolijo y al estilo isabelino.»

Virginia se sentía acompañada y comprendida por Violet, y lamentaba que Vanessa no tuviera una experiencia similar en su relación con Kitty Maxse, a quien no dejaba de criticar. Incluso le decía a su hermana que su amistad con Violet era como una roca “en medio de las arenas movedizas de las Kitties y las Snows”. [100] El carácter de Kitty, y su búsqueda de figuración social, el hecho de que estuviera “en el mismo corazón de la política, en Birmingham”, le producían el mismo rechazo que George, quien en ese tiempo tocaba “el cielo con las manos” porque había conseguido un puesto en el Tesoro. En realidad,

no era la política en sí la que la sacaba de quicio, sino cómo la encaraban los Georges y las Kittys. Con el tiempo, y gracias a la influencia de Leonard Woolf, Virginia modificaría su actitud aunque seguiría asociando lo político a manejos que en algún momento dejaban de ser claros.

Puede decirse que en 1902 la amistad entre Virginia y Violet se profundizó al extremo de que, liberadas de ciertos convencionalismos, ambas expresaban sus puntos de vista acerca de los más variados temas, incluso dejaban claro qué pensaban de los Duckworth:

«Georgie y Gerald son un par maravilloso. Las cenas con ellos son tema de risa hasta diez días después. El temperamento de una persona es lo que me divierte. Dios mío, son cómicos. Gerald un poco celoso y Georgie el buen muchacho, cuya virtud ha sido recompensada. Si alguna vez escribo una novela, esos dos aparecerán tal como son en persona. “La gente siempre me dice que George debería haber sido diplomático”, dice Gerald. “Pero ahora creo que yo también hubiese sido un buen diplomático”... Y espera nuestra respuesta. ¡George nos explica muy serio que siempre hay que levantarse para abrirle la puerta a una dama en la casa de un diplomático! Pixton [el hogar de la condesa Carnarvon] es una casa diplomática para él.»

Puede verse que a medida que se atenuaba el recuerdo de Julia, también se extinguía la relación armoniosa que ella había logrado imponer dentro de la familia. Los Duckworth y las hermanas Stephen eran claramente antagónicos, y los hijos de Leslie coincidían en que, después de su muerte, no tenía sentido que siguieran viviendo en la misma casa con sus hermanastros. Sin embargo, la decisión no podía tomarse a la ligera e implicaba una serie de negociaciones y secretos. En principio, acordaron que Nessa hablase al respecto con Gerald, y todos se sintieron aliviados cuando él tomó la decisión de buen grado.

Los hermanos supusieron que George iba a resistirse al cambio, y Virginia le escribió a Violet señalando que el temperamento moderado de los Duckworth —incluidas sus filiales relaciones con condesas— era apropiado para “hermanas y madres pero no para esposas”. Era obvio que George no renunciaría fácilmente a sus hermanas, y había que actuar con sigilo.

Gerald habló con él y le comunicó su decisión de mudarse por su cuenta, pero George seguía en sus trece y aseguraba que, pasara lo que

pasase, él continuaría viviendo con los Stephen. Sus protestas sonaron persuasivas y casi convencen a Virginia, quien, olvidando las irritantes maneras de George, y de alguna manera negando los episodios de abuso del que años después dejaría profuso testimonio, llegó a considerar que podían llegar a llevarse “muy bien juntos”.

Lo cierto es que era muy difícil que mujeres jóvenes como Vanessa y Virginia pudieran defender su independencia sin ser atacadas. Aunque tiempo antes, y en un acto de insurgencia, Virginia había llegado a su casa blandiendo ante George, como un estandarte, la ropa interior que se le había desprendido en una reunión, la sociedad y la familia no estaban preparadas para aceptar rebeldías. El carácter y el comportamiento de las Stephen merecían acusaciones y reclamos de diferente tipo. Entre ellos, los pronunciados por la tía Fisher, que se sentía herida al comprobar que sus sobrinos no tenían intención de ser formales en sus relaciones.

Las cosas empeoraban y la tensión acumulada provocaba explosiones y escenas emotivas que Virginia deploraba. La enfermedad de Leslie culminó un proceso que había comenzado con las muertes de Julia y de Stella, y tanto Vanessa como Virginia rechazaron desde entonces los intentos de quienes querían coartar su libertad y deploraron cualquier situación que exacerbara el histrionismo o dramatismo exagerado. Por entonces, refiriéndose a la activa presencia de familiares y amigos, Virginia escribió:

«Pululan los parientes y allegados [...]

Tres mañanas he pasado mientras me tomaban de la mano y trataban de que afloraran mis emociones, sin mucho éxito. Son buena gente, lo sé, pero sería mucho más misericordioso si pudieran mantener sus virtudes y afectos, y todo el resto, para sí mismos.»

Otro punto delicado y que provocaba su aprensión estaba relacionado con los médicos. Virginia experimentaba un sentimiento de desconfianza y rechazo que aumentó cuando un cirujano consultado aseguró que las medidas del doctor Seton habían complicado el estado del paciente. Los diagnósticos equivocados, la impotencia de los doctores ante lo inevitable y sus órdenes y contraórdenes contribuían a esos sentimientos. Pero a esto se le sumó otro elemento. Es probable que, durante la convalecencia de Leslie, Vanessa comenzara a temer por la salud de Virginia, y fue en ese momento cuando, superando con gran

esfuerzo el pudor y la vergüenza, le contó al doctor Savage de los avances incestuosos de George. Cómo ya señalamos, sin inmutarse, el médico le aseguró a Nessa que las atenciones del hermanastro estaban dirigidas a aliviar el dolor de la joven por la fatal enfermedad de su padre “que estaba muriendo, tres o cuatro pisos más abajo, de cáncer”.

El 14 de noviembre, demasiado débil para escribir, Leslie le dictó a Virginia sus últimas palabras en el *Mausoleum Book*. Allí agradece el cariño y la ternura de sus hijos durante esos últimos años y se despide de ellos con las siguientes palabras: “Me reconforta pensar que todos ustedes se quieren tanto que cuando me haya ido estarán bien capacitados para vivir sin mí”.

En Nochebuena Leslie intentó en vano recitar la “Oda a la Navidad” de Milton. Debilitado en extremo, logró vivir hasta el cumpleaños de Virginia, ocasión en la que le regaló un anillo —el primero “que tuve en mi vida”— y se mostró agradecido de tenerla como hija.

Virginia atravesó el final de esa etapa con plena conciencia de que la muerte sería liberadora para Leslie, y con la certeza de que lo echaría de menos. Todos estaban sorprendidos de su extraordinaria fortaleza y resistencia. Finalmente, la noche del 21 de febrero, Leslie perdió el conocimiento y falleció a las siete de la mañana del día siguiente. Una nueva era comenzaba.

Segunda parte. Al correr de los años

CAPÍTULO VII - 1904

El viaje traumático de una *ENGLISHWOMAN*

LESLIE se consideraba a sí mismo un vitalista al que no habían vencido ni las tristezas, ni las dificultades, pero todos sabían que necesitaba el apoyo de un tipo de mujeres con las que establecía una dependencia que estaba lejos de ser inocua. Su capacidad de vampirizarlas, como si extrajera de ellas fluido vital, quedaría grabada en la mente de sus hijos.

Él debió presentir, a principios del siglo XX, que esa manera de vivir ya no era posible. Estaba claro que Nessa no se prestaría al sacrificio, era evidente que sentía rencor y que lo culpaba por su comportamiento y egoísmo. En tanto Ginia, dividida su lealtad entre padre y hermana, no tenía una constitución propicia para soportar esas exigencias. Casi podría decirse que Leslie murió cuando intuyó que solamente sacrificando a Virginia podía seguir adelante.

Como su padre, ella necesitaba a su lado presencias protectoras y que organizaran la vida cotidiana. Leslie había depositado en Julia, como Virginia hizo luego con su marido, la responsabilidad de administrar la economía doméstica, y ambos, padre e hija, supieron recurrir a su pareja cada vez que necesitaron reafirmar sus dones y talento.

Lo cierto es que Virginia se sentía profundamente ligada a su padre, y al día siguiente de la muerte de Leslie, se preguntaba:

«Pero cómo seguir sin él, no lo sé. Todos estos años apenas hemos estado separados, y lo necesito a cada momento del día. Pero aún nos tenemos los unos a los otros... Nessa y Thoby y Adrian y yo, y cuando

estamos juntos, él y Madre no parecen muy lejanos.»

Pronto quedó en evidencia que los otros Stephen no compartían la profundidad de su tristeza. Huyendo de las manifestaciones del duelo, los hermanos Stephen y George partieron para Manorbier. Los demás parecían aliviados; ella, en cambio, no podía conciliar las sensaciones placenteras que le producían el lugar y sus alrededores, con el intenso dolor y la tristeza que la acompañaban. La asaltaba la idea de que nunca había hecho lo suficiente por su padre y que tampoco le había dicho cuánto lo quería. Pensaba que él se había sentido solo durante demasiado tiempo y que, de estar vivo, todos podrían ser felices. Obsesionada con la imagen de Leslie, recordaba cómo bromeaba acerca de leer su propio obituario “y no creía que hubiese tolerado” los que fueron publicados después de su muerte. De hecho, Virginia ingresaba en un tenebroso circuito mental, tenía la sensación de que su padre todavía vivía y pensaba que lo encontraría al volver de sus paseos: “Deseaba oír lo que él pensaba. ¡Estar a su lado era un sentimiento tan intenso, incluso tocarle la mano! ¡Nunca encontraría a otro con su pensamiento tan ágil y agudo!”.

Cuando en 1922 recordó esa etapa de su vida, Virginia señaló que, a pesar de todo, esas vacaciones y sus paseos en Manorbier fueron productivos, ya que trabajó en sus manuscritos y “caminando por la colina a la orilla del mar”, tuvo la visión del libro que quería escribir.

La muerte de Leslie tuvo un impacto distinto en Nessa. A diferencia de su hermana, ella estaba alegre, trabajaba en sus pinturas y sabía que sus planes de mudanza pronto se concretarían. Entusiasmada, no hacía caso de las protestas de parientes y amigos que, como Kitty Maxse, encontraban inaceptable el barrio que había elegido. “Cómo podemos seguir adelante como lo hacemos, tan alegres como las cigarras durante todo el día”, se preguntaba Virginia, que no podía compartir esos sentimientos. Aun así, a pesar de las diferencias de carácter y del modo en que enfrentaban el duelo, era un hecho que los hermanos se llevaban tan bien que parecían “esposos y esposas”. Lo más raro —decía Virginia en una de sus cartas— era que no se aburrían juntos. Solo la presencia de los Duckworth perturbaba esa especie de Edén.

Apenas un mes después de perder a su padre, los hermanos Stephen se contagiaron del entusiasmo de Gerald, que planeaba un viaje a Venecia. Sin embargo, las relaciones con los Duckworth presentaban líneas de fractura. Durante su estadía en Manorbier, George no los había dejado ni un momento a solas, y Virginia, que se sintió aliviada con su

partida, comenzó a temer lo que implicaría la convivencia con él. Pensando en su próximo viaje, esperaba que Gerald encontrase más conveniente viajar solo y concluía: “Cinco de nosotros es un grupo demasiado grande como para ser productivo”.

Así pues, la perspectiva del viaje se confundía con el dolor, con el duelo y con nuevas necesidades, y Virginia reconocía que no encontraba “las cosas de este mundo fáciles de comprender”. Aislada en su dolor, sin posibilidades de compartir sus sensaciones con sus hermanos, siguió ocupándose de la correspondencia con amigos y familiares a los que informaba cómo habían sido los últimos momentos de vida de su padre.

Por su parte, tanto Nessa como Violet permanecían alertas ante los peligros que entrañaba ese ánimo luctuoso. Para evitarles preocupaciones, Virginia les decía que su melancolía era pasajera y que no permanecía demasiado tiempo de tal humor, pero en su fuero interno lamentaba que los demás no creyeran que ella “sabía” que Leslie hubiera querido seguir viviendo y que tenía la vitalidad de un hombre joven. Lo cierto es que Virginia viajó a Italia en condiciones que distaban de ser ideales, y los contratiempos típicos de los viajes amenazaron con sacarla de quicio. En Venecia, los viajeros no encontraron habitaciones disponibles y, antes de recalar en el Grand Hotel, se conformaron con un hotelucho en el que pasaron un par de noches.

En principio, y a pesar de que Gerald se aburría como una ostra y en lugar de recorrer las calles prefería que todos pasearan en góndola, Virginia disfrutó de la ciudad. Por su parte, Thoby y Adrian estaban excitadísimos. Intentaban hablar en italiano, y el más joven de los hermanos creía que podría quedarse a vivir allí. La compañía era agradable y todos estaban fascinados por los paisajes, la cultura, la comida y la idiosincrasia de sus habitantes, pero Italia estaba repleta de ingleses y a los Stephen no les extrañó encontrarse con muchas familias conocidas. Huyendo de ellas, Virginia prefirió dedicarse a los italianos, pero pronto la bulliciosa Italia de 1904 le resultó casi intolerable.

Cuando Gerald abandonó a sus parientes y se refugió en Montecarlo, los aliviados Stephen se dirigieron a Florencia para encontrarse con Violet Dickinson. Luego de veinticinco días en Italia, Virginia estaba desilusionada. Le escribió a Emma Vaughan a Canterbury, asegurándole que no había en el mundo un lugar tan encantador como aquel paraje inglés. Además y aunque “con la mano en el corazón” afirmaba que había encontrado que la belleza de Venecia era impresionante, se sentía como un pájaro encerrado en una jaula y concluía que se trataba de “un

lugar para morir hermosamente: pero para vivir, nunca me sentí más deprimida”.

A esas alturas encontraba objeciones a cada paso: el hotel era horrible, y las pinturas —pinturas al fin— perdían gran parte de su valor después de ver las obras de Tintoretto; incluso cuando se sentaba a disfrutar de los famosos helados del café Florian, contemplar las incontables parejas de luna de miel la hacía sentir fuera de lugar. Le molestaba la gente, y los paisajes de Italia pasaban de ser lo más maravilloso a no tener ni punto de comparación con los de Inglaterra. Además, decía, dejar la tierra natal por Florencia parecía una farsa, ya que hasta allí se encontraban con los Prinsep, Lytteltons, Carnarvons, tía Minna, etc.

¿Se darían cuenta sus hermanos o Violet de lo alarmante de la situación? Según parece, además de haber sufrido lo que la familia llamaba “sus rabietas”, Virginia incurría en la xenofobia, y en ese estado le escribía a Emma: “Nunca ha habido una nación más *bestial* que esta, en sus trenes, sus calles, sus tiendas, sus mendigos, y muchas de sus costumbres. Mi querido Sapo, ¿dónde hay una mujer respetable a quien mirar de vez en cuando?”.

Su ansiedad por volver a Londres aumentó cuando se enteró de que había una buena oferta por el 22 de Hyde Park Gate.^[101] En sus cartas a Emma, Virginia reclamaba novedades del país; cualquier cosa, en tanto sonara a inglesa, era bienvenida y comparando su situación con la del “degenerado aunque bello país” en el que se encontraba, agradecía a Dios —en el que, recordemos, no creía— el haber nacido “*Englishwoman*”.

Finalmente, el 20 de abril los hermanos se separaron; Adrian volvió a Cambridge, donde cursaba su último año, y Thoby encaró una excursión a pie por los Apeninos. Por su parte, Virginia, Vanessa y Violet visitaron Prato, Siena y Génova. El 1° de mayo las mujeres se reunieron con Thoby en París, donde también estaba su compañero de estudios Clive Bell, con quien pasaron lo que Virginia llamó una verdadera fiesta bohemia. En un café parisino, conocieron a lady Beatrice Thynne; enfrascados en la conversación, cada uno fumó cerca de una docena de cigarrillos, mientras ella elaboraba entusiastas teorías sobre Wagner en presencia del pintor Gerald Kelly,^[102] quien a la mañana siguiente los acompañó al estudio de Rodin. La experiencia fue edificante para Vanessa, que había enloquecido con Tintoretto y encontraba en París un atisbo de lo fantástico que podría ser la vida del artista. Virginia, en tanto, ansiaba volver a su patria y le escribía a

Violet que ya había regresado a Inglaterra: “Oh, mi Violet, si tan solo pudieras conseguirme un buen trabajo, importante y serio, para hacer a mi regreso, eso me hará olvidar mi propia estupidez y te quedaría tan agradecida. *Debo trabajar*”.

El estado de Virginia era más que preocupante. En referencia a la inteligencia de otra alumna de Janet Case, señalaba que la suya valía poco en esos momentos y que, aunque lo deseara, no podía escribir una palabra. Sentía que había olvidado todo, y no es exagerado suponer que vivía esa sensación trágicamente.

Una gran crisis

Si bien Virginia sintió que regresar a Londres era una bendición, una vez en su ciudad, la crisis que se avecinaba se desencadenó con gran violencia tras una visita de Emma Vaughan, cuando apenas tuvo conciencia de lo que su amiga le decía. Ya no se trataba solo de mal humor: la situación era grave y cuando Vanessa decidió intervenir y hacerse cargo de cuidarla, Virginia se opuso abiertamente. Su salud mental pendía de un hilo, se sentía compelida a hacer “cosas insensatas”, escuchaba voces, oía a los pájaros cantar en griego y en sus alucinaciones veía al rey Eduardo VII espiando entre los arbustos, mientras decía obscenidades. Además se juzgaba culpable de haber cometido faltas inespecíficas, y aunque era consciente de sus desvaríos, aseguraba que se debían al hecho de comer demasiado y se negaba a hacerlo. Años después, Virginia Woolf recuperó parte de esas experiencias transfiriéndoselas a Septimus, su alter ego en *La señora Dalloway*, quien oye también a los pájaros:

«Un gorrión, encaramado en la barandilla de enfrente, canturreó “¡Septimus, Septimus!”, cuatro o cinco veces y, siguió cantando, sacando una a una las notas, cantando con voz nueva y también penetrante, con palabras griegas, cómo no existía el crimen y, acompañado por otro gorrión, desde los árboles de la pradera de la vida, al otro lado del río donde los muertos caminan, que no había muerte.»

Como le sucede al personaje de *La señora Dalloway*, Virginia

desconfiaba de los doctores. También recelaba de la posición de Vanessa, que obedecía las indicaciones de Savage, convencida de que el médico entendía a su hermana mejor que nadie. La enfermedad de la menor complicó la hasta entonces armónica relación de las Stephen; advertida, Violet Dickinson corrió en auxilio de sus amigas, y entre mayo y agosto alojó a Virginia en su casa de Welwyn.

La situación era complicada: Virginia sufría dolores de cabeza, rechazaba la comida, sufría alucinaciones, su comportamiento era hostil, y además enfermó de escarlatina.^[103] En los momentos más críticos, tres enfermeras no bastaban para sujetarla, e incluso intentó suicidarse arrojándose por una ventana.

Pese a los cuidados que Violet, las enfermeras y su médico le prodigaban, durante todo ese verano Virginia permaneció descentrada, incapaz de leer o escribir, obligada a tomar tónicos, a comer y a descansar. En septiembre y ya recuperada, pasó las vacaciones con su familia en Nottinghamshire, en compañía de una enfermera. Le permitieron caminar e incluso tomar lecciones de latín con Thoby.

Deseosa de restablecer la relación con Violet en términos de amistad, ya que durante la estadía en su casa, su amiga se había convertido en una especie de jefa de enfermería, Virginia le escribió intentando encontrar una explicación que alejara el fantasma de la locura de ese vínculo que tanto valoraba: “Todas las voces que solía escuchar diciéndome que hiciera todo tipo de cosas insensatas se han ido, y Nessa dice que siempre existieron solo en mi imaginación”.

Hay escasa documentación acerca de la crisis que sufrió después de la muerte de su padre, pero a través de las cartas de esta etapa, o primera gran crisis, sabemos que Virginia padeció una fuerte depresión, sufrió trastornos de ansiedad, vivió episodios violentos e incluso tuvo alucinaciones, por lo menos auditivas; y que el cuadro se agravó con su intento de suicidio. De todas maneras, recién en la siguiente gran crisis, que se insinuó en 1912 y estalló en 1913, los testimonios y documentos se vuelven abundantes y permiten una mayor aproximación a los síntomas de la que tenemos en este período.

La tía Nun y el camino de la ESCRITURA

Durante la enfermedad de Virginia, la familia abandonó el 22 de Hyde

Park Gate. Gerald se mudó por su cuenta y, para alivio de los Stephen, George, que había pedido en matrimonio a lady Margaret Herbert, hija del cuarto Earl of Carnarvon, se casó con ella el 10 de septiembre. Aunque Virginia se encontraba mejor, no fue a la boda; su objetivo principal, después de pasar la mayor parte del año fuera de Londres, era instalarse en el 46 de Gordon Square, la nueva dirección de los hermanos Stephen en Bloomsbury.

Es probable que su crisis nerviosa estuviera relacionada con una especie de lealtad hacia la antigua forma de vida y hacia los que habían muerto, lealtad que le había impedido disfrutar de los cambios que se avecinaban. Pero finalmente, y después de varios meses de sufrimiento, Virginia supo que estaba elaborando la pena por la pérdida de su padre, convertida ahora en una tristeza “reconfortante y natural” que hacía “que valiera la pena vivir, aunque en forma más triste”.

En ese proceso recuperaba las ganas de escribir, e incluso presentía que podía llegar a “producir un buen libro”. Volvía a descubrir que la vida le interesaba intensamente y, como pensaba que escribir era su forma natural de expresión, deseaba instalarse en su nuevo hogar y poner en práctica su deseo. Pero el “testarudo” doctor Savage no creyó que el regreso a Londres fuera conveniente, y como Nessa se puso decididamente de parte del médico, Virginia no tuvo más remedio que cumplir sus órdenes.

Así, en octubre recaló en la casa de la tía Caroline Emelia, en Cambridge. Si la intención del doctor Savage era que su paciente estuviese relajada y tranquila, el objetivo no se cumplió del todo. Aunque estaba durmiendo mejor y podía sentarse por horas a escuchar a los pájaros, apreciar el susurro de las hojas y contemplar los árboles de “puro oro y naranja”, el obligado retiro le daba la sensación de vivir en el “recinto de una catedral, con la gran campana de la voz de los cuáqueros tañendo a intervalos”.

En ocasiones, Virginia recibía con alivio la visita de Adrian, quien cursaba estudios en el vecino Trinity College, pero lo que realmente le resultó interesante fue la presencia de Florence y Fred Maitland. Florence era una de las primas Fisher que, gracias a la intervención de Julia, se había casado con Fred Maitland, historiador amigo de Leslie y a cargo de escribir su biografía autorizada. De él, Virginia recibió el encargo de revisar la correspondencia de su padre y copiar lo que considerara que podría interesar a la biografía. También escribió un texto sobre Leslie que se incluyó en el libro. Estas tareas hicieron que pasara la mayor parte del tiempo entre “viejas cartas”, y no tardó en

sentir que estaba haciendo algo que le desagradaba; “contra mi voluntad, a pedido de Fred”, precisó.

La persona a la que más le entusiasmaba el proyecto era la hermana de Leslie, quien mostró una inmediata disposición a colaborar en su biografía. Caroline Emelia, apodada Nun,^[104] tenía cierta experiencia como escritora, y cuando se trataba de su libro, *Quaker Strongholds* (Baluarte cuáquero), podía mostrarse tan vanidosa y presumida — aseguraba su sobrina— como la mayoría de los escritores. También poseía una gran cantidad de documentos de la familia, y entre ellos Virginia pudo apreciar los diarios de su abuela paterna. Al leerlos, advirtió que las expresiones infantiles de Leslie explicaban muchas de sus características de adulto, y le eran tan propias como la tendencia victoriana de la pequeña Nun a reverenciar a su hermano menor y a cederle gustosa sus mejores juguetes. Como hija de un intelectual y como futura escritora, Virginia se tomaba su tarea muy en serio: le fascinaba revisar las cartas, que consideraba apropiadas y expresivas, como lo había sido la conversación de su padre, e incluso creía que debían rastrear a sus poseedores para incluirlas en el libro de Maitland.

A pesar del trabajo que tenía entre manos, durante su estadía en Cambridge se sintió menos cansada que en Londres y desaparecieron los dolores de cabeza que la aquejaban. De todas maneras, le era difícil ser ecuánime: decía que la charla interminable de su tía podía agotarla, pero le reconocía el mérito de buscar, incluso laboriosamente, la palabra perfecta, y admiraba su exquisita pronunciación. El conflicto generacional tenía que ver con que Virginia rechazaba la exaltación de la tolerancia, la resignación y la benignidad extrema que Nun defendía, cosas que, junto con su discurso acerca de Leslie, amenazaban con volverla loca. Como antídoto, se ocupó de escribir una versión cómica de la vida de “la cuáquera”, que lamentablemente se ha perdido.

Cuando el doctor Savage le ordenó que pasara dos meses más fuera de Londres, su desconfianza y su resentimiento hacia los médicos aumentaron. No sirvió de nada que Virginia recalcará que no deseaba estar en las “incómodas casas de otras personas”, pues tenía la suya, y tampoco pudo, aunque lo intentó con insistencia, convencer a Nessa. Estaba desesperada por volver a su hogar en Londres, a sus libros y a su música, de los que la separaban ocho largos y “desgraciados” meses de trashumante. Ya entonces, y no a manera de ensayo literario sino como necesidad vital, luchaba por obtener “un cuarto propio” y anhelaba “una gran habitación para mí, con libros y nada más”.

“¡Un doctor es peor que un marido!”, exclamaba Virginia, que

deseaba ser dueña y señora de su vida, y tirar a la basura las “estúpidas medicinas”. Las que tomaba para dormir no lograban su objetivo y solo le producían dolores de cabeza. En su correspondencia aseguraba que en el futuro nunca creería en nada de lo que dijeran los doctores, quienes únicamente podían “adivinar” la enfermedad, no curarla. Aunque más adelante utilizó ese dolor y rencor para moldear los casi grotescos médicos de sus novelas, en ese momento solo podía sufrirlos. Durante el tiempo que estuvo lejos de la ciudad —apenas le permitieron hacer cortas visitas a Londres para ver al dentista o a la modista—, Virginia se mantuvo al margen de los asuntos domésticos. Nessa la mantenía informada y también insistía en señalarle que la quería y la extrañaba terriblemente. Al fin, mientras se llevaba a cabo la mudanza a la nueva casa, Virginia logró que le autorizaran pasar un fin de semana en Londres, en el hogar de los Booth.

La elección de mudarse a Bloomsbury contrariaba a familia y amigos. Tanto la tía Mary Fisher como la tía Minna parecían muy ansiosas por inmiscuirse en los asuntos de Gordon Square, y tampoco Jack Hills renunciaba a su puesto de protector de las buenas costumbres. Enterado de que Virginia estaba seleccionando las cartas más personales de Leslie, consideró su deber prevenirla, y le escribió: “Hagas lo que hagas, *no* publiques nada demasiado íntimo”. El tono paternalista y autoritario la ofendió; le contestó que le importaban más que a él la delicadeza y reserva en lo concerniente a sus padres y que, de todas maneras, su selección sería la definitiva. Pero Jack Hills volvió a insistir, haciéndole sentir — escribió Virginia— “que hiciera yo lo que hiciese, estaría seguramente mal”. Apoyada por Fred Maitland, ella pensaba que Jack no solo no había comprendido a su padre, sino que “sabía tanto de libros como la vaca gorda que pasta en el campo de enfrente”. Este duelo puede considerarse una de sus primeras rebeliones contra la autoridad patriarcal, y aunque contaba con la anuencia de su tía Nun, que “se había puesto en pie de guerra” para apoyarla, sabía de las reservas de Nessa, y como temía que no pudiera enfrentarse con el autoritario Jack, escribió:

«Jack siempre se las arregla para meter su enorme pezuña con gran estrépito en el aspecto más difícil y delicado de cada cuestión. Siempre tan legal, es aburrido hasta la médula de los huesos, pobre procurador insignificante, burócrata apergaminado! ¡Pero no le permitiré que interfiera con respecto a mi padre!»

Pero también Nessa temía que en la biografía de su padre se revelasen intimidades de la familia, y aunque calmaba a Virginia (“entendías a nuestro padre mejor que nadie”, le decía), insistía en que no debían permitir que ni siquiera Fred Maitland tomara contacto directo con ciertos papeles, algunos de los cuales incluso quiso quemar.

A fines de ese año, con el deseo de huir de los influjos de Nun, y luego de una corta estadía en Londres en la nueva casa de Gordon Square, Virginia pasó la última semana de noviembre en casa de William y Madge Vaughan, en Giggleswick School, donde él era director. Una carta de instrucciones de Nessa precedía su visita.

«Ahora se encuentra muy bien, aunque no duerme del todo bien y tiende a hacer demasiadas cosas... No debería de caminar muy lejos ni demasiado tiempo sola.. Sale a pasear antes de empezar a escribir por la mañana, durante hora y media sola... luego, vuelve a pasear sola antes del almuerzo durante media hora; pero por la tarde necesita de alguien para dar un paseo. Por supuesto, si pudiera salir con los niños algunas veces, sería perfecto. Se acuesta muy temprano, como creo que hacen ustedes y, en muchos aspectos, su conducta es completamente normal.»

Las prescripciones:

Toma un vaso de leche por la mañana a las once, chocolate caliente cuando se acuesta, y una taza de té cuando se la ofrecen. La única dificultad ahora es el sueño. Ha estado descansando demasiado poco. Tiene que tomar un remedio, y el doctor dice que si duerme muy mal hay que darle vino caliente con azúcar y especias. Lo aborrece, y no lo beberá a menos que sea absolutamente necesario. Espero que no lo sea, y que el aire de allá la ayude a dormir bien. ¡Pensarás que soy una vieja temerosa! Pero ahora que está mejorando, deseo de todo corazón que siga haciéndolo y que llegue a estar tan bien que pueda venir a Londres después de la Navidad. No hay peligro de que piense demasiado en su salud. Nunca piensa ni habla de ello a menos que la obligues a hacerlo. En todos los demás aspectos, lleva una vida de lo más normal, con muchas horas al aire libre y trabajando durante toda la mañana. Siente un tremendo interés por todo y está muy contenta y de buen humor. El verdadero peligro es que su mente se vuelva demasiado activa, y no

poco activa, y más bien debemos tener cuidado en *no* estimularla.

Los INICIOS EN EL PERIODISMO

Aunque Virginia emprendió el viaje con entusiasmo, lo que pudo apreciar acerca del matrimonio de Will y Madge no contribuyó a disipar su desconfianza sobre esa institución. No podía estar a solas con Madge, a la que siempre rondaban alumnos o maestros a quienes ella tenía obligación de atender; además Will parecía temer que la conversación “mórbida” de su invitada fuera una mala influencia para su mujer. En principio, la antipatía fue mutua, y Virginia llegó a compararlo con George, recalcando que la única diferencia entre ambos era que Will le ganaba en inteligencia. Desde su punto de vista, Will era convencional en extremo, estaba demasiado apegado a los beneficios que le otorgaba su cargo, y dispuesto a sacrificar la inteligencia y la escritura de su mujer a los quehaceres propios de la esposa de un director. Aunque creía que Madge aspiraba a una vida más divertida y no convencional, rodeada de artistas y escritores, cabe preguntarse si Virginia supo intuir los deseos de su amiga o si solo proyectaba sus propias aspiraciones, temiendo que Madge quedara varada allí de por vida.

Lo cierto es que Will prohibía a la visitante que contase historias fantásticas sobre caballos y lobos a sus hijos, sobre todo cuando los niños debían dedicarse a sus libros dominicales. Aunque Virginia terminó encontrando buenas cualidades en él y llegó a la conclusión de que Madge era feliz, no dejó de pensar que el suyo era el típico matrimonio en el que la mujer es el “ángel del hogar”, dispuesta a sacrificar su carrera y aspiraciones en favor de las del marido; una unión basada en la premisa de que el futuro de la mujer es incierto “sin él para decidir las cosas por ella”. Por otra parte, Virginia se encariñó con los hijos de Madge, y observándolos corroboró su concepción de la infancia como mítico reino perdido: “Los niños son realmente lo más divertido del mundo, la única gente feliz”.

Si bien la enfermedad la ponía en la mira de todos, la inteligencia y sagacidad de Virginia nunca se pusieron en duda. Incluso, Madge le escribió consternada a Nessa, dándole a entender que temía lo que pudiera comentar después de la estadía en su casa. Además de asegurarle que su hermana no acostumbraba criticar injustamente ni a

reírse de la gente a sus espaldas, Vanessa agregó unas líneas referidas a Virginia, señalando que era “demasiado inteligente como para que no le parezca aburrida la gran mayoría de la gente”, pero que nunca la había “oído decir algo realmente cruel acerca de nadie”.

A fines de 1904 Virginia se sentía más confiada y estaba firmemente resuelta a escribir. También quería contribuir con las “arcas familiares”, que habían mermado después de pagarles a médicos y enfermeras. Siguiendo su deseo, su ángel tutelar, Violet Dickinson, la contactó con Mrs. Kathleen Lyttelton, editora del suplemento femenino del diario anglocatólico *The Guardian*, a quien le envió algunos artículos. Virginia no esperaba de la editora una crítica “franca”, sino lisa y llanamente un cheque; es decir, que se lanzó al periodismo literario con clara conciencia mercenaria. A pesar de su juventud e inexperiencia, creía conocer sus méritos y faltas más de lo que la editora pudiese apreciar en un artículo periodístico, y estaba convencida de que “escribir para los periódicos exigía una habilidad especial que hay que aprender, y no tiene nada que ver con los méritos literarios”.

En diciembre, luego de pasar unos días en la nueva casa de Gordon Square, Virginia regresó a The Porch, la casa de su tía Nun. La presencia de Adrian, especie de “papaíto piernas largas”, debía de ser un alivio, lo mismo la de Walter Haldane, uno de los protegidos de Julia que tenía, en sus habitaciones de Cambridge, los retratos del matrimonio Stephen. Virginia se sintió cómoda con él y le escribió a Violet que se trataba de un “verdadero artista a su manera”; “lo que me atrae de la gente más que cualquier otra cosa”, agregó.

Por entonces los sobrinos celebraron el cumpleaños de su tía Nun. Mientras compartían golosinas, Virginia bromeaba: “Morir en su cumpleaños número 70 por exceso de pasta de almendras no sería el fin apropiado para la Luz de las Cuáqueras de Cambridge”. Lo cierto es que quería a su tía a pesar de la diferencia generacional; no obstante, le molestaba su tendencia a evadirse de todo lo que se pareciera a una crítica, cuestión que podía exasperarla al punto de afirmar: “Su tolerancia es mucho más rigurosa que cualquier crítica”. Las dos conversaban mucho, y en cierta ocasión, se enfrascaron en una discusión sobre la crítica en general y el periodismo en particular. El temor de Nun era que la labor periodística llevara a Virginia a vender su “alma por oro”, reparo que a ella la tenía sin cuidado. Sabía que, como periodista, tendría que escribir cosas que, de no mediar la necesidad económica, no se dignaría a tratar, pero también valoraba la experiencia, creía que sería un buen ejercicio de escritura y deseaba

ganar su propio dinero. Es posible que estas razones no tranquilizaran a la piadosa tía, que tal vez para evitar que se convirtiera en una mercenaria de las letras, terminó testando a su favor. De hecho, las afirmaciones de su sobrina podían resultarle temerarias; como futura crítica, Virginia aseguraba que “muy poca gente tiene la inteligencia para escribir una novela realmente *mala*; mientras que cualquiera puede producir una respetable y aburrida”.

Finalmente, el 14 de diciembre de 1904, todos pudieron leer una nota suya, publicada sin firma en *The Guardian*, y días después, un artículo sobre un “peregrinaje” a Haworth, ciudad en la que vivieron las hermanas Bronte.^e Allí, como si se tratara de una suerte de proyección, Virginia afirmaba: “Por dura que fuera la lucha, Emily y Charlotte, por encima de todo, pelearon por la victoria”. Mientras tanto, su propia lucha parecía bien encaminada. Ese fin de año trabajó con frenesí e incluso se divirtió escribiendo las versiones humorísticas (perdidas o destruidas y nunca publicadas) de las vidas de la tía Nun, de la tía Mary Fisher y de George Duckworth.

“¿Estás convencida de que puedo ESCRIBIR?”

Pese a que comenzaban a publicar sus artículos, Virginia se sentía insegura y, en respuesta a una carta en la que lady Robert Cecil comentaba uno de ellos, se explayó acerca del drama del autor que “guarda todos sus pensamientos en un oscuro desván en su propio cerebro, y cuando salen impresos [comprueba que] se ven temblorosos y desnudos”. Además, considerando sus posibilidades como crítica literaria se preguntaba: “¿Qué derecho tengo a dictaminar lo que es bueno y lo que es malo, ¡cuando no podría, probablemente, hacerlo yo misma!”. Posicionarse en el campo literario implicaba una suerte de adecuación interior y, ante los elogios de Madge Vaughan, que intentaba estimularla y aludía a su “genio”, Virginia comentaba:

«No se debe usar la palabra “genio” a la ligera; me da mucho placer, y algo más que placer, que hayas encontrado algo de ese tipo en mí. No soy yo quien pueda decirlo; y con toda honestidad no sé, hora tras hora, si mi talento es de primera, segunda o décima categoría. Voy de un extremo al otro.»

Con las dudas, inseguridades y la ingenuidad de una escritora novel, todavía podía preguntarle a una amiga: “¿Estás convencida de que *puedo* escribir?”.

Esa Navidad los hermanos Stephen se reunieron en una casa que les prestó Minna Duckworth en Hampshire. Disfrutaron del pavo preparado por Sophie, la cocinera de la familia, y del ponche mitad ron y mitad brandy, con azúcar, limón y un poco de agua caliente. Los días transcurrían con alegría, los hermanos hablaban todos a la vez, bromeaban y se divertían; también planeaban lo que iban a hacer con el dinero que Gerald les había enviado de regalo para las fiestas. Mientras que Thoby y Adrian salían a cazar, Virginia se sentía feliz y disfrutaba de la compañía de Nessa.

Había recuperado sus lecturas y por entonces leía la vida del pintor Burne- Jones. Pronto llegó a la conclusión de que no se trataba de un “gran pintor”, sino de una “especie de decorador con pretensiones de pintor”.

Al mismo tiempo que ponía en cuestión el carácter y el genio de los artistas reverenciados por sus padres, el suyo también llamaba la atención; queda demostrado en una carta de Nessa, en la que se refiere a un diálogo entre Thoby y una joven desconocida:

«Ella le ha dicho: ‘He oído decir que tienes una hermana muy guapa’. Él ha dicho: ‘Tengo dos’. Ella le ha dicho: “Pero la que yo digo es muy inteligente”.

Él ha dicho: “Las dos son muy inteligentes”. Ella ha dicho: “Pero esa que digo tiene más o menos mi edad”. Entonces él tuvo que reconocer que se trataba de la más joven de sus hermanas. He sabido desde el principio que esto tenía ocurrir... pero yo esperaba que quedara en duda.»

Pero Nessa también tenía sus admiradores, y por entonces Lytton Strachey, uno de los amigos de Thoby, le escribía a Leonard Woolf, su compañero de Cambridge:

«El domingo fui de visita a la mansión Gótica [es decir, la casa de Thoby, apodado “el Godo”] y tomé el té con Vanessa y Virginia. Esta última es más bien fascinante, muy ingeniosa, con mucho que decir y absolutamente fuera de contacto con la realidad. La pobre Vanessa tiene

que mantener a sus tres *[sic]* hermanos locos y a su hermana bajo control. Se la ve pálida y triste. No me extraña.»

Ajena a las murmuraciones, a pesar de los elogios y con pocos artículos publicados, Virginia todavía dudaba de su capacidad. Haldanef político liberal al que Violet le había enviado el escrito sobre Haworth no lo aprobaba, y además “ese hombre tonto, el editor de Cornhill (Reginald Smith)”, le había devuelto un artículo sobre las cartas de Boswell. Un poco en broma y otro poco en serio, se sentía “despreciada y rechazada por los hombres”, y tentada a anunciar: “Las pinturas son más fáciles de entender que la sutil literatura, así que creo que me voy a convertir en una artista para el público, y voy a mantener mi escritura en secreto”. Poco después, sin embargo, volvía a su objetivo y le anunciaba a Violet:

«Quiero trabajar como una máquina a vapor, aunque los editores no acepten lo que escribo. Tengo que mostrarte lo que he hecho, cuando esté mecanografiado, y por favor sé buena conmigo... y no me digas que quieres cambiar montones de cosas, o dejaré de escribir para siempre y me dedicaré a la bebida o a la vida social.»

CAPÍTULO VIII - 1905

Casa nueva, vida nueva

EL 4 de enero, la instalación definitiva de Virginia en el 46 de Gordon Square inauguró una nueva etapa. Para decirlo con sus propias palabras: “El golfo que cruzamos entre Kensington y Bloomsbury era el golfo entre la respetable y momificada charlatanería y la vida cruda e impertinente quizá, pero vida”. Por entonces, Bloomsbury era un suburbio bohemio, y tanto el cambio de barrio como las innovaciones en la decoración de la nueva casa adquirieron el carácter de una rebelión más o menos encubierta. Parientes y amigos no aprobaban la mudanza, incluso la siempre bien dispuesta Violet advertía que Julia no hubiese estado de acuerdo. Debido a que allí tuvo la oportunidad de mostrar una faceta de su personalidad oprimida por las paredes del 22 de Hyde Park Gate, Vanessa se convirtió en líder natural de una insurrección estética, cuyas consecuencias no se hicieron esperar.

Resulta que el 22 de Hyde Park Gate había albergado no solo a los miembros de tres familias, sino también sus posesiones, y como Virginia recordó:

«Nunca sabíamos, cuando buscábamos en las muchas alacenas y roperos oscuros, si exhumaríamos la peluca de abogado de Herbert Duckworth, el cuello eclesiástico de mi padre o una hoja garabateada con dibujos de Thackeray, que después vendimos a Pierpont Morgan por una suma considerable. Había docenas de cajas negras de hojalata, llenas de cartas viejas. Cuando abrías esas cajas, recibías una increíble bocanada del pasado.»

Durante el tiempo en que Virginia estuvo enferma y recuperándose en casa de amigos y parientes, Vanessa “se había desembarazado de Hyde Park Gate de una vez y para siempre. Había vendido, había quemado, había ordenado y desechado, había hecho trizas”. No solo ofreció a la venta los viejos muebles en Harrods, también desarmó la gran araña que colgaba desde tiempos remotos en el centro del salón. Tomar esas decisiones no fue sencillo y, en una conferencia pronunciada muchos años después, recordó sus remordimientos al quitar la vieja araña, que desde “tiempos inmemoriales” estaba en la habitación y la luz, que antes se estancaba en los opacos cristales, inundó el lugar. Por su parte, atenta a la historia transcurrida, no bien Virginia volvió a la casa y contempló su cuarto vacío, comprobó: “Podría escribir la historia de cada marca y rasguño en esa habitación, donde viví durante tanto tiempo”.

Sin embargo, la excitación y las expectativas tenían más fuerza que la lealtad a un entorno querido, transformado en un decorado desierto, y las hermanas llegaron a considerar que Bloomsbury “en octubre de 1904 era la más hermosa, la más excitante, la más romántica plaza del mundo”. El entusiasmo de Virginia por su nuevo hogar se traslucía en las cartas a sus amigas:

«Cómo me gustaría que vieras mi habitación en este momento, en una oscura noche de invierno, todos mis amados libros con lomo de cuero tan hermosos en sus estantes, un buen fuego, la luz eléctrica encendida y una enorme cantidad de manuscritos, cartas, pruebas de galera, lapiceras y tintas en el suelo y por todos los lados.»

A diferencia de lo que ocurría en la casa anterior, en la nueva abundaban el espacio, la luz y la libertad. De la noche a la mañana, desaparecieron los muebles negros con líneas doradas y tapizados de terciopelo rojo, elegidos por Julia, y los papeles pintados de Morris “con sus intrincados dibujos”. En Bloomsbury, los Stephen pasaron a la “era Sargent-Furse”, las paredes estaban pintadas al temple, todo eran “experimentos y reformas”. Así lo recordó Virginia:

«Cosas que nunca habíamos visto en aquella oscuridad —cuadros de Watts, cómodas holandesas, porcelana azul- por primera vez vez resplandecían en la sala de estar de Gordon Square. Después del profundo silencio de Hyde Park Gate, el ruido del tránsito era realmente

alarmante. Por las ventanas veíamos vagar y escabullirse a personajes extraños, raros y siniestros. Pero lo más estimulante era la extraordinaria enormidad del espacio. En Hyde Park Gate, solo teníamos el dormitorio para leer o ver a las amigas. Aquí Vanessa y yo contábamos con una sala de estar cada una, también había una gran sala de estar doble, y un estudio en la planta baja.»

Solo Sophie Farrell, la cocinera de la familia, no experimentó mejoras en las dependencias de servicio, que seguían ubicadas en el sótano de la casa.[105] En Gordon Square todas las habitaciones contaban con luz eléctrica, había numerosas chimeneas y también calefacción a carbón. Además, inaugurando lo que sería una costumbre en sucesivas mudanzas, frente a la casa existía una plaza, lo que reforzaba la sensación de claridad y espacio abierto. El efecto del cambio también se reflejó en una serie de “experimentos y reformas” que alteraron la vida cotidiana, desde pequeñas innovaciones como no usar manteles en las mesas, o tomar café en lugar de té después de la cena, hasta otras novedades más atrevidas y revolucionarias. Los hermanos comían y cenaban fuera o recibían visitas, y el diario que Virginia llevó entre 1904 y 1905 da cuenta de una abultada crónica social. No solo veían a mucha gente, paseaban, iban al teatro, asistían a conciertos y a musicales y visitaban el zoológico, sino que también hacían descubrimientos.

En enero de ese año, Vanessa escribió que “resultaba perfecto ocuparse de una familia en la que todos los miembros tienen más o menos la misma edad”. Deseaba “seguir siempre así” y agregaba: “¡Temo oír cualquier día que Thoby se ha enamorado!”. Las cosas mejoraron al punto que, como Virginia le contó a Violet, el doctor Savage consideró que podría llevar una vida normal:

«¡Me han dado el alta! ¡Parece un chiste! Savage estaba bastante satisfecho y dijo que deseaba que volviera a mi vida normal en todo y que saliera y viera gente, y trabajara, y que me olvidara de mi enfermedad. ¡Me pidió que saliera a cenar con él!»

Aunque en esta nueva etapa Virginia prefería una vida sin etiquetas y sentía que no tener que cambiarse para la cena era un alivio indescriptible, obligada por un sentimiento de gratitud y con el deseo de impresionarlo favorablemente, salió a comer con su médico. La

velada fue pesada y aburrida, y pudo constatar que Savage pertenecía a un mundo del que se estaba despidiendo: el médico que no aceptaba que criticara a Watts[106] era, para ella, un firme representante de lo tradicionalmente aceptado como correcto. Virginia vivía una época de transición en la que convivían costumbres inerciales y nuevas perspectivas, cuestión que aparece reflejada en sus primeros textos. Así, en “Phyllis y Rosamond”, relato que escribió en 1906, una de las protagonistas, una jovencita victoriana habituada a las “fachadas de estuco, las impecables hileras de Belgravia y South Kensington”, vislumbra que, a diferencia de lo que había sido su niñez, quien viviera en Bloomsbury “podía crecer como quisiera”.

Un cambio de actitud regía la conducta de las hermanas y si bien la independencia de la que hacían gala no era aprobada por todos, tampoco puede afirmarse que en esos momentos pensarán romper relaciones con quienes las juzgaban. Por esa razón, Virginia aventuraba que el 1° de marzo —día de inauguración oficial de la nueva casa—, los Fisher y demás parientes arribarían a Gordon Square donde tendría lugar una gran escena de reconciliación, todos se abrazarían, para luego proceder a “la langosta y el champán”. ¿No era Bloomsbury un sitio mucho más interesante que Kensington? Virginia iniciaba una fructífera relación con su barrio, disfrutaba del entorno, frecuentaba las librerías, los negocios y le fascinaba caminar por Oxford Street y por Regent’s Park acompañada por Gurth, el perro de Nessa que la seguía por toda la casa y a quien le dedicó uno de sus primeros ensayos publicados.[107]

Como sería una constante durante toda su vida, Virginia vagaba por la ciudad cosechando escenas e incidentes aprovechables, como la anécdota siguiente, que registró en su diario, y que reaparecerá muchos años después en *La señora Dalloway*, donde se hace referencia a “una pobre viejecita, ciega, entonando trémula y confiadamente su canción, al costado de la calle, con la esperanza de conseguir unas monedas, mientras el tráfico pasaba como un rayo”.

Pequeñas bromas y grandes REBELIONES

A principios de marzo, y unos pocos días después de la inauguración de Gordon Square, tuvo lugar un curioso episodio protagonizado por Adrian, Horace Cole y unos amigos. Aunque en su diario y en sus cartas

Virginia hace solo una leve referencia a la cuestión, el hecho fue significativo. Resulta que, enterados de la visita del sultán de Zanzíbar a Londres, Adrian y su grupo decidieron gastarle una broma al alcalde de Cambridge. En una tienda especializada en vestuario teatral, adquirieron disfraces, se pintaron la cara y luego enviaron, desde Londres, un telegrama anunciando al alcalde la visita del tío del sultán. Así las cosas, los falsos visitantes fueron recibidos por el secretario de la municipalidad, el alcalde les ofreció una recepción formal, y después asistieron a una tómbola benéfica, recorrieron la ciudad y visitaron los colegios importantes. Finalmente, el secretario los llevó a la estación, pero como no deseaban volver a Londres, los audaces amigos se “arremangaron las túnicas” y echaron a correr entre las personas “que aguardaban la llegada de sus trenes”; por último, después de tirarse “de cabeza en unos coches de alquiler”, se dirigieron a las afueras para recuperar su apariencia habitual y volver a la universidad. Los bromistas se cambiaron en casa de unos amigos y regresaron a sus residencias en los respectivos colegios. La broma salió publicada en el *Daily Mail*, los estudiantes fueron más o menos identificados, pero a pesar de los intentos del alcalde, evitaron el castigo.

Bromas de ese tipo, que intentaban cuestionar los principios de autoridad, tenían un correlato histórico que Virginia Stephen difícilmente vislumbraba. En el diario íntimo que retomó ese año, apenas registra hechos como el llamado Domingo Sangriento,^[108] indicador de un siglo que sería revolucionario. Lejos aún de comprender las consecuencias de ese acontecimiento, inmersa en su cotidianidad, solo hizo una somera mención referida a las “masacres rusas y el pobre timorato zar escondido”. Es que, a pesar de sus deseos de cambio, Virginia no se involucraba abiertamente en cuestiones políticas ni revolucionarias. Aun así, se presentó una oportunidad para utilizar los conocimientos y opiniones adquiridos a través de sus lecturas. Mary Sheepshanks, hija del obispo de Norwich y directora del Morley College, un instituto nocturno de enseñanza para trabajadores, le pidió que enseñara allí gramática inglesa. En principio, aduciendo que no era sociable y que no sabía “nada de gramática”, Virginia declinó la oferta; finalmente, gracias a la insistencia de la directora, aceptó el trabajo.

Ella cree —le escribió a Violet— que yo podría combinar diversión y enseñanza, un poco de chismes y amabilidad, y después “charlas” sobre libros y cuadros. Sé que no me importa cuánto hablo y realmente no veo límite para la cantidad de cosas sobre las que podría hablar. No obstante, como ella está convencida —la buena Sheepshanks— de que

seré de la mayor utilidad... No me molesta intentarlo

Ese año, Vanessa se sumó al proyecto y dictó clases de dibujo a los trabajadores, mientras que Thoby y su amigo Clive Bell iniciaron las de latín y Adrian las de griego. Tiempo después, solo Virginia quedaba en su puesto. La razón de su perseverancia podría estar relacionada con el hecho de que, como escritora, más que instruir a sus alumnas, estaba interesada en conocerlas. Comprendió rápidamente que sus “trabajadoras” estaban “más dispuestas a hablar que a escuchar”, y advirtió que le era difícil entusiasmarlas. Aunque preparaba sus clases a conciencia y escribía las lecciones —“no puedo confiar en mí misma para decirlas de memoria”, decía —, su esfuerzo no colmó las expectativas de Mary Sheepshanks, y terminó por entender que sus alumnas preferían que hablara de sus viajes y escuchar “montones de chistes”; solo entonces se entusiasmaban y confesaban “¡que habían escrito poesía desde los once años!”.

La incompreensión signaba la relación maestra-alumnas, cuestión que quedó en evidencia cuando Vanessa y Virginia se encontraron con “seis mujeres trabajadoras” en la Galería Nacional para ver pintura italiana. La cita resultó un “trabajo pesado”, después del cual las afanosas guías se preguntaron: “Qué piensan al respecto —hasta dónde les son inteligibles los cuadros—” Aun así, durante un tiempo Virginia no cejó en su empeño; intentó enseñar historia a sus discípulas, las invitó a recorrer con ella la abadía, y el día de la cita comprobó desilusionada que solo una alumna se había hecho presente. En definitiva, y teniendo en cuenta el informe sobre su experiencia que escribió a fines de ese año[109], se infiere que consideró que su labor docente no había sido exitosa. De todas maneras, supo volcar sus observaciones en la literatura: es así como en *La señora Dalloway*, Septimus, el joven autodidacta y lector de los clásicos, siente una atracción romántica por Isabel Pole, de quien recibe clases sobre Shakespeare y Keats. Cuando lo envían a la guerra, a falta de emociones nacionalistas, Septimus proyecta sus sentimientos patrióticos y siente que lucha por su maestra y por Shakespeare.

Aunque Virginia reconocía la capacidad de sus alumnos de conectar ideas, creía que su “inteligencia poco cultivada” constituía una brecha infranqueable, que se daba no solo entre clases sociales diferentes, sino entre aquellos que recibían distinta educación, como ocurría entre ella y sus hermanos varones. Libre a costa de la orfandad, Virginia adquiría conciencia de las diferencias de clase, pero también de que la distancia geográfica entre Kensington y Bloomsbury permitía rebelarse contra los

convencionalismos, independizarse de las tías y amigas mayores de la familia y desentenderse de sus propuestas casamenteras. Advertidos, los Duckworth, los Fisher, la tía Minna y el mismo Henry James, desaprobaron el barrio elegido y la tendencia de los hermanos Stephen a llevar una vida bohemia.

La mayoría de edad no eximía a las Stephen de los censores. Fue así como Kitty Maxse desaprobó públicamente el texto de Virginia que apareció en la biografía autorizada de Leslie. Pero la novel escritora contaba con otros apoyos: la aprobación de Thoby le dio gran placer, y el biógrafo de su padre, Fred Maitland, le escribió diciendo que sus palabras hubieran deleitado a Leslie y también que “podría escribir una página de elogios” sobre su trabajo y que su aporte era “realmente hermoso”. Los amigos y parientes se convertían en jueces que legitimaban, aprobaban o criticaban sus escritos, y Virginia se sintió aliviada cuando, a pesar de las opiniones desfavorables de Kitty, su marido Leo Maxse, editor de la *National Review*, decidió publicar artículos suyos en la revista. Lo que ella llamó su ambición de juventud, es decir, ganar dinero como periodista, era ya un hecho. A fines de mayo de ese año, Virginia colaboraba con *The TLS*, *The Academy*, *The National Review*, y regularmente con *The Guardian*. La treintena de artículos que publicó en este período ayudaron a restablecer la economía familiar, drenada por las abultadas cuentas médicas del año anterior.

“Cómo es que obtuvieron semejante cabrita negra en su redil, no puedo concebirlo”, se preguntaba Virginia en tanto el editor del *TLS* le enviaba libros de Dickens y Thackeray para reseñar. Debía de sentirse satisfecha con sus progresos, sus comienzos periodísticos eran auspiciosos y la relación con *The Times* y su editor, Bruce Richmond, se prolongó hasta sus últimos años. Desde estos primeros artículos es posible rastrear su interés por la escritura de las mujeres, uno de los temas que frecuentó durante toda la vida, junto con reflexiones sobre cuestiones literarias y estéticas. Así, en una reseña del libro *The Feminine Note in Fiction* publicada en enero en *The Guardian*, Virginia señaló que, a diferencia de lo que ocurre con Safo y Jane Austen, grandes escritoras que combinaron “exquisitos detalles con un supremo sentido de la proporción artística”, la “pasión por el detalle” impidió que muchas fueran consideradas “artistas”. La propensión a fijarse en pequeñas cosas, dice, entra “en conflicto con la apropiada proporción artística de su trabajo”. Como periodista, Virginia también salía al cruce de opiniones que sostenían que “la novela como obra de arte [estaba]

desapareciendo” debido a que cada vez más mujeres escribían sobre mujeres, y señalaba que el acceso a la educación y a la lectura de los clásicos podría darles a esas escritoras un “estricto sentido de lo literario”, y hacer de ellas consumadas artistas.

LOS AMIGOS DE THOBY

Por entonces, Thoby comenzaba a organizar las llamadas Veladas de los Jueves, continuación de la *Midnight Society*^[110] a la que asistió con unos amigos durante su primer año en Cambridge. Los relatos de Thoby acerca de sus amigos habían generado una gran expectativa en sus hermanas. Tiempo antes de conocerlos, Virginia lo oía decir: “Hay un tipo genial llamado Bell [...] Es una especie de mezcla de Shelley con un terrateniente aficionado a la caza”. Thoby agregaba que Strachey — el “Strache”— era “la esencia de la cultura [...] era exótico, excepcional en todo”, y que su “ingenio era tal que hasta los maestros y preceptores iban a escucharlo”. Impresionada y deslumbrada, Virginia prestaba oídos a las historias acerca de “otro compañero sorprendente, un muchacho que temblaba constantemente de la cabeza a los pies. Un excéntrico, tan notable, a su manera, como Bell y Strachey a la suya. Era judío”. “Y cuando yo le pregunté por qué temblaba aquel muchacho —agrega Gima—, Thoby de algún modo me hizo sentir que era parte de su naturaleza, era tan violento y tan salvaje, tanto despreciaba al género humano en su totalidad”. Virginia sintió entonces “el más profundo interés por aquel judío tan violento, tembloroso y misántropo, que ya había amenazado con el puño a la civilización y que estaba a punto de desaparecer en los trópicos a fin de que ninguno de nosotros lo volviera a ver nunca más”.

En noviembre de 1904, y antes de partir a Ceilán, el muchacho judío que temblaba y que no era otro que Leonard Woolf, su futuro esposo, cenó con los hermanos Stephen en Gordon Square. Después, y por unos cuantos años, solo tuvieron noticias de él a través de sus cartas, en especial las que le escribía a su íntimo amigo Lytton Strachey. Otro asiduo a las reuniones de los jueves era Sydney-Turner: un “prodigio de erudición” que se sabía a los griegos de memoria, leía a granel en distintos idiomas y era insistentemente silencioso: no hablaba sino para decir la verdad. En principio, sus amigos esperaron que Sydney-Turner

produjera una obra genial, pero con el transcurso del tiempo lo definieron como una “pálida e inanimada” criatura, cuyo estatismo era cada vez más evidente. Leonard Woolf llegó a compararlo con un pequeño colegial al que los avatares de la vida intimidaron al punto de sumergirlo en la inconsciencia, y Lytton Strachey lo igualó a un animal nocturno enceguecido por la luz del día.

Como señaló Virginia, uno de los más destacados amigos de Thoby era Lytton Strachey. Todos reverenciaban su inteligencia, temían su mordacidad y lo consideraban un claro representante de la alta burguesía intelectual. Con el tiempo él se convirtió en uno de sus mejores amigos. También formaba parte del grupo Desmond MacCarthy, quien, como Lytton, Leonard y Saxon, pertenecía al grupo de los Apóstoles, sociedad secreta que agrupaba a un conjunto selecto de alumnos de Cambridge. Los Apóstoles tenían su propio lenguaje, compartían rituales y estaban vinculados a esa sociedad de por vida. Ser elegido por “La Sociedad”^[111]—como la llamaban— era una suerte de privilegio, ya que todos reconocían la calidad intelectual de sus integrantes. Muchos eran los aspirantes, pero pocos los elegidos, y aun siendo íntimos amigos de muchos de los Apóstoles, ni Thoby ni Clive Bell fueron llamados a integrar sus filas.

Finalmente, cuando después de oír tantos comentarios sobre ellos, temblando “de excitación”, las hermanas recibieron a los amigos de Thoby en Gordon Square, la escena fue memorable. Los amigos de Thoby, escribió Virginia, “entraron indecisos, modestos, y se sentaron en silencio en los extremos de los sofás. Durante largo tiempo no dijeron nada. Ninguno de nuestros intentos de iniciar alguna conversación parecía dar resultado”. Por más que Vanessa, Thoby y probablemente Clive abordaran diferentes cuestiones, dispuestos a “sacrificarse por la causa de la conversación”, los otros solo decían “no”, o “no, no lo he visto”, o solo “no lo sé”. La reunión languidecía de un modo “que hubiera sido imposible en la sala de estar de Hyde Park Gate”. Sin embargo, “el silencio era difícil, no aburrido. Parecía que el estándar de lo que merecía decirse era tan alto que más valía no romperlo sin causa justificada”. Virginia recordó que fue Vanessa quien “después de haber dicho que había visitado una exposición de pintura, incautamente utilizó la palabra ‘belleza’. En ese momento uno de los jóvenes visitantes levantó la cabeza y dijo: ‘Depende de lo que quiera decir con belleza’. De inmediato, todos prestamos atención. Fue como si, al fin, el toro hubiese entrado al ruedo”. A partir de ese momento, la conversación giraría en torno a la “belleza”, la “bondad”, la “realidad”,

todas cuestiones abstractas. Así lo relató Virginia:

«Me dejaba maravillada ver a los que finalmente seguían argumentando, poniendo piedra sobre piedra, con cautela y precisión, mucho después de que la discusión se hubiera elevado tanto más allá de mi comprensión. Pero aunque no pudieras decir nada, al menos podías escuchar. Percibías que algo milagroso estaba ocurriendo allá arriba.»

Esas ocasiones eran inauditas: las hermanas podían participar, no como meros adornos de salón, sino discutiendo a la par de esos jóvenes universitarios hasta las dos o tres de la mañana. Finalmente, “Saxon ponía la pipa a un lado como si fuera a hablar, y se la volvía a poner en la boca sin haber dicho nada. Por fin, después de echarse el cabello hacia atrás, pronunciaba un brevísimo y definitivo resumen concluyente. El maravilloso edificio había quedado terminado”. Recién entonces Virginia podía irse a la cama “con la sensación de que algo muy importante había ocurrido. Había quedado demostrado que la belleza formaba —o no formaba, pues nunca he estado muy segura de si era lo uno o lo otro— parte del cuadro”. Las muchachas Stephen estaban fascinadas con el cambio de paradigma: “En el mundo de los Booth y de los Maxse no se nos pedía que utilizáramos mucho nuestro cerebro. Aquí solo utilizábamos el cerebro”. Las Veladas de los Jueves comenzaron, y eran “asombrosamente abstractas”; influidos por el libro *Principia Ethica* de George Moore[112], los jóvenes hablaban de filosofía, arte y religión. La “carga de las apariencias” había terminado. Las muchachas no se vestían especialmente para cenar y la importancia concedida a los modales cedía lugar al peso de las argumentaciones. Al fin, ellas y ellos estaban discutiendo en un pie de igualdad. Se respiraban nuevos aires y Virginia comparaba la nueva situación con el denso ambiente de Hyde Park Gate, cuya “atmósfera [...] estaba llena de amores y matrimonios”.

Puede considerarse que el 16 de febrero de 1905, día de la inauguración de las Veladas de los Jueves, fue el punto de partida de lo que se llamó Grupo de Bloomsbury. En sus recuerdos de esa época, Virginia lamenta que su diario se interrumpa luego de anunciar que habían recibido la visita de Clive Bell, con el que hablaron “sobre la naturaleza del bien ¡hasta la una!”, y que en dicho diario no hubiera detalles, justamente cuando el relato “hubiera podido comenzar a ser interesante”.

Viajes, paisajes y prejuicios

Pocos días después de esa conversación con Clive Bell, Virginia compró un libro de Walter Pater, el teórico de arte que defendía ideales esteticistas que la influyeron profundamente.^[113] Podría decirse que las descripciones del paisaje inglés que se encuentran en sus diarios y en su obra, más allá de lo pintoresco o lo romántico, apuntan a un sentimiento estético a través del cual la pertenencia al suelo inglés, dejando de lado componentes morales o nacionalistas, halla arraigo en una epifanía que no escapa a la nostalgia. La influencia de Pater está relacionada con la necesidad, que Virginia tenía por entonces, de estudiar la historia de Inglaterra y a sus escritores, e incluso con su afán de profundizar en la Grecia antigua. Esta temática alcanza un punto culminante en su último libro, *Entre actos*, donde Mrs. La Trobe organiza una representación teatral con el fin de alcanzar un clímax, similar al descrito por Walter Pater en su *Estudios en la Historia del Renacimiento* (1873):

«En cualquier momento aparece en una mano o en un rostro la perfección formal; cierta tonalidad en las colinas o en el mar es más exquisita que el resto; cierto estado de pasión o de visión o de excitación intelectual es irresistiblemente real y atractivo para nosotros —para aquel momento tan solo. No el fruto de la experiencia, sino la experiencia misma, es el fin [...] Arder siempre con esta sólida llama resplandeciente, mantener este éxtasis, es el éxito de la vida... Mientras todo se desmorona bajo nuestros pies, bien podemos intentar aferrar alguna pasión exquisita, alguna contribución al conocimiento que, al despejarse el horizonte, parezca poner el espíritu en libertad por un momento.»

El éxtasis que anuncia Pater se asocia, en Virginia Woolf, con su experiencia del paisaje y con una visión estetizante de la vida rural, características que abordó desde sus primeros ejercicios literarios y descriptivos. Lo inglés estaba arraigado en ella de manera natural, en tanto que lo extranjero podía resultar alternativamente estimulante, fascinante o perturbador.

A mediados de febrero, coincidiendo con el inicio de las Veladas de los Jueves, los esfuerzos de Virginia estuvieron dirigidos a leer en castellano y a enfrentarse con las dificultades de su gramática. Resulta

que junto con Adrian habían decidido hacer un viaje por el continente, y a fines de marzo partieron en barco hacia Portugal, con destino final a España. El navío estaba atiborrado de gente y, a pesar de que el viaje les resultó largo, disfrutaron de la travesía. Esto no impidió comentarios discriminatorios, que reiteraría durante bastante tiempo y que son testimonio de las marcas características de la clase social a la que pertenecía y de la educación recibida. “Hay muchos judíos portugueses a bordo, y otros repulsivos objetos, pero nos mantenemos alejados de ellos”, escribió Virginia unos cuantos años antes de casarse con Leonard Woolf, judío, aunque no portugués. Para escapar de sus compañeros de viaje, Virginia y Adrian se refugiaron en un lugar encima de la sala de máquinas, y desde allí pudieron contemplar Cornwall, el paraíso de la infancia al que no habían regresado desde que dejaron la casa de St. Ives. Una vez en Portugal, los hermanos visitaron Oporto y Lisboa. Durante su estadía en Sevilla, Virginia advirtió que, como en Italia, había guías y mendigos por doquier, pero le encantaban el clima y las flores de los frutales, y en sus cartas comentaba que el abril mediterráneo era más veraniego que el agosto inglés.

La ciudad de Granada los conquistó; Virginia pensaba que la costa de España era romántica y heroica y, según parece, estaba dispuesta a adjudicarles a los españoles esas características. Lo cierto es que una noche en la que durmieron en una pequeña posada tuvo la sensación de estar viviendo una peligrosa aventura:[114] “El fuego ardía en medio de la habitación, y el grupo de campesinos españoles permanecía sentado alrededor, mientras bebían y nos miraban fijamente, y todo el tiempo temíamos encontrarnos con un cuchillo en la garganta”. A pesar de la belleza y de las pequeñas aventuras, tal como solía suceder en sus viajes no podía estar demasiado tiempo alejada de su casa sin extrañar sus cosas, por lo que anhelaba volver. Esta ansiedad se trasluce en las cartas del período, especialmente en una dirigida a Violet, en la se refiere a un pequeño contratiempo en el “fin de viaje”, utilizando, sin advertirlo, las palabras con las que titulará su primera novela. El viaje de regreso tampoco resultó muy cómodo, y cuando tuvieron dificultad para conseguir pasajes, Virginia volvió a sus expresiones xenófobas: “Me temo que voy a tener que dormir con un judío portugués”.

Así y todo, las adversidades fueron superadas y estuvo de regreso en Londres a tiempo para asistir a una exposición de arte en la New Gallery y ver colgado un retrato de lady Robert Cecil pintado por Vanessa. Eran muchas las antiguas relaciones que, como lady Robert Cecil, consideraban su deber estimular y proteger a las hermanas

Stephen. La aristócrata no solo había encargado su retrato a la mayor y elogiado los artículos de Virginia, sino que también planeaba escribir con ella una novela a cuatro manos. El sincero afecto de estas personas continuó operando durante cierto tiempo, pero pronto no resultó fácil conservar las antiguas relaciones y conciliarlas con los nuevos intereses. Aunque las líneas de fractura terminaron imponiéndose, hubo momentos en los que Virginia pudo disfrutar de lo mejor de los dos mundos:

«He estado alternando con la sociedad hípica [...] —es decir que cené con George y lady Carnarvons—, la joven lady C. esta vez, gracias a Dios. Era la noche de las carreras Kempton, y hablamos sobre caballos toda la noche, que son probablemente más interesantes que los libros. Luego vi a Margaret [Duckworth], que es una mujer agradable, y nuestra relación empieza a ser prometedora. Vamos a tener que estar en contacto toda la vida, así que podremos tomarnos las cosas con calma.»

Finalmente, los hechos desmentirían esas apreciaciones; los efectos de la recién adquirida libertad se percibían en la conducta de las hermanas Stephen y poco a poco dejaron de ver a sus viejos conocidos. A diferencia de las fiestas a las que solían asistir en vida de Stella o acompañadas por George, en un baile del Trinity Virginia confesó: “Nos hemos tomado muchas licencias”. Sin la compañía de chaperonas y lejos de las convenciones, las hermanas conversaron con Walter Headlam y con Clive Bell, y en lugar de bailar, Nessa prefirió fumar cigarrillos. Placeres como esos ya no les estaban vedados, y cuando Adrian obtuvo, aunque con notas poco brillantes, su diploma y dejó atrás la vida de estudiante para dedicarse, como lo estaba haciendo Thoby, a estudiar Derecho, todos pudieron considerarse adultos.

Entre el Morley College y Cambridge

Dispuesta a cuestionar los viejos paradigmas, Virginia se burlaba de sus parientes y le escribía a Violet: “La excelente Lettice [Fisher] exponía sus teorías, siempre poniéndolas a prueba en su propia persona, como, por ejemplo, la vida ideal es la vida de casada, la vida de una trabajadora — ella enseña—, la vida de la filántropa —ella dirige una

pocilga—”Con este tipo de actitudes, tomando distancia de mujeres similares a su madre y a Stella, las hermanas Stephen se reafirmaban en la idea de que ellas *no* se ajustaban a ese patrón. Quedaba claro que no aspiraban a seguir el modelo conocido, y como no tenían otros en los cuales proyectarse, tanto Vanessa como Virginia debieron crear sus propios estándares.

En ese sentido, se puede afirmar que la tarea de Virginia en el Morley College no tenía que ver con la filantropía; consideraba sus clases casi una diversión y las preparaba con la esperanza de que a sus alumnos se les pusiera “la piel de gallina”. También intentaba ser poco previsible y en noviembre le escribía a Violet:

«Los miércoles tengo mis clases de redacción; diez personas: 4 hombres, 6 mujeres. Supongo que es la clase más inútil del Instituto y así lo cree la Sheepshanks. Se sentó allí durante toda la clase anoche y casi pataleaba de impaciencia. Pero ¿qué puedo hacer? Tengo a un viejo socialista de cincuenta años, que cree que debe traer a colación al parásito (el aristócrata, es decir, tú y Nelly) a un ensayo sobre el otoño y a un holandés que cree —al final de la clase también— que le he estado enseñando Aritmética; y a unas anémicas dependientas que dicen que escribirían mucho más, pero solo tienen una hora para cenar, y no parece mucho tiempo para escribir.»

Las clases que dictaba y su labor periodística no eran suficientes; Virginia se sentía insegura con respecto al valor de su escritura, pensaba que no estaba preparada para encarar un trabajo de ficción y limitaba sus aspiraciones a escribir un trabajo histórico basado en la lectura y anotación de cuatro volúmenes de historia medieval. Forzando un paralelismo con Leslie, juzgaba no tener condiciones para encarar una escritura más creativa, pero sin duda esa era su meta y el tipo de literatura que más valoraba.

Por entonces, menos tímidos que ella, Thoby y un grupo de amigos entre los que se contaban Clive Bell, Lytton Strachey, Walter Lamb, Saxon Sydney-Turner y Leonard Woolf, presentaron un librito de poemas llamado *Euphrosyne*. Virginia no tomó demasiado en serio el opúsculo y señaló con ironía —en una carta a lady Robert Cecil— ciertos aspectos del libro y de sus autores: “Son un grupo bastante melancólico, creo. Sin embargo, el mayor no puede tener más de veinticinco años. He leído un verdadero poema en el *Daily Chronicle* esta

mañana, que tiene todo el derecho de ser melancólico”.

El poema era “Epitafio para una cansada ama de casa”? composición satírica en la que una mujer pide que no lloren su muerte, porque después de una vida dedicada a trabajar en el hogar, sin ningún tipo de ayuda, siente que al fin se dirige a un sitio donde ya no tendrá que hacer nada más. La ironía de Virginia apuntaba a señalar que esa mujer tenía más razones para la melancolía que los educados y privilegiados poetas, pero también es un indicio de que comenzaba a desidealizar a esos hiperprotegidos estetas de clase alta que eran sus amigos. Pensaba que, comparados con la mujer a la que, según ella, el jurado declaró unánimemente loca, “lo cual demuestra una vez más lo que significa ser un poeta en estos días”, los siete poetas carecían de tesón, e inmediatamente agregaba: “¿Por qué escribo sobre suicidio y gente loca?”. Esta pregunta se plantea como marcando una posición entre el material poético que producían las mentes de aquellos jóvenes educados y la que podría ser su propia obra, asociada tanto a la experiencia de la locura que sufrió el año anterior y que aquellos no comprendían, como a su condición de mujer, de *outsider*, condición a través de la que se definiría y que desarrolló en forma de ensayo en *Tres guineas*. De todas maneras, esta categoría, que surge de una clara experiencia vivencial, ya estaba presente en su primera novela *Fin de viaje* y define los sentimientos de Rachel, que también se siente una *outsider* respecto de su novio y de su amigo, el archiintelectual Hirst.

Virginia admiraba y sentía afecto por los amigos de su hermano, pero también consideraba los aspectos paralizantes de la educación formal recibida en Cambridge. La condición de autodidacta le había evitado “la omnisciencia, la prematura saciedad, la melancólica autosatisfacción de una educación” universitaria, que hacía que los jóvenes ingresaran en esas casas de estudio vitales y animosos, pero egresaran “preocupados y silenciosos”, “imbuidos de su capacidad”, pero sin ilusiones. El retrato que hace de ellos no es halagador:

«Ni disfrutaban ni trabajan. No aprueban sus exámenes porque, dicen, el éxito es un fracaso, y desprecian el éxito.

Quizá porque temen ser las víctimas de sus trampas, permanecen, generalmente, silenciosos, y manifiestan la mayor parte del tiempo una ignorancia serena y universal, que no los descalifica, sin embargo, para afirmar que las opiniones de otros son absurdas.»

Muchos años después, en 1936, siendo una consagrada escritora, Virginia retomó este tema en cartas a su sobrino Julian. Aludiendo a los celos y vanidades de las sociedades de Cambridge y recordando su experiencia de juventud, le escribía: “Me desagradaban los aires que el joven Cambridge se daba a sí mismo. Encontré un viejo diario personal que era un violento ataque de furia contra Saxon y Lytton sentados allí sin decir nada”.

La melancolía que Virginia atribuía a los jóvenes de su generación, así como la morosidad de sus temas, su autocomplacencia y altanería, no impedía que discutiera con ellos cuestiones trascendentes, como la finalidad de la vida y el suicidio. También Nessa participaba de esas inquietudes, y hay constancia de que, aunque 1905 no fue un año melancólico, durante toda una mañana, ambas abordaron la “ética del suicidio”.

Escribir, pintar, ¿casarse?

Ocupada en sus artículos periodísticos, que abarcaban desde reseñas de libros y crónicas de viajes hasta ensayos personales, y mientras su confianza aumentaba, Virginia comenzaba a experimentar frustraciones. Comprobaba que la relación con los editores no era fácil e incluso podía llegar a ser desquiciante. Debía aprender a controlar su enojo cuando rechazaban sus notas en *The Cornhill Magazine*, o cuando Bruce Richmond impugnaba su reseña sobre un libro referido a Catalina de Médicis, en la que había trabajado arduamente y que él rechazó por no ser lo suficientemente académica. Por otra parte, aunque los libros que le enviaban para reseñar podían no gustarle para nada, había que esforzarse, y después de escribir sobre Henry James, Virginia experimentó la sensación de que había sido el “más duro de los trabajos” que había realizado hasta el momento.

Dado que su honestidad crítica estaba en juego, Virginia confesaba: “Cómo me gustaría poder ser valiente y franca en mis críticas, en vez de tener que tramarlas elaboradamente”. La censura de los editores, la censura de lo que llamaba el “Ángel de la Casa” y la autocensura, junto con lo arduo del trabajo, impedían que estuviera satisfecha con los

resultados. Su vocación de innovar y romper las estructuras no coincidía con lo que pretendían los editores, pero en esa tensión lograba forjar un ideal de ensayo libre, que llegaría a caracterizarla: “Mi verdadero placer al hacer las críticas es decir cosas desagradables, y hasta ahora he tenido que ser respetuosa”.

En la treintena de artículos que publicó en 1905, Virginia escribía “cada oración como si fueran a leerla ante tres presidentes de la Corte Suprema”.

Como Mr. Ramsay en *Al faro*, y como lo había hecho su padre, buscaba el apoyo y la aprobación de su familia y amigos. Necesitaba el elogio de los demás y oscilaba en la consideración de su propio trabajo. Algunas personas cercanas, como Violet Dickinson, no dejaban de asegurarle que se convertiría en una “gran escritora”. Por su parte, todavía no sabía si se dedicaría a la historia o se animaría a convertirse en escritora de ficción; y mientras seguía con el periodismo, exigía y pedía más y más críticas. Sus cartas a Madge, Violet y Vanessa retoman una y otra vez estas cuestiones, y aunque le preocupaba su propio egocentrismo, cuando la respuesta de las amigas no coincidía con lo que quería escuchar, se mostraba en extremo susceptible.

Hacia mediados de año, además de dedicarse a sus estudios de griego, Virginia leía una historia de Inglaterra, publicada en varios volúmenes, y escribía “copiosas notas” para preparar las conferencias destinadas a las mujeres trabajadoras del Morley College. También se interesaba en el cristianismo primitivo, la conquista normanda, el comienzo de las Cruzadas y analizaba el “estatuto legal de la mujer” en el siglo XIX. Al tiempo que pensaba “escribir es un arte divino, y cuanto más escribo y más leo, más me gusta”, consideraba que debía salvar los baches de su formación y se esmeraba en sus lecturas relacionadas con el siglo XVIII, su “punto débil”. Tal era su entusiasmo que el domingo, el día en que no trabajaba, era el “más melancólico de la semana”.

Vanessa también tenía sus proyectos, y estos influyeron indirectamente en su hermana. En el verano de 1905, inspirada en lo que observó en algunos bares de París, organizó el Friday Club, donde agrupó a sus compañeras de la Real Academia, a algunos conocidos de Slade, a otros pintores y a un grupo de parientes y amigos. Muchos de esos pintores eran aún estudiantes que practicaban o adherían a estilos diversos; mientras “la mitad del comité defendía a Whistler y al Impresionismo francés con gran énfasis, la otra mitad era partidaria incondicional de los británicos”. En principio el grupo de Vanessa presentó un aspecto *amateur*, y las discusiones sobre arte eran

apasionadas; pero su capacidad organizativa quedó demostrada ese mes de noviembre cuando se llevó a cabo la primera exhibición del grupo. [115] Las hermanas vivían un momento de “plena actividad... pintando y escribiendo”. La curiosidad y el deseo de Virginia de innovar en materia literaria, junto con el estrecho contacto con los pintores, las visitas a museos y exposiciones, tuvieron mucho que ver con su predisposición a utilizar un lenguaje vinculado al que empleaban los artistas y a recurrir a imágenes pictóricas como un recurso eficaz para descifrar la realidad, cuestión evidente en el personaje de Lily Briscoe en *Al faro*.

Las hermanas estaban de buen humor y ese verano, sin que los fantasmas de la infancia lo impidieran, los hermanos volvieron a Cornwall. Virginia visitó Talland House y tomó el té con sus ocupantes, una deliciosa pareja de artistas con hijos de la edad que ellos tenían cuando iban allí con sus padres. También recibieron a muchos visitantes, entre los que se contaban los “pequeños poetas”. En Cornwall, contó Virginia, sus amigos se sentaban “en absoluto silencio, todo el tiempo; en ocasiones se juntan en una esquina y se ríen en voz baja de un chiste en latín”. “Tal vez — continuaba Virginia en una de sus cartas — están enamorándose de Nessa, ¿quién sabe? Sería un proceso silencioso y muy estudiado. De todas maneras no creo que tengan el vigor suficiente como para sentir mucho. Ah, las mujeres son mi especialidad y no esas criaturas inanimadas”.

Esos jóvenes comenzaban a aburrirla y consideraba que los hombres carecían de la espontaneidad y frescura que confería, en líneas generales, al género femenino. En “The Value of Laughter”, un ensayo publicado en agosto de ese año, preanuncia sus ideas acerca de la diferencia de género:

«Las mujeres y los niños, entonces, son los máximos ministros del espíritu cómico, pues sus ojos no están nublados de conocimientos ni sus cerebros atragantados de teorías sobre libros, de modo que hombres y cosas aún conservan sus formas originales. La espantosa superfluidad que ha inundado nuestra vida moderna, la pompa y las convenciones y las horrendas solemnidades no aborrecen nada tanto como la irrupción de risas que, como un relámpago, las sacude y las muestra al desnudo. Es porque sus risas tienen ese poder que los niños son recelados por quienes comparten aquellas afectaciones e hipocresías, y es probablemente por este motivo que las mujeres sean miradas con recelo en las profesiones eruditas.»

Todo parecía girar en torno al arte, la literatura y la libertad que acababa de adquirir, y Virginia estaba más que satisfecha de que así fuera. Pero finalmente las cosas del amor volvían a irrumpir, aunque esta vez a la manera de Bloomsbury. Asomada al balcón de la casa, Virginia oía las conversaciones de los criados y aseguraba que Bloomsbury “con las lámparas encendidas y la luz sobre el césped” era “un lugar romántico”. Además, durante sus vacaciones en Cornwall, comprobó que aunque tuvieran la mente llena de abstracciones, los jóvenes poetas encontraban tiempo para el amor. En efecto, durante aquellas vacaciones, Clive Bell declaró su amor y pidió en matrimonio a Vanessa. ¿Habría esperado un rechazo? Lo cierto es que lo obtuvo y partió desconsolado de la casa. Tal vez su error fue no elegir el lugar propicio para declararse, ya que no es de extrañar que Nessa tuviera frescas en la memoria las actividades casamenteras que, años atrás y allí mismo, había llevado a cabo su madre. Todos recordaban que Julia había actuado como una mujer araña, tejiendo los destinos de jóvenes más o menos incautos, sobre cuyas vidas y decisiones influía sustancialmente. Como queda demostrado en *Al faro*, esas escenas perduraron en la memoria de Virginia.

Allí, y en oposición a Mrs. Ramsay, para quien “una mujer que no se casa se pierde lo mejor de la vida”, el personaje de Lily Briscoe, la joven pintora, desea “seguir soltera, le gustaba ser como era, no estaba hecha para lo otro”. Podría inferirse, trasponiendo un parlamento de la novela, que durante las vacaciones de 1905, como le sucede a Lily Briscoe en el libro, Vanessa contemplaba el mar de la infancia atenta, más que a cuestiones sentimentales, a formulaciones de otra índole:

«¿Por dónde empezar?: este era el problema; ¿en qué punto hacer la primera señal? La primera línea sobre el lienzo la comprometía a incontables riesgos, a decisiones con frecuencia irrevocables. Todo esto que parecía sencillo desde un punto de vista teórico, se convertía en algo muy complicado desde el punto de vista práctico; [...] Pero había que correr el riesgo, hizo la primera mancha.»

Se trataba de dar pinceladas, se trataba de escribir y, por el momento, las hermanas no pensaban perder su libertad. En el querido Cornwall y mientras Virginia escribía para su propio deleite y atacaba si lo deseaba “la santidad del Amor y la Religión”, Vanessa pintaba a

razón de dos cuadros por día. En tanto, Thoby fue el encargado de escribir sus condolencias a Bell, el enamorado caballero rural que “había confesado que podría incluso renunciar a la cacería si fuera necesario, para poder casarse”. Segura de que todo continuaría así, en una de sus cartas Virginia señalaba con humor: “Y nadie, dejó aquí bien sentado, me ha pedido todavía en matrimonio”. En realidad, enfrascada en su nuevo mundo, apenas se preocupaba por su apariencia y en su diario solo señala al pasar que había comenzado a usar anteojos. Los diarios de ese año, las descripciones de sus viajes, su labor periodística y sus clases en el Morley College se sumaban a los textos que escribía por puro placer. Virginia se fijaba ciertas metas, como “aprender a hacer descripciones sin adjetivos”, o redactar sus recuerdos de viaje como si se tratase de “notas de un borrador para que sirvan como puntos de referencia”. A fin de año, *The Times* le enviaba para reseñar una novela por semana, mientras el Friday Club florecía en actividades e incluso había discusiones entre sus miembros, lo cual, decía Virginia, “es una señal saludable”. Por su parte, debido a su fuerte autocrítica, al miedo a la exposición y al temor de ser burlada o despreciada, ella mantenía ciertos escritos en reserva y pensaba: “Siempre siento que escribir es una cosa irreticente que hay que ocultar... como la histeria”.

CAPÍTULO IX - 1906

Reflexiones acerca de la cuestión AMOROSA

VIRGINIA desplegaba sus alas tímidamente, y recibía “con alegría los dones de la hora presente”[116] La desdicha había dado paso a una libertad mayor de la que hubiera imaginado. La vida le ofrecía perspectivas llenas de esperanza, de las que, a su modo de entender, quedaba descartada la posibilidad de contraer matrimonio. Muchos años después, haciendo una “confesión seria”, recordaría que por entonces consideraba “confidencialmente, que el matrimonio era un asunto vulgar y de poca importancia, pero que si se llevaba a cabo [...] era con muchachos que habían participado en el Eton Eleven y que se vestían de etiqueta para cenar”. De seguirse estos parámetros, los amigos de Thoby quedaban descartados, ya que si bien llamaban la atención por su inteligencia, su aspecto espantaba a los viejos conocidos. En efecto, mientras que al famoso escritor y amigo de sus padres, Henry James, le parecía deplorable que las muchachas Stephen se relacionaran con esos jóvenes, después de conocerlos Kitty Maxse aseguraba: “No tengo la menor duda de que son simpáticos, pero [...] qué aspecto horroroso tienen”. Para Virginia “esa falta de esplendor físico, ese desaliño” estaba en relación con la superioridad intelectual de sus nuevos amigos y se sentía tranquila, pensaba que con ellos solo se discutirían temas abstractos: “parecía increíble —escribió— que cualquiera de esos muchachos sintiera deseos de casarse con una de nosotras, o cualquiera de nosotras con alguno de ellos”. Equivocada con respecto a las intenciones de sus amigos, Virginia también estaba lejos de prever las conclusiones a las que llegaba su hermana:

«Vanessa nos dijo a Adrian y a mí, mientras la veía estirar los brazos por encima de la cabeza, en un movimiento que expresaba cierto desgano y concesión al mismo tiempo, ante el gran espejo: “Por supuesto, todos nos casaremos. Sucederá inevitablemente”, y mientras me lo decía tuve la impresión de que la fatalidad se ensañaría con nosotras, y el destino nos separaría con violencia en el preciso momento en que hubiésemos alcanzado la libertad y la felicidad.»

Como Thoby había señalado después de la declaración de Clive Bell, aquel tipo de situaciones eran “¡lo peor de las Veladas de los Jueves!”. Pero después de disuadir a su enamorado, a principios de 1906 Vanessa seguía dedicándose a su pintura y a las discusiones de las noches de los viernes y organizaba una exhibición de arte; todo parecía continuar como antes. En ese sentido, Virginia se sentía tranquila; leía Virgilio, Shakespeare y comentaba, después de ganar cinco libras por sus artículos: “Me siento virtuosa, no que escribo por dinero”.

Aunque todavía asistía a fiestas, su comportamiento no era el esperado en esas ocasiones. Libre de chaperonas, se ubicaba en un rincón oscuro y leía *In Memoriam* de lord Tennyson, mientras Nessa bailaba hasta las dos y media de la madrugada. La tendencia a aislarse y a no responder a las viejas expectativas tenía que ver con su firme intención de seguir formándose y ejercitando su escritura. Tal vez por eso Virginia decidió pasar unos días en soledad. En abril, con la compañía de su perro Gurth, se alojó en Giggleswick, cerca de la casa de Madge Vaughan. La idealización de antaño había desaparecido y pensaba que su amiga estaba “llena de teorías y emociones e innumerables preguntas, como un niño de dos años”. Las lecturas acumuladas y sus arduos ejercicios de escritura ponían a Virginia en otra posición; ya no admiraba a Madge, cuya carrera de escritora había sucumbido ante su realidad de esposa y madre. Ahora era ella quien estaba en la mira de todos, y no era extraño que se hablara una y otra vez de su “genio”.

Su estadía en Giggleswick le permitió disfrutar de una soledad “exquisita” y de largos paseos con Gurth, y fue propicia para sus lecturas y para la escritura de su diario, donde llevó una crónica de esos días. Como escritora creía que debía limitarse a escribir sobre las cosas que veía; sentía que todavía su punto de vista era “estrecho” y “más bien carente de espíritu”; pero tenía esperanzas: “Puede que mejore con la edad y la experiencia. Creo que George Eliot tenía alrededor de cuarenta años cuando escribió su primera novela”. Durante su

permanencia en Giggleswick, Virginia conversó con Madge acerca de literatura y también le mostró alguno de sus trabajos. Las críticas de su amiga confirmaron su convicción de que, aunque los demás no la comprendieran, tenía que seguir su propio camino; después de reflexionar agradecía sus comentarios, pero insistía en que los trabajos que le había mostrado solo eran ejercicios literarios y agregaba:

«Pero lo que siento ahora es que este mundo impreciso y de ensueño, sin amor, o sentimientos, o pasión, o sexo, es el mundo que de veras me importa y que encuentro interesante. Porque, a pesar de que son sueños para ti, y yo no puedo expresarlos en forma adecuada, esas son cosas completamente reales para mí.»

Es así como, aun antes de publicar su obra de ficción, Virginia planteaba los lineamientos de su escritura y los procesos mentales que le interesaban. También queda claro que prefiere dejar en suspenso cuestiones relacionadas con el amor o con la sexualidad. Mucho se ha especulado acerca de que los abusos de George Duckworth tuvieron consecuencias que se prolongaron en el tiempo y se reflejaron en su escritura. Y es cierto que al escribir sus recuerdos, ya cerca de los sesenta años, Virginia todavía tenía presente los sentimientos de desagrado, recordaba la ofensa y evocaba la rigidez que se había apoderado de su cuerpo en esos momentos. El abuso, físico y/o emocional, había afectado sus percepciones y probablemente influido en su sexualidad, pero también es cierto que esas cuestiones le dieron un sesgo particular a su escritura. ¿Era necesario experimentar el contacto físico o el matrimonio para convertirse en una buena escritora? Aunque tenía sus dudas, Virginia estaba dispuesta a considerar esa posibilidad, y así se lo hacía saber a Violet Dickinson: “Madge me dice que no tengo corazón, al menos en mi escritura: realmente, empiezo a preocuparme. Si el matrimonio es necesario para el estilo, voy a tener que considerarlo. En parte es verdad, ¿o no?”

Pero no es toda la verdad”. La advertencia de Madge acerca de que sus escritos no abordaban las emociones ni los sentimientos la ponía a la defensiva, pero dispuesta a devolver el golpe señalaba:

«Me parece mejor escribir sobre lo que siento, que sobre cosas que francamente no entiendo en absoluto. Ese es el tipo de error garrafal — en la literatura— que me parece horrible e imperdonable: es decir,

gente que se revuelca en emociones sin entenderlas para nada.»

Escribir desde la propia experiencia planteaba una incógnita que resultaría una constante en su obra: ¿cómo expresar los sentimientos y las emociones en forma apropiada? En sus novelas, Virginia Woolf se enfrentó con las dificultades del lenguaje y con la inadecuación de las palabras en el momento de expresar las emociones experimentadas o reprimidas. Percibía agudamente que tanto los sentimientos propios como los ajenos están rodeados de un halo de misterio que los torna inaprensibles. Tal vez por eso, cuando vio reaparecer a Clive Bell, que no se daba por vencido y seguía rondando a Vanessa, tuvo que admitir: “¡Los asuntos del corazón son tan desconcertantes! Nunca entenderé los de Bell, a menos que los tenga escritos en rojo en la pechera de la camisa”.

Virginia y Vanessa, Phyllis y ROSAMOND

De todas maneras, para alivio de Virginia, Nessa tampoco parecía considerar que la vida matrimonial fuera un estímulo imprescindible para su pintura, y se la veía más interesada en su trabajo que en la posibilidad de casarse. La resistencia al matrimonio, tema que Virginia desarrolló en sus novelas, estaba relacionada con la evidencia de la poca libertad y autonomía con que contaban las mujeres sujetas al vínculo matrimonial tradicional, tal cual lo habían experimentado sus padres. Pero Virginia también consideraba que la soledad o la soltería podían impedir un desarrollo integral de la personalidad o influir negativamente en su literatura. A los veinticuatro años, sabía que tarde o temprano tendría que tomar una decisión al respecto, y durante una visita a su tía Nun se detuvo a observarla y realizó un retrato interesante por sus connotaciones proyectivas:

«Conversamos cerca de nueve horas; ella habló efusivamente sobre todas sus experiencias espirituales, y luego bajó a la tierra y se convirtió en una anciana muy sensata y astuta. Nunca conocí a nadie con tantas anécdotas, y todas contienen un giro imprevisto, natural o sobrenatural. Se ha pasado toda la vida escuchando sus voces internas y hablando con los espíritus, y es como esas personas que dicen que ven fantasmas, o

más bien almas incorpóreas, en vez de cuerpos. Ahora está sentada en su jardín, rodeada de rosas, envuelta en enormes chales y túnicas, y derrocha sabiduría sobre todos los temas. Los jóvenes cuáqueros van siempre a verla, y ella es, para ellos, una especie de profetisa moderna.»

Después de esa visita y siguiendo la costumbre de alejarse del caluroso agosto londinense, Virginia y Vanessa alquilaron por cuatro semanas Blo' Norton, una casa isabelina en Norfolk. Sumergida en la historia y en el espíritu de esa tierra, disfrutaba caminar diez millas “sin encontrar a nadie, donde senderos de hierba suave y blanda atraviesan la región, donde los caminos son muchos y solitarios, y las iglesias innumerables y desiertas”. En ese entorno y a lo largo de cuarenta páginas, escribió una historia que, desarrollada más tarde, se convirtió en su primera novela.

Dado que Thoby y Adrian solo estuvieron con sus hermanas unos días y luego partieron al continente, Virginia y Vanessa vivieron “una especie de luna de miel, interrumpida, es verdad, por horribles invitados”. La presencia de George Duckworth y Emma Vaughan imponía ecos de un pasado demasiado cercano que retornaría una y otra vez, situación que Virginia resolvió en una ecuación literaria donde el pasado confrontaba con el presente. Es así como en “Phyllis y Rosamond”, relato que escribió ese año, planteó un encuentro virtual entre su yo actual y su yo del pasado. Las protagonistas, cuyos nombres dan título al relato, son el tipo de jóvenes “hacinadas en la sombra”, hijas de padres ricos, reconocidos y respetables, “frívolas, hogareñas, de temperamento más dócil y sensible”, y están “condenadas a ser [...] niñas de su casa”. Sus modales y vestimenta las dotan de “la apariencia de belleza, aunque sin su sustancia” y “el salón parece ser su medio natural”. Pero el salón —así lo habían sentido Vanessa y Virginia— representaba para ellas “trabajo y no diversión”. Una noche, Phyllis sale de Belgravia y South Kensington para dirigirse a Bloomsbury. Va a buscar a su hermana, que está de visita en la casa de una familia de apellido Tristram, donde participa de una reunión en la que se conversa apasionadamente. La casa de los Tristram es ajena a la etiqueta y en la conversación no hay espacio para los lugares comunes, además, se habla del amor con una libertad y franqueza que sorprende a las hermanas:

«El amor era para ellas algo inducido por ciertas acciones calculadas y surgía en los salones de baile, en los conservatorios perfumados, al abrigo de miradas furtivas, golpes de abanico y tonos de voz

entrecortados y sugestivos. El amor allí era algo intenso e ingenuo que despuntaba a plena luz del día, desnudo y sólido, para ser explotado y analizado como cada cual mejor juzgase.»

Desconcertada y con la sensación de que la “esencia de aquella extraña velada quedaba fuera de su alcance”, Phyllis trata de entablar conversación, aferrándose “a esa sólida partícula de yo puro que ella suponía oculta en alguna parte”. Así como Phyllis y Rosamond reflejan su versión de antaño, cuando vivían al abrigo de Hyde Park Gate, las hermanas Tristram, una pintora y la otra escritora, son un espejo de Vanessa y Virginia en Bloomsbury. El relato culmina con un diálogo entre Sylvia Tristram —la joven escritora— y Phyllis. La nueva y la antigua Virginia confrontan; Phyllis siente que su vida pierde mérito en comparación con la de Sylvia, a quien sin embargo conoce solo superficialmente. Para Sylvia, Phyllis representa a una entre muchas muchachas que ha visto concurrir en procesión, en sus carruajes, a teatros y a fiestas; conoce sus trajes de noche, pero nunca las ha oído hablar. Aunque ni una ni otra fueron a la universidad, Phyllis subraya la libertad de que gozan las Tristram y que a ella y a su hermana les está vedada. “Para empezar —dice Phyllis y con ello plantea un tema que Virginia tratará en *Un cuarto propio*—, no disponemos de una habitación y, además, jamás nos lo permitirían. Somos hijas, hasta que seamos mujeres casadas”. En el final, Sylvia le propone una rebelión que Phyllis considera imposible; más tarde, a solas en su cuarto, reconoce estar lejos de tomar una decisión ya que su postura no pasa de “criticar ambos mundos y sentir que ninguno de los dos le ofrecía lo que ella necesitaba”.

En el relato se da a entender que Phyllis no tiene la fuerza necesaria para tomar una decisión que podría cambiar su vida; en el caso de Virginia Woolf, fue el destino, a través de una serie de duelos y fatalidades, el que abrió un camino distinto del de los mandatos paternos y maternos, que probablemente no se hubiera animado a contravenir. La muerte de los padres, sobre todo la de Leslie, resultó liberadora. Y aunque una culpa difusa opacó los primeros momentos de libertad, hacia 1906 Virginia había superado la peor parte de la crisis. La independencia adquirida también le permitía viajar y desplazarse a voluntad. Solo con ponerse de acuerdo, los hermanos Stephen podían recorrer el país o dirigirse al exterior, y conocer el mundo era una tentación difícil de resistir. Con ese incentivo, Thoby vendió en mil libras unos manuscritos de Thackeray, que Leslie le dejó en herencia,

con lo que pagó sus estudios y un viaje a Grecia que los hermanos emprendieron ese otoño.

Un dramático fin de viaje

A principios del siglo XX, viajar a Grecia era una especie de odisea. Requería una preparación especial que incluía llevar vestimenta apropiada, una buena cantidad de medicamentos y, en el caso de Vanessa, sus materiales para pintar. Además, como la excursión entrañaba cierto peligro, Thoby y Adrian decidieron escribir cada uno su testamento. Los varones partieron antes porque tenían planeado realizar un recorrido a caballo por la costa dálmata; mientras tanto, las hermanas permanecieron en Norfolk, lugar que a Virginia le costó abandonar: “Me irrita un poco tener que irme. Este es un hermoso país, y camino muchas millas todas las tardes, salto zanjas y vadeo ríos. Aun así, será muy divertido visitar Europa y subir a la Acrópolis”.

Entre tanto, Vanessa, que había rechazado la segunda propuesta matrimonial de Clive Bell, estudiaba escultura griega y hacía los preparativos necesarios para la travesía. Finalmente, a mediados de septiembre, Virginia, Vanessa y Violet Dickinson iniciaron su viaje. “Debido a la previsión y organización de Vanessa, se vistieron con sombreros de fieltro gris, trajes de lino blanco y botas blancas y llevaban parasoles blancos a rayas verdes”. El grupo viajó en tren desde Italia a Brindisi, luego pasaron en barco a Patras, de allí tomaron un tren para encontrarse con Thoby y Adrian en Olimpia, y cruzando el Peloponeso se dirigieron a Corintio. Como Vanessa comenzó a sentirse mal, debió permanecer en Atenas dos semanas. Mientras Thoby y Adrian partieron a Delphi, Virginia permaneció con ella, pero como la enfermedad no parecía seria, decidió dejar a su hermana al cuidado de Violet y se encontró con los varones en Eubea. A su regreso, como Vanessa no mejoraba decidieron consultar a una serie de médicos. Los últimos años habían sido una fuente de estrés y ansiedad para ella, que estaba física y psíquicamente exhausta. El diagnóstico de los doctores no fue preciso, unos hablaban de apendicitis, otros aseguraban que sufría una suerte de depresión. Otra vez las cuentas de los médicos comenzaban a apilarse. Curiosamente, el remedio que mejor parecía sentarle a Nessa era el champán. En esos momentos la presencia de

Violet resultaba fundamental, ya que no solo auxiliaba a Vanessa, presa en su habitación de hotel convertida en “cuarto de enferma”, sino que también atendía a sus hermanos. Virginia pasaba las horas leyendo *Cartas a una desconocida* de Mérimée, y los varones, que no eran de mucha ayuda, discutían en el salón del hotel acerca de si la carretera de Portsmouth[117] estaba asfaltada más allá de Hindhead o no.

La enfermedad de Vanessa no fue lo único que empañó el ansiado viaje a Grecia. El contraste entre el pasado glorioso al que la había predispuesto la literatura y un presente deslucido perturbaba a Virginia. Por una parte, sentía que no había ningún lugar más poderoso y vital que “esa plataforma de antiguas piedras inanimadas” que era la Acrópolis, pero, por otra, aborrecía la suciedad, entre otros aspectos de la Grecia contemporánea:

«En Grecia tienes la sensación, a menudo, de que hace rato que ha pasado la procesión, que has llegado demasiado tarde, y que importa muy poco lo que piensas o sientes. La Grecia moderna es tan endeble y frágil, que se cae a pedazos en cuanto la comparas con el fragmento más tosco de la antigua.»

El estado de Vanessa pudo influir en sus percepciones; en el relato de la enfermedad de Rachel, en *Al faro*, quedan rastros de lo desesperante que debió haber sido acompañar su convalecencia en un país con una cultura tan distinta y, por entonces, con deficiencias evidentes en cuestiones asistenciales, con médicos que generaban más desconfianza que tranquilidad. Como miembro de una clase educada en los textos griegos, Virginia comprobaba que la Grecia moderna le era ajena, y los escritos inspiradores de Platón, Sófocles o Eurípides solo iluminaban escasos y preciosos momentos del viaje, como un encuentro con un monje griego al que se refiere en sus diarios y que retoma más tarde en “Diálogo en el Monte Pentélico”, uno de sus primeros relatos.

En su diario de viaje, Virginia también deja constancia de los paseos a lomo de mula, de sus visitas nocturnas a la Acrópolis, al Partenón, “todavía radiante y joven”, y a Eleusis —a la que siente que llegaron doscientos años demasiado tarde—, a Nauplia, a Epidauros y su anfiteatro, al ágora de Micenas, los templos de Platón. Según puede leerse en sus cartas y diarios, siempre hubo una tensión subyacente entre la percepción de la Grecia moderna y el resplandor de algunas visiones, relacionadas con el pasado, que iluminaban un proyecto de

viaje largo tiempo acariciado e idealizado. Los mendigos, los atenienses que desconocían el griego antiguo, las chinches en la cama del hotel de Corintio contrastaban con la “serena inmutabilidad” de algunas bellas esculturas. A pesar de la constante dicotomía, Virginia sintió que en ocasiones Grecia podía ser “un lugar humano e inteligible, hogareño y acogedor, en vez de una espléndida superficie”.

Los hermanos se separaron en el final del viaje, y Thoby regresó a Londres el 21 de octubre. El resto del grupo partió para Constantinopla. Se embarcaron en el *Dalmatia*, de la compañía Lloyd de Austria, y a eso de las cinco de la tarde vieron por última vez Atenas. Virginia se despidió de “la ciudad [que] parecía brillar una vez más con su bellísima y antigua apariencia”. Al día siguiente navegaron cerca de la costa de Asia Menor, y esa noche pasaron por el estrecho de los Dardanelos, delante de Troya. Cuenta Virginia:

“Cuando despertemos a las cinco y media de la mañana quedaremos expuestos de inmediato a todo el esplendor de Constantinopla”. A las seis de la mañana, desde la cubierta del *Dalmatia*, Virginia contempló la ciudad y la catedral de Santa Sofía, donde poco después asistían a un servicio religioso: “Observamos una escena que nos resultaba imposible de entender, y oímos los verdaderos evangelios comentados en una lengua desconocida”. Lo cierto es que Turquía podía resultar más difícil de comprender que Grecia, y Virginia escribía en su diario:

«Contemplamos [a los fieles] como podríamos haber contemplado a criaturas en una jaula, pero la verdad es que esas criaturas no eran ni prisioneros ni seres inferiores a nosotros. Permitían que los observáramos, pero nunca iban a permitir que rezáramos con ellos.»

En los caminos y en los puentes confluía una enorme marea humana, acompañada de caballos y carruajes: lo mismo podía divisarse a un diplomático inglés que a un nativo mientras pregonaba un peregrinaje a la Meca. En cuanto a la Turquía contemporánea, era poco lo que Virginia sabía. “Hace apenas diez años los turcos y los armenios se mataban sin piedad unos a otros en las calles”, señala lacónicamente. Aunque le habían dicho que las mujeres de Constantinopla permanecían lejos de las miradas y ocultas tras sus velos, y que una mujer europea caminando sin velo por la calle podía ser castigada, pudo comprobar que muchas europeas iban solas y sin velos y notó asimismo que, de ser

necesario, algunas mujeres nativas también se lo quitaban.

Durante la segunda parte del viaje, Vanessa cayó enferma una vez más, por lo que todos deseaban volver a Inglaterra. Viajaron en el Expreso de Oriente, y cuando llegaron a Londres, el 1° de noviembre, encontraron a Thoby en su cama, con fiebre; los médicos le diagnosticaron malaria o neumonía. En principio, Virginia, que cuidó a su hermana y a su hermano en Gordon Square, temió más por Vanessa que por Thoby, y junto a Adrian debieron hacerse cargo de la casa y de atender a sus hermanos enfermos. Comenzaron otra vez las visitas de los médicos y los temidos errores de diagnóstico. Para combatir la malaria, medicaban a Thoby con quinina, pero, finalmente, la inquietud de su enfermera y los síntomas que presentaba les hicieron ver que se trataba de fiebre tifoidea.

También Violet había enfermado, y Virginia le escribía todos los días, pero durante un mes le ocultó la gravedad de Thoby: “Comienzo diciendo que mi hermano tiene fiebre tifoidea, mi hermana apendicitis; no te rías”. Hasta fines de año, Virginia le escribió a Violet cartas cariñosas en las que, además de informarle acerca de la evolución de los enfermos, le decía cuánto la extrañaba. Sentía que su corazón latía por ella. “Y dicho esto, me acurruco en mi esterilla, me pongo panza arriba, y dejo que me busques pulgas”.

Bromas aparte, el cuidado de los enfermos era una tarea de tiempo completo: “He estado hablando con enfermeras durante 24 horas”, aseguraba Virginia, que ya no tenía tiempo para escribir y que ni siquiera podía conversar mucho con su hermana sin agotarla. Por fin, Nessa comenzó a recuperarse, pero no pasó lo mismo con Thoby. De no tratarse rápidamente, la fiebre tifoidea puede complicarse con una perforación de intestinos; eso es lo que sucedió, con la consecuente peritonitis, que podía resultar fatal. La operación era difícil y de alto riesgo, pero la situación se presentaba crítica: Thoby sufría de fuertes dolores y episodios de delirio. Aunque se encontraba cada vez más débil, fue operado el 17 de noviembre. Tres días después falleció “en paz y sin dolor”.

El golpe fue tremendo, pero Virginia se encontraba fortalecida y pudo asumir el dolor sin desesperarse. Como Violet seguía muy delicada, le aconsejaron que no le contara lo sucedido. Así pues, durante casi un mes le ocultó la muerte de Thoby. El tono optimista de las cartas que le escribió durante ese período a su amiga le exigía una suerte de desdoblamiento; además de inventar la supuesta recuperación de su hermano, improvisaba diálogos y coqueteos entre él y las

enfermeras. Su hermana Vanessa, apenas dos días después de la muerte de Thoby, y a pesar de que poco antes le había escrito a Clive diciéndole que sería mejor que no se vieran al menos por un año, aceptó, en forma imprevista, contraer matrimonio con él. La inesperada noticia del compromiso sorprendió y sumió a Virginia en una nueva soledad.

Una boda inesperada

Abrumada y sin poder desahogarse con Violet, que estaba convaleciente, Virginia informaba a su amiga sobre el futuro matrimonio y, por otra parte, le seguía ocultando la muerte de Thoby. Su único consuelo era la lectura de las poesías de Christina Rossetti, a la que consideraba la mejor poeta desde Safo. En un clima semejante era difícil encontrar motivos de alegría; aun así, se sintió halagada cuando Fred Maitland le mostró —ya publicada la biografía de Leslie— unas cartas en las que ciertas distinguidas personalidades aseguraban que las páginas que ella había escrito se destacaban por su belleza. Por entonces también Walter Headlam le agradecía unos textos que le había enviado años antes, y Virginia se ilusionaba pensando: “¿Cuántas de mis cartas saldrán así a la luz y darán fruto? Quizás esté incubando sabe Dios qué glorias”.

Pero los elogios apenas disimulaban el dolor que sentía tras la muerte de Thoby; pesar al que la decisión intempestiva de Vanessa le había quitado toda posibilidad de expresión. Contrariada en sus sentimientos, Virginia no llegaba a oponerse ni se atrevía a juzgarla, pero, como había sucedido durante su enfermedad, otra vez las hermanas estaban en posiciones antagónicas. Nessa lucía contenta y atareada con su compromiso; pensaba casarse muy pronto y, ocupada en sus planes, apenas le quedaba tiempo para elaborar el duelo por la muerte de Thoby. Antes de fin de año, los hermanos y Clive decidieron que el matrimonio se mudaría a una casa aparte. Virginia estaba convencida de que sería un error vivir todos juntos e incluso consideraba “peligroso” residir en la misma calle o manzana. Creía, además, que la distancia conveniente eran unos “diez minutos a pie”.

Finalmente, el 18 de diciembre, leyendo en el diario una reseña sobre la biografía de Leslie, Violet se enteró de la muerte de Thoby.

Virginia se disculpó con ella y reconoció que, por temor a que la noticia interfiriera con su recuperación, no se había atrevido a contarle la verdad. También le aseguró que, en esos momentos, su amistad y la presencia de Adrian fueron lo que la alentaron a seguir viviendo. Días después, al enterarse de la repentina muerte de Fred Maitland, Virginia escribía: “La cantidad de dolor que se acumula en uno aumenta a diario”. En ese contexto, la alegría de Vanessa era irritante y difícil de entender, y apenas podía tolerarla. Tampoco le encontraba ningún atractivo a su futuro cuñado, que resultaba una figura extraña si lo comparaba con el tipo de intelectual ascético que había encarnado Leslie o, incluso, con el estilo apolíneo de Thoby, a quien sus amigos llamaban el “*the God*” (el Dios); en un tono confidencial, le escribía a Violet:

«Deseo que toda mi dulzura embellezca la felicidad de Nessa. A veces todo esto me parece extraño e intolerable. Cuando pienso en papá y en Thoby, y luego veo a esa curiosa criaturita cuando contrae su piel rosada y lanza su pequeño espasmo de risa, me pregunto qué extraña rareza tiene Nessa en la vista. Pero eso no lo digo, ni lo diré, excepto a ti.»

Refugiarse en la lectura de Keats —“dioses griegos, y cielos ámbar, y sombras como agua que fluye, y todas sus palabras grandiosas, palpables”—, resultaba un pobre consuelo. Pero contraponer la poetizada figura de Thoby con la de Clive, y preguntarse por qué Vanessa lo había elegido, no era una actitud exclusiva de Virginia. Esa pregunta también se la hacían aquellos que, como Lytton Strachey, habían idealizado a Thoby al punto de preguntarle a Leonard Woolf —tan agnóstico como él mismo— si no pensaba que por el solo hecho de haber producido a quien ellos bautizaron “*the God*”, Dios podría justificar la existencia del mundo. Ser amigo de Thoby había facilitado la inclusión de Clive en Bloomsbury, pero mientras que Lytton lo catalogaba como “un misterio”, Leonard Woolf pensaba que, intelectualmente, Clive estaba “sentado a los pies de Lytton y Thoby”. Por eso, cuando en Ceilán Leonard se enteró del compromiso, le escribió a Lytton: “¿Bell? y ¿Vanessa? Estoy demasiado cansado como para que me importe toda esta parodia”. En julio de 1905, Lytton hizo una descripción de Clive, que explica con claridad lo que él y Leonard opinaban:

«Está la capa de los caballeros rurales, que lo obliga a retirarse a las profundidades de Wiltshire a fin de cazar perdices. Está la capa París decadente, que lo lleva al *quartier latin* donde habla de pintura y depravación con artistas estadounidenses y modelos francesas. Está la capa del siglo XVIII, que adora a Thoby Stephen. Está la capa de inocencia que adora a la hermana de Thoby. Está la capa de la prostitución, que se muestra en una asombrosa cabeza de cabello rizado pajizo. Y luego la capa de la estupidez, que atraviesa todas las otras capas.»

Por su parte, y tal vez con el recuerdo de Stella en mente, ante lo inusual de la felicidad de su hermana, Virginia le escribía a Violet: “Creo que por eso se siente tan feliz; es una especie de economía, porque puede que no dure”. ¿Estaban asociados sus temores a las consecuencias que la unión sexual podía implicar? Cabe recordar que Stella había muerto después de su luna de miel, y embarazada; en su caso, a pesar de las buenas intenciones de todos, del amor de Jack y de los auspicios favorables, la catástrofe se había ensañado con ellos. Lo cierto es que Virginia se despidió de ese año con pensamientos tristes: “El mundo está lleno de bondad y estupidez. Quisiera que todos dejaran de decirme que me case. ¿Es la irrupción de la cruda naturaleza humana? Para mí es repugnante”.

Entre tanto Vanessa optaba por la negación, se refugiaba en el presente y proyectaba hacia el futuro. Y así escribía, casi justificándose:

«Creo de veras que Thoby no desperdició su vida. Fue tan feliz, espléndidamente feliz, en especial en estos dos últimos años, con todo por delante, además de las mejores perspectivas y la posibilidad de ver constantemente a todas las personas que más quería, que la tristeza parece egoísta y fuera de lugar, más que con la mayoría de la gente. Pero sin embargo siento que no puedo comprender nada, excepto el hecho de que soy más feliz que nunca, y que cada día lo soy más.»

Para ser alguien que se consideraba a sí misma “iletrada”, Vanessa hace un excelente juego de palabras en la que señala que “sería egoísta” entristecerse, evadiendo la cuestión de lo egoísta que podía parecer su felicidad a los ojos de sus otros hermanos, en duelo por la muerte de Thoby. A Virginia le costaba aceptar la alegría de Nessa, y aunque no quería mostrarse egoísta u opacarla, tampoco era fácil recibir las cartas

en las que su hermana se refería a lo feliz que estaba con su noviazgo y en las que también solicitaba una suerte de apoyo:

«Me pregunto si otras parejas comprometidas se ven como nosotros nos vemos [...]. A veces me pongo morbosa y pienso que debo de estar aburriéndolo o que todo esto es demasiado hermoso para ser verdad, y que alguna horrible catástrofe va a suceder, pero después de todo supongo que es verdad, ¿no? ¿Qué opina tu mente filosófica, Billy?...»

Se podría decir que, al casarse con uno de los amigos de Thoby, Vanessa lograba no perder del todo a su hermano, y es posible que de manera inconsciente esa fuera una forma de fidelidad a su fantasma. De todas maneras, casarse con un amigo de Thoby puede entenderse como una suerte de endogamia que tampoco Virginia pudo evitar. En esos momentos, lejos de compartir el ánimo festivo de Vanessa, Virginia se volcó aún más hacia Violet y también descubrió que podía encontrar consuelo en la amistad con Katherine Furse, quien había quedado viuda y cuya valentía, pensaba, era mejor que el genio e incluso que la virtud. El caso es que esa Navidad Virginia debió recurrir a una dosis extra de valor; apenas había transcurrido un mes después de la muerte de Thoby cuando acompañó a Nessa a la “rica e iletrada casa” de la familia Bell, la Cleeve House en Wiltshire, “una mole victoriana que quería hacerse pasar por mansión señorial jacobina. Aspira al *grandeur* pero solo logra parecer pequeña”.

La casa, construida en 1857, fue refaccionada en 1897 cuando el padre de Clive “rodeó el edificio original con agregados pseudogóticos y jacobinos, persiguiendo un intencionado eclecticismo que definía toda la decoración”. Después de conocerlo, Virginia concluyó que el padre de Clive era un caballero rural alegre y amable, aunque sospechaba que *no* había cursado estudios superiores. En cuanto a la madre, la describió como “una mujer con cara de conejo, flaca y encorvada, con mechones canosos, delicadas arrugas en el rostro y ojos azules ansiosos y abstraídos”. Durante una comida familiar, cuando las hermanas de Clive se presentaron a la cena, siguiendo el estilo rural que las caracterizaba, vestidas en satén celeste con lazos en el pelo, los Stephen no se sintieron cohibidos, e incluso Virginia se perdió en vagos y fantásticos monólogos. Pero tras el clima cordial, empezaron a manifestarse los sentimientos de extrañeza. Sentía que se encontraba entre desconocidos, en una casa llena de animales, algunos disecados, otros vivos, y por cierto donde los animales eran el principal tema de conversación de

aquella gente. Para Virginia, “la nota que caracterizaba la casa entera” era “un tintero hecho de la pezuña de un caballo de caza favorito”. En un momento, y víctima de un arranque temperamental, salió huyendo del lugar; regresó poco después, resuelta a comportarse de manera ejemplar y, finalmente, reconoció que Clive era una persona interesante y que Nessa parecía muy feliz y “más ella misma que antes”. De hecho, el cambio de Vanessa era radical; el noviazgo y las perspectivas de matrimonio operaron una transformación que Virginia no podía menos que admirar:

«Llevaba un paño de gasa, rojo como la sangre, aleteándole sobre los hombros, una bufanda morada, un gorro de cazador, una falda de tweed y grandes botas marrones. Y entonces el cabello le cayó sobre la frente, y estaba bronceada, radiante y vigorosa como un joven dios.»

Aunque creía que le faltaba inspiración, por fin Virginia debió reconocer la sensibilidad artística de Clive y optó por aceptar que él y su hermana hacían una buena pareja. A fin de cuentas, escribía: “La querida Nessa no es ningún genio, aunque tiene todas las dotes humanas; y el genio es un simple accidente”.

CAPÍTULO X - 1907

El casamiento de Nessa

VANESSA reconocía que, al vivir con sus hermanos en Bloomsbury, la vida que llevaba tenía “todas las alegrías y ninguna de las molestias de la vida de casada”, pero la muerte de Thoby la precipitó en la decisión de casarse. Según contó, la proposición matrimonial de Clive la había tomado por sorpresa; nunca había sospechado de sus sentimientos ni los había alentado, dando por sentado que Clive la consideraba “estúpida y muy inculta” y que solo era amable con ella en consideración al resto de la familia. Pero a principios de 1907, el casamiento era un hecho que amenazaba con cambiar radicalmente la relación de las hermanas. Virginia escribía al respecto: “No vi a Nessa a solas, pero me doy cuenta de que todo aquello terminó, y nunca más la veré a solas; y Clive es una nueva parte de ella, que tengo que aprender a aceptar”. Al mismo tiempo que el matrimonio de Vanessa amenazaba el estilo de vida de los hermanos Stephen en el 46 de Gordon Square, amigos y parientes daban a entender que también Virginia debería casarse, pero ella le escribía a Violet:

«Si tú o Kitty vuelven a hablar de mi matrimonio otra vez, voy a escribirles un sermón de tal envergadura acerca de los pecados carnales, que las hará caer en brazos de la otra; pero ya no podrán acercarse a mí nunca más. Desde que Thoby murió, muchas mujeres han hecho alusiones a esto, hasta tal punto que ¡casi podría llegar a ponerme en contra de mi propio sexo!»

El anuncio del casamiento de Nessa tomó por sorpresa a muchos, y

hubo reacciones y comentarios escandalizados. El mismo Henry James escribió en una carta lo que pensaba de semejante unión:

«No obstante, supongo que sabe lo que hace, y parecía muy feliz, ansiosa y escandalosamente enamorada (en esa casa de tantas muertes, ¡ay Dios!). Le regalé una caja de plata antigua (“para horquillas”), y me contó que le obsequiaste “un juego de té florentino muy bello”. Era evidente que estaba muy contenta con este último, pero me estremecí y apreté los dientes cuando me lo dijo. Ella y Clive van a quedarse con la casa de Bloomsbury, y Virginia y Adrian tendrán que buscarse un piso en cualquier otra parte. A propósito, Virginia se ha convertido en una mujer muy elegante, encantadora y casi “distinguidamente” hermosa. Me agradó estar con ellos, pero todo era tan extraño y terrible (con la *ávidafuturidad* de la juventud), y lo único que podía ver con claridad era a los *fantasmas*, incluso a Thoby y Stella, para no mencionar al querido Leslie y la bella, pálida y trágica Julia, a los que estos jóvenes daban la espalda, alegremente y con toda naturalidad.»

Aunque Virginia compartía el sentimiento de extrañeza del amigo de su padre, permanecía fiel a su hermana y se mostraba ante el mundo como aliada incondicional de Nessa; exaltaba su personalidad y encanto con reverencia, le declaraba su cariño y, el día antes del casamiento, retomando los apodos de animales que habían utilizado desde la infancia, le escribía:

«Nosotros, los abajo firmantes, tres Monos y un Wombat,^[118] deseamos hacerle saber nuestro gran dolor y alegría ante la noticia de que tiene intenciones de casarse. Oímos que ha encontrado un nuevo Mono Rojo [Clive Bell] de una especie no conocida hasta ahora, que es mejor que todos los demás monos porque puede tanto hablar como casarse con usted, de lo cual quedamos excluidos.

[...] Nosotros hemos sido sus humildes Bestias desde que dejamos por vez primera nuestras Islas, lo cual fue antes de lo que podemos recordar, y durante todo este tiempo la hemos cortejado y le hemos cantado muchas canciones de invierno, de verano y de otoño con la esperanza de así hechizarla y hacer que condescendiera un día a casarse con nosotros. Pero como ya no esperamos este honor, le imploramos que siga teniéndonos por amantes, en caso de necesitar un semejante, y en calidad de tales le prometemos resignarnos y contentarnos con

adorarla ahora igual que antes.»

Lejos de la solemnidad y de lo discursivo, Virginia tiende un lazo de afecto incondicional hacia su hermana, e incluyendo a Clive en el juego de apodos, consiente en incorporar al “Mono Rojo” como un integrante más de la tribu. En tanto, aunque a George Duckworth se lo exiliaba del terreno de los afectos, Vanessa recurrió a él para que concretara los arreglos matrimoniales con el padre de Clive, en los que se logró un compromiso financiero que beneficiaría a Vanessa y a sus posibles hijos. También se acordó que Clive recibiría de su padre 20.000 libras, con la condición de que, en caso de que él muriera, Vanessa percibiría los intereses.

El día anterior a la boda Virginia reconocía, refiriéndose a su hermana: “Odio que se vaya”, pero intentaba mantener la calma y no mostrar esos sentimientos. Finalmente, el matrimonio se celebró el 7 de febrero, en el Registro Civil de St. Pancras. Fue una ceremonia íntima y algo “accidentada”, a la que no asistieron ni primos ni tíos. Para que condujera a la novia a destino, George envió el coche de la familia de su esposa, adornado con las armas de la familia Carnarvon, pero el cochero, acostumbrado a recorrer barrios más elegantes de la ciudad, no conocía el camino, se perdió, y Vanessa llegó tarde a su boda. Debido al retraso, la pareja perdió el tren que la llevaría a su luna de miel en Manorbier. Mientras esperaba el siguiente, en la estación de Paddington, Vanessa “pasó la primera hora de su matrimonio escribiéndole a la hermana a la cual acababa de dejar”.

Pretendientes para Virginia

Luego de la boda, entumecida y como atontada, Virginia parecía incapaz de dedicarse a su trabajo. Su hermano Adrian se mostraba muy cariñoso y eso le daba ánimos para proyectar un alegre hogar para ambos, pero los dos se sentían abandonados. Virginia encontraba “terrible que él no tuviera hermano” y se consolaba a sí misma pensando que, a pesar del matrimonio, no había perdido a Vanessa para siempre. En los días posteriores a la boda, y mientras intercalaba unas cortas estancias en casa de su tía Nun en Cambridge y en la de Violet en Welwyn, Virginia se dedicó a elegir su nueva casa. Le pareció que la

que más les convenía era una situada en la calle Fitzroy Square, donde habían vivido Bernard Shaw y su madre. Adrian coincidió con ella, y lo mismo opinó Sophie Farrell, la cocinera de la familia, que consideraba que Virginia era tan atolondrada que decidió acompañarla en su nuevo hogar, ya que en cuanto a la comida, decía, “nunca sabe lo que tiene delante”.

Otra vez, la cuestión de la mudanza atrajo la atención de parientes y amigos. Beatrice Thynne, “llena de sobreentendidos”, rondaba a Virginia y explícitamente le pidió que no alquilara casa en ese vecindario. Tampoco Violet estaba convencida de que fuera una decisión acertada. Pero después de buscar alojamiento durante un mes, Virginia no quiso saber nada con la idea de comenzar de nuevo; y como reconocía que no quería vivir en una casa que tuviera “mala fama”, intentaba encontrar razones que dieran cuenta de la respetabilidad del barrio. En ese sentido, el hecho de que Bernard Shaw[119] hubiese habitado la que iban a alquilar podía servirles de justificación, pero Virginia fue más allá, pidió un informe a la policía, y como este resultó tranquilizador, dio por zanjado el asunto. Mientras se organizaba el traslado a Fitzroy Square, ella y Adrian durmieron un par de noches en casa de Violet Dickinson.

Con casa nueva y esta vez a su cargo, Virginia inició una nueva etapa. Durante el tiempo en que vivió con su hermana, no había demostrado ningún interés por el matrimonio, y en sus cartas solo hay algunas referencias a sus relaciones con hombres ajenos a la familia, pero de pronto comenzaron a aparecer los pretendientes. Estando Vanessa de luna de miel, y convertida en anfitriona del hogar que compartía con Adrian, tuvo ocasión de recibir a Walter Headlam y Lytton Strachey para tomar el té; reacia a verse a sí misma como una señorita victoriana, se sintió inadecuada sin la presencia de su hermana; y como en una suerte de desdoblamiento se observó a sí misma sirviendo el té y tratando de hablar “como una lady”. Con todo, no tardó en descubrir que era su intelecto, y no cómo sirviera o dejara de servir el té, lo que seducía a algunos hombres.

Consciente de que, a diferencia de las “cartas casi incomprensibles” que recibía de Nessa, ella escribía otras que deleitaban tanto a su hermana como a su cuñado, no tardó en comprender que ese sería el lazo que las mantendría unidas a pesar de la distancia. En esta etapa, el intercambio epistolar entre ellos era casi diario, los recién casados no querían prescindir de sus escritos ya que los divertían y a la vez halagaban la vanidad de ambos. Sobre todo, cuando Virginia le escribía

a Clive:

«[El nombre Vanessa] contiene toda la belleza del cielo, la melancolía del mar y la risa de los delfines en su circunferencia, primero en el místico Van desparramado como en un espejo de cristal gris hacia el Paraíso. Luego, en la sibilante cola de sus sucesivas eses, y finalmente en la pausa grave y en la suspensión de la última A, respirando paz como la respiración de la Tierra misma.»

En cuanto a la propia Vanessa, decía la misma carta: “¿Acaso no son todas las Artes sus tributarios, todas las ciencias sus continentes y el mismo globo, una bola pintada entre sus brazos?”. Y finalmente, dirigiéndose a su cuñado, agregaba: “Pero tú moras en el Templo, y yo, desde afuera, soy la adoratriz”

Por entonces, tal vez por no ser menos que su hermana, Virginia tuvo un “flirteo” con un antiguo amigo de la familia. Se trataba de Walter Headlam, reconocido helenista y poeta bastante mayor que ella que había sido uno de los jóvenes protegidos de Julia. Desde entonces, se sabía que Headlam tenía un lado siniestro. Una noche en que Julia y Headlam volvieron tarde a la casa, Stella percibió que parecían cansados y de mal humor, y escribió en su diario: “Maldito Mr. Headlam. ¿Qué *ha* sucedido?”. Y en otra oportunidad: “Mr. Headlam se fue a las diez y media. No puedo pensar en él sin sentir un escalofrío y, sin embargo, merece toda nuestra compasión. Es terrible”. Según parece, tanto Vanessa como Violet compartían sus reservas respecto a Headlam, pero en diciembre de 1906 Virginia le envió sus manuscritos con la esperanza de recibir “una crítica sobria”. Por su parte, Headlam le comentó que, en agradecimiento a “tres páginas de la mejor crítica”, pensaba dedicarle su traducción de *Agamenón*. Virginia se sentía reconocida y no es aventurado decir que esos halagos contribuyeron a acercarla a él. La amistad siguió su curso, y a fines de marzo de 1907 Virginia le contó a Violet que ella y Headlam habían sostenido “una entrevista seria”, en la que él señaló “que se sentía muy triste por el hecho” de que ella no se hubiera casado. De todas maneras, Quentin Bell, el sobrino de Virginia, subrayó que ni Violet ni Vanessa apoyaban la relación con Headlam, ya que se sospechaba que “su verdadera pasión en la vida [...] eran las niñas pequeñas”.

El trato con Headlam se basaba en la necesidad que tenía Virginia de comentar sus escritos y de poner a prueba su inteligencia; no había intereses adicionales en el vínculo y, cuando Vanessa volvió de su luna de miel, no dudó en viajar con los Bell y en ningún momento pareció

lamentar la distancia que los separaba. Así pues, el 28 de marzo, Virginia y Adrian partieron a París con Clive y Vanessa Bell. Aunque para mantener la privacidad optaron por alojarse en distintos hoteles, Virginia percibió claramente el despliegue sensual de Vanessa; pese a sus temores, comprobó que seguían compartiendo un espacio de intimidad y reconoció: “No puedo creer que Nessa no naciera casada, porque parece algo muy natural y apropiado en ella”. De hecho, percibía un componente intensamente provocativo en el despertar sensual de su hermana y lo relacionaba con su vida matrimonial, lo que la llevaba a observar el proceso con atención. Pero no era suficiente, y aunque disfrutaba del viaje, de la compañía e incluso de las cenas con Clive y Vanessa en “alguna excéntrica taberna de Montmartre”, comenzó a extrañar su hogar y su trabajo, como solía suceder cada vez que se alejaba de Inglaterra.

Finalmente, de regreso en Londres, el 10 de abril Virginia y Adrian se instalaron en su nueva casa de Fitzroy Square. Días después, refiriéndose a esta nueva etapa de su relación con Nessa, Virginia le escribía a Violet: “Es muy evidente, hasta para el ojo más prejuicioso, que Dios la hizo para el matrimonio; y ella se asolea allí como una vieja foca sobre un peñasco”.

Por entonces, Virginia no parecía dispuesta a casarse, y la relación con Headlam no daba la impresión de ser muy sólida. Durante su estadía en París, él le había escrito tres cartas, en la última de las cuales declaraba que la amaba “como a una hermana”.

Después, durante un encuentro en Cambridge, se mostró quisquilloso e irritable y acusó a Virginia de “voluble, fría y traicionera”. Es probable que ninguno de los dos se sintiera demasiado afectado por el hecho de que la relación no prosperara. Mientras tanto, en Fitzroy Square, aun sin la presencia organizadora de Vanessa, la vida social de Virginia y Adrian era activa y variada, y aunque incluía a los viejos conocidos, se hacían cada vez más evidente sus preferencias por nuevas amistades, como la de Francis Dodd, un joven pintor y grabador que expresó su deseo de retratarla, por lo que tiempo después Virginia comenzó a posar para él. Por su parte, y con el apoyo de Clive, Vanessa decidió dejar en el pasado a sus antiguas relaciones, con las que llegaba a mostrarse abiertamente hostil. Más conservadora, Virginia asumía un tono conciliador e incluso trataba de calmar a los parientes ofendidos que, como George, se quejaban de la distancia que Vanessa imponía. Deslumbrada por la independencia de la que hacía gala, Virginia describía a su hermana “como una niña derrochadora, que deshoja

flores, siempre bella como una diosa”.

La transformación de Vanessa Lo cierto es que Nessa y Clive no tenían reparos en mostrarse descorteses y era evidente que, en su nueva vida, los hermanos Duckworth no encajaban. Apegada al pasado, Virginia no se daba cuenta de que esas relaciones no tenían futuro. “Cuál es mi lugar entre todos ellos, no lo sé”, se preguntaba. Seguir en contacto con los viejos amigos y lo que podríamos llamar la “antigua” familia era como intentar que los muertos queridos no se fueran del todo. Pero el presente era más fuerte, y aunque en agosto Virginia le escribía a Violet diciendo que el dolor por la muerte de Thoby seguía siendo el mismo, contagiada por el entusiasmo vital de Nessa, aseguraba: “Sin embargo, mi gran religión es ser feliz”.

Así pues, desde los primeros momentos los hermanos Stephen y el matrimonio Bell formaron una suerte de grupo privado, y a nadie extrañó que decidieran pasar juntos las vacaciones de verano en Sussex. Allí Virginia se encontró con Henry James:

«Hoy tomamos el té con Henry James, y con el señor y la señora [George] Prothero, en el club de golf; y Henry James me clavó la mirada con sus ojos inexpresivos —como las canicas de los niños— y me dijo: ‘Mi querida Virginia, me dicen... me dicen... me dicen... que usted... de hecho, siendo la hija de su padre; no, más bien, la nieta de su abuelo... la descendiente ni más ni menos que de un siglo... de un siglo... de plumas y tint... tint... tinteros, sí, sí, sí, me dicen... ahm m m... que usted, que usted, en suma, que usted *escribe*’ Y así siguió en la calle, mientras todos esperábamos, como los campesinos esperan a que la gallina ponga el huevo —¿lo hacen?—, nerviosos, corteses, ora sobre un pie ora sobre el otro. Me sentí como una persona condenada a ver el cuchillo caer y clavarse y volver a caer. Nunca ninguna mujer odió tanto “escribir” como yo. Pero cuando sea vieja y famosa haré disertaciones como Henry James.»

Aun cuando Virginia admiraba al consagrado escritor, también podía hacer comentarios críticos: “Estoy leyendo los escritos de Henry James sobre América y me siento como alguien embalsamado en un bloque de ámbar suave y pulido: no es desagradable, muy calmo, igual a la costa en el crepúsculo, pero no es la obra de un genio: no, debería ser una corriente fluida”. Por su parte, como no estaba de acuerdo con las elecciones de las hermanas, Henry James optó por alejarse y perdió contacto con las hijas de su amigo. Sin embargo, seguiría preguntando por Virginia y por Vanessa, a las que aseguraba no poder visitar porque

le desagradaba la presencia de “aquella imagen insignificante” —como llamaba a Clive— e incluso instaba a sus amigos a que transmitieran su afecto y las razones de su alejamiento: “Dile a Virginia, dile, cuánto lamento que cosas inevitables de la vida hayan hecho posible, aunque sea por un instante, que yo permitiera que un hijo de su padre se deslizara fuera del alcance de mi vista”.

En cuanto a Virginia, a pesar de sus esfuerzos, los cambios no eran fáciles de aceptar. Cuando se enteró de que Vanessa estaba embarazada, debió asumir una nueva realidad y, luego de encontrarse con ella, escribió que había visto “a quien llamamos Nessa; pero eso significa marido y bebé, y de hermana queda menos de lo que solía haber”. También era motivo de conflicto su propio futuro y pensaba qué sería de ella: “Me sentiré desdichada o feliz; una criatura sentimental y parlanchina, o una escritora de un tipo de inglés que algún día quemará las páginas”. Al mismo tiempo, la intensidad de sus sentimientos y el deseo de estar con su hermana la llevaban a una observación atenta que concluía con la certeza de que Nessa tenía un poder especial: “Estar con ella es como sentarse bajo el sol de otoño; ¡pero entonces está Clive! [...] todos somos como la madera verde o seca, arrojados a sus llamas; y no le importa demasiado a ese prodigio con qué se alimenta: ‘transmuta’”.

La plenitud de Vanessa y la conciencia de que estaba hecha para el matrimonio y la sensualidad llevaban a Virginia a preguntarse por su propio destino y a compararse con su hermana:

«En estos últimos quince días, estuve conversando con unos muchachos —Lamb y Sidney Turner—, pero se muestran tan poco interesados que ya veo que pasaré el resto de mis días como una solterona, una Tía, una autora. S. T. está ahora en el piso de abajo con Adrian, resolviendo un problema de ajedrez, o tocando distraídamente su propia ópera en el piano. Pues son capaces de escribir música, así como latín y griego y todo lo demás. [Lytton] Strachey está con Nessa y Clive.»

Hacía tiempo que Virginia analizaba la compatibilidad entre el matrimonio, la maternidad y la escritura. Planteó la cuestión ese año en uno de sus ensayos, donde se refirió a las escritoras que habían decidido que “el don de la poesía no es compatible con las tareas de esposa y madre”, alegando que debía reconsiderarse esta posición ya que “la

mente prosaica puede verse tentada a afirmar que el mundo podría ser, quizá, considerablemente peor si los grandes escritores hubieran cambiado sus libros por niños de carne y hueso”. Inserta en ese dilema, Virginia escribió uno de sus primeros relatos, “El diario de Joan Martyn”, donde la narradora, una mujer dedicada a rastrear documentos históricos, tropieza con el descubrimiento de los diarios de una joven del siglo XV que ante la perspectiva de contraer matrimonio escribía:

«¡Qué bendición sería no casarse nunca, no envejecer! ¡Pasar la vida, inocente y despreocupada, entre los árboles y los ríos, los únicos que pueden mantenerla a una pura e ingenua en medio de las preocupaciones del mundo! El matrimonio o cualquier otra gran dicha confundirían esa clara visión que aún es mía. “No, nunca te dejaré..., por un marido o un amante”.»

Las preocupaciones de su personaje no le eran ajenas, y en septiembre, de vacaciones, mientras contemplaba a Nessa “más feliz y serena que nunca”, Virginia se dedicaba a su escritura, pero también pensaba: “Me pregunto si alguna vez engendraré un niño”. Se sentía solitaria, pero también “fértil como una tetera”, y es probable que durante esa temporada en Playden, en el norte de Rye, además de describir la zona en su diario, comenzara a escribir “Recuerdos”, el texto autobiográfico que dedicaría a su primer sobrino. En esa época Violet también recibió un homenaje a su amistad en la forma de un texto titulado *Friendship 's Gallery*, que podría considerarse un antecedente de *Orlando* —libro también dedicado a una amiga—, donde Virginia reunió con humor anécdotas y descripciones de las aristocráticas amigas de Violet, en páginas escritas con tinta violeta y encuadernadas en el mismo color.

Informes de una educadora

Durante el embarazo de Nessa, Virginia se dedicó a escribir. Además de los homenajes a Violet y a su sobrino por nacer, siguió con sus artículos periodísticos y es probable que a fines de año ya estuviera pensando en su primera novela: “Confieso que ahora, mi cerebro [...] flota en aire

azul, donde hay nubes circundantes, tenues rayos de sol de oro elástico y gasas mágicas y sutiles —cosas que no se pueden cortar — que hay que incluir con ternura, y expresar en un globo lleno de palabras exquisitamente coloreadas. Al más mínimo pinchazo de acero, desaparecen”.

Con el ánimo dispuesto a sutiles entonaciones y armonías, visitó Oxford, donde su primo era decano, pero la cortante atmósfera académica reforzó su idea de lo pernicioso que resultaba ese tipo de educación en los varones. Tiempo después, y convencida de que se trataba de un sistema nefasto, escribió:

«La mayoría de nuestros parientes varones eran expertos en ese juego. Conocían las reglas y les atribuían una enorme importancia a los que ganaban el juego. Mi padre, por ejemplo, les daba un valor extraordinario a las libretas de notas, a los exámenes finales y a las becas. Los varones Fisher pasaban las pruebas a la perfección. Ganaban todos los premios y todos los honores. El otro día nomás, en cuanto terminé de leer la autobiografía de Herbert Fisher, me preguntaba qué hubiera sido de Herbert sin Winchester, el New College y el gabinete. ¿Cuál habría sido su imagen si la gran máquina patriarcal no lo hubiese marcado y moldeado? Todos y cada uno de nuestros parientes varones entraban a la fuerza en esa máquina a la edad de diez años y salían a los sesenta como directores de escuela, almirantes, ministros de gobierno, o como rectores de alguna universidad. Es tan imposible pensar en ellos como seres humanos comunes y corrientes como lo es pensar en un caballo de tiro galopando libre por la pampa [sic], con las crines al viento y sin aperos ni herrajes.»

La cuestión es que su experiencia como educadora en el Morley College la puso en contacto con un mundo muy diferente del de Oxford y Cambridge. En ese mundo había sudor, trabajo duro y muy pocos honores. En “Informe sobre las clases en Morley College”, Virginia describió a cuatro obreras que asistían a su curso de Historia. Una tal Mrs. Williams —que había descrito, al principio, como la menos interesante de la clase— la llevó a reconsiderar su opinión. Después de “presionarla” para “que se mostrara a sí misma”, la señora Williams le “contó que era periodista y que estaba empleada en un periódico religioso [...] hacía crítica literaria; en pocas palabras ¡el germen de una dama literaria! Y uno muy curioso. Allí estaba la literatura despojada de todo atractivo del arte: esa mujer manejaba las palabras como otros manipulan los frascos de enjuague bucal”. Esa muchacha,

escribió Virginia, “era una máquina de escribir para que un editor la pusiera a trabajar [...] para escribir esa reseña no era necesario leer el libro”. Gracias a ella, finalmente comprobó que sus alumnas eran inteligentes, “mucho más de lo que hubiera esperado, aunque poco cultivadas”. Estaba convencida de que no sería difícil educarlas porque “poseen tentáculos que desde la mente se prolongan con languidez en una búsqueda vaga de la sustancia, y que son fácilmente orientados por una mano guía hacia lo que realmente pueden llegar a comprender”.

En su caso, el destino había operado conduciéndola hacia objetivos netamente diferenciados de los de su núcleo de origen. A fines de 1907, las hermanas Stephen formaban parte del Friday Club y de las Veladas de los Jueves que, después de la muerte de Thoby, continuaban en casa de Virginia y Adrian. Los miembros de estos grupos eran más o menos intercambiables, y las casas de Gordon y de Fitzroy Square terminaron por conformar las sedes de lo que se llamó el Grupo de Bloomsbury. En ese contexto, el 27 de diciembre de 1907 se inauguró en Gordon Square una serie de lecturas de obras teatrales, la Play Reading Society. Esta sociedad contaba formalmente con un libro de actas, en el que figuraban los miembros del reparto, los comentarios sobre las obras y donde calificaba la actuación de los protagonistas. El día de la inauguración tuvo lugar la lectura de *The Relapse*, obra de John Vanbrugh, cuya “divertida obscenidad, ingenio burlón y anticlericalismo” encajaban perfectamente con el espíritu del grupo de amigos en el que Vanessa y Virginia encontraban comprensión y afecto, grupo que, por otra parte, lideraban. Era un panorama alentador en el que podían desarrollar sus aptitudes, ya que, a pesar de que los varones ostentaban los títulos y galones propios de su educación preferencial, todos reconocían el talento de las hermanas y las incluían en algunas de sus experiencias. Y allí quedó registrado que, como actriz, Virginia podía salir airoso y resultaba creíble en algunos papeles, aunque no en otros. Los lectores representaron a los isabelinos, a Milton, a Shakespeare y también a Ibsen. Pero muy pronto a algunos miembros del grupo no les pareció suficiente la lectura de dramas amorosos y cayeron en la tentación de protagonizarlos.

CAPÍTULO XI - 1908

Amas de casa bohemias

ESE año comenzó lo que Virginia llamó el Segundo Capítulo de Bloomsbury. Ella y Adrian pronto manifestaron sus diferencias; no hacían más que irritarse mutuamente o caer en estados “de profunda melancolía”. Por otra parte, aunque las Veladas de los Jueves continuaban, “siempre eran tensas y a menudo terminaban en fracasos catastróficos”. En ocasiones, y aun frente a testigos, los hermanos se lanzaban bolitas de manteca “como misiles cuando fallaban otros argumentos, de modo que las paredes estaban salpicadas de proyectiles aplastados”. Mientras tanto, Nessa y Clive vivían en armonía en su casa de Gordon Square, logrando que Virginia, que los admiraba, comentara: “Como las grandes damas en un salón francés, cuentan con todos los personajes ingeniosos y con los poetas, y Nessa resplandece entre ellos como una diosa”.

Clive, que tenía gustos artísticos bien definidos, participaba activamente en la decoración de su casa, incluso llegó a esconder “todas las cajas de fósforos porque su azul y amarillo no hacía juego con la combinación de colores predominante”. Además de los regalos de boda, dispuestos a embellecer su hogar, los Bell compraron muebles en París y platería antigua y ropa blanca en Londres. Una gran pintura de Augustus John, *The Childhood of Pyramus*, adornaba las paredes y en conjunto el ambiente de la casa era más lujoso y sofisticado que el de Fitzroy Square. De hecho, si bien el 29 de Fitzroy Square lucía una bella fachada y tenía electricidad, el interior necesitaba reformas. En la vida cada vez más libre de Adrian y Virginia, no faltaban fiestas y discusiones “sobre arte”, pero las antiguas relaciones desaparecían. A

fines de ese año, Virginia debía intuir los peligros que amenazaban su amistad con su vieja amiga, y le escribía a Violet: “¿Vendrás a tomar el té conmigo? ¿Cuándo? No me abandones”.

Como lo venía haciendo Vanessa en su casa, en Fitzroy Square Virginia se hizo cargo de la decoración,^[120] y desde ese momento las hermanas comenzaron a competir en ese aspecto; pero también compartían las mismas dificultades con las empleadas domésticas, de las que dependían por costumbre y debido a las dimensiones de sus casas. No se trataba de un conflicto menor, y Virginia dejó constancia de esta problemática en sus ensayos, donde señaló que mientras la cocinera victoriana vivía recluida en el sótano como un monstruo —“formidable, silenciosa, oscura, inescrutable”—, la cocinera georgiana era “una criatura de luz solar y aire fresco; entraba y salía de la sala de estar, ya sea para pedir prestado el *Daily Herald* o para pedir consejo por un sombrero”.

A principios del siglo XX, los efectos de la cada vez mayor industrialización generaban cambios sociales que impactaban en la vida cotidiana. Pero eso no era todo. De pronto “aquellos viejos y extravagantes retratos” de los amigos de Thoby “eran sometidos a revisión. Se veía con claridad que Walter Lamb, a quien Thoby comparó alguna vez con un muchacho griego tocando la flauta en un viñedo, era más bien calvo, y en realidad, bastante aburrido”. Incluso, escribió Virginia: “Podíamos dudar, cuando se publicó *Euphrosyne*, de la cantidad de poemas del famoso libro que tenían garantizada la inmortalidad tal como afirmaba Thoby. Pero había otra cosa que propiciaba el cambio, a pesar de que yo, al menos, no sabía qué era”. Si bien sus amigos la “atraían mucho más que cualquier otro hombre que hubiera conocido en el mundo de las cenas y los bailes”, se aburría con ellos y se preguntaba: “¿Por qué esos muchachos nos hacían sentir que, francamente, no se podía llegar a nada? La respuesta a todas esas preguntas era, por cierto — como habrán adivinado—, que no había atracción física entre nosotros”. Virginia pronto descubrió que ellos tenían otros intereses:

«Gracias a los libros sabía en teoría mucho más de lo que la vida me había enseñado en la práctica. Sabía que en la Grecia de Platón hubo sodomitas, sospechaba —y era una pregunta que no se le podía hacer a Thoby así como así— que también había sodomitas en el Trinity College del señor Butler, en Cambridge, pero nunca se me ocurrió que hubiera sodomitas, ahora, en la sala de estar de los Stephen.»

Thoby había actuado como celador de la ingenuidad de sus hermanas, y con su muerte se descorría el velo de la censura. Poco quedaba de la apariencia virginal que Virginia lucía en su famoso retrato que la muestra de perfil, en 1902. Su belleza era ahora más libre y sus costumbres, menos convencionales. Aunque tenía algunos pretendientes, no los tomaba muy en serio, y en junio no le afectó demasiado la repentina muerte de Walter Headlam. Otro de sus candidatos era Edward Hilton Young, hijo de un amigo de Leslie, típico ejemplar victoriano que también había escalado montañas, escrito libros y actuado en política. Hilton heredó muchas de las condiciones paternas: fue presidente del sindicato de estudiantes de Cambridge, escribió unos cuantos libros y, finalmente, se dedicó a la política y fue nombrado par. Por un tiempo fue asiduo concurrente a las veladas de Gordon y Fitzroy Square, y las hermanas consideraron que la atracción que él sentía por Virginia podía derivar en una petición de matrimonio. Pero el espíritu bohemio de Bloomsbury no le cuadraba, y aunque en el verano de 1908 Virginia todavía creía que le propondría matrimonio, tanto ella como Vanessa debían saber que lo rechazaría.

En ausencia de un candidato que la entusiasmase, se hizo evidente la influencia de Clive Bell, cuestión que llamaba la atención de amigos; tal fue el caso de Lytton, que al respecto le escribió a Leonard Woolf: “¡Las dos mujeres más hermosas e inteligentes de Inglaterra! Sin duda, Bell tiene suerte”.

Entre tanto, las relaciones familiares mostraban nuevas facetas. El 4 de febrero nació Julian, el primer hijo de Vanessa; un bebé saludable, rubio y de ojos azules. Virginia pudo comprobar que su hermana estaba encantada con él “aunque [era] también muy crítica”. Mientras a Vanessa la absorbía la maternidad, Virginia enfrentaba desafíos en modo alguno desestimables y que abarcaban tres importantes aspectos de su vida. Por un lado, se embarcaba en la escritura de su primera novela, trabajo que la absorbería durante los cinco años siguientes. Por otro, debía considerar la posibilidad de contraer matrimonio. Pero la cuestión más urticante y que dejaría para siempre una huella en los protagonistas fue el triángulo amoroso que se desencadenó a partir de la maternidad de Vanessa.

El impacto de la maternidad

En abril, mientras los Bell pasaban las vacaciones en casa de los padres de Clive, Virginia se dedicaba a su novela. Una noche soñó que le mostraba el manuscrito a Leslie y que él, lanzando una risotada de desprecio, lo arrojaba sobre la mesa. Sola y melancólica, le escribía a Clive: “No te das cuenta de la profundidad de la modestia en que caigo”.

De esa época data el primero de sus escritos autobiográficos que se conservan. Esa era la manera de Virginia de enfrentar el nuevo orden de cosas; la muerte de Thoby había destruido el bloque que los hermanos Stephen formaban, y el casamiento de Vanessa le dio el golpe de gracia. El nacimiento de Julian —a quien Virginia dedicaba un texto que, en realidad, parece dirigido a su hermana— volvía a alterar las cosas. Virginia no podía perder protagonismo en una relación que valoraba por encima de todas, por lo que este escrito puede leerse como un intento de mantener interesada a Vanessa. Sin esforzarse por ocultar sus sentimientos, Virginia incluso le decía a Clive que comprendía que ya nunca podría “recobrar lo que tienes a tu lado en este instante”; además de destacar los atributos de Nessa, se refería a la suerte de Clive: “Pues crees que tu mujer es la más linda de Inglaterra”; y añadía: “Bésala, muy apasionadamente, en todos mis lugares privados —en el cuello, el brazo y el ojo— y dile... ¿hay algo nuevo que contarle?, ¿cuánto cariño siento por su marido?”. Estas cartas indican que queriendo reconquistar a Nessa, a Virginia no se le ocurría nada mejor que halagar a su marido. Pero la situación era ambigua y confusa: por una parte, Vanessa comenzaba a sentirse celosa de la relación de Clive y Virginia y, por otro lado, la alentaba. Exaltaba el genio de su hermana y desde la casa de sus suegros le pedía: “Tendrás que facilitarme obras tuyas mientras esté aquí, [...] ya que el contacto con tu talento me aparta de este ambiente vulgar y apagado y me incita a olfatear el aire y a resollar de placer como si fuera un caballo de guerra”.

Pero Vanessa también sabía que ese talento podía volverse perturbador, y cuando leyó el escrito de Virginia sobre la infancia de ambas, rememoró ese tiempo y escribió: “Me siento sumergida en aquel espantoso submundo de escenas emotivas... Para mí es atroz y antinatural que hayan existido”. Si bien el presente era más feliz, los primeros tiempos de la maternidad no fueron fáciles para ella: por un tiempo debió renunciar a su pintura, no podía dedicarse a su arte según

su deseo y lo veía relegado “bajo el imperio de los mugidos de vaca”. Además la intensa comunicación entre Virginia y Clive ponía en evidencia un conflicto que se avecinaba y, como parte integrante del trío, Vanessa reconocía su inferioridad: “Me siento terriblemente incompetente para escribir cartas y cada vez más al ver la creciente fuerza del exquisito ambiente crítico y literario que tú y Clive destilan, con el genio siempre dispuesto a abalanzarse sobre complicadas frases y ausencias de ritmo”.

Al mismo tiempo, como si tampoco encontrara consuelo en su nuevo rol, se sentía descolocada y pensaba que interpretaba “el papel de la madre orgullosa peor aún que el de la jovencita comprometida”. Mientras tanto, la tendencia a agruparse continuaba y, en abril, los Bell y su bebé, Virginia y Adrian coincidieron unos días en St. Ives. Sobre esos días escribió Virginia:

«Un niño es el mismísimo diablo, y provoca, estoy segura, las peores pasiones, y las más inexplicables, de los padres... y las tías. Cuando hablamos de matrimonio, de amistad o de prosa, Nessa nos interrumpe enseguida, porque ha oído un llanto.»

Lo cierto es que tanto el bebé como su madre respondían a llamados instintivos, y haciendo caso omiso de los grandes temas de conversación, vivían en su propio mundo, lo que desconcertaba a Virginia y a Clive que, acostumbrados a ser protagonistas, no aceptaban que los berridos del bebé interrumpieran sus conversaciones. Convivir con Nessa y su hijo determinó que Virginia reflexionara acerca de su capacidad de ser madre, y así se lo hizo saber a Violet:

«Dudo que alguna vez llegue a tener un hijo. Su voz es demasiado terrible, un grito sin sentido, como un gato negro de mal agüero. Nadie podría querer consolarlo, o pretender que fuese un ser humano. Ahora, gracias a Dios, el bebé duerme con su niñera. De vez en cuando le sonrío a Nessa y tiene una espalda muy linda, pero la cantidad de trabajo que hay que llevar a cabo para poder disfrutarlo es muy desalentadora.»

La maternidad de Nessa puso en evidencia mecanismos de identificación y proyección, que movilizaron a Virginia al punto de que en una oportunidad imaginó cómo sería tener un hijo y llegó a

comprender: “como una revelación, la exacta naturaleza del dolor”. Trasladando esa experiencia a la escritura, su deseo era poder ver su novela desde esa perspectiva, y se esforzaba por “construir un método para imaginar escenas y describirlas”. Uno de los aspectos del conflicto maternidad-vocación resurgió ese mismo año en una carta a Madge Vaughan en la que no solo le preguntaba cómo podía arreglárselas una madre de cuatro niños, sino que agregaba lo que podría considerarse el mayor interrogante que la obsesionaba en esos momentos: “¿Estás escribiendo? Siempre te hago esa pregunta, y tú siempre me contestas que es mejor estar casada”. Era obvio que los modelos vigentes no la ayudaban a encontrar una salida para la fórmula matrimonio-maternidad-profesión, conflicto al que Vanessa estaba expuesta y que ella estudiaba atentamente.

Por entonces, a pesar de sentirse “desertores”, desplazados por el bebé de la intimidad de Nessa, Virginia y Clive daban largos paseos y conversaban acerca de la novela en gestación, a la que por el momento ella llamó *Melymbrosia*^[121] Pero la compañía de su cuñado no impedía que Virginia se sintiera solitaria; sentada sobre una roca, mirando el mar, meditaba acerca de “cómo debería describir el color del Atlántico. Tiene extrañas vibraciones violetas y verdes”. Desde esa soledad, Virginia sintió el mar como “un milagro”; “más compatible conmigo que cualquier ser humano”, especificó.

¿Era la soledad la que la llevaba a arriesgarse en un juego de seducción con nefastas consecuencias? Lo cierto es que esos días en St. Ives debieron de ser perturbadores, ya que a su regreso Clive incursionaba en terrenos íntimos e inquietantes cuando le escribía: “¿Recuerdas nuestra charla sobre la intimidad y los momentos realmente excitantes de la vida? [...] En la cima de Rosewall, no deseé otra cosa en el mundo más que besarte”.

Lo prohibido

Las cartas que los cuñados se enviaban coqueteaban con lo prohibido. Clive señalaba que la presencia de Virginia le resultaba “vívida, extraña y desconcertante”. Finalmente, después de dos semanas en St. Ives, cuando ella tomó el tren de regreso, él corrió a alcanzarle un libro que había olvidado. Como el tren ya estaba en marcha, intentó lanzarlo por

la ventanilla, pero resbaló y se lastimó la rodilla. Este tipo de situación, un remedo de las actitudes caballerescas, dio inicio a una relación complicada que abarcaría los próximos dos años, y que ambos recordarían toda la vida. Según Quentin Bell, su padre no podía dejar de ser galante con las mujeres que le parecían atractivas, y su objetivo en la relación con Virginia era lograr, “ni más ni menos, una deliciosa pequeña infidelidad que terminara en la cama”. De ser así —como es lo más probable viendo *a posteriori* la historia de Clive—, es evidente que Virginia pudo frenar esas aspiraciones. Ya de regreso en Londres le escribía: “Según mi parecer, a pesar de que no nos besamos (yo estaba dispuesta y me ofrecí una vez, pero dejémoslo así), creo que ‘alcanzamos la cima’, como bien dices”.

Si consideraba que un beso significaba alcanzar la cima, resulta evidente que no estaba dispuesta a ir más allá. Había observado la pareja de su hermana y le parecía imposible compararla con otros matrimonios. Vanessa y Clive se presentaban en su imaginario como un par de panteras salvajes, libres y grandiosas. Pero todo giraba en torno a la exclusión y a las comparaciones: “Cuando Nessa anda revoloteando por el mundo y haciendo florecer cada espina, ¿qué lugar queda para mí? Hablando en serio, la naturaleza ha hecho mucho más por ella que por mí”. Por otra parte, pese a que muchas de sus cartas iban dirigidas a Clive, la principal destinataria de su afecto seguía siendo Nessa: “Besa la nariz de Delfín —si no está demasiado húmeda— y dale con brío una palmadita al pony en el hocico. Susúrrale al oído a tu esposa que la quiero. Supongo que va a reñirte por hacerle cosquillas (cuando oiga el mensaje)”.

Muchas eran las pasiones que estaban en juego, y la autoestima de cada uno de los protagonistas del triángulo no era un asunto menor. Tanto Vanessa como Virginia sabían muy bien cuál era su vocación, pero dudaban de su propia valía. En ese sentido y en ambos casos, Clive estimuló el talento de las hermanas; lo hizo primero a través de las largas charlas sobre arte con Vanessa, y lo hacía ahora, cuando comentaba con Virginia los aspectos de su escritura. Ella le escribía acerca de las lagunas en sus frases “unidas a lo largo con conjunciones... verbosidad... y énfasis.”, y como lo respetaba como crítico, compartía el desarrollo de su obra con él: [\[122\]](#)

«Pienso mucho en mi futuro, y ya decidí qué libro voy a escribir... cómo voy a darle nueva forma a la novela y a capturar miles de cosas ahora fugaces, a englobar la totalidad y a moldear infinitas figuras

extrañas.»

El papel que Clive representó durante la escritura de su primera novela fue importante, más aún cuando la compañía de Adrian y de amigos como Saxon no era suficiente. Ellos —escribió Virginia— “me aceptan a pesar de mi baja estima y la consideran atractiva”. Se sentía insegura con respecto a su talento y escritura, y solo Clive parecía comprenderla y apoyarla. Pero otros sentimientos interferían para complicar las cosas, y Virginia le escribía:

«Nessa tiene todo lo que yo desearía tener, y tú, aparte de tus propios encantos y exquisita y fina dulzura (que yo siempre aprecio de alguna manera), la tienes a ella. Así pues, a menudo parezco ser tan solo una errática fuerza exterior, capaz de causar conmociones, pero sin ningún lugar en la vida de ustedes.»

Implicada en un triángulo peligroso, Vanessa intuyó que la fragilidad de Virginia y su demanda permanente eran razones más que suficientes para que contrajera matrimonio. También Virginia consideraba esa opción y lamentaba que a los veintiséis años aún no hubiera recibido ninguna propuesta matrimonial, lo que al menos le habría permitido aceptar “la virginidad con más compostura de la que soy capaz, cuando mi femineidad está en tela de juicio”.

En agosto y mientras los Bell estaban en Cleeve House y Adrian en Bayreuth con Saxon, Virginia fue sola a Wells. Llegó acompañada por sus dos perros, Hans —famoso por apagar los fósforos con las patas o vomitar en la sala— y Gurth, sus compañeros de paseos durante esas semanas. Se alojó en Vicar’s Close, pero pronto admitió que no se sentía a gusto; la dueña, Mrs. Wall, insistió en que Virginia conociese a un joven que estaba a punto de ordenarse; los dos se mostraron tímidos y el diálogo fue dificultoso, casi un fracaso. Muy diferente y fluida seguía siendo la correspondencia que mantenía con Nessa y Clive. Aunque decía que disfrutaba del aislamiento e incluso pensaba que era propicio para escribir, había algo en la soledad de Virginia que no dejaba de ser preocupante. Estaba inquieta y dispuesta en todo momento a detectar las desventajas de su alojamiento; además, extrañaba la cotidianidad con su hermana y le preguntaba a su cuñado si hablaban de ella durante sus paseos. Lo cierto es que si bien Virginia seducía a Clive, caía rendida a los pies de Nessa. Las cartas entre ellas parecen las de dos

enamoradas. Virginia le proponía: “En esta época deberíamos estar paseando juntas”; también la tentaba con una “maravillosa caminata crepuscular”, seguida de una conversación íntima en la que dirían lo que “verdaderamente” pensaban. Además, señalaba que a través de las cartas a Vanessa, podría encontrar su camino como escritora:

«Eso es porque me dijiste que te escribo cartas descuidadas. Pero la verdad es que somos demasiado íntimas como para escribirnos cartas. El estilo se disuelve como si estuviera en un horno; salen a flote toda la sangre y los huesos. Ahora, para escribir bien debería haber un perfecto equilibrio, y creo [...] que si alguna vez encuentro una forma que te guste, podré realizar parte de mi mejor obra. Tal como están las cosas, o soy demasiado formal o demasiado ansiosa. ¡Ahí tiene, Señora!»

El matrimonio y la maternidad de Nessa determinaban una nueva organización de los afectos, que también se reflejaba en su escritura, ya que Virginia contaba con las sugerencias y lecturas de Clive y además le pedía a su hermana que colaborara eligiendo el nombre de la protagonista de su novela. Asimismo le contaba los progresos de la obra en construcción: “Leí dos páginas, y me parecieron buenas. Ya no me entusiasmo demasiado; creo más bien que las mejores novelas se sedimentan poco a poco, cuidadosamente, y al final, quizá vivan en todas sus partes”.

Hermanas apasionadas

Esa primavera, mientras Virginia terminaba el primer borrador de su novela, Vanessa hizo amistad con una mujer un poco mayor y que, no lo sabía, había iniciado sexualmente a Clive.^[123] En la más absoluta inocencia, Vanessa escuchaba a la experimentada mujer que la iniciaba en la vida de casada y le comentaba a Virginia:

«Mrs. R. H. es realmente entretenida y de lo más audaz conversando. Eso es hablar con libertad. No se detiene ante nada. Diferentes métodos de evitar niños y los placeres de la vida matrimonial se discutieron libremente, cambiamos impresiones ella, Mrs. Armour y yo, y me entretuve bastante, como te

imaginarás. También veo que puedo obtener valiosos consejos de Mrs. Raven-Hill en cuanto a los mejores métodos para controlar la familia.»

El matrimonio había tenido un efecto liberador en Vanessa, quien descubrió una soltura sin precedentes en el lenguaje, en los temas sobre los que podía conversar y en el comportamiento. Así, durante ese verano y después de leer con sumo placer unos “poemas indecentes” de Lytton Strachey, sorprendía a sus amigos, quienes manifestaban: “Los sabe de memoria, y ha mecanografiado copias para Virginia y los demás”. Bajo la tutoría de Thoby todavía se imponían las convenciones victorianas que habían regido su educación, y apenas un año antes, para las hermanas, Lytton era Mr. Strachey. Todo eso cambió radicalmente. Según la biógrafa de Vanessa, fue ella y no Virginia quien “tomó la delantera”, liberando el lenguaje de convencionalismos. Lo cierto es que las hermanas se potenciaban una a otra. Desde Escocia, rodeada de sus parientes políticos, Vanessa añoraba la presencia de Virginia:

«Aquí hay una atmósfera masculina reconcentrada. ¡Cómo la odiarías! Si tan solo estuvieras acá ahora encenderíamos la chimenea, nos sentaríamos a su alrededor y conversaríamos toda la mañana, con las faldas levantadas hasta nuestros calzones. Y tú dirías “y ahora, ¿de qué vamos a hablar?”, y si yo fuera más discreta, te respondería “de nuestro pasado”, y entonces empezaríamos y conversaríamos sobre todo nuestro maravilloso pasado y sobre las fechorías de George, etc., hasta llegar al presente y luego a tu futuro, y si te casarías y con quién, y finalmente tocaríamos un gran tema, ‘Y ahora, ¿qué piensas realmente de tu inteligencia, Billy?’”, diría yo con un interés tan sincero, que tendrías que responderme, y probablemente llegaríamos a las esferas más elevadas. ¿Por qué no estás aquí? La casa es inmensa y podemos alojar a un pequeño monito en cualquier parte.»

Si estaba celosa de la amistad de su marido con su hermana, Vanessa trataba de no demostrarlo e incluso parecía alentar la cercanía de su rival, a la que le aseguraba que al recibir sus cartas sentía un “ronroneo” que le bajaba por la espalda. Así, reflexionando respecto de las cartas de Virginia, le escribía a su hermana: “Cuando me lanzan a los pies semejantes tesoros de imaginación y pienso en cuánto me envidiará el mundo en el futuro cuando se entere de la relación que mantenía con aquel gran genio”. Por otra parte, tomando en cuenta la brillantez de Virginia, Vanessa consideraba al genial Lytton Strachey

como su contraparte ideal, y le escribía: “¿Se te ha declarado esta tarde? ... Preferiría que te casaras con él antes que con cualquier otro”.

Mientras las propuestas matrimoniales no llegaban, a fines de agosto, *Melymbrosia* se acercaba a las cien primeras páginas. Los días en Wells, donde seguía de vacaciones, se hacían largos, y Virginia ocupaba buena parte de ellos en contestar su correspondencia. Muchas veces su demanda de afecto se veía satisfecha; Vanessa le contaba que ella y Clive cantaban alabanzas que la harían sonrojar, y agregaba: “No hay duda de que eres un animalito maravilloso, un monito de primera clase... ¡Me siento tan vieja e insípida comparada contigo!”. Lo que Vanessa sentía era doloroso y difícil de encauzar. Por una parte, estaban los celos mezclados con la admiración por lo que llamaba el genio de Virginia. Por otra parte, veía cómo su propia relación con Clive se deterioraba. Y si para Virginia el flirteo fue una forma de llamar la atención de Vanessa, esta llegó a propiciarlo como una manera de seguir siendo importante tanto para su hermana como para su marido. Pero ninguna saldría ilesa del mar de inseguridades en el que se debatían. Vanessa sabía que en el plano intelectual era imposible alcanzar a su hermana, y por ese entonces Virginia veía a Vanessa florecer como mujer, cosa que la llevaba a cuestionar su propia femineidad. Convencida de que ni siquiera tenía la habilidad para contestarle una carta a Hilton Young en los términos adecuados, le confesaba a Nessa: “Pero no tengo capacidad de discernimiento... ningún instinto en mí, como tiene la mayoría de las mujeres, en asuntos de sexo”.

Al margen de sus preocupaciones amorosas, Virginia estaba firmemente dedicada a su escritura, y una y otra vez recurría a su hermana y a su cuñado. Tan pronto le escribía a Vanessa “nunca sé qué es lo que te gusta. Sobre mi novela, por ejemplo, ¿te aburre?”; como le pedía a Clive que le sugiriera algún nombre para su protagonista. De Wells, Virginia pasó a Manorbier, el lugar que tanto le gustaba y que había recomendado para la luna de miel de los Bell. Por ese entonces, recibió una de las cartas de Vanessa que muestran claramente que las hermanas mantenían una relación más apasionada que fraternal. Releyendo su correspondencia, Nessa le escribía que, de ser publicadas, “la gente va a llegar a creer, por cierto, que tuvimos una relación de lo más amorosa. Se leen más como cartas de amor que como cualquier otra cosa”. Además de decir que nunca había “recibido ninguna carta de Clive que pudiera compararse con esas”, Vanessa la incitaba a proseguir en esa línea: “Me gustan las cartas de amor. Cuanta más pasión pones

en ellas, mejor, Billy. Me siento ávida de halagos y de pasión”.

Hay que señalar que el audaz lenguaje, el erotismo recíproco que fluye a través de las palabras de una y otra hermana, quedaba limitado a sus cartas. El lenguaje era su medio natural, pero Virginia reconocería: “escribir me parece extraño. En realidad, no es lo mismo. Nunca podría hablarte de este modo”. La audacia de las palabras era uno de los nuevos descubrimientos que acompañaban la libertad recientemente adquirida, pero la experimentación con el lenguaje y las lecturas de la Play Reading Society no alcanzaban a ocultar que, a sus veintiséis años, la virginidad de Virginia seguía siendo inexpugnable. De todas maneras, mientras que en vida de su padre ni siquiera “se atrevía a escribir en sus cartas una expresión más fuerte que ‘maldita sea’”, había ganado en osadía y en esos momentos leía obras atrevidas en presencia de sus amigos. Hay testimonios de que su *performance* como actriz, según parece, fracasó en “transmitir el sentimiento de fuerza nerviosa concentrada que requería el papel[124] de Rebecca West en *Rosmersholm*, pero estuvo excelente como Althaea en *Atalanta in Calydon*”

Aunque por entonces Virginia no sufrió ninguna crisis y pudo pasar el mes de agosto sola, de vacaciones, Vanessa no debía de sentirse tranquila al leer, en una de sus cartas:

«Caminé junto al acantilado ayer y de pronto empecé a resbalar por una saliente, justo al borde de una fisura roja. No recordaba que estuvieran tan cerca del camino; no tengo ningún deseo de morir. Me imagino sacando los brazos en la caída, y sentir que empiezan a desgarrarse, y finalmente caer dando vueltas, y rompiéndome la cabeza. Creo que me sentiría como si viera que un jarrón de porcelana se cae de la mesa; algo tan inútil... y sin ningún motivo o provecho.»

Entre la autoexigencia y el temor de defraudarse a sí misma o a los que confiaban en su talento, Virginia se dedicaba trabajosamente a escribir. Y si bien pensaba en la opinión de los lectores, en ocasiones aseguraba: “Hoy estoy de un humor que hace que me importe muy poco lo que cualquiera diga sobre *Melymbrosid*”.

Un viaje para tres

En septiembre Virginia se unió a los Bell, y todos viajaron a Italia. Visitaron Milán, Pavía, Siena, Perugia y Asís. Es casi seguro que desde allí siguió con su correspondencia, pero ninguna de las cartas de ese período ha sobrevivido. En Italia, Virginia llevó un cuaderno de notas, donde, después de esbozar un somero retrato de Clive, reflexionó acerca de lo que significaba llevar un diario íntimo. Para ella, cada pensamiento, cada momento de introspección, cada diálogo o paisaje — de la naturaleza o del alma— eran objeto de vívidas descripciones. Muchas veces se acusó a Bloomsbury en general, y a Virginia, en particular, de esnob, pero su honestidad y rigor intelectual determinaron que, lejos de encasillarse en la frivolidad, se viera apresada por sus propias obsesiones y por el rigor con el que desmenuzaba cada aspecto de lo literario y de su propia escritura. En esos momentos, y como será en adelante, el diario íntimo refleja pocas confesiones personales, pero apunta a describir la realidad y lo que queda oculto tras las apariencias, así como a reflexionar acerca de la pregunta clave para cualquier escritor: ¿vale la pena escribir?

En Italia, su capacidad de establecer relaciones entre los estados mentales y los paisajes —cosa que concretó magistralmente en *Las olas*— insinuaba una tendencia a relacionar lo pictórico y lo literario, operación cuyo objetivo final redundaba en beneficio de su propia escritura. Es así como, después de ver un fresco de Perugino, Virginia escribió que le parecía “infinitamente silencioso; como si la belleza hubiese surgido a la superficie, se hubiese quedado allí, por encima de todo lo demás”; pero a diferencia de los pintores que trazan sus líneas “sin perder de vista la belleza como objetivo”, ella buscaba otra cosa. Es impresionante comprobar que, aunque no había escrito aún ninguna de sus novelas, Virginia escribía en su diario reflexiones que la acercan a Joyce: “Logro un tipo diferente de belleza, alcanzo una simetría por medio de infinitas discordancias, mostrando todos los trazos del paso de la mente a través del mundo; y alcanzo, al final, una especie de totalidad hecha de fragmentos escalofriantes. Para mí, ese es el proceso natural, el vuelo de la mente”.

A pesar de la belleza de Italia: “todo está un poco polvoriento, muy dramático —paredes amarillas que se destacan contra el verde plumaje de los parques —”, no todo fue idílico. Persiguiéndose por las calles de Perugia, Clive y Virginia pelearon a los gritos, y lo mismo sucedió en Siena. La flema inglesa no parece haber hecho mella en ellos, y no podemos menos que sonreír al pensar en las críticas de Virginia con respecto a la actitud vocinglera de los italianos. Muchos años después,

de regreso en Siena, evocó este incidente, y lo recordó en una postal dirigida a Clive: “Fue en este lugar, ahora señalado con una cruz, donde Clive Bell se peleó con su cuñada en septiembre de 1908. Dejé caer allí una lágrima conmemorativa, bajo la flor del naranjo. V. W.”

Finalizaba el año y habiendo revisado sus opiniones acerca de su cuñado, Virginia le escribía a Violet describiéndolo ya no como el pomposo Clive, sino como “un hombre admirable”. Lo cierto es que confiaba en él al punto de enviarle las cien primeras páginas de *Melymbrosia*, y creía que Clive era el adecuado para confirmarle o desmentirle su sensación de que todo lo que había escrito era un error. Ese fin de año, mientras hablaba con él de literatura, Virginia discurría con Vanessa acerca de su futuro y sobre la posibilidad de casarse. Su hermana sentía que el matrimonio era la manera de solucionar dos temas importantes: alguien se ocuparía de Virginia y la cuidaría, y además —cuestión nada despreciable— la alejaría del insistente Clive. Como quien pone las cosas en su lugar y marca claramente su posición, por entonces Vanessa le escribió a su marido una carta en la que se ven las contradicciones que la abrumaban:

«La Cabra y yo hemos tenido una larga conversación sumamente interesante y de carácter muy íntimo acerca de la cual te hablaré algún día... nos hemos extendido sobre todos los temas, sobre nuestros mutuos sentimientos, sobre ti, su arte, el Arte en General, Lytton, Hilton Young, todo muy refinado y exquisito. Yo he disfrutado extraordinariamente y de hecho encuentro extraño que no vayas a tomar el té todos los días con la Cabra. Yo lo haría si estuviera en tu lugar.»

Por su parte, Clive aludía a la soledad y atractivo de su cuñada, y sin poder escapar del triángulo que habían conformado, le escribía: “Hoy he visto una espiga de cebada magnífica y robusta, que la siega ha perdonado no sé por qué. Estaba sola y erguida entre los rastrojos, y he pensado en ti. Vanessa se quejaría de que a ella no le digo nunca estas cosas”. Ni siquiera las peleas durante el viaje afectaron la unión del trío, y una vez en Londres, Virginia le confesaba a Clive: “Fui muy feliz... (en Italia y en París)”. También se refería a Vanessa: “Tu esposa me dio semejante sermón el otro día; lo va a negar, pero no le creas. Dice que nunca di, y siempre tomé. En este caso, como debe admitir, me obligaron a tomar”. A fin de año la tensión entre los tres era más que evidente, y Virginia ponía a prueba los celos de Clive, cuando le

contaba:

«Lytton vino anoche; estarás contento de saber que no estoy enamorada de él, como tampoco hay señales de que él lo esté de mí. Luego vino Duncan Grant, y tuvimos una charla muy vaga. D. G. es difícil, pero encantador.»

Abriendo el juego

Lytton Strachey parecía destinado al éxito: no solo era brillante, sino que su agudeza e ironía podían causar tanto hilaridad como avergonzar a su interlocutor. Además, dado que la familia Strachey pertenecía, al igual que los Stephen, a un sector de la alta burguesía que Leonard Woolf llamó “aristocracia intelectual de la clase media”, la amistad entre él y Virginia parecía tan natural como podría serlo el matrimonio de ambos. A diferencia de Thoby y de Clive, tanto Lytton como Leonard Woolf formaban parte de los Apóstoles, grupo de Cambridge considerado el *non plus ultra* en materia intelectual. Otros miembros de Bloomsbury, como Saxon Sydney-Turner, E. M. Forster, Desmond MacCarthy, John Maynard Keynes y Roger Fry, también fueron miembros del selecto grupo. Tenían un lenguaje y rituales propios: llamaban “*phenomenal*” al mundo que se extendía más allá de su propia “Sociedad”, mientras que consideraban a su selecto mundo como “*real*”. Como señalamos, en aquella época su “Biblia” era *Principia Ethica* de G. E. Moore.

Según Clive Bell, fue Moore quien los liberó del utilitarismo, lo que puede rastrearse tanto en los escritos de Lytton Strachey y Maynard Keynes,^[125] como en los suyos propios. Aunque Clive dudaba de que “cualquiera de las señoritas Stephen considerara con detenimiento las importantes distinciones entre ‘Bueno en general’ y ‘Bueno en conjunto’”, lo cierto es que Virginia se acercó a la obra de Moore con reverencia, y reconoció: “Tengo que avanzar paso a paso por la misma página varias veces, hasta que casi llego a ver mis propias huellas”.

El respeto que sentía por lo intelectual y lo académico no le impedía ver la aureola de afectación y arrogancia que rodeaba a los Apóstoles; no es extraño, pues, que al mismo tiempo que lo admiraba, Virginia compitiera con Lytton. Es así como desde Wells, y después de leer unos

poemas suyos que le parecieron notables, aseguraba: “Sí, son exquisitos, y una pequeña antología que tengo aquí de versos menores victorianos no contiene ninguno mejor”. Aun así, lejos de considerarlos geniales, y reconociendo que era una “celosa contemporánea”, percibía que la mente de Lytton era “demasiado flexible y dúctil como para poder realizar alguna vez algo perdurable; sus recursos son infinitos. Celos, ¡sin duda!”.

Si bien la homosexualidad de Lytton era un hecho indiscutido, eso no impedía que las hermanas lo consideraran un posible candidato para Virginia. De todas maneras, finalizando el mes de agosto en Manorbier, Virginia le escribía a Nessa: “Nuestra amistad es estrictamente y hasta cínicamente platónica”.

CAPÍTULO XII - 1909

Comunión de intelectos

UN día, mientras daban un paseo por el campo, Lytton le preguntó a Clive: “Dejando aparte el amor, ¿a quién te gustaría ver aparecer por el camino?”. Los amigos se sorprendieron al coincidir: “Por supuesto, a Virginia”.

A pesar de que se trataba de una atracción intelectual y de la homosexualidad de Lytton, Vanessa vaticinó que la preferencia de ella por la compañía de mujeres y la “sodomía” de él podían dar lugar a una buena relación de pareja. Pero, en realidad, Nessa no se podía engañar, y confesaba: “Entre todos los que conozco, me gustaría tener a Lytton como cuñado, pero veo que la única manera en que eso podría llegar a pasar sería si se enamora de Adrian”.

La unión de Lytton y Virginia hubiera sido la de dos intelectos brillantes que se entendían y respetaban. Pero en los años que siguieron, las aspiraciones literarias de ambos dieron lugar a una amistad siempre teñida de competitividad, y que estuvo velada por los deseos de cada uno de ocultarle al otro sus puntos débiles. Virginia, que deseaba lograr el “aplauzo” de Lytton, con el tiempo terminaría por encontrar a su amigo tan encantador como enfermizo, envejecido, mezquino: cubierto de “una especie de funda de egoísmo”.

Lytton representaba más que ninguno el espíritu de Cambridge que ella admiraba y criticaba en igual medida, característica que trasladó a la ficción en el primer retrato que hizo de él como St. John Hirst en *Fin de viaje*. Allí Hirst incita a la protagonista a leer a Gibbon para comprobar su capacidad, pero también es una figura patética, cuya desnudez “infundía compasión” y que “nunca había sido feliz” Además,

aunque en la novela Hirst representa a uno de los hombres más inteligentes de Inglaterra y desea profundamente agradar, inspira rechazo. Más adelante Lytton reaparece en el personaje de Neville en *Las olas*, preguntándose otra vez si su destino es “causar siempre repulsión a quienes amo”. Su homosexualidad, en tanto, se plasma en la relación con su amigo Percivall, personaje inspirado en Thoby Stephen, y en el dolor que siente con su muerte.

En 1909, Lytton sufría porque su amante, el pintor Duncan Grant, lo había dejado por su íntimo amigo, el también apóstol y luego famoso economista Maynard Keynes. Como le sucedía a Virginia, Lytton tenía muchas expectativas respecto a un futuro profesional todavía incierto; y como su homosexualidad no impedía que fantaseara con la posibilidad de unirse a su amiga, le escribía a Leonard Woolf diciendo que no se sorprendiera si algún día oía que se había “casado con Virginia”.

Por su parte, desde Ceilán, Leonard Woolf seguía con interés lo que sucedía con su grupo de amigos. En principio se había interesado por Vanessa, pero ya que ella estaba casada, comenzó a pensar en Virginia. A principios de febrero le escribió a Lytton una carta en la que le decía que casarse con ella podría llegar a ser “lo más maravilloso del mundo”, el “único camino a la felicidad”. Refiriéndose a su propia soltería, Leonard agregaba: “¿Crees que Virginia me aceptará? Telegráfame si acepta. Tomaré el primer barco a casa”. Curiosamente, Lytton recibió esa carta apenas dos días después de pedirle a Virginia, en un arranque emotivo, que se casara con él. A vuelta de correo, le relató la ocasión a Leonard:

«Tu carta ha llegado en este instante... con tu propuesta a Virginia [...] Eres maravilloso, y quiero echarte los brazos al cuello. ¡Todo lo que dices da precisamente en el blanco en este momento! ¿No te parece curioso que nunca haya estado enamorado de ti? Y creo que nunca lo estaré. Me haces sonreír y me conmueves —¡ah! cuánto quisiera que estuvieras aquí [...] Estoy muy enfermo y bastante emocionado... por tu carta.

Antes de ayer le propuse matrimonio a Virginia. Mientras lo hacía, me di cuenta de que sería terrible si aceptara, y me las arreglé, desde luego, para evadirme antes de terminada la conversación... Creo que no cabe duda de que tú deberías casarte con ella. *Serías* lo suficientemente grandioso y cuentas con la inmensa ventaja del deseo físico. Si vienes y le propones matrimonio, aceptará. De veras lo haría.»

Las especulaciones de Leonard liberaban a Lytton de lo que ahora consideraba un error; en un párrafo escrito al día siguiente, agregaba:

«He tenido un *éclaircissement* con Virginia. Dijo que no estaba enamorada de mí, y me di cuenta finalmente de que no me casaría con ella. Así que las cosas se han revertido sencillamente. Quizá mejor no le comentés este asunto a Turner, quien ciertamente *no* se encuentra sobre el tapete. Le dije a Vanessa que entregara tu propuesta, así que quizá *tú* sí lo estás.»

Durante la conversación con Lytton, habiendo comprendido lo inconducente de la petición, Virginia lo liberó de su compromiso y le aseguró que, de todas maneras no lo amaba, por lo que es probable que él no volviera a pensar en el asunto. Aun así, Vanessa no se desalentaba, y a fines de ese año todavía tenía esperanzas de que Virginia se casara con Lytton en los próximos meses “o, en cualquier caso, que esté totalmente comprometida con él”. Ni siquiera Clive desestimaba la unión y llegó a sugerir: “Lytton se ha vuelto un mujeriego”. Por su parte, Lytton se desvinculaba del tema e insistía ante Leonard:

«Quizá te encuentres empacando para venir a casa [...]. Si vienes, como creo que te he mencionado, podrías casarte con Virginia. [...] Inténtalo. Es una mujer sorprendente, y yo soy el único hombre en el mundo que podría rechazarla; e incluso, a veces tengo mis dudas. Podrías, desde luego, ofrecerle matrimonio a través de un telegrama, y probablemente te aceptaría. Eso está muy bien, pero de todos modos vas a tener que regresar.»

Dos meses después, el 21 de agosto de 1909, Lytton retomó la cuestión con creciente urgencia:

«Tu destino está claramente trazado, pero ¿permitirás que funcione? Debes casarte con Virginia. Te está esperando, ¿hay alguna objeción? Es la única mujer en el mundo con esa gran inteligencia. Es un milagro que exista, pero si te descuidas vas a perder la oportunidad. En cualquier momento podría irse con Dios sabe quién. ¿Duncan? Es muy probable. Ella es joven, rebelde, inquieta, insatisfecha, y está ansiosa por enamorarse. Yo en tu lugar le mandaré un telegrama. De todas formas,

ven a verla antes de fines de 1910... Creo que Saxon... se encuentra en este momento en Bayreuth con Virginia y Adrian. Pero no debes preocuparte por él; aunque, por otra parte, no sé cuántos barones encantadores andan por allí.»

Además de su inteligencia y agudeza, Virginia y Lytton tenían otros rasgos en común; ambos se sentían descontentos con su físico, los dos declaraban abiertamente su necesidad de recibir afecto, y tenían una sensibilidad que, acompañada de su genio, los hacía verse a sí mismos como personalidades extrañas, incluso pintorescas. Poco después de recibir la declaración de Lytton, y probablemente estableciendo analogías con la situación por la que atravesaba, Virginia reseñó un libro de cartas entre Carlyle y su mujer. En la reseña resaltó aspectos de la amistad que los habían conducido al matrimonio:

«Su genio y sus ambiciones eran el vínculo en que podían reconocerse. Pero a medida que empezaron a conocerse mejor, el tono de sus cartas se volvió más atrevido. Aunque nunca hablaban de amor, descubrieron que podían hablar de muchas otras cosas, y en forma gradual sus primeros arrebatos, aunque poco intensos, se fueron convirtiendo en una relación más definida. Descubren que son personas notables: “dos excéntricos, por cierto... es muy bondadosa la Fortuna que nos ha juntado; de otro modo tal vez hubiéramos seguido cada uno por su lado hasta el fin de los tiempos”.»

El matrimonio de Carlyle, aunque no feliz, fue intenso y a la vez célibe. Tal vez por eso, y proyectándose hacia un posible matrimonio con Lytton, Virginia escribía: “Ella se casó con él, y si fue una tragedia, una mirada a sus cartas nos convence, sin embargo, de que fue una tragedia noble”. En el contexto de afinidades entre Lytton y Virginia, el deseo sexual estaba excluido. ¿Qué impulsaba a Virginia a restarle importancia a ese aspecto y a insistir en la posibilidad del matrimonio? Por una parte, para la época no era tranquilizador no estar casada a los veintisiete años, y su soltería se alargaba peligrosamente. Además, y después de los avances abusivos de sus hermanastros y de las fuertes represiones, su propia sexualidad no se definió por su cauce natural, sea cual fuere su signo. Más bien, se había desviado hacia terrenos en los que se contaminaba con otros sentimientos y emociones, como la culpa y el rechazo. Por otra parte, su entorno comenzaba a comparar su

femineidad con la de Vanessa, en quien el despertar sexual había desarrollado una intensa sensualidad. Pero al propiciar el matrimonio de Virginia con Lytton, un homosexual asumido, Vanessa le negaba a Virginia la posibilidad de experimentar algo similar. Resultaba claro que el matrimonio de Virginia con Lytton sería una comunión de intelectos[126] —carrera que sentía que llevaba perdida desde siempre—, y en la repartición de dones a los que las hermanas eran afectas, Nessa seguiría ostentando su supremacía de diosa de la fecundidad y de la sexualidad.

Señalamos que, socialmente, la homosexualidad de Lytton no era percibida como un obstáculo para el matrimonio. Resulta que entre ciertos grupos, como sucedía con los Apóstoles, o entre otros alumnos de Cambridge, para quienes las mujeres eran sujetos extraños, con intereses y formación intelectual inferior, y además sometidas a una educación aislada y represiva, eran comunes las amistades románticas entre individuos del mismo sexo. Estas relaciones con rasgos pasionales solían dar salida a afectos y emociones reprimidas y podían incluir la iniciación sexual. Se daban casos, como el de Adrian, en el que la homosexualidad derivó en la heterosexualidad; y ese fue el contexto en el que Clive intuyó un posible cambio en las preferencias sexuales de Lytton.

El juego de la libertad

Durante los primeros tiempos de Bloomsbury, la presencia de Thoby y la educación cargada de tabúes todavía tenía su influencia, pero luego todo cambió. Así lo recordaba Virginia:

«Era una noche de primavera. Vanessa y yo nos encontrábamos en la sala de estar [...] De un momento a otro llegaría Clive y comenzaríamos a discutir — amigablemente y, al principio, en forma impersonal, pero muy pronto empezaríamos a lanzarnos insultos e injurias, caminando de un lado a otro por el cuarto. Vanessa estaba sentada en silencio, y hacía algo misterioso con la aguja y las tijeras. Yo hablaba, egoístamente, muy agitada, sobre mis propios asuntos, sin la menor duda. De pronto se abrió la puerta y la siniestra figura del señor Lytton Strachey hizo su aparición en el umbral. Señaló con el dedo una mancha en el vestido blanco de Vanessa.

—¿Semen? —preguntó.

¿Se puede decir una cosa así, realmente?, pensé. Y todos soltamos la carcajada. Con esa sola palabra cayeron todas las barreras de prudencia y reserva. Pareció como si un torrente del sagrado fluido nos inundara a todos a la vez. La sexualidad impregnó nuestra conversación. Siempre teníamos la palabra sodomita en el borde los labios. Discutíamos sobre el acto de copular con el mismo entusiasmo y con la misma franqueza con que habíamos discutido la naturaleza del bien. Qué raro resultaba pensar en lo circunspectos y reservados que habíamos sido, y durante tanto tiempo.»

Esa liberalidad en la conversación marcaba un antes y un después. Una zona de pasaje entre actitudes diametralmente opuestas que no dejaba de asombrar a los propios protagonistas. Al respecto Virginia escribía: “No deja de asombrarme ahora que, hasta el año 1908 o 1909, Clive se hubiera ruborizado, y yo también, cuando le pedí que me dejara pasar para ir al retrete en el expreso francés”. Aun así, sería un error pensar que la libertad del lenguaje llevaba a otras libertades. Sexualmente, Virginia seguía siendo inexperta e ingenua; percibiéndolo, en 1909 Lytton le escribió a Leonard Woolf dando cuenta de lo difícil que fue explicarse después de su precipitada proposición: “¿Cómo se supone que una virgen comprenda? Verás, ella *es* su nombre”.^[127] Lo cierto es que, de pronto, Virginia comenzó a vislumbrar otras realidades, pero siempre mantuvo una reserva y se refirió a los homosexuales utilizando el término de “sodomitas”.

Y fue a través de las confesiones de sus amigos homosexuales y de la experiencia de Vanessa que intentó definir su propia sexualidad. Pero ni las emociones, las fluctuaciones en los afectos, las rivalidades, los celos, y toda la gama de posibilidades que implicaban esas relaciones, nada de eso la instruyó ni le sirvió a la hora de comprender sus propias inclinaciones y deseos. Como confidentes u oídos atentos, tanto Virginia como Vanessa tomaban contacto con una forma de existencia que hasta entonces desconocían. Pero la empatía no era suficiente, y a pesar de convertir a Vanessa en su confidente,^[128] Lytton se preguntaba hasta dónde podía comprenderlo y le escribía a Leonard Woolf:

«Pero ella no ve la verdadera conmoción de todo esto. No comprende el profundo dolor de Duncan y la confusión de mis estados. Volví a copular con Duncan esta tarde; y ahora él está en Cambridge

copulando con Keynes. No sé si me siento feliz o infeliz»

¿Dónde había quedado el viejo mundo lleno de convenciones y atavismos? Virginia señaló:

«Las ideas sentimentales que solíamos tener acerca del matrimonio, por la educación que recibimos, se alterarían radicalmente. Ahora me avergonzaría confesar la edad que tenía cuando me di cuenta de que no había nada escandaloso en el hecho de que un hombre tuviera una amante, o en que una mujer lo fuera. Quizá la fidelidad de nuestros padres no era la única o, inevitablemente, la forma más elevada de vida matrimonial. Quizás, incluso, esa fidelidad de nuestros padres no era tan estricta como suponíamos. “Por supuesto, Kitty Maxse tiene dos o tres amantes”, dijo Clive. ¡Kitty Maxse, la casta, la exquisita, la fiel! Una vez más, la vida cambiaba en todos sus aspectos.»

Pronto quedó demostrado que los integrantes de Bloomsbury se sentían libres de considerar posibles las uniones más dispares: en 1907 no los asombraba que Lytton le hubiera escrito a Duncan Grant: “Creo que casi podría casarme con Vanessa y podría hacerlo con Clive”; y que aquel le contestara: “Creo que tal vez podría llegar a gustarme estar casado con Virginia, pero no con Clive. ¿Piensas, supongo, que esto sería raro?”.

Como puede verse, la bisexualidad era un tema por considerar. Tal fue el caso de Duncan Grant, una figura emblemática y significativa. Primo de Lytton, había pasado su infancia en la India y en Birmania. Luego lo mandaron a Londres a estudiar, vivió con la familia Strachey, y gracias a la intervención de lady Strachey, su padre le permitió ingresar en Westminster Art School. En 1905, fue presentado en el *Friday Club*, pero no se convirtió en uno de los integrantes fundamentales de Bloomsbury hasta 1907, después de encontrarse con Adrian y Virginia en París. Amante de Lytton entre 1905 y 1906, Duncan también tuvo relaciones con John Maynard Keynes y con Adrian. Esto hacía que en esos momentos, y aunque encontrase encantadora a Virginia, no fuera para ella un candidato a tomar en serio.

Muchos de los miembros de Bloomsbury se enamoraron de Duncan

Grant, un seductor que se hacía querer. Como no tenía dinero, sus amigos le prestaban “prendas de vestir — recordaba Virginia— que siempre mostraban tendencia a deslizarse hacia el suelo. Nos pedía piezas de porcelana para pintarlas y los viejos pantalones de mi padre para ir a fiestas y reuniones”. Duncan también podía sustraer alimentos de la despensa y malquistarse por ello con Sophie, la cocinera, pero como sucedía con los demás, acababa por conquistarla. Como señaló Virginia, Duncan “parecía dejarse llevar por la brisa suavemente, pero siempre aterrizaba en el lugar que quería”.

Los amigos de Thoby habían recibido a sus hermanas como una suerte de legado: Clive se casó con Vanessa y no pudo resistirse al encanto de Virginia. También Lytton, aun a pesar de sí mismo, llegó a considerar la posibilidad de contraer matrimonio con Virginia. Por su parte, las hermanas conocían a los amigos de sus amigos. Cada vez más en confianza, a principios de 1909 los integrantes de Bloomsbury comenzaron, a modo de juego y experimento literario, un intercambio de correspondencia, en el que los participantes tenían nombres ficticios. [129] Durante el juego, Lytton le dio a entender a Virginia que había percibido que Clive estaba enamorado de ella. Virginia le contestó:

«¿Así que te has dado cuenta? ¡Qué inteligente eres y qué cruel! [...] ¿No piensas que esas ‘extraordinarias conclusiones’ que tanto aprecias puedan ser bastante incómodas para mí, y quizás (aunque realmente no voy a admitirlo) un poco incómodas para Clarissa?»

El juego epistolar no duró mucho; los nombres ficticios apenas podían ocultar las verdaderas identidades de los participantes y la diversión se convirtió en un asunto riesgoso, que daba lugar a agresiones personales, ya que, entre otras cosas, Clive renovaba sus atenciones a su cuñada con ímpetu y ardor fuera de lo común, y Vanessa se sentía herida. El juego terminó y no alcanzó a distraer a Virginia (que estaba pasando por un período literario muy productivo) de sus ocupaciones principales. Por entonces, sus colaboraciones periodísticas eran numerosas y también continuaba con su novela. La escritura de esta última inauguraría un estilo de trabajo tenaz y absorbente, que en ocasiones la pondría al borde del abismo; de hecho, la amenaza de la locura subyacía tras el trabajo maníaco, una cuestión que preocupaba a Vanessa y a Violet, con quienes Virginia hablaba de las tendencias egocéntricas a las que la llevaba ese tipo de actitud obsesiva:

«Nunca puedo quitarme de la cabeza el sonido de mi propia escritura. Eso es lo que sucede cuando se es tan egoísta como yo. No me sorprendería que Dios me dejara sorda y ciega, y dispusiera que mis propias melodías me trituraran el cerebro a perpetuidad, a modo de penitencia.»

Una visión propia

Al mismo tiempo que Virginia trabajaba seriamente en su escritura, Vanessa se veía absorbida por la maternidad. Entre tanto, Clive reconocía: “Como todos los hombres que no hacen nada, estoy siempre extremadamente ocupado en ese trabajo”.

Muchos años después, Clive confesaría su orgullo por haber sido destinatario de las primeras cartas en las que Virginia escribía sobre su primera novela y sobre sus dificultades como artista. Que ella declarara “fuiste la primera persona que creyó que podía escribir bien”, decía Clive, podía considerarse “el mayor motivo de orgullo” para él.

Por su parte, en 1909, Vanessa le escribía a su hermana: “Supongo que te sientes feliz de volver a trabajar en Mel [*Melymbrosia*]. Te envidio. No sé qué daría por disponer de dos meses para trabajar de manera constante e ininterrumpida. Aquí [...] hago algunos bocetos desde la ventana, y también [bocetos] de Julian... ¿Te embarcarás en la maternidad?”.

Bajo una apariencia de calma, la relación entre las hermanas atravesaba por una de sus crisis más importantes; Vanessa siempre recordaría esa época de dolor. Años después, en 1918, Duncan Grant anotó en su diario que, en una conversación con él, Vanessa “habló de Virginia como de la persona de quien había estado más celosa en una época en que la admiraba más que a ninguna de las mujeres que conocía”. Pasaron los años, pero Virginia tampoco olvidó esos momentos, y en una carta de 1925 manifestó que su *affaire* con Clive y Nessa “se volvió como un cuchillo contra mí, como nada lo hizo jamás”. Si bien no llevaron su relación a un plano sexual, Vanessa sintió que su marido y su hermana la traicionaron, y eso le provocó un dolor del que nunca hablaría abiertamente. Incluso Angelica, la hija menor de Vanessa, reveló en sus memorias que la relación entre las hermanas se

veía atravesada por una gran “cautela por parte de Vanessa y una desesperada petición de gracia por parte de Virginia”.

Aun así, sería un error pensar en Virginia como en una *femme fatale* o devoradora de hombres. Es más verosímil creer que el apoyo y la admiración de Clive contrarrestaban su sensación de inseguridad, y que no tenía fuerzas para rechazar sus avances, en tanto estaban acompañados por cartas como esta:

«Puedo decirte ahora, con la conciencia tranquila, lo que de veras pienso de tu novela: es maravillosa. Mientras la leía, quizá lo que más me impresionó fue lo que considero el perfeccionamiento de su prosa. Tengo la impresión de que les otorgas a las palabras una fuerza que solo se suele encontrar en la mejor poesía; llegaron tan cerca de la verdad que las subyace hasta donde les es posible llegar a las palabras, según mi parecer [...]. No me atrevo a opinar sobre Helen, pero creo que conseguirás que Vanessa crea en sí misma.»

Además de las alabanzas, Clive también señalaba cuáles pensaba que eran los puntos flojos de la trama de *Melymbrosia*. En su crítica despuntaba el orgullo de hombre herido, ya que le parecía excesivo el contraste entre “las mujeres sutiles, sensibles, llenas de tacto, amables, delicadamente perceptivas y perspicaces y los hombres obtusos, vulgares, ciegos, floridos, groseros, faltos de tacto, categóricos, inoportunos, vanidosos, tiránicos y estúpidos”. Clive creía que insistir en esas diferencias “no solo era absurdo, sino más bien malo como arte”. De todas maneras, sus críticas no impedían que reconociera en el texto aspectos de lo “sobrenatural, lo mágico, que [le parecían] tan bellos como lo mejor que se haya escrito en estos últimos cien años”. Por su parte, aunque tomaba en serio sus opiniones, Virginia defendía su posición: “Posiblemente, por motivos psicológicos que me parecen muy interesantes, un hombre, en el estado actual del mundo, no es un buen conocedor de su propio sexo, y una ‘creación’ puede parecerle ‘didáctica’”. También, le interesaba señalar las dificultades en la comunicación propias de los jóvenes de su época y clase social: “¿Por qué las mujeres de dieciocho años y los jóvenes de veintiún años tienen menos que decirse que todas las otras criaturas de Dios?”.

Desde su primera novela, Virginia intentó conjugar una escritura cuidada al extremo y original, con una visión personal del mundo que, como dice en sus cartas a Clive, no escapara a sus propias experiencias:

«La única razón para escribir todo esto es que más o menos representa un punto de vista propio. Mi audacia me aterroriza. Siento que tengo muy pocos de los dones que hacen interesantes las novelas.

Quiero poner en escena una gran agitación de hombres y mujeres de carne y hueso, en un ambiente determinado. Creo que hago bien en intentarlo, pero es enormemente difícil de hacer. ¡Ah, cómo me alientas! Eso es lo más importante.»

Crear personajes vivos era un desafío complejo que requería tanto una precisa observación de los caracteres de sus contemporáneos como una revisión a veces nostálgica. Pero mientras Virginia solía revivir el pasado en su escritura, Vanessa parecía haberlo rechazado de una vez y para siempre, y se instalaba firmemente en el presente. Tal vez era esa característica la que le daba la apariencia de diosa monolítica que Virginia le atribuía. Para Vanessa el pasado era doloroso y el futuro, una incógnita. Solo en el momento presente se estaba a salvo del destino, y allí instalada, adquiría, a los ojos de su hermana, las características más de personaje que de mujer. Entre tanto, el interés de Clive proseguía su curso, aunque él también se sentía confundido y le escribía a su cuñada:

«El miércoles por la noche me sentí excesivamente intimidado para besarte, aunque lo deseaba más de lo que pueda expresar, incluso por carta. Realmente es curiosa esa timidez que siento contigo; es evidente que tú me brindaste la posibilidad de convertir en hábito el besarte, pero me di cuenta de que no era esto lo que yo quería. Tal vez me siento tímido porque eres tan atractiva, en cuyo caso es con la mejor intención. Que Dios me perdone; Virginia, perdóname; qué carta... no le prestes atención; procura sentir por mí la mitad del afecto que yo siento por ti.»

Aunque lucía melancólica, el atractivo que Virginia podía ejercer sobre los hombres quedó en evidencia cuando un perfecto extraño que se sentó junto a ella en Queen's Hall, le envió una entrada para ver *Strife* de John Galsworthy. Acobardada, Virginia no asistió a la cita. Por entonces, su mundo seguía girando en torno a la familia, y Virginia y Adrian planearon un nuevo viaje juntos. Debieron postergarlo porque el 7 de abril murió su tía Nun. Sin estridencias y a su recatada manera, se apagó la estrella de una de las últimas representantes de la antigua era. La tía cuáquera, “tan distante y sin embargo tan llena de vida a la vez”,

supo pensar en el futuro incierto y tal vez solitario de Virginia, y cual hada protectora le legó una suma considerable.[130]

En el entierro de su tía y después de mucho tiempo, Virginia tuvo oportunidad de ver al “infinitamente respetable” George, “una simple masa informe de carne y hueso, relleno de sensiblería”. Muy diferente era lo que sentía por su tía, a quien respetaba y consideraba una persona valiosa, a pesar de sus diferencias. Nun había sido una más de las víctimas de la sociedad victoriana. En su primer libro —*The Service of the Poor*— había señalado que la unión y conservación de la familia dependía del autosacrificio de la mujer, y esa podía ser una de las razones de la simpatía que despertaba en su sobrina. Virginia fue la encargada de escribir su nota necrológica para *The Guardian* y, lejos de olvidarla, recurrió a Nun para dar vida a personajes como Sally en *Noche y día*, Lucy Swithin en *Entreactos* y Eleanor Pargiter en *Los años*.

Entre escritoras y anfitrionas

Finalmente, el 23 de abril, Virginia viajó al encuentro de los Bell que estaban de vacaciones en la Europa continental; poco antes, reconociéndose como una intrusa, le preguntaba a Clive: “¿Por qué deberías estar contento de oír que yo y mi fardo de temperamentos irán contigo a Italia?”.

En Italia, y como era habitual, Virginia hizo descripciones de los lugares que visitaba. Los viajes eran una oportunidad para escribir crónicas o artículos y el año anterior sus colaboraciones para la famosa revista *The Cornhill* y para el suplemento literario del diario *The Times* le habían permitido disfrutar de la placentera sensación de alcanzar la anhelada independencia económica. Los viajes también le brindaban la posibilidad de conocer una enorme variedad de personajes. En Florencia almorzó con la condesa Lucrecia, que había estado con sus padres en Fritham, durante su luna de miel, y tomó el té con Mrs. Janet Anne Ross, autora de libros de arte y sobre Florencia, donde vivía desde 1867. El contacto con las encumbradas señoras —tal vez demasiado para un solo día— la llevó a escribir: “Lo peor de las viejas damas distinguidas, que han conocido a todos y llevado una vida independiente, es que se vuelven descortesés y arrogantes sin el ingenio necesario para suavizar sus modales”. Virginia sentía que por ser joven

debía dejar que ellas adoptaran aires de reina, con “un toque de los maternos”.

Además de esas matronas literarias, había otro tipo de escritora que tampoco encontraba de su gusto. Le desagradó la ensayista y poeta Mrs. Alice Meynell, madre de ocho hijos y esposa de un periodista y editor; le pareció que “tenía la cara como la de una liebre paralizada [...] alguien que lograba, de algún modo, que resultara desagradable la sola idea de las mujeres escritoras”. Sentía que mujeres de ese tipo demostraban su teoría de que “un escritor debería ser el horno del cual salen las palabras... y las personas tibias, tímidas y decorosas, nunca forjan palabras verdaderas”. Entre todas esas mujeres inglesas relacionadas con el ambiente literario, solo le agradó Mrs. Campbell, quien inspiró unos pasajes de *Fin de viaje* y *El cuarto de Jacob*.

Como la sociedad de los ingleses en Italia no era muy estimulante y la convivencia con Vanessa y Clive no pasaba por su mejor momento, Virginia decidió volver a Londres quince días después. Conmocionada al verla partir, Vanessa le escribió a su amiga Margery Snowden:

«Fue más bien triste verla partir sola en ese largo viaje, dejándonos a los dos aquí. A veces, por supuesto, me impresiona lo patético de su situación, y ahora más que nunca. Creo que le gustaría mucho casarse, y por cierto le gustaría mucho más casarse con Lytton que con cualquier otra persona. Es difícil vivir con Adrian, que no la aprecia, y vivir con él hasta el fin de sus días es una perspectiva bastante melancólica. Espero que alguien nuevo aparezca en los próximos dos años, pues he llegado a la conclusión de que, a pesar de todos los inconvenientes, sería mejor que se casara. Sin embargo, ¡no sé qué haría si tuviera hijos!»

Finalmente, a mediados de mayo, y mientras Virginia pasaba unos días en Cambridge, Hilton Young le propuso matrimonio. Aunque no la tomó por sorpresa y se sintió halagada, convencida de lo poco conveniente de esa unión, le contestó que solo podía casarse con Lytton Strachey. Por entonces, nuevos personajes comenzaron a incorporarse a la segunda etapa de Bloomsbury. En mayo de 1909, Virginia asistió a “innumerables” óperas[131] y tuvo la oportunidad de “conocer a la maravillosa lady Ottoline Morrell, que tiene cabeza de una Medusa, pero a pesar de ello es muy sencilla e ingenua, y venera las artes”. En su ensayo biográfico, “Viejo Bloomsbury”, Virginia señaló que, de escribirse la historia de Bloomsbury, debería existir un capítulo, aunque solo se encontrase en el Apéndice, dedicado a Ottoline, quien había asistido a “una de las Veladas de los Jueves”. Al día siguiente, lady

Ottoline le escribió a Virginia pidiéndole el nombre y la dirección de todos sus “maravillosos amigos”.

No es difícil imaginar que la irrupción de Ottoline, su llamativa apariencia, sus perlas, terciopelos y aires, junto con el no menos llamativo pintor Augustus John y su amante, fueron un suceso en el hasta entonces predominantemente intelectual grupo de Bloomsbury. Pronto Ottoline — reconocida anfitriona de artistas— invitó a Virginia a su casa de Bedford Square, donde recibía los jueves por la noche.

A pesar de que sus amigos, con los que hablaba abiertamente de sexualidad, eran muy liberales en su proceder, y aunque en apariencia el comportamiento de Virginia pareciera “bastante audaz para la época”, ella afirmó que siempre fue “sexualmente cobarde”, y que la mayor parte de esas noches conversando con hombres jóvenes y diciendo lo que se le ocurría ocultaban cierta mezquindad y concluían en “interminables ramificaciones de intriga”. De hecho, en el diario que Adrian llevó durante el verano de 1909, refiriéndose a una de esas reuniones de Bloomsbury, sostiene que la extravagancia de Virginia, secundada por Clive, avergonzó a una de las asistentes. Ese tipo de intervenciones terminó por delinear un mito familiar[132] convalidado luego por algunos de sus biógrafos, que insisten en señalar que el comportamiento social de Virginia era tan pronto histriónico como hiriente. De todos modos, hay que aclarar que, si bien aquellas personas que se consideraron heridas en su amor propio por algún comentario resaltaron esta característica, muchos de sus contemporáneos tendieron a suavizar ese aspecto.

A pesar de que la relación con su hermano Adrian no era fácil, en agosto Virginia viajó a Bayreuth con él y con Saxon Sydney-Turner. El viaje tuvo sus bemoles. Ella sentía que Adrian era un compañero a veces “depresivo, otras exasperante”. Según Quentin Bell, Adrian podía ser “letárgico de modo enloquecedor, silencioso en forma lamentable, incapaz de hallar interés en nada, excepto en la constante repetición de viejas reminiscencias familiares”. Pero también era capaz de una “vigilancia burlona e ironía silenciosa” que captaba los defectos de los otros “con rasgos de humor despiadado”.

Durante su viaje, Virginia no supo apreciar a los alemanes, que en su visión de conjunto le parecieron vulgares. Ciertamente, lo suyo eran las relaciones interpersonales y no las multitudes. En sus cartas señaló que le parecían sólidos y llamativos, destacó que las mujeres jóvenes salían con chaperonas y que, en los restaurantes, la gente comía enormes cantidades de “carnes asadas, cubiertas de grasa”. Pero sin duda el tema

principal del viaje era Wagner y su teatro de Bayreuth.[133] Entusiasmada por el fanatismo de Saxon, pero definiéndose como simple aficionada, Virginia redactó un artículo sobre sus experiencias wagnerianas para *The Times*. Durante la representación de *Parsifal* le llamó la atención la reverencia del público, vestido a “medio luto” y que chistaba si alguien intentaba aplaudir. A pesar de la desaliñada audiencia y de que los asientos eran tan estrechos que apenas cabían las rodillas, todo era muy intenso. A diferencia de ella que los veía grotescos, Saxon decía que los alemanes eran gente muy sensible, y Virginia tuvo que aceptar que, en ese entonces, a Bayreuth solo iban “personas serias”.

Una segunda representación de *Parsifal*[134] la hizo llorar, estimó que se trataba de “una ópera extraordinaria, tal vez la más notable; se desliza de la música a las palabras en forma casi imperceptible”. Mientras tanto, desde Bayreuth Virginia continuaba su relación triangular con Clive y Vanessa, a quien extrañaba enormemente y le escribía: “Tú tienes una atmósfera. ¡Ah! ¡No hay duda de que te quiero más que a nadie en el mundo!”.

Preocupada por que su hermana quedara embarazada otra vez, le pedía que esperara otro año y agregaba que, de tener una niña, debía tomar precauciones: “Si le llenas las venas con sal, puede que salga parecida a su tía; pero una niña acuosa muy probablemente sería una mujer de verdad”. A la distancia, y siempre pendiente de Vanessa, Virginia explicaba que su misterio consistía — como había sugerido Lytton una vez— en que era “entre todos nosotros, el ser humano más completo”.

En tanto Adrian y Saxon se burlaban de su desconocimiento musical y la agotaban con sus manías, Virginia también juzgaba a sus compañeros de viaje. Pero aunque Saxon le parecía “obsoleto”, le sorprendía su intelecto y debía reconocer que la convivencia del trío no era tan mala y que se comportaban como una pequeña comunidad de “monjes y monjas”.

En Dresde, Virginia siguió con sus descubrimientos. Escuchó emocionada la *Salomé* de Strauss, y si bien Saxon dijo que con eso traicionaban a Wagner, y tuvieron una “ácida discusión”, no se dejó persuadir. El viaje también incluyó visitas a exposiciones de pintura, que llevó al hallazgo, por parte de Saxon, de un pintor que sería cada vez más apreciado: Vermeer. Finalmente, en septiembre, Virginia regresó a su casa en Londres, y unos días después se reunió con los Bell en Salisbury. Los viajes no impidieron que continuara con su escritura,

y durante los años 1908 y 1909 siguió su labor periodística y también se dedicó a sus experimentos literarios. Por entonces escribió su historia “Memorias de una novelista”, que fue rechazada por el editor de *The Cornhill*.

En Navidad y mientras caminaba por Regent’s Park, Virginia decidió abruptamente que partiría sola a Cornwall. Tal vez estaba cansada de aquellos jóvenes que concurrían a las Veladas de los Jueves y que se sentaban silenciosos, haciéndole añorar —le escribía a Nessa— “a cualquier mujer, y tú hubieras sido un milagro”. Una vez allí, durante sus paseos solitarios, Virginia, que intentaba acostumbrarse a la soledad, le escribía a Clive: “Uno gradualmente identifica formas y se piensa a sí mismo en el medio del mundo. La vida que llevo se encuentra muy cerca de la perfección”. Todavía creía que podía llegar a casarse con Lytton, pero cuando la melancolía y la soledad terminaban por captarla, deseaba “que el vientre de la tierra se abriera y dejara salir alguna nueva criatura”. También le preocupaba el proyecto de Vanessa, que pensaba instalarse en Francia. Por su parte, Adrian anunciaba que abandonaba las leyes para dedicarse a la actuación. La primera década del siglo XX estaba a punto de concluir, y la historia con mayúsculas, esa historia que el Grupo de Bloomsbury parecía evitar, pronto se impondría sobre los destinos personales de los habitantes de Europa. Pero antes de que irrumpiera, habría tiempo de gastar algunas bromas.

CAPÍTULO XIII - 1910

Cerca de las sufragistas

A través del denominado Conciliation Bill (Proyecto de ley “Conciliación”), las sufragistas confiaban en lograr, durante una sesión del Parlamento, el esperado voto femenino. Pero la fuerte oposición de los conservadores, especialmente la de Winston Churchill, se interpuso y, finalmente, en la sesión de noviembre, el primer ministro Asquith anunció que habría elecciones generales pero que no tenían tiempo para tratar el tema del voto de las mujeres. Acto seguido, las sufragistas manifestaron su oposición y fueron reprimidas por la policía. Hubo golpes y arrestos, y algunas mujeres murieron como consecuencia de la violencia de ese día, que dio en llamarse Black Friday (Viernes Negro). La sociedad se dividía entre los que defendían el *statu quo* y los que avizoraban un futuro diferente.

Aunque Virginia era partidaria de los cambios y conocía a varias sufragistas, no consideraba militar en forma activa en el movimiento. Pero a principios de año, contactó a Janet Case, su antigua profesora de griego y militante sufragista, para ofrecerle su colaboración. Pensaba que podía trabajar unas horas para el movimiento, completando, por ejemplo, las direcciones en los sobres que solían enviar. Después de conversar con Janet, le escribía: “Me impresionaste tanto la otra noche con la injusticia de la actual situación que siento que es necesario actuar”.

Al tanto de sus capacidades, las sufragistas le sugirieron que investigara sobre la historia del derecho al voto en Nueva Zelanda o que redactara artículos, pero ocupada como estaba en su novela, el periodismo y su correspondencia, y sin el entusiasmo suficiente,

Virginia prefirió encarar la cuestión desde la discreta labor de voluntaria.

Hasta ese momento, tampoco había tomado acción directa en las marchas de las sufragistas, de modo que trabajar en sus oficinas le dejó un interesante cúmulo de experiencias y reforzó su creencia de que la política y la filantropía eran tareas que solo llevaban a cabo personas rígidas e duras. Virginia sintió que su experiencia allí era lo más cercano a vivir en una novela fantasiosa de H. G. Wells. ¿No mostraban “esas mujeres insensibles, que no se interesan por sus propios familiares” y sí por la filantropía y la política, que “todos los buenos sentimientos se marchitan”? En realidad, es posible que sus suspicacias se debieran a que proyectaba conflictos irresueltos con la imagen materna, ya que la rodeaban todo tipo de mujeres, jóvenes secretarias y ardientes sufragistas que hacían su trabajo a pesar de la fuerte oposición del primer ministro Asquith y de buena parte de la sociedad.

Como durante los últimos meses del reinado de Eduardo VII el gobierno liberal debía convocar a elecciones, muchos pensaron que era un buen momento para tratar el debate tan postergado del voto femenino, pero el tema en cuestión se daba en un contexto no del todo propicio, ya que los conservadores alertaban sobre los peligros para la moral y advertían sobre la degeneración y debilitamiento de la identidad que traerían aparejadas las tendencias vanguardistas, las influencias extranjeras y todo lo que cuestionara, como la homosexualidad y las reivindicaciones de las mujeres, sus valores patrióticos y religiosos.

En ese clima político y social, Virginia participó de una broma que tomó dimensiones inesperadas y los llevó a las primeras planas de los periódicos. El 10 de febrero el vicealmirante May de la Armada Británica recibió un telegrama[135] en el que le comunicaban la llegada de una delegación de Abisinia que deseaba ver el acorazado Dreadnought, anclado en Weymouth. La misiva estaba supuestamente firmada por Hardinge, el secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, pero en realidad se trataba de una broma que habían organizado Horace Cole y un grupo de amigos, entre los que figuraba Adrian Stephen, y que terminó incluyendo a Virginia.

Cole era un personaje especial a quien se le atribuía una gran cantidad de bromas e inocentadas. Tanto él como Adrian creían “que quien se arrogaba alguna clase de autoridad sobre los demás ofrecía necesariamente algún flanco a la burla”; y las instituciones y el Ejército constituían un blanco propicio para demostrarlo.

Habían pasado unos años desde la exitosa broma que idearon en Cambridge sobre la supuesta visita del tío del sultán de Zanzíbar.^[136] Con este antecedente exitoso, Cole y Adrian prepararon una burla de mayor envergadura, ya que involucraba a la respetable Armada Británica. Si bien Adrian siempre aseguró que solo querían hacer una broma y que no habían pensado en sus consecuencias, es raro que, conociendo a Cole y su deseo de que estos asuntos tomaran notoriedad, no haya considerado la posibilidad de que todo terminara divulgándose.

La falsa delegación imperial abisinia estaba compuesta por Anthony Burton, el falso emperador, mientras que Cole representaba a un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Adrian, al intérprete. También debía haber un séquito de abisinios, pero como solo pudieron reclutar a Duncan Grant y a Guy Ridley unos días antes de ejecutar su acto, los bromistas invitaron a Virginia a participar, y ella aceptó. Los presuntos abisinios consiguieron sus trajes en una sastrería teatral. Como sus amigos, Virginia también se pintó la cara de negro, se puso una barba y bigotes falsos, un caftán bordado, el imprescindible turbante y, completando el cuadro, se colgó una cadena de oro que le llegaba a la cintura. Totalmente en desacuerdo con su participación, Vanessa, que temía que fueran descubiertos, trató de disuadirla pero fue en vano. Sus temores no eran infundados, ya que su primo Willy Fisher era parte de la tripulación del buque, lo que aumentaba las posibilidades de que los desenmascararan, una cuestión, por otro lado, más que probable teniendo en cuenta la estatura y los rasgos inconfundibles de Adrian, apenas disimulados por la barba y el betún con el que se había pintado la cara.

Finalmente, desoyendo las advertencias, el 10 de febrero el grupo partió de Fitzroy Square hasta la estación de Paddington. Cole y Adrian fueron al vagón restaurante, pero insistieron en que los demás no los acompañaran para que sus disfraces no sufrieran daño. Mientras almorzaban, Adrian se dedicó a aprender unas frases de swahili — habían comprado una gramática que editaba la Sociedad para la Difusión del Evangelio—, lengua que pensaban que sería similar a la que se hablaba en Abisinia. Cuando llegaron a Weymouth, comprobaron que la Armada había caído en la trampa; los esperaba una guardia de honor.

Para que el asunto no trascendiera y que la recepción fuera discreta, los bromistas habían enviado el telegrama anunciando su llegada esa misma mañana, pero la Marina había actuado con celeridad, e incluso tuvieron tiempo de colocar una alfombra roja en la estación para

recibirlos. Después de la bienvenida, los marinos llevaron a los falsos abisinios en carruajes hasta el muelle y de ahí en un pequeño vapor hasta el buque. El *Dreadnought* se encontraba en medio de la escuadra con la marinería formada en cubierta, las banderas izadas en el mástil y una banda de música que comenzó a tocar al arribo de los visitantes. “Cuando llegamos” — recordó Adrian—, “el almirante y su estado mayor, junto con el comandante del navío, todos con los uniformes de gala, llenos de bordados de oro, estaban preparados para la recepción”.

Como no habían tenido tiempo de hacerse del himno nacional de Abisinia, la Armada convocó a una banda naval que tocó el himno de Zanzíbar. Mientras los recibían, Adrian alcanzó a identificar entre la tripulación a su primo Willy Fisher, que lo miraba fijamente, pero aunque también conocía a otra de las autoridades de la Marina allí presentes, amparado en su disfraz pudo representar bien su papel, y durante el pase de revista a la guardia de honor comenzó a hacer sus falsas traducciones al abisinio. Luego de unas palabras en swahili siguió con Virgilio. Modificando la acentuación y separando las palabras en sílabas, logró hacer irreconocible, aun para un experto, el libro IV de la *Eneida*. Además, cambió su acento de Cambridge por uno alemán — habían dicho que se llamaba Kauffmann— y distorsionó el tono de su voz. Sin advertir nada extraño, el almirante William May y el primo de Virginia, el comandante William Fisher, mostraron el barco a los visitantes.

Los falsos abisinios no aceptaron el ofrecimiento de almorzar con los oficiales y también rechazaron la salva de veintiún cañonazos con los que querían saludarlos, pero visitaron el navío y, antes de que el bigote de Duncan Grant se despegara, salieron de barco y volvieron extenuados pero ilesos a Londres.

Aunque habían acordado no hablar con la prensa del asunto, una foto que se habían sacado como recuerdo apareció con grandes titulares y a página entera en el periódico *Daily Mirror*. Los periodistas, que contaban con una fuente que divulgó la identidad de los bromistas, llegaron hasta el 29 de Fitzroy Square con la intención de entrevistar a una joven “muy atractiva, con facciones clásicas” que había participado de la broma y lograron hablar con Virginia. También querían sus fotos con vestido de noche, cosa que al parecer no consiguieron. Días después de la broma, el *Daily Mirror* publicaba una historieta acerca de lo que podría pasar la próxima vez, cuando un auténtico príncipe abisinio visitase un buque de la Armada. La imagen muestra a los marinos lanzándose sobre los visitantes, tirándoles de las barbas y de los

turbantes.

Con razón, Adrian creyó que el responsable de la infidencia había sido Cole, y los resultados no se hicieron esperar. Semanas después, Willy Fisher apareció indignado en casa de sus primos Stephen:

«¿Sabíamos —escribió Virginia— que todos los niños iban por la calle gritando Bunga-Bunga tras el almirante May? ¿Sabíamos que le debíamos la vida a la Armada? ¿Sabíamos que éramos impertinentes y estúpidos? ¿Sabíamos que merecíamos que nos azotaran en público? ¿Sabíamos que si nos hubieran descubierto nos habrían quitado las ropas y arrojado al mar?»

Willy Fisher exigió los nombres de los demás participantes y dijo que, según el código de honor de la Armada, él no podía castigar a un hijo de su tía. De esta manera, Adrian salió ileso, pero junto con algunos compañeros de armas, Fisher fue tras Cole y Duncan Grant, a quien encontraron desayunando en la casa de sus padres. Haciéndose pasar por unos amigos, los marinos reclamaron su presencia, y cuando Duncan salió, su madre pudo ver a través de la ventana cómo “desaparecía bruscamente en el interior de un vehículo. ‘¿Qué hacemos? —le preguntó a su marido—. Acaban de raptar a Duncan’. El comandante Grant, que era militar y sabía de procedimientos, le respondió, sonriendo: ‘Supongo yo que serán esos amigos del *Dreadnought*’.

Lo cierto es que Duncan “tenía el aspecto de un cordero”, lo que desarmó la animosidad de los vengadores: “No puedo con este individuo —dijo uno de los oficiales—. No se defiende. No puedo atacarlo”. Finalmente, y después de darle un par de golpes ceremoniales con un bastón, consideraron zanjado el asunto y anunciaron que “habían vengado el honor de la Armada”. Algo similar sucedió con Cole, pero en el caso de Virginia la estrategia fue diferente y, en principio, fue amonestada por parientes que se quejaban del rumbo que tomaba su vida;^[137] ese tipo de fama no era conveniente para ella. El *affaire* concluyó sin grandes perjuicios para los actores en cuanto Adrian y Duncan Grant se entrevistaron con el primer lord del Almirantazgo. Si bien el tema llegó al Parlamento y hubo una interpelación pública, ^[138] ni los políticos ni la Marina se sentían inclinados a ventilar el hecho. Aun así, hubo consecuencias más o menos inmediatas, como la reformulación de reglamentos de correo y de seguridad de la Armada. A través de la inocentada —una broma ingenua e imposible de llevar a cabo en nuestros días—, lo cierto es que un pequeño grupo de jóvenes

logró ridiculizar al Imperio y burlar las normas de seguridad, infiltrándose en las defensas de la nación; incluso llegó a saberse públicamente que uno de los supuestos abisinios no era hombre sino mujer.

Años después y como reacción al libro de Arnold Bennett *Our Women: Chapters on the Sex Discord* (Nuestras mujeres: tratado sobre la discordia sexual), que sostenía que las mujeres eran intelectualmente inferiores a los hombres,^[139] Virginia escribió su relato “Una sociedad”, cuyo argumento desarrolló luego en *Un cuarto propio* y *Tres guineas*. En este relato, en el que un grupo de mujeres crea una sociedad “para responder a distintas preguntas” acerca del mundo de los hombres, se sirve de su experiencia para ridiculizar el sistema patriarcal. Rose, una de las protagonistas, cuenta que, disfrazada de príncipe etíope, subió “a bordo de uno de los buques de Su Majestad”. Al descubrir el engaño, el capitán le exigió “una satisfacción a su honor”, que consistió en unos “golpecitos en el trasero” dados con una vara, la misma que luego utiliza Rose para satisfacer el suyo. Finalmente, y con el honor intacto, ambos se dirigieron “a un restaurante; bebieron dos botellas de vino que él insistió en pagar; y se despidieron con promesas de amistad eterna”.

Nuevas crisis

En marzo, pocos días después de la broma del *Dreadnought* —que tal vez funcionó como detonante—, Virginia tuvo una nueva crisis nerviosa. El doctor Savage prescribió lo habitual: reposo, horarios regulares y ninguna vida nocturna. Buscando la tranquilidad aconsejada, se reunió con su hermana y Clive en Studland, donde también recibieron a otros visitantes. Allí estaba Lytton, muy a gusto con las hermanas pero displicente con Clive,^[140] quien se sintió relegado y le dijo que ya no sería bien recibido en Gordon Square.

Pasadas tres semanas y considerándose curada, Virginia regresó a Londres. Desde allí le escribió a Violet: “Regresamos hace diez días. Estúpidamente, volví a ponerme mal de la cabeza y no he estado haciendo nada”. En realidad, su salud no era estable, y la agitada vida de Londres no colaboraba en su mejoría. Los síntomas más frecuentes eran dolor de cabeza, insomnio e irritación, y reincidía en el antiguo

rechazo a la comida. Esta vez, Savage fue terminante y le ordenó que saliera de la ciudad. Así pues, en junio Virginia se alojó en la *Moat House*, residencia que Clive y Vanessa habían alquilado en Blean. Desde allí le escribió a su amigo Saxon diciendo que el lugar era estimulante, pero también le contó que Clive y Nessa habían perdido la paciencia durante una visita del dueño de la casa y que lo despidieron violentamente. Enojada por la falta de discreción de su hermana, Vanessa se sintió obligada a defenderse: “Desde muy joven, Virginia se ha metido a hacer de mí un personaje que se acomodara a sus propios deseos y ahora ha conseguido imponerlo de tal manera al mundo que nos rodea, que se supone que todas esas absurdas historias son ciertas por el hecho de ser tan características”.

A pesar de las bromas, y como después de un par de semanas en la *Moat House* Virginia no mejoraba, Vanessa, que estaba en los últimos meses de su segundo embarazo y debía volver a Londres, decidió que lo mejor era dejarla al cuidado de Clive, a quien recomendaba: “Tenemos que tomar en cuenta a la Cabra”. En su estado, ella también necesitaba cuidados y volvió a consultar al doctor Savage, quien indicó que debían recluir a Virginia en una casa de reposo de Twickenham Resignada pero a la vez preocupada por el costo del tratamiento, segura de que su permanencia allí sería detestable, Virginia lamentaba: “La sola idea de las enfermeras, la comida y el aburrimiento es de lo más desagradable, pero también imagino los deleites de estar sana otra vez”.

Enterado del estado de Virginia, George Duckworth se hizo presente mediante “dos cartas muy repulsivas, llenas de condescendencia y medio disparatadas”, en las que le recriminaba que fumaba demasiado y la invitaba a alojarse en su casa. A esas alturas, casi sin escapatoria entre las presiones de médicos y familiares, aceptó recluirse en la casa de salud y partió a Twickenham Pronto quedó claro que, pese al estado en que se encontraba, podía ganarse simpatías; conquistó a Miss Thomas, la dueña del establecimiento, que, encantada con Virginia, consideraba a su paciente un ser especial, apreciaba su inteligencia y disfrutaba de su conversación. Pero Jean Thomas era una mujer de convicciones religiosas y durante mucho tiempo intentó convertirla a la fe. La cuestión es que Virginia la había cautivado al punto de que tanto Clive como Vanessa llegaron a la conclusión de que la directora del establecimiento de salud se había enamorado de ella.

Por su parte, aunque Vanessa se quejara de que Virginia hacía de ella un personaje, tampoco se privaba a su vez de convertir a su hermana también en uno, y recordando que Lytton había hecho una

cura de salud en un sanatorio de Suecia, le escribía a Virginia:

«Realmente, que tu práctica del safismo con una sueca en Twickenham y la de Lytton de la sodomía con suecos en Suecia —que es, al parecer, el caldo de cultivo del vicio—, hará que conformen, cuando ambos salgan, una linda pareja, hecha el uno para el otro».

La integración tenía sus bemoles, y los aspectos negativos eran demasiados. Aunque apreciaba a Miss Thomas, Virginia extrañaba lo que llamaba conversaciones inteligentes, y sobre todo sentía la ausencia de Nessa; a pesar de eso, como la consideraba una conspiradora que se ponía del lado de Savage, le escribía amenazante: “En realidad, no creo que pueda soportar esto mucho tiempo más. [...] Sin embargo, lo que quiero decir es que pronto voy a tener que saltar por la ventana. La fealdad de la casa es casi incomprensible”.

Era difícil para Virginia permanecer en un ambiente teñido por la religiosidad; creía firmemente que la religión había arruinado tanto a las pacientes como al personal de la clínica, y desde esa perspectiva analizaba una situación que también la tenía presa: “Respetan mis cualidades, aunque Dios me haya dejado en la oscuridad. Siempre se están preguntando qué es lo que trama Dios. La mentalidad religiosa es bastante sorprendente”

Lejos de ser una paciente sumisa, Virginia se mostraba rebelde y, en más de una ocasión, pensó en huir. Esto preocupaba a Vanessa, que insistía en que debía permanecer allí hasta finalizar su cura. Por su parte, mientras estuvo en Twickenham, Virginia se entretuvo observando a las pacientes, “innumerables jóvenes con problemas amorosos”, entre las que le llamó la atención una tal Miss Somerville, porque llevaba dos crucifijos y alternaba períodos de excitación —en los que cortaba todas las rosas del jardín e iba a la iglesia— con semanas de silencio y confinamiento.

Ella misma pasaba por momentos de aburrimiento e irritabilidad, y sospechaba que “una gran conspiración” se fraguaba a sus espaldas. Por otra parte, las visitas estaban acotadas, y aun cuando Clive pudo ir algunas veces a verla, se sentía alejada de sus afectos e intereses. En una de estas visitas, Clive fue testigo de la influencia que Virginia ejercía sobre Miss Thomas. Había trastocado la monotonía de sus días de tal manera que, para no perder contacto con su paciente, cuando el doctor Savage le dio un alta parcial, la directora del sanatorio quiso

acompañarla durante su convalecencia en Cornwall, donde las dos dieron largos paseos y sostuvieron intensas conversaciones. Más adelante, reflexionando sobre su futuro, Virginia le escribió a Clive:

«Mis conclusiones acerca del matrimonio quizá puedan interesarte. Soy tan feliz que es una lástima no poder ser más feliz aún; y sin embargo, cuando me imagino al hombre a quien le diría ciertas cosas, no es a mi querido Lytton, ni tampoco a Hilton. No deja de ser extraño que le dediquemos tanto tiempo a imaginar los encantos de la simpatía. El futuro, como de costumbre con estos antropoides sanguíneos, se presenta lleno de maravillas».

Esta visión esperanzada no impedía que durante su estadía en Cornwall pensara “en Thoby todo el tiempo”. Preocupada por su propia salud, Virginia se proponía cautela, no extenuarse durante sus caminatas ni excitarse demasiado. Además, ponía especial cuidado en evitar las jaquecas. De pronto, cobraban su precio las tensiones de los últimos años, a saber: la muerte de Thoby, el intempestivo casamiento de Vanessa y finalmente la estimulante, pero culpable, relación con Clive. En efecto, no es arriesgado pensar que esta crisis nerviosa fuera la resultante de un conflicto provocado por la relación triangular con su cuñado y su hermana, que debía resolverse con urgencia, aun cuando para Virginia implicara ponerse en una situación de inferioridad o de súplica y pedirle a Clive que en sus futuros encuentros, para evitar crisis mayores, evitara “irritar a la bestia, como entretenimiento”.

Nuevos amigos

En septiembre, confiada en su recuperación, Virginia regresó a Londres y conoció a su nuevo sobrino, que había nacido el 19 de agosto. Luego se dirigió con los Bell a Studland. Uno de los motivos del viaje era proseguir con su cura de descanso y tranquilidad, pero mientras Clive estuvo allí discutieron y se irritaron mutuamente. Finalmente, él viajó a París y las hermanas pudieron reanudar sus charlas como antaño. El tema principal era el futuro de Virginia, y ambas llegaron a la conclusión de que el matrimonio con Lytton era inviable, “mientras que era perfectamente posible el matrimonio con alguna otra persona”.

Es probable que Clive viviera con ambivalencia dicha posibilidad. Por un lado, el matrimonio liberaría a los Bell de hacerse cargo de Virginia, pero mientras esto no sucediera, él seguiría siendo la mayor influencia sobre las dos creativas e interesantes hermanas. De regreso en Londres, Virginia retomó la escritura de su novela, pero tanto Savage como Miss Thomas le advirtieron que debía mantener una rutina tranquila, y eso contribuyó a su decisión de buscar una casa para pasar una temporada en las afueras de la ciudad. Cuando Virginia recordó esos momentos años después, no dudó en señalar un nuevo punto de clivaje que dio otro giro a la vida de los más ilustres integrantes de Bloomsbury:

«Una noche, Clive subió las escaleras a toda velocidad, en estado de gran excitación. Acababa de tener una de las conversaciones más interesantes de su vida. Fue con Roger Fry. Hablaron durante horas de teoría del arte. Clive consideraba que Roger Fry era la persona más interesante que había conocido desde los tiempos de Cambridge».

Roger Eliot Fry era crítico de arte y pintor. Provenía de una familia cuáquera y tenía un hermano y siete hermanas, todas solteras. Elegido miembro de los Apóstoles en Cambridge, se había graduado con honores en King's College; su interés por la pintura lo llevó a convertirse en una autoridad en los Viejos Maestros. Publicó su primer libro, *Giovanni Bellini*, en 1899. Más adelante, Fry se casó con una pintora y tuvo dos hijos, pero 1910 dio un vuelco catastrófico a su vida tanto en lo personal como en lo artístico: su esposa comenzó a dar señales de disturbios mentales y debió internarla. En ese mismo período, él estaba organizando la Primera Exposición de Pintores Postimpresionistas en Londres. Acababa de regresar de Nueva York, donde se había desempeñado como curador del Museo Metropolitano de Arte, cargo que se vio obligado a dejar después de enfrentarse con su director, Pierpont Morgan. En aquel momento, la carrera hasta entonces convencional de Fry empezaba a tomar nuevos rumbos.

Aunque hasta 1910 Fry solo se había encontrado ocasionalmente con algunos integrantes de Bloomsbury, no era un desconocido para las hermanas. Vanessa lo había conocido en Cambridge en 1902, y volvieron a verse en 1904, en una comida en casa de Desmond MacCarthy. Poco después, se perdieron de vista hasta el momento en que ella y Clive compartieron con Fry un viaje en tren entre Cambridge y Londres. En ese viaje, descubrieron que tenían mucho en común, y

Roger invitó a Clive para que lo ayudase en la organización de la Primera Exposición de Pintores Postimpresionistas, que debía realizarse en Londres. La muestra, que agrupaba a Manet y los postimpresionistas, se inauguró el 8 de noviembre en la Grafton Gallery. Era la primera vez que se exponían en Londres pinturas de Cézanne, Denis, Derain, Gauguin, Manet, Picasso, Seurat, Van Gogh y otros.

Virginia recordaría que, en ese entonces, Roger “tenía más conocimiento y más experiencia que todos nosotros juntos. Su mente parecía unida a la vida por una cantidad extraordinaria de vínculos”. La exposición de los postimpresionistas dividió al público inglés entre fanáticos entusiastas y críticos acérrimos. Los Bell estuvieron decididamente de parte de Fry, lo consideraron un adelantado: una nueva era comenzaba. “Los viejos y esquemáticos argumentos del Bloomsbury primitivo —escribió Virginia— adquirieron carnadura.

Siempre surgía una idea nueva, siempre había, apoyado en una silla, un nuevo cuadro para contemplar, siempre había un nuevo poeta rescatado de la oscuridad y expuesto a la luz del día”.

La presencia de Fry fue aglutinante y rectora. El joven Duncan Grant se convirtió en un asiduo concurrente a las reuniones de Bloomsbury, y Vanessa, que se encontraba en su elemento a pesar de tener que ocuparse de dos hijos pequeños, florecía en sus aspectos creativos. Por su parte, finalizada su convalecencia, Virginia había retomado *Melymbrosia* y —como le escribió a Violet— compartía el entusiasmo que generaba la exposición de los postimpresionistas:

«Ahora que Clive está en la vanguardia de la opinión estética, oigo hablar mucho sobre cuadros. No los considero tan buenos como los libros. Pero por qué todas las duquesas se sienten insultadas por los postimpresionistas, una modesta muestra de pintores, libres incluso de indecencia, no lo puedo entender. Sin embargo, no se puede decir que son como otros cuadros, solo que mejores, porque eso enfurece a todo el mundo».

“Cambió el carácter humano”

Años después, analizando ese momento en particular, Virginia afirmaba categóricamente que “en diciembre de 1910 o más o menos en esa

época, cambió el carácter humano”. Era un hecho que las costumbres de las hermanas Stephen habían evolucionando al punto que, según parece, Vanessa “propuso [...] la creación de una sociedad libertaria donde hubiera absoluta libertad sexual para todos”. Este tipo de propuestas iba de la mano de una rebeldía estética que, sin embargo, tenía sus límites; así lo interpretó retrospectivamente su hijo mucho después:

«El pintor Henri Doucet, que estaba presente en una de las reuniones más alocadas, en la que Vanessa bailó con tal entusiasmo que se quitó la mayor parte de la ropa y empezó a dar vueltas desnuda hasta la cintura, observó —quizá con cierta añoranza— que “*En France ga aurait fini dans les embrassades*”, cosa que allí aparentemente no sucedió: el juego de la promiscuidad era solo un juego. Ya no era necesario que el matrimonio santificara el sexo, convinieron todos, pero aún debía santificar la pasión».

Las hermanas tenían ante sí un espacio de libertad inédito, pero no dejaban de ser mujeres de transición, todavía apegadas o moldeadas por los viejos valores. Por eso —y dadas las inclinaciones homosexuales de Maynard Keynes—, Quentin Bell señala que son poco creíbles los rumores que circulaban por entonces acerca de que Vanessa y Keynes “copularon *coram publico*” en la sala de Gordon Square.

A principios del siglo XX comenzó a tomarse conciencia de que “lo privado es político”,^[141] y es así como las tres transgresiones en las que Virginia participó durante ese año, “que se interpretaron como tres manifestaciones relacionadas entre sí [...]: el movimiento sufragista, la inocentada del acorazado y la exposición postimpresionista”, tuvieron una dimensión que excedía el ámbito de lo privado. Tomando anclaje en convicciones íntimas y que nacían en ese ámbito, tanto la vida como la obra de Virginia Woolf alcanzan una dimensión política todavía actual, ya que “siguen siendo estas tres subversiones de Bloomsbury ejes en torno a los cuales gira una parte nada desdeñable del debate político y artístico contemporáneo”.

De hecho, la coincidencia temporal entre las movilizaciones por el voto femenino y la muestra postimpresionista, junto con la influencia de Fry, hacían sentir aires nuevos y liberadores. Entusiasmada, Vanessa escribió:

«“Podíamos decir lo que siempre habíamos sentido en lugar de tratar de decir lo que los otros nos decían que podíamos sentir”».

Reaccionarias, las mentes más conservadoras se mostraban abiertamente críticas, y los diarios decían que la muestra era pornográfica.^[142] “El público de 1910 se vio arrastrado a paroxismos de indignación y risa [...] se enfurecían”. Entre artistas y críticos estaban los que consideraban que la obra de los impresionistas era “basura” y “detectaba síntomas de locura en los pintores”; en ese contexto, en una conferencia el doctor Hyslop —más adelante, sería médico de Virginia— dijo que “los cuadros eran obra de locos”.

Por su parte, algunos críticos hicieron circular “unas caricaturas en las que Roger Fry, con la boca muy abierta y el pelo alborotado, proclamaba la religión de Cézannah, con Clive Bell como acólito en Saint Paul”. Lo cierto es que las costumbres arraigadas durante la era victoriana —incluso la manera de vestir de hombres y mujeres— seguían patrones que estaban en trance de revisión, lo que ponía en el tapete cuestiones de orden moral. Una de esas noches, Virginia cenó en un pequeño restaurante del Soho, y luego, entre sorprendida y divertida, escribía que había estado en un lugar “donde las prostitutas seducen a los jóvenes. La perversidad de Londres en estos días es inconcebible”.

Como pintora, Vanessa se sentía en el centro de un movimiento realmente importante y creía que “los escritores estaban enderezando las orejas y levantando sus voces por miedo a que se prestase una atención excesiva... a los pintores”. Mucho después, en su biografía de Roger Fry, Virginia reconoció: “la Literatura sufría de una plétora de viejos ropajes. Cézanne y Picasso habían mostrado el camino; los escritores debían arrojar la representación a los cuatro vientos y seguir su ejemplo”. Esa percepción tuvo que ver con que en *Al faro* sea una pintora, Lily Briscoe, la que encarna la necesidad de tirar por la borda las convenciones heredadas de la era victoriana.

En la fiesta que acompañó la inauguración de la Exposición de los Postimpresionistas en Londres, Vanessa y Virginia ratificaron su rebelión. Se presentaron vestidas a la manera de las mujeres de Gauguin, envueltas en policromadas telas exóticas, fabricadas para los nativos africanos por la compañía Burnetts. Se adornaron con flores y collares, se maquillaron las piernas y los brazos de color oscuro, e irrumpieron en la reunión con las piernas al descubierto, lo que acrecentó su ya incipiente fama de rebeldes y no convencionales. Las

hermanas eran conscientes de su actitud contestataria,[143] que escandalizaba a muchos de sus contemporáneos; incluso hubo mujeres que se retiraron indignadas de la reunión. Había cierto orgullo en mostrarse rebeldes y también una aspiración: su vida privada ya era revulsiva para sus antiguos amigos y parientes, pero aún faltaba lo más importante: sus respectivas artes deberían ser también revolucionarias.

En ese sentido las hermanas actuaban como doble o *doppelganger*, e incluso como perseguidor, ya que si por un lado cada una era el apoyo, guía y compañera del alma de la otra; por el otro, competían para ver cuál de las dos resultaba más exitosa.

Alrededor de 1910, un nuevo discurso se instalaba en Bloomsbury; el grupo se hacía cada vez más conocido; la timidez de los primeros tiempos y la exaltación casi mística que acompañaba las discusiones cedía paso a actitudes abiertamente provocadoras. En cuanto a las cuestiones políticas que se debatían, en diciembre, después de participar en un par de reuniones sufragistas en el Albert Hall, Virginia le escribía a Violet acerca del “lado inhumano de la política”, un mundo conspirativo que le era extraño, donde “el único entretenimiento fue un bebé que no dejaba de llorar, cosa que alguien tomó como un sarcasmo mordaz contra la obtención del voto femenino”.

A pesar de que no le interesaba la participación ni le entusiasmaban los discursos políticos, es un hecho que Virginia supo trasladar a su obra la experiencia obtenida en el contacto con mujeres mucho más comprometidas que ella. En *Noche y día*, novela ambientada en el período eduardiano, los personajes femeninos principales son Katherine Hilberny, una joven que vive con sus padres y pertenece a una familia distinguida, y Mary Datchet, que vive sola y trabaja en una oficina sufragista. Las dos se sienten atraídas por Ralph Denam, y aunque Katherine es su elegida, ambas conservan una amistad que en esta última incluye admiración por la independencia y las convicciones de Mary. Como le ocurría a Virginia Woolf, ese respeto no se hallaba exento de incredulidad, y Katherine desconfía de los intentos de Mary y de sus amigos sufragistas de reformar la sociedad. Finalmente, cuando Katherine y Ralph se declaran su amor, pasan bajo la ventana de Mary, pero no se deciden a entrar, como si un ámbito excluyera el otro. Desde su “íntima felicidad” contemplan “la luz que pasaba a través de los visillos, pensando que había algo extraordinario en el espíritu sereno de aquella mujer que trabajaba dentro, que trabajaba con el afán de lograr un mundo mejor, un mundo que ninguno de ellos llegaría a conocer”.

Después de un año intenso, en diciembre, Virginia y Adrian pasaron

una semana en Lewes, en la zona de Sussex, donde recibieron las visitas de Miss Thomas, y para contento de Adrian, la de Duncan Grant, con el que mantenía un *affaire*. Los hermanos paseaban por el pueblo —sus excéntricas figuras hacían que los lugareños los confundieran con extranjeros—, y a pesar de sus divergencias, parecían concluir el año en una relativa armonía. Durante una de sus excursiones por los alrededores, Virginia encontró una casa en el pueblo de Firle. Encantada con el lugar, decidió alquilarla y, nostálgica, recordando su infancia en St. Ives la llamó Little Talland House. Mientras resolvía esas cuestiones, su futuro generaba expectativas de los suyos y de extraños. Así lo comprobó durante una visita a Brighton, donde vivían los padres de Saxon, cuya “madre era tan poquita cosa como un ratón de campo”:

«Saxon no dijo ni una palabra, pero me sonrió una vez. A todos se los veía muy delgados e incómodos. Después del almuerzo me llevaron a la sala de estar y encendieron la chimenea en mi honor. Es una habitación amarillo claro atiborrada de baratijas. La señora Turner empezó a hablar sobre Saxon. [...] ¡Solo deseaba que pudiera encontrar una buena esposa! [...] Estoy segura de que pensó que yo estaba interesada en él, y que había ido a perseguirlo».

CAPÍTULO XIV - 1911

Los neopaganos

LA vida campestre sentaba a su recuperación, y a comienzos de año, francamente repuesta de la crisis, Virginia decidió que alternaría su residencia entre Londres y su nueva casa en Firle. Pero el campo no era sinónimo de soledad. Pasaban por allí amigos y parientes, entre ellos la ya devota Miss Thomas, que se alojó una noche, “en el intervalo entre dar de alta a una mujer que deseaba cometer un asesinato y recibir a una que quería suicidarse”.

Mientras tanto, los Bell visitaban a la familia de Clive, y como a nadie le gustaba el nombre Claudio, que Vanessa había elegido para su segundo hijo, habiendo pasado cuatro meses desde su nacimiento, todos le buscaban un nuevo nombre.

Por su parte, entusiasmada con la Little Talland House, Virginia intentaba concentrarse, pero los tañidos de la campana de la iglesia “que no repicaba, sino meramente martillaba, como un vendedor ambulante arrogante y obstinado”, mientras la congregación entonaba sus salmos, la llevaban “a pensar que todavía perseguían a los ateos”. De todas maneras, prevalecían los encantos de la zona y tenía en perspectiva mudarse a Firle. Virginia creía que vivir en el campo no implicaba aislarse; como siempre, su exhaustiva correspondencia era una forma de seguir en contacto con sus amistades. En una de esas cartas le informaba a lady Ottoline Morrell:

«Supongo que te has enterado de los terribles pleitos que dividieron en dos nuestro mundo desde que te fuiste. El plan ahora es hacer un baile de disfraces, donde Clive se va a vestir de Soldado de la Guardia

Real, y Lytton de bailarina, y se van a abrazar antes de quitarse la máscara, y luego van a hacer las paces. Pero las disputas son más bien emocionantes.»

Por entonces, además de relacionarse con nuevos amigos como Roger Fry o la aristocrática lady Ottoline Morrell, las piedras angulares de Bloomsbury comenzaron a frecuentar a un grupo de jóvenes, la mayoría de los cuales había asistido a la Universidad de Cambridge, a los que Virginia bautizó “neopaganos”. Se trataba de un grupo eminentemente intelectual, liderado por Rupert Brooke, joven poeta, apóstol y fabiano. Se apodaban “fabianos” los integrantes de una sociedad fundada por socialistas, cuyos miembros gustaban de las caminatas, de la navegación, la vida al aire libre y que solían hacer excursiones y acampar; también seguían pautas vegetarianas y las mujeres tenían educación universitaria. En contraste con la homosexualidad declarada de algunos integrantes de Bloomsbury, los neopaganos aspiraban al matrimonio y se proclamaban heterosexuales. Su líder, Rupert Brooke, resumió algunas de las características de este grupo: “El grupo del que formamos parte... no copula sin estar casados, pero *sí* nos encontramos en cafés, conversamos en los autobuses, damos paseos sin necesidad de chaperonas, estamos juntos, nos prestamos libros, sin estar casados”.

A mediados de enero, mientras pasaba unos días cerca de Oxford, en compañía de Marjorie Strachey, la más joven de las hermanas de Lytton, a la que llamaban Gumbo, Virginia conoció a una de las jóvenes neopaganas, Ka Cox, y le contó a Clive:

«Me gustan las muchachas inteligentes, pese a mi cuñado (no me tomes en serio). [...] El motor del auto se averió en la cuesta de una colina escarpada y llena de barro, y Gumbo sufrió un ataque de histeria: imaginaba que un perro se le iba a meter entre las piernas. Le dije que no había razón para temer tal cosa, pero no le di más explicaciones. Y entonces oyó el ladrido de un sabueso de una granja distante y se arrojó sobre Ray. Anoche Gumbo nos dio una larga disertación sobre su carácter, sus talentos, pasiones y demás, y nos dijo que sería capaz de renunciar a todas las alabanzas que recibe su brillante inteligencia a cambio de que una sola persona (un hombre de preferencia) le dijera que era adorable. Nadie se levantó. Ha mejorado, y nos llevamos bien. Nadie me hace reír tanto. Es todo un personaje.»

En aquella ocasión el grupo de mujeres permaneció reunido hasta altas horas de la madrugada, y Virginia relató:

«Nos volvimos muy francas y atrevidas. Gumbo nos contó cómo su período le afectaba el estómago y le dañaba la voz, ante lo cual todos le preguntamos (había estado cantando Brahms) si en ese momento estaba indispuesta. Parece ser que tenía diarrea. Todo esto me agradó mucho, y como ya dije, me gustan las muchachas inteligentes. También alabaron mi belleza. Pero el cumplido perdió un poco su efecto cuando oí que Gumbo había sentido un inconfundible sentimiento de amor tras ver a Nessa la última vez.»

Virginia descubría que, aun en su presencia, el fantasma de su hermana podía convertirse en el centro de atención y poco después, en marzo, en ocasión de recibir su ayuda para dar los toques finales a la Little Talland House, reconocía cuánto la necesitaba. Hasta abril, cuando finalmente pudo instalarse cómodamente en Firle, Virginia alternó sus días entre Londres y el campo; había retomado la escritura de su novela y leía mucho. Un libro de Santayana, que le prestaron, le dio una idea de cómo confluían en ella diferentes intereses. Si de rigor intelectual y lecturas se trataba, Virginia era tan implacable y se compenetraba tanto con ese mundo como podía hacerlo también en aquel otro, donde lo que importaba eran las relaciones. ¿Acaso no era esta una síntesis de la herencia recibida? ¿No reunía en sí misma las preocupaciones intelectuales de Leslie con la perspicacia y, por qué no decirlo, la intromisión en la vida de los demás que caracterizaba a Julia?

«Acabo de terminar la obra de Santayana... con asombro, si de su poder o del mío, o de los pensamientos del mundo, no lo sé. Pienso que realmente es asombro ante la cantidad de cosas incorpóreas de gran importancia que contienen los libros. Habiendo pasado una larga vida llena de conversación, hurgando dentro de la gente a través de sus dichos, casi había olvidado cuánto pensamiento ocurre fuera de mi cabeza. Y sin embargo, leer es como cerrar las puertas de la catedral; nos volvemos tan puros. Esto no tiene nada que ver con los trabajos de la imaginación, supongo.»

También dedicada a lecturas menos filosóficas, por entonces Virginia

se preguntaba si *Preludio* de Wordsworth no era “una de las más grandes obras que se hayan escrito”. También leía *Relaciones peligrosas* de Pierre Choderlos de Laclos; una lectura apropiada, ya que las relaciones amorosas de los integrantes de Bloomsbury podían tornarse peligrosas. Al menos, dibujaban intrincados paisajes, y mantenerse al tanto de lo que pasaba en esos terrenos fue otro punto de unión entre las hermanas. Vanessa siempre recibió con alegría las cartas en las que Virginia se explayaba con anécdotas y chismes acerca de sus conocidos. En ese sentido, los neopaganos les ofrecieron abundante material de conversación. Así, cuando en abril Virginia recibió en Firlie a Ka Cox, esa “joven brillante e inteligente” que formaba parte del grupo, se enteró de una de esas historias que, al tiempo que la entretenían, le servían de base para estudiar los sentimientos y las emociones que solían desencadenar. En este caso se trataba de un complicado triángulo amoroso que incluía al pintor Jacques Raverat, a Ka Cox y a Gwen Darwin. Después de rechazar a Raverat varias veces, Ka Cox “lo animó a que tomara en cuenta a Gwen, en la creencia de que a ella nunca le interesaría. Pero Gwen rápidamente se enamoró de él”. Finalmente las circunstancias terminaron superándolos, Jacques aseguraba que estaba enamorado de ambas, y finalmente Ka se dio cuenta de que estaba más interesada en él de lo que creía.

Virginia, que sentía curiosidad por lo que sucedería, le escribía a Nessa: “Ka se casará con Brooke el año próximo, espero”. Retrospectivamente, Virginia reconoció cuánto se había involucrado en los amores de los neopaganos y cómo le había impresionado la manera, aparentemente sencilla, con la que resolvían los problemas de la vida. También recordó que se había propuesto ganarse la admiración de esos jóvenes cultivados y brillantes. Por otra parte, el triángulo que formaban Ka, Jacques y Gwen era una especie de espejo que reflejaba aspectos de lo que había vivido con Nessa y Clive, y es más que probable que Virginia se sintiera atraída por Jacques Raverat. Lo cierto es que como tenía una buena relación con los neopaganos, decidió pasar unas vacaciones en Francia con Ka Cox, a la que cariñosamente llamaba “Bruin”^[144] Pero las circunstancias la obligaron cambiar de planes.

Roger Fry Y VANESSA: las AFINIDADES ELECTIVAS

Con la intención de admirar el arte bizantino, Vanessa, Clive, Harry Norton y Roger Fry habían coincidido en Constantinopla. Según parece, Clive partió con resquemores, pues no quería separarse de Virginia, en parte debido al temor de que algo le sucediera, y en parte por celos de que otro ocupara su lugar. En Brusa, Vanessa, que cursaba el tercer mes de un nuevo embarazo, se descompuso; las condiciones distaban de ser ideales, estaban a un día de viaje de Constantinopla y, a falta de médico, fue atendida por un farmacéutico. A pesar de las tranquilizadoras cartas que Clive le enviaba, Virginia leyó entre líneas que la situación era preocupante, y dejando de lado sus planes con los neopaganos, partió hacia Brusa para ver a su hermana.

Una vez allí se encontró con que Roger era el dueño de la situación, ya que se ocupaba de contener los ánimos y manejar la situación ante la ineficiencia temerosa de Clive y de Norton. En esas circunstancias, invadida por los malos recuerdos, Virginia le escribió a Violet: “Es la parodia más extraña de lo que hicimos hace cinco años”.

Finalmente, convencida de que la recuperación de Vanessa se debía a Roger, descubrió lo interesante y agradable que podía ser su compañía. Además de la colección de obras de arte y objetos que los viajeros transportaban, Roger había tomado a su cargo a todo el grupo. Siempre estuvo junto a Vanessa, y al final llevó a todos de regreso a Londres. Pero la convalecencia de Vanessa no fue sencilla. Había perdido el embarazo, y su estado se complicó con síntomas nerviosos. Ya en Londres, Vanessa y Roger reconocieron que estaban enamorados, y ella tuvo que vérselas con un duelo doble: por el hijo perdido y por el matrimonio fracasado.

En cuanto a Clive, además de la relación sin implicancias sexuales que lo unía a Virginia, había reanudado las relaciones con Mrs. Raven-Hill, a quien Vanessa llamaba “tu puta”. Aunque sabía de la existencia de esta amante, Vanessa parecía sentirse mucho más perturbada por la relación que Clive sostenía con su hermana que por las relaciones sexuales que pudiera mantener con otras mujeres. Solo Virginia era capaz de amenazar su identidad, a la manera de doble o *doppelganger* en sus aspectos oscuros, aquellos que implican la presencia de un competidor que desea o amenaza suplantar al sujeto. De todas maneras, el vínculo entre las hermanas seguía siendo fuerte, y Virginia, más tranquila respecto de la salud de Nessa, afrontaba con temor las implicancias de su soltería prolongada. Veía incierto su futuro como escritora y le escribía: “¿Te has sentido horriblemente deprimida? Yo sí. No podía escribir y se me aparecieron todos los demonios: los negros y

peludos. Tener veintinueve años y permanecer soltera... ser un fracaso... sin hijos... loca también... y ni siquiera escritora”.

Tampoco Vanessa pasaba por un buen momento. Por una parte, se sabía enamorada y correspondida por Roger, pero, por otra, debía enfrentar el irreversible distanciamiento de Clive y reconocer que su matrimonio se desintegraba. Para complicar las cosas, no bien comprobó que su esposa ya no estaba interesada en él, Clive empezó a mostrarse posesivo y a hacer gala de un humor irritable. En esas circunstancias, Vanessa tenía muchas cosas que lamentar. El interés tardío e inoportuno de Clive y las escenas emotivas la desquiciaban y le traían a la memoria la atmósfera enviciada del 22 de Hyde Park Gate. De todas maneras, como era su costumbre, rehuendo las situaciones explosivas, hizo todo lo posible por mantener con Clive una relación amistosa. Como contrapartida, el amor de Roger estaba cargado de devoción; él hacía que se sintiera hermosa y la valoraba como artista. Para Roger, que había vivido un año intenso y crucial — la locura de su mujer y las críticas feroces a la muestra postimpresionista—, el amor de Vanessa fue un remanso de paz, por lo que solía admirarla en una especie de absorta contemplación:

«Puedo hablarte de tu belleza, podría hablarte de ella hasta que te cansaras... pienso en ella una y otra vez, desde tus ojos hasta la uña de tu dedo meñique, y en la extraña seda de la palma de tu mano y en tu cuello, que ondea como una inmensa ola cuando dejas caer la cabeza hacia atrás a fin de que la bese, y en las pequeñas ondas de tu cabello que se arremolina alrededor de tus orejas y en el torso, que se recorta en planos tan amplios, pero al mismo tiempo tan perfectos, y en esa cuadratura debajo de tus axilas y en el movimiento de la cabeza al mirar a tu alrededor, complacida de ser tan hermosa.»

Mientras florecía su relación con Roger, Vanessa se sentía cada vez más arraigada a su arte. Vivía el presente y parecía haberle dado la espalda a las relaciones del pasado. Como para Virginia aquello no era tan sencillo, al menos de vez en cuando se sentía en la obligación de ver a los viejos conocidos. Así, asistió a una fiesta de antiguos amigos de la familia donde pudo comprobar que todos seguían igual, salvo que ahora tenían diez años más. Una de las pocas personas de su pasado con las que todavía podía congeniar era lady Nelly Cecil, “la mejor de los aristócratas de más edad”. Ella —le escribió Virginia a Nessa— “me dijo que nos habíamos comportado mal con Kitty. Le respondí que Kitty es

anticuada. [...] Ella insistió en que ambos, Kitty y Leo, están atrasados unos veinte años, y me dio a entender que Kitty es una tonta cabeza de chorlito, y que vive rodeada de una multitud de personas inteligentes que no le importan, pero es bastante feliz”.

Propuestas matrimoniales

Por entonces Virginia recibió otra declaración amorosa. Esta vez se trataba de Walter Lamb,[145] un contemporáneo de Clive, Thoby, Lytton y Leonard Woolf en el Trinity College, y uno de los autores de los poemas incluidos en *Euphrosyne*. Según parece, Lamb, que había tenido un *affaire* con James, un hermano de Lytton Strachey, consideraba la posibilidad de unirse a Virginia en matrimonio. Así se lo hizo saber ella a Vanessa en una larga carta:

«Él comenzó a lamentarse de la falta de almas nobles. Hablamos del amor y las mujeres en abstracto. Finalmente se sentó y me dijo: “¿Vas a decirme si has estado enamorada alguna vez?”. Le pregunté si sabía lo de Lytton. Dijo: “Clive me contó bastante”, lo que me enojó, pero no tiene remedio. Luego le dije que se lo contaría si de veras deseaba saberlo, y no por curiosidad. Dijo que quería descubrir qué sentía yo, y que se alegraría de oír lo que quisiera contarle. Le hice un resumen. Entonces dijo: “¿Quieres tener hijos y amor de manera normal?”. Dije: “Sí”. Dijo: ‘Me importas mucho’. Le dije: “¿Pero eres bastante feliz?”. Dijo: “Hay unas complicaciones horribles”. Dije: “Cuáles”. Dijo: “Vives en un avispero. Además, el matrimonio es tan difícil. ¿Me permites que espere? No me apresures”.

Le dije: ‘No hay razón para que no podamos ser amigos. ¿Para qué cambiar las cosas e inquietarnos?’. Dijo: “Claro, es maravilloso tal como es”.

Después seguimos caminando, y llegué a la conclusión de que él sentía que no podía permitirse enamorarse de mí porque dudaba de lo que yo sentía y que también estaba intrigado por ciertos aspectos de mi carácter. Dijo que yo convertía las cosas en telarañas, y que podía enfurecerme contra él por sus defectos. Reconocí mi gran egoísmo, mi ensimismamiento, mi vanidad y todas mis imperfecciones. Dijo que

Clive le había contado historias terribles para ilustrar mis defectos (por el amor de Dios, no repitas esto). Le dije que él me gustaba y que creía que podíamos ser amigos. Traté de dejar esto bien en claro.

Después habló mucho de ti, lo noble y divina que eres, cómo lo asustabas, cuánto deseaba hablar contigo, cómo era que sentía un amor estético por ti, etc., etc.

Después, hablamos de generalidades — su gota, en gran parte— y luego tomamos el té y fuimos a casa, y después a la ópera. [...] Walter me acompañó a casa, entró y bebió un trago aquí, porque Adrian no estaba.

Empezó otra vez a hablar de nuestra relación y dijo que le gustaría vivir cerca de mí en otoño, pero no dijo mucho más. Es incómodo, porque siempre está tratando de averiguar qué es lo que siento y yo tan solo puedo hablar de la belleza de la amistad.

Por supuesto, me gustó más que nunca, pues fue bastante directo y realmente sus sentimientos eran muy intensos (a menos que yo sea demasiado vanidosa para juzgar). Pero el asunto ha quedado en una situación incómoda. Quiere venir a Firlie en septiembre. Me gusta, pero la perspectiva de muchas largas charlas más bien me espanta. Hay algo patético en él.

Tiene mucho miedo de hacer el ridículo, y al mismo tiempo es muy consciente de que su cautela resulta un poco absurda.

¡A propósito, lo último que W. dijo antes de que nos interrumpieran fue que no veía en mí ningún defecto! “¿Ni siquiera como esposa?”, dije. “No, ni siquiera como esposa”. En mi opinión, está enamorado de mí, pero no debes decírselo a nadie.»

Durante la larga velada, indeciso ante el riesgo que por otra parte deseaba asumir, Walter le preguntó a Virginia si “iba a coquetear si [se] casaba”. A lo que ella contestó: “No si estuviera enamorada de mi esposo”. Podría deducirse que si bien su belleza e inteligencia atraían pretendientes, su mordacidad los atemorizaba; sobre todo, alerta por su extrema sensibilidad y al tanto de las crisis psíquicas que había padecido, Lamb debía considerar que no se trataría de una unión sencilla. Aunque al final no llegaron a comprometerse, el encuentro con Walter Lamb tuvo varias consecuencias; él le confesó que Adrian le había advertido de sus “defectos”; también señaló que Clive llegó mucho más lejos, ya que las cosas que le dijo “estaban mezcladas con elogios”, pero finalmente “eran desagradables”. Los alcances de estas

indiscreciones no fueron leves, se produjo un gran revuelo, y en consecuencia Clive no volvió a dirigirle la palabra a Lamb en toda su vida.

Nunca indiferente a las opiniones de los demás, Virginia se sintió afectada. Además de comprobar que ninguno de los pretendientes parecía ser el adecuado, sentía que aunque tenía amigos varones con los que se entendía a la perfección, y que incluso la admiraban, sus relaciones con el sexo opuesto no eran del todo satisfactorias. Más sencillo le era seguir el cauce de sus amistades femeninas, y a lo largo de su vida contó con el afecto, la devoción e incluso el amor de varias mujeres. Tal fue el caso de Miss Thomas, la dueña de la clínica, que por entonces estaba furiosa porque creía que Virginia no quería comer con ella. Años después, otras amigas llegaron a mostrarse aún más exigentes y apasionadas. Por su parte, Virginia sentía que la amistad entre mujeres daba lugar para la intimidad y las confesiones, y por entonces consideró que podía contarle a Janet Case los antiguos avances de George.

Las conversaciones sobre los amores de sus amigos —homosexuales o heterosexuales—, e incluso la relación triangular con su hermana y su cuñado, colocaron a Virginia en el lugar de espectadora de un juego en el que no estaba en condiciones de participar. En contraste con la sensualidad que todos le adjudicaban a Vanessa, en el imaginario de sus amigos y parientes Virginia representaba la castidad y la inhibición. Fue así como en los primeros tiempos de su relación, Leonard Woolf la describió como Aspasia, una hetaira de la Atenas del siglo V, “la más olímpica de las olímpicas”, compañera intelectual de Pericles: “Cuando pienso en Aspasia —escribía Leonard—, pienso en colinas que se elevan muy nítidas pero lejanas contra un cielo azul y frío; hay nieve en su cima que ningún sol ha derretido ni hombre alguno ha pisado”. Haciendo alusión a esa visión virginal, Leonard agregaba: “Si la tocaran enloquecería, como algunas mujeres enloquecen si las toca una oruga”.

La insistencia en mostrarse tan pronto genial como aguda y sarcástica compensaba solo en parte la imagen de virgen glacial y distante que le adjudicaban. Mientras tanto, al tiempo que confesaba que le era más fácil relacionarse con hombres que con mujeres, Vanessa recalcaba “el cultivo del safismo” del que, según ella, hacía gala su hermana. De todas maneras, a ninguna de las dos se les había ocurrido que esta preferencia fuera un impedimento para contraer matrimonio.

Hermanas peligrosas

Las hermanas se apoyaban pero también defendían sus respectivas posiciones. Vanessa encontraba estímulo en su relación con Roger, se permitía alejarse de lo académico y de las formas más tradicionales de la pintura y buscaba su propia identidad, decidida a ser ella misma: “Ni Picasso ni nadie, sino Vanessa”.

Pero, en los inicios de su relación con Roger, temió la interferencia de Virginia. ¿Lo conquistaría también a él? La belleza de Virginia — Vanessa creía que no había “¡ningún ser vivo con poesía suficiente para pintarla!”—, junto con su inteligencia y la tendencia que ambas tenían a competir, ya había causado demasiado dolor. Es posible que la facilidad con la que entraban en ese juego de rivalidades fuera captada por los otros; Vanessa recordaba una ocasión en la que el escritor y político Herbert Paul la confundió con Virginia. En ese entonces y colocándose en un lugar de minusvalía intelectual, le contó a su hermana: “Así es que me he dominado, he comprendido lo que pasaba y le he explicado con todo detalle que yo era yo y que tú eras tú y que yo no me dedicaba a la literatura. Es evidente que ha sido un gran golpe para él y ya no ha tenido nada más que decirme”.

Para alivio de Vanessa, ese no fue el caso de Roger. Aunque admiraba a Virginia, su pasión y su afecto eran excluyentes, y tal vez estaba de más la advertencia de Nessa, que temiendo las indiscreciones de su hermana le escribía a su amante que tuviera cuidado con ella: “En serio que es muy peligrosa”.

Entre 1911 y 1913 Vanessa llevó adelante su vida y su pintura en medio de una crisis nerviosa agotadora en la que se alternaban momentos de depresión con miedos y sensaciones de irrealidad, de la que solo Roger podía rescatarla. Durante todo ese tiempo, él fue su apoyo, la cuidó con gran delicadeza y no dudaba en escribirle: “Nessa, dime si tus nervios no funcionan bien e iré cuanto antes a cuidarte”. Por su parte, Vanessa, que nunca había sido una carga para nadie y que estaba acostumbrada a las responsabilidades, encontraba reconfortante la dedicación de Roger y se la agradecía: “Me tengo por un ser tan desagradable, tan lleno de pensamientos egocéntricos y con tan poca energía para ser amable y demostrar mis sentimientos que es maravilloso que puedas encontrar tanta felicidad estando conmigo. A veces pienso qué haré para compensarte por haber sido tan bueno conmigo”.

El caso es que, durante la crisis nerviosa y la depresión de Vanessa, los roles entre las hermanas se invirtieron. Advertida ella, le contaba a Roger Fry: “Virginia ha sido muy agradable conmigo. Notó que ayer yo me encontraba deprimida y fue muy buena, y me alegró muchísimo... Creo que ella tiene un asombroso coraje y sanidad respecto a la vida”.

De pronto, las circunstancias hicieron que tanto la vida de Virginia como la de Vanessa dieran un vuelco. Luego de siete años de ausencia, Leonard Woolf regresó de Ceilán, y el 3 de julio cenó en Gordon Square con Vanessa y Clive. Más tarde, se unieron a ellos Virginia, Duncan Grant y Walter Lamb. Días después, el 8 de julio, Virginia le escribió para invitarlo a pasar un fin de semana en Firle, pero él, que ya tenía otros compromisos, se excusó y partió a Somerset donde se encontró con Lytton y G. E. Moore en Devonshire, para luego viajar a Escandinavia en una visita de familia. Se puede decir que Leonard Woolf llegó a Londres en un momento crucial, cuando Virginia perdía las esperanzas de encontrar una contraparte adecuada. La declaración de Walter Lamb no había generado ninguna expectativa, y a pesar de que simpatizaba con los neopaganos, sentía que no pertenecía a ese grupo. Por otra parte, estaba distanciada afectivamente de Clive, enojada por lo que había dicho de ella a Lamb. En ese estado de cosas, Vanessa se vio forzada a intervenir para mantener la calma entre su marido y su hermana. Teniendo en cuenta que Vanessa dedicaba gran parte de su tiempo a la maternidad, la pintura y la nueva relación con Roger, Virginia debía de sentirse demasiado solitaria. De ahí que en agosto, tras una serie de idas y venidas, decidiera ir a Grantchester, invitada por Rupert Brooke.^[147] Ambos se bañaron desnudos en el río a la luz de la luna y hablaron de poesía. Buen mozo y consciente de su atractivo, Brooke era —a decir de sus contemporáneos— lo más parecido a lo que debió ser Adonis a los ojos de Afrodita. Aunque sus admiradores eran muchos, Virginia no se mostró muy sorprendida cuando él emergió del agua, desnudo y con una evidente erección. De todas maneras, lograron una suerte de comunicación literaria; Brooke le leyó sus poemas y de pronto preguntó: “Virginia, ¿qué es lo más brillante que se te ocurre?”; ella contestó: “Una hoja iluminada por la luz”, palabras que el poeta utilizó de inmediato. Pero a pesar de la creciente intimidad, la relación con Rupert Brooke no era del todo franca, y mientras que él llamaba a los Strachey y a los Stephen “bloomsberries”,^[148] estos no dudaban en diferenciarse de los “neopaganos”.

Virginia y Leonard

A poco de reencontrarse, Virginia y Leonard Woolf descubrieron que congeniaban de manera especial y a fines de septiembre, dejando de lado los apellidos y el trato formal, comenzaron a llamarse por sus nombres de pila. Finalmente, el 16 de septiembre él pasó un fin de semana en la casa de campo que Virginia alquilaba en Firle, donde también estuvieron Marjorie Strachey y Desmond MacCarthy.

A partir de esa visita, Leonard y Virginia se vieron con mucha frecuencia. En ese entonces, la intelectualidad y el ambiente artístico londinenses estaban fascinados por el ballet ruso — Diaghilev y Nijinsky causaban furor— por lo que asistieron a esos espectáculos. Además, en ocasión de la representación de *Siegfried* en Covent Garden, coincidieron en la ópera, donde encontraron a Saxon y Adrian. Después del teatro, los amigos solían comer en Fitzroy Square.

Aunque su relación con Virginia era estimulante, por entonces Leonard también frecuentaba a la hija de un amigo de su familia. El 1° de noviembre, analizando su relación con Virginia, le escribía a Lytton: “Veo que será el comienzo de la desesperación. Estar enamorado de ella, ¿no es un peligro? ¿No es siempre un peligro por el que ni siquiera vale la pena arriesgarse?”. Una circunstancia ajena a su voluntad o análisis encauzó los acontecimientos. El alquiler del 29 de Fitzroy Square finalizaba, y como a Adrian y a Virginia se les hacía difícil vivir solos, decidieron alquilar un lugar que pudieran compartir con amigos. Optaron por el 38 de Brunswick Square, una casa grande que les dio la posibilidad de una mayor independencia y que repartieron de la siguiente manera: Maynard Keynes ocuparía la planta baja —Duncan Grant la usaría como estudio—, mientras que Adrian viviría en el primer piso y Virginia en el segundo. Los hermanos Stephen se mudaron el 20 de noviembre y, como quedaba espacio disponible, le ofrecieron a Leonard el último piso.^[149] Virginia fue la encargada de escribirle acerca de los detalles del alquiler y de los servicios. A pesar de que la desbordaban ese tipo de tareas, se esmeró en dejar en claro en qué consistirían y cuáles serían sus horarios de comidas (“desayuno 9 a.m.; almuerzo 1 p.m.; té 4.30 p.m.; cena 8 p.m.”); y, entre otras cosas, también le informaba que habría una caja en el hall donde los inquilinos podrían dejar sus pedidos y quejas. La cocinera era la infalible Sophie, que seguía a los hermanos Stephen en sus mudanzas. Los inquilinos decidieron que las comidas se anunciarían en un

pizarrón, que las bandejas se dispondrían en el hall, cada uno tomaría la suya, y después de comer la depositaría en el mismo lugar. Virginia sería la encargada de recolectar el dinero del alquiler.

Como toda mudanza, el tránsito entre una y otra casa implicó esfuerzo, pero además se sumaron otras cuestiones. En el ámbito de las relaciones más cercanas, es posible que Clive se sintiera descolocado, primero por la intimidad de Vanessa con Roger, y después por la independencia y nuevas relaciones de Virginia. En ese contexto, Nessa, que volvía a recibir la atención de su marido pero estaba más interesada en su nuevo enamorado, le escribió a Roger: “Si esto hubiera ocurrido hace tres años, cuando Clive solo pensaba en Virginia, ¡todo habría podido ser muy fácil!, pero ahora no puedo entusiasmarme ante la manera como lo has desviado nuevamente hacia mí”.

Por otra parte, enterado de la idea de Virginia de mudarse a una casa en la que viviría con varios hombres solteros, George Duckworth reapareció en escena y trató de convencer a Vanessa para que la hiciera desistir. Pero Vanessa, que ya no soportaba que se entrometieran en su vida, se limitó a señalar las ventajas de la flamante dirección: la nueva casa estaba muy cerca de la maternidad para madres solteras. A pesar de que George no aprobaba el estilo de vida de sus hermanastras, no llegaron a romper relaciones, y poco después Virginia le escribía solicitándole auxilio para un hermano de su empleada que había perdido tres dedos de la mano. No solo George estaba consternado, Violet también era crítica respecto de la mudanza. Y como lo había hecho antes, volvió a advertir que la elección no hubiera sido del gusto de Julia. Pero aunque a Virginia le costaba más que a su hermana romper con el pasado, Violet ya no gozaba de la influencia de antaño y sus sugerencias no fueron escuchadas.

Durante el transcurso del año, Virginia había descubierto que hallaba armonía alternando la vida en el campo con la urbana: “El campo es tan increíblemente hermoso —le escribía a Vanessa— que con frecuencia tengo que detenerme y decir ‘Ay, Dios mío’”. En una de sus caminatas por Firle, descubrió, junto con Leonard, una romántica casa llamada Asheham[150] House, que finalmente alquilaría, ya que finalizaba el contrato de la Little Talland House y de ese modo resolvía el alto costo de los hospedajes de fin de semana, cuestión que conspiraba contra el placer y el descubrimiento de “otro lado de la vida [que] se revela a sí misma en el campo”.

A fines de 1911, con una bella finca en vista, Virginia recibió otra propuesta matrimonial. Esta vez se trataba de Sydney Waterlow,

también egresado de Cambridge y amigo de Clive, un excelente clasicista y diplomático de carrera que era *habitué* de Bloomsbury. Prendado de Virginia, en su diario llegó a compararla con Vanessa: “Me di cuenta por primera vez de la diferencia entre ella y Virginia. Vanessa es fría, cínica, artista; Virginia es mucho más emotiva y está más interesada en la vida que en la belleza”. A pesar de todo, Virginia terminó rechazándolo.^[151] “No creo que pueda sentir alguna vez por ti lo que debo sentir por el hombre con el que me case. [...] Sería imperdonable de mi parte si no hiciese todo lo posible por librarte de lo que sería —hasta donde sé— un gran desperdicio”, le explicó.

Dejando a un lado que Sydney todavía no se había divorciado de su primera esposa, puede considerarse que competía con un candidato con más posibilidades. Leonard Woolf había entrado en escena y la propia Vanessa, que lo encontraba destacable, notaba:

Por supuesto que es muy inteligente y creo que el hecho de haber vivido en la selva ha contribuido a que tuviera puntos de vista más interesantes que la mayoría de los que forman parte de la “camarilla”, que raras veces hacen nada nuevo u original.

CAPÍTULO XV - 1912

Leonard Woolf, “Un Apóstol en la selva”

CUANDO en 1904 Leonard Woolf egresó de Cambridge con un puntaje menor al esperado, inhabilitado para conseguir una *fellowship*, escaso de fondos y ante el dilema de cuál sería el camino por seguir —le comentó a Lytton que los padres de los alumnos de la escuela privada inglesa no deseaban a un judío ateo como profesor de sus hijos—, decidió presentarse al examen del Civil Service. En verdad, no tenía demasiadas expectativas y, finalmente, habiendo obtenido el puesto 69, como no era factible esperar ningún nombramiento en los servicios más selectos, optó por ingresar en el Colonial Service. Para su “asombro y consternación”, consiguió un puesto en Ceilán. Pasmado, Leonard le escribió a George Moore: “Me encuentro en un horrible estado mental y en completa desesperación [...] simplemente me abrumaron las circunstancias”.¹ fin logró conformarse con su destino y hasta 1912, año en que regresó a Inglaterra, Leonard Woolf se convirtió en un “Apóstol en la selva”^[152] Su arribo a las colonias fue peculiar: llegó a Jaffna acompañado de un perro fox terrier llamado Charlie y con las obras completas de Voltaire en setenta volúmenes. Durante seis años y medio, Leonard vivió una vida completamente diferente de la que había llevado hasta entonces; conoció Jaffna, Kandy y Hambantota y, aunque le escribía a Lytton: “siento como si estuviera interpretando al bufón en una larguísima ópera bufa”, se adaptó a las nuevas exigencias y, debido a su temperamento, llegó a trabajar entre diez y once horas al día. Aprendió a escribir y a hablar en tamil y cingalés, estudió leyes, trabajó hasta exclamar exhausto: “Trabajo, Dios, cómo trabajo. Lo he reducido a un método y lo he exaltado hasta la manía.

Tanto afán dio resultados; después de tres años y medio de servicio, Leonard “fue ascendido a Agente Auxiliar del Gobierno, en Hambantota, directamente responsable de cien mil personas en una zona de mil millas cuadradas”. Además de revolucionar la lenta burocracia de sus oficinas, Leonard se encargó de mejorar la vida de los habitantes “para estimular su prosperidad, reducir la pobreza y la enfermedad, comenzar obras de irrigación, abrir escuelas”. Entre otras cosas, fue el primer funcionario en completar el censo de 1911 en Hambantota y logró que su distrito recolectara más sal que en toda su historia. También luchó contra la ictericia hematórica que aquejaba al ganado, introdujo nuevos arados para mejorar las cosechas, concilió posiciones entre grupos religiosos rivales y combatió el tráfico de opio.

Aunque se esforzaba por encajar y mostrarse exitoso entre sus pares y se hacía respetar por los indígenas, en las cartas que le escribía a Lytton Strachey se permitía una “flagelación espiritual en privado”: hablaba de la sordidez de los nativos, de lo riguroso del clima, de la mediocridad que lo rodeaba, e incluso le contó que una vez se había puesto una pistola en la cabeza con la intención de suicidarse. Con el pasar del tiempo, Leonard comprobó que se sentía “más y más ambivalente, políticamente esquizofrénico y antiimperialista”. Por su parte, en sus cartas, Lytton lo mantenía informado acerca de las novedades de Inglaterra; le contaba lo que sucedía con sus amigos, y hacía un pormenorizado relato de sus amores homosexuales. El carácter espartano de Leonard frenaba las confesiones de Lytton, cuyo estilo de “humor semipornográfico” era bien conocido. Curiosamente, aunque sabía que Leonard se proclamaba definitivamente heterosexual, Lytton le escribía: “Somos mujeres, *nous autres*, pero tu mente es singularmente masculina”.

Durante sus estudios en Cambridge, los Apóstoles habían sido educados en la creencia de que las mujeres eran seres inferiores, y muchos de ellos sostenían que el amor entre hombres era una forma superior del amor. En sus cartas, Leonard contaba detalles de la vida en la colonia, hablaba de su extrema melancolía, pero también exponía sus nuevos conocimientos acerca de las mujeres. En *A Marriage of True Minds*, libro que analiza su matrimonio con Virginia, los autores resumen las experiencias amorosas de Leonard durante sus años en Ceilán:

«Un mes después de escribir “Las mujeres me parecen absolutamente la abominación de la desolación, en Ceilán en todo caso” [...], anunció

que estaba enamorado de la esposa de su superior, una mujer bastante mayor que él, pero “la única persona —hombre o mujer— en Jaffna que no resulta repelente cuando la miras”. Luego disfrutó de un flirteo, muy controlado, con otra mujer mayor, una solterona bastante fea que se había enamorado de él. Luego estuvo con una chica de dieciocho años, llamada “Gwen” en la autobiografía de Leonard: “Tras el feroz calor del día, una melancolía suave, lánguida y placentera se posaría sobre la laguna y sobre nosotros, mientras yacíamos abrazados platónicamente —si esa es la palabra correcta— en la arena cubierta de algas. Durante muchos años... cada vez que, en forma repentina, sentía el fuerte olor a algas, como en el pueblo de Worthing, veía de nuevo a Gwen y las arenas de Jaffna”. También Gwen debe de haber tenido sus visiones, ya que durante cincuenta años conservó al perro de Leonard, Argus (embalsamado, desde luego), en un estante en su habitación. Luego estuvo con Rachel Robinson, con quien Leonard galopó en los bosques de Kandy y “llegó a la intimidad máxima... permitida por la extraordinaria etiqueta y la discreción de la época”.»

Leonard informaba en detalle cada episodio a Strachey. Y comenta, en un punto: “Estoy empezando a creer que es degradante estar enamorado: después de todo, casi el ciento por ciento consiste siempre en el deseo de copular; de lo contrario es tan solo la sombra de sí mismo, y un deseo particular de copular a mí me parece no menos degradante que uno general”. Leonard, quien creía que quizá solo estaba “enamorado de la tonta intriga y el control de una situación”, obró siempre con mucho tino, según los estándares victorianos. Y obtuvo su satisfacción de las prostitutas de Jaffna, siempre disponibles. Pero, al parecer, era una pequeña satisfacción, ya que, como le informaba a Strachey, le parecía que andar a caballo por la selva “era un placer superior, creo, a la copulación”.

Los sentimientos de desolación aumentaban a medida que Leonard permanecía más tiempo en las colonias, sin amigos y sin una compañera que reuniera las condiciones intelectuales y la belleza a las que aspiraba. Tampoco obtenía placer en la camaradería con los otros funcionarios, ni en la vida social. Se sentía desarraigado y le escribía a Lytton que moriría en esas tierras: “Y en cuanto a la felicidad, no creo ser feliz ni siquiera en Inglaterra”.

Una conflictiva adolescencia ilumina su compleja relación con la felicidad. Había sido el tercero de los diez hijos del segundo matrimonio de Marie de Jongh, hija de un comerciante de diamantes judío de

Amsterdam, y de Sydney Woolf, un abogado de origen judío, liberal, “cuya intolerancia intelectual [...] parecía ser más o menos proporcional a su tolerancia ética”. Leonard se sentía muy identificado con su padre, de quien heredó un temblor constante en las manos, una gran inteligencia y rectitud.[153] En 1892, cuando tenía once años, su padre murió súbitamente a consecuencia de un ataque al corazón. A sus cuarenta y ocho años, Sydney Woolf dejó “a su viuda y nueve hijos[154] —el mayor de dieciséis, el menor de tres— con capital insuficiente para vivir como en el pasado. Aun cuando vendieron la casa, no pudieron mantener a los sirvientes, y con los criados que quedaron —que incluían a una cocinera, una sirvienta y un ama de llaves—” se vieron obligados a dejar el acomodado barrio de Kensington, y “se mudaron a una pequeña casa en Colinette Road, Putney”

A diferencia de sus hermanos, que se congregaron alrededor de ella y solían llamarla “lady”, la relación de Leonard con su madre fue conflictiva. En *The Wise Virgins* (Las vírgenes sabias) la retrató como una mujer manipuladora, remilgada, “adicta a la charla incesante y malhumorada”. Podríamos concluir que el hombre que escribió “Gran parte de la ruindad de los hombres se debe al hecho de que durante su infancia, son las manos de las mujeres las que moldean su naturaleza” tuvo, seguramente, una infancia difícil. Los conflictos con su madre y sus raíces se ahondaron en la adolescencia, cuando Leonard anunció que dejaría de asistir a la sinagoga. Mientras que su hermano mayor debió comenzar a trabajar a los diecisiete años, una beca de Cambridge permitió que Leonard continuara con sus estudios, lo que lo alejó cada vez más de la influencia materna.[155] Puede decirse que la relación entre Leonard y su judeidad varió a través de los años. De joven siguió con atención el caso Dreyfus, pero luego, confundido entre sus amistades de Cambridge, optó por abandonar las costumbres ancestrales y alejarse de una problemática y de la elaboración de una identidad que la Segunda Guerra Mundial y el exterminio judío volvieron a instalar en su conciencia. En sus memorias, Leonard escribió acerca del “empedernido e inmemorial fatalismo judío”, y de una “enseñanza de más de tres mil quinientos años de historia, [a través de la que] hemos aprendido que no podemos evadir al Destino, porque no podemos evadirnos del pasado, cuyo resultado es una pasiva resistencia interna, un silencioso, inflexible autocontrol”.

Lo cierto es que, a pesar de sus logros intelectuales y de haber sido el primer judío entre los Apóstoles, Leonard se consideraba a sí mismo

un *outsider*. De hecho, era común, antes de la Segunda Guerra Mundial, que la aristocracia intelectual británica con la que se relacionó mostrara abiertamente sus prejuicios antisemitas. Si bien algunos —es el caso de Maynard Keynes e incluso de Virginia Woolf— llegaron a vivir lo suficiente como para revisar sus comentarios despectivos, no pasó lo mismo con todos. Basta pensar en el poeta Rupert Brooke, cuyo antisemitismo era excesivo aun para su época.

Recién en su vida adulta, y como les sucedió a muchos judíos asimilados que por inclinación y temperamento se sentían ciudadanos del mundo o que se habían convertido a otras religiones, como la filósofa Edith Stein,[156] tras el horror desencadenado por el exterminio judío durante la Segunda Guerra, Leonard se planteó su identidad judía. Sintió que tanto por la mirada de los otros que lo señalaban como tal, como por una íntima necesidad de reivindicar su identidad y los lazos de solidaridad y lealtad con las víctimas del genocidio, debía volver a elaborar su condición judía e incluso, tiempo después de la muerte de Virginia, viajó a Israel.

Renunciar a la sinagoga no fue el único conflicto de su adolescencia, y Leonard recordaría la escuela secundaria como “el lugar más corrupto que había conocido”. A diferencia de muchos de sus amigos de Cambridge, que eran bisexuales u homosexuales, Leonard optó tempranamente por relacionarse con mujeres y, a los doce años, concurrió a un “sórdido burdel”. Y si bien la correspondencia que sostuvo con Lytton refleja la aceptación de la realidad de su amigo, es probable que frente a las situaciones extremas y precarias, las enfermedades, epidemias y otros desastres que enfrentaba a diario en Ceilán, los amores de Lytton terminaran pareciéndole “intolerablemente triviales”.

Durante su ausencia de Inglaterra, las cartas de Lytton también lo mantuvieron informado acerca de la vida de “las visigodas”, como llamaban a Vanessa y a Virginia en alusión al apodo de “el Godo” o “el Dios” con el que se referían a Thoby. Es así que Leonard regresó a su país con mayor experiencia en el conocimiento de los hombres, una visión escéptica del Imperio y de la civilización, transformado en un eximio jinete y con el recuerdo indeleble del carácter de las hermanas:

«Vanessa y Virginia eran también muy silenciosas, y a cualquier observador superficial podrían haberle parecido recatadas. Quien haya cabalgado en muchos tipos diferentes de caballos conoce al caballo que aparenta gran calma y recato la primera vez que se lo monta. Pero tras

alguna amarga experiencia, el jinete suele no fiarse de las apariencias superficiales de una montura desconocida y observa el fondo del ojo de la mansa bestia, que lanza advertencias con mucho, mucho cuidado. Del mismo modo, el observador atento habría notado, en el fondo de los ojos de las dos señoritas Stephen, una mirada que le hubiera advertido mayor cautela, una mirada que desmentiría el aparente recato, una mirada de gran inteligencia, hipercrítica, sarcástica, satírica.»

Enamorado

Cuando el 11 de junio de 1911 Leonard llegó a Londres para gozar de una licencia laboral, lo primero que hizo fue visitar a su familia en Putney. Sin pérdida de tiempo, el 14 de junio se dirigió a Cambridge, donde se encontró con Lytton. A los pocos días, el 3 de julio, visitó a Clive y a Vanessa en Gordon Square; más tarde llegaron Adrian, Saxon y Virginia. Desde entonces formó parte indiscutida y fundamental del Grupo de Bloomsbury. Cinco días después de la comida en Gordon Square, Virginia dirigía una carta a “Mr. Woolf” invitándolo a pasar un fin de semana en su casa de Firle, y a partir de esa ocasión se vieron a menudo. En noviembre de 1911, Leonard se mudó a la casa que ella compartía con Adrian, Duncan y Maynard Keynes, y pronto se hizo evidente que él y Virginia congeniaban de modo especial; no solo compartían la residencia londinense, paseos y charlas, sino sus respectivos manuscritos. Por entonces Virginia estaba terminando su novela, y Leonard comenzaba la suya.

El 10 de enero de 1912, mientras se encontraba pasando unos días con el vicario de Frome en Somerset, Leonard le envió a Virginia un perentorio telegrama: “Debo verte una hora mañana jueves. Llegaré a Londres a las 12.50 y saldré a las 5. Si puedo ir a Brunswick Square a la 1.15, puedo verte entonces. Leonard”. Durante el breve encuentro en Brunswick Square, Leonard le pidió que se casara con él. Virginia le respondió que necesitaba tiempo para conocerlo mejor, la llegada de Walter Lamb interrumpió la conversación y Leonard regresó a Frome. Al día siguiente él le escribía:

«Querida Virginia, tengo que escribirte antes de irme a la cama y pueda, creo, pensar con más calma.

No tengo un recuerdo demasiado claro de lo que realmente te dije esta tarde, pero estoy seguro de que sabes por qué fui...

No quiero decir simplemente que estoy enamorado, sino que eso, junto con la incertidumbre, nos lleva a hacer este tipo de cosas. Quizás estaba equivocado, puesto que, hasta esta semana, siempre tuve la intención de no decírtelo a menos que tuviera la seguridad de que estabas enamorada de mí y te casarías conmigo. Pensaba que me apreciabas, pero que eso era todo. No sabía cuánto te amaba hasta el momento en que hablamos de mi regreso a Ceilán. Después, no pude pensar en nada más que en ti. Me encuentro en un estado de desesperada incertidumbre, sin saber si me amas, si podrás llegar a amarme algún día o simplemente a apreciarme. Dios mío, espero no tener que pasar nunca más unos momentos como los que he pasado hasta telegrafarte. Te escribí para decirte que quería hablar contigo el lunes siguiente, pero entonces sentí que debía estar loco si esperaba hasta entonces para verte. Así que te mandé un telegrama. Sabía que me dirías con precisión lo que sentías. Te comportaste exactamente como yo sabía que lo harías, y si antes no hubiera estado enamorado, lo estaría ahora. No es, de veras no es, solo porque eres tan bella —aunque por supuesto es una razón importante y así debe ser— que yo te amo: es tu inteligencia y tu carácter, nunca he conocido a nadie como tú en ese sentido. ¿Podrás creerlo? ... L»

No pasó más de un día y Leonard volvía a escribirle, diciéndole que comprendía sus temores y reafirmando su deseo de unirse a ella. Durante este período las cartas de él dan cuenta de los cuidados que ponía en no asustarla:

«Puedo intentar escribir sobre lo que era tan difícil de hablar con calma y sin apasionamiento mientras estabas sentada delante de mí. No creo ser tan egoísta como para no verlo también desde tu posición. La mía: estoy seguro de que, aparte del hecho de estar enamorado... valdría la pena correr cualquier riesgo para casarse contigo. Esa era, por supuesto — desde tu posición—, la pregunta que planteabas constantemente ayer y que era probablemente lo que debías hacer. Ya que estás fuera del cerco de fuego, puedes decidir mucho mejor que yo, puesto que estoy dentro de él. Dios mío, veo el peligro de casarse con cualquiera y por cierto conmigo. Soy egoísta, celoso, cruel, lascivo, mentiroso y seguramente mucho peor. Me dije una y otra vez que, por esos motivos, nunca me casaría, sobre todo porque creo que nunca podría controlar esos defectos en presencia de una mujer inferior a mí y

que poco a poco me llenaría de furia con su inferioridad y sumisión... Debido a que tú no eres así, el riesgo es infinitamente menor. Puedes ser presumida, egoísta y mentirosa, como dices, pero no es nada comparado con tus cualidades: magnanimidad, inteligencia, ingenio, belleza, sinceridad. A fin de cuentas, nos gustamos mutuamente, amamos las mismas cosas y a la misma gente, ambos somos inteligentes y, por encima de todo, es la realidad lo que comprendemos y lo que nos importa.»

Virginia recibió la propuesta matrimonial pocos días antes de cumplir los treinta años, y como hizo antes su madre cuando Leslie le ofreció matrimonio, y Vanessa antes de aceptar a Clive, en primera instancia ella también rechazó a Leonard. Esos días estuvieron cargados de tensión y expectativas. Además, como no se decidía y vencía el plazo de la licencia laboral de Leonard, él pidió una prórroga.

Al tanto de lo que sucedía, Vanessa le escribía a su hermana recomendándole que solo se casara si estaba enamorada, y que en ese caso no tuviera prejuicios acerca de la judeidad de Leonard. Vanessa también le escribió a Leonard diciéndole que, a pesar de lo poco que lo conocía, su intuición la llevaba a creer en él, y agregaba: “Me pondré muy contenta si obtienes lo que quieres. Eres la única persona a la que puedo imaginar como su marido”.

La petición de Leonard, la organización de la casa en Londres, el arreglo de la nueva casa de campo en Asheham, el trabajo que se acumulaba y los toques finales de su novela completaban una escena de estrés y desasosiego. Aunque Leonard no insistía y trataba de comportarse tan amistoso como hasta entonces, Virginia no pudo evitar sentirse nerviosa por su presencia en la fiesta con la que, el 7 de febrero, inauguró formalmente la casa en Asheham Agotada, pasó una semana en cama, con “un ataque leve de mi enfermedad usual, en la cabeza, ya sabes”, pero pronto, a “excepción de algunos prodigiosos sueños nocturnos”, que lamentablemente no describió, se sintió recuperada.

El pequeño reposo no resultó suficiente, y el 16 de febrero, por orden de Savage, debió internarse otra vez en Twickenham. Vanessa fue la encargada de pedirle a Leonard que no le escribiera ni se comunicara con ella, pero pronto Virginia empezó a mandarle noticias. En marzo, otra vez en Londres y sin ocultar su estado, le escribía: “Vy a contarte unas maravillosas historias de locos. Dicho sea de paso, me han elegido rey”.

Por entonces, y reflexionando acerca de su posible matrimonio, Virginia le envió una carta a Molly MacCarthy en la que sostuvo que, de encontrar a alguien que encendiera su pasión, se casaría con él. Pero también confesaba que se sentía exaltada y cambiante, “de pronto pienso en una cosa y de inmediato en otra”. A pesar de sus dudas y de que no lo encontraba atractivo físicamente, a Virginia la halagaba que Leonard se declarara enamorado y la deseara como mujer, y eso mismo le permitía descubrir lo que no deseaba: “No, no voy a encauzar una alianza desabrida con Lytton, pese a que en ciertos aspectos es perfecto como amigo, solo que es una amiga”.

Por su parte, enterado de las crisis nerviosas previas de Virginia, Leonard debía ser consciente de lo que podía significar el matrimonio con una mujer con la que lograba una asombrosa comunión intelectual, pero que era en extremo sensible y vulnerable. En abril, y como se sentía mejor, Virginia lo invitó a reunirse con ella, Nessa y Roger en Asheham House. Días después, él volvía a escribir una carta en la que insistía en señalar las cosas que los unían y minimizaba las que los separaban.

El 23 de abril, la Oficina Colonial le informó a Leonard categóricamente que no iban a prorrogar su licencia laboral, por lo que dos días después, él decidió presentar su renuncia. Es posible que ya no soportara formar parte del engranaje del sistema imperial, y prefiriera, consecuente consigo mismo, quedarse en Inglaterra. Pero el hecho es que Virginia se sentía responsable de esa decisión, y los últimos días del mes ambos conversaron mucho acerca del futuro. Dieron largas caminatas, hablaron de su posible matrimonio, y él alcanzó a darle un beso que ella no rechazó. El 28 de abril, luego de pasar el día juntos, Leonard y Virginia asistieron a una puesta de *El ocaso de los dioses*. Al día siguiente, él le envió una carta que, como la contestación que recibió, dan idea de las expectativas que ambos tenían y del tipo de relación a la que aspiraban:

«Queridísima Virginia, no puedo dormir, no de deseo, sino de pensar en ti. Fui a la ópera, pero por lo poco que oí, bien podría haberme quedado en esta habitación. Leí dos de tus manuscritos, y en todo caso uno de ellos demuestra que podrías llegar a escribir algo asombrosamente bueno. Quiero verte, hablar contigo y ahora, aunque supongo que no debería, voy a escribirte, sintiéndome muy desdichado, lo que quisiera decirte y probablemente no podría.

Desde ayer, parece que algo ha surgido en ti contra mí. Puede ser mi

imaginación; si lo es, perdóname. No creo que siquiera te des cuenta de lo que significaría para mí. Dios mío, la alegría que me da estar contigo y hablar contigo, como lo he sentido a veces, juntos de mente a mente y de alma a alma. Sé muy bien lo que siento por ti. No es tan solo amor físico, aunque es eso desde luego, pero es una mínima parte; no es solamente que solo soy feliz contigo, que quiera vivir contigo; es que quiero tu amor también. Es cierto que soy frío y reservado con otras personas; no siento afecto con mucha facilidad: pero además del amor, me he encariñado contigo como nunca me ha pasado con nadie ni nada en el mundo. Muy a menudo nos reímos acerca de lo adorable que eres, pero no sabes lo adorable que eres. Es lo que me mantiene despierto, mucho más que el deseo. Es lo que me preocupa ahora, y lo que me desgarr a veces, pues no quisiera que te casaras conmigo, a pesar de lo mucho que te amo, si creyera que te haría infeliz. Esto es realmente cierto aunque me dolió más que el peor dolor físico las simples palabras que le dijiste a Vanessa de que lo más probable era nunca te casarías con nadie.

No hay nada que hayas hecho que no me haya parecido absolutamente correcto y que no me haya hecho amarte más. Nunca ni por un momento he pensado que me tratabas mal y nunca lo haré, aunque no te cases conmigo. Te amo más por no decidir... sé cuáles son los motivos. Eres mucho más buena, más noble y mejor que yo. No es difícil enamorarse de ti, y cuando alguien se enamora de una persona como tú, no puede hacer concesiones ni tener reservas. Pero yo tengo muchos rasgos detestables, a pesar de que te los he mostrado con toda intención en varias oportunidades, porque siento demasiado cariño por ti como para no querer que sepas que existen. A mí saber que existen y estar enamorado de alguien como tú, me causa un gran dolor.

No quiero que tomes ninguna decisión hasta que no hayas terminado tu novela [*The Voyage Out* (Fin de viaje)]. Creo que tienes razón en no hacerlo. Puedo seguir como lo hemos estado haciendo en los últimos seis meses, si así lo quieres, pero si consideras, aunque sea por un instante, que sería más fácil, me iré por una semana, un mes o más... a pesar de que no verte durante todo un día me hace muy infeliz. Pero creo que sé cómo te sientes ahora, y siempre deberíamos hablar francamente de lo que sentimos. Me gustaría decírtelo, solo que cuando estoy contigo todo tipo de sentimientos me impiden decir con exactitud lo que quiero decir... así que quizá lo bueno sea que te estoy escribiendo. Creo que con mucha facilidad podrías estar enamorada ahora, y casi con igual facilidad nunca estarlo... de mí al menos. No

pienso demasiado en la parte física de esto, pero hay que tomarla en cuenta... aunque es tan escurridiza. Si uno es como yo de nacimiento, casi con certeza será muy fuerte, pero aun así se confundirá con los otros sentimientos. Cuando me enamoré de ti y te lo dije por primera vez, era el más débil de mis sentimientos. Se ha hecho mucho más violento a medida que mis otros sentimientos se han vuelto más fuertes.

Creo que estamos llegando a un punto que hará temblar el equilibrio. A veces creo que no sabes con exactitud qué es lo que sientes, y cosas realmente poco importantes se magnifican. Tengo defectos, vicios, mezquindades, pero aun así creo que deberías casarte conmigo y enamorarte, y no es solo porque siento que si nunca estás, lo mejor de la vida habrá pasado. Nunca seré como tú, nunca nada similar, pero pareces liberarme de mis faltas. Y siento el ardor dentro de mí al menos, y el conocimiento. Quiero vivir y obtener las mejores cosas de la vida, y tú también. Tú eres lo mejor de la vida, y vivirla contigo haría que valiera diez mil veces más la pena de ser vivida. Solo me conformaré con lo mejor. Y tú, estoy seguro, ves que si dos personas que saben cómo vivir pueden vivirla de ese modo, Dios, esa posibilidad vale casi cualquier riesgo.

Virginia, no sé dónde he llegado. Solo estoy escribiendo mientras pienso. Son casi las tres de la mañana. Voy a salir a caminar y a echar esta carta al buzón, y después volveré a la cama. Solo espero que no tenga nada que te preocupe. De todos modos quiero que sepas que te amo tanto como un ser humano puede amar a otro. Haría cualquier cosa antes que causarte el menor daño. No debes preocuparte ni apresurarte... no tienes que hacerlo. Primero debes terminar tu novela y mientras lo hagas no tienes que tomar ninguna decisión. Si no tratas de tomar una decisión y seguimos como hasta ahora, me sentiré muy feliz en los próximos dos meses. Después de todo, me he sentido más feliz en los últimos dos meses que en toda mi vida.

Y escribirte de este modo es como hablar contigo; aleja la depresión. Me iré a la cama feliz y dormiré en paz. Espero que tú lo estés.»

Al día siguiente de escribir esa carta, Leonard recibió una de la Oficina Colonial, que ahora sí consideraba otorgarle la licencia y lo instaba a dar una respuesta definitiva. Ese mismo día él le escribió a Virginia informándole la situación y pidiendo verla. La respuesta de ella no se hizo esperar; le envió una fotografía y una carta honesta y casi brutal en la que explicaba las tensiones a las que estaba sometida. Allí Virginia escribía acerca de sus sentimientos, pero también confesaba que sentía rechazo sexual y que le preocupaba la judeidad de Leonard.

Para una historia de la correspondencia amorosa

Las cartas que Leonard y Virginia se enviaron en este período deben leerse inscriptas en la historia de la correspondencia de amor, un género que permitía explayarse en las emociones, y que en el caso de Leonard y Virginia, no descuidaba el estilo: [\[157\]](#)

«Queridísimo Leonard:

Veamos los hechos primero (tengo los dedos tan fríos que apenas puedo escribir). Estaré de vuelta mañana alrededor de las siete, así que habrá tiempo para discutir... ¿Pero qué significa esto? No puedes tomar la licencia, supongo, si es seguro que vas a renunciar al final. De todos modos, ¡esto demuestra la gran carrera que estás arruinando!

Bueno, pues, en cuanto a lo demás... Me parece que te estoy causando muchísimo dolor —en parte sin querer— y por eso debo ser contigo lo más sincera que pueda, porque sospecho a veces que te encuentras en una nebulosidad que no percibo para nada. Por supuesto, no puedo explicar lo que siento —estas son algunas de las cosas que se me ocurren. Las obvias ventajas del matrimonio se interponen en mi camino. Me digo a mí misma: ‘De cualquier modo, serás muy feliz con él; y te hará compañía, te dará hijos y una vida agitada’. Pero entonces me digo: por Dios, no voy a tomar el matrimonio como si fuera una profesión. Los pocos que saben de esto, todos ellos lo consideran conveniente, y eso me obliga mucho más a analizar mis propios motivos. Y entonces, por supuesto, me enoja a veces contra la fuerza de tu deseo. Quizás, el que seas judío tenga que ver con esto. Pareces tan extranjero. Y además, soy terriblemente inestable. Cambio de humor a cada rato sin ningún motivo; pero creo que influyen el puro esfuerzo y el cansancio físico. Lo único que puedo decir es que a pesar de esos sentimientos que se persiguen el uno al otro el día entero cuando estoy contigo, hay un sentimiento que es permanente, que sigue creciendo. Querrás saber, desde luego, si es que alguna vez me llevará a casarme contigo. ¿Cómo puedo saberlo? Creo que lo hará, porque que no hay ninguna razón que lo impida. Pero no sé lo que pasará en el futuro. En parte tengo miedo de mí misma. A veces pienso que nadie nunca ha compartido o puede compartir algo. Eso es lo que te lleva a compararme con una colina o con una piedra. Por otra parte, quiero todo: amor, hijos, aventura, intimidad, trabajo. (¿Tienen algún sentido

para ti todos estos desvaríos? Escribo una cosa tras otra). Así que paso desde estar medio enamorada de ti, y querer que estés conmigo para siempre, y que sepas todo sobre mí, hasta el extremo del desvarío y el retraimiento.

A veces pienso que si me casara contigo, podría tenerlo todo... Y entonces, ¿es acaso el aspecto sexual el que se interpone entre nosotros? Como ya te dije en forma brutal el otro día, no siento ninguna atracción física hacia ti. Hay momentos —uno fue cuando me besaste el otro día— en que no siento nada, como si fuera una piedra. Y, no obstante, el hecho de que sientas cariño por mí casi me abruma. Es tan real y tan extraño. ¿Por qué deberías sentir cariño por mí? ¿Qué soy yo en realidad, más allá de una criatura agradable y atractiva? Pero es precisamente porque sientes tanto cariño que pienso que yo también tengo que sentirlo antes de casarme contigo. Tengo la sensación de que debo darte todo; y que si no puedo, bueno, entonces el matrimonio sería una opción secundaria tanto para ti como para mí. Si pudieras seguir como antes y dejar que encontrara mi propio camino, puesto que eso es lo que más me agradaría. Y entonces ambos tendríamos que arriesgarnos. Pero me has hecho muy feliz también. Los dos deseamos un matrimonio que sea algo tremendamente vivo, siempre vivo, siempre cálido, y no muerto o cómodo en partes, como son la mayoría de los matrimonios. Le pedimos mucho a la vida ¿verdad? Quizá lo obtengamos. Entonces, ¡qué espléndido sería!

No es mucho lo que se puede decir en una carta, ¿no es cierto? Ni siquiera he mencionado al pasar la enorme cantidad de cosas que están sucediendo aquí, pero pueden esperar.

¿Te gusta esta fotografía? Demasiado noble, quizá. Aquí va otra.»

Si bien creía que ella y Leonard eran intelectualmente compatibles, Virginia sentía que había distancias insalvables entre ellos. Además, a ninguno de los dos les resultaba fácil hablar de sus emociones. Pero Leonard, que desarrollaba una suerte de estrategia y planeaba acercarse a Virginia con el mismo cuidado con que había gobernado a miles de personas en Ceilán, envió su renuncia a la Oficina Colonial el 2 de mayo, y al día siguiente fue con ella a la investigación sobre el hundimiento del *Titanic*.

A todo esto, Virginia seguía trabajando en su novela a la que había cambiado el título por *Fin de viaje*. Sentía pánico de que el libro no fuera bueno, y le confiaba a Violet: “Lo peor de todo es que sé que no te

va a gustar; vas a decirme que soy un fracaso como escritora, al igual que un fracaso como mujer. Después voy a zambullirme en el Serpentine, que, veo, tiene seis pies de profundidad en barro maloliente”.

Durante el resto del mes de mayo, Virginia y Leonard se vieron constantemente, compartieron charlas y largos paseos. Por entonces ‘inventaron su propia fábula de animales’: esencialmente se trataba de “un juego[158] entre dos fieras” a través del que se comunicaban, y que se refleja en su cuento “Lappin y Lapinova”[159] Por fin, el 29 de mayo, después de almorzar, Virginia le dijo que lo amaba y que aceptaba casarse con él. Emocionados, decidieron salir de la ciudad, tomaron un tren hasta Maidenhead, alquilaron un bote, cenaron allí y no volvieron a Brunswick Square hasta la medianoche.

El sí de Virginia, como les sucede a Rachel en *Fin de viaje* y a Katherine en *Noche y día*, implicaba condiciones. El matrimonio tradicional, como el que habían tenido sus padres, no se adaptaba a su realidad ni a sus deseos, y consideraba que la dependencia y el rol de la mujer debían ser revisados. Aun así, dar el paso hacia el matrimonio era un desafío que podía resultar excesivo, tal como sienten los protagonistas de *Fin de viaje*: “¿Estamos seguros de que queremos casarnos?”, pregunta Hewet después de decirle a Rachel: “No te satisfago como me satisfaces tú a mí [...] Hay algo en ti que se me escapa. No me necesitas como yo a ti, siempre quieres otra cosa”. Durante la escena, Rachel y Hewet pasean por la habitación, muy cerca uno del otro pero teniendo “cuidado de no tocarse”. Ambos perciben que “lo irremediable de su situación los dominaba. Se sentían impotentes. Nunca se amarían lo suficiente como para superar esos obstáculos, y nunca se contentarían con menos”. Entonces Rachel, con una “lucidez intolerable, se detuvo frente a él y exclamó: ‘Romparamos entonces’”.

En la novela, la muerte separa a los amantes; pero en el caso de Virginia no hubo marcha atrás y ella misma se encargó de anunciar su compromiso a parientes y amigos. Anticipándose a los juicios de sus conocidos y teniendo en cuenta los prejuicios de su clase social, insistía en describir a Leonard como “mi judío”.⁴⁰ En esos términos lo presentó a Janet Case, Madge Vaughan y Ottoline Morrell, y en la siguiente carta a Violet insiste en la condición de judío sin un céntimo de su novio:

«Mi Violet,

Tengo que confesarte algo. Voy a casarme con Leonard Wolf [sic]. Es un judío sin un centavo. Me siento la mujer

más feliz del mundo, pero insisto en que también te guste a ti. ¿Podemos ir ambos el martes? ¿Preferirías que fuera sola? Fue un gran amigo de Thoby, estuvo en la India... volvió el verano pasado, cuando lo vi, y reside aquí desde el invierno.

Siempre has sido una persona tan espléndida y encantadora, a quien he querido desde que era muy pequeña, y no podría soportar que llegaras a tener una mala opinión de mi esposo. Hemos hablado mucho de ti. Le conté que mides 6 pies y 8 pulgadas [2 m] y que me quieres.

Mis novelas están casi terminadas. L. piensa que mi escritura es lo mejor de mí. Vamos a trabajar muy duro. ¿Es demasiado incoherente? Lo único que debe quedar bien claro es mi profundo sentimiento de afecto hacia ti. Cómo te he molestado, y cuantísimo me has dado siempre.»

Informar a Lytton no exigió ningún tipo de explicaciones. En un tono de broma y festejo, le enviaron una simple nota que decía:

¡JA! ¡JA!

VIRGINIA STEPHEN

LEONARD WOOLF.

Reacciones, presentaciones y MATRIMONIO

A pesar de su apoyo inicial, al enterarse del compromiso, Vanessa se mostró ambivalente. Por una parte, aprobaba a Leonard y sentía que

podría delegar en él parte de la responsabilidad y del cuidado de su genial pero inestable hermana menor; sin embargo, por otra parte, temía perder protagonismo en el afecto casi dependiente que Virginia le profesaba. Según parece, Vanessa sufrió una especie de *shock* con la noticia, y así se lo hizo saber a Virginia: “Fue de alguna manera tan desconcertante y perturbador cuando de hecho los vi a ti y a Leonard juntos que no sabía cómo decir lo que sentía”.

Después de superar sus propias dudas, Virginia llegó a entusiasmarse con su decisión e informaba a Madge Vaughan: “Leonard es sin ninguna duda el hombre más interesante y encantador que conozco”, y agregaba: “Solo lo conozco desde hace seis meses, pero desde el comienzo encontré en él a la persona con quien podía hablar. Me interesa muchísimo, aparte de todo lo demás”.

Amigos y parientes se dividieron entre los que aprobaban íntimamente su elección y los que pensaban que era equivocada. Clive, para quien el compromiso fue un hueso duro de roer, confesaba: “Sé que no soy injustificadamente celoso, sé que no soy frío, pero me encuentro espantosamente confuso... Debes saber que, pase lo que pasare, siempre querré engañarme creyendo que te estimo y te quiero más que tu marido”. Los celos también lo llevaron a hacer comentarios desagradables en una carta que Adrian le mostró a Virginia. Las consecuencias no se hicieron esperar; podría decirse que ardió Bloomsbury, y solo la mediación de Vanessa logró calmar los ánimos en vista del inminente matrimonio. Entre tanto, las presentaciones seguían su curso. Después de que Violet y Leonard se conocieron, Virginia le escribía a su amiga:

«Mi marido dice que nunca ha conocido a nadie que le simpatizara tanto como tú. Tiene mucho de Thoby, no solo en el rostro. Creo que me va a consentir demasiado... pero a la vez me va a mantener en buenas condiciones con respecto a otras cosas. ¿Pero no sería horrible si después de todo tu cuidado, mi carácter, que tanto prometía, se echara a perder finalmente con el matrimonio?»

Las asociaciones con Thoby, el idolatrado hermano cuya muerte desencadenó el matrimonio de Vanessa con uno de sus amigos, volvían a hacerse presentes en esta nueva unión. Tras la muerte de Thoby, Virginia le había enviado a Leonard un ejemplar de su biblioteca; y a pesar de que, según el testimonio que brindan las fotografías, no se

parecían demasiado, ella encontraba semejanzas que le servían a la hora de reafirmarse en su decisión. Por otra parte, era evidente que Leonard contaba con la inteligencia ejecutiva y la ética que ella le había atribuido a su hermano, y admiraba que hubiera pasado “siete años en Ceilán, gobernando a los nativos, inventando arados y cazando tigres”. De hecho, el carácter reservado de Leonard y sus experiencias en las colonias lo diferenciaban de la “camarilla” de amigos con preocupaciones exclusivamente artísticas e intelectuales. A Virginia le interesó ese contraste al punto de elaborarlo en su novela de madurez, *La señora Dalloway*, donde Peter Walsh regresa después de haber pasado cinco años en la India: “Detrás de él se extendía toda la India; llanuras, montañas; epidemias de cólera; un distrito dos veces el tamaño de Irlanda; decisiones que había tomado él solo —él, Peter Walsh” Por su parte, cuando se reencuentra con Clarissa, su amor de juventud, Peter piensa, un tanto despectivamente: “Aquí ha estado sentada todo el tiempo que yo he estado en la India; remendando su vestido; entreteniéndose; yendo a fiestas”.

Mientras la fecha del casamiento se acercaba, los novios no dejaban de lado sus respectivas escrituras y trabajaban con gran dedicación. Para Virginia era motivo de alivio y de orgullo que Leonard dijera que consideraba causal de divorcio que ella dejara de escribir. Estaba terminando su novela y otra comenzaba a tomar forma, “pero el año próximo —le escribía a Violet— voy a tener un hijo”. Poco antes de contraer matrimonio, Leonard conoció a los Vaughan. Will no le agradó y prefirió a Madge, pero con la que mejor congenió fue con Marny, con quien visitó el East End de Londres, tomó conciencia de las graves condiciones de la pobreza urbana y decidió colaborar con ella en sus tareas filantrópicas. También conoció a Margaret Llewelyn Davies, una amiga de Janet Case, la profesora de griego de Virginia que, comprometida en labores comunitarias, encontró en él a un aliado natural. La proyección política del Movimiento Cooperativo para el que ella trabajaba era más afín a su temperamento y convicciones que la labor caritativa de Madge; sin embargo, fueron sus visitas a los barrios pobres del este de la ciudad las que lo llevaron a enrolarse en las filas del socialismo.

Conocer a los hermanos Duckworth formaba parte de un protocolo familiar a punto de extinguirse, pero también fue necesario que Virginia conociera a la madre de Leonard y a sus hermanos. Té mediante, Virginia conversó con su futura suegra. La experiencia le resultó extraña, e intentó describírsela a Janet:

—Un sándwich, Miss Stephen, ¿o puedo llamarla Virginia?
—¿Qué? ¿Sándwich de jamón con el té?
—Jamón no: carne enlatada. No
comemos jamón, ni tocino, ni mariscos en esta casa.
—¿Mariscos no? ¿Por qué no mariscos?
—Porque en las Escrituras dice que son criaturas inmundas, y
nuestro Mr. Josephs en la sinagoga, y...
Fue extraño.

Finalizadas las presentaciones, la boda tuvo lugar el 10 de agosto, en el Registro Civil de St. Pancras[160] Virginia tenía treinta años; Leonard, uno más. Como suele pasar en muchas bodas, la asistencia fue heterogénea, y cualquier espectador podría haberse divertido haciendo un perfil sociológico de los concurrentes. George y Vanessa oficiaron de testigos. No pasó inadvertido que el secretario del Registro Civil confundiera los nombres de Virginia y Vanessa, tampoco que esta última interrumpiera la ceremonia preguntando qué pasos debía seguir para cambiar el nombre de su hijo Quentin por el de Christopher. Si bien nunca realizó el cambio, Vanessa logró captar la atención de la concurrencia y, junto con la lluvia que acompañaba ruidosamente la boda, desconcertar al bastante sordo oficial del registro. Luego de la ceremonia, hubo una reunión en el 46 de Gordon Square. Allí se encontraron seres a todas luces antagónicos; mientras George y Gerald lucían de impecable jaquet, como solían hacerlo en esas ocasiones, Duncan Grant usaba un traje prestado que no se ajustaba a su anatomía. Para su asombro, los hermanos Duckworth se encontraron con un “extraño pintorcito” que “solo hablaba de trajes de empeño”. Entre los invitados, que no eran muchos, se incluyó a la tía Mary Fisher, a Roger Fry y a Saxon Sydney-Turner.

Cabe agregar, como detalle significativo, que la familia de Leonard no fue invitada a la boda, cosa que desconcertó e hirió a su madre que le escribió: “Sé perfectamente que ni tú ni Virginia tenían el menor deseo de desairarme —por qué habrían de tenerlo—, pero ha sido un desaire de todos modos”. Tampoco Clive parecía feliz, pero después de la boda, cuando los esposos se hubieron retirado y ya no quedaba nadie en la casa, le escribió a Virginia “una carta penosa y corta, en la que declaraba su amor tanto por ella como por su esposo”.

Luna de miel: ¿una alumna aplicada?

Leonard y Virginia pasaron la noche de bodas en Asheham, y luego unos días en el Plough Inn de Holford, en Somerset; allí iniciaron su viaje de luna de miel, escalando colinas y leyendo novelas “como tigres”. El 18 de agosto vía Dieppe, los Woolf se dirigieron al sur de Francia. Para solventar el viaje, Leonard había retirado ciento cinco libras de su cuenta bancaria, lo que les permitió visitar, en España, Barcelona Madrid, Tarragona, Zaragoza y la espléndida catedral de Toledo. El calor, los mosquitos y un brote de malaria complicaron un poco la visita a España. El 17 de septiembre tomaron un oxidado barco húngaro desde Valencia a Marsella, y de allí fueron a Pisa y a Milán. Arribaron a Venecia a fines de septiembre.

Como había sucedido en ocasión del matrimonio de Vanessa, las hermanas temieron que su relación sufriera con la inclusión de Leonard. Pero esta vez era la mayor la que temía perder el amor de Virginia, y como deseaba seguir siendo su confidente, en plena luna de miel le preguntaba acerca de sus relaciones íntimas:

«¿Eres de veras una alumna aplicada? Creo que soy muy mala en esas cosas. Quizás a Leonard le gustaría darme algunas lecciones. Por supuesto que hay algunos que no necesitan ser tan diestros. Al menos, esa es mi teoría.»

¿Qué había detrás de las insinuaciones de Vanessa? Triangular los amores había sido una experiencia dolorosa, pero en el plano sexual Vanessa ostentaba primacía, y le escribía a Leonard:

«¡También tú pareces muy feliz! Me muero de ganas de conocer los detalles, pero supongo que voy a tener que esperar hasta que pueda verte. Billy [Virginia] puede ser un alumno aplicado, considerando que se ha acostumbrado como mono de la manada. Pregúntale si de veras se siente más atraído por la figura del macho que por la de la hembra. ¿Le gusta la fuerza y la dureza del macho? Dime también cómo lo encuentras tú comparado con todos los que has conocido.»

Es sugestivo constatar que su luna de miel solo ocupa unas líneas en los varios volúmenes de la autobiografía de Leonard. Cuando se refiere a ese período apenas nombra a Virginia y sin embargo detalla que, durante la azarosa travesía en bote, él fue el único en cubierta capaz de tomar el desayuno. Es de las cartas de Virginia de donde se puede

inferir lo que ocurría en esos momentos. En las suyas, ella da cuenta de los libros que se había llevado para leer, pero también, en una escrita desde Zaragoza a Ka Cox, se refiere a la “pérdida” de la virginidad:

«¿Por qué la gente arma tanto alboroto con respecto al matrimonio y a la copulación? ¿Por qué algunas de nuestras amigas cambian tras perder la castidad? Probablemente mi edad avanzada lo vuelva menos catastrófico; pero por cierto creo que se exagera demasiado con el clímax. Excepto por un buen humor constante (Leonard no verá esto), debido al hecho de que cada arrebatado de enojo recae de inmediato sobre mi marido, yo podría seguir siendo Miss S»

De atenernos a sus palabras, se hace evidente que Virginia no estaba muy entusiasmada con sus descubrimientos sexuales. Aunque encontraba placer en los abrazos, las caricias y el lenguaje amoroso que ella y Leonard compartían, no parece que experimentara placer en la penetración, lo que complicaría en adelante los encuentros sexuales con su marido. Otra cosa sucedía en el plano afectivo e intelectual. Desde Venecia y en una carta que dirigieron a Molly MacCarthy y que se turnaron para escribir, Leonard dijo que no se sentía como un hombre casado, lo que creía que era síntoma de felicidad; además agregaba que ambos disfrutaron de la luna de miel al punto de creer que podrían llevar una vida itinerante. Entusiasmado, Leonard aventuraba: “Espero que al morir como un buen judío a los setenta años aún no tenga casa”. Luego, de su puño y letra Virginia agregaba: “Hemos hablado sin parar durante siete semanas, y nos hemos vuelto nómadas y monogámicos de un modo crónico”?[161]

En la misma época, mientras la frialdad de Virginia y la preeminencia de lo intelectual caracterizaban su relación con Leonard, Vanessa tenía en Roger un amante que, subyugado, le escribía:

«Sin que hagas ningún esfuerzo y viviendo simplemente de una manera intensa y natural, cuán perfectamente razonable eres (salvo cuando uno se entromete en tus pinturas) y esa manera tuya de ser razonable no es nunca aburrida ni monótona ni tampoco excesivamente esperada y para mí resulta mucho más incitante que si fueras toda antojos y caprichos como las coquetas profesionales.»

A diferencia de la apatía sexual y de la poca importancia que Virginia había dado a su primera relación sexual, Vanessa aceptaba la

sexualidad como una expresión de lo cotidiano, y se esmeraba en recalcar:

«Ay Roger, fue delicioso hoy pese al sórdido entorno, como un poquito de agua cuando uno tiene mucha sed. De hecho creo que el sórdido entorno es como el Matisse. Quiero decir que hay que recurrir a las cosas realmente importantes. Siempre me ha gustado hacer el amor en medio de cosas bastante corrientes. Las transforma en algo diferente. Aunque también sería sublime hacerlo en Asia Menor.»

Lejos del abandono sensual de Vanessa, en plena luna de miel, Virginia descubría una nueva soledad. Como Clarissa en *La señora Dalloway*, una suerte de “virginidad conservada”, a pesar de la sexualidad, se interponía entre ella y su marido.

«Clarissa le había fallado [a Richard]. Y después en Constantinopla, y otra vez y otra más. Sabía qué era lo que le faltaba. No era belleza; no era inteligencia. Se trataba de algo central que penetraba todo; algo cálido que alteraba superficies y rompía el frío contacto de hombre y mujer, o de mujeres juntas. Porque eso sí que podía percibirlo vagamente. Le dolía, sentía escrúpulos sacados de Dios sabe dónde, o bien, eso creía, enviados por la Naturaleza (infaliblemente sabía).»

Finalmente, Virginia y Leonard Woolf llegaron a Londres el 3 de octubre, y luego de una corta estadía en Brunswick Square, alquilaron unas habitaciones en el 13 Clifford's Inn, una antigua casa del siglo XVIII, cerca de Fleet Street y en plena City. Se trataba de una suerte de inquilinato, los cuartos lucían los nombres de los ocupantes, la gente ponía botellas de leche en las puertas, y se respiraba un aire bohemio y ciertamente indiscreto. Incluso la mucama que limpiaba los cuartos podía ponerse a conversar con ellos, sin inmutarse de que Leonard estuviera “desnudo” en el baño; y un día al atardecer vieron cómo una joven “se arrojaba [...] a los brazos de un joven, y como permanecieron así cerca de diez minutos, llegamos a la conclusión de que estaban enamorados”. Después de un intento de cocinar unas costeletas de cordero que se quemaron por fuera y quedaron crudas por dentro, los Woolf optaron por comer en la Cock Tavern, lugar que les recordaba los tiempos de Tennyson: “Tenía los muebles y la comida, el aire y el sabor de considerable antigüedad”. Para Leonard, ese tipo de vida era lo más

parecido a la de Cambridge, y en sus memorias aseguró que vivir en la City fue una gran experiencia. Durante la semana había en el lugar mucha actividad, pero los fines de semana parecía un desierto.

Además de cuestiones económicas, la conveniencia de vivir allí tenía que ver con que Leonard comenzó a trabajar, a pedido de Roger Fry, para la segunda exposición de los postimpresionistas en las Grafton Galleries. La muestra se inauguró en octubre y se mantuvo hasta enero del año siguiente. Sin duda, fue un trabajo agotador y de alguna manera desquiciante para alguien que daba, como su esposa, más allá de su aprecio por la pintura, prioridad indiscutida al mundo de las letras. Pero lo peor fue el contacto diario con un público que Leonard consideró inculto y de mal gusto, incapaz de aceptar novedades en materia artística. Una vez inaugurada la exposición y haciéndose eco del ánimo de su marido, Virginia escribió: “Los artistas son una raza abominable. La furiosa excitación de esta gente durante todo el invierno por sus lienzos de tela coloreados de verde y azul es odiosa”. A Vanessa, que era una de las expositoras, no le habría gustado oír palabras semejantes, y es posible que hubiera señalado que, de ser cierta la obsesión de los pintores, no había que olvidar que Virginia llevaba siete años escribiendo su primera novela. Ya por entonces Leonard, que había escrito la suya en menos tiempo e incluso ya tenía editor, se había percatado de la “intensidad torturada” con la que Virginia se dedicaba a la escritura.

El matrimonio Woolf pasó su primera Navidad en Asheham House, el campo les sentaba muy bien y decidieron que alternarían su residencia entre las habitaciones en la City y la casa de campo. Con Vanessa de visita, cierto día, hablaron francamente acerca de su sexualidad. Dejando claras las diferencias entre ella y su hermana, Vanessa le contó a Clive:

«Los Woolf... parecían muy felices, pero es evidente que los dos estaban un poco preocupados por la cuestión de la frialdad de la Cabra. Creo que a ella la molesté, pero quizá lo tranquilicé a él, al decirles que yo pensaba que ella nunca había entendido ni simpatizado con la pasión sexual en los hombres. Parece que ella sigue sin experimentar ningún tipo de placer en el acto, cosa que encuentro curiosa. Los dos tenían una gran curiosidad con respecto a la primera vez que yo había tenido un orgasmo. No he podido recordarlo, ¿y tú? No hay duda de que a mí me gustaban todas esas cosas — aunque no las experimentara—, desde que tenía dos años.»

Durante la niñez y en su juventud, Virginia soportó experiencias impropias que no alcanzó a elaborar. Las exploraciones sexuales de Gerald frente al espejo de la sala de la casa familiar y los incestuosos abrazos de George quedaron por siempre grabados en su memoria. Por su parte, a diferencia de Clive, mujeriego empedernido, que tenía amantes y hacía gala de sus relaciones amorosas, Leonard tampoco tenía experiencias que favorecieran el encuentro. Había partido muy joven a Ceilán y, a través de las cartas que desde allí le escribió a Lytton, se sabe que se enamoró de una joven oriunda del país, pero que encontró degradante su posición: “Quizá —escribió— solo estoy enamorado de una estúpida intriga y de dominar la situación, y a veces creo que lo estoy de dos grandes ojos de vaca que nunca podrán entender nada de lo que se les diga a pesar de que parecen comprender todo lo que ha sido, es y será”. Como citamos, en una de esas cartas Leonard aseguró que encontraba degradante la cópula, y en otra, tras contar que se había topado con el cadáver de una mujer, muerta a puntapiés por su hombre por no haberle preparado la cena, declaró: “La mayoría de las mujeres vivas son feas desnudas; muertas, son revulsivas”. Su actitud hacia la sexualidad presentaba contradicciones que, junto con el rechazo y la frialdad de Virginia, plantearon serias dificultades a la pareja. Pero Leonard era, además de intelectual, un hombre de acción, y en los meses siguientes decidiría tanto el rumbo de su matrimonio como el de su vida profesional. Luego de trabajar brevemente con Marny Vaughan en el este de Londres, comenzó a escribir para el *Co-operative News* y a involucrarse con el Women’s Cooperative Guild, movimiento del que era secretaria Margaret Llewelyn Davies.

CAPÍTULO XVI - 1913

Fracaso sexual, éxito intelectual

¿NO había sido el deseo de casarse lo que impulsó a Virginia al matrimonio, a pesar del rechazo físico que sentía por Leonard? Lo cierto es que ninguno de los dos reparó en las consecuencias de ese rechazo, hasta que en la luna de miel debieron enfrentar su fracaso sexual. La frialdad de ella y la incapacidad de ambos para abordar y compartir abiertamente sus emociones complicaron aún más las cosas. En el caso de Virginia, aparecieron síntomas de ansiedad y dificultades para adecuarse a su nueva realidad. Por su parte Leonard optó por evadirse del conflicto emocional y lejos de reflexionar si le cabía responsabilidad en el fracaso sexual de la pareja, se lo atribuyó al estado psíquico cada vez más preocupante de Virginia. En las memorias que escribió cincuenta años después, él insistió en declarar que, antes de casarse y después de la luna de miel, Virginia presentaba síntomas que lo preocuparon al punto de consultar con los médicos. Pero cabría preguntarse si no hay exageración en esos recuerdos, puesto que en enero Vanessa le escribía a Roger, señalando lo equilibrada que veía a Virginia:

«Virginia ha sido muy amable conmigo. Se dio cuenta de que me sentía deprimida ayer y fue magnífica y me animó muchísimo. ¿Te parece que a veces me río demasiado de ella? No creo que importe, pero a veces me siento realmente subyugada por sus cualidades. Cuando quiere, puede expresar extraordinarios puntos de vista de gran amplitud. Creo que, en realidad, tiene un valor y una cordura sorprendentes con respecto a la vida. La he visto tan poco en los últimos

tiempos que eso me ha impactado.»

Esa no era la visión de Leonard, pues en ese mismo mes de enero Virginia volvía a tener dolores de cabeza, insomnio y dificultades para alimentarse. Así pues, él recurrió al consejo de los doctores, pero lo llamativo fue que no solo consultó a los médicos acerca de esos síntomas, sino que se aventuró más allá y puso sobre el tapete la cuestión de la maternidad. Aunque Leonard parecía compartir el deseo de Virginia de tener hijos, no bien aparecieron los síntomas de una nueva crisis nerviosa, se apresuró a buscar la opinión de los especialistas. No conforme con la del doctor Savage, que desestimó sus preocupaciones e incluso consideró positivo que Virginia fuera madre, creyó conveniente hacer otras consultas. Fue así como llegó, sin dilaciones, a Maurice Craig, el médico de Vanessa, quien señaló que la maternidad podía llegar a convertirse en una situación de riesgo; lo mismo pensó Jean Thomas. Por su parte, el doctor Maurice Wright, un médico que Virginia había consultado el año anterior, compartía la opinión de Savage. Otro especialista, el doctor T. B. Hyslop indicó suspender la decisión por año y medio. Como se puede ver, los criterios diferían, pero es posible que a Leonard solo lo tranquilizara un no como respuesta.

Luego de dos meses de noviazgo, de un matrimonio apresurado y solo tres meses después de la luna de miel, él consultaba con los médicos acerca de los efectos que podría tener la maternidad en Virginia. Pero de alguna manera buscaba una respuesta ya establecida, puesto que por entonces los “teóricos de la eugenesia” compartían la creencia generalizada “de que las personas que tuvieran un historial personal (o familiar) de enfermedad no debían tener hijos”. Conociendo las convicciones del período histórico concreto, especialmente las de T. B. Hyslop, resulta impensable que el médico hubiera dado otra opinión. El prestigioso neurólogo había publicado en el *Journal of Mental Science*^[162] un trabajo en el que precisamente hablaba de la necesidad de evitar que las personas que tuvieran problemas mentales pudieran transmitirlos a sus hijos y con ello debilitar la energía vital de la nación. Además, sostenía que la labor intelectual podía convertir a las mujeres en seres neuróticos e ineptos sexualmente, y por ende, era perjudicial para su salud.

Sea como fuere, es evidente que Virginia deseaba tener hijos y, cuando en octubre del año anterior Violet Dickinson le envió una cuna de regalo, se entusiasmó pensando: “Mi bebé dormirá en esta cuna”.

Además, refiriéndose a la casa de Clifford's Inn resaltaba que tenía “un pequeño jardín para que jueguen allí mis mocosos”. Sin tener en cuenta sus deseos, una serie de intercambios de opiniones se sucedían a sus espaldas, y el 20 de enero Vanessa le escribía a Leonard:

«Creo que deberíamos preocuparnos por averiguar y tomar todas las precauciones de antemano. Me gustaría saber más de lo que dijo Craig. Supongo que piensa que el riesgo que ella corre es el de otro grave ataque de nervios, y no creo que ni siquiera un bebé lo valga.»

Es probable que Virginia no intuyera aún que los médicos, Leonard y Vanessa estaban decidiendo el futuro de su maternidad, ya que en abril de ese año le escribía a Violet: “No vamos a tener un bebé, pero queremos tener uno, y dicen que primero serían necesarios unos seis meses en el campo”. Por lo que se ve a través de sus cartas, aunque Vanessa ponía reparos a las dudas de Leonard e insistía en que debía considerarse la opinión favorable de Savage, ya que conocía más a Virginia que Craig, también tenía sus temores. De todas maneras, confiada en que tomando recaudos Virginia podría ser madre, terminó por escribirle a su hermana: “No entiendo por qué Leonard se ha ido convenciendo gradualmente de que tener hijos es tan peligroso”.

Convendría detenerse en los motivos por los que Leonard temía tener hijos con su mujer. No solo podía preocuparlo que las tensiones derivadas del embarazo y del parto, y luego la atención del bebé, fueran demasiado para el equilibrio mental de Virginia; también cabe la posibilidad de que compartiera las teorías eugenésicas aceptadas en la época, o que simplemente no deseara tenerlos. De hecho, resulta difícil dilucidar si Leonard deseaba realmente ser padre. En sus memorias hay una deliberada intención de no abordar en profundidad cuestiones emocionales, y no es fácil inferir cuáles eran sus sentimientos al respecto. Además, teniendo en cuenta sus rasgos personales, el rigor y la responsabilidad que lo caracterizaban, pero también su tozudez e intolerancia, y la incapacidad de reconocer los propios errores,^[163] no sería acertado basarse solamente en su testimonio. A fin de cuentas, pudo haber vivido la muerte de Virginia como un fracaso personal, ya que había dedicado su vida a mantener estable la de ella. Hay que señalar que, para Leonard, la decisión de Virginia fue terrible, pero además se podría creer que la vivió como una afrenta imperdonable, una herida a su amor propio a la luz de la cual escribió sus memorias.

Lo que sí parece evidente es que Virginia solo pudo responder al deseo de Leonard con frialdad y distanciamiento. La imposibilidad de expresar sus sentimientos, debida en parte a sus inhibiciones y en parte a la desconexión de Leonard con los suyos, los llevó a un callejón sin salida. A su vez, Leonard cargó el peso de la situación en los problemas nerviosos de ella y en el esfuerzo causado por su novela, y de esa manera escapó a evaluar la relación entre esta nueva crisis de Virginia y su matrimonio. Finalmente, se hizo de un rol de autoridad sobre su mujer y, sin cuestionarse a sí mismo, tomó decisiones que abrieron una brecha insalvable entre ellos y marcaron desde ese momento el tenor de su pareja.

No es creíble que Leonard fuera ingenuo o incauto a la hora de decidir su casamiento. Había hablado con Savage durante la crisis que tuvo Virginia durante su corto noviazgo y tenía indicios de la difícil situación que enfrentaba al casarse. Pero ni eso ni el rechazo físico que ella confesaba lo hicieron reconsiderar su posición. A principios de 1913, cuando Virginia apenas podía elaborar las tensiones que atravesaba, preocupado por lograr una posición laboral en Londres, él comenzó a dedicar mucho tiempo a temas sociales y políticos. Es así como, a pesar de considerar que su mujer no se encontraba en las mejores condiciones, sumó a Virginia a sus giras de reconocimiento de los sectores pobres de la ciudad. En marzo de 1913, ella lo acompañó en su recorrido exploratorio por el norte industrial de Inglaterra y Escocia, visitaron Liverpool, Manchester, Leeds, York, Carlisle y Leicester, “viendo todo tipo de horror y milagro”. Mientras Virginia constataba la capacidad de Leonard de moverse en aquel mundo, ambos trabajaban arduamente en su escritura —Leonard le contó a Lytton que solían escribir cerca de 750 palabras por la mañana y unas 500 palabras por la tarde—. Además, cada uno estaba al tanto del trabajo del otro, y cuando en noviembre del año anterior Virginia leyó *The Village in the Jungle*, la primera novela de Leonard, consideró que era sorprendentemente buena. Tal vez con ese incentivo, Virginia trabajó en su libro con una especie de “intensidad torturada”, a la que los médicos y Leonard no dudaron en adjudicar parte de la responsabilidad en la siguiente crisis. Para ese entonces llevaba escritos al menos cinco borradores, y entre 1909 y 1913 trabajó dos versiones en paralelo. Lo cierto es que no debió resultarle fácil que Leonard escribiera y publicara su primera novela tan rápido; tal vez por eso, entre diciembre de 1912 y marzo de 1913 Virginia mecanografió, corrigió y reescribió, y por fin el 9 de marzo, luego de leer la última versión de *Fin de viaje*, Leonard la envió a

la editorial de Gerald Duckworth. Virginia esperó cerca de un mes con el temor a ser rechazada, pero después del informe positivo de Edward Garnett, lector de su editorial, Gerald aceptó publicarla.

Mientras esperaba la publicación, Virginia se esmeraba en llevar una vida saludable y descansada, y conservaba las esperanzas de que, luego de unos meses en el campo, podría aventurarse en la maternidad. También seguía atentamente las ventas de la novela de Leonard; y durante mayo y junio, puso a prueba sus nervios durante la penosa tarea de corregir las galeras de *Fin de viaje*.[\[164\]](#)

Distintos frentes de batalla

Mientras Virginia desmejoraba, Leonard había adquirido compromisos y debía cumplir con visitas, lecturas y conferencias para el Movimiento Cooperativo. Había renunciado a su puesto en las colonias porque no deseaba “ser gobernante de los gobernados” y, según escribió en sus memorias, después de las visitas en West End se había visto “confrontado por una vasta, peligrosa falla en la estructura social, una destructiva enfermedad en el organismo social, que ni el paternalismo, la caridad o la buena obra podían subsanar. Nada salvo una revolución social, una cirugía mayor, podría lidiar con ello. Renuncié al Care Committee (Comité del Cuidado) y a la COS (Sociedad de Organización de la Caridad)”. Fue así como Leonard pasó “de liberal a socialista”, poniendo en su trabajo en los barrios pobres de Londres el mismo empeño que había puesto cuando gobernaba en la jungla.

Su relación con Margaret Llewelyn Davies,[\[165\]](#) secretaria general de la Women’s Cooperative Guild (división femenina del Movimiento Cooperativo), se hizo muy estrecha, al punto de generar tanto celos como admiración por parte de Virginia. Davies alentaba a las mujeres a que se dieran cuenta del poder que tenían, ya que, al hacerse cargo de la economía doméstica, eran el primer eslabón en la cadena capitalista, las primeras consumidoras en la sociedad, y por lo tanto podían influir en cómo y dónde se gastaba el dinero. Además, alentaba a las mujeres a organizarse por sí mismas (por ejemplo, formando grupos de presión), de modo de utilizar esa influencia. Las sociedades cooperativas apuntaban a la autoayuda, y Davies tenía la teoría de que se debía urgir a las mujeres a que reconocieran que tenían el poder de cambiar las

cosas que afectaban negativamente su vida. El caso es que creía que la presión que pudieran ejercer debía aprovecharse pacíficamente sin recurrir a ningún tipo de violencia. Cuando el gremio tomaba parte de las marchas, estas solían ser silenciosas, con las mujeres sosteniendo pancartas para transmitir sus mensajes; la organización se especializó en los panfletos y fue pionera en temas de la mujer.

Las influencias de Virginia y de Margaret Davies hicieron de Leonard otro hombre; apenas unos años antes le importaba “un comino” que las mujeres obtuvieran el voto, odiaba “las pancartas y las marchas” de las sufragistas, creía que la mayoría de los hombres eran de por sí tontos, y que las mujeres eran “más tontas que los hombres”, y no veía que pudiera ganarse nada con su voto. Pero lo que no pudieron sus hermanas —Flora Woolf le escribió: “Tus sentimientos sufragistas son horribles”—, lo lograron su mujer y su nueva compañera cooperativista.

Con estas influencias feministas, y convertido al socialismo, Leonard se sintió impresionado por la potencialidad de las mujeres trabajadoras. A través de sus escritos para el gremio cooperativo, entró en contacto con Sidney y Beatrice Webb, fundadores del movimiento socialista fabiano —Fabian Society— y dueños del *New Statesman*, periódico para el que comenzó a colaborar.

La relación de Virginia con el entorno político de Leonard fue singular; si bien admiraba su trabajo, sospechaba que bajo el manto de las buenas intenciones esgrimidas por los políticos se ocultara el deseo de “controlar a las masas”. Por otra parte, respecto de las mujeres trabajadoras, con quienes se había relacionado en principio a través de sus clases en el Morley College, el trabajo de Leonard la introdujo al aspecto político de sus reclamos, y viéndolas en Manchester le había escrito a lady Cecil: “No puedo imaginarme por qué los pobres no toman cuchillos y nos echan de nuestra casa”, y agregaba: “Trabajan parados durante 8 horas atando 6 gruesas[166] de potes de mermelada”.

Si el entorno social era complicado, no podía decirse menos del familiar. Según parece, Adrian y Leonard no se llevaban bien, y a principios de su matrimonio Virginia tomó partido por su marido, a la vez que Vanessa se inclinaba por su hermano. Por su parte, Clive tampoco se entendía con Leonard. Tenían personalidades opuestas y contradictorias. Clive representaba al diletante mundano y socialmente acomodado que Leonard despreciaba por vanidoso y superficial. Sin duda, además, debería estar enterado de sus comentarios antisemitas. A la vez que percibía su desdén, Clive consideraba a Leonard puritano,

demasiado austero y con poco roce social. Ambos estaban convencidos de que el otro no solo no merecía a su respectiva mujer, sino que ejercía sobre ella una influencia negativa. Clive aborrecía que Leonard llevara a Virginia en sus recorridos por fábricas y barrios, mientras que para Leonard las reuniones de Gordon Square representaban el colmo de la frivolidad.

Aun cuando Virginia siempre se mostró dependiente del afecto de su hermana y leal a los afectos familiares, desde el principio de su matrimonio constituyó una sociedad excluyente con Leonard, quien encontró su lugar en Bloomsbury a través de una trama de conflictos y nuevas alianzas. No pasó mucho tiempo antes de que quedara demostrado que él no era una persona que se acomodara fácilmente a situaciones con las que no concordaba.

Si se piensa que a pesar de los comentarios contra los judíos que abundan en las cartas de juventud de Virginia, ella se casó con uno, y se considera la inadecuación que Leonard sentía con respecto a la clase social a la que ella pertenecía, es evidente que ambos tuvieron que adaptarse a un matrimonio que presentaba más de un tipo de dificultades.

Como la Asheham House les brindaba una vida apacible y oficiaba como un oasis en esas condiciones, los Woolf fijaron allí su residencia. Pero en mayo volvieron a Londres y asistieron a la representación de *El oro del Rin*. En el estado en que se encontraba, la densidad emotiva de la ópera ejerció en Virginia un efecto paradójico, que registró comparando sus sensaciones con lo que había sentido en otra época “Mis ojos están magullados, mis oídos embotados, mi cerebro es un simple budín de pulpa —ah, el ruido y el calor, y los berreos de sentimentalismo, que solían emocionarme tanto y que ahora me dejan absolutamente insensible”.

A mediados de año, el estado de salud de Virginia se volvió alarmante. Aun así, los Woolf recibieron amigos en Asheham, y a principios de julio regresaron a Londres. La ciudad —con sus teatros, restaurantes y reuniones— representaba la contrapartida de la tranquila vida de campo, y el ir y venir entre uno y otro sitio parecía apuntar a la búsqueda de un equilibrio inalcanzable. De regreso en Asheham, Leonard estaba cada vez más preocupado pues los síntomas de otras veces se repetían: Virginia sufría jaquecas, depresión, insomnio, rechazaba la comida y reaparecía un difuso sentimiento de culpabilidad. Aunque todo parecía estar fuera de control, Virginia se esforzaba por tranquilizar a su marido, y lo acompañó a la reunión anual de la Fabian

Society, el 22 de julio en Keswick, pero al llegar al hotel su estado distaba de ser bueno y permaneció en cama la mayor parte del tiempo. De regreso en Londres, Leonard consideró urgente consultar con el médico.

Además de recurrir al doctor Savage, los Woolf pusieron a Vanessa al tanto de la situación. Angustiada, ella le escribió a Roger:

«Parece que ha encontrado a Virginia bastante mal. Dijo que era exactamente lo mismo de siempre y que se pondría bien, pero que debía descansar. En consecuencia, se fue a lo de Jean [Thomas] en Twickenham ayer por la tarde. Me temo que es demasiada mala suerte... Por favor, ten mucho cuidado en no decir una palabra a nadie sobre su preocupación por lo que la gente pueda pensar de su novela, que parece que es la causa real de su depresión. [...] Dios mío, no puedo dejar de preocuparme pensando que yo podría haber hecho más, a fin de cuentas, pero, por otra parte, mucho no se puede hacer con gente casada.»

También Jean Thomas se inclinaba por responsabilizar de la crisis a la novela, confiando su opinión a Violet:

«Es la novela lo que la ha destrozado. La acabó y le mandaron las pruebas de imprenta para que las corrigiera... no podía dormir y creía que todo el mundo iba a burlarse de ella. Después hicieron lo que no debían y empezaron a tomarle el pelo sobre esto y ella comenzó a desesperarse... y llegó aquí con los nervios destrozados. Todo era patético... Le van a echar la culpa a sir George [Savage], probablemente, pero nunca llegaron a hacer lo que les aconsejó, excepto casarse. Y el matrimonio le hizo más bien que cualquier otra cosa, hasta que tuvo el colapso debido al libro, y los médicos dicen: “Tenía que sucederle a una mente tan privilegiada, después de semejante esfuerzo a pesar de todo el cuidado y la prudencia que hayan ejercido”.»

Durante el par de semanas que Virginia pasó en Twickenham, al cuidado de Jean Thomas, le escribió a Leonard lastimeras cartas:

«Creo que todo será mejor cuando estemos juntos. Aquí todo es tan irreal. [...] Te quiero, Mangosta, y verdaderamente te amo, bestiezuela, si tan solo yo no fuese un mandril tan estúpido. ¿Puedes amarme,

realmente? Sí, lo creo, y tendremos una vida feliz. Eres tan adorable. Cuéntame exactamente cómo estás.»

Al día siguiente agregaba:

«Nada de lo que hayas hecho alguna vez desde que te conocí ha sido de alguna manera desagradable, ¿cómo podría serlo? Siempre te comportaste de manera perfecta conmigo. Toda la culpa es mía. Pero cuando estemos juntos —y lo sigo pensando— todo deberá estar bien. Y lo estaremos el jueves. ¿Cómo estás? No me lo dices. Pienso en ti y pienso en todo lo que hemos tenido juntos. De cualquier modo, me has dado las mejores cosas de mi vida [...]. Creo absolutamente en ti y no pienso ni por un segundo que me hayas dicho una mentira.»

La vida continuaba y con Leonard a cargo del cuidado de Virginia, Vanessa sintió que quedaba libre para ocuparse de sus proyectos. Junto con Roger y Duncan Grant, crearon el Omega Workshop, un local que abrió sus puertas el 8 de julio, en el 33 de Fitzroy Square, donde se podían conseguir desde pinturas hasta muebles, pasando por toda la gama posible de objetos de decoración y vestimenta. Roger había pensado que esa era una buena vía para que jóvenes artistas pudieran vivir de su arte, entre ellos el propio Duncan, que en ocasiones no tenía dinero ni para pagar el boleto del tren. La inauguración de Omega debió de requerir toda la energía y la concentración de la ya abrumada Vanessa. Ella misma se encargó de diseñar telas, tejidos, alfombras, y también pintó biombos, hizo alfarería y hasta un mural para una guardería. Con toda esa actividad y con la excusa de que “nada se puede hacer con la gente casada”, Vanessa cedió a Leonard la responsabilidad del cuidado de Virginia. Debió de ser un período difícil para ella, pero finalmente, aunque dudara de que fueran las más acertadas, aceptó que el ex gobernador de Ceilán impusiera sus reglas con las mejores intenciones.

El 11 de agosto, los Woolf volvieron a Asheham. En el diario íntimo de Leonard figuran anotaciones sobre el estado de salud de su mujer, y a partir del día 20 comienza a incorporar un lenguaje cifrado en el que usa caracteres del cingalés y del tamil. El 22 de agosto Leonard dejó a Virginia en casa de Nessa y fue a ver a Savage, quien había prometido que después de la internación ella podría ir de vacaciones con su marido a Somerset. Leonard temía que el viaje resultara desastroso,

pero Savage insistió en que debían hacerlo. Preocupados, Vanessa y Roger Fry recomendaron la opinión del doctor Henry Head,^[167] neurólogo que había tratado a la esposa de Roger. Si bien Head no compartía la opinión de Savage, creía, como él, que contradecir a Virginia podía resultar perjudicial, de modo que los Woolf se dirigieron al lugar donde había comenzado su luna de miel.

Dado que fue allí donde Virginia descubrió lo incompetentes que eran en materia sexual, es probable que Somerset no haya sido la mejor elección; de hecho, después de una semana, las cosas empeoraron al punto que Leonard telegrafió a Ka Cox, que el año anterior había acompañado a Virginia en su crisis, para que se reuniera con ellos.

En su autobiografía, Leonard sostuvo que esas semanas fueron una pesadilla. Virginia insistía en que se encontraba perfectamente bien, pero sufría de insomnio y no podían persuadirla de comer. Pensaba que la gente se reía de ella y día a día se deprimía más. La presencia de Ka no mejoró su estado y, finalmente, unos días después Leonard decidió que debían regresar a Londres. Le dijo a Virginia que compartía el parecer de sus médicos de que estaba enferma y que debía descansar y comer adecuadamente para restablecerse. Pero ella insistía en que no estaba enferma y aseguraba que su estado se debía a sus “propias faltas”.

¿Le preguntó Leonard a qué faltas se refería? Lo cierto es que en su autobiografía él no explica qué quería decir Virginia cuando afirmaba que tenía sus “escrúpulos”^[168] Si bien insistía en que debía comer y descansar, Leonard apenas tenía acceso a las emociones y los sentimientos que su mujer no podía expresar. La crisis nerviosa servía de pantalla a cuestiones que ninguno de los dos estaba en condiciones de abordar. El fracaso sexual de Virginia, como el de Mrs. Dalloway, las deja siempre vírgenes e inaccesibles. En la novela, la protagonista lo vive como un estigma imposible de disociar de la culpa: “Esa era su parte diabólica, esa frialdad, esa dureza, algo muy profundo en ella”.

Al mismo tiempo que la crisis se agravaba, la obsesión por su apariencia y la sensación de que la gente se reía de ella aumentaban. En sus memorias, Leonard afirmó que había algo de cierto en esa percepción, que de otra manera podría parecer paranoica. Allí, él mismo subraya que Virginia era la única persona que conocía que poseía “la cualidad llamada genio”, pero también advierte que tenía “un aura” que la hacía destacarse entre la gente común: “Era una mujer muy hermosa para todos los gustos [...] Sin embargo, la multitud, en la calle, percibía que había algo en su apariencia que les resultaba extraño

y risible”. Leonard incluso agrega que, tanto en el extranjero como en su país, las personas “se detenían para mirarla”, también que se codeaban unas a otras diciendo “mírala”. Para Leonard había “algo extraño e inquietante, y por lo tanto ridículo para muchas personas, en su apariencia, en su manera de andar: con frecuencia parecía estar ‘pensando en otra cosa’, caminaba por las calles arrastrando un poco los pies, en medio de un sueño. Las viejas y arpías, y las jovencitas, no podían contener la carcajada o las risitas”. A la luz de estos comentarios, es explicable que en plena crisis y en extremo susceptible, Virginia detestara presentarse en público y que se sintiera expuesta a las miradas de los otros huéspedes del hotel.

Las cosas fueron empeorando en forma gradual —escribió Leonard—, y resultó imposible lograr que Virginia comiera o intentara descansar, lo único que podía haberle hecho bien. Después de unos días, tanto Ka como yo decidimos que no era seguro seguir en Holford y que yo debía, de un modo u otro, convencer a Virginia de ir a Londres a ver a un médico.

Incapaz de persuadirla de que estaba enferma, Leonard propuso que una vez en Londres consultaran con quien ella quisiera y quedó asombrado cuando oyó el nombre de Head. Como le parecía que Savage era más un hombre de mundo que un doctor confiable, Leonard se sorprendió gratamente con la sugerencia de Virginia. El 8 de septiembre, después de telegrafiar a Head, volvieron a Londres. La situación era tan desesperante que tanto Leonard como Ka Cox temieron que Virginia saltara del tren. Sin embargo, llegaron sanos y salvos, y luego de pasar la noche en Brunswick Square, visitaron primero al doctor Maurice Wright y por la tarde al doctor Head.

La amenaza del suicidio

En la entrevista con Head, Leonard y Virginia dieron sus respectivas versiones acerca de la salud de ella y, luego de presentar sus alegatos, se sometieron al arbitrio del médico. Se trataba de una lucha de poderes y, al asegurarle a Virginia que estaba seriamente enferma y que debía tratar su neurastenia, el médico inclinó la balanza hacia Leonard.

Cuando en *La señora Dalloway* el médico indica que Septimus debe ser internado en una clínica de reposo —lo mismo le estaban sugiriendo a Virginia—, los pensamientos del paciente se hacen eco de lo que podría haber sentido ella misma: “Una vez que caes, repetía Septimus para sus adentros, la naturaleza humana se ceba en ti. [...] Te aplican el tormento del potro y las empulgueras. La naturaleza humana es implacable”.

En la novela, para no claudicar ante el poder de los doctores y evitar que lo internen, Septimus se suicida. Esa tarde, después de visitar a los médicos y tomar el té con Vanessa, Virginia se acostó a descansar en Brunswick Square; en tanto, por pedido de Head, Leonard se dirigió a ver a Savage para explicarle los motivos por los que habían consultado a otro médico y para pedirle que ambos se reunieran al día siguiente. Estaban con Savage cuando Ka Cox los llamó por teléfono para decirles que había encontrado a Virginia inconsciente en su cuarto. Leonard volvió apresuradamente a la casa y comprobó que Virginia había tomado “100 gránulos de veronal, una dosis que podía resultar mortal”. De inmediato llamaron al doctor Head, pero no hizo falta esperarlo, ya que en el último piso se encontraba un hermano de Maynard Keynes, que era médico en el St. Bartholomew’s Hospital. Cuando vio lo apremiante de la situación, Geoffrey Keynes tomó la iniciativa. Él y Leonard se subieron a un coche y atravesaron las calles gritando: “¡Urgente! ¡Médico!”. Llegaron al hospital, consiguieron una sonda estomacal y regresaron para atender a Virginia. Finalmente, Head, Geoffrey Keynes y una enfermera le sacaron el veronal del estómago. Cerca de la una de la madrugada, Leonard se durmió agotado. Un rato después, Virginia estuvo al borde de la muerte, pero a la mañana siguiente Vanessa despertó a Leonard diciéndole que se encontraba mejor, y el doctor Head pudo constatar que ya estaba fuera de peligro.

“En aquellos días, si alguien se hallaba en el estado mental de Virginia, peligrosamente suicida, era costumbre certificarlo”. Un magistrado expedía una orden de internación en un sanatorio o asilo. “Los médicos —recordaba Leonard— no estaban dispuestos, como es natural, a asumir el riesgo de dejar a un paciente suicida sin certificado en un hogar particular”. Pero el encierro implicaba la pérdida de los derechos civiles, y los Woolf intentaron evitarlo. Luego de visitar dos o tres sanatorios, Leonard les dijo a los médicos que estaba dispuesto a “hacer cualquier cosa” con tal de que no hicieran el certificado denunciando el intento de suicidio y logró que le permitieran cuidar a Virginia con la ayuda de cuatro enfermeras.

Al tanto de la situación, George Duckworth les ofreció su casa, la Dalingridge House en Sussex. El 20 de septiembre llegaron allí primero Ka Cox, una enfermera y luego Leonard, Virginia y otra enfermera. ¿Estaba al tanto Leonard de los abusos de George? Aunque Virginia había hablado de ello con algunas personas, no hay registro de que por entonces haya tratado el tema con su marido. Pero llama la atención que en su autobiografía, que —como se ha dicho— Leonard escribió cerca de cincuenta años después, cuando Virginia ya había muerto y había pasado mucho desde que había expuesto el tema por escrito, él todavía insiste en describir a George Duckworth[169] como un hombre extremadamente amable que corrió en su auxilio. El caso es que en ningún punto de sus memorias, Leonard da cuenta de la violencia que George había ejercido sobre Virginia y, por lo tanto, tampoco registra lo difícil que debió de ser para ella alojarse en su magnífica casa de campo en East Grinstead, en el condado de Sussex. Esta omisión es muy significativa, ya que Leonard se afirma en su tendencia de no buscar en los aspectos emocionales las posibles causas del estado mental de su mujer. Y si en 1913 tal vez nada supiera de los avances agresivos e incestuosos del hermanastro, resulta evidente la negación autoimpuesta que lo lleva a no mencionarlos en su autobiografía, donde sí subraya la obstinada actitud de Virginia de negarse a comer e insiste en que su deseo de abandonar la casa de su hermanastro era completamente irracional.

Las anotaciones que Leonard registró por entonces en su diario solo se refieren a los síntomas, y no hace ninguna referencia a las cuestiones que preocupaban o angustiaban a Virginia. Con el aparente desapego que podría utilizar en un parte oficial o en una historia clínica, anota sus observaciones:

«*Set. 10:* V inconsciente todo el día. *Set. 11:* Vi a V mañana. Me habló. Vi a V contenta. *Set. 12:* V totalmente consciente. V incluso algo contenta. *Set. 13:* V bastante animada. *Set. 14:* V bastante tranquila y animada. V 6-7.30. Muy preocupada al principio. *Set. 15:* V mañana. Hablé con V al mediodía. Permanecí contemplando a V después de una cena animada. *Set. 16:* Eventualmente bastante animada. No demasiada buena noche. *Set. 17:* V después del té muy preocupada. V ha pasado mala noche. *Set. 18:* Té bien V Paseé bien con V. por la plaza. V. deprimida y muy preocupada. V durmió muy mal. *Set. 19:* V bien mañana V muy preocupada mala noche. *Set. 20:* Vuelta en coche bien con la enfermera y V a Dalingridge. V. muy mala noche. *Set. 21:* V muy

excitada y preocupada. Gran perturbación comió bien mala noche. *Set. 22:* V muy deprimida, constante desasosiego bien comida muy mala noche. *Set. 23:* V muy deprimida gran desasosiego bien todas las comidas, cinco horas de sueño con paraldehído. *Set. 24:* V. bastante buen día difícil almuerzo, gran dificultad en la cena, cinco horas sueño bien con paraldehído. *Set. 25:* V muy excitada todo el día, dos horas para cada comida. No durmió bien. *Set. 26:* Un desayuno bien con dificultades. Nada bien la leche de las 11.30. Partió Ka a las 11.47 con el tren V muy extraña durante el paseo, apenas podía caminar un momento y luego saltarina. Se acostó. La enfermera consiguió que comiera casi dos platos enteros en el almuerzo, yo descansé sin dificultad. Paseamos bien por la tarde, mucho más tranquila. Tomó un buen té. La enfermera logró que comiera la cena, dos horas y media de sueño Adalin. *Set. 27:* Dificultades para el desayuno. Ninguna con la leche de las 11.30. Marg [Llewelyn] D[avies] llegó para el almuerzo. V muy excitada. La enfermera consiguió que almorzara bien la mitad de la comida, yo descansé bien hasta la cena. V. violenta con las enfermeras en ocasiones, cinco horas y media de sueño con aspirina.»

Cabe señalar que ni siquiera estando sana Virginia comía mucho, y aunque disfrutaba de la buena cocina, difícilmente repetía los platos. Durante sus crisis, el rechazo a la comida hacía que rápidamente perdiera peso y, según Leonard, si la hubiera dejado seguir su voluntad, habría corrido el riesgo de morir de hambre. Sea como fuere, Virginia debía de sentir que se confabulaban contra ella y que sus opiniones no eran escuchadas. Leonard hacía oídos sordos a su deseo de abandonar la casa de George y la atiborraba de comida diciendo que esa era la manera que tenía de curarse de una enfermedad que ella no creía padecer. Lo cierto es que Virginia llegó a la casa de George, en East Grinstead, con un peso muy bajo para su altura — cincuenta y cuatro kilos— y permaneció en la casa entre septiembre y noviembre. Se sabe que en enero del año siguiente ya había recuperado cerca de seis kilos y medio, alcanzando casi su peso normal.

Si bien con el tiempo ella misma llegó a convencerse de la importancia de mantener un peso saludable,[170] hubo momentos en que Virginia estuvo muy violenta con las enfermeras, que apenas podían con ella. Intentar que comiera podía tomar una hora o dos y requería una dosis de paciencia desquiciante y tal vez una fuerte coerción. Leonard estaba agotado. Pero era conveniente que ella aumentara unos kilos, y la cura de reposo que le prescribieron y el programa de

alimentación que siguió durante todo el año siguiente lograron que subiera un cincuenta por ciento de su peso, lo que resultó demasiado, y es probable que solo haya sido posible gracias a una gran presión y violencia.

Luego de un mes en Dalingridge House, Virginia comenzó a mejorar, y a mediados de noviembre pudo trasladarse a Asheham con dos enfermeras. Solo allí recuperó la regularidad de sus períodos menstruales que llamativamente habían cesado en el mes de agosto, mientras estaba en el lugar donde había pasado su luna de miel, y que no reaparecieron durante el tiempo que permaneció en casa de George. [171] Es sabido que las tensiones y ansiedades suelen influir en los ciclos menstruales, también que la anorexia nerviosa produce este tipo de alteraciones. En su caso, Virginia no estaba lejos de intuir que sus problemas con la comida y su insomnio tenían una relevancia parcial y actuaban como satélite de otro tipo de causas que ella llamaba, en una referencia clara a su condición de mujer y a su respuesta sexual, “sus propias faltas”. De ahí su tendencia a cargar con una culpa que creía tener y de proyectar en Leonard un sinfín de características positivas, a sentirse en deuda con él y con las atenciones y cariño que sin duda le dispensaba.

El terrible 1913 fue un año de ajustes. Bien puede decirse que Virginia superó los aspectos frustrantes de su matrimonio a costa de una gran violencia sobre sí misma y de pasar por un período que incluyó un intento de suicidio y caídas en la locura. Finalmente, delegando en Leonard responsabilidades y poder, alcanzó un nuevo equilibrio. Es así como en diciembre, mientras Leonard estaba en Londres mudando sus pertenencias del departamento que apenas habían ocupado en Clifford’s Inn, a través del cariñoso lenguaje que habían inventado, Virginia logra expresar sus sentimientos, hace evidente la mutua dependencia; y traspone a otro plano, el del lenguaje amoroso, el frustrado encuentro emotivo y corporal de la pareja:

«Immundus Mongoosius Felicissimus, podría escribir esta carta en hermoso y elocuente latín, pero entonces el pequeño y vil montoncito de piel polvoriento no podría leerlo. ¿Te llenarías de vanidad si te digo que te amo más que nunca desde que te tomé en servicio, y que te encuentro hermoso e indispensable? Me temo que es la verdad.

Adiós, Mangosta, y sé un animal devoto, y nunca abandones a la gran jaspeada criatura. Ella desea que te informe con delicadeza que sus alas y rabadilla se encuentran ahora con su mejor plumaje, y te invita a una exhibición. Besos en tu querida cabecita. Querida Mangosta.»

CAPÍTULO XVII - 1914

Un matrimonio en construcción

PARA alivio de Virginia, a fines de febrero se despidió la última de las cuatro enfermeras que la atendían, pero mientras ella se recuperaba en Asheham, Leonard, exhausto, padecía impresionantes jaquecas. A principios de marzo, Ka Cox, Janet Case y Vanessa se alternaron para relevarlo mientras él partía al condado de Wiltshire a reunirse con Lytton. Desde allí, en las cartas que le enviaba diariamente, Leonard reafirmaba su amor, le comunicaba la necesidad que tenía de estar junto a ella, la felicidad que le deparaba su compañía y la desesperación de pensar que podrían estar más tiempo separados: “No puedes imaginarte cómo hubieses acabado con mi vida, tan definitivamente, si hubieras tomado con éxito ese mejunje para dormir o si alguna vez me dejaras”.

Escuchar a Lytton leyendo su “Cardinal Manning”, el ensayo que luego incluiría en el libro *Eminent victorians*, discutir con él la cuestión de Ulster y seguramente compartir reflexiones más personales, proyectos a futuro y sus últimas experiencias con Virginia, tuvieron resultados positivos, y pronto Leonard se sintió recuperado.

En tanto Virginia leía *Art*, el libro escrito por Clive Bell —considerado pionero en su género en Inglaterra—, donde él aborda la teoría formalista en arte y acuña el término “forma significativa” para referirse a las distintas combinaciones de líneas y colores que suscitan emoción estética y hacen que un objeto sea considerado una obra de arte. Aunque el libro le valió reconocimiento y prestigio como teórico y especialista, influenciada tal vez por las opiniones de Leonard, Virginia no se mostró muy entusiasmada con la obra de su cuñado.

Todavía, por prescripción médica, Virginia tenía sus lecturas restringidas, y aunque en febrero Leonard terminó su segunda novela, *The Wise Virgins* (Las vírgenes sabias), ella no pudo leerla hasta fines de enero del año siguiente. Además, desde 1913 hasta enero de 1916 debió interrumpir su labor periodística, pero como sentía la necesidad de trabajar y se lo habían permitido siempre y cuando no le produjera estrés, optó por tipiar manuscritos de Lytton y leer los manuales cooperativos de Leonard, tareas mecánicas y aburridas, que según los doctores la mantenían fuera de peligro.

En abril, aun sin nueva residencia en Londres, los Woolf se alojaron en casa de Janet Case, pues debían consultar con el doctor Craig. El neuropsiquiatra aclaró que “ella no se encontraba en un estado que permitiese certificar que no necesitaba ir a un hogar”. Sin obtener un alta definitiva, Virginia y Leonard partieron a St. Ives. Pasaron tres semanas en el añorado lugar de la infancia de ella, que disfrutó del reencuentro con el paisaje entrañable que le traía muchos recuerdos queridos. A pesar de algunos altibajos ocasionados por la presencia de extraños y por sus problemas con la comida y la falta de sueño, el entorno fue propicio. Los tres meses siguientes transcurrieron en la “extraordinariamente romántica” casa de Asheham, la misma en la que pasaron su noche de bodas y que inspiró el relato de Virginia “La casa encantada”. Aunque su mejoría era sostenida, Leonard creía conveniente continuar registrando sus síntomas en su diario. Lo cierto es que durante todo este año y también el siguiente, sintieron que llevaban una vida vegetativa, agobiados y suspendidos en una atmósfera de amenaza, como si en cualquier momento pudiera desencadenarse una catástrofe. Leonard también estaba preocupado por la situación financiera y el drenaje económico que significaban las abultadas cuentas de los médicos. Atenta a esto, Violet le había enviado a Virginia un cheque que esta rechazó con delicadeza, asegurándole a su amiga que, de ser necesario, recurriría a ella. También le dijo que, en esos momentos, le era difícil creer en la existencia de personas del tipo de “Kitty [Maxse], o de Nelly [Cecil] o de Katie [Cromer]”, con las que había estado tan ligada.

Su vida había dado un vuelco en muchos sentidos. Leonard, que estaba acostumbrado a medir sus gastos, armaba ajustados y cuidadosos presupuestos anuales que se esmeraba en cumplir, al tiempo que llevaba una contabilidad precisa de los gastos familiares; pero aunque su situación financiera los preocupaba, distaba de ser trágica.

En junio, aliviado por las muestras de recuperación de Virginia,

Leonard pudo asistir a la reunión del Women's Cooperative Guild, en Birmingham. Y si bien podría decirse que, al comienzo de su relación, ella había marcado ciertas pautas, después de sus crisis, Leonard terminó asumiendo el control y Virginia lo aceptó, como lo muestra el contrato que firmó antes que él partiera a la reunión de los cooperativistas:

«Yo, Mandril Sarcophagus Felicissima var. Rarissima, rerum naturae simples (al. Virginia Woolf) juro que los días 16, 17 y 18 de junio yo 1. Descansaré recostada con la cabeza sobre los almohadones durante una hora entera tras el almuerzo. 2. Comeré exactamente lo que comería si no estuviera sola. 3. Me acostaré a las 10.25 todas las noches y me dormiré de inmediato. 4. Desayunaré en la cama. 5. Beberé un vaso entero de leche por la mañana. 6. En ciertas situaciones fortuitas, descansaré en el sofá, no deambularé por la casa ni afuera, hasta el regreso de animal illud miserrimus, mongoosius communis. 7. Seré sabia. 8. Seré feliz. [...] VW. 16 de junio de 1914. Y juro que he hecho eso en todos y cada uno de los aspectos. Firma: Mandril Sarcophagus. F.VR.R.N.S.VW, 19 de junio de 1914.»

Los temores de Leonard no eran infundados y su necesidad de controlar la situación no se debía solo a una peculiaridad de su carácter. El intento de suicidio del año anterior y la lenta pero progresiva mejoría de Virginia lo habían puesto en guardia; de todas maneras, no pudo evitar que, inadvertidamente, confundiéndolo con otro medicamento, ella tomara una dosis de veronal que la puso a dormir durante varias horas aunque no tuvo serias consecuencias.

Si bien la convalecencia de Virginia imponía ciertos ritmos, sería un error pensar que los Woolf vivían en una suerte de limbo signado por la inacción y la pesadumbre, y aunque ella debía moderar su actividad, Leonard, cada vez más compenetrado en su trabajo, escribía para el *New Statesman*, *The Weekly*, *Co-operative News* y *The Times Literary Supplement*. También comenzó a redactar un libro sobre la historia del movimiento cooperativo —*Co-operation and the Future of Industry*—, con lo que se convirtió en un referente y una autoridad en el tema. Individuos que de no ser por Leonard no hubiera conocido comenzaron a serle cotidianos, con lo que el círculo de relaciones de Virginia incorporó a un nuevo tipo de personajes. Entre ellos estaban Sidney y Beatrice Webb, el matrimonio de socialistas fundadores del *New Statesman*, la *London School of Economics* y el *Fabian Research Bureau*.

Cuando en agosto de ese año comenzó la Primera Guerra Mundial, los Woolf seguían preocupados por la salud de Virginia, por sentar las bases de su matrimonio y, en el caso de Leonard, afianzarse en el terreno laboral. A pesar del compromiso creciente con la política y de que señaló en sus memorias que la Primera Guerra Mundial había puesto fin a la civilización del siglo XIX, dos días después de declarada la contienda, los Woolf partieron de vacaciones a Northumberland. Luego de unos días en Wooler, se dirigieron a Coldstream y regresaron a Londres a mediados de septiembre. En sus memorias, Leonard escribió que durante el resto de ese año y el siguiente, cuando su “pesadilla privada” llegaba lentamente a su fin, se iniciaba la “pesadilla pública de la guerra”, que sería cada vez más “opresiva y terrible”, y agregaba:

«Durante el primer año de la guerra, estaba tan inmerso en el laberinto de la enfermedad de Virginia —la lucha fisiológica, los constantes problemas con enfermeras y médicos, la sensación de inseguridad cambiante— que no creo haber tenido tiempo de considerar mi relación personal con la guerra y la lucha.»

Lo cierto es que a comienzos de la guerra corrían falsos rumores por todas partes. En Londres, Clive y lady Ottoline Morrell aseguraban que la situación europea anunciaba el fin de la civilización y que ya la vida no valdría la pena. A pesar de todo, los Woolf consideraron que era el momento propicio para buscar una nueva casa en las cercanías de Londres y mientras la encontraban se alojaron con sus libros y algunos muebles en una habitación que rentaba una mujer belga llamada Mrs. Le Grys. El regreso a Londres implicó una nueva rutina. Los Webb los invitaban cada cierto tiempo a cenar y a conversar, en tanto Virginia retomaba sus lecturas, disfrutaba de la poesía de Thomas Hardy —a la que consideró tan bella como la de Meredith— e incluso se decidió a tomar un curso de cocina en el que se distinguió por cocinar su alianza matrimonial en un budín. La mejoría era evidente y las clases de cocina no fueron la única distracción, ya que pudo retomar, bajo la atenta vigilancia de Leonard, la vida social londinense.

La primera novela de Leonard

A fin de año y ya casi recuperada, Virginia escribía y esperaba la publicación de *Fin de viaje*. Leonard le había ganado la delantera al publicar antes su primera novela, *The Village in the Jungle*. Escrita a su regreso de Ceilán, la actual Sri Lanka, la historia está narrada por un cingalés y tiene que ver con su experiencia como administrador colonial, con su fascinación por la jungla y con el sentimiento antiimperialista que desarrolló durante esos años. La novela, que llegó a ser traducida a varias lenguas —incluso al cingalés y al tamil—, resultó muy popular en Sri Lanka y fue llevada al cine.^[172] Una de las cosas que más llama la atención es que, en este libro, Leonard demostró un conocimiento acabado de las costumbres y del punto de vista de los lugareños, y un desprecio por la actitud de los ingleses que administraban y dominaban a una civilización que desconocían. Asimismo, también plantea las dificultades que se dan cuando se pretende unir a personas que pertenecen a diferentes sistemas de castas o culturas diferentes.

A principios de 1914, Leonard había terminado su segunda novela, *Las vírgenes sabias*, y si bien tenía un editor dispuesto a publicar la obra, estaba preocupado por lo que su familia podría llegar a pensar. Finalmente, el libro salió a la venta “el día del inicio de la guerra”, coincidencia a la que él atribuyó su fracaso editorial. En el texto, que comenzó a escribir en su luna de miel, se plantea un conflicto entre jóvenes ingleses que pertenecen a clases sociales y religiones diferentes. El autor relata la historia de un muchacho judío de clase media baja —muy identificable con Leonard— llamado Harry Davies, y sus relaciones con dos jóvenes; una de ellas es Camilla Lawrence, a quien conoce en su clase de arte y que pertenece al mismo medio social y cultural de la propia Virginia. Como ella, Camilla tiene una hermana mayor que responde al nombre de Katherine. Los componentes autobiográficos de *Las vírgenes sabias* eran tan evidentes que, luego de leerla, Lytton le aconsejó que pospusiera la revisión de la obra y su publicación, y el mismo editor sugirió modificaciones. La lectura del manuscrito provocó la reacción de Rose, la hermana de Leonard, quien dijo: “Es un ataque imperdonable a la familia Woolf y a los vecinos de Putney”. En tanto, su hermano Philip escribió “que él había disfrutado del libro, pero que le pareció deprimente; consideró el retrato de Marie Woolf preciso en extremo, pero dudó que la crítica de la familia pudiera ser tomada en serio”. Por su parte, la madre de Leonard, que se vio reflejada en el poco halagador retrato de madre judía absorbente y quejosa, le advirtió: “Si publicas el libro tal cual está, presiento que habrá una seria ruptura

entre nosotros”. Aunque Leonard no llegó a desvincularse de su familia, no todos perdonaron las infidencias, y casi cuarenta años después, en 1953, su hermano Edgar recordaba:

«¡Demostraste lo canalla que eras cuando publicaste *Las vírgenes sabias*, tras prometer solemnemente que no lo harías!”.»

Pero más allá del retrato familiar caricaturizado, en su novela Leonard exploraba “los tres ‘problemas’ de clase, raza y sentimiento que él mismo enfrentaba en los primeros años del siglo”. De hecho, cuando Harry, el protagonista, visita la casa de las hermanas Lawrence, percibe claramente las diferencias sociales entre ellos y oscila entre admirar a la burguesía acomodada e intelectual de la que forman parte las muchachas y despreciar lo que considera la inercia espiritual, el escaso contacto con la realidad y la falta de pasión de esa gente. Además de dejar en evidencia el desdén o la condescendencia con que los gentiles se refieren a los judíos, el personaje de Harry reconoce, hablando con un amigo de la familia Lawrence, el conflicto que le impone su herencia judía:

—Hablan y hablan: no hay rigor en ustedes. Nunca hacen nada.

—¿Por qué crees que es tan importante hacer cosas?

—¿Por qué? Porque soy judío, ya te lo he dicho. ¡Soy judío!

Más adelante, en una reunión en la casa de campo de la familia Lawrence, Harry se siente la actitud condescendiente u hostil de algunos invitados y sus evidentes prejuicios; sobre todo, no le pasan inadvertidos los de Arthur Woodhouse, un personaje fácilmente identificable con Clive. Otro paralelismo entre la novela y la vida de Leonard se da en la atracción que Harry experimenta tanto por Camilla como por su hermana, hacia la que —como le había pasado a él con Vanessa— se siente físicamente atraído. Incluso la diferencia entre la realista y sensual Katherine-Vanessa y la soñadora y lejana Camilla-Virginia no hace más que subrayar esas analogías.

En la novela, la dificultad para desentrañar sus propias emociones y sentimientos torturan a Harry hasta que, finalmente, cae en la cuenta de que está enamorado de Camilla y le declara su pasión. La “actitud de deseo, expectativa y excitación” de Harry deja “completamente fría” a Camilla, que repentinamente dice: “Pero no estoy enamorada de ti, Harry”. Cuando él se marcha, Camilla siente que solo puede responder

al deseo de Harry con piedad y la voz narrativa advierte: “Tal vez ella era incapaz de amar, tal vez no deseaba que esa extraña convulsión, la pasión, destruyera su vida”. Tiempo después Camilla le escribe a Harry una carta en la que se reconocen los ecos de aquella carta que Virginia le envió a Leonard, antes de aceptar casarse con él:

«Es la parte romántica de la vida lo que quiero; es la travesía[173] lo que importa, las cosas nuevas y maravillosas. No puedo, no miraré más allá de eso. Quiero todo eso. Quiero amor, también, y quiero libertad. Quiero hijos inclusive. Pero no puedo entregarme, la pasión me deja fría. Pensarás que pido todo sin dar nada. Tal vez sea verdad.

Y además hay tantas cosas en el matrimonio ante las que retrocedo. Parece acallar y apagar a las mujeres. No estaré atada por las pequeñeces y convencionalismos de la vida. Debe de haber alguna salida. Uno debería vivir su propia vida, como dicen las novelas.»

Rechazado por Camilla, Harry finalmente se une en matrimonio con Gwen, una joven amiga de su familia que está enamorada de él, lo persigue, se introduce en su habitación y con quien se siente obligado a casarse después del encuentro sexual. En el momento en que asume lo inevitable de su casamiento, Harry siente que ha llegado el “fin de los sueños y de lo romántico de la vida”. En este punto se acaban los paralelismos evidentes entre la vida y la novela. A diferencia de la historia de Leonard y Virginia, en la novela, Harry no logra casarse con Camilla. Si se considera que Leonard comenzó su libro durante su luna de miel y que lo terminó a principios de 1914,[174] es evidente que eligió una resolución diferente a un conflicto similar al que había vivido. Como sucede con Harry y Camilla, Leonard y Virginia llegaron a sentir que sus naturalezas eran incompatibles y solo luego de una dificultosa adaptación lograron encaminar su matrimonio.

También Virginia exploró en *Fin de viaje* cuestiones similares con un claro componente autobiográfico. Esta primera novela, que comenzó en el verano de 1907 y que recién envió a la editorial en 1913, sufrió muchísimas modificaciones. En sus memorias, Leonard dice que Virginia quemó una montaña de manuscritos que encontró en un placard, y que “había escrito (creo) desde principio a fin cinco veces”. De todas maneras, sobreviven varios manuscritos de esta novela que llamó primero *Melymbrosia*. [175] Es posible que algunos cambios tuvieran que ver con su deseo de experimentar maneras menos convencionales de tratar el argumento y los personajes, cuestión que requería salirse de los cánones establecidos. Así pues, en el proceso de la escritura, Virginia reconoció: “Mi atrevimiento me aterroriza”.

La primera novela de Virginia

Rachel Vinrace, la protagonista de *Fin de viaje*, queda huérfana de madre a los once años y es criada por unas tías en Richmond. Transcurre el año 1905, y Rachel y su padre, Willoughby Vinrace, un constructor de buques, navegan en uno de sus barcos, junto con una pequeña tripulación a la que se suman Helen y Ridley Ambrose, tíos de Rachel. El barco hace una parada en Lisboa, donde se embarca el matrimonio formado por Richard y Clarissa Dalloway. Se puede decir que *Fin de viaje* refleja claramente las preocupaciones que mantuvieron en vilo a Virginia durante su adolescencia y primera juventud, siendo centrales cuestiones como las relaciones entre hombres y mujeres jóvenes, la ignorancia sexual y el lugar en la sociedad que ocupaban las jóvenes de su clase, la influencia de su escasa educación e incluso el efecto de la muerte prematura de la madre. Mientras que Rachel toma muchas características de la propia Virginia, su tía Helen recuerda a Vanessa. Entre los otros personajes reconocibles, aparece Clarissa Dalloway —basada en Kitty Maxse—, que preferiría morirse antes que sentarse a la mesa con el vestido que ha usado toda la tarde. Su marido Richard es un personaje pomposo, un político conservador que se manifiesta en contra del voto femenino y que saca provecho de la inexperiencia de Rachel, a quien le da un beso inesperado: “Estrechándola con fuerza, la besó con tal pasión que ella llegó a sentir la rigidez de su cuerpo y la aspereza de su mejilla presionados contra los suyos”.

—Me tientas... —dijo él. El tono de su voz era espantoso. Parecía atragantado de terror.

Al aprovecharse de la ingenuidad de Rachel y luego culparla por presuntamente seducirlo, Richard Dalloway no hace más que alimentar el prejuicio por el que se responsabiliza a la mujer por los abusos perpetrados por sus acosadores. Después de atravesar esa experiencia, Rachel tiene una pesadilla en la que se encuentra sola y atrapada en una bóveda junto a un hombrecillo deforme de largas uñas, que está sentado en el suelo y habla de manera ininteligible. Es difícil no pensar que Virginia pudo recrear allí sus vivencias tras las incestuosas aproximaciones de George, su hermanastro.

Durante el viaje, Helen convence a su cuñado para que Rachel la acompañe un tiempo en Santa María, la isla sudamericana a la que se

dirige. Los Ambrose y Rachel se alojan en una casa no lejos del hotel ocupado en gran parte por turistas ingleses. Helen se propone hacerse cargo de su sobrina, a la que considera poco preparada: parecía no darse cuenta, hasta que ella se lo explica, de que los hombres desean a las mujeres. Como piensa que mantener en la ignorancia sexual a las jóvenes “es del todo contraproducente, y cuando empiezan a comprender se lo toman demasiado en serio”, Helen se impone la tarea de guiar a su sobrina. Este es el punto de partida de lo que puede considerarse una suerte de educación espiritual, le proporciona “una habitación para ella, independiente del resto de la casa, un cuarto donde poder tocar música, leer, meditar, desafiar al mundo, habitación que podía convertir en fortaleza y santuario a la vez”. También le suministra una “medicina en la que confiaba”... ¡Hablar! conversar sobre cualquier cosa, con libertad, sin prejuicios. Confianza, un cuarto propio, falta de protocolo, lecturas y música libremente elegidas integran una experiencia que recuerda la de Virginia cuando se instaló en Bloomsbury. El cuadro se completa con la incorporación de dos jóvenes amigos, que se alojan en el hotel del lugar, Terence Hewet y St. John Hirst, y que recuerdan a Thoby, Clive y Lytton. Frente a ellos, Rachel lamenta su deficiente educación, se siente apabullada por la inteligencia inaccesible de Hirst y finalmente advierte que puede enamorarse de Terence Hewet. Él la induce a hablar de sí misma y de su vida —en extremo parecida a la que Virginia llevaba en Hyde Park Gate—, dominada por el reloj y las obligaciones sociales.

Lejos de la rutina, la estadía en la isla, las conversaciones con Helen y el contacto con los dos jóvenes intelectuales transforman a Rachel, y lo mismo le sucede a Terence cuando se da cuenta de que la ama. Él también siente la necesidad de indagar en las diferencias entre hombres y mujeres, y bajo el título “Mujeres” escribe, en un papel: “No son más vanas que los hombres. La falta de confianza en sí mismas trae como consecuencia los más graves errores”. Sin dejar de pensar en lo que distingue a hombres y mujeres, Terence cree que su amigo Hirst es una suerte de fenómeno incomprensible para ellas y le explica:

«Su mente es como un torpedo lanzado contra la falsedad. ¿Qué sería de nosotros sin hombres como él? [...] Pero nunca lo comprenderás porque, a pesar de tus grandes virtudes, ¿no te interesa y jamás te interesará dedicarte con cada fibra de tu ser a la búsqueda de la verdad! No respetas los hechos, Rachel; eres esencialmente femenina.»

La voz narradora advierte que, por su parte, Rachel “no se tomó el trabajo de contradecirlo”, ya que es mucho lo que ella atesora del hecho de hablar libremente. La comunicación los enriquece, e ilusionados creen en un futuro en común, distinto del matrimonio. Esos proyectos no sacan a Rachel de su ensimismamiento, que sigue sin comprender “cómo había llegado a su situación actual” y reflexiona:

«Lo más extraño es que jamás sabemos hacia dónde vamos ni qué queremos; seguimos adelante a ciegas, sufriendo en secreto, mal preparados siempre, llenos de asombro y sin entender nunca nada. Una cosa nos lleva a la otra, y poco a poco algo adquiere forma de la nada, y por fin alcanzamos la calma, la quietud, la certeza, y este es el proceso que la gente llama vivir.»

Aunque con el amor de Terence se siente más libre, calma y segura, Rachel percibe que “a pesar de casarse con él y de vivir con él treinta, cuarenta o cincuenta años, de pelearse y de estar tan cerca de él, era independiente de él.

Ya se sentía independiente de todo lo demás”. Las posibilidades e imposibilidades del matrimonio son analizadas y vistas desde la perspectivas de varios personajes. El matrimonio de los tíos de Rachel, y el de Clarissa y Richard Dalloway, son una suerte de antimodelos que ella y Terence quieren superar. Por otra parte, cada personaje define su identidad en oposición a la de los otros. Desde su primera novela, Virginia Woolf quiere expresar lo múltiple de la realidad, lo que tiene de inexplicable, de subjetiva y misteriosa. Así, Evelyn, una mujer todavía joven, observa dos parejas que se han comprometido en esos días:

«Se movían tan despacio porque ya no eran individuales, sino dobles. Susan quería a Arthur y Rachel a Terence, y por ese hombre renunciaban a todos los demás, al movimiento y a las cosas reales de la vida. Amar estaba muy bien, y las cómodas casitas con la cocina abajo, y arriba el cuarto de los niños, resguardadas e independientes, como pequeñas islas en el torrente del mundo. Pero las cosas reales eran, sin duda, las cosas que sucedían. Las causas, las guerras, los ideales, que ocurrían en el gran mundo exterior y seguían su curso más allá de esas mujeres, volcándose en silencio y bellamente hacia los hombres. Las miró fijamente. Eran felices y estaban contentas, pero tenía que haber

cosas mejores que eso. Sin duda, era posible acercarse más a la vida, obtener más de la vida, disfrutarla más y sentir mucho más.»

De pronto, Rachel cae en cama presa de fiebre: “A intervalos hacía un esfuerzo para volver al mundo normal, pero se daba cuenta de que el calor y la incomodidad que sentía habían abierto una brecha entre su mundo y el mundo normal, y que ya no era posible cerrarla”. A merced de un dudoso médico, cuya impericia recuerda al que atendió a Vanessa en Grecia, la fiebre avanza. Agobiado, Terence no sabe qué pensar, sacudido por lo imprevisible, sus reflexiones son un eco de las vivencias de la joven Virginia frente a las enfermedades y la pérdida sorpresiva de su madre, de Stella, de su padre y de Thoby:

«Nunca antes había comprendido que bajo cada acción, bajo los actos sencillos de cada día, yace el dolor, inmóvil, listo para atacar. Parecía capaz de ver el sufrimiento como si se tratase de un fuego, trepando por los bordes de todos los actos, corroyendo la vida de hombres y mujeres. Comprendió por primera vez el sentido de las palabras que antes le sonaban huecas. El rigor y la lucha por la vida. Ahora sabía por sí mismo que la vida es muy dura y que está llena de dolor. Miró hacia abajo las luces dispersas de la ciudad y pensó en Arthur y Susan, en Evelyn y Perrott, arriesgándose inconscientes y exponiéndose a sufrimientos como ese, a través de su felicidad. ¿Cómo se atrevían a amar de aquella manera?, se preguntaba. ¿Cómo se atrevió él mismo a vivir como había vivido, vertiginosamente y sin cautela, pasando de una cosa a otra y amando a Rachel como la había amado? Ya nunca volvería a sentirse seguro. Ya no creería en la estabilidad de la vida, ni olvidaría los abismos de dolor que yacen bajo las alegrías pequeñas y los sentimientos de júbilo y seguridad.»

Aunque Terence acompaña a Rachel hasta el final, cuando ella muere, desaparece de escena y ya no sabremos nada de él. Agotado por las emociones de los últimos días, las últimas palabras de la novela corresponden a su amigo Hirst, que al llegar al hotel se encuentra con unos pocos huéspedes; cierra los ojos y siente cierto alivio al percibir “una procesión de objetos, negros e indistintos, siluetas de personas que recogían sus libros, sus naipes, sus madejas de lana y costureros, y pasaban a su lado, uno tras otro, en dirección a sus habitaciones”.

En el proceso de revisión y reescritura de su novela, Virginia suavizó

el feminismo de Rachel, mientras que el carácter de Evelyn es significativamente diferente en *Melymbrosia* y en *Fin de viaje*. Entre las distintas lecturas críticas y académicas, están las que sugieren la atracción homosexual entre Helen y Rachel, y las que asocian el encuentro de Rachel y Evelyn, en la habitación de esta última, como un intento de seducción. Lo cierto es que Helen tenía tanto de Vanessa que Clive le escribió a su cuñada: “No me atrevo a hablar de Helen, pero creo que conseguirás que Vanessa crea en sí misma”. La relación entre Helen y Rachel —como la de las hermanas Stephen— no excluye sentimientos de celos y posesividad. Además, Helen triangula la pareja de los protagonistas; en principio, goza de la supremacía y el dominio sobre su sobrina, y siente celos cuando la pareja de Rachel y Terence escapa a su influencia.

Aunque es la muerte de la joven protagonista y no su rechazo lo que impide la unión de la pareja, tanto en la novela de Leonard como en la de Virginia, la relación de los jóvenes protagonistas se ve frustrada. La cuestión sexual no se aborda, y en el caso de *Fin de viaje*, allí reside una suerte de felicidad:

«No, ella había dejado de respirar. Tanto mejor... eso era la muerte. No era nada; solo dejar de respirar. Era la felicidad, la felicidad perfecta. Ahora tenían lo que siempre habían querido tener, la unión que había sido imposible mientras vivían. Inconscientemente, sin saber si estaba pensando o si pronunciaba las palabras, él dijo: “Nunca dos personas han sido tan felices como lo hemos sido nosotros. Nadie ha amado nunca como nos hemos amado nosotros”.»

En *Fin de viaje* Virginia tenía mucho que decir; critica al sistema patriarcal, al matrimonio convencional, a la subordinación de las mujeres; expone las diferencias de educación, de perspectivas y de entender la vida de mujeres y hombres jóvenes e intenta definir en qué consiste el amor. Esta serie de conflictos obliterados en la novela por la muerte da lugar a la felicidad estática que por un momento experimenta Hewet, que parece decir que la comunicación entre los sexos es imposible; el matrimonio de los protagonistas es tan deseado como irrealizable y cuando Rachel enferma queda aislada del resto del mundo, “enteramente sola con su cuerpo”. Presa de visiones y finalmente vencida por el delirio se hunde en las aguas profundas: “No deseaba otra cosa en el mundo”.

Como las de Stella y Thoby, la muerte de Rachel imprime un destino trágico que deja a los sobrevivientes aletargados, sin palabras; esas mismas palabras que Virginia Woolf persigue porque son su arma, su defensa, la manera de enfrentar los dolores, elaborar sus propias visiones y aferrarse a la vida.

CAPÍTULO XVIII - 1915

De la calma a la tempestad

LOS WOOLF no eran los únicos huéspedes en casa de Mrs. Le Grys; había allí belgas que no podían volver a su país a causa de la guerra y que tenían, a decir de Virginia, “inmensos apetitos”, y también un extraño conde polaco. Según consta en el diario personal que escribió durante un par de meses, Virginia seguía una suerte de rutina: solía conversar con la dueña de casa y, luego de desayunar, se acomodaba para escribir una historia que nunca llegó a publicar. Mientras tanto, Leonard también escribía. Después del almuerzo y la lectura de los diarios, ambos salían con sus perros a dar un paseo. El relato de lo que ella llamó un “día típico” es tranquilizador y hace pensar que hasta ese momento su recuperación continuaba. Además, la estadía en Londres resultó productiva; los Woolf encontraron una casa de su agrado e intentaron alquilarla. Se trataba de una mansión del siglo XVIII.

En 1915 el grupo de Bloomsbury parecía haberse diseminado. Sus integrantes estaban dispersos y solo se veían ocasionalmente, pero la guerra volvió a reunirlos, aunándolos tras un sentimiento antibélico y pacifista. De hecho, en tanto los ingleses eran inducidos a alistarse en pos del proclamado deber nacional, los miembros de Bloomsbury se sentían “aislados” de su entorno. Como sus amigos, Virginia creía que los símbolos con los que se intentaba exaltar el patriotismo eran estériles, y le provocaban una emoción contraria a la que pretendían invocar. Así pues, luego de asistir a un concierto en el que se tocó el himno nacional, escribió:

«Lo único que pude sentir fue la ausencia absoluta de emoción en mí

como en todos los demás. Si los británicos hablaran abiertamente acerca de retretes y copulación, entonces podrían ser sensibles a las emociones universales. Tal como están las cosas, el intento de sentir en conjunto choca inevitablemente con los abrigos y tapados de pieles intervinientes.»

En contra de la propaganda bélica y de la retórica de la guerra, a principios de año Virginia escribió una historia cuya protagonista rechazaba toda forma de actividad asociada a la política o a la guerra. “No sacrifiques nada a tu país”, le escribía, además, a Ka Cox. Sentía que, bajo las razones esgrimidas para justificar la guerra, surgían conflictos individuales y la estupidez de quienes conducían el destino de todos. Philip Woolf, un hermano de Leonard que se encontraba entre los enrolados, había contribuido a su percepción de la banalidad que se ocultaba tras los uniformes y las grandes proclamas: “Está harto de ser soldado. Nos contó historias de estupidez militar que no se pueden creer [...] El coronel dice: ‘Me gustan los jóvenes bien vestidos, caballeros’, y se deshace de los reclutas que están por debajo de ese nivel”.

En el inicio del año, Virginia estaba lo suficientemente bien como para trabajar, hacer vida social e inmiscuirse en política, y el 23 de enero, luego de acompañar a Leonard a una reunión de los socialistas fabianos liderada por los Webb, escribía: “La idea de que estos frágiles tejedores puedan afectar el destino de las naciones me parece fantasioso. Pero valió la pena ir, y ahora me declaro a mí misma fabiana”. [176] Por otra parte, valoraba que a diferencia de otros jóvenes educados que admiraban a las mujeres trabajadoras pero fingían no hacerlo, Leonard reconociera y respetara la inteligencia de las obreras con quienes estaba en contacto a través de sus conferencias para el Women's Cooperative Guild. Pero además de las preocupaciones políticas, el matrimonio hacía frente a una pequeña crisis financiera. Para evitar gastos, Leonard prometió que no le regalaría nada para su cumpleaños, pero ese día le llevó a Virginia el desayuno a la cama junto con una primera edición de Walter Scott y un “paquetito, que era un hermoso monedero verde”. Por la tarde fueron al Picture Palace, pasearon por la ciudad y tomaron el té en Buzzard. Virginia sintió que se trataba de un cumpleaños especial, el primero que disfrutaba en los últimos diez años. Estaba emocionada, todo encajaba perfectamente, y esa tarde los Woolf decidieron que tratarían de alquilar la Hogarth House, comprarían una máquina para imprimir y un perro.

Sin embargo, a pesar de la voluntad que ponían para superar sus

problemas, había momentos de tensión, y a días como aquel le sucedían otros en los que pasaban toda una mañana discutiendo sin recordar luego el motivo. No solo ella padecía sus crisis, Leonard también podía mostrarse taciturno y melancólico, y ella atribuía su humor a un tipo específico de preocupaciones:

«Pero L. estaba melancólico [...]. Cuando analizo su humor, lo atribuyo mucho a una absoluta falta de confianza en su capacidad como escritor; como si, después de todo, no lo fuera; y siendo un hombre práctico, su melancolía es más profunda que la melancolía asumida a medias de gente como Lytton, sir Leslie y yo misma. No se puede discutir con él.»

De la misma manera que evitaba asociar la melancolía de Leonard con las dificultades que atravesaba su pareja, cuando a fines de enero Virginia leyó de un tirón *Las vírgenes sabias*, pasó por alto el retrato poco favorable del personaje de Camilla, y se alegró de poder leer el libro y descubrir lo que llamaba la faceta poética de su marido. También opinó que se trataba de un libro notable, con partes de gran calidad y otras muy malas. Al menos conscientemente, Virginia toleró la novela y no hizo analogías que pudieran afectarla, pero una tensión interna cada vez más evidente parecía desmentir esa condescendencia. Según puede apreciarse en su correspondencia y diarios, por entonces Virginia se irritaba con facilidad. No soportaba las voces “judías” de su suegra y cuñadas ni sus modales; pero tampoco se mostraba amable con sus amigos, y le proponía a Lytton iniciar una suscripción a fin de comprarle a Clive un loro entrenado para que dijera palabras soeces y recibiera caricias obscenas. En tren de no dejar títere con cabeza, decía que Maynard Keynes era un joven eminente, pero un poco inhumano; y de poco le servían a Walter Lamb sus relaciones en la Corte, ser secretario de la Real Academia o llegar de improviso a casa de los Woolf luego de ver al mismo rey, porque para Virginia su discurso transcurría en una “superficie gris, suave y chata”.

A pesar de los cuidados que Leonard le imponía, la irritabilidad no la abandonaba. Se sentía incómoda tanto con conocidos como con la gente que veía en la calle y proyectaba en ellos su agresividad: “Comienzo a despreciar a mi especie, principalmente cuando veo las caras en el metro”. Sentía que prefería contemplar “un bife rojo crudo y arenques plateados” antes que esos rostros que se le antojaban brutales, deshumanizados; e incluso es cruel cuando escribe en su diario que ver

durante un paseo “una larga fila de imbéciles [...] fue perfectamente horrible. Ciertamente deberían matarlos”.

Semejante irritabilidad y la sensación de verse contrariada permanentemente eran síntomas de una gran tensión contenida, y a mediados de febrero, Virginia tuvo una grave recaída. Todo comenzó con un fuerte dolor de cabeza que obligó a Leonard a imponerle descanso, poca vida social y veronal para dormir. Ante la gravedad de los síntomas, él comenzó a registrar en su diario su estado de salud. Tiempo después, cuando Leonard recordó esos días, describió las características del episodio con que se inició la nueva crisis:

«Pero una mañana mientras tomaba el desayuno en cama y yo le hablaba, de pronto y sin previo aviso, se puso muy nerviosa y angustiada. Pensó que su madre estaba en la habitación y comenzó a hablarle.

[...] habló casi sin parar por dos o tres días, sin prestarle atención a nadie en la habitación o a nada de lo que se le dijese. Durante un día lo que dijo fue coherente, y las frases significaban algo, aunque todo era casi demente. Después, se tornó confuso, un mero embrollo de palabras disociadas. Un día después, el fluido de palabras disminuyó y finalmente cayó en coma.»

El 25 de marzo de 1915, superado el coma que siguió a las alucinaciones y un día antes de que se publicara *Fin de viaje*, Virginia fue internada en un sanatorio. Su marido no podía visitarla porque ella lo rechazaba furiosa; en consecuencia, él se abstuvo de verla durante cerca de dos meses. En junio, refiriéndose a la situación, Vanessa le escribía a Roger Fry: “No quiere ver en absoluto a Leonard y siente una gran antipatía hacia todos los hombres. Dice las cosas más maliciosas e hirientes a todo el mundo y son tan inteligentes que siempre lastiman”.

Lejos de desentenderse de la situación, Leonard seguía el proceso a distancia; y mientras Virginia convalecía, logró alquilar la Hogarth House, una construcción de estilo georgiano, que junto con la Suffield House conformaban las dos alas de una casa construida en 1748 y que en 1876 había sido dividida en dos propiedades con sus porches y jardines correspondientes. Ubicada en Paradise Road, en Richmond, quedaba a pocos pasos de una calle comercial y cerca de la estación. Finalmente, Leonard realizó la mudanza, de manera que cuando Virginia salió del sanatorio pudo instalarse allí en compañía de cuatro

enfermeras.

Es claro que Leonard tomaba el mando de una situación que podía ser difícil y hasta incontrolable. Los críticos y biógrafos de Virginia se han dividido entre los que lo consideran un santo por su abnegación y los que lo asocian con la figura de un carcelero o tirano doméstico. Lo cierto es que en los períodos más críticos, convencido de que era lo mejor para Virginia y abrumado por la responsabilidad, no dudó en seguir las coercitivas prescripciones médicas a las que siempre atribuyó buenos resultados. La crisis de 1915, que tuvo sus momentos culminantes en abril y mayo, fue considerable y generó tal ansiedad y preocupación en el entorno, que Vanessa le confiaba a Roger:

«Vi a Woolf ayer. Él también estaba muy apesadumbrado. Virginia parece tener altos y bajos. En ocasiones se muestra bastante razonable y, en otras, muy violenta y difícil. Lo único que se puede hacer es aguantar en la medida de lo posible, según cree Leonard, con la esperanza de que pronto mejore un poco como para poder ingresar en una clínica particular y no tenga que ir a un manicomio, lo que cree que ejercería un efecto desastroso en ella. El problema está en si las enfermeras lo aguantarán. El propio Woolf parece haber llegado a un estado en que poco le importa lo que suceda, lo cual resulta bastante terrible; y mucho más no se puede decir».

Aunque a fines de junio Virginia mostraba una lenta pero persistente mejoría, Vanessa todavía temía por su estado: “Parece como si se le hubiera agotado el cerebro”. De todas maneras, como en agosto estaba bastante mejor, Leonard dejó de escribir su informe diario y pudo sacarla a pasear en silla de ruedas o en coche por la ciudad. En septiembre, Virginia volvió con una enfermera a Asheham. A su pesar, después de obedecer las normas de sobrealimentación impuestas por los médicos, había aumentado mucho de peso y sintió gran alivio cuando le permitieron bajar unos kilos. Por fin, en noviembre pudo regresar a Londres e instalarse en la Hogarth House; finalmente, los pronósticos agoreros no se cumplieron y en los años siguientes no solo no se repetirían crisis de esa magnitud, sino que llegarían los años más prolíficos y creativos en su producción literaria.

Los recursos de la época

Las alucinaciones visuales y auditivas que habían desencadenado esta última crisis completaban un complejo cuadro clínico que había comenzado con la fuerte depresión que siguió a su matrimonio y el intento de suicidio de 1913. Lo cierto es que los diagnósticos médicos no eran de gran ayuda, ya que solían clasificar la enfermedad de Virginia con el término “neurastenia” (debilidad nerviosa), un eufemismo que cubría una vaga variedad de síntomas y que con la aparición del término neurosis agrupó, a su vez, una importante serie de dolencias. Por entonces, la mayoría de los médicos, Savage entre ellos, era contraria a las explicaciones “psicológicas” y a las “terapias mentales”. Para ellos, la base de la enfermedad mental era puramente biológica y, muchas veces, hereditaria. En ese horizonte mental, no cabían las interpretaciones que relacionan esta crisis de Virginia con el abuso sexual o con las dificultades sexuales que siguieron a su matrimonio y que han obsesionado a los biógrafos. Por otra parte, Savage creía que los niños consentidos podían desarrollar mentes enfermizas y opinaba que era peligroso educar a las clases bajas y a las mujeres porque, a su entender, se corría el riesgo de que intentaran rebelarse a su destino y enloquecieran. A pesar de que Freud ya lo había anticipado en sus escritos, la literatura psiquiátrica de principios del siglo XX aún no había establecido que “el par de términos opuestos neurosis/psicosis [...] se excluyen entre sí, por lo menos desde el punto de vista conceptual”.

En esa época, las enfermedades nerviosas, e incluso neurológicas, estaban clasificadas de acuerdo con parámetros que tomaban en cuenta la gravedad de los síntomas, la pérdida de contacto con la realidad, la incapacidad de adaptación social y la falta de conciencia de la enfermedad por parte del enfermo. Dado que en sus períodos de mayor estabilidad emocional Virginia tenía conciencia de que las oscilaciones de ánimo y muchos síntomas físicos podían ser disparadores de estados alterados de conciencia, entendía la insistencia con la que Leonard monitoreaba sus días, consignaba las horas de sueño y sus grados de irritabilidad o depresión. A diferencia de Savage, que atribuía algunos trastornos mentales a defectos en el carácter moral de sus pacientes y se irritaba si percibía en ellos actitudes de autoindulgencia, desde el principio de su matrimonio Leonard tranquilizó a Virginia,

asegurándole que consideraba que la depresión no estaba asociada a un defecto moral.

Hay que destacar que las teorías eugenésicas de sir Francis Galton[177] tuvieron una enorme influencia en los médicos de entonces, y en consecuencia Savage creía que los miembros de familias en las que había intelectuales, artistas o personas de genio corrían el riesgo de padecer problemas nerviosos y depresivos.[178] Pero también pensaba que en la neurastenia se daba un debilitamiento del sistema nervioso, es decir que los nervios perdían elasticidad, cuestión que a su entender podía subsanarse sometiendo al paciente a una cura de reposo y sobrealimentación que lograran fortalecerlo.

Siguiendo el espíritu de su época, Virginia atribuía sus síntomas tanto a una inevitable herencia genética como a un defecto personal y se culpaba a sí misma por la pérdida de control de sus emociones. De hecho, Savage insistía en señalar que era importante que el paciente se adaptara socialmente y no pensara en su enfermedad. Por eso, después de la crisis posterior a la muerte de su padre, en 1904, cuando Savage la declaró curada, le permitió volver a su vida normal y le prescribió “olvidar” su enfermedad. Se trataba de consejos impracticables, que en lo álgido de las crisis aumentaban la presión sobre la paciente, cuestión que Virginia expresó en forma magistral en *La señora Dalloway*, donde ironiza y recrea su lucha contra el saber de los doctores. Así, cuando se refiere a las definiciones de salud y tratamientos defendidos por sir William, el reputado médico victoriano que atiende a Septimus, dice:

«La salud es proporción; de tal manera, cuando un hombre entra en tu consulta diciendo que es Cristo (un delirio común) y que tiene un mensaje, como así suele ser, y amenaza, como a menudo ocurre, con suicidarse, invocas la proporción, mandas reposo en cama, reposo en soledad, silencio y reposo, reposo sin amigos, sin libros, sin mensajes; un reposo de seis meses, de modo que el hombre que entraba con cuarenta y siete kilos salía pesando setenta y seis».[179]

Como los médicos victorianos creían que el estrés era disparador de episodios “neurasténicos”, Savage ordenaba disminuir drásticamente la vida social y prescribía cuidados en el reposo, sueño y alimentación; consejos que Leonard seguía al tiempo que anotaba los síntomas de Virginia en su reporte diario, en el que agregaba también

consideraciones como el peso, los medicamentos administrados e incluso los períodos menstruales de su mujer. Tanto Savage como Leonard coincidían en cuidar las dosis de sedantes, y solo medicaban a Virginia cuando tenía períodos de insomnio, reduciendo las dosis hasta eliminarlas no bien recuperaba el sueño.

Por otra parte, dado que a fines del siglo XIX ya se hablaba de anorexia, el rechazo de Virginia a comer era visto con preocupación, los médicos asociaban este trastorno a la debilidad nerviosa y había quienes creían que para recuperar la salud mental era necesario sobrealimentar al paciente e impedir cualquier estímulo intelectual. Para un tipo de pacientes con “dificultades alimentarias o ansiedad respecto a la imagen corporal, para quienes sus actividades favoritas eran leer y escribir, semejante cura podía, de hecho, provocar la locura en lugar de aliviarla”.

Muchas veces, analizando sus síntomas y en un intento de evitar la injerencia médica, Virginia se transformó en su propia doctora, pero además, al menos desde el plano literario, fustigó y se vengó de esos médicos que, instalados en un lugar de poder —como sir William en *La señora Dalloway*—, se convierten en seres peligrosos:

«Gracias al culto que sir William le rendía a la proporción, prosperaba no solo él sino que hacía prosperar a Inglaterra, recluía a sus locos, prohibía la natalidad, penalizaba la desesperación, impedía que los ineptos propagasen sus opiniones hasta lograr que ellos también participaran de ese concepto suyo de la proporción».

Nuevas tendencias y una visión

Cuando Leonard entró en la vida de Virginia, la influencia de Savage fue decreciendo y terminó siendo reemplazado por otros médicos, pero las prescripciones y los tratamientos indicados no variaron demasiado. Como muchas personas cultas o interesadas en el tema, Leonard conocía las teorías de Freud, y en 1913 leyó la primera traducción inglesa de *La interpretación de los sueños*; además, al año siguiente hizo una reseña sobre *Psicopatología de la vida cotidiana*. Años después, en 1925, la Hogarth Press, imprenta fundada por los Woolf, publicó *Duelo y melancolía*, y en adelante, toda la obra de Freud en inglés. A través de

los años, informado pero sin ser un partidario del psicoanálisis, Leonard encontró allí claves para entender lo que ocurría:

«Cuando interrogué a fondo a los médicos de Virginia, me dijeron que padecía neurastenia, y no locura maniaco-depresiva, que es completamente distinta. Pero con respecto a los síntomas, Virginia sufría de locura manícodepresiva. En la primera etapa de su enfermedad de 1914, prácticamente cada síntoma era simétricamente opuesto a los de la segunda etapa, en 1915. En la primera etapa se había hundido en el abismo de la depresión, apenas podía comer o hablar y tenía tendencias suicidas. En la segunda, oscilaba entre un estado de angustia violenta y otro de euforia incontrolable, hablando sin cesar durante largos períodos de tiempo. En la primera etapa se oponía violentamente a las enfermeras, quienes tenían grandes dificultades para lograr que hiciera cualquier cosa. Quería que yo estuviera siempre con ella, y durante una o dos semanas yo era la única persona que podía conseguir que comiera algo. En la segunda etapa de profunda angustia, asumí una actitud violentamente hostil hacia mí, y no me hablaba ni me permitía entrar en su habitación. A veces era violenta con las enfermeras, pero las toleraba en forma opuesta a su comportamiento de la primera etapa».

Es preciso destacar la estrechez de recursos terapéuticos con la que se enfrentaba la psiquiatría de la época. Recién a principios del siglo XX, pioneros de la psiquiatría y la psicología comenzaron a realizar los originales aportes que revolucionaron esas disciplinas, y si bien es probable que Leonard conociera los ensayos sobre la enfermedad maniaco-depresiva que Karl Abraham publicó en 1912, y haya podido tener acceso a más de cuatrocientos artículos relacionados con el tema que aparecieron por entonces en la prensa británica,^[180] el psicoanálisis no se consideraba apropiado para tratar o coadyuvar en casos como el de Virginia.

Tampoco la psiquiatría podía hacer mucho. Recién a comienzos del siglo XXI, a la luz de los descubrimientos que dan cuenta de la base biológica de la enfermedad maniaco-depresiva y con la ayuda de medicamentos, millones de personas llevan una vida más feliz y productiva. Drogas como el litio y los antidepresivos producen remisiones en casos que treinta años atrás no tenían esperanzas. Es probable que la medicina actual hubiera ayudado a Virginia. Pero, en su caso, muchas veces la medicación y las indicaciones represivas de los

médicos, de las que Leonard se hacía eco, tenían efectos negativos que, sumados a los síntomas de su enfermedad, daban lugar a cuadros devastadores. Es así como el veronal que le administraban para dormir le causaba dolores de cabeza, y en ocasiones provocaba efectos paradójicos de excitación o euforia.[181]

Debido a los cambios de humor, de percepción y a las drásticas variaciones de carácter, las oscilaciones entre manía y depresión dificultan al enfermo maníaco-depresivo el fortalecimiento de su sentido de identidad. Esto, junto con la sensación fantasmagórica de que se trata de una enfermedad incurable, puede abrumarlo al extremo. Pero Virginia, lejos de caer en el derrotismo, exploró su padecimiento con sensibilidad, coraje e inteligencia, y analizó sus propias experiencias y las de los miembros de su familia para poder volcarlas en sus novelas.

Actualmente se señala que mientras buena parte de los pacientes unipolares solo muestran síntomas de depresión, el paciente bipolar alterna entre estados maníacos y períodos estables, o entre la manía y la depresión. La intensidad de esos episodios varía y, en el caso de Virginia, llegaron a ser graves, aunque también sufrió episodios moderados y leves. Es importante destacar que los períodos graves solo la afectaron en ciclos cortos y que únicamente perdió la conciencia de su enfermedad cuando estuvo a merced de ellos. En períodos más calmos, ella misma estudiaba su propio estado de ánimo y lo describía en sus diarios y correspondencia:

«Debo anotar los síntomas de la enfermedad, para saberlos la próxima vez. El primer día me sentía pésimo; en el segundo, feliz.

También mi propia psicología me interesa. Intento llevar el registro de todos mis altos y bajos, para mi información privada. Y así objetivados, el dolor y la vergüenza se tornan mucho menores».

Tanto Leonard como Virginia estaban atentos a los síntomas físicos asociados al estrés y los problemas nerviosos. En *The Flight of Mind*, Caramagno subraya que esta relación es ratificada por las actuales investigaciones que vinculan los episodios maníaco-depresivos con una variedad de síntomas físicos: “La enfermedad maníaco-depresiva ejemplifica, más que cualquier otro desorden psiquiátrico, la íntima conexión entre cerebro y mente”. Es decir, los síntomas depresivos pueden manifestarse asociados a desórdenes físicos. En el caso de Virginia Woolf, los cambios de humor coincidían con dolores de cabeza, gripe, insomnio, fatiga e incluso dolor de dientes. “Recientes estudios

del National Institute of Mental Health —dice Caramagno— muestran que reestructurar el ciclo de sueño del maníaco-depresivo puede efectuar al menos una remisión temporaria de síntomas: en el sesenta por ciento de los pacientes, la privación del sueño provoca cambios de la depresión a los estados normales o maníacos, y recobrar el sueño tras la privación del sueño puede disparar en el paciente estados de manía”.

Para este autor, es necesario analizar perspectivas actuales que, sin renegar del psicoanálisis, eviten sobreinterpretaciones que tiendan a leer todo síntoma o texto como metáfora de conflictos inconscientes:

«Las novelas de Woolf son producidas por una mujer responsable, sana e introspectiva, a duras penas una sorpresa, ya que, como los individuos “normales”, la mayoría de los bipolares son considerados deliberativos, perceptivos y responsables cuando no están enfermos. La enfermedad maníaco-depresiva es periódica, viene y va, y cuando se va, los individuos ya no están enfermos ni insanos (a diferencia de los neuróticos, cuyos conflictos inconscientes se filtran para determinar incluso el comportamiento “normal”))».

En ese sentido, hay que resaltar que Virginia Woolf vivió la mayor parte de su vida como una persona sana o lo que puede considerarse normal. Tanto Clive Bell como Leonard Woolf dieron testimonio de ello. El primero escribió: “Déjenme decir de una vez por todas que ella fue uno de los seres humanos más alegres que conocí y uno de los más adorables”. Leonard fue todavía más preciso y señaló que normalmente Virginia “no estaba más deprimida ni exaltada que la persona normal, sana” y aunque era “extremadamente sensible a ciertas cosas, por ejemplo ruidos de diversos tipos, y le disgustaban mucho más que a cualquier persona común”, por lo general se mostraba feliz y estable.

Leonard también afirma que, salvo en ocasiones excepcionales, Virginia podía percibir los momentos en que los síntomas se volvían preocupantes e incluso reconocer, después de las crisis, que “había estado loca, había tenido delirios, oído voces que no existían, vivido por semanas o meses en un mundo de pesadilla y frenesí, desesperación y violencia. Cuando lo reconocía así, se encontraba obviamente bien y sana”.

Detenerse a repensar la enfermedad de Virginia Woolf es en extremo pertinente, no solo por la influencia que ejerció sobre su personalidad, sino también porque determinó la singular percepción que ella tuvo de

sí misma y del mundo que la rodeaba. Cabe señalar que los episodios maníacos podían incluir o no las características dramáticas que en 1915 terminaron sumiéndola en un estado de coma. En realidad, la mayoría de las veces tan solo se manifestaban como períodos de euforia. Si esta aumentaba, podían aparecer las alucinaciones, los delirios o una gran exaltación, expresada como intensa dicha y amor o como un acusado odio y violencia verbal. De hecho, el maníaco-depresivo suele oscilar entre mostrarse excesivamente tímido y luego eufórico e histriónico. A veces, luego de un episodio maníaco sobreviene la vergüenza, y el enfermo puede mostrarse tímido y sentirse avergonzado ante los demás, aunque es posible que su conducta cambie radicalmente al inicio de otra etapa maníaca.

En realidad, Virginia vivió pocos episodios en los que las alucinaciones y el estado maníaco la llevaran a perder el sentido de la realidad. Le ocurrió las veces en las que oyó a los pájaros cantar en griego, o al rey Eduardo VII decir obscenidades tras un arbusto, o cuando —como recuerda Leonard— comenzó a hablar con su madre muerta como si esta se encontrara en su habitación. Como experimentó en 1915, la manía también podía conducirla a estados paranoicos. En esas ocasiones Virginia llegó a creer que Vanessa, Leonard y las enfermeras conspiraban contra ella.

Aun así, cabe considerar que la mayor parte de su vida, su imaginación y su chispa deslumbraron a quienes la escuchaban: “Virginia —escribió Nigel Nicolson— tenía esa forma de magnificar las palabras simples y las experiencias de cada uno. Le dabas un poco de información tan aburrida como plomo, y te la devolvía tan resplandeciente como un diamante. Al separarme de ella, siempre me sentía como si hubiera bebido dos copas de un excelente champagne. Era una mejoradora de vidas. Esa era una de sus frases favoritas”.

De los comentarios de su entorno se deduce que en la vida social o de relación Virginia podía lucir su inteligencia de manera chispeante o, por el contrario, mostrarse ácida e incomodar a su interlocutor. Pero también podía parecer extremadamente tímida y reservada. Esos cambios de humor son el reflejo de una vida interior sometida a turbulencias agotadoras. Considerando, además, lo desgastante de los síntomas físicos que

acompañaban sus crisis, no deja de asombrar la fortaleza y el ánimo con que Virginia llevó una vida creativa tan excepcional. Es evidente que ella no permitió que la abrumara su enfermedad; más bien, con los recursos intelectuales y sensibles de los que disponía, se esmeró en

conocerse a sí misma, cuestión que elabora magníficamente en su ensayo *On Being Ill*, donde celebra “los países no descubiertos que [la enfermedad] revela”. También supo reconocer que durante los episodios maníacos su imaginación se desbordaba, alterando incluso su percepción de la realidad. En esos momentos estaba llena de planes y proyectaba castillos en el aire que luego se desmoronaban. La depresión mostraba otra faceta:

«Conozco la sensación ahora, cuando no puedo hilar una frase, y me siento murmurando y girando; y nada se me viene a la cabeza, que es una ventana en blanco. Así que cierro la puerta de mi estudio y me voy a la cama, llenándome las orejas de goma, y allí permanezco durante uno o dos días. ¡Y cuántas leguas viajo en el tiempo! Semejantes “sensaciones” se desparrraman por mi columna vertebral y mi cabeza en cuanto les doy la oportunidad; semejante cansancio tan exagerado; semejantes angustias y desesperaciones; descanso y alivio celestial y descanso; y luego el sufrimiento otra vez. Nunca nadie fue tan lanzado hacia arriba y hacia abajo por el cuerpo como yo, creo».

A pesar de las revelaciones que podía proporcionarle su enfermedad, como señala Caramagno, Virginia Woolf deseaba estar sana: “Ella sabía que solo un ser flexible —ni uno depresivo, rígido ni maniático, disperso— era capaz de la fusión artística. Elucidar ese punto se convirtió en una preocupación central en sus novelas”.

Otra cuestión ineludible y que divide a los estudiosos y biógrafos es la relación entre la enfermedad mental y el abuso sexual. A los que ven a Virginia Woolf como “a una niña abusada sexualmente, una sobreviviente del incesto”, no se les escapa que sus problemas psicológicos pueden leerse como “una respuesta a sus experiencias de incesto”[\[182\]](#)

Fin de las pesadillas: comienzo DEL VIAJE DE UNA ESCRITORA

Recién a fines de 1915, recuperada de lo peor de sus crisis, Virginia tomó contacto con las críticas publicadas tras la aparición de *Fin de viaje*. El libro había sido muy bien recibido por críticos y lectores. El 8

de abril, en el *Daily News and Leader*, E. M. Forster escribió: “Al fin tenemos un libro que logra tanta unidad como ciertamente la hay en *Cumbres borrascosas*, aunque por un camino diferente”. En *The Observer* no dudaron en mencionar el “genio” de la autora; en tanto, el crítico del *TLS* afirmó: “Nunca un libro fue más femenino”.

La favorable recepción de su novela debe de haber colaborado en su recuperación. Virginia sintió que no había defraudado las expectativas de quienes confiaban en su talento y finalmente pudo reconocer que su enfermedad no había impedido una obra de creación que, como entendió el crítico de *The Observer*, era de una honestidad impactante:

«No hay una sola palabra que no se emplee intencionalmente, pero hay algo más grande —más grande que el talento— que ilumina el ingenio de este libro. Su esfuerzo constante por decir lo verdadero y no lo esperado, su humor y su sentido de la ironía, la agudeza ocasional de sus emociones, su profunda originalidad... bueno, no quisiéramos perder la facultad crítica sobre ningún libro, y el interés de este puede ser más bien personal y subjetivo, pero entre las novelas comunes y corrientes se destaca como un cisne salvaje entre pacíficos gansos grises ante este crítico, para quien el nombre del autor es totalmente nuevo y desconocido».

El libro también recibió la crítica de aquellos para quienes, como Vanessa, el nombre de la autora era más que conocido. Mucho más cauta que el crítico profesional, Vanessa consideraba que su hermana tenía “genio”, pero se preguntaba si su novela podía considerarse una obra de arte y reflexionaba: “Leer el libro de V [...] es como vivir con una persona extraordinariamente ingeniosa y aguda, y ver con ella todas esas cosas y a esas personas... Conozco de cerca a todas las personas y sé cómo lo ha hecho en gran parte, lo que hace muy difícil ser imparcial”.

En *Fin de viaje* Virginia no solo retrató a “esas personas” conocidas; para ella era importante —como señaló el crítico de *The Observer*— “decir lo importante y no lo que se espera que se diga”. El 15 de noviembre, día en que se despidió la última de las enfermeras que la cuidaban, Virginia pudo retomar su escritura y regresar poco a poco al mundo. Y así comenzó una larga y productiva etapa de su vida.

“‘Qué encantadora es la intimidad de quienes en el mundo han conocido tantas contiendas’, escribió Virginia [...] en el primer borrador de *Las olas*”. Una de las cuestiones que más ha desvelado a los

biógrafos[183] es el intento de elucidar las razones que permitieron que la pareja de Virginia y Leonard sobreviviera a las crisis de los primeros años de su matrimonio. Hay consenso en que las mayores dificultades matrimoniales derivaron de “la frialdad de la Cabra” —como la llamó Vanessa —,del “terrible fracaso” de sus relaciones sexuales,[184] de las diferencias culturales —a las que tanto Leonard como Virginia hicieron referencias en sus novelas, subrayando la herencia judía de él— y, finalmente, de las fulminantes crisis nerviosas de 1913-1915, luego de las cuales los Woolf decidieron no tener hijos. Por otra parte, las versiones acerca de la frigidez de Virginia y de cómo Leonard había restringido su sexualidad no dejaron de circular. Al respecto, en una carta de 1967, Gerald Brenan escribió:

«Leonard me dijo que cuando intentó hacerle el amor en su luna de miel, ella entró en semejante estado de violenta excitación que él tuvo que parar, sabiendo perfectamente que esos estados anunciaban sus ataques de locura. Esa locura era por supuesto hereditaria, pero su temprana seducción por parte de su medio hermano fue sin duda un factor determinante. Entonces Leonard, aunque seguramente era un hombre fuertemente sexuado, tuvo que renunciar a toda idea de siquiera tener alguna vez algún tipo de satisfacción sexual. Él me dijo que estaba dispuesto a hacer eso porque “ella era un genio”. Toda su vida mantuvo esa postura, y para evitar molestarla, nunca flirteó con otras mujeres. Lo único que él le pedía a cambio era que ella hiciera lo mismo con otros hombres, y aquí tenía especialmente en mente a Clive Bell, un mujeriego bastante bullicioso que intentó compensarla, y (en una ocasión) a Ralph Partridge quien la besó desnuda en el baño. Algunos años después, eso me dijeron, él tuvo un *affaire* con la sirvienta».

Si bien es cierto que pronto dejaron de dormir juntos en la misma cama, los Woolf compartieron durante muchos años la misma habitación; por otra parte, los trascendidos a los que alude Brenan no fueron tantos y nunca se confirmaron. Teniendo en cuenta las chismosas cartas del grupo de amigos, es por demás significativo que ni en las de Strachey, Keynes o Clive Bell hubiera ninguna referencia a posibles romances de Leonard. En la década del veinte, según Frances Patridge, hubo rumores, posiblemente originados por Lytton, de que Leonard mantenía un romance con Mary Agnes Hamilton,[185] pero en sus últimos años, él le aseguró a Trekkie Parsons que “nunca tuvo un *affaire*

con otra mujer [...] no se hubiera arriesgado, ya que, de haberse enterado, Virginia se ‘hubiera vuelto loca’”.

Finalmente, y lejos de cualquier versión estereotipada acerca del matrimonio y de la sexualidad, y adecuándose amorosamente, los Woolf encontraron “divino contento” en su unión, una especial ternura y, como se vio, un lenguaje común expresado en las cartas con apodos de animales.[186]

Dado que en los siguientes veinticuatro años Virginia no sufrió ninguna recaída severa, hay quienes se inclinan a pensar que el régimen proteccionista que Leonard instaló a su alrededor tuvo excelentes resultados. Años después de su intento de suicidio, él seguía anotando las fechas de sus períodos menstruales, controlaba su alimentación y las horas de sueño y de descanso. Aunque esta injerencia podía importunarla, Virginia le concedió autoridad en todos esos aspectos; además, él restringía las ocasiones sociales o las visitas que la pusieran en riesgo de excitarla o cansarla. Si bien Leonard alcanzó un poder y un control que muchos consideraron tiránicos,[187] se estableció sobre la base de una serie de compensaciones, una suerte de ecuación que resultó satisfactoria para ambas partes, sobre todo en el terreno intelectual:

«Mientras que Virginia Woolf usualmente representa los matrimonios reales como formas microcósmicas de colonización, tiranía o belicismo, el matrimonio como metáfora, tanto en los escritos de Virginia como en los de Leonard Woolf, siempre se presenta como lo opuesto: un diálogo, donde la subjetividad de uno no ahoga la del otro y ambos compañeros florecen. Su propio matrimonio superó los peligros de la jerarquía innata a través de la introspección por parte de ambos, inclinándose siempre hacia la metáfora y en contra del tradicionalismo concebido en la actualidad».

A pesar de las restricciones a las que la sometía y de su terquedad, Virginia admiraba la capacidad de trabajo, la honestidad e incluso la dedicación de Leonard a la causa social. Puede decirse que a fines de 1915 ambos lograron definir el cauce de una relación especial —como escribió la sobrina de Virginia—, la de “una pareja que iba por la vida con un compromiso mutuo e inquebrantable”. La unión de quienes “se conocían a la perfección, y por lo tanto daban por sabido qué pensaba y qué deseaba el otro; aceptaban sus respectivas peculiaridades y sus

defectos sin aspirar a más. Estaban unidos por la honradez”. No es de extrañar que, de pequeña, la hija menor de Vanessa pensara en Leonard como en “una roca antiquísima”, cuya “fuerza moral” podía irritar a veces, “pero iba acompañada de una pureza refrescante”.

CAPÍTULO XIX - 1916

La guerra continúa

LA ley de reclutamiento logró que los integrantes de Bloomsbury, que se habían desvanecido “como la neblina matinal”, se reagruparan tras una causa común.

Cuando en 1914, después de las primeras dos semanas de la guerra, se registró en el frente la escalofriante suma de veinte mil víctimas, la obligatoriedad de llamar a filas a los jóvenes británicos se hizo cada vez más probable. En enero de 1916 el primer ministro Asquith presentó un proyecto que se convirtió en la ley del servicio militar, primer estatuto de conscripción obligatoria en la historia militar británica. La ley entró en vigor el 2 de marzo de 1916. Anteriormente, el gobierno británico había confiado en el alistamiento voluntario, y luego en una especie de conscripción moral llamada Plan de Derby. La ley especificaba que los hombres de entre 18 y 41 años podían ser reclutados para servir en el ejército a menos que estuvieran casados, fueran viudos con hijos o sirvieran en alguna de una serie de profesiones reservadas (por lo general, la industria, pero también los clérigos y profesores). Miembros de asociaciones pacifistas y objetores de conciencia[188] realizaron una exitosa campaña para garantizar “la cláusula de conciencia”: el derecho a reclamar la exención del servicio militar.

La ley permitía que los objetores de conciencia fueran eximidos, aunque debían realizar oficios civiles alternativos o servir al ejército como no combatientes. De todas maneras, debían presentarse ante un tribunal con el propósito de justificar los motivos de su objeción. La mayoría de los miembros de Bloomsbury fueron objetores de conciencia; estaban en contra de la guerra y deploraban la actitud

chauvinista y la propaganda bélica.

Clive había publicado panfletos pacifistas —*Peace at once y Art and war* (Paz inmediata y Arte y guerra)— en los que planteaba la necesidad de una paz negociada, propuesta que no cayó nada bien entre las autoridades. El alcalde de la ciudad de Londres ordenó que uno de los panfletos fuera retirado de circulación y destruido; y el padre de Clive amenazó con desheredarlo y romper relaciones con él si seguía pronunciándose en esa línea.

A diferencia de los objetores de conciencia y de los pacifistas como Aldous Huxley o Bertrand Russell, quien todavía a fines de ese año seguía dando conferencias pacifistas en Caxton Hall y que debido a los ataques del gobierno perdió su puesto en Cambridge y fue arrestado, Leonard no se consideraba un pacifista a ultranza. En realidad, creía que, una vez declarada la guerra, era necesario oponer resistencia a los alemanes. Dos de sus hermanos, Cecil y Philip, fueron reclutados y tenían esperanzas de que, de enrolarse, Leonard se uniera a su regimiento. En sus memorias, él señaló que no fue el odio hacia la guerra lo que lo disuadió de participar en la contienda, sino su preocupación por la salud de Virginia y la necesidad de controlar su evolución a fin de que llevara la “clase de vida” que le permitiera recuperarse. Por lo tanto, cuando debido a la nueva ley de reclutamiento era inminente que lo convocaran a formar filas, Leonard decidió consultar con el doctor Maurice Wright, a quien había visto a poco de regresar de Ceilán a causa de un temblor de manos congénito. El médico, que recibió a Leonard en uniforme, no consideró oportuno que se alistara y escribió un informe diciendo que debido a los problemas nerviosos y al temblor hereditario, desaconsejaba que fuera incorporado al ejército.

Sin duda, la Primera Guerra Mundial fue el hecho más significativo que afectó a la civilización europea de principios del siglo XX. La guerra marcó un antes y un después en la conciencia de quienes, como Virginia, no creían posible que a esas alturas de la evolución de la humanidad pudiera darse un conflicto de dichas características. Lo que dio en llamarse catástrofe mundial tuvo profundos efectos tanto en su vida como en su obra; la lectura de los diarios, la propaganda política y los discursos patrióticos activaron su visión feminista de la guerra, a la que consideraba una “absurda ficción masculina”.

Desbordada por acontecimientos que apenas comprendía, Virginia comparaba su mente con la de Margaret Llewelyn Davies, a quien le pedía “prestada” la suya en un intento de aprehender la realidad desde

la perspectiva de una mujer entrenada políticamente. La influencia de personas como ella, como los Webb y como el mismo Leonard despertó una conciencia política hacia la que no tenía una vocación particular. En ese marco de nuevas relaciones, en septiembre, los Woolf pasaron quince días en Cornwall junto a Margaret Llewelyn Davies y su asistente y compañera de toda la vida, Lilian Harris. Leonard consideraba que Margaret era “una de las mujeres más excepcionales que había conocido” y Virginia encontró a Lilian de lo más interesante y sensible, amante de las pipas —fumaba unas ocho al día— y del buen vino. Valorar a esas mujeres hizo que se sintiera dispuesta a sumar su esfuerzo al ruedo político y en 1916 empezó a colaborar con el movimiento cooperativo, celebrando reuniones del grupo en su casa, actividad que sostuvo durante los cuatro años siguientes.

Guerra y literatura

Mientras duró el conflicto, Virginia escribió su segunda novela, *Noche y día*, donde refleja la vida y las expectativas de un grupo de jóvenes antes de la guerra. Mientras tanto, elaborar el conflicto le permitía reflexionar acerca de lo “entrometidos e insidiosos [que] son los dedos de la Guerra Europea” y después de comprobar el impacto causado, una vez que “la tregua estaba firmada y los muertos enterrados”, el tema entró a formar parte central de su narrativa.

Aunque en sus libros no hay descripción de batallas ni referencias a la vida en el frente o en las trincheras, a partir de su tercera novela la guerra sobrevuela, imprime y determina el curso de la civilización y los destinos individuales. Es así como en *El cuarto de Jacob* (1922) la guerra es sinónimo de oscuridad, es la responsable de la muerte del protagonista y está asociada a imágenes visuales, táctiles o auditivas abrumadoras. La oscuridad se hunde “como un cuchillo sobre Grecia”, su clamor alcanza las costas de Sussex, donde se oyen los disparos, un “sordo sonido, como si nocturnas mujeres sacudieran grandes alfombras”. Los efectos imperecederos que la guerra tiene en los combatientes adquieren dramatismo en Septimus, la contrafigura de Clarissa, en *La señora Dalloway* (1925). Mientras que los recuerdos de la protagonista vuelven una y otra vez a su primera juventud, los de Septimus están invadidos por alucinaciones y pesadillas diurnas

recurrentes, hasta que el recuerdo de la guerra termina por capturarlo y escindirlo: “La carne se había separado del mundo. Su cuerpo se había macerado hasta el punto de quedarse con solo las fibras nerviosas. Estaba extendido como un velo sobre una roca”.

Puede decirse que en *Al faro* (1927) la guerra completa la devastación iniciada con la muerte de Mrs. Ramsay, mientras que en *Un cuarto propio* (1929) es vista como parte del engranaje del sistema patriarcal, una “catástrofe” que “dio muerte [a la ilusión]” y que marca un antes y un después en el curso de la civilización europea. Y aunque en *Las olas* (1931), la novela que escribió poco después de este ensayo, la guerra no afecta directamente la suerte de los personajes, subyace en el destino de hombres y mujeres que se desplazan “como restos de un ejército, representándonos, y yendo todas las noches (aquí o en Grecia) a librar batalla, para regresar todas las noches, con sus heridas, con sus rostros devastados”. En tanto que *Tres guineas* (1938) puede considerarse un alegato pacifista, en sus últimas novelas, *Los años* (1937) y *Entre actos* (1941), la referencia cronológica a la Segunda Guerra Mundial es ineludible. Una Europa “erizada de cañones, cubierta de aviones” da marco a la última novela de Virginia Woolf. Por su parte, en *Los años*, la novela publicada antes del estallido de la Segunda Guerra, se hace referencia a la Primera Guerra, cuando se describe que un *raid* alemán interrumpe la conversación de los personajes: “Se había producido una ruptura total; nadie recordaba lo que estaban diciendo antes”. El miedo a las bombas da paso a un brindis por un “Mundo Nuevo”. Finalmente, hay un corto capítulo titulado “1918” que informa que “los cañones rugían y las sirenas gemían”. La guerra había terminado. La novela finaliza con el capítulo “Los días presentes”, donde se comprueban los cambios seguidos al conflicto y las tensiones que hacen prever una nueva catástrofe. Pero ya en 1917, Virginia, que se había ocupado de analizar el vínculo entre la guerra y la literatura, señaló:

«No nos gusta la guerra en la ficción, y no nos gusta lo sobrenatural. Solo podemos rendir cuenta del primero de estos juicios por la sensación de que los grandes hechos que están ocurriendo a lo largo del Canal nos están cercando, demasiado tremendos como para ser trabajados en la ficción sin desgarrarnos».

A pesar de esta opinión, en mayo de ese año reseñó los poemas de un hombre que estaba en el frente de batalla, el capitán Siegfried

Sassoon, cuyo realismo le hacía reconocer: “Sí, esto está sucediendo; y nosotros estamos aquí sentados mirándolo”. Tiempo después destacaba el valor de su poesía: “No conocemos a ningún otro escritor que nos haya mostrado tan efectivamente como Mr. Sassoon las terribles imágenes que yacen detrás de las descoloridas frases de los periódicos”.

En contraste con el realismo poético de Sassoon, Virginia no apreciaba los sonetos patrióticos de Rupert Brooke, el joven y apuesto poeta con el que había jugado de pequeña en St. Ives y con quien, en 1911, se había bañado desnuda en el río, en Grantchester. La amistad con Brooke no había superado un altercado de este con Lytton Strachey; además, Brooke había hecho comentarios despectivos acerca de la unión de Leonard y Virginia. Después de su muerte a causa de un envenenamiento en la sangre en 1915, camino al frente, el joven poeta comenzó a convertirse en leyenda. Encargada de hacer la reseña (en agosto 1918) a la edición de sus poemas, Virginia no podía dejar de pensar en la “extraña ironía” que significaba la “canonización” que los amigos de Brooke llevaban adelante y le escribía a Ka Cox: “Cuando tuve que hacerlo, tuve la impresión de que decir en voz alta lo que hasta yo sabía de Rupert era absolutamente repugnante, de modo que me limité a escribir mis dos columnas con el mayor decoro posible”.

La odisea de los objetores de CONCIENCIA

A principios de 1916 la cuestión del reclutamiento de Leonard podía considerarse zanjada, pero para los objetores de conciencia las cosas se complicaban cada vez más, y esto afectaba en particular a Vanessa, pues se había enamorado de Duncan Grant, el pintor homosexual ocho años menor que ella, que había tenido amoríos con varios integrantes de Bloomsbury, incluso con su hermano Adrian, y por el que había interrumpido su relación con Roger Fry. Obligado a alistarse, Duncan había solicitado la exención del ejército como objetor de conciencia. Para ayudarlo a presentar su caso ante el tribunal, Vanessa se mudó con él y sus hijos a una alejada granja en Wissett, en el condado de Suffolk. A ellos se sumó David Garnett —apodado Bunny—, que también era objetor de conciencia y por entonces amante de Duncan. Mientras los hombres intentaban cultivar la tierra, Vanessa, alejada de toda vida social y absorta en la tarea de llevar la casa adelante, le escribía a su

siempre fiel Roger: “Aquí me siento tan salvaje como si ya no tuviera que volver a asistir nunca más a un té. De hecho, me parece que me estoy haciendo muy incapaz para la vida de ciudad”.

Liberarse del reclutamiento le resultó más sencillo a Clive, que fue contratado por el marido de lady Ottoline, Philip Morrell —un miembro pacifista del Parlamento—, para “trabajar” en su granja en Garsington. “Todo nuestro mundo —le escribió Virginia a Ka Cox, que estaba en Córcega atendiendo a prisioneros serbios— no hace nada excepto hablar sobre la conscripción, y sobre sus posibilidades de quedar afuera”. Saber que Clive había sido contratado para trabajar en una granja era un corolario singular, cuando no ridículo: “La guerra, en todo caso —escribió Virginia—, ha tenido efectos raros entre nuestros amigos”.

Lytton era otro de los que debían certificar su incapacidad para ingresar en las filas del ejército británico, y si bien debido a su delicada salud su caso no presentaba demasiadas dificultades, no lo ayudaba que hubiera iniciado una campaña contra la conscripción obligatoria ni que se hubiera unido a la No Conscription Fellowship (NCF) y al National Council Against Conscription (NCAC), asociaciones que bregaban por la exención incondicional de los objetores de conciencia. El 7 de marzo Lytton se presentó ante un comité local que, después de escuchar sus objeciones acerca de la participación en “la presente guerra”, le informó que su caso se remitía al Tribunal de Hampstead. Su aparición en la audiencia fue teatral. Primero entró Philip Morrell, quien oficiaría como testigo, portando un almohadoncito azul inflable. En la sala también había varios familiares y amigos; por fin, apareció Lytton, con una manta de viaje a cuadros en las manos y luciendo “majestuoso a pesar de que sufría de hemorroides”. Cuando Philip Morrell le alcanzó el almohadón, Lytton se lo llevó a la boca y “lo infló dramáticamente”; puso el almohadón en el banco de madera, se sentó sobre él y se cubrió las rodillas con la manta. Finalmente se sucedieron las preguntas del tribunal:

«Dígame, Mr. Strachey, ¿qué haría usted si ve a un soldado alemán tratando de violar a su hermana?», le preguntaron. Lytton respondió ambigualmente: “Trataría de interponerme entre ellos”».

Como señala su biógrafo, al tribunal no le pareció divertida su presentación, y su exención fue supeditada a que se realizara un examen médico, que a fin de cuentas lo encontró no apto para el

servicio.

Lo cierto es que, a pesar de las bromas que pudieran hacerse, la situación era dramática. En julio de 1916, el ejército británico estaba diezmado. Habían muerto 420.000 británicos: más del doble de los que constituían todo el ejército en 1914. La mayoría de los soldados pertenecientes al viejo ejército británico había muerto. La escala y el modo de llevar a cabo las operaciones militares eran nuevos y espantosos, y la guerra parecía irrefrenable. Se corrían riesgos serios en extremo, y eran necesarios muchos soldados más.

En esas condiciones, la sociedad no veía con buenos ojos a los objetores de conciencia, e incluso hubo quienes declaraban que debían ser deportados a Alemania, o sometidos a la ley marcial y fusilados. Como consecuencia, muchos fueron encarcelados y algunos se suicidaron. Desde el Ministerio de Hacienda, Maynard Keynes mantuvo el compromiso de ayudar a sus amigos e intentó protegerlos. También Adrian Stephen, casado a principios de la guerra con Karin Costelloe, y que no fue reclutado, se dedicó a defenderlos en los tribunales.

Los tribunales de conciencia, que podían admitir mujeres en su conformación, contaban con un representante del ejército que interrogaba a los solicitantes. Sus miembros eran elegidos por consejeros locales y podían incluir militares retirados, empresarios, comerciantes, terratenientes, funcionarios públicos, muchos de ellos demasiado viejos para ser llamados a filas. Casi todos los participantes tenían fuertes sentimientos patrióticos y familiares o amigos en el frente, y no demostraban buena predisposición frente a los objetores de conciencia, de modo que estos se veían en una situación delicada y difícil. La cuestión se complicaba para los hombres jóvenes, solteros y sanos, como era el caso de Duncan Grant y Bunny Garnett. Por ello, cuando ambos se presentaron ante el tribunal local para defender su posición, Vanessa tuvo pocas esperanzas al ver a los miembros del jurado, a quienes llamó unos “patanes de campo completamente estúpidos”, que efectivamente rechazaron sus alegatos, por lo que debieron presentarse ante una instancia superior. Angustiada por el resultado, Vanessa escribía: “Supongo que todos los que conocemos pronto estarán en prisión o en el ejército”.

Por entonces, impulsada por el deseo de tener a su hermana cerca, Virginia le habló de una casa con jardín que se ofrecía en Charleston, a pocas millas de Asheham, y que se encontraba cerca de una granja donde Duncan y Bunny podrían trabajar como agricultores. A pedido de Nessa, también le escribió a lady Cecil para que hiciera gestiones ante

su cuñado, lord Salisbury, uno de los miembros del tribunal ante el que Duncan debía presentarse. La aristócrata evitó comprometerse en el tema, pero las cosas comenzaron a resolverse en junio. Poco después de la exención de Leonard, Duncan y David fueron exceptuados con la condición de que se dedicaran a trabajos de importancia nacional. A mediados de año y con Leonard fuera de peligro, los Woolf se instalaron en una suerte de rutina que incluía estrecho contacto con los Webb; también frecuentaban a George B. Shaw, quien escribió una introducción para un nuevo libro de Leonard: *International Government*[189] El trabajo de Leonard y sus relaciones con personas como los Webb o Margaret Llewelyn Davies ejercían una gran influencia, y la vida de Virginia se diferenciaba cada vez más de la de su hermana. De hecho, mientras ella lograba el ansiado equilibrio emocional e incluso adquiría cierta conciencia política, Vanessa llevaba una vida afectiva turbulenta. Su relación con Duncan no era fácil e incluía a un tercero. Enamorada de Duncan, para mantenerlo a su lado, Vanessa recibió a Bunny en su casa e hizo lo posible por que el trío tuviese una convivencia armónica. Aceptaba a Garnett por complacer a Duncan, y aunque le confesaba a Roger que solo lo veía por esa causa, se esmeraba en halagarlo: “¡Qué carta tan bonita me has escrito y qué feliz me siento ahora al pensar que pronto estarás aquí y que Duncan no se irá enseguida!”.

El singular trío recibía las visitas de Clive, que si bien hacía tiempo que no vivía con ellos, solía aparecer por Wissett para visitar a sus hijos, y todos participaban de una agitada vida familiar en la que Vanessa, con poca ayuda doméstica y ocupada de organizar todas las tareas, lograba cierta armonía pintando junto a Duncan. En esos momentos, estaba en su elemento, pero no pasaba lo mismo en la intimidad, ya que le dolía que Duncan no la deseara de manera exclusiva.

“Temerosa de los que dan”, Vanessa se había separado de Roger y se inclinaba por una relación a la que se entregaba totalmente y de la que solo recibía lo que Duncan estaba dispuesto a dar. Pero la generosidad de Vanessa era un arma de doble filo, ya que le permitía ejercer cierto poder, la predisponía a protagonizar situaciones de manipulación y a exigir el reconocimiento de los demás. El caso es que la simpatía y el talento de Duncan eran reconocidos por todos, pero también su irresponsabilidad y su acusado sentido de libertad personal. Además, y como nunca había ocultado sus relaciones con Lytton Strachey, Maynard Keynes e incluso Adrian Stephen, su encuentro con Vanessa puede leerse como una odisea complicada y agotadora, en la que ambos

se embarcaron por el resto de sus vidas. Ya sea porque Vanessa se esmeró en ocultarle su angustia a Virginia, o porque ella no estaba preparada para percibirla, cuando en julio la visitó en Wissett, solo notó la armonía que reinaba en el lugar y, ajena a las secretas pasiones, le escribió a Lytton:

“Wissett parece adormecer toda ambición. ¿No te parece que han descubierto el secreto de la vida? Lo consideré maravillosamente armonioso”.

xxxxxxxxxxVanessa, una inspiración noche y día

La visita a Vanessa fue inspiradora, y después de adornarla con sus propias proyecciones, Virginia le confesaba a su hermana: “Estoy muy interesada en tu vida, sobre la cual pienso escribir otra novela. Es fatal quedarse contigo... pones en marcha tantas nuevas ideas”.

A mediados de agosto e instalada en Asheham, comparando su relativa tranquilidad con la ajetreada vida de Nessa, rodeada de gente a la que atender y con escasa ayuda doméstica, “siempre al trote, si no al galope”, Virginia corroboraba esa capacidad de aglutinar y prohiar de su hermana, que ejercía tanta fascinación sobre ella. Lo cierto es que condicionada por el racionamiento, la suba de los precios y demás consecuencias de la guerra, Vanessa no tenía descanso y encuadraba mejor que nunca en el “personaje shakespeariano” que Virginia decía había creado a su medida y ponía “en movimiento” para su “diversión”.

Aunque Virginia se encargaba de señalar que su hermana no tenía “un vocabulario completo”, lograba hechizarla al punto que, mientras escribía *Noche y día*, reconocía haber “inventado semejante mito acerca de ella” que apenas podía distinguir “a una de la otra”. Representaba a su hermana como una figura monumental, una suerte de diosa pagana y arquetípica, visión acrecentada por la imagen que le ofrecía junto a Duncan, lejos de las convenciones, aislada de la rutina y enclavada en la vida rural y bohemia. Según parece, no solo a ella le impresionaba la actitud de Nessa, y en 1917 un resignado pero incondicional Roger Fry le escribía a su ex amante: “Tú infundes una sensación de seguridad, algo sólido y auténtico en un mundo cambiante... Posees genio en tu vida y también en tu arte, cosas raras las dos”. Lo cierto es que Vanessa

era una persona singular con la capacidad de atraer a su alrededor a un círculo íntimo y devoto. La aversión que sentía ante posibles conflictos o escenas emotivas y la necesidad de conservar una suerte de protagonismo y control la llevó a lograr que Clive, Roger y Duncan armonizaran y confluyeran en la necesidad que tenían de ella, necesidad que, por adolecerla, Virginia comprendía a la perfección. Por su parte, Vanessa también era consciente de su centralidad y en abril de 1917 le escribía a Roger: “He tenido una larga charla con Virginia el otro día. Me contó todo acerca de su nueva novela. En esta soy el personaje principal y supongo que soy una muy mojigata y severa jovencita, pero quizá verás cómo era yo a los dieciocho”.

Desde pequeñas, ambas representaron papeles bien diferenciados, y luego, con la misma decisión e intensidad con la que se habían dividido dones y talentos, establecieron tipos de femineidades diferentes. En tanto Virginia se caracterizó por el dominio de los procesos mentales, el desarrollo del intelecto, y por una aparente debilidad asociada a la condición de niña eterna que requería cuidados, Vanessa desarrolló una sensualidad potente unida a su fortaleza corporal y a una entrega maternal avasallante y apasionada. Aun así, es curioso comprobar que, rondando la treintena, ninguna de las dos lograba relaciones emocionales totalmente satisfactorias. De hecho, ambas relegaron la sexualidad. En el caso de Vanessa, su deseo se veía frustrado por las preferencias homosexuales de Duncan, mientras que Virginia no encontraba atractivo a Leonard, y su experiencia sexual no fue positiva. En todo caso, las hermanas canalizaron la insatisfacción sexual de manera similar y encontraron en su pareja el estímulo y la compañía indispensable para desarrollar sus respectivas vocaciones. Mujeres pioneras, pero todavía entre dos mundos, necesitaban de ellos como de un anclaje que les permitiera irradiar sus propios talentos.

Criadas según las estrictas normas victorianas, aunque las dos disfrutaban de los logros de la modernidad y propiciaban las nuevas tendencias, a veces las encontraban chocantes. Es así como un día, después de la visita de Adrian y su mujer, ataviada con un osado diseño de Vanessa capaz, según Virginia, de arrancarle los “ojos de las órbitas”, ella prefirió dar un paso atrás y retirarse hacia un estilo más convencional: “Al color gris paloma y al viejo azul lavanda, con el cuello de encaje, y puños de linón”. Pero Virginia debía saber que refugiarse en el pasado no pasaba de ser una ilusión. Si bien en 1916, a pesar de las cuantiosas pérdidas humanas, en Londres, lejos del frente de batalla, apenas se notaban cambios en la vida cotidiana, las

transformaciones en materia de arte, moda y costumbres ya no tenían marcha atrás.

Cuestiones domésticas, cuestiones políticas

En esa época, sobre todo en el campo, las tareas de la casa requerían mucho esfuerzo. Acostumbradas a contar con ayuda doméstica, tanto Vanessa como Virginia se vieron en dificultades cuando, debido a la guerra, muchas de las mujeres que hasta entonces se empleaban en esas tareas prefirieron trabajar en fábricas de municiones u ocuparse en trabajos que les ofrecían más libertad e ingresos regulares. Además, la convivencia con las empleadas afectaba la intimidad de unos y otros, y lejos de las actitudes paternalistas de la era victoriana, se perfilaba un nuevo tipo de relación entre empleado y empleador que también presentaba dificultades. En febrero de 1916, los Woolf contrataron a Nelly Boxall y a su amiga Lottie Hope como cocinera y mucama, respectivamente. Las dos mujeres habían trabajado antes para Roger Fry y se quedarían con Virginia hasta 1934, cuando Nelly dejó el trabajo y fue contratada por el actor Charles Laughton.

A lo largo de los años hubo un sinfín de rencillas que concluían con la renuncia de Nelly o el intento de Virginia de despedirla. Finalmente, hacían las paces, aunque solo fuera hasta la siguiente discusión. En esos intervalos, Virginia pasaba de creer que nadie podía ser tan amable como Nelly, a sostener que era una mujer insoportable. Pero, al fin y al cabo, sabía que el problema residía en otra parte: “La culpa está más en el sistema de mantener a dos jovencitas encadenadas a una cocina para holgazanear y trabajar y succionar la vida de dos en la sala de estar, que en su carácter o en el mío”.

Como sucedió con la Celeste[190] de Proust, Nelly sobrevivió a Virginia, y en 1956 también fue requerida en entrevistas. Los oyentes de la BBC pudieron oírla contar que Virginia enrollaba sus propios cigarrillos o que le gustaba el helado con chocolate caliente derretido. Pero en 1916, como Nelly consideraba demasiado deprimente el solitario entorno de Asheham, Virginia pensó en llamar a Sophie Farrell, la antigua cocinera de la familia, que prefirió seguir trabajando con los Duckworth y vivir al viejo estilo de Hyde Park Gate. El rechazo de la vieja criada victoriana podía estar relacionado con que, durante la

guerra, las actitudes de los integrantes de Bloomsbury fueron cuestionadas más allá de sus decisiones estéticas. La mayor parte de la sociedad no veía con buenos ojos a los objetores de conciencia, y el hecho de que Adrian se ocupara de defender sus casos ante los tribunales pudo ser también una de las razones por las que Bernard Berenson —casado con la madre de su mujer— les retirase el estipendio que les hubiera permitido adquirir la casa de Charleston que Virginia quería para Vanessa.

Como Nessa tardaba en decidirse, intentando entusiasmarla Virginia le escribía: “Estoy segura, si consigues Charleston, de que acabarás comprándola para siempre. Si vivieses allí, la podrías dejar absolutamente divina”. En efecto, Virginia, que aseguraba tener olfato para las casas, no se equivocó, y con el tiempo Vanessa hizo de Charleston un lugar muy especial.[\[191\]](#)

Los últimos utópicos vs. la nueva GENERACIÓN

Los integrantes del Bloomsbury original ya pasaban los treinta años, pero todavía eran jóvenes y bien podían incorporar nuevas influencias. El filósofo G. E. Moore, que había marcado definitivamente a los Apóstoles, se había convertido en una figura un tanto lejana que Virginia intuía “mucho más humana que [la de sus] sus seguidores”. De todas maneras, ya no era posible el “imperturbable individualismo de los primeros días eduardianos”, cuando los jóvenes estudiantes se sentaban alrededor del fuego para analizar los “estados mentales”. La guerra se encargó de echar por tierra las expectativas de los jóvenes idealistas, y Maynard Keynes escribió al respecto:

«Fuimos de los últimos utópicos, o melioristas, como se les llama a veces, que creen en un progreso moral continuado en virtud del cual la especie humana la integra ya gente fiable, racional y decente, influenciada por la verdad y los valores objetivos, que puede ser liberada de las constricciones exteriores de la convención y los valores tradicionales y las reglas inflexibles de conducta, y dejada en adelante con sus propios fines sensatos, sus motivos puros y sus fiables intuiciones del bien. La idea de que la naturaleza humana es racional

tenía en 1903 una larga historia que la apoyaba».

La Gran Guerra hizo cada vez más evidente que esa visión era falsa y sospechosa de “trivialidad y superficialidad”. Así, la influencia de Moore, el individualismo y el ascetismo que pregonaba fueron decayendo. Miembros de una nueva generación, con nuevas expectativas y una distinta percepción de la realidad, comenzaron a penetrar la estructura de Bloomsbury. En octubre, y mientras los Woolf no estaban en su casa, David Garnett, que fue a Sussex para entrevistarse con un granjero que iba a emplearlo, invadió sin avisar la casa de Asheham y pasó la noche allí en compañía de sus amigas Dora Carrington y Barbara Hiles. Aunque se cuidaron de dejar la casa a primeras horas de la mañana, unos vecinos los vieron y la historia llegó a oídos de los Woolf. Para empeorar las cosas, los intrusos se habían llevado un libro que Virginia tenía junto a la cama. El incidente derivó en cartas, llamados telefónicos y en la intervención de Vanessa:

«Virginia ha invitado a Carrington a cenar, ¡quiere saber qué pasó en Asheham [Ve]! Supongo que le sacará todos los detalles, por lo que se pondrá al descubierto la carta de Bunny. No creo que Carrington sea buena contrincante para Mrs. Woolf, pues ya conocemos sus habilidades en las ocasiones en que desea descubrir algo. No obstante, le he dicho a Carrington que debe insistir en lo que dijo Bunny, que puede ser verdad en el papel, pero apenas si lo es en la intención».

Dora Carrington era una jovencita que había estado en Asheham junto con Lytton y Nessa, pero no conocía íntimamente a Virginia, ante quien tuvo que presentarse para dar las explicaciones pertinentes. Recordando el momento, escribió:

«Ayer por la noche fui a casa de Virginia. ¡¡¡Menudo examen!!! Pero me mostré inflexible y lo negué todo. Incluso que Bunny tomara un libro, lo cual, por supuesto, era verdad. [...] Así que tienes que decir que tomaste el libro prestado el fin de semana anterior, y devolvérselo. Me preguntó si pasamos la noche en Firle. Por lo tanto, corroboré la versión de Bunny y dije que sí. Me pareció realmente encantadora y también el terrible lobo [wof]».

CAPÍTULO XX - 1917

Nuevos intereses: la Hogarth Press

AUN cuando se sintieron molestos por la irrupción de Dora Carrington y Barbara Hiles en su casa en Asheham, los Woolf pronto incluyeron a las dos jóvenes invasoras entre sus relaciones. Barbara Hiles, con quien tanto Saxon Sydney-Turner como Nicholas Bagenal querían casarse, le interesó mucho a Virginia, que durante un tiempo siguió las alternativas de ese romance triangular que podía recordarle la peculiar relación que mantuvo con Nessa y Clive. Por otra parte, la amistad con Saxon era de vieja data, y Virginia, que conocía su carácter impenetrable, reflexionaba: “Nunca se sabe si él está enamorado realmente, como otras personas. Quizá se contentaría con que B. se casara con Nick y él pasara a formar parte de la casa”. De todas maneras, a pesar de que solía agotarla su inacción, ella no dejaba de recordar que Saxon había compartido su dolor tras la muerte de Thoby.

Dispuesta a no perderse detalle de la historia amorosa que involucraba a Saxon, Barbara Hiles y Nick Bagenal, Virginia se transformó en confidente de su amigo. A gusto con la nueva generación, encontraba refrescante el contacto con los jóvenes ya que, en presencia de Barbara y Carrington, podía usar con “gran éxito” un vestido confeccionado por la primera, que trabajaba ocasionalmente para el Omega Workshop. Pero no todo era moda y frivolidad; como miembro de la rama Richmond del Women’s Cooperative Guild, Virginia continuaba organizando reuniones mensuales y se ocupaba de elegir y presentar a los disertantes.^[192] La costumbre era que los invitados expusieran sobre temas de actualidad, arte o viajes, y después respondieran las preguntas del público. El 23 de enero, el primer

encuentro del año resultó conflictivo. La oradora Mrs. Bessie Ward, del Consejo de Libertades Civiles, habló sobre el reclutamiento prestando especial atención al alistamiento femenino, pero también se refirió a las enfermedades venéreas y al riesgo que implicaban para la salud de los jóvenes.

Terminada la reunión, varias mujeres se retiraron de la sala, una lloraba y otra acusó a la oradora de crueldad y desconsideración hacia las madres. El público se dividió entre las que rechazaron la intervención y el tema tratado y las que lo consideraban oportuno. La cuestión es que Virginia, que debió intervenir para calmar los ánimos, lamentó que los convencionalismos impidieran a esas mujeres discutir abiertamente cuestiones que las afectaban en forma tan directa. Y aunque siempre admiraría “el buen sentido” de las mujeres trabajadoras, la sorprendía la “solemne pasividad” de las cooperativistas, por lo que se sintió liberada cuando después de cuatro años renunció a esa labor organizativa.

Mientras tanto y a través de la Fabian Society y del *New Statesman*, órgano de difusión de los Webb, la actividad política de Leonard se ramificaba sin que descuidase el seguimiento de la salud de Virginia. Vigilaba sus horas de sueño y estaba pendiente de su dieta, que incluía la ingesta de tres vasos de leche por día. Con Virginia estable, los Woolf retomaban su viejo proyecto de poner en marcha una imprenta que publicara “los cuentos de todos nuestros amigos”. Dicho en esas palabras, el proyecto no parece demasiado ambicioso,[\[193\]](#) y aunque en sus memorias Leonard destacó que uno de los motivos que lo llevaron a iniciarlo fue proporcionar a Virginia un trabajo manual que la ocupara por las tardes y mantuviera su mente liberada del trabajo de escritura, pronto descubrieron que cambiaban una obsesión por otra.

El 23 de marzo de 1917, mientras paseaban por Farringdon Street, los Woolf vieron la vidriera de una empresa dedicada al suministro editorial y entraron para informarse. Los atendió un hombre enfundado en un overol marrón, que supo ganárselos a base de simpatía y entusiasmo, y finalmente les ofreció una pequeña imprenta manual con todos los accesorios y el material necesario para imprimir, incluido un juego de caracteres tipográficos Old Face. Además “[les aseguró] que con solo leer un folleto de dieciséis páginas, que prácticamente los obligó a comprar, el funcionamiento de la imprenta no tardaría en ser para ellos un juego de niños”. El hombre fue tan convincente que antes de dejar la tienda, los Woolf eran propietarios de una pequeña imprenta que ocupaba el tamaño de una mesa.

Siempre previsor, en principio Leonard creyó que solventarían el gasto con un descuento de sus impuestos que esperaba que ascendiera a 35 libras, y que solo alcanzó las 15 libras, por lo que estudiaron la posibilidad de vender los manuscritos de Thackeray que habían heredado de Leslie. Todo se resolvió, sin embargo, luego de vender algunos “pendientes y collares” y no hizo falta que tocaran tampoco los fondos que tenían invertidos.

No es atrevido decir que un mes después, cuando la imprenta llegó a Hogarth House, la vida de los Woolf dio un vuelco nuevo y definitivo. La instalaron sobre la mesa del comedor, y después de superar un pequeño contratiempo, ya que fue necesario reparar una de las piezas, Leonard y Virginia se apasionaron con la interminable y absorbente tarea de imprimir. Ordenando los tipos en las cajas respectivas, después de confundir las “n” con las “h” y subsanar el error, sin desanimarse por las dificultades, Virginia confesaba: “No podemos parar, y veo que el imprimir puede llegar a absorberte la vida por completo”. Efectivamente, imprimir se convirtió para los Woolf en una especie de pasión adictiva, como lo manifestó Virginia en una de sus cartas: “Tras dos horas de trabajo en la prensa, Leonard exhaló un terrible suspiro y dijo: ‘¡Ojalá nunca hubiésemos comprado este maldito

artefacto!’. Para mi alivio, aunque no para mi sorpresa, añadió: ‘Porque nunca volveré a hacer ninguna otra cosa’. No puedes imaginarte lo excitante, lo ennobecedor y satisfactorio que es”.

Como el temblor de las manos le dificultaba a Leonard poner los tipos en las cajas, esa era una de las tareas de las que se encargaba Virginia. Colocar letra tras letra y palabra por palabra demoraba horas, exigía paciencia y concentración. Aunque en principio realizaban solos un trabajo que aprendieron sobre la marcha, los Woolf nunca consideraron que se trataría de un *hobby*. Además de los cuidados que la máquina exigía —mantenerla limpia, aceitar las piezas, etc.—, había que considerar mil detalles técnicos. En suma, imprimir con una máquina manual requería destreza, y el trabajo solo culminaba después de la encuadernación, y cuando los libros ya empaquetados eran enviados a las direcciones correspondientes. El entusiasmo de los Woolf era tal que el 7 de mayo, pocos días después del arribo de la imprenta, enviaron un anuncio impreso con membrete luciendo el nombre elegido para su emprendimiento, The Hogarth Press, en el que comunicaban que se proponían publicar en breve un folleto con narraciones de Leonard Woolf y Virginia Woolf. El matrimonio devenía en pareja editorial, y su unión adquiría un nuevo impulso. El precio del libro,

incluido el franqueo, sería de 1 chelín y 2 peniques. En plena efervescencia, Virginia le escribía a su hermana: “Apenas hemos comenzado a imprimir la historia de Leonard; todavía no he impreso la mía, pero escribir no es nada comparado con imprimir”.

En julio, luego de dos meses de arduo trabajo, la primera publicación de la Hogarth Press estaba lista. Se trataba de *Two Stories*, un pequeño libro que incluía el relato “Three Jews”, [194] de Leonard Woolf, y “The Mark on the Wall”, de Virginia Woolf. Dora

Carrington se había encargado de diseñar la cubierta. En sus memorias, Leonard recordaría:

«Lo unimos cosiéndolo a tapas de papel. Nos tomó bastante trabajo conseguir un tipo de papel japonés alegre y original para las cubiertas. Durante varios años nos tomamos mucho tiempo y molestias en buscar papel hermoso y poco común, a veces alegre, para nuestros libros, y como primeros editores en hacer esto, creo que comenzamos una moda que siguieron muchos de los viejos editores ya establecidos».

Los Woolf iniciaron su aventura editorial imprimiendo apenas 150 copias de las que se vendieron 134. [195]

Entusiasmados por la buena recepción de sus historias, pensaron en comprar una imprenta más grande, a fin de encarar trabajos más ambiciosos.

Gracias a la Hogarth Press, Virginia tuvo la libertad de innovar y experimentar, sin trabas editoriales, su propio proceso creativo. Es así como en “La marca en la pared” se percibe la intención de encontrar “una forma nueva”, premisa que se le impondría siempre, a la hora de reflexionar acerca de su condición femenina y debido a su necesidad de hallar nuevas maneras de expresión, diferentes del realismo. Por entonces, estaba leyendo *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce, libro aparecido el año anterior, y aunque en un principio sintió que no entendía lo que buscaba Joyce y fue “vencida por un terrible aburrimiento”, pronto percibió allí ecos de su propia búsqueda literaria. En todo caso, Virginia volvió a tratar el tema de la originalidad en una carta a David Garnett: “Las novelas son terriblemente torpes y abrumadoras, por supuesto; de todos modos, si tan solo pudiéramos apoderarnos de ellas, sería genial. Habría que inventar una forma completamente nueva”. La fundación de la Hogarth Press permitió que Virginia se dedicara a trabajar en una línea experimental, publicando

por cuenta propia el tipo de cosas que “los típicos editores rechazan”. En ese contexto, el relato “La marca en la pared” determina y señala un momento clave en su producción literaria; le dio libertad y la convicción de que “es más sencillo hacer algo corto, todo de un tirón, que una novela”.

En esa narración, a partir de una marca que el narrador ve en la pared, Virginia Woolf puede expresar una miríada de pensamientos y asociaciones donde lo importante es el encabalgamiento del proceso imaginativo y narrativo, y donde se da cuenta de la imposibilidad de fijar un significado último al “incesante chaparrón de innumerables átomos” que experimenta “una mente normal en un día normal”.

Katherine Mansfield

Casi al mismo tiempo que la imprenta ingresó en su vida, Virginia recibía insistentes invitaciones de lady Ottoline Morrell, a quien no veía desde su casamiento.[196] Durante la guerra, su granja en Garsington, cerca de Oxford, se había convertido en alojamiento para los objetores de conciencia, a quienes Philip Morrell les ofrecía empleo asociado a tareas rurales. Allí, entre residentes e invitados, podía verse a Clive Bell y Lytton Strachey, al pintor Mark Gertler, a Katherine Mansfield y John Middleton Murry, a Aldous

Huxley, D. H. Lawrence y a muchos jóvenes atraídos por un círculo alternativo y sospechado, puesto que desde el gobierno y otros sectores de la sociedad veían a Garsington como el refugio de espías alemanes. La cuestión tenía sus bemoles; si bien recibían atenciones constantes, los huéspedes vivían criticando a su anfitriona, pero nadie parecía tener “la fortaleza mental para dejar de ir”.

Ottoline ejercía sobre Virginia una fascinación contradictoria. De pronto, le parecía una sirena con mechones de cabellos dorados rojizos, “las mejillas suaves como almohadones con un encantador carmín en lo alto de los pómulos, y un cuerpo formado más como el que imagino de las sirenas y veo por primera vez”. Otras veces la consideraba superficial, exagerada, y hubo momentos en los que se mostró altiva y displicente con ella. Por su parte, Leonard trataba de evitar el contacto con ese círculo, caracterizado por sostener relaciones conflictivas; lo consideraba perjudicial para la salud de Virginia y hacía lo posible por

posponer cualquier visita a Garsington. Allí, el año anterior, la escritora Katherine Mansfield había halagado *Fin de viaje* frente a Lytton y también había expresado su deseo de que le presentaran a Virginia. Por fin, en febrero, las dos escritoras se conocieron personalmente.

El encuentro fue singular. A Virginia no le impresionó favorablemente la liberalidad sexual de la que Katherine hacía gala y la franqueza con que relataba sus aventuras, y le escribió a Vanessa diciendo que tenía una personalidad desagradable y sin escrúpulos. Por su parte, Katherine tuvo la impresión de que Virginia era una mujer delicada, cosa que no era de extrañar, puesto que por entonces se recuperaba de su larga enfermedad. Leonard, que también estuvo presente en el encuentro, retrató a Katherine Mansfield en sus memorias:

«Ella [...] parecía estar siempre en guardia contra un mundo que veía como hostil. [...] Creo que por naturaleza era alegre, cínica, amoral, obscena, ingeniosa. Cuando la conocimos, estuvo extraordinariamente entretenida. No creo que nadie me haya hecho reír tanto como ella en esos días. Se sentaba muy tiesa en el borde de la silla o sofá y contaba en toda su extensión algún tipo de saga, sobre sus experiencias como actriz, o cómo y por qué Koteliensky aullaba como un perro en la habitación de arriba del edificio en Southampton Row».

Comenzaba una relación que, oscilando entre la atracción y el rechazo, marcó desde un principio el encuentro de las dos escritoras. Dado que sus personalidades, estilos de vida y educación diferían claramente, la admiración que se dispensaron no estuvo exenta de resquemores. De estos sentimientos contradictorios da cuenta Virginia en su diario:

«Ambos podríamos desear que nuestras primeras impresiones de K. M. no fuesen que apesta como una, bueno, una civeta[197] que fue sacada a pasear. En verdad, estoy un poco conmocionada por su ordinariez a primera vista; líneas tan duras y vulgares. Sin embargo, cuando esto se apaga, ella es tan inteligente e inescrutable que recompensa la amistad».

Si tenemos en cuenta que por entonces Katherine decía: “Los Lobos [Woolves] ... son apestosos”, comprobamos que la antipatía era mutua. De todas maneras, si bien se estudiaban, albergaban sospechas e incluso se referían a los olores[198] que emanaba la otra, sus siguientes

encuentros dejaron en claro que las dos tenían una idea similar acerca de lo que debía ser la escritura y encaraban su trabajo con igual intensidad y seriedad. Es así como en junio de 1917, en condiciones de reconocerlo, Katherine le escribía a Virginia: “Tome en cuenta lo extraño que es encontrar a alguien con la misma pasión por la escritura y que desea ser escrupulosamente sincera con usted”.

Aunque Katherine admiraba “la extraña, tambaleante, destellante calidad de [la] mente” de Virginia, conservó sus reservas, y en agosto, poco antes de partir para un fin de semana en Asheham House, exclamaba: “Al demonio con las *Bayas de Bloomsbury*” (To Hell with the Blooms Berries). Como puede verse, la relación de Virginia y Katherine Mansfield estuvo plagada de desencuentros, ambivalencia, rivalidad, hostilidad y competencia. Además de que su vida y temperamento eran diferentes, se conocieron en momentos en los que Virginia resurgía de los abismos de su enfermedad y Katherine descendía a los de la suya. En 1911 había publicado *En una pensión alemana*, y por entonces escribía para una serie de revistas, una de las cuales editaban su pareja, John Middleton Murry, y D. H. Lawrence. La relación de Katherine y Murry no era excluyente, y entre 1914 y 1916 ambos sostuvieron una apasionada y turbulenta amistad con D. H. Lawrence y su mujer. Se decía que Lawrence contagió a Katherine la tuberculosis, y se sabe que, además, ella padecía de artritis a causa de la gonorrea que había contraído alrededor de 1910.

La escritora neozelandesa había nacido en 1888. En 1903 viajó con sus padres a Inglaterra, donde estuvo pupila en el Queen’s College de Harley Street, un colegio femenino fundado cincuenta años antes. Allí conoció a su amiga y compañera de toda la vida, Ida Baker. Si bien en 1906 regresó con su familia a Wellington, Katherine convenció a sus padres para que le permitieran volver a Londres en 1908. Allí vivió una serie de amoríos con mujeres y con hombres hasta que —embarazada de un joven de diecinueve años— se casó con un profesor de canto llamado G. C. Bowden, apenas dos semanas después de conocerlo. Llamativamente, Katherine abandonó a su marido la misma noche de su boda, sin consumir el matrimonio. Por entonces su madre llegó a Londres y, en un intento de ocultar su estado y encauzarla, viajó con ella a Alemania y la internó en Bad Worishofen, un centro de salud donde Katherine perdió su embarazo. La relación con su familia se resintió, y eliminada del testamento de su madre, Katherine comenzó a dedicarse a la escritura. Publicaron sus primeros relatos en 1909, y ya era reconocida en Londres cuando, en 1911, apareció su primer libro de

cuentos, *En una pensión alemana*. A fines de ese año conoció a John Middleton Murry, con quien inició una relación amorosa larga y accidentada, que además de problemas económicos constantes y de aventuras editoriales desastrosas, incluía la tormentosa amistad con el escritor D. H. Lawrence y su mujer Frieda. La liberalidad sexual de Katherine, sus amantes, un casamiento seguido de separación y luego la convivencia con John Middleton sumaban experiencias que Virginia estaba lejos de compartir. En el momento en que se conocieron, la tuberculosis de Katherine ya avanzaba y sufría los efectos de la gonorrea. Los padecimientos físicos, además de su carácter duro y difícil, no la convertían en una persona fácil de frecuentar, y Virginia nunca pudo superar sus prevenciones. Situaciones que involucraron a Clive —él acusó a Virginia de contarle a Katherine cosas desfavorables que había dicho sobre ella—, los chismes de Garsington y la misma actitud de Katherine no facilitaban la relación. La duplicidad se acentuaba, ambas hacían comentarios desagradables e incisivos a espaldas de la otra, y cuando se veían, las actitudes variaban del entusiasmo a la cautela. A pesar de ello, la relación estimuló y mantuvo en vilo a Virginia hasta 1920. Es así como, después de la muerte de Katherine, extrañó su juicio crítico, sus conversaciones literarias y no faltó ocasión en que conmemorara, como si se tratara de un fantasma, “esa extraña aparición con la mirada perdida y rictus en los labios, arrastrándose por la habitación”. [199]

Diario de una escritora

En agosto e instalados en Asheham, a pesar de que la guerra continuaba, se sucedían las batallas del otro lado del canal y contaban con la obligada vecindad de soldados alemanes prisioneros que trabajaban en una granja custodiados por “absurdos soldaditos”, los Woolf recibieron muchas visitas. Ni el racionamiento ni el aumento de los precios descorazonaba a amigos y conocidos, “la gente simplemente [clamaba] por ser invitada” y ese verano, la extensa lista de visitantes incluyó a Roger Fry, Lytton Strachey, Desmond MacCarthy, Katherine Mansfield, Sydney Waterlow, G. Lowes Dickinson, Pernel Strachey, Edward Garnett y también a miembros de la familia Woolf.

Durante ese verano, Virginia comenzó a llevar el diario íntimo que,

salvo algunas interrupciones, siguió escribiendo a lo largo de toda su vida. Consciente desde un principio de que se trataba del diario de una escritora, no solo volcó allí las impresiones del día a día e hizo catarsis de situaciones emotivas que involucraban sus afectos, sino que también quiso darle el tono de una “inteligente y bien informada diarista, con un ojo para el futuro”.

Efectivamente, muchas veces, a través de sus notas anudadas en el tiempo, Virginia pudo recordar experiencias y situaciones concretas, comparar momentos de su vida y ponerlos al servicio de un proceso creativo dispuesto a no descartar ninguna vivencia. Durante más de veinte años, su diario también le permitió equilibrar energías después de un día de trabajo y concentración, o descansar la mente después de atender visitas. También le fue propicio para bosquejar retratos de sus amigos o dejar constancia de temas y cuestiones sobre los que pensaba escribir, y son, finalmente, cabal testimonio de que para Virginia Woolf toda experiencia, por más opaca que pareciera, podía traducirse en lenguaje.

En septiembre, ocasionales picnics con Nessa en Firle y paseos por la zona le dieron la oportunidad de contemplar a los prisioneros alemanes; en su diario, ese gran reservorio que comenzaba a constituir, registró que los soldados extranjeros silbaban “muchísimo, melodías mucho más completas que las de nuestros trabajadores”. En tanto marcaba las diferencias entre los soldados británicos y alemanes, los días transcurrían con placidez. Leonard y Virginia paseaban, miraban partidos de tenis, escuchaban una banda tocar o contemplaban un aeroplano “que parecía un juguete”. Pero atenerse a lo íntimo y cotidiano no ocultaba los avatares de una guerra que se evidenciaba en los ataques aéreos, en las pérdidas humanas y en el racionamiento. Virginia agradecía los suministros de granja que le enviaba Vanessa y, a su vez, se disponía a enviarle azúcar. La guerra hacía cada vez más difícil contratar ayuda doméstica, cuestión que durante meses llevó páginas y páginas en la correspondencia de Virginia, su hermana y amigos. También se ocupó del tema en su diario: se trataba de una “gran historia”, que entrañaba sus misterios. Unos y otros, empleadores y empleados, se volvían sospechosos de una conspiración, y Virginia sentenciaba: “Evidentemente hay una sociedad secreta entre los criados”.

A pesar de la guerra, leyendo su diario de 1917, se tiene la sensación de que Virginia y su entorno tenían margen para disfrutar de la vida cotidiana. Por entonces, los Woolf compraron una nueva cámara

fotográfica. Considerando “que la palabra Kodak causa grandes celos”, Nessa se quedó durante un tiempo con la máquina. Las hermanas compartían, como cada vez más gente en su época, la afición por la fotografía que habían heredado de su tía abuela. En el caso de Virginia, puede decirse que sus álbumes fotográficos son un efectivo correlato visual tanto de sus diarios como de su correspondencia.[200] Pero estas distracciones, la escritura o el trabajo en la imprenta no alcanzaban para disipar los temores asociados con la guerra, agravados cuando en ocasión de un nuevo reclutamiento, Leonard recibió otro llamado a filas. “Era patético verlo temblar, temblar físicamente”, escribió Virginia, que lo acompañó a las dependencias militares, donde le hicieron un nuevo examen médico. Provistos de un certificado y una nota que decía que de él dependía la estabilidad y la recuperación de Virginia, y con el consejo de que no debían decir que eran objetores de conciencia para no perjudicar a Leonard, el matrimonio enfrentó una suerte de tribunal:

«Todo el día del sábado fue dedicado a lo militar. Estamos a salvo una vez más, y, según dicen, para siempre. Nuestra apariencia suavizó los obstáculos, y caminando por Kingston llegamos al consultorio del doctor alrededor de las 12, y todo terminó en media hora. Esperé en un gran cuadrado, rodeado de barrancas, que me hizo acordar a un colegio de Cambridge —soldados cruzando, bajando de escaleras y subiendo por otras—, pero con grava y no con pasto. Una desagradable impresión de control y resolución sin sentido. Un enorme mastín, emblema de la dignidad militar supongo, paseaba solitario. Leonard fue muy insultado: los médicos se refirieron a él, a través de una cortina, como “el tipo con temblor senil”. Piadosamente la impresión se esfumó poco a poco a medida que íbamos hacia Richmond».

La apariencia de fragilidad no impedía que Leonard sostuviera una actividad incesante. Como consecuencia de la Revolución rusa, acaecida en febrero, un grupo de intelectuales al que adhería formó el 17 Club, grupo con sede en el Soho londinense, que comenzó a funcionar en octubre y pronto se convirtió en un sitio de encuentro no solo para intelectuales socialistas y gente involucrada en la política, sino para una camada de jóvenes que Virginia llamó “la nueva generación”, los “cabezas rapadas” o los “conejitos” de Bloomsbury. Luego de sus incursiones por las librerías o de dejar sus artículos en *The Times*, solía reunirse con ellos. Las mujeres del grupo, que eran más jóvenes y

habían asistido a colegios y universidades, le resultaban interesantes. Creyó que entre ellas podía encontrar una ayudante para la imprenta y contrató a Alix Sargent-Florence, quien por desgracia no soportó el trabajo y renunció al finalizar su primer día.

A fines de octubre, a causa de sus compromisos políticos, Leonard viajó al norte. Por su parte, Virginia estuvo con Saxon en Asheham y también fue a Charleston. Como sucedería desde entonces, reflexionaba en su diario acerca de los efectos que producía en su ánimo la ausencia de Leonard, y reconocía que su personalidad parecía “resonar como un eco a través del espacio cuando [él] no está ahí para contener todas las vibraciones”. Virginia cotejaba a su “rápida, intrépida” Mangosta con el pálido Saxon, y la invadía la melancolía; además, compararse con Nessa acrecentaba su sensación de desvalimiento. Los poco cohibidos pintores, decía Virginia, “cuentan con espacios suaves y amplios en la mente donde yo soy toda púas y peñascos. No obstante, pienso que pocas personas tienen un agarre más vigoroso o un arrojo más directo que Nessa. Dos niños con mentes muy activas la mantienen alerta”.

Virginia se consolaba pensando que, como le había dicho Saxon, su matrimonio con Leonard “le parecía el mejor entre todos los que conocía” y los asomos de tristeza no afectaban la estabilidad que había logrado. Por otra parte, sentía la tentación de retomar la vida social, por lo que, en noviembre, Leonard no pudo impedirle que aceptara la invitación de lady Ottoline Morrell a Garsington. Allí se encontró con Aldous Huxley y Lytton Strachey; “multitudes de personas se movían por las habitaciones yendo de una a otra”; las “intrigas y los enredos generales” complicaban las relaciones y, en ese contexto, Ottoline merecía “cierto reconocimiento por mantener su barco a toda vela”. Virginia llegó a opinar que todos en la casa se habían metido “por su cuenta en un camino de una intriga tal en las relaciones que apenas conservan la cordura entre ellos”^[201]

Una escritora al acecho

Durante toda su vida, Virginia había disfrutado de la conversación con personas cuya inteligencia le permitía dar vuelo a la suya. En el ámbito familiar, primero Leslie, luego Thoby y más adelante Clive y Leonard habían sido animados y seducidos por sus cuestionamientos y

preguntas; y si bien establecía diferencias entre el pensamiento masculino y el femenino, valoraba el tipo de conversación que “inspiraba ideas”. En noviembre, una comida con Clive y Roger cumplió sus expectativas. Hablaron de literatura, de arte, de Shakespeare y Giotto. De pronto, Roger le preguntó si su literatura se basaba en la “textura” o en la “estructura”. Ella relacionó “estructura con argumento”, así que respondió “textura”. En otras palabras: consideraba que en literatura el estilo era más importante que la historia.

Las discusiones literarias y artísticas continuaban en el marco de una guerra que cobraba sus víctimas. A comienzos de diciembre, la tragedia alcanzó a la familia Woolf. Cecil y Philip, hermanos de Leonard, estaban en el frente en Bourlon Wood. Durante un combate salieron de la trinchera para socorrer a un superior herido; una bala mató a Cecil y dejó a Philip gravemente herido. Luego de visitar a su cuñado en el Fishmongers Hall, Virginia sintió “una sensación de la inutilidad de todo, rompiendo a esta gente y volviéndola a remendar”.

Durante la Primera Guerra, la condición insular de Inglaterra proporcionó una suerte de resguardo a los ataques directos. Durante mucho tiempo “nada parecía suceder, mes tras mes, y año tras año, excepto la inclemente, inútil matanza en Francia”. Pero los bombardeos aéreos que comenzaron en 1917 cambiaron totalmente la situación. Los aviones se acercaban en medio de la noche, se escuchaban sirenas, estallidos de bombas, y en esos momentos, tanto estuvieran en Londres como en Asheham, los Woolf, Nelly y Lottie debían buscar refugio en la cocina, escaleras abajo.

Durante el día, mientras Leonard se enfrascaba en la política y en el trabajo de la imprenta, Virginia se daba algunos respiros en medio de su novela y los trabajos periodísticos, tomaba el té con Nessa, paseaba por Londres y se reunía con sus amigos en Gordon Square. Sin embargo, muchos afectos habían cambiado de signo, y a principios de diciembre comprobaba, sin inmutarse, que Mary Hutchinson, la amante de su cuñado Clive Bell, una mujer algo misteriosa, elegante y sofisticada, no le provocaba celos. Tampoco los sentía ante el cántico de alabanzas a Nessa, que Clive coreaba a despecho de ella y de la presencia de su amante. Como si se tratase de una espectadora sin afanes de protagonismo, Virginia anotaba en su diario situaciones que años antes la hubieran desestabilizado. En ellos también se refiere a las reuniones del 17 Club, al ambiente de Garsington, a la muerte de su cuñado en el frente, o a un bombardeo que la despertó en medio de la noche. De pronto, como narradora, parece desaparecer en una maraña de hechos,

personas y conflictos domésticos. Y sin embargo, Virginia está allí, escribiendo su segunda novela, embarcada en el proyecto editorial, conversando acerca de “textura” y “estructura”, analizando el carácter y las posibilidades de sus amigos y advirtiendo nuevas complicaciones en las relaciones amorosas en las que Lytton se embarcaba:

«No digo que sea apasionado, ni magistral, ni original, sino la persona cuya mente parece más sensible a las impresiones, menos almidonada por cualquier formalidad o impedimento. Está su gran don para la expresión, por supuesto, nunca (para mí) a sus anchas en la escritura; pero eso lo convierte, en algunos aspectos, en el amigo más simpático y comprensivo con quien hablar. Además, se ha vuelto, o al menos ahora se muestra de modo más entero, alguien curiosamente gentil, de dulce temperamento, considerado; y si añadimos su peculiar sabor de mente, su sabiduría e infinita inteligencia —no mente sino inteligencia— es una figura irreemplazable por cualquier otra combinación. La intimidad me parece posible con él como con casi nadie más; ya que, aparte de gustos en común, me agradan y creo que comprendo sus sentimientos, incluso en sus desarrollos más caprichosos. Por ejemplo, en el asunto de Carrington. Habló de ella, por cierto, con un candor no halagador, pero no del todo malicioso.

—Esa mujer me perseguirá como un perro —observó—. No me va a dejar

escribir, no lo dudo.

—Ottoline estaba diciendo que vas a terminar casándote con ella.

—¡Dios! La mera noción es suficiente... si hay algo de lo que estoy seguro... nunca me casaré con nadie...

—¿Pero si ella está enamorada de ti?

—Bueno, debe arriesgarse.

—Creo que a veces tengo celos.

—¿De ella? Eso es inconcebible.

—Yo te gusto más, ¿no es cierto?

Dijo que sí; reímos; resaltó nuestro deseo por un corresponsal íntimo. Pero ¿cómo sobrellevar las dificultades? ¿Deberíamos intentarlo? Tal vez».

Si bien Virginia seguía encontrando estimulantes e incluso irreemplazables a sus viejos amigos, le interesaba incorporar a los jóvenes en sus relaciones, y fue así como en reemplazo de Alix, los

Woolf contrataron como aprendiz de la imprenta a Barbara Hiles, con quien encararon la ardua tarea de impresión manual de *Preludio*, obra que les había facilitado Katherine Mansfield. Barbara era voluntariosa, pero muchas veces, cuando se retiraba de trabajar, Leonard debía corregir su trabajo. Tampoco para Virginia resultó sencillo convivir con alguien que, vista de tanto en tanto, podía ser estimulante, pero que finalmente catalogó como un “suplicio” que la sumía en las “profundidades del tedio”.

Poco antes de Navidad, Clive Bell le envió a Virginia un libro de poemas de su autoría, que ella leyó en la carbonera, durante unos bombardeos. Aunque luego le escribió unos medidos elogios, era evidente que los miembros de Bloomsbury tenían una suerte de jerarquía y que él no estaba entre los primeros. Además, la tendencia a tomarlo en broma no colaboraba con la armonía de las relaciones, y en ocasión de la aparición del libro, Virginia le escribió a Lytton:

«Vinieron Maynard y el autor [Clive] de *Ad Fam [Adfamiliares]* el otro día, ambos agradables en extremo, y el autor tan modesto — aunque tenía un sinfín de halagos reunidos en un gran sobre—, que no tuve valor para hacer derroche de ingenio a costa de él, aunque, como tú bien dices, a Leonard le agarra un espasmo ante la mera mención del tema».

CAPÍTULO XXI - 1918

Sueños revolucionarios

LA regularidad con la que Virginia comenzó a escribir sus diarios íntimos, sumados a las siempre numerosas cartas, a su nueva novela y a la gran cantidad de artículos periodísticos que, a ritmo casi semanal, produjo entre 1918 y 1919, dan cuenta de su recuperación y de una gran energía que repercutió además en el aumento de sus ingresos. [202] Completaba su actividad la asistencia regular al 17 Club, pero también decidió colaborar con Vanessa en el intento de abrir un pequeño colegio en Charleston. Si bien el proyecto no llegó a concretarse, la idea, como le hizo saber a Margaret Llewelyn Davies, era dejar de lado los exámenes y que los alumnos aprendieran cosas sensatas y prácticas: “De hecho, creo que la única esperanza para el mundo es reunir a todos los niños de todos los países en una isla y dejar que comiencen de cero sin que sepan cuál es el horrible sistema que hemos inventado aquí”.

Aunque creía que, dada la naturaleza humana, cabía la posibilidad de que los niños restauraran un orden basado en distinciones, grados y honores, que consideraba perverso y que la guerra ponía más en evidencia, Virginia estaba convencida de que había que dar batalla al burocrático discurso oficial porque era deshumanizante y convertía al individuo en un mero engranaje del sistema. En consonancia con Leonard, presentía, refiriéndose a Maynard Keynes, que trabajaba en el Ministerio de Hacienda, y a Ka Cox, también empleada en oficinas públicas, que “si permanecen un minuto más en oficinas estarían perdidos para la humanidad, como de hecho considero que casi lo están. No pueden dejar de creer en un sistema que les paga £700 o lo

que fuere”.

A pesar de los bombardeos, prosperaban los rumores que periódicamente anunciaban el fin del conflicto. Asimismo, continuaba el racionamiento, casi todas las carnicerías estaban cerradas y era impensable comprar caramelos, flores o chocolates. La manteca y los huevos escaseaban y los precios aumentaban. El punto era que, de recibir visitas, los huéspedes debían llevar sus raciones; tampoco se conseguía combustible, pero con el auge de los periódicos, era posible encender con ellos el fuego durante toda una semana. En el ambiente que los Woolf frecuentaban, el fin de la guerra se leía como un posible comienzo de cambios revolucionarios. Es así como, en su diario del 6 de enero, Virginia registró una conversación en la que Gerald Shove[203] anunció que pensaba construir una guardería después de la guerra y amenazaba con renunciar a su capital.

«—¿Qué sentido tiene eso? —preguntó L—. Es lo peor que se podría hacer. No queremos gente que viva con treinta chelines a la semana.

—Psicológicamente puede ser necesario si vamos a abolir el capitalismo —observé.

—No estoy de acuerdo —dijo Alix—. Aparte, ¿a quién le daría su dinero?

—En el Estado ideal todos recibirían £300 al año —prosiguió L».

La lectura de Tolstoi y la influencia de la Revolución rusa movilizaban las conciencias. No faltaban quienes con optimismo y esperanza intuían la posibilidad de construcción de una nueva sociedad con representación popular, en la que se abolieran las diferencias sociales y hubiera acceso general a los bienes culturales y de consumo. Leyendo en conjunto el avance hacia la forma de organización que se estaba gestando en Rusia y el final de la guerra, muchos se entusiasmaron pensando que grandes cambios serían posibles. A diferencia de Leonard, que dijo que deshacerse de sus bienes no tenía sentido, Virginia se sentía perturbada por “el estorbo psicológico de poseer capital”. Por otra parte, en su diario, tal vez influenciada por la activa participación política de Leonard, intentaba un “conciso estilo histórico” que dejara constancia de la omnipresencia de la guerra, pero fundamentalmente registraba la cotidianidad.

La política quedaba para Leonard, que en *International Government* (1916), libro escrito a sugerencia de Bernard Shaw para los Webb, cuyo anticipo salió publicado en el *New Statesman*, analizaba las causas de las

guerras y finalmente proponía, para prevenir enfrentamientos futuros, la creación de una “liga de Estados”, trabajo que se consideró “el primer documento detallado de una Liga de las Naciones”. Aunque Leonard llamó a la

Primera Guerra la “más horrible” época de su vida, en esos años estableció las bases de su actividad política. Además de su labor en el Comité Ejecutivo de la Liga de las Naciones, de escribir críticas antiimperialistas, de asesorar a un comité que denunciaba la opresión colonial sobre los cingaleses,[204] en 1918 comenzó a trabajar como secretario del Comité Consultivo de Relaciones Internacionales del Partido Laborista. La labor en el partido le dio una nueva dirección e independencia, con lo que la relación con los Webb y los socialistas fabianos comenzó a diluirse.

Muchas veces el contraste entre las afinidades e intereses mundanos de Virginia, y el ascetismo y la compulsiva dedicación de Leonard a las cuestiones políticas, derivaba en una autocrítica por parte de ella, que revisando su diario, pensaba que tal vez estaba demasiado centrado en cuestiones personales, y que podría ser útil que “algún inteligente y bien informado diarista, con buen ojo para el futuro, pudiera poner por escrito las cosas realmente interesantes”. Otras veces, el contacto con personalidades dedicadas a la política, simbolizadas por Sidney y Beatrice Webb, e incluso por Bernard Shaw, despertaba su vena satírica: esos especialistas de las “cosas realmente interesantes” e importantes la hacían sentir “prácticamente inexistente”. Esto no impedía que creyera que la participación política de las mujeres podría cambiar las cosas. Le complacía constatar que la Asociación de Mujeres significaba “algo real” para las participantes, y señalaba: “A pesar de su solemne pasividad, tienen un deseo oculto e inarticulado por algo que trascienda la cotidianidad”.

Por entonces, Virginia también supo apreciar la autocrítica con la que algunas de ellas se disculparon por atacar a la disertante que, a principios de 1917, les había hablado de enfermedades venéreas: ella solo dijo la verdad, reconocieron. Las mujeres también le pidieron que buscara a alguien que hablara de educación sexual, y una de ellas confesó “que había tenido que conseguir una amiga para que le explicara sobre el período a su propia hija, y que todavía le daba vergüenza estar en la misma habitación con su hija si se discutían temas de índole sexual. Ella tiene 23 años”.

Su diario era útil a la hora de anotar ese tipo de acontecimientos; también lograba calmarla cuando se sentía alterada después de recibir

visitas inesperadas y distraía su soledad en Asheham, posibilitando descripciones de su “meticulosa observación de flores, nubes, escarabajos”. La diversidad de temas abordados en los diarios refleja la importancia que adjudicaba a los instantes del día: “Viendo la vida, mientras camino por las calles, como un inmenso bloque opaco de material transmitido por mí a través de su equivalente en el lenguaje”. El placer de escribir en ellos podía ser mayor que cualquier encuentro, y Virginia confesaba: “Cuando la gente viene a tomar el té no puedo decirle: ‘Ahora espere un minuto, que voy a escribir una descripción suya’”.

“Como vastas conciencias, en nuestros más secretos cajones”, sus diarios personales están lejos de revelar cuestiones que, como su vida más íntima y su sexualidad, deseaba mantener en privado. De hecho, aunque no hay constancia de ello ni en sus cartas ni en sus diarios, es probable que por entonces Leonard hubiera renunciado al deseo de intimidad sexual, mientras que Virginia parecía aceptar, con pocas reticencias, amoldarse a las pautas con las que su marido intentaba controlarla y equilibrarla. Que confesara que era “sexualmente cobarde”, no alcanza para entender qué le sucedía a Virginia en ese terreno; aun así, en sus cartas y diarios ella abordó con franqueza, siempre que no tuviera que revelar su intimidad, cuestiones sexuales y corporales. La referencia a estos temas es irónica, bromista y a veces adquiere un tono repulsivo; dice, por ejemplo, después de la visita de uno de sus amigos en Asheham, que la casa “apestaba a semen seco”. Además, desde que tuvo acceso a “los amoríos de los sodomitas” trató la temática con liberalidad; al tiempo que se confesaba desconcertada por “la atmósfera masculina”, como una adolescente eterna, compensó así su autoproclamada cobardía, su frialdad, su sensación de no ser “una verdadera mujer”, sus inhibiciones sexuales.

Por otra parte, hay que señalar que, en su narrativa, la efervescencia de los diálogos, el tratamiento elíptico o deliberadamente evasivo acerca de la sexualidad de los personajes no excluyen un intenso y a veces velado erotismo. De hecho, la suerte de autocensura que funciona y comanda el discurso en sus novelas cede terreno en las cartas a sus amigos más íntimos. Allí Virginia deja de ser virginal y habla abiertamente de los procesos corporales y las toallitas sanitarias, se sorprende de “cómo la vida se dispone por períodos” e incluso le escribe a Duncan Grant: “Desearía poder dejar de escribir esta carta —es como una larga visita al W. C. cuando, sea lo que hagas, un rollo nuevo aparece, y el deber te impulsa a interrumpir, y entonces sobresale otra

pulgada, que debe ser la última; pero *no* es la última— y así, hasta que... Sin embargo...”.

El hipnotismo de Bloomsbury

Por entonces las reuniones en el 17 Club le permitían constatar la suerte de imán que Bloomsbury ejercía sobre las nuevas generaciones:

«El hipnotismo de Bloomsbury, puedo decir, es flagrante y amenaza la sanidad de todos los pobres Conejitos, que todo el tiempo están tanteando sus patitas traseras para comprobar que no se han convertido en liebres. Intenté explicarle con mucha discreción a Faith que una vez que se es Conejito, se es siempre Conejito».

Entre los miembros de la nueva generación, a los que llamaba “conejitos”, “cabezas rapadas” o “*underworld*” (submundo), se encontraban Carrington, Alix Sargent- Florence, Barbara Hiles y Faith Henderson. Como escribió en su diario, ellos la hacían sentirse una mujer “ya mayor”, y su sola presencia bastaba para que recordase lo que había sido su propia juventud:

El sentido de ser la última y la mejor (aunque no en apariencia la más amable) de las obras de Dios, de tener algo que decir por primera vez en la historia; allí estaba todo eso; y los jóvenes tan maravillosos a los ojos de las jóvenes, y las jóvenes tan deseables a los ojos de los jóvenes, aunque esto no era perceptible para mí, sentada, anciana, en el sofá».

Su diario le permitía reflexionar acerca de esa nueva etapa en la que los antiguos miembros de Bloomsbury interactuaban con los aspirantes a integrarlo; fascinada por la nueva fase, veía cómo se desarrollaban “argumentos para muchas comedias, justo ahora, entre nuestros amigos” y también estudiaba las repercusiones de su propia influencia:

«De hecho, el efecto que “Bloomsbury” ejerce sobre los sensatos y los insensatos por igual parece ser suficiente como para volver loco al

más cuerdo. Por suerte, yo misma soy “Bloomsbury”, y por lo tanto inmune; pero sé muy bien lo que quieren decir con eso. Y es un hipnotismo muy difícil de sacarse de encima, porque tiene ciertos fundamentos».

La nueva generación despertaba el interés de Virginia, pero los términos “cabeza rapada” y “conejito” tenían, al igual que “*underworld*”, connotaciones negativas y de menosprecio que se dejaban traslucir en su conversación y resultaban hirientes a las aludidas. Así lo entendieron Fredegond, Alix y Carrington, cuando la interceptaron en el 17 Club y mostraron algunas señales de rebelión: “Juntas decidieron que yo las criticaba, que no lo tolerarían, me telefonearon, exigieron que me retractara, lo que yo solo haría si enviaban sus quejas por escrito: me temo que no lo harán. Dicen que las deprimó, y que la única explicación es que soy sádica”.

La tendencia a agruparse y a estar pendientes unos de otros traía aparejado ese tipo de situaciones. En ese sentido, tanto Bloomsbury como el 17 Club parecían “una reunión familiar” con sus subsecuentes dimes y diretes. Pero Virginia no podía prescindir de esos encuentros porque desde siempre encontraba placer en la conversación, las personas despertaban su curiosidad y eran una fuente inestimable para la elaboración de personajes. El hecho de que su matrimonio no presentara grandes conflictos, pero tampoco grandes emociones, sumado a la ausencia de hijos, la relación distante con Adrian y la distancia geográfica que la separaba de Vanessa, hicieron que de pronto “el centro de la vida” se encontrara en el punto donde sus afectos confluían, y ese lugar fue por un tiempo el 17 Club.

A fines de enero y luego de un *raid* aéreo que entre atemorizados y aburridos los tuvo en vilo toda la noche, Barbara anunció su boda con Nick. La noticia le permitió a Virginia escribirle divertida a Nessa acerca de la abolición de “la propiedad privada en el amor”. Incitaba a su hermana a imaginar a Nick diciendo “no, Saxon, debes casarte con ella”, a Saxon rechazando la propuesta de ser feliz a costa de esa pareja y a Barbara sugiriendo copular con ambos en noches alternadas. Lo llamativo era que esas mujeres que habían estudiado en el Newnham College y que ventilaban sus amoríos con una libertad que la asombraba, pretendían ingresar en Bloomsbury. La relación de Barbara con Saxon y Nick Bagenal, o la de Carrington con Lytton las introducía en su círculo íntimo, pero era difícil que Virginia las aceptara del todo. Relaciones como la de Clive con su amante casada Mary Hutchinson, o

que Alix Sargent-Florence asediara y finalmente consiguiera casarse con James Strachey, no despertaban ni su simpatía ni su solidaridad. Por otra parte, era difícil no compararse con esas jóvenes a la moda, que llevaban pantalones —cosa que a ella se le hacía imposible—, usaban el pelo asombrosamente corto, iban solas por el mundo y no escondían sus amoríos bisexuales y sus relaciones triangulares. El cambio en las costumbres que la guerra había acelerado era de tal magnitud que la distancia generacional aumentaba de manera exponencial. De ahí que la condescendencia y la admiración pautaron la relación de las “conejititas” y Virginia.

A los treinta y seis años y en plena guerra, ella reflexionaba acerca de la madurez, los cambios que traía aparejada la edad y la dificultad de percibir el paso del tiempo en carne propia: “¡Qué extraño es ver a nuestros amigos adquirir su forma fija! ¡Cómo uno puede pronosticar la edad madura en ellos, y casi verlos con los ojos de una generación más joven! ‘Bastante terrorífico’”. Por otra parte, lejos de las ilusiones y expectativas de su juventud, no la entusiasmaban las condiciones en que finalmente se otorgaba el voto a las mujeres y escribía en su diario: “No me siento mucho más importante —quizá levemente más—. Es como el título de caballero; puede ser útil para impresionar a la gente que uno desprecia”.

La guerra no solo reafirmaba su posición pacifista, el desprecio por la exaltación del militarismo, el horror por la violencia desencadenada y el temor a una completa aniquilación en un mundo que “vibraba, temblaba y amenazaba con estallar en llamas”, sino que corroboraba su creencia de que, a despecho de los legítimos reclamos como el voto femenino, finalmente eran los hombres los que ocupaban los sitios de poder. Ellos eran los que decretaban el curso que debía tomar la historia, guiados por el “instinto de posesión” que los impulsaba a “dibujar fronteras y banderas, a fabricar barcos de guerra y gases tóxicos”. Por eso, leer el discurso oficialista de *The Times* reafirmaba su posición: “Me vuelvo firmemente más feminista”. Virginia estaba convencida de que las mujeres, alejadas de las posiciones de poder, comprenderían que la guerra era “una absurda ficción masculina”, cuestión que expondría en *Un cuarto propio*, en *Tres guineas* y en sus ensayos. Pero lo cierto es que la guerra había dividido al feminismo entre las pacifistas a ultranza y las que, siguiendo a Millicent Fawcett, presidente de la National Union of Women’s Suffrage Societies, llamaron a las mujeres a cumplir con su deber de ciudadanas, e incluso cambiaron el nombre de su periódico oficial *The Suffragette* por

Britannia. En *Tres guineas* Virginia sugirió que las mujeres habían deseado inconscientemente la guerra, intuendo que eso las libraría de “la educación hogareña con su crueldad, su pobreza, su hipocresía, su inmoralidad, su inanidad, [ya] que estaban dispuestas a hacer cualquier trabajo, por humilde que fuera, con tal de escapar”.

EL TIEMPO PASA: DESAFÍOS DE LA MADUREZ

A principios de febrero, Virginia visitó al doctor Craig, quien no consideró saludable su pérdida de peso. Al día siguiente tuvo que ir al dentista para una extracción y luego enfermó de gripe. Los últimos días del mes los pasó convaleciente en Asheham y luego fue a Charleston. La vida de campo era muy diferente de la que llevaba en Londres. Allí podían pasar días sin ver a nadie, pero el motivo de mayor consternación durante los períodos de enfermedad era verse “divorciada de su pluma; una corriente entera de mi vida cercenada”. Había otra razón que colaboraba con su melancolía: le habían ofrecido escribir un libro sobre un personaje del siglo pasado, pero rechazó la oferta con la sensación de que ese tipo de comisiones indicaban que había llegado a cierta edad. Es evidente que se sentía afectada por la “sombra de los 40”, y que esos días en el campo no hacían más que acentuar la sensación del paso inexorable del tiempo: “Los días se derretían unos en otros como bolas de nieve cociéndose al sol”.

El mayor consuelo que tuvo en esos momentos fue encontrarse con Duncan y Nessa; le gustaba charlar sobre arte con ellos y también reflexionar acerca de los perniciosos efectos de una exagerada vida social en la obra del artista. Según surgió de la conversación, ese parecía ser el caso de Desmond MacCarthy y Maynard Keynes. Alguna vez, coincidieron, ambos fueron jóvenes prometedores, pero los años ya habían pasado y tal vez Desmond nunca escribiría la novela que se esperaba de él, mientras que Maynard estaba ahora atrapado en las redes del Tesoro británico y era partidario del sistema capitalista, que la mayor parte de los bloomsburianos denostaban.

La mitad de la vida presentaba nuevos desafíos a los miembros del ya reconocido grupo. Vanessa necesitaba encontrar un equilibrio en su inestable relación con Duncan; temía perderlo y, mientras descendía su autoestima, aumentaba en ella la convicción del genio de él. Esto la

llevó a acomodarse a una especie de rol subalterno, al punto de considerar que su mayor placer lo constituían los momentos en que se disponían a pintar juntos. A pesar de las frustraciones, Vanessa trataba de mostrarse serena y contenedora, pero Duncan sentía que bajo esa superficie de aparente calma se ocultaban “las confusas y torturadoras expectativas (conscientes apenas) de ella”. Por entonces, él anotó en su diario: “Creo que si yo demostrase alguna [pasión por Vanessa], se vería acogida por un torrente tal que me dejaría aplastado”. Así y todo, como Vanessa deseaba tener un hijo con él, quedó embarazada, y en mayo le reveló a Virginia que Duncan era el padre. Habiendo prometido que guardaría el secreto, ella no le dijo nada a Leonard por un tiempo, y tampoco se refirió al tema en su diario.

Virginia no podía dejar de sentir que tanto ella como sus amigos habían llegado a una edad clave en la que cada uno quedaba definido para sí mismo y para los demás. Una edad en la que todavía se podrían esperar sorpresas, pero caracterizada por una menor ductilidad y en la que el paso del tiempo evidenciaba las promesas incumplidas. Lejos de dejarse invadir, ni siquiera cuando se trataba de amigos o parientes, por la piedad o por la condescendencia, Virginia fue intransigente cuando, a principios de marzo, ella y Leonard pidieron la colaboración de su hermano Phil, desolado tras la pérdida de Cecil en el frente, para imprimir los poemas del difunto en la Hogarth Press. Así pues, en su diario dejó constar que los poemas de su cuñado no eran buenos, ya que mostraban “la tendencia Woolf a la denuncia, sin el vigor de mi Woolf particular”.

No solo los diarios y las cartas dan cuenta de que Virginia no estaba dispuesta a concesiones en lo que a su juicio se refería. Para muchos era difícil entender que el afecto que sentía por ellos no le impedía criticar, casi ferozmente, la obra de sus más íntimos. Su ingenio se transformaba entonces en un arma de doble filo, y aquellos que se deleitaban o divertían con sus observaciones sobre los demás podían sufrirlas en carne propia en cualquier momento. Podría decirse que Virginia estaba dispuesta a medir a los otros con el nivel de exigencia que tenía consigo misma. Por otra parte, en sus diarios se pueden registrar matices, e incluso revisión de juicios y opiniones. Los rasgos de vitalidad, dinamismo y precisión que caracterizan sus cartas y diarios íntimos derivaban de una mente enardecida, energética y crítica que no descansaba y que debía expresarse constantemente. También es cierto que su espontaneidad podía teñirse de incontinencia, y en ese aspecto no es desacertado coincidir con quienes señalaron que Virginia no era

una persona discreta y menos aún reservada. Una conversación y compañía apropiadas podían hacer surgir su necesidad de impresionar al interlocutor, divertirlo y mostrarle lo ingeniosa que podía ser. Entonces la discreción pasaba a un plano secundario y la efervescencia suplía cualquier reserva. Si bien como contrapartida Leonard sabía mostrarse discreto, era igualmente crítico y sagaz, con lo que es probable que ambos se potenciaran. Pero mientras él permanecía silencioso y a la sombra en las reuniones sociales o familiares, ella se dejaba llevar y se exponía demasiado. Por otra parte, difícilmente se sentía satisfecha con su trabajo, y a mediados de marzo, como habían rechazado unos artículos suyos, se consideraba “despedida” por *The Times*, y si bien “frotar esa llaga” le era enojoso, consideraba que la consecuencia inmediata sería la posibilidad de dedicarse plenamente a su novela. Pensaba que, de continuar despedida, podría terminarla en uno o dos meses, pero estaba en un error, y no pasó mucho tiempo antes de que *The Times* volviera a enviarle libros para reseñar. Eso mismo la ponía en el eterno dilema del escritor que también se dedica a la crítica literaria: aprecia la labor periodística y los recursos económicos que le aporta, pero lamenta, por otra parte, no poder dedicarse a su trabajo de ficción sin interrupciones. Además, como les suele suceder a los críticos, todos los conocidos que escribían libros consideraban que tenían el derecho de solicitarle que ella los reseñara, y Lytton, que ya había terminado de escribir sus *Victorianos eminentes*, no fue ajeno a esos pedidos.

Virginia primero aceptó la propuesta, pero enseguida consideró que no era apropiado, dado que tanto el público como el editor sabían de la amistad que los unía. Además —le escribió a Lytton—, si reseñaba su libro tendría que hacer lo mismo con los de todas sus relaciones. La publicación del libro de Lytton ponía en tela de juicio si el texto era un logro suficiente para la edad y aspiraciones de su amigo. Para Virginia el paso del tiempo estaba asociado más con características negativas que positivas; no solo se perdía la lozanía de la juventud, sino también las ilusiones. ¿Qué había pasado con los prometedores jóvenes egresados de Cambridge y con sus amigos? Lo cierto es que *Victorianos eminentes* —un libro de cuatro personajes que había exigido cuatro años de escritura— no le parecía que tuviera mérito suficiente como expresión del genio de Lytton, y creía que los logros de Leonard lo superaban.

En cuanto a Clive, a principios de mayo publicó *Pot-Boilers*, texto en el que proclamaba a Virginia Woolf, a Conrad y a Hardy los mejores

novelistas ingleses vivos, y aunque ella creyó que no era un libro muy bueno, siguió pensando que Clive poseía un *insight* natural para la literatura. Lo cierto es que su cuñado se presentaba como un buen blanco para las críticas, e incluso Roger Fry aseguraba que no tenía un conocimiento cabal de pintura. Lo anterior y su tendencia a mostrarse en su “mejor vena de hombre-de-mundo [...] inclinado a pensarse a sí mismo como uno de los más sobresalientes” no favorecía su causa, y Virginia no dudaba en escribirle a su amigo Nick Bagenal, que había regresado herido del frente de batalla:

«¿Has visto el libro de Clive [*Pot- Boilers*]? Si no, por favor no vayas a pensar que Virginia Woolf desea que la consideren, junto a Hardy y Conrad, la mejor novelista viva, o que Duncan se cree el mejor pintor europeo, o que Vanessa es —no recuerdo qué— igual a Duncan, quizá».

Desde el principio de su vida como escritora, Virginia rechazó la sobreexposición o el culto a la personalidad y prefirió que sus obras, y no los comentarios de amigos, público o críticos, hablaran por ella. Además, siempre preferiría al ser humano individual y sintió aversión por lo indiscriminado y avasallador de las multitudes. En ese sentido, la guerra la ponía en contacto con una realidad inmanejable; reconocía que la afectaba “la horrible sensación de comunidad que produce la guerra, como si todos nos sentáramos juntos en un vagón de tren de tercera clase”. En contraposición, asistir a una representación de la *Flauta mágica* le levantaba el ánimo, ya que se podía “pensar bastante mejor de la humanidad”. Pero cumplir con todas las exigencias que se imponía, seguir con su escritura, la imprenta y las lecturas, hacía que de pronto incluso la vida social se tornase incómoda. En esos momentos pensaba que “aunque impecables como amigos”, las visitas acababan por irritarla y exigían un gran esfuerzo. “L y yo hablamos sobre esto. Él dice que con gente en la casa sus horas de placer positivo se reducen a una, que tiene no sé cuántas horas de placer negativo y un respetable margen de definitivo malestar. ¿Nos estamos poniendo viejos?”.

Había otros motivos para sentirse alterados: los alemanes habían hecho retroceder a los aliados y a través del canal se podía oír el estrépito de las batallas, el sonido de las sirenas y de las baterías antiaéreas. Los aviones, las bombas y los zeppelin que cruzaban el aire formaban parte del paisaje cotidiano. Cuando la irritabilidad le impedía leer, el diario personal era una vía de escape. En ese sentido, y más que la correspondencia, se constituyó en un facilitador a través del cual

podía reflexionar acerca de situaciones cotidianas, como una pelea conyugal en torno a un pote de crema: “Discutimos ayer —escribió Virginia— acerca de mi jarra de crema; y L fue poco razonable, y yo fui generosa. El pleito terminó a las 4.25 en punto”. En contrapartida a esas rencillas cotidianas que se superaban con alivio, la marcha de la Hogarth Press los convertía en aliados. No hacía mucho que los Woolf conocían al joven poeta norteamericano Thomas S. Eliot, que les habló de un nuevo libro que James Joyce estaba escribiendo. Se trataba del *Ulises*, y tanto él como Miss Harriet Weaver, la directora de *The Egoist*, pensaban que se trataba de un “trabajo notable” aunque su lenguaje “indecente” suscitaba dudas de que pudiera publicarse en Londres, donde la censura perseguiría a editores e imprenta.

Entre Joyce y Mansfield

El 10 de abril, Virginia anotó en su diario: “Recibí ayer una carta de Miss Harriet Weaver preguntándome si consideraríamos imprimir la nueva novela de Joyce”. Cuando finalmente se conocieron, Harriet Weaver le pareció una mujercita pulcra: lucía un traje malva y guantes grises, y sus modales en la mesa “eran los de una gallina bien criada”. Definitivamente, la dama no encajaba con la imagen que había supuesto que tendría quien era editora de *The Egoist* y agente de James Joyce; y aunque Virginia hizo lo posible “por que se revelara [...] permaneció inalterablemente modesta, juiciosa y decorosa”. Parecía increíble que esa mujer a la que apenas conseguían hacer hablar tuviera en sus manos el paquete de papel madera que encerraba esa “pieza de dinamita” que Virginia definió como un “intento de forzar los límites de la expresión, pero todo en la misma dirección”.

El caso es que Virginia admiraba a Joyce, y si bien su nueva novela no terminaba de convencerla, tampoco la dejaba indiferente. El *Ulises* era desconcertante, le generaba dudas y reflexiones y la estimulaba a escribir sobre el libro y el autor tanto en su correspondencia como en sus diarios. En una carta a Nick Bagenal, que se encontraba convaleciente, le habló de un “compatriota tuyo, llamado James Joyce”, cuya “franqueza del idioma y la elección de incidentes, si es que *hay* algún tipo de elección”, sonrojaría a Barbara. ¿Era esta “una cualidad irlandesa”? Preparada para recibir a las mujeres del movimiento

cooperativo, Virginia terminaba su carta bromeando con Nick: “No quisiera tener a Joyce ni siquiera en el cuarto vecino a ellas”. Finalmente, aunque Leonard llevó el libro a varias imprentas, ninguna se atrevió a imprimirlo. Es de suponer que Virginia entendiera el motivo ya que le escribía a Lytton:

«Primero hay un perro que orina, luego hay un hombre que se tira pedos, y se puede ser monótono incluso en ese tema. Es más, no creo que su método, que es altamente desarrollado, signifique mucho más que recortar las explicaciones y poner los pensamientos entre guiones. Así que no creo que debamos hacerlo».

La extensión y el lenguaje soez de la novela fueron obstáculos insalvables para su publicación en Inglaterra, por lo que libro y autor debieron esperar tiempos más propicios. Si bien no se contó entre los fanáticos que vieron en ella una revolución literaria, Virginia creía que la novela debía imprimirse y darse a conocer:

«He estado leyendo la novela de Joyce. Es interesante como experimento; deja de lado la narrativa y trata de exponer los pensamientos, pero no sé si tenga nada muy interesante que decir, y después de todo, la orina de un perro no es muy distinta de la de los hombres. Trescientas páginas de eso pueden ser aburridas. De todas maneras, es demasiado larga para que lo intentemos, aunque creo que alguien debería de publicar una parte de la novela».

Ella misma se encargó de escribirle a Miss Weaver, aduciendo que la longitud del libro impedía el trabajo, pero agregaba: “Lo lamentamos enormemente, ya que a lo que apuntamos es a publicar escritos de mérito que el editor común rechaza”. La lectura de Joyce se daba mientras escribía *Noche y día*, novela que tenía a Vanessa como modelo. “He estado escribiendo acerca de ti —le escribió Virginia a su hermana— toda la mañana, y te he hecho usar un vestido azul; tienes que ser inmensamente misteriosa y romántica, lo cual por supuesto eres”. En tanto en su libro recuperaba la época victoriana, la lectura de Joyce y el contacto con Thomas Eliot y Katherine Mansfield la relacionaban con los representantes del modernismo en lengua inglesa. Su relación con Katherine fue fundamental en ese sentido, y cuando en mayo volvió a verla, Virginia dejó constancia en su diario de “una renovación de mi

amistad muy satisfactoria y fascinante con Katherine Mansfield”.

Pero Katherine estaba gravemente enferma. Por indicación médica había pasado el invierno fuera de Inglaterra, lucía desmejorada, y su aspecto “marmóreo” no pasó le inadvertido. De todos modos, y dado que la Hogarth Press estaba preparando *Preludio* en tanto Virginia estaba escribiendo su novela *Noche y día*, ambas tuvieron oportunidad de conversar sobre sus respectivos libros, sobre “La marca en la pared”, Chejov y los escritores rusos.[205]

«Como de costumbre —escribió Virginia — llegamos a un total aunque extraño entendimiento. Mi teoría es que yo logro llegar a lo que es su verdadera fortaleza, a través de los numerosos humores y poros que enferman o desconciertan a muchos de nuestros amigos. Es su amor por la escritura, creo yo».

Amistad, reconocimiento, pero también celos y competencia pautaban la relación entre las escritoras, y cuando en agosto leyó *Bliss*, Virginia llegó a cuestionar:[206] “No veo cuánta fe en ella como mujer o escritora, puede sobrevivir a ese tipo de cuento”. Además, en una clara demostración de celos, instigaba a Vanessa a que le dijera si prefería la obra de Mansfield, *Preludio*, o su “Kew Gardens”. Angela Smith cree que las distintas inclinaciones y experiencias sexuales desempeñaban un papel importante en la relación de estas escritoras; y subraya que Virginia “parece temer y envidiar la experiencia sexual que le otorga una dimensión a la prosa de Mansfield que está ausente en [su] ficción”.

A fin de año, cuando los Woolf visitaron la casa de Murry en Hamstead, Virginia percibió que Katherine lucía “hosca y débil, andando por la habitación como una viejita” Hablaron de la enfermedad, de cómo esta impedía la escritura, y Katherine se quejó de los cuidados de Murry y de su incondicional amiga Ida Baker. En sus memorias, Leonard recordó lo incómodo que se sintió durante esa visita. A él tampoco le agradaba Murry:[207] “En ese entonces, había sobre ellos una atmósfera a la que solo puedo describir como el submundo literario, lo que nuestros antepasados llamaban Grub Street. También había un extraño aire conspiratorio; era como si los pescaras de vez en cuando intercambiando un subrepticio guiño o susurro”.

Espionaje familiar

La vida social de los Woolf se había expandido en forma considerable, y la cantidad de visitas que recibían era impresionante. Virginia hacía un rápido listado en su diario: “Juez Wadhams, Hamilton Holt, Harriet Weaver, Ka, Roger, Nessa, Maynard, Shepherd, Goldie, sin mencionar al Gremio y Alix y Bryn y Noel (que podríamos llamar el 17 Club)”. Todos deseaban y de alguna manera merecían ser vistos, pero ocupaban tiempo y lugar; no solo se trataba de amigos y parientes; la vida profesional de Leonard incluía a personas como el juez Wadhams y Hamilton Holt, miembros norteamericanos de una liga para la paz que, de visita en Inglaterra, deseaban conocerlo y elogiaban su trabajo político. Para Virginia lo cotidiano era una especie de tabla de salvación que le permitía no hundirse en la marea de visitas ni en los sentimientos colectivos que tanto rechazaba, pero el ámbito privado también presentaba sus complicaciones y durante unos cuantos meses, Vanessa y Virginia se enfrascaron en una suerte de complot que tenía como centro la cuestión del servicio doméstico.

Además, el embarazo de Vanessa avanzaba y generaba suspicacias. Era evidente que no convivía con Clive, y Virginia había prometido ser reservada acerca de quién era el padre del bebé. Su hermana necesitaba ayuda; no tenía empleadas y Charleston estaba casi superpoblado. Vivían allí Vanessa, Duncan, David Garnett, una institutriz y su amante, cuatro niños, además de la hija y un sobrino de la institutriz, sin contar las visitas de Clive, amigos y parientes. Se trataba de una verdadera multitud, y Virginia consideró que podía ayudar enviando allí a sus empleadas Nelly y Lottie. La situación era confusa, ya que los Woolf —a menos que se hiciera efectivo el ofrecimiento de dirigir una revista que Leonard había recibido— temían no contar con recursos suficientes para seguir pagando sus sueldos. Aun así, Leonard no creía en ese *pase*, aunque se dijera que era temporario. Tampoco Nelly y Lottie lo aceptaban fácilmente, y las negociaciones entre ellas y Virginia no daban buenos resultados. Todo empeoró con la llegada de Trissie, la cocinera de Vanessa, enviada por ella para hablar con las empleadas de su hermana, que embrolló las cosas diciéndoles que cabía la posibilidad de que dejaran a los Woolf indefinidamente. Pero Vanessa, que creía que Leonard había tenido que ver con la negativa de Nelly y Lottie de trabajar para ella, expresó sus recelos y Virginia debió contestar

defendiendo a su marido. Finalmente, Virginia se quedó con sus empleadas y trató de ayudar a Vanessa a conseguir otras, pero todo ese asunto les ocupó la mente y la correspondencia por al menos dos largos meses.

En julio los Woolf visitaron Tidmarsh, donde Lytton y Carrington vivían desde Navidad. Los comentarios de Virginia dan una idea de lo que traslucía esa extraña convivencia en la que Carrington se esmeraba. La joven parecía ocuparse de todo en una casa sin servicio, y su actitud silenciosa, apagada, les hacía tomar conciencia de su juventud y de la admiración que sentía por Lytton. Pero más allá de ello Virginia advirtió los indicios de lo que fue su trágico final. Dice de Carrington:

«Si nos preocupáramos por ella, deberíamos inquietarnos por su posición —tan dependiente de Lytton—, y por haber quemado tan abiertamente las naves convencionales. Está decidida a arriesgarse y a confiar en la suerte, evidentemente. [...] Lytton muy entretenido, encantador, bondadoso, y como un padre para Carrington».

Unidas sentimentalmente a los integrantes originales de Bloomsbury, un grupo de mujeres más jóvenes ingresaba en su círculo íntimo; pero tanto Virginia como Vanessa no aceptaban fácilmente a las nuevas. Mrs. Mary Hutchinson, la amante de Clive, lo sintió en carne propia. En principio Virginia solo se refirió a su silenciosa presencia y sin hacer comentarios hirientes o despectivos resaltó la timidez de Mary, llegó a considerarla una persona agradable, poco conflictiva, y le ofreció publicar una historia suya en la Hogarth Press. Vanessa también recibía a Mary, y todo parecía andar sobre ruedas hasta que ciertos chismes llegaron a oídos de la amante de Clive. Le contaron que Vanessa y miembros de su círculo de amistades solo la soportaban para no enemistarse con Clive, y aunque Mary no fue explícita acerca de sus fuentes, tanto Vanessa como él creyeron que Virginia había dado a entender eso al pintor Mark Gertler,^[208] durante una visita a Asheham. El incidente abrió cicatrices, y Virginia sintió que su cuñado no la había “perdonado nunca [...] ¿qué? Da la impresión de que sus observaciones personales están fundadas en cierta reserva provocada por una ofensa que ha decidido no manifestar con franqueza”. De hecho Clive no dudó en acusarla por las supuestas ofensas a su amante. Por su parte, Vanessa le escribió diciendo que lo que menos deseaba era indisponerse con Mary por algo que nunca había dicho. De poco sirvió que Virginia se defendiese, las sospechas tendían a aumentar su fama de

persona indiscreta. Finalmente, aunque Mary coincidió con Virginia en Charleston en septiembre, siguió siendo un enigma silencioso: “Ella estuvo, como de costumbre, muda como una trucha... Digo trucha por su vestido moteado, y también, aunque silenciosa, porque tiene la veloz compostura de un pez”.

¿A qué se debería el silencio de Mary? Tal vez había sido advertida acerca de lo indiscreta que podía ser Virginia. Lo cierto es que ambas tenían conocidos en común. Mary Hutchinson era prima de los Strachey y de Duncan Grant, y estaba casada con el abogado St. John Hutchinson. Su fuerte no eran las palabras, pero se trataba de una mujer elegante que sabía de pintura y de decoración de interiores. Su estilo, siempre actualizado y a la moda, y la llamativa pareja que hacía con Clive, despertaban la vena sarcástica de Virginia, que los llamaba “los cacatúas”. Pero el ingenio y los comentarios agudos se volvían en contra de ella. No era de extrañar que Clive viviera “con el temor de alguna alianza entre Mary[209] y yo que pondrá en juego su posición con ella”, escribió Virginia.

El incidente no se resolvió con facilidad. Virginia debió dar explicaciones, y a fines de octubre le escribió una extensa carta a Nessa recordando la conversación con Gertler, en la que lamentaba ser “la víctima de ese infernal sistema de espionaje”.

Mientras tanto, no faltaban preocupaciones fuera del ámbito familiar. Los ingleses esperaban con ansiedad el fin de la guerra, y Virginia escribía en su diario: “Magnifican nuestras victorias para que se nos haga agua la boca por más”. Finalmente, al tiempo que se anunciaba el fin de la guerra, las hermanas también hicieron las paces. Virginia fue una de las primeras en estar al tanto del curso de los acontecimientos. Estaba tomando el té con su “odioso diario de un penique para leer” cuando recibió la sorpresiva visita de su primo Herbert Fisher. Leonard estaba en Sutton y las empleadas tenían día franco el día en que su primo, miembro del gabinete de David Lloyd George, ministro de Municiones y Guerra, tocó el timbre y, tal vez movido por un “viejo cariño familiar”, les dio importantes noticias.

Fin de la guerra

“Hoy hemos ganado la guerra”, le dijo su primo. Y agregó:

«Los alemanes han decidido que no pueden batirse en retirada. El Estado Mayor ha enfrentado los hechos y ha tenido el valor de reconocerlo. [...] Hay ahora grandes posibilidades de una completa derrota del ejército alemán; Foch dice: “Todavía no ha peleado mi batalla”. A pesar de la extrema venganza de nuestra prensa y de la francesa, Herbert creía que íbamos a privar a Foch de su batalla, en parte porque los alemanes aceptarían cualquier condición con tal de evitarla. “Lloyd George me ha repetido una y otra vez que tiene intenciones de ser generoso con los alemanes. Queremos una Alemania fuerte”, dice él. El Kaiser probablemente se irá. “Ah, yo era un gran admirador de los alemanes al principio. Fui educado allí y tengo muchos amigos allí, pero he perdido la confianza en ellos. La proporción de gente brutal es mayor entre ellos que entre nosotros. Les han enseñado a ser brutales. Pero no ha sido provechoso. Todos sus crímenes han salido mal. Nadie puede afrontar otra guerra. Caramba, en diez años pueden borrar a Londres del mapa con sus aviones” [...] Y así seguimos charlando. [...] Intentaba pensarlo extraordinario, pero me era difícil —extraordinario, digo— estar en contacto con alguien que se encuentra en el centro del mismísimo centro, sentado en una pequeña habitación en Downing Street».

A fines de año, ni el anuncio del armisticio ni estar en el tramo final de su novela parecían surtir efectos positivos, y a Virginia le costaba encontrar los motivos de su tristeza. Por entonces Vanessa esperaba un tercer hijo. También Karin, la mujer de Adrian, estaba encinta de su segunda hija, y en una carta a Barbara —también embarazada—, Virginia confesaba su envidia: “Nada puede ser tan importante como el tener un bebé”.

El 13 de noviembre, dos días después de anunciado el armisticio, Virginia tuvo otra ocasión de constatar su difícil relación con las multitudes. El regocijo en las calles de Londres le pareció sórdido y deprimente. En una oportunidad, al salir del dentista se vio inmersa en la muchedumbre que poblaba las calles y sintió que solo gracias a la presencia de Leonard le era posible tomar el camino que conducía a su casa. “Un niño pequeño casi fue aplastado en el metro a mis pies; estábamos tan apretados que apenas pudimos levantarlo; todos parecían medio borrachos... se iban pasando las botellas de cerveza”. Las mujeres besaban a los soldados, la sensación de la multitud a la deriva, las banderas ondulando y la desorganización de la gente la hundieron

en el desánimo. Se sentía “desahuciada de la raza humana” y se preguntaba qué ventajas suponía la guerra o la paz para los pobres y marginales que veía en las calles. Sin demasiado optimismo concluía que, luego de la destrucción de los zeppelin y la restauración de la economía, “la gente pronto olvidaría todo con respecto a la guerra”. No contribuyó a que recuperara la alegría perdida una conversación que por entonces sostuvo con Janet Case. Su antigua profesora le aconsejó dejar la ficción y pasar a la biografía. “Llegué a la conclusión — escribió Virginia— de que la gente agradable y educada que se ha pasado la vida enseñando griego y que debería saber algo al respecto, tiene poca sensibilidad para la ficción moderna”.

Las palabras que su antigua maestra había pronunciado, tal vez con descuido, la habían herido al punto de escribirle a Nessa: “No hay prácticamente nadie en Londres ahora con quien pueda hablar de mi propia escritura o la de Shakespeare. Estoy empezando a creer que sería mejor que dejara de escribir novelas, ya que a nadie le importa un bledo que las escribamos o no”.

A pesar de la inseguridad que la embargaba, Virginia trataba de afianzarse y reflexionaba en su diario: “La única vía sensata es recordar que el escribir es, después de todo, lo que uno hace mejor”. Y agregaba: “Obtengo infinito placer en hacerlo; [...] gano £100 al año; y [...] a algunas personas les gusta lo que escribo. Pero Janet solo admitiría que el amor cuenta, y dice que sus amigas han tenido éxito solo con ‘desenvolverse’ en la vida, no en el arte”. Ese estado de ánimo no mejoró cuando Virginia tuvo oportunidad de conversar con T. S. Eliot, “un joven americano refinado, cultivado, exquisito”, con un credo poético y sólidos puntos de vista, muy intelectual, que no parecía tomarla en cuenta pero que se declaraba admirador de Ezra Pound y de Joyce.

En cuanto al panorama del fin de la guerra, la situación era incierta, y los más radicales, como Roger Fry, creían que estaban al borde de la revolución.

Las clases bajas presentaban sus reclamos, mientras Virginia escribía: “El impenetrable muro de la clase media conservadora nunca fue más impenetrable, la dinamita podría reducirlo a polvo, pero es impermeable a la razón o a la imaginación o a la humanidad”.

Para Leonard el fin de la guerra representaba nuevos desafíos. Una de sus posibilidades era participar en la representación inglesa del comité de paz de la Liga de las Naciones. Turbada, Virginia comprobaba que no disfrutaba de los festejos. Incluso formar parte del público de un

teatro la hacía pensar que era “espectadora del público, y nunca parte de él”. En esas circunstancias visitar a Katherine Mansfield en Hampstead era un alivio, “ya que ahí, bajo cualquier circunstancia, hacemos un público de dos”. Si bien en presencia de Murry la charla languideció, Virginia notó que, bajo la superficie, aquellos dos “demasiado del submundo” estaban pendientes de la aceptación e inseguros de sí mismos. El fin de la guerra también se proyectaba sobre el futuro de la Hogarth Press. La amistad con Roger Fry y el estímulo constante de Vanessa habían influido en los gustos de los Woolf en materia de pintura, y aunque Virginia siempre diría que la literatura era un arte superior, podía admirar el modo en que una obra de Cézanne sobresalía entre otras pinturas, como “una verdadera piedra preciosa entre las falsas”. El especial cuidado en la elección de los materiales de las cubiertas y de las ilustraciones fue un rasgo de la Hogarth Press, que mantuvo a las hermanas en un diálogo creativo, estrecho, aunque a veces interrumpido. Así la publicación de “Kew Gardens” llevó una ilustración de Vanessa, a la que Virginia le atribuyó gran valor.

El contacto con los pintores y críticos de arte contribuía a la formación de sus propias convicciones en materia estética. Virginia exploraba sus “sentimientos estéticos” y se preguntaba si la preferencia de algunos colores en desmedro de otros no tenía que ver con “cierto tipo de instinto”. Por entonces sus paseos por la ciudad incluían tanto recorridos por la Galería Nacional y la National Portrait Gallery como visitas al Omega Workshop donde incluso llegó a comprar varios vestidos de osada factura. En el local de diseño que había fundado Roger Fry y en el que Duncan Grant y Vanessa colaboraban, confluían variados colores, y los ritmos más diversos invadían sillas, almohadones, vestidos, murales, biombos, pantallas de lámparas y todo tipo de cosas de uso cotidiano. Cada objeto era único, trabajado de manera artesanal según los lineamientos de Fry, que intentaba “que el sentido del humor se introdujera en los muebles y en los tejidos”.

Se ha dicho que los artistas de Bloomsbury se dedicaron individual y colectivamente a “crear condiciones de domesticidad” alejadas de las corrientes tradicionales, ambientes apropiados a sus aspiraciones y nuevas formas de vida, encuadradas en el modernismo y que delinearon una “identidad colectiva” en la que las “iniciativas activistas —sexuales, estéticas y políticas—” fueron “amargamente resistidas por la cultura dominante”. Lo cierto es que para la gente de Bloomsbury la decoración era muy importante y el fin de la guerra anunciaba una nueva liberalidad en ese sentido. Se trataba de un rasgo más de la

personalidad; sus logros “no eran las máquinas de una utopía estandarizada, sino el resultado de un individualismo ganado con esfuerzo frente a la represión”. Por eso, si la competencia entre la casa de Virginia y la de Vanessa puede interpretarse como un conflicto privado típico entre hermanas, también se ha interpretado como un esfuerzo por hacer de la domesticidad “la base de un nuevo orden social y estético, y dar expresión visual a ese orden a través del aspecto y apariencia de la casa”[210] ⁹⁵ El día de Navidad nació la hija de Nessa. Virginia estaba encantada de que fuese mujer y se ofreció para cuidar a sus sobrinos mayores en Asheham. Alababa las mentes “mucho más rápidas y más inteligentes que las nuestras” de Julian y Quentin,[211] y hacía listas de cosas para hacer con ellos: ir al zoológico, tomar el té en Omega Workshop y en Buzzards, ver pantomimas, asistir al Ballet Ruso[212] o visitar el British Museum y Richmond Park.

En noviembre también había nacido Judith, la hija de Adrian. Y a la luz de los nacimientos de sus sobrinos, Virginia temía que *Noche y día* —había escrito las últimas palabras de sus 538 páginas— fuera un logro menor y discutible.

CAPÍTULO XXII - 1919

Hacia un balance personal y LITERARIO

ANGELICA, la hija de Vanessa y Duncan que llevó el apellido de Clive y cuyo verdadero origen sería conocido por unos pocos y sospechado por otros, nació en Navidad. Poco después, su vida estuvo en riesgo a causa de la impericia del médico rural que la atendía. La beba sufría indigestiones, no subía de peso y enfermó gravemente. El doctor local le prescribió jugo de naranja y “ácido carbólico diluido”, pero la recién nacida empeoró hasta que, gracias a la intervención de una médica amiga de Bunny Garnett, le cambiaron la dieta y lograron que se recuperara. Para aplacar los fuertes prejuicios del doctor contra sus colegas femeninas, Vanessa debió decirle que conocía a la médica desde hacía mucho tiempo. Lo cierto es que esa rápida consulta impidió que sucediera lo peor.

En medio de la crisis, para ayudar a su hermana, Virginia recibió en su casa a sus hijos mayores, Julian y Quentin, pero los niños no estuvieron con la tía mucho tiempo, ya que ella necesitaba reposo, no a causa de sus hijos, le explicaba Virginia a Vanessa, sino porque le habían hecho una extracción dentaria que se complicó con un profuso sangrado y dolor de cabeza. Los médicos volvieron a aconsejarle descanso y los niños partieron. Virginia decía que debía tener “la discreción de un elefante” y le sugería a Vanessa que la imitase, pero reconocía: “Vivo como una sultana entre almohadas y aves domésticas, y tú eres una esclava del trabajo y madre de millones”.

En el mundillo de Bloomsbury, los chismes eran el pan de cada día, pero lo mismo sucedía en otros ámbitos, donde se sabía que Vanessa y Duncan vivían juntos y que ella estaba separada de su marido. Así, solo

después de recibir una carta tranquilizadora de la anciana tía Anny — hija de Thackeray y hermana de la primera mujer de Leslie—, los parientes Fisher aceptaron que, pese a sus sospechas, la hija de Vanessa era “de hecho indudablemente hija de Clive”.

El 20 de enero, luego de quince días en cama, Virginia retomó su diario. Solo tenía autorización para escribir una hora cada día, de modo que releendo el del año anterior quedó sorprendida “por el rápido galope al azar ante el cual se balancea, a veces de hecho dando unas sacudidas casi intolerables sobre el empedrado”. Más adelante, y reconociendo la importancia de ese ritmo, concluía: “De todas maneras, si no fuera escrito bastante más rápido que la máquina de escribir más rápida, si me detuviera y meditara, nunca llegaría a escribirlo”. La velocidad y fluidez de esa escritura alcanzaba sus mejores momentos en la inclusión de “temas errantes” que eliminaría si pensara en ellos y que consideraba, finalmente, como “los diamantes en la pila de polvo”. A menos de una semana de cumplir los treinta y siete años, Virginia sentía que escribiendo sus diarios le preparaba un muy buen material a la mujer que llegaría a ser:

«Si Virginia Woolf a la edad de cincuenta, cuando se siente a construir sus memorias sacadas de estos libros, es incapaz de hacer una frase como es debido, solo me queda expresarle mis condolencias y recordarle que existe la chimenea, donde tiene mi permiso para quemar esas páginas y reducirlas a láminas negras con agujeros rojos. ¡Pero cómo le envidio la tarea que estoy preparando para ella! No existe ninguna que me guste más».

Para cumplir con esa tarea, y tal vez impelida a hacer un balance debido a la nueva maternidad de Nessa, comenzó un informe sobre la situación actual de sus amistades que incluyó no solo el carácter de sus amigos, sino también una valoración de sus trabajos y un pronóstico sobre su obra futura. A la pregunta ¿cuántos amigos tengo?, Virginia contesta con una enumeración que reconoce parcial, y en la que destacan Lytton Strachey, Desmond MacCarthy y Saxon Sydney-Turner, como pertenecientes a la parte de su vida relacionada con Cambridge, “muy intelectual; desligada de Hyde Park Gate, conectada con Thoby”. La larga lista incluye a Ka Cox, Rupert Brooke y Duncan Grant, como pertenecientes a la época de Fitzroy Square, mientras que las Olivier[213] y compañía están marcadas por los días de Brunswick Square. A Clive, prosigue, lo deja “un poco aparte”; luego llegan los *peloscortos*: Alix, Barbara, Carrington, Nick y Bunny. Otro grupo corría

paralelo a ese sin mezclarse, distinguiéndose por su carácter social y político; estaba encabezado por Margaret Llewelyn Davies e incluía intermitentemente a los Webb, también a Mrs. Hamilton, John Hobson, Goldie Dickinson y Louise Matthaei. [214] En ese punto Virginia se da cuenta de que no ha clasificado ni a Roger Fry ni a lady Ottoline Morrell, tampoco a Katherine y Murry, por no citar a otros personajes periféricos. Por lo pronto, y debido a los rumores que habían diseminado el año anterior, podría omitir al pintor Gertler y a Mary Hutchinson, pero agregaba a T. S. Eliot, al que solo había visto pocas veces, pero cuyos poemas iba a publicar la Hogarth Press.

En su diario, Virginia describe primero a Lytton, a Desmond y a Saxon, por los que sentía una “considerable amistad”, renovada cada vez que volvían a verse. El éxito de los últimos meses, después de la publicación de *Victorianos eminentes*, no parecía afectar a Lytton. Virginia pensaba que tal vez eso se debía a que, acostumbrado a la fama desde los seis meses, esta no le causaba sorpresa ni cambio. No había nada más natural e íntimo que una charla con él; le parecía que cuando era menos ingenioso se mostraba más humano, y que Carrington había contribuido al desarrollo de su “benignidad”. Pero también creía que los Strachey eran una raza prosaica, de escasa magnanimidad y sin ambiente. En su diario, Virginia despliega un análisis despiadado, y aunque reconoce la “gran variedad de cualidades intelectuales y de carácter, tales como la honestidad, lealtad, inteligencia para lo espiritual” de su amigo, también cree que adolece de una “falta de la vitalidad” y “falta de poder creativo” que lo condicionan a no derrochar sus dones y a desempeñarse con frugalidad. Además, les reprocha a los Strachey un carácter poco aventurero y falta de originalidad: “Al fondo común de nuestro grupo han aportado frases hechas, estándares y ocurrencias, pero nunca ninguna novedad; nunca un Omega, nunca un movimiento postimpresionista, ni una casa de campo, un Brunswick Square o una imprenta”.

Pensando en los Stephen y en Clive, creía que a diferencia de ellos, Lytton carecía de iniciativa para vencer el temor al ridículo o a las dificultades. Incluso la adquisición de Tidmarsh y su modo de vida menos convencional se debían al “deseo y firmeza de Carrington”.

Una de las grandes críticas contra Bloomsbury en general, y contra Virginia en particular, consiste en señalar la falta de reserva, la actitud chismosa y hasta fisgona con la que se inmiscuía en la vida de los demás, todo eso acompañado de un marcado esnobismo. En su defensa se puede señalar que *diseca* sus propias sensaciones, pensamientos y

carácter con la misma precisión con la que se refiere a sus conocidos. Así, luego de las observaciones sobre Lytton y de preguntarse si él no es mejor que sus libros, se cuestiona a sí misma: “¿Soy demasiado cautelosa en elogios cuando se trata de sus libros? ¿Estoy celosa? ¿Es que comparo las seis ediciones de *Victorianos eminentes* con la única edición de *Fin de viaje*?”.

Su deseo de ser escritora tenía correlato con una capacidad sorprendente de trabajo heredada de sus padres y potenciada por su unión con Leonard, en quien encontró un compañero por lo menos tan obsesivo como ella. Muy distinto era el caso de Desmond MacCarthy, el próximo en caer bajo las garras de su descripción. Consideraba que como amigo era irreprochable, pero de una indolencia que podía deberse “a la conciencia [...] de que las cosas en general no tienen importancia”. Con el tiempo, la personalidad de Desmond inspiraría el personaje de Bernard de *Las olas*:

«¿Quién es más tolerante, más apreciativo, más comprensivo de la naturaleza humana? Lo digo sin querer afirmar que sea un personaje heroico. Encuentra el placer demasiado placentero, los almohadones demasiado blandos, la diversión demasiado seductora y, además, como creo últimamente, ha dejado de ser ambicioso. Su “obra maestra” (puede que vaya a ser filosofía o biografía ahora, y ciertamente será comenzada, tras una serie de largas caminatas, esta mismísima primavera) solo “toma forma”, aparece, creo, a esa hora entre el té y la cena, en que tantas cosas parecen no solo meramente posibles sino logradas».

Cuando le toca el turno a Saxon Sydney-Turner, Virginia demuestra que puede ser verdaderamente cruel. Dice que su fidelidad es la de “un viejo *collie* senil o la de un asno debilitado”, con poco que ofrecer, salvo los recuerdos del pasado: “Aguanieve, y fango y frío, y nada crece; sin calor ni brillo, ni siquiera un modesto resplandor doméstico”. Aun así, agrega: “Pero es posible darse cuenta, incluso tras dos horas de silencio cordial, de que es enteramente sincero, genuino, puro”.

La amistad con Katherine Mansfield era más difícil de definir, y como no se habían visto en todo el invierno, Virginia concluía: “Es extremadamente dudoso que tenga derecho a clasificarla entre mis amigos”. Su relación “casi enteramente fundada sobre arenas movedizas” no era fácil de encuadrar, y aunque Katherine le había escrito diciendo lo importante que era su amistad, no tenía noticias de ella desde diciembre. Lo cierto es que la rivalidad que sentían no estaba

restringida a lo literario. Katherine reconocía que envidiaba la tranquilidad y seguridad que emanaba de Virginia, rodeada de libros, en su casa y con la contención que le proporcionaba Leonard. Sus constantes problemas de dinero, las diferencias de clase social entre las dos, la enfermedad irreversible e incluso un marido muy diferente no hacían fácil la amistad. Además, aunque a los dos les gustaba Katherine, los Woolf no se sentían a gusto con Murry, y Leonard siempre creyó firmemente “que de alguna oscura manera Murry corrompió y pervirtió a Katherine como persona tanto como escritora”. Aun así, Katherine y Virginia se vieron con bastante frecuencia durante 1918 y 1919, compararon sus impresiones acerca de sus contemporáneos y, fundamentalmente, discutieron acerca de lo que consideraban que debía ser la narrativa moderna. Es así que, cuando se encontraron, en marzo, sin que mediaran explicaciones acerca del alejamiento de los últimos tiempos, se refirieron a la relevancia del caso Dorothy Richardson, la primera en usar lo que se llamó “flujo de conciencia”[215] En su reseña de *The Tunnel* (El túnel), el cuarto tomo de los doce que constituirían *Pilgrimage* (Peregrinación),[216] Virginia señaló que el lector no estaba provisto de una historia, sino que era invitado a embeberse en la conciencia de la protagonista: el método de la autora solo triunfaría — resaltaba — si lograba instalarnos en “el centro de otra mente”. De todas maneras, le parecía que Richardson fallaba al ofrecer una realidad que no pasaba de ser superficial, ya que las impresiones, ideas y emociones no emitían la luz esperada sobre las “profundidades ocultas”. Finalmente, consideraba que *El túnel* era mejor en sus errores que muchos libros en sus logros. Años después, Virginia reconocía que Richardson había inventado, o si no la había inventado, sí “desarrollado y aplicado a sus propios usos, una frase que podemos llamar la frase psicológica del género femenino”. Como dice Julia Briggs, tanto Katherine Mansfield como Virginia Woolf pensaban que *Peregrinación* estaba “demasiado próximo al monólogo” y ellas, “en su obra, buscaban más voces y más diferenciadas”.

TEORÍA Y PRÁCTICA PARA UNA ESCRITURA MODERNA

En tanto escribía *Noche y día*, novela acorde con los criterios

tradicionales y ambientada en la época victoriana, Virginia constataba: “Como las respuestas actuales no bastan, debemos tantear nuevas; y el proceso de descartar las viejas, cuando no tenemos ninguna idea en absoluto de qué poner en su lugar, es muy triste”. Sus narraciones cortas “La mancha en la pared” y “Kew Gardens” dan testimonio de que no era tan así; las respuestas estaban al alcance de su mano, ya que practicaba una escritura experimental y también preparaba “Modern Novels”, un artículo publicado en *TLS*, que con ligeras modificaciones convirtió en “La narrativa moderna”,^[217] tal vez su ensayo más conocido, considerado un manifiesto literario del modernismo y sobre el que sienta las bases de sus futuras novelas. Allí compara a los escritores de su generación, a los que llama “georgianos”, y entre los que incluye a Joyce —“el más notable”—, con los de la generación anterior —Bennett, Galsworthy y Wells—, a los que llama “eduardianos”, señalando que se trata de escritores “materialistas” que se ocupan “no del espíritu sino del cuerpo”. En oposición a ellos, para la generación en la que Virginia se incluye, “el centro de interés se encuentra muy probablemente en los oscuros territorios de la psicología”. Los libros de Bennett, señala, están bien contruidos y tienen una “sólida artesanía”, pero la estructura narrativa, los argumentos y la caracterización convencional de los personajes plantean la paradoja: “¿Y si la vida se niega a vivir ahí dentro?”. Luego, Virginia Woolf propone: “Examinemos una mente normal en un día normal. La mente recibe infinitas impresiones, triviales, fantásticas, evanescentes o grabadas con la fuerza del acero”, y finalmente concluye expresando lo que podríamos llamar su credo narrativo:

«Las inmensas posibilidades del arte nos recuerdan que sus horizontes carecen de límites y que nada —“método” o experimentos, por locos que sean— está prohibido, salvo la falsedad y los fingimientos. La “materia propia de la novela” no existe, todo es materia propia de la novela, todo sentimiento, todo pensamiento. Todas las cualidades de la mente y del espíritu contribuyen a la novela; ni una sola percepción es ajena a ella. Y si pudiéramos imaginar a la novela personificada, viva y entre nosotros, no cabe duda de que nos invitaría a que la atacásemos y la maltratásemos, al mismo tiempo que a honrarla y amarla, ya que así es como se renueva su juventud y se garantiza su soberanía».

Resulta curioso constatar que mientras elaboraba sus concepciones teóricas acerca de lo que debía ser la narrativa moderna y ensayaba el

método en sus narraciones cortas, como señalamos, Virginia escribía Noche y día, una novela de estructura convencional que, sin embargo, brindaba el terreno adecuado para otro tipo de experimentaciones, como recordó muchos años después en una de sus cartas:

«Nunca olvidaré el día en que escribí “La marca en la pared” —todo de un tirón, como volando, tras haber sido mantenida cautiva picando piedra durante meses. “Una novela no escrita” fue el gran descubrimiento, sin embargo. Eso — nuevamente en un segundo— me demostró cómo podía encarnar todo mi bagaje de experiencia en una forma que le encajaba, no que alguna vez haya alcanzado ese fin. Pero de todos modos vi, abriéndose de un túnel que yo misma hice, cuando descubrí ese método de aproximación, El cuarto de Jacob, La señora Dalloway, etc».

Entre tanto, la lectura de Richardson, Joyce, Eliot y los novelistas rusos se inscribía en una búsqueda que compartía con Katherine Mansfield. Todos parecían pendientes de Joyce, el escritor irlandés de su misma edad que ya tenía importantes admiradores y que, como recordaría Virginia en su diario cuando él murió, provocaba el tipo de reacciones que tuvo Katherine cuando ella le alcanzó unas páginas del *Ulises*: “Comenzó a leerlo, ridiculizándolo, y de pronto dijo: ‘Pero hay algo en esto: una escena que supongo podría figurar en la historia de la literatura’”.

Lo cierto es que ambas escritoras se sabían inscriptas en el debate modernista y veían con recelo a los que consideraban sus rivales. El temor al que Virginia aludía refiriéndose a Richardson, “si ella es buena entonces yo no lo soy”, se hacía extensivo a otros autores, y todos estaban en condiciones de considerarse competidores de una justa donde estaba en juego la creación de una escritura nueva y revolucionaria. En ese contexto, con sus evasivas, encuentros y desencuentros, Katherine Mansfield fue una de las pocas personas que Virginia calificó de inasibles, a la que nunca estuvo segura de seducir o impresionar, y aunque la “inescrutable” mujer siguió siéndolo, tiempo después afirmó: “Siento con Katherine lo que no siento nunca con las otras mujeres inteligentes: una sensación de tranquilidad, de estar a gusto y de interés”, que atribuía a una auténtica preocupación por la literatura.

Cuando ambas se vieron en Hamstead en Pascua, a pesar de la

interferencia causada por la presencia del hermano de Murry y de Ida Baker, Virginia sintió: “Cubrimos más terreno en mucho menos tiempo”. Y el 12 de julio, después de lo que sería su última visita ese año, escribió en su diario: “Ella me gusta más y más, y creo que hemos logrado cierto tipo de fundación durable”. Se trataba de una relación ambigua e incierta asentada en arenas movedizas, una relación sin códigos establecidos, que iba creándose en el camino y que planteaba un tipo de sociabilidad muy diferente del de las viejas costumbres de South Kensington, regidas por el principio “de mantenerse del lado seguro y haciéndolo con elegancia”.

A pesar de que la guerra había terminado, muchos ingleses se sentían perplejos. Virginia tuvo oportunidad de comprobarlo cuando asistió a un concierto en casa del editor de *The Times*, Samuel Bruce, donde presagiaban y temían una revolución. Uno de los aristócratas presentes, inquieto en un mundo muy diferente del anterior a la guerra, aseguraba que temía la conspiración de los “judíos rusos” y los “irracionales” pedidos de sueldos más altos de las clases trabajadoras. “Casi me autoproclamo una judía rusa —escribió Virginia en una carta a Nessa—, pero me guardaré esto para el próximo concierto”. En realidad, ese círculo era ideológicamente antagónico, pero representaba también una especie de recreo; le recordaba el pasado, un entorno que no la estimulaba a decir cosas más interesantes que “gracias y por favor, no se moleste”. La amabilidad seguía siendo lo principal en South Kensington, y aunque la burguesía tenía la virtud de velar todo lo “que es tan prominente y desagradable en los intelectuales”, la fascinación pronto se desvanecía y la ganaba una sensación de inadecuación y los deseos de escapar a una dimensión en la que el pensamiento y las palabras fluyeran libremente y sin atavismos. Entre esa gente se sentía “como un conejo, que en realidad es una liebre, en una tierra con otros conejos, que en realidad son conejos”.

La revolución que temían los aristócratas no le preocupaba, pero Virginia se sintió conmocionada cuando el administrador de Asheham House reclamó la propiedad, y Leonard señaló lo fácil que era “hacer de una casa un fetiche”.

Recién en marzo Virginia se dirigió a Charleston a conocer a su sobrina; la vio durmiendo en su cuna, y a Nessa y a Duncan sentados frente al fuego y rodeados de mamaderas, baberos y tazas. Vanessa solo contaba con la ayuda de Jenny, “la cocinera lista que parece judía”, pero ese día Jenny había sufrido un colapso, estaba en cama, y solo el método extremo y el altruismo por parte de Nessa y Duncan permitían

que la casa funcionara en armonía. Impresionada por la escena, Virginia escribió en su diario:

«El ambiente parece lleno de catástrofes que no preocupan a nadie; el ambiente rebosa de buen humor, animado, como tiende a ser tras tres meses de desastre doméstico. En estas circunstancias, tengo que admitir que no he tenido más que treinta minutos seguidos de charla con Nessa».

A ojos de Virginia, la maternidad no *humanizaba* a Nessa, y si de pequeña la había apodado “la Santa”, y más tarde la había comparado con una vestal, en estos momentos escribía:

«“Su maternidad es de estilo tigresa, espléndida, devoradora, sin escrúpulos”. Por otra parte, fascinada con su sobrina, Virginia estaba dispuesta a que la considerase “algo más que una tía, quizá no tanto un padre, pero con una mano (para ponerlo delicadamente) en su nacimiento”. También sugirió nombres para la niña. Le gustaba Sidonia, porque tenía “la apariencia de una ola verde transparente” y algo de “distinguido esmeralda”. Había — agregaba en una carta— un “salpicar del mar en Vanessa y un candelabro o lustre en Miriam, con todos sus ojos. Por cierto, Leonard quiere que la llames Fuchsia; ese es su nombre favorito, y hace tiempo había decidido llamar así a su hija”. Lo cierto es que, a casi tres meses de nacida, la niña todavía no estaba anotada en el Registro Civil y dudaban acerca del nombre que llevaría[218] Por fin, Vanessa decidió que su hija se llamaría Helen Vanessa y así fue anotada. Días después agregó el nombre de Angelica, y Virginia festejó la elección por su “liquidez y música, con un toque de verde, y recuerdos de nadie excepto de [Angelica] Kauffmann, que fue sin duda un personaje encantador”».

Con casi cuarenta años, Vanessa había decidido ser madre una vez más, pero también se dedicaba a la pintura y a brindar un ambiente acogedor al hombre del que estaba enamorada. Cumplir con su vocación implicaba lograr una suerte de equilibrio entre todos los aspectos involucrados y las personas que la necesitaban y dependían de ella. Para Virginia las cosas fueron diferentes; la vida no le requería una participación encarnada, ni prodigarse como lo hacía Vanessa en el intento de retener amante, hijos, amigo y ex esposo a su alrededor, sino

que le permitía situarse en el lugar de espectadora y narradora. Su vocación de escritora, sin embargo, tenía una fuerza similar, era como una corriente sumergida y potente que debía ser canalizada. En ese sentido, incluso la pintura —por entonces admiraba a Sickert— le brindaba recursos e imágenes propias de los pintores. Aun así, el estímulo principal seguía siendo la lectura, y la mayoría de sus numerosas reseñas y artículos —entre 1918 y 1919 escribió cerca de noventa— pueden leerse como reflexiones relacionadas con su propia literatura. Abreviar en lo literario era válido tanto cuando se trataba de expresar antagonismos y de denunciar lo que le parecían imposturas, como cuando escribía sobre escritores que admiraba y sentía conocer más que nadie, entre ellos George Eliot, George Meredith, Anne Thackeray Ritchie, Dickens, Herman Melville, Walpole, Daniel Defoe, Coleridge, Walt Whitman, Conrad, Henry James y los novelistas rusos.

A fines de marzo y habiendo finalizado *Noche y día*, Virginia esperaba la opinión de Leonard. El veredicto fue positivo y la colmó de placer. Su propia opinión era que se trataba de un libro “más maduro y satisfactorio” que *Fin de viaje*, y si bien no le anticipaba “ni siquiera dos ediciones”, pensaba que “siendo lo que es la ficción inglesa” podía incluirse “en originalidad y sinceridad con la mayoría de los modernos”.

A diferencia de Leonard que creía que la filosofía del libro era muy melancólica, Virginia estaba segura de que las respuestas corrientes ya no servían y su intención había sido denunciarlo. Por otra parte, la escritura de *Noche y día* la había agotado menos que la de *Fin de viaje*, incluso se había divertido escribiendo la segunda parte del libro. Como por entonces la Hogarth Press no podía afrontar la publicación de una novela de esa extensión, los Woolf recurrieron otra vez a Gerald Duckworth. El encuentro dejó un saldo positivo en cuanto a las posibilidades de edición, pero a Virginia no le satisfacía “la opinión sobre literatura del hombre de Club” y sintió cómo crecía en ella un violento deseo de alabarse y alardear frente a su hermanastro, resaltando cuánto dinero ganaban Nessa, Clive y Leonard. La necesidad de obtener reconocimiento amenazaba con convertirse en un punto débil y sensible en extremo, y así quedó en claro una noche, cuando Virginia cenó en un restaurante y charló con Duncan y Clive, quien aseguró que T. S. Eliot la detestaba, lo que provocó que ella reconociera: “Odio no ser amada”.

Más complejo de lo que puede aparecer a simple vista, este rasgo implicaba que no solo buscara la aceptación personal, sino el reconocimiento de que como mujer y escritora moderna estaba dando

nuevas respuestas a una sociedad y un mundo cambiantes. ¿Conseguiría, como Daniel Defoe, imponerse después de doscientos años? Mientras se hacía estas preguntas, comprobaba que la escritura de su diario era una buena práctica:

«Ablanda los ligamentos. No tienen importancia los errores ni los tropiezos. Yendo al paso que voy, debo hacer los disparos más súbitos y directos a mi objetivo, y por lo tanto debo echar mano a las palabras, elegir las y lanzarlas sin mayor pausa de la que es necesaria para mojar mi pluma en la tinta. Creo que a lo largo del año pasado puedo trazar cierto incremento de facilidad en mis escritos profesionales que atribuyo a mis medias horas después del té. Por si ello fuera poco, amenaza delante de mí la sombra de cierto tipo de forma a la que un diario podría aspirar. Puede que con el correr del tiempo aprenda qué es lo que se puede hacer con este material libre y deambulatorio de vida; encontrándole algún otro uso además del que le doy, tanto más consciente y escrupulosamente, en mi ficción. ¿Qué clase de diario me gustaría que fuera el mío? Algo armado con soltura, pero no desaliñado, tan elástico que abarcara todo lo que se me pasara por la cabeza, solemne, leve o hermoso. Me gustaría que se pareciera a un escritorio viejo y profundo o a un baúl espacioso, al que arrojamus un montón de chucherías sin siquiera echarles un vistazo. Me gustaría volver, después de uno o dos años, para descubrir que la colección se ha ordenado y refinado a sí misma y aleado, como depósitos similares lo hacen misteriosamente, en un molde tan transparente como para reflejar la luz de nuestra vida, y sin embargo constante, tranquilo, compuesto con la distancia de una obra de arte. [...] Pero la holganza rápidamente se convierte en desaliño».

Virginia se reconocía feliz, y aunque no podía analizar todas las fuentes de su alegría, intuía: “Felicidad... ¿qué, me pregunto, constituye la felicidad? Me atrevería a decir que el elemento más importante es el trabajo, y que rara vez nos falla a ninguno de los dos”. De hecho, en tanto la Hogarth Press tenía tres proyectos en marcha, uno de los cuales era el relato de Virginia “Kew Gardens”, Leonard trabajaba en el Partido Laborista, en la Liga de las Naciones y en la edición de la *International Review*. Pero la felicidad duraba instantes, la seguridad era una utopía y el lado invulnerable de las cosas, una orilla que el barco de la vida rozaba por momentos. Cuando en mayo la Hogarth Press publicó *Poems* de T. S. Eliot, *The Critic in Judgement*, de Murry, y su “Kew Gardens”,

Virginia comprobó con dolor que pedían los otros libros más que el suyo. Estar “en manos del público” la inquietaba, se había expuesto una vez más, y al principio el resultado no le fue favorable. La rodeaba una sensación de fracaso, y es probable que al verla, envidiara a lady Ottoline Morrell, “rayada de verde y azul, como el mar de Cornualles, y magníficamente erguida y entera; su sangre azul dándole ese aire de confianza y dignidad que es tan raro entre los intelectuales”. Pero incluso para describir a su amiga Virginia utiliza imágenes visuales y pictóricas que exploró literariamente en “Kew Gardens”, cuya revisión el año anterior coincidió con sus visitas a la Galería Nacional, donde había contemplado las sombrillas de Renoir.

Kew Gardens y Monk’s House

Este relato de corte experimental, comienza con la descripción de un cantero de flores, que “desplegaban en la punta pétalos rojos, azules o amarillo”, y la de los efectos de la luz en los jardines, y luego da paso al diálogo que sostienen cuatro parejas de caminantes de edades y condiciones sociales distintas, que alterna con la descripción de un caracol que avanza entre las piedras y las hojas. Miríadas de sonidos, de voces y de colores dan vida a la bulliciosa realidad de la ciudad y a las figuras de hombres, mujeres y niños, que lo mismo que los colores salpican el ambiente y se esfuman. Las imágenes se asemejan a una pintura impresionista,^[219] las parejas pasan “junto al arriate, y todas quedaban envueltas, capa tras capa, en una bruma verdeazulada en la que al principio los cuerpos tenían sustancia y un toque de color, pero luego sustancia y color se desvanecían en la atmósfera verdeazulada [...] [mientras] el techo de vidrio del invernadero resplandecía como si todo un mercado repleto de brillantes sombrillas verdes se hubiera abierto bajo el sol”.

Consciente de su necesidad de ser reconocida y alabada, Virginia se preocupó por la pobre recepción de “Kew Gardens ” y si bien contó con el elogio del experto en arte Roger Fry, los libros se vendían lentamente. Por su parte, Lytton, que estaba dispuesto a recibir sus consejos, reconocía sus propios estereotipos y su precisión extrema, pero le aseguraba, no sin malicia, que le sorprendían su dedicación y su capacidad, y pensaba que ella era “la mejor crítica literaria viva, y la

inventora de un nuevo estilo de prosa, y la creadora de un nuevo tipo de frases”.

En junio, todavía sin encontrar una casa que reemplazara Asheham y susceptible por la escasa repercusión de “Kew Gardens”, Virginia visitó Charleston. Si esperaba alegrarse con esa visita, no lo consiguió, ya que allí se encontró con el enojo de su hermana, disgustada por la calidad de impresión del grabado que había hecho para la tapa de “Kew Gardens” Vanessa dijo que en esas condiciones ya no colaboraría con la imprenta e incluso llegó a dudar de la utilidad de la Hogarth Press. El año anterior Leonard y ella habían discutido por algo similar, y dado que no se pusieron de acuerdo en los detalles de la impresión de unos grabados suyos, finalmente los editó Omega Workshop. Herida y “petrificada”, “bastante hundida”, Virginia se dirigió a Lewes, donde debió esperar cerca de tres horas la llegada del tren que la conduciría a su casa; en ese tiempo vio que anunciaban la venta de la Round House, una casa en la colina de Lewes que había sido un molino, y sin pensarlo demasiado[220] la compró por trescientas libras, atribuyendo luego su impulsividad al maltrato recibido de Vanessa.

El panorama se presentaba gris y destemplado, pero al día siguiente, al regresar de Charleston, todo cambió inesperadamente. “Kew Gardens” había tenido una reseña muy favorable en el *TLS* y los Woolf encontraron la mesa del vestíbulo y el sofá cubiertos con cerca de 150 pedidos. Las críticas recibidas en Charleston y la sorpresa que los esperaba en la casa desembocaron en una discusión matrimonial que extinguió el placer que implicaban esos pedidos, pero los Woolf no tuvieron demasiado tiempo para pelear, debieron cortar las tapas, imprimir etiquetas, pegar los lomos y, al fin, despachar los ejemplares. Además, encargaron una segunda edición de “Kew Gardens”, que corrió por cuenta de Richard Madley, imprentero profesional que había realizado trabajos para Omega Workshop. La siguiente “ráfaga de éxito” provino de Nueva York, donde ya habían publicado *Fin de viaje* y desde donde le solicitaban *Noche y día*. Lejos de vivir el momento con euforia, Virginia reconocía: “El nervio del placer se entumece con facilidad. Me gustan los pequeños sorbos, pero la psicología de la fama es digna de ser considerada con tranquilidad”.

Días después de comprar impulsivamente la Round House, Virginia y Leonard comprobaron que no era lo que necesitaban; la casa estaba en el centro del pueblo, no tenía una vista interesante y era demasiado estrecha. Por entonces, mientras paseaban por Rodmell, un pueblo pequeño a dos millas al sur de Lewes, vieron anunciada la venta de

Monk's House, residencia más acorde con sus necesidades y Leonard se lamentó: "Esto es exactamente lo que nos hubiera convenido". Como solo conocían el exterior de la casa y apenas habían observado los jardines durante sus paseos, al día siguiente, a pesar del frío y del fuerte viento en contra, Virginia fue en bicicleta a inspeccionar Monk's House. Los prudentes reparos acerca del tamaño de las habitaciones, la falta de agua caliente, que no tuviera baño y las malas condiciones y humedad de la cocina no minaron el encanto del huerto, los frutales y el "profundo placer por el tamaño y forma, y fertilidad y lo agreste del jardín". De inmediato, los Woolf decidieron que venderían la Round House y participarían de la subasta por Monk's House. Cuando llegó el día de la venta, disimulados en la multitud, ambos siguieron con gran expectativa los pasos de su agente que tenía un límite de ochocientas libras para la compra. Virginia anotó en su diario cuánto la emocionó esa alternativa:

«La venta fue el martes. No creo que muchos lapsos de cinco minutos en el curso de mi vida hayan estado tan llenos de emoción. [...] La sala del White Hart estaba atestada de gente. Yo miraba cada cara, y en particular cada abrigo y cada falda, buscando signos de opulencia, y me alegró no descubrir ninguno. Pero luego, pensé, incluyendo a L. en ese grupo, ¿aparenta él tener £800 en el bolsillo? Algunos de los acaudalados granjeros bien podrían tener sus rollos de billetes metidos dentro de los calcetines. Empezó la subasta. Alguien ofreció £300. «Eso no es una oferta —dijo el subastador, que inmediatamente se nos opuso como un sonriente y cortés antagonista—, sino un comienzo». La siguiente oferta fue de £400. Luego subió a de a cincuenta.

Wycherley, junto a nosotros, en silencio e inmóvil, sumó su oferta. Se llegó a 600 demasiado pronto para mí. Algunas vacilaciones se interponían entre ellas, pero cayeron bastante rápido. El subastador nos animaba. Diría que había seis voces hablando, aunque después de llegar a £600, cuatro se retiraron, y dejaron solo a un tal Mr. Tattersall compitiendo con Mr. Wycherley. Se nos permitió pujar de a veinte libras; luego de a diez; luego de a cinco, y todavía faltaban £700, de modo que nuestra eventual victoria parecía inminente. Se llegó a las setecientas, hubo una pausa; el subastador levantó el martillo, con gran calma, lo mantuvo en el aire un tiempo considerable, urgió y exhortó todo el tiempo mientras lentamente se sumergía en la mesa. "Ahora, Mr. Tattersall, otra oferta suya —no más ofertas no bien golpee la mesa—,

¿diez libras? ¿Cinco libras? ¿Nada más? Por última vez entonces, ¡pum! —y cayó sobre la mesa, para nuestro agradecimiento y las mejillas enrojecidas, y L. temblando como una hoja al viento—, vendida a Mr. Wycherley”. No nos quedamos más tiempo. Salimos a la High Street, y estuvimos a punto de pelearnos por la dirección de la casa de Roger.

Finalmente, en julio, el asunto de las casas concluyó de manera satisfactoria, ya que lograron vender la Round House en veinte libras más de lo que habían pagado al comprarla. Se decía que Monk’s House había sido construida en “el siglo XV o XVI” y que debía su nombre al monje al que había pertenecido en el siglo XV[221] Aunque era más pequeña y estaba en peores condiciones que la casa de Asheham, Virginia intuyó que Leonard se convertiría en un “fanático enamorado de ese jardín”.

Entre artistas y reformadores SOCIALES

El entusiasmo por la nueva adquisición contrasta con la reacción de los Woolf durante las festividades del Día de la Paz. Virginia no podía dejar de observar: “Hay algo calculado y político e insincero respecto a estos regocijos de paz. De hecho, son llevados a cabo sin belleza, y con poca espontaneidad”. Los discursos en el 17 Club tampoco le parecían creíbles:

«Me parece cada vez más claro que la única gente honesta son los artistas, y que estos reformistas sociales y filántropos se van tanto de las manos y albergan tantos deseos deshonorosos bajo la simulación de amar al prójimo, que al final encontramos más fallas en ellos que en nosotros. Pero ¿y si yo fuera uno de ellos?»

Por otra parte, lejos de idealizarlos, Virginia denunciaba a los artistas que terminaban sirviendo a determinadas ideologías, apoyando nacionalismos y censuras, y recalca en sus escritos: “El patriotismo en la literatura es un veneno insidioso”. Como grupo, los integrantes de Bloomsbury apuntaban a lograr una amalgama entre lo artístico y las decisiones éticas, en un marco en el que la conducta individual y comunitaria estuvieran estrechamente ligadas. Así lo demuestran los

numerosos encuentros y lo sostenido de una vida social que, a mediados de julio, reunió en Asheham y en Charleston a los Woolf, a Clive, a Vanessa, a Duncan y a Maynard Keynes, que había dejado su puesto político para dedicarse a la enseñanza en Cambridge.

Asimismo, a fines de agosto y después de recibir la visita de Pernel Strachey y E. M. Forster, los Woolf se despidieron de su casa de Asheham en una reunión en la que estuvieron presentes, entre otros, Clive, Vanessa, Duncan, Roger Fry, Mary Hutchinson y Maynard Keynes. De hecho, Bloomsbury siguió siendo, después de la guerra, un grupo eminentemente artístico e intelectual, enriquecido por la visión de algunos de sus miembros comprometidos en política, y al que se sumó una nueva faceta representada por los adeptos al psicoanálisis. Virginia veía con recelo esos últimos aportes, cuestión que quedó clara cuando su hermano Adrian y Karin,^[222] su mujer, anunciaron que estudiarían Medicina en el University College Hospital para luego hacer su formación en psicoanálisis. La relación con su hermano y su cuñada nunca sería fácil y cubría todos los aspectos posibles entre el cariño y la irritación. Virginia sentía que vivían “bastante separados de nuestro mundo; de todos los mundos”. La sordera de Karin, su “apetito de colegiala”, su vestimenta llamativa y su “energía” y “vitalidad” desbordantes despertaban su crítica: “¿Por qué Adrian se casó con ella?”.

En septiembre, ya instalada en Monk’s House, Virginia retomó la escritura de su diario. A Leonard le cupo organizar la mudanza y empaquetar los libros; y finalmente tres camiones trasladaron todas sus pertenencias de Asheham a la nueva casa. Aunque su marido llevó la mayor carga, Virginia se sentía algo desorientada y le costaba trabajar; reconocía que con Monk’s House ganaban en variedad de paseos y que el jardín tenía “infinito interés”, pero todavía añoraba la “belleza perfecta” de Asheham. El caso es que una nueva depresión amenazaba con vencerla; las causas eran varias y afines: por una parte, no llegaba carta de la editorial de los Estados Unidos; por otra, se acercaba la publicación de *Noche y día*. Y si era un fracaso, ¿debería de seguir escribiendo novelas?

Por fin, si bien la editorial norteamericana consideró que *Noche y día* no atraería a un público amplio y decidió no publicarla, pidió entre quinientos y mil ejemplares de cada novela. Una de las posibles causas de su melancolía se diluía, pero ella se preguntaba:

«¿Envidia a Nessa por su desbordante hogar? Quizá de a ratos; allí

todo es humano y floreciente, quizá no pueda evitar comparaciones que nunca se me ocurren cuando estoy sumergida de lleno en el trabajo. Hice comparaciones ayer, cuando comía allí y pasé la tarde, y volví a casa en bicicleta. [...] Quería decir algo acerca de esos extraños estados espirituales. Me interesan, incluso cuando yo soy el tema. Y siempre recuerdo el refrán que dice que cuanto más baja es la marea, más claras se ven las cosas. Pienso que quizá nueve de cada diez personas no experimente un solo día al año una felicidad semejante a la que yo disfruto casi constantemente; ahora me toca compartir su suerte».

Virginia tomaba nota de las mareas del cambio de su ánimo y consideraba que, si normalmente y sin razón aparente sostenía “cierto tipo de vibración”, esta podía desaparecer también sin motivo aparente, dejando lugar a “una claridad de vista que viene en semejantes temporadas que nos llevan a la depresión. Pero, cuando podemos analizarlo, se está ya casi de vuelta. Siento el sinsentido tintineando con lentitud en mis venas. ¡Si pudiese tener una mañana de buen trabajo!”.

Las expectativas generadas por la publicación de *Noche y día* aguzaban el problema. En tanto Lytton se mostraba seguro de sí mismo y encantador, como si el éxito produjera “un tipo de modestia”, Virginia reflexionaba acerca de la “fama” y se preguntaba: “¿De qué me serviría ganar los elogios de todo el mundo si pierdo esa voz única?”.

Mientras tanto, la paz había llegado, pero, a fines de septiembre, los ferrocarriles ingleses estaban en huelga y nuevos conflictos se vislumbraban en el horizonte. Por entonces, los Woolf fueron a Asheham, nostálgicos, robaron champiñones de la hondonada y después entraron en la casa por la ventana. La estaban pintando, y por primera vez Virginia pudo sentirla lejana, a la par que Monk’s House mejoraba “al estilo de un perro mestizo que se gana tu corazón”. Pero como la huelga proseguía y los trabajadores y el gobierno endurecían sus posiciones, ella tuvo que reconocer que, después de todo, las “dóciles hordas” a las que se había referido el día del armisticio no estaban tan engañadas. Los ferroviarios llevaban inmovilizando el país cerca de once días y, a pesar de ello, como había sucedido durante la guerra, su vida cotidiana casi no se veía afectada. Como Leonard señaló en su autobiografía, Virginia podía ser el animal menos político que hubiera vivido desde que Aristóteles inventara esa definición, pero “no era en absoluto la Virginia Woolf que aparece en muchos libros escritos por críticos literarios o biógrafos que no la conocían, una frágil e inválida dama viviendo en una torre de marfil en Bloomsbury y adorada por una pequeña camarilla de estetas”. Y agregaba:

«Virginia estaba muy interesada por cosas, personas y eventos, y como lo demuestran sus libros, era altamente sensible al ambiente que la rodeaba, ya fuese personal, social o histórico. Era, por lo tanto, la última persona que podría ignorar las amenazas políticas bajo las cuales todos vivíamos».

El impacto de las críticas

Finalmente, cuando en octubre se publicó *Noche y día*, Virginia se lo envió a cinco de sus más íntimos: Vanessa, Lytton, Clive, Violet Dickinson y al escritor Morgan Forster. Se encontraba “más excitada y complacida que nerviosa”, tenía “una especie de confianza” en que la gente cuyo juicio le interesaba iba a pensar bien del libro. En efecto, la novela recibió elogios de Clive, de Nessa y de Lytton. También Violet Dickinson le escribió una frase laudatoria. Pero una sola línea de Morgan Forster diciendo que le gustaba menos que *Fin de viaje* le resultó más significativa que todos los cumplidos, y Virginia apuntó en su diario: “Alrededor de las tres de la tarde me sentía más feliz a razón de su crítica que de los elogios de los otros, como si volviera a estar en la atmósfera humana, tras un dichoso paseo entre elásticas nubes y mullidas colinas”. Respetaba la opinión de Morgan a quien consideraba “el mejor de los críticos” caracterizado por decir “las cosas sencillas que las personas inteligentes no dicen”, y tener la capacidad de “expresar cosas evidentes que una ha pasado por alto”. Luego de reunirse con él, escribió: “Entiendo por qué le gusta menos que *V.O.* y, al entenderlo, veo que no es una crítica para desalentar. Quizá la crítica inteligente nunca lo es”.

Como el libro también recibía reseñas favorables y *The Cambridge Magazine* resaltaba que estaba “a la vanguardia de la literatura contemporánea”, su ánimo mejoró.

Por entonces, de visita en Tidmarsh, la casa que Lytton y Carrington compartían, pudo comprobar una vez más que el encanto de Lytton seguía intacto. Pero también se sorprendió pensando que si se hubiera casado con él, lo habría encontrado quejoso, le hubiera puesto demasiadas ataduras y se hubiera resentido si hubiese intentado liberarse. La preocupación y los cuidados que la salud de Lytton

requerían, “preparar tantas comodidades alrededor de ese único objeto”, le parecían deprimentes. Además, se sintió impresionada por los libros de su amigo “ordenados tan rígidamente y cuidadosamente tendidos como la porcelana china de una vieja solterona”. Y es probable que cuando Lytton admitió que no podía inventar nada, que no poseía el mismo poder creativo que ella y que sin sus referentes se detendría “por completo”, Virginia sintiera que era ella la ganadora de una pelea que siempre había estado implícita en la relación entre ambos. El reconocimiento que Lytton no le negaba era más esquivo en los labios de la inefable Margaret L. Davies; tanto ella como su antigua profesora Janet Case criticaron la falta de emoción en la novela, cosa que la sacó de sus cabales. Contraatacando, Virginia sugirió que Margaret predicaba una humanidad que excluía “más de la mitad del corazón humano”. Lo cierto es que es posible que ambas mujeres estuvieran resentidas por las sarcásticas descripciones de las feministas y sufragistas de la novela.

A pesar de no tener a todos de su lado, era evidente que Virginia se estaba convirtiendo en una celebridad. Escribía reseñas periodísticas a un ritmo inusitado, le llovían invitaciones, y los Woolf entraron en la vorágine de las fiestas. Además de recibir a Angelica y a su niñera como huéspedes, dieron tres cenas y dos té. Como consecuencia, Nelly, su empleada doméstica, presentó su renuncia y eso trajo aparejados algunos problemas que la afectaron menos que una mala crítica a *Noche y día* escrita por Katherine Mansfield, que pensaba: “Esta novela es la antítesis sedada de la primera novela de Woolf, *Fin de viaje*”. Aunque creía que Katherine podía criticarla por despecho, la irritó verse retratada como una “decorosa vieja estúpida”, una especie de “Jane Austen puesta al día”, y como no alcanzó que Leonard le asegurase que el deseo de ver fracasar a su rival había imperado sobre el buen juicio de la Mansfield, concluyó:

«Lo que yo percibo en todo esto es que los elogios apenas animan; los reproches aguijonean mucho más osadamente».

De hecho, el impacto de esta crítica fue tal que Virginia llegó a rechazar hacer una reseña sobre el quinto tomo de *Pilgrimage* de Dorothy Richardson: “Hoy, pensando en Katherine Mansfield, me negué a hacer la crítica a Dorothy Richardson para el *TLS*. La verdad es que cuando lo revisé, me vi buscando fallas y deseándolas. Y hubieran torcido mi pluma, lo sé. Debe de haber algún tipo de instinto de conservación en el trabajo. Si ella es buena, entonces yo no”.

La opinión de Katherine Mansfield era contundente, detestó *Noche y día*, dejando en claro que se trataba de “una mentira en el alma... la novela no puede dejar fuera la guerra... siento en lo más profundo que nada puede volver a ser lo mismo y que, como artistas, somos traidores si sentimos de otra manera”. Katherine, que había perdido un hermano en la confrontación, sintió que *Noche y día* era una novela malograda, larga y aburrida, que olía a esnobismo intelectual, planteaba una problemática perimida y parecía estar escrita como si la Primera Guerra Mundial no hubiera ocurrido. Además, subrayó el contraste entre la escritura más convencional de *Noche y día* con las ideas que surgían de sus conversaciones con Virginia, con *Fin de viaje* y con sus narraciones cortas e incluso el artículo “La narrativa moderna” publicado meses antes.

Es cierto que *Noche y día* puede leerse como una novela de pautas clásicas en la que Virginia retoma, aunque con un estilo tradicional, parte de la temática de *Fin de viaje*. Los componentes autobiográficos siguen presentes, lo mismo que la intensidad poética y emocional y, en una formulación más clásica que su primera novela, vuelve a tratar las relaciones y la manera en que las convenciones afectaban a los jóvenes de su clase a principios del siglo XX. De alguna manera, Virginia llegó a considerar que allí recreó el “infierno particular” de las hermanas Stephen en Hyde Park Gate. Tal vez por eso dedicó la novela a Vanessa, [223] quien había sido su fuente de inspiración: “Pero, buscando una frase adecuada, no encontré ninguna que estampar debajo de su nombre”. Pero si bien el estímulo de Vanessa es evidente, hay que señalar que la protagonista, Katharine Hilbery, tiene mucho que ver con Virginia.[224]

Noche y día

Es probable que Virginia comenzara su segunda novela poco después de terminar *Sin de viaje*, aunque debió interrumpirla dado que durante la prolongada crisis nerviosa que sufrió en esa época no le permitieron escribir o leer. Todavía en julio de 1916 ella le escribía a Lytton acerca de las dificultades de terminar su libro: “Escribo una oración —suena el reloj— aparece Leonard con un vaso de leche”.

La novela comienza con Katharine sirviendo el té en casa de sus

padres, donde se encuentra Mr. Fortescue, un “eminente novelista” en quien se ha visto el apenas disimulado retrato de Henry James. También está presente Ralph Denham, un joven universitario comisionado por Mr. Hilbery para escribir en la revista de la que es director. Inspirados en Anny Thackeray

Ritchie y en su marido, lo mismo que en Leslie y Julia, los personajes de Mrs. y Mr. Hilbery responden al perfil victoriano, y Ralph se siente descolocado en un ambiente que le parece esnob, pero que admira. Katharine presiente que a él no le agrada su familia, pero por iniciativa de su madre debe mostrarle al joven las “reliquias” familiares pertenecientes a su abuelo, el famoso poeta Richard Alardyce, oportunidad en que ambos jóvenes hablan de sus orígenes. Ralph asegura que “el culto a la grandeza en el siglo XIX parece la única causa de la indignidad de la generación”, y de alguna manera acusa a Katharine de pertenecer a una de las más distinguidas familias inglesas. Él proviene de una numerosa familia judía que, luego de la pérdida del padre, enfrenta una gran estrechez económica que impide que su joven hermano Charles ingrese en la universidad. Un tío le ofrece un trabajo relacionado con el comercio. Por su parte, si bien Katharine admira el pasado glorioso de sus antepasados, se deprime pensando en lo deslucido del tiempo actual. Ha crecido en un ámbito en el que se hablaba de Shakespeare, Milton, Shelley o Wordsworth como amigos de la familia, pero su ocupación consiste en ayudar a su madre a escribir una biografía de su abuelo que nunca podrán terminar, entre otras cosas porque no saben cómo resolver el hecho de que el poeta se hubiera separado de su mujer.^[225] Para distanciarse de un personaje con el que sería fácilmente identificada, Virginia convierte a Katharine en una apasionada por las ciencias exactas, que rechaza la literatura y estudia matemáticas a escondidas. Atraída por “el carácter poco femenino de la ciencia”, adora la exactitud algebraica “frente a la confusión, la agitación y la vaguedad de la más fina prosa”. Como le había sucedido a Virginia, Katharine ama a sus padres, pero desea huir de su mundo reglado y sofocante.

En el cuarto capítulo aparecen dos nuevos personajes. Mary Datchet es una joven sufragista de veinticinco años, resuelta y firme, que aparenta más edad, debido a que “se ganaba o pretendía ganarse la vida” y en la que se veía que “sus instintos femeninos de agrandar, complacer y encantar estaban subordinados a otros que no pertenecían específicamente a su sexo”. Aunque se satiriza a los compañeros de la oficina sufragista, el trabajo de Mary Datchet y sus convicciones están

simbolizados positivamente, como es evidente al final de la novela, cuando Katharine y Ralph se detienen a contemplar, con admiración, la luz de su ventana. Por otra parte, la relación casi apasionada de Katharine y Mary es más fluida que la que ambas tienen con los varones. Inspirada en Margaret Llewelyn Davies, la amiga y compañera política de Leonard, Mary Datchet está enamorada de Ralph, cuestión que junto con el retrato más bien rígido de la sufragista y activista, probablemente tuviera que ver con las críticas que tanto Margaret L. Davies como Janet Case hicieron a la novela.

El otro personaje que aparece en el cuarto capítulo es William Rodney, aspirante a escritor y pretendiente de Katharine. La relación entre los jóvenes es fragmentaria, ninguno parece conectarse claramente con las propias emociones y sentimientos. Frente a él Katharine se cuestiona: “Estaba segura de que se casaría con Rodney. ¿Cómo podría evitarlo? ¿Cómo podría encontrar un motivo para no hacerlo?”. Finalmente rompe su compromiso y decide unirse al más apasionado Ralph Denham. Junto a él, Katharine siente que “el problema estaba resuelto; había conseguido sostener entre las manos el mundo en que vivimos, sacarlo de la terrible confusión del caos”. La unión de Ralph y Katharine y su amor correspondido que termina en matrimonio puede leerse como una reacción contestataria pero optimista al problema de diferencias de clase y raza que Leonard había trabajado en *Las vírgenes sabias*.

En su novela Virginia hace un retrato menos frío y distante del personaje femenino, y si bien la familia judía de Ralph no es tratada con delicadeza, el protagonista sale airoso. Con el tiempo, Virginia terminó desdeñando esta novela que había escrito con el temor de verse sometida a tensiones extremas que pudieran afectar su salud. Pero es cierto que al retomar la era victoriana, desde la perspectiva claustrofóbica de la protagonista, que logra vislumbrar en la unión con Ralph nuevos horizontes, supo recrear positivamente su propia elección y darle un final feliz a la historia: esta es la única de sus novelas que termina en casamiento. Por otra parte, como le escribió a Ethel Smyth en 1930, *Noche y día* le enseñó “ciertos elementos de composición que no habría tenido la paciencia de aprender si hubiera estado siempre rebosante de salud”.

Aunque pronto continuaría con sus descubrimientos, en diciembre, cuando por razones económicas *The International Review*, la revista que dirigía Leonard, dejó de existir, ambos cayeron en cama, él afectado por la malaria y ella por una gripe de “modalidad benigna pero prolongada,

y que afecta la cabeza como siempre”. Las enfermedades no perjudicaron el ritmo de lecturas y reseñas, y con el próximo libro de Leonard pronto a aparecer, Virginia llegó a fines del año exhausta, pero afirmando: “Todavía me atrevo a decir que somos la pareja más feliz de Inglaterra”.

Capítulo XXIII - 1920

Desafíos para una nueva novela

LA malaria y la gripe detuvieron a los Woolf en Londres hasta finales de 1919, cuando pudieron trasladarse a Monk's House. Asustada porque sufría dolores en el pecho, que para su tranquilidad solo terminaron siendo coletazos de la gripe, Virginia buscaba un esquivo consuelo en Nessa: "Me temo que no obtendré mucha compasión de ti, aunque eso es lo que me propongo. Me pregunto por qué cualquier cosa relacionada con el corazón nos hace creer que nos estamos muriendo".

Es probable que la dolencia en el pecho tuviera que ver también con conflictos emocionales. A pesar de que sus notas y críticas literarias salían en distintos periódicos, como novelista, Virginia experimentaba la crítica de los especialistas y también la de viejos conocidos que, como Kitty Maxse, emergían de las brumas del pasado. Que ella opinara que *Noche y día* era una novela "muy mala, los personajes desabridos, la escritura aburrida, el amor insípido", no sorprendía a Leonard, quien sugirió que las opiniones desfavorables de Kitty podían tomarse como cumplidos, y en ese sentido Virginia recordaba: "Yo solía odiar a sus amigos y sus puntos de vista, así que es bastante acertado que ella pudiera encontrar los míos aburridos". Mientras tanto, a la manera que el antiguo círculo de Hyde Park Gate consideraba más apropiada para las mujeres, otra antigua amiga incursionaba en el ámbito literario. Se trataba de Violet Dickinson, que llevaba vendidos cerca de setecientos ejemplares de las cartas de una de sus antepasadas que Virginia leyó con simpatía, reconociendo que los elogios de Violet, en el difícil 1902, la habían incentivado como escritora.

La noche del 7 de enero, antes de dejar Monk's House y ya ganada

por su nueva casa, Virginia escribió en su diario que había disfrutado de jornadas solitarias en las que “la crema del día” la constituía el momento en que, sentados frente al fuego de la chimenea, esperaba junto a Leonard la llegada del correo. Como la cocina debía ser modernizada, una tal Mrs. Denham, prolífica esposa del jardinero madre de once hijos, que Virginia definió como la sagacidad personificada, les alcanzaba las comidas calientes que preparaba previamente en su casa. Cerca de media mañana los Woolf se quedaban solos, se ocupaban de cuidar el fuego, prepararse café y leer, todo en un ambiente que a ella le parecía, finalmente, suntuoso y pacífico. A pesar de que la casa tenía menos comodidades que la de Asheham, uno de los mayores placeres de Monk’s House lo constituían la variedad de paseos y, sobre todo, en el caso de Leonard, un gran jardín para diseñar y trabajar. No era extraño que Virginia se contagiara de su entusiasmo y terminara el día agotada pero feliz y, como toda jardinera que se precie de tal, con rastros de tierra bajo las uñas. En ese marco, los paseos por los alrededores eran un “modo de contrarrestar el terrible atractivo del jardín”. A través de los años, Leonard fue modificando el jardín, mientras que Virginia sintió predilección por refaccionar el interior de la casa.^[226] Los hábitos del matrimonio también se transformaron con el tiempo.

En un principio, Leonard y Virginia durmieron en camas separadas en la misma habitación; al menos así era todavía en abril de 1920, cuando Virginia le escribió a Vanessa contándole que un ratón había saltado en la cama de Leonard, lo que hizo que la mojara: “No puedes imaginarte lo que son sus sábanas por la mañana”. Tiempo después, encontraron más cómodo que él durmiera en otra de las habitaciones de la casa.

En Rodmell, el contacto con la vida de pueblo hacía que los Woolf se sintieran parte de la comunidad, y cuando esta sensación revestía carácter positivo, Virginia escribía en su diario:

«Uno de los encantos de Rodmell es la vida humana: todos hacen lo mismo a la misma hora: cuando el viejo vicario toca erráticamente las campanas, tras realizar el oficio para las mujeres, todos lo oyen, y saben en qué anda. Todos se encuentran en sus jardines; las lámparas están encendidas, pero a la gente le gusta aprovechar hasta la última luz de sol, que fue marrón purpúrea anoche, pesada con toda su lluvia. Lo que quiero decir es que somos una comunidad».

Claro que había ocasiones en que las peculiaridades de la gente de la aldea no le parecían tan encantadoras, y otras en que sentía que las ceremonias en las que participaban carecían de sentido. Esto sucedió cuando presencié, en principio con gran expectativa, un funeral tradicional de Sussex, y sintió que, pese a las típicas levitas bordadas que usaban los hombres, “el culto resultó frío, torpe, inmanejable”, y que se reprimían “los sentimientos naturales”. Tampoco la conmovió el cortejo, que parecía actuar sin mucha convicción.

A mediados de enero, mientras se confirmaba la publicación de sus novelas en los Estados Unidos, Virginia leyó el libro de Leonard *Empire and Commerce in Africa. A Study in Economic Imperialism*. Su lectura le provocaba “auténtica satisfacción, con un deleite imparcial en su cercanía, pasión y lógica, de hecho es algo bueno de vez en cuando leer con atención el trabajo del esposo de una”. Si bien los intereses y escritos de Leonard estaban en las antípodas de sus propios temas y búsquedas, admiraba a su marido y él no la decepcionaba como otros de los prometedores amigos de juventud, en especial Clive, que apareció en el 17 Club, “capaz de mostrar el colorete y el maquillaje, el polvo y las arrugas, las grietas y contorsiones de mi pobre periquito”. Además de rechazar cierta falta de consistencia o de seriedad en Clive, próxima a cumplir los treinta y ocho años, se sentía tentada a analizar el modo en que el paso del tiempo retocaba las figuras de sus amigos, dibujando su perfil de madurez.

“A veces fantaseo —escribió— con que la única condición saludable es la de hacer un trabajo exitoso. Es la función principal del alma”. Acorde con eso, deducía que la irritación de Roger Fry estaba relacionada con las acusaciones que lanzaba contra Clive — de tomar sus ideas y *venderlas* en los Estados Unidos— y con el poco reconocimiento que obtenía su trabajo en Inglaterra. Pero —se preguntaba Virginia— ¿no deducía eso de su estado de ánimo después de cuatro horas sin escribir más que unas pocas líneas que no lograban precipitarse “hacia la vida y el fervor como lo hacían en los buenos días”?

Finalmente, el patetismo y la melancolía de las vísperas de su cumpleaños se disiparon, y el 26 de enero Virginia aseguró que era mucho más feliz que diez años antes. Había escrito “Una novela no escrita”, narración corta que consideró un “gran descubrimiento”[227] y que, como “La marca en la pared” y “Kew Gardens”, se ajustaba a lo que había adelantado en “La narrativa moderna”:

«Examinemos una mente normal en un día normal. La mente recibe infinitas impresiones, triviales, fantásticas, evanescentes o grabadas con la fuerza del acero. Nos llegan de todas partes, como un incesante chaparrón de innumerables átomos, y a medida que caen, a medida que adquieren forma para constituir la vida del lunes o del martes, el acento incide en un punto distinto de aquel en el que incidía en los viejos tiempos, el momento de importancia no se producía allí, por lo que, si el escritor fuera un ser libre y no un esclavo, si pudiera escribir como le diera la gana y no como está obligado, si pudiera basar su obra en sus propios sentimientos y no en las convenciones, no habría trama, ni comedia, ni tragedia, ni amor, ni catástrofe al estilo aceptado».

Creía que, acorde con esos parámetros, “La marca en la pared” marcaba un hito que ayudaría a “los novelistas del futuro” a dejar la descripción de la realidad, dándola por sentado, y comprender finalmente la importancia del “numero casi infinito de reflejos” que la componen. Por su parte, sentía que lograba algunos de sus objetivos en “Una novela no escrita”, [228] relato en el que una mujer de apariencia desdichada capta la atención del narrador que lee *The Times* mientras viaja en un compartimiento de tren junto a ella y otros pasajeros. Una vez que los demás descienden y quedan solos, unas pocas palabras de la mujer referidas a su cuñada llevan a que el narrador imagine su historia, su vida y entorno, utilizando, como en “La marca en la pared”, el fluir de la conciencia. El narrador no sabe el nombre de la mujer, pero le parece apropiado llamarla Minny Marsh, e imagina que es una solterona atormentada por su cuñada y por una picazón en la espalda. Cuando la mujer llega a destino y se encuentra con su hijo que la espera en la estación, la historia de soledad que el personaje- narrador había construido se desmorona, y si bien queda por un momento desorientado, enseguida lo entusiasman esas “¡enigmáticas figuras!”, “madre e hijo”, que le sugieren nuevas posibilidades narrativas (de las que da cuenta en su relato “El señor Bennett y la señora Brown”).

Con esta historia en su haber, a los treinta y ocho años recién cumplidos, Virginia sentía que era más feliz que a los veintiocho e incluso “más feliz que ayer”: había llegado “a cierta idea acerca de una nueva forma para una nueva novela” en la que, como en “Una novela no escrita”, una cosa iría abriéndose a otra, y escribía entusiasmada en su diario:

«¿No produciría eso la soltura y liviandad que deseo? ¿Acaso eso no se acerca más y sin embargo mantiene la forma y velocidad, y encierra

todo, todo? Mi duda es hasta qué punto “incluirá”, encerrará, el corazón humano. ¿Soy lo suficientemente dueña de mi diálogo para atraparlo allí con una red? Ya que me figuro que el enfoque será totalmente diferente esta vez: nada de andamiaje; apenas algún ladrillo a la vista; todo crepuscular, pero el corazón, la pasión, el humor, todo tan brillante como un fuego entre la niebla. [...] concíbese “La marca en la pared”, “Kew Gardens” y “Una novela no escrita” tomadas de la mano y danzando en unidad. Lo que tengo que descubrir es cómo conseguir esa unidad: el tema está en blanco, pero veo inmensas posibilidades en la forma con la que di, más o menos por casualidad hace dos semanas».

Virginia siempre señaló el peligro de que se impusiera un “yo egoísta”^[229] —esa era su mayor crítica a Joyce y a Richardson—, y se preguntaba si su escritura sería lo bastante flexible e impersonal como para “levantar una pared” entre el libro y ella misma, desafío que enfrentaba con la esperanza de haber “aprendido [su] oficio” tanto como para procurarse “todo tipo de diversiones”. Puede decirse que en “Una novela no escrita”, en sus diarios y artículos, y en “La narrativa moderna” o “El punto de vista ruso”, Virginia elaboró un sutil andamiaje para una nueva ficción. Entendidos como un conjunto reflexivo, todos estos escritos obran como antecedentes, universos paralelos o zonas de pasaje que le permitieron, lo mismo que sus narraciones cortas “La marca en la pared” y “Kew Gardens”, el tránsito entre una novela de corte convencional como *Noche y día* y la más experimental *El cuarto de Jacob*.

Memoir Club

En tanto se sucedían reflexiones que marcarían el destino de su obra, Virginia solía sentirse aislada del mundo, separada de las clases medias que “repican tan áspero, cuando ríen o se expresan”, pero también de las clases populares, y la invadía una sensación de extrañeza que tampoco aliviaba el contacto con su propia clase social. Así, luego de ver a Bruce Richmond —editor de *The Times*— y a su esposa, creyó entender que las personas que carecían de “brillantez o sutileza” parecían tomarse “las cosas directa y sanamente”. Pero contarse a sí misma entre los brillantes no la libraba de una autocrítica feroz y

despiadada que la hacía temer que su obra —aunque le reconocía rasgos relevantes— nunca diera la talla de lo que había intentado lograr al escribirla. Releer *Fin de viaje* la sumió en uno de esos estados de melancolía. El libro le pareció un conjunto de parches, y se desesperaba por lo que consideraba sus faltas; sin embargo, lo encontraba “un espectáculo un poco más gallardo e inspirador” que *Noche y día*.

Con la idea de una nueva novela en mente, Virginia asistió a una reunión en el Café Royal donde se celebraba la inauguración de una muestra de pinturas de Duncan Grant. Todo estaba organizado con elegancia, pero percibió que Duncan hubiera preferido prescindir de tanta ceremonia. Por su parte, excitada por el vino, el ambiente favorable y los cuadros de él —aun cuando solo los vio fugazmente “aquí y allí, mientras gente bien vestida pasaba ante ellos”—, experimentó el poder de las pinturas, que al final de la velada seguían dando “vueltas en la cabeza como el vino blanco [...] tan hermosas, tan deliciosas, tan adorables”. Consciente de su comportamiento en esas ocasiones y de cuánto se entusiasmaba en los acontecimientos sociales, Virginia criticaba su capacidad “de inundar las escenas con emociones irracionales”. Lo cierto es que, requerida por su pulsión de escribir, se sentía tironeada por esas distracciones que, aunque disfrutaba, terminaban siendo una excusa para no trabajar:

«Desde hace un tiempo la vida ha sido considerablemente alterada por la gente. La edad o la fama o el retorno de la paz — no sé cuál—, pero de todos modos me estoy hartando de “salir a tomar el té” y sin embargo no puedo resistirlo. Cerrar una puerta que podría abrir es, a mis ojos, una especie de blasfemia».

La vida social era mucha; anticipada por el libro de Lytton, *Victorianos eminentes*, la década de 1920 inauguró una etapa significativa y de reconocimiento para los miembros más destacados de Bloomsbury. Otro de sus hitos fue la obra de Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, que llevaba vendidos 5000 ejemplares, y cuya segunda edición, en marzo, llegó a los 15.000. En su caso, y aunque ya había publicado dos novelas, Virginia esperaba mucho más de su arte. ¿Se sabía poseedora de un *élan* del que otros, no importara el esfuerzo que hicieran, carecían? Puede decirse que, por entonces, se sentía diferente y en cierto punto superior intelectualmente a su hermano Adrian, con quien paseó por la exposición de Duncan, pero aún tenía que demostrar en qué consistía esa superioridad.

Siempre tendría la sensación de que Adrian no encontraba su lugar en el mundo, y que tampoco, a pesar de cierto encanto, mostraba talentos especiales. Aunque en 1920 él, Karin y sus hijas ocupaban la misma casa que Vanessa y los suyos en el 50 de Gordon Square, su inclusión en Bloomsbury no fue fácil, y Virginia no se mostró muy comprensiva cuando ya en sus treinta, y siendo padres, su hermano y su cuñada decidieron estudiar Medicina para dedicarse al psicoanálisis. Pero no solo ella dudaba de incluirlo en su grupo; a pesar de que Adrian fue miembro original de Bloomsbury, en sus memorias Leonard no lo cuenta entre los amigos que se reunieron el 4 de marzo, convocados por Molly MacCarthy, para una reunión de lo que llamaron el Memoir Club y que tenía por objetivo juntar a los miembros del ya famoso grupo, para que contaran sus historias y recuerdos. Además de Molly Desmond, ese día los participantes fueron Leonard y Virginia Woolf, Maynard Keynes, Lytton Strachey, Clive y Vanessa Bell, Duncan Grant, Morgan Forster, Sydney-Turner, Sydney Waterlow y Roger Fry.[230] Con el tiempo, el Memoir Club sumó más invitados; entre ellos, David Garnett. La intención de Molly era la de inducir a su marido a escribir algo más que periodismo. Tanto ella como sus amigos conservaban la ilusión de que la brillantez de Desmond se canalizara literariamente. Habían creído ver en él a una especie de nuevo Henry James, pero aun cuando seguía fascinando a todos con su conversación, Desmond nunca escribía la obra que ellos esperaban de él. Si bien el club no tenía reglas ni actas, estaba basado en que cada miembro fuera “absolutamente franco”. De todas maneras, las reuniones no dejaban de ser una especie de examen de brillantez, que cada uno debía enfrentar a su turno, y aunque Desmond siguió como hasta entonces, puede considerarse que el club fue todo un éxito.

De hecho, Virginia encontró muy interesante la primera reunión del Memoir Club: “Siete personas leyeron —y Dios sabe qué no leí en sus lecturas”. Luego de que Sydney Waterlow relatará un sueño en el que revelaba “la aparente obtusidad del Sydney diurno ante el imaginativo poder del Sydney soñador”, habló “Clive puramente objetivo”. Cuando le tocó el turno a Nessa, en principio se apegó a los hechos, pero luego, superada por la profundidad de las emociones que debía expresar, fue “incapaz de leer en voz alta lo que había escrito”. A Virginia, Duncan le pareció fantástico, y Molly, aunque formal al principio, terminó mezclando todas sus hojas, equivocándose de página y arribando “firme pero temblequeante y diligente hacia el final”. También habló Roger: “Bueno, pero demasiado objetivo”. Fue así que, a pesar de que la

reunión le resultó estimulante, Virginia escribió en su diario: “Dudo que cualquiera vaya a *decir* las cosas que interesan, pero no pueden evitar que salgan a la luz”. Lo cierto es que, dadas las características de sus integrantes, las reuniones debían parecer una competencia de talentos más que una reunión de amigos.

En la segunda reunión del Memoir Club, Virginia encontró que Leonard se mostró objetivo y triunfal, pero luego del silencio que siguió a su propia exposición, se sintió mortificada, disgustada consigo misma:

«“Una compañera que generalmente respeto y admiro”, y lamentó: “¡Oh, pero por qué leí esa basura egoísta y sentimental! [...] ¡Qué me llevó a exponer mi alma desnuda!”. Era evidente que la necesidad de destacarse podía llevarla a situaciones de demasiada exposición, pero gracias al Memoir Club contamos con valiosos testimonios autobiográficos. Al principio las exposiciones de los integrantes eran cortas y numerosas; con el tiempo, dado el interés de los participantes, comenzaron a extenderse, admitiéndose dos lecturas por velada».[231]

Con una nueva novela en marcha, la atención que requería la Hogarth Press y una abultada vida social, las consecuencias no se hicieron esperar y los artículos y reseñas periodísticas de Virginia disminuyeron en forma considerable respecto de los años anteriores. [232] De todas maneras, el periodismo seguía siendo un ejercicio ideal, y luego de escribir un artículo sobre Henry James que fue bien recibido por el editor de *The Times* —pero que algunos criticaron diciendo que era “condenadamente refinada”—, reconoció cuáles eran las limitaciones que debía superar. Además, para no comprometerse emocionalmente con las críticas negativas, se propuso “inventar alguna regla sobre los elogios y las críticas”. Sin escudarse en actitudes defensivas, Virginia intuyó que el hecho de escribir bien fastidiaba a los ancianos caballeros que, como señalamos, consideraban su estilo pretencioso, “y luego una mujer escribiendo bien, y escribiendo en *The Times*, eso es el colmo”. Aun así, estaba dispuesta a reconocer la parte de verdad que podría haber en esas críticas, pero lo que realmente le preocupaba era fortalecerse para cuando apareciera publicada “Una novela no escrita”.

A la sombra de su estilizada y delicada figura se escondía una aguerrida fibra siempre pronta a tensarse en favor de su escritura. Su curiosidad, la manera en la que se interesaba por las otras personas,

perseguía un conocimiento que debía transmutar en palabras. Como le sucede al narrador de “Una novela no escrita”, con solo mirar a la gente Virginia se sentía tentada de convertirlos en personajes que adquirirían vida propia. Así fue en ocasión de salir del teatro, cuando siguió furtivamente a su primo Herbert Fisher, y luego registró en su diario:

«Lo seguí a lo largo de los vacíos e iluminados alrededores de Westminster, lo vi pasear tan distinguidamente, aunque para mí, tan vacío, hacia el Patio del Palacio, para tomar parte en el gobierno del Imperio. Su cabeza gacha —las piernas un poco tembleques—, pies pequeños. Traté de meterme dentro de él, pero solo pude suponer que pensaba de una manera exaltada [...] cosas que yo consideraría puras tonterías. En efecto, siento esto cada vez más y más. Me he sumergido en la cabeza de cada uno de ellos y he vuelto a salir, creo».

La mente de los otros era de por sí interesante, y por entonces Virginia sentía que con relación a la suya la vida de los pintores era más sencilla, porque no necesitaban sociabilizar, en tanto se preguntaba si, siendo escritora, podía prescindir del mundillo de South Kensington. A tal punto le interesaba esa parte de la “humanidad” —escribía en una carta a Nessa, de viaje en Italia—, que irse “a la tumba con ese problema irresuelto sería un amargo fracaso a mis ojos. Si me ves patear y agitarme en mi lecho de muerte, se deberá a eso”.

Como solía ocurrir cuando sentía la lejanía de su hermana, Virginia reconocía que había “algo sobre el Delfín (Vanessa) y su familia” que no podía ser igualado. Con ella era capaz de sincerarse, incluso reconocer los celos que le inspiraba Katherine Mansfield,^[233] cuya genialidad proclamada por el *Athenium* la llevaba a preguntarse, no sin ironía, acerca de “la pobre Mrs. Woolf”. Su afán por realizarse la convertía en una mujer unas veces celosa y otras, ambiciosa. Lejos de regodearse en una actitud autocomplaciente que apenas podía

tolerar en los demás —le resultaba repugnante ver a Desmond MacCarthy complacido al ser nombrado director de una revista—, Virginia escribía en su diario: “Ahora está satisfecho. La satisfacción es un espectáculo deprimente: ¿qué motivos hay para estar satisfecho?”. Para ella la escritura era un desafío que acechaba y conspiraba contra cualquier complacencia: “El poder creador que burbujea tan agradablemente al comenzar un nuevo libro se calma después de un tiempo, y uno continúa con más firmeza. Las dudas nos acechan. Luego

uno se resigna. La determinación de no ceder, y la sensación de una forma inminente, es lo que lo mantiene estimulado más que nada”.

La mente de los otros

También preocupada por el entorno social y político, a pesar de los temores de los aristócratas y las clases altas, y de las expectativas de sus amigos socialistas y laboristas, Virginia no creía que la revolución fuera posible en Inglaterra. Todavía la sociedad inglesa podía mostrarse muy conservadora y moralista, cosa que tuvo la oportunidad de comprobar cuando Madge y William Vaughan, que pensaban alquilar Charleston a Vanessa, cambiaron de opinión atentos a los rumores de su situación matrimonial y su relación con Duncan. De hecho, Madge llegó a escribirle a Vanessa pidiéndole explicaciones acerca de su vida privada. La contestación de Vanessa, “mitad entretenida y mitad furiosa”, fue terminante. ¿Qué tenía que ver eso con que alquilase o no su casa? ¿Acostumbraba a inquirir sobre el carácter de sus arrendatarios? En su carta Vanessa continuaba diciendo:

«En cuanto al chisme acerca de mí [...] me parece casi increíblemente impertinente de tu parte que me pidas que satisfaga tu curiosidad al respecto. No puedo concebir por qué lo consideras siquiera de tu incumbencia. Soy absolutamente indiferente a cualquier cosa que el mundo pueda decir acerca de mí, mi esposo o mis hijos. Las únicas personas cuya opinión puede afectarla a una, las clases obreras, afortunadamente tienen el sentido casi total de darse cuenta de que no pueden saber nada de la vida privada de los demás y no permiten que sus especulaciones acerca de lo que uno hace interfieran con su juicio respecto de uno. Las clases medias y altas no son tan sensibles. No importa, ya que no tienen poder sobre la vida de una. Pero me parece trágico que tú pienses como ellos. Si no puedes aceptarme como te parezco ser, entonces debes renunciar a mí, ya que no tengo intenciones de confesarte mis pecados o defender mis virtudes ante ti. Mis relaciones con otras personas no te conciernen, ni podrías comprenderlas incluso si tuvieras mayores oportunidades de hacerlo de las que tienes. Digo esto porque es evidente —debe serlo también para ti— que nuestros puntos de vista acerca de la vida son considerable y

totalmente opuestos.

Esto no me prevendría de verte con placer, hablar de muchas cosas contigo, incluso de admitirte en mi hogar. Sin embargo, si no puedes vivir donde yo he vivido sin asegurarte de que soy apta para ser invitada al palacio de Buckingham[234] entonces es mejor darnos cuenta de que somos demasiado diferentes como para vernos con provecho».

Casi al mismo tiempo que ocurría este franco intercambio epistolar entre Vanessa y su antaño idealizada amiga, Virginia recibió una carta del editor de Madge ofreciéndole un ejemplar de su libro y otra carta de ella preguntándole si lo comentaría. “Tal es la moralidad de una mujer que no contaminará a sus hijos hospedándose en Charleston”, señaló Virginia, incorruptible defensora de Nessa, que explicando su vínculo de amistad con la autora, rechazó hacer la reseña. Finalmente cuando el libro apareció comentado en *The Times*, le pareció que la reseña era una sarta de “puras mentiras, muy cortés y aburrida como agua estancada”. Los convencionalismos, las “evasiones sentimentales” y compromisos como el que hubiera asumido al reseñar el libro de Madge eran reliquias del pasado.

Para los integrantes de Bloomsbury, la modernidad iba de la mano de una nueva moral y percepción de la realidad, cuestión que también puede relacionarse con los adelantos técnicos que desde finales del siglo XIX revolucionaban la vida cotidiana. En “La narrativa moderna” Virginia había señalado que la pasmosa evolución de la tecnología a duras penas tenía su correlato en la narrativa. Los escritores como Bennett, Wells y Galsworthy se esmeraban en describir complejas y pesadas maquinarias, un trabajo vano que oscurecía y manchaba “la luz de la concepción. ¿¿Cómo dar un correlato a lo que podía percibirse en un estudio fotográfico cuando “un millón de velas centellean en tu cara, y así la verdad absoluta es obtenida”? Su narrativa quería dar cuenta de esos fenómenos, pero sobre todo la fascinaban los procesos mentales normales o de los otros, como quedó en evidencia luego de que fuera testigo de lo que llamó un “caso de histeria servil” originado tal vez en el deseo de “actuar un sueño”. Todo había comenzado con una serie de desgracias que contó Mary, la empleada de Nessa que aseguró que en el lapso de 15 días habían fallecido su madre, su padre y su amante, y no hacía mucho su hermano por neumonía. Días después descubrieron que todas esas historias eran producto de una mente enferma, y que Mary había simulado e incluso escrito cartas en las que supuestos conocidos

le informaban de todas esas desgracias. Luego de comer en casa de Nessa, Virginia vio cómo llevaban a la pobre mujer al hospital mental de St. Pancras. Conmovida, en un estado de gran receptividad, se dirigió a su casa, y mientras contemplaba la ciudad desde la parte alta de un autobús, observó a una vieja mendiga, ciega, sentada contra una pared. Más tarde, registró en su diario el episodio y las reacciones que este tipo de escenas disparaba:

«Sosteniendo un perro callejero marrón en sus brazos —la mendiga— cantó en voz alta. Había una imprudencia en ella; muy en el espíritu londinense. Desafiante — casi alegre—, apretujando a su perro como para mantenerse caliente. ¿Cuántos junios se ha sentado ahí, en el corazón de Londres? Cómo llegó a estar ahí, qué escenas puede revivir, no logro imaginármelas. Oh maldita sea, digo, ¿por qué no puedo saber todo eso también?»

Cantando estridentemente “pero para diversión propia no mendigando”, la vieja mendiga reaparece en *La señora Dalloway*. Pero sería erróneo pensar que todas las personas le parecían tan interesantes. En mayo y días antes de que Leonard fuera designado candidato laborista por la universidad, los Woolf visitaron al matrimonio Cole — dos jóvenes y activos intelectuales socialistas que trabajaban para el Partido Laborista— y, como solía suceder en esas ocasiones, Virginia no se sintió a gusto. El matrimonio le recordó a unos Webb en embrión, y tuvo la sensación de estar “metiendo la pata a cada paso”. Lo cierto es que se había sentido irritada y vaticinaba que Mrs. Cole, en cuya mente no parecía haber “ni una sombra o valle”, se convertiría en “una mujer intelectual del tipo astuta fox-terrier anciana”.

Se acercaba el verano y el buen tiempo preanunciaba otro tipo de eventos sociales y culturales. Una galería de personas desfilaba ante los ojos de Virginia y poblaba sus diarios. Para los Woolf, la copa de Ascott, “la marea más alta de la más grandiosa temporada de las mejores sociedades”, no significaba demasiado, aunque Virginia podía dejarse llevar un momento al oír “el rumor de las ruedas en Picadilly una linda tarde” viendo “en el interior de los coches los rostros empolvados como joyas en vitrinas”. Si bien su vida social conectaba solo ocasionalmente con el tipo de eventos preferidos por la alta sociedad, los Woolf estaban muy ocupados, asistían a numerosas cenas, a las reuniones del Memoir Club y recibían muchas invitaciones. Había momentos en los que las exigencias de la amistad no eran fáciles de equilibrar; algo así sucedió en una exposición de Roger Fry, donde Virginia sintió que la alta

valoración que tenía de su amigo no coincidía con lo que pensaba de su obra. “Los innumerables cuadros cuelgan, como muchachas feas en un baile, y nadie apuesta ni un penique”, escribió en su diario y agregaba: “¿Qué hay para decir, excepto que los malos cuadros no se venden?”.

Era evidente que la cuestión del reconocimiento y la fama afectaba a la mayoría de los integrantes de Bloomsbury. Durante la exposición de Roger, Virginia y Lytton conversaron sobre estos temas, y él le confesó que su ambición lo empujaba a vivir, pero que no quería “la fama o influencia de Maynard” sino la de un viejo caballero que a sus ochenta años recibiera el homenaje y fuera escuchado por un grupo de admiradores atentos a sus denuncias. Aunque creía que eso era irrealizable, Virginia compartía el gusto de su amigo por denunciar falsedades. En ese sentido, en tanto anticipaba que *The Story of the Siren* de E. M. Forster —próximo a ser publicado por la Hogarth Press— sería un *boom*, en una reunión de escritores y en contra de la opinión general, incluso de la de Katherine Mansfield, se atrevió a decir que *El rescate* de Joseph Conrad era un rígido melodrama. En momentos así, Virginia se preguntaba si podía considerarse a sí misma una crítica literaria; de hecho, sentía que en esa ocasión había sido “la única voz independiente en un coro de obedientes ovejas”.

Por entonces, las cerca de treinta reseñas escritas ese año representaban muchas menos que el año anterior, tal vez porque trabajaba como “jornalera” en su editorial y además le quedaba poco tiempo para dedicarse a su novela. También escribía la narración corta “Lunes o martes”, y afrontaba otra crisis de su empleada doméstica, Nelly, quien aseguraba sentirse “entre la vida y la muerte”. En realidad, su problema se solucionó con unas pastillas recetadas por el médico, pero durante cerca de diez días toda la rutina de la casa se vio trastornada. Finalmente, a principios de agosto los Woolf se dirigieron a Monk’s House. Allí Leonard confesó que también él estaba al borde del derrumbe; desde que Barbara los había abandonado no tenían ayudante en la imprenta y él debía, además de las tareas propias del oficio, cargar con todas las administrativas. La imprenta había dejado de ser un pasatiempo para convertirse en un exigente trabajo que requería más de lo que podían hacer los dos solos. En efecto, en 1920 la Hogarth Press publicó *The Story of the Siren*, de E. M. Forster, las *Reminiscencias de Tolstoi*, de Maximo Gorki —traducidas por un ucraniano apellidado Koteliansky[235] y el propio Leonard—; también aparecieron cuentos sobre el Antiguo Testamento, de Logan Pearsall Smith.

Temas pendientes

Además del trabajo en la imprenta, las actividades políticas de Leonard se multiplicaban. Desde 1918 era secretario del Comité de Relaciones Internacionales del Partido Laborista, y en 1920, además de ser nombrado editor político de *The Nation*, le pidieron que se presentase como candidato al Parlamento por parte de la Seven Universities Democratic Association, un combinado de universidades que conformaba un distrito elector y que debía elegir representante. A todo esto se sumaba la perspectiva de que la Hogarth Press se convirtiera en un proyecto comercial. Según Leonard contó en sus memorias, el libro de Gorki significó un punto de inflexión en la historia de la editorial. El año anterior Katherine Mansfield y Middleton Murry les habían presentado a Kotliansky, un emigrado ruso a quien Gorki le había enviado una copia de *Reminiscencias* y los derechos para su traducción al inglés. Libros extranjeros nunca antes publicados y que difícilmente aceptarían editoriales comerciales eran bienvenidos en la Hogarth Press. En este caso, los Woolf acordaron que Kotliansky —a quien apodaban Kot— hiciera una primera traducción dejando grandes espacios entre líneas, para que luego ellos, que comenzaron a estudiar ruso, la corrigieran y terminaran. Esta primera versión de Gorki fue un éxito y siguió publicándose por más de cuarenta años.

En Rodmell y lejos de la vorágine e inmediatez que caracterizaban la vida en Londres, Virginia pudo dedicarse a su novela. *El cuarto de Jacob* avanzaba a la par que leía el *Quijote*. También se ocupó de otras cosas, como pintar la casa, y delinear los proyectos que llevarían a cabo en el otoño. Por entonces, los Woolf decidieron tentar a Ralph Partridge, un ex soldado enamorado de Carrington que Lytton protegía,^[236] para que los ayudara en la imprenta. El joven de veintiséis años impresionó a Virginia: “Tiene un cuerpo magnífico: hombros como un fuerte roble; la salud tintineando bajo su piel”. Si bien no creía que le interesara la literatura y pensaba que Carrington se avergonzaba un poco de él, destacaba en su diario: “¡Pero qué hombros!”. El trato estipulaba que pagarían cien libras a Partridge y lo incluía como socio y secretario. Si bien el acuerdo le parecía apresurado, Virginia se sentía con deseos de arriesgarse, porque ¿cuál era “el sentido de la vida” si uno no se precipitaba?

Asumir riesgos fue característico de esos años de despegue y de temores. En ese sentido, la amistad con Katherine Mansfield puede

considerarse uno de los riesgos que Virginia no dudó en asumir. Como dice Angela Smith, “a la vez que escribía *El cuarto de Jacob*, Virginia Woolf estaba involucrada en la más intensa fase de su amistad con Katherine Mansfield”; la relación era compleja y atractiva: “Woolf y Mansfield eran literalmente extrañas en términos de nacionalidad y de crianza, pero también eran familiares, tenían grados de afinidad”. A pesar de ello, Virginia siempre tuvo la sensación de que Katherine se le evadía, la desconcertaba. Por eso se sintió confundida cuando, en mayo, recibió una escueta y formal nota suya, diciendo que había regresado a Londres y quería verla. El tono de la misiva puso a Virginia a la defensiva, y aunque se preguntó “¿está resentida conmigo?”, no resistió la tentación de ir a su encuentro:

«Ni placer ni emoción al verme — escribió Virginia en su diario—. Me di cuenta de que es del tipo gatuno: ajena, compuesta, siempre solitaria y observante. Y luego hablamos acerca de la soledad, y descubrí que expresaba mis sentimientos como nunca antes los había oído expresados. Después de eso nos pusimos al día, y como suele sucedernos, hablamos fácilmente como si ocho meses fueran minutos».

Una vez superada la desconfianza, las escritoras remontaban la “formalidad y frialdad” de los primeros momentos del encuentro, pero es dudoso que se soltaran del todo. De hecho, viéndola completamente “concentrada en su arte”, Virginia pretendió ante Katherine que no podía escribir, a lo que esta le contestó: “¿Qué más queda por hacer?”. Antes de despedirse, Katherine le pidió cuentos para publicar en *Atheneum*, la revista que dirigía Murry. Sorprendida por escuchar semejante propuesta de quien había criticado seriamente *Noche y día*, Virginia oyó cómo la “inescrutable” mujer no solo decía que nadie más que ella podría escribirlos, sino que “Kew Gardens” era el punto de viraje hacia una nueva narrativa. En ese momento y aunque no había tenido intenciones de hablar del tema, le preguntó su opinión acerca de *Noche y día* e incluso logró sonsacarle un halago que de todas maneras no llegó a convencerla: “¿Qué significa entonces su crítica? ¿O está siendo emocional conmigo?”. Sea como fuere, sentía que no había “nadie”, a excepción de Leonard, con quien pudiera hablar con tanta libertad y franqueza acerca de escribir. Ante la inminencia de la partida de Katherine, Virginia intuía lo que podría ser “el vacío de no tenerla para hablar”. Una mujer a la que le importaba escribir tanto como a ella era “muy rara”, y tenía la sensación “de un eco que retorna a mí desde

su mente ni un segundo después de haberle hablado”. A diferencia de lo que sucedía en su pareja con Leonard, a Virginia le llamaba la atención la distancia que caracterizaba a la de Katherine y Murry. De hecho Katherine partió sola de Inglaterra y vivió sus últimos años en compañía de su amiga Ida Baker. Su enfermedad avanzaba, pero según se refleja en sus diarios, es probable que Virginia no tomara conciencia de lo mal que se encontraba su amiga. Si en algún lugar de su mente o su alma Katherine sabía que le quedaban apenas tres años de vida, una secreta añoranza por el tiempo por delante que Virginia tendría para expresarse bien podría ser una de las razones por las que se mostraba distante y complicada. “Es extraño lo poco que conocemos a nuestros amigos”, pensó Virginia al verla por última vez, y con ansiedad se preguntaba en su diario: “Pero tenemos la intención de escribirnos. Me mandará su diario. ¿Lo haremos? ¿Lo hará? Si fuera por mí lo haría; ya que soy la más simple y directa de las dos”.

Las cartas que le reclamaba a Katherine exigían respuestas y un diálogo que podría haber sido importante, ya que por entonces y con acierto Virginia llegó a pensar que lograría la *inmortalidad* como escritora de cartas. De todas maneras, en esos momentos las cartas conspiraban, junto con los artículos, la imprenta y su vida social contra *El cuarto de Jacob*. En esta etapa de realización y cuestiones pendientes, Virginia se interrogaba: “¿Hasta dónde nuestro grupo ha justificado su promesa?”. Durante una visita a Rodmell, Lytton leyó unas páginas de la biografía que estaba escribiendo sobre la reina Victoria, y aunque se quedó dormida en plena lectura, Virginia creyó que se trataba de un libro que tenía una gran fuerza, era “un milagro en el sentido de la condensación y composición”, y presentaba una manera diferente de hacer historia. Pero añadía: “No se qué cualidades tiene. Sospecho que depende demasiado de las citas entretenidas, y le teme mucho a lo aburrido como para decir algo fuera de lugar. Para nada un libro meditativo o profundo; por otra parte, un texto marcadamente compuesto y homogéneo”. Era un hecho que Lytton había dejado de ser un competidor, y ya no le generaba la inseguridad que sentía cuando, por ejemplo, estaba en presencia de Tom Eliot, a quien vio ese septiembre mientras escribía el séptimo capítulo de *El cuarto de Jacob*. Eliot no era fácil de tratar y creía que él ignoraba sus pretensiones como escritora; además, que se declarara admirador de Joyce no era para nada estimulante y Virginia comenzaba a temer: “Lo que hago está probablemente siendo mejor realizado por Mr. Joyce”.

Terminaban las vacaciones y, a pesar del mal tiempo, de la

conflictiva visita de Eliot y de un dolor de cabeza que la afectó varios días, de las incomodidades de la casa —no tenían cuarto de baño sino un retrete exterior— y de contar solo con una empleada, los Woolf consideraban que ese verano en Rodmell había sido por lejos el mejor. Monk's House y sus alrededores habían triunfado y aunque Virginia se quejaba de los gritos de los niños de la escuela cercana, en otras ocasiones le parecían pintorescos como si se tratara de cantos de pájaros: “Te levantan el ánimo en vez de molestarte”. Para que no atacasen el huerto ni el jardín sin permiso, los Woolf hicieron un trato con los pequeños, ofreciéndoles manzanas.

De regreso en Londres, la vorágine de encuentros y trabajo volvió a dar cuenta de ellos. Consideraron qué libros imprimirían al año siguiente y también estudiaron el estado de su economía. *Athenaeum* había publicado el relato “Objetos sólidos”, pero dado el estado de cuentas de las ventas de *Noche y día*, Virginia creía que no harían “suficiente dinero de esa manera”. A la luz de que la cuestión financiera seguía siendo ajustada, Leonard aceptó un pago menor que el esperado por sus colaboraciones en la *Contemporary Review*.

A fines de octubre, no del mejor humor, Virginia se permitió dar rienda en su diario a su melancolía y se preguntaba: “¿Por qué la vida es tan trágica; tan parecida a una pequeña tirita de pavimento sobre un abismo? Miro hacia abajo; me siento mareada; me pregunto cómo es que voy alguna vez a caminar hacia el final”. Luego de describirlo, ese sentimiento desapareció. ¿Qué le impedía, entonces, escribir más seguido acerca de sus estados de ánimo?:

«Bien, la vanidad de uno lo prohíbe. Quiero parecer un éxito incluso ante mí misma. Sin embargo, no llego al fondo de ello. Es el no tener hijos, vivir lejos de mis amigos, fallar en escribir bien, gastar demasiado en comida, envejecer [...] Bien, entonces, trabajo. Sí, pero me canso tan rápido del trabajo... solo puedo leer un poquito, una hora de escritura es suficiente para mí».

El esfuerzo de volver a Londres, la suma de lo que llamaba “trivialidades”, incluso la lectura de los periódicos, la hacían exclamar: “La infelicidad está en todas partes, detrás de la puerta; o la estupidez, que es todavía peor”. De todas maneras, y aun sin liberarse completamente de la irritación, pensaba que volver a *El cuarto de Jacob* reviviría sus “fibras”. El fin de año se acercaba con su carga de

melancolía, pero Virginia podía entusiasmarse leyendo el *Symposium* de Platón: “¡Ah, si yo pudiera escribir así!”. Se mantenía a flote y reconocía que la casa de Nessa representaba una especie de “sorprendente claridad en el corazón de las tinieblas” y que “no tener ese refugio aquí sería terrible”. Que su trabajo fuera apreciado hacía ceder la insidiosa marea de la desdicha, por lo que se sintió aliviada en una reunión del Memoir Club, en la que había estado particularmente brillante leyendo “22 Hyde Park Gate”, el texto en el que recordaba su infancia y primera juventud. Al margen de las diversiones, e incluso de la depresión que a veces la invadía, Virginia seguía trabajando mucho. La Hogarth Press no les dejaba un minuto libre, la madurez había llegado con sus responsabilidades y ella se daba ánimos:

«Luego, ambos tan populares, tan reconocidos, tan respetados... y Leonard de 40, y yo acercándome, así que no hay mucho de qué alardear. En el fondo de mi corazón, también, prefiero los mediocres y anónimos días de la juventud. Me gustan las mentes juveniles; y la sensación de que nadie es nadie todavía».

CAPÍTULO XXIV - 1921

Forma, ritmo y estilo

EN plena crisis de la edad madura, sin hijos y con una obra literaria que todavía no colmaba sus expectativas, Virginia comprobaba que el trabajo le daba felicidad y la melancolía desaparecía. El remedio consistía en no dejar nunca “un compartimento vacío” en su mente, inventar frases, ver avanzar su novela y participar, a la distancia, de la vida de los otros. Como si se tratara de una metáfora de la vida y de las relaciones humanas, observaba lo que sucedía en Gordon Square, la casa que sus hermanos compartían y que se parecía “a la casa de los leones en el zoológico. Uno va de jaula en jaula. Todos los animales son peligrosos, bastantes suspicaces el uno del otro, y llenos de fascinación y de misterio”.

Por su parte, lamentando que esa fecha no se correspondiera “con mi cumpleaños 25, sino con mi cumpleaños 39”, el 25 de enero Virginia comenzó un nuevo cuaderno de su diario. Si bien se sentía halagada porque Lytton quería dedicarle su nuevo libro, no pasaba por su mejor momento. Pero no había tiempo para quejas, la Hogarth Press demandaba atención y, por otra parte, “en crisis” con *El cuarto de Jacob*, deseaba escribir veinte mil palabras de un tirón y con frenesí. En cuanto a la vida social, las reuniones del Memoir Club podían traer revelaciones: por entonces Clive recordó a su antigua amante Mrs. Raven-Hill, brindando un dato que Virginia desconocía y de alguna manera le incumbía, ya que esas relaciones duraron hasta dos años después del matrimonio de él, es decir, coincidían con la época en que se confesaba atraído por ella. Pero el Memoir Club también evidenciaba que los primeros integrantes de Bloomsbury habían llegado a tener una

forma más o menos definitiva. Era el momento de demostrar los avances logrados, y en una de las reuniones del grupo, Maynard Keynes —“la pieza sólida de la noche”—[237] realizó una exposición brillante, muy diferente de la achispada alocución de Clive.

A principios de año, sobrecargada de trabajo, Virginia casi abandona su decisión de aprender ruso para colaborar con las traducciones de Koteliansky, pero a mediados de febrero todavía insistía en su esfuerzo. Otra de las distracciones que jalonaban esta etapa eran las reuniones en la taberna Cock, un punto de reunión o suerte de club, asociado a lo literario, donde la comida era sencilla y la vestimenta informal. El ambiente era propenso a las confesiones; además, mientras escuchaba al distante, “pálido, marmóreo” T. S. Eliot que se quejaba de que los críticos lo considerasen “erudito y frío”, Virginia descubría que sus preocupaciones distaban de ser originales.

En una comida organizada en el 46 de Gordon Square, en ocasión de despedirlo porque viajaba a Menton, Francia, para encontrarse con Katherine Mansfield, que estaba allí sola y enferma, Middleton Murry le comentó a Virginia que la escritora neozelandesa lo esperaba pensando que todos la habían olvidado. Aunque Virginia tenía sus recelos —lo consideraba un representante cabal del “*underworld*” y no admiraba su trabajo como director del *Athenium*—, se compadeció de él, y como solía hacer su madre con los jóvenes enamorados, lo escuchó desahogarse. Murry hablaba de Katherine con devoción, parecía desdichado, experimentaba sentimientos de culpa, y Virginia lo absolvió. Los dos permanecieron sentados cuando los demás ya se habían ido, y Murry, que había tenido una aventura con Elizabeth Bibesco, le dijo: “Siempre sostuve que uno era libre de hacer lo que le gustara. Pero ella estaba enferma, y eso era lo que importaba. [...] Y yo adoro a Katherine —es la persona más fascinante del mundo—, estoy completamente enamorado de ella”. Lejos de dejarse convencer por sus palabras, Leonard se remitía a los hechos y pensaba que Murry había corrompido, pervertido y destruido a Katherine, “tanto a la persona como a la escritora”. Subrayaba además que el sentimentalismo de Murry había contrariado la naturaleza cínica y desprejuiciada de su escritura, provocando tensión entre ellos, cuestión que se hacía evidente en los comentarios amargos de Katherine sobre su marido.

La conversación con Murry llevó a Virginia a reconocer finalmente la gravedad del estado de salud de Katherine y, dejando de lado sus reservas, le escribió una carta íntima, chispeante e ingeniosa en la que le contó que Morgan Forster “había dicho que *Preludio y Fin de viaje*

eran las mejores novelas de su tiempo, y yo me dije:

«¡Maldición, Katherine! Por qué no puedo ser yo la única mujer que sabe escribir”».

Por otra parte, recordando su difícil carácter, en su diario, Virginia reflexionaba, apenada:

«“De todos modos, si ella no fuese tan astuta no podría ser tan desagradable”».

La disposición de Murry a utilizar el talento de Katherine en provecho propio, e incluso el hecho de que la promocionara abiertamente en su revista, contrariaba a los Woolf. Murry representaba la contrafigura de Leonard, y era evidente que Katherine no contaba con el mismo apoyo que Virginia. Mientras el matrimonio de Katherine era el de dos escritores centrados obsesivamente en su trabajo, en su “arte”, el de Virginia se veía impregnado de las preocupaciones políticas y sociales de Leonard, lo que imponía otros criterios y realidades ajenas a la escritura. Había momentos en que la “torturada intensidad” con la que Virginia se dedicaba a su obra cedía ante una sensación de culpa por no ocuparse lo suficiente de la política. Es así como en su diario veía la importancia de “escribir una disquisición histórica sobre el retorno de la paz, ya que la vieja Virginia se avergonzará de pensar lo muy charlatana que era, siempre hablando acerca de la gente, nunca de política”. Aun así, tales propósitos eran pronto abandonados, y se decía a sí misma, no sin razón, que los diarios personales de mujeres como Mrs. Webb se ocuparían extensamente de esas cuestiones. El caso es que, lejos de perder el tiempo, a principios de marzo tenía listo *Lunes o martes*, un libro de relatos que incluía “Una novela no escrita”, “Kew Gardens”, “La mancha en la pared” y cinco narraciones nuevas acompañadas de grabados de Vanessa. También estaba próximo a salir un nuevo libro de Leonard, *Stories of the East*; en tanto, en el curso del año, la Hogarth Press publicaría *The Note-Books*, y *Reminiscences*, de Chejov, con traducciones de Leonard y Koteliansky, y un libro de poemas de Clive Bell.

Absorbida por el presente, Virginia apenas se sintió afectada al enterarse del casamiento de su hermanastro Gerald Duckworth. Por entonces volvió a ver a Violet Dickinson, a quien consideró “una reliquia” del siglo XIX, cuyo estilo de vida parecía haberse cristalizado

en la última década del siglo anterior, como contando con una deidad protectora. Veinte años antes, las había unido una amistad apasionada, y en tanto Violet parecía no haber cambiado, Virginia no era la misma; sentía que, aunque nadie lo notase, y ni siquiera pudiera “darle un nombre”, podía rastrear en su diario el cambio que se reflejaba en un estilo que se resistía a permanecer fijo y que fluctuaba permanentemente. Los cambios y fluctuaciones también caracterizaban su ánimo y ella admitía que se sentía regida por una suerte de “escala automática de valores interna”, que decidía, en cada momento, “qué podría estar haciendo mejor con mi tiempo”. También reconocía un ritmo propio, una especie de marea interior que sería responsable del uso del tiempo, determinando no solo cuándo y qué leer, cuándo estudiar ruso o cuándo escribir, sino que indicaba cuestiones en apariencia triviales:

«Ahora sería mejor que remendara mis medias marrones”. Dispuesta a analizar esos ciclos anímicos y mentales, se preguntaba de dónde provenía esa “escala de valores”. ¿Era un legado de sus “abuelos puritanos”?»

Fuera propia o heredada, esa escala de valores asociada al trabajo reunía de manera compleja el placer y el deber, y aunque podía disfrutar reseñando libros y encontraba “placer en dejarse llevar por la lectura”, también la guiaba la necesidad de “ganar dinero” con el periodismo. De todas maneras, dado que conspiraban con los exigentes “esquemas de trabajo” que pautaba para sus novelas, las colaboraciones periodísticas disminuyeron durante esos años. La vida social también interfería con sus propósitos, y en esas ocasiones Virginia anotaba en su diario cómo había desperdiciado una mañana de trabajo: “La crema de mi cerebro en el teléfono”. También las visitas la interrumpían y luego se culpaba a sí misma: “Me maldigo a mí misma por ser semejante esnob, incapaz de conciliarme con *El cuarto de Jacob*”. En esos casos, su diario adquiría la forma de un superyó tiránico, a través del que se reprendía a sí misma. En sus memorias, Leonard describió cuáles eran las exigencias que formaban parte del proceso creativo cuando Virginia escribía sus novelas:

«Nunca he conocido a nadie que trabajara con mayor intensidad, que tuviera una concentración más infatigable que Virginia. Este era el

caso cuando se encontraba escribiendo una novela. La novela se convertía en parte de ella y ella misma era absorbida por la novela. Escribía solo por la mañana de diez a una, y por lo general tipiaba por la tarde lo que había escrito por la mañana, pero durante todo el día, cuando andaba caminando por las calles de Londres o en las colinas de Sussex o por las praderas inundadas o a lo largo del río Ouse, el libro se estaba moviendo de modo subconsciente en su mente o ella misma se encontraba moviéndose como en un estado de ensoñación a través del libro. Era esa intensa absorción que hacía a su escritura tan exhaustiva mentalmente para ella, y todo a lo largo de su vida intentó mantener dos tipos de escritura simultáneamente, ficción y crítica».

Para Leonard, “la parte de la mente que utilizaba para la crítica, incluso la biografía, era distinta de la que utilizaba para sus novelas”. Él estaba convencido de que pasar de la escritura de las novelas a la de las críticas y reseñas descomprimía una tensión que de otra manera se tornaba obsesiva.

Acompañar a Leonard en sus giras políticas podía ser otra manera de descomprimir la tensión que le generaba el trabajo. En marzo, Virginia fue con él a la ciudad de Manchester, donde debía presentarse como candidato a representante de las universidades en el Parlamento; y paseó por las calles todas iguales, “llenas de vías de tranvía”, de esa ciudad industrial muy diferente de Londres. Según pudo apreciar durante una comida en la rectoría, el tipo universitario también era distinto del que conocía. No había “brillantez en la superficie, ni una migaja de romance”; el conjunto de los académicos asemejaba una “pequeña sociedad familiar profesional, tratando de mantener un buen nivel”. Si bien reconocía que guiaba su juicio cierto esnobismo, Virginia creía que debía ser “más difícil decir cosas inteligentes y escribir libros inteligentes en Manchester que en Cambridge”. Un par de profesores “se sentaron pacientemente mirando el mantel sin decir nada, como dos caballos viejos que hubieran estado trabajando todo el día en el campo”. Las mujeres de los profesores también le resultaron peculiares y cuando le preguntaron de qué manera colaboraba con su marido, debió confesarles que su labor política se limitaba a escuchar. En un gesto de desaprobación, una de las mujeres movió la cabeza. Podían considerar a Leonard un espécimen político, ¿pero qué pasaba con su esposa? Virginia misma se lo preguntaba: “¿Por qué estaba yo ahí entonces? Ah, por lo divertido de gastar diez libras en Manchester y ver el zoológico. ¡Dios! ¡Qué cabeza de chorlito que soy! Pero ninguno de

ellos había leído mis libros. Así que fuimos al zoológico; y diría que puedo escribir cosas interesantes al respecto”.

Celos literarios: Leonard, Lytton y Virginia

Mucho más afín a su historia y gustos personales fue el viaje que días después llevó al matrimonio a Cornwall. Cuando se trataba del lugar que le recordaba su infancia, Virginia se reconocía “incurablemente romántica” y sentía que volvía allí “cargando mis fardos... bien, Leonard y casi cuarenta años de vida, todo construido sobre eso, impregnado de eso: tanto como nunca podría explicarlo”. Alojada cerca de la casa de su amiga Ka Cox —que se había casado con William Arnold-Forster— y embelesada con la vista del mar, contemplaba el vivaz bebé de su amiga y sumida en la nostalgia pensaba: “Qué de ilusiones [...] tendríamos si viviéramos en Cornwall y tuviéramos once meses de edad”. Ella misma había sido “una linda pequeñita aquí, y corría por la parte de arriba de las paredes de piedra, y le contaba a Mr. Gibbs después del té que estaba llena hasta hartarme”. Lo cierto es que le costó mucho abandonar esos parajes que le recordaban a la niña que alguna vez había sido. Por otra parte, el regreso a Londres disipó cualquier resto de encanto, ya que volvieron las preocupaciones. Incapaz de no comparar las repercusiones de *Reina Victoria*, el libro de Lytton, con las de *Lunes o martes*, Virginia se confesaba:

«“Soy un fracaso como escritora. Estoy fuera de moda; vieja; no voy a mejorar, no tengo cabeza, la primavera está en todos lados, mi libro salió (prematuramente) y recortado, fuegos artificiales deslucidos”».

Quedó aún más abatida cuando en la fiesta organizada en el 41 de Gordon Square en su homenaje, Lytton ni siquiera hizo alusión a sus relatos. Pudo haber tenido que ver con ello que la impresión del libro corriera por cuenta de F. T. McDermott, un impresor de Richmond que, según Leonard, hizo “uno de los peores libros impresos de todos los tiempos, sin duda el peor de todos los publicados por la Hogarth Press”. En efecto, el libro no vendió mucho y, sin “humor para leer entre líneas”, Virginia no encontró ningún aliciente en la crítica de Harold Child, que se preguntaba “si era posible lograr efectos de arte *no*

representativo en la literatura, pero (que) también encontraba toques de belleza, humor e ingenio”.

Comparar las malas ventas de *Lunes o martes* con el éxito de los libros de Leonard y Lytton despertaba sus celos y buena parte de sus preocupaciones comenzaron a girar en torno a un sentimiento de fracaso inevitable. Era consciente de que los celos eran una enfermedad descorazonadora que no discriminaba, ya que no estaba solo pendiente del libro de Lytton, sino también de lo que sucediera con *Stories of the East* de Leonard. Ávida de reconocimiento, que Lytton apreciara el relato “El cuarteto de cuerdas” pudo rescatarla momentáneamente de una melancolía que incluso paralizaba la escritura de *Jacob*. Pero fue la “completa ausencia de celos” lo que marcó el fin de la *enfermedad*, y recién entonces sintió que podía alegrarse de que Leonard recibiera una crítica elogiosa, y también entusiasmarlo con un nuevo proyecto, asegurando: “Un gran libro y sólido como el de Leonard es esencial”. Sus celos parecían obedecer a la falta de confianza y eran “síntomas de la vieja enfermedad” que podía volver en cualquier momento. Demostrarse a sí misma y a los demás que podría producir algo realmente bueno y novedoso era una carrera en la que competía con unos pocos escritores, pero cualquiera que se interpusiera en su camino, incluso Leonard, era considerado un rival peligroso. Así pues, cuando el *Daily Mail* publicó una reseña en la que decía que una de las historias incluidas en el libro de su marido podía considerarse entre los mejores cuentos cortos del mundo, Virginia admitió que la invadían una oleada de celos y el acuciante e inmediato sentimiento de sentirse un fracaso. No contribuía a su felicidad que en el *Daily News* apareciera una nota reseñando *Lunes o martes*, que, bajo el título de “Limbo”, se refería a los relatos diciendo que mostraban un “desolado mundo de sensación inconsecuente [...] una habitación para aquellas solitarias, desaliñadas almas conducidas por un gran viento que vuela a través del Limbo”. Este tipo de crítica opacaba reseñas más favorables como la de *The Times*, que, a tono con las intenciones experimentales que habían guiado la escritura de los relatos, señalaba que eran ejemplos de los recursos “del arte ‘no representativo’ que se deslizan desde la pintura para ver qué puede hacerse con las palabras”.

Que el editor norteamericano rechazara publicar *Lunes o martes* desencadenó el tipo de reflexiones sobre la popularidad y la fama que aparecen una y otra vez en sus diarios; allí Virginia se refiere y describe emociones cambiantes: “El primer día una se siente muy desdichada, al segundo, feliz”, y así analiza los altos y bajos de su autoestima.

Finalmente luego de una favorable reseña de Desmond MacCarthy, reconocía el alivio de “sentirse importante (y bajo cualquier circunstancia eso es lo que una quiere)”. La situación se hacía más dolorosa por cuanto detestaba sentirse poseída por sentimientos tan bajos como los celos o, peor aún, por el deseo de ver fracasar a sus contrincantes en la carrera literaria. La sinceridad la llevaba a reconocer abochornada que podía alegrarse ante la posibilidad de que otra escritora le “robase” un premio a Katherine Mansfield, y escribía en su diario:

«Escribo esto adrede, para expulsar la vergüenza fuera de mí».

A mediados de abril, el clima político se enardecía. Ante la amenaza de una huelga general, que podría llegar a paralizar a Inglaterra, Virginia intuyó lo que sucedería: que la coalición entre los mineros y los trabajadores del transporte se quebraría, y escribió en su diario: “Al parecer los mineros van a rendirse, y podré obtener mi baño caliente y hornear pan casero otra vez; aunque parece una pena de alguna manera... si se ven forzados a volver y los dueños de las minas triunfan. Creo que este es mi sentimiento genuino, aunque no muy profundo. Es bastante obvio que la clase trabajadora está lo bastante satisfecha como para preferir seguir trabajando”.

Como puede apreciarse, más que por los hechos políticos en sí, Virginia se sentía atraída por las personas o grupos que los protagonizaban, y aunque solo ocasionalmente veía a su primo Herbert Fisher, acostumbraba registrar esos encuentros con un “ministro del Gabinete”. Cuando los Woolf almorzaron con él en abril, su primo se quejó de la vida política, pero Virginia coligió que, aunque aseguraba que odiaba el Parlamento por los discursos aburridos y el despilfarro de tiempo, “fue cuidadoso al explicar que el público se encuentra ridículamente en la oscuridad acerca de todo”. Y agregaba:

«Solo el Gabinete conoce el verdadero manantial y fuente de las cosas, dijo. Ese es el único consuelo del trabajo. Una marea alta de negocios fluye incesantemente de todos los cuarteles del mundo a través de Downing Street; y hay algunos hombres despreciables que tratan desesperadamente de lidiar con ello. Deben tomar tremendas decisiones sin detenerse a pensar. Luego se incorporó y dijo, solemnemente, que se irá a Génova a iniciar la paz... el desarme. “Usted es la gran autoridad

al respecto, tengo entendido”, le dijo a Leonard».

Escasamente impresionada por su primo, “cuyo cerebro ha sido arrastrado en arenosas líneas, como su cabello”, y comparándolo con Leonard, Virginia tomaba conciencia de las distancias de sus respectivos mundos. En materia artística, los gustos de su pariente en pintura eran tan apócrifos como sus lecturas, y nunca había oído el nombre de Joyce. “¿Qué era el poder al lado de eso? —se preguntaba—: ‘Watts ha descendido en el mundo’, le dije, sintiéndome asombrosamente joven e ingeniosa a su lado”.

Rencillas literarias

Por entonces, la relación entre la joven Carrington, Ralph Partridge y Lytton llegaba a niveles de tirantez que exigían una resolución inmediata. La devoción de Carrington hacia Lytton, la atracción que este sentía por Ralph Partridge, a su vez enamorado de Carrington, conformaba un triángulo complicado en el que cada uno de los integrantes tenía algo que decir. Abrumado por las negativas de Carrington, Ralph Partridge se volcó en Virginia, buscando su simpatía. Y Virginia intentó influir en la relación de la pareja aunque pensaba:

«“Él es bastante ogro y tirano. Quiere más control del que yo le daría. Por control me refiero al cuerpo, la mente, el tiempo y los pensamientos de su amada”. De todas maneras, como creía que Carrington ya no podía postergar el desenlace de la situación, escribía en su diario: “En estos momentos, creo que Carrington ya se habrá decidido por uno o por otro lado. Debe de estar pasando un domingo detestable. Pero de todas maneras *tiene* que decidirse”».

Finalmente, Carrington arribó a una solución:

«Decidió convertirse en Partridge, o eso es precisamente lo que ha decidido no hacer; y firmará agresivamente Carrington para siempre”. Dado que no se hacía ilusiones acerca de los motivos que llevaban a Carrington a aceptar casarse, e incluso podía sentirse “un poco responsable de hacerle la cabeza a Ralph”, Virginia estaba dispuesta a afirmar: “No estoy segura de que este matrimonio no sea más riesgoso

que la mayoría”. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo sin que se sintiera “levemente responsable por aquel matrimonio”».

La cercanía de hechos trágicos opacaron aún más el controvertido casamiento de Carrington: un joven de Oxford, de veintiún años, sufrió un accidente y murió ahogado, y Virginia se sintió particularmente afectada:

«La vida hace este tipo de cosas con demasiada frecuencia... comienzo a sentirme aburrida, como un pasajero arrojado de un lado a otro en un barco. No describo lo que siento: algo de enojo ante la irracionalidad de todo ello; y algo de... no indiferencia, no... sino como si uno supiera a estas alturas cómo son las cosas: primero estos casamientos, a la vez muertes».

Convencida de que analizar y detenerse en los problemas el tiempo suficiente debía de dar algún fruto, se sentía preocupada porque después de unos días en Rodmell la depresión no cedía: “Meramente humores. ¿Tienen las otras personas tantos como yo? Eso nunca lo sabré. Y a veces supongo que incluso aunque llegara al fin de mi incesante búsqueda dentro de lo que la gente es y siente, todavía no sabría nada”. Aun cuando detenerse morosamente en esas cuestiones podía afectar su salud, Virginia tenía razones para creer que debía analizar sus estados de ánimo. Le costaba seguir con *Jacob*, pero intuía otra línea de trabajo, basada en haber leído “literatura en grandes cantidades por tanto tiempo”, y sintiendo, como solía, que el trabajo era reparador, comenzó a elaborar la idea de organizar sus lecturas críticas y transformarlas en un libro que años después se convertiría en *El lector común*.

De hecho, creía firmemente que, de existir un peculiar talento, desplegarlo era condición *sine qua non* para el desarrollo pleno de la personalidad y para dotar de sentido a la vida. Tal vez por esto, en mayo y antes de abandonar de una vez y para siempre las esperanzas respecto a Desmond MacCarthy y su escritura, los Woolf hicieron un experimento. Como era evidente que Desmond no podía sentarse frente a la página en blanco y volcar allí lo exquisito de su conversación, decidieron convocar a la secretaria de Leonard en el *Contemporary Review*. Su misión era tomar nota taquigráfica de la charla de Desmond, mientras conversaba; y aunque él habló cerca de dos horas, la tentativa

no tuvo éxito ya que, según Virginia, lo brillante de su conversación no resistió transcripción alguna. Por su parte, ella seguía obsesionada con los efectos del reconocimiento y el éxito profesional. Así pues, resuelta a no abandonar el tema hasta agotarlo, habló con Maynard Keynes, quien confesó que le gustaba que lo elogiaran: “Lo necesito para las cosas sobre las que tengo dudas”. Pero aunque respetaba a su amigo, un intelectual y economista exitoso, el resultado de la conversación terminó siendo desolador, ya que luego de referirse a *Noche y día*, Maynard le dijo que consideraba que lo mejor que había escrito eran sus recuerdos sobre George leídos para el Memoir Club.

Cada vez más inmersa en un medio intelectual sumamente competitivo, a principios de junio Virginia recibió la visita de su antigua amiga Madge Vaughan, que le pareció “curiosamente cambiada” (sintió que se había “vuelto ordinaria”). Además, notando el desesperado aburrimiento de Leonard y Roger, que se encontraban presentes, comprobó que esa mujer rica, exitosa, feliz, cuyas quejas “fácilmente se deslizan hacia el chisme y la repetición”, era incapaz de sostener una charla sobre poesía, “cocina, amor, arte, o niños por más de un minuto”, y lo asentó en su diario: “¡Y esta era la mujer a la cual yo adoraba! Me veo ahora a mí misma en el cuarto de niños nocturno en Hyde Park Gate, lavándome las manos, y diciéndome a mí misma: ‘En este instante ella se encuentra bajo este mismo techo’”.

Por entonces, Virginia debía lidiar con las repercusiones y críticas a sus libros y a la Hogarth Press, por lo que cuando Middleton Murry criticó un libro de Chejov publicado por su editorial, no pudo detenerse demasiado en la nostálgica rememoración de su infancia. Por su parte, el traductor, Koteliensky, estaba tan furioso que su tono y vocabulario resultaban propios “de una taberna” y acusaba a Murry de estafador. Los peores presentimientos acerca de la personalidad de Murry parecían plasmarse y Virginia se preguntaba:

«“Supongamos que admiráramos lo que Murry está escribiendo, ¿cambiaría él su tono?”. Si bien iba “contra” su “psicología” pensar que él pudiera ser un canalla, se inclinaba a considerar que se estaba comportando como “un maldito estafador [...] solo que un estafador tan verosímil que se convertirá en profesor de Literatura inglesa en la Universidad de Oxford”. Las voces que se alzaban contra Murry eran muchas, y durante una visita de Eliot, Leonard aseguró que “nunca había conocido a un hombre peor que Murry”, mientras que Virginia creía que los males provenían de su vanidad y de la necesidad de que su

poesía fuera reconocida, cosa que ni los Woolf ni Lytton podían asegurarle. Eliot tampoco se quedaba atrás y confesaba su antagonismo respecto de Murry, a la vez que denunciaba la “admiración histérica por los grandes hombres que tienen lo que a él le falta”».

A pesar de que los afectos estaban exaltados, Virginia sacó en conclusión que le gustaría hablar de su trabajo con Eliot, quien durante su conversación le anticipó que apreciaba algunas de las historias de su libro, especialmente el final de “El cuarteto de cuerdas”. Por esa época, la relación con Eliot adquiría forma definitiva; y si bien nunca tendrían una intimidad sin reservas, un par de meses antes, en ocasión de asistir con él al teatro, como perdieron el tren, tomaron juntos un taxi y durante el viaje ambos expusieron sus expectativas más íntimas:

«—Perder trenes es algo horrible —dije.

—Sí. Pero la humillación es lo peor en la vida —respondió él.

—¿Estás tú tan lleno de vicios como yo? —pregunté.

—Lleno. Plagado de ellos.

—No somos tan buenos como Keats — respondí yo.

—Sí, lo somos —contestó.

—No, no escribimos los clásicos de un tirón como lo hace la gente magnánima.

—Estamos intentando hacer algo más difícil —comentó él.

—De todos modos nuestro trabajo está veteado de mala calidad — dije yo—. Comparado con el de ellos, el mío es fútil. Insignificante. Solo seguimos adelante llevados por una ilusión.

Me dijo que yo había hablado así, sin decirlo en serio. Sí que lo dije en serio».

Aunque admiraba su “credo poético”, en septiembre, cuando Eliot los visitó en Rodmell, Virginia anotó lacónicamente: “Me decepciona darme cuenta de que ya no le temo”. Tal vez la mayor intimidad se debía a que había prescindido de algunos formalismos.^[238] Aun así seguiría intrigada, como señala Julia Briggs, “por su mezcla de inseguridades y certezas, y alarmada por su dogmatismo”.

Con exigencias altísimas —todo lo que estuviera por debajo de lo prodigioso era insuficiente—, y sin poder evitar compararse con otros, la tensión psíquica por la que Virginia atravesaba hizo eclosión el 10 de junio, cuando llegó a su casa después de un concierto y no pudo

conciliar el sueño. Al día siguiente amaneció con un terrible dolor de cabeza que la obligó a permanecer en cama. Durante los dos meses siguientes, Leonard se ocupó de anotar las fluctuaciones de su ánimo. Desde el 17 de junio al 1° de julio, Virginia permaneció en Rodmell. De regreso en Londres, comenzó a recibir visitas, aunque todavía pasaba gran parte del tiempo en cama. El 18 de julio, en Monk's House, y por primera vez en mucho tiempo, durmió sin necesidad de pastillas.

“Dos MESES ENTEROS BORRADOS”

Mientras duró la crisis, Virginia suspendió la escritura de su diario, que retomó recién el 8 de agosto, luego de “dos meses enteros borrados”. Los síntomas ya eran viejos conocidos: jaquecas, pulso alterado, dolores de espalda, estado de nervios y molestias difusas, imposibilidad de dormir sin somníferos y sedantes, por lo que los médicos le administraban digitálicos. En ese estado, hasta un pequeño paseo podía agotarla: “Todos los horrores de la oscura alacena una vez más desplegados para mi diversión”. Aunque se había prometido a sí misma que eso “nunca, nunca va a pasar otra vez”, también reconocía que encontraba en esos estados “algunas compensaciones”. El oscuro submundo de la enfermedad tenía “sus fascinaciones al igual que sus terrores” y, como escritora, sentía que podía sacar provecho de ellos. Pero además había otros alicientes, y en plena recuperación Virginia comprobaba el afecto de amigos como Lytton, que se acercaban a visitarla. Es probable que Leonard le hubiera contado a su amigo acerca de la actual melancolía de su esposa; sea como fuere, ella notó que Lytton se mostraba más afectuoso que nunca. “Uno debe serlo, creo, si uno es famoso — escribió en su diario—. Uno debe decirle a sus amigos: ‘Toda mi celebridad es nada, nada, comparada con esto’, y eso fue lo que él [Lytton] dijo también”.

Mientras atravesaba esos “días odiosos”, las visitas de Lytton resultaron de gran consuelo. Juntos podían abordar trivialidades, pero el tema más importante eran sus libros. “Salgo al encuentro de mi Waterloo”, le aseguró Lytton, refiriéndose a un trabajo de ficción, todo un desafío creativo que, de fracasar —aseguraba—, lo sumergiría, para siempre, en los trabajos históricos. ¿Podía ella darse cuenta de que la

celebridad no era suficiente? Lytton cifraba sus expectativas en una obra que no alcanzaba a escribir y ambos coincidieron en que “escribir es una agonía. [...] Sin embargo vivimos junto a ella. Nos apegamos a la bocanada de vida a través de nuestras plumas”. Además, los amigos hablaron de cuestiones personales; las confesiones de Lytton seguían siendo una suerte de educación sentimental a la manera de Bloomsbury y Virginia anotó en su diario: “Lytton, por cierto, habló de la s- a; [239] y estuvo de acuerdo con que los m’s [240] son todos unos insípidos sentimentalistas. Lo es él mismo, dijo. Para ser un m. uno debe ser des- viril, no posesivo, muy agradable por cierto, pero tendiendo a ser sentimentalista. Y luego sus gustos se degradan tanto”.

En agosto, la tensión que atravesaba llevó a que Virginia pensara por primera vez en hacer su testamento. Cuando sus fuerzas flaqueaban, aparecían temores y escribía en su diario: “A veces me parece que nunca lograré escribir todos los libros que tengo en mi cabeza, debido a la tensión”. Consideraba que “lo diabólico de escribir es que reclama a todos los nervios para mantenerse a sí mismo tirante”. También creía que no pasaba lo mismo con otras actividades que evidentemente le parecían menos exigentes: “Ahora, si fuera a pintar o garabatear música o hacer colchas de parches o un pastel de barro, no importaría”. Atravesada por uno de esos negros momentos que la dejaban agitada y nerviosa, dejaba registradas sus emociones:

«Estoy encadenada a mi roca: forzada a no hacer nada; condenada a dejar que cada preocupación, despecho, irritación y obsesión desgare, clave y vuelva nuevamente. Quiero decir que no me permiten caminar ni trabajar.

Los libros que leo me burbujean en la mente como parte de un artículo que quiero escribir. Nadie en todo Sussex es tan desgraciada como yo; o tan consciente de una infinita capacidad de diversión amotinada dentro de mí, si pudiera utilizarla. El sol fluye (no: nunca fluye, más bien inunda) abajo, sobre todos los campos amarillos y los cobertizos largos y bajos, y qué no daría por cruzar los bosques de Firle, polvoriento y acalorada, con la cara vuelta hacia mi hogar, los músculos exhaustos, y el cerebro cubierto de dulce lavanda, tan sana, fresca y madura para las tareas de mañana. Cómo observaría todo... con la frase en la punta de la lengua, calzando como un guante; y luego en el camino polvoriento, mientras pedaleo con fuerza, así mi historia comenzaría a contarse por sí misma; y luego el sol se pondría, y el

hogar, y algún arrebató de poesía tras la cena, medio leída, medio vivida, como si la carne se disolviera y a través de ella las flores estallaran rojas y blancas».

Aunque creía que al escribir lo que sentía digería “la mitad” de su irritación, contemplar a Leonard trabajando en el jardín era motivo suficiente para que la embargaran sentimientos de culpabilidad que se sumaban a otras confusas emociones, y escribía en su diario:

«Oigo al pobre Leonard empujando la máquina de cortar el pasto de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, ya que una esposa como yo debería tener un cartel en su jaula: ¡Ella muerde! Y se pasó todo el día de ayer a la mañana corriendo en Londres por mí. De todas maneras, si uno es Prometeo, si la roca es dura y los tábanos incisivos, la gratitud, el afecto, ninguno de los sentimientos más nobles influye en nada. Y así este agosto se ha echado a perder».

Lo que no perdía era el interés por sus amigos, y en ese sentido, sus diarios personales y las cartas que los miembros de Bloomsbury se enviaban con frecuencia dan cuenta tanto de las actividades de cada uno, como de los sentimientos que se inspiraban entre sí. El resultado es una abultada documentación acerca de gustos, opiniones, afectos, y por qué no decirlo, de chismes. Morgan Forster podía no estar en Inglaterra, pero sí al tanto de las novedades y escribirle a Virginia que el *Reina Victoria* de Lytton era pobre comparado con Macaulay. Por su parte y desde Saint-Tropez, Roger Fry estaba furioso con Murry a causa de su artículo “Mr. Fry among the Architects”. Definitivamente, Murry iba recolectando enemigos entre los bloomsburianos más influyentes y Roger no dudaba en afirmar: “Debemos continuar haciendo lo que nos gusta en el desierto [...] y dejar que Murry escale hasta las alturas, como ciertamente lo hará”. Como testigo y crítica de la obra de sus contemporáneos, no faltaban ocasiones en las que Virginia temía que pudiera volverse contra ella el juicio mordaz que disparaba hacia los otros; junto con esto, la compleja trama de cartas y chismes se transformaba en un mecanismo persecutorio. De todas maneras, siempre consideraría que el juicio literario debía seguir siendo sincero, por lo que respecto a unos poemas que Murry publicó ese año, le escribía a Roger: “Ha publicado un pequeño libro de aquellos poemas fríos como la arcilla, castrados, constipados y comatosos que tiene la

impertinencia de dedicar a Hardy en términos que sugieren que Hardy lo ha adoptado como hijo espiritual”.

En su caso, lejos de buscar un referente o guía, Virginia se esforzaba por trazar nuevos caminos. Y a mediados de septiembre, instalada en Rodmell, una escena captó su atención. Una impresionante tormenta había derribado un ciruelo y otros árboles. “Hay una mujer de genio entre las vacas —escribió en su diario—. Decidió dejar la manada y comer las ramas del árbol caído. Tiene ahora una discípula. Las otras la condenan del todo”. Su mente trazó una rápida analogía entre la actitud audaz de la vaca, propia de las que abren nuevos caminos, y concluyó, con complacencia: “Ella es una Roger Fry”. Resulta interesante señalar que la necesidad de abrir nuevas sendas, su propia obsesión por entonces, la influenciaba incluso cuando contemplaba las vacas pastando en el campo. De hecho, a través de lo que puede leerse en sus cartas y diarios, parece evidente que la crisis nerviosa que sufría estaba íntimamente relacionada con la necesidad de reconocimiento. El nivel de exigencia era alto, porque Virginia no se conformaba con publicar libros más o menos aceptables: deseaba revolucionar el modelo literario. Por eso, también leía atentamente a sus contemporáneos, con quienes establecía batallas reales o imaginarias. Así pues, después de leer *Mujeres enamoradas* escribió: “No puedo evitar pensar que hay algo que anda mal en Lawrence, que lo hace volverse loco con el sexo, pero está intentando decir algo, y es honesto, y por lo tanto es cien veces mejor que la mayoría de nosotros”.

VIDA COTIDIANA Y LITERATURA

Amigo de Katherine Mansfield y de Murry, Lawrence era uno de los escritores cercanos a lady Ottoline, a quien retrató sin concesiones en el personaje de Hermione Roddice, en *Mujeres enamoradas*, un libro que despertó la curiosidad de Virginia, aunque al final concluyó: “El agua es todo semen [...] y resuelvo los acertijos con facilidad”. Pese a que se sentía liberada de prejuicios y aspectos de su educación victoriana, sus propias represiones en materia sexual complotaban a la hora de leer a autores como Joyce y Lawrence. En consecuencia, sus críticas pueden resultar pacatas, del tipo de las que le molestaban cuando se dirigían a ella misma o se centraban en la vida de Vanessa. Por entonces, su prima

Dorothea Stephen, cabal representante de la antigua generación, que enseñaba religión en la India, forzó un encuentro luego de hacerse eco de las habladurías sobre la vida marital poco convencional de Vanessa. Virginia, para quien su prima era una especie de “monstruo pululante”, le respondía por carta y de manera categórica:

«Tu parecer acerca de que no se puede invitar a la casa a un amigo que ha puesto de lado las reconocidas convenciones del matrimonio, en consideración a los forasteros y sirvientes, me parece incomprensible. Tú, por ejemplo, aceptas una religión que yo y mis criadas, que son ambas agnósticas, consideramos equivocada y de hecho perniciosa. ¿Se supone entonces que debo prohibirte venir aquí por el bien de mis criadas? Más aún: estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo con respecto a que las creencias religiosas son, con mucho, más importantes que las convenciones sociales».

Luego de resaltar que simpatizaba con las opiniones y conductas de Nessa — poniendo “en riesgo no solo mi moral sino también la de mi cocinera”—, Virginia aceptó encontrarse con su prima. En esa ocasión, Dorothea apareció acompañada de su hermana mayor, Katherine, “una anciana borrosa y desvencijada” que solía visitar a Laura Stephen y que le comentó a Virginia que su hermanastra apenas paraba de hablar, que decía cosas ininteligibles[241] y que estaba sumida en su propio mundo.

Aunque solo efímeramente, “la dama del lago” volvía a reclamar cierta atención: sus fideicomisarios se dirigieron a Virginia para advertir que los gastos del asilo de Laura excedían sus ingresos. Pero más que cualquier otra cosa, el encuentro entre Virginia y su prima Dorothea Stephen actualizó una escena antigua y obsoleta, una suerte de reedición de la ceremonia del té en la que vio cómo sus primas se atosigaban de torta y comían con devoción. Asociando la gula con lo que llamaba “depravación moral”, Virginia solo logró encontrar equilibrio cuando hablaron de Ceilán y sintió que quedaba en claro la superioridad de los conocimientos de Leonard. También le resultaron repugnantes los comentarios de Dorothea acerca de que el libro de Lytton sobre la reina Victoria sería mal interpretado por los brahmanes o los americanos. Dorothea había dicho:

«“Verás, podemos reírnos en los lugares adecuados, porque comprendemos; ellos se reirían en los equivocados, porque no comprenden. No me gustaría eso”».

Después del encuentro, Virginia le escribía a Nessa:

«“¿Eso te hace recordarla? Su odiosa autocomplacencia, su extrema brutalidad... sentí como si ella tuviera un palo grueso, al igual que una pierna gruesa; y si hiciera cualquier cosa indecorosa, ella patearía y golpearía”».

Para rematar el entuerto, Dorothea se sintió ofendida porque Virginia no había hecho referencias a su libro *Indian Thought*, y se retiró murmurando “unas galimatías que dijo que eran la forma oriental de decirle adiós a un amigo querido por cierto tiempo”.

La visita de su prima, que trajo consigo todos los fantasmas victorianos, no fue la única molestia; el invierno se cernía sobre Inglaterra y el frío era demoledor. Por otra parte, el muy moderno y liberal Ralph Partridge, el nuevo empleado de la Hogarth Press, discutía con Leonard incesantemente y ambos recurrían a su arbitrio. Sin embargo, no todas eran malas noticias, y ese noviembre, los Woolf recibieron su segunda imprenta.^[242] Pero terminar *El cuarto de Jacob* fue el mayor de los consuelos: “Ayer escribí las últimas palabras de *Jacob* —el viernes 4 de noviembre, para ser exacta—, habiéndolo comenzado el 16 de abril de 1920, y permitiendo un intervalo de seis meses a causa de *Lunes o martes* y la enfermedad; esto suma alrededor de un año”.

Terminar el libro tuvo un efecto positivo sobre su ánimo, pero había situaciones que podían afligirla. Ver a Margaret Davies y a su compañera Lilian Harris infinitamente melancólicas, retirándose del Women’s Cooperative Guild después de treinta años de trabajo, era motivo para reflexiones amargas y tristemente anticipatorias: “Veo lo que ha ocurrido. Cuando abandonamos un trabajo de toda la vida a los 60, morimos. La muerte, al menos, debe parecer estar ahí, visible, expectante. Una debería trabajar — nunca sacar los ojos de su trabajo; y luego si la muerte viene a interrumpir, bien, significa tan solo que hay que levantarse y abandonar el tejido—, no es cuestión de gastar pensamientos en la muerte”.

Para Virginia, un trabajo que demandara tanto y que luego exigiera una jubilación era una tarea cruel, y el caso de Margaret —que no tenía el consuelo de esposo o hijos— le parecía aún más doloroso. Recordando que otra de sus más viejas amigas, Janet Case, se había retirado a New Forest, concluía que la edad solo parecía traer renunciadas, y se lamentaba: “No puedo decir que ese grupo anciano se haya encontrado el destino que se merece”. Estas reflexiones coincidían con los cuarenta y un años de Leonard, quien decidió dejar su trabajo en la *Contemporary Review* y que estaba muy comprometido con su incursión en la política. En diciembre, y mientras él estaba de viaje, Virginia se encontró en una cena con Bertrand Russell, el famoso matemático y filósofo que había tenido un *affaire* con lady Ottoline Morrell. Russell —como G. E. Moore— fue una gran influencia para los jóvenes estudiantes de Cambridge de principios del siglo, cuestión que se acentuó durante la Gran Guerra, cuando, tras declararse pacifista, perdió su puesto en esa universidad. Divorciado de su primera mujer, en septiembre de ese año se había casado con Dora Black, con la que tenía un hijo nacido en noviembre. Virginia y Russell no eran desconocidos, sino dos personas que estaban más o menos al tanto de la vida de la otra. A ella le impresionaba su “mente sobre resortes” y aunque lo consideraba un “fervoroso egoísta”, le pareció interesante la conversación que sostuvieron y que registró en su diario:

«—Dios hace matemática. Esa es mi sensación. Es la más exaltada forma de arte.

—¿Arte? —dije yo.

—Bueno, hay estilo en la matemática como lo hay en la escritura —respondió».

De alguna manera, el estilo, la *forma* —lo que alguna vez llamó textura—, era lo que Virginia perseguía cada vez con más convicción en sus novelas. Por eso, aprender “los mecanismos” de su propia mente era necesario para dar con el resultado de una ecuación donde primara un estilo propio y singular. En ese sentido, *El cuarto de Jacob* puede leerse como punto de partida de una nueva ficción.

El cuarto de Jacob es una novela de posguerra que, a través de la biografía imaginaria de un joven, denuncia la maquinaria de matar que aniquiló a más de un millón de soldados del lado británico. La guerra apenas se menciona, pero el lector iniciado puede darse cuenta de

detalles que preanuncian el destino trágico de Jacob; de hecho, su apellido, Flanders, remite al popular poema de guerra “In Flanders Fields”, en tanto que la ciudad de su infancia, Scarborough, donde vive la madre de Jacob, fue la primera en sufrir los bombardeos alemanes de 1914. Dado que “nadie ve al prójimo tal como realmente es”, la biografía imaginaria de Jacob es fragmentaria, y su biógrafa alude a la imposibilidad de atribuirle “todo género de cualidades de las que carece”. La voz narradora advierte que, en realidad, más que tratar con datos precisos, todo termina siendo “cuestión de conjeturas”. Solo algunos detalles, entre ellos la enumeración de los objetos de la habitación de Jacob en Cambridge, pueden dar indicios y, en ese caso en particular, marcar la pertenencia social y los privilegios del biografiado. Lo cierto es que Jacob comparte algunas de sus características y evoca a Thoby, el hermano perdido y misterioso. Como podría decir Virginia de Thoby, la narradora señala que es imposible, aun para quienes lo aman —“tales son las condiciones de nuestro amor”—, asirlo en su totalidad. En sus cuadernos, Virginia escribió un proyecto para la lápida de Thoby “utilizando la elegía de Catulo para su hermano, que murió cerca de Troya”.

Julian Thoby Stephen (1881-1906)[243]

atque in perpetuum frater ave atque vale.

“La vida es una procesión de sombras, y solo Dios sabe por qué las abrazamos con tanto entusiasmo, y por qué las vemos partir con tanta angustia siendo sombras”, exclama la biógrafa-narradora que se identifica como una mujer diez años mayor que el protagonista, y anticipa, con esas palabras, la pérdida del objeto amoroso al que le ha sido imposible conocer. El caso es que los caracteres femeninos comparten la opacidad de Jacob y tras todos ellos se percibe una *forma significativa*: así la “feminista” Julia Hedge representa a la joven que envidia los privilegios masculinos, en tanto la madre de Jacob simboliza la madre arquetípica que genera una vida —carne de cañón—, que le será arrebatada por un sistema patriarcal que oprime a las mujeres, signa las relaciones entre los sexos y determina el destino de los hombres. Cabe señalar que, en 1920, al mismo tiempo que construía un antihéroe moderno que no tiene conciencia de su destino, Virginia Woolf se preguntaba si, en esos momentos, Joyce no lo estaba haciendo mejor que ella. Uno de sus desafíos había sido tratar la cuestión sexual, pero, como señala Julia Briggs, imperaba la “necesidad de

autocensura”. Virginia conocía las estrictas leyes de publicación británicas, que vedaban un tratamiento abierto del tema, cuestión que enfrentaron James Joyce y D. H. Lawrence, y que su condición de mujer complicaba aún más. Es decir, incluso le estaba vedada “la limitada licencia” de la que gozaban los escritores varones. Entonces, elípticamente, la narradora advierte: “Tengamos en consideración los efectos del sexo, que entre hombre y mujer media trémulo y denso, de manera que aquí hay un valle y allá una cumbre, cuando en realidad, quizá, todo es llano como la palma de la mano”.

Algo vibrante “en la boca de la caverna del misterio” que apenas se nombra sostiene la relación de Jacob y su amante Florinda —a la que él considera poco inteligente—; el mismo misterio lo enamora de Sandra, una mujer casada, o lo lleva a relacionarse con Laurette, una prostituta. Pero también es misteriosa la contención que impide que Jacob se acerque a Clara Durrant, la joven que lo atrae pero que es esclava de su virginidad y de las convenciones sociales:

«“Aquella existencia oprimida y esterilizada dentro de un zapato de satén blanco”. Poco es lo que se conoce de Jacob: sabemos que es “buenmozo”, y aunque cabe la sospecha de que se trate de “un simple patán”, también podría ser uno de los “seis jóvenes” de quienes dependiera el futuro de la nación. Luego de su viaje a Grecia, Jacob pasea por Londres; esa es la última noticia que tenemos de él. En las páginas finales es su amigo Bonamy, “que era incapaz de amar a una mujer y que jamás leía libros frívolos”, quien, junto con la madre de Jacob, entran en su cuarto, y comprobando que “no arregló nada”, se pregunta: “¿Creyó que iba a volver?”, y exclama: “¡Jacob! ¡Jacob!”, dando lugar a las últimas líneas, que corresponden a la madre y a la narradora y que son, en última instancia, preguntas sin respuesta: “¿Qué hago con esto, señor Bonamy? Betty Flanders sostenía un viejo par de zapatos de Jacob”».

Al cuidado de la casa

El año concluía con sus dos empleadas, Nelly y Lottie, enfermas; y los roles domésticos se invirtieron. Leonard y Virginia debieron ocuparse de la casa y cuidaron de ellas. A pesar del trabajo adicional, se conservaba

la armonía hogareña; Virginia compró regalos de Navidad, dio los últimos toques a su artículo sobre Henry James y comenzó uno sobre Hardy. También pudo hacer vida social sin culparse por desperdiciar el tiempo que podría dedicar al trabajo. En esos momentos de optimismo, cuestiones conflictivas como la edad y la madurez podían mostrar sus aspectos positivos, y conversando con Roger Fry, redescubrió los encantos de esa amistad: “Roger siempre ve obras maestras en el futuro y yo veo grandes novelas. Nosotros tenemos nuestra atmósfera de ilusión, sin la cual la vida sería mucho más aburrida de lo que ya es”.

Laboralmente, el fin de año también presentaba buenas señales: “Con suerte podríamos conseguir £400 en lugar de £250; y podríamos comprar un automóvil; y podríamos comprar la pradera; y puede que construyamos otra casilla, y que adquiramos una nueva franja de jardín, etcétera, etcétera”.

Los Woolf disfrutaban de la independencia que significaba tener una imprenta propia, sobre todo en ocasiones como aquella, cuando Bruce Richmond hizo objeciones sobre su artículo dedicado a Henry James y la llamó por teléfono. Al editor de *The Times* le parecía que el término “lascivo” que ella había utilizado no era correcto: “Por supuesto —le dijo—, no pretendo que lo cambie, pero sin lugar a dudas, se trata de una expresión demasiado fuerte para aplicarla a lo que haya escrito Henry James”. Luego de intercambiar opiniones sobre el significado de la palabra y de lamentarse por “el pobre querido y viejo Henry James”, Richmond dejó las cosas lo bastante claras como para que Virginia supiese que no toleraba esa palabra. Esas situaciones la ponían ante la disyuntiva entre “romper, con una excusa, o alcahuetear, o seguir escribiendo contra la corriente”. Esto último parecía ser lo correcto, pero “la conciencia de hacerlo” conllevaba una traba, pues lo escrito resultaría rígido y sin espontaneidad. Por esta vez, Virginia se propuso no contradecir a su editor, pero cabía plantearse qué haría en el futuro.

CAPÍTULO XXV - 1922

LOS CUARENTA: CELOS Y ENFERMEDADES

LUEGO de pasar unos días en Monk's House, los Woolf volvieron a Londres. Virginia no se sentía muy bien, pero se esforzaba por terminar “con firme estoicismo” un artículo sobre Hardy. Cada vez le resultaba más pesado escribir reseñas periodísticas y como a esto se sumaba la sensación de que debía hacerlo según las indicaciones de su editor, para complacer “a las melifluas bocas de Belgravia”, en la creencia de que podría ganar dinero por otros medios, redujo a cinco las colaboraciones en los diarios.

El 3 de enero fue un día glacial, y a Virginia le llamó la atención la actitud de Leonard que “plantó, podó, pulverizó, aunque el frío, la humedad y el ambiente rústico hicieron de su comportamiento un heroísmo admirable, no comprendido”. Tal vez esa actitud no fuera tan difícil de entender. Además de disfrutar de los trabajos de jardinería, eran una forma eficaz de descargar las muchas tensiones que acumulaba. El esfuerzo físico, acompañado de la sensación de comunión con la naturaleza, constituía una excelente manera de canalizar no solo el agotador trabajo de la Hogarth Press que recaía sobre sus hombros, sino ciertos temores. La intuición y la observación le decían que Virginia no pasaba por un buen momento. No se equivocaba, pronto ella contrajo una gripe que tuvo complicaciones. A pocos días de cumplir los cuarenta años, y en obligado reposo, Virginia le escribía a E. M. Forster contándole que solo se levantaba para “escribir media página y volver a la cama”. También señalaba que, por motivos de enfermedad, había vivido de manera similar alrededor de cinco años, y agregaba: “Así que deberás llamarme de 35 —no de 40— y esperar bastante

menos de mí”. De todas maneras, también reconocía: “No es que no haya aprendido nada de mis locuras y el resto. De hecho, sospecho que han tomado el lugar de la religión. Pero este es un asunto difícil”.

El año no había comenzado en forma auspiciosa; mientras “todos” sus amigos leían a Proust y decían que se trataba de “una experiencia tremenda”, ella dependía de los vaivenes de la larga gripe y se estremecía con la sensación de “estar sumergida con la horrible idea de que voy a hundirme, hundirme y hundirme, y quizá nunca vuelva a salir”. Durante casi veinte días, la enfermedad le impidió hacer anotaciones en su diario y recién pudo retomarlas el 22 de enero, poco después de un encuentro con Nessa que regresaba de París. “¿Qué decir sobre ella? —se preguntaba Virginia—. Muy alegre en sus botas francesas, sombrero y falda a cuadros, con esa rara y antigua sencillez exterior que comparo con el mármol de las mejillas de una estatua griega”.

Ambas coincidieron en que la amante de Clive era “una estúpida mujercita”, una pésima influencia para él, y si bien el año anterior Virginia y Mary se habían inclinado por un trato diplomático, su relación se había enfriado. Luego de una recaída que la obligó a pasar otra quincena en cama, Virginia recibió a su hermana una vez más. En esta oportunidad el encuentro fue tenso y doloroso. Nessa estaba deprimida, durante las últimas semanas no había hablado de pintura con nadie, nadie le había preguntado por lo que sucedía en el sur de Francia —durante 1921 y 1922 pasó mucho tiempo en Saint-Tropez— y, además, había colgado dos de sus últimas pinturas “en la habitación de Maynard, y él nunca las notó”. En consecuencia, creía que debía mudarse a París, pero la retenían sus hijos varones ya en la escuela. También, en razón del incierto compromiso que los unía, tenía sus temores respecto del futuro de su relación con Duncan. Virginia se sintió molesta porque su hermana comparó su precaria unión con la estabilidad que Leonard y ella habían alcanzado y se propuso “demostrar que al no tener hijos era menos normal que ella”. Irritada, Nessa partió no sin antes decirle que llevaba una vida poco aventurera, que gastaba mucho en confort, acostumbrada como estaba a su hogar a leña, sus libros y las visitas de amigos. Pero como Virginia no podía estar mucho tiempo enemistada con ella, días después, en un intento de enmendarse, le contaba que había ocasiones, por la noche, en las que se despertaba gritando su nombre; también consideró que debía disculparse:

«Sí, estaba bastante deprimida cuando me viste. Sucede lo siguiente: tú dices “Creo que llevas una vida aburrida, respetable y absurda: muchísimo dinero, sin hijos, todo tan estable y convencional. Mírame ahora: tan solo seis peniques al año, amantes, París, vida, amor, arte, excitación. ¡Dios! Tengo que irme”. Estoy a punto de echarme a llorar».

La suma de tensiones, la gripe, el final de su novela, todo parecía colaborar para que la salud de Virginia desmejorase en forma ostensible, y a mediados de febrero consignó en su diario que su “excéntrico pulso había pasado los límites de la razón”. El doctor Fergusson, médico clínico de Rodmell, recetó, como era habitual, tranquilidad y reposo. Pero su acelerado ritmo cardíaco desconcertaba a los doctores y enfrentó a los especialistas. Su corazón —escribió Virginia en una carta—, “este maldito órgano, siempre [...] tan cálido y vívido, salta por la noche, y me causa una leve temperatura”. Debido a que durante más o menos siete meses su temperatura se mantuvo alta, comenzó una “larga odisea por Harley Street y Wimpole Street”, calles famosas por la cantidad de consultorios médicos. Finalmente los “veredictos enteramente falsos” de los especialistas decretaron que no le quedaban más que quince días de vida. Pero el doctor Fergusson no estuvo de acuerdo y tranquilizó a los Woolf. De hecho, sin hacer caso a los pronósticos agoreros, Virginia sobrellevó la enfermedad, tuvo un año activo y creativo;^[244] y es así que, aun siendo víctima de los síntomas y acosada por los doctores, durante los últimos meses tomaba notas para lo que sería *La señora Dalloway*, la novela en la que ironiza espléndidamente acerca de la figura del médico-Dios-omnipotente y en la que se propone: “un estudio sobre la locura y el suicidio: el mundo visto al mismo tiempo por el cuerdo y el demente, lado a lado”.

El reposo obligado propiciaba las lecturas, y por entonces Virginia leyó *Moby Dick*, *La princesa de Cleves*, *La vida de lord Salisbury* y *Old Mortality*. Habían trasladado su cama a la sala, cerca de la chimenea, y deseaba recuperarse cuanto antes. Tal vez por eso decidió posponer la publicación de *El cuarto de Jacob* para octubre, pero temía que, llegado ese momento, le pareciera que se trataba de “estériles acrobacias”. Las dudas aumentaron cuando apareció *Fiesta en el jardín*, de Katherine Mansfield, con lo que no pudo evitar comentarios ácidos acerca de la fama y de la gloria, y se convencía a sí misma: “Ah, he encontrado la manera perfecta de ponerla en su lugar. Cuanto más la elogian, más convencida estoy de que es mala”. La distancia se imponía entre ellas y ese verano, cuando Katherine estuvo en Londres, ni siquiera intentó un

acercamiento. Por su parte, en una carta a su antigua profesora de griego, Virginia se refirió a *Bliss* diciendo: “[es] tan brillante —tan dura, y tan superficial, y tan sentimental que tuve que correr hasta los estantes de la biblioteca a buscar algo que beber. Shakespeare, Conrad, incluso Virginia Woolf”. Inmersa en su propio sufrimiento, Virginia apenas podía considerar lo grave de la enfermedad de la Mansfield, a la que le restaban pocos meses de vida.

Lo persistente de sus síntomas la preocupaba, pero no al punto de no recibir visitas, lo que le permitía seguir su acopio de retratos, como el perfil de la mujer de Bruce Richmond, el editor de *TLS*, a quien conocía desde joven y de la cual Thoby había estado enamorado. Le llamaba la atención que, como podría sucederle a uno de los personajes de su novela, hasta su casamiento a la edad de treinta y cinco años, Elena no pudo leer libros sin el permiso de su madre, que incluso arrancaba las páginas censurables. Aunque las hermanas Stephen habían escapado de un destino similar, Virginia le escribía, en son de broma, a Nessa: “Creo que esa es la forma correcta de educar a las niñas. Por favor, hazlo con Angelica. No hay nada como el *encanto* de una ignorante e inocente mujer de 40” En cierta manera, la subyugaba estar ante una que no comprendía a Dorothy Richardson ni a Joyce, y que sintetizaba “un cuerpo de matrona con la mente de un niño y los gustos de un colegial”; en suma, una conjunción que sumada a su trato maternal, habían conseguido que afirmara:

«“Quizá siempre he estado enamorada de ella”. En ese estado, Virginia consideró que debía contarle “la historia de George”. Después de escucharla, Elena le aseguró que él nunca le había gustado, ni tampoco a su marido que —imaginaba Virginia— “siendo un perfecto caballero probablemente tenga que escupir sobre la cara de George en el club”».

Sin poder escribir, retenida por las garras de los síntomas que no la dejaban en paz, en un presente difuso, Virginia volvía al pasado. En febrero, después de ver a su hermano Adrian, “sin ambición, inteligente en extremo, con dinero, mujer e hijos”, se preguntaba en su diario si no se trataba del “más afortunado de todos nosotros”. Lo cierto es que la empatía con Adrian no superaba las reticencias de ambas partes, y Virginia apenas se interesaba por el riguroso psicoanálisis al que su hermano se sometía en ese tiempo, con vistas a convertirse en psicoanalista. La convalecencia acentuaba un tipo de reflexiones

tendientes a poner en perspectiva los logros del presente y las expectativas que la habían impulsado en el pasado. En ese sentido, seguía sintiéndose más próxima a Thoby que a Adrian, y días después de cumplir cuarenta años, comprobaba cómo habían evolucionado sus gustos literarios. Recordaba haber hablado de Peacock con su hermano mayor, pero en ese entonces ella deseaba “misterio, romance, psicología”, y no había coincidido con Thoby; en tanto que ahora, lo que más deseaba era “hermosa prosa. La aprecio más y más exquisitamente. Y disfruto más de la sátira”.

Virginia también tuvo oportunidad de reflexionar sobre sus sentimientos de juventud y cómo la apasionada amistad con Violet Dickinson había dejado su impronta: “¿Es amor la palabra para estos profundos, antiguos y extraños afectos, que comenzaron en la juventud y se han mezclado con tantas cosas importantes?”. De alguna manera, Violet seguía ejerciendo una suerte de encanto asociado con el pasado y la capacidad de crear, a su alrededor, una atmósfera propia; y si bien Virginia pensaba que conversar con ella era como insertarse en una novela de Jane Austen, su antigua amiga seguía siendo, a pesar de su estilo alborotado y el tono de burla que acompañaba su conversación, una persona *creíble* a la vez que inexplicable. “¿Pero su charla? —se preguntaba con humor Virginia—, puesto que la naturaleza misma no podría relatarla, puesto que la naturaleza ha dejado voluntariamente fuera algún tornillo, ¿qué posibilidad me queda?”. Además de Violet y de Nessa, durante su enfermedad, Virginia recibió la visita de otras mujeres importantes en su vida. En una de esas ocasiones, sentada junto al fuego, conversó sobre feminismo con Molly Hamilton. [245] Después de afirmar que las mujeres ricas deberían ser feministas, le sugirió que valía la pena animarlas a comprometerse: “Pues si las mujeres ricas lo hacen, nosotras no tenemos necesidad de hacerlo; y son las feministas las que eliminarán esa sangre negra de amargura que nos está envenenando a todas”.

Virginia sacaba provecho de las visitas de sus amigas, las describía en las páginas de su diario, y es posible que esa galería de mujeres comenzara a inspirarla para la que sería su próxima novela. Se trataba de mujeres de su edad o mayores que ella, y ya todas habían atravesado la crisis de la edad madura. Virginia había temido llegar a los cuarenta y, al cumplirlos, se reflejaba en el espejo de sus coetáneas: “Así que hablamos; mientras el fuego se extingüía y todo quedaba en penumbras, que es la mejor luz para los nervios de las mujeres de más de cuarenta. Observo que las invitadas de esa edad —Molly y Elena— cambian de

lugar con una u otra excusa para ponerse de espaldas a la ventana. La vieja Violet, que ya ha pasado esa etapa, enfrenta la luz con aplomo”. Para Virginia, los cuarenta representaban una especie de punto de viraje en el camino, un momento equidistante entre la vida y la muerte:

«Me proponía escribir sobre la muerte, pero la vida irrumpió como de costumbre. Me doy cuenta de que me gusta preguntarle a la gente sobre la muerte. Se me metió en la cabeza que no viviré hasta los 70. Supongamos, me dije el otro día, que este dolor en el corazón de pronto me retorciera como un estropajo y me dejara muerta (?). Estaba sintiéndome soñolienta, indiferente y serena, así que pensé que mucho no importaba, excepto por L. Luego, algún pájaro o alguna luz quizás, o despejarme del todo, me despertó el deseo de vivir por mi cuenta, deseando sobre todo caminar junto al río y observar las cosas a mi alrededor».

Entre las cosas para observar, y que la conectaban con la vida, siempre tendrían relevancia las críticas que se hacían a su obra. Y una reseña “ligeramente desfavorable” sobre *Lunes o martes* la llevó a la conclusión de que no sería popular y de que debería acostumbrarse a “la indiferencia y el insulto” de la crítica. Deprimida, volvían a su mente pensamientos sobre la muerte. Claro que, sin saberlo, los críticos contribuían a que, venciendo la melancolía, delinease su peculiar camino: “Voy a escribir lo que me plazca; y que digan lo que quieran. Mi único interés como escritora —empiezo a darme cuenta— consiste en cierta extraña individualidad: no en la fuerza o pasión, ni en nada alarmante. Pero luego me digo a mí misma, ¿no es precisamente ‘cierta extraña individualidad’ la cualidad que yo respeto?”.

Su exigencia era tal que, si bien creía que la gente leía las reseñas y artículos periodísticos de manera transversal y al vuelo, escribía cada frase de las suyas como si fueran a comparecer “ante tres jueces de la Corte Suprema”. Por entonces —transcurría el mes de febrero— un episodio típico de los integrantes de Bloomsbury la distrajo por un tiempo de sus preocupaciones literarias y de sus síntomas físicos. Clive había escrito una crítica sobre Bernard Shaw; y considerando que era injustificada, Carrington le envió una carta fraguada de protesta firmada por Shaw. Como Clive no se dio cuenta de que la misiva era falsa, a su vez le escribió a Shaw, quien le contestó que nunca había escrito la carta a la que se refería. Así las cosas, para evitar mayores complicaciones, Virginia le pidió a Lytton que le contara la verdad del embrollo a Clive, porque la historia en sus manos no parecía tener final.

Poco después de este curioso incidente, a principios de marzo, y con autorización médica, Virginia retomó su trabajo, pudo hacer pequeñas caminatas y también tuvo ocasión de reeditar con su cuñado parte del coqueteo de antaño: Clive solía aparecer los miércoles “alegre, sonrojado y rechoncho: un hombre de mundo; aún mi viejo amigo, aún mi viejo amante, como para hacer las tardes tan estimulantes”. Pero la relación no pasaba de ser una especie de toma y daca en la que ella contribuía a “avivar su ingenio” mientras que él mejoraba sus modales, le hablaba de cenas de gala y le contaba anécdotas que la divertían. En ese contexto, Virginia tenía el tino de reconocer: “Una vez cada quince días es el punto culminante de nuestra relación”. Una relación que también resultó estimulante ya que recuerda, de algún modo, la que sostienen Clarissa y su amigo Peter Walsh en *La señora Dalloway*.

A pesar de la enfermedad, 1922 fue un año de decisiones importantes y lecturas fundamentales. Virginia tomó posición respecto de la obra de Proust y Joyce, dos contemporáneos geniales que en forma directa o indirecta influyeron en su obra posterior. En mayo le escribía a Roger Fry, diciendo que la lectura de Proust la paralizaba:

«¡Ah si pudiese escribir de esa manera!, exclamo. Ya su vez tal es la asombrosa vibración, saturación e intensidad que él procura —tiene algo de sexual— que siento que puedo escribir así, y tomo la pluma y entonces no puedo escribir así. Difícilmente alguien estimule tanto los nervios del lenguaje en mí: se vuelve una obsesión».

Como el estado de salud de Virginia no empeoraba —aunque tampoco mejoraba radicalmente—, leía, asistía al teatro, a las reuniones del Memoir Club, y también tuvo que afrontar problemas domésticos relacionados con la salud de Lottie. Los meses de abril y mayo alternaron períodos de recaídas y convalecencia. Creyendo que la fiebre persistía por la presencia de gérmenes en la raíz de los dientes,[246] los médicos indicaron la extracción de varias piezas, lo que trajo aparejada la utilización de dentaduras postizas, y como puede observarse, cierto rictus en sus fotografías, a partir de esa época.

El 10 de junio Virginia ya parecía repuesta, lo suficiente como para dedicarse a terminar las últimas correcciones de su *Jacob*. También estaba al tanto de los conflictos que perturbaban a Carrington y Ralph Partridge, con quien habló “acerca de amor y mentiras” y cuya presencia le hacía temer la de “un toro loco en la casa”.

Carrington, Ralph Partridge y la Hogarth Press

Desde que había comenzado a trabajar en la imprenta, Ralph se convirtió en un problema para los Woolf. No cumplía las expectativas de Leonard —con quien solía discutir y a quien sacaba de quicio—, ni convencía a Virginia. En una ocasión se escabulló “como un colegial avergonzado”, actitud que a ella le pareció inaceptable y que obligó a Leonard a bajar a la imprenta y terminar las tareas del día. A su entender, Ralph era “perezoso, no confiable, a veces industrioso, a veces flojo”, pero no resultaba fácil desprenderse de él sin enemistarse con Lytton. Suerte de donjuán inglés, al que Leonard le había sugerido que le pusiera una pistola en la cabeza a la evasiva Carrington para que de una vez por todas contestara si quería casarse con él, Ralph resultó ser un trabajador errático, poco compatible con el perfil que adquiría la Hogarth Press, una empresa familiar exigente que, con cinco años cumplidos y la edición de diecinueve libros, publicaría otros diecinueve entre 1922 y 1923.

En realidad, otras cuestiones ocupaban la mente de Ralph. El año anterior, había recibido la visita del pintor Gerald Brenan, su amigo y ex compañero de armas que vivía en

España, quien comenzó con Carrington una correspondencia secreta y terminaron siendo amantes. Por su parte, Ralph, que tampoco optaba por la fidelidad, tenía una relación con Valentine Dobrée. La situación era crítica y en junio los Woolf debieron soportar sus confesiones amorosas y su humor errático. Virginia oscilaba entre aceptar sus puntos de vista y sentirse irritada con su “estupidez, ceguera, dureza”. De hecho, ambos discutieron un día que regresaban en tren después de escuchar una conferencia de Roger Fry; ella le dijo que estaba loco y que se comportaba como un maníaco, perdieron el control y terminaron gritándose.

Tentada a ponerse del lado de Carrington, Virginia concluía: “Es lejos más sutil y civilizada; una mentirosa, me atrevo a decir, pero es cierto que hay que mentirles a los niños. Tras esto, y creo que un poco a partir de mis gritos, hubo reconciliación”. Pese a todas las mediaciones, el matrimonio de Ralph y Carrington resultó un rotundo fracaso. “No me gusta ver a las mujeres infelices”, escribía Virginia tiempo después, y harta de verse involucrada en ese torrente de pasiones masculinas, agregaba: “La conducta de Partridge es la del donjuán del pueblo. Nuevamente, se comporta como un elefante en una cristalería. Y con

ello es malicioso. Es un matón, como dice Leonard. [...] Hay algo maniaco en la vanidad masculina”. En cuanto a su futuro en la Hogarth Press, agobiada por los conflictos del hipersexuado Ralph, se sentía inclinada a “contratar eunucos la próxima vez”.

Lo cierto es que las cosas no mejoraban, a mediados de año la situación en la imprenta era cada vez más delicada, y la inclusión de Ralph se hacía insostenible. Por su intermedio, Virginia se enteraba de que Lytton y Maynard planeaban comprar la *English Review* y emplearlo como director, y se preguntaba si eso sería bueno o malo para la escritura de Lytton. Por propia experiencia, Virginia creía que el periodismo podía ser una manera de “lubricar” la escritura, y se imaginaba que podría animarlo a que dejara de pensar en la obra de teatro que quería y no podía escribir, y que ella, sagaz y conocedora, sabía “que nunca sería capaz de escribir”.

A todo esto, a principios de septiembre los Woolf tuvieron una “premeditada entrevista” con Ralph en la que intentaron que recapacitara. Leonard se mostró “muy contundente, mesurado, e impersonal”, y aunque Ralph “no impuso más defensa que un rebaño de ovejas”, poco después descubrieron que no era tan sencillo librarse de él. De todas maneras, en septiembre, ya recuperada, con *Jacob* habiendo cruzado el Atlántico con vistas a publicarse en los Estados Unidos, y mientras esbozaba una nueva historia, “La señora Dalloway en Bond Street”, Virginia se sentía conforme con su vida, y después de una animada reunión con Nessa, Duncan y Maynard, concluía: “Todos hemos dominado el arte de la vida, y es muy fascinante”. Maynard, por ejemplo, no solo era el “más grande economista con vida”, sino que estaba preparando la puesta en escena de un ballet de Mozart en el Coliseum, cuya protagonista, Lydia Lopokova, era una bailarina rusa de la que se había enamorado y con la que años más tarde se casaría.

Pero no todos sus contemporáneos y amigos tenían el mismo éxito, y a mediados de julio, cuando visitó Garsington, Virginia escuchó las quejas de lady Ottoline, que se sentía afectada por la sátira que Aldous Huxley había hecho de ella en su novela, *Crome Yellow*. De todas maneras, pese a los retratos de Huxley y de D. H. Lawrence, Ottoline seguía mostrándose generosa con los escritores y, junto con Richard Aldington y Ezra Pound, iniciaba una cruzada para liberar a Tomas Eliot de su trabajo bancario. Aunque no lo conocía y “odiaba [las] obras” de Pound, Virginia se sumó al grupo. La idea era juntar una suma de dinero que le permitiera a Eliot dejar su trabajo bancario y dedicarse de lleno a la poesía, para lo cual abrieron una cuenta en el

Lloyds Bank y fundaron el Eliot Fellowship Fund. Ese año, en junio, mientras Miss Green tipiaba *El cuarto de Jacob*, la Hogarth Press preparaba la publicación de *La tierra baldía*, obra que Eliot les había leído y a la que Virginia se refería en su diario: “Tiene gran belleza y fuerza de frase: simetría y tensión. Qué las conecta, no estoy segura”. Entre 1920 y 1923, Eliot visitó en varias oportunidades a los Woolf en Rodmell o comió con ellos en Richmond, y la relación, que había comenzado muy formal, crecía en intimidad. Pero había una suerte de “dicotomía” difícil de superar: “Lo extraño acerca de Eliot es que sus ojos son vivarachos y juveniles cuando la proyección de su cara y la forma de sus frases es formal e incluso más pesada. Bastante como una cara esculpida, sin labio superior: formidable, poderosa; pálida. Luego, esos ojos de avellana que parecen escapar del resto de él”^[247] A pesar de considerarlo “sardónico, cauteloso, preciso, inhibido y ligeramente malévolo” o sugerir que usaba maquillaje, Virginia respetaba su opinión, pero había algo “siniestro y pedagógico”, que impedía que se sintiera “completamente libre de sospechas” acerca de la sinceridad de sus relaciones. En cuanto a su juicio literario, apreciaba que él le hubiera pedido una historia suya para publicar en *The Criterion*,^[248] pero insistía: “Deberás ser sincero y severo. Nunca puedo darme cuenta si soy buena o mala; y prometo que habré de respetarte más por hacerme trizas y por tirarme al tacho de basura”^[249] Pero no debía temer una mala crítica, ya que a fines de año cuando *El cuarto de Jacob* fue publicado, Eliot le escribió: “Te has liberado de cualquier compromiso entre la novela tradicional y tu don original. Me parece que has vinculado una cierta brecha que existía entre otras novelas y la prosa experimental de *Lunes o martes* y que has logrado un notable éxito”. Como consta en el diario de Virginia del 26 de julio, también Leonard había elogiado *El cuarto de Jacob*.

«Él la considera mi mejor obra. Pero su primera observación fue que estaba asombrosamente bien escrita. Discutimos al respecto. Él la llama la obra de un genio; la considera diferente de cualquier otra novela; dice que las personas son fantasmas; dice que eso es muy extraño: no tengo filosofía de la vida, dice; mis personas son marionetas, llevadas de aquí para allá por el destino. No concuerda con que el destino obre de esta manera. Dice que debería usar mi “método”, en uno o dos personajes la próxima vez; y la encontró muy interesante, y hermosa, y sin fallas (salvo quizá por la fiesta) y bastante inteligible. [...] Ninguno de nosotros sabe qué irá a pensar el público. No hay duda de que he

descubierto cómo comenzar (a los 40) a decir algo con mi propia voz; y eso me interesa tanto que siento que puedo seguir adelante sin elogios».

Sus cuarenta años inauguraban una etapa de creatividad intensa, donde al fin comenzaba a “aprender los mecanismos de [su] propia mente”. Por entonces, “leyendo con un propósito”, escribía los ensayos que finalmente recopilaría en *El lector común*, e interrumpiéndolos —de acuerdo con su teoría del “cambio rápido”—, intuía las posibilidades que podía desarrollar en *La señora Dalloway*. Pero no solo se trataba de mecanismos y advertía: “Siempre vemos el alma a través de las palabras”. Así, pensando en Murry, estaba dispuesta a creer que no se podía escribir crítica sin ser un buen hombre.

Si bien en todo ese tiempo Virginia no dejó de ocuparse de que Eliot pudiese dejar su trabajo bancario para dedicarse a escribir, su esfuerzo fue vano, ya que, tal como anticipaba Leonard, la oferta no era ni práctica ni atractiva, por lo que Eliot afirmó que no dejaría el banco al menos que contara, por lo menos, con quinientas libras seguras y no con meras promesas. Cuando al día siguiente de esta noticia llegó una carta de Ottoline proponiendo menos de lo esperado, Virginia tuvo que enviarle un telegrama indicándole a su amiga que se detuviera. El asunto significó un gran desgaste de energía y de tinta, con cartas que iban y venían, y Virginia terminó sintiéndose enojada con Eliot[250] por permitir que durante seis meses, todos ellos se esforzaran en un asunto que podría haber detenido antes.

Las dificultades de practicar la ECUANIMIDAD: ENTRE JOYCE Y Proust

Durante el verano las visitas interrumpían la paz de Rodmell, y sumadas a las consultas periódicas con los médicos, restaban parte de su valioso tiempo de escritura; la salud de Virginia se deterioró en forma considerable, y los síntomas desconcertaron a los especialistas. Los doctores Sainsbury y Fergusson sostuvieron una discusión “semilegal” acerca “de (su) cuerpo”; descartando la tuberculosis, se inclinaron por la hipótesis de que padecía una especie de neumonía y concluyeron que debían atacar los gérmenes con grageas de quinina, pastillas y un pincel con el cual debía untarse la garganta. “Ecuanimidad... practique la

ecuanimidad, Mrs. Woolf, le decía el doctor Sainsbury, intentando que se tomara las cosas con más calma, y sin saber que se convertía en uno de los *personajes de La señora Dalloway*.

Pero también había noticias alentadoras, y percibiendo que tanto ella como Leonard se volvían celebridades, Virginia recibía halagada la noticia de que la aristócrata y escritora Vita Sackville-West la consideraba la mejor escritora viva. Este tipo de situaciones, sumadas a que seguía dedicada a la escritura con fervor, hacían que apenas pudiera practicar la tan mentada ecuanimidad. Le costaba registrar el momento de pasaje entre un estado de agotamiento saludable y uno de total postración, en el que era incapaz de producir nada, concentrarse o escribir. En una de esas ocasiones, después de recibir a Clive, quien —decía— le había ofrecido “los remanentes esfumados y apestados de su mente”, aseguraba que ella no estaba en mejores condiciones. La noche anterior había ido al cine y se lamentaba: “En lo que a mí respecta, por una noche afuera todas mis cuerdas se han desafinado. La disipación pudrirá mi obra”.

De hecho, el exceso de vida social tenía efectos desastrosos sobre su salud y su escritura. Y si bien estaba dispuesta a reconocer que le llevaba una semana recuperarse, después de asistir a una fiesta ofrecida por lady Colefax — anfitriona londinense especializada en invitar talentos a su casa—, también sabía que no podía resistir la tentación de asistir a ese tipo de veladas.[251] Transcurría el mes de agosto y Virginia también se dedicaba, aunque con resultado desperejo, a la lectura del *Ulises*. No podía compartir el juicio de los que, como Eliot, la consideraban la mejor obra del siglo; sentía que los que elogiaban a Joyce criticaban su obra en forma velada, y de alguna manera veía a Eliot, Joyce y Ezra Pound conformando una alianza masculina dispuesta a sostener privilegios de género y a reafirmar su superioridad. Para colmo, el trío de esta *avant-garde* masculina estaba apoyado por Wyndham Lewis,[252] escritor y artista que se había transformado en un feroz crítico de Roger Fry y de Bloomsbury. Además de no apreciar el *Ulises*, Virginia tampoco soportaba la intolerancia, el intelectualismo y el dogmatismo que percibía en Eliot, el único de esos escritores que conocía. En orden de criticar a sus contemporáneos, sin hacer una distinción de género, aborrecía la ficción “viril” de macho cabrío de Joyce, pero también cuestionaba la creación de una frase femenina — que atribuía a Dorothy Richardson— y la escritura de Katherine Mansfield. De alguna manera, buscaba reafirmarse a sí misma en las “faltas” de los otros y de ese modo leía el *Ulises*:

Fabricando mi proceso en pro y en contra. He leído 200 páginas hasta ahora —ni un tercio—, y he sido entretenida, estimulada, encantada, interesada por los 2 o 3 primeros capítulos... hasta el final de la escena del cementerio; y luego intrigada, aburrida, irritada, y desilusionada como un estudiante mareado, que se rasca el acné. ¡Y Tom, el gran Tom, cree que está a la par de La guerra y la paz! Me parece un libro iletrado: el libro de un obrero autodidacta, y todos sabemos lo embarazosos que son, lo egoístas, insistentes, crudos, chillones, en última instancia, nauseabundos. Si podemos comer la carne cocida, ¿por qué comerla cruda? Pero pienso que si eres anémico, como lo es Tom, hay esplendor en la sangre. Siendo yo misma más o menos normal, pronto estaré lista para retornar a los clásicos. Puede que revise esto más tarde; no comprometo mi sagacidad crítica.

Si bien le interesaba el experimento de Joyce —“deja afuera la narrativa, e intenta mostrar los pensamientos”—, y en “La narrativa moderna” había reconocido que él era un autor que se acercaba a la vida y que descartaba las convenciones utilizadas por escritores materialistas como Bennett, Galsworthy y Wells, le molestaba su “indecencia”, la manera en que abordaba la sexualidad y las funciones corporales. Como señala Julia Briggs, Virginia “nunca llegó realmente a analizar” su rechazo por esas cuestiones. En cuanto a su propio proceso creativo, ella consideraba que era importante leer buena literatura

mientras escribía, ya que sería “un error suponer que la literatura puede surgir de lo crudo”. Pero ese concentrarse “todo en un punto, para no tener que tironear de las zonas dispersas del propio carácter” implicaba que cualquier intromisión, una visita inesperada, pudiera trastocarlo todo. Y es así como, después de recibir a uno de sus amigos, reflexionaba:

«“Sydney viene y soy Virginia; cuando escribo soy solo una sensibilidad. A veces me gusta ser Virginia, pero solo cuando me siento dispersa y variada y gregaria”».

Durante la década del veinte, con la Hogarth Press funcionando a pleno, la vida social llegó a invadir sus espacios de intimidad y escritura, convirtiéndose en una cuestión que ocupó buena parte de sus diarios, en los que Virginia plantea una y otra vez el tema de que una de las soluciones posibles era vivir en “un territorio neutral —ni amigo

ni enemigo—”Pero la cuestión se presentaba en términos antagónicos y de difícil resolución. Evitar la vida social podía dejar a los “Lobos” en “castidad y gloria”, pero demasiado alejados del mundo y sumidos en una “apacible atmósfera” familiar. Inmersa en estos dilemas y en la lectura de Joyce, finalmente, el 6 de septiembre ella escribió en su diario:

«Terminé *Ulises* y lo considero un fiasco. Genio tiene, creo; pero de agua inferior. El libro es difuso. Es salobre. Es presuntuoso. Es maleducado, no solamente en el sentido obvio, sino en el sentido literario. Un escritor de primer nivel, quiero decir, respeta su arte demasiado como para ser tramposo; alarmante; haciendo trucos. Me recuerda todo el tiempo a algún colegial imberbe, como por ejemplo a Henry Lamb, lleno de ingenios y poderes, pero tan acomplejado y egoísta que pierde la cabeza, se torna extravagante, amanerado, estruendoso [...] y uno espera que se le vaya con la edad; pero como Joyce tiene 40 esto apenas parece posible. No lo he leído con detenimiento; y solo una vez; y es muy oscuro; así que sin duda he maltratado sus virtudes más de lo justo. Siento que miríadas de balines lo tirotean y salpican a uno; pero no se obtiene una herida mortal en plena cara, como de Tolstoi, por ejemplo. Pero es totalmente absurdo compararlo con Tolstoi».

Aun así, su intuición y la confianza en otros juicios diferentes la llevaban a dejar una puerta abierta: “Habiendo escrito esto, L. puso en mis manos una crítica muy inteligente del *Ulises*, en el *American Nation*, que por primera vez analiza el significado; y ciertamente la hace mucho más impresionante de lo que yo juzgaba. De todas maneras, pienso que hay virtud y una verdad perdurable en las primeras impresiones; así que no niego la mía”. Días después Virginia volvía a dar una vuelta de tuerca sobre el asunto, impelida por las afirmaciones de Eliot, que aseguraba que el *Ulises* era “un hito, porque destruyó la totalidad del siglo XIX”. Finalmente, sin dejarse influir por las opiniones de los demás, a principios de octubre, ella dejó en claro cuáles eran sus preferencias:

«Mi gran aventura es realmente Proust. Bien, ¿qué se puede escribir después de eso? Recién voy por el primer volumen, y hay, supongo, faltas por encontrar, pero estoy en un estado de asombro; como si un

milagro estuviese sucediendo frente a mis ojos. ¿Cómo, al fin, alguien ha solidificado lo que siempre se escapaba, y lo transformó también en esta hermosa y durable sustancia? A veces hay que bajar el libro y jadear. El placer se vuelve físico, como sol, vino y uvas, y perfecta serenidad e intensa vitalidad combinadas.

Lejos, por otra parte, se encuentra Ulises; al cual me ligo como una mártir a su estaca, y gracias a Dios, lo he terminado ya... mi martirio ha cesado. Espero poder venderlo por £4,10».

Prosperidad

Mientras alternaba lecturas fundamentales, y a pesar de los síntomas persistentes de su enfermedad, el verano había sido “el más sociable” en mucho tiempo, y Virginia prolongó su estadía en Monk’s House hasta principios de octubre. Entre tanto, las pruebas de impresión de *El cuarto de Jacob* estaban listas, y los Woolf consiguieron que Gerald Duckworth[253] rescindiera sus derechos de publicación. A partir de allí la Hogarth Press asumía la responsabilidad, aunque lo imprimiera para ellos “uno de los más grandes y mejores imprenteros británicos.” En octubre y coincidiendo con la aparición de su novela, ella se dedicaba a un ritmo de lectura a doble mano: no descuidaba a los griegos, avanzaba con Proust y también escribía *La señora Dalloway*, todas ocupaciones que, junto con la habitual correspondencia y diarios, contribuían al gratificante sentimiento de que, a los cuarenta, comenzaba a “entender los mecanismos” de su propia mente.

Por entonces, una noticia la alteró profundamente. Después de enterarse de la repentina muerte de Kitty Maxse, a quien no veía desde hacía mucho tiempo, se sintió consternada: “El día se ha arruinado — tan extrañamente— por la muerte de Kitty Maxse; y ahora la imagino yaciendo en su tumba en Gunby, y Leo yendo a casa, y todo el resto”. Con los años, la muerte de conocidos comenzaba a ser un fenómeno demasiado repetido y, como escribió en su diario, hostigador. Entristecida y con sentimientos de culpa, deseaba haberse encontrado con su antigua amiga aunque más no fuera en la calle: “Mi mente ha retrocedido hacia ella todo el día, de la manera extraña en que lo hace”. Como era de esperarse dada la intensa vida social de Kitty, el funeral contó con la presencia de grandes personalidades; desde el embajador

de Francia hasta George Duckworth estuvieron presentes. Pero lo que intrigaba a Virginia era qué había pasado: “Kitty se cayó, muy misteriosamente, por encima de unas baranda. ¿¿Cómo había sucedido? En realidad, si bien no tuvo mucho tiempo para detenerse en ese asunto, con el tiempo, Kitty, “una horrible esnob”, llegó a las páginas de *La señora Dalloway*, historia que había tomado dimensiones que auguraban una nueva novela.

Mientras tanto, a mediados de octubre, *El cuarto de Jacob* ya estaba en manos de algunos lectores; entre ellos, Lytton y Carrington, que le enviaron dos elogiosas cartas.[254] Virginia consideraba que esa novela había sido “un paso” necesario para trabajar libremente, y si por una parte esperaba con ansiedad la crítica de su libro, por otra estaba convencida de su valor: “Nada me moverá de mi determinación de seguir adelante, o alterará mi placer, de modo que, pase lo que pasare, aunque la superficie pueda ser agitada, el centro es seguro”. Pero como no era sencillo llevar a cabo esas intenciones, se propuso leer con atención la reseña del *TLS* “no porque vaya a ser la más inteligente, sino que será la más leída”. Preocupada a su pesar por la recepción de *Jacob*, Virginia lamentaba no poder concentrarse ni siquiera en la lectura. Aunque temía que nunca escribiría “un éxito total”, las ventas eran muy buenas, y consideraba imprimir una segunda edición de su libro.[255]

Dos meses antes de fin de año, Virginia contestaba las cartas e invitaciones resultantes de la celebridad adicional lograda a partir de la publicación de *Jacob*. Por su parte, Leonard, que entre 1920 y 1922 visitó cuatro de las universidades que esperaba representar, fue candidato a las elecciones generales, enfrentando, entre otros, al primo de su mujer, Herbert Fisher. Para alivio de Virginia, su marido salió cuarto en la lista, de modo que no entró en el Parlamento.[256] Aunque el resultado de la elección no dejaba de ser un fracaso, la posición política de Leonard se consolidaba, y mientras *The New York Times* le pedía un artículo mensual, era reconocido por su labor “desinteresada” por el bien público. Virginia estaba convencida de que su marido era una persona exitosa; y por entonces, luego de cenar con Nessa y Clive, escribió en su diario: “Todos 40 para arriba: todos prósperos; y mi libro [...] aclamado por Nessa ‘ciertamente la obra de un genio’. Lytton llegó más tarde, lo cual lo hace aún más extraño; y allí nos sentamos, con H[arcourt]. ¡El catálogo de Brace refiriéndose a todos nosotros por nombre como el grupo más brillante en Gordon Square! Fama, ya ves”.

A mediados de noviembre y con “una enorme cantidad de trabajos

agradables a mano”, Virginia consignaba que estaba “realmente muy ocupada [...] muy feliz”. Y afirmaba: “Solo quiero decir: ‘Tiempo, detente aquí’; que pienso que no es lo que muchas mujeres en Richmond podrían decir”. Animada, luego de un paseo, compró dos patos salvajes y otras aves para cocinar, todos frescos y sangrantes, y que creía recién cazados por dos perdigueros furtivos. Que los patos se pudrieran y hubiera que enterrarlos no cambió el humor de un año que finalizaba de manera muy diferente de como había comenzado. A fines de ese mes y como un regalo caído del cielo, Virginia conoció a una joven llamada Marjorie Thomson —se encontró con ella en el 17 Club—, que quería dedicarse a la impresión y abandonar la enseñanza. Entusiasmada, la invitó a tomar el té con Leonard, y aunque detectó en ella cierta rapidez e impulsividad, también percibió “un hilo de acero dentro de ella, fruto de ganarse la vida y aprender”, características que le parecieron apropiadas para una empleada de la Hogarth Press. El momento era ideal, ya que como se venía anunciando, la relación laboral con Ralph colapsó al tiempo que una oferta de la editorial Heinemann ofrecía absorber la Hogarth Press. Ante estas alternativas, Virginia escribía en su diario:

«Pero estos son días históricos. La Hogarth Press está haciendo un trabajo de parto. Heinemanns nos hizo una oferta de lo más halagadora, al efecto de que nosotros entregáramos a nosotros [sic] nuestros cerebros y sangre, y ellos se encargarían de las ventas y finanzas. Pero olfateamos patrocinio. Si ellos ganan, nosotros perdemos. [...] En opinión de Desmond, Clive, Roger, y creo que de Vanessa, el intercambio sería la capitulación. Estamos ambos muy dispuestos a llegar a esta conclusión, y hemos optado por la libertad y la lucha, con gran satisfacción íntima».

Finalmente, aunque Ralph también presentó otro proyecto “obviamente tramado en Tidmarsh”,⁹⁴ en el que los Woolf se asociarían con Lytton, quien a su vez les cedería los derechos de su obra, Virginia concluía:

«“Nos inclinamos por la señorita Thomson y la libertad”».

A mediados de diciembre ocurrió un hecho significativo para su futuro: Clive le presentó a Vita Sackville-West, que acababa de publicar

la historia de su familia, *Knole and the Sackvilles*, y era un personaje fascinante. Había escrito su primera novela a los catorce años, pertenecía a la aristocracia y su *affaire* homosexual con Violet Trefusis se había hecho famoso. Si bien al principio no le agradó y dijo que era una “rubicunda, bigotuda, colorinche” mujer “granadero”, con la desenvoltura de la aristocracia pero sin la inteligencia del artista, Virginia se sintió en su presencia una “virgen, tímida, colegiala”. Y, pocos días después, las dos comían juntas e intercambiaban libros.

Avizorando una época diferente, el día de Navidad Virginia le escribió a Gerald Brenan: “Esta generación tiene que esforzarse mucho para que la siguiente pueda avanzar sin sobresaltos”. Creía que “el alma humana” se reorientaba, como solía hacerlo “cada tanto”; que la tarea de los escritores estaba plena de desafíos y que solo algunos lograrían atisbar esos cambios. Desmitificando la imagen de escritora consagrada que Brenan tenía de ella, le decía que cada diez años había querido “terminar con todo”, y ahora, habiendo sobrevivido a los “cataclismos del horror” y a esas crisis que en realidad anunciaban una reorientación “íntima que se enfrenta con la inmensidad”, se aferraba a la vida de manera muy distinta que a los treinta, cuando rompía y desgarraba escritos, y desesperaba: “Tal vez a esa edad se es más un escritor, pero no se puede escribir y no es por falta de habilidad, sino porque el objetivo está tan cerca y es tan vasto. Creo que, quizás, este ha de replegarse antes de poder tomar la pluma”. Ahora, a sus cuarenta, consideraba que *El cuarto de Jacob* era su “obra maestra, y el punto de partida para refrescantes aventuras”.

CAPÍTULO XXVI - 1923

“La única escritura de la que he ESTADO CELOSA”

EL 1° de enero, luego de pasar Navidad en Monk's House y de regreso en Londres, Virginia se sintió abatida: “Estoy con uno de mis humores, como los llamaban las enfermeras. ¿Y qué es y por qué? Un deseo de tener niños, supongo; de tener la vida de Nessa”. Solitaria y con una vida que, vista bajo esa luz, podía parecer vacía, pero dueña de un “empedernido romanticismo”, se veía a sí misma avanzando sola por la noche, sufriendo estoicamente y admitiendo que no tenía sentido pretender que las cosas que uno no tiene no valen la pena, escribía en su diario: “Nunca pretendas que los hijos, por ejemplo, pueden ser reemplazados por otra cosa”.

Además, a pesar de las recurrentes jaquecas y de sentir, cada tanto, un “brinco en el corazón”, Virginia deseaba una vida social más activa, vida que Leonard vedaba poniendo como excusa su salud. Sin fuerza ni convicción para contradecirlo, ella vertía su desconsuelo en su diario: “No pude quedarme en 46 [de Gordon Square] anoche, porque L. expresó su disgusto por teléfono. Tarde otra vez. Muy imprudente. Tu corazón está mal... y así nuevamente perdí la confianza en mí misma. No tuve el coraje de aventurarme contra su voluntad”.

Evidentemente, Leonard temía que la vida social y familiar tuviera efectos dañinos para la salud de su mujer, y en consecuencia trataba de reducir al máximo las reuniones nocturnas que implicaban trasladarse a Bloomsbury. Vivir en Richmond, lejos del centro de la ciudad, era una buena coartada, ya que cuando las fiestas terminaban, los Woolf estaban obligados a ir a la estación y esperar allí el arribo de los trenes

que los conducirían a su casa, donde recién llegaban, exhaustos, a la madrugada. La distancia se transformaba así en un práctico impedimento, por lo que Leonard creía que debían permanecer en Richmond. Pero Virginia comenzaba a elaborar la posibilidad de volver a vivir en Bloomsbury, y eso la llevaba a enfrentarlo más o menos abiertamente: “L., creo, sufre de extrema claridad. Ve las cosas tan claras que no puede nadar, flotar y especular”. Lo cierto es que Leonard sabía de qué manera las ocasiones sociales podían alborotar su ánimo al facilitar encuentros y situaciones que excitaban su atención, siempre predispuesta a captar escenas, personajes y a inventarse posibles historias. Más allá de todo, Virginia disfrutaba de los efectos que estas ocasiones producían en su cuerpo y mente y es así como, la noche de Reyes, luego de una fiesta organizada por Maynard Keynes en el 46 de Gordon Square, escribía en su diario:

«Supongamos que el pulso normal de uno es 70: en cinco minutos era 120; y la sangre, no el fluido blanquecino y pegajoso que es durante el día, sino brillante y burbujeante como champagne. Este era mi estado, y el de la mayoría [...] usábamos nombres de pila, nos halagábamos, adulábamos, y pensábamos (al menos yo lo hice) en Shakespeare. Al menos pensé en él cuando cantamos. Creo que le hubiésemos gustado a Sh[akespeare] esa noche».

Allí estaban, entre otros, Clive, orgulloso de llevar a su amante Mary Hutchinson de un brazo y a Virginia de otro; su hermano Adrian y Karin; también Gumbo (Marjorie Strachey), hermana de Lytton, quien se lució entonando unas distorsionadas canciones de cuna; Lydia Lopokova, que bailó, y el pintor Sickert, que había sido actor en su juventud y recitó soliloquios de Hamlet. Durante la reunión, Virginia observó a Lytton y, pensando en su relación con Ralph y la posibilidad de que fundaran una imprenta rival, aventuraba: “Su bebé tendrá su juguete”. Lo que más le disgustaba era que el asunto hacía aparecer una faceta desagradable de Lytton: usaba su inteligencia para que lo “peor pareciera la mejor causa” y ya sin paciencia con el trío Lytton-Partridge-Carrington, concluía: “El amor es el diablo”.

Como la fiesta se extendió hasta las 3 de la madrugada, para no volver a Richmond a esas horas, Virginia caminó unos pasos hasta el 50 de Gordon Square, la casa de Maynard Keynes, donde pasó la noche. Una vez en la cama, escuchó ruidos que le impidieron conciliar el sueño; creyó escuchar pasos y, de pronto, lo que le pareció un grito de

angustia, proveniente de la calle. Entonces, con la imagen de Mrs. Thompson en la mente —una mujer que había asesinado a su marido y que horas después sería ejecutada junto con su amante y cómplice—, percibió pasos en la escalera. Creyendo “inocentemente” que, a menos que se tratase de un accidente o enfermedad, nadie podía estar fuera de la cama a esas horas, Virginia saltó de la cama no sin antes colocarse sus dientes postizos, y se dirigió al pasillo. Allí vio cómo la sombra de Clive se proyectaba en la puerta abierta de su habitación y le preguntó: “¿Pasa algo malo?”. La respuesta fue: “Espero no haberte despertado”. De pronto, ella comprendió lo que sucedía: “Obviamente nada malo pasaba. El alarido fue de Mary”.

Atisbar en la intimidad de los otros era estimulante, lo mismo que participar, a la mañana siguiente y antes de regresar a su hogar, de un desayuno multitudinario. Mientras las campanas sonaban ese día gris en el corazón de Londres, Virginia disfrutaba de encontrarse en una casa llena de Stracheys, Grants, Stephens, Bells y Partridges. Reconfortada por “el parloteo y la excitación” que se daban en las “casas de otras personas”, y en contra de la opinión de Leonard, que aseguraba que esos asuntos eran perjudiciales para su salud, se prometería tomar lo social en sus “propias manos”.

Poco después, la excitación y felicidad de esa noche de Reyes tuvieron como contrapartida una mala noticia. El 11 de enero, mientras desayunaba, su empleada doméstica, Nelly, le comunicó que se había enterado a través del periódico de la muerte de Katherine Mansfield. La noticia tomó a Virginia por sorpresa. ¿Qué sentía?: “¿Un shock de alivio? [...] ¿un rival menos?”. Pensamientos como este le brindaron una ineficaz protección; los seguían el vacío, la decepción y una depresión de la que no pudo desembarazarse durante todo el día. Además, cuando quiso comenzar a escribir, la invadió la sensación de que no tenía sentido hacerlo pues “Katherine no lo leería”; y, aunque creía que había cosas que podía hacer mejor que ella, exclamaba: “¡Dónde está, quien podría hacer lo que yo no puedo!”.

De pronto, y como si se tratara de un fantasma, Katherine se le aparecía “poniéndose una corona de flores blancas” y abandonando el mundo, como una víctima elegida en sacrificio, a sus treinta y cuatro años. Y aunque por unos días perdió el “estímulo para escribir”, finalmente ese sentimiento desapareció al mismo tiempo que la visión de Katherine con su corona de flores. Pero Virginia estaba convencida de que, puesto que perdía algo que no había encontrado en nadie más, seguiría pensando en ella a lo largo de su vida. El último de sus

encuentros había sido extraño. En esa oportunidad, Katherine, que lucía “muy enferma”, se movía lánguidamente, “arrastrándose a lo largo de la habitación, como un animal doliente”, y aun así Virginia no había dado crédito a su sufrimiento. En la habitación, que hacía las veces de escritorio, había visto un vaso de leche, pilas de novelas y una botella de medicina. “Todo estaba muy ordenado, brillante, y en cierta manera como una casa de muñecas”. Con ese marco, y semirrecostada en el sofá, al lado de la ventana, Katherine tenía la apariencia de una “muñequita japonesa”. Durante ese último encuentro, hubo momentos en que, venciendo la reticencia y la timidez, las dos se miraron fijamente, como si hubieran alcanzado “una relación duradera, independiente de los cambios del cuerpo, a través de los ojos” [257] Aunque Katherine tenía experiencias bisexuales, no hay rastros que indiquen que se hubiese sentido atraída por Virginia; aun así, le dirigió besos y sobre todo miradas que prometían “nunca, nunca olvidar”. Por eso, Virginia no pudo comprender cómo, a pesar de las promesas de seguir escribiéndose —“ella dijo que me enviaría su diario para leer, y que siempre escribiría”—, la distancia ganó la partida. De nada sirvió que sostuvieran que su “amistad era real”; la “crítica mezquina y tal vez chismes” interrumpieron una corriente de afecto que, a pesar de la muerte, Virginia sentía que persistía. Aun así nunca llegó a saber cuánto le había importado o cuáles habían sido los verdaderos sentimientos de la Mansfield hacia ella. Además, hubo escollos que les impidieron dar un paso que determinara un encuentro definitivo: se interponía Murry, y “las más mínimas mentiras y traiciones, el perpetuo tire y afloje, o lo que fuere, rebajó considerablemente la sustancia de la amistad”. Virginia había esperado volver a ver a Katherine “nuevamente el próximo verano, y empezar de cero”. Pero la autora de “la única escritura de la cual (había) estado celosa” había muerto dejándola sin interlocutor.

Invadida por la melancolía y con una de sus acostumbradas gripes inhabilitantes, que la mantuvo en cama por varios días, Virginia debió atender su propia salud. Antes de pasar unos días en Cambridge, afrontó las inevitables consultas médicas, que esta vez se debían a que su doctor se inclinaba por extirparle las amígdalas. Cuando pudo viajar, la visión romántica con la que revestía la visita a Cambridge cedió paso a una suerte de “anticlímax”. Sin ser lo que había idealizado, la estadía tuvo sus compensaciones. Allí se encontró con la poeta Fredegond Shove, cuya conversión al catolicismo le daba la apariencia de una nueva Christina Rossetti. También vio a G. E. Moore y visitó las habitaciones

de Maynard Keynes, un salón en extremo agradable, gracias a los cuadros, las tonalidades y las cortinas diseñadas por “Bell y Grant”.

De regreso en Londres, tanto Leonard como Virginia comprobaron que estaban deprimidos. “Leonard —escribió Virginia— se considera un fracaso. ¿Y qué caso hay en negar una depresión que es irracional? ¿O acaso no me siento yo siempre un fracaso? Es inevitable”.

Sucedía que se había vendido el periódico *The Nation*, y a Leonard le preocupaba el quebranto económico que significaba perder su puesto de trabajo. Finalmente sus inquietudes no tuvieron fundamento, ya que su amigo Maynard Keynes se convirtió en el nuevo accionista principal. En principio, creyendo que así podría ayudar al “pobre Tom”, Virginia le escribió a Maynard proponiendo a Eliot como editor literario, pero como este se negaba a dejar su seguro trabajo en el banco por el periódico, finalmente le ofrecieron el cargo a Leonard que, aliviado de que sus temores resultaran vanos, lo aceptó de inmediato. Eso no impidió que mientras duró la incertidumbre, los Woolf temieran que se desvaneciera la estabilidad económica que habían logrado, y luego de un ataque debido a “la usual vieja temperatura”, Virginia añoró una suerte de rescate tan milagroso como el oficiado en *La tempestad*, de Shakespeare, donde el personaje de Próspero encarna al padre protector y amoroso, que con sabiduría e inteligencia guía y protege a su hija Miranda: “¿No debería una encontrar los ojos de su padre cuando se hunde en lo profundo [*The Tempest*]? Pero no hay semejante suerte”.

Muchachas como manzanas

Presionada por mil situaciones que tironeaban todas a la vez, Virginia debía apañárselas entre una vida social cada vez más activa y sus deseos y urgencia de escribir. Por otra parte, sumaba a los viejos amigos un grupo de jóvenes mujeres y hombres que no ocultaban su admiración hacia ella. Las muchachas “como manzanas verdes crudas y duras: sin halo, moho ni plaga” le contaban sus experiencias amorosas. “Seducidas a los 15, la vida no tiene recovecos ni rincones para ellas”, escribía, con cierta admiración, aunque deploraba que la hicieran “sentir tal vejesterio”. Cuando les preguntó cómo se las arreglaban para no tener hijos, contestaron que leían a Marie Stopes.^[258] “Antes de perder la virginidad —concluyó Virginia—, ¡los jóvenes de nuestra época devoran

los libros de Stopes! Asombroso”.

Una de las muchachas jóvenes que la rodeaban, Marjorie Thomson, se había incorporado como empleada en la imprenta y por el momento compartía tareas con Ralph Partridge, quien finalmente dejó su puesto en marzo. La convivencia no había resultado fácil y a Virginia la deprimían “comer y tomar el té todos los días con Marjorie y con Ralph, y la necesidad de mantener una conversación brillante”. La voz de la nueva empleada y sus maneras —no era, como le hubiese gustado, “una lady”— la incordiaban casi tanto como la testarudez de Partridge. Por otra parte, como muchos de sus síntomas continuaban y los médicos sospechaban que padecía tuberculosis, vacunaron a un conejillo de Indias con su saliva. El pobre animalito, escribió Virginia en una de sus cartas, “murió, pero nadie sabe de qué... de todas maneras, no de tuberculosis, como descubrió un estúpido doctor”. Sentirse “el fregadero de 50 millones de gérmenes de neumonía con una temperatura más baja de lo normal” influía en la poca paciencia que tenía con los diagnósticos errados de sus médicos. De todas maneras, la enfermedad no le impedía registrar el progreso de sus diarios, que deseaba que se convirtieran “algún día en un diario real: algo en lo cual poder ver cambios”. Esos cambios, que registran claramente sus lectores, pueden considerarse un reservorio en el que aún hoy palpitan cada uno de los días allí fijados. De hecho, Virginia se proponía la escritura de un tipo de diario distinto de los que recordaba habían sido los de su prima Katherine Stephen — retirada de su puesto de directora del Newnham College—, en cuyos cuadernos alineados todos iguales y prolijos, los días se seguían unos a otros “como guijarros en una playa: mañana, noche, tarde, sin variaciones”.

Lejos de reiterarse, sus diarios le permitían monitorear su escritura, pero también eran un eficaz recurso para registrar sus estados de ánimo. Gracias a ellos sabemos que consideraba que, tras recibir visitas, su alma organizaba listas de cosas pendientes, tan extensas, decía, que en “los cuarteles generales de mi maquinaria [...] mi esencia se reduce a la cabeza de un botón”. Por entonces, y sin anunciarse, llegaron inesperadamente Vita Sackville-West y su marido, Harold Nicolson. Aunque su amiga Ethel Sands le había advertido que Vita era “una declarada safista” (recordemos que Virginia Woolf se refería a las mujeres homosexuales como safistas y a los varones homosexuales como sodomitas) que tenía su “ojo puesto en ella”, Virginia no parecía demasiado halagada ni impresionada; pero reconociéndose esnob, y aventurándose en el rastro de las pasiones de Vita hasta “500 años

atrás”,^[259] las encontraba “románticas [...] como un viejo vino blanco”. Incluso poco después, en una comida en la que también estuvieron presentes Vanessa, Clive, Duncan y Lytton, Virginia aventuró en su diario, refiriéndose a los Nicolson:

«Los juzgamos a ambos incurablemente estúpidos».

Lo cierto es que en esos momentos, Vita y Virginia estaban lejos de convertirse en amigas íntimas. En 1923 solo se encontraron alrededor de tres veces, y aunque la aristócrata admiró desde un principio la inteligencia y la escritura de Virginia, por entonces sus intenciones amorosas se dirigían hacia Geoffrey Scott y Dorothy Wellesley.

Por su parte, Virginia estaba ocupada en la corrección de las traducciones de *Las cartas de amor* y de un libro de conversaciones, de Tolstoi, ambas realizadas por Koteliensky y que serían publicadas por la Hogarth Press. Además planificaba su próximo viaje a España. Hasta entonces, su salud había sido un impedimento para salir del país y, bastante frustrada por ello, en diciembre último le había escrito a Gerald Brenan:

«Mis ojos están enteramente grises de Inglaterra, nada excepto Inglaterra por diez años».

Por fin el 27 de marzo, los Woolf, que efectivamente no salían de Inglaterra desde su luna de miel en 1912, iniciaron su viaje. Luego de cruzar el canal vía París, se detuvieron en Madrid, de allí pasaron a Granada y continuaron en ómnibus y mula hasta Sierra Nevada, donde vivía Gerald Brenan, con quien pasaron unos diez días. Él los acompañó por Almería, Murcia y Alicante, dejándolos sanos y salvos en Valencia. Durante su encuentro en España, Brenan encontró a Virginia “tan excitada como una colegiala de vacaciones”. A ella le resultaba interesante este joven escritor que había elegido el aislamiento, y cuya soledad y la multitud de libros de su biblioteca le recordaban a Shelley. Ambos sostuvieron largas charlas sobre sus vidas y sobre literatura, que continuaron luego en una sostenida correspondencia; además, como Brenan había estado en la guerra, Virginia pensaba que podía ayudarla con el retrato de Septimus, en *La señora Dalloway*. Brenan y Ralph Partridge eran los representantes más cercanos de una generación de excombatientes reinsertada en la sociedad, y deseaba conocerlo mejor.

Los Woolf también visitaron Perpignan y Montauban. Conquistada por la calidez de los latinos, y luego de asistir a unas procesiones católicas imposibles de ver en Londres, Virginia le escribía a Vanessa: “¿Por qué no educar a los niños como católicos romanos? Creo que tendrían el corazón más cálido”. En España todo era pintoresco, y como una típica turista se sentía complacida de sentarse en un café, rodeada de “una banda, diez millones de españoles jugando al dominó, y viejecitos intentando vender boletos de lotería”. También disfrutaba de la cocina mediterránea, “deliciosa comida de arroz y tocino y aceite de oliva, y cebollas e higos y azúcar mezclados”. Sin embargo, la desconexión con Inglaterra no era total y durante el viaje las negociaciones entre Leonard y *The Nation* continuaban, por lo que él debió regresar a Londres unos días antes que Virginia, que esperaba poder encontrarse con Nessa en París. Fue hasta allí con la excitación de “una muchacha de 16 años”, deseando hablar francés aunque fuera por milagro, ya que sabía “las palabras” pero no se le ocurría “cómo convertirlas en una frase”. Dado que Vanessa falló a la cita, terminó recorriendo la ciudad sin su hermana, algo solitaria y, como ocurría las pocas veces que estaban separados, añoraba a Leonard, a quien le escribía: “Estoy tendida y pienso en mi maravillosa fiera, que me hace más feliz cada día e instante de mi vida de lo que había creído posible. No hay duda; estoy terriblemente enamorada de ti. Y, pensando en lo que estarás haciendo, tengo que detenerme; me dan ganas de besarte”.

A su regreso en Londres, luego de un período de pocas colaboraciones periodísticas, Virginia escribió “con infinito trabajo” su artículo “Rumbo a España”, para *The Nation*. Si bien los Woolf no consideraban al periódico sangre de su sangre, el puesto de Leonard significaba “seguridad, incluso lujo”. En el nuevo orden de cosas, Virginia, que era responsable de la sección de libros que se publicarían, se veía en la difícil situación de tener que rechazar los que le ofrecían muchos escritores; pero además de ser un lugar de poder, el nuevo puesto significaba un reconocimiento a las trayectorias de ambos. Aun así, ejercer el periodismo a conciencia demandaba poner al margen algo más que sus lecturas: “Un artículo al mes se paga alrededor de £15. Y eso precisamente consume el tiempo que tengo para escribir mi novela”.

Si pensamos en todas las actividades que la ocupaban, no entendemos la imagen pasiva que por entonces, y debido a que el trabajo de Leonard implicaba más tiempo fuera del hogar, Virginia tenía de sí misma, “esperando a que L. ‘vuelva de la oficina’” y que la llevaba a concluir: “Me fastidia ser como otras esposas”. Más dispuesta a

analizar la crisis que atravesaba su hermano Adrian que la propia, y pensando que el psicoanálisis parecía haberlo dejado “completamente deshecho”, consideraba que los traumas y sufrimientos de Adrian tenían relación con su infancia, y asumía parte de la responsabilidad: “Su alma se rasgó en pedazos con miras a la reconstrucción. El doctor dice que él es una tragedia: y esta tragedia consiste en que no puede disfrutar de la vida con entusiasmo. Yo probablemente sea responsable. Debería haberme emparejado con él, en vez de aliarme con los más grandes. Y así él languideció, pálido, a la sombra de hermanos y hermanas vivaces”.

Aunque estaba dispuesta a asumir algo de culpa, Virginia dudaba de “que la vida en familia tenga todo el poder de maldad que se le atribuye, o el psicoanálisis de bien”. Pero como el reconocimiento por parte de los demás era un factor que en los Stephen jugaba intensamente, sentía que no haber reconocido lo suficiente a Adrian era un factor determinante en la infelicidad de su hermano.

Nuevos experimentos y la prisión SUBURBANA

También a ella la movilizaba la opinión de los otros y en mayo, cuando Morgan Forster le contó que había conversado con Raymond Mortimer —“es Oxford [...] todo ángulo y pulido”— y que ambos coincidieron en que los únicos novelistas cuyo futuro les interesaba eran D. H. Lawrence y ella, Virginia sintió alivio al comprobar que el reconocimiento de sus pares, aunque esquivo, no la eludía. De hecho, mientras estaba en España había declinado participar en el PEN Club, explicándole a Vita Sackville-West, quien la había propuesto como nueva integrante, que como vivía en Richmond no podía pertenecer a “[*dining clubs*] grupos que se reunieran a cenar”.

En cuanto a su nueva novela, sentía que *El cuarto de Jacob* había quebrado los moldes tradicionales de la narrativa, pero todavía pensaba que era un meritorio “experimento” y tenía sus “graves dudas acerca de la forma” de lo que estaba escribiendo y de cuán lejos se podía “sugerir el carácter sin realismo”. Por otra parte, seguía atentamente las reseñas periodísticas, divididas entre aquellos que festejaban su intento de aplicar el método de *Lunes o martes* a una novela, y la incluían entre los modernistas —comparándola con Joyce y Dorothy Richardson—; los

que describían la novela como “impresionista”, y quienes la encontraban demasiado pretenciosa. Pero ni los elogios de Morgan Forster, que decía que en *El cuarto de Jacob* se había “adentrado más en el alma [...] que cualquier otro novelista”, ni los de Raymond Mortimer, movilizaron tanto a Virginia como las críticas de John M. Murry y de Arnold Bennett. El primero señaló que brillantes autores como Katherine Mansfield, D. H. Lawrence y Woolf habían dejado de lado el interés en el argumento o historia, y en consecuencia la novela había llegado a una suerte de *impasse*. Por su parte, Bennett, en un artículo titulado “¿Está la novela en decadencia?” subrayaba que aunque pocas veces se daba la oportunidad de leer un libro tan inteligente, luego de analizar *El cuarto de Jacob*, dudaba de la capacidad de Virginia, a la que veía obsesionada por detalles de originalidad e ingenio, en desmedro de construir personajes que resultaran vitales y perdurables.[260] Esta crítica le molestó especialmente, y como se entroncaba con las opiniones acerca de la inferioridad de las mujeres que Bennett había expresado en “Our Women: Chapters on the Sex-Discord”, publicado en 1920, no estaba dispuesta a dejarlas pasar fácilmente. En vista de esto Virginia escribió su ensayo “El señor Bennett y la señora Brown”, que dio pie a acertadas reflexiones de la crítica que señalan que “el sexismo de Bennett y el feminismo de Woolf subyacen en el fondo de su disputa pública”.

“El señor Bennett y la señora Brown”, definido como “uno de los más influyentes manifiestos del modernismo literario”, apareció publicado, primero en el *New York Evening Post*, poco después en *The Nation & Athenaeum* (N&A) y finalmente, en febrero de 1924, en el *Living Age* de Boston. En este artículo, Virginia Woolf sentó las bases de su ensayo “Character in Fiction” que leyó en Cambridge en mayo de 1924, y que fue revisado y publicado en julio de ese año en el *Criterion*, donde Eliot era editor.[261] Haciéndose eco de la crítica de Arnold Bennett, pensaba en sus personajes y consideraba que en *La señora Dalloway*, debería “ir hacia las cosas centrales, aunque no apunte, como de todos modos debería hacerlo, al embellecimiento en el lenguaje”. Más que un desafío, esta novela era “una lucha endiablada”, con un “plan tan extraño y dominante” que apenas le daba respiro. Virginia tenía claro a lo que quería llegar, deseaba que su escritura fluyera rápida e impetuosa, aunque sabía que era imposible y que al cabo de unas semanas terminaría agotada.

A principios de junio los Woolf pasaron un fin de semana en Garsington. Leonard volvió primero, y luego lo hizo Virginia, con

Lytton. El frívolo ambiente de Garsington se adecuaba a sus necesidades literarias, ya que en *La señora Dalloway* pensaba “mostrar lo escurridizo del alma”. Por otra parte, luego de leer fragmentos del diario de Katherine Mansfield, recientemente publicados, donde la escritora neozelandesa resaltaba la importancia que le asignaba a “sentir las cosas intensamente” y también a la “necesidad de ser pura”, Virginia se preguntaba qué pasaba con su propia escritura: “Uno debe escribir desde el sentimiento profundo, dijo Dostoievsky. ¿Y acaso lo hago? ¿O fabrico con palabras, amándolas como las amo? No, creo que no. En este libro tengo casi demasiadas ideas. Quiero dar vida y muerte, cordura y locura; quiero criticar el sistema social, y mostrarlo en funcionamiento, en su forma más intensa”.

Con estos parámetros, en *La señora Dalloway* bosquejaría un estudio de la locura y el suicidio: “El mundo visto por cuerdos y locos, lado a lado”. Clarissa Dalloway representaría el lado sano, y Septimus Smith, su contraparte. Las expectativas eran que pudiera mostrarlo todo, “vida y muerte, cordura y locura”. Pero escribir sobre la locura y los estados mentales que atravesaba Septimus la ponía “tan a prueba”, y la tensión era tal, que creía que apenas podría enfrentar “las próximas semanas abocada a ellos”.

Poco después de enunciar su plan de trabajo, Virginia recibió la visita de Eliot y su mujer, Vivienne, cuyas crisis nerviosas eran conocidas, y hacia quien nunca sintió demasiada simpatía ni consideró tomar como modelo para Septimus. La conversación resultó variada y también difícil. Por entonces, James Joyce visitaba Inglaterra con su familia, y aunque no conoció a Virginia, ella supo que a Eliot le había caído muy bien. En su diario Virginia no hace alusión a que Eliot rechazó publicar en *The Criterion* su historia “La señora Dalloway en Bond Street”, pero sí se refiere al aspecto de Vivienne y al nerviosismo de la pareja. En el momento en que Tom le sugería con insistencia a su mujer que pusiera brandy en su té, Virginia se puso del lado de Vivienne: “A una no le gusta tomar medicinas delante de sus amigos”. La injerencia de los maridos en las cuestiones referidas a la propia salud era un tema que sufría en carne propia. Por entonces, en contra de lo que creía Leonard, su deseo de tener una vida social más activa confluía en el convencimiento de que ya no era necesario vivir fuera de Londres. [262] Solo le faltaba persuadir a su marido, pero su decisión era terminante, y Virginia sentía que lograría imponer su deseo; no en vano atravesaba la cuarta década de la vida, había cosas que no estaba dispuesta a sacrificar y pensaba que vivir lejos de la ciudad mitigaba su

aliento vital. Con el deseo de vivir “a toda marcha”, y en plena contradicción con Leonard, que invocaba el “viejo rígido obstáculo” de su salud, estaba pronta a rebelarse y pensaba en las posibilidades de una vida menos suburbana: “Podría ir a oír música o mirar un cuadro o encontrar algo en el British Museum o aventurarme entre seres humanos. A veces debería meramente caminar por Cheapside. Pero ahora estoy atada, aprisionada, inhibida”.

En la batalla con Leonard, su diario íntimo era un aliado que le permitía “lanzarse a sí misma por la hoja como un leopardo sediento de sangre”, aunque el meollo de su queja era simplemente “el tener que ser por siempre suburbana”. Deprimida y desconcertada, pensando en sus antagonismos, reconocía: “¡Cuánto le debo! ¡Lo que me da!”, pero creía que podrían “conquistar más de la vida de lo que obtenemos”. Aunque lo planteaba como hipótesis, se preguntaba si él no era “demasiado puritano”; consideraba que había sido adiestrado “a través del nacimiento” y que a través de una “drástica disciplina” había alcanzado el autocontrol de un “espartano”. Era evidente que el lado “intelectual” de Leonard colisionaba con el “lado social”, que era “muy genuino” en ella. Y como no deseaba reprimir esa faceta de su personalidad, que resumía como “una joya que heredo de mi madre... una alegría al reír”, no estaba dispuesta a ceder.⁶² Sentía que debía interactuar libremente, conocer gente, cosa difícil en Richmond, ya que como una Cenicienta, tras sus “frenéticas huidas hasta Londres”, huía, con culpa, “mientras el reloj da las 11”

La actividad de Leonard, quien además de dirigir la imprenta seguía con su trabajo en el Partido Laborista, editaba columnas literarias en *The Nation* y solo cuando tenía tiempo escribía su libro *After the Deluge*, también lo obligaba a viajar constantemente a Londres, y él también estaba agotado. Recluida en Richmond, dedicada por la mañana a su escritura, Virginia acostumbraba trabajar por la tarde en la imprenta, leía manuscritos, envolvía paquetes y colaboraba con Marjorie. La Hogarth Press tenía un peso considerable en sus vidas cotidianas y vivir en la misma casa en que funcionaba la imprenta, imponía un ritmo diferente:

«La prensa es peor que 6 niños al pecho simultáneamente. [...] Leonard y yo vivimos apartados... él está en el sótano, y yo en la sala de impresiones. Solo nos vemos en las comidas, a veces tan cruzados que ni podemos hablar, y generalmente sucios. Sus triunfos siempre coinciden con mis desastres. Cuando uno está bien, el otro está mal».

Para comprender un poco mejor cuál era el nudo de ese conflicto, hay que considerar que los Woolf se habían constituido en personalidades lo suficientemente famosas como para que el círculo de sus amistades se ampliara; y si bien Leonard podía prescindir de los cantos de sirena de la sociedad, ese no era el caso de Virginia, no precisamente en el momento de escribir sobre la absolutamente social Clarissa Dalloway. La fama alcanzada también tuvo como correlato que varias publicaciones —entre ellas, *Vanity Fair*— solicitaran sus colaboraciones.

***Freshwater* o la necesidad de DIVERTIRSE**

Como si en ello encontrara un respiro o recreo a la tensión que acompañaba la escritura de *La señora Dalloway*, Virginia retomó una obra teatral —la única que escribió, con el solo fin de hacer una representación privada— que había ideado como divertimento en 1919. Su título, *Freshwater*, hace referencia a la casa que tenía su tía abuela, la fotógrafa Julia Margaret Cameron en la isla de Wight. Tanto Julia Cameron como los personajes que la frecuentaban ofrecían posibilidades de paso de comedia, por lo que de manera libre y vigorosa Virginia escribió esta pequeña obra que completó recién en 1935 para ser representada en el estudio de Nessa. La obrita era un brioso divertimento comparado con *La señora Dalloway*, a la que ya consideraba una obra con “serios méritos”.

Freshwater^[263] comienza con un grupo de amigos que preparan un viaje a la India, retrasado porque la dueña de casa, Julia Cameron, espera el arribo de dos ataúdes sin los cuales no quiere partir. Entre tanto, el aclamado pintor G. F. Watts retrata a su mujer, la actriz Ellen Terry, y el célebre poeta Tennyson camina a las zancadas recitando pasajes de su *Maud*. En el segundo acto Ellen se encuentra con su amante, John Craig, oficial naval con el que planea escaparse para vivir en... ¡Bloomsbury! La obra termina con la partida de Cameron y los ataúdes, y con Ellen Terry anunciando que huye con Craig; por su parte, Tennyson y Watts declaman que abandonan todo en aras del arte. Repentinamente hace su aparición la reina Victoria, quien condecora a los grandes hombres. Como Virginia tenía poco tiempo para seguir

trabajando en esta obra y el “asunto era más comprometido” de lo que pensaba, por muchos años “el manuscrito de *Freshwater* penetraría sigilosamente en el cajón sin fondo de las buenas intenciones”. De hecho, Virginia tenía otras cosas en mente; debía repartirse entre la revisión y escritura de los ensayos que agruparía en *El lector común*, y la escritura de su novela, a la que por entonces todavía llamaba *Las horas* y que con el tiempo se convertiría en *La señora Dalloway*.

Balance y proyectos

Antes de partir para sus vacaciones en Rodmell, Virginia hizo un balance de esa primera parte del año. Se había sentido “variable como un barómetro ante los cambios” y reconocía haber estado “quejona, exigente, excitada y de mal humor”, pero en su diario se declaraba convencida de que a los cuarenta años solo cabían dos posibilidades: o aceleraba el paso o lo volvía más lento. Decidida partidaria de la velocidad, estaba “trabajando diversamente y con intención” en su capítulo de Chaucer para *El lector común* y en su novela. Creía que su libro de ensayos sería una suerte de testimonio, “una áspera, pero vigorosa estatua testificando antes de morir la gran diversión y placer que me ha traído el hábito de leer”.

Por el momento, escribía en su diario: “Me siento lo suficientemente libre de cualquier influencia extranjera: Eliot, o quienquiera que fuere: y esto debo celebrarlo, ya que a menos que sea yo misma, no soy nadie”. El desafío de ser fiel a sí misma podía complicar también las relaciones familiares, y aunque ese verano siguió disfrutando sus visitas a Charleston, no todas las veces se sentía bienvenida. De todas maneras, si lo tomaba con buen ánimo, podía rescatar escenas memorables, como cuando encontró allí a Roger, Nessa y Duncan sentados alrededor de una mesa frente a un modelo que se esmeraban en pintar. Por momentos la charla se interrumpía, debido a la concentración de los pintores, pero Virginia disfrutaba de un ambiente familiar muy diferente del que vivía en su casa, y que la ponía en contacto con sus sobrinos, especialmente con Angelica:

«Tras el té, Angelica hizo un tea party para sus muñecas en la ventana, y golpeó a Clive, y cuando él lloró, por propia iniciativa corrió

a buscar una flor para él —lo cual fue un acto sensible y femenino. Ella es sensible... le afecta que se rían de ella (como a mí). Dijo querer una “tranza” en su cabello. ‘No te rías de mí’, le dijo, insolentemente, a Roger».

Por otra parte, la aliviaba la sola presencia de Nessa, que estaba lejos de ser “un talento literario” y solía, sin percibirlo, a la manera de Sancho Panza, unir un refrán con otro. Pero ese verano, como no pensaba descuidar su trabajo, Virginia tendría pocas posibilidades de disfrutar del distendido clima de Charleston, en tanto que la soledad de Rodmell resultaba adecuada para repartirse entre su novela y el libro de ensayos. En principio le preocupó la manera de agrupar los ensayos, ya que nada debía descuidarse: ni la calidad ni el esfuerzo. Recolectar artículos ya publicados no era un método que pudiera llamar “artístico”, pero tampoco podría sumar esfuerzos adicionales, como tratar de engazarlos de una manera original. De lo que estaba convencida era de que deseaba “investigar realmente la literatura con la intención de responder a ciertas preguntas acerca de nosotros mismos. Los personajes han de ser meramente opiniones: la personalidad ha de evitarse a toda costa”. A esos efectos, pensó que debía incluir un texto sobre los griegos, por lo que se imponía releer en idioma original a Eurípides, a Sófocles y la *Odisea*.

Entre tanto, *La señora Dalloway* estaba probando ser uno de sus “más atormentadores y refractarios libros”. Creyendo que había partes muy malas y otras muy buenas, se sentía “demasiado interesada” en el proceso creativo como para detenerse a intentar dilucidarlo.⁷⁴ De todas maneras, a finales de agosto hablaba de su “descubrimiento”, de la manera en que excavaba “hermosas cavernas” detrás de sus personajes logrando “humanidad, humor, profundidad”. El 15 de octubre, “en plena escena de la locura en Regent’s Park”, constataba otro gran hallazgo: “Me tomó un año de búsqueda a ciegas el descubrir lo que llamo mi proceso de hacer túneles, por el cual narro el pasado en episodios, a medida que lo necesito”. Es evidente que estaba trabajando a destajo y aunque hubo momentos en los que pensó que debía abandonar el libro, también existían los otros, cuando tocaba “el resorte escondido” y sentía la libertad de utilizar cualquier cosa en la que alguna vez hubiera pensado.

Por otra parte, y tal como acostumbraban, los Woolf seguían recibiendo invitados en Rodmell. Ese verano, entre los jóvenes que

abiertamente se declaraban admiradores de Virginia estaba Raymond Mortimer, que no dudaba en afirmar que rendía “culto a Bloomsbury” y también Franckie Birrell, con quien ella podía hablar de Tennyson o de su madre, y enterarse de que a la familia de él no le gustaba mucho Julia y que rendía “culto a Minny”, la primera mujer de Leslie e hija de Thackeray. Por carecer de parentescos aristocráticos, Raymond Mortimer podía quedar fuera de este diálogo. En la clase social a la que Virginia pertenecía, este tipo de árbol genealógico era por demás importante, y aunque desde muy jóvenes tanto Vanessa como Virginia fueron refractarias a la vacuidad de la mera aristocracia, ciertas contradicciones de clase nunca les fueron ajenas. Si bien algunos miembros de Bloomsbury pertenecían a la intelectualidad —como Leonard—, otros a la aristocracia campesina — como Clive—, quienes tenían un pase especial al grupo eran los que podían justificar —como las hermanas Stephen y el propio Lytton— una estirpe en la que se fusionaran lo aristocrático y lo intelectual.

Mientras tanto, los invitados a Rodmell se habían multiplicado con los años, pero dado que a veces creía que no necesitaba a nadie y deseaba estar sola, y otras apreciaba “hasta la compañía de una babosa”, Virginia vivía esas situaciones con ambigüedad. De todas maneras, como la literatura era un buen altar al que ofrendar todas esas vanidades y la vida social se podía instrumentar de tal forma que rindiera frutos literarios, aprovechó una visita que realizó en septiembre a la casa que Maynard Keynes había alquilado en Dorset. Su objetivo principal era estudiar a su novia, la bailarina rusa Lydia Lopokova, posible modelo del personaje de Rezia, la mujer de Septimus en *La señora Dalloway*.

Una tarde de té y calor, Lydia “se enfadó, frunció el ceño, se quejó del calor, parecía a punto de llorar, precisamente como una niña de 6” Como ya había sucedido en otras ocasiones con aquellos que pretendían ingresar en su círculo íntimo,^[264] la inclusión de Lydia no fue fácil. La joven rusa se sintió confundida cuando se enteró de que Leonard la había incluido, junto con Virginia, en el grupo de las *sillies* (tontas/locas). En verdad, Leonard había querido significar que le interesaba el tipo descripto por Tolstoi en su autobiografía y retratado por Dostoievsky en *El idiota*. Los *sillies* se comportaban de manera absurda según los estándares de los hombres prácticos y eran “terriblemente simples y al mismo tiempo trágicamente complicados”. Por su parte, en sus cartas, Virginia describía a la bailarina con menosprecio:

«Lydia tiene el alma de una ardilla: es imposible imaginar algo más lindo: se sienta por horas frotándose la nariz con sus patitas. Pero pobrecita desgraciada, atrapada en Bloomsbury, ¿qué puede hacer excepto aprenderse a Shakespeare de memoria? Te aseguro que es trágico verla sentada para King Lear. Nadie puede tomarla en serio: todo amable jovencito que pasa la besa. Luego, en un estado de furia que vuela, dice que es como Vanessa, como Virginia, como Alix Sargent-Florence [Strachey], o Ka Cox [Arnold- Forster]: una mujer seria»

«A pesar de todo, el dominio que Lydia tenía de su cuerpo y su gracia natural lograban impactarla, como sucedió durante un paseo por un cementerio, cuando Virginia la contempló yaciendo sobre la tumba de un obispo, simulando estar muerta, inmóvil, con “sus musculosas piernas de bailarina envueltas en medias blancas de seda”».

Una noche de angustia, alucinaciones y otras narraciones interesantes

A fines de septiembre, ya en Londres y sin renunciar a su intención de establecerse en la ciudad, Virginia comenzó a interesarse en algunas casas para mudarse. Ni los deseos contrarios de Leonard, ni cierta culpa por los gastos de la mudanza«y todos los trastornos que ocasionaría la detenían. En cuanto a Leonard, si todavía no estaba decidido a complacerla, una noche que volvió más tarde de lo esperado, debió enfrentar el hecho de que, quedarse en Richmond en esas condiciones, no aseguraba el equilibrio de Virginia.

“Con propósitos psicológicos”, ella registró en su diario lo que había pasado: “¡Qué intensidad de sentimientos alcanzaron esas horas!”. Todo se desencadenó cuando fue a buscar a Leonard en la estación, era una noche “húmeda y ventosa” y de pronto tuvo una sensación: “Ahí está, el viejo demonio ha mostrado su espalda a través de las olas. [...] Y la sensación fue de tal fuerza que me quedé agarrotada. La realidad, pensé entonces, había sido revelada. Y había algo noble en una sensación como esa, trágica, en absoluto insignificante”.

Mientras veía cómo las luces blancas iluminaban los campos, la gente y los ómnibus pasaban, se sentía sola. “Pero todavía podía jugar con eso, al menos controlarlo, hasta que súbitamente, después de la

llegada del último tren, sentí que era intolerable permanecer allí, y que debía hacer un último intento e ir a Londres”. En estado de pánico, y creyendo que el último tren había llegado sin Leonard, decidió ir a Lewes en su bicicleta, y allí tomar un tren para Londres. La oscuridad y el viento en contra hacían difícil la travesía: Virginia montó en su bicicleta, pedaleando contra el viento, sintiendo cómo medía sus fuerzas “con elementos poderosos, como el viento y la oscuridad”. Así lo registró:

«Luché, tuve que caminar; volví a montarme; seguí andando; se me cayó la linterna; la recogí, y así nuevamente sin luces. Vi hombres y mujeres caminando juntos; pensé: “Ustedes están seguros y felices, yo soy una paria”; tomé mi boleto; me sobraban tres minutos, y luego, doblando la esquina de las escaleras de la estación, vi a Leonard, acercándoseme, bastante inclinado, como una persona que caminara muy rápido, con su impermeable. Tenía bastante frío y estaba enojado (como tal vez era natural). Y entonces, para no revelar mis sentimientos, salí y le hice algo a mi bicicleta».

De manera mecánica, pero aliviada, Virginia volvió a la boletería, pidió el reintegro del dinero, y regresó a su casa hablando con Leonard de temas relacionados con su trabajo:

«Y todo el tiempo pensaba: ‘Mi Dios, se terminó. He salido de esta. Se terminó’. Realmente, era un sentimiento físico, de levedad y alivio y seguridad. Y sin embargo había algo terrible, a decir verdad, en este dolor que continuó varios días. Creo que lo sentiría otra vez si hiciera el mismo camino de noche. [...] Pero no he logrado asimilarlo, de ninguna manera».

Dado que durante septiembre y octubre Virginia escribió sobre las alucinaciones que sufre el personaje de Septimus, no parece forzado ligar su experiencia de terror nocturno con la tensión a la que se sometía escribiendo y buceando en sus propias experiencias pasadas. Además, era un año especial; tanto Virginia como Leonard se involucraban en su trabajo totalmente, lo proyectaban con precisión y, en el caso de la Hogarth Press, les resultaba en extremo difícil encontrar empleados a la altura de sus expectativas. El caso es que era difícil que la gente que contrataban estableciese con la editorial un vínculo afectivo de igual magnitud que el de ellos, y hasta el momento, iban de

fracaso en fracaso. Como tampoco Marjorie Thomson cumplía con las expectativas, se alegraron cuando apareció otro postulante: se trataba de George Rylands, a quien sus amigos llamaban Dadie, un joven egresado de Cambridge que había sido elegido entre los Apóstoles, y que había llamado la atención de Maynard y de Lytton. Virginia lo conoció en Tidmarsh ese año y en octubre los Woolf ya pensaban en la posibilidad de contratar a ese joven que decía querer “dedicar su vida con devoción a la Hogarth Press”. De hecho, Virginia pensaba que él se haría cargo del trabajo, se convertiría en un personaje cada vez más importante, e imaginaba:

«Seremos los benefactores de nuestra era y tendremos un negocio, y disfrutaremos de la compañía de los jóvenes, y nos buscaremos y sumergiremos en el gran pastel de salvado, de manera que nunca, nunca dejaremos de trabajar con el cerebro o con los dedos de las manos o de los pies hasta que nuestros miembros vuelen en pedazos y el corazón se pulverice. Tal es la imagen con que fantaseo».

Transcurría noviembre y la posibilidad de mudarse a Londres era otra razón de aliento. Virginia se entusiasmaba pensando en la facilidad con la que podría disponer de su tiempo. Mientras seguía buscando una casa en Bloomsbury, su vida social no decaía y, en un almuerzo en lo de lady Colefax, conoció a Hugh Walpole. Si bien no le pareció “un hombre impresionante” e intuyó que podía albergar “algún rencor contra los intelectuales inteligentes” a los que sin embargo respetaba, tuvo la sensación de que era “realmente incapaz de proyectar una sombra siquiera” sobre ella y pudo comprobar que, en cambio, él sí se sentía “levemente atemorizado” ante su presencia.

En cuanto a su anfitriona, también podía retratarla, juzgarla y exonerarla: “Si a ella le gusta escuchar una charla interesante y comprarla con un almuerzo de cuatro pasos y buen vino, no veo nada malo en esto. Es un gusto, no un vicio”. El grupo de Bloomsbury era famoso, y mientras Virginia, Clive, Lytton y Desmond estaban preparados para las invitaciones que la fama les deparaba, ni Vanessa ni Leonard —que sí podía componer, en su imprenta, durante extenuantes y laboriosas horas, “The Legend of Monte Sibilla”, un poema de Clive que apareció en diciembre— se ajustaban a ese patrón.

Los últimos días del año Virginia estuvo inquieta, se sentía agobiada con “toda suerte de trabajo, todo tipo de relaciones sociales y toda clase

de planes”. Entre las novedades del momento, durante una cena con Eliot fue interrumpida por un llamado de Nessa, que le anunciaba que Adrian y Karin se separaban.[265] “Podrían haberme derribado con una pluma”, reconoció Virginia en su diario, donde exclamaba: “¡La pareja devota e inseparable!”. Lo cierto es que los dos decían que habían sido infelices durante años, y días después, cuando se encontró con su hermano, él estalló “en llanto. ‘¡Es una agonía!’, gritaba. Así que subimos la escalera tomados de la mano”. Consolar a su hermano puso a Virginia en el mismo punto que antaño, cuando le parecía que Adrian respetaba más a Nessa que a ella, y creyó que, al menos en ese caso, podría identificarse con su cuñada: “Karin lo sintió más que él. Ella sintió todo lo que yo solía sentir: el desaire, la restricción, el reproche, el fastidio, el letargo. ¡Pobre viejo Adrian!”.

Virginia tomaba distancia de la separación de un hermano con el que la unía una relación conflictiva. Su relación con Nessa y sus hijos era diferente, y el 28 de diciembre, luego de pasar la Navidad en Monk’s House, los Woolf cenaron en Charleston con Clive, Nessa y sus hijos. Dado que sus sobrinos tenían un periódico familiar, como ella en su infancia, Virginia se prestó a colaborar con una historia que tituló “Escenas en la vida de Mrs. Bell”. Esa no fue la única vez que trabajó junto con sus sobrinos; en sus *Relatos completos* se puede leer la entretenida narración “La viuda y el loro: una historia real”,[266] ambientada en Rodmell, un lugar donde es posible soñar con tesoros escondidos, con ancianas generosas y con portentosos animalitos, “una historia llena de guiños y sorpresas que mantienen el suspenso hasta el final”.

CAPÍTULO XXVII - 1924

“Un enredo de exquisitas sensibilidades”

LAS posibilidades que abría la mudanza la entusiasmaban; Virginia se sentía capaz de negociar con Lottie y Nelly, y definir cuál de las dos empleadas se quedaría en la nueva casa; también, como se dijo, preveía que la incorporación de Dadie Rylands provocaría cambios liberadores en la Hogarth Press. Entregada a una deliciosa[267] incertidumbre, en la que todo era “posibilidad y duda”, analizaba los efectos que se producirían tanto en sí misma como en Leonard. La mudanza implicaba un cambio que permitía dejar de lado la rigidez y la falta de flexibilidad, características que Virginia asociaba con la edad madura; y así, a pesar del contrapeso que ejercía la tendencia conservadora de Leonard, se complacía en constatar cuán “volátil” era aún su “temperamento”.

Finalmente, los primeros días de enero, se decidió por una casa en el 52 de Tavistock Square. Pero, al mismo tiempo que conseguía su objetivo, estaba dispuesta a rendir un homenaje al hogar que hasta entonces la había albergado. Habían optado por Richmond diez años antes, escribía en su diario, luego de que “una serie de catástrofes casi acabaron con mi vida”. Y agregaba: “Y habrían —soy lo suficiente vana como para creer— arruinado la de Leonard”. “Ningún otro lugar hubiera sido mejor durante esos años en que me arrastraba, como una rata golpeada en la cabeza”. Por otra parte, Richmond había sido un refugio seguro durante la guerra, cuando los aviones lanzaban sus bombas sobre las oscuras calles de Londres. Además, Virginia se preguntaba en qué otro lugar podrían “haber comenzado la Hogarth Press”, que como un “extraño vástago creció y prosperó” desalojándolos

del comedor y reptando “por toda la casa”.

Próxima a mudarse, también evocaba ciertas “visiones muy curiosas” que había tenido en la casa de Richmond: “Yaciendo en cama, loca, y viendo la luz del sol que se estremecía como agua de oro en la pared. He escuchado las voces de los muertos aquí. Y me he sentido, en todo momento, exquisitamente feliz”.

En principio, la cuestión de la mudanza parecía marchar sobre ruedas. Los Woolf pensaban compartir la casa con Saxon Sydney-Turner y su madre viuda, pero una cláusula del contrato impedía subarrendar la vivienda. En tanto a Leonard le costaba afrontar esas idas y venidas sin deprimirse, Virginia se preguntaba si estaban haciendo lo correcto; la respuesta variaba según su estado de ánimo, y su corazón daba vueltas “como una anguila herida”. Aunque era evidente que un asunto de esa naturaleza podía llegar a absorberla casi por completo, permanecía firme en su propósito de escribir, así fuera en Londres o en los suburbios. La mudanza era un asunto complicado porque implicaba la “revisión de cuatro vidas”, había que pensar en Nelly y también en Lottie, que iba a dejarlos y de cuyo destino y nueva colocación Virginia se sentía responsable. Problemas de orden práctico como ese podían bloquear el camino de su escritura. Además, regresar a Bloomsbury era como continuar una historia que había “comenzado en 1904”, con la muerte de Leslie y su primera mudanza, lo que le traía a la memoria los quiebres psíquicos que signaron esa época.

A pesar de todas las cosas de las que venía ocupándose, Virginia tenía disposición para ver gente, como su cuñada Karin, que parecía muy desdichada tras su separación, y la llevaba a reflexionar: “¿Pero qué es la felicidad? La defino como un brillo en los ojos”. Sus ojos, concluía, “son como pavimento pulido —húmedo pavimento. No hay ninguna caverna iluminada por el fuego dentro de ellos”. En comparación, los ojos de Molly MacCarthy relampagueaban y Virginia podía admirar tanto su forma de vestirse —que estimaba mejor que la suya— como una determinada manera de ser en el mundo. Lo cierto es que la fascinaban “los hábitos distraídos y ocupados de estas madres”, de quienes se sentía siempre diferente, una cuestión que iba más allá de la ausencia de hijos. En contraposición con otras mujeres que, sin tenerlos, se comportan de manera maternal con los hijos de los demás, con sus sobrinos o con amigos más jóvenes, la relación de Virginia con los miembros de las nuevas generaciones tendía a la paridad.

Seis semanas antes de mudarse, ya resueltos los problemas administrativos, ella se propuso volver a la escritura. Por entonces,

Leonard recibió una carta de Morgan Forster, que había terminado su novela y decía que ellos debían ser los primeros en saberlo. Forster admiraba a Virginia y, aunque ella también lo respetaba como crítico, no se mostró entusiasmada con *Pasaje a la India*. Por el momento, tener que cuidar a Leonard, enfermo de gripe, pospuso su retorno al trabajo aunque en compensación sintió que podía ser útil de una manera “puramente femenina”.

Justamente a principios de febrero, poco después de la publicación de “El señor Bennett y la señora Brown”, donde a su manera contestaba a los prejuicios misóginos y a las críticas que Arnold Bennett había hecho a *El cuarto de Jacob*, Virginia conoció al famoso escritor con el que se había enfrentado. Aunque Bennett aseguraba que no comprendía a las mujeres, y subrayó que ninguna era tan sensible como él, Virginia intuyó que en realidad le importaban sus “pinchazos” y concluyó que se trataba de “un adorable lobo de mar. [...] Tiene un acento raro; costumbres extrañas; es provinciano; bastante personaje”. El trato que el reconocido escritor le dispensó fue más amable que su crítica literaria y ella se sintió a gusto en su compañía. Pero poco después, y a diferencia del encuentro pacífico con Bennett, vivió un “pequeño drama” con Middleton Murry.

Considerando sus diferencias literarias, durante un encuentro ella afirmó: “Somos enemigos”, pero Murry tomó distancia y contestó: “No enemigos. Estamos en campos diferentes. Pero nunca he dicho nada en tu contra, Virginia”. Sin dejarse convencer del todo, Virginia arremetió: “Ni yo en la tuya. ¿Pero cuál es el problema con nosotros?”. Finalmente Murry señaló que ella no escribía a partir de sus instintos, en consecuencia no los poseería, y agregó: “Con todas tus exquisitas sensibilidades —estás conforme de permanecer en eso”. “Aquí —señaló Virginia en su diario— nos metimos en una veloz y confusa disputa acerca de ‘escribir bien’”. Ella creía que los escritores intuitivos precipitaban su obra, y que había que escribir con “la propia mente”. Por su parte, Murry no solo insistía en que debía escribir a partir de los “propios instintos”; también tiraba sus dardos contra sus amigos y subrayaba que “Bloomsbury era un enredo de exquisitas sensibilidades”.

Tavistock Square, la irrupción de VITA

Finalmente, a mediados de marzo los Woolf se mudaron al 52 de Tavistock Square. Ubicaron la Hogarth Press en el sótano, donde originalmente funcionaban la cocina y las dependencias de servicio; y mientras que los dos pisos siguientes estaban ocupados por una firma de abogados, los pisos superiores correspondían a su vivienda. Anexado al sótano y a través de un pasillo, se llegaba a un cuarto que había sido utilizado para albergar un billar, donde los Woolf instalaron su depósito. Allí, entre paquetes y repuestos, rodeada del desorden y expuesta a las irrupciones de los empleados de la Hogarth y de todo aquel que entrara a buscar cosas, Virginia acostumbraba escribir, sentada en un sillón y con una pizarra desplegable sobre la falda. Además, su nuevo hogar le permitía contemplar “todas las glorias de Londres romántica, sentimental e increíblemente queridas por mí. El Imperial Hotel, todo rosado y azul, en Russell Square; el capitel de la iglesia de St. Pancras, esculpido en yeso blanco”. Por otra parte, ya no necesitaba viajar en tren y aunque el barrio, con sus taxis y ómnibus, era mucho más ruidoso que Richmond, tenía la ventaja de que podía dirigirse a pie a los teatros o simplemente pasear. Como siempre, absorbido por su trabajo, Leonard parecía ajeno a esas delicias.

Poco después de instalarse en la nueva casa, los Woolf recibieron la visita de Vita Sackville-West, a quien no veían desde el año anterior, y que pareció no reparar demasiado en el caos de la mudanza. Sin embargo, Vita le escribió a su marido, Harold Nicolson, contándole que los paneles decorados por Duncan y Vanessa que ocupaban algunas de las paredes del nuevo hogar de los Woolf le parecieron horrorosos y agregaba: “Fue la primera vez, creo, que he estado a solas con ella [...] me fui... mi cabeza nadando en Virginia”. Poco después, desde Italia y dispuesta a estrechar lazos, Vita expresaba su afecto con desenvoltura; las cartas le permitían tantear el terreno de la intimidad e incluso proponerle a Virginia que abandonase Bloomsbury y recorriera España con ella. Como si se tratara de una conquista inestimable, una suerte de desafío, Vita agregaba: “Te he dicho ya una vez que preferiría ir contigo a España antes que con nadie, y te noté confusa, y pensé que había metido la pata —había sido demasiado personal de hecho—, pero la propuesta permanece en pie, y no estaré verdaderamente satisfecha hasta que te haya logrado atraer hacia mí”. Por su parte, aunque Virginia había quedado impresionada por el porte de Vita, cuyo cuerpo y cerebro le recordaban a los de un dios griego, percibió que no se trataba de una intelectual y halló desconcertante que no supiera nada sobre G. E. Moore, el filósofo que había sido el guía de juventud de los

bloomsburianos. También la sorprendió que le propusiera una contribución para Queen's Dolls House.[268] De hecho, pertenecían a mundos diferentes, y Virginia creía oportuno señalar: “Comenzamos en extremos distintos”.

Por el momento, Vita estaba lejos de ocupar sus pensamientos. Además, por entonces, un grave incidente la había conmocionado intensamente. Sucedió que un día, mientras disfrutaba de la compañía de Nessa, que estaba decorando paneles para cubrir los muros de la nueva casa, les avisaron por teléfono que Angelica y su acompañante habían sido atropellados. La conmoción fue tal que solo días después Virginia pudo relatar los acontecimientos en su diario, prestando especial atención a las implicancias psicológicas del accidente y las reacciones de cada uno de los personajes involucrados después de recibir el llamado telefónico:

«Tom subía las escaleras para tomar el té. Ella se alejó del teléfono instintivamente, dio vueltas sin dirección por un segundo. Luego se fueron corriendo, y yo tras de ellos, y así al hospital, tomándonos de las manos en el taxi; y luego la plena agonía, ya que ahí estaba Louie, con su pie vendado, y no Angelica; solo una enfermera evasiva, esquivando las preguntas, y llevándonos tras una pantalla donde Angelica yacía en cama, quieta, con su cara mirando hacia otro lado. Finalmente se movió. “No está muerta”, dijo Duncan. Ambos la habían creído muerta. Luego el joven doctor entró, y parecía silencioso y considerado, pero firmemente decidido a que la madre supiera que el caso no tenía esperanzas: muy grave; atropellada por encima del estómago. Sí, tal vez tendría que haber una operación. El cirujano había sido mandado a llamar, y ahora estaba en el tren. Así que Nessa volvió a sentarse allí, y vi nuevamente esa extraordinaria mirada de angustia, silenciosa, sin quejas, que vi en Grecia, creo, cuando estaba enferma. Los sentimientos de la gente que no habla se expresan así».

Virginia también pudo analizar su angustia, quedando de manifiesto que no se había diluido la fuerte relación que la unía a Vanessa. Había observado a su hermana como a través del vidrio de una ventana, y se había sentido “medio envidiosa, medio apenada”, como una espectadora excluida y esperando el desenlace, “tan cerca de la agonía”. Cuando todo hubo pasado, con Angélica recuperada y fuera de peligro, Virginia pudo identificar sus sentimientos:

«Lo que sentí no era tristeza ni pena por Angelica, sino que Nessa ahora sería una anciana; y que esto sería una marca indeleble; y que la muerte y la tragedia nos habían arañado de nuevo, tras dejarnos correr algunos pasos. La gente nunca supera sus tempranas impresiones acerca de la muerte, creo. Siempre me siento perseguida. Pero hay un fin a esto. Angelica no estuvo mal, solo era una broma esta vez».

Era evidente que si bien Virginia le decía a su hermana “estoy locamente envidiosa de tus niños”, no anhelaba la atención constante que ellos requerían, ni experimentar la preocupación materna. Otro aspecto del accidente fue que volvió a constatar la ya desafortunada experiencia con los médicos. Casualmente, luego de este último incidente con Angelica escribió el “capítulo del doctor” de *La señora Dalloway*. Virginia desconfiaba de la omnipotencia de algunos médicos, dudaba de la exactitud de su saber atrapado entre las aguas de la ciencia y las del arte, según Hipócrates, y creía que el paciente solía ser el terreno adecuado para sus investigaciones. Tal vez esa misma desconfianza fue la que no le permitió simpatizar con el psicoanálisis freudiano, tan nuevo y en experimentación en esos momentos.

Superado el incidente, luego de pasar unos diez días en Monk's House para reponerse de la mudanza, y de visitar a Lytton en Tidmarsh, Virginia dio una conferencia en Cambridge, ante la sociedad de los Heréticos. No era esta la primera en el año, ya que a fines de marzo había dado una organizada por Roger Fry, en la que logró vencer el terror que le provocaba la exposición pública, sucediéndole la más grata sensación de triunfo. En ese contexto, la lectura de “Character in Fiction”, una reelaboración de su artículo “El señor Bennett y la señora Brown”, “que provocó lágrimas” en el auditorio, puede considerarse un paso más en el camino a una mayor fama y popularidad, que signaría los años siguientes.

Londres, una invitación a la elegancia

La mudanza a Londres no podía ser más oportuna. La ciudad, protagonista en *La señora Dalloway*, resultaba inspiradora para Virginia, que escribía en su diario: “Uno de estos días escribiré acerca de Londres, y cómo arrebató la vida privada y la continúa, sin esfuerzo

alguno. Caras que pasan levantan mi ánimo; impiden que se asiente, como lo hace en la quietud de Rodmell”. A gusto en su nueva casa, pensaba dedicar a su novela cuatro meses —desde junio hasta septiembre—, luego dejarla durante tres meses que dedicaría a sus ensayos. Finalmente y luego de revisarla en enero, febrero, marzo y abril del siguiente año, *La señora Dalloway* aparecería en mayo a continuación de la publicación de los ensayos en abril. Cabe destacar que trazó este plan con un año de anticipación, y lo cumplió al pie de la letra. Mientras ella elaboraba sus cronogramas de trabajo, Leonard estaba en conversaciones con los responsables de la British Psycho-Analytical Society, con los que finalmente convino que la Hogarth Press publicara la obra completa de Freud traducida al inglés. Virginia seguía el devenir de esos encuentros y, ante la visita del doctor Glover, representante de esa asociación, se preguntaba divertida: “¿Me pondré mi vestido rojo? Leonard piensa peor de mí por empolvarme la nariz y gastar dinero en ropa. No importa. Adoro a Leonard”.

La vida en la ciudad implicaba más contacto social y un arreglo personal más cuidadoso. Londres era “encantador” y allí tenía la sensación de que cada mañana ponía los pies en un mágico tapiz color leonado para ser transportada al seno de la belleza “sin mover un dedo”. De hecho, después de que Clive diera una versión cómica de sus intentos de vestirse como lady Diana, [269] Virginia aceptó los consejos de Mary Hutchinson, una experta en elegancia, quien desde hacía años le sugería que la vistiese una modista que le permitiera verse “como otras personas”. La fluctuante relación con Mary pasaba por un momento especial. El año anterior habían tenido conversaciones íntimas en las que la amante de Clive se había declarado su admiradora, diciéndole que pensaba que sería “adorable” si su “deseo de adoración no fuese tan insaciable”.

Pero Leonard le había advertido: Mary “es una de esas personas que te desagradan y agradan alternadamente”. Por cierto se trataba de una relación conflictiva, aunque interesante, que le permitía explorar su fascinación por las mujeres y reincidir en el tipo de correspondencia que había tenido con Violet Dickinson. En sus cartas a Mary, practicaba un estilo que desarrollaría plenamente en la correspondencia venidera con Vita, exponiendo una intimidad que, por otra parte, alertaba al susceptible Clive, que no veía con buenos ojos que le escribiera a su amante:

«¿No me hueles? Soy como una civeta.

Leonard me detesta. Me creo demasiado, demasiado, demasiado

adorable. Sí: tú has alterado completamente mi vida y has provisto un nuevo canal para que fluya la vanidad. Como podrás haber adivinado, esa inexplicable y casi detestable mojigatez que por 10 años me llevó a hacer toallas higiénicas con Kapoc[270] en vez de comprarlas me ha impedido siempre decir a la empolvada chica del mostrador “yo también soy mujer... yo también quiero talco”. Ahora tú has removido una inhibición, arruinado un hogar, intoxicado un corazón y me has hecho de por vida tu esclava, suplicante, sirviente, deudora. No: no puedo decir más.

Tom [Eliot] viene a cenar mañana; y me provocará mucha curiosidad observar si el rouge en los labios aligera su mármoleo corazón».

Aunque solía llamar a Mary y a Clive “periquitos”, Virginia admiraba la elegancia de ella y le sugería que escribiera un libro sobre moda para la Hogarth Press.[271] De todas maneras, y sin caer rendida a sus pies, en una fiesta que Mary organizó ese año, Virginia sintió que todas las elegantes mujeres presentes —lady Diana Cooper, Elizabeth Ponsonby—[272] se veían deslucidas al lado de Vanessa, simplemente ataviada con un “viejo vestido rojo” que tal vez había confeccionado ella misma. Pero lejos de la indiferencia que Nessa sentía respecto de lo que la gente pudiera decir acerca de su vestimenta, Virginia temía a la mirada crítica de los demás. Esa era la parte negativa de las fiestas y reuniones a las que sin embargo asistía, buscando lo mismo que Proust. Para ella, el mayor mérito de esas fiestas era obtener una visión de conjunto, cuando muchas cosas se combinaban y le permitían alcanzar una perspectiva de las personas diferente de la que podía tener en privado. Pero las fiestas seguían siendo motivo de disputas con Leonard, quien luego de asistir a una en la que tuvo lugar una representación —a oscuras y detrás de tablas, de una escena de coito—, aseguró que contemplaba “seriamente” alguna forma científica de suicidio. Que él detestara muchas de esas reuniones que Virginia tendía a disfrutar por anticipado estaba relacionado con su convencimiento de que una fiesta aburrida podía sumirla en una “desesperación” pareja a “la última escena de *El ocaso de los dioses* de Wagner, con la Hogarth House y el universo cayendo en llamas”.

Knole y Vita, otras seducciones

No solo las fiestas eran inspiradoras, Virginia también catalogaba las historias y anécdotas que le contaban sus amigos. A mediados de junio, Roger Fry se refirió a una experiencia realmente trágica que ella registró en su diario. Una “campesina francesa loca” se había lanzado desde el acantilado de Havre por él y aunque Roger aseguraba que su “última chance de felicidad” se había ido, y que “estaba condenado; que estaba maldito; que nunca había tenido más de 3 semanas de felicidad en su vida”, Virginia no se dejaba llevar por la compasión. Tampoco lo hacía Nessa, que pensaba que pronto se recuperaría y reincidiría en otros amores. Y las hermanas se preguntaban: “¿Por cuánto tiempo puede Roger amar a una mujer sin volverla loca?”. Como siempre que se sentía impactada por algo, Virginia tuvo el presentimiento de que debería escribir esa historia, pero de pronto surgió otra. El padre de Vita la invitó a comer a Knole, el castillo que inspiraría su *Orlando*. El edificio, que había comenzado a construirse en 1456, era impresionante, y Virginia tuvo la impresión de que el barón Sackville vivía “en el núcleo de una vasta almendra”. Había miles de galerías para recorrer: “Tesoros sin fin —sillas en las que probablemente Shakespeare se haya sentado—, tapices, cuadros, pisos hechos de mitades de roble”. Aunque le resultaba incongruente ver la gran mesa de comedor dispuesta solo para el barón, se sintió impresionada por el conjunto y escribió en su diario:

«Diría que Knole es una aglomeración de edificios la mitad de grande que Cambridge; si unieras Trinity Clare y King’s, podrías aproximarte. Pero las extremidades y de hecho las partes de adentro se han muerto. La mitad de las habitaciones están cercadas por cuerdas; las sillas y los cuadros se ven preservados; la vida los ha abandonado. Ni en cien años sus ocupantes se sentaron a cenar en el gran hall. Luego está el altar de María Estuardo, donde rezó antes de la ejecución. ‘Un ancestro nuestro tomó su sentencia de muerte’, dijo Vita. Todos estos ancestros y siglos, y plata y oro, le han creado un cuerpo perfecto. Ella es como un ciervo, o un caballo de carreras, excepto por la cara, que hace pucheros, y no tiene un cerebro muy afilado. Pero en cuanto a cuerpo, el suyo es perfecto».

Ese día, Virginia también conoció la casa de campo de Vita. Y si bien

estaba más que predispuesta a caer bajo los encantos de la aristocracia, después de percibir la “fatal simpleza o rigidez de mente que lo hace ver todo un poco sin sombras y vacío”; exclamaba para sí misma: “Más mente, mi Dios[273] [...] siempre considero que esta, o la de Ottoline, o la de cualquier aristócrata que conozco, es la perfección. Pero una espera, y nada sucede”.

La visita incluyó además un encuentro con el poeta e historiador Geoffrey Scott, a quien Virginia había conocido en 1909 en Florencia; y con Dorothy Wellesley, una acaudalada poeta que mantenía un *affaire* con Vita y que estaba casada con el futuro duque de Wellington.

Si bien la relación entre Vita y Virginia prosperaba, ninguna de las dos se sentía a gusto con los amigos de la otra. Virginia tenía sentimientos ambivalentes hacia los representantes de la aristocracia, y de regreso en Londres, mientras viajaba “con las clases medias bajas, a través de los tugurios”, pensaba: “Allí está Knole, capaz de albergar a todos los desesperados pobres de Judd Street,[274] y únicamente con ese solitario conde en el centro”.

“La inveterada ilusión de SENTIRME JOVEN”

En agosto, cuando los Woolf volvieron a Rodmell, encontraron que Monk’s House estaba invadida por ratas. La casa de campo no disponía de las comodidades de su hogar de Londres, ya que, entre otras cosas, aún no contaba con un baño adecuado. En esos momentos, escribía la escena de la muerte de Septimus, lo que implicaba sumergirse en la depresión y en la locura, pero también pensaba en el futuro de la Hogarth Press y disfrutaba de una visita de su sobrino Julian. El hijo mayor de Vanessa le recordaba a Thoby, y a su lado tenía la “inveterada ilusión” de sentirse joven. La sensibilidad de Virginia, su porosidad y capacidad de comunicación parecían borrar —al menos ella lo sentía así— las barreras de la edad. Esos eran momentos en los que, a la par que la melancolía desaparecía, un aire de juventud se apoderaba de ella.

Entre tanto, seguía escribiendo su novela, convencida de que alcanzaba una atmósfera que no debía abandonar, en la que la escritura era una aventura y la vida, un tirar “al chivo salvaje por la barba” y temblar “sobre precipicios”. Esa tensión era fundamental y creativa, ya que de no existir —consideraba— “estaríamos marchitos, fatalistas y

envejecidos”.³⁸ Pero Leonard le recordaba otros aspectos de la vida en los que se sentía francamente incapaz de seguirlo:

«L. me ha estado contando acerca de Alemania, y reparaciones, cuánto dinero se gasta. Dios, qué cerebro más débil que tengo... como un músculo sin uso. Él habla; y los hechos entran, y no puedo lidiar con ellos. Pero a fuerza de muy dolorosos ejercicios cerebrales, quizás entiendo un poquito más que Nelly de la situación internacional. Y L. entiende todo... recoge todos estos puntos del diario absolutamente enseguida, los tiene conectados, listos para producir. A veces creo que mi cerebro y el suyo son de distintos órdenes. Si no fuera por mi imaginación de rayo, y esta inclinación por los libros, yo sería una mujer muy común. Ninguna facultad mía es realmente muy fuerte».

Informado, Leonard intentaba ponerla al tanto de la situación política. En octubre la prensa se hacía eco de un escándalo que involucraba a miembros de gobierno con el Partido Comunista, lo que generó una discusión que tuvo como consecuencia una rígida política conservadora y el regreso al patrón oro. Atenta a las explicaciones de su marido y entorno, Virginia escribía en su diario que sentía que los periódicos los condenaban a una “dosis diarias de mentiras” y que, de considerarse a sí misma “todavía una feminista”, escribiría sobre la situación política. Pero era evidente que, más que el llamado a convertirse en una cronista política, le interesaba cumplir un riguroso plan: escribir 250 palabras de ficción primero, y luego los ensayos de *El lector común*. Todo eso sin abandonar su cronograma exhaustivo de lecturas que incluía, como casi siempre, a los griegos.

La muerte de Joseph Conrad significó más trabajo, ya que Virginia aceptó halagada el pedido del TLS para que escribiera un artículo de fondo sobre él. Se sentía capaz de hacerlo a la par que seguía con su novela, que hasta entonces llamaba *Las horas* y cuyo título definitivo fue *La señora Dalloway*. Con plena conciencia del dominio de su arte, disfrutaba del ir de una escena a otra, vivía plenamente la escritura y reflexionaba en su diario: “Pero me gusta pasar de una habitación iluminada a otra, así es mi cerebro: habitaciones iluminadas, y los paseos por los campos son los pasillos”.

De hecho, vivía un momento que podría llamarse de incandescencia: los paseos por los alrededores de Rodmell y los paisajes naturales ponían sus nervios “en tensión, ruborizados”. Luego de una visita a

Charleston, por ejemplo, comprobaba los efectos de la “belleza abundante y superabundante, de modo que a una casi la perturba, sin ser capaz de atraparla del todo y encerrarla toda al instante”.⁴² Además de sentirse en comunión con el paisaje y la naturaleza, *La señora Dalloway* ocupaba sus pensamientos al extremo de hacerle confundir personaje y persona, y es así como en Charleston Virginia llamó Rezia a Lydia, la pareja de Maynard Keynes. Tanto ella como Vanessa tenían una actitud poco comprensiva respecto del amor que sentía Maynard Keynes por su bailarina y, cual sibilas, profetizaban que la relación sería un fracaso.^[275] Lo cierto es que, aunque la relación entre las hermanas podía pasar por momentos más o menos tirantes, compartían algunos principios y prejuicios e incluso un código privado que podía parecer cruel para quienes se sentían excluidos. Esa característica había facilitado la génesis y el desarrollo de Bloomsbury, y para ellas la intrusión de Lydia, la joven y extranjera bailarina rusa, era un elemento perturbador y extraño. Pero no solo era difícil aceptar la inclusión de Lydia. Virginia se aproximaba a una edad que, sumada a la distancia, tornaba remotos e incongruentes con su actual estilo de vida a quienes habían sido importantes en su pasado. En una carta a su antigua amiga Violet Dickinson, después de verlos, describía a sus hermanastros que contaban 56 y 54 años respectivamente:

«Tuve el shock de mi vida al encontrarme con George y Gerald en el funeral de Katherine Stephen. George no puede hablar y se tambalea como un álamo temblón: ¿qué ha sucedido? ¿Acaso no tiene dientes? Y ya parece haber caído en una decadencia senil generalizada. Gerald es comparativamente ágil; pero fue una mugrienta y opaca reunión de vejetes, y cuando te mueras, por favor sé reducida a cenizas y dispuesta en el camino sin ninguna ceremonia. Tuvimos crucifijos y niños coristas y los más débiles y anémicos himnos».

Absorta en *La señora Dalloway*, solo eran bien recibidos los encuentros estimulantes, y Virginia deploraba los efectos negativos de las visitas inesperadas. Consciente de eso, luego de recibir una de su cuñada Karin y sus hijas, reconocía: “Pero cuán enteramente vivo en mi imaginación; cuán completamente dependo de estímulos de pensamiento, que vienen mientras camino, mientras me siento; las cosas revuelven mi mente y crean un perpetuo desfile, que es para mí la felicidad. Esta poción no puede mezclarse con gente anodina”.

De todas maneras, disfrutaba de los aspectos creativos propios del mundo de la infancia que sus sobrinos le regalaban:

«Y desde luego los niños son maravillosas y encantadoras criaturas. La he tenido a Ann hablándome sobre la foca blanca y queriendo que le leyera. [...] Hay una calidad en sus mentes que me resulta muy adorable: estar a solas con ellos y verlos día a día sería una extraordinaria experiencia. Tienen lo que ningún adulto tiene —esa franqueza— charla, charla, charla, y Ann sigue, en un tipo de mundo propio, con sus focas y perros; feliz porque va a tomar chocolate esta noche, y mañana a recolectar moras: de los muros de su mente cuelgan cosas muy vívidas, brillantes, y ella no ve lo que nosotros vemos».

Intimidación: Vita en Monk's House

A mediados de septiembre, Virginia recibió una visita que no consideró inoportuna. Vita le alcanzó el manuscrito de su último libro, *Seducers in Ecuador*, que la Hogarth Press publicó en noviembre de ese año. La relación se hacía cada vez más íntima: Vita le dedicaba su libro, Virginia se convertía en su editora y se establecían los roles de una amistad amorosa en la que desafío, dominio, aceptación y dependencia desempeñarían papeles fundamentales. A través de las cartas que se habían escrito ese verano, puede leerse el afianzamiento y el tenor de un vínculo que sería fructífero para ambas. Así pues, en julio, Vita le escribió que “el verdadero desafío no fue el cuento” que le habían pedido para la Hogarth y que escribió en apenas unos meses durante sus vacaciones en los Alpes italianos, sino escribirle a Virginia en el tono adecuado: “Dijiste que yo escribía cartas de frialdad impersonal”. Cada una acusaba la falta de emoción y sensibilidad de la otra y Vita contraatacaba: “Quieres más a la gente con el cerebro que con el corazón, perdóname si me equivoco”. Por su parte, a vuelta de correo, Virginia confesaba que esas palabras le habían transmitido “un enorme dolor, que sin duda es la primera fase de la intimidación. Sin amigos, sin corazón, tan solo una cabeza indiferente. No importa: disfruté mucho de tu abuso”.

Al mismo tiempo que el diálogo epistolar ganaba en intimidación, sumaba acusaciones; y Vita respondía: “¿No eres acaso una cerda, al hacerme sentir como una? He hurgado en mi cerebro para recordar qué demonios en mi carta pudo haberte causado ‘un enorme dolor’”.

Aunque provocadoras, en sus cartas ambas medían con cautela y exploraban hasta dónde podían llegar. Pero el desafío estaba hecho y cuando Vita regresó de su viaje, el encuentro, que era impostergable, asumió características teatrales. Vita apareció conduciendo un gran Austin azul que causó impresión:

«Estaba vestida con un suéter a rayas amarillas y un gran sombrero, y tenía una maleta llena de plata y vestidos de noche envueltos en papel tisú. Nelly dijo: “¡Si tan solo no fuera una honorable!” y no pudo llevarle agua caliente. Pero me gusta que sea honorable, y lo es; una perfecta dama, con toda la elegancia y el coraje de la aristocracia, y menos infantilismo de lo que yo esperaba. Dejó con nosotros un cuento que me interesa bastante. Veo mi propia cara en esta, es cierto. Pero ella ha derramado la vieja verborragia, y llega a término con algún tipo de destello de arte; así que pienso y, de hecho, me maravillo bastante ante su destreza, y sensibilidad; porque ¿no es acaso madre, esposa, gran dama, anfitriona, y a su vez garabateadora? Cuán poco hago yo de todo aquello: mi cerebro jamás me permitiría ordeñarle 20.000 palabras en una quincena, así que imagino que me debe faltar algún vigor central. Aquí estoy, mirando a través de Vita a mi bendita señora Dalloway; y no puedo parar, por una noche, de pensar en la próxima escena, y cómo iré a remontar. Vita, para intentar un retorno, es como una uva pasada de madura en características, bigotuda, con cara de puchero, será un poco pesada; mientras, camina sobre buenas piernas, en una falda de buen corte, y aunque embarazoso durante el desayuno, tiene un buen sentido masculino y simplicidad respecto de sí misma que L. y yo encontramos satisfactorio. Oh sí, me gusta; podría abrocharla a mi equipaje por siempre; y supongo que si la vida lo permitiera, esta podría ser una amistad única».

En esa ocasión, Vita pasó la noche en Monk's House y, según Virginia, comparada con su aristocrático esplendor, hizo que la casa luciera como una ruinoso barraca. Después, también opacó los encantos de Charleston. Virginia introducía a Vita en el círculo de sus amistades e incluso comenzaba a referirse a ella en las cartas que le escribía a Jacques Raverat, el pintor francés que había formado parte de los neopaganos y que se había casado con Gwen Darwin. Raverat estaba muy enfermo, padecía de esclerosis múltiple y por entonces debía dictarle las cartas a su mujer, pero disfrutaba de la correspondencia con Virginia, quien confesaba:

«Las relaciones sexuales me aburren más de lo que solían: ¿soy una mojigata? ¿Soy femenina? De todas maneras, los últimos dos años, he sido una espectadora de —me atrevo a decir— una docena de affaires del corazón, violentos y cruciales, y llego a la conclusión de que el amor es una enfermedad; un frenesí; una epidemia; ¡oh pero cuán aburrido, cuán monótono; y cómo reduce a jóvenes y jovencitas a qué abismos de la mediocridad!»

Era evidente que en su caso, de darse algún tipo de relación amorosa, su expresión correría por carriles diferentes, el amor no debería de ser aburrido, pero tampoco debía conllevar situaciones violentas. En un plano más romántico que sexual, y sobre todo literario, Virginia se refería a Vita: “¿Quién sigue ahora? Bien, solo una alta aristócrata llamada Vita Sackville-West, hija de lord Sackville, hija de Knole, esposa de Harold Nicolson, y novelista, pero su verdadero mérito notable son, si se me permite ser tan burda, sus piernas. Oh son exquisitas, corriendo como esbeltos pilares hasta su tronco, que es el de un coracero sin pechos (aun así tiene dos hijos), pero todo en ella es virginal, salvaje, patricio; y por qué escribe, lo cual hace con completa competencia y una pluma de bronce, es una incógnita para mí. Si yo fuese ella, me limitaría a dar caminatas con 11 husky siberianos detrás de mí, a través de mis ancestrales bosques. Desciende de Dorset, Buckingham, sir Philip Sidney, y de la entera historia inglesa, a la que mantiene, extendida en ataúdes, una tras otra, desde el 1300 hasta el presente, bajo el piso de su comedor.

Pero a ti, pobre Frog, nada de esto te importa”.

En octubre, después de pasar el verano en Monk’s House, los Woolf regresaron a Londres. El día 17, Virginia escribía las últimas palabras de su novela: “Y ahí estaba ella”, sí allí estaba *La señora Dalloway*, un libro al que podía considerar “una proeza”, “terminado sin interrupción de enfermedad”, lo cual era “una excepción”.

Fantasmas: Katherine y “The Old Man”

No es de extrañar que, con *La señora Dalloway* terminada, Virginia volviera a pensar en Katherine Mansfield:

«El recuerdo de Katherine Mansfield viene a mí [...] y luego pienso que si viviera, seguiría escribiendo, y la gente habría visto que yo era la más dotada; esa palabra solo se ha vuelto más y más obvia. De hecho, así supongo que habría sido. Pienso en ella de esta manera de vez en cuando... ese extraño fantasma, con ojos separados y la boca dibujada, arrastrándose por la habitación. [...] Pero me aferro a ella; K. y yo tuvimos nuestra relación; y nunca volveré a tener una así».

Desde los inicios de su amistad con Vita, Virginia puso esta relación en un plano diferente, y ciertamente nunca volvió a encontrar a otra escritora que la agujoneara como Mansfield lo había hecho. Por otra parte, atravesaba una etapa de su vida en la que comprobaba cómo habían evolucionado sus relaciones, y luego de comer con Lytton pensó que no se había equivocado, cuando “12 o 15 años” atrás, se sintió enamorada de él: “Es una exquisita sinfonía su naturaleza cuando todos los violines se ponen a tocar como lo hicieron la otra noche; tan profundo, tan fantástico”. En tanto, gracias a la densidad del afecto y la contención de Leonard, y a la presencia siempre cercana de Vanessa — la sola idea de que ella se mudara a Norfolk podía desestabilizar el mundo de sus afectos—, alcanzaba un balance emocional muy positivo. Finalmente, como ni la posibilidad de un viaje a la India que por entonces entusiasmaba a Leonard, ni la mudanza de Nessa tuvieron lugar, Virginia pudo disfrutar de su “casa perfecta” y del “mejor estudio que haya tenido”, en la compañía de quienes contribuían a la perfección de un momento que *La señora Dalloway* coronaba. Todo confluía en la sensación de que estaba en el camino correcto, e imaginaba el futuro:

«Yo seré una de esas personas que están, así lo decía mi padre, en el pequeño círculo de la sociedad londinense que representa los Apóstoles, creo, en una escala mayor. ¿O acaso eso ya no existe? Conocer a todos aquellos que valga la pena conocer. Ahora me doy cabal cuenta de lo que quería decir; imagínate lo que significa estar en esa posición, y si las mujeres pueden estarlo. Lytton lo está, Maynard, lord Balfour, tal vez no Hardy».

Claramente entusiasmada, Virginia pasaba por un momento de concreciones y reconocía la importancia que la escritura de su diario había tenido en su obra; esa escritura veloz y lanzada puramente al fluir de la expresión era una manera de aflojar las ligaduras o distender

ligamentos luego de la concentración que implicaba la escritura de su obra de ficción:

«Me doy cuenta de que en este libro practico la escritura; hago mis escalas; sí y trabajo en ciertos efectos. Me atrevo a decir que practiqué a Jacob aquí, y La señora D. y habré de inventar mi nuevo libro aquí, porque aquí escribo animada; es muy divertido también, y la vieja Virginia de 1940 le verá algo también. Ella será una mujer que puede ver, la vieja Virginia: todo, más de lo que yo puedo pensar».

No tendría que esperar tanto; en esos diarios tan productivos y extensos, surgía una nueva historia, y el 17 de octubre escribía: “Ya veo a ‘The Old Man’” —la utilización de letras mayúsculas indica que se refería a su padre—, visión que culminaría en su siguiente novela: *Al faro*.

Revisar los diarios personales le permitía realizar una suerte de balance, y leyendo los de principio de año, Virginia pudo comprobar que sus expectativas literarias se habían cumplido. En otro orden de cosas, la relación con Vita sembraba frutos, y pensando en términos generales acerca de la amistad entre mujeres, reflexionaba: “Si una pudiera ser amigable con las mujeres, qué placer, la relación tan secreta y privada comparada con las relaciones con los hombres. ¿Por qué no escribir al respecto? ¿Sinceramente?”.

A fin de año, antes de partir a Rodmell donde pasarían la Navidad, Virginia se esmeraba en tipiar su novela para dársela a leer a Leonard. Creía que era el mejor de sus libros y pasarla a máquina le proporcionaba cierto placer: “Un buen método, creo, puesto que una trabaja con un pincel húmedo sobre el conjunto, y une partes compuestas por separado y ahora secas”. También se ocupaba de la imprenta, bastante revolucionada por esos días con la partida de Dadie Rylands, que apenas había comenzado a trabajar en la Hogarth Press en julio y que ya debía abandonarlos, justo en un momento de gran trabajo, cuando la imprenta comenzaba a publicar sus primeras obras de Freud, porque había obtenido *sufellowship* en el King’s College. Con expectativas renovadas, un ciclo llegaba a su fin. Virginia sabía que sus libros aparecerían no solo en Inglaterra sino en los Estados Unidos. Y en la última anotación de ese año en su diario se permitía dedicarle un párrafo a Bloomsbury: “Todas nuestras relaciones de Bloomsbury florecen, crecen en lujuria. Supongamos que nuestro grupo sobreviviera

otros 20 años, tiemblo de solo pensar cuán espesamente tejido y crecido estará. En Navidad tengo que escribirle a Lytton y pedirle si puedo dedicarle *El lector común*.

CAPÍTULO XXVIII - 1925

Lectores comunes

INSTALADA en Rodmell, y con dos libros encaminados a la publicación, Virginia pensaba en nuevos temas; quería “empezar a describir a [su] propio sexo”, y gestaba una nueva novela: “Aquí concibo una historia, ahora estoy siempre concibiendo historias. Cortas, escenas, por ejemplo. El viejo (un personaje de L.S.), El catedrático especializado en Milton (un intento de crítica literaria) y ahora La interrupción, mujeres hablando a solas”.

Pero antes de abordar lo nuevo debía revisar *La señora Dalloway*, y eso entrañaba una suerte de heroísmo: “La parte más aburrida de este asunto de escribir, la más deprimente y ardua”. Además, el invierno se presentaba desapacible y por varios días ni siquiera pudo aventurarse a dar un pequeño paseo. Los días lluviosos y una consecuente inundación no impidieron que Leonard hiciera la poda anual, algo que a su mujer se le antojaba heroico, y que él, como amante del jardín y de sus promesas, veía como un tributo necesario y a la vez edificante. Pero Leonard no solo se dedicó a la poda, sino que fue el primer lector de *La señora Dalloway*. “Piensa que es lo mejor que he escrito —registró Virginia en su diario—, pero ¿acaso no *tiene* que pensar eso?”. A las dudas y temores con respecto a su novela, se sumaban otras angustias, y no dejaba de pensar que lo que su escritura tenía de entrañable podía estar relacionado con la ausencia de hijos: “Estos esfuerzos míos por comunicarme con la gente — escribía— son en parte por la falta de hijos, y el horror que a veces me invade”.

De regreso en Londres y un día antes de cumplir los 43 años, Virginia tuvo un gesto inédito; había decidido enviarle a Jacques

Raverat las pruebas de su novela, y le contaba: “Por ningún otro ser humano en el mundo haría yo esto; por qué, no lo sé. Pero soy un poco morbosa respecto de que la gente lea mis libros”. En su carta, también informaba a Raverat acerca de una controversia que por entonces ocupó cierto espacio en su correspondencia. Un norteamericano, Pearsall Smith, criticaba por poco ética su decisión de escribir artículos —muy bien pagados— para revistas de moda como *Vogue*. Mientras él sostenía que con eso menoscababa su reputación y que solo debía escribir para los suplementos literarios, Virginia subrayaba: “Pamplinas. Moda femenina y aristócratas jugando al golf no afectan mi estilo; y harían del suyo un mundo de bien. ¡Oh estos americanos! ¡Cómo embrollan todo siempre! Lo que él quiere es prestigio; lo que yo quiero, es dinero. Ahora mi querido de punta aguda y galés Jacques, por favor escoge entre nosotros dos”.

En realidad, el asunto la había picado lo suficiente como para que días después enviase a Pearsall Smith un par de cartas en las que lo desafiaba a encontrar una crítica de inferior calidad en *Vogue* de las que escribía para *The Nation*. Además y para subrayar su criterio, invocaba el de Duncan, que estaba “perfectamente listo para pintar portadas para ella [la editora de *Vogue*] o salones de baile para lady Cunard, quien no distingue una imagen de la otra, [...] el argumento de Duncan es que si Bloomsbury tiene perlas de verdad, pueden ser desparramadas hacia cualquier lado sin provocar daño”.

Lejos de las especializaciones del ámbito académico o de un intelectualismo discriminador, Virginia y los integrantes de Bloomsbury, herederos de los intelectuales y escritores victorianos, todavía apuntaban a un público amplio y no segmentado. Por otra parte, ¿no era ese tipo de idea la que la había llevado a escribir *El lector común*? Allí, como señala el prólogo de la edición inglesa, desde su lugar de novelista y periodista, pero también desde “el punto de vista de un *outsider* educacional, una mujer enviada a la escuela en la biblioteca de su padre”, realizó una lectura “anticanónica, literariacum-histórica y, sintiéndose algo oscura ella misma, muy interesada en las oscuridades”.

El plan de este libro de ensayos, que recién publicó en 1925, podría remontarse a 1921, y especialmente a 1922, cuando Virginia escribió acerca de la necesidad de expresar la exquisita relación que había experimentado con los libros desde muy joven, cuando su padre, una autoridad de la Biblioteca de Londres, le permitió acceso libre a la suya. [276] Estaba convencida de que la “conexión entre vida y literatura debe ser hecha por las mujeres”. Por otra parte, en *El lector común*

intenta responder a la pregunta que se había hecho en 1903: “¿Qué derecho tengo yo, una mujer, a leer todas estas cosas que los hombres han hecho?”. Desde el título, y haciéndose eco de las palabras del doctor Johnson,[277] *El lector común* plantea la lectura como una actividad que proporciona placer, pero también como una manera de resolver antagonismos. “Tanto hombres como mujeres poseemos el profundo y universal instinto de expulsar e incorporar en una persona del sexo opuesto todo lo que falta en nosotros mismos y deseamos en el universo y detestamos en la humanidad”.

Aunque debió adecuar el plan que se había trazado, mucho más ambicioso, a la realidad de la escritura, el resultado fue positivo.[278] Lyndall Gordon señala que las críticas y ensayos reunidos “poseen la jovialidad seria de la lectura desinteresada. Aunque el tono es decididamente ligero, realiza las más difíciles proezas críticas, extrae la esencia de Austen, de George Eliot o de las Bronte en cinco o diez páginas. Mientras que un lector académico se interpone entre el autor y el lector diciendo ‘la única ruta es a través de mí’ [...] Woolf invita al lector a una respuesta directa y vigorosa. Le infunde energía.

Confesiones a un amigo epistolar

A finales de enero, en cama y con fiebre, Virginia no pudo asistir a una fiesta que tenía pensado organizar con Karin, su cuñada. Aunque la gripe la volvía “un repasador mojado”, no le impedía describir, en la última carta que le dirigió a Raverat, una típica fiesta de Bloomsbury donde se incluye a sí misma como partidaria de cultivar las relaciones femeninas:

«Acaso no es algo extraño que las fiestas de Bloomsbury estén compuestas de esta manera: 40 hombres jóvenes, todos de oxford también, y tres muchachas, que son admitidas con la condición de que se vistan exquisitamente, o que sean la amante de alguno de los hombres, o se amen entre ellas. Prefiriendo por mucho mi propio sexo, como me sucede, o bajo cualquier circunstancia encontrando considerable la monotonía de las conversaciones de los jóvenes, y molestándome la eterna presión que ponen, si eres mujer, sobre una única cuerda, encuentro esta desproporción excesiva, y tengo intención

de cultivar enteramente la compañía de las mujeres en el futuro. Los hombres siempre están bajo la luz; con las mujeres nadadas de una vez hacia el silencioso crepúsculo».

Entre los invitados a la fiesta a los que Virginia hace alusión, destacaba Stephen Tomlin, un joven escultor que esculpió su busto y los de Lytton y Vanessa, y que luego de sostener una relación con Duncan Grant, se casó con Julia Strachey. Su caso era bastante común en Bloomsbury, donde se registran varios de estos pasajes de la homosexualidad a una relación o matrimonio con el sexo opuesto. Otro de los personajes relevantes de la reunión era el primo de Vita, Eddy, quien heredaría el castillo de Knole, y que fue, además de pintor y traductor de Rilke, uno de los primeros admiradores ingleses de Kafka. Virginia lo definió como un aristócrata que parecía fuera de su elemento, con la peculiaridad, como pasaba también con otros hombres, “especialmente los que aman a su propio sexo”, de contarle sus cuitas amorosas a Leonard.

Las cartas que Virginia le escribió a Raverat en esta época constituyen un elemento interesante a la hora de dilucidar sus expectativas y vivencias, “una especie de vida privada” que refleja su intimidad, y cuando él murió, en marzo, tuvo la impresión de que le había contado “más cosas que a nadie, excepto a Leonard”. Por otra parte, como habían creado un especial vínculo epistolar, por mucho tiempo sintió el “extraño deseo de seguir diciéndole cosas”. Y después de la muerte de Raverat, intentó animar por medio de cartas a su viuda: “Y ya que soy, como tú sabes, tan fundamentalmente optimista, quiero hacerte disfrutar de la vida. Perdóname por escribir lo que se me viene a la cabeza. Creo que siento que daría mucho por compartir contigo la felicidad de cada día. Y sabes que si hay algo que pudiera darte alguna vez, te lo daría, pero quizá lo único para dar sea ser una misma con la gente”.

Como si la distancia epistolar fuera propicia para realizar un camino de autodescubrimiento, en una de esas cartas a Raverat, Virginia expuso sus ideas acerca de las relaciones “sáficas” y deslizó comentarios acerca de Vita:

«Luego las damas, quizás a modo de protección, o imitación o genuinamente, se dan a su sexo también. Mi aristócrata (oh, pero tengo ahora 2 o 3, de quienes te contaré; me interesan) es violentamente sáfica, y contrajo semejante pasión con una prima suya, que huyeron volando hacia Tirol, o algún retiro montañoso juntas, y fueron seguidas en un aeroplano por sus esposos. [...] Yo no puedo tomar ninguna de

estas aberraciones en serio. Para confesarte un secreto, quiero incitar a mi dama a que ahora se dé a la fuga conmigo. Luego iré a visitarte y te contaré todo al respecto».

Cabe imaginarse que la muerte de Raverat impactó fuertemente a Virginia. Perdía un interlocutor, pero además, con su desaparición se esfumaba parte de su pasado y juventud; ya poco quedaba de aquel grupo de neopaganos que había conocido. Pero como se trataba de una relación puramente epistolar, y no había sido testigo de su decadencia física, desde una perspectiva por demás subjetiva, aventuraba: “Eso es lo que me gustaría para mí, que no hubiera ruptura, no sumisión a la muerte, sino una mera pausa en la conversación”.

A mediados de marzo, luego de perder a Raverat, Virginia reflexionaba sobre su nueva novela, el paso del tiempo, cómo los recuerdos sedimentaban en la mente y escribía en su diario: “Uno nunca comprende una emoción en su momento. Se expande más tarde, y por tanto no tenemos emociones completas respecto del presente, solo respecto del pasado”. Este tipo de sensaciones aparece una y otra vez en su obra. Así pues, en el caso de *La señora Dalloway*, la protagonista vive en un presente que se le escapa, continuamente permeado por el pasado, los recuerdos de infancia, de juventud, las tragedias familiares o la visión idílica de una casa familiar perdida. Dilucidar cómo y por qué las sensaciones y recuerdos se graban en la mente era una de las obsesiones de las que Virginia no podía escapar. Ni siquiera cuando viajaba. El 26 de marzo los Woolf iniciaron un viaje con destino a Francia —de París fueron en tren a Marsella y a Cassis—, donde Vanessa ya estaba instalada. El 8 de abril, otra vez en Londres, insistía en esa cuestión: “Estoy esperando a ver qué forma [...] proyectará Cassis en mi mente al final”. El paisaje, ciertas sensaciones aparecían de pronto en su mente, así como irrumpían en su recuerdo los otros huéspedes que se alojaban en su hotel:

«Todos merecen páginas con su descripción. Y todo el ambiente del hotel me proporcionó muchas ideas: oh, tan frío, indiferente, superficialmente cortés, y revelador de unas relaciones tan extrañas: como si la naturaleza humana estuviera ahora reducida a una especie de código que ha inventado para estos casos de emergencia, cuando personas que no se conocen se encuentran y reclaman sus derechos como miembros de la misma tribu. De hecho, nosotros hablamos con todos, pero nuestras profundidades no fueron invadidas.

Pero L. y yo fuimos muy felices, como se suele decir si tuviera que morir ahora, etc. Nadie podrá decir de mí que no he conocido la felicidad perfecta, pero pocos son los que podrían concretar el momento, o decir en qué consistió».

Su sensibilidad, constantemente a merced de sensaciones que se imponían sin que pudiera evitarlas, determinaba juicios afectivos, y Virginia vivía el contraste entre París, que se le antojaba “una hostil, brillante, ciudad extranjera”, repleta de ingleses que “brincan de roca en roca”, y la “amplia, oscura, plácida intimidad” de Londres. Pero un accidente ocurrido en las calles de la ciudad amada podía alterar todas esas percepciones, y escuchar a una mujer gimiendo débilmente bajo un auto le dejó “una gran sensación de la brutalidad y la locura del mundo; esa mujer vestida de marrón va andando por la acera, de repente un coche rojo de película da una vuelta en el aire y aterriza sobre ella, y uno oye este oh, oh, oh”. Virginia escuchó esa voz todo el día. Era una voz que evidenciaba la acuciante fragilidad de la vida. La misma fragilidad a la que se sabía expuesta, la que dejaba lugar a períodos de estabilidad en los que podía dedicarse a su escritura.

También la lectura seguía siendo una actividad fundamental, ya que mientras pergeñaba su nueva novela Virginia se sumergía en los libros de Proust; los diez volúmenes de difícil francés no la amedrentaban, sentía que merced a la lectura tenía la oportunidad de ver como se combinaba “la máxima sensibilidad con la máxima tenacidad”. Tal vez por eso admiraba tanto a Proust; él perseguía “esos matices de mariposa hasta la última tonalidad. Es tan duro como las cuerdas de tripa y tan evanescente como un capullo de mariposa”. Pero la admiración se teñía de temor; Virginia temía la influencia de Proust y que su lectura lograra ponerla de mal humor, al compararla con sus propias frases. De todas maneras, caía rendida ante los atributos del escritor francés, más acordes a su sensibilidad que los de Joyce. La nostalgia del pasado y la visión recobrada por medio de la escritura presentes en *En busca del tiempo perdido* le eran mucho más afines que el intento del *Ulises* de capturar, momento a momento, las cosas que pueden ocurrir en 24 horas de un día cualquiera. Cabe señalar que aunque puede considerarse que *La señora Dalloway* es tributaria de la lectura de ambas obras, no deja de ser una apropiación única y personal que se inscribe en un proceso que podría remontarse a veinte años atrás cuando, anticipando el programa de esta novela, Virginia se proponía: “Tendré un hombre y una mujer, los mostraré mientras crecen; nunca se ven, no

se conocen, pero los percibirás cada vez más cercanos”.

La señora Dalloway

Cuando encaró la escritura de este libro en 1922, Virginia pensó en escribir una serie de escenas referidas a la señora Dalloway, que comenzarían con “La señora Dalloway en Bond Street”, y terminarían con “La fiesta”, pero la introducción del personaje de Septimus hizo que finalmente desarrollara su novela en torno a estos dos personajes que no llegan a conocerse y lo que les ocurre en un día de sus vidas. La novela comienza introduciendo a Clarissa Dalloway, una anfitriona de sociedad que prepara una fiesta que dará por la noche; por otra parte, en paralelo y sin cruzarse con ella, aparece Septimus, ex soldado cuyo extraño comportamiento, que incluye alucinaciones, hacen que su mujer, una muchacha italiana llamada Rezia, decida que deben consultar con un médico.

Se trata de un texto modernista, en el que Virginia Woolf, siguiendo lo expresado en “La narrativa moderna” examina lo que sucede con las “infinitas impresiones, triviales, fantásticas, evanescentes o grabadas con la fuerza del acero” que recibe la mente y que “llegan de todas partes, como un incesante chaparrón de innumerables átomos”. Por otra parte, como había señalado en el texto crítico referido, en esta novela se aleja de las convenciones de género: “No habrá trama, ni comedia, ni tragedia, ni amor, ni catástrofe al estilo aceptado”. Utilizando el fluir de conciencia de los personajes, que había apreciado en Dorothy Richardson y que da al narrador un espacio de acción reducido, y el recurso del *Ulises*, de circunscribir la narración a lo que ocurre en un día de junio en la ciudad, que pasa de Dublín a Londres, Woolf construye su novela a través de las impresiones de Clarissa Dalloway y de Septimus, víctima de una neurosis de guerra, quienes, perteneciendo a diferentes estratos sociales, dan cuenta de las reacciones de una sociedad que pretende dejar atrás esa etapa.

Aunque Clarissa es una mujer frívola, tiene chispazos de intuición, y la conciencia de que “vivir era muy, muy peligroso, aunque solo fuese un día”. Pero también se trata de una mujer que, aunque está lejos de la autocomplacencia, se siente afectada por que su pretendiente de juventud, Peter Walsh, se ocupe de señalar, una y otra vez, “los defectos

de su propia alma". Una conciencia adormecida subyace bajo la superficie de su carácter aparentemente convencional, en el que destacan un genuino amor por la ciudad y un deseo de reunir, "combinar, crear" para convertir sus fiestas en "una ofrenda". En esas ocasiones la reserva y la frialdad de Clarissa ceden; en las fiestas puede expresar una sensibilidad reprimida y encauzarla de acuerdo con lo socialmente aceptado. Pero hay otras facetas de su personaje que apenas se insinúan, y Clarissa, que "no podía despojarse de una virginidad conservada a través de partos", intuye "qué era lo que le faltaba. No era belleza; no era inteligencia. Se trataba de algo central que penetraba todo; algo cálido que alteraba superficies y rompía el frío contacto de hombre y mujer, o de mujeres juntas". Aunque solo puede percibirlo "oscuramente", Clarissa llega a confesarse que "en algunas ocasiones era incapaz de resistirse al encanto de una mujer" y entonces "sentía sin lugar a dudas lo que los hombres sienten". Recordando su juventud, ella se pregunta "si acaso no había sido amor" el sentimiento predominante en la relación con su amiga Sally Seton; a fin de cuentas, "el momento más exquisito de su vida" había sido aquel en el que, junto con unas flores, "Sally se detuvo; cogió una flor; la besó en los labios". En ese instante, continúa diciendo la voz narradora, Clarissa tuvo la impresión "de que le hubieran hecho un regalo, envuelto, y que le hubieran dicho que lo guardara sin mirarlo". Tal vez es ahí donde reside parte del misterio de Clarissa, por lo que cabría preguntarse qué habría pasado si hubiera desenvuelto ese regalo. Sin embargo, Clarissa se resiste a estas revelaciones. Atraviesa la novela como una mujer distante, fría, poco apasionada.

La falta de conciencia social de Clarissa, a quien le preocupan más sus rosas que la masacre en Armenia, su pertenencia al *establishment*, sus relaciones sociales, su marido, miembro del Partido Conservador en el Parlamento, son elementos que definen un personaje con escasas conexiones con el de Septimus. Sin embargo, ambos tienen cosas en común: son anticlericales, comparten una aversión por los métodos coercitivos de los doctores y, fundamentalmente, sus historias corren paralelas para confluir en la escena de la fiesta, cuando ella se entera de que un paciente joven de uno de sus invitados, el doctor Bradshaw, se ha suicidado. Fiesta y suicidio brindan el clímax y anticlímax de la novela. De hecho, en medio de su fiesta Clarissa se identifica brevemente con el joven que se había matado: "Siempre lo experimentaba en carne propia, cuando le daban la noticia, de primeras, de sopetón, de un accidente". Esa particularidad le permite

una suerte de identificación momentánea: “De alguna forma, se sentía muy cerca de él, del joven que se había suicidado”.

Septimus oficia como doble[279] de Mrs. Dalloway. A la vez, su nombre hace referencia al número siete, que era el lugar que ocupaba Virginia entre los hijos de su padre y de su madre. Como señala Julia Briggs, las experiencias de delirio de Septimus son virtualmente el único registro que tenemos de lo que pudieron ser las de Virginia. Como le sucedió a ella en 1904, Septimus escucha a los pájaros cantar en griego, y también como ella —cuando en una de sus crisis escuchó hablar a su madre muerta— oye la voz de su amigo Evans a quien habían matado en el frente. Por otra parte, como Virginia escribió en sus memorias refiriéndose al día en que murió su madre, Septimus confiesa que en el momento de la muerte de su amigo y sargento no había sentido prácticamente nada. Las similitudes entre las vivencias del personaje de Septimus y las de la propia Virginia no terminan allí: como le sucedió a ella, los médicos prescriben internarlo y le aseguran que “las personas a quienes más apreciamos no nos convienen cuando estamos enfermos”. Finalmente, a diferencia de lo que le sucedió a ella, después de que Septimus amenaza matarse —“No tenían alternativa. Era una cuestión legal”—, el médico decide institucionalizarlo para que recupere el “sentido de la proporción”. El médico esgrime como un arma la palabra “proporción”, palabra que asocia con otra, que dice que es su hermana y que “se llama Conversión”, haciéndose de un poder que Septimus rechaza hasta el final. El desenlace se produce cuando el médico va a buscarlo a su casa para internarlo —en el preciso momento en que sentía cierta calma, junto con su mujer—. Ante la coerción del médico, secundado por la temerosa Rezia, que no cuestiona su autoridad, Septimus siente que no tiene alternativa, solo de una manera puede evitar que lo internen y cuando ve llegar al médico desde la ventana, se sienta en el alféizar, y aun reflexiona, antes de tirarse al vacío: “Pero esperaría hasta el último momento. No quería morir. La vida era bella; el sol, caliente”.

En tanto el lector se identifica con el desdichado personaje y se compadece de su sufrimiento y desprotección, el personaje de Clarissa, basado en parte en Kitty Maxse, resulta a la vez simpático y antipático. Ella y Mrs. Kilman, la amargada y rencorosa feminista profesora de su hija, se odian mutuamente y temen la influencia que la otra puede ejercer en la joven. Además, Clarissa es capaz de mostrarse cruel y llegar al máximo de la frivolidad, resistiéndose a invitar a una prima pobre a su fiesta por el efecto deslucido de su arreglo. Pero sus

contradicciones siguen siendo encantadoras, al menos para Peter Walsh, su antiguo pretendiente y a quien pertenecen las últimas palabras de la novela: “¿Qué es este terror?, ¿Qué es este éxtasis?, se preguntó. ¿Qué es esto que me llena de extraordinaria exaltación? Es Clarissa dijo. Sí, porque allí estaba”.

De alguna manera Clarissa Dalloway actúa como doble de Virginia Woolf; muestra lo que podría haber sido de ella si la rebeldía a las normas, su conciencia humanitaria y la pasión por la escritura no hubieran interferido. La felicidad que Clarissa experimenta cuando organiza y da forma a las fiestas, a las que considera sus ofrendas —“pero ¿para quién? Una ofrenda por amor a la ofrenda, quizá”—, es similar a la que Virginia sentía en ciertas ocasiones sociales. Es así como en abril, define en su diario: “La felicidad es tener un hilito al cual las cosas se adhieran solas”; e incluso infiere que la felicidad puede estar hecha de pequeños hechos cotidianos como ir a la modista o pensar en el vestido que podría hacerse, hechos que pueden transformar ese “hilo que, como si lo sumergiera en una ola de tesoros, sale con perlas pegadas a él”.

Refiriéndose a esa capacidad de obtener placer, Virginia intuía que la empleada de la Hogarth Press, Marjorie Joad, que había dejado su puesto en febrero a Bernardette Murphy,^[280] carecía de ese “hilo sumergido en las verdes olas: las cosas no encajan para ella, ni se suman para formar esos encantadores haces que constituyen la felicidad”. De hecho, estas preocupaciones acerca de la felicidad coincidían con la angustia que acompañaba los momentos previos a la publicación de su libro, ya que intuía que, pendiente de las críticas, experimentaría “algunas intensidades de placer y algunas profundas zambullidas en la melancolía”.

Tal como lo había anticipado, a finales de abril, esperando las críticas a *El lector común*, y luego en mayo las de *La señora Dalloway*, atravesó por los estados anímicos acostumbrados. En principio, estaba ansiosa por ver las reseñas periodísticas —cosa que le ocurría siempre que publicaba un libro—, pero cuando estas se acumulaban y se contradecían mutuamente, trataba de aclarar el panorama pensando cuáles eran las críticas que podía considerar válidas y cuáles debía descartar. La opinión de Morgan Forster era de las importantes, y con alivio, como sacándose “un peso de encima” pudo constatar que valoraba su novela. También su libro de ensayos *El lector común* había sido bien recibido, y Virginia transcribió en su diario la opinión de Goldie Dickinson, que decía que se trataba de “la mejor crítica literaria

hecha en inglés, con humor, ingeniosa y profunda”. Las opiniones variaban, pero tendiendo a darle una vuelta de tuerca positiva a todo ese asunto, Virginia le escribía a Ethel Sands, la misma que le había dicho que Vita tenía puestos los ojos en ella:

«He quedado preocupada tanto por todos los viejos caballeros que me dicen que nací siendo una crítica y no novelista, como por todos los jóvenes caballeros diciéndome que nací siendo novelista y no crítica. Sin embargo, estamos haciendo algo de dinero esta vez, lo cual es muy divertido, y si El lector común y La señora Dalloway se mantienen como hasta ahora, vamos a construir un excusado y un cuarto de baño en Rodmell, y luego tendrás que venir y quedarte con nosotros».

En resumidas cuentas, podía concluir: “Nunca me había sentido tan admirada, así que mañana los desaires me pondrán de nuevo en mi sitio”.

El núcleo de la vida

No hubo tales desaires,[\[281\]](#) pero Virginia no era de las que podían instalarse en la autocomplacencia, y si bien esa tendencia a examinarse continuamente la dejaba exhausta, no se daba descanso; ya tenía una nueva novela en marcha, pensaba una serie de historias cortas[\[282\]](#) y escribía en su diario:

«La verdad es que escribir es el placer profundo y ser leída el superficial. Ahora estoy en tensión por el deseo de dejar el periodismo y dedicarme a Al faro. Esta va a ser bastante corta: mostraré el personaje de papá completo; y el de mamá; y St. Ives; y la infancia; y todas las cosas que siempre trato de meter, la vida, la muerte, etc. Pero el centro es el personaje de papá sentado en un bote, recitando. Perecemos, cada uno solo, mientras él aplasta una caballa moribunda. Pero debo contenerme. Tengo que escribir unos cuantos relatos breves primero, y dejar que el Faro se haga a fuego lento, añadiéndole algo entre la merienda y la cena hasta que esté lista para escribirla entera».

Además, como si su escritura no significara suficiente ocupación, como sucedía con cierta regularidad, trataba de estimular a Desmond

MacCarthy, su antiguo amigo y gran conversador, para que se decidiera a escribir. Así pues, un día de mayo, mientras Leonard estaba ocupado en reuniones, entrevistas y atento a la repercusión de su libro sobre la historia de la Liga de las Naciones que la Hogarth Press acababa de publicar, Virginia se vio con su viejo amigo. El contraste entre los dos hombres le llamó la atención; encontró a Desmond “bastante envejecido y estropeado; un poco como si pensara, supongo, que ya ha cumplido los 45 y no ha logrado nada, excepto sus hijos, naturalmente, a los que adora”. Creía entender que él pudiera lamentarse al pensar en “sus 50 artículos en 5 años, en el montón de artículos viejos que tiene cogiendo polvo en cajas” y se proponía ayudarlo “porque los hijos no bastan, después de todo; uno necesita su propia obra”. Por otra parte, pretendía identificar lo que detenía a Desmond:

«El problema está en que le falta empuje para llevar un artículo hasta el final. Por ejemplo, Lytton o yo, aunque puede que no pensemos mejor ni escribamos mejor, tenemos un vigor que hace que un artículo quede completo. Sin embargo hay cosas que valen la pena, y él se conmueve y se vuelve irracional cuando las piensa, y yo lo Aun que en un plano teórico Virginia aceptaba que se podía ser feliz sin escribir, su felicidad y contento dependían cada vez más de su capacidad de hacerlo y de la recepción positiva de su obra. Por otra parte, definiendo su territorio de incumbencia y dejando en claro que su mundo no era el de los intelectuales egresados de universidades, de los que se sentía alejada, en una conversación con Dadie y James Rylands[283] se refirió al “uso que los poetas hacen de las palabras, cómo se fijan en una palabra y la llenan de sentido y la vuelven simbólica”. Aun así, no exenta del resentimiento del autodidacta, subrayaba en su diario: “Lo que estos eruditos quieren es descubrir los libros escribiendo otros libros, no leyéndolos”».

En su caso, el esfuerzo y el talento unidos, junto con sus exhaustivas lecturas, habían dado frutos e incluso aquellos “eruditos” se declaraban sus admiradores; también, y eso era alentador, sus libros se vendían y entre sus lectores se contaban escritores que, como Thomas Hardy, leían con placer *El lector común*. La insistencia en considerar que la obra personal era lo que daba sentido a la vida permeaba todas sus relaciones y encuentros, entre ellos uno con Margaret L. Davies, quien se había retirado de sus labores políticas. Después de verla, Virginia se preguntaba: “¿No debe ser espantoso ‘retirarse’ a los 60: sentarse a

mirar los álamos? Además, una vez dijo que había ‘transigido’: su padre había hecho imposible el trabajo completo; y ahora lamenta muchas cosas, me imagino; ha visto tan poco del mundo y no ha llevado nada a término”.

Su afán de escribir, de probarse, de tensar la cuerda de su espíritu y de su genio hasta dar con el sonido adecuado, personal e irrepetible, era una manera de oponerse a un destino como el de Margaret. Pero tal nivel de exigencia implicaba un precio demasiado alto y no pocas frustraciones; de ahí la insistencia de Virginia de rescatar, continuamente, las pequeñas dichas cotidianas. Delicado y difícil equilibrio en el que debía esmerarse aun a costa de fallar y que consistía en conciliar la obra, la vida social y el reconocimiento con la vida de todos los días. Esta necesidad podía llegar a ser acuciante, ya que de ella dependía su armonía interna, y era ahí donde aparecía Leonard, al que entonces rendía homenaje “con incansable, verdaderamente infantil adoración”. Sentía que gracias a la “suavidad y firmeza” de Leonard podía atravesar las dificultades cotidianas, problemas de autoestima e incluso volver a su cauce situaciones que sobredimensionaba, sobre las que Virginia reflexionaba en su diario:

«Me arrimé al núcleo de mi vida, que es esta completa comodidad con L., y allí lo encontré todo tan satisfactorio y tranquilo que reviví y empecé de nuevo, sintiéndome completamente inmune. El inmenso éxito de nuestra vida es, creo yo, que nuestro tesoro está escondido; o más bien que está en cosas tan corrientes que nadie puede tocarlas. Es decir, si uno disfruta de un trayecto en autobús a Richmond, de sentarse en el verde fumando, de recoger las cartas del buzón, de airear las marmotas, de cepillar a Grizzle, de hacer un helado, de abrir una carta, de sentarse uno al lado del otro después de cenar y decir: “¿Estás en tu sitio, hermano?”. Bueno, ¿qué puede turbar esta felicidad? Y todos los días están necesariamente llenos de ella. Si dependiéramos de hacer discursos, o del dinero, o de que nos invitaran a las fiestas».

Pero Virginia se había convertido en una escritora célebre, y la revista *Vogue* inglesa requería fotos suyas. Dorothy Todd, la editora de la publicación, se había propuesto elevar su contenido, combinar la moda con expresiones artísticas y culturales, por lo que encargaba colaboraciones a escritores y artistas plásticos. En consecuencia, invitó a Virginia a posar en una sesión fotográfica realizada, curiosamente, en el mismo sitio donde había posado su madre para un escultor que la pretendía en matrimonio. Esta no era la primera vez que Virginia

enfrentaba la lente de los fotógrafos, ya que el año anterior una de sus fotos había aparecido en *Vogue* en el artículo “Nombrados para el templo de la fama”.^[284]

Hay que decir que el mundo de la moda no le era indiferente, ya que, como precursora de los estudios culturales, Virginia consideraba que “la gente tiene gran número de estados de conciencia” y, deseosa de investigar la “conciencia del vestido”, le interesaba observar a los protagonistas de ese universo paralelo, en el que “la gente segrega una envoltura que la conecta entre sí y la protege de otros que, como yo, estamos fuera de la envoltura, cuerpos extraños”.⁵⁴ Aunque seducida por aspectos de la moda y por lo que llamaba “la conciencia de las fiestas”, sabía que no podía precipitarse en el interior de ese torbellino sin salir dañada. En ese sentido, valoraba la capacidad de Leonard de detectar, a través de mínimos indicios, las fluctuaciones de su ánimo.

“On being ill”

En julio, poco después de la publicación de sus dos últimos libros, Virginia escribió en sus diarios unas líneas a manera de boceto de lo que sería su nueva novela:

«Padre, madre e hija en el jardín; la muerte; la travesía al faro. Creo, sin embargo, que cuando la empiece la enriqueceré de muchas maneras; la haré más densa; le daré ramas y raíces que ahora no percibo. Puede que contenga todos los personajes reducidos a lo esencial; y la infancia; y luego esta cosa impersonal que mis amigos me desafían a hacer, el vuelo del tiempo y la consiguiente ruptura de la unidad en mi diseño. Ese pasaje (concibo el libro en tres partes: 1. en la ventana de la sala; 2. han pasado siete años; 3. la travesía) me interesa mucho. Un nuevo problema como ese abre nuevos territorios en la mente; impide seguir los senderos trillados».

Comenzar un nuevo proyecto le permitía tomar distancia de sus anteriores trabajos, cada vez menos suyos y más en poder de los lectores y de los críticos; y también del entorno, ya que como le escribía a Gerald Brenan, la soledad podía resultar creativa: “Tengo que crear cada vez para mí toda la cosa desde cero. Probablemente todos los escritores estén ahora en el mismo bote. Es la multa que pagamos por

romper con la tradición, y la soledad hace a la escritura más excitante. [...] Uno debería hundirse en el fondo del mar y vivir a solas con las propias palabras”.

En cuanto a la crítica especializada, podía ser “un gran estímulo”, sobre todo si dejaba transcurrir un tiempo prudencial, y ponía las reseñas literarias en perspectiva. Pero no solo los críticos y escritores trataban de descifrar su trabajo: las personas más cercanas solían sentirse afectadas al percibirse retratadas en sus personajes. Vanessa lo había sufrido en carne propia con sus dos primeras novelas, en tanto la familia de Leonard se había disgustado con los paralelismos que encontraban entre su vida y la segunda. Ahora era Philip Morrell, el marido de Ottoline, quien le escribía diciendo que se sentía reflejado en los personajes de Hugh Whitbread y Richard Dalloway. Pero Virginia se apresuraba a explicarle:

«Una cosa me interesa mucho: que te consideres a ti mismo el hombre más obtuso del libro... me pregunto ¿de qué extraordinario complejo surge esto? De hecho, no hay ni el mínimo fundamento para ello. Primero, mi idea de ti no se corresponde para nada con mi idea de Hugh Whitbread o Richard Dalloway; segundo, mis amigos están bastante a salvo de mí, porque no puedo escribir acerca de gente que tengo el hábito de ver, al igual que no puedo describir lugares hasta que prácticamente los he olvidado. No es humor; es simplemente la manera en que mi mente funciona».

Hubo originales para alguna gente en *La señora Dalloway*: pero muy lejanos, gente que vi por última vez hace 10 años y que incluso entonces no conocía bien. Esa es la gente acerca de la cual me gusta escribir.

De alguna manera, en su nueva novela, *Al faro*, convocaría a muchos de los fantasmas del pasado, personas —no solo sus padres— a las que no había vuelto a ver y que pensaba transformar en personajes de una “elegía” en la que debía evitar todo sentimentalismo. [\[285\]](#)

Sin demasiado espacio físico o mental para dedicarse a su nuevo proyecto, a fines de julio y antes de viajar a Rodmell, Virginia describió, en su diario, cómo había transcurrido parte del verano en la ciudad:

«Cuando la aburrida somnolencia de la tarde se apodera de mí

siempre estoy en el taller, imprimiendo, escribiendo sobres; luego es la hora del té y Dios sabe [...] cuántas personas caerán sobre mí sin que yo mueva un dedo: ya esta semana, sin haber sido invitados, a punto de comenzar las vacaciones además, han venido Mary, Gwen, Julian y Quentin, Geoffrey Keynes y Roger. Mientras tanto nos estamos ocupando de Maynard. Todo el lunes Murphy y yo trabajamos como esclavas hasta las 6; a esa hora yo tenía tantas agujetas como un cargador de carbón».

El 5 de agosto, cambió una rutina de trabajo por otra ya que al día siguiente, en Rodmell, “sentó el plan para su novela que estaba tomando forma rápidamente”. Pero como siempre que las exigencias la superaban, a mediados de agosto, poco después de comer con Maynard Keynes y con Lydia, que se habían casado pocos días antes, Virginia partió en bicicleta a Charleston para festejar el cumpleaños de su sobrino Quentin y sufrió una descompostura. Los Keynes también estaban allí, y presenciaron cómo la tensión acumulada cobraba su precio; Virginia se desmayó y solo días después pudo describir lo que había sucedido:

¿Por qué no pude ver o notar que toda esta temporada me estaba agotando un poco e iba rodando sobre un neumático pinchado? Resultó que así era y caí desmayada en Charleston, en mitad de la fiesta de Q. Y luego he estado aquí tumbada, en esa extraña vida anfibia del dolor de cabeza, durante dos semanas. Esto ha abierto un gran agujero en mis 8 semanas, que iban a estar tan llenas. No importa.

Ordena las piezas que te vengan a las manos. No permitas nunca que te descabalguen los respingos de esa bestia de poco fiar, la vida, montada por una bruja como va a causa de mi propio sistema nervioso, tan extraño y difícil. A los 43 años, todavía no conozco su funcionamiento, porque me decía a mí misma todo el verano: “Estoy muy firme ahora. Puedo salir plácidamente de una lucha de emociones que hace solo dos años me hubiese dejado en carne viva”».

No repuesta del todo, Virginia realizó “un rápido y próspero asalto a *Al faro*”, pero ese no era el ritmo de escritura con el que había soñado, e instalada en Monk’s House se preguntaba por sus nervios: “¿Aguantarán o cederán de nuevo, como han hecho tantas veces? Porque estoy anfibia todavía, entrando y saliendo de la cama; en parte para saciar mi prurito

de escribir. Es el gran consuelo, y el azote”. Cabe considerar que, ante estas crisis, los Woolf, los Lobos, como solían llamarlos, aludiendo a la similitud de su apellido con el plural de lobo, *wolves* en inglés, se retrotraían a su hogar, convertido así en una suerte de cueva protectora. Cuando la enfermedad imponía sus ritmos, Virginia debía postergar la escritura y los encuentros sociales, pero la maquinaria de la Hogarth Press seguía su marcha. Por entonces, haciendo caso omiso a su pedido de reimprimir *La tierra baldía*, Eliot le dio el libro a otra imprenta, convirtiéndose para ella en uno de los personajes del Inframundo, una rara y cambiante criatura, y Virginia sentenciaba: “Las estrategias y los deseos del Inframundo, sus cambios y cábalas están en el fondo de esto. Se propone salir adelante usando los métodos de ese mundo; realmente mi mundo no es el Inframundo”.

Lo cierto es que por entonces Eliot pudo abandonar finalmente su trabajo bancario al convertirse en editor de *New Criterion* y, a partir de noviembre de 1925, de la editorial *Faber & Gwyer*, donde decidió reimprimir su poema. De todas maneras, era evidente que no deseaba quebrar el vínculo con los Woolf, e incluso le escribió a Leonard solicitando consejos ante el cuadro de desequilibrio nervioso que presentaba Vivienne, su esposa. También le pidió a Virginia un artículo para el *New Criterion*. En noviembre, ella le envió “On being ill” (Estar enfermo), un ensayo sobre la enfermedad donde señala que a pesar de que se trata de una experiencia humana común e ineludible, no toma, a diferencia del amor, las batallas o los celos, un lugar protagónico entre los temas primordiales de la literatura. La enfermedad, lo mismo que el amor, señala Virginia, altera la conciencia, pero la lengua inglesa carece de la capacidad de expresar esa experiencia.

Este extraordinario ensayo refleja elementos autobiográficos que tal vez perturbaron al distante y analítico Eliot, quien recién lo publicó en su revista al año siguiente. [\[286\]](#)

Por entonces, asediada por amigos y críticas, Virginia reconocía su predisposición natural a que le gustara “todo el mundo y que todo el mundo [le pareciera] enteramente nuevo cada vez”, cuestión que incidía en su resolución de no renunciar a la vida social. Pero también descubría, una vez más, que para disminuir sus estados de ansiedad debía reducir sus actividades sociales y, mientras se confesaba a sí misma “soy sociable por naturaleza; no se puede negar”, trataba de alcanzar un equilibrio planeando reuniones íntimas y visitas de “gente de nuestro estilo, que se deje caer por aquí; con tranquilidad, zapatillas, cigarrillos, bollos, bombones”. De lo que se trataba era de organizar la

vida de tal manera que resultara lo menos agresiva para su constitución. Al fundar la Hogarth Press, los Lobos lograron el objetivo de publicar lo que quisieran sin la interferencia de los editores; y si bien es cierto que eso implicaba más trabajo y responsabilidades, tenía una contrapartida que valía la pena: les daba la libertad de escribir y publicar sin depender de terceros. Así pues, Virginia podía rechazar el pedido de su primo

Herbert Fisher —por entonces con un escaño en Oxford—, que le solicitaba que escribiera un libro sobre la época posvictoriana. Habiendo ganado una libertad indispensable, ella se congratulaba en su diario: “Sé que puedo escribir un libro mejor, sin ayuda de nadie, para la Hogarth si lo deseo. Pensar en estar atrapada en las garras de esos catedráticos universitarios me hiela la sangre. Pero soy la única mujer en Inglaterra que es libre de escribir lo que quiera. Las otras tienen que pensar en colecciones y editores”.

A esa sensación de libertad se sumaban buenas noticias transmitidas por Harcourt Brace, su editor norteamericano, que le informaba que en el cuarto mes de ventas, *La señora Dalloway* y *El lector común* vendían a razón de 148 y 73 ejemplares por semana.

Al final de su estadía en Rodmell, Virginia se sentía bastante recuperada. Aunque lamentaba un poco ese “verano parcialmente arruinado”, también reconocía que las visitas, aunque fueran de amigos, podían cansarla y renovar su dolor de cabeza. Algo así sucedió después de una pintoresca aparición de Maynard y Lydia, “él con blusa a lo Tolstoi y gorro de astracán negro”, feliz con una esposa que “[zumbaba] en su estela, la esposa del gran hombre”. Al margen de la crítica y de la ironía, Virginia disfrutó de una animada conversación sobre Rusia, y apuntó en su diario:

«Una mezcolanza tal, dice M., una confusión tal de lo bueno y lo malo y de las cosas más extremas que él no puede hacerse una composición de lugar, aún no ve cómo va. Brevemente: espías por todas partes, no hay libertad de expresión, la ambición de dinero erradicada, la gente vive en común, pero algunos, la madre de Lydia por ejemplo, tienen criados, los campesinos están contentos porque son propietarios de la tierra, ninguna señal de revolución, los aristócratas actúan de guías de sus posesiones, respetan el ballet, la mejor exposición de Cézanne y Matisse que existe. [...] Una predicción de ellos, en el sentido de que dentro de diez años el nivel de vida de Rusia será más alto que antes de la guerra, pero en todos los demás países será más

bajo, M. pensaba que muy bien podría llegar a ser verdad. El caso es que están abarrotados de imágenes y palabras». [287]

La partida de los Keynes la dejó abatida y sin reflejos para recibir a Lytton. “Recostada junto al fuego”, Virginia no pudo “presentar mucha batalla a esa vieja serpiente”, como llamaba a su amigo. Un incendio en su casa había provocado ampollas en la pared, pero no había tocado sus libros; “¿qué fuego hubiera tenido el valor de hacer eso?”. Virginia tampoco estaba en condiciones de aceptar demasiados retos y, aunque deseaba “volver a la facilidad y la velocidad de la civilización”, se moderaba y prometía: “Juro aquí que no me dejaré llevar a la errónea conclusión de que esto es la vida, ese perpetuo frenesí y esfuerzo; de lo contrario, volveré a estar hecha polvo, como me pasó en agosto”.

Vita va por más

Aunque ese verano no pudo escribir a la medida de su deseo y tuvo que contentarse con pasar las horas haciendo unos trabajos en lana, que con diseño de Nessa estaban destinados a convertirse en la funda de una silla, Virginia también experimentó motivos de regocijo. Se escribía con regularidad con Vita, con quien había intercambiado elogios que auspiciaban el inicio de una nueva amistad. No solo se vieron con frecuencia en Londres, a principios de año, sino que, al tanto de su estado de salud, de los intermitentes dolores de cabeza y de su temperatura alterada, Vita le envió de regalo unos exquisitos duraznos. Por otra parte, respecto de los últimos libros publicados, Vita le escribía:

«Siento sin embargo que hay pasajes de El lector común que me gustaría saber de memoria; es maravilloso; no hay nada más que decir. No puedo pensar en otro libro que me guste más o que vaya a leer más seguido. La señora Dalloway es diferente; es una novela; su belleza se encuentra sobre todo en su brillantez; desconcierta, ilumina y revela; El lector común se convierte en un guía, un filósofo y amigo, mientras La señora Dalloway permanece siendo un Will-of-the-wisp, [288] una deslumbrante y amable conocida. Una cosa que ella ha hecho para mí por siempre: hizo innecesario que tuviera que volver a Londres, ya que

todo el Londres en junio está en las primeras páginas. (¿No podrías hacer un Londres de invierno ahora? ¿Con neblinas y destellos en las esquinas, penumbras azules, lámparas y calles pulidas?)).

De uno y de otro lado, ambas mujeres comenzaban a trazar el patrón de su amistad. Quedaba claro que Vita sería la rendida admiradora del genio de Virginia, a quien no sería fácil satisfacer en su demanda de afecto y halagos. Como contrapartida, Virginia estaba dispuesta a crear un personaje que adhiriera a las formas de Vita, realzándola en su especificidad, y le escribía: “Tengo en mi mente una visión de ti perfectamente romántica y sin duda incierta: pisoteando el lúpulo en una gran tina en Kent, completamente desnuda, marrón como un sátiro, y muy hermosa”. Como si se tratara de un juego en el que a cada movimiento de un jugador le correspondiera una respuesta del otro participante, Vita respondió que le gustaba en extremo la imagen proyectada y le rogaba que la preservase. Asimismo le sugería que debía cuidarse. ¿Qué tiempo le quedaba luego de la energía que dedicaba a leer los manuscritos de otras personas? Tampoco le parecía que debiera enriquecer a la editora de *Vogue* a sus expensas. Vita esbozaba su propia imagen de Virginia, consideraba que despilfarraba su tiempo, la veía como un “logro eterno”, una suerte de personalidad asombrosa con la capacidad de parecer “estar en un eterno ocio”, capaz de dedicar dos horas a conversar o escribir “cartas divinas, de cuatro páginas de largo”, leer “manuscritos rechonchos”, dar “consejo a los tenderos” y producir libros que “ocupan un lugar permanente en la mesa de luz”. Esa era una imagen que Virginia debía de disfrutar, más aún cuando su amiga señalaba su capacidad de criticar las obras de los amigos: “Criticar (en el sentido que tú le has dado a la palabra) significa iluminación, no la completa decepción que dejan otras críticas. ¿Cómo se hace? Solo puedo suponer que tú no despilfarras”.

Pero los gestos de amistad no solo se expresaban en cartas provocativas o halagadoras. A mediados de septiembre Vita pasó por Rodmell. Pero como ya conocía lo suficiente a los Lobos como para no irrumpir sin ser invitada, decidió no aparecer de improviso y por intermedio de un muchacho del pueblo les envió unos regalos. Acto seguido, Virginia consideró que debía escribirle:

«¡Oh tú, rufiana escandalosa! ¡El venir tan lejos hasta esta casa y largarte! Cuando la cocinera vino hacia mí con la carta, y tus flores y tu jardín [en miniatura], con la historia de que una dama había detenido a un niño en la aldea y se los había entregado, estaba tan furiosa contigo

que casi salto tras de ti en camisón. Diez minutos de charla no me hubieran herido, y hubiera sido divertido. En cuanto al jardín y las flores, las palabras me fallan: de hecho no puedo soportar escribir cuando podría haber estado hablando. Al jardín le han vertido encima una jarrita de agua cuidadosamente. Las flores están en un florero roto. Pero ten cuidado de cómo me das cosas: tejer es mi pasión. Otro presente de tu parte, y una cubretetera trabajada con loros y tulipanes arribará, y ¿qué harás entonces? No: escíbeme; o mejor, ven a verme; pero dejaré que Leonard decida. Todo lo que insisto es en un día antes de que volvamos».

No habría que pasar por alto el hecho de que Virginia nombrara a Leonard en su carta y que a vuelta de correo Vita subrayara su respeto y aprobación por los cuidados que él exigía para proteger su salud. A pesar de que el suyo era un matrimonio de otra especie, y que había alcanzado la suficiente independencia respecto de Harold como para decidir no acompañarlo[289] a Teherán, donde había sido destinado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, ella conocía el rol que Leonard desempeñaba en su relación con Virginia.

En tanto la relación con Vita prosperaba, la salud de Virginia no experimentaba una mejoría sostenida, y a principios de octubre —un par de días después de volver a Londres— los Woolf debieron llamar al médico.[290] Durante todo ese mes y casi todo noviembre, Virginia estuvo enferma, con pocas posibilidades de levantarse de la cama, pasear o recibir demasiadas visitas. De todas maneras, escribió artículos para *The New Criterion*, de Eliot, y para *The Nation & Athenaeum*. Durante ese período abandonó la escritura de su diario, que recién retomó a finales de noviembre. En ese ínterin falleció su antaño idealizada prima Madge Vaughan, y sorprendida por su escasa emoción, registraba en su diario:

«La gente se muere; Madge se muere y una no puede derramar una lágrima solitaria. Ahora bien, si se murieran 6 personas, es cierto que mi vida cesaría; con ello quiero decir que se volvería tan pobre que aunque continuase ¿tendría algún gusto? Imagínate que Leonard, Nessa, Duncan, Lytton, Clive y Morgan hubiesen muerto todos».

“Me gusta ella”

Esas seis personas eran las primeras en el ranking de sus afectos, pero ya comenzaba a despuntar la estrella de una persona nueva, cuya ausencia podía melancolizarla al extremo de sumirla en las lágrimas. “Ese diablo de Vita” se había esfumado, no recibía cartas, ni visitas, ni invitaciones. Pero finalmente Vita reapareció e invitó a Virginia a pasar un fin de semana en Long Barn, interrumpiendo con este gesto los pensamientos depresivos de su amiga que se preguntaba: “Y la muerte —como siempre siento— acercándose de prisa; 43 años: ¿cuántos libros más?”. Lo cierto es que habría más libros, los más exitosos, los que la harían más popular, pero todo eso ocurriría después de ese fin de semana en el que la relación con Vita se hizo más íntima y amorosa, y alcanzó el plano sexual.

El 17 de diciembre Virginia tomó un tren hasta Sevenoaks. Durante los tres días y tres noches que pasó junto a Vita en Long Barn, descubrió, por experiencia propia, que “estas safistas *aman* a las mujeres; la amistad nunca está desligada de la amorosidad” A diferencia de Vita, que en una carta a su marido confió que durmieron juntas, Virginia se mostró reservada y guardó su experiencia para sí, no dejó constancias del hecho en su diario ni en su correspondencia. A través de las cartas del momento, sabemos que Vita calificó como “pacífica” la primera noche que estuvieron juntas. También sabemos que a esa noche siguió otra en la que hablaron hasta las tres de la mañana; y que definió en pocas palabras: “No una noche pacífica”. Al tanto de las intenciones de su mujer respecto de Virginia, Harold estaba preocupado, pero ella lo tranquilizaba: asegurándole: “La quiero pero no podría ‘enamorarme’ de ella, así que no estés nervioso”.

Por su parte, ese fin de semana quedó grabado para siempre en el recuerdo de Virginia, quien desde entonces y para siempre atesoró una impactante imagen de la Vita de esos días[291]:

«Me gusta ella y me gusta estar con ella, y el esplendor: brilla en la tienda de comestibles de Sevenoaks como iluminada por velas, anda con paso majestuoso sobre piernas como hayas, sonrosada y radiante, arracimada de uvas, adornada de perlas. Ese es el secreto de su atractivo, supongo. Ella me encontró increíblemente mal arreglada, ninguna mujer se preocupa menos de su aspecto, nadie se pone las cosas como me las pongo yo. Y sin embargo tan bella, etc. ¿Qué efecto tiene

todo esto sobre mí? Muy contradictorio. Está su madurez y su busto lleno; el hecho de que navegue a toda vela en la pleamar, mientras yo voy costeanado por los remansos; su capacidad, quiero decir, de salir a la palestra en cualquier lugar, de representar a su país, de ir de visita a la mansión Chatsworth, de controlar la plata, los criados y los perros chao; su maternidad (pero es un poco fría y despreocupada con sus hijos), el ser, en suma, (lo que yo nunca he sido) una verdadera mujer».

Aun así, mezclado con “todo ese atractivo” había algo que “no encaja[ba] bien” y Virginia se preguntaba si echaría de menos a Vita, que preparaba su viaje a Teherán; y pocos días después de regresar de Long Barn, se planteaba qué era lo que le atraía de ella. En principio, estaba la dolorosa confesión citada: “El ser, en suma, (lo que yo nunca he sido) una verdadera mujer”. Evidentemente, consideraba que Vita era voluptuosa e irreflexiva; y lo más importante, que Virginia reconocía en su diario: “Derrama generosamente sobre mí la protección maternal que, por alguna razón, es lo que más he deseado siempre que me dieran todos. Lo que me da L., lo que me da Nessa, y lo que Vita, a su manera más torpe y superficial, trata de darme”. Evaluando sus sentimientos Virginia reflexionaba: “Soy... tan rara en algunos aspectos. Una emoción sucede a otra”.[292] De todas maneras, para ella era evidente que su nueva relación no implicaría ningún planteo revolucionario en cuanto a lo que sería su vida en adelante. De hecho, sería erróneo suponer que Virginia, en un rol pasivo y sumiso, se dejara llevar por Vita; incluso es posible que haya sido ella y no la más experimentada Vita quien tomara la iniciativa en sus relaciones sexuales.[293]

Si bien Virginia era mayor (en esos momentos tenía 43 años), a sus 27, Vita era la más desinhibida y experimentada de las dos. Había descubierto sus inclinaciones homosexuales y tenido varios *affaires* desde muy joven. A su relación con Rosamund Grosvenor, le siguió un apasionado romance con Violet Trefusis —hermana de Alice Keppel, amante de Eduardo VII—, con quien se fugó a Francia. Toda Inglaterra lo supo, y también que sus respectivos maridos tomaron un avión para buscarlas. El matrimonio de Vita tenía sus particularidades. Ella y Harold Nicolson se conocieron en 1910, y después de una relación de dos años, debieron separarse cuando su carrera diplomática lo destinó a Constantinopla.

Si bien durante ese tiempo Vita le escribió lastimeras cartas, eso no impidió que mantuviera su *affaire* con Rosamund Grosvenor.

Finalmente Harold y Vita se casaron. Después del nacimiento de su segundo hijo, la noticia de que Harold padecía una enfermedad venérea y la evidencia de su condición de homosexual impactaron fuertemente en Vita, pero la pareja resolvió la situación contrayendo un nuevo compromiso basado en el afecto que sentían el uno por el otro, la libertad y la tolerancia, y que tuvo como resultado que ambos pudieran conciliar sus respectivas relaciones homosexuales con un matrimonio heterosexual. Aun así no fue fácil para Harold soportar la divulgación y el alto grado de exposición que tenían los amores de su esposa, quien refiriéndose a las relaciones homosexuales que ambos sostenían, le escribía que “son algo perfectamente aparte de la más natural y normal actitud que nosotros tenemos uno respecto al otro, y por lo tanto no la afectan”.

Cuando Vita comenzó su relación con Virginia, Harold, que sabía de su fragilidad, le advirtió a su mujer: “Por el amor de Dios, ten cuidado [...] no es meramente jugar con fuego; es jugar con gelignita”

Desde pequeña Virginia había sentido predilección por la compañía y afecto de las mujeres, y les había expresado su afecto a muchas de ellas. Las cartas de juventud a Vanessa y Violet pueden leerse como declaraciones amorosas, una característica, por otra parte, casi constante en su correspondencia con otras mujeres. Esa misma atracción tiene correlato en su obra literaria, particularmente en la relación de intimidad de los personajes de Rachel y Helen de *Fin de viaje*; en los de Katherine y Mary de *Noche y día*; en Clarissa y Sally de *La señora Dalloway*; y en los de Lily y la señora Ramsay en *Al faro*. Y si en *Un cuarto propio* intuye la posibilidad revolucionaria de que “por primera vez en la literatura” aparecieran frases como “a Chloe le gustaba Olivia”, en *La señora Dalloway*, se atreve a deslizar: “El momento más exquisito de su vida [de Clarissa], al pasar junto a una hornacina de piedras con flores. Sally se detuvo, cogió una flor, la besó en los labios. ¡Fue como si el mundo entero se hubiese puesto boca abajo! Los demás desaparecieron”.

A pesar de que encontraba placer en la relación “secreta y privada” que podía darse entre mujeres, y de que en sus libros esos vínculos alcanzan una tensión sin duda amorosa, se hace necesario señalar que Virginia no se consideraba a sí misma “safista”^[294] No solo detestaba “ese ambiente de colegialas mediocres”, que consideraba que formaban Vita y sus amigas lesbianas, sino que también y refiriéndose a una conversación con Lytton, escribía en su diario: “Mi revolución antisodomita ha dado la vuelta al mundo, como yo esperaba que

sucediese”. Su opción pasaba por diferenciarse de “esas safistas”, y en realidad Vita tampoco podría considerarse una lesbiana militante.^[295] Puede decirse que, en los casos de ambas, estas elecciones se daban, como señala Suzanne Raitt, no en detrimento sino sustentadas por sus respectivos matrimonios. Virginia lo dejó claro no bien regresó de pasar aquel primer fin de semana en Long Barn, e incluso agradeció a Leonard que la hubiera animado a vencer sus dudas, e ir al encuentro de Vita. Aunque parezca una paradoja, tanto Vita como Virginia no consideraban que la orientación sexual entrara en contradicción o fuera un factor disruptivo en sus matrimonios, por lo que Virginia no dudaba en escribirle a su amiga: “En todo Londres, solo a ti y a mí nos gusta estar casadas”.

CAPÍTULO XXIX - 1926

Duelo epistolar: escribir EMOCIONES

VITA y Clive se encontraron en casa de una amiga en común, donde pasaron el primer día del año; momento que él consideró oportuno para preguntarle por el cariz de su relación con Virginia, cuyo carácter íntimo Vita negó; al mismo tiempo, se abstuvo de obtener informaciones que sabía que él podía darle, ya que prefería hacer sus propias “exploraciones”. En cuanto a Virginia, en cama y con rubéola, anticipaba la despedida: “Si en algún momento una mujer fue una vela encendida, un brillo, una iluminación que cruzará el desierto [hacia Persia] y me dejará... fue Vita”.

Cuando finalmente el 19 de enero Vita partió para reunirse con su marido en Teherán, Virginia se preguntó cuáles eran sus sentimientos. Tan pronto sentía que la quería “clara e inconfundiblemente”, como pensaba que no, “y así sucesivamente”. Lo cierto es que más que su inteligencia, valoraba que Vita fuera “abundante y fructífera; también sincera”. Su ausencia no la desesperaba, porque —según escribía en su diario— se mezclaba con “el hecho vigorizante de haber empezado de nuevo mi novela [...] Todas estas fuentes juegan en mi ser y se entremezclan”.

Entre enero y mayo, mientras Vita estuvo en Persia, ambas se enviaron una serie de cartas que permiten reconstruir el decurso de una relación que al diario de Virginia se le escapa, ya que si bien es cierto que no era su costumbre exponer en sus diarios su sexualidad, en este caso debía ser reservada, además, porque Leonard podría leerlos. Durante la ausencia de Vita, ella y Virginia se esmeraron por lucirse en una correspondencia que da la posibilidad de deducir las repercusiones

que tendría la intimidad que habían alcanzado. De hecho, inmersa en su novela, Virginia apenas sentía la ausencia de su amiga, en tanto que Vita viajaba con otra mujer —la poeta Dorothy Wellesley— [296] con la que sostenía un *affaire*. De todas maneras, en sus cartas, ambas competían por ver quién era más afectuosa. En esa justa, Vita se perfilaba como la más apasionada, y admitía: “Estoy reducida a una cosa que anhela a Virginia”. También subrayaba que Virginia sería insensible o en todo caso engalanaría las cosas con “una frase tan exquisita que perdería un poco de su realidad”. Al tiempo que declaraba su pasión, Vita establecía sus diferencias de carácter y continuaba:

«Mientras que conmigo es bastante crudo: te extraño más de lo que hubiera creído; y eso que estaba preparada para extrañarte muchísimo. Así que esta carta es en realidad simplemente un chillido de dolor. Es increíble cuán esencial te has vuelto para mí. Supongo que estás acostumbrada a que la gente te diga estas cosas. Maldita seas, criatura malcriada; no lograré que me ames más entregándome de esta manera. Pero oh, mi querida, no puedo ser astuta y distante contigo: te amo demasiado para ello. Demasiado sinceramente. No tienes idea de cuán distante puedo ser con las personas a las que no amo. Lo he convertido en un fino arte. Pero tú has roto mis defensas. Y realmente no lo lamento».

Como escritoras dispuestas a esgrimir palabras que expresaran sus sentimientos, ambas mujeres establecieron un diálogo que no excluía el desafío y que incluso se puede transcribir a manera de un duelo epistolar. Así pues, recogiendo el guante, Virginia contestaba: “¿Pero por qué piensas que yo no siento, o que hago frases? ‘Adorables frases’, que tú dices que roban cosas de realidad. Justo lo opuesto. Siempre, siempre, siempre intento decir lo que siento”. Con la intención de defenderse de la acusación de insensibilidad, Virginia también afirmó que desde la partida de Vita, nada importante había sucedido, y agregaba:

«De alguna manera todo me parece soso y húmedo. Yo he estado sosa; te he extrañado. Te extraño. Habré de extrañarte. Y si no lo crees, eres un búho de orejas largas y un burro. ¿Frases adorables? [...] En cuanto a la gente que he visto, no me he enamorado de ninguna, pero ese no es exactamente mi estilo. ¿Lo adivinaste? No soy fría, ni una farsante, ni débil, ni sentimental. Lo que soy, quiero que tú me lo digas. Escribe, adoradísima Vita, las cartas que inventas en el tren. Responderé

a todo».

Susceptible a la crítica de Vita, Virginia se preguntaba por la naturaleza de sus pasiones, reconocía cierta dependencia emocional y se refugiaba en el terreno de las palabras, donde evidentemente se sentía más segura:

«Me di cuenta de que una parte de mi sufrimiento es no tenerte. Sí, te extraño, te extraño. No me atrevo a explayarme, porque dirás que no soy veraz, y que no puedo sentir las cosas que siente la gente tonta. Tú sabes que es putrefacción bastante podrida, mi querida Vita. Después de todo, ¿qué es una frase adorable? Una que ha absorbido tanta Verdad como yo pudiera retener».

Aunque dependiente de las cartas de su amiga, Virginia pronto descubrió que la presencia de Vita era más estimulante que su correspondencia: “Vita escribe cartas insulsas, y la echo de menos. Echo de menos el resplandor y el halago y la fiesta. La echo de menos no muy íntimamente, supongo. No obstante, la echo de menos y desearía que ya fuese 10 de mayo; y luego no lo deseo, porque me sacio tan fácilmente que cuando veo a la gente a menudo me asquea verla”. Quedaba claro que este patrón de atracción y rechazo estaba cruzado por la escritura de *Al faro*, que imponía un alejamiento de la vida social y la necesidad de dedicarse de lleno a la escritura; no había allí fisuras por donde se colase la pasión, cosa que Vita percibió al punto de comparar la inviolabilidad de los sellos de correos con la castidad de Virginia.

“El estilo es un tema muy sencillo: es todo ritmo”

Lo cierto es que Virginia estaba sometida a otro tipo de pasión y el 23 de febrero, refiriéndose a lo que sucedía con *Al faro*, escribía en su diario: “Estoy escribiendo con la máxima rapidez y libertad con que he escrito en toda mi vida. [...] Tiene gracia, ahora invento teorías para afirmar que la fertilidad y la fluidez es lo que cuenta”. Mientras esto sucedía, la Hogarth Press comenzaba la temporada de publicaciones, y ella se preguntaba si tanto esfuerzo y trabajo no la convertían, como su

padre, en una “fanática entusiasta del trabajo”. Pero el ritmo lo dictaba la escritura de *Al faro*, a la que le dedicaba toda la mañana; solo gracias a “un trabajo endiablado” lograba desprenderse de la novela y no continuar por las tardes. El resultado era que vivía “enteramente sumergida” en su libro, sentía que solo salía “a la superficie bastante oscuramente”, y que le costaba un gran esfuerzo distanciarse del mundo que creaba y recreaba allí. La escritura de *Al faro*, su novela más autobiográfica, era propicia para reflexionar acerca de cómo se imbricaba lo emocional en su escritura; en ese sentido, se inserta su respuesta a Vita, quien había sugerido que más que cualquier escritor moderno vivo, ella era la poseedora de la *mot juste* (palabra justa).

En cuanto a la *mot juste*, estás bastante equivocada. El estilo es un tema muy sencillo; es todo ritmo. Una vez que tienes eso, no puedes usar las palabras equivocadas. Pero por otro lado, heme aquí sentada tras media mañana, abarrotada de ideas, y visiones, y demás, y no puedo desalojarlas, por falta del ritmo correcto. Ahora esto es muy profundo, lo que el ritmo es, y va mucho más profundo que las palabras. Una visión, una emoción, crea la ola en la mente, mucho antes de hacer palabras donde encajarla; y en la escritura (tal es mi creencia actual) uno tiene que recapitular esto, y asentar este funcionamiento (que no tiene aparentemente nada que ver con las palabras) y luego, mientras rompe y tropieza en la mente, crea palabras para encajarla. Pero sin duda pensaré de manera muy distinta el año próximo.

Las ideas y visiones de *Al faro* convocaban emociones asociadas al recuerdo de sus padres y de su propia infancia, y evocaban los veranos en St. Ives y toda la fuerza de esa realidad perdida. Mientras escribía, Virginia llamaba al pasado y lo fijaba en palabras; se trataba de un pasado capaz de despertar ecos en los lectores que lo habían compartido, o que habían conocido a sus protagonistas. No es de extrañar, entonces, que durante el tiempo en que Virginia escribió esta novela cualquier encuentro familiar o profesional disparara reflexiones en torno a su familia y al pasado, aunque también se extendieran o proyectaran al presente. Este clima de nostalgia e introspección quedó en evidencia en febrero cuando, en plena efervescencia de su escritura, recibió a cenar a la celebrada escritora Rose Macaulay y a viejos conocidos de la familia Stephen, como Gwen Raverat —nieta de Darwin y viuda de Jacques Raverat— y Francis Birrell, y gran parte de la conversación giró en torno al pasado. [297] Si bien otro de los temas fue la escritura, y también posibles definiciones acerca de lo que Bloomsbury significaba, fundamentalmente se habló de los padres de

Virginia. Francis Birrell reconoció la influencia de Leslie, [298] en tanto Rose Macaulay, a quien Virginia solo veía en raras ocasiones, “comentó que sus padres le llamaban siempre ‘el pobre Leslie Stephen’ porque había perdido la fe. También decían que era muy dulce y encantador”. Por su parte, Gwen Raverat “dijo que su padre y sus tíos sentían un gran respeto por él” y que “tenían un sentimiento muy romántico” hacia la madre de Virginia, quien anotó en su diario: “Porque era muy bella, dije yo, orgullosa de que R. M. lo supiera; y me sentí extraña al pensar en cuánto de todo esto hay en *Al faro*, y que todas estas personas lo leerán y reconocerán al pobre Leslie Stephen y a la bella señora Stephen”.

Por un instante, la conversación convocó tanto a los personajes de su novela como a posibles lectores, amigos y escritores contemporáneos; en momentos como ese, el pasado y la escritura reclamaban una suerte de participación mística con el tiempo presente, y Virginia reconocía que le resultaba extremadamente difícil combinar la realidad cotidiana y “mantener a (su) gente imaginaria andando”. De todas maneras, lejos de perder de vista que se trataba de caracteres ficcionales, agregaba:

«No es que sean gente: lo que uno imagina, en una novela, es un mundo. Entonces, cuando uno ha imaginado este mundo, de pronto la gente entra, pero no sé por qué uno lo hace, o por qué debería aliviar el sufrimiento de la vida, y sin embargo no lo hace a uno exactamente feliz, ya que el esfuerzo es demasiado grande. Oh, el haberlo hecho, y ser libre».

Es indudable que lo desmesurado del esfuerzo tenía que ver con que esa gente imaginaria remitía a seres reales, que Virginia había conocido y de los que esperaba transmitir no solo su propia y subjetiva visión, sino un carácter específico, con la dificultad adicional que significaba traducir todo ese mundo emocional en palabras. De ahí que, aunque feliz por el ritmo y fluidez sin precedentes que lograba en *Al faro*, le escribiera a Vita:

«Soy tan metódica ¿verdad? Desearía que pudieras vivir en mi cerebro por una semana. Está lavado por las más violentas olas de emoción. ¿Sobre qué? No lo sé. Comienza al despertar; y nunca sé cuál. ¿Seré feliz? ¿Seré desdichada? Reconozco que mantengo alguna actividad mecánica con mis manos, poniendo tipos [de la imprenta]; pidiendo la cena. Sin esto, rumiaría incesantemente. Y tú lo crees todo arreglado y acomodado. ¿Entonces no conocemos a nadie?... solo

nuestras propias visiones de ellos, las cuales, quizá, quizá no, son emanaciones de nosotros mismos».

¿Se puede vivir sin escribir?

A principios de marzo, cuando los Woolf visitaron a un hermano de Leonard y a su mujer, Virginia se desconectó parcialmente de su escritura y se sintió atraída por la visión de Herbert y Freda Woolf al punto de desear ser, como ellos, “corredores de bolsa”, y no haber oído siquiera nombrar a los integrantes de Bloomsbury o leído un libro. “Oh, esto es vida, me decía a mí misma; y qué es Bloomsbury o Long Barn, salvo una contorsión, un nudo temporal”. Virginia llegaba a imaginar que el resto de la humanidad vivía una vida sencilla y sana, sin ambiciones literarias, y en ese sentido Freda la impresionó favorablemente: “Sí, eso es lo que me ha enamorado: [299] ser una corredora de bolsa”. En contraste con la aparente sencillez y falta de conflicto que veía representada en su cuñada, ella atravesaba una etapa de inquietud, obsesionada por la necesidad de llegar a una visión totalizadora de la realidad:

«¿Por qué no hay un descubrimiento en la vida? Algo que uno pueda coger entre las manos y decir ‘Esto es’. Mi depresión es un sentimiento atormentado; pero no es eso, no es eso. ¿Qué es? ¿Me moriré antes de encontrarlo? Luego (cuando iba andando por Russell Square anoche) veo las montañas en el cielo: las grandes nubes; y la luna que ha salido sobre Persia; y tengo una asombrosa sensación de algo allí, que sí es “eso”. No es exactamente la belleza, a lo que me refiero. Es que la cosa en sí misma es suficiente: satisfactoria; lograda. Una sensación de mi propia extrañeza andando sobre la tierra está presente también: de la infinita rareza de la posición humana; trotando por Russell Square, con la luna allí en alto y esas nubes montañosas. Quién soy yo, qué soy, etc.: estas preguntas están siempre flotando dentro de mí; y luego tropiezo contra algún hecho exacto: una carta, una persona, y vuelvo a ellas con una gran sensación de frescura. Y así sigue la cosa. Pero esto demuestra que es verdad, creo, que encuentro con bastante frecuencia el “eso”; y entonces me siento en paz».

Con la sensibilidad aguzada por la escritura de *Al faro*, y apremiada por la necesidad de atrapar un sentido que se le escapaba, Virginia oscilaba entre admirar a la sencilla humanidad que representaban sus cuñados y sentirse contrariada cuando enfrentaba a críticos o detractores. En un encuentro en el que estuvieron presentes Clive y Raymond Mortimer, ella esbozó la idea de que “lo único que hay que hacer para escribir es sacar a flote el contenido de la mente”. Pero Clive y Raymond se rieron y la acusaron de que deseara que a eso se redujera todo. Muy irritada porque le imputaban ser una escritora eminentemente intelectual, que desarrollaba poco las emociones de sus personajes, o los argumentos de sus libros, ella rechazaba esa crítica: “Hay mucho trabajo de dar forma y componer en mis libros. Sin embargo... la principal idea que tienen de ellos es esa; y no me agrada”. Le molestaba que sus amigos, como si se tratara de espejos deformantes, le devolvieran una imagen segmentada e incompleta de sí misma, que dejaba de lado todo componente emocional para reducir su escritura a un logro mental, cuando ella pensaba, como narradora, que el carácter era “la única cosa necesaria en la crítica, y en la escritura de cualquier clase, [...] porque equivocarnos nos equivocamos todos. Pero el carácter es lo importante”.

Es probable que debido las necesidades implícitas en la escritura de *Al faro*, Virginia abrevara en sus diarios, cartas o escritos de juventud, y que esto la llevara a considerar las posibilidades literarias de sus diarios personales: “Pero qué será de todos estos diarios. [...] Si yo muriera, ¿qué haría Leo con ellos? Estaría poco dispuesto a quemarlos; no podría publicarlos. Bueno, debería hacer un libro con ellos, creo yo; y luego quemar el cuerpo”.

En tanto escribía su novela más autobiográfica, Virginia se reconocía como una escritora lo suficientemente interesante como para contar con un público lector de sus diarios, incluso como una personalidad sugestiva. Además, tomaba conciencia de que eran importantes y creía que podría vivir un “librito en ellos, si se pusiera un poco de orden en los fragmentos y los apuntes”. De ser necesario, Leonard podría convertirse en el alquimista capaz de transmutar una sustancia en otra. [300] Es llamativo constatar que Virginia se pensaba como escritora más allá de su propia vida e incluso organizaba la publicación de sus diarios *post mortem*, como si para ella no solo no fuera posible vivir sin escribir —a pesar de la momentánea envidia que le provocaban quienes no escribían—, sino que tampoco se pudiera morir sin dejar algo más para publicar.

Por su parte, sobrecargado de trabajo, Leonard había decidido abandonar su puesto en *The Nation*. Virginia sintió alivio al pensar que se librarían de los “jefes” y concluyó que “cambiarlo todo cada 3 o 4 años” era su idea de “una vida feliz”. Frase interesante, ya que aunque ella la refiere al trabajo de Leonard, tres o cuatro años es lo que le llevaba pasar de un libro a otro. Entusiasmada en esa visión de libertad, llegó a preguntarse si la Hogarth Press también terminaría su ciclo. Ese no parecía ser el caso ya que, como rechazaba “tener cualquier cargo o autoridad [...] estar a sueldo de alguien”, la Hogarth representaba un refugio, aun cuando se contradecía con un espíritu anárquico que le advertía “que la libertad se convierte en un fetiche como cualquier otro”.

Escritores de segunda y vida familiar

A finales de marzo, Virginia volvió a encontrarse con Rose Macaulay y otros escritores. Esta vez, el punto de reunión fue un restaurante donde ella y Leonard coincidieron con “10 escritores de segunda fila con trajes de vestir de segunda fila”, entre los que ni siquiera “por un espasmo de hipócrita humanidad” quiso incluirse, ya que si bien podía hablar durante horas de literatura con Duncan o Leonard, sentía que “cuando se trata de picotear granos con estas activas y correosas aves de corral, se me revuelve el estómago”. Lo cierto es que la cena estuvo condimentada con un par de incidentes; los ruidos interrumpían la conversación y Virginia escuchó las palabras “Espíritu Santo”, cuando uno de los presentes decía en realidad “toda la costa” (confusión entre las frases *Holy Ghost* y *whole coast* en inglés), y preguntó: “¿Dónde está el Espíritu Santo?”. A lo que el aludido contestó: “Donde sea que esté el mar”. El diálogo de sordos continuó: “‘Estoy loca, pensé, ¿o esto es ingenio?’. ‘¿El Espíritu Santo?’, repetí. ‘Toda la costa’, gritó él, y así seguimos, en una atmósfera tan repelente que se tornó, como el olor del queso malo, repulsivamente fascinante”. La comida tuvo otro remate inesperado cuando Leonard, pensando que se trataba de la servilleta de una de las asistentes, levantó del suelo una “toalla higiénica”. Después de semejante reunión, volver a Bloomsbury y a su grupo podía resultar reparador. Pero al día siguiente, un encuentro de viejos bloomsburianos entre los que se contaban Nessa y Duncan tampoco dejó contenta a

Virginia, que volvió a su casa “con un espasmo de vanidad ultrajada”.

A pesar de los incidentes, a comienzos de abril los Lobos salieron otra vez de su madriguera y abandonaron por un instante Bloomsbury para tomar el té en Sussex Place con los Leaf, parientes lejanos de Virginia cuya cabeza de familia era especialista en Homero, presidente de un banco y de la Cámara Internacional de Comercio, y que todavía parecía encuadrar en los viejos esquemas de Hyde Park Gate. El caso es que mientras escribía *Al faro*, las peripecias de la vida cotidiana adquirían nueva dimensión, y entrecruzándose con las remembranzas del pasado, podían dar como resultado visiones idealizadas, como la que Virginia registró en su diario luego de esa visita.^[301] Se trata de una escena que bien podría haber transcurrido muchos años atrás en casa de sir Leslie Stephen, y que tenía la capacidad de conmoverla al punto de cuestionar sus propias elecciones:

«Solo yo estoy exilada de esta profunda felicidad natural. Eso es lo que siempre siento; o siento a menudo ahora, que la felicidad natural es la que me falta, en profusión. Tengo felicidad intensa; pero no esa. Es, por tanto, lo que más envidio; la afabilidad, el amor familiar y seguir los carriles de la vida humana. Realmente, exageraciones aparte, es una forma de existencia muy satisfactoria. Y existe para miles de personas continuamente. ¿Por qué ninguno de nosotros la tenemos, en esa medida?»

Como espectadora, Virginia creyó, sin poner reparos, en la escena familiar que representaban los Leaf, y aunque pensaba que la visión podía desmoronarse si los viera más seguido, tendía a idealizar esas vidas; sentía hundirse en la melancolía, pensaba que la compadecían, y que nada de lo que había hecho junto a Leonard —incluidos sus libros y la imprenta— significaba nada para ellos. Un par de días después y todavía bajo el hechizo de esas escenas, se preguntaba acerca de los “repentinos e intensos cambios de opinión” que, de sentirse una persona integrada y feliz, la conducían a una completa desilusión. Escribir e imaginar eran, para ella, actividades “excepcionalmente conscientes” y vitales, pero ansiaba una conexión con otro tipo de realidad, que de alguna manera remitía a su infancia —lo que llamaba “felicidad natural”—, y que veía reflejado en los Leaf. Entrar en ese “mundo completo y distinto” era desconcertante ya que coexistía “al margen” de su propia existencia. Finalmente apuntaba en su diario: “Aunque son violentas, estas impresiones desaparecen rápidamente, dejando un

sedimento de ideas que comentaré con L. [...] Sobre la felicidad natural: cómo la destruye nuestro estilo de vida”. Por su parte, siempre atento, y sin estar dispuesto a entrar en ese territorio que indudablemente conducía a la depresión, Leonard señaló enfáticamente que su visión de los Leaf era sentimental, alejada de la realidad e idealizada.

Reclamos obreros

De hecho, pronto se impuso otro aspecto de la realidad que Virginia sintetizó en pocas palabras: “El horror: Nelly”. Como ya lo había hecho muchas veces antes, Nelly, su empleada, había presentado su renuncia; esta vez, mostrándose “firme aunque desolada”. Virginia aceptó el hecho dispuesta a buscar reemplazante, pero días después Nelly se disculpó de improviso, en el rellano de la escalera, asegurándoles: “Les tengo demasiado cariño como para ser feliz con nadie más”. En consecuencia, aunque Nelly no se fue, Virginia se juró a sí misma que, en adelante y pasara lo que pasase, no volvería a creer en sus despedidas.

Con cierta paz doméstica reconquistada, Virginia terminó la primera parte de *Al faro* y comenzó la segunda. Pero la huelga general que se declaró el 2 de mayo complicó la vida cotidiana de toda Inglaterra y conmocionó los ánimos al punto que ella misma, poco propensa a describir este tipo de cuestiones, se esmeró por relatar el curso de los acontecimientos en su diario. No era para menos. En sus memorias, Leonard asignó a esta huelga general una importancia crucial, señaló que se trató del hecho político interno más doloroso que le tocó vivir y que el gobierno dio un trato deshonesto a los mineros, subrayando, además, que si alguna vez una huelga general fue justificada, esa fue la del año 1926.

Pero el conflicto minero se remontaba a 1921, cuando el gobierno, que había tenido durante la Primera Guerra Mundial el control de las minas, se las devolvió a los propietarios, quienes pretendieron regresar a las condiciones laborales previas, bajar salarios y aumentar la jornada de trabajo. Bajo el gobierno *tory* que en 1925 encabezaba el primer ministro Stanley Baldwin, los propietarios propusieron más recortes. En respuesta, los mineros se rebelaron y, ante lo inevitable de la huelga, el

gobierno creó una comisión para tratar la cuestión, diluyendo por un tiempo el conflicto. Finalmente, descontentos con la propuesta gubernamental, los trabajadores iniciaron la huelga a fines de abril, y en mayo los empleados de transporte se solidarizaron con ellos. También lo hicieron los obreros de los puertos, de las fábricas, los impresores y el resto de los gremios. El caos fue general; a falta de autobuses, aumentaron las bicicletas en las calles, no había periódicos, y una voz oficial daba escuetas informaciones por la radio: “Londres ofrecía un espectáculo sin precedentes”. Voluntarios sin preparación se ofrecieron para conducir trenes y autobuses. Las aguas de la sociedad se dividieron; el dentista de Virginia le aseguraba: “Es la bandera roja contra la bandera del Reino Unido, señora Woolf”.

En un intento de no dejarse invadir por los acontecimientos, ella pensó en comprar unos vestidos —tarea que tenía pendiente realizar con los auspicios de Todd, la directora de *Vogue*—, pero no había escapatoria posible a la arrolladora huelga general y sus efectos. En tiempos como esos todo pasaba a un segundo plano y “tomar una taza de té”[302] quería decir “una hora y media de charla sobre la huelga”.

No solo hubo censura en la BBC, el gobierno también editó un periódico en contra de la huelga, dirigido por el reconocido antifeminista y antisindicalista Winston Churchill, que por entonces pregonaba que el sistema democrático estaba amenazado; sin duda una exageración, dado lo breve del conflicto que se extendió solo por nueve días.

Atento a los acontecimientos, Leonard aseguraba —no sin cierta ironía— que, si ganaba el Estado y aplastaba a los sindicatos, dedicaría “su vida al laborismo” y que, si triunfaba el arzobispo,[303] se bautizaría. Pero Virginia había descubierto aspectos de él que no aprobaba: “Me desagrada el orador demagogo que hay en él; a él, la cristiana irracional que hay en mí”. En esas condiciones le quedaba un estrecho margen para dedicarse a su escritura: su casa estaba invadida por voluntarios, que llegaban en bicicleta luego de recolectar firmas entre personalidades relevantes en apoyo a los huelguistas, actividad que Leonard promocionaba sin demasiada confianza en el resultado. Además, debido a la huelga de impresores, cabía la posibilidad de que la Hogarth imprimiera *The Nation*, aunque finalmente no lo hicieron. En lo personal, este hecho corroboró su desconfianza hacia los políticos; al escuchar por radio al primer ministro Baldwin, solo pudo imaginarse a un “pobre hombre oprimido soportando el mundo sobre sus hombros” y, lejos de cualquier empatía, escribió en su diario: “De repente su

presunción se vuelve un poco ridícula. Se vuelve megalómano”. “No — aseguraba Virginia—, no confío en él; no confío en ningún ser humano, por muy alto que grite y por mucho que arrastre las erres”. Encontraba más emocionante escribir su novela, ya que pensaba “que [era] falsa psicología creer que en años futuros estos detalles serán interesantes” en tanto que “escribir sirve para liberar la mente de las impacencias e inquietudes de estos innumerables detalles”.

Si bien la huelga oficialmente terminó el 12 de mayo, el proceso se complicó por unos días más: los ferroviarios resistían. “El deseo de venganza se ha apoderado ahora de nuestros amos”, escribió Virginia, y al percibir que el conflicto no había traído soluciones, concluía: “En suma, acabada la tensión, todos nos dividimos, reñimos y murmuramos. Así es la naturaleza humana, y en realidad no me gusta la naturaleza humana a menos que esté azucarada por el arte”. El caso es que no se equivocaba, los mineros fueron abandonados a su suerte y luego de unos meses de cierre patronal de las minas, aceptaron las condiciones impuestas.

Virginia se solidarizaba con los mineros, no solo porque rechazaba las condiciones inhumanas de trabajo a las que estaban sometidos, sino porque repudiaba el régimen vigente y aborrecía toda imposición de autoridad, que asociaba a los mecanismos del sistema patriarcal. Pero ese compromiso con las clases populares no excluía desencantos que, aun siendo meramente estéticos, remitían a su condición de escritora burguesa, inmersa en sus propias contradicciones de clase:

«Acabo de recorrer Kensington High Street, la cual casi me hizo vomitar de odio a la raza humana. Innumerables mujeres de increíble mediocridad, de lo más aburridas, lavadas vueltas a lavar como papeles sucios contra Barkers y Derry and Toms. Una de hecho estaba con náuseas o desmayándose en el medio de la calle. Todo nuestro pasado —George Gerald Marny y Emma— se elevó a mi alrededor como los vahos de repollo. Y me tuve que sentar junto a un hombre en el subterráneo que se picaba la oreja con un gran alfiler, luego volvió a meterlo en su saco».

El regreso de Vita

Mientras ese mes de mayo se caracterizó por un revulsivo clima social pleno de expectativas y seguido de una profunda decepción, en el terreno personal, Virginia sentía inquietud ante el regreso de Vita. Como recordaba que su amiga decía que iba muy mal vestida, decidió ir a una modista que le había recomendado la directora de *Vogue*. Pese a sus temores, elegir atuendo resultó “algo sumamente tranquilo, cordial y hasta placentero” y disfrutó de “una gran sensualidad para las telas y las formas bonitas, que no había satisfecho desde que murió Sally Young”, su afamada modista de juventud. Pero hacer compras no era su fuerte. Virginia se sentía insegura, y estar frente a frente con las vendedoras de las tiendas era un verdadero tormento, tanto para ella como para quienes la atendían. En cuanto a la adquisición de ropa, lo traumático de la situación remitía a otros problemas. Desde muy joven había escuchado que era bella, pero su propio ideal de belleza estaba orientado a la casi mítica Julia, su madre, y a la rama materna de su familia. Es llamativo constatar que ni Vanessa ni Virginia, mujeres indudablemente admiradas por su aspecto, se sentían seguras en ese terreno. De hecho, a sus 44 años, Virginia escribía en su diario: “Mi propia falta de belleza me deprime hoy. Pero ¿hasta dónde resiste un examen atento la vieja convención acerca de la ‘belleza’? Pienso en las personas que he conocido. ¿Son bellas? Dejo este problema por resolver”. Como contrapartida y tal vez porque siendo niña pensó que la belleza era patrimonio de otras —Julia, Stella, Vanessa—, y que destacaría por su inteligencia, se consolaba pensando: “Sin embargo, que yo sepa, como escritora solo ahora escribo lo que pienso”.

Estas reflexiones y angustias en torno a la belleza y la apariencia personal no estaban fuera de contexto, se daban en el marco del reencuentro con Vita, un momento que auguraba que implicaría “una gran diversión y placer”:

«Me divierten mis relaciones con ella, que quedaron tan ardientes en enero; ¿y ahora qué? También me gustan su presencia y su belleza. ¿Estoy enamorada de ella? Pero ¿qué es el amor? El hecho de que ella esté “enamorada” (debo escribirlo así, entre comillas) de mí, me excita, me halaga; y me interesa. ¿Qué es este “amor”? Oh, y además ella satisface mi eterna curiosidad: a quién ha visto, qué ha hecho».

Como suele suceder con las relaciones idealizadas, cuando finalmente se encontraron, la realidad pareció no dar con la medida de las expectativas de ninguna de las dos:

«Vita vino: y sufrió el shock del encuentro después de la ausencia; qué tímida se siente una; qué desilusionada por el cuerpo real; qué sensible a nuevos matices en el tono, algo más “matronil” que detecté, más maduro; e iba más descuidada, pues había venido directamente con su ropa de viaje; y no tan bella como otras veces, quizás; así que nos sentamos en el sofá junto a la ventana, ella bastante silenciosa, yo charlando, en parte para distraer su atención de mí; para impedirle pensar: “¿Y esto es todo?”, como tenía que ocurrirle, después de haberse declarado tan abiertamente por escrito. Así que las dos sufrimos cierta desilusión; y tal vez también adquirimos unos granos de solidez añadida. Es muy posible que esto sea más duradero que la primera rapsodia».

Los meses de alejamiento afectaron la intimidad alcanzada en los primeros encuentros y tampoco fue fácil para Virginia dar con el tono, la fluidez y confiada despreocupación que lograba en sus cartas.

A principios de junio, una gripe que Leonard diagnosticó como “jaqueca por agotamiento nervioso” no impidió que Virginia partiera a Rodmell, donde pasó un par de días a solas con Vita. Gracias al éxito económico de *La señora Dalloway* y de *El lector común*, habían realizado mejoras edilicias en Monk’s House. Además de derribar una pared entre la sala y el comedor, habían colocado un retrete y realizado otras modificaciones. Virginia consideraba las mejoras “un triunfo perfecto”, pero es probable que no sorprendieran a Vita, más acostumbrada al lujo y a las comodidades. De todas maneras, ambas disfrutaron del gran salón comedor de cinco ventanas y comprobaron que el baño se calentaba rápidamente —hasta entonces los Woolf solo contaban con un retrete exterior y se bañaban en la cocina en unas tinajas que les llegaban a la altura de las caderas— y que los “inodoros borbotean y tragan (aunque no suficientemente)”.

Esta vez el encuentro fue propicio, las dos se sintieron a gusto, y Virginia concluyó que parte del atractivo de Vita residía en lo que llamaba sus “[zonas] absolutamente oscuras”. Durmieron juntas —así se lo hizo saber Vita a Harold Nicolson— y al día siguiente, Vita condujo a Virginia, sana y salva, hasta Londres, donde la esperaba Leonard. Luego de esos pocos días de retiro campestre, Virginia vivió una época muy social; comenzaba a escribir la tercera parte de su novela, asistía a fiestas, reuniones, conciertos y frecuentaba nuevas personas. En una cena en casa de la poeta Edith Sitwell, y amparando su timidez en su

vestido nuevo, conoció a Gertrude Stein; también estuvo en Garsington, donde se encontró con Aldous Huxley, que acababa de dar la vuelta al mundo.[304]

Llama la atención que, pese al éxito que había alcanzado como escritora, incluso pese a que la relación con Vita resultaba halagadora, Virginia no sintiera confianza en sí misma y siguiera dependiendo en exceso de la mirada de los otros. Incluso podía sentirse humillada si percibía que alguno de sus amigos se reía de ella, como sucedió tras la compra de un sombrero nuevo: “Hoy es el último día de junio y me encuentro sumida en negra desesperación porque Clive se rio de mi sombrero nuevo. Vita me compadeció y yo me hundí en las profundidades de la tristeza”. La escena de la humillación[305] tuvo lugar tras una reunión en casa de los Sitwell, a la que Virginia había concurrido con Vita. Después, cerca de las 10.30, decidieron visitar a Clive y antes pasaron por Gordon Square; “allí estaba Nessa, andando airoosamente en la oscuridad, con su discreto sombrero negro”; finalmente llegó Duncan y todos fueron a casa de Clive. Hasta entonces todo había funcionado armónicamente:

«Bueno, cuando estábamos todos sentados hablando Clive dijo de pronto, o más bien vociferó: “¡Qué sombrero tan asombroso llevas!”. Luego me preguntó dónde lo había comprado. Fingí que era un misterio, traté de cambiar de conversación, pero no me lo permitieron y me dieron caza entre todos, como a una liebre; nunca me había sentido más humillada. Clive dijo: “¿Lo eligió Mary?”. “No. Todd”, dijo Vita. “¿Y el vestido?”. “Todd, por supuesto”. Después de eso me vi obligada a continuar como si no hubiera ocurrido nada terrible; pero me resultaba muy forzado y extraño y humillante. Así que hablé y reí demasiado. Duncan, remilgado y ácido como siempre, me dijo que era completamente imposible hacer nada con un sombrero como ese. Y yo bromeé acerca de la fiesta de los Squire. Y Leonard se quedó callado, y yo salí profundamente mortificada, tan desdichada como en los peores momentos de estos diez años; y le di vueltas y vueltas en sueños toda la noche; y el día de hoy está estropeado».

Leonard siempre procuraba evitar las ocasiones sociales que pudieran desencadenar este tipo de situaciones, pero si esto sucedía, oficiaba como fiel de la balanza y lograba equilibrar las emociones de Virginia. Por su parte, con clara conciencia de que nadie podría reemplazarlo, ella anotaba en su diario: “¡Qué veleta de sensibilidad

soy! Cómo disfruto, o por lo menos (porque me sentí intensamente desdichada y humillada) cómo me interesan estos giros, consciente como soy de que hay un fuerte perno que los controla: Leonard, en suma”.

Thomas Hardy, un gran VICTORIANO

El 22 de julio, Virginia recapacitaba acerca de ese agitado verano, en el que solía despertarse con “un estremecimiento” por las noches, pensando en lo que consideraba sus propias atrocidades. La vida social cobraba su precio: “Traigo a casa minúsculos pinchazos que se agrandan en mitad de la noche hasta convertirse en heridas abiertas”. Después de las salidas nocturnas no era fácil recuperarse, pero cabía reflexionar: “Esta es la vida humana: esta es la sustancia infinitamente preciosa que se nos da en una estrecha pieza y luego se nos retira para siempre; y la gastamos así. Los días sin una sensación definida son lo peor de todo”. En ese estado de inquietud, esperaba con ansiedad instalarse en Rodmell, donde podría luchar “a brazo partido con la última parte de esa pitón” que era su libro: “¿qué otra cosa podría hacer una con sus pensamientos?”.

Pero el viaje a Rodmell debió esperar unos días. Antes los Woolf partieron a Dorchester a conocer a Thomas Hardy, que distaba de ser el “campesino sencillo y sutil” que Wells le había descripto. Hardy tenía por entonces más de ochenta años; había conocido a Leslie, el padre de Virginia, y les contó que él lo había apoyado con su novela *Lejos del mundanal ruido* y que juntos se habían enfrentado “hombro con hombro al público británico respecto a ciertas cuestiones que se trataban en esa novela”. Hardy también les contó que Leslie había violado las reglas del *Cornhill*, periódico que él editaba, cuando al enterarse que se había perdido un manuscrito que Hardy les había enviado desde Francia, le pidió que le enviara su historia por entregas, sin ver el libro —como lo pedían las reglas— y confiando en que llegaría a tiempo cada mes. El caso es que Virginia conoció a Hardy, a quien llamó un “muy gran victoriano”, en el preciso momento en que recreaba esa época en *Al faro*, novela experimental en cuanto a estilo y propuesta narrativa, pero en la que podría caber un personaje como él:

«Parecía perfectamente al tanto de todo; sin dudas ni vacilaciones; había tomado su decisión; había hecho ya todo su trabajo; así que tampoco tenía dudas a ese respecto. No le interesaban mucho sus novelas, ni las de nadie; se lo tomaba todo con tranquilidad y naturalidad».

Como escritor, Hardy representaba su opuesto: era posible “figurárselo arrastrado naturalmente a imaginar y crear sin pensar por un momento en que sea difícil o notable; obsesionándose y viviendo en la imaginación”. De hecho, Hardy le dijo: “Ahora lo han cambiado todo: antes pensábamos que había un principio, un desarrollo y un final. Creíamos en la teoría aristotélica. Ahora uno de esos relatos [306] acaba con una mujer saliendo de una habitación”. La visita a Hardy parecía cerrar una etapa —en su juventud Virginia había leído y comentado su obra— y le daba la oportunidad de volver al pasado que estaba recreando en *Al faro*. Por otra parte, esta entrevista le permitió conocer un tipo de escritor que aparentaba una actitud despreocupada respecto de su propia obra, cuestión que tenía que ver con otro tema fundamental para ella, ya que por entonces se preguntaba qué diferenciaba a un buen libro de “un gran libro”. Leer uno de Maurice Baring actualizó la pregunta. En un punto, le parecía que ese tipo de libros no añadía “nada a la visión de la vida que uno tiene”. El autor, diplomático y hombre de letras, no podía dejar de ser “un inglés encantador, limpio, modesto y sensible”, cuya obra “no llega muy lejos ni ilumina mucho, todo como debe ser: ligero, seguro, proporcionado, conmovedor incluso, contado de una forma tan educada que nada es exagerado, todo relacionado, proporcionado”. Ese libro, como tantos otros —señalaba— “no existirá en el año 2026; pero ahora tiene cierta existencia”.

A diferencia de lo que intuía que pasaba con Baring, o de la bonhomía de Hardy, Virginia sentía que ella ponía todo en juego: alma, cuerpo e inteligencia, en el proceso de escritura. Por eso, aun cuando hubiera momentos placenteros, la tarea resultaba agotadora. El escritor H. G. Wells, que conocía desde hacía tiempo a Leonard, lo percibió claramente e incluso llegó a afirmar que Virginia “era demasiado inteligente, una mala cosa”. Esa “mala cosa” tuvo cauce de expresión a fines de julio, cuando comenzó a notar que caía presa de “una crisis nerviosa en miniatura”. Por unos días solo pudo obedecer al deseo de descansar, acompañado de la sensación de tener la mente en blanco, sin ganas de escribir y muy pocas de leer. Finalmente, la “recuperación de

la salud” estuvo asociada a la escritura y a “la capacidad de crear imágenes”. “El poder de sugerencia de cada visión y cada palabra — precisaba— ha aumentado enormemente, Shakespeare debía de tenerlo hasta un punto que hace que mi estado normal sea el estado de una persona ciega, sorda, muda, pétrea y de sangre fría”.

Un ROMÁNTICO FIN DE SEMANA: entre Leonard y Vita

Antes de la pequeña crisis, Virginia había cursado una invitación a Vita:

«Cenemos juntas en un nuevo lugar donde tengan una gran variedad de comidas y bebidas; y te den rosas, y haya espejos que reflejen las más asombrosas escenas triviales —una gorda engullendo— de tal manera que una sienta que está bamboleándose entre pulpos en el fondo del mar, pispeando dentro de cavernas, y pellizcando perlas de a montones de adentro de las rocas».

Juntas pasaron la noche del 26 de julio en Long Barn, momento en que Vita les regaló a los Woolf una cachorrita *spaniel* a la que bautizaron Pinker (o Pinka). Al relatar esa noche en una carta a Harold, Vita señaló que Virginia podía ser divertida y graciosa, pero también tenía en cuenta las advertencias de su marido acerca de lo peligroso que era fumar cerca de un tanque de petróleo, e intentaba tranquilizarlo:

«Amo a Virginia, ¿quién no? Pero realmente, mi dulce, el amor de uno por Virginia es algo muy diferente: una cosa mental; una cosa espiritual; si lo prefieres, una cosa intelectual, y ella inspira una sensación de ternura, la cual, supongo, se debe a su graciosa mezcla entre dureza y suavidad: la dureza de su mente, y su terror de volverse loca nuevamente. Me hace sentir protectora. También ella me ama, lo cual me halaga y complace... Estoy asustada a muerte de generar sentimientos físicos en ella, por su locura. Desconozco qué efecto tendría, verás: es un fuego con el cual no quiero jugar. Tengo demasiado afecto real y respeto por ella... Además, Virginia no es el tipo de persona que uno piensa de esa manera. Hay algo incongruente y casi indecente en la idea. Me he acostado con ella (dos veces), pero eso

es todo. Ahora sabes todo al respecto, y espero no haberte chocado».

Vita no estaba equivocada al pensar que el contacto físico podía desencadenar situaciones difíciles de manejar. De hecho, después de ese fin de semana, Virginia no se sintió bien y tuvo lo que llamó “crisis nerviosa en miniatura”. Y si bien no le atribuyó la culpa al encuentro con Vita, pocos días después reflexionaba acerca de la estabilidad emocional que le brindaba su matrimonio con Leonard.

A diferencia de Arnold Bennett, que sostenía que “el horror del matrimonio está en su cotidianidad” ya que debido a ella “toda agudeza de la relación queda borrada”, ella opinaba:

«La verdad es más bien esta. La vida — digamos 4 días de cada 7— se vuelve automática; pero el 5° día se forma una gota de sensación (entre marido y mujer), que es aún más plena y sensible debido a los días automáticos, rutinarios e inconscientes que hay a ambos lados. Es decir, el año está marcado por momentos de gran intensidad. Los “momentos de visión” de Hardy. ¿Cómo puede una relación durar el tiempo que sea si no es en estas condiciones?»

Para Virginia, la presencia de Leonard era vital a la hora de enfrentar la melancolía; sentía que él brindaba un “espacio para expandir [su] mente”, podía decirle abiertamente lo que pensaba, era su refugio, podía contar con él y además sabía que se esmeraba en protegerla y cuidarla. Pero ese cuidado pasaba también por fiscalizar la relación con Vita e incluso recelar de la intimidad que las dos mujeres habían alcanzado.[307] De todas maneras, Leonard debía saber que su matrimonio no estaba amenazado. Como ya señalamos, Suzanne Raitt afirma que en la década del veinte, el lesbianismo no era considerado una identidad, sino más bien una orientación emocional o sexual que podía “florecer felizmente en los intersticios de una existencia heterosexual”. Pero aunque Leonard no parecía demasiado preocupado por su relación,[308] también había momentos de fricción y a finales de septiembre, tras una visita de Vita, estalló un conflicto después de que Virginia le reprochara cierta acritud:

«Se calló y estuvo cáustico. Esto lo negó, pero reconoció que mi costumbre de describirle, a él y a otros, tenía a menudo este efecto. Me vi a mí misma, mi brillantez, mi genio, mi encanto, mi belleza (etc., etc., todos los acompañantes que me han mantenido a flote a lo largo de

los años) disminuir y desaparecer. La verdad es que soy una mujer madura, poco elegante, nerviosa, fea e incompetente; vanidosa, charlatana e inútil. Lo vi claramente, de un modo impresionante. Luego L. dijo que nuestras relaciones no habían sido muy buenas últimamente».

Es interesante destacar que, aunque Virginia reconocía que “había estado irritada” con él, no pensó que su relación con Vita tuviera algo que ver con la actitud de su marido, y finalmente atribuyó la discusión a que Leonard prestaba demasiada atención a los perros y a que estaba molesto por su desacuerdo respecto de reformar el jardín de Monk’s House. La cuestión era que ella no creía que pudieran permitirse “la carga de tener un jardinero a jornada completa, construirle o comprarle una casita y comprar el terraplén para convertirlo en un jardín”. Preocupada por que Monk’s House no pasase a ser “el centro del mundo”, en el calor de la pelea matrimonial Virginia destacó que no deseaba gastar en el jardín, aunque sí deseaba amueblar mejor la casa, y a pesar de que se dio cuenta de que Leonard se sentía dolido, defendió su posición “no con enojo, sino en aras de la libertad. Demasiadas mujeres ceden en este punto y secretamente lamentan su falta de egoísmo en silencio: un mal ambiente”. Se podría pensar si esa libertad que defendía no tendría otros alcances. Lo cierto es que finalmente el ambiente “se despejó claramente”. De pronto Virginia sintió que emergía de las aguas de la melancolía, disfrutaba de su trabajo, “interesada y totalmente incapaz de dejar clara ante mis propios ojos la razón de mi temporada de profundo abatimiento”.

¿Por qué atribuyó a causas más o menos banales, o a la tensión de la escritura, el motivo de la depresión que sufrió entre agosto y septiembre, y en ningún momento pensó que podría ser una consecuencia de su relación con Vita? Cabe preguntarse si no estaba censurando este tipo de reflexiones, como de hecho lo hacía en las páginas de sus diarios o en sus cartas. De todas maneras, hizo un intento de reflexionar acerca de su depresión:

«Estas 9 semanas proporcionan una inmersión en aguas profundas, un poco alarmante pero llena de interés. Todo el resto del año está en una (diría que con razón) refrenando y controlando esta extraña e inconmensurable alma. Cuando se expande, aunque una se asusta, se aburre y se entristece, es, como yo me digo, tremendamente singular. Tiene un filo cortante que me parece de gran importancia, una vez de cuando en cuando. Una baja al pozo y nada la protege del asalto de la

verdad. Allí abajo no puedo escribir ni leer; existo, sin embargo, soy. Luego me pregunto qué soy, y obtengo una respuesta más aproximada aunque menos halagadora de la que obtendría en la superficie, donde, a decir verdad, recibo más alabanzas de las que merezco).

En esos momentos, con la intuición de que llegaría un día en el que no podría salir indemne de esas experiencias, escribía: “Pero las alabanzas se acabarán; me quedará sola con este ser singular en la vejez”. Otra vez, el matrimonio con Leonard era su arma estratégica para sortear y vencer la melancolía:

«“También puedo, esforzándome bastante, ser mucho más considerada con los sentimientos de L.; y así mantenernos más regularmente en nuestro habitual nivel de intimidad y facilidad: un nivel que, creo yo, ninguna otra pareja casada hace tanto tiempo alcanza y mantiene tan constante”».

Poco después, Virginia reconoció que su relación con Vita era un “fastidio para Leonard, pero no lo suficiente como para preocuparle”. También anticipaba que la relación con Vita tenía un límite: “Pero no ves, burro West, que te cansarás de mí uno de estos días (soy tanto más vieja), así que debo tomar mis pequeñas precauciones. Es por eso que pongo el énfasis en ‘registrar’ más que en sentir. Pero la burra West sabe que ha derribado más murallas que nadie. ¿Y acaso no hay algo oscuro en ti? Hay algo que no vibra en ti. Puede ser a propósito, tú no lo permites; pero veo que es con otra gente tanto como conmigo: algo reservado, enmudecido, Dios sabe qué”^[309]

Los hijos de Nessa, los alumbramientos de Virginia

Ese verano, a pesar de la depresión, Virginia visitó a los Keynes cerca de Charleston y asistió a la fiesta de cumpleaños de su sobrino Quentin; también pudo disfrutar de la compañía de Vita y seguir con *Al faro*: “Hacía años que no me tocaba un agosto así — escribió—: paseos en bicicleta, no mucho trabajo, aprovecho el aire para ir al río o por los downs”. Escribía “con calor y facilidad hasta las 12.30”, y así lograba

sus “dos páginas” diarias para *Al faro*, que le parecía un libro más sutil y humano que *El cuarto de Jacob* o *La señora Dalloway*. Y aunque la animaba su “propia abundancia”, lamentablemente, todo podía desmoronarse tras ver a Nessa:

«Me derribaron de mi posición por un momento: Nessa y sus hijos; Maynard y sus alfombras. Mis propios dones y bienes parecían tan modestos en comparación; culpa mía, además: un poco más de autocontrol por mi parte y podríamos tener un chico de 12 y una chica de 10. Esto siempre me atormenta a primeras horas de la mañana».

Los años no ayudaban a la hora de lidiar con la frustración que acompañaba la ausencia de hijos y, comentando con Nessa los éxitos de su última exposición, le escribía: “De hecho, estoy asombrada, un poco alarmada (ya que tú tienes hijos, la fama por derecho me pertenece a mí)”. Melancólica, Virginia reclamaba el afecto de su hermana, aunque para ello debiera incitar sus celos o su piedad: “Vita está llegando ahora para pasar dos noches a solas conmigo. L. está volviendo. No digo más; ya que estás aburrida de Vita, aburrida del amor, aburrida de mí, y de todo lo que tenga que ver conmigo, excepto Quentin y Angelica; pero ese siempre ha sido mi destino, es mejor enfrentarlo con los ojos abiertos”.

De hecho Vanessa no estaba en condiciones de prestarle demasiada atención, apenas si podía con sus propios asuntos sentimentales; además, temía las indiscreciones de Virginia y mantenía una actitud reservada. Por otra parte, advertía que su hermana siempre terminaba convirtiéndola en una suerte de personaje y le escribía: “Envía mis humildes respetos a Vita, quien me trata como un caballo árabe que mira de reojo a una mula de orejas largas; pero ¿qué se puede esperar si tú te esfuerzas por sembrar celos entre nosotras?”. Las palabras de Vanessa denotan resignación, pero no abandono. Hasta el final de su vida, el apoyo de ella y de Leonard seguiría siendo fundamental para Virginia que, al concluir *Al faro*, actualizaba su dependencia emocional en un clima de gran excitación. Terminaba un ciclo y comenzaba otro. [310] Y el 15 de septiembre, bajo el título “Un estado mental”, consignó sus emociones, y de alguna manera anunció el ritmo y el título de una futura novela:

«Desperté a eso de las 3. Oh, empieza, viene, el horror, físicamente

como una dolorosa ola que se hincha sobre el corazón, lanzándome hacia arriba. ¡Me siento desdichada, desdichada! Abajo... Dios, quisiera estar muerta. Pausa. Pero ¿por qué siento esto? Voy a observar cómo se alza la ola. Observo. Vanessa. Hijos. Fracaso. Sí; detecto eso. Fracaso, fracaso. (La ola se alza). ¡Oh, se rieron de mi gusto por la pintura verde! La ola rompe. ¡Desearía estar muerta! Solo me quedan unos pocos años de vida, espero. No puedo soportar más este horror (esta es la ola extendiéndose sobre mí).

Esto continúa; varias veces, con variedades de horror. Luego, en la crisis, en lugar de que el dolor siga siendo intenso, se vuelve bastante difuso. Me adormezco. Me despierto con un sobresalto. ¡La ola otra vez! El dolor irracional: la sensación de fracaso; generalmente, se une a ella algún incidente específico, como, por ejemplo, mi gusto por la pintura verde, o comprar un vestido nuevo, o invitar a Dadie para el fin de semana.

Al fin me digo, observando lo más desapasionadamente que puedo: Ahora domínate. Ya basta. Razono. Hago un censo de personas felices y desgraciadas. Me preparo para empujar, lanzar, derribar. Empiezo a marchar ciegamente hacia adelante. Noto que caen los obstáculos. Digo no importa. Nada importa. Me quedo rígida, recta, y me duermo otra vez, y me despierto a medias y siento que la ola comienza y observo la luz que va blanqueando y me pregunto cómo, esta vez, el desayuno y la luz del día la vencerán; y luego oigo a L. en el pasillo y simulo, por mí misma tanto como por él, gran animación; y en general estoy animada para cuando termina el desayuno. ¿Pasa todo el mundo por este estado? ¿Por qué tengo tan poco control? No es loable ni atractivo. Es la causa de mucho desperdicio y dolor en mi vida».

A pesar de lo doloroso de esas vivencias, a finales de septiembre Virginia tuvo la certeza de que la experiencia había sido fundamental y la certeza de que “nunca había tropezado con esto antes”, lo que le hacía suponer que quizá fuera “el impulso de un nuevo libro”.

“Todo marcha muy a prisa”

Los Woolf volvieron a Londres en octubre, y Virginia retomó su vida social: lady Colefax, Morgan Forster, Wells y Arnold Bennett fueron

algunas de las personas que la requerían y a las que no podía negarse. También correspondía retomar el trabajo de la Hogarth y hacer una pequeña escapada a Cambridge para escuchar una conferencia de Vita en la Real Sociedad de Literatura sobre “algunas tendencias de la poesía inglesa moderna”. Pero Virginia no estaba dispuesta a dejarse impresionar por “toda la jerarquía de la literatura tan claramente expuesta”; estaban allí sir Edmund Gosse[311] y filas de “viejas y gruesas viudas, cuyos maridos habían sido catedráticos, especialistas en escarabajos, sin duda”. Para Virginia, Vita, “demasiado inocente para verlo”, no podía, como ella, reparar en lo que ocultaban “las cortinas de la respetabilidad” del renombrado edificio.

Finalmente, volvió a *Al faro*, trabajó en un artículo sobre Quincey y también en la preparación del libro *Famous Men and Fair Women*, una publicación de la Hogarth Press en la que figuraba su tía fotógrafa, Julia Cameron. Además, entre el 6 y el 9 de noviembre Virginia se hizo tiempo para una escapada a Long Barn, con Vita. También vio a mucha gente: los Woolf cenaron con H. G. Wells, Bernard Shaw y Arnold Bennett, quien lamentó no poder charlar con ella a solas y escribió en su diario que los Woolf lucían “melancólicos los dos... Pero me agradan a pesar de lo mal que me tratan en la prensa”. El hecho es que Virginia pensaba superar su evidente depresión en una desesperada huida hacia adelante:

«Todo marcha muy a prisa. La fama aumenta. Las posibilidades de conocer a tal persona, de hacer tal cosa, se acumulan. La vida es, como he dicho desde que tenía 10 años, terriblemente interesante —en todo caso, más rápida, más intensa a los 44 que a los 24— también más desesperada, supongo, a medida que el río se precipita hacia Niágara: mi nueva visión de la muerte; activa, positiva, como todo lo demás, emocionante; y de gran importancia, como experiencia».

Esa visión de la muerte correspondía con una etapa maníaca contrapuesta a la melancolía que la había precedido, y Virginia le decía a Vita, como al descuido, que [la muerte es] “la única experiencia que nunca describiré”. No era extraño que reflexiones acerca de la vida y de la muerte acompañaran la finalización de la escritura de *Al faro*;^[312] incluso la relación con Vita estaba teñida por una melancolía que esta detectaba, al punto de escribirle a Harold expresando sus temores de que Virginia muriera joven.

Pero antes se impondrían otros proyectos, algunos muy jubilosos. Mientras reescribía seis páginas de *Al faro* por día; Virginia comenzó a sentir que “de vez en cuando” la perseguía “una vida de mujer muy profunda, medio mística, que será narrada en alguna ocasión; y el paso del tiempo quedará totalmente eliminado; el futuro surgirá de alguna forma del pasado”. El encuentro con Vita, su misterio, sus ancestros y todo su atractivo tomarían pronto, aunque no fuera plenamente consciente de ello, forma literaria. Se estaba gestando el *Orlando*.

CAPÍTULO XXX - 1927

Entre dos mujeres: nace *Orlando*

A principios de enero, Leonard leyó *Al faro* y opinó que se trataba de una obra maestra, algo “enteramente nuevo; ‘un poema psicológico’”. Aliviada por esas palabras, mientras decidía si viajaría a Nueva York, donde la habían invitado a dar una conferencia, Virginia pasó unos días en Monk’s House y dos noches en el castillo del padre de Vita, en Knole. Con su amiga como guía, visitó los cuatro acres del edificio y anotó impresiones que utilizaría en su *Orlando*:

«“Habitaciones más bienpequeñas que dan a otros edificios, ninguna vista; pero quedan una o dos cosas: Vita caminando majestuosamente con su vestido turco por la galería, acompañada por niños pequeños, llevándolos en su estela como un esbelto barco de vela; una especie de grupo de vida inglesa aristocrática”».

Menos impresionada por sus libros que por su porte, Virginia analizaba la escritura de Vita y concluía: “El método de escribir una narrativa suave no puede ser adecuado; las cosas no suceden así en la mente”. Por su parte, considerando que era menos exigente escribir crítica literaria que ficción, proyectaba “un libro sobre narrativa” que le permitiera ganar dinero para viajar a Grecia y comprar un coche. Como siempre que terminaba un libro estaba ansiosa, y si bien se consolaba pensando que, de no ser bien recibida la novela, le quedaba la posibilidad de dedicarse a la crítica o a las memorias, en su fuero íntimo sabía: “Después de unas vacaciones me volverán las viejas ideas, como de costumbre, me parecerán más frescas y más importantes que nunca;

y me pondré en marcha de nuevo, sintiendo ese extraordinario júbilo, ese ardor y ese deseo vehemente de crear”.

Pero no tuvo que esperar a que pasaran las vacaciones: el 14 de marzo dejó constancia en su diario “de la concepción de un nuevo libro anoche entre las 12 y la 1”. Deseaba escribirlo como redactaba sus cartas, a máxima velocidad y sin ningún intento de crear personajes; sugeriría el lesbianismo en una historia cuya nota principal sería la sátira y el disparate. En tanto observaba cómo esa idea adquiriría el ritmo necesario, se parapetaba “vigilante para ver los síntomas de este proceso extremadamente misterioso [...] Mi propia vena lírica ha de ser satirizada”. Si bien deseaba descansar “después de estos libros experimentales, poéticos, serios, cuya forma ha de ser siempre considerada con gran atención”, también necesitaba reflexionar acerca del nuevo proyecto: “Quiero echar una cana al aire y lanzarme. Quiero dar cuerpo a todas esas innumerables ideas mínimas y diminutas historias que cruzan mi mente en todas las estaciones del año. Creo que esto será muy divertido de escribir; y dará un descanso a mi cabeza antes de empezar la obra muy seria, poética que quiero que sea la siguiente”.

Liberada de *Al faro* —“corregir las últimas pruebas de un libro es siempre un tormento”—, deseaba viajar, e incluso hacer cambios en su imagen. En consecuencia, Virginia se cortó el pelo a la *gargon*, lo que Clive catalogó como la decisión más importante de su vida, después de casarse. Al primer entusiasmo le siguió la desilusión, la sensación de inadecuación física, y se vio “demasiado ancha, alta, plana, con el pelo colgando”. Podría tratarse de una coincidencia, pero llama la atención que se sintiera poco atractiva mientras que las dos mujeres más importantes de su vida se encontraban fuera de Inglaterra. Nessa había partido a Francia precipitadamente, junto con su hija Angelica y su niñera, Grace, después de enterarse de que Duncan, que estaba allí con su madre y una tía, se había enfermado.^[313] Cuando las hermanas se despidieron en la puerta de Gordon Square, Virginia supo captar la angustia de Nessa y reflexionó acerca de su relación con Duncan, “un matrimonio de la mano izquierda” en el que la expresión natural de los sentimientos debía ceder a la necesidad “de tener que ocultar la angustia, la inseguridad”.

Entre los matrimonios atípicos que conocía, destacaba el de Vita, que se había marchado a Persia para acompañar por un tiempo a su marido, a quien intentaba convencer de que continuase su carrera en Inglaterra. Este matrimonio funcionaba según cánones propios. De

hecho, Harold le había escrito a Virginia que se sentía contento de que Vita hubiera caído “bajo una influencia tan estimulante y tan sana”; el condescendiente marido también señalaba: “No debes preocuparte de que yo tenga otro sentimiento más que un anhelo de que la vida de Vita sea lo más rica y sincera posible. Detesto los celos al igual que detesto todas las formas de enfermedad”. Por su parte, en otra muestra de liberalismo, Vita sugería y planeaba un viaje conjunto de los dos matrimonios. “Vivo para ello”, le escribía a su amiga desde Persépolis.

Si bien en su diario Virginia se decía a sí misma “debo quererla de verdad”, también reconocía que extrañaba más a su hermana. Y dispuesta a asumir un rol infantil, reconociendo las sensaciones de pérdida y abandono que remitían a su infancia y a su relación con Julia, la madre adorada pero ausente, le preguntaba a Vita: “¿Por qué pienso en ti tan incesantemente, te veo tan claramente cuando me encuentro ante el menor displacer? Un extraño rasgo de nuestra amistad. Como un niño, creo que si estuvieras aquí, yo sería feliz...” Con Vanessa y Vita en el extranjero, las cartas de Virginia se prodigaban en ambas direcciones, situación que despertó los celos de Nessa, quien le reclamó la prioridad que creía corresponderle. También Virginia había tratado de defender pretendidos derechos de primogenitura en el afecto maternal de Vanessa, pero, justo es decirlo, sus sobrinos le habían ganado la partida. Aun así, Virginia los amaba y se sintió shockeada cuando Ethel Sands sugirió que no le importaban. Lo que sucedía era que tenía una particular manera de demostrar su afecto. No se privaba de señalar la parte Bell que les tocaba a sus sobrinos en el reparto genético, como si eso significara una mácula, y sin darse cuenta de que con eso podía herir a su hermana, le escribía: “Quentin no ve nada en la poesía. Por el amor de Dios, no me digas que pusiste por error una gota de más del viejo Bell en él; siempre pensé que jugabas con fuego en ese matrimonio, y apenas merecías salir ilesa como lo hiciste”^[314] ¿Qué había detrás de esa presunta indiferencia hacia sus sobrinos? Virginia creyó que estaba relacionada con un enojo consigo misma por “no haber forzado a Leonard a correr el riesgo [de tener hijos] a pesar de los médicos”. Sea como fuere, sentía que, aunque resultara un pobre consuelo para su frustración, al racionalizar esos sentimientos realizaba una “pequeña contribución a la psicología femenina”.

La crisis de Vanessa

Por entonces, inmersa en un drama que tenía como protagonistas a Duncan y la particular relación que los unía, Vanessa atravesaba su propia crisis. Cuando llegó a Francia para cuidar a Duncan, su madre y el resto de su familia le negaron cualquier derecho y se vio obligada a alojarse en otra casa mientras él se recuperaba de una fuerte neumonía. También se sentía inquieta a causa de la relación que Duncan sostenía con Angus Davidson. Desde siempre, Nessa había intentado mantener en reserva el verdadero tenor de sus relaciones íntimas, y aunque es probable que luego del nacimiento de Angelica no tuvieran más relaciones sexuales, las relaciones homosexuales de él le provocaban celos y temores de perderlo. Por esa época, sin comprender del todo la situación de su hermana, Virginia le sugería que se divorciara de Clive y se casase con Duncan, cosa que evidentemente tampoco era factible. Lo cierto es que Vanessa nunca se divorció de Clive y siempre mantuvo con él un trato cordial. Al tanto de que su relación con Mary Hutchinson se deterioraba, entre preocupada y curiosa, Nessa pedía y recibía los informes que Virginia le enviaba al respecto. Las hermanas pasaban por un idílico momento: no solo reeditaban la vieja camaradería, sino que luego de ver unas pinturas de Nessa, [\[315\]](#) Virginia reconocía: “Creo que estamos ahora en el mismo punto: ambas señoras de nuestro medio como nunca antes: ambas confrontadas, por lo tanto con problemas de estructura enteramente nuevos”.

Mientras tanto, frente a una posible ruptura con su amante, Clive aseguraba que su deseo era juntarse en Francia con Vanessa y Duncan, y dedicarse, por fin, a escribir su tan postergado libro. Las hermanas lo celebraban, ya que consideraban que Mary era una penosa influencia, porque estimulaba a Clive a participar de una tumultuosa corriente social de cenas, eventos y encuentros que le impedían dedicarse a trabajar. Vanessa fue muy explícita al respecto en una carta a Virginia: “Creo que Clive debería ya sentar cabeza y utilizar un poco sus sesos. Tiene unos bastante buenos y puede hacer muchas cosas merecedoras. Podría tener *affaires* amorosos más moderados que no tengan por qué interferir con el trabajo y creo que sería mucho más feliz”. Aunque Nessa le advirtió que se pondría en un brete si interfería en la crisis de la pareja, Virginia le aconsejó a su cuñado: “Huye, [...] hacia tu gran libro [*Civilization*] y tu lámpara verde”. Cabe señalar que Mary no tomó de buen grado esta intervención —literalmente estaba furiosa con ella—

y, según Virginia, el hecho de que Eddy S. West, el primo de Vita, estuviera presente cuando las dos mujeres se encontraron, fue lo único que aseguró cierta tranquilidad. Finalmente, cuando pudieron conversar más tranquilas, Mary la acusó de haber dicho de ella que era “una tontita mundana, que solo quería flirtear”. Aun así, la amante de Clive estaba de acuerdo en que él estaba “bastante deteriorado intelectualmente por culpa de su libertinaje” y ambas pudieron despedirse más o menos amistosamente.

En tanto iban y venían cartas y referencias al *affaire* de Clive, Duncan se recuperó, y el 30 de marzo, después de decidir que no viajarían a Norteamérica, los Woolf partieron hacia Cassis donde se encontraron brevemente con él, Nessa y Clive. Enseguida continuaron su viaje. Se trató de una memorable visita a Italia que Virginia registró en extensas y entretenidas cartas que le escribía a Nessa, a quien se las había prometido a cambio de una pintura suya. No bien las recibía, Vanessa acostumbraba leer pasajes en voz alta en presencia de Clive, lo que produjo otro de los incidentes a los que estaban acostumbrados y cuyo detonante, creía Virginia, era “algún oscuro sentimiento de celos”.

Italia la conquistó, y aunque la presencia de demasiados turistas ingleses opacaba el placer del viaje, Virginia llegó a pensar que Roma era la más bella ciudad del mundo y esbozó la teoría de que sería un lugar donde podría vivir eternamente. Entre los amantes de Italia, divisó, en una estación de tren, a D. H. Lawrence, un escritor que nunca llegó a conocer personalmente.

Con la sensación de que congeniaba más con Italia que con Francia, donde Nessa y Duncan disfrutaban del mejor de los mundos, Virginia, que había percibido fisuras en la intimidad de la pareja de su hermana, le escribía: “Aunque algunas apariencias están en contra de eso, tú y Duncan siempre me parecen marmóreamente castos”. La respuesta de Nessa fue resignada y lastimera, y dejó en evidencia lo frustrante que era para ella esa relación de la que, por otra parte, no podía prescindir. Le confesó a Virginia que era “terrible ser considerada casta y desaliñada cuando una quisiera con todo fervor no ser ninguna de ambas cosas”. La insatisfacción emocional y sexual era el precio que debía pagar por la compañía de Duncan; aceptar a sus amigos y parejas homosexuales, la única manera de mantenerlo a su lado.

La reserva de Vanessa se oponía a la necesidad de intimidad de Virginia, que desde la infancia había dependido de ella, colocándola en una suerte de pedestal y revistiéndola de características sobrehumanas, como si fuera una suerte de diosa de la sensualidad y de la fecundidad.

[316] Y si bien Vanessa solía también diferenciarse de su hermana, refiriéndose a la maternidad, confesaba: “Me pregunto si en serio te gustaría el problema de los niños sumado a tu existencia. Ni yo misma me siento en absoluto apta para lidiar con ello”. Siempre al acecho de “una enorme revelación” en lo concerniente a Nessa, Virginia le contestaba que estaba segura de que “sería una vil madre”. También agregaba que desconfiaba o sospechaba de “la pasión maternal [...] obviamente inmensurable e inescrupulosa”, y agregaba que, inconscientemente, Nessa reduciría “a todos a cenizas por darle a Angelica un día de placer”. Su conclusión era tajante, consideraba a su hermana “una mera herramienta en las manos de la pasión”. Puesta a comparar matrimonio y maternidad, Virginia creía que esta última era “más destructiva y limitante”. Pero también reconocía que “sin duda estoy meramente tratando de defender mi caso: sin embargo, contiene alguna verdad; no me gustan los instintos profundos, no en las relaciones humanas”.

Aunque las cartas de Virginia eran más brillantes, y Nessa contaba con menos recursos de escritura, las suyas podían esconder tesoros. En una de ellas relató la irrupción de una falena, una mariposa como las que habían perseguido, capturado y estudiado cuando eran niños; los hijos de Nessa habían heredado esa pasión. El relato fue tan inspirador que Virginia comenzó a pensar en una nueva historia basándose en el hecho de que una noche, una falena de alrededor de quince centímetros de envergadura se había aventurado dentro de la casa. “Mi instinto maternal, que deploras tanto, no me permitiría abandonarla”, escribió Vanessa, quien intentó conservarla en éter y cloroformo. “Esto es lo que sucede —continuaba diciendo Vanessa— si se permite al instinto jugar una parte en las relaciones personales. Cuánto podría contar del instinto maternal. [...] Me gustaría que escribieras un libro sobre el instinto maternal”. En coincidencia con su hermana, Nessa señalaba: “Desde luego que es una de las peores pasiones, animal y sin remordimientos. ¿Pero cómo evitar plegarse a estos instintos si una los tiene?”.

Después de leer esa carta, Virginia quedó fascinada por el relato de la mariposa y escribió a su hermana: “¿No es extraño acaso? Quizá tú estimulas el sentido literario[317] en mí como tú dices que yo hago con tu sentido de pintora”.

Fama

El 5 de mayo, cuando *Al faro* salió a la venta, la Hogarth Press tenía pedidos 1690 ejemplares, el doble de lo que había ocurrido con *La señora Dalloway*. La novela, gestada una tarde en la plaza frente a Tavistock Square y escrita “sin premeditación”, tenía, en opinión de Virginia, partes muy logradas.

Consideraba que el pasaje de la cena era de lo mejor que había escrito, también le agradaba la de los niños en la barca, y aunque tenía ciertas dudas en la segunda parte, “El tiempo pasa”, redactada durante la huelga general el año anterior, y no estaba segura acerca de la escena de Lily en el jardín, reconocía en su diario: “¡Dios, qué bonitas son algunas partes de *Al faro*! Suaves y flexibles, creo que profundas, y nunca una palabra inadecuada en páginas y páginas”.

Ansiosa porque no recibía la opinión de Nessa, le envió una carta que contenía un diálogo inventado, en el que ella y Duncan trataban de esquivar el compromiso de decir qué les parecía el libro. Además, a la defensiva por lo que Nessa pudiera pensar acerca de las escenas protagonizadas por la pintora Lily Briscoe y sus reflexiones sobre pintura, Virginia anticipaba que se reiría de esa parte. A pesar de sus temores, la contestación de Vanessa fue de rendida admiración y emoción. Le aseguró que, si bien se sentía incapaz de dar una opinión literaria o hacer un juicio estético sobre la novela, tenía la sensación de que se trataba de una obra de arte que despertaba emociones:

«Así que aunque probablemente no te importen en absoluto, te interesará saber cuánto me hiciste sentir [...] me pareció que en la primera parte del libro has ofrecido un retrato de [nuestra] madre que es más parecido a ella que nada de lo que yo hubiera imaginado posible. Es casi doloroso tenerla tan de vuelta de entre los muertos. Has hecho sentir a uno la extraordinaria belleza de su carácter, que debe ser lo más difícil de hacer en el mundo. Fue como conocerla nuevamente estando una crecida y en términos iguales y me parece la más asombrosa hazaña de creación el haber podido verla de semejante manera. «También has dado con padre igual de claro, pero quizá, puede que me equivoque, eso no es tan difícil. Hay más de donde agarrarse. Igual me parece que es lo único referente a él que dio una verdadera idea. Así que tú ves tan lejos como un retrato pintado pueda ir, creo que eres una suprema artista y es tan desgarrador encontrarse cara a cara

nuevamente con aquellos dos que apenas logro considerar otra cosa. De hecho, los últimos dos días apenas he podido atender mi vida cotidiana. Duncan y yo hemos hablado sobre ellos, ya que cada uno tenía un ejemplar. [...]. No creo que sea solamente que los conocí lo que me hace sentir todo esto, ya que Duncan, que no los conoció, dice también que por primera vez comprende a madre. Así que tu visión de ella se eleva como un entero por sí misma y no solo como un recuerdo de hechos».

Nessa, como Leonard, creía que se trataba de su mejor trabajo. Agregaba que la novela la excitaba, emocionaba y arrebatava a otro mundo, como solo podría hacerlo una gran obra de arte. Entre fascinada y conmovida, sin poder creer la aprobación sin reservas de Nessa, Virginia confesó que ninguna carta podría complacerla más:

«Estoy en un terrible estado de placer de que consideres a Mrs. Ramsay tan parecida a madre. A su vez, es un misterio psicológico el porqué ella lo sería: cómo una niña podría saber acerca de ella algo más de lo que siempre me ha acechado, en parte, supongo, su belleza; y luego morir en aquel momento, supongo que ella se grabó en la mente de una cuando acababa de despertar, y no tenía experiencia de vida alguna. Solo después una habría sospechado que había inventado un artificio, un ideal. Probablemente haya mucho de ti en Mrs. Ramsay, aunque, de hecho, creo que tú y madre son muy distintas en mi mente».

Nessa también se preguntaba por los efectos que la historia provocaría en su hermano Adrian —James, en el libro— y aventuraba que, leyéndolo, el menor de los Stephen podría finalizar su psicoanálisis. Duncan, que había estado relacionado con él en su juventud, fue más allá y sostuvo la opinión de que la lectura de *Al faro* lograría más que los años de psicoanálisis. De hecho, Adrian, que cursaba su último año de “entrenamiento” en la materia, todavía parecía arrastrar los traumas de una infancia crudamente avasallada por el duelo de la madre y la difícil relación con el padre. Que su hermano, con más de cuarenta años, encarara sistemáticamente una nueva carrera y profesión, provocaba tanto incredulidad como admiración en Virginia, que por entonces le contaba sorprendida a Nessa: “Repto escaleras arriba y espío hacia el comedor de los Stephen donde cualquier tarde, a plena luz del sol, se puede ver a una mujer en su última agonía de

desesperación, yaciendo en un sofá, enterrando su rostro en la almohada, mientras Adrian pende sobre ella como un buitre, analizando su alma”.

Volviendo a *Al faro* y a su repercusión, otra de las opiniones que Virginia esperaba era la de Vita, quien a su regreso de Persia encontró un ejemplar dedicado, en cuya primera página decía: “En mi opinión la mejor novela que haya escrito”. En realidad, se trataba de una broma: Virginia le había enviado una maqueta con todas las páginas en blanco, acompañada de una carta donde preguntaba: “¿Entendiste que cuando escribí que era mi mejor libro solo lo decía porque todas las hojas estaban vacías?”[318] Cuando al fin tuvo oportunidad de leer *Al faro*, Vita describió las sensaciones asociadas a su lectura: “Pero todo se ha borroneado en una neblina por tu libro del cual acabo de leer las últimas palabras, y eso es lo único que me parece real. Solo puedo decir que estoy encandilada y embrujada”.

Virginia podía estar tranquila; las dos mujeres más importantes de su vida estaban de acuerdo en cuanto al libro, y las dos desestimaban sus temores de que fuera sentimental. Como escritora, consideraba que cualquier atisbo de sentimentalismo jugaba en contra de su método, pero, además, hay que recordar que tanto ella como Vanessa habían rechazado ese tipo de emoción desde muy jóvenes. Tal vez por eso, al escribir *Al faro* Virginia había evitado leer las cartas de sus padres o la biografía de Leslie, y aunque temía que los lectores pudieran pensar que “la familia Stephen era de una loca melancolía”, concluyó que se trataba de “un libro lo suficientemente alegre”. Por otra parte, a pesar de que en su diario reconoció el simbolismo de la novela, creía que lo fundamental resultaba ser el método utilizado, que daba paso a una determinada estructura[319] que era más importante que las posibles interpretaciones. La necesidad de darle un marco original a su novela se remontaba a los inicios del proceso de escritura, en 1925, cuando se proponía: “Tengo la idea de inventar un nuevo nombre para mis libros que suplante a ‘novela’. Una nueva de Virginia Woolf. Pero ¿qué? ¿Elegía?”.

De hecho, muchos han considerado *Al faro* una elegía nostálgica de la infancia, pero también es indudable que se trata de un trabajo de creación estructurado con precisión, incluso geométricamente. Virginia definió su estructura desde un principio: se trataría de “dos rectángulos unidos por un corredor”. Así pues, quedaba dibujaba una especie de letra H. “La unión de dos aspectos opuestos de la experiencia se convertiría en un tema central, reflejado en la lucha de Lily Briscoe”

respecto de cómo relacionar y equilibrar volúmenes y estructuras en sus cuadros. A través de este personaje, Virginia explicitó una línea de tensión que atraviesa todo el libro. Lily es una pintora que se siente tironeada por dos fuerzas: la representada por Mrs. Ramsay, para quien la mujer se realiza en el matrimonio, y una fuerza interior, que la lleva a dedicarse a la pintura y evitar el matrimonio.

Puesto que hasta entonces había estado obsesionada por la imagen de sus padres, Virginia dijo que escribir este libro fue “un acto necesario”. También supo que muchos serían los lectores que reconocerían a sus padres en los personajes de Mr. y Mrs. Ramsay. Pero lo que resulta más significativo fue que afirmara que la novela tuvo un efecto liberador, ya que hizo por ella lo que creía que hacían los psicoanalistas por sus pacientes. Preferida por muchos de sus críticos y lectores, *Al faro* es su novela más autobiográfica; las coincidencias entre vida y arte son muchas. Como Julia y Leslie, Mrs. y Mr. Ramsay tienen ocho hijos. Él es un intelectual obsesionado con su trabajo, que reclama constantemente la asistencia y cuidados de su mujer, lo que genera rencor en sus hijos, a tal extremo que su hijo llega a pensar que de tener a mano un arma “hubiera podido atravesarle el pecho”. Por su parte, Mrs. Ramsay responde, como Julia, al tipo femenino victoriano; se prodiga entre su marido e hijos, “alardeando de su capacidad de rodear y proteger”. Obsesionada por sus tareas filantrópicas, que constituyen su verdadera vocación, tiene, como Julia, una veta casamentera. Y aunque sus hijos la adoran y sus hijas la respetan, ellas albergan otras aspiraciones más allá del matrimonio.

La primera parte de la novela recuerda los veranos de la familia Stephen en St. Ives. Esta sección, titulada “La ventana”, transcurre antes de la Primera Guerra Mundial, en la casa de verano de la familia Ramsay, situada en la isla de Skye, en las Hébridas. La segunda parte, “El tiempo pasa”, oficia como rito de pasaje entre la época victoriana y el presente de la escritura; hay una referencia somera a las muertes que afectaron a la familia en ese período, entre ellas la de Mrs. Ramsay, su hija Prue —“por alguna enfermedad relacionada con el parto”, como le había ocurrido a Stella— y su hijo Arthur, durante la Primera Guerra Mundial. Finalmente, en la tercera parte de la novela, el joven James Ramsay concreta la excursión al faro que había soñado diez años antes. Su hermana Cam y Mr. Ramsay completan la tripulación del bote, guiado por un marino. Durante el viaje se pone en evidencia la tensión entre padre e hijos. Cam, como Virginia, ama a su padre y no puede sostener el pacto con su hermano: resistir la tiranía del padre.

Finalmente se insinúa que James abandona el rencor que siente hacia él, y lo mismo le sucede a Lily Briscoe, en la tercera parte del libro. Lily también reflexiona acerca de su pintura y sobre la influencia que había ejercido Mrs. Ramsay sobre ella. Se ha dicho que los personajes de Cam y Lily reflejan, respectivamente, a la joven Virginia y a la artista que deseaba ser. Como Virginia, Lily vive para su arte y le interesa el modernismo, por lo que este personaje interesó especialmente a Roger Fry, a Clive Bell y a Vanessa. Además, y esta es otra coincidencia entre autora y personaje, Lily siente que debe vencer los prejuicios de la época: “Las mujeres no saben pintar, no saben escribir”. Pero a diferencia de la constante preocupación de Virginia por alcanzar el reconocimiento de la crítica y de los lectores, a Lily la fama o el éxito la tienen sin cuidado.

Por esta novela, Virginia sumó fama, éxito editorial y económico, y también reconocimiento académico. Poco después de publicarla, brindó una conferencia en Oxford, adonde fue acompañada por Vita, y comprobó que se había convertido en una celebridad; sus oyentes estaban “extrañamente” bajo el pulgar de Bloomsbury[320] ya que “Roger, el viejo mago, los tenía a todos en trance”. Si bien el llamado grupo de Bloomsbury era cada vez más famoso[321] se había convertido en un blanco ideal para bromas e insinuaciones; incluso Vita, que no terminaba de comprenderlos y nunca se sentiría del todo a gusto entre ellos, los llamaba “Gloomsbury”[322]. El caso es que también Virginia necesitaba descifrar a su aristocrática amiga, por lo que le escribía a Nessa:

«El todo (no puedo entrar en detalles) es muy espléndido y voluptuoso y absurdo. También tiene un corazón de oro, y una mente que, si bien lenta, funciona tenazmente; y tiene sus momentos de lucidez. Pero basta. Nunca sucumbirás a los encantos de nadie de tu sexo. ¡Qué árido jardín ha de ser el mundo para ti! ¡Qué avenidas de pavimentos de piedra y vías de acero! Aunque respeto la mente masculina y adoro a Duncan (pero, gracias a Dios, él es hermafrodita, andrógino, como todos los grandes artistas), no puedo ver que tengan esos brillos de luciérnaga a su alrededor. El escenario del mundo no toma lustre con sus presencias. Desde luego agregan inmensamente a su dignidad y seguridad: pero cuando se trata de un poco de emoción...!»

Retratos

A finales de mayo, recurrentes jaquecas tuvieron en vilo a Virginia. Pero unos días en Rodmell fueron suficientes para disiparlas; se sintió bien, muy creativa y retornó a la vieja idea de hacer un bosquejo o gran cuadro histórico de los perfiles de todos sus amigos. El proyecto, similar al que había intentado años antes, conformó un conjunto que confluiría en su novela *Las olas*, siendo Clive, su cuñado y antiguo enamorado, uno de los personajes principales.

«Creo que Clive se siente muy desgraciado; su estancia en Cassis, un fracaso, en lo que se refiere a escribir. Y luego surge la pregunta: ¿no ha ido demasiado lejos respecto a comer, beber y hacer el amor como para parar en seco ahora? Parecía desorientado e inquieto, más o menos como cuando se fue, solo que ahora no tiene ningún brazo firme al que agarrarse, como se imaginaba cuando se marchó a Cassis. Habló (siempre apartándose de sí mismo pero regresando luego, ambiguamente, a ese centro) de volverse loco: a veces pensaba que se estaba volviendo loco; luego que la vida de uno estaba acabada; que uno estaba gastado, terminado; esto quedaba claro al ver a Julian y Quentin».

Virginia temía desde hacía tiempo que Clive despertara de su sueño de gloria y descubriera, de pronto, que era un farsante. En realidad, ese había sido uno de sus mayores temores con respecto a sí misma, y sentía que solo el trabajo realizado y los libros publicados desmentían esos presentimientos. En plena crisis de madurez, su cuñado requería hablar con ella, y Virginia registraba en su diario: “Como me dijo Clive, tú te vuelves loca, pero luego te recuperas; la implicación era que él seguirá loco”.

Clive se sinceraba con Virginia, pero también percibía su suave desprecio mezclado con una buena dosis de cariño y costumbre. Cuando en 1964, más de veinte años después del suicidio de Virginia, Leonard le pidió a Quentin Bell que escribiera la biografía de su tía, no tuvo en cuenta lo difícil que iba a resultarle asimilar el mediocre retrato que ella había hecho de su padre, o los poco halagadores rasgos que le atribuía a él mismo. En su diario de 1926, por ejemplo, Virginia señala que Clive le había dicho que consideraba, a los 45 años, que su vida había terminado; también le había confesado que estaba desilusionado, aburrido y que no sentía interés por nada. Además de quejarse de que a

nadie le interesaba lo que pensaba, dijo que consideraba la posibilidad del suicidio y que la admiraba por haber intentado suicidarse. Ese día, Virginia apenas pudo contradecirlo, creyó que Clive decía la verdad respecto de sí mismo y quedó bastante preocupada por él. Pero la noche siguiente, pudo comprobar cómo una nueva aventura amorosa disipaba toda su melancolía. Aunque pensara que su cuñado era de “segunda categoría”, un tonto y superficial egoísta, se reconocía atraída por su vitalidad. También se refería a “su falta de categoría en lo que se refería a Nessa”. En realidad estaba un poco cansada de la actitud de Clive, que rasgaba una única cuerda, “amor, amor, amor”, cuando en su interior creía que “es una pasión débil, [...] una pasión grosera y sosa, cuando no toma parte en ella la imaginación, el intelecto, la poesía”. Y agregaba:

«El amor de Clive es en sus tres cuartas partes vanidad. Ahora que puede decir, o mentir, que se ha llevado a la cama a Valerie,[\[323\]](#) su amor propio se contenta. Puede seguir siendo el impávido amante, el Don Juan de Bloomsbury; y que sea verdad o no, siempre y cuando nosotros creamos que lo es, importa poco».

Virginia reconocía que no era un juez imparcial, pero también se preguntaba por qué, a pesar de los años, Clive todavía se esforzaba en herirla. De hecho, él se ocupaba de señalar que las penas de amor eran compensadas por sus deleites, añadiendo que eso era algo que Virginia nunca había conocido y jamás podría conocer. Como ya se dijo, el patrón de esta relación incluía afecto, rechazo, celos y en ella estaba involucrada la autoestima de ambos. Competencia, frustraciones y cierta envidia por el éxito y talento de su cuñada, complicaban su relación; Clive acusaba a Virginia de ser fría, en tanto ella asumía una actitud defensiva[\[324\]](#) y decía que estaba convencida de que vivía “más galones al minuto caminando una vuelta a la manzana que todos los corredores de bolsa de Londres atrapados en el acto de la copulación”.

La incómoda “Excitación del amor”

En junio y después de “tres semanas borradas por un dolor de cabeza”, Virginia recibió una carta en la que Vita comentaba que una noche

había pensado abandonar una reunión e ir a su encuentro, pero había frenado su impulso en consideración a ella. Este tipo de situaciones no hacía más que actualizar, desde otra perspectiva, las acusaciones de Clive acerca de su falta de pasión; pero también ponían en evidencia la necesidad de cuidados que requería, y que la misma Virginia aceptaba:

«Verás, me encontraba leyendo Challenge[325] y pensé que tu carta era un desafío: “si tan solo no fueras tan anciana y vetusta” fue lo que dijiste, en efecto “estaríamos pasando el día juntas” tras lo cual telegrafíé “ven entonces” ante lo cual naturalmente no hubo respuesta lo cual fue bueno también ya que soy anciana y vetusta; no tiene sentido ocultar el hecho. Ni siquiera leer Challenge alterará eso. Ella es muy deseable, estoy de acuerdo».

El hecho es que no se trataba solo de evitar encuentros pasionales, ya que tampoco se sintió a gusto en una reunión de colegas,[326] a quienes definió, aun a costa de incluirse entre ellos, “escritores parloteantes”:

«¡Qué insignificantes parecíamos todos! ¿Cómo podemos fingir que somos interesantes, que nuestras obras importan? Todo este asunto de escribir se convirtió en algo infinitamente desagradable. No había nadie que me hubiese importado que leyera o no “mis escritos” y que le gustaran o le disgustaran. Y a nadie le importarían mis críticas; me chocó la blandura, el convencionalismo de todos ellos. Pero tal vez haya un río de tinta en ellos que importa más de lo que su aspecto —tan correctamente vestidos, blandos y decorosos— indicaba. Tuve la impresión de que no había una sola mente plenamente desarrollada entre nosotros.

En verdad, era la estúpida y torpe clase media de las letras la que estaba allí reunida, no la aristocracia. Vita lloró por la noche».

Virginia tenía sus reservas, se sentía aislada de ese círculo, pero también había criticado abiertamente a escritores exitosos como Arnold Bennett y John Galsworthy. A pesar de eso, Bennett elogiaba *Al faro*: “He leído un montón de novelas. Debo decir, a pesar de mis graves y notorias reservas respecto a Virginia Woolf, que la más original del montón es *Al faro*... Su dibujo de personajes ha mejorado. Mrs. Ramsay casi equivale a una persona completa”.

Mientras tanto, Virginia comenzaba a definir la historia de las mariposas, inspirada en el relato de Nessa. Intentaría combinar una estructura moderna y personajes tan completos como le fuera posible, sin por ello desvirtuar su convicción de que era imposible conocer a las personas en su totalidad:

«La historia de las falenas, que creo escribiré muy rápidamente, quizás entre los capítulos de ese libro sobre literatura largamente pendiente. Las falenas recubrirán el esqueleto que esboqué aquí: la obra teatral-poema: la idea de una corriente continua, no solo de pensamiento humano, sino también el barco, la noche, etc., todo fluyendo unido; atravesado por la llegada de las brillantes falenas. Un hombre y una mujer están sentados a la mesa hablando. ¿O deberían estar callados? Tiene que ser una historia de amor: al final ella deja entrar a la última falena grande. Los contrastes podrían ser algo de este estilo: ella podría hablar, o pensar, acerca de la edad de la Tierra, la muerte de la humanidad; y no cesan de llegar falenas. Tal vez al hombre se le podría dejar absolutamente borroso. Francia, cerca del mar, de noche, un jardín bajo la ventana. Pero hay que madurarlo. Trabajo un poco en ello por la noche mientras en el gramófono suenan las sonatas de Beethoven. (Las ventanas sacuden sus pestillos como si estuviéramos en alta mar)».

He ahí las primeras notas sobre *Las olas*, que comenzaba a esbozarse entre sus diarios y sus cartas. Pero los diarios también servían para tomar apuntes de otro tipo de historias, y Virginia dejó constancia en ellos del viaje que emprendió junto a Leonard, Vita, Harold y Quentin para ver un eclipse de sol. Durante el trayecto en tren pudo contemplar a Harold acurrucado en el regazo de Vita, que “parecía Safo de Leighton, dormida”. El viaje continuó en automóvil, hasta la cima de una colina. Cuando llegaron al lugar, no había indicios del eclipse, y a Virginia la invadió una sensación de incredulidad, como si todo se tratara de una estafa; pero, cuando finalmente el eclipse tuvo lugar, la ganó otra sensación: “Éramos como gentes muy antiguas, en el nacimiento del mundo, druidas en Stonehenge” Los colores del día habían desaparecido rápidamente con la luz: “Habíamos caído. Estaba extinto. No había color. La tierra había muerto”. Pero de pronto los colores reaparecieron “al principio de un modo centellante y etéreo. [...] Habíamos estado mucho peor de lo que esperábamos. Habíamos visto el mundo muerto. La naturaleza tenía poder para hacer esto. [...]

Teníamos un frío espantoso. [...] Luego todo había terminado hasta 1999”.

La sensación de estar a merced de una fuerza superior dejó lugar a otra más placentera, la del cálido viaje de retorno a Long Barn —la casa de Vita— con su “opulencia y libertad, flores por todas partes, mayordomo, plata, perros, galletas, vino, agua caliente, fuegos y troncos, armarios italianos, alfombras persas, libros”. Virginia disfrutaba de ese lujo al tiempo que comprobaba sus propias realizaciones. Había trabajado metódicamente y realizado un buen número de artículos, por lo que contaba con 120 libras *más* de lo que correspondía a la suma que debía destinar a los gastos familiares según lo acordado con Leonard. Calculaba que había ganado cerca de 320 libras con el periodismo y 300 con su libro, y se confesaba a sí misma que había “pensado demasiado, aunque deliberadamente, con los ojos abiertos, acerca de ganar dinero”. Además de estar orgullosa de sus logros, el dinero extra le permitiría concretar un proyecto que, de alguna manera, cambiaría sus vidas. Gracias al excedente en sus ingresos los Woolf compraron su primer auto, un Singer de segunda mano, y comenzaron a tomar lecciones de manejo. Virginia estaba contentísima, el coche le brindaba un plus de alegría, facilitaba “una vida adicional, libre, móvil y aireada vivida paralelamente a nuestra habitual laboriosidad sedentaria”. También Nessa había comprado un auto y tomaba sus lecciones. De pronto los días premotorizados formaron parte del “tiempo de las cavernas”. Las hermanas compartían un momento de bonanza; Nessa había heredado una suma de su suegro y Virginia reflexionaba: “Aquí estamos Nessa y yo, a los 45 años, echando alas de nuevo después de los años de vacas flacas”. Aun así, el tránsito a la modernidad no era fácil; las lecciones de manejo tenían sus complicaciones, y en una carta a Ethel Sands relató que atropelló a un joven ciclista; si bien no tuvo mayores consecuencias, el hecho hizo que Leonard terminara manejando el auto más que ella.

A finales de julio Virginia se tomó unas pequeñas vacaciones, viajó a la Normandía y visitó un castillo del siglo XVII con decoraciones al fresco realizadas por Vanessa, propiedad que la pintora Ethel Sands compartía con su pareja Nan Hudson. Insegura acerca de cómo sería su inclusión en el grupo de mujeres, le había escrito a Nessa:

«...las mujeres cosiendo; pero pobre Billy [Virginia] no es ni una ni otra cosa, ni un hombre ni una mujer, ¿así que qué tiene él que hacer? Correr a las faldas de las mujeres. Nan me aterroriza. Ethel me pone

tonta. Pero la comida será agradable, y Nessa me besará».

A pesar de sus temores, la visita resultó agradable. Virginia se permitió estudiar a la pareja y concluyó que Nan disfrutaba de su vida en Francia, en tanto Ethel, la más sociable de las dos, poseía un encanto peculiar, era “mordaz, por [...] frágil y ácida, el animalito mimado de la más austera y gallarda Nan” En esa casa, Virginia conoció a Jacques-Emile Blanche, periodista que la entrevistó y publicó luego la primera nota que la dio a conocer al público francés.[\[327\]](#)

En agosto y de regreso en Londres, descubrió que ese verano tan activo socialmente le deparaba otro admirador. Visitó a Ottoline y sin darse cuenta, “como si hubiera apretado un botón”, hizo caer sobre sí “toda la ducha del afecto de Philip”. Lo cierto es que el marido de Ottoline se mostró insistente y Virginia se sintió molesta: “Una vez más sentí la incómoda excitación del ‘amor’, es decir, el deseo físico poniendo a alguien inquieto, demasiado inquieto y emotivo para poder hablar sencillamente”. La presencia de Leonard y la perrita Pinker desbarató la situación “y el amoroso Philip que ha perdido casi por completo su apostura y es tan torpe como un carnero viejo, tuvo que marcharse”. Aunque el galanteo del marido de Ottoline no llegó a mayores ni la entusiasmó demasiado, su nuevo galán le envió una carta que Virginia pensaba utilizar para darle celos a Vita.

Gracias a la adquisición del automóvil, las vacaciones en Rodmell adquirieron una nueva dimensión. Virginia también valoraba otras invenciones de la época moderna como el avión, el cine y la fotografía; las implicancias potenciales de estos descubrimientos no le eran ajenas, e incluso, después de contemplar el vuelo de unos aviones, llegó a aventurar un presupuesto de la posmodernidad: “Las nacionalidades se han acabado”. De hecho, como trató de expresarlo en *Las olas*, intuía un borramiento de fronteras al estilo bergsoniano, “la posibilidad de un modo de percepción que podría trascender la división entre sujeto y objeto”. Contrapuesto al modo de percepción intelectual, Bergson había sugerido que la intuición permitía el fluir dinámico de energías dentro de la mente humana y entre las diferentes personas y que el “sentido de interrelación de una mente con otra y con el mundo de los objetos hace que se desdibujen los límites sujeto-objeto”. Aunque no hay constancia de que Virginia leyera a Bergson, como se verá más adelante, esas premisas encajan perfectamente con lo propuesto en *Las olas*.

Orlando, o por qué escribir una BIOGRAFÍA

En el caso de Virginia, las palabras y la escritura fueron un medio para catalizar tanto sus experiencias mentales como los hechos que la impactaban. Incluso las anécdotas o las historias leídas en libros o periódicos podían resultar disparadoras y pueden considerarse determinantes, por ejemplo, en la escritura de libros como *Tres guineas*. Pero había otras historias, que solo quedaban registradas en sus diarios, como la de la princesa Lowenstein-Wertheim, quien desapareció junto con el avión y con el resto de la tripulación con la que pretendía hacer el primer vuelo transatlántico. Enterada de la noticia, Virginia tuvo una especie de visión: la princesa voladora se había “ahogado con sus calzones de cuero morados”. Pensaba que solo “al convertir en sólida” esa visión, es decir, al ponerla en palabras, conseguiría conjurar el fantasma de la trágica princesa. Tan solo un año antes Virginia había sentido en carne propia un tipo de hundimiento intransferible, que únicamente ella podría expresar, y que, como un desafío que lanzaba a sus futuros biógrafos, consignaba en su diario:

«‘Raras, muy raras veces vienes, espíritu del deleite’. Eso cantaba yo el año pasado por esta época; y lo cantaba tan patéticamente que no he podido olvidarlo, ni tampoco mi visión de una aleta surgiendo en un ancho mar vacío. Ningún biógrafo podría nunca adivinar la importancia de este hecho en mi vida a finales del verano de 1926: sin embargo, los biógrafos fingen conocer a la gente».

Le interesaba lo que pudieran interpretar sus biógrafos, ya que, al mismo tiempo que su fama aumentaba, corría el riesgo de que escribieran sobre ella “absurdos libros fortuitos”. Como reacción a ese tipo de biografía, estaba pronta a escribir una que estuviera lejos de la pretensión de “conocer” a su protagonista. Si bien en principio tuvo la idea de bosquejar un “cuadro histórico, los perfiles de todos mis amigos” —y pensó en Gerald Brenan—,[328] el proyecto pronto adquirió otra dimensión:

«Podría ser una forma de escribir las memorias de nuestros tiempos durante la vida de la gente. Podría ser un libro muy divertido. La cuestión es cómo hacerlo. Vita debería ser Orlando, un joven noble. También estaría Lytton. Y debería ser auténtico, pero fantástico. Roger.

Duncan. Clive. Adrian. Debería narrar sus vidas. Pero se me ocurren más libros que los que podré escribir nunca. ¡Cuántas pequeñas historias se me vienen a la cabeza!»

Virginia pergeñó su nuevo libro a principios de octubre, un día antes de dejar Rodmell y volver a Londres. Ante la multiplicidad de historias que se le ocurrían, sentía que podía “inventar situaciones”, pero que no sabía “inventar argumentos”. Crear escenas era, entonces, “el germen de [sus] dotes narrativas”.

El caso es que un nuevo libro, *Orlando*, había tomado forma en Monk’s House. Se trataría de una “una biografía que comenzaría en el año 1500” y que se extendería hasta la actualidad y de la que Vita sería protagonista “solo que con un cambio de un sexo a otro”. Además de placentero, el proyecto le permitiría escapar del “intolerable” libro sobre literatura en el que estaba trabajando.[329] El esfuerzo que demandaba ese libro de ensayos, y los diferentes estímulos con que la realidad cotidiana la bombardeaba, la llevaban otra vez a analizar la mente: “La mente es como un perro dando vueltas y vueltas para hacerse una cama. Así, dadme nuevas y detestables ideas, que de alguna manera yo me haré una cama con ellas”. Pensaba que, si trabajaba de prisa, *Orlando* estaría terminado para Navidad. Aunque en principio creyó que podía escribir en paralelo el proyectado libro sobre literatura, de pronto se encontró “inventando frases”, y con cierto frenesí reconocía: “Me siento, concibiendo escenas; estoy, en suma, en medio del mayor éxtasis que he conocido, del cual me he privado desde el pasado febrero, o antes. ¡Hablando de planear un libro o esperar una idea! Esta me vino precipitadamente”. Así pues, los rígidos horarios que se había propuesto fueron abandonados. Se sentía más feliz de lo que había estado en muchos meses, pero consciente de que se exponía si se exigía demasiado, anotaba en su diario:

«Y me abandoné a la pura delicia de esta farsa, que disfruto tanto como haya disfrutado nunca cosa alguna; y me he provocado una semijaqueca de tanto escribir y he tenido que detenerme, como un caballo cansado, y tomar un pequeño somnífero anoche, lo que hizo que nuestro desayuno fuese tormentoso. No terminé el huevo. Estoy escribiendo Orlando en un estilo burlón, muy claro y sencillo, de modo que la gente entienda cada palabra. Pero el equilibrio entre verdad y fantasía ha de ser muy cuidado. Está basado en Vita, Violet Trefusis, lord Lascelles, Knole, etc».

Violet Trefusis era la mujer con la que Vita había tenido una apasionada relación amorosa entre 1918 y 1921, mientras que lord Lascelles había cortejado a Vita antes de que ella se casara y de que él se convirtiera en el sexto duque de Harewood y marido de la única hija del rey Jorge V. Lo cierto es que muchas de las historias que Vita le había contado, y muchas de las personas a las que se había referido, hallarían su correlato en *Orlando*. Mientras escribía este libro, suerte de tributo a su amiga, en junio, leyendo *Challenge*, la novela erótica de Vita, cuya heroína se basaba en Violet Trefusis, Virginia pudo comprobar lo diferente que era su relación.[330] Su encuentro con Virginia estaba enmarcado en edades y términos distintos. Por otra parte, aunque Virginia llegó a cansarse de que Vita le hablara de sus aventuras, “de sus Campbell y [de] Valery Taylor”, durante la escritura de *Orlando*, realizó varias visitas a Long Barn para escuchar atentamente esos relatos.

Por entonces, Mary Campbell era el nuevo objetivo pasional de Vita. Vivía en un *cottage* cerca de Long Barn y se había convertido en su nueva amante, por lo que Virginia podía sentirse desplazada, aunque no tanto como Roy Campbell, quien una vez descubierto el *affaire* amenazó primero con matar a su mujer y luego con divorciarse.[331] Si bien Virginia sentía que en un plano pasional o sexual no podía competir con esas otras mujeres que atraían a Vita, era evidente que ninguna de ellas podría escribir el *Orlando*. El proyecto era por demás interesante y comenzó a buscar fotos con las que ilustrar su libro; una suerte de homenaje que incluiría un par de mapas, en el que incluso colaboraron Nessa y Duncan, igual que el fotógrafo Lenare que tomó algunas fotos de Vita. También se utilizó una fotografía[332] de Angelica para representar a Sasha, la bella princesa rusa que hechiza a Orlando. De esta manera, el *Orlando* se perfilaba no solo como un homenaje a Vita, sino como una obra que buscaba la complicidad que la imagen fotográfica pudiera dar del castillo de Knole, del que Vita estaba ampliamente orgullosa.

Pero además, Virginia pensaba incluir “una digresión o dos acerca del amor de las mujeres”. Su idea era conseguir “el efecto de los años que pasan” y luego “una descripción de las luces del siglo XVIII ardiendo, y las nubes del XIX alzándose”. Después debía pasar al siglo XX, pero a pesar de sus planes no alcanzó a terminarlo en diciembre, como esperaba, ya que *Orlando* llevaría más tiempo del que había creído. Evidentemente se trataba de un libro “potente por derecho

propio” y que se hacía un lugar —y aquí Virginia utiliza una frase que remite a la potencia del embrión—, “como si empujara a un lado todo lo demás para existir”.

Al tanto del proyecto, Vita aceptaba e l *Orlando* entre “entusiasmada y aterrorizada” y aunque reconocía que la experiencia sería divertida para ambas, exponía sus temores y le escribía a Virginia:

«Ya ves, cualquier venganza que decidas tomar yacerá lista en tus manos. Sí, adelante, revolea tu panqueque, dóralo bellamente de ambos lados, viértele brandy, y sírvelo caliente. Tienes mi total permiso. Solo que creo que habiéndome agarrado y despedazado, deshilachado y vuelta a enroscar, o lo que sea que pretendes hacer, deberías dedicárselo a tu víctima».

De pronto quedaban en evidencia entramados de poder. La relación se planteaba, aunque fuera en broma, entre víctima y victimaria; e incluso refiriéndose a sus amores con Mary Campbell, Virginia preguntaba: “¿Es cierto que adoras dar dolor?”. En ese contexto cabía amenazar: “Si te has entregado a Campbell, no tendré nada más que ver contigo, y así será escrito, llanamente, para que todo el mundo lo lea en *Orlando*”. Pero la relación de su amiga con Mary Campbell no impedía que le escribiera a Vita: “¿Si te viera me besarías? ¿Si estuviera en la cama me...? Estoy bastante excitada respecto a *Orlando* esta noche: he estado yaciendo junto al fuego inventando el último capítulo”.

Editora y crítica

A diferencia de lo tedioso que le había resultado ese verano en Rodmell escribir su libro de crítica, Virginia sintió que este había sido su “otoño más feliz”, con mucho trabajo, éxito y “la vida en condiciones fáciles”. Con tal entusiasmo, apenas registró los indicios de una tormenta que hacía tiempo se venía cerniendo sobre la Hogarth Press y que estalló de pronto frente a ella:

«Hace una semana pregunté la hora en la imprenta. “Que te la diga Leonard”, me dijo Angus malhumorado.

“Pregúntaselo a Angus. Al parecer, yo no la sé”, contestó Leonard

gruñón. Y vi que Mrs. C. inclinaba la cabeza sobre su máquina de escribir y se reía. Esto era el coletazo de una terrible pelea entre ellos respecto a la hora. Angus ha sido despedido; pero le dice a Nessa que quiere quedarse, si pudieran hacerse compatibles los temperamentos».

Inmersa en *Orlando*, a Virginia tampoco le preocupó demasiado que el libro de Mary Hutchinson publicado por ellos fuera una pérdida de dinero. Sabía que “la psicología del dinero es extraña” y que en sí mismo el hecho de gastar no le proporcionaba “un placer enorme”; aunque sentía el placer de ganar su propio dinero y comprar su auto o un gramófono aumentaban el confort de la vida cotidiana, lo más importante era saberse llena de “proyectos [...] florecientes”. Entre estos proyectos, la Hogarth pensaba aceptar a Dorothy Wellesley como *sponsor* de una edición de poesía que, con el nombre de *Hogarth Living Poets*, comenzó a publicarse el año siguiente y alcanzó los 29 volúmenes.

Como siempre, Virginia tenía mucho que leer; a los manuscritos de la imprenta se sumaban los libros que debía reseñar, pero dado que deseaba comenzar otra novela y terminar el *Orlando*, encontraba poco placentero el trabajo periodístico. En ese sentido, le escribía a E. M. Forster: “Nada me induce a leer una novela excepto cuando tengo que hacer dinero al escribir sobre ella. Las detesto. Me parecen equivocadas de principio a fin, las más incluidas” [333]

Pero había libros que tenía la obligación de leer, como el manuscrito de Clive, *Civilization*, y aunque le escribió una carta halagadora, él dudó de su sinceridad y tuvieron una nueva discusión. Finalmente, Clive trató de enmendarse enviando chocolates y ella escribiéndole: “También soy lo suficientemente mojugata y presumida para otorgar algún valor a mi juicio acerca de los libros y no me gusta que se crea que, a pesar de que pueda mentir sobre todo lo demás, mienta sobre ellos”. De pronto, su cuñado era uno de los muchos escritores que dependían de su crítica. Pero entre ellos también estaba su sobrino Julian, que por entonces cursaba estudios en el King’s College de Cambridge, y le enviaba [334] poemas y una obra de teatro.

En diciembre los Woolf fueron a Charleston, donde asistieron a una representación en la que actuaba su sobrina y, aunque Virginia se sintió conmovida —“Angelica tan madura y sosegada; toda gris y plata; epítome de toda femineidad, un capullo cerrado de sensatez y sensibilidad”—, concluyó que “ya casi no deseo tener hijos”. Su deseo pasaba solo por escribir:

«Este insaciable deseo de escribir algo antes de morir, esta devastadora sensación de la brevedad y la fiebre de la vida, me hace aferrarme, como un hombre a una roca, a mi otra ancla. No me gusta el aspecto físico de tener hijos. Esto se me ocurrió en Rodmell, pero nunca lo anoté. Puedo imaginarme en el papel de madre, eso es cierto. Y quizás he matado el sentimiento instintivamente; como quizás hace la naturaleza».

El 22 de diciembre Virginia escribió en su diario la última anotación de ese año. Sentía que debía reprenderse a sí misma por haberse dejado desbordar por tentaciones sociales; se sentía “una meretriz, mediocre, una farsante” que estaba “adquiriendo la costumbre de la charla ostentosa” También recordaba que Dadie Rylands había dicho: “Cuando V deja que su estilo la pueda, uno no piensa más que en eso”. De alguna manera, el joven había señalado que carecía de capacidad lógica, que vivía y escribía en un “sueño de opio”, y que el sueño era “con demasiada frecuencia” acerca de sí misma. Tomando en consideración las críticas, ella pensaba estar alerta, y agregaba: “Con la edad madura encima y la vejez en el horizonte” es “importante ser severa con tales defectos. Sería muy fácil que me convirtiera en una mujer casquivana y egoísta, que exige cumplidos, arrogante, estrecha y marchita”. A todo esto, aunque seguían las comparaciones con Nessa, “la más grande y humana de las dos”, para Virginia lo importante era que otra vez estaban “juntas y en alianza contra el mundo”. Y manifestaba su admiración por ella:

«Y qué orgullosa me siento de su triunfante victoria en todas nuestras batallas, mientras ella [¿se abre?] camino con aplomo y modestia, casi anónimamente, hasta más allá de la meta, con sus hijos alrededor; y solo un poco de ternura añadida (algo conmovedor en ella) me demuestra que ella también se maravilla, se sorprende, de haber pasado tantos terrores y penas y estar ilesa».

Sin indulgencia consigo misma, y luego de este paralelo, Virginia se trazaba la dirección por seguir para corregirse: “Para corregir esto y para olvidar la propia pequeña, absurda, aguda personalidad, reputación y todo lo demás, uno debería leer; ver a personas de fuera; pensar más; escribir más lógicamente; sobre todo tener mucho trabajo;

y practicar el anonimato”.

CAPÍTULO XXXI - 1928

“ME GUSTA SER UN ASNO ATADO A LA PIEDRA DEL MOLINO”

A principios de año, Virginia comenzó un nuevo diario en su cuaderno número XVII. Allí constataba que se sentía apenada porque Nessa y Duncan viajaban a Cassis y que la entristecía que el vapuleado pero querido Clive se fuera a Alemania. A mediados de enero, la muerte de Hardy dio otra ocasión a los pensamientos tristes. Durante el funeral, con la sensación de que solo “a intervalos interrumpía alguna emoción”, Virginia dudó de la capacidad “del animal humano para mostrarse digno en las ceremonias”. Lo cierto es que además de tener la sensación de que el joven cura que secundaba al obispo era un farsante, se había distraído pensando en una conferencia que daría en Newnham College en mayo, y en una carta que había recibido de Max Beerbohm, donde el reconocido caricaturista, crítico y ensayista señalaba que *El lector común* era “superior a cualquier otro libro moderno de crítica”, pero también que en sus novelas ella era “demasiado dura con nosotros, los lectores comunes”.

El invierno era frío, y en medio del agotamiento surgieron otra vez los síntomas de una nueva crisis:

«Hardy y Meredith[335] juntos me hicieron caer en cama, aletargada y con jaqueca. Ya conozco la sensación, cuando no puedo hilvanar una frase y me quedo refunfuñando y dando vuelta; y nada pasa por mi mente, que es como una ventana vacía. Entonces cierro la puerta de mi estudio, me voy a la cama y me tapo los oídos con goma; y

permanezco allí echada un día o dos. ¡Y viajo leguas en ese tiempo! Qué “sensaciones” recorren mi espina dorsal y mi cabeza en cuanto le doy la oportunidad; qué exagerado cansancio; qué angustias y desesperaciones; y qué celestial alivio y descanso; y luego otra vez desdicha. Nunca ha sido nadie tan zarandeado por su propio cuerpo como yo, creo».

Vita tampoco pasaba por un buen momento: su padre había muerto y las leyes inglesas impedían que heredara el castillo de Knole. Así pues, “la pasión de su vida” quedaba en manos de un tío varón y perdía la propiedad “para siempre”. Complicaba las cosas una difícil relación con su madre, cada vez más excéntrica, y Virginia comentaba: “Esa vieja desgraciada ha hecho su mejor esfuerzo por arruinarlo todo, ha insultado a Vita, huyó con el collar de diamantes de María Antonieta, no responderá las cartas de los abogados, y retiene el testamento”. Era *vox populi* que el comportamiento de lady Sackville podía ser tolerado “solo en una obra de teatro isabelina”

Sin embargo, no todas eran malas noticias. Virginia sentía la satisfacción de tener algo de dinero depositado en el banco, y por primera vez su propio talonario de cheques. En lo inmediato se inauguraba una época próspera: sus artículos se vendían en Inglaterra y Norteamérica, por lo que recibía dos veces el pago por la misma nota. Además, a fin de año, el éxito de *Al faro* y de *Orlando* redundó abundantemente en su cuenta bancaria. También era una buena época para Leonard, que, fanático del jardín, se preparaba para comprar el terreno lindero con Monk’s House.

Pero los primeros meses del año fueron de mucho trabajo. Virginia debía terminar las reseñas pendientes, pensaba en el libro de crítica y enfrentaba el final de *Orlando*: la corrección era ardua y no podía compararse con la de alegría y facilidad que había hecho el año anterior. Finalmente, el 17 de marzo, aunque todavía faltaban “tres meses de cuidadoso trabajo antes de poder imprimirlo”, dio los últimos toques al libro. Le preocupaba que la historia que había comenzado “como una broma” resultase “demasiado larga para ser una broma y demasiado frívola para una novela seria”. En todo caso, surgían nuevas ideas para libros nuevos y escribía en su diario refiriéndose a sus proyectos: “Dudo que vuelva a escribir una novela después de *O*. Inventaré un nuevo nombre para ellos”.

En ese contexto, quedaba poco tiempo para ocuparse de sus diarios; desde febrero había estado “un poco nublada por la jaqueca”, aquejada por una ligera gripe y con “toda la energía concentrada en obligar a

[su] libro a avanzar”. La vida social también había sido tumultuosa: “Durante las últimas 6 semanas he sido más un cubo que una fuente; quieta esperando que dispare una persona tras otra. Un conejo que cruza una galería de tiro y los amigos hacen pum-pum” Como solía ocurrir en momentos parecidos, se proponía controlar ese “asunto del conejo”, y también escribir artículos que a razón de 25 libras por mes le permitieran vivir sin preocupaciones económicas, y dedicada a sus lecturas. “A los 46 años —escribía en su diario— hay que ser avaro; solo tenemos tiempo para las cosas esenciales”. Entre sus prioridades, también consideraba viajar a Cassis, donde se alojaría cerca de La Bergère, la casa que ocupaba Nessa, a quien le escribía extensas y entretenidas cartas informativas, para tenerla al tanto de los chismes de Bloomsbury. Entre otras cosas, le contaba, “realmente shockeada”, que el “pobre querido Tom Eliot”, que se había convertido en “anglocatólico, cree en Dios y en la inmortalidad”, con lo que podría considerarse “muerto para todos nosotros a partir de hoy”. Pero el principal protagonista de sus cartas seguía siendo Clive, quien decía que había descubierto que Mary Hutchinson era casi “una servil copia de él mismo”. A raíz de este comentario, Virginia bromeaba con su hermana: “¿No te parece extraño que no haya adivinado en trece años lo que nosotras pudimos ver en diez segundos?”.

Finalmente, poco antes de partir a Cassis, Virginia escribió las últimas líneas del *Orlando*, y con una sensación de triunfo y alivio se lo comunicó a Vita:

«¡¡¡orlando está terminado!!!

¿Sentiste un cierto tirón, como si tu cuello se rompiera el domingo pasado [17 de marzo] a la una menos cinco? Fue cuando él murió, o más bien dejó de hablar, con tres puntitos suspensivos... Ahora cada palabra deberá ser reescrita, y no veo posibilidad de terminarlo para septiembre. Está desorganizado, incoherente, intolerable, imposible, y me tiene harta. Ahora la pregunta es la siguiente: ¿cambiarán mis sentimientos por ti? He vivido en ti todos estos meses; ahora que he salido, ¿cómo eres realmente? ¿Existes? ¿Te he inventado?

—¿Realmente te conozco?»

Eran preguntas que deberían esperar, porque el 24 de marzo los

Woolf partieron a Francia en su auto. Virginia, que no podía contener su ansiedad, le escribía a Nessa:

«Estoy muy entusiasmada, en parte ante el pensamiento de volver a verte. Soy como una anémona de mar que ha tenido que mantener todos sus tentáculos enroscados, y cuando es puesta en el agua (por ejemplo, con Delfín), salen y se ondulan y dan volteretas y son de una exquisita e increíble belleza: pero ¡Dios! Delfín muerde o lanza ácido: no se puede contar con Delfín por más de dos segundos. Delfín es una bruta sin corazón, pero eso es nada comparado con Duncan, cuyo corazón está hecho de la más pura esmeralda: dura, preciosa, hermosa, fría».

Un motivo adicional de alegría era recorrer el trayecto en automóvil, ya que mejoraba las expectativas del viaje. Los Woolf podían conducir todo el día, dedicar un par de horas al almuerzo y alojarse en hoteles de paso, todo según las necesidades del momento y sin atenerse a los obligados horarios de los medios de transporte. Si bien durante sus vacaciones Virginia no llevó su diario personal, a mediados de abril escribió a manera de pequeña reseña:

«De vuelta en casa, como estaba previsto, anoche, y para que el polvo se pose en mi mente escribo aquí. Hemos cruzado Francia en las dos direcciones, cada pulgada de ese campo fértil atravesado por el admirable Singer. Y ahora las escenas de ciudades y agujas se alzan en mi mente mientras el resto se hunde. Vi Chartres en especial, el caracol, con la cabeza levantada, cruzando las tierras llanas, la más distinguida de las iglesias. El rosetón es como una joya sobre terciopelo negro. El exterior es muy intrincado pero simple; alargado; preservado de algún modo de lo fantástico y adornado. Un tiempo gris sobre todo esto; y recuerdo volver de noche bajo la lluvia a menudo y oír la lluvia en los hoteles. Con frecuencia yo estaba tambaleándome gracias a mis dos vasos de vin dupays».

También recordaba algunas de las escenas cotidianas que tanto le gustaban, como cuando pincharon un neumático y entraron en casa de una familia que vivía en un pueblo de montaña. Había disfrutado los paisajes, la buena comida, la compañía de Nessa, Duncan y Clive, aunque este le dio “una palmada en el trasero, en público, maldito sea, pequeño advenedizo insolente”. Sin que mediaran otros contratiempos, el viaje resultó un éxito y las consabidas peleas con su cuñado no

llegaron a opacarlo. Además, siempre se reconciliaban tras sus rencillas: Clive le pedía que tuviera en consideración lo infeliz que había sido a causa de sus pasiones, y ella le exigía que recordara que había “estado loca”.

Al margen de los conflictos familiares, hacer turismo en Francia era atractivo y la posibilidad de los recorridos en auto aumentaba el disfrute. Las hermanas competían acerca de cuál de los dos autos —el Singer de Virginia o el Renault de Vanessa— se adaptaba mejor a los caminos. Virginia bromeaba con su sobrino Julian y disfrutaba de sus vacaciones, que incluyeron una visita al asilo de Saint-Rémy, donde Van Gogh había estado internado, y que ella juzgó lo suficientemente atractivo como para sugerir ser internada allí “la próxima vez que estuviera loca”.

A estas alturas, el grupo de Bloomsbury constituía una especie de familia en la que se daba por sentado que sus miembros no debían ofenderse fácilmente. Todos estaban al tanto de la vida de los demás y las habladurías alimentaban las relaciones, pero además, en el caso de Virginia, los chismes le permitían bajar al mundo de los “hechos”, a la dimensión de las cosas concretas. Si bien sentía que “la única vida excitante es la imaginaria”, nunca despreciaba la acumulación de material anecdótico que podría utilizar en sus escenas. Tal vez por eso, durante algún tiempo, el conflicto entre Vita y su madre ocupó bastante espacio en su diario y correspondencia:

«De chismes, el principal es que Vita ha tenido una terrible culminante y final escena con lady Sackville en una oficina de abogado, con testigos para tomar nota de todos los insultos. La mujer parece absolutamente loca; la llamó mentirosa, ladrona y prostituta; cortó su collar de perlas a la mitad y se metió las doce mejores piedras en el bolsillo, y luego anunció que desde ese momento la consideraba muerta y que retendrá cada penique de su asignación. Vita jura que va a ganarse la vida con su pluma».

Este tipo de chismorreos, que a veces superaba la barrera de lo correcto, era también un arma para alejar el tedio, poner una nota de alegría y efervescencia en la vida cotidiana, y evitar pensamientos tristes. Pero el mayor remedio, como dejó claro a poco de regresar de sus vacaciones, tras registrar con dolor la muerte de Jane Harrison, seguía siendo “trabajar y trabajar, lo más que pueda”. Antídoto contra

la tristeza, el trabajo también ahuyentaba el fantasma del paso de los años: “A los 46 años no soy insensible, sufro considerablemente, tomo buenas resoluciones, me siento aún tan experimental y al borde de alcanzar la verdad como siempre”.

Con el fin de publicar *Orlando* en septiembre, Virginia armaba cronogramas, planeaba revisar su libro a razón de diez páginas diarias, y aunque el esfuerzo sería importante, admitía: “Bueno, me gusta ser un asno atado a la piedra del molino”. Pero además, *Orlando* todavía representaba diversión ya que los Woolf partieron a Long Barn para tomar fotos de Vita, a fin de ilustrarlo.

“Mi tierra está regada de nuevo”

A principios de mayo Virginia recibió el premio Femina Vie Heureuse[336] de manos de Hugh Walpole. Al “horror de haber estado fea, vestida con ropa barata negra”, y a la conciencia del complejo que implicaba dicha afirmación, se le sumaba su percepción de que incluso la fama se convertía en algo “vulgar y fastidioso” que no significaba nada y que además le quitaba tiempo. La ceremonia la confirmó en su idea de que debía rehuir ese tipo de ocasiones. Aun así, se alegró cuando se acercó a ella la actriz Elizabeth Robins, que había sido amiga de sus padres y que le dijo que Julia, “la más bella de las Madonnas y al mismo tiempo la mujer más completa del mundo”, nunca hacía confidencias, pero “de repente decía algo tan inesperado, que viniendo de aquella cara de Madonna, a uno le parecía cruel”. La sensación de descubrir nuevos atributos de la distante imagen materna era atractiva y añadía misterio y encanto a su figura. Virginia había estado obsesionada por ella, y después de su estadía en Francia, con la impresión de que dependía de la misma manera de su hermana, reconocía “una especie de sequía producida por la falta de Nessa”.

Pero la relación volvería a dar una vuelta de tuerca. Virginia halagaba a Nessa cuando decía que la necesitaba, pero en otros aspectos era poco sutil. Comparaba a Julian con su padre, y señalaba que se tomaba “demasiado en serio” sus poemas. Y aunque a Nessa no la ofendía que se hablara de la vanidad de Clive, lo más probable es que se resintiera con las alusiones que involucraban a sus hijos. Julian y Quentin representaban la nueva generación de Bloomsbury; mientras

que el mayor escribía, el menor deseaba dedicarse a la pintura, y si bien Virginia creía percibir en ellos una suerte de reflejo, los medía con la misma vara de exigencia que usaba consigo misma. Es así como una tarde, luego de una visita de Quentin, registró en su diario: “Se ha vuelto elegante e inseguro, le gusta usar palabras francesas; muy sofisticado, ahora muestra en cada movimiento la sombra de nuestros defectos como grupo; inquieto, sin duda; rápido, sensible, pero le falta algo de la fuerza y la sencillez de Julian”.

La descripción de Quentin parece remitir a la de un joven Clive y de alguna manera denota condescendencia. El cariño que sentía por su sobrino no le impedía señalar que se había transformado en una especie de *bon vivant* sofisticado y culto. Pero eso no era suficiente. Por experiencia propia, Virginia sabía que la rusticidad o la vulgaridad de los salones solían desencantarla, y que salía de esas reuniones incapaz de “rociar el aire... de polvo dorado”:

«Qué adorable que sería [...] poder abrir una de estas puertas, que aún abro con tanto espíritu de aventura, y encontrar a una persona auténtica, interesante, viva, una Nessa, un Duncan, un Roger. Alguien nuevo cuya mente comenzase a vibrar. Bastos y corrientes y aburridos, estos Cunards y Colefaxes... a pesar de su asombrosa eficacia en el comercio de la vida».

Pero nadie, ni siquiera escritores como Rose Macaulay, Rebecca West o André Maurois poseían el encanto incomparable que atribuía a Nessa, para quien Virginia no escatimaba elogios. Pensaba escribir un himno de alabanza a su pintura *Three Women* y decía que se sentía tentada de componer unas “Variaciones sobre un cuadro de Vanessa Bell”. Finalmente, cuando Nessa volvió a Londres, Virginia escribió: “Mi tierra está regada de nuevo”. Pero era duro para ella constatar que mientras su hermana ocupaba un lugar central en su vida, su posición en la de Nessa era periférica. Estos sentimientos coincidían con un cierto distanciamiento en la relación con Vita. Luego de pasar un día en Long Barn, Virginia soñó con Katherine Mansfield, y tuvo “la sensación de ella, de ella como si estuviera viva de nuevo, más que de día”.

Su sueño remitía a la añoranza de un tipo de amistad distinto del que Vita ofrecía. Poco quedaba de “excitante” o “efervescente” en su relación, y Virginia se interesaba en “roer en los diferentes estratos de la amistad; cómo se pasa inconscientemente a otros términos, se toman las

cosas con más tranquilidad”. Lejos de sus aspectos más pasionales, su amistad con Vita se estaba convirtiendo en algo “más sensato, quizá más profundo”. Lo cierto es que Virginia la había sermoneado “por sus torpes costumbres con los Campbell [...] A la

Sra C. le pega su marido, todo porque [Vita] ha entrado triunfante, con su plata, sus coronas de marqués y sus lacayos, en la vida de una cocinera de arenques”.³⁶ Virginia se sentía desplazada por las otras mujeres que interesaban a su amiga, y tanto en sus sueños como en la relación con su hermana, volvía a los viejos afectos.

En agosto y ya instalada en Rodmell, seguía reflexionando acerca de las relaciones humanas, y luego de una visita de Eddy Sackville se preguntaba: “¿Por qué no me quedo sosteniendo en la mano una pequeña sustancia redonda, digamos del tamaño de un guisante, algo que pueda meter en una caja y mirar?”. Concluía que aunque las personas y las relaciones que uno tiene con ellas son únicas e irrepetibles, su desaparición no nos afecta demasiado. Es oportuno preguntarse si estos pensamientos no tenían también que ver con la distancia en su relación con Vita. Inundada por la melancolía, pero siempre dispuesta a seguir ese pensamiento hasta el final, se lamentaba de cuán “poco importan nuestras relaciones, y sin embargo, son tan importantes”. Por otra parte, tenía conciencia de que su propia subjetividad, fundamental para sí misma, era, para los otros, apenas una “sombra que pasa sobre las colinas”. Pensaba que era engañoso creerse valiosa para los otros y concluía: “Eso constituye parte de mi extrema intensidad para mí misma: de hecho, no importo; y así parte de mi intensidad es irreal, me da una sensación de ser una ilusión”. Sola en Monk’s House, recreaba una visión más cercana que la que había logrado en presencia del primo de Vita: “Y lo que queda de Eddy es ahora tan vívido, aunque más transparente, todo él componiéndose en mi mente, todo lo que pude obtener de él, y haciéndose un paisaje apropiado, convirtiéndose en una obra de arte para sí”.

Al frenesí del *Orlando* le sucedía una etapa melancólica y reflexiva. Retomaba preocupaciones íntimas, relacionadas con la percepción de la propia subjetividad y su relación con el mundo de los otros y la realidad. Como declarada atea, Virginia no tenía los consuelos de la religión, pero contemplando a un grupo de jóvenes del Ejército de Salvación “haciéndole alegre el cristianismo a la gente”, pensaba: “A decir verdad, cuando los observo nunca me río ni los critico, solo pienso: qué extraño e interesante es esto; me pregunto qué quieren decir con ‘Ven al Señor’”. Este tipo de reflexiones y comentarios da cuenta de

que estaba deprimida, y si bien a fines de mayo Leonard le dijo que el *Orlando* era una sátira original e interesante, ella afirmaba que nunca escribiría otra novela. Pensaba “mantener las escotillas cerradas, no dejar entrar demasiados proyectos”; apuntaba a lograr “algo abstracto, poético, la próxima vez”. Corregir pruebas durante 5, 6 o 7 horas diarias era una tarea agotadora sin consuelo ni voluptuosidad posible, durante la cual el placer de la escritura se desvanecía. Se avecinaba una crisis que conocía tan bien, que anticipaba en su diario: “Me tienta el suicidio. No parece quedar nada que hacer. Todo parece insípido y carente de valor. Ahora me observaré y veré cómo resucito”.

De alguna manera, todas estas inquietudes no hacían más que enmarcar el origen de *Las olas*, cuyo nombre provisorio fue *Las falenas*. Se trataría de un libro definido por la necesidad de un ritmo y temática profundas, relacionadas con el discurrir de su mente: “Mis ideas me poseen hasta tal punto, y detesto cada vez más las interrupciones, y la lenta pesadez de la vida física, y casi me desagradan los cuerpos de la gente, creo, a medida que envejezco; y siempre deseo cortar eso y obtener lo máximo del tuétano, de la esencia”. En ese contexto, sentir los gritos de los niños de Rodmell, “con sus condenadas voces chillonas”, los convertía en una ingrata presencia y admitía otra vez que ya no deseaba tener hijos propios.

Lo más importante pasaba a ser la historia de *Las falenas*, que iba tomando forma y sentía que flotaba “en alguna parte de [su] cerebro”. Virginia analizaba las fases del proceso creativo, con la sensación de estar “cumpliendo órdenes, siempre cubriendo una etapa definida con cada libro, aunque sea una que me fijo yo misma”. Vivir en sus pensamientos despojaba al cuerpo de su pesadez física, y aunque muy social y “vivido casi demasiado en público”, el verano dejaba espacio para disfrutar “de ese atenuarse y elevarse de la luz que tanto me entusiasma en los *downs*”. Pero el paso del tiempo también se reflejaba en una nueva percepción de sus amigos que confluía, consciente o inconscientemente, en *Las olas*:

«Me parece advertir en varios de mis amigos una atractiva y enternecedora cordialidad: un placer en la intimidad; como si el sol se estuviera poniendo. Me viene a menudo esa imagen con cierta sensación de que mi estado físico es más frío ahora, de que el sol se aparta de una; el viejo disco del propio ser se está enfriando, pero es solo el principio: nos volveremos fríos y plateados como la luna».

La soledad era propicia para este tipo de reflexiones, pero no era

fácil sostener un “retiro religioso”. “Tanto miedo tiene uno a la soledad: a ver el fondo del recipiente”, reconocía Virginia. Ese temor —común a otros agostos— la llevaba a una “conciencia de lo que llamo *realidad*: una cosa que veo ante mí, algo abstracto, pero que reside en los *downs* o en el cielo, comparado con la cual nada importa, y en la cual descansaré y continuaré existiendo”. Como si se tratara de una experiencia mística, agregaba: “A veces creo que esto es lo más necesario para mí: lo que busco”. Pero luego, tentada por la pluma, advertía: “Qué difícil no ir convirtiendo esto y aquello en ‘la realidad’, cuando es una sola cosa. Puede que este sea mi don, puede que sea esto lo que me distingue de otras personas, creo que tal vez sea raro tener una sensación tan aguda de algo así, pero, una vez más: ¿quién sabe? Me gustaría expresarlo también”. Es evidente que los pensamientos de su diario reflejan el clima exacto para *Las falenas* que sería “un libro ciego, místico, abstracto: una obra teatral- poema” Un libro donde apuntaría a ciertas profundidades, sabiendo, desde un principio, que podría no ser bien recibido por todos los lectores. De todas maneras, estaba decidida a correr el peligro de “ser demasiado mística, demasiado abstracta”, porque interpretaba que Nessa, Roger, Duncan y Ethel Sands admiraban eso, su lado “inflexible”, y se decía a sí misma: “Más vale que me gane su aprobación”. Con clara conciencia de lo que se estaba proponiendo, y analizando detenidamente lo que sería su obra a partir de ese momento, concluía:

«Más bien creo que el resultado serán libros que den paso a otros libros: una variedad de estilos y temas; porque, después de todo, ese es mi temperamento; creo estar muy poco convencida de la verdad de nada —lo que digo yo, lo que dicen otros—, seguir siempre, ciegamente, instintivamente, con la sensación de saltar un precipicio, la llamada de... la llamada de... Ahora, si escribo *Las falenas*, tendré que llegar a un acuerdo con esos sentimientos místicos».

La escritura contra el poder destructor del pasado

Esas visiones y la necesidad de analizar la propia subjetividad requerían un entorno propicio para tomar forma, pero una visita de la madre de

Leonard podía trastocarlo todo. La vieja señora Woolf representaba una fuerza antagónica, arcaica, anclada en una suerte de prejuicios que, había que reconocerlo, le habían permitido remontar su temprana viudez a cargo de sus nueve hijos. Pero cuando se encontraba con ella, Virginia temía al aburrimiento y más aún a la imposibilidad de expresar sus pensamientos libremente. Así definía en su diario lo que significaba estar con su suegra:

«Es como hablar con una niña, una niña que además tiene “sentimientos”; una niña con “derechos” y un sentido del decoro y la respetabilidad y de lo que se debe decir y hacer. Al haber instituido todos estos principios está, lo están todos, secretamente insatisfechos; porque, naturalmente, no le sacan ningún placer a la vida; están envueltos en una gruesa lana que los protege de cualquier contacto directo, y por lo tanto esta gente —una inmensa clase— está siempre incómoda a menos que esté comiendo, recibiendo halagos, o realizando alguna tarea natural, como cuidar a un niño. Y luego, si el niño es Leonard, crece y le aburres horriblemente».

Se puede suponer que Virginia se portó bien con su suegra, ya que después de su visita Leonard le regaló sin aparente motivo, a ella, que adoraba los vidrios coloreados, una jarra de cristal azul. Pero la charla la había agotado. También volvían a su memoria los rasgos demandantes de las relaciones familiares cuando son impuestas. Su suegra mostraba aspectos de lo materno que estaban lejos de aquellos que había idealizado, lo que, sumado a sus prejuicios antijudíos, echan un cono de sombra sobre su diario, ya que muestran a una Virginia intolerante y juzgadora:

«Es una emoción que no se tiene en ninguna otra relación humana. Ella tenía derecho a exigírmelo; sentía placer y dolor irracionalmente, y de alguna forma me clavaba sus garras. Estos sentimientos son tan violentos como cualquier otro. Y también estaba el discurso sentimental, pero vanidoso y casi demencialmente egoísta, acerca de su amor por los hijos; que todos son —esos judíos y judías pesados, vulgares y prácticos— hombres y mujeres espléndidos; al oír esto me dieron arcadas. Qué extrañamente lo transforma todo en algo corriente, feo, burgués, a pesar de cierto encanto: ese algo fresco y vital que tienen las ancianas, no, creo, los ancianos. Pero estar atada a ella como

hija sería un destino tan cruel que no se me ocurre nada peor; y miles de mujeres pueden estar muriendo de ese mal en Inglaterra hoy: esta tiranía de la madre sobre la hija, o del padre; su derecho a lo que se les debe es tan fuerte como cualquier otro en el mundo. Y luego preguntan por qué las mujeres no escriben poesía. Aparte de matar a la Sra. Woolf, no se puede hacer nada. Día tras día la propia vida quedaría arrugada como un billete de 10 pen[iques]. No se ha dicho nada sobre esto».

La que sí había dicho muchas cosas era su suegra, y lo hacía de una manera torrencial, como si no se detuviera a procesar lo que pensaba, avasallada por una suerte de horror al vacío o al silencio. La visita de la madre de Leonard coincidió con la aparición de *The Well of Loneliness*, la novela sobre relaciones lésbicas escrita por Radclyffe Hall. Mientras que Leonard y Morgan Forster iniciaron una protesta y la recolección de firmas para evitar la censura y que el libro fuera retirado de la venta, Virginia y Forster enviaron una carta de apoyo que fue publicada en *N&A* el 8 de septiembre de 1928. Enterada del asunto, la madre de Leonard no eludió el tema. Para Virginia su suegra era un típico ejemplar de la burguesía moralista y poco creativa, pero muy segura de sí misma; un ejemplar que la fascinaba al mismo tiempo que le producía rechazo, tal vez por eso registraba las opiniones de la victoriana señora, que le había dicho, en presencia de Leonard:

«¿Has leído el libro de Radclyffe Hall?

Lo he comprado en Harrods. Ella era amiga de Bella. Fueron a la escuela de Mrs. Cole juntas y solía venir a nuestra casa a veces, una chica común de sociedad. [...] Y ahora ha escrito este libro. Desde luego no puedo decir todo lo que yo querría decir si estuviéramos juntas a solas. Puede que sea tonta, pero no puedo hablarles a ti y a Len como si Len no estuviera allí. Pero me encantaría hablar contigo a solas acerca del libro”. (Tras algo de estímulo, sin embargo, ella continuó). “Creo que es una terrible pena que semejante libro haya sido publicado. No me refiero a los motivos comunes. Me refiero a que hay muchas mujeres solteras viviendo solas. Y ahora es muy duro para ellas que semejante libro haya sido escrito. Eso es lo que pienso. Y podrás considerarme muy tonta —tengo setenta y seis—, [337]pero hasta que leí este libro no sabía en absoluto que semejantes cosas sucedían. No creo que lo hagan. Nunca he oído de semejantes cosas. Cuando iba a la escuela no había nada de eso. Fui a una escuela internado por dos años y nunca oí nada semejante. Una vez echaron a una chica, pero nunca supe por qué. Pudo haber sido por algo desagradable; pero no hubiera

sido por nada por el estilo. Y cuando me casé con mi primer esposo — era un hombre tan encantador, un holandés—, te aseguro que no sabía más del matrimonio de lo que sabe el bebé de Flo. Eso prueba que no hacíamos semejantes cosas en mi internado. *Leonard*: Lo hacíamos en mi internado. Fue el lugar más corrupto en el que he estado. Y me dejaste ir ahí cuando tenía doce sin saber nada. *Mrs. W*: Pero yo te había dado buenos principios, Len. Len: No me habías dado principio alguno. *Mrs. W*: ¡Oh, Len, cómo puedes decir eso, cuando sabes [qué] espléndido hombre era tu padre! Y cuando tu padre murió me dije a mí misma que aunque yo no podría ser para a ti lo que él era, haría lo mejor que pudiera para criarlos buenos hombres y mujeres; y a veces, sabes, Virginia, llevaba una gran cesta de sus medias a la cama conmigo para comenzar a zurcirlas directamente al levantarme en la mañana».

Convencional, arcaica o meramente arquetípica, su suegra representaba una faceta del mundo victoriano que subsistía en plena modernidad; cuando estaba con ella, Virginia sentía “el horror de la vida familiar y la terrible amenaza a mi libertad que solía sentir con papá”. No es extraño, entonces, que poco después, el 28 de noviembre, recordando el cumpleaños de su padre, Virginia volviera sobre esas vidas que consideraba que habrían intimidado su escritura:

«[Leslie tendría] 96 años hoy; y podría haber llegado a los 96, como otras personas que uno ha conocido, pero afortunadamente no fue así. Su vida habría acabado por completo con la mía. ¿Qué habría sucedido? Nada de escribir, ningún libro; inconcebible. Solía pensar en él y en mamá todos los días, pero escribir *Al faro* los exorcizó en mi mente. Ahora él vuelve a veces, pero de un modo diferente. (Creo que esto es cierto, que estaba obsesionada con ellos, de forma malsana, y escribir acerca de ellos fue un acto necesario). Ahora vuelve más como un coetáneo. Debo leerle algún día».

Un viaje con Vita y el *turning point* de una escritora

Pero esas lecturas debían esperar. En septiembre, Virginia estaba más preocupada por las fantasías que desencadenaba un viaje que había

programado con Vita, que por los fantasmas del pasado. Esta era la primera y única vez que viajaban solas, y tenía miedo de desilusionarla o desilusionarse. Además, hasta último momento rechazaba la idea de dejar a Leonard, y días antes de partir le confesaba a Vita: “No puedo confrontar la idea de imaginarme despidiéndome de él; pero luego visualizo una roca en un valle, y a Vita en una posada: *tengo* que ir”. Finalmente, el 24 de septiembre las amigas partieron a Francia con destino a Borgoña. Los Woolf apenas se habían separado desde su matrimonio, el viaje de Virginia generaba tensión y esa mañana tuvieron una pelea. Con *Orlando* próximo a la publicación, lo mismo que sus reseñas periodísticas, Virginia dejaba en suspenso *Las falenas* sin demasiada culpa. Pero ese mismo día, al llegar a París, le escribía a Leonard desde el Café Lutetia, y otra vez al día siguiente:

«Ahora me siento melancólica por ti, y estoy pensando que tal vez las colinas son más hermosas que Borgoña. [...] ¡Dios!

¡Realmente espero que seas cuidadoso conduciendo esta noche! Y que comas y duermas y no entregues todo tu afecto a los chuchos. Pobre Mandril, adora cada cabello de tu cuerpecito y por lo tanto demanda una hora de besos de antílope cuando ella regrese. [...] Esta es una horrible, tonta desaliñada rasposa carta, pero todas las cartas de afectos reales son aburridas. ¿Crees que somos extremadamente íntimos? Yo sí; porque ¿de qué otra manera una dandy como yo escribiría tan sin cuidado?»

Aunque Virginia le decía a su marido que no podría estar más de una semana separada de él y aseguraba que tenía cosas que contarle que no podría confiarle a Vita; a pesar incluso de sus temores iniciales, el viaje resultó placentero para ambas. Vita, que hablaba un buen francés, se encargó de tomar las decisiones prácticas. También sintió que debía cuidar de Virginia, por lo que una noche de tormenta se pasó a su cuarto, pensando que podía estar asustada, y hablaron por una hora, hasta que la tormenta cesó y se retiró para dejarla dormir. En sus cartas a Harold, ella describía a su compañera de viaje:

«Virginia es muy dulce, y me siento extraordinariamente protectora hacia ella. La combinación de ese brillante cerebro y frágil cuerpo es muy adorable. Tiene una dulce e infantil naturaleza, de la cual su intelecto está completamente separado. Nunca he conocido a nadie que fuera tan profundamente sensible, y que restara menos importancia a

esa sensibilidad».

Lejos de la pasión, el viaje transcurrió en términos de una sensata y cuidadosa amistad. De hecho, Virginia llegó a preocuparse porque, a diferencia de Vita, que los primeros días del viaje había recibido dos cartas de Harold, ella no recibía ninguna de Leonard. Las amigas conversaban de literatura, también vivían momentos de mayor intimidad, como cuando Virginia leyó su texto autobiográfico “Viejo Bloomsbury”, y cuando días después, en ocasión de visitar a Nessa y Duncan en Dieppe, [338] se repitió la lectura. Comidas deliciosas, paseos y una botella de borgoña que Vita le hizo beber fueron algunos de los hitos de un viaje placentero que culminó el 1° de octubre, cuando ambas volvieron a Inglaterra. Todo había salido bien, pero Virginia escribía en su diario: “Me alegró volver a ver a Leonard”.

Instalada en Londres, esperaba la recepción de *Orlando*, que apareció el 11 de ese mes. También tenía que cumplir con otros compromisos, y el 20 de octubre Leonard la llevó en auto, junto con Vanessa y Angelica a Cambridge, donde brindó una conferencia. En compañía de su hermana y su sobrina, Virginia pasó la noche con Pernel Strachey, directora del Newnham, y al día siguiente comieron con George Rylands en sus habitaciones del King’s. La semana siguiente volvió a Cambridge para otra conferencia —esta vez fue en tren y con Vita—. Estas dos conferencias sobre las mujeres y la literatura dieron forma a su libro *Un cuarto propio*, publicado al año siguiente. Si bien le parecía penoso tener que enfrentar auditorios repletos de oyentes, las jóvenes la habían impresionado porque “son hambrientas pero valerosas. [...] Inteligentes, interesadas, pobres y destinadas a convertirse en maestras de escuelas por docenas”. Además de sugerirles “suavemente que bebieran vino y tuvieran una habitación propia”, Virginia se preguntaba: “¿Por qué todo el esplendor y el lujo de la vida ha de ser derrochado en los Julian y los Francis y nada en las Phare y las Thomas?”.

Pero todo ese periplo de viajes y conferencias la habían alejado de lo que consideraba vital y a lo que se aferraba casi obsesivamente: no había podido concentrarse en sus pensamientos ni escribir, tampoco leer; al menos, esa era la sensación que la acompañaba desde su partida a Francia. A finales de octubre, dispuesta a recuperar el tiempo perdido, comprobaba que podía estar tranquila con las ventas del *Orlando*, que superaban su propio récord.

En sus memorias, Leonard subrayó que este libro fue un *turning point*

(punto de giro) en su vida de escritora, y significó un gran éxito de la Hogarth Press. De hecho, casi todo eran alabanzas, y solo de tanto en tanto *Orlando* recibía alguna crítica poco halagadora: en el *Squire* decían que se trataba de una bagatela. Ese tipo de opiniones eran compensadas enseguida por los elogios de Hugh Walpole y de Rebecca West, que aseguraba que se trataba de una obra poética de primera categoría. Sintiendo que podía considerarse “entre los escritores famosos”, Virginia se felicitaba a sí misma: “He crecido 5 pulgadas y media a los ojos del público”. También Vita, que hasta entonces no había leído el libro, estaba fascinada:

«No puedo decir nada excepto que me encuentro completamente encandilada, fascinada, encantada, bajo un hechizo. Me parece el más adorable, sabio, rico libro que jamás haya leído, excediendo incluso tu propio [Al] Faro. [...] Recibirás cartas, muy razonadas y iluminadoras, de mucha gente; no puedo escribirte ese tipo de carta ahora, solo puedo decirte que estoy verdaderamente movilizada, lo cual puede parecerte inútil y tonto, pero que significa realmente un tributo mayor que páginas de calmada apreciación... y es que después de todo me toca tan personalmente, y no sé tampoco qué decir a ese respecto, solo que me siento como una de esas figuras de cera en la vitrina de una tienda, sobre la cual has colgado una bata cosida con joyas. [...] Querida, no sé y ni siquiera me gusta describir, tan avasallada estoy, cómo has podido colgar tan espléndido atuendo sobre una pobre insignificancia».

La familia de Vita[339] también consideró que debía opinar. Harold, su marido, envió un telegrama desde Berlín: “*Orlando* me ha llenado con asombrosa excitación. Me siento profundamente agradecido a ti, Virginia, por haber escrito algo tan adorable y fuerte” En contrapartida, la madre de Vita le recriminó: “Has escrito unas hermosas frases en *Orlando*, pero probablemente no te des cuenta de lo *cruel* que has sido. Y la persona que ha inspirado el libro, ha sido aún más cruel”. La cuestión es que lady Sackville estaba furiosa y sobre una foto de Virginia, en su copia del *Orlando*, anotó: “La horrible cara de una loca cuyo loco deseo, realizado, es separar a la gente que se quiere. Aborrezco a esta mujer por haber cambiado a mi Vita y haberla alejado de mí”

También hubo una reacción de parte del nuevo lord Sackville, el tío de Vita. Mientras tanto, su primo Eddy se quejó de que podría ser tomado por “‘Mr. S. W.’ en *Orlando*” Antes de esto, Virginia debió asegurarle que no tenía relación alguna con el personaje de su libro, y

como al nuevo dueño de Knole le molestaba que se hubieran usado imágenes del castillo sin su permiso, para zanjar la cuestión, le escribió “una humilde carta de disculpas al tío de Vita”, y le envió una copia de la edición de lujo.

A estas alturas, Virginia sabía que *Orlando* era un libro rápido y brillante, pero también consideraba que tenía sus limitaciones: “*Orlando* me enseñó a escribir una frase directa; me enseñó continuidad y narración, y a mantener las realidades a raya. Pero intencionadamente evité, por supuesto, cualquier otra dificultad. Nunca llegué a mis profundidades ni hice que las formas se ajustaran, como hice en *Al faro*”. La cuestión era que no había intentado “explorar” y a la pregunta: “¿Y debo explorar siempre?”, contestaba: “Sí, sigo pensando que sí”.

A partir de esta experiencia, Virginia definió dos líneas de trabajo. Por una parte se propuso no dejar de lado lo lúdico y vital del *Orlando*, la posibilidad de darle a las cosas “su valor de caricatura”, pero, por otra, se impuso no descuidar su necesidad de explorar sus métodos experimentales y preocupaciones más profundas. Con esas premisas, ideó escribir un libro sobre el movimiento feminista o una historia del Newnham; y si bien se preguntaba si esa vena profunda, chispeante, no estaba demasiado estimulada por el aplauso, concluía: “Mi idea es que hay funciones que el talento debe desempeñar para el alivio del genio: eso quiere decir que uno tiene la faceta del juego; el don cuando es un simple don, un don no aplicado, y el don cuando es serio, práctico. Y uno sustituye al otro”.

Orlando

Pero *Orlando* es más que un ejercicio brillante y liberador. Gracias a ese libro Virginia logró eterno ascendiente sobre Vita: la había halagado como solo ella era capaz de hacerlo e incluso había conseguido superar los celos que le provocaban sus relaciones con otras mujeres. Gracias al *Orlando*, además de invertir los papeles en una relación en la que Vita asumía el rol dominante, pudo expresar de manera literaria la culminación de un proceso signado por la liberalidad sexual que caracterizaba a los integrantes de Bloomsbury, y que la ambigüedad sexual de Vita coronaba. Ya en marzo de 1927 Virginia había pensado escribir un libro, *The Jessamy Brides* (Las novias de Jessamy), en el que

sugeriría “el lesbianismo” Pero por entonces también se proponía “conseguir manuscritos históricos y escribir *Lives of the Obscure* (Vidas oscuras)”, donde ficción y biografía se entrelazarían a la manera de sus narraciones “El diario de Joan Martyn” y “Memorias de una novelista”. De lo que se trataba era de subvertir y parodiar las convenciones del género biográfico, tan afín a los escritores de la familia: su abuelo, autor de los dos volúmenes de *Essays in Ecclesiastical Biography* (1849), y su padre, autor de gran parte de los sesenta y ocho volúmenes del *Dictionary of National Biography*. Tanto la biografía como la historia habían sido facetas que Leslie y amigas como Janet Case o Violet Dickinson intentaron que cultivara; y ella misma, cada vez que dudaba del valor de sus novelas, las consideraba alternativas menos comprometidas. Sin embargo, lejos de conformarse con las convenciones del género, en su ensayo “La nueva biografía”, publicado en octubre de 1927, hacía referencia a lo interesante que podría resultar un tipo de escritura^[340] que “no es biografía, ya que participa de la libertad, del arte de la ficción”, en la que “la verdad de los hechos y la verdad de la ficción son incompatibles, a pesar de lo cual la urgencia de combinarlas es ahora mayor que nunca. Diríase que la vida que nos resulta cada vez más real es la vida ficticia. Es una vida que habita en la personalidad más que en los actos de la persona”. Podría decirse que esas premisas dieron marco al *Orlando*, donde se articula una biografía ficcional de Vita, y se complejiza el rol del autor, reconociendo la imposibilidad de “poner nombre al biógrafo cuyo arte posea la sutileza y la osadía necesaria para presentar esa extraña amalgama de sueño y realidad, ese perpetuo maridaje del granito con el arco iris”. De esta manera, *Orlando* es a la vez una biografía imaginaria y un libro que juega con las nociones convencionales del tiempo, de la sexualidad y que incluso hace guiños a la Teoría de la Relatividad de Einstein, ya del dominio público.

Orlando comienza en la era isabelina, el protagonista tiene 16 años y seduce a fuerza de belleza e inocencia a la reina Isabel. La voz narradora advierte que se trata de tiempos en los que “las mujeres eran apenas menos atrevidas en su discurso y menos libres en sus maneras que los pájaros”. Orlando seduce y es seducido, provoca los celos de la reina, lo que determina su alejamiento de la corte, experiencia que enfrenta con curiosidad, frecuentando ambientes bohemios. El joven regresa a la corte justo antes de la coronación del rey Jaime, momento que coincidió con la gran helada de 1607-1608. El río Támesis se ha convertido en una pista de patinaje natural y ahí conoce a Sasha, “la

princesa rusa” de la que se enamora, a pesar de que está comprometido con una inglesa noble y rica como él. Ahora es el turno de Orlando de sentir celos; ve a Sasha en las rodillas de un fornido y tosco marinero, siente ser uno con Otelo, obra que conoce poco después: “El frenesí del moro era su propio frenesí, y cuando el moro estranguló a la mujer, la mujer estrangulada era Sasha”

Los atributos de Orlando, su belleza, sus espléndidas piernas, remiten a los encantos que Virginia celebraba en Vita, en tanto ella misma había experimentado el tipo de celos que una y otra vez aparecen en la historia, y que desesperan a Orlando cuando Sasha huye de él, al tiempo que el Támesis se descongela y recobra su libertad. Desengañado, Orlando contempla que “todo era caos y confusión. El río estaba sembrado de témpanos”. De pronto, el perplejo narrador-biógrafo-personaje “tropieza con una dificultad que más vale afrontar que soslayar”: no cuenta con documentación para rastrear los “siete días y siete noches” que Orlando permanece dormido, y que como si se tratara de “minúsculas dosis de muerte”, “necesarias para ejercer el oficio de vivir”, le permiten transitar su desilusión, su gran padecimiento y despertar para entregarse a una “vida de soledad total”. Como Virginia y como Vita, Orlando es “un hidalgo que padecía el amor a la literatura. [...] El miserable se dedica a escribir”. Despierta de su letargo convertido en un caballero melancólico, que visita la cripta de sus ancestros y retoma su poema de juventud *La encina*, que remite al poema de Vita *The Land*. Por entonces Orlando comienza a frecuentar a Nick Greene, un poeta que se ríe sardónicamente de sus contemporáneos: Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson, Browne, sus autores preferidos. La devoción que el joven siente por los escritores a quienes idealiza recuerda los sentimientos de juventud de la propia Virginia, o la admiración que Vita le profesaba. Pero Orlando termina finalmente decepcionado por la feria de vanidades de los literatos, más aún cuando Greene se burla de él en una “sátira animadísima” en la que intercala “pasajes apenas disfrazados” de la escritura del propio Orlando. Es así como llega a los 30 años, habiendo experimentado que “la ambición y el amor, los poetas y la literatura eran igualmente vanos”.

Como Vita cuando se sentía desilusionada del mundo, Orlando se refugia en sus posesiones, en sus perros, en la naturaleza; mientras tanto, su biógrafo se encuentra otra vez en aprietos para describir una época en la que las acciones del protagonista disminuyen, a la par que se hace más reflexivo. Además del sugestivo manejo del tiempo, que

permite que los siglos pasen y que Orlando los atravesase siempre joven, la propia categoría temporal se problematiza. El narrador-biógrafo hace referencia al “desacuerdo del tiempo del reloj con el tiempo del alma”, y a cómo esto afecta la percepción de la vida humana, “pues en cuanto decimos que dura siglos, nos recuerdan que dura menos que la caída del pétalo de una rosa”. Además del particular manejo temporal, las digresiones del biógrafo abordan otro tipo de paradojas: confiesa que la vida mental de su sujeto es un misterio inaccesible, que siempre hay algo de él que se le escapa. Otra de las paradojas inexplicables es el cambio de sexo de Orlando, que, como embajador de Turquía del rey Carlos, cae en un nuevo letargo de siete días con sus noches, que culminan cuando despierta convertido en mujer; cuestión trascendente, *turning point* de la novela, donde otra vez el biógrafo confiesa sus dificultades: “*we have no choice left but to confess —he was a womah*” (“no tenemos otra opción más que confesar: él era una mujer”). [341] En este caso el problema es la censura, representada por la aparición de tres hermanas: Nuestra Señora de la Pureza, Nuestra Señora de la Castidad y Nuestra Señora de la Modestia, que intentan detener infructuosamente a “la Verdad, la Franqueza y la Honradez, austeras diosas que hacen guardia junto al tintero del biógrafo [...] gritan ‘la Verdad’”. Puede decirse que en *Orlando* Virginia recrea aspectos de su propia experiencia como escritora y se permite bromas e irreverencias sirviéndose de Vita como pantalla. Aborda problemáticas de género y explica que, en el caso de *Orlando*, “el cambio de sexo modificaba su porvenir, no su identidad”. De hecho, aunque no podría decirse que durante su existencia como varón Orlando respondiera al tipo patriarcal, sino más bien a un alma andrógina, una vez convertido en mujer aumenta su empatía con las mujeres, con las que comienza a identificarse. La cuestión de la confusión de los sexos, dice el biógrafo, preocupa a “los filósofos” y plantea un dilema: “No hay ser humano que no oscile de un sexo a otro, y a menudo solo los trajes siguen siendo de varones y mujeres, mientras que el sexo oculto es lo contrario del que está a la vista”. Como mujer, y después de convivir con gitanos en las colinas de Turquía, Orlando regresa a la corte de la reina Ana, “tenía amantes de sobra, pero la vida, que al fin y al cabo no carece de toda importancia, se le escapaba”. El éxito cortesano de Orlando remite a las experiencias sociales de Virginia. En los salones de lady R., que “tenía la fama de ser la antecámara del santuario del genio”, concluye: “Los huéspedes creían ser felices, creían ser ingeniosos, creían ser profundos, y como lo creían, otras personas lo creían aún más”. Gracias a su

posición social y riqueza, deslumbrada por Mr. Pope, Mr. Addison y Mr. Swift, Orlando agasaja a estos escritores como a reyes, pero descubre finalmente que “una mujer sabe bien que por más que un escritor [...] elogie su criterio, solicite su opinión y beba su té, eso no quiere decir en absoluto que respete sus juicios, admire su entendimiento, o dejará, aunque le esté negado el acero, de traspasarla con su pluma”. Harta de la misoginia de los escritores, de los salones y de un archiduque que en sus tiempos de varón lo había asediado presentándose como archiduquesa, y que en esta nueva etapa la pretende en matrimonio, Orlando se pone ropas de hombre y comienza a frecuentar a mujeres que se dedican a la prostitución: “(porque Nell trajo a Prue, y Prue a Kitty, y Kitty a Rose) tenían su propio círculo, al que la admitieron ahora. Cada una refería las aventuras que la habían conducido a esa profesión”. Con ellas, “Orlando nunca sintió correr las horas más rápidas y alegres”. Aun así, el lector no está invitado a compartir esas historias que suceden “cuando las mujeres se juntan —pero, chis— cierran muy bien las puertas para que no llegue a la imprenta ni una sola palabra de lo que dicen”. En cuanto a lo que ellas desean, a la vez que el biógrafo hace referencia tangencial a la prostitución que ejercían las nuevas amigas de Orlando, aventura: “Estábamos por decir lo que desean cuando un caballero nos sacó las palabras de la boca: las mujeres carecen de deseos, dice. [...] Sin deseos (ya lo ha servido Nell y se ha ido) su conversación no puede interesar a nadie”.

Las alusiones a la bisexualidad de Orlando no se explicitan, aunque se hace referencia a que “cambiaba de género con una frecuencia increíble” y a que “gozaba por igual del amor de ambos sexos”. Incluso se sugiere una supuesta fuga, como la de Vita, “con cierta dama y [...] la persecución del esposo”.

El siglo XIX y la era victoriana alteran a Orlando, que siente que incluso “el clima de Inglaterra parecía otro”, y percibe que “los sexos se distanciaron más y más. Por ambas partes se practicaron la simulación y el rodeo”. En la era victoriana, Orlando retoma su cuaderno de poesía, fechado en 1586. “¡Casi trescientos años que estaba trabajándolo!”. Pero finalmente se siente tentado de “ceder y someterse al Espíritu de la Época y contraer matrimonio”. Para entonces, es una “mujer hecha y derecha” de 32 años, para quien el espíritu del siglo XIX “era muy antipático”, pero que aun así descubre a un hombre especial, un caballero que ostenta un “nombre de oscuro plumaje”. Esta es una clara alusión a los reparos que puso la familia de Vita cuando quiso casarse con Harold, y que da lugar a otra referencia poco velada acerca de la

homosexualidad de ambos. Orlando y su enamorado se miran y se asombran: “‘Shel, eres una mujer’, dijo ella./ ‘Orlando, eres un hombre’, dijo él”. Los paralelismos irónicos no se detienen allí y se hacen alusiones a los hijos ilegítimos de Orlando con “Pepita, bailarina española” y a problemas sucesorios que debe enfrentar en su condición de mujer, incapacitada entonces de heredar el castillo de sus ancestros. Finalmente, después de otro pasaje temporal, el rey Eduardo sucede a Victoria, y Orlando tiene “su primer hijo”. Es el final; para entonces, la protagonista “no representaba un día más” que los 36 que había cumplido: “Era el once de octubre de 1928. Era el momento actual”.

[342]

Hipnotizada como un niño por una esfera plateada

Entre los halagos y las críticas del *Orlando*, Virginia se veía a sí misma como una espina “en el costado de los Squires y los Bennetts” Después de asistir, el 9 de noviembre, al juicio que se llevaba a cabo contra la novela de Radclyffe Hall, registró algunos pormenores en su diario. Le impresionó la entrada del magistrado, que simbolizaba la entrada de la ley en un recinto abarrotado:

«La ley, su astucia, su formalismo. Con ella hemos desarrollado una notable barrera entre nosotros y la barbarie; algo generalmente reconocido, mitad farsa, mitad ceremonia, por lo tanto; cuando sacaron libros encuadernados en tafilete y leyeron viejas frases en ellos, lo pensé; y las reverencias también me hicieron pensarlos; pero entre estas riberas corre un río muy vivo. ¿Qué es obscenidad? ¿Qué es literatura? ¿Cuál es la diferencia entre el tema y el tratamiento? ¿En qué casos es aceptable un testimonio? Esto último, para alivio mío, se decidió en contra nuestra: no podían llamarnos como expertos en obscenidad, solo en arte».

Una semana después se decretaba que el libro debía ser destruido y desestimada la apelación; se lo consideró obsceno y perjudicial para la moral de la sociedad. Luego del proceso, los Woolf se dirigieron a Rodmell. Leonard celebraba su cumpleaños cuarenta y ocho recorriendo

el nuevo terreno que habían adquirido, lindero a su casa. Por su parte, Virginia leyó el nuevo libro de Lytton, *Elizabeth and Essex*, y con un “¡Dios me perdone!”, concluyó que el resultado era pobre: “Y aunque uno de mis viles vicios son los celos de la fama de otros escritores”, hubiera preferido que “hubiese sido una obra maestra”.

Estas reflexiones coincidían con las que surgieron después de una visita de Desmond MacCarthy, y constelaban con otras experiencias: lo que había presenciado en la corte a raíz del juicio de censura, sus visitas al Newnham College. Todas cuestiones que desarrollaría en *Un cuarto propio*:

«El egoísmo de los hombres me sorprende y escandaliza incluso ahora. ¿Alguna mujer de las que conozco podría sentarse en mi sillón desde las 3 hasta las 6.30 sin la sombra de sospecha de que yo pudiera estar ocupada, o cansada o aburrida; y allí sentada, hablar, gruñir y lamentarse de sus dificultades y preocupaciones; luego comer bombones, leer un libro y al fin marcharse, aparentemente complacida, envuelta en una especie de neblina de autosatisfacción? No las chicas de Newnham o Girton. Son demasiado ágiles, demasiado disciplinadas para eso».

Asistir a fiestas, a reuniones semanales en casa de Nessa, ser requerida socialmente y cada vez más famosa no desviaba a Virginia de su centro, de lo que ella llamaba sus exploraciones, y concentrándose en un punto que no alcanzaba a definir, reflexionaba:

«Así pasan los días, y me pregunto a veces si no está uno hipnotizado, como un niño por una esfera plateada, por la vida; y si esto es vivir. Es muy rápido, brillante, excitante. Pero superficial, quizá. Me gustaría coger la esfera con las manos y tocarla tranquilamente, redonda, suave, pesada. Y sostenerla de este modo día tras día. Leeré a Proust, creo. Iré hacia atrás y hacia delante».

Lo cierto es que cada vez con más precisión, y mientras seguía con su libro de crítica, perfilaba sus nuevos desafíos; y a principios de diciembre estaba en condiciones de establecer lo que parece un plan de escritura para su nuevo libro:

«Respecto a mi próximo libro, voy a contenerme de escribirlo hasta que sea algo inminente dentro de mí: hasta que pese en mi mente como

una pera madura, colgante, grávida, pidiendo que la corten o se caerá. Las falenas aún me rondan, vienen, como siempre hacen, sin ser invitadas, entre el té y la cena, mientras L. escucha el gramófono. Le doy forma a una página o dos; y me obligo a parar. Lo cierto es que tropiezo con algunas dificultades. La fama, para empezar. Orlando ha ido muy bien. Ahora podría continuar escribiendo de esa forma, tengo el tirón y el empujón para hacerlo. La gente dice que es tan espontáneo, tan natural. Y me gustaría conservar esas cualidades, si pudiera, sin perder las otras. Pero esas cualidades eran en gran medida consecuencia de olvidar las otras. Venían de escribir exteriormente; si cavo, ¿no las perderé? ¿Y cuál es mi propia postura respecto a lo interno y lo externo? Creo que una especie de facilidad y rapidez son buenas; sí, creo que incluso la exterioridad es buena; alguna combinación de estos elementos debería ser posible. Se me ha ocurrido la idea de que lo que quiero hacer ahora es saturar cada átomo. Quiero decir, eliminar todo desperdicio, lo muerto, lo superfluo: dar el momento entero; incluya lo que incluyere. Digamos que el momento es una combinación de pensamientos; sensación, la voz del mar. El desperdicio, lo muerto, viene de la inclusión de cosas que no pertenecen a ese momento; este espantoso asunto narrativo de los realistas: ir de la comida a la cena: es falso, irreal, puramente convencional. ¿Por qué admitir la entrada en la literatura de algo que no sea poesía, que es lo que entiendo por saturado? ¿Acaso no es esa mi queja contra los novelistas, que no seleccionan nada? Los poetas lo logran por simplificación: omiten prácticamente todo. Yo quiero incluir prácticamente todo; y sin embargo saturar. Eso es lo que quiero hacer en Las falenas. Debe incluir sinsentidos, hechos, sordidez: pero convertidos en transparentes. Creo que debo leer a Ibsen, Shakespeare y Racine. Y escribiré algo sobre ellos; porque ese es el mejor estímulo, siendo mi mente como es; entonces leo con furia y precisión, de lo contrario resbalo y salto: soy una lectora perezosa. Pero no: me sorprende y me inquieta un poco la implacable severidad de mi mente: que nunca cesa de leer y de escribir; me obliga a escribir sobre Geraldine Jewsbury, sobre Hardy, sobre las mujeres; es demasiado profesional, demasiado poco ya una aficionada soñadora».

Capítulo XXXII - 1929

La enfermedad y la mente de otra PERSONA

DESPUÉS de pasar fin de año en Rodmell, los Woolf regresaron a Londres. El año 1929 comenzaba bien, los ecos del *Orlando* seguían siendo auspiciosos y parte de la crítica decía que se trataba de una “obra maestra”. Próxima a cumplir los cuarenta y siete años, Virginia sentía que había “dado al mundo algo que al mundo le [gustaba]” y comparando su posición con la de Nessa, cuyos cuadros, recientemente exhibidos, no eran mencionados por la prensa, se atrevía a concluir: “Así que tengo algo en lugar de hijos, y me pongo a comparar nuestras vidas. Observo mi propio abandono de esos deseos; mi absorción en lo que llamo, inadecuadamente, ideas: esta visión”.

Esas visiones o ideas se daban en una etapa sumamente productiva, poblada de dilemas y de preguntas que registraba en su diario: era la vida sólida o cambiante; cómo superar las contradicciones; cómo explicar la sensación de que cada momento es fugaz, pero al mismo tiempo “durará siempre; hasta el fondo del mundo”; y finalmente, cómo estas cuestiones afectaban la percepción de sí misma:

«Pasaré como una nube sobre las olas. Tal vez suceda que aunque cambiamos, volando uno tras otro, rápido, rápido, los seres humanos también somos de alguna forma sucesivos y continuos, y dejamos pasar la luz. Pero ¿qué es la luz? Me impresiona la transitoriedad de la vida humana hasta el punto de decir adiós a menudo; después de cenar con Roger, por ejemplo, o cuando calculo cuántas veces más veré a Nessa».

El 16 de enero los Woolf viajaron a Berlín, donde Vita acompañaba a

su marido, consejero en la Embajada Británica. Un par de días después se sumaron Vanessa, Quentin y Duncan, quienes realizaban un recorrido por galerías de arte y museos de Alemania y Austria. Pronto quedó en evidencia que Vita detestaba estar allí; su matrimonio atravesaba una etapa complicada y la llegada de los Lobos no mejoró las cosas, ya que Leonard le había pedido a Virginia que dejara en claro que no asistiría a reuniones ni a fiestas. De todos modos, como Harold había preparado dos comidas en su honor, se vio en la obligación de asistir a una, pero dejó la otra en suspenso, lo que molestó al anfitrión. Vanessa, que contemplaba esas situaciones con cierta distancia, contó los incidentes en una carta en la que opinaba: “Los Nicolson me parecen una importación tan innecesaria en nuestro grupo, que lo único que puedo hacer es dejar que Virginia se entienda con ellos. Pasamos en su compañía una de las noches más inquietas y peor organizadas que puedo recordar”. La noche de referencia, el nutrido grupo había salido a comer sin reservar previamente restaurante, y solo después de recorrer las calles cubiertas de nieve lograron encontrar uno; finalizada la comida decidieron ver una película y eso generó una discusión, a la que siguió un nuevo malentendido. Los ánimos estaban tan caldeados que los involucrados apenas sentían el frío, mientras estaban “parados indefensos en la nieve fangosa”.

El regreso a Londres fue aún más complicado. Los Woolf tomaron un barco y, según quedó registrado por Leonard, llegando a Harwich, casi no pudo despertar a Virginia, que había tomado un sedante suministrado por Nessa:

«Ella se encontraba en un estado muy curioso, tan mareada que me resultó muy difícil sacarla del bote y subirla el tren, ya que apenas podía caminar y estaba como drogada. Dice que solo tomó 20 gotas. Ha estado en cama desde entonces. El mareo siguió por 24 horas y ahora tiene una de las clásicas jaquecas y una bastante mala... Mi teoría es que hizo demasiado en Berlín[343] y que las últimas noches la redujeron a la última bocanada; estaba al borde del colapso cuando tomó el Somnífére que por un motivo u otro le cayó mal».

Durante seis semanas Virginia llevó vida de enferma, con dolores de cabeza y sensaciones de aletargamiento y, como siempre, le aconsejaron reposo. La presencia de Leonard la contenía y reconfortaba, y así se lo hacía saber a Vita: “Es un perfecto ángel, solo qué más eficiente que muchos ángeles. Se sienta en el borde de mi cama y considera mis

síntomas como un juez. Trae a casa unos ananás gigantes: mueve el gramófono hasta mi cuarto y toca hasta que cree que estoy entusiasmada. Resumiendo, ya me habría pegado un tiro, en una de estas enfermedades, si no hubiera sido por él”.

A pesar del sufrimiento, analizar los efectos de la enfermedad se había convertido en una costumbre y, una vez recuperada, Virginia le preguntaba a Hugh Walpole acerca de la diabetes que padecía; le decía que si bien ella podía escribir largamente acerca de los efectos de la gripe en el sistema nervioso, “la enfermedad de otra persona sería muy divertida. Y la mente de otra persona”. Durante su convalecencia, a través de sus cartas, Virginia tuvo que tranquilizar a Vanessa y a Vita, que se sentían en parte responsables de su enfermedad. Así pues, en tanto le aseguraba a su hermana, que “toda la culpa fue de Berlín” y no de la medicación que le había suministrado, se culpaba a sí misma ante Vita: “Qué enfermiza vida es la mía [...] lo que no le afecta a nadie, es todo un problema para el pobre Potto”. Finalmente, en marzo, pudo retomar contacto con Vita, que regresó a Inglaterra, en tanto Vanessa, después de dejar a Angelica pupila en un colegio, partió con Duncan a su refugio mediterráneo en Cassis.

Estar lejos de su hermana seguía siendo doloroso para Virginia, que le escribía extensamente. Como decía con resignación Vanessa, que ya lo tenía asumido, la distancia le daba a Virginia la oportunidad de reinventarla.^[344] Pero esta tendencia se problematizaba cuando se hacía extensiva a sus hijos. A sus veinte años, Julian fue elegido para formar parte del grupo de los Apóstoles y era considerado toda una promesa. Por su parte, con dieciocho, Quentin se había convertido en un entretenido corresponsal, a quien su tía podía confiarle su deseo de escribir un libro serio, que —lamentaba— “nunca será tan bueno como lo es ahora en mi mente”. Pero la relación tenía sus bemoles, porque además de medir a sus sobrinos, Virginia arriesgaba demasiado al criticar ante ellos, abiertamente, a Clive. También corría riesgos cuando, buscando su complicidad, prestaba oídos a Julian, quien le decía que temía que su hermano Quentin siguiera el ejemplo de su padre, a quien consideraba un anciano “roué” (libertino), cuya mente se había tornado “gris y calva”. A todo esto, la destinataria principal de sus comentarios, Nessa, debía preocuparse cuando recibía cartas en las que su hermana le comentaba que Julian estaba “muy amargado por Clive, y ha escrito un párrafo en una crítica para el *Granta* [periódico de los no graduados de Cambridge] diciendo algo sobre ‘Mr. Clive Bell, quien mezcla estética y *affaires* amorosos’ firmado por Julian Bell, pero

el editor astutamente lo ha quitado”.

Tras el nacimiento de sus sobrinos, Virginia se había sentido desplazada del afecto de su Vanessa, y si bien los quería mucho, establecía con ellos una relación ambivalente.^[345] Tan pronto decía: “No puedo creer que no sean mis hermanos pequeños” o halagaba a sus sobrinos afirmando: “Los hijos de Nessa son terriblemente sofisticados [...] han alcanzado a los 16 o 17 etapas a las que yo no llegué hasta los 26 o 27”, como se mostraba condescendiente con ellos. Tampoco se privaba de señalar que “la sociabilidad de los Bell [era] muy extraña, mezclada con la integridad de los Stephen”. Incluso le escribía a Quentin en contra del donjuanismo, aconsejándole que tomara “a Clive como ejemplo, y [que viera] cómo aburre a la gente” y señalando: “Es muy pesado que la gente se ría del padre de uno”. La relación de Virginia con sus sobrinos estaba enmarcada por la admiración que sentía por Vanessa y la displicencia afectuosa con la que se refería a Clive. El caso es que, a pesar de que solía compararlo con su hermano Thoby y discutía con él sobre poesía, Virginia criticaba los poemas de Julian y lo invitaba a escribir prosa, diciendo que con ello lograría adquirir una mayor libertad de expresión. Es evidente que la mezcla entre la autoridad intelectual y la sensación de paridad, el hecho de sentirse una contemporánea de sus sobrinos más que una tía, fomentaba la rivalidad y la competencia entre ellos, por lo que no es extraño que Virginia confesara en su diario: “La tía hada madrina. Por Dios, cómo me molesta ese rol, tan irreal; ¿por qué lo interpreto?”.

En sus memorias, su sobrina Angelica recordó que Vanessa, “acorralada por Virginia y así obligada a desempeñar el papel de madre eterna, oráculo y protectora, se sintió [siempre] extraordinariamente a disgusto, como si le hubieran puesto una camisa de fuerza, aunque ella misma hubiese contribuido a su confección”. Angelica también recordaría que, en relación con ella, su tía Virginia “insistía en una reciprocidad” que llenaba el aire de una tensión tan pronto “alarmante como estimulante”. De hecho, en sus visitas a Charleston, Virginia solía sentarse en un taburete bajo y le “exigía lo que era suyo por derecho propio, un beso en la base del cuello o en el párpado, o un reguero de besitos desde la cara interna de la muñeca hasta el codo” (trayecto que había bautizado “la Milla de las Damas”). Estas escenas siempre perturbaban a Vanessa, en tanto Angelica era invitada a participar de un mundo de fantasía creado por su tía, en el que Virginia se hacía llamar Witcherina y había bautizado Pixerina a Angelica: “Volábamos por los álamos y los prados y los cerros y nuestra principal intención, si

mal no recuerdo, era regresar con informaciones ficticias sobre otros miembros de la familia”. En sus recuerdos, Angelica da a entender que no había nada peor para su tía que el aburrimiento y el silencio, y que antes que soportarlos prefería iniciar discusiones, divagaciones, o generar polémicas e intentar que Angelica dijera que Rodmell era mejor que Charleston. Pero a pesar de todos sus intentos de aproximación, Virginia se sentía excluida de la intimidad de Vanessa y sus hijos. Así pues, con cierta melancolía, como si se tratase de una escena que estuviera presenciando a la distancia, a mediados de octubre, imaginó el encuentro de Angelica con Nessa y Julian, quienes la visitaron en su colegio:

Se me ocurre, ¿hasta qué punto podría vivir en este momento lo que está sintiendo Nessa con Angelica en el colegio? ¿Puede uno complementar su propia vida? Creo que un poco. Julian la ha llevado en el coche, desde Cambridge, en esta tranquila y suave mañana gris. Hay sol y bruma en el campo. Ella subió al coche en King’s Parade, donde están los vendedores de periódicos y los jóvenes caminan apresuradamente, supongo que para ir a desayunar. Luego van en el coche, con un mapa sobre las rodillas; Julian algo tenso, mirando fijamente la carretera a través de sus gafas. Se insinúan cosas muy íntimas —de las cuales no sé nada— o más bien masculla y dice cosas a medias, que ella entiende. Ella está muy excitada y al mismo tiempo es práctica. Julian también está excitado. Ambos tienen muchas ganas de ver a Angelica. ¿Cómo la verán el primer momento? Bajará corriendo las escaleras y entrará en la sala privada, a la izquierda, con la chimenea Adams. ¿Y luego? ‘Volará a los brazos de Nessa’. Nessa la abrazará muy fuerte para volver a sentir el cuerpo de su niña. Julian la llamará “cariño”. Saldrán juntos al parque. Angelica disfrutará demostrando su conocimiento de las normas y las costumbres y cuáles son los mejores sitios para sentarse; otras niñas le sonreirán y ella dirá: “Esa es Claudia” o Annie. Esa es la Srta. Colly, esa es la Sra. Curtis. Y todo el tiempo sentirán el alivio y la emoción de estar juntas, de haber comenzado solo el tiempo que tienen para estar juntas. Nessa abordará tantas cosas: cuestiones de felicidad, de enseñanza, de gustos, de soledad... De cambio. Estarán muy orgullosas la una de la otra y reservadas. Julian mirará a su alrededor a través de sus gafas, pensando que le gustan más Nessa y Angelica que ninguna otra, diría yo; ese muchacho sencillo y ordinario, a quien yo nunca conoceré, sospecho.

Virginia anhelaba una intimidad que le estaba negada; y punto

seguido estallaba: “Porque cómo le voy a decir a Nessa el miércoles: eres una mujer celosa y no quieres que conozca a tus hijos, no quieres recibir, sino siempre dar; te dan miedo los que dan. ¿Qué contestará?”. No conocemos la contestación de Nessa, tampoco si Virginia se atrevió a decirle lo que anotaba en su diario. Lo cierto es que, cuando su hermana se recluía en Francia —ese año permaneció allí cuatro meses—, lamentaba su ausencia al punto de decir: “Bloomsbury se ha acabado”. En ese marco, Virginia auguraba un tiempo de soledad, en el que se sumergiría en sus pensamientos y podría “inventar un hermoso estilo narrativo [...] una época de aventura y ataque, bastante dolorosa”. Por otra parte se decía que debía estar atenta, que la fertilidad podía ser “mera fluidez” y comparaba esta etapa con los viejos tiempos cuando “los libros se componían de frases sacadas a hachazos del cristal de roca; y ahora mi mente es tan impaciente, tan rápida, en ciertos aspectos tan desesperada”. Como solía suceder, pensaba en el trabajo como arma contra la desesperación.

«La vejez nos está marchitando; Clive, Sybil, Francis, todos arrugados y polvorientos; pasando por los aros, siguiendo los caminos trillados. Solo en mí, me digo, burbujea siempre este impetuoso torrente. De modo que, aunque veo fealdad en el espejo, estoy más llena de forma y de color que nunca. Creo que soy más audaz como escritora. Me alarma mi propia crueldad con mis amigos. Clive, me digo, es intolerablemente aburrido. Francis es un camión de la leche que va sin frenos».

Más que la intolerancia, que reconocía, el enemigo era la edad, y Virginia pensaba que, de encontrarse en la misma situación que la madre de Leonard, uno debería tomar veneno. Nada más lejos de las intenciones de su suegra, que a los setenta y nueve años exigía más y más vida. “La mente de las otras personas” era misteriosa e inquietante, escondía secretos que explicaban parte de su misterio, e incluso su suegra podía conmoverla con sus confesiones:

«Siendo una niña, había dormido con una institutriz que le había contagiado una enfermedad terrible y había sido expulsada de Holanda por esa causa. Me imagino que nunca le había contado esto a nadie; fue su ofrenda de intimidad a nosotros; un acción de gracias, quizá, por haber ido a verla. Me conmovió; apenas podía hablar. Supongo que la

naturaleza humana, tan emocional, tan irracional, tan instintiva como es en ella, pero no en mí, tiene su belleza; esto es lo que se llama cualidad “elemental”».

Virginia se preguntaba si a la edad de la madre de Leonard se aferraría a la vida como ella. También le llamaba la atención que preguntara si el médico creía en su recuperación en lugar de acercarse al escritorio y escribir “esa sencilla y profunda nota sobre el suicidio que [ella se veía] dejando para [sus] amigos”. Desde muy joven Virginia había contemplado la posibilidad del suicidio, también había trabajado esa idea en sus novelas. Pero la cuestión, de momento, parecía centrarse en ciertas dificultades para aceptar su edad, y luego de que su oculista le dijera “puede que ya no sea usted tan joven como antes”, anotó en su diario: “Esta es la primera vez que me dicen eso; y me pareció una afirmación asombrosa. Significa que ahora, a un desconocido, no le parezco una mujer, sino una mujer de edad”. De todas maneras, líneas después Virginia reflexionaba: “Yo estaba de un humor raro, considerándome muy vieja, pero ahora soy de nuevo una mujer, como siempre que escribo”.

Vanidades y afectos

Gracias al éxito económico de *Orlando*, Virginia comprobaba que “las costumbres cambian gradualmente la cara de nuestra vida, igual que el tiempo cambia nuestra cara física”. Lo cierto es que adquiriría gustos más caros, y con una renta de más de mil libras al año, se permitía, entre otras cosas, fumar unos buenos cigarros. Pero tantos años de cuidar su presupuesto habían impreso una costumbre que sentía que debía modificar; y se daba ánimos para “relajar mis viejos músculos de la penuria [.porque] yo creo que siempre es mejor comprar que no hacerlo”. Sus ganancias personales redundaban en la Hogarth Press, por lo que los Woolf bonificaron a sus empleados, quienes a su vez les enviaron un ramo de rosas. Virginia se sentía orgullosa: siete personas dependían, en gran medida, de su escritura e incluso presagiaba: “El año que viene se alimentarán de *Mujeres y literatura*”. Ese libro, que finalmente se llamó *Un cuarto propio*, era el resultado de las preocupaciones de toda una vida, tal vez por eso ella sentía: “Se hizo solo, se me impuso (en esta forma porque la reflexión ya estaba hecha y

lo había escrito rígida e insatisfactoriamente 4 veces antes) mientras estaba en cama al volver de Berlín”. De hecho, Virginia pudo completar el manuscrito en marzo. Se asombraba de haberlo redactado “a tal velocidad que cuando cogía el papel y la pluma era como volcar una botella de agua. Escribía lo más rápido que podía mi mano; demasiado rápido, porque ahora estoy trabajando duramente para revisarlo; pero este modo te da libertad y te permite saltar de un extremo a otro de los pensamientos”.

Ese devenir se veía facilitado si lograba prescindir de la vida social y de este modo sentirse cómoda, autónoma y “olvidar el yo ficticio” que la fama inventaba.³³ Pero en Londres era difícil eludir la sociedad, más aún después del éxito de *Orlando*. Así pues, asistía a fiestas y reuniones como una buceadora que tantea las profundidades, con la esperanza de encontrar alguna perla entre el lodo. En principio, Virginia se dirigía con buen ánimo a las reuniones, pero después lamentaba que la buena comida y bebida y cierto ambiente de lujo y hospitalidad no alcanzaran a darles sentido. Además, escribía en su diario, las anfitrionas, como Sybil Colefax, “te han dado algo y tienes que pagar por ello”. Entre las “demasiadas personas” que tuvo ocasión de ver entre abril y mayo, se destacan Tom Eliot, Max Beerbohm, George Moore y Hugh Walpole. Pero “quizás el más notable” había sido su antiguo pretendiente Sydney Waterlow, de quien decía que “apareció como una resurrección. Un anciano de aspecto desesperado, pomposo, triste, respetable; mundano; pero temblando como siempre dentro de su concha. Cualquiera alfiler le pincha en la piel sin armadura. Me agradó. Nos vimos en el oscuro salón, contentos de esa oscuridad. Hablamos casi con excesiva facilidad”.

Pero la vida social tenía sus consecuencias: después de “tener que hablar y hablar”, la invadía una profunda irritabilidad, deseaba “sumergir [su] mente en los placeres de la imaginación pura, y así arrancarme de este horrible mundo de la vida real”. Los viajes también eran propicios para escapar de esas rutinas, y el 4 de junio los Woolf regresaron a Cassis, donde permanecieron cerca de diez días. Alquilaron unas habitaciones en Fontcreuse, y hacían sus comidas con Nessa y Duncan. Fueron unas vacaciones especiales, “un veranillo de San Martín entrando y saliendo a la luz del día; gran cantidad de vino barato y puros”, que entusiasmó a Virginia al punto de querer hacer uso de sus nuevos recursos económicos comprándose una casa allí. Más práctico y considerando las complicaciones que traería otra casa, más aún fuera de Inglaterra, Leonard logró imponerse y el asunto quedó desechado. A

pesar del momentáneo entusiasmo, esta fue la última vez que los Woolf estuvieron en Cassis.[346] Allí Virginia disfrutaba de una sensación de anonimato que entrañaba paradojas. Aunque sentía que podía “hablar con gente que no sabe nada de mí y que piensan que soy más vieja y más fea que Nessa, y en todos los sentidos inferior a ella”, el balance era positivo. Quedaba en evidencia la relación “íntima pero nerviosa” que tenía con su hermana y con Duncan, y también sus éxitos:

«L. y yo fuimos muy derrochadores, por primera vez en la vida, y compramos mesas de despacho, mesitas, aparadores y vajilla para Rodmell. Esto me proporcionó gran placer; y calmó mi indignación contra la casi abrumadora supremacía de Nessa. Mi hijo mayor llega mañana; sí, y es el joven más prometedor de King’s; y ha hablado en la cena de los Apóstoles. Lo único que yo puedo oponer a eso es: Y yo he ganado 2000 libras con Orlando y puedo traer a Leonard aquí y comprar una casa si quiero. A lo cual ella responde (del mismo modo inaudible): yo soy una fracasada como pintora en comparación contigo y no puedo hacer más que pagar a mis modelos».[347]

“Las profundidades de nuestra infancia” eran el trasfondo de esa competencia. Poco tiempo después, en tren de seguir con las comparaciones y refiriéndose a Lytton, otro de sus afectos y adversarios de juventud, Virginia se sintió invadida de “sentimientos deshonorosos”; sentía que “no tenía nada que envidiarle” y que no le gustaba su libro *Elizabeth and Essex* porque estaba convencida de que “escribiendo *Orlando* a toda velocidad, lo había hecho mejor que él”. Por otra parte, percibir por primera vez que Lytton podía envidiarla, o lograr que Nessa reconociera su éxito, halagaba su vanidad. De todas maneras, no se dormía en los laureles. De regreso en Inglaterra revisó *Un cuarto propio* y, después de una jaqueca que la retuvo unos días más en Rodmell, volvió a leer *El lector común*. Por entonces, sentía que debía escribir “más sucintamente” y la horrorizaba lo que consideraba su propia imprecisión. Dispuesta a corregir con mucho cuidado *Un cuarto propio*, reconocía: “Y así caí en mi gran lago de melancolía. ¡Señor, qué profundo es!

¡Qué melancólica nata soy!”. La única manera de mantenerse a flote era trabajando, pero sumergirse en los abismos de la enfermedad era una tentación tan fuerte como peligrosa: “Y como de costumbre, intuyo que si me hundo hasta el fondo alcanzaré la verdad. Ese es el único consuelo: una especie de nobleza. Solemnidad. Me obligaré a encararme

con el hecho de que no hay nada; nada para ninguno de nosotros. Trabajo, lectura, escritura, todo son disfraces; y las relaciones con la gente. Sí, incluso tener hijos sería inútil”.

Merced a los mecanismos compensatorios de su sistema psíquico —a un período de exaltación en el que se había sentido triunfante, le seguía otro de depresión—, veía la realidad a través de los velos de la melancolía. ¿Qué sentido tenía todo? ¿Por qué Annie Thomsett, la muchacha que se ofrecía como empleada doméstica en Rodmell, y su bebé vivían con 15 chelines a la semana, la misma cantidad de lo que ella gastaba en cigarros, buses y bombones? Entre tanto, y como si llevara una vida independiente de esos conflictos, *Las falenas* iba tomando forma; y a finales de junio, después de haber revisado *Un cuarto propio* — “ese libro tan corregido”—, Virginia se prometía “calentarme por entero a la luz de algo de narrativa”. Con renovado placer comparaba sus logros con los tiempos en que escasamente, y trabajando “como una negra”, apenas alcanzaba a ganar unas 200 libras y se obligaba: “Bueno, pues a partir de mañana cierro el negocio de los artículos y me entrego a la narrativa durante seis o siete meses”. Virginia disfrutaba de la sensación de ir “saltando obedientemente mis vallas”. Pero también pensaba que debía “suprimir redundancias. Ahora que he logrado, creo, el libre uso de mi pluma, tengo que empezar a refrenarla”.

Se trataba de una época de abundancia en muchos sentidos: “ser propietaria” del nuevo terreno lindero con Monk’s House daba “una orientación distinta [a sus] sentimientos respecto a Rodmell”. Orgullosamente reconocía: “Estamos regando la tierra con dinero”; y en consonancia con lo que se había prometido el año anterior, en abril encargó un par de habitaciones nuevas, especialmente un pabellón en el jardín: “Lo que yo siempre había esperado”. Pero controlar las modificaciones en Monk’s House y atender a la excesiva cantidad de personas que insistían en verla o en hablar con ella, hacían que Virginia sintiera “como si el teléfono estuviera atado a mi brazo y cualquiera que quisiera pudiera darme un tirón”. En ocasiones como esas no dudaba de “la inutilidad, la universalidad de hablar haciendo declaraciones, para impresionar. [...] ¿Con cuánta frecuencia no me noto bendiciendo mi frase, la cara de mi propia vanidad, que exige que le rinda homenaje?”.

Comercios humanos

Aunque advertía la vanidad que escondía su afán de impresionar, Virginia no la relacionaba con su aún más profunda necesidad de afecto, evidente tanto en su vida social como en las cartas que le escribía a Nessa contando las peripecias de Clive. En esos momentos, su cuñado parecía a punto de casarse con una mujer bastante más joven que él. Dispuesta a satisfacer la curiosidad de su hermana, Virginia reclamaba: “Nunca me escribes, así que ¿cómo sé acerca de qué deseas oír?”. Como si estuviera convencida de que lograría el afecto de los otros si les ofrecía lo que deseaban, y al menos así parecía funcionar respecto a su hermana, Virginia no dudaba en presentarse ante ella como un personaje *desviado* e interesante, y le escribía a Vita: “Le conté a Nessa la historia de nuestra pasión, en una farmacia, el otro día. Pero realmente te gusta ir a la cama con mujeres, dijo ella tomando su cambio. ‘¿Y cómo lo hacen?’ y así compró sus píldoras para llevarse de viaje, hablando fuerte como un loro”.

Pero la liberalidad de Virginia era solo aparente, y poco después reconocía que estaba enojada y ofendida porque Vita se había ido de viaje con una de sus amigas sin avisarle. La amiga en cuestión era Hilda Matheson, primera Directora de Charlas de la BBC. “Estas Hildas —se quejaba Virginia— son una enfermedad crónica” que amenazaba con instalarse permanentemente cerca de Vita; y agregaba: “Siendo como soy una condenada esnob intelectual, detesto estar ligada, aunque sea por un brazo, a Hilda”. También se preguntaba por qué su amiga parecía sentir pasión por el tipo “intelectual serio de clase media, por muy grises y aburridos que sean”. En momentos como ese, su diario era el mejor confidente, y Virginia confesaba que había estado “más preocupada, enfadada, dolida y cáustica” de lo que deseaba reconocer. En todo caso, dispuesta a disculpar a Vita por las jaquecas que sufría, se las atribuía a la cantidad de gente que había visto y al excesivo trabajo. Por otra parte, siempre alerta para detectar los beneficios secundarios de la enfermedad, estudiaba sus efectos:

«Estas jaquecas la dejan a una como arena que una ola ha descubierto... creo que tienen un propósito místico. De hecho, no estoy segura si no hay alguna causa religiosa en el fondo de ellas... veo mi propia inutilidad y fracaso tan claramente; y permanezco mirando en las profundidades de la miseria de la vida humana; y luego una se pone

de pie y todo comienza y se cubre de nuevo».

Meses después, cuando a sugerencia de Hilda Matheson debió cambiar el guión de su texto sobre Beau Brummell que se emitió por la BBC, Virginia se permitió un estallido en el que confluían varias emociones, celos incluidos:

«Derramé mi cólera ardiente como lava sobre Vita. Parece que era inocente, quiero decir que no le había dicho a H[ilda]. M[atheson]. que yo podía fácilmente hacer pedazos mi Brummell. Y luego le hablé de sus amigas, las de Vita, y le dije que en eso, en su mediocridad, estaba el principio de mi alejamiento. No puedo permitir que se diga: “las grandes amigas de Vita: Dottie, Hilda y Virginia”. Detesto ese ambiente de colegialas mediocres. Ella permaneció silenciosa la mayor parte del tiempo y solo dijo que tenía razón. Harold le había dicho lo mismo. La cuestión es frenarlo. No puede detener lo que ha iniciado».

En sus relaciones, Virginia enfrentaba otro tipo de conflicto, aunque bastante característico y que solo resolvería la década siguiente. Había discutido con Nelly, su empleada, quien luego, a pesar de que podría considerarse despedida, había mostrado “la bondad de la naturaleza humana” y, “en lugar de dar rienda suelta —y sin embargo no tenía adónde ir— a la rabia o el rencor”, se dirigió a Lewes en bicicleta “a comprar nata para la cena” porque sentía que no podía dejarlos sin comida. A través de estas discusiones domésticas, Virginia reflexionaba acerca de las consecuencias de que una mujer “sin educación” entrase en sus vidas, convirtiéndose así en una mestiza “sin raíces en ninguna parte”. Heredera de las costumbres del sistema de servicio victoriano ya en decadencia —“He aquí un hermoso montón de basura que nos dejaron nuestros padres y que hay que barrer”—, Virginia ansiaba otro tipo de relación con Nelly. Ni sirvienta, como en tiempos de Julia, ni amiga, sino una relación de empleada y empleadora. Pero se trataba de una época de transición de difícil administración, y aunque sentía que sería un alivio liberarse de Nelly, finalmente tuvo que admitir que su empleada no tenía más intención de irse de la casa que la que ella tenía de embarcarse para Siberia. El asunto con Nelly tuvo solución, pero a mediados de agosto Virginia no se encontraba demasiado bien. A sus jaquecas, se le sumaba la sensación de que esos artículos que tanto trabajo le costaban eran hechos “en gran medida por dinero; y qué es el dinero, comparado con los hijos de Nessa”. De todas maneras, podía controlar la depresión, sobre todo “al oír a Nessa decir que a menudo

estaba melancólica y me envidiaba, afirmación que me pareció increíble. [...] La melancolía de otras personas ciertamente la animan a una”.

Con la sensación de que se había “ganado el derecho a unos meses de literatura”, Virginia deseaba que su mente avanzara sin ataduras. En Rodmell, después de desayunar, se dedicaba a las correcciones hasta que, alrededor de las once, Leonard llegaba con un vaso de leche y los periódicos. Luego de almorzar y fumar un cigarrillo, ella salía a pasear con Pinker por las colinas de Asheham. Tomaba el té a las cuatro, y después escribía sus cartas, se dedicaba a la lectura y finalmente cenaba. Al ritmo acompasado y repetido de las actividades diarias se le sumaban otros encantos:

«Pero el almacén de mi día necesita que lo animen con toda clase de colores diferentes. Hoy el día era gris y ventoso durante el paseo; ayer, generoso y abierto; el sol amarillo sobre el trigo; calor en el valle. Ambos días difieren mucho; ambos se cuentan entre los más felices de mi vida; quiero decir, entre los días felices normales; maduros, dulces, saludables; el pan nuestro de cada día; porque nada extraño ni exaltado ha sucedido; simplemente el día ha salido bien y armonioso; un modelo de la mejor parte de la vida, que en el campo es así; y me hace desear más días como estos, meses de ellos».

Ese agosto, emancipada del “librito” —como llamaba a *Un cuarto propio*— y de los artículos de crítica, sentía que su cerebro parecía “llenarse y expandirse y crecer físicamente, ligero y plácido” y registraba que su diario “se llena silenciosamente después del retorcimiento y estrujamiento a que ha estado sometido desde que llegamos aquí”. Y agregaba:

«Y así la parte inconsciente se expande ahora; y paseando observo el maíz rojo, el azul de la llanura y un infinito número de cosas sin nombrarlas; porque no estoy pensando en nada especial. Una y otra vez noto que mi mente toma forma, como una nube cuando le da el sol, al brotar una idea, un plan, una imagen, pero luego siguen su camino por encima del horizonte, como las nubes, y yo espero tranquilamente a que se forme otra, o ninguna, da igual».

Era evidente que para escribir *Las olas* debía alcanzar un estado de aislamiento, luchar contra la marea de amigos que iban y venían: “Este

libro se formaría dentro de mí si pudiera dejar dormir mi mente, en calma, como un mar sin mareas; pero estoy todo el tiempo parcelando mi mente, destruyendo la maleza”.

Después de disfrutar un par de días en Long Barn, y visitar a la madre de Leonard en Worthing, un cansancio no tanto “físico como psicológico” se adueñó de ella: “Nada es tan agotador como un cambio de ambiente. Me trastorna y disipa más una hora con la madre de Leonard que seis horas, no seis días con Vita (Nessa no cuenta). El tremendo cambio de engranajes que tiene lugar destroza la propia maquinaria y lo he hecho constantemente, lo que es peor, he previsto que lo haría, he contado los días y he sentido que Worthing se cernía sobre mí”. Pero Virginia no podía evitar que incluso su suegra le resultara interesante; sentía que la edad la había hecho “más humana y sabia, como les pasa a las ancianas, tan flexibles, tan saturadas de vida que parecen volverse filosóficas y más dueñas del arte de vivir que otras personas mucho más inteligentes”. Por eso, a sus ojos, la madre de Leonard había llegado a tener “encanto y dignidad desconocidos antes, ahora que la vejez está desmoronando toda la charla alegre y sentimental” y que asumía “cierta despreocupación por la pompa y la respetabilidad” que antes la obsesionaban. Esa vejez, que podía ser “bastante envidiable en muchos aspectos, aunque también intolerable”, tenía algo para transmitir: “Aprovecha siempre las oportunidades, le oí murmurarle a Pinka que se había tomado toda nuestra sopa”. Como siempre que veía a su suegra, Virginia se enfrentaba con el fantasma de los años y la enfermedad y eso la llevaba a pensar en su propia edad y sus achaques; hacía un año que dependía de anteojos para leer, pero en líneas generales se encontraba bien. La edad no era impedimento para seguir trabajando, y a pesar de sentir que le costaba “poner la maquinaria en marcha”, concluía:

«Oh, no, no hay nada de qué preocuparse; y estos curiosos intervalos en la vida —he tenido muchos— son los más fructíferos artísticamente, una se fertiliza, pienso en mi locura en Hogarth y todas las pequeñas enfermedades, por ejemplo esa que tuve antes de escribir *Al faro*. Seis semanas en la cama ahora convertirían *Las falenas* en una obra maestra. Pero no se titulará así».

Las falenas, ahora lo recuerdo de pronto, no vuelan de día. Y no puede haber una vela encendida».

Ese verano en extremo social conspiraba con “la mente solitaria” a la que apuntaba en su novela. Allí estaba el persistente Hugh Walpole dispuesto a reconocer sus deudas y que aseguraba: “Virginia Woolf me ha liberado”, palabras que a su vez hacían que ella se sintiera obligada a leer su libro *Hans Frost*[348]. Pero los elogios no eran suficientes y clamaba: “Quiera Dios, digo, que esta gente encantadora y divina no venga y me haga concentrarme una vez más en mi cara y mi cerebro. Deseo nadar en las profundidades oscuras y verdosas”. Además, la cabeza le dolía con demasiada frecuencia, y durante ese verano tuvo la sensación de que “*Las falenas* [eran] como un peso prodigioso que todavía no [podía] levantar”. A diferencia de la rápida escritura de *Un cuarto propio*, el nuevo libro le recordaba los tiempos de *El cuarto de Jacob* y *La señora Dalloway*, cuando solo escribía “una página como máximo, y [pasaba] mucho tiempo sentada chupando la pluma”. Por otra parte, ciertas novedades domésticas compensaban la esclavitud literaria, y cuando reemplazó la vieja cocina económica por una a petróleo, se sintió más libre e independiente. “Toda la vida es una lucha por la libertad”, decía, feliz con el hecho de que con solo girar una perilla, podría tener platos calientes a cualquier hora, ganando en independencia; menos quejas y trabajo para las empleadas domésticas.

A los yugos domésticos se sumaba otra vieja atadura que parecía llegar a su fin. Maynard Keynes dejaba la dirección de *The Nation*, con lo que Leonard podría liberarse de la dirección literaria, y Virginia aventuraba que “el año nuevo será uno de los más interesantes, un gran avance hacia la libertad, que es el estado ideal del alma. Sin embargo, no debe pensarse que he sufrido muchas servidumbres. Mi único derecho a mi propia gratitud es ese, que en cuanto noto una cadena, me la quito; [...] creo que he sido una luchadora a mi manera, quizá no tan valiente como Nessa, pero tenaz también y atrevida”.

Un cuarto propio

Desde el punto de vista biográfico, *Un cuarto propio* puede considerarse testimonio de esa lucha. Este libro, uno de los textos precursores del feminismo y de los estudios culturales, relacionado por la crítica con *A Vindication of the Rights of Woman* (1792), de Mary Wollstonecraft, y con *El segundo sexo* (1949), de Simone de Beauvoir, condensa y aborda

desde una nueva perspectiva cuestiones que Virginia venía planteando tanto en sus novelas como en sus ensayos. Es significativo también el “tríptico”[349] que conforma con *Al faro* y *Orlando*, ya que completó la escritura de los tres libros en menos de cuatro años. Por otra parte, *Un cuarto propio* se vincula tanto temporal como temáticamente con los ensayos “Phases of Fiction” y “Women and Fiction”. El primero es un texto en el que Virginia trabajó durante varios años, a pedido de Leonard y de Dadie Rylands, para una serie que pensaban titular *Hogarth Lectures on Literature*. Si bien fue anunciada por la editorial en 1927, como una colección de próxima aparición, solo terminaron publicando dicho ensayo. La idea no se concretó porque Virginia sentía que era una carga, “un libro que detesto; y que, en mi opinión, me obligaron a escribir”. Más que un trabajo, señaló —y ello nos lleva a tristes y retrospectivas asociaciones—, era una “roca que me hunde cada vez más profundamente en el agua”.

“Facetas de la narrativa”, publicado en tres partes, en abril, mayo y junio de 1929, se postula como una indagación de la mente del “lector común”, que comparte con el escritor “el deseo de crear”. Allí se define a la novela —en comparación con la poesía— como “el instrumento más congruente con la complejidad y las dificultades de la vida moderna”. Por otra parte, en “Las mujeres y la narrativa” (marzo de 1929), Virginia conectaba su análisis de la novela como género literario con la escritura de las mujeres, estableciendo un vínculo interesante, y que la caracteriza, entre identidad sexual y literatura. Allí señala que la narrativa es el género preferido[350] por las mujeres desde el siglo XIX, fundamentalmente, porque es “el género más fácil para una mujer”. La tesis es que las mujeres, encerradas en el ámbito hogareño, habían desarrollado una gran capacidad para observar el carácter de las personas, pero además se trataba de un género apropiado porque lo podían abordar en los ratos libres, es decir, la novela se adaptaba mejor a su estilo de vida y escasa educación. Así pues, Virginia señala que, en tanto “George Eliot interrumpió su trabajo para cuidar a su padre, Charlotte Bronte dejaba la pluma para pelar patatas”. “Las mujeres y la narrativa” es el testimonio más cercano de lo que Virginia dijo en las disertaciones que realizó en octubre de 1928 en el Newnham College y en Girton College, ante un auditorio de muchachas: “Les dije suavemente que bebieran vino y tuvieran una habitación propia”. También les auguró una época en que las mujeres obtendrían lo que les fue negado tanto tiempo: “Tiempo libre, dinero y un cuarto para ellas”. Las conexiones de estos ensayos con *Un cuarto propio*, cuyo manuscrito

escribió en marzo de un tirón “porque la reflexión ya estaba hecha”, son evidentes. Y la tesis del libro está articulada en su célebre frase a las estudiantes: “Para escribir novelas una mujer debe tener dinero y un cuarto propio”.

“Este ensayo —decía la cubierta de la primera edición inglesa— enteramente ficticio está basado en la visita de una *outsider* a una universidad y expresa los pensamientos que le sugirió la comparación entre los diferentes estándares de lujo que se observan en los colegios de hombres y en los de mujeres”. Basándose en su propia experiencia y recordando las comidas que tomó en Newnham y al día siguiente en Cambridge, donde visitó a Dadie Rylands, Virginia creó una narradora (“díganme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o el nombre que se les antoje —todo es igual”) invitada a dar una conferencia sobre “las mujeres y la novela”. Lo mismo que la sintaxis fragmentada —el libro comienza con un “pero”, quebrando reglas tradicionales—, la indeterminación de la voz narradora y las irrupciones caracterizan el texto en el que Woolf postula la creación de una frase femenina.

A la comida en Oxbridge —nombre de ficción con la que se designa a la universidad masculina—, inaugurada por espléndidos lenguados y perdigones y coronada por un magnífico budín y cigarros, todo regado por voluptuosos vinos, Virginia opone la pobre comida en Fernham, donde estudian las mujeres. El contraste entre Newnham y Girton, y su visita al King’s College, de Cambridge, invitada por Dadie Rylands, adquirirían estatuto literario. Libro bandera para muchas feministas, y admitido, desde que fue publicado, como un singular texto literario más que como panfleto reivindicatorio, en *Un cuarto propio* Virginia repasa y analiza el papel de las mujeres en la historia de Inglaterra. En la primera línea del libro, la narradora se dirige dialógicamente al lector: “Pero, dirán ustedes, nosotros le pedimos que hablara sobre las mujeres y la novela, ¿qué tendrá eso que ver con un cuarto propio?”. Con ese problema irresuelto, “aprovechando todas las libertades y licencias del novelista”, ella se propone desarrollar con toda la plenitud y franqueza posibles, el proceso mental que la condujo a semejante conclusión. Texto divertido, ameno, ágil y ocurrente; allí se pregunta qué hubiera pasado si las mujeres, en lugar de estar recluidas en el hogar, al cuidado de sus familias, “hubiéramos estado explorando o escribiendo; haraganeando por los lugares venerables del mundo, sentadas meditando, en las gradas del Partenón, o encaminándonos a una oficina a las diez y volviendo con toda comodidad a las cuatro y media a borrar algunos versos”. Limitada al análisis de la burguesía —“un chico pobre hoy en

Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podía tener el hijo de un esclavo ateniense”—, Virginia se ocupa de señalar las representaciones culturales que históricamente hicieron de la mujer un ser diferente, inferior; incluso se atreve a suponer el triste destino de una hermana de Shakespeare, tan talentosa como él, pero limitada por condicionamientos de género. En efecto, la tesis es que “hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada”. Esta característica podría explicar, para la narradora, las causas de la misoginia; en efecto, ella se pregunta si la dependencia de los hombres no podría revelar, en parte, la necesidad que habían tenido históricamente de subrayar, en textos de todo tipo, la inferioridad de las mujeres. También compara la gran cantidad de libros escritos por hombres sobre las mujeres, y lo poco que han dicho las mujeres de los hombres por carecer de oportunidades. La narradora advierte que gracias a una herencia de una tía que “murió de una caída de caballo, cuando iba a tomar el aire en Bombay” — recordemos a la generosa tía Nun de Virginia—, se ve libre de los pocos y menores trabajos permitidos a las mujeres antes de 1918. Esas quinientas libras al año durante toda su vida le habían brindado más libertad que los derechos civiles: “De los dos —el voto y el dinero— me ha parecido mucho más importante el dinero”. La imagen de Jane Austen, escribiendo en la sala común, a escondidas, y de a ratos; la sensación de ser censurada que perseguía a Charlotte Bronte, o la de estar excluida del mundo de las convenciones sociales, que admitía George Eliot, componen el marco que encuadraba la escritura de las autoras del siglo XIX. Con respecto a las del siglo XX, la narradora toma un libro al azar; se siente intrigada por la concisión, por las interrupciones:

«“Primero cortó la sentencia; ahora acaba de romper la ilación. Muy bien, tiene todo el derecho de hacer esas cosas si las hace no por el gusto de romper, sino por el de crear”. Pero lo que le resulta más interesante es que la autora, a quien llama Mary Carmichael, se ocupa de plantear relaciones entre mujeres más complejas que las que usualmente se encuentran en “la espléndida galería de mujeres ficticias [donde...] se ha excluido tanto”».

Como en *Orlando*, aparece la idea de lo interesante que sería capturar escenas de intimidad “cuando las mujeres están solas, no

iluminadas por la luz caprichosa y coloreada del otro sexo”. La narradora se imagina que las escritoras modernas podrán “registrar todas esas vidas infinitamente oscuras” y también “iluminar [su] propia alma con sus profundidades y trivialidades y sus vanidades y sus larguezas”. De lo que se trata es de “escribir como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que lo es”. La narradora apuesta por una “inteligencia [...] andrógina” capaz además de evitar “el predominio de la palabra ‘yo’ y la aridez que proyecta su sombra”. Como desarrollaría en *Tres guineas*, Virginia advierte que la guerra sacó a las mujeres de la sala de estar, y que a partir de entonces se han abierto oportunidades, estudios incluidos, que no deben desaprovechar; las mujeres tienen que escribir sin odio ni didactismo:

«Si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos no ya en su relación recíproca, sino en su relación con la realidad; si miramos los árboles y el cielo tales como son [...] si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay brazo en que apoyarnos y de que andamos solas y de que estamos en el mundo de la realidad y no solo en el mundo de los hombres y de las mujeres; entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fue la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto».

Cuando se publicó *Un cuarto propio*, el hecho de que Morgan Forster no quisiera reseñarlo le hizo sospechar que resistiera “un estridente tono femenino” que podría desagradar a sus amigos. Virginia también pensaba que tendría pocas críticas, “excepto del tipo evasivo y jocoso”, y que la prensa sería “amable y hablará de su encanto y vivacidad”. Además, anticipaba: “Se me acusará de feminista y, de forma velada, de lesbiana”. Intuía que, comparado con *Las olas*, este libro podría parecer una bagatela; pero también sabía que lo había escrito con “ardor y convicción” y ciertamente se sorprendió cuando las ventas superaron a las de *Orlando*. En principio atribuyó la escalada en las ventas a “la rimbombante emisión radiofónica de Vita”, quien habló de *Un cuarto propio* en una de sus charlas sobre libros para la BBC.

«Pensé en tu voz, diciendo Virginia Woolf, fue una fanfarria de trompetas, conmoviéndome hasta las lágrimas; pero diría que estabas aguantándote la risa. Es una sensación rara, oírse a una misma alabada ante 50 millones de viejas en Surbiton por aquella con la cual una ha

mirado el amanecer y escuchado el ruiseñor. [...] Así que me tendrás a tus rodillas siempre».

En contra de la opinión de Harold Nicolson, Virginia había apoyado la decisión de Vita de publicar sus poemas lesbianos *King's Daughter*, [351] pero en sus propios libros era más cauta. Así y todo, las sugerencias a la bisexualidad de *Orlando* adquieren nueva dimensión en *Un cuarto propio*, donde, si bien se insinúa la intimidad entre Chloe y Olivia —“a Chloe le gustaba Olivia”—, la posibilidad del amor entre mujeres se esfuma pocas líneas después, cuando retoma esa oración, y punto seguido agrega que “comparten las dos un laboratorio” y que una de ellas era casada y tenía dos niños pequeños. [352]

“Embarcada en una aventura”

Ese octubre, en Londres, Virginia se refugiaba en su diario y elaboraba la continuación de su trabajo:

«Las olas o Las falenas, o como quiera que vaya a llamarse. Una cree que ha aprendido a escribir de prisa; y no es así. Y lo que es raro es que no estoy escribiendo con entusiasmo o con placer: a causa de la concentración. No estoy recitando de una tirada; sino balbuceando. Además, nunca en mi vida he acometido un proyecto tan vago y al mismo tiempo complejo; cada vez que hago una marca tengo que pensar en su relación con otras doce».

El punto es que temía que pudiera haber algún defecto radical en su plan de escritura. *Las olas* imprimía una tensión particular, se sentía rodeada de silencio, pero aclaraba: “No, no es un silencio físico, es una soledad interior, interesante de analizar, si pudiera”. Pero era difícil, y caminando por Bedford Place —“esa calle recta con todas las casas de huéspedes”— se decía a sí misma: “Cómo sufro y nadie sabe cómo sufro, caminando por esta calle, ocupada por mi angustia, como estaba después de la muerte de Thoby, sola; luchando con algo sola. Pero entonces tenía al diablo para luchar con él y ahora nada. Y cuando entro en casa, está todo tan silencioso, no llevo un gran bullicio de ruedas en la cabeza. Y sin embargo, estoy escribiendo, oh, y tenemos

mucho éxito, y hay —que es lo que más me gusta— cambios en perspectiva”.

Sentía que debía bucear en esas sensaciones dolorosas, en su propia depresión e incluso en sus enfermedades; y que la capacidad de hacerlo enriquecía su escritura. Jugar con fuego era el precio que estaba dispuesta a pagar, parecía preferir esa suerte de marea cambiante que en ocasiones se tornaba inmanejable, y lejos del conformismo y del estereotipo de escritora consagrada, sentía que debía seguir investigando y poner a prueba nuevos métodos; era el desafío:

«Incitada por lo que llamo realidad. Si nunca sintiera estas tensiones extraordinariamente omnipresentes —de desasosiego, o sosiego, o felicidad, o incomodidad— flotaría y caería en la conformidad. Aquí hay algo con lo que luchar: cuando me despierto temprano me digo a mí misma: lucha, lucha. Si pudiera atrapar el sentimiento, lo haría: el sentimiento del canto del mundo real mientras una es expulsada del mundo habitable por la soledad y el silencio; la sensación que me viene de estar embarcada en una aventura».

Las olas es una obra donde Virginia hizo confluír introspección y aventura estética; y que justifica su tendencia, siempre presente en los diarios íntimos, de volver al pasado para entender el presente y proyectarse al porvenir. Tal vez porque estaba escribiendo acerca de un grupo de amigos que se conocen desde su niñez, retomaba un tema que le era caro: el de las comparaciones. Enterarse del fallecimiento de Geoffrey Scott, el antiguo amante de Vita, la remitía una vez más a recordar a aquellos hombres ‘brillantes’, que siguen siendo ‘brillantes’ y jóvenes hasta bien pasados los 40 y nunca llegan a hacer nada para demostrarlo”. A lo largo de los días incluyó en su diario varios y similares retratos que respondían al tipo de joven prometedor, característico de los tiempos de Hyde Park Gate, como el hijo del pintor Burne-Jones, o Bernard Holland, que “escribió una enorme vida del duque de Devonshire; escribió una enorme historia de la familia Holland; pero eso fue todo lo que dio de sí su tristeza, su imaginación y su genio, y cuando murió, hace un año o dos, ni siquiera sus amigos escribieron a *The Times* hablando de él”. Arthur Studd completaba la galería de retratos: distinguido rico, viajado; tenía “una robusta madre que le desagradaba, y así se ganó la simpatía de mi madre”. Había sido pretendiente de Stella y “se murió, sin que nadie le prestara atención, que yo sepa: un solterón rico; no creo que tuviera más de 50 años. Otro

‘joven’, no brillante exactamente, pero simpático en mi recuerdo, modesto, refrescante, inesperado, y siempre tan nasal”. A Virginia le impactaba la muerte de los otros y, según señaló Leonard en sus memorias, ella convivía con la idea de su propia muerte. El 2 de noviembre tuvo un sueño altamente perturbador:

«Anoche soñé que tenía una enfermedad de corazón que me mataría en 6 meses. Leonard, después de mucha persuasión, me lo decía. Mis instintos eran todos como deberían ser, en orden, y algunos muy fuertes: completamente inesperados, quiero decir voluntarios, como son en los sueños, y por ello tienen una autenticidad que produce una impresión inmensa y penetrante. Primero, alivio: bueno, ya he terminado con la vida (estaba en la cama); luego, horror; luego, deseo de vivir; luego, miedo a la locura; luego (no, esta vino antes), pena por mi literatura y dejar este libro inacabado; luego, un lujoso recrearme en el dolor de mis amigos; luego, una sensación de muerte y de acabar a mi edad; luego, decirle a Leonard que debía volverse a casar; examinar nuestra vida juntos; y enfrentarme a la convicción de desaparecer, cuando otros seguían viviendo. Entonces me desperté, salí a la superficie con todo esto envolviéndome; y me encontré con que se habían vendido muchos ejemplares de mi libro; y que madame Kallas[353] me invitaba a almorzar; la extraña sensación de estos dos estados de vida y muerte mezclándose mientras tomaba el desayuno, sintiéndome soñolienta y pesada».

A finales de noviembre, después de dejar a Nessa y a Duncan en Greenwich, donde ellos estaban decorando la casa de una de las amigas de Vita, Virginia llegó a Rodmell, donde leyó “un montón de casi un metro de manuscritos”. Pero sus grandes temas seguían siendo *La olas* y el temor de estar “solamente acumulando notas para un libro”. Por otra parte, tentada con la crítica y la posibilidad de “destacar a una o dos figuras oscuras”, retomó la lectura de los isabelinos, sus primeros amores literarios, una lectura aconsejada por su padre. Lo recordaba recorriendo su biblioteca mientras pensaba en qué darle para leer: “Él debía tener 65 años; yo 15 o 16; por qué no lo sé pero me encantaron, aunque no me interesaron exactamente; pero la visión de la gran página amarillenta me embelesó”. A los 47 años, Virginia recordaba con cierta nostalgia sus primeros intentos como escritora, su manera de leer y cómo practicaba el estilo isabelino en sus cuadernos. También evocaba:

«Por entonces yo estaba escribiendo un largo y pintoresco ensayo

sobre la religión cristiana, creo; titulado *Religio Laici*, me parece, en el que demostraba que el hombre tiene necesidad de un Dios; pero describía a Dios en proceso de cambio; también escribí una *Historia de las mujeres*; y una historia de mi propia familia todo en un estilo muy prolijo e isabelino”».

Esa capacidad de escribir utilizando estilos del pasado no impedía que también anticipara escenas o ideas que la posicionan entre las precursoras de los estudios culturales. Es así como ese diciembre registró en su diario una velada teatral en la que los reyes de Inglaterra estuvieron presentes. Los describe como figuras en una vitrina, como si se tratara de la monarquía actual, protagonista del periodismo amarillo y de las revistas del corazón:

«Anoche fuimos a ver *The Calendar* (de Edgar Wallace) con Ann; hubo aplausos y he aquí a una gran reina dorada haciendo inclinaciones con la cabeza en un palco muy pequeño. También, cuando se encendieron las luces, el rey, colorado, malhumorado, moviendo nerviosamente las manos; elegantemente ataviado, franco; de aspecto pesado, con una flor blanca en el ojal, molesto, quizá, por la necesidad de dejarse mirar en un entreacto, cumpliendo con su deber; y no le agradan mucho los pequeños comentarios que le lanza la reina para hacer más llevadero su esfuerzo. La d[uque]sa de York se sentó en un momento dado con la reina; una joven de cara redonda, menuda, dulce, parlanchína, sencilla, vestida de rosa; pero en su muñeca centellean los brillantes, su vestido se recoge en un hombro con brillantes. La reina también parece una calle iluminada con brillantes. Me vino una extraña sensación de escaparate decorado para el público: estas son nuestras piezas de exposición. No muy impresionantes —nada de románticos ni misteriosos— nuestros mejores artículos. Sin embargo, él desciende, supongo, de Hengist; los ascendientes de este hombre pesado, franco, malhumorado se remontan directamente a Isabel y compañía; su cara permanecerá para siempre en nuestra historia. Sacó unas gafas de una funda de color rojo vivo».

Tanto más apreciado cuando necesitaba alejarse del ajetreado Londres, a finales de diciembre y ya en Rodmell, Virginia retomó el estilo de vida campestre. La presencia de Annie, su nueva asistente; la existencia de la cocina de petróleo; evitar las visitas; las mejoras en la

casa; la vista de las colinas; todo confluía en sensaciones placenteras y armoniosas. Sin embargo, había notas discordantes:

«Todo es maravilloso, sencillo, rápido, eficaz... salvo mis tanteos con Las olas. Escribo dos páginas de puros disparates después de grandes esfuerzos; escribo variaciones de cada frase; componendas; tentativas fallidas; posibilidades; hasta que mi cuaderno es como un sueño de un lunático. Luego confío en la inspiración al releer; y les doy cierto sentido a lápiz. Pero no estoy satisfecha. Creí que le falta algo. No le sacrifico nada al decoro. Voy derecha a mi centro. No me importa si luego lo tacho todo. Y hay algo ahí. Ahora me inclino a hacer tentativas violentas, respecto a Londres, a diálogo; abriéndome paso implacablemente, y luego, si no sale nada, por lo menos he examinado las posibilidades. Pero desearía disfrutarlo más. No lo tengo en la cabeza todo el día como Al faro y Orlando».

Esas reflexiones tenían como marco una conversación con Clive, quien se había transformado en la “pesadilla” de Leonard, ya que influía negativamente en el ánimo de Virginia: “Pero su crítica se basa en la teoría de que yo no puedo sentir la sexualidad: tengo la luz roja cortada; y *por lo tanto* debo escribir Orlandos y no Faros. Supongo que hay algo de verdad, sobre todo cuando dice que mis soliloquios, mis hilos de pensamiento, son mejores que mis siluetas. Pero, como siempre, quería llevar el agua a su molino: que el Amor es suficiente, que si el amor falla, uno se hunde para siempre. [...] Y siempre pienso ¡qué divertido, cuánta búsqueda y charla y jarana hay en ti! Cuánto tiempo hace que nos conocemos”. En momentos como ese, Virginia valoraba la presencia de Leonard, su rol de facilitador y pacificador. Incluso lo comparaba con Lytton, y pensaba que de haberse casado con él no hubiera escrito nada: “Reprime e inhibe de una forma muy curiosa. L. puede ser severo, pero estimula. Cualquier cosa es posible con él. Lytton estaba suave y frío, como una hoja de otoño mojada”.

Evidentemente Leonard se ocupaba de lograr el entorno adecuado para su escritura, e incluso combatía en nuevos frentes. Había iniciado acciones contra el Royal Hotel, que desde su inauguración en marzo de ese año los molestaba con la música procedente del salón de baile. A mediados de diciembre Virginia se sintió fastidiada porque debió presentarse ante un juez, y todo el asunto le quitaba “días enteros de la semana”. Poco después, lamentaba otro tipo de interrupciones. La noche de fin de año los Keynes aparecieron sorpresivamente en su Rolls Royce

y los invitaron a cenar en Tilton. Como al vuelo, Virginia dejaba constancia de esos hechos en sus últimas anotaciones del año; pero con precisión intentaba reconstruir ciertas opiniones de Bernard Shaw:

«Yo digo que de doce personas siempre habrá tres mujeres tan inteligentes como los hombres. Lo que les he dicho siempre es que aspiren a los órganos directivos, que no se preocupen por el voto. Insistan en la representación. Ahora las mujeres son mucho más entusiastas en lo relativo a los negocios. Hacen cosas. Los hombres cotillean en los clubs. Oh, pero usted ha hecho más que nadie por nosotros, Sr. Shaw. Mi generación, y la de Francis Birrell (que estaba sentado detrás), puede que seamos gente agradable, pero somos diferentes gracias a usted.

Más felices, dijo Francis.

Luego llegó Lydia, con la Sra. Shaw, y nos interrumpió».

CAPÍTULO XXXIII - 1930

“Algo sucede en mi mente”

4 de enero, Rodmell; Virginia escribió en su diario:

«Vita vino ayer con un recipiente de cristal verde en el que las flores japonesas se expanden en el agua. Aquí mi mente se expandiría así: la llegada de los Keynes la hizo encogerse. Y desperdiciamos nuestro hermoso día, que deberíamos haber pasado en Rye, hablando en su fea habitación. Pero no estoy diciendo que ellos sean feos: eso sería blasfemo. Esta perpetua denigración de la naturaleza humana y adoración de la soledad es sospechosa.

Pero heme aquí, clavada al tablero, como un insecto, durante otros tres meses; y le doy de mala gana mi único día hermoso a la sociedad».

En tren de “ser ‘vista’ y ‘ver’”, Virginia cenó en Charleston, luego volvió a Londres, asistió a fiestas y a la ópera; conoció al Primer Ministro, y también fue al cumpleaños número once de Angelica, que se celebró con una fiesta de disfraces cuyo tema fue *Alicia en el País de las Maravillas*. Disfrazada como la liebre de marzo, bromeó acerca de la locura de la liebre. La fiesta resultó un éxito. Vestido de Caballero Blanco, Roger Fry atraía niños como si fuera el flautista de Hamelin. Pero tal vez lo más interesante sucedió por la noche, cuando los Woolf protagonizaron un curioso incidente mientras regresaban a su casa. Aconteció que Leonard, que seguía disfrazado con “un delantal de paño verde y un par de cinceles como el Carpintero”, se enfrentó con unos agentes de policía para defender a una “prostituta ebria” que había sido insultada por dos hombres, a los que “les respondió con su propia

moneda”. Mientras sostenía su “delantal y cincel en una mano”, Leonard increpó a los agentes: “¿Por qué no van en busca de los hombres que lo comenzaron? Mi nombre es Woolf, y puedo dar por sentado que esta mujer no es culpable.

Ella los llamó maricones; pero ellos la llamaron puta”. Fue así como, una noche de invierno londinense, una mujer *de la vida* contó con la protección de los Woolf: dos Lobos disfrazados de personajes de Lewis Carroll.

Días después, la actividad social continuaba en un marco aristocrático. Lady Londonderry[354] fue la anfitriona de la comida durante la cual Virginia conoció al primer ministro laborista, Ramsay MacDonald. En su diario, ella retrató a la anfitriona como “un jinete, o un capitán, sin un gramo de exceso de grasa, contando historias. [...] Todo indiscreto, franco, en apariencia; la charla de una mujer perfectamente capacitada, juiciosa, bien alimentada y atlética, que salta con su caballo todas las vallas”. En cuanto al Primer Ministro, le pareció “un hombre anodino, ojos decepcionantes, bastante corpulento; clase media, no un hijo del pueblo; abatido; malhumorado; presuntuoso; llevaba un chaleco negro; cierta mediocridad de carácter”. Como un pintor que se aleja por un momento de su caballete para observar la escena que quiere retratar, Virginia tomaba apuntes mentales y los volcaba en la intimidad de su diario. La decepcionaba que esos hombres sentados “de un lado a otro de la mesa, ocupados en gobernar Inglaterra” fueran tan previsibles, poco creativos, y que sus mentes, como la casa de los anfitriones, transmitieran “algo sofocante y demasiado ordenado”. En ese contexto, la presencia de Roger Fry la animaba a hacer comparaciones: “Roger, que parece un basurero y vive con latas de sardinas y linóleo; sí, pero la casa de Roger parece viva, [...] ¿Por qué la gente interesante nunca se acomoda entre objetos (bellos) y duquesas (deseables)?”.

El día de su cumpleaños cuarenta y ocho, en Rodmell, rodeada por la naturaleza, Virginia se sintió en su elemento. No solo disfrutaba de los *downs* que lucían “como las alas plegadas de pájaros grises”, también comprobaba que *Las olas* avanzaba a mejor ritmo que en los seis meses precedentes. Se sentía “adherida a ese libro, quiero decir pegada a él, como una mosca a un papel engomado. A veces pierdo el contacto; pero sigo; luego siento de nuevo que, al fin, por métodos violentos [...] he puesto las manos en algo central”. Por entonces, preguntándose “cómo unirlo, cómo mezclarlo y comprimirlo para darle unidad”, ideó unos “interludios” difíciles pero “esenciales; para tender puentes y también

dar un fondo: el mar, la naturaleza insensible”.

Pero todavía no se sentía cómoda en el pabellón que habían construido en el jardín; además, la mesa no tenía la altura adecuada. Para poder trabajar todo tenía que estar “exactamente igual” a lo que estaba acostumbrada. De todas maneras, no fue la incomodidad, sino una fuerte gripe que la atacó a principios de febrero lo que la forzó a interrumpir su trabajo; la enfermedad también la obligó a posponer un encuentro con Ethel Smyth, una compositora y directora de orquesta que había leído *Un cuarto propio*, se declaraba su ferviente admiradora e insistía en conocerla. El 16 de febrero, bastante recuperada, Virginia realizó una extensa anotación en su diario, de donde se infiere cómo esos períodos de enfermedad redundaban en su obra:

«Una semana tendida en el sofá. Hoy estoy sentada, en el habitual estado de irregular animación. Por debajo de lo normal, con espasmódicos deseos de escribir, luego de adormilarme. Hace un día frío y hermoso y si mi energía y sentido del deber persisten, iré a Hampstead en coche. Pero dudo de que pueda escribir con ningún propósito. Una nube flota en mi cabeza. Está una demasiado consciente del cuerpo y bruscamente sacada de la rutina de la vida para volver a la narrativa. Una o dos veces he sentido ese batir de alas que me viene tan a menudo cuando estoy enferma; el año pasado, por ejemplo, en estas fechas estaba en la cama construyendo *Un cuarto propio* (que hace dos días ya había vendido 10.000). Si pudiera quedarme en la cama dos semanas más (pero no hay la menor posibilidad) creo que vería *Las olas* entero. O, por supuesto, también podría desviarme y meterme en algo diferente. Tal y como están las cosas, más bien me inclino a insistir en una escapada a Cassis; pero tal vez eso requiera más determinación de la que poseo; y continuaremos consumiéndonos aquí. Pinker está paseando por mi habitación buscando la mancha de sol, un signo de primavera. Creo que, en mi caso, estas enfermedades son —¿cómo lo expresaría? — parcialmente místicas. Algo sucede en mi mente. Se niega a continuar registrando impresiones. Se cierra en sí misma. Se convierte en una crisálida. Me quedo echada, muy aletargada, a menudo con agudo dolor físico, como el año pasado; este es solo malestar. Luego, de pronto, algo salta. Hace dos noches *Vita* estuvo aquí; y cuando se fue empecé a notar cómo era la tarde: que se acercaba la primavera; una luz plateada mezclándose con los primeros faroles; los taxis corriendo por las calles; tuve una tremenda sensación de vida que comienza; mezclada con esa emoción que es la esencia de mis sentimientos pero escapa a la descripción. (No ceso de inventar la

escena de Hampton Court en Las olas. ¡Dios, me pregunto si sacaré adelante este libro! Hasta ahora no es más que un revoltijo de fragmentos). Bueno, como iba diciendo, entre estas largas pausas (porque estoy mareada y escribo más bien para estabilizarme que para hacer una afirmación correcta), sentí que comenzaba la primavera, y la vida de Vita es tan llena y pródiga; y todas las puertas se abren; y esto es, creo, la falena agitando sus alas dentro de mí. Entonces empiezo a inventar mi historia, sea la que fuere; las ideas acuden en tropel; a menudo, sin embargo, esto ocurre antes de que pueda controlar mi mente o mi pluma. Es inútil tratar de escribir en esta etapa. Y dudo de que pueda llenar este monstruo blanco. Me gustaría tumbarme y dormir, pero me da vergüenza. Leonard se sacudió la gripe en un día y siguió ocupándose de sus asuntos estando enfermo. Y aquí estoy haraganeando aún, sin vestir, cuando Elly viene mañana. Pero como decía, mi mente trabaja en la ociosidad. No hacer nada es con frecuencia lo más provechoso para mí».

Pero ¿era posible no hacer nada?[\[355\]](#) Virginia leía *Byron*, de André Maurois, convencida de que el biógrafo no comprendía al poeta, pero también señalando que tenía el mérito de hacerle creer que, como lectora, ella sí lo comprendía. Respecto de la sensibilidad de Byron, luego de analizar “elementos” característicos, concluía: “Tal vez la verdad sea que si estás cargado con un voltaje tan alto no puedes amoldarte a ninguno de los sentimientos humanos ordinarios; tienes que adoptar una postura afectada; tienes que escribir rapsodias; no encajas. Escribió en *Inn Album* que tenía 100 años. Y es verdad, si medimos la vida por los sentimientos”. Desde siempre, Virginia intentaba establecer parámetros para medir las intensidades de la vida. Pero la muerte era el mayor enemigo y este año lamentó la de Charlie Sanger,[\[356\]](#) el joven preceptor de los hijos de Vita, en un accidente de montaña; y al año siguiente la del escritor Arnold Bennett. Una visita de Snow, la antigua compañera de estudios de Nessa, dio lugar a uno de sus “bosquejos de personajes” que parecían obedecer a su necesidad de encuadrar y procesar sus impresiones y también servían, durante los períodos de convalecencia, para poner su inteligencia “a medio galope”. A los cincuenta años, Snow daba la imagen de ser un fracaso, actuaba como si no hubiera tenido una vida interesante y ahora, en su madurez, llegaba al punto de creer que “la vida se ha acabado”. Es decir, se adecuaba a las ideas de Virginia, siempre tentada a hacer comparaciones que respaldaran su teoría: “Raras veces he tenido una

impresión de sufrimiento más lamentable; demasiado innoble y mezquino para calificarlo de sufrimiento: llamémoslo más bien frustración, [...] ¡Señor, cómo alabo a Dios por tener un carácter lo bastante fuerte como para controlar cada minuto de mi vida desde que nací!”. Para Virginia, el ser “devastadoramente consciente de que otras personas están más dotadas” había eximido a Snow de presentar batalla y existir con plenitud, ya que “¿cómo podría saltar sobre la espalda de la vida y retorcerle el pescuezo? Una bromearía con amargura; y se volvería egocéntrica y ansiosa de explicar y disculparse; quejumbrosa”.

Poco después, todavía convaleciente, hacía “un boceto” de otro tipo de personaje. Se trataba de su hermanastro George, que parecía infinitamente satisfecho de sí mismo. “El mundo se [había] hecho para él”, pensaba Virginia a la vez que bromeaba acerca de su predilección por la raza porcina — George tenía un criadero en su campo—, “una raza muy incestuosa”. Y escribía en su diario: “Sin embargo, cierto sentimiento empieza a formarse como una bruma entre nosotros. Habla de ‘mamá’. Supongo que encuentra en mí un borroso parecido; bueno, y además ahora no está en una posición que le permita hacerme daño”. Era un hecho que él ya no tenía influencia en su vida, no podía causarle dolor; y tal vez por eso convivía en una misma oración con Lytton “muy contento también, aunque no por las mismas razones que George”.

En febrero, demasiado agotada para escribir su novela, Virginia ejercitaba ese tipo de bocetos en su diario. Finalmente, en marzo, ya instalada en Rodmell, pudo volver a *Las olas*, pero también siguió analizando y sopesando cómo la vida había tratado a sus amigos. La visita de Margaret Llewelyn Davies y Lilian Harris resultó deprimente, le parecieron “dos grandes bultos con abrigo gris; mechones de pelo despeinado; sombreros flácidos hechos en casa; gruesas medias de lana; zapatos negros, muchos mantones, bolsos viejos; un aspecto indescriptiblemente uniforme, raído, pardusco y triste. Una tragedia, en cierta manera”. Virginia creía firmemente que esas mujeres merecían algo más de la vida, temía que no comieran lo suficiente y concluía: “Algo ha embotado el filo de Margaret, lo ha oxidado y gastado, mucho antes de lo que le correspondía. ¿Ha de ser la vejez tan informe? La única escapatoria es hacer trabajar la mente. Creo que escribiré una historia de la literatura inglesa en esa época de mi vida. Y pasearé. Y me compraré ropa, y me cuidaré el pelo, y me obligaré a salir a cenar. Pero puede que la vida se vuelva repetitiva y una no se tome ninguna molestia.

Ethel Smyth

Ese no era el caso de Ethel Smyth; para la compositora de más de setenta años, la vida seguía siendo una aventura. Había publicado su autobiografía, *Impressions That Remained*,^[357] en 1919; un libro que le interesó a Virginia, entre otras cosas, porque mencionaba la curiosa anécdota de su bisabuelo, James Pattle, que había fallecido en la India y que fue trasladado a Inglaterra en un tonel de ron que explotó ante los ojos de su viuda. Ethel conocía el relato de boca de su padre, el Major General J. H. Smyth. Lo cierto es que sus familias estaban relacionadas, por lo que, incluso antes de conocerse, ambas compartían recuerdos y anécdotas. Por eso, Virginia le envió de regalo el libro de fotos de Julia Cameron publicado por la Hogarth Press. Es interesante destacar que, en la reseña de *Impressions That Remained* que Virginia escribió en abril de 1921, realizó un retrato de Ethel que curiosamente coincidió con las impresiones que tuvo al conocerla: “No es que Miss Smyth poseyera extraordinario poder literario, o que analizara su alma hasta la esencia. Su método parecía consistir en extremo coraje y extremo candor... Su asombrosa vitalidad la ha llevado a relaciones y situaciones tan variadas e intensas que su relato sincero fue de un interés absorbente”.

Dilaciones mediante, Ethel llegó a casa de Virginia cerca de las cuatro de la tarde del 20 de febrero, y hablaron sin parar hasta las siete, cuando las interrumpió Leonard. Para entonces ya se tuteaban y Virginia afirmaba: “Todo [está] arreglado; las bases de una inmortal amistad sentadas en 15 minutos: qué sensato, qué rápido”. Las dos mujeres conversaron acerca de la música de Ethel, también sobre su obsesión principal: su lucha por lograr el reconocimiento que creía merecer. Virginia escuchó sus numerosas anécdotas, pobladas de minuciosos detalles, como que le habían prometido catorce mujeres en la orquesta, pero solo había dos. También hubo lugar para las primeras declaraciones de Ethel, que aseguró: “No he pensado en otra cosa que en verte desde hace diez días. Y esta amistad me llega ahora”. La activa compositora, escritora, feminista y sufragista le pareció sincera, brusca y analítica; y Virginia coincidió en varios puntos con ella, sobre todo, cuando juzgó a Vita^[358] y a sus “mediocres amigas con sagacidad”. En pocas palabras, al final del primer encuentro con la septuagenaria pero activa mujer, Virginia escribió en su diario que se trataba de “una excelente anciana”. De todas maneras, es posible que la dejara agotada, por lo que días después, posponía nuevas visitas explicando que la gripe

era un veneno para su sistema nervioso, y que siendo el suyo uno de “segunda mano”, usado por su padre y el padre de su padre para escribir despachos y libros —cuando hubiera sido mejor que se dedicaran a la caza y a la pesca—, debía cuidarlo como a “un mimado dogo faldero”.

Pero la mente de Virginia continuaba alerta, y mientras hacía reposo se le ocurrió editar una hoja o volante con cerca de 2000 o 4000 palabras impresas,[359] en la que figuraran artículos firmados por jóvenes escritores, e invitó a Ethel a que colaborara. Si bien la idea no prosperó, puede considerarse uno de sus intentos de flexibilizar los estereotipos periodísticos del momento. En marzo y después de casi cuatro semanas sin escribir *Las olas*, Virginia llegaba a la conclusión de que esa pausa podría ser lo que necesitaba después de estar “extrayendo demasiado de mi cabeza” y confesaba: “Si alguna vez un libro me ha agotado, es este”. En ese estado, aunque deseaba ganar un dinero extra, compró su libertad rechazando el ofrecimiento de dos mil libras por escribir una vida de Boswell. A finales de año y en nombre de esa misma libertad, los Woolf rechazaban una oferta por la Hogarth Press.

La obligada pausa por enfermedad había sido propicia, y entre mediados y finales de marzo, Virginia disfrutó de una creatividad que se expandía gozosa y sin trabas: “Tuve un día de embriaguez en el que me dije que los hijos no eran nada comparados con esto”. La entusiasmaba pensar que había ido más allá de sus límites, que había saltado sus vallas: “La prueba para un libro (o un escritor) es si deja un espacio en el cual, de forma natural, puedes decir lo que deseas decir [...] Esto demuestra que el libro en sí mismo está vivo: porque no ha aplastado lo que yo quería expresar, sino que me ha permitido deslizarlo en el texto sin comprimirlo ni alterarlo”.

De pronto, contemplando su manuscrito, sintió “la presión de la forma —el esplendor y la grandeza— como, quizá, no lo había sentido nunca”. Atenta a no apresurarse para terminarlo, se decía que era el más difícil y complejo de todos sus libros. Incluso creía posible haber erigido “un monumento” luego del “mayor esfuerzo mental” que había conocido, y aunque pensaba que estaba “lleno de agujeros y parches” y que necesitaría una “reconstrucción”, el 29 de abril terminó el borrador. Pero como había aceptado escribir artículos para la prensa, la reescritura de *Las olas* debió esperar y si bien consideraba que tres meses de una rutina solitaria resultarían beneficiosos para el libro, también se

daba cuenta de que deseaba ver a Ethel.

Por su parte, Ethel no sabía a qué atenerse; las cartas de su nueva amiga incluían mensajes ambiguos. ¿Necesitaba Virginia soledad y paz; o conversación? Sea como fuere, antes de que el asunto se aclarara, la compositora debió esperar a que Virginia regresara de una gira en coche por el sudoeste de Inglaterra, que inició el 4 de mayo, para promocionar los libros de la Hogarth y que terminó en St. Ives.[360] A mediados de mes, dispuesta a no dejar pasar la vida sin más, de la misma manera que programaba sus novelas Virginia planificaba en su diario:

«La cuestión ahora es vivir con energía y dominio. Despachar cada día con arrogancia. Hacer que el trabajo diario sea mucho más corto de lo que solía. Sentir cada día como una ola que rompe contra uno. No perder el tiempo ni consumirse considerando esto o aquello. [...] No más arrepentimientos ni indecisiones. Esa es la forma adecuada de enfrentarse a la vida ahora que tengo 48 años: y hacerla cada vez más importante y vigorosa a medida que se envejece».

Sentía que, para trabajar, su mente debía estar “extendida y tirante”, pero nuevos avatares con Nelly la dejaron “hecha astillas”. Resulta que tuvieron que operarla de urgencia y debió ocuparse de buscar un reemplazo adecuado. A pesar de las molestias, Virginia consideraba que el incidente les sería propicio para liberarse de 15 años de relación; pero, según registró en su diario, Leonard no estuvo a la altura de las circunstancias: “Su cautela le paraliza. [...] Además tiene un lado filantrópico del que desconfío”. Por su parte, convencida de que asegurarse la asistencia de una clase subalterna era una trampa, exclamaba: “Oh, librarse de las sirvientas; porque todas las emociones que despiertan, confianza, sospecha, benevolencia, gratitud, filantropía, son necesariamente malas”. A pesar de todo, los problemas domésticos[361] no opacaban un verano centrado en “Nessa y Duncan, Ethel Smyth, Vita y reescribir *Las olas* ”.

“Una vieja mujer de setenta y uno se ha enamorado de mí”

Aunque Virginia estaba fascinada con Ethel, había aspectos de su personalidad que la descorazonaban y sorprendían. En junio, por ejemplo, recibía un promedio de dos cartas diarias de la mujer con

“cara de viejo coronel”, cuya charla exaltada e ininterrumpida ponía frenético a Leonard. Y si bien bromeaba al respecto —“una vieja mujer de setenta y uno se ha enamorado de mí”—, también se sentía halagada:

«Supongo que los antiguos fuegos del lesbianismo están ardiendo por última vez.

En su mejor época debe de haber sido imponente: despiadada, tenaz, exigente, rápida como el rayo, segura de sí misma; con algo de la franqueza y la singularidad del genio, aunque dicen que escribe música como un viejo y prosaico maestro alemán».

Ethel era “una vieja pájara animosa; una vejez muy superior en vitalidad” a muchas que conocía. Pero además tenía otros atractivos, y cuando Virginia la visitó en su casa de Woking, comprobó que había “más belleza e incluso comodidad a su alrededor de lo que su abrigo de alpaca [le] había hecho suponer”. De hecho, se sintió “como [en] una fiesta de la literatura, como [en] la fiesta de Boxhill de Jane Austen”

Allí estuvo rodeada de las amistades de Ethel, quien a pesar de su egocentrismo tenía “una mente muy auténtica, despejada; un carácter libre y absolutamente enérgico”, sin impedimentos ni inhibiciones. Habían alcanzado gran intimidad en poco tiempo, y como las dos eran buenas escritoras de cartas, alimentaron su amistad a través de un interesante intercambio epistolar. Ethel, decía Virginia en una de sus cartas, tenía cualidades “que daría mis ojos por poseer”. Las cartas continuaban los temas que habían iniciado en sus conversaciones, y en tren de confidencias, Virginia le confesaba a su nueva amiga que el terror a la vida real la había mantenido en un convento. Tampoco omitía hablar de su locura, “una experiencia tremenda”, en cuya lava seguía encontrando la mayoría de las cosas sobre las que escribía.

Aunque por entonces trabajaba en una nueva edición de su ensayo “On being ill” (Estar enfermo), Virginia pasaba por un buen momento: la relación con Ethel era intensa, pero no excluía a sus otros afectos; por lo que a finales de julio escribía en su diario: “Supongo que pocas mujeres son más felices que yo, aunque yo no soy permanentemente nada; pero siento que he tenido un buen trago de vida humana, y encuentro mucho champán en ella. No ha sido aburrido mi matrimonio; en absoluto”. Tampoco se aburría con Ethel, quien no ocultaba su pasión y que, mientras compartían sus respectivos recuerdos de infancia

y juventud, le aseguraba que estaba enamorada de ella desde antes de conocerla. Es decir, después de leer *Un cuarto propio* y *Al faro*, novela que le recordó a su propia madre, hacia la que también había sentido devoción. Dado que Virginia adoraba gustar, y ambas compartían un pasado y una crianza similares, pronto sintió que podía expresarse con honestidad y revisar los ítems salientes de su autobiografía. La salud, su sistema nervioso, la sexualidad, la familia, el matrimonio, todo era analizado y puesto en perspectiva, tanto en sus encuentros como en sus cartas. Pero en agosto, mientras pasaba sus vacaciones en Rodmell, después de comprobar que la distancia no apagaba el entusiasmo de Ethel, que le escribía casi a diario, Virginia se preguntaba si no debía frenarla un poco. Finalmente llegó a la conclusión de que tenían “mucho que reconstruir. [...] Si uno se aventura, debe aventurarse plenamente. Y ella es tan valiente, notable y lista que sería pura cobardía por mi parte mantenerla a raya por miedo al ridículo [...] así que dejo que esa vieja hoguera arda furiosamente y quizá le ponga una mampara”. Pronto se haría evidente que el fuego de Ethel podía ser demoledor y, después de que pasara una noche en Monk’s House, Virginia llegó a la conclusión de que dada la edad de Ethel y la “incongruencia de la situación”, se trataba de una amistad “curiosa y antinatural”. Con todo, en la intimidad de su diario reconocía: “Cuando no habla de su música y de la conspiración contra ella [...] es una invitada perfecta. [...] Tiene una velocidad de rayo para la percepción que se asemeja a la mía”. Podría decirse que Ethel, mundana y vital, que había vivido “en muchos ambientes”, era el tipo de persona que ejercía una atracción a la que Virginia no podía resistirse; siempre dispuesta a escuchar atentamente a los otros, siempre en busca de disparadores y estímulos interpersonales.

Mientras su amistad con Ethel avanzaba, *Las olas* se resolvía en “soliloquios dramáticos” que debían entrar y salir “homogéneamente, al ritmo de las olas”. Había momentos en que se sentía satisfecha con el resultado, y se respetaba a sí misma por escribir ese libro; pero en otros creía que acabaría en el peor fracaso de todos. Oscilando entre esos extremos, apreciaba la bondad de Ethel, una mujer “de las mejor balanceadas, con esa cualidad maternal que, entre todas las posibles, necesito y adoro”. De esta manera, Ethel pasaba a ser, junto con Nessa y Vita, otro centro sobre el que gravitar. Pero Virginia también jugaba con la idea de inducir celos entre ellas, y es evidente que, al menos en lo que respecta a Ethel y a Vita, obtenía buenos resultados. Pudo comprobarlo en Long Barn, donde pasó un fin de semana, y desde

donde le escribió provocando a la temperamental Ethel: “Estoy yaciendo en las adúlteras sábanas de Vita. [...] (Vita está poniendo sales en mi baño y hablando agradablemente; de ahí el pulso intermitente en la narrativa)”. El resultado no se hizo esperar, y a vuelta de correo, Ethel, contestaba: “Me pregunté ‘¿por qué yo no tengo una hermosa casa, construida sobre rodillos, con sábanas de damasco, sirvientes que hagan esto y lo otro, con la cual atraer a Virginia?’”. Días después de ese intercambio epistolar, mientras conversaban, la cuestión de los celos volvió a aparecer y Virginia escribió en su diario:

«Hubo momentos interesantes. Acerca de los celos, por ejemplo. “¿Sabes, Virginia? No me gusta que otras mujeres te quieran”. “Entonces debe de ser que estás enamorada de mí, Ethel”. ‘Nunca he amado tanto a nadie’. (¿Hay algo senil en esto? No lo sé). ‘Desde que te vi no he pensado en nada más, etc. No tenía intención de decírtelo’. Pero yo deseo afecto. ‘Podrías aprovecharte de esto’.

No. Bueno, este, en la medida en que puedo resumirlo, es el estado de Ethel. Pero lo que me gusta de ella no es, creo, su amor —porque qué difícil es hacerlo inteligible; está compuesto de tantas cosas; ella exagera; yo soy sensible a la exageración—, lo que me gusta es ese viejo riesgo indomable; y cierta sonrisa, muy amplia y benévola. Pero, ciertamente, no estoy enamorada de Ethel. Oh, sí, y su experiencia».

En realidad Virginia creía probar que era lo suficientemente “diversa” como para “querer a Vita y Ethel y Leonard y Vanessa [362] y o alguna otra gente también”. Lo cierto es que durante toda su vida se sintió atraída por figuras, tanto femeninas como masculinas, que pudieran proporcionarle amparo y contención. La relación con Leonard se inscribía en esos términos, incluso el coqueteo de juventud con Clive, el primero de sus lectores, respondía a ese parámetro. Pero era Leonard quien daba estabilidad a su vida anímica, él nunca había provocado sus celos y siempre estaba en los momentos de crisis, lo que explica en parte su dependencia emocional. De todas maneras, como queda en evidencia en una de sus cartas a Ethel, la atracción sexual nunca había existido entre ellos: “Y cuando 2 o 3 veces a lo sumo, sentí atracción física por un hombre, entonces él era tan obtuso, galante, cazador y aburrido que yo —diversa como soy— solo podía dar media vuelta y galopar hacia el otro lado”.

Es evidente que en ese párrafo Virginia se refería a Clive. En tren de

poner a Ethel al tanto de su vida sentimental, también le confiaba que su cuñado tenía “sus motivos” para llamarla pez; y lo mismo sucedía con Vita:

«Vita también me llama pez. Y yo respondo (creo que bastante seguido sosteniendo sus manos, y obteniendo exquisito placer del contacto con el cuerpo ya sea masculino o femenino) “Pero lo que yo quiero de ti es ilusión, hacer el mundo danzar”. Más que eso, no puedo obtener mi sensación de unidad y coherencia y todo eso me hace desear escribir *Al faro* etc., a menos que esté perpetuamente estimulada. Es inútil sentarse en el jardín con un libro; o recolectando hechos. Tiene que haber este avivar el fuego y redoblar de tambores — desde luego que lo obtengo tremendamente de Leonard—, pero de manera diferente; Dios Dios cuántas cosas distintas quiero, cuántas flores distintas visito... y luego me sumerjo en Londres, entre el té y la cena, y camino y camino, reviviendo mis fuegos, en la ciudad, en algún tugurio miserable, donde espío a través de las puertas de las casas públicas. Donde la gente se equivoca, creo, es en siempre restringir y nombrar esas pasiones tan complejas y marginadas, plantando estacas entre ellas, arreándolas entre biombos. Pero, ¿cómo defines “perversidad”? ¿Cuál es la línea divisoria entre amistad y perversión?»

También le escribía a Ethel defendiendo su capacidad de afecto:

«Me levanté a la noche y dije “Pero soy la más apasionada de las mujeres. Quítame los afectos y sería como un alga fuera del agua; como la coraza de un cangrejo, como una cáscara. Todas mis entrañas, luz, médula, jugo, pulpa se irían. [...] Quítame el amor por mis amigos y mi quemante y acuciante sensación de lo importante, lo amable y lo curioso de la vida humana y no sería más que una membrana, una fibra, descolorida, inerte para ser arrojada como cualquier otro excremento».

En tren de confesiones, Virginia también reconocía que solo quería exhibirse ante las mujeres ya que solo ellas estimulaban su imaginación. Y con eso subrayaba el aspecto infantil de sus relaciones de tipo maternal. Incluso agregaba: “De hecho Virginia es tan simple, tan simple, tan simple: solo dale cosas con las que jugar, como a un niño”.

“Este roce con la muerte fue instructivo y curioso”

Como sus juegos preferidos podían resultar peligrosos, después de estar “forzando [su] cerebro demasiado”, su cuerpo respondió con una advertencia que recordó en su diario del 2 de septiembre:

«Iba andando por el sendero con Lydia. Si esto no cesa, dije, refiriéndome al sabor amargo en mi boca y la presión como de una jaula metálica de sonido sobre mi cabeza, entonces es que estoy enferma: sí, muy probablemente estoy destruida, enferma, muerta. ¡Maldita sea! Aquí me caí diciendo “Qué extraño, flores”. A trozos, sentí y supe que Maynard me llevaba al cuarto de estar y vi a L. muy asustado; dije subiré arriba; el golpeteo de mi corazón, el dolor, el esfuerzo se volvieron violentos en la puerta; me rindieron; como un gas; perdí el conocimiento; luego la pared y el cuarto volvieron a mis ojos; vi la vida de nuevo. Extraño, dije y me quedé tumbada, recuperándome gradualmente hasta las 11 cuando me fui a rastras a la cama».

Después de semejante experiencia, Virginia reflexionó: “Este roce con la muerte fue instructivo y curioso. Si me hubiera despertado en la presencia divina, lo habría hecho con los puños apretados y furia en los labios. ‘¡No quiero venir aquí!’. Eso habría exclamado. Me pregunto si ese es generalmente el estado de las personas que mueren violentamente. Si es así, me figuro la situación del Cielo después de una batalla”. Tras un reposo obligado, sintió la necesidad de conectarse con su vida e hizo un balance de sus relaciones y del entorno más cercano. Pensó en su amistad con Lytton, a quien veía escasamente —los Woolf no encajaban en sus fiestas ni Lytton en las de ellos—, pero siempre recuperaban intimidad cuando se veían en solitario. Entre tanto, mientras mantenía contacto “a [su] manera crónicamente espasmódica” con Morgan Forster, veía a Maynard regularmente y a su hermano Adrian casi nunca. En su “mapa del mundo” también estaba Vita; mientras que Nessa seguía ocupando un lugar central en su vida. En cuanto a Julian y Quentin, a pesar del afecto que sentía hacia ellos, los analizaba críticamente. Veía a Quentin más desaliñado, espontáneo, natural y dotado que el año anterior, cuando era “un petimetre, remilgado y afectado”. En lo que respecta a Julian, lejos de despertar sus sentimientos maternos o de protección, su decisión de convertirse

en poeta alimentaba la competencia, los celos y finalmente el juicio lapidario respecto de sus poemas:

«Me supone un alivio —pero ¿por qué?, ¿la vanidad de mi propia capacidad crítica? — saber que Vita está de acuerdo conmigo en que a pesar de su admirable buen sentido y dotes de observación y amor por la vida campestre, no es un poeta. La gente que trata las palabras del modo en que él lo hace me aflige, digo esto para liberarme en parte de la culpa de la vanidad y los celos. El sentido común y Cambridge no bastan».

Podría decirse que con el paso del tiempo, Virginia se parecía cada vez más a su padre; se situaba en el lugar de escritora reconocida, en el centro de una constelación de personas que la contenían y le demostraban su afecto, y confesaba en su diario: “Yo utilizo a mis amigos más bien como lámparas: veo que ahí hay otro campo: con tu luz. Allí, una colina. Ensanchó mi paisaje”. En esa utilización del otro, como siempre se lo había recriminado Nessa, estaba la tendencia a convertir a las personas en personajes. Pero eso no implicaba que Virginia sintiera que conocía en profundidad a la gente; de hecho, confesaba que desconocía los sentimientos de los demás y decía: “Como psicóloga soy miope más que obtusa”. Su deducción se debía al convencimiento de que equivocaba las cosas, o pasaba por alto situaciones significativas. Por ejemplo, al mismo tiempo que Duncan mantenía con el pintor norteamericano Gerald Brenan una relación amorosa que tenía en vilo a Nessa, ella escribía en su diario: “Estoy convencida de que ahora nada puede destruir esa fácil relación [la de Nessa y Duncan], porque se basa en la bohemia”.

Por su parte, a pesar de su desmayo, que definía como un “desafío a la muerte en el jardín”, Virginia sentía que atravesaba el “verano más feliz desde que tenemos Monk’s House”. Disfrutaba de las reformas; además, Annie,[363] la empleada que reemplazaba a Nelly, quien se reponía de su operación, era más simpática y de fácil convivencia. Esta vez Virginia no estaba dispuesta a dejarse atrapar nuevamente en un vínculo pernicioso,[364] incluso tenía esperanzas de que aprovecharían la ocasión para liberarse de Nelly, cosa que en realidad no logró hasta 1934.

En cuanto a *Las olas*, escribía siguiendo lo que consideraba “un ritmo, no una trama”. El libro era su “bastón”, pero demasiadas visitas

arrebatában “ese apoyo de la mano”. “¿Podríamos hacer algo que nos hiciese menos populares?”, se preguntaba Virginia en su diario. “Si yo le tiñese el pelo a Leonard de varios colores”, tal vez eso alejaría a las visitas que estropeaban sus días; sobre todo “la familia de L. [que conseguía] ese efecto de la forma más total”. La convivencia con los Woolf implicaba un esfuerzo demasiado grande[365] y la situación le parecía irreal. Después de recibirlos, reeditaba prejuicios de tinte antisemita que la Segunda Guerra Mundial le haría revisar: “Entonces, por supuesto, yo empiezo a ver claramente lo feos, lo narigudos, lo irreparablemente clase media que son todos ellos. De hecho, mi sentido estético es el que protesta más obstinadamente: cómo abaratan la casa y el jardín. [...] Pero allí estoy yo clavada, tan firmemente como Prometeo a su roca, para que me hagan pedazos el día, viernes, 26 de septiembre de 1930”.

Su suegra representaba un papel principal en ese “mapa del mundo”. “Enteramente incapaz de interesarse por mis sentimientos o mis amigos —la describía Virginia—; tan semejante a un vampiro e insaciable en sus demandas de toda mi atención y comprensión. [...] ¡Señor, señor! ¡Cuántas hijas han sido asesinadas por mujeres cómo esta! ¡Qué red de falsedad extienden sobre la vida!”.

Virginia se horrorizaba al pensar que podría infligir una carga similar “aunque fuese una sola tarde” a sus sobrinos. Por lo que puede verse en sus diarios, sin que tuviera exacta conciencia de ello, por entonces trazaba esquemas de diferentes tipos de vejez: estaban allí los modelos de Margaret y de su suegra; también el de Ethel Smyth. La vejez le preocupaba al punto de sentir que solo podría soportarla de conservar una mente alerta y, en lo posible, abocada a un objetivo intelectual concreto. En tanto tomaba notas para un retrato de Ethel Smyth, Virginia recibía apasionadas cartas donde su nueva amiga le preguntaba si le gustaría que la incluyese en su testamento.[366] Esto la entusiasmaba bastante: “Así que hasta cierto punto soy la albacea literaria de Ethel, un puesto que siempre he deseado vagamente, por eso ahora tomo notas mientras habla, para un retrato”. A tal fin recababa información acerca de la calidad de su música y se interesaba en Henry Brewster, el hombre más importante en la vida de Ethel; aunque no pasara de ser, a su entender, “un filósofo de salón”. Inserta en la galería de sus relaciones, Virginia se arrogaba un lugar central: “Ahora que sus últimos años estériles han fructificado al conocerme a mí, puede cantar el *nunc dimittis*” En cuanto a sus propias pasiones, reflexionaba:

«Habré de ver una luz en las profundidades del mar, y sigilosamente me acercaré... ya que las oraciones de una son solo una aproximación, una red que una arroja sobre alguna perla de mar que puede desvanecerse; y si uno la recoge no será nada como lo que era cuando la vio, bajo el mar. Ahora estas son las grandes emociones de la vida».

A finales de octubre Virginia trabajaba intensamente en *Las olas*, leía Dante y se ocupaba de la lectura de los manuscritos de la Hogarth. Este año sus lecturas también incluyeron Hazlitt, y al siempre admirado Shakespeare.

También debió redactar algunos artículos, y como no pudo negarse a escribir el prólogo para un libro de cartas de mujeres cooperativistas por encargo de Margaret L. Davies, terminó agotada:[367] “Nunca — esta es la moraleja — hagas un favor con la literatura”. Pero la fama tenía su precio. Sus amigos requerían críticas y prólogos; y en tanto uno de los mayores críticos de Bloomsbury publicaba una sátira del grupo, *The Apes of God*, [368] el prestigioso fotógrafo Cecil Beaton [369] solicitaba retratarla. En cuanto a los beneficios de la fama y el éxito, después de comprobar que disponía de más dinero que nunca, Virginia decidió ofrecer una cantidad mensual para los gastos personales de su sobrina Angelica.

“¡Cómo puedes *tú* estar celosa!”

A mediados de octubre, un hecho de índole privada conmocionó la vida de Vita. Virginia le contó a Vanessa lo que había sucedido:

«Y la cocinera loca de Eddy —te has enterado— fue hasta Long Barn una noche, y si no hubiera sido por el maletero que considerándola rara y mandó a llamar al secretario quien mandó a llamar al doctor que vino por milagro y le dio una palmada en el muslo donde encontró un revólver cargado en seis compartimientos, hubiera baleado a Vita en su escritorio. Ahora la cocinera de Eddy está hospedada en el manicomio de Maidstone y Eddy en Long Barn, porque él dice que es todo culpa de Vita, que él haya tenido que separarse de su cocinera —pero parece que ella también iba a dispararle a Eddy más tarde esa misma noche— así que se dice que Eddy (pero no andes divulgando esto) está más intolerablemente malhumorado que nunca».

Como lo demuestra la anécdota precedente, las amigas seguían en contacto y bien informadas; y al tanto del entusiasmo que Virginia ponía en su relación con Ethel, Vita se sentía algo celosa. Pero Virginia le escribía: “¡Y Dios! ¡Cómo puedes *tú* estar celosa! Mirando una foto y luego a otra... no, no me voy a meter en ese problema. Y desde luego estoy bastante contenta de que puedas estar celosa,[370] incluso de esa vieja monstruo de mar incrustada de conchillas”. Cabe decir que, a pesar de lo que le había dicho a Vita, a diferencia de la correspondencia ligera que había caracterizado su intercambio epistolar con ella, en sus cartas a Ethel, Virginia abordaba temas complejos, íntimos e incluso pedía consejos:

«Por cierto, ¿cuáles son los argumentos contra el suicidio? Tú sabes qué tontuela soy: de repente me llega como un rayo la sensación de la completa inutilidad de mi vida. Es como de pronto arremeter con la cabeza una pared al final de un callejón sin salida. Ahora ¿cuáles son los argumentos contra ese sentir “Oh sería mejor ponerle fin”? No necesito decir que no tengo ningún tipo de intención de tomar ninguna de estas medidas: simplemente quiero saber —como tú eres tan magistral y triunfante— [...] ¿cuáles son los argumentos en su contra?»

Aunque como sostuvo hasta el final de su vida, Virginia no tenía un “sistema filosófico” propio, le interesaba conocer si sus amigos poseían alguno. Pronto supo que, en el caso de Ethel, este sistema se enmarcaba en sus convicciones religiosas. A principios de noviembre, en casa de lady Ottoline Morrell, Virginia conversó con otro escritor que confesaba su espiritualidad. Se trataba de Yeats, quien creía en “el alma inconsciente, en hadas y en la magia” y poseía un “completo sistema filosófico y psicológico” que a Virginia le resultó tan interesante como difícil de comprender. De regreso en su casa, y meditando acerca de ese ser deslumbrante —“por dondequiera que se le cortara, con una pequeña pregunta, manaba fuentes de ideas”—, lo comparó con Eliot, a quien consideraba tan buen poeta como a aquel, pero a quien estaba lejos de idealizar: “El pobre Tom es todo sospecha, vacilación, reserva”. De hecho, después de tomar el té con Eliot y Vivienne, su mujer —esta fue la última vez que los vio juntos—, Virginia estuvo más que dispuesta a compadecerlo. Contempló la agonía de Vivienne, “mordiéndolo, retorciéndose, desvariando, arañando, dañina, empolvada, loca”, y el aspecto “siniestro y plomizo” de Eliot.

A mediados de diciembre, en tanto equilibraba su vida social y había resuelto los sempiternos problemas con Nelly, Virginia reconocía su agotamiento. Que le hubieran robado su cartera en una tienda londinense era la mejor manera de terminar el año, y los Woolf viajaron a Rodmell en busca de alivio. Allí, pensaba Virginia, hallaría el clima adecuado para terminar su novela, pero “la acostumbrada gripe [...] la acostumbrada fiebre” la retuvieron otra vez en cama. Finalmente, después de leer un libro tras otro, comprobó “que la máquina no [estaba] seriamente dañada” y esbozó en su diario el plan de finalización de su novela:

«Lo que necesita, probablemente, es unidad; pero creo que es bastante buena (estoy hablando conmigo misma de Las olas junto al fuego). ¿Y si pudiera unir más todas las escenas? Por medio del ritmo, principalmente. Para evitar esos cortes; para hacer que la sangre corra como un torrente de una punta a la otra. No quiero el desperdicio que producen las rupturas; quiero evitar los capítulos; ese es precisamente mi logro, si hay alguno aquí: una integridad saturada, sin tajos; cambios de escena, de talante, de persona, hechos sin derramar ni una gota. Si ahora pudiera rehacerla con calor y fluidez, es todo lo que necesita. Y estoy lista para pelear».

CAPÍTULO XXXIV - 1931

“Si no fuese tan desdichada, no podría estar feliz”

A principios de enero, el frío era tal que Virginia se “congelaba como un gorrión”, y aún convaleciente después de sufrir una de sus recurrentes gripes invernales, anotaba en su diario planes para los tres meses siguientes. Se prometía no asistir a reuniones; centrar su exigencia en hacer un buen trabajo con *Las olas*; y evitar preocuparse por cuestiones de dinero o domésticas, pero “la resolución principal [era] la más importante: no tomar resoluciones”. De todas maneras, todo debía remitir a la marea propia de la escritura:

«Ahora esto es verdad: Las olas está escrita a tan alta presión que no puedo agarrarla y leerla entre el té y la cena; solo puedo escribirla durante una hora, de 10 a 11.30. Y mecanografiarla es quizá la parte más difícil del trabajo. ¡Dios me salve si todos mis libritos de 80.000 palabras van a costarme, en el futuro, dos años!»

La escritura de la novela no era su única ocupación; también escribía artículos para periódicos ingleses y norteamericanos y leía los manuscritos que llegaban a la Hogarth. La suma de trabajo que demandaba la imprenta era abrumadora, y los Woolf confiaban en que su nuevo aprendiz, John Lehmann, podría ayudarlos y tal vez convertirse en socio. Lehmann era un joven prometedor, un poeta egresado de Cambridge, además de amigo de Julian y hermano de Rosamond Lehmann, la autora de *A Note in Music*, que Virginia había

leído.[371]

Entre las obligaciones que Virginia asumió por entonces, destacaba su compromiso con Pippa Strachey, una de las hermanas de Lytton y secretaria de la Sociedad Nacional para el Servicio de las Mujeres en Londres, a quien había prometido una conferencia. Ese día, Virginia compartió el estrado con Ethel Smyth y habló del “Ángel de la Casa”, el ideal de mujer victoriana expuesto en el poema de Coventry Patmore. [372] Mientras tomaba un baño, antes de asistir a la conferencia, tuvo la idea de escribir un libro que reuniera las ideas que iba a exponer, y que podría entenderse como una continuación de *Un cuarto propio*. Incluso se imaginaba el título: se llamaría *Professions for Women*[373] y trataría “acerca de la vida sexual de las mujeres”. No es extraño que con tales pensamientos en mente, días después, en la fiesta de disfraces en celebración del cumpleaños de Angelica, apareciera vestida de Safo: “Una dama muy voluptuosa levantando sus ojos al cielo”.

El 7 de febrero el diario de Virginia da cuenta del final de *Las olas*; quince minutos antes, decía, había escrito las palabras finales, “Oh Muerte”, imbuida en estas sensaciones: “Habiendo tambaleado durante las últimas diez páginas, con algunos momentos de tal intensidad e intoxicación que parecía solo tropezar con mi propia voz, o casi, tras algún tipo de orador (como cuando estaba loca). Estaba casi asustada, recordando las voces que solían volar adelante”. A esa vivencia, le siguieron quince minutos en estado de gloria, también una profunda calma. Después de verter algunas lágrimas asociadas al recuerdo de Thoby, analizaba:

«Lo que me interesaba en esta última etapa era la libertad e intrepidez con la cual mi imaginación escogía, usaba y tiraba hacia los costados todas las imágenes y los símbolos que había preparado. Estoy segura de que esta es la manera correcta de usarlas: no como estrategias, como había intentado al principio, coherentemente, sino simplemente como imágenes; nunca logrando hacerlas funcionar; solo sugerir. Así espero haber mantenido el sonido del mar y los pájaros, amanecer y jardín subconscientemente presentes, haciendo su labor subterránea».

Como solía suceder cuando terminaba un libro, Virginia sentía que la asaltaban

dudas y temores y no lograba mantener un humor estable. “Si no fuese tan desdichada, no podría estar feliz”, confesaba en su diario,

después de sufrir otro de sus altibajos. Sucede que después de una visita de Janet Case, su antigua profesora de griego, reflexionó acerca del patético momento en que los maestros se transforman en aprendices de sus discípulos. Se le antojaba que Janet había tenido una vida dura, sin lujos ni grandes realizaciones, y se sentía afortunada al medir su vida y logros con los de ella. Pero había otras personas como Aldous Huxley y su mujer, que desplegaban una actividad desbordante y ponían en cuestión su tendencia a permanecer dentro de los límites de lo conocido, incluso cuando viajaba. En ocasión de comer con ellos —que venían de la India, se dirigían a Moscú y contaban su proyecto de viajar a Norteamérica—, Virginia concluía que poco era, en comparación, lo que había visto, vivido y sentido. También volvía a compararse con Nessa, lamentando que su hermana no la necesitara. De hecho, es posible que por entonces Nessa fomentara cierta distancia; y aunque siempre se había quejado de la tendencia de Virginia a convertirla en personaje y de juzgar a sus sobrinos, llegado el momento, ella tampoco se privaba de caracterizar a su hermana delante de sus hijos. El retrato resultante no era demasiado halagador. Así pues, en la correspondencia de Julian y Quentin puede rastrearse la inclinación de ambos a recelar de la discreción y confiabilidad de su tía. En tanto Quentin llegaba a establecer paralelismos entre el genio de Virginia y el de Van Gogh, ambos víctimas de desórdenes nerviosos; temeroso de sus indiscreciones, Julian le pedía a Vanessa que no le contara acerca del *affaire* homosexual que sostenía con un compañero de Cambridge. Además, ambos sobrinos solían referirse a la “malicia” y a la “locura” de su “pobre tía”. La relación de competitividad y camaradería que Virginia había fomentado facilitaba la confianza que aparejaban este tipo de comentarios. De todas maneras, ningún integrante de la familia ponía en duda su genio, tampoco su fragilidad. “Al terminar un libro —escribía Virginia— el cerebro flota como un corcho en el mar. Odio ese sentimiento y había olvidado el horror”. Era en esos momentos cuando más necesitaba de contención afectiva. Terminar la novela la había dejado en un estado de sobreexcitación y sensibilidad. No era el momento para prodigarse, pero el 24 de febrero Virginia asistió al estreno de la ópera de Ethel, *The Prison*, en el Queen’s Hall, y después acompañó a su amiga a una fiesta organizada por lady Rosebery en su honor. Virginia salió de la reunión desilusionada, exhausta y con la “sensación de futilidad de todo eso”.

Lo cierto es que tampoco había apreciado la ópera compuesta por su amiga. *The Prison*, una obra para coro y orquesta, está basada en el

poema de Henry Brewster, un antiguo amor de Ethel, cuyas cartas Virginia conocía. A pesar de cualquier ilusión que podría haberse hecho, llegó a la conclusión de que era un “irremediable farrago”. Pero lo que más la atormentó fue la fiesta organizada por lady Rosebery, disparadora de uno de esos estados que Leonard definió diciendo que Virginia se “iba de una fiesta aburrida... como si fuera la última escena del *Gotterdammerung* de Wagner con Hogarth Press y el universo incendiado cayendo en ruinas”. En esta reunión en particular, ella recordó el tipo de fiesta a la que la llevaban sus hermanastros; sintió que se trataba de una “horrible exhibición de falsedad y estupidez”. Que Ethel disfrutara de ese tipo de reuniones la desilusionó; se sintió traicionada y percibió líneas de fractura en su relación. Por eso, poco después, dispuesta a dejar en claro lo que había soportado, le escribía a su amiga: “Vblví a casa más turbada y fuera de contacto con la realidad de lo que había estado en años. No podía dormir. Tomé cloral. Pasé el día siguiente en un estado de horror y desilusión”.

Virginia intentaba lo imposible, que Ethel tomara conciencia de su fragilidad. Por eso le confesaba: “Mi inexplicable susceptibilidad a ciertas impresiones [...] me aproxima a la locura. [...] Pero esto es lo que soy, y tú no puedes conocerme y limitarte a desecharlo considerándolo un arranque de mal humor”. Cada vez era más evidente que Ethel, “esa bandida valiente, agresiva”, podía dejarla exhausta. A eso se sumaban el fin de *Las olas* y la cantidad de manuscritos de la Hogarth que, “cayendo gota a gota, [habían] extinguido [su] amor por las palabras completamente”.

Una posible justificación del suicidio

En ese estado de ánimo, Virginia acompañó a Leonard a Liphook para visitar al matrimonio Webb, los socialistas fabianos con los que había colaborado años atrás. Ese mismo día registró con tristeza en su diario la muerte del escritor Arnold Bennett, un ser genuino que había llegado a estimar, una persona que mantenía un “contacto directo con la vida”, un hombre sensato aunque a su entender tuviera la visión “de los libros que tendría un almacenero”.

Durante su visita, la señora Webb percibió la susceptibilidad de su invitada; mientras conversaban surgió la cuestión del suicidio, y

hablaron íntimamente. Días después, Virginia le escribía conmovida:

«Quería decirte, pero fui demasiado tímida, cuán complacida estuve por tus puntos de vista acerca de la posible justificación del suicidio. Habiendo hecho el intento yo misma [en 1913], por el mejor de los motivos como yo pensaba — no ser un peso para mi esposo—, la convencional acusación de cobardía y pecado siempre me han perturbado bastante. Así que me alegró lo que dijiste».

El caso es que después de la fiesta de Ethel, Virginia sintió que Leonard era la roca a la que aferrarse: “Tanto es lo que sufro —le dijo— que si no estuvieras aquí, debería matarme”. Poco después, al cumplirse diecinueve años de su matrimonio, y a modo de reconocimiento, escribía escuetamente en su diario:

«Cuán conmovedor es encontrar esta calidez, curiosidad, apego al estar a solas con L. Si me atreviera, investigaría mis propias sensaciones respecto de él; pero además de pereza, humildad, orgullo, no sé qué reticencia me inhibe. A mí, que no soy reticente».

A mediados de abril, los Woolf viajaron a Francia. Virginia estaba agotada, se sentía “asediada” por una serie de artículos sobre Londres “pura descripción brillante [...] y ni un pensamiento por miedo a nublar la brillantez”. Además, esmerándose como un obrero que conoce su tarea, después de “lijarlos todos, hacerlos encajar, suavizarlos, imprimirlos, enroscarlos y enviarlos”, también había escrito artículos sobre Browning, Lockhart y Gosse. En ese contexto, un viaje era ideal para descansar y alejarse de sus preocupaciones, de su melancolía e incluso de la escritura. Viajar permitía una suerte de limpieza de la mente; se dejaba llevar por la contemplación de los paisajes y gozaba de la despreocupada actitud del turista culto. Dos lugares la impactaron en especial: la torre del castillo donde nació, vivió y escribió Montaigne, y el castillo donde Juana de Arco reconoció al rey Carlos VII. Leonard admiraba a Montaigne, y a Virginia le dio gusto conocer el lugar donde había vivido el escritor: “Ayer fue lo mejor de todo. [...] la Torre todavía está en pie; y la mismísima puerta, habitación, escaleras, y ventanas en las cuales [...] escribió sus ensayos: también su silla de montar; y la vista, precisamente la que él veía”.

Días después, al escuchar las campanas de iglesia que tañían desde

el siglo XIII y que había escuchado Juana de Arco, se interesó en la personalidad de la santa: “¿Qué pensaba? ¿Estaba loca? Una visionaria en el momento oportuno”. Lejos de detenerse en cuestiones como la locura y la santidad, Virginia disfrutó su viaje a Francia, la cultura francesa y la posibilidad de degustar una comida excelente. Puestos a comparar, ella siempre estaba “a favor de Francia; Leonard, de Inglaterra”. Como solía suceder al alejarse de Londres, sentía que sacaba provecho de los efectos benéficos de la soledad; se prometía remodelar su vida, alterar la secuencia de “ver y ser vista”; tomar distancia de “cientos de personas que zumban incluso ahora: y oscurecen mi azúcar”. Además de hacer planes, el viaje fue revelador, ya que Virginia descubrió que podía leer a Lawrence con placer, y así se lo hizo saber a Vita y a Ethel: “[J. M.] Murry, ese buitre de cogote pelado, chorreante de sangre”, la había predispuesto en contra de Lawrence “con sus obscenas reprimendas”:

«Ahora me doy cuenta con pena qué hombre de genio escribió en mi época y yo nunca lo leí. Sí, pero un genio oscurecido y distorsionado, pienso: lo que sucede con los contemporáneos (escribo rudimentariamente) es que están haciendo lo mismo en otro carril: una teme que la distraigan, al pasar velozmente, en dirección equivocada... algo por el estilo: por timidez, en parte, una mantiene los ojos en su propio camino».

Los viajes le permitían tomar distancia de su trabajo, pero también relativizar la competencia y celos que sentía hacia sus contemporáneos, y Virginia disfrutó de sus vacaciones francesas, la comida, la tranquilidad e incluso una boda de lugareños en Inn. Si bien su francés era voluble, “mitad Madame de Sévigné; mitad colegiala inglesa”, no resistía la tentación de ejercitarlo; esa era otra manera de gozar de su estadía allí y una vez más se preguntaba si Francia no sería la mejor opción para vivir, pensamiento que por supuesto se desvanecía cuando llegaba a Inglaterra.

De regreso en Tavistock Square, Virginia sopesó el material que componía sus diarios íntimos; consideró que podría convertirlos en un libro, o leerlos cuando estuviera con dolor de cabeza. Pero también jugaba con otras posibilidades: “Después de todo, Percy podría quemarlos todos en una hoguera. Podría quemarlos al final del campo donde creemos que yaceremos enterrados”. La idea de la muerte y las conversaciones sobre el suicidio no se alejaban de su mente; tal vez

porque estaban presentes en *Las olas*, un libro que mecanografiaba a razón de 7 u 8 hojas diarias. Pero también se permitía distracciones. Una de ellas fue asistir a la venta de muebles y objetos de Mrs. Hunter, la hermana de Ethel, que había dilapidado una cuantiosa fortuna en hospitalidad y mecenazgo de artistas y músicos y que ahora se veía obligada a liquidar sus posesiones.

“La línea divisoria entre amistad y perversión”

El remate “fue una escena sórdida, parodiable, excitante, deprimente. [...] Judíos, fumando pipas. Mucho intercambio de guiños y cabeceos. Las pobres chucherías de Mrs. Hunter eran escudriñadas y arrebatadas; todos parecían encontrarles fallas, y ofrecían el menor dinero posible”. Lo más desconcertante fue la presencia de la imperturbable Mrs. Hunter, una mujer que podría ser su madre, “tan fresca” y actuando como si estuviera en una reunión social, y no vendiendo sus posesiones por unas pocas monedas. Además, a Virginia no le gustaron las caras de sus amigas ricas: “Nada es tan tosco, cruel, insignificante, y sensual como el rostro de una mujer elegante, de alrededor de 50: y que no ha hecho nada excepto hurgar por Londres en automóviles; comiendo y bebiendo; casándose; codiciando; cuchicheando”.

Cuánto la fastidiaran las multitudes, o los desconocidos, era un parámetro que permitía medir, en cada momento de su vida, su grado de susceptibilidad. La contrariedad frente a las caras de esas mujeres era un índice de que Virginia no estaba en condiciones de afrontar las exigencias de Ethel, que a diferencia de Vita, siempre atenta a su delicado temperamento, era víctima de un abismal egocentrismo que le impedía percibir su fragilidad o agotamiento. Capaz de monólogos asfixiantes, Ethel reclamaba atención y relataba sus batallas por el reconocimiento. “Por tres horas —le escribió Virginia a Vanessa—, me clavó a mi silla mientras ella ensayaba la historia del inicuo tratamiento que le dio Adrian Boulton”, que se había negado a dirigir *The Prison* para la BBC.

«Ella prosiguió, con la minuciosidad e ingenuidad de una maníaca, con toda la historia de su persecución durante los últimos 50 años; sacó viejas cartas y documentos y los leyó en voz alta, golpeó mi silla con los

puños; me hizo escuchar, y responder, y coincidir a cada momento; y finalmente tuve que gritar que tenía tal jaqueca que a menos que cesara de hablar yo ardería en llamas y me calcinaría. Una es perfectamente impotente. Ella delira y vocifera, pero tiene una sagacidad demoníaca, de modo que no hay escapatoria. ‘Tienes que escucharme, tienes que escuchar’, seguía diciendo [...] y ahora se ha lanzado en una campaña que significa matonear a cada director y preocupar a cada editor, y hombre o mujer rico, al igual que a sus desdichados amigos, hasta que consiga que se toque ese irremediable fárrago de aves y suene el toque de queda y se imprima toda esa basura de HB nuevamente. No creo poder volver a enfrentarla a menos que dos guardianes estén presentes con dos atizadores al rojo vivo... A su vez, considerando su edad, creo que ella es una maravilla; veo sus méritos como escritora, pero indudablemente el sexo y el egotismo han conjurado una amarga locura».

Al tanto de la situación, Leonard consideraba que Ethel era un peligro para el equilibrio de su mujer. Él, que siempre había sido amable con Vita, trataba a Ethel con frialdad, y Virginia no se lo ocultaba: “‘Dios’, le dije a Leonard, después de que te fuiste. ‘Lo que me queda en claro es que Ethel, con toda su perspicacia, nunca, nunca me comprenderá’. ‘Pero yo soy la única persona que lo hace’, dijo L. ‘Tú y Shakespeare’, dije yo”.

De todas maneras Ethel seguía siendo una personalidad interesante, que confirmaba uno de los temas frecuentes de su literatura: “La imposibilidad de que una persona entienda a otra”. Virginia la admiraba “como a un gato blanco, sin cola, que tuvimos y que olvidamos castrar. Este espléndido animal pasaba las noches peleando, y al final tenía tantas heridas, que un veterinario debió sacrificarlo”. Pero también desaprobaba los métodos de Ethel, que, convencida de que no la dejaban ejecutar su música por ser mujer, envió una carta con quejas al *New Statesman*. Finalmente, tal vez porque Virginia llegó a compararla con un “cerdo sin castrar”, Ethel se enojó y no paró de insistir hasta conseguir que la recibiera. Después del encuentro, Virginia registró en su diario: “[Ethel] insultó la celebrada sensibilidad de mi sistema nervioso”. Era evidente que la pasión de Ethel debía ser neutralizada; allí entraba Leonard y ella reconocía: “Si no fuera por la divina bondad de L. cuántas veces estaría pensando en la muerte”. Habría que destacar que, otra vez, como había sucedido durante su relación con Vita, en el momento en que Virginia perdía las ilusiones

con respecto a esa amistad, volvía a soñar con Katherine Mansfield. [374]

Durante el verano, la calma de Rodmell brindó el beneficio adicional de poner un límite a Ethel. Virginia llegó a la conclusión de que su amiga le recordaba a su padre y al tipo de escenas que los habían distanciado, por lo que comenzó llevar su relación a un terreno más formal y menos espontáneo. Anticipándose a lo inevitable, Virginia le escribía diciendo que allí estaba el germen de una posible separación. Como sucedía en tiempos de Leslie, sentía que podía pasar un examen acerca de lo que se había dicho y escrito sobre Ethel desde su más tierna infancia. Pero no estaba dispuesta a continuar una relación sobre esas bases y subrayaba: “No me importan las amistades vanas”. Días después, Ethel visitó a Virginia: “defendió y explicó su punto de vista en un discurso que duró 20 minutos a reloj” para luego retirarse “amansada, como Pinka. [...] Nos besamos, ella apasionadamente, en el hall”. Pero los conflictos persistieron. Ethel, que pertenecía a la Iglesia de Inglaterra, creía que Virginia debía abandonar su agnosticismo y abrazar la religión. De hecho no podía haber elegido un punto más conflictivo, porque, firme en su escepticismo, Virginia respondía:

«No, la jaqueca no es por el período. Cómo amas los períodos, los retretes, los excrementos de todo tipo; es interesante, voy a examinar eso en mi biografía sobre ti. No el período sino Dios. Fui golpeada por una brillante idea; escribí y escribí; pero él estalló, me dio un puñetazo en la cabeza. Señor, dije, voy a escribir. Entonces él me quitó completamente el poder de unir una palabra con otra. Entonces me fui a la cama. Una cabeza como madera, en vez de una como fuego... ese es tu Dios. Lo que le gusta es arrebatar, destrozarse, dar dolor por placer; L. dice que si permanezco en cama hasta el lunes, Dios me dejará sola por otros seis meses».

Pero ¿lograría que Ethel la dejara sola? ¿Virginia lo deseaba realmente? ¿No corría el riesgo de perder una relación interesante? Con ella podía abordar temas relacionados con la salud, la sexualidad, o con “la línea divisoria entre amistad y perversión”. Cuestiones que, según parece, no había tratado tan abiertamente con ninguna otra mujer. Con Ethel podía recordar el pasado, volvía a referirse a su “seductor medio hermano” y repasaba las fases que había atravesado en su vida como escritora. [375]

La crisis llega a Inglaterra

El 17 de julio, Virginia terminó de revisar *Las olas* y le dio el libro a Leonard. Estaba nerviosa y es probable que tuviera taquicardia, “un pequeño impulso bastante desagradable en mi corazón”. Leonard leyó la novela durante el fin de semana en Rodmell, y el domingo 19 de julio por la mañana fue al pabellón del jardín y le dijo: “Es una obra maestra [...] Y el mejor de tus libros”. Pero también señaló que se trataba de un texto difícil y dudaba de que el lector común pudiera pasar de las primeras cien páginas. De todas maneras, los elogios hicieron que Virginia se sintiera “tan aliviada como una muchacha con un anillo de compromiso”. Por entonces, Virginia posó para una escultura que realizó Stephen Tomlin, ocasión que Nessa aprovechó para hacer unos bocetos y que dio lugar a conversaciones entre las hermanas.^[376] Después, se dirigió a Rodmell a pasar sus vacaciones. Con una nueva cámara fotográfica, un bote de goma, más “todas las comodidades que confortaban su alma”, y con *Las olas* terminada, comenzó a escribir *Flush: A Biography*, libro que consideraba un divertimento después de tanta tensión.

Entre tanto, la sociedad inglesa atravesaba un período difícil, sufría las consecuencias de una crisis económica y política. La Gran Depresión, iniciada tras el colapso de la Bolsa de Wall Street en 1929, generó una crisis financiera que también afectó a Inglaterra, donde en febrero de 1931 había dos millones setecientos mil desempleados, un veinte por ciento de la fuerza de trabajo. Además, en mayo de ese año comenzó una devaluación de la libra que casi hizo colapsar el sistema bancario y puso en problemas al gobierno laborista de Ramsay MacDonald. Si bien Virginia no participaba activamente en política, estaba al tanto de lo que ocurría; la información que recibía no era de segunda mano, sino de Maynard Keynes o del propio Leonard, cuyo análisis de la situación distaba de ser ingenuo. Leonard conocía a MacDonald por haber coincidido con él en comités del Partido Laborista y consideraba que su don de orador, combinado con su tendencia al disimulo y el “instinto para la traición”, lo convertían en un personaje de cuidado. Si bien pertenecía a la clase trabajadora, al ascender socialmente se había distanciado de los parlamentarios de su partido; y como Virginia había apreciado el año anterior en la fiesta de lady Londonderry, sentía fascinación por la aristocracia. En agosto, después de visitar “Downing Street [Maynard Keynes dispersaba] rumores sensacionalistas” En lo

más álgido de la crisis, con un tesoro casi sin fondos y ante la negativa de los banqueros de dar préstamos a menos que se tomaran medidas, el Estado se vio forzado a economizar. MacDonald propuso una rebaja en el seguro de desempleo, medida a la que se opusieron nueve de los ministros, ya que significaba un duro golpe a la clase trabajadora. Parecía que no había alternativa a la renuncia del gabinete, pero de manera sorpresiva MacDonald aceptó una sugerencia del Rey, y el 24 de agosto formó un gobierno de coalición con liberales y conservadores. En consecuencia, recibió el aliento de los conservadores, pero los laboristas lo consideraron un traidor y lo expulsaron del partido. En esta situación, ante la inminencia de una convocatoria a elecciones generales y con las pruebas de *Las olas* en la imprenta, los Woolf se preguntaban por la conveniencia de publicar el libro en octubre o esperar. Cuando el 21 de septiembre Inglaterra salió del patrón oro, tema sobre el que Maynard Keynes había escrito años antes, Virginia reflexionaba: “Si todos hubiesen pasado su tiempo escribiendo sobre Donne, no nos habríamos salido del patrón oro; esa es mi versión sobre la mayor crisis etc. etc. etc. blablablá hacen los gansos que no pueden poner huevos de oro”.

Finalmente, MacDonald convocó a elecciones generales para finales de octubre. Los Woolf y su entorno consideraban la situación sumamente preocupante y detectaban una peligrosa tendencia al fascismo. Entre tanto, la vida cotidiana seguía su curso y Virginia recibía a Winifred Holtby, quien estaba escribiendo un libro sobre ella y quería entrevistarla, lo mismo que a sus amigos.

Ese verano la política terminó convirtiéndolo todo en algo “completamente tonto, fútil, mezquino, personal y vano”. Como sucede en el *Orlando*, Virginia sentía que no entendía “el verdadero sentido de los acontecimientos” y optó por retirarse a su habitación a leer poesía. También consideró oportuno comenzar la *Carta a un joven poeta*, la número ocho entre otras que publicaría la Hogarth en 1933, un texto dirigido a Lehmann, donde aborda cuestiones referidas a la poesía moderna e insta a los poetas jóvenes a olvidarse de la fama y a experimentar.

En medio de la crisis política, la lectura de poesía y las caminatas por los *downs* le permitían no dejarse invadir por las circunstancias. Pero si bien rechazaba toda actitud militante, percibía la crisis social y económica. De todas maneras, tampoco se hacía ilusiones respecto de conocer en profundidad la realidad, ya que, como había escrito en *Las olas*, consideraba que “En modo alguno se puede decir que estemos

conscientes en todo momento” [de lo que pasa en el mundo].

En ese estado de situación apareció publicado *After the Deluge*^[377] libro en el que Leonard había trabajado durante los últimos diez años. Virginia sintió alivio cuando supo que los primeros comentarios eran alentadores. Pero la recepción periodística no fue la esperada, solo apareció una reseña de apenas media columna en *The Times*, por lo que Leonard señaló que ese era el fin del libro que había escrito, no para especialistas, sino para el gran público. Conociendo el mercado editorial de entonces, basaba su juicio en que los libreros recomendaban los libros de acuerdo con la extensión de la crítica recibida, y llegaba a la conclusión de que había echado a perder diez años de trabajo. De hecho, solo los expertos alababan el libro, lo que repercutiría escasamente en las ventas. Después de hablar y discutir el tema durante horas, poco dispuesta a aceptar ser ella quien consolara a su marido, y sin establecer analogías evidentes con sus propias reacciones cuando las críticas no eran las que esperaba, Virginia describía en su diario una “ilustración de [la] psicología” de Leonard:

«Es su curioso y pesimista temperamento: algo más profundo que la razón, sofocante, muy enrevesado, con lo cual una no puede lidiar. La gripe tiene exactamente el mismo efecto, liberando el irracional abatimiento que veo en todos los Woolf, y conecta con siglos de opresión. El mundo contra nosotros, etcétera. ¿Cómo puede uno reírse de la media columna entonces? Y cuando digo descuidadamente esta mañana, “Estoy siendo criticada en el M[ancheste]r Guardian”, L. dice “¿Es una crítica larga?”. Y yo digo, sintiéndome la madre de un herido y desdichado niño, “Sí; ¡Dios, lo que son los seres humanos!”».

Las olas

Virginia no comprendía la reacción de Leonard, y tampoco la relacionaba con sus propios temores, evidentes a mediados de septiembre, antes de la publicación de *Las olas*:

«He llegado hasta aquí arriba, temblando bajo la sensación del completo fracaso... me refiero a *Las olas*; quiero decir que a Hugh Walpole no le gusta. Quiero decir que John L. está a punto de escribir

para decir que la considera mala; quiero decir que L. me acusa de sensibilidad al borde de la locura; quiero decir que estoy agudamente deprimida y ya sintiendo elevarse el duro y calloso lomo de mi viejo amigo Lucha lucha».

Al día siguiente, su humor cambió drásticamente después de recibir una carta del asistente de la Hogarth, el poeta John Lehmann. A él le había gustado el libro, y estaba impresionado por su “nuevo método” de escritura; también señalaba que solo una “delgada pared mediaba entre semejante novela y la poesía”. Virginia estaba encantada, se sentía “como la abeja en la flor de hiedra” y “por primera vez inspirada para escribir *Carta a un joven poeta*”.

Finalmente, cuando *La olas* apareció publicado, el 8 de octubre, a los elogios de Lehmann se le sumaron las buenas críticas de Harold Nicolson en el *Action*, y las de *TLS*: “Como un antiguo vidriero veneciano, Mrs. Woolf hila coloridas hebras, y con exquisita, intuitiva sensibilidad confecciona fragilidades etéreas de perdurable calidad”.

Tras las reseñas favorables, las ventas fueron sorprendentes: a una primera impresión de alrededor de 7000 ejemplares, le siguió otra de 5000 el mes siguiente. Pero Virginia sabía que se trataba de un libro *difícil*; como Leonard había adelantado, un “lector común” avanzaría arduamente, y ese fue el caso de Vita, que a duras penas pudo leer unas cien páginas. El libro no le gustó mucho y lo consideró demasiado profundo e intelectual. Virginia siempre señaló que no había escritora menos vanidosa que Vita; en las antípodas de esa modestia y despreocupación, la opinión de Ethel fue que *Las olas* era un libro evanescente. A mediados de octubre, después de asistir a la reposición de su primera ópera *The Wreckers*, las tres mujeres comieron en un restaurante de moda. Aliviada por las repercusiones de su libro, Virginia se dispuso a disfrutar de la música, que le pareció vigorosa[378] incluso atractiva.

La cuestión es que muchos críticos coincidían en que sin ser un libro popular, *Las olas* era su mejor trabajo: “Estoy en peligro, en efecto —reconocía Virginia con orgullo—, de convertirme en nuestra destacada novelista, y no solo entre los intelectuales”. De hecho, Vanessa, que no podía considerarse una intelectual, estaba conmovida y decía que la experiencia de leerlo era tan real “como tener un bebé”; además de conmoverse por asociaciones de tipo personal, porque el personaje de Percival le recordaba a Thoby; creía que la cualidad artística del libro era lo más destacable y concluía: “Si no me consideraras tonta diría que

has encontrado la ‘canción de cuna capaz de hacerlo descansar’”. Para Virginia, la opinión de Vanessa seguía siendo decisiva y le contestaba: “Nadie, excepto Leonard, me importa como tú me importas, y nada jamás compensaría si a ti no te gustara lo que yo hiciera. Así que es un increíble alivio; siempre siento que estoy escribiendo más para ti que para nadie”. A pesar de sus diferencias, las hermanas vibraban en una misma sintonía, y Vanessa confesaba que los últimos dos años venía trabajando en “una absurda y grandiosa pintura” en la que esperaba obtener un “significado análogo” al que Virginia había logrado en *Las olas*[379].

Desde un punto de vista autobiográfico, Virginia explicó *Las olas* como un intento de “plasmear esa visión” o estado mental que experimentó cuando terminaba *Al faro*, sintiéndose “desdichada, desdichada”; experimentando el “horror físicamente como una dolorosa ola que se hincha sobre el corazón”, y la sensación de “fracaso, fracaso. (La ola se alza)”. También había deseado expresar ciertas visiones: el “lado místico de la soledad; que no es uno mismo sino algo en el universo lo que nos queda al final”. “Es eso lo que resulta aterrador y excitante en medio de mi profunda melancolía — escribía— [...] uno ve pasar una aleta muy lejos”.

Las olas también era un libro de madurez, donde había recreado ciertas experiencias, “esos momentos de vida” que tanto la habían conmovido de niña; como la vez que no pudo saltar un “charco en el sendero”, porque “todo de repente fue irreal [...] el mundo entero se volvió irreal”. Se trataba de curiosos estados mentales difíciles de definir, pero que expresaban que “la vida es, dicho con sobriedad y precisión, lo más extraño; contiene en sí la esencia de la realidad”. Ese libro había nacido en momentos en que luchaba con la sensación de irrealidad, cuando todo se vaciaba de significado: “No hay nada; nada para ninguno de nosotros”. Pero también había deseado expresar “la idea de una corriente continua, no solo de pensamiento humano”⁷⁴ con la conciencia de que se trataría de “la Infancia pero no será mi[380] infancia”.

En su ensayo “Poetry, Fiction and the Future” Virginia plantea que el autor de una obra de esa característica necesitaría de todo su coraje; pero también reclama lo mismo del lector. Su idea era alcanzar ese “algo real que se encuentra detrás de las apariencias”. En ese sentido, los soliloquios de los personajes, su vida mental, son el punto focal de la obra.[381] Pero los límites entre unos y otros tienden a desdibujarse, cuestión que la autora aclara en su respuesta a una carta de Goldie

Dickinson, representante de la elite de Cambridge: “Se suponía que los seis personajes fueran uno. [...] Quería suscitar una sensación de continuidad. [...] No puedo adivinar por qué es importante, pero existe allí una importancia que siento que me abruma”. Si bien Virginia decía que no poseía una “filosofía de vida”, tenía interiorizada “lo que bien pudiera llamarse una filosofía [...] una idea constante en mí [...] de que el mundo entero es una obra de arte, de que somos parte de una obra de arte”.

Este entramado da cuenta de la complejidad de *Las olas* y explica las dificultades de una escritura que pronto la sumía en la desesperación o en la incertidumbre, pero donde podía retomar sus experiencias de crisis: “Una inmersión en aguas profundas, un poco alarmante”, que avivaba el deseo de “nadar en las profundidades oscuras y verdosas”.

Las olas comienza con el primero de los nueve “interludios” que describen los estadios del sol desde el amanecer —“como si el brazo de una mujer recostada bajo el horizonte hubiera alzado una lámpara”— hasta el anochecer, y que preceden las nueve partes en que está dividido el libro. En un principio, en polifonía,^[382] alternan los soliloquios de seis niños, compañeros de estudios que interactúan durante un recreo, en el jardín. Los seis personajes conservarán su amistad a lo largo de sus vidas. En consonancia con el ciclo solar de los “interludios”, los episodios van desde el amanecer-infancia, pasan por el cenit-madurez, hasta la declinación- puesta del sol. La voz de Bernard, asociada con la de la narradora, o alter ego de la autora, es la primera y la última voz del libro; actúa como una suerte de factor aglutinante que expresa: “Nos fundimos el uno en el otro gracias a las frases”. La suya es una mente andrógina: “junto a una sensibilidad de una mujer”, está dotada del “rigor lógico masculino”. De alguna manera, Bernard representa al artista andrógino propuesto en *Un cuarto propio*. Pero también es una presencia empática, que consuela a Susan cuando corre a esconder su angustia en el bosque, porque ha visto que Jinny besaba a Louis. Los niños de *Las olas* aman y odian, sienten celos, como los de Virginia, en su infancia, frente a la intimidación de Thoby y Vanessa. Pero hay otras reverberaciones. Los críticos han señalado que Susan, arrasada por “la bestial y hermosa pasión de la maternidad”, es una de las mil caras de Vanessa. También señalaron que, en tanto Louis podría estar basado en el poeta Thomas Eliot —encontrando ecos de su poesía en esta novela—, se pueden establecer analogías entre ese personaje y Leonard Woolf.

Como el norteamericano Eliot o el judío Woolf, Louis, que es

australiano, se siente perseguido por sentimientos de inferioridad respecto de sus amigos ingleses y de niño reniega de su acento. Y aunque no supera su complejo, logra convertirse en un exitoso hombre de negocios.

En tanto, si bien la fragilidad física, las dotes intelectuales y la homosexualidad e ingenio mordaz de Neville recuerdan a Lytton, algunos críticos relacionaron este personaje con Maynard Keynes. Por otra parte, y siguiendo con las comparaciones, las visiones de Rhoda, sus difusas tendencias homosexuales evocan las de la propia Virginia: “Llegué al borde del charco. No podía cruzarlo. La identidad me falló. Nada somos, me dije, y caí”.⁸⁵

Pero debido a la complejidad de la obra, las identificaciones tienden a desvanecerse; Rhoda no tiene capacidad de “crear frases”, la especialidad de Bernard, quien a su vez recuerda a Desmond MacCarthy, experto en contar historias, pero incapaz de escribirlas. Y en tanto Jinny comparte el apodo de infancia de Virginia, su amor por Londres y sus crisis de la mediana edad —“ya no soy joven. He dejado de formar parte de la procesión”—, se disocia de ella en otros aspectos: no es una intelectual y se define en su deseo de gustar a los hombres y en su frivolidad. Finalmente, el cuadro se completa con Percival, el héroe silencioso, el único personaje que nunca habla. Neville está enamorado de él, pero se sugiere que al atlético y bello héroe le gustan las mujeres y es probable que haya tenido una relación con Susan. Los seis personajes se reúnen en un restaurante de Londres para despedirse de él cuando parte a la India, y quedan devastados tiempo después, cuando se enteran de que falleció a causa de un accidente que podría haberse evitado.

En *Las olas*, la voz narradora tiende a borrarse, habilitando los soliloquios de los personajes. A través de sus monólogos interiores, ellos expresan sus pensamientos, sus sensaciones e incluso se anticipan a lo que va a suceder. Así pues, se hace referencia a cuestiones de género, políticas o de clase, que son planteadas sin estar reguladas por un narrador omnisciente.

Para los críticos, el personaje de Percival representa el segundo intento de Virginia de escribir una elegía a su hermano Thoby. Como a él, sus amigos lo llaman el “Dios”. Su nombre asociado con la leyenda del grial —en su juventud Virginia vio dos veces la ópera de Wagner en una semana— recuerda al caballero mítico, pero también, irónicamente, representa un exponente tardío del sistema patriarcal e imperialista. Definido por los soliloquios de los demás personajes, Percival es el más

misterioso de todos ellos, y a pesar de su muerte nunca lo olvidan. Leyendo *Las olas*, uno tiene la impresión de que Percival evoca no solo a Thoby, sino a un fantasma imposible y conjetural; una proyección masculina y frustrada, una posible respuesta a la pregunta que puede hacerse toda mujer: ¿cómo habría sido yo si hubiera nacido hombre? Si todos los personajes conforman una sola conciencia, el de Percival encarna un fantasma, posible proyección de la autora y de los demás personajes. No es extraño, entonces, que en el párrafo final del libro, Bernard lo recuerde cuando lucha contra “la muerte. La muerte es el enemigo”: “Es la muerte contra lo que cabalgo, lanza en ristre y melena al viento, como un hombre joven, como Percival cuando galopaba en la India. Pico espuelas. ¡Contra ti me lanzaré, entero e invicto, oh Muerte!”.

En el caso de Virginia, la escritura seguía siendo el arma para luchar contra la decadencia, la fosilización asociada con la edad, o contra la sensación de vacío; por eso la entusiasmó que Morgan Forster alabara su libro en Cambridge, y dijera que al leerlo “había tenido la impresión de toparse con un clásico”.

«Oh sí, entre los 50 y los 60 creo que escribiré algunos libros muy singulares, si vivo. Quiero decir que creo que estoy a punto de corporizar, finalmente, las exactas formas que mi cerebro alberga. ¡Qué larga marcha para alcanzar este comienzo... si *Las olas* es mi primera obra en mi propio estilo!»

Atenta a las repercusiones de su novela, Virginia también pensaba en la situación política. A finales de octubre los Woolf partieron en su automóvil a Cambridge, con la intención de recoger votantes que podían participar de las elecciones generales y acercarlos a sus lugares de votación, pero una intensa niebla los obligó a volver y debieron conformarse con escuchar por radio los resultados de la elección esa noche.

Mientras *Las olas* ganaba el aplauso de intelectuales, escritores y público, a Leonard no le iba tan bien. Sin embargo, a pesar de la fría recepción de *After the Deluge*, decidió seguir trabajando en esa línea e incluso llegó a publicar una continuación del libro que tan pocas satisfacciones le trajo. Por lo pronto, ese mes de octubre, brindó una serie de charlas políticas en la BBC. Poco solidaria con la desilusión de su marido, Virginia no se daba descanso, seguía trabajando e

imaginando futuros libros; comenzó *Flush* y también la segunda serie de *El lector común*; intuía que escribiría un libro con reflexiones, y pensaba en la secuela de *Un cuarto propio*. Los últimos días de noviembre, presa de los dolores de cabeza que la inhabilitaban para escribir, obedeció la prescripción de reposo de Leonard. Por un mes siguió una “rutina semi inválida”. Tampoco el panorama político era alentador, y los Woolf creían que el resultado de las elecciones no mejoraría las cosas. Pero fue otra cuestión la que afectó a Virginia profundamente.

El 10 de diciembre y después de cuatro años sin escribir a Lytton, sin saber que estaba enfermo, Virginia le envió una carta contándole que había soñado con él. En su sueño ambos eran jóvenes y reían después de haber visto una obra de teatro. No era necesaria contestación a su carta, decía Virginia, a menos que supiera de qué obra se trataba: ¿no eran esos sueños más reales que la vida? Pocos días después recibió una misiva en la que Carrington le informaba que Lytton estaba enfermo y por eso no había podido escribirle.

Los médicos daban diferentes diagnósticos y barajaban hipótesis que iban desde la fiebre tifoidea al colon ulcerado. Hasta finales de año, Virginia vivió la agonía de no saber qué pasaría con su amigo. Pedía el teléfono de su vecina en Rodmell, para llamar a la posada, cercana a la casa de Lytton, donde se alojaba su familia, también a la espera de noticias. Tan pronto le comunicaban que no había esperanzas, como que parecía que “la resistente constitución Strachey” había triunfado. El 29 de diciembre Virginia anotó en su diario que Lytton estaba mejor. A pesar de verlo poco, sufría ante la idea de perderlo y reconocía lo mucho que deseaba reír con él, y retomar sus siempre entretenidas conversaciones.

CAPÍTULO XXXV - 1932

Lytton, Carrington y la mirada de los otros

A Virginia le costaba, dada la enfermedad de Lytton, pulir la *Carta a un joven poeta*, y aunque ponía sus esperanzas en la resistencia de la estirpe angloindia de su amigo, también la preocupaba que Carrington, cuyo

matrimonio con Ralph no impedía que dependiera emocionalmente de Lytton, pudiera suicidarse. Por otra parte, sentía que “después de [su] judío” nadie le importaba más que Lytton. La posibilidad de su muerte la enfrentaba tanto a su “propia ilimitada capacidad de sentir”, como a sus temores asociados “a la fuerza desconocida que acecha justo debajo del suelo”, y se proponía “pisar muy levemente sobre la cima de ese volcán”. Además, desconfiaba de la exteriorización de sentimientos, a veces ficticios, producto de las escenas emotivas. De hecho, le había escrito a Ethel —a quien definía como “una de esas charlatanas”— contándole que “se había entrenado en el silencio”, inducida por el “terror” que sentía ante su propia sensibilidad; y agregaba: “Todos aquellos a quienes honro son silenciosos: Nessa, Lytton, Leonard, Maynard”.

No hacía mucho, una compañía de cemento había comenzado una enorme construcción que obstruía su vista a las colinas, perturbando las vacaciones navideñas de los Woolf; de todas maneras, la tranquilidad de Monk’s House y las largas caminatas por Rodmell y alrededores fueron recursos eficaces para ahuyentar la melancolía. A mediados de enero, y otra vez en Londres, a pocos días de cumplir los cincuenta años, Virginia se sentía “en una de esas lasitudes y bajamares de la vida” y se preguntaba si todavía podía contar con veinte años más. Lo cierto es que la enfermedad de Lytton ponía en el tapete la siempre obsesionante cuestión de la edad y la muerte. Temiendo la proximidad de un desenlace fatal, los Woolf se dirigieron a Ham Spray para verlo. En los alrededores de la casa una pequeña multitud de parientes y amigos esperaban noticias de su salud, pero él estaba muy débil para recibir visitas, y debieron conformarse con que les informaran que se alegraba de que estuvieran allí. Virginia comprobaba que el cariño había perdurado; una y otra vez lamentaba el tiempo que habían dejado pasar sin verse, y recordaba que durante sus reencuentros con Lytton siempre recuperaban el encanto de la vieja amistad. Que los Woolf no disfrutaran del ambiente de “sodomía”[383] que había a su alrededor[384] había contribuido al distanciamiento; pero cuando Lytton publicó *Portraits in Miniature and other Essays*, Virginia reconoció su “gusto, inteligencia, orden e infinita destreza”.

En el transcurso de los primeros días del año los Woolf recibieron una carta en la que Carrington decía que Lytton mejoraba; también partes diarios que les enviaban desde la cabecera del enfermo y que alternaban entre los que daban alguna esperanza y los que hablaban de recaídas. Finalmente, víctima de un cáncer de estómago que había sido

mal diagnosticado, Lytton murió. Virginia se enteró de la noticia durante la fiesta de disfraces que acostumbraban hacer para festejar el cumpleaños de Angelica; para no perturbar a los demás, ella, Duncan y Nessa hicieron un aparte, compartiendo un dolor que apenas podían expresar con palabras.

El hecho de que Carrington hubiera intentado suicidarse el día anterior a la muerte de Lytton conmovía a Virginia, y aunque en el pasado había oscilado entre considerarla una buena y una mala influencia para él, sentía que en esos momentos debía ocuparse de ella, y le escribía mostrándose compasiva y solidaria:

«Odio tanto la sensación de que las cosas comienzan nuevamente sin él aquí en Londres. Me doy cuenta de que no puedo escribir sin pensar de repente Oh pero Lytton no leerá esto, y le quita todo sentido. Siempre reservo cosas en mi cabeza para decírselas a Lytton. Y lo que ha de ser para ti... Deseo poder verte en algún momento y contarte acerca de la época, tras la muerte de Thoby [Stephen], antes de que lo conocieras, cuando solía verlo. Pero yo nunca hubiera podido darle lo que tú le diste. Solía reírme de él por haberse tornado tan dulce y de buen humor (sabes cuánto amaba reírme de él) y él decía “Oh pero tú sabes, es bastante maravilloso —Ham Spray y todo eso— y es todo obra de Carrington”. Esto no es ayuda para ti ahora, pero lo es para nosotros. Antes de conocerte, estaba tan deprimido e inquieto... y todo eso cambió cuando tuvieron Tidmarsh».

A los pocos días, llegó la respuesta de Carrington: “Hay pocas cartas que sirvan de algo. La tuya más que todas; porque comprendes”. El caso es que todos temían por el futuro de Carrington; por eso, en un intento de estimularla, Virginia le pidió que ilustrara libros para la Hogarth y la visitó en Ham Spray. También le escribía cartas en las que subrayaba lo importante que ella había sido para Lytton, y la instaba a vivir, diciéndole que esa era una manera de perpetuarlo. Sin abusar de frases hechas y sin mostrarse voluntarista, en sus cartas Virginia elaboraba su propio duelo, también respetaba el dolor de Carrington, y le otorgaba un lugar de relevancia en la vida de Lytton:

«Tengo un sueño tras otro con él y la más extraña sensación de verlo venir por la calle. Pero, oh, Carrington, tenemos que vivir y ser nosotros mismos... y siento que tú lo debes vivir más que nadie; porque él te

amaba tanto, y amaba tus rarezas y la forma que tienes de ser tú misma. No puedo explicarlo; pero me parece que mientras tú sigas estando allí, algo que amábamos de Lytton, algo de la mejor parte de su vida sigue estando. Pero Dios sabe que, ciega como soy, sé a cada momento del día, sea lo que fuere que esté haciendo, lo que estás sufriendo. Y nadie puede ayudarte».

En febrero y después del *impasse* obligado por la enfermedad y la muerte de Lytton, la vida social de los Woolf retomó su curso. Si bien Virginia seguía pensando y hablando de él con sus amigos, su recuerdo no la paralizaba; volvía a escribir y leía a Donne para incluirlo en un ensayo de *The Second Common Reader*. Además, pensaba en una nueva novela y se dejaba distraer por otras cuestiones, como el caso Potocki: [385] un conde de origen neozelandés que había escrito y publicado unos poemas obscenos, dedicados a “John Pene en el Monte de Venus” y en cuya defensa trabajaba Leonard. Divertida, Virginia le informaba a Clive: “¿Alguna vez oíste acerca un tal conde Potocki? [...] Escribió un poema acerca del Pene en el monte de Venus; y Oh qué suerte sentarse y follar: y Acabar y Cazar en el Coño de Pegg: por lo cual le dieron 6 meses de prisión, y tuvimos que contratar a Jack Hutchinson para sacarlo”.

En cuanto a su propio libro, *Las olas* resultaba un inesperado éxito que batía su propio récord de ventas. Otro motivo de sorpresa fue la carta de la Universidad de Cambridge, que la invitaba —y ella era la primera mujer en recibir ese “gran honor”— a dar seis conferencias de literatura. Era un hecho significativo ya que se trataba de las “Conferencias Clark”, inauguradas por Leslie en 1883; y aunque era gratificante pensar que la niña sin educación que leía en su cuarto de Hyde Park Gate tuviera esa posibilidad, Virginia creyó que, si aceptaba, perjudicaría su libertad y que además entrañaba el peligro de “inclinarse” ante la Universidad. Así pues, obtuvo gran placer al negarse e incluso disfrutó pensando que Leslie se hubiera sentido orgulloso de su “pobre pequeña Ginny”.

Pero poco podían los halagos con la tristeza de esos días, y el 10 de marzo los Woolf volvieron a Ham Spray para encontrarse con Carrington, que insistía en quedarse allí sin compañía. Como si de esa manera pudiera preservar viva la imagen de Lytton, ella se dedicaba a cuidar la casa y al jardín. Si bien su marido, Ralph Partridge, [386] no creía que eso fuera bueno, aceptó dejarla sola y regresó a Londres el mismo día en que llegaban los Woolf. Carrington, que había preparado el almuerzo, según recordaría Virginia en su diario, los recibió como

una chiquilla asustada: “Pensé que no vendrían [...] Envié un telegrama, pero hago todo mal. Pensé que no lo habían recibido”. Los tres comieron en el comedor helado mientras Virginia se preguntaba si Carrington deseaba que estuvieran allí, o los veía como espías que habían ido a controlarla. Lo cierto es que, aunque se esforzaron por entretenerla, solo lograron que sonriera un par de veces. Después del almuerzo, el frío se hizo notar aún más. Virginia y Carrington subieron tomadas del brazo al estudio de Lytton, donde en contraste con el resto de la casa, ardía un gran fuego. Virginia registró en su diario la conversación que sostuvieron allí; ambas expresaron un sentimiento de vacío y sinsentido que Carrington no pudo superar:

«Quiero mantener las habitaciones de Lytton como él las tenía. Pero los Strachey dicen que esto es morboso. ¿Les parece que soy romántica al respecto? Oh no, yo también soy romántica, dije. Y volvimos a la sala de estar de L. Rompió en lágrimas, y la tomé en mis brazos. Ella sollozó y dijo que siempre había sido una fracasada. “No me queda nada más por hacer. Hice todo por Lytton. Pero he fallado en todo lo demás. La gente decía que él era muy egoísta conmigo. Pero él me dio todo. Yo era devota a mi padre. Odiaba a mi madre. Lytton era como un padre para mí. Me enseñó todo lo que sé. Me leía poesía y francés”. No quería mentirle; yo no podía pretender que no hubiera verdad en lo que decía. Dije que la vida me parecía a veces irremediable, inútil, cuando me levantaba en medio de la noche y pensaba en la muerte de Lytton. Sostuve sus manos. Sus muñecas parecían muy pequeñas. Parecía indefensa, desamparada, como un animalito abandonado. Ella fue muy gentil; a veces reía; me besaba; decía que Lytton había amado a sus viejos amigos más que a nadie».

Tal vez con temor a los efectos que este tipo de conversación podría tener sobre Virginia, Leonard las interrumpió y sugirió dar un paseo, pero Carrington volvió rápidamente a la casa; y después del té, no mostró ningún deseo de que los Woolf se quedaran a pasar la noche con ella, por lo que partieron de regreso a su casa. Antes de despedirse, Carrington le regaló a Virginia una cajita: “Le di esto a Lytton. Tómala. James dice que no debo de regalar las cosas de Lytton. Pero esto está bien. Yo se la di”. Virginia la tomó, y luego recordaría “cuán asustada parecía de estar haciendo algo mal, como un niño que ha sido reprendido”. Después, Carrington se quedó sola. Tal vez ya tenía pensado lo que iba a hacer; días antes había acondicionado un lugar en

el jardín donde esperaba que se enterraran las cenizas de Lytton. También le había pedido a un vecino una escopeta, arguyendo que la necesitaba para liberarse de una invasión de conejos. Obsesionada por no trastocar nada en esa casa que, desde la muerte de Lytton, parecía querer conservar como un museo, cambió una alfombra, y al día siguiente de la visita de los Woolf desayunó temprano y leyó unas cartas. A las 8.30 el jardinero escuchó un disparo. Carrington había disparado la escopeta y una bala le había atravesado el muslo; cuando corrieron a asistirle, ella insistió en que había sido un accidente. Vivió cerca de tres horas más y alcanzó a ver a Ralph, a quien había dejado una carta en la que decía que esperaba que volviera a casarse, y donde pedía que enterraran sus cenizas junto a las de Lytton, bajo el roble del jardín.

Después del suicidio de Carrington, Virginia le escribió a Ottoline, confesando que, mientras estaban sentadas en el cuarto de Lytton, había sentido “que ella no podría seguir adelante por mucho más tiempo”. Su muerte la sumió en la tristeza y en la impotencia; también en todo tipo de reflexiones, incluso se preguntaba si hubiera podido hacer más por ella. Asimismo sentía que su suicidio afectaba la imagen de Lytton: “Él la absorbió, hizo que ella se matase”.

De investigarse la muerte de Carrington, como habían sido los últimos en conversar con ella, los Woolf corrían el riesgo de ser citados a declarar, pero Ralph y la familia de Lytton lograron que prevaleciera la versión del accidente. De todas maneras, como señaló Leonard, las “charlas de mausoleo” comenzaron otra vez. Durante una visita, Mary Hutchinson les dijo que interpretaba la vida y muerte de Carrington como un bello gesto; pero Leonard —tal vez recordando lo cerca que había estado Virginia del suicidio— desestimó de plano ese tipo de conversaciones y subrayó que se trataba de un sinsentido, algo histriónico que no opacaba el hecho real de que nunca volverían a ver a Lytton. También Virginia sentía el peso de las morbosas charlas y se preguntaba hasta cuándo se hablaría sobre ello. Finalmente, un hermoso día de primavera en Rodmell, sintió que estaba “contenta de estar viva” con “pena por los muertos” y que no podía entender “por qué Carrington se mató y puso un fin a todo esto”. Al recobrar el entusiasmo y las ganas de vivir, incluso podía imaginarse que la construcción de la compañía cementera, que impedía la vista de las colinas, era una suerte de templo griego. También disfrutaba de las caminatas solitarias que le permitían “llegar a un acuerdo con mi propia cabeza”. Y pensaba en el futuro: ¿escribiría otro libro? ¿Cuál sería?

Virginia se complacía en la sensación de libertad y se proponía que solo se dedicaría a escribir si lo deseaba, y sin “malgastar un momento en repetición”.

Por entonces, sus libros se publicaban y vendían en Inglaterra y Norteamérica; también se traducían al alemán y al francés. Los universitarios escribían ensayos sobre ella, buscaban entrevistarla y publicaban libros sobre su obra. En marzo llegó a sus manos *Le roman psychologique de Virginia Woolf*, escrito por Floris Delattre, mientras que en Alemania publicaban *Die Sprache Virginia Woolfs*. Más que sentirse halagada, veía en esos libros una “señal de peligro” porque la ponían en riesgo de convertirse en “una figura”. Por eso se resistía a leerlos y rechazaba verse “como una momia en un museo: incluso un muy respetable museo”. La mirada de los otros siempre la había obsesionado, por lo que no es extraño que sintiera rechazo por la imagen que proyectaban esos trabajos académicos o de crítica; no podía leerlos, decía, “porque odio mi propia cara en el espejo”. Otro indicio de la fama y el reconocimiento alcanzados era que desde Norteamérica le ofrecían comprar el manuscrito de *Orlando*. Como se lo había regalado a Vita, consideró oportuno escribirle, sugiriendo que considerara la posibilidad de venderlo.^[387] Pero Vita prefirió quedarse con el manuscrito, y cuando ella falleció, sus hijos lo entregaron al National Trust.

Fantasma juvenil

La cantidad de gente que pugnaba por hacerse recibir, y las invitaciones que muchas veces Virginia se sentía en la obligación de aceptar, eran otros de los síntomas de la celebridad y, a finales de marzo, los Woolf se ilusionaban pensando en un viaje a Grecia con Roger Fry y su hermana Margery que les permitiría escapar de sus compromisos y tomar distancia de la tristeza de los últimos meses. Además, después de la muerte de Lytton, Virginia sentía “el deseo de estar con amigos”.

El 15 de abril los cuatro viajeros partieron de Victoria Station. Habían planeado viajar en avión, pero como no había un vuelo directo, optaron por el tren. Una vez en Venecia, tomaron un barco que llegó a Grecia bordeando la costa yugoslava. Durante la travesía, Virginia percibió cierto antagonismo en Margery, quien parecía tratarla como si

ella fuera “uno de esos seres superiores [...] que existen por virtud de sus blancos pétalos”. Así pues, a principios del viaje le escribió a Vanessa: “Creo que ella sospecha que soy una esnob intelectual y moral y social; así que hago mi mayor esfuerzo por bajarme de mi percha y rodar por el suelo; y a veces le gusto; y es temerosamente humilde”. Lo cierto es que Margery no pertenecía al núcleo de Bloomsbury y, conociendo la fama crítica del grupo, podía tener justificadas reservas. Por su parte, Roger no tomaba a bien perder al ajedrez ante Leonard; los viajeros se tanteaban y medían en aras de una convivencia que el viaje de alguna manera iba a forzar. Pero pronto se dieron cuenta de que, a pesar de los pruritos iniciales, podían disfrutar de estar juntos. El 20 de abril y ya en Atenas, visitaron el Partenón. Allí Virginia sintió que se reencontraba con su propio fantasma, “la muchacha de 23, con toda su vida por delante”. Pero la comparación favorecía el presente: a los cincuenta años, se sentía optimista, compadecía a su juvenil fantasma y compenetrada con la vida, disfrutaba de un nuevo florecimiento “en la cara de la muerte”.

En conjunto, los Fry y el paisaje griego combinaban armoniosamente; Virginia apreciaba la erudición y bonhomía de los hermanos, e incluso escuchó las confesiones de Margery. Su padre había alejado al hombre de quien se había enamorado y su madre nunca le había permitido “reír ante ninguna historia que un hombre contara por miedo de que la consideraran ligera”. Margery también habló de lo soso de una juventud rodeada de hermanas que vivían “peor que en un convento”. Cuando a los 97 años, lady Fry comprendió que había cometido un error, “ya era demasiado tarde”. Sin marido ni hijos, Margery había acopiado “infinitos honores universitarios” que parecían no colmarla. Virginia podía ver en ella al prototipo de mujer criada en un hogar victoriano, que había luchado contra el estereotipo del “Ángel de la casa” triunfando solo a medias y que tal vez albergaba el deseo de “comenzar su vida de nuevo”. Sin caer en el patetismo, y con un giro hacia el humor, le escribía a Nessa: “Sería mejor si ella se casara con Roger como tú sugieres”. Bromas aparte, la sorprendían el nivel de erudición de los hermanos y el entusiasmo que siempre los hacía estar alertas; ni siquiera el sufrimiento podía con ellos. Y Roger, que padecía hemorroides y no podía caminar ni estar demasiado tiempo sentado, disertaba atinadamente ante cualquier referencia histórica, botánica o artística que surgiera en el camino.

Pero Virginia no era la única que observaba y tomaba notas acerca de la personalidad de sus compañeros de viaje; y después de

sorprenderla riendo sola, Margery le aseguró que ningún Fry había jamás “hecho eso”. Roger agregó: “No [...] no tenemos ningún poder de disociación”. Al analizar la situación, Virginia creyó que en ese punto residía el motivo por el cual eran “tan malos pintores”. Aun así, reconocía los atributos de Margery, quien podía no tener *charme* pero era “tan dulce como la leche y patética”. Mientras estudiaba a Margery, y su “reprimida actitud hacia al mundo, mitad cuáquera, mitad virgen”, Virginia leía a Lawrence y obtenía de sus experiencias con los Fry materiales para su nuevo libro. Contagiada por el entusiasmo de Roger por el arte bizantino y por los “oscuros mosaicos” a los que ella no había prestado atención en su anterior viaje, descubría que su viejo amigo no era solo un “baño de erudición”, sino el mejor admirador de la vida y el arte con el que hubiera viajado. En sus cartas y en su diario de entonces, Virginia transmite el gran disfrute de esas vacaciones “las mejores [en] muchos años”. Grecia no solo era “el más lindo país en todo el mundo”; sentía que podría “amar Grecia, de vieja, como creo que amé Cornwall, de niña”. También, como le confesaba por carta a Nessa, la conquistaban unas sugestivas visiones pastorales: “Si alguna vez tuve una inclinación al safismo, podría revivirla a la vista de carros de jóvenes paisanas con pañuelos color limón, rojos y azules, y los burros y los niños y la fecundidad general y desnudez; y el mar; y los cipreses” El viaje incluyó excursiones en auto por caminos angostos, en los que siempre parecía que una de las ruedas quedaba “balanceándose sobre un precipicio”. En esas condiciones, toparse con otro vehículo o con un rebaño de ovejas implicaba tener que retroceder “con las ruedas traseras cepillando las copas de los pinos”. Pero las vistas desde lo alto de las colinas valían el esfuerzo; las rocas estaban cubiertas de flores, el mar se divisaba por todas partes, y además se trataba del mismo mar que acariciaba las costas cuando Perséfone[388] “se bañaba allí”. De hecho, Virginia tuvo la sensación de que en Grecia el tiempo obedecía a otras reglas; dejaba lugar a la fantasía y a la sorpresa; en cada rincón había una flor diferente y el paso de los siglos no parecía haber dejado huellas: “No hay siglo XVIII, XVI, XV todo en capas como en Inglaterra; nada entre ellos y el 300 d. C.” Aunque la pastoral se veía alterada por una pléyade de turistas alemanes de clase media[389] y también por la percepción de la pobreza que asolaba a la población, que todavía sufría las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y de la Guerra de los Balcanes, para Virginia Grecia tenía el encanto de ser “el país de la luna” iluminado por “un sol muerto”. Durante el regreso, en el Expreso de Oriente, los viajeros comprobaron una vez más los “curiosos

contrastes” entre los restos de la antigua civilización y la pobreza en la que vivían los griegos y que habían percibido durante todo el viaje.

Los Lobos y su criatura: ECLOSIONES

Al llegar a Londres, el humor de Virginia cambió radicalmente. La *civilización* presentaba una de las caras que más le desagradaba. Muriel Bradbrook, una representante de la nueva generación de Cambridge, a la que catalogó como una joven ardiente, la había llamado “mala escritora” en el *Scrutiny*[390] En tanto se preguntaba cómo debía tomar ese tipo de críticas, pensaba que su reputación declinaría, que sería objeto de burlas, pero trataba de consolarse y no pensar demasiado en sí misma. La cuestión es que si bien había alcanzado renombre, una nueva generación apuntaba sus dardos hacia Bloomsbury. Otro motivo de preocupación eran las demandas de John Lehmann, que, como amigo de Julian, recibía el apoyo de Nessa “en contra del irascible Leonard”. De hecho, Lehmann no solo reclamaba por el duro trabajo y la baja paga, también decía que Leonard se obsesionaba por los detalles al extremo de perseguirlos como un perro persigue a una rata, hasta el punto que a veces él parecía la rata y el detalle el perro. Lehmann era un joven ambicioso, que se destacaba como poeta y era un buen nexo con los escritores de la nueva generación, pero su deseo de tener más injerencia en los asuntos directivos de la Hogarth chocaba contra la férrea voluntad de Leonard. El asunto se complicaba y desgastaba a Virginia, que intervenía para apaciguar los ánimos. Pero tampoco ella estaba muy a gusto con Lehmann, quien parecía molesto cuando la veía trabajar en el cuarto que servía de depósito de la imprenta. De alguna manera, Lehmann ponía en cuestión un lugar que le era propio y que le exigía tiempo y esfuerzo, ya que Virginia leía los manuscritos y ayudaba en lo que hiciera falta: desde las correcciones y la elección de la tipografía hasta el embalaje de los libros; también acompañaba a Leonard en sus excursiones para promoverlos en librerías de provincia. A fin de cuentas ninguno de los Lobos aceptaba que otros tomaran control sobre su *criatura*. Cuando la situación se hizo insostenible, los Woolf recibieron una carta de John Lehmann, que, según creyó Virginia, no se atenía a su último acuerdo y renunciaba a la imprenta. En tanto que Leonard se sintió herido y no quiso enviar una respuesta a

la carta, ella lamentó la pérdida de tiempo que habían significado todas las conversaciones y negociaciones llevadas adelante, y concluyó: “Ese egoísta jovencito con todos sus celos, vanidades y ambiciones, su debilidad y cambios drásticos no es una pérdida”. Se sentía liberada de una carga y pensaba que ese alejamiento le permitiría pasearse imperturbable y a sus anchas por la imprenta, sin ser molestada.

“¡Dios cuánto sufro!”, exclamaba Virginia a finales de mayo. Desde su regreso de Grecia, se sentía “acurrucada como una bola” sin ningún optimismo o vitalidad, vieja. También se preguntaba de dónde obtendría valor para seguir viviendo. ¿Qué había detrás de las caras que veía desfilar en las calles? “Todo es duro como superficie; yo, tan solo un órgano que toma bocanadas, una tras otra”. Unida a esta sensación la albergaba la “de seguir, y seguir, y seguir; sin motivo”, sentimiento que asociaba a las muertes de Lytton y Carrington, y al “anhelo de hablar con él”. De todas maneras, y a pesar de su depresión, escribía el penúltimo capítulo de *Flush*, un libro que había pensado como una broma para compartir con Lytton y que ahora parecía no tener sentido.

En ese marco, sentía que “la bondad y firmeza” de Leonard eran su anclaje. En otro orden de cosas, había comenzado a leer libros de autores como Wells, Heard y Jeans, sobre teorías evolutivas y física, [391] pero lamentaba su propia “falta de poder intelectual”, y sufría terrores nocturnos que relacionaba con lo que “andaba mal en el universo”. La noche en que Carrington se mató, Leonard le había dicho: “Las cosas han salido mal de alguna manera”. Ahora, esa frase volvía a su mente, así como la sensación de ver “toda la violencia y el sinsentido cruzando en el aire”. Como gran intuitiva, Virginia comenzaba a percibir que había algo “aterrorizante: sin sentido”, “toda Inglaterra [estaba] echada a perder”, y advertía el germen de una situación de crisis y caos mundial que pronto estallaría. A esto se sumaban algunas complicaciones con sus amigos. Salió mal parada después de intentar, en una de las numerosas reuniones a las que asistía, conciliar posiciones entre Eddy Sackville-West [392] y Duncan Grant. Al día siguiente recibió una carta en la que Eddy le adjudicaba comentarios baratos “acerca de ‘comportarse como un caballero’”; a los que ella contestó: “El urgir tanto a ti como a Duncan a comportarse como caballeros es demasiado tonto incluso para mí”. Las agotadoras y a la vez estimulantes fiestas eran caldo de cultivo ideal para ese tipo de situaciones. “Recojo demasiadas espinas, por un lado o por el otro”, se quejaba Virginia después de una de esas reuniones. Además estaban los problemas de la Hogarth, “trastornada y en proceso de muerte o

nacimiento, solo Dios sabe cuál”. Las intuiciones que no la abandonaban y un estado de ánimo particular propiciaban que pensara, una y otra vez, en los fantasmas de Lytton y de Carrington.

Sus percepciones acerca de la crisis que se avecinaba fueron confirmadas en dos fiestas: la brindada por lord David Cecil, la noche del Derby, y días después, en una comida en casa de Maynard Keynes. El clima social y político era delicado. Con su proverbial vitalidad y egolatría, Bernard Shaw exponía sus puntos de vista, pero Virginia prestó más atención a Maynard Keynes que, “como un médico que dice que un hombre esta muriendo en la habitación vecina, y que no quiere que todos los presentes lo escuchen”, diagnosticó y advirtió que “estamos casi tan mal como se puede estar. Nunca estuvimos tan mal. Puede que estemos sobre el límite, pero como nunca ha sido así, nadie sabe”. A Virginia le costaba conciliar esos análisis de la crisis que atravesaba el país con la aparente indiferencia que percibía en el común de las personas. Al día siguiente de escuchar a Keynes, paseó por Hyde Park, contempló a la gente, vio muchos Rolls Royce y autos caros, hombres y mujeres exhibiendo su lujo y niñeras paseando a niños en sus cochecitos; ninguno parecía registrar que estaban “al borde de un precipicio”.

Además, se sorprendía de que ella misma, a pesar de la sensación de desasosiego que no la abandonaba, pudiera seguir con sus rutinas. A finales de junio los Woolf recibieron la visita de Dimitri Mirsky, un príncipe ruso, historiador literario y comunista, que les refirió que después de doce años de residir en Inglaterra, cansado de vivir en pensiones y de su puesto como conferencista universitario, pensaba regresar a su país. Su rostro “muy marcado” por la desesperación y el sufrimiento impresionó a Virginia que anotó en su diario: “Pensé, mientras miraba sus ojos brillar y apagarse, pronto una bala atravesará tu cabeza”. Tal como intuyó, años después, Mirsky moría en Siberia. Pero él también había tomado nota de su visita, y en su libro *Intelligentsia of Great Britain*, publicado en 1935, definió a Virginia Woolf como una gran artista, creadora de un método propio, pero señalaba que sus preocupaciones burguesas sobre el sufrimiento individual no le permitían ir más allá de un universo estético, alejado de la realidad social. Lo cierto es que la conciencia de sus propias inseguridades, sentir que desconocía los resortes ocultos de su alma, su certeza de que apenas podemos conocernos a nosotros mismos y en ningún caso generalizar y hacer extensivo nuestros juicio a los otros, son algunas de las razones que la mantuvieron lejos de cualquier

intento de abordar lo social a la manera que reclamaban algunos de sus críticos. Limitada a su propia experiencia, Virginia no era el tipo de escritora que podría colmar las expectativas de Mirsky. Aun así, él era uno más entre toda la “plaga de gente” que insistía en verla.

La sensación de sentirse observada, juzgada y perseguida aumentó cuando apareció publicado el libro que le había dedicado Winifred Holtby. Para colmo de males, en lugar de una fotografía profesional de Lenare, que hubiera preferido, los editores eligieron publicarlo con una instantánea casera, obtenida por Leonard. Virginia odiaba que invadieran su privacidad, también que la presentaran ante el mundo “como una chata y desaliñada vieja”. Presa de esa visión, no podía sacarse el tema de la cabeza; la foto de Leonard mostraba sus largas piernas, pero también ponía en evidencia sus propios terrores a la exposición: “El complejo es: privacidad invadida, fealdad revelada”.

Pero no solo le preocupaba la foto de tapa, también se mostraba reticente con el contenido del libro y con su autora. Cuando Ethel se la presentó, en 1931, Winifred Holtby[393] tenía unos treinta y dos años, era una convencida socialista y feminista que quería escribir sobre ella; y aunque Virginia se mostró amable, también mantuvo su distancia. Se refirió a Holtby como a una joven un tanto torpe y fue condescendiente con esta “hija de un granjero de Yorkshire”. Finalmente, aunque accedió a hablar con ella, al día siguiente le escribió a Vanessa contándole que solo el cielo sabía “qué clase de mentiras” había dicho. Tampoco Vanessa fue de ayuda, ya que se negó a ser entrevistada para hablar de su hermana. Nada de esto impidió que Virginia se sintiera halagada cuando Holtby le dijo que *Las olas* era “un poema” con el que había llegado, más que nunca, y profundamente, al “corazón humano”. Respecto al libro de Holtby, Virginia intentó no tomar a pecho lo que allí se decía, y en cartas a sus amigos afirmaba que no lo había leído; o que se trataba de mentiras, y que tan solo una ojeada al contenido, la hacía reír a carcajadas.

Un desmayo “entre las rosas”

Una noche de julio, mientras comía con Clive y amigos en el Ivy, Virginia se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, vio a una mujer que sostenía sales en la mano. A eso le siguió “la absoluta delicia de la

oscuridad y la cama”[394] Al tanto de lo que había sucedido, y seguramente molesta porque la evitaba, pero veía a otras personas, Ethel sugirió que debía “rechazar a los aspirantes a entrevistas”. La respuesta de Virginia fue firme —podría decirse que su amistad con Ethel fue un ejercicio de firmeza—, le dijo que no veía ni a “aspirantes a entrevistas” ni a admiradores de sus libros; todos ellos recibían una excusa de su parte, de la que se ocupaba una empleada de la Hogarth. Aclaraba que lo que no podía resolver era la cuestión de los amigos íntimos, y de los amigos de estos, ante quienes no podía negarse: “Por qué crees que soy tonta y ridícula al cenar en el Ivy en una noche calurosa con gente que conozco hace veinte años, y que no es tonto, sino sabio y adorable cenar contigo en Coign y encontrarme a los Baring y a los Storr, a quienes he conocido hace diez minutos y me importan un pepino, no puedo imaginarlo”.

Se tratara de desconocidos o de amigos íntimos, la vida social siempre cobraba su precio; y no mucho después, al referirse a Clive, Virginia se preguntaba qué era lo que le había robado, veinte años antes, “para que nunca sintiera la deuda pagada”. No hay que descartar que la fusión de genio e ironía, ligereza y seriedad, descolocaran al diletante Clive. El estilo de trabajo que caracterizaba a Virginia implicaba una dedicación que él no lograba en su propio trabajo. Por entonces, cuando el director de *New Statesman* le pidió una columna sobre libros, ella rechazó el ofrecimiento aduciendo que no era “una experta periodista” y que le tomaban “tres o cuatro mañanas escribir un artículo que la mayoría de la gente hace en una”. Pero lo cierto es que estaba muy ocupada. En junio, mientras se publicaba *Carta a un joven poeta* en *Yale Review*, trabajaba en *Flush* y se sentía asediada por la gente que deseaba verla; también, por sus propios fantasmas. En momentos como esos reclamaba para sí una existencia aparte, una suerte de “inmunidad” en la que preservarse, demanda que llevaba explícita la necesidad de anonimato y la convicción de que no debería preocuparse por las críticas. También, eco de las lecturas de las cartas de Joseph Wright[395] a su esposa, sentía que debía complacerse más a sí misma, y despreocuparse del juicio y la opinión de los demás.

A pesar de su deseo de soledad, una sucesión de visitas, que incluyeron a su hermano Adrian y “su cara de suicida”, le provocaron pesadillas y dolores de cabeza. Antes de ir a Rodmell, Virginia se encontró con Ethel, que parecía hallar “lujuria [en] la emoción”, y cuyas escenas, como las peleas con Nelly, la dejaban envuelta en un sentimiento de humillación y degradación. Aunque luego Ethel dijo que

su relación con ella era “la cosa más preciada” de su vida, Virginia se burlaba de ella y sugería que tal vez obtenía “un orgasmo continuo” al escribir las largas cartas que le dirigía. Y como temía que se produjeran escenas similares, le escribió: “Si tenemos que controlarnos a nosotras mismas y controlarnos tanto más de lo que necesitamos con otros amigos, ¿acaso no estamos disminuyendo nuestra peculiar luz? [...] Puedo aceptar lo que me dices, que te controlarás y no habrá más escenas, pero me quedo pensando ¿acaso no se empequeñece y limita la amistad si una tiene que estar esforzándose por comportarse bien?”.

Pero la relación no recobraba esplendor, y poco después Ethel volvía a equivocar su estrategia de acercamiento al atribuirle un artículo anónimo sobre las cartas de Jane Austen, diciendo, además, que le parecía lo mejor que había escrito.[396] Aunque reconoció que alguien había intentado sus “trucos en *The Times*”, Virginia se sintió ofendida por la confusión. De todas maneras, eran precisamente sus diferencias lo que le atraían de Ethel: “Tú resistes; tú refutas; tú insistes, yo yazgo en el viento y me entrego... iba a decir a las olas”.

A comienzos de agosto, otra muerte inesperada impactó su delicado equilibrio emocional. Goldie Lowes Dickinson, el reconocido Apóstol que había elogiado *Las olas*, falleció repentinamente. Virginia sentía que había alcanzado una suerte de intimidad y lo consideraba el más encantador y espiritual de los hombres. Los Woolf se sentían particularmente afectados por la desaparición de amigos que conocían desde hacía veinte años: “Así que la gente seguirá muriéndose hasta que muramos, dijo Leonard. Lytton, Carrington, Goldie”.

El refugio en Rodmell era ideal para retomar rituales y costumbres queridos; además, la soledad y los ciclos de la naturaleza daban una sensación de permanencia que tranquilizaba el ánimo, y Virginia disfrutaba sus paseos por las colinas; placeres sencillos como poner un pastel en el horno, o degustar de un helado —habían comprado un refrigerador— y escuchar Bach en el megáfono. Siempre que no se inmiscuyeran mucho con su vida, podía idealizar a los habitantes de Rodmell y sus costumbres, al punto de pensar que todo el conjunto expresaba una vida rural que remitía a siglos de una historia que respetaba y la atraía. En ese sentido, ver una carrera de caballos en Lewes disparaba su vena lírica y creaba una pastoral a su medida, supeditada a un pasado salvaje y remoto, de tierras sin cultivar. En ese imaginario, los caballos —“qué sensación de músculo duro y estirado”— representaban la fuerza y la pulsión vital. Días después, la imagen de los caballos galopando adquirió otras implicaciones.

Mientras observaba, junto a Leonard, las colinas que se cubrían de oscuridad “después de haber ardido como sólida esmeralda todo el día”, sintió que “galopantes caballos” enloquecían en su cabeza:

«Luego mi corazón saltó; y paró; y volvió a saltar; y saboreé esa extraña amargura en el fondo de mi garganta; y el pulso saltó a mi cabeza y latió y latió, más salvajemente, más velozmente. Voy a desmayarme dije y me deslicé de mi silla y me acosté en el pasto. Oh no, no estaba inconsciente. Estaba viva; pero poseída con este luchador equipo en mi cabeza: galopando, resoplando. Pensé que algo explotaría en mi cerebro si eso seguía. Lentamente se apaciguó. Me incorporé, y tambaleé, con qué infinita dificultad y alarma, ahora en verdad desvaneciéndome y viendo el jardín dolorosamente alargado y distorsionado, atrás, atrás, atrás, cuán largo parecía; ¿podría arrastrarme?... a la casa; y llegué a mi habitación y caí sobre mi cama. Luego dolor, como de parto; y luego eso también se desvaneció muy lentamente; y yací presidiendo, como una luz intermitente, como la madre más solícita, sobre los destrozados astillados fragmentos de mi cuerpo. Una muy aguda y desagradable experiencia».

Después de ese desmayo “entre las rosas”, apenas pudo sostener un termómetro entre sus labios. Buscando posibles causas, Virginia concluyó que el hecho no parecía tener relación con una visita de su suegra, que había estado cautivadora y la emocionó regalándole sus aros de perlas, sino más bien con el calor que había hecho ese día. En coincidencia con ella, sus médicos diagnosticaron una posible insolación, le recomendaron reposo y que evitara exponerse al sol. Pero como también podía tratarse de agotamiento, custodiada por Leonard que la seguía “como un perro”, equilibró su rutina de ver gente, leer y escribir. De todas maneras, entre las visitas reaparecieron Tom Eliot y su mujer Vivienne, “salvaje como Ophelia” La locura de Vivienne era difícil de soportar y, lejos de identificarse con el sufrimiento y las crisis nerviosas que padecía, Virginia sentía conmiseración por el “pobre” Tom.

Los Pargiters o el triunfo de la ESCRITURA

Al margen de los altibajos, gracias a su innata vocación de lucha y

supervivencia, Virginia concluía que se había tratado de un muy buen verano; había disfrutado de los campos que amaba, constantemente amenazados por expansiones inmobiliarias de dudoso gusto, y se había aferrado a cada bello día “como la abeja se aferra a un girasol”. Siempre encontraba estimulante contemplar el paisaje que lograba encandecer su mente “como hierro caliente”. Además, la “completa y sagrada” pero también “habitual vieja belleza de Inglaterra” despertaba visiones y sensaciones, asociadas a un sentimiento de eternidad, del que opinaba: “Continuará después de mi muerte”. Estas ideas y percepciones, referidas a la continuidad y permanencia, lo mismo que el contacto con los pobladores, remiten a los temas históricos centrales que abordaría en sus últimas novelas: *Los años* y *Entre actos*. Podría aventurarse que sus experiencias de pérdida[397] y la sensación de entrar en la última etapa de su vida la impulsaron a recrear sagas históricas.

A pesar de todo, a los cincuenta años se sentía optimista, aceptaba los “cambios del alma” y pensaba que, mientras se mantuviera flexible y con proyectos, no corría riesgos de envejecer. Después de un viaje a Leicester para asistir junto con Leonard a la Conferencia Anual del Partido Laborista, se entusiasmaba con la idea de volver a los *downs*. Por entonces leía las cartas de Lawrence, aunque criticaba su lenguaje reducido —“el inglés tiene un millón de palabras: ¿por qué confinarse a 6?”— y lo encontraba sentencioso y sistematizador. Para ella el arte implicaba “estar libre de todo predicamento: las cosas por sí mismas: la sentencia en sí hermosa: mares multitudinarios; narcisos que salen antes de que las golondrinas se atrevan”[398] En octubre, poco después de que saliera a la venta *The Second Common Reader*[399] y el libro de Vita *Family History*, Virginia ya estaba sumergida en una nueva historia a la que llamaba *The Pargiters*, basada en la conferencia que había brindado en la National Society for Women’s Service. Dada su inclinación a un tipo de libros que le permitieran experimentar con nuevas formas, apenas dedicaba “un pensamiento” a la recepción de *El lector común*. Tampoco le preocupaba su trabajo como periodista, que para ella significaba más una posibilidad de obtener recursos económicos que un desafío; y aunque trataba de no dedicar mucho tiempo a ese tipo de trabajo, a principios de noviembre escribió un artículo que le había pedido *The Times* con motivo de cumplirse los cien años del nacimiento de su padre.

Ese fin de año se presentaba auspicioso. Virginia escribía con entusiasmo *The Pargiters* —obra que finalmente tituló *Los años*—, un proyecto ambicioso que diagramaba en su diario: “Será una Novela-

Ensayo, llamada *The Pargiters*, y tratará acerca de todo, sexo, educación, vida, etc; y viene dando los más poderosos y ágiles brincos, como un gamo saltando los precipicios de 188° hasta aquí y ahora”. Otra vez se encontraba en una suerte de “bruma, sueño e intoxicación, declamando frases, viendo escenas, [...] desde el 1° de octubre todo está fluyendo por propia voluntad hacia el arroyo, como con *Orlando*”.

Proyectaba su nuevo libro como una novela de “hechos”, del tipo del que se venía “absteniendo” desde 1919 cuando escribió *Noche y día*, y aunque de vez en cuando sentía “el tirón de la visión”, la resistía, convencida de que esa era la “verdadera línea, estoy segura, tras *Las olas* —*The Pargiters*—”.

Pero la excitación y lo que llamó “incandescencia” hicieron eclosión una noche, cuando sintió “caballos galopantes” en su corazón. Después de “un esfuerzo terrorífico” por “aferrar las riendas”, despertó a Leonard pidiendo un poco de hielo. Como su médica le aseguró que no había nada malo en su corazón, salvo la tensión a la que se había sometido, a pesar del susto Virginia siguió escribiendo su nuevo libro con rapidez. Sentía que estaba haciendo algo que le importaba profundamente, y el 10 de noviembre anotaba en su diario: “Creo que nunca hemos sido tan felices, con una cosa y la otra. Y tan íntimos, y tan completamente enteros, quiero decir Leonard y yo. Si tan solo pudiera permanecer así por otros 50 años... la vida así es enteramente satisfactoria para mí”.

Era indudable que ese equilibrio y esa satisfacción tenían que ver con otros afectos sostenidos en el tiempo. Los miembros de Bloomsbury tendían a agruparse como una manera de defenderse de sus críticos; y por entonces, uno de ellos, Logan Pearsall Smith, hizo un intento de acercamiento. Así pues, un representante de los llamados escritores de Bloomsbury se encontraba con un representante de los de Chelsea; cita que Virginia aceptó con humor: “Ven y riéte de mí y de mi trabajo y de mis amigos en mis narices, y haré lo mismo contigo. Sin duda ambos sacaremos provecho”. Cuando finalmente se vieron, Logan P. Smith reconoció que se había burlado de ellos, e incluso que quizás había inventado un par de anécdotas en contra de Bloomsbury. Por su parte, Virginia aseguró que su pasatiempo favorito era burlarse de Chelsea. De todas maneras y a pesar de los esfuerzos de ambos por ser amables, el encuentro fue decepcionante. Logan nunca intentó volver a verla, aduciendo que la diferencia de edad, gustos y amigos era insoslayable, y Virginia concluyó que él no le gustaba, que era grosero y que “si fuese un pez, hedería”.

Lo cierto es que, intoxicada con su novela, no le asignó a la entrevista mayor importancia. A mediados de diciembre había escrito “60.320” palabras de *The Pargiters*, con lo que superaba en velocidad a todos sus otros libros. De todas maneras, consideraba que debía “sudarlo y secarlo hasta 30 o 40 mil”. La excusa de su “corazón cansado” le permitía “imponer” sus propios términos: “Nunca viví carrera semejante, semejante sueño, semejante violenta impulsión y compulsión... apenas viendo otra cosa que los Pargiters”. El paso de los años también tenía aspectos positivos; sentía que había sedimentado una colección de riquezas en las que podría zambullirse, aunque manteniendo “el correcto grado de libertad y reserva”.

Como solían hacer, el 20 de diciembre los Woolf partieron a Rodmell para pasar la Navidad. Allí Virginia se ocupó de revisar *Flush*, libro que en principio la decepcionó como si se hubiera tratado de una lamentable pérdida de tiempo; además, temía que no le gustara a Leonard, y que sería “un derroche de dinero”. Esas nubes no tiñeron un panorama festivo y optimista, y el último día del año escribió en su diario acerca de las cartas que estaba recibiendo y de la adquisición de un auto nuevo. También se sentía halagada porque aparecía citada en el último libro de Hugh Walpole, *The Apple Trees*, como la autora de *Las olas*, un “hermoso y misterioso libro”. Pero lo más significativo fue que, después de atravesar pérdidas y duelos, se sentía entregada al fluir de la vida y podía decirle “a este preciso instante, quédate, eres tan bello, ¿qué ganaría una si muriera?”.

CAPÍTULO XXXVI - 1933

“Apenas sé cuál soy, o dónde estoy”

“ME gustan las máscaras. Me gusta la desorientación que le dan a mis sentimientos”, anotó Virginia en su diario, después de la fiesta de disfraces con la que celebraron los 14 años de su sobrina Angelica, y a la que asistió vestida “como la reina Victoria en su noche de bodas”, mientras que Leonard lo hizo disfrazado de príncipe consorte.[400] En esa fiesta, el cuñado de John Lehmann comentó las posibilidades cinematográficas que ofrecían *Las olas*, en tanto la actriz Virginia Isham[401] habló de la posibilidad de hacer una emisión radiofónica basada en esa obra. Eran comentarios placenteros y halagadores, pero no lo único interesante que podían deparar las fiestas y reuniones familiares, que también ofrecían material para su próximo libro. Como solía hacerlo, Marjorie Strachey, la hermana menor de Lytton que había nacido en el mismo año que Virginia, divirtió a todos con sus ocurrencias. El paso del tiempo la había convertido en una “anciana gorda [...] con un peculiar toque de genialidad en ser descaradamente obscena. [...] debería haber estado sobre un escenario”. El ambiente familiar de estas ocasiones era propicio para analizar los efectos del paso del tiempo en amigos y familiares, pero Virginia también conformaba un cuadro que serviría de sustrato para *Los años*, que por entonces aún continuaba llamándose *The Pargiters*.

También los compromisos sociales podían ser estimulantes, y poco después de presenciar la representación del ballet *Pomona*,[402] con vestuario y escenografía de Vanessa, asistió a una reunión bohemia en su estudio de Fitzroy Square, donde comieron “retorcidas salchichas” que se veían indecentes, “como serpientes negras amorosamente

entrelazadas”. Pero no todo era diversión; el caso es que durante el mes de enero vivió sometida a varias tensiones. Por una parte, se exigía terminar su libro y, por otra, intuía el nacimiento de uno nuevo. En su diario, cuyas páginas “gracias a Dios en el cielo” no necesitaban ser corregidas, Virginia se desahogaba y buscaba cierto equilibrio. Lejos de estar entusiasmada con la peculiar biografía de *Flush*, encontraba pesado el trabajo de reescritura que le demandaba “ese abominable perro”. Y si bien deseaba verse libre de las correcciones para dedicarse de lleno a *The Pargiters*, reconocía el alivio que ese libro había significado después de *Las olas*.

A principios de enero, después de registrar que había leído entre doce y quince libros en pocos días, Virginia comparaba su cerebro con un “motor Rolls Royce” que ronroneaba a razón de setenta millas por hora, toda una velocidad por entonces. La lectura no interfería con *The Pargiters*, sabía que pronto debería enfrentarse al “problema de meter 20 años en un solo capítulo”, y visualizaba el libro “como una curiosa y dispar secuencia de tiempo, una serie de grandes globos, unidos por derechos y angostos pasajes de narrativa”. El proceso de escritura era interesante en sí mismo; su corazón se aceleraba mientras imaginaba las escenas y recitaba frases en voz alta, sentada frente a la máquina de escribir; y se preguntaba: “¿Qué conexión tiene el cerebro con el cuerpo?”.

Por fin, el 26 de enero, Virginia logró despachar *Flush* a la imprenta. Tenía la sensación de que nadie podría acusarla de tomarse poco trabajo con sus “pequeñas historias”, que, al fin y al cabo, obedecían a un “deseo de la mente por cambiar”. Ese deseo la inducía a transitar nuevos desafíos y pensaba que también había sido importante para Shakespeare, dada su capacidad de pasar de la tragedia a la comedia. En su caso, detrás de *The Pargiters* escuchaba el llamado de la poesía, pero no debía anticiparse y, de hecho, la escritura de esta novela terminó llevando mucho más tiempo de lo esperado. A comienzos de febrero, comenzó a revisar el primer capítulo del libro y decidió sacar los “intercapítulos” y compactarlos en el texto, de manera que los hechos y las reflexiones ya no estarían separados, con lo que pensaba lograr mayor armonía entre argumento y atmósfera y evitar cierto didactismo que comenzaba a sospechar en el texto y que el año anterior había criticado en Lawrence.

Por entonces, además de proyectar un viaje a Italia y tomar lecciones de italiano, continuaba su particular relación con Ethel, a quien comparaba con una plaga de langostas, “buenos, vigorosos

insectos”, cuyo potencial dañino era innegable; y que tenía la capacidad de hacerla sentir como si fuera “un caparazón de caracol” picoteado por un tordo, ya que “el pico de su incesante voz” le rompía “el cráneo”. A diferencia de la amistad con la demandante compositora, su relación con Vita se planteaba en términos de armonía y fluía con sencillez, y en cartas que le enviaba a Norteamérica Virginia le contaba que, debido a la fama de *Orlando*, se haría una representación sobre hielo y le decía: “Es un hecho sorprendente: todos los nobles ingleses dicen descender de los cortesanos que inventé, y que todavía tienen las botas de nieve que usaron en la nevada que yo también inventé”. El tono de las cartas que intercambiaban era cordial; Vita le contaba que había cenado con el presidente Hoover, y Virginia respondía con bromas: “Me voy a cenar con el rey Jorge... excepto que nadie, ni siquiera una esnob azul como yo, podría encontrar mucho entusiasmo en ello”. Al catalogarse de esnob, Virginia admitía una identificación negativa de sí misma; es decir, priorizaba una faceta que se oponía a otras, como su ascetismo y capacidad de trabajo, que por lo menos eran tan válidas como aquella. El punto es que su lado social generaba bastantes conflictos con Leonard. De todas maneras, entre mediados de febrero y finales de marzo alternó su vida en Londres con paseos a Hampstead, exposiciones florales y estadías en Monk’s House; también asistió a conciertos y recibió visitas, entre las que se destacan las de las escritoras Elizabeth Bowen y Rose Macaulay. A su vez, una suerte de añoranza por las amistades y afectos más antiguos la impulsaba a escribirle a Vita e insistía en declararle a Nessa su “pasión” por ella. Otra de sus corresponsales era Ottoline Morrell, con quien compartía el recuerdo de Lytton, y que podía entender su comentario de que *Flush* era una suerte de broma que había comenzado cuando, agotada por el esfuerzo de *Las olas*, leía en el jardín las cartas de amor de E. Browning: “La figura de su perro —le escribió Virginia— me hizo reír tanto que no pude resistir hacerle una Vida. Quería jugarle una broma a Lytton, era para parodiarlo”.

Tanto en *Los años* como en sus últimos libros, Virginia retomaría el pasado, recrearía sus fantasmas, volvería a los seres queridos ausentes, se esforzaría por desentrañar una arqueología cuidadosa, en la que a cada período de tiempo le correspondería un estrato histórico claramente delimitado. Esa necesidad de volver hacia atrás, de establecer conexiones, de recordar escenas, tenía que ver con sensaciones que le confiaba a Ethel: “¿Mueres como yo, yaces en la tumba y luego te levantas y ves a la gente como fantasmas? Todos mis

amigos están muertos: Gwendolen Cecil, una de mis primeras: y luego nunca fui a cenar cuando ella me lo pidió. Tú sabes, la vida es demasiado multitudinaria: siento que he estado viviendo desde que hubo algún cocodrilo en el Nilo”. Afortunadamente, la escritura de *Los años* —novela que abarca desde 1880 hasta la década de 1930— también la anclaba en el tiempo presente, y no faltaban ocasiones en las que circunstancias de la vida real sincronizaran con lo que estaba describiendo en la novela. Fue así como, mientras escribía la escena donde Elvira se rebela contra los honores de una sociedad “completamente corrupta”, Virginia rechazaba el ofrecimiento de un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Manchester.[403] Semejante sincronicidad le hacía exclamar: “Apenas sé cuál soy, o dónde estoy: Virginia o Elvira; en los Pargiters o afuera”.

La escritura de un artículo sobre Oliver Goldsmith,[404] en el que trabajaría hasta fin de ese año, reforzaría, seguramente, esa particular sensación de vivir en varias épocas simultáneamente. Además, mientras se acercaba la fecha de su viaje a Italia, corregía las pruebas de *Flush*, ilusionada con “romper el molde del hábito” y aceptar el desafío de *The Pargiters*. Se trataba, una vez más, como sucedía con sus libros más elaborados, de un proyecto muy ambicioso. Deseaba dar una visión completa de la sociedad, en la que los hechos se combinaran con “la visión”, y lograr así una conjunción entre “*Las olas y Noche y día*”. “Debería incluir sátira, comedia, poesía, narrativa y ¿qué forma ha de contenerlas todas juntas? ¿Deberé poner en juego una obra de teatro, cartas, poemas? Creo que comienzo a asir la totalidad”. En su libro se expresaría la vida cotidiana y “millones de ideas pero sin sermoneo: historia, política, feminismo, arte, literatura; en síntesis un resumen de todo lo que yo sé, siento, aquello de lo que me río, desprecio, quiero, admiro, odio, y demás”. En *Los años* Virginia volvería a recrear la era victoriana, pero esta vez como punto de partida de un recorrido temporal. Los ocho capítulos del libro llevan por título años diferentes, salvo el último: “Present Day” (Los días presentes), que culmina en la época contemporánea a la escritura de la novela. Como venía demostrando desde sus primeros libros, Virginia tenía una particular sensibilidad con los años victorianos, con el “espíritu de época” de la década de 1880, noción que había utilizado en el *Orlando*, y que de alguna manera actualizó en *Los años*. El período de tiempo que intentaba condensar en esta nueva novela reflejaba una época en extremo cambiante y de la que había sido testigo. Además de retomar los roles de la mujer en el sistema patriarcal, su interés era dar una

visión completa del presente; un tiempo signado, como lo venía experimentando la autora, por artefactos que modificaban la vida cotidiana y las costumbres.

La posibilidad de tener un automóvil propio tenía que ver con esa evolución de las prácticas, y a principios de 1933 los Woolf adquirieron uno nuevo. Se trataba de un descapotable de marca Lanchester, que llamaron “El diluvio” y que Virginia describió en su diario: “En color y forma está más allá de los sueños más descabellados [...] elegante verde plateado, hermosamente compacto, modelado firme y no demasiado rico... no un auto de adinerados”. El auto se había convertido en un elemento esencial de sus vidas; los Woolf lo utilizaban para llevar los paquetes de libros a destino, les daba autonomía en sus desplazamientos y representaba una facilidad adicional cuando debían hacer las compras para abastecerse. Junto con la cocina a gas y la heladera, se sumaba a las adquisiciones que colaboraban para que pudieran independizarse del servicio doméstico. Se trataba de artefactos a través de los cuales se ganaba una libertad adicional: gracias a la heladera[405] ya no debían hacer las compras a diario; con el auto estaban pronto donde quisieran; y la nueva cocina a gas permitía cocinar rápidamente, sin tener que preparar antes el fuego, a leña o carbón. La conciencia de todos estos beneficios hallaría eco en la relación entre la cocina de la casa victoriana y la de las casas modernas, una de las cuestiones planteadas en *Los años*. Pero la misma década que mediante la invención de nuevos artefactos facilitaba la vida de las clases medias y altas, presentaba una faceta cada vez más preocupante: antes de partir a Italia, los Woolf conocieron al director de orquesta alemán Bruno Walter, que había abandonado Alemania en enero, forzado a dejar la dirección de la orquesta Gewandhaus de Leipzig, después de que Hitler hubo asumido el poder. Aunque a Virginia no le pareció una persona inteligente “para nada el ‘gran director’” y creyó que estaba “casi loco” porque no podía arrancarse el “‘veneno’ de Hitler”, prestó atención a sus palabras. Walter insistía en señalar que lo que sucedía en su país no se trataba solo de una cuestión que afectaba a los judíos, sino que un “horrible reinado de intolerancia” asolaba Alemania. También decía que había espías por todos lados, y que los soldados invadían las calles marchando incesantemente.

“Nada forma un todo a menos que ESTÉ ESCRIBIENDO”

Durante el viaje a Italia, que iniciaron el 5 de mayo, Virginia tuvo ocasión de observar por sí misma el fascismo italiano. Una vez en el continente, condujeron su Lanchester por la Riviera francesa y llegaron a Siena. Pero también registró escenas cotidianas, como la protagonizada por una mujer que cosía una seda verde sentada a la mesa de un restaurante y que le impresionó porque, aunque estaba rodeada de gente, parecía aislada en un mundo propio, liberada de temores y de expectativas. Muy otro era el caso de la empleada de hotel “con ojos honestos”, que, a diferencia de las matronas que parecían aceptar su destino y tejían frente a sus puertas, les había dicho que los envidiaba porque podían viajar. Virginia pensaba que el hecho de que la joven tuviera conciencia de las diferencias de oportunidades, de clase social y de educación, era un síntoma de que “la vida la aplastaría inevitablemente”.

Además de estudiar a los italianos, en Pisa los Woolf visitaron la última casa donde vivió Shelley y los parajes donde se ahogó después de que su pequeña embarcación naufragara. Allí, Virginia se dejó llevar por otro tipo de escenas, se le antojó que ni los paisajes ni la gente habían cambiado mucho desde entonces, e imaginó esa casa abierta al mar —pero “¿qué palabra hay para lleno de mar?”— en la que Mary Shelley esperó en vano el regreso del poeta; y luego como una visión, o escena, reconstruía mentalmente el momento en el que quemaron su cuerpo en la playa. Sin embargo, nada de esto la distraía lo suficiente como para olvidar el nuevo libro que tenía entre manos. Después de leer *The Sacred Fount*, de Henry James, y cada vez más convencida de que “el signo de un escritor magistral es su poder de romper su molde cruelmente”, se preguntaba “¿cómo puede alguien, aparte de una orquídea en un invernadero, fabricar semejante sueño de orquídea!”. Estas observaciones se daban en el marco particular de una “Italia fascista”, donde se sentía la presencia de “camisas negras bajo la ventana”. La sensación de amenaza contribuía a que ni siquiera los bellos paisajes de la Toscana o de Siena la distrajeran lo suficiente. Virginia deseaba volver a su entorno y trabajar en *The Pargiters* y se decía a sí misma que no podía vivir “sin ese intoxicante”. Como había sucedido el año anterior en Grecia, volvían a su memoria recuerdos de sus primeros viajes, y escenas que estimulaban su imaginación, ya

exaltada por las ideas que tenía para el nuevo libro. Finalmente, con la noticia de que durante su ausencia la Book Society había elegido *Flush* como el libro del mes, y que contaba con un premio de 1000 o 2000 libras, emprendió el ansiado regreso a Londres.

A pesar de sus expectativas, cuando a finales de mayo llegó a la ciudad, sintió que no podía escribir, se deprimió y se identificó, nuevamente, con un caparazón de caracol vacío. Mientras *The Pargiters* se le escapaba, se esforzaba por terminar —“vacía con un bloque frío de cerebro”— el artículo sobre Goldsmith, acechada por la tortura de “cabecear contra una pared en blanco”. En momentos como ese se interrogaba acerca de la esencia de su ser, y concluía: “Escribir es lo único que lo compone: [,] nada forma un todo a menos que esté escribiendo”. Escribir también era un esfuerzo, una desesperación, una “angustia inefable”. Una actividad que relacionaba con la soledad; y tal vez por eso, un día, mientras paseaba por los jardines de Sussex, cuando divisó las figuras de lady Nelly Cecil y Violet Dickinson no pudo afrontar la idea de detenerse a conversar con ellas y se escondió detrás de unas azaleas.

Pero era imposible evitar a todo el mundo y, además de corresponder las obligaciones familiares y sociales, Virginia tuvo que asistir al jubileo por los cincuenta años del Women’s Cooperative Guild. El hecho es que el discurso de la ceremonia no le pareció convincente; que dijeran que estaban en vísperas de un nuevo mundo y que triunfarían los ideales cooperativistas sonaba hueco y vacío frente a la amenaza real del fascismo. Ni una palabra encajaba en ese ambiente “gaseoso” en el que fluían “emociones elementales”; y no obtuvo nada positivo de esa “mera conglomeración, el revuelo, la multitud”. La convicción de que había más realidad en *The Pargiters* que en todo eso la confirmaba en su deseo de escribir y “anhelaba volver, trabajar”. Esta novela, más que una posible participación política, sería su manera de unir autobiografía, literatura, política, feminismo: la historia personal y social sería revisada, lo mismo que sus libros anteriores y sus lecturas. Finalmente, los primeros días de junio, sumergida en una caudalosa “corriente”, Virginia escribía los capítulos que comenzaban en 1880 y terminaban en los años treinta, ninguno de los cuales le llevó más de seis semanas. Lo fundamental era dar con la forma de expresar “argumentos intelectuales en forma de arte”.

Pero a comienzos de julio unos dolores de cabeza interrumpieron el proceso. Los primeros síntomas se dieron en Londres. Virginia caminaba en un estado de “negra desdicha” por Regent’s Park, cuando

experimentó las conocidas subidas y bajadas de ánimo tal vez “menos violentas [...] de lo que lo solían ser”, pero en las que persistían la penumbra, el dolor, el conocido “deseo de morir”. A finales de julio, instalada nuevamente en Rodmell, volvió a sentirse fatigada, “tenía escalofríos y temblaba”, estaba completamente agotada, ni siquiera podía terminar sus oraciones, “visitando los reinos silenciosos nuevamente”. En extremo alerta, se preguntaba por esa corriente subconsciente que la reclamaba para sí y en la que se sumergía. Sin duda, “el esfuerzo de vivir en dos esferas: la novela; y la vida [era] una tensión” que cobraba su tributo. Otra vez más, debía comportarse “con circunspección y decisión delante de extraños”. Por eso Leonard evitó que recibiera a Ethel, que había ido de visita a Monk’s House. Los consecuentes reclamos de su amiga no se hicieron esperar, y tras ellos la respuesta categórica de Virginia: “Ese es el problema con las hijas de generales —las cosas son negras o blancas; hay sollozos o ‘gritos’— mientras que yo me deslizo de semitono en semitono [,] tú nunca oyes la diferencia entre uno y otro”.

En esas circunstancias, tres días de soledad e introspección se transformaban en “tres perlas puras y redondas” que las visitas amenazaban disolver. Y Virginia exclamaba: “Qué criminales, desperdiciar una perla; no saben lo que hacen”. Ser “completamente privada” y defender la soledad pasaba a ser tanto un deseo como una necesidad. Así pues, en lugar de asistir al Central Hall, en Westminster, para escuchar y ver a Ethel dirigir su famosa *The March of Women* —oportunidad en la que Rebecca West habló de los derechos de las mujeres—, permaneció en su casa, sentada junto al fuego, leyendo.

Trabajar en *The Pargiters* la llevaba a leer copiosamente, como cuando era joven, disfrutando la “vasta fertilidad de placer” que encontraba en los libros. Aparte de revisar a Montaigne, *Antígona*, biografías e historia, acumulaba notas, también recortes de prensa. Sentía que tenía “suficiente pólvora como para volar St. Paul”. Es decir, había recolectado una buena cantidad de material en el que basarse para denunciar a la sociedad machista y patriarcal, uno de los temas de su nuevo libro. Pero también debía lograr un trabajo compacto. En ese sentido, Turguenev[406] le ofrecía el ejemplo de autor que escribía “y volvía a escribir para desligar lo verdadero de lo no esencial”. Virginia intuía que allí estaba el secreto tanto en la escritura como en la vida; por eso, después de que Clive anunció bruscamente que Francis Birrell tenía un tumor en el cerebro y que debía ser operado, tuvo un sueño que manifestó, como solía suceder en ese tipo de sueños, “la esencia de

una relación que en la vida real nunca encontrará expresión”. Ante la enfermedad y la muerte de sus amigos, Virginia volvía a preguntarse: “¿Qué habría sentido yo de ser él? ¿Y por qué no fui él?”. Pero recordando a Montaigne se daba ánimos en su diario: “No pensemos más en muerte. Es la vida lo que importa”.

Flush

Aunque le había costado terminar de corregir este libro, en sus inicios *Flush* había sido un proyecto conectado a lo vital y a la diversión. Además de jugar con la idea de parodiar las biografías de Lytton, el interés de Virginia por el género se remontaba a su niñez, cuando su padre dirigía el *Dictionary of National Biography*. Por otra parte, siempre fue una exhaustiva lectora de biografías, autobiografías y memorias, y su disposición a renovar el género puede remontarse a las historias que escribió en su juventud, incluso a algunos intentos reflejados en el periódico familiar de Hyde Park Gate y, por supuesto, al *Orlando*. En el marco de su proyecto “Life of the Obscure”, Virginia llegó a escribir una biografía imaginaria de la criada de la poeta Elizabeth Barrett. En “Aurora Leigh” poema que leyó en 1931, Barrett trataba temas caros a su sensibilidad: “La función de la mujer como artista, los efectos de la clase social sobre cómo debe comportarse una mujer, y la necesidad de indagar más acerca de sus experiencias corporales”. Pero como señalaba en su ensayo sobre el poema, publicado en *El lector común*, Virginia reconocía que, para sus contemporáneos, la historia de amor de Barrett[407] era más atractiva que su poesía. Finalmente, disfrutando de la ironía, se convirtió en biógrafa de su perro de compañía Flush, hijo de un “auténtico *spaniel* de la variedad cocker”. Algunos críticos han leído el libro como otro de los ataques de Virginia contra el sistema patriarcal; esta vez, la voz narradora relata la historia desde el punto de vista del perro, registrando las impresiones que imaginariamente podrían encauzar el pensamiento de Flush, dando prioridad a sensaciones olfativas. Así pues, el biógrafo señala el impacto que Flush recibe la primera vez que entra en el cuarto de Elizabeth y siente el perfume del agua de Colonia, o describe su especial manera de descubrir la ciudad de Londres: “Olores más complejos y corrompidos, y que ofrecían un contraste más violento y una composición más

heterogénea que cuantos olera en los campos de Reading, olores fuera del alcance de la nariz humana”.

La relación con la poeta, recluida en su cuarto, impone un ritmo al que Flush cede por amor; de hecho, en una carta Elizabeth Barrett señaló: “Es mi amigo, mi compañero, y me prefiere al sol que tanto le atrae desde fuera” En el libro, queda claro que el idilio llega a su fin cuando la poeta comienza a recibir a Mr. Browning: “Y mientras hablaban, Flush se sintió horriblemente solo”. Nunca más acapararía la atención de su ama. “En conjunto, aquel invierno — 1845-1846— fue el más angustioso que pasó Flush en su vida”. Incluso un día llegó a morder a Browning, a quien de todas maneras termina por aceptar.

Las aventuras de Flush incluyen un rapto con pago de rescate, que permite a Virginia recorrer no solo la calle donde vivía la poeta, Wimpole Street, sino sumergirse en los oscuros suburbios londinenses de la época. Finalmente, el *turning point* está dado por el momento de decisión de Barrett, quien ante la oposición paterna decide huir con Browning, llevándose consigo a su fiel criada Wilson y a su mascota. Flush la acompaña en su renacer italiano; para él también se inaugura una “nueva libertad”, una época lejos de las ataduras victorianas. El perrito viaja nuevamente a Inglaterra y luego regresa a Italia, donde viven los Browning hasta el final de sus vidas.

En los cuadernos donde Virginia anotaba sus lecturas —publicados en 1983, con el título *Reading Notebooks*—, se comprueba que se hizo de una exhaustiva documentación para escribir su libro; no solo recurrió al poema “To Flush, my dog”, sino especialmente a las cartas de Barrett y el libro *British Dogs*, de Hugh Dalziel. El cocker spaniel de pelo dorado de la poeta cedió lugar, en la cubierta de la primera edición, a una foto de Henry, el cocker negro de Vita, padre de Pinka. Todo un símbolo que unía, a través del tiempo y del amor a los animales, a varias generaciones de escritoras.

Frente al egotismo, la filosofía DEL ANONIMATO

Después de una comida con Bernard Shaw, en la que tuvo la sensación de que “nada florecía. Todo lo dicho moría al ser enunciado”, y de ver, en otra ocasión, cómo Ethel intentaba “teatralizar una pelea y falló...

falló, pobre vieja, en todos sus efectos”, Virginia analizaba el comportamiento social de los escritores y artistas, y sacaba sus propias conclusiones. A pesar de compadecer la vejez que la sordera y el egotismo de Ethel no hacían fácil de llevar, cuando esta le pidió su opinión acerca del manuscrito autobiográfico de su próximo libro, Virginia aprovechó la oportunidad de darle una sacudida y esgrimir sus teorías en defensa de su concepto de anonimato. Le dijo a Ethel que lo más interesante y convincente del texto estaba en “la parte impersonal y objetiva”, de donde surgían hechos valiosos y rescatables, pero criticaba lo que llamaba “la autobiografía”. Estaba convencida de que los detalles personales disminuían “inmensamente el poder del resto”, y también afirmaba que detestaba “a cualquier escritor que hable de sí mismo”, aduciendo que adoraba “el anonimato”. De lo que se trataba era de posicionarse frente a la exaltación y omnipotencia del yo y al egotismo. En realidad, ávida lectora de memorias y autobiografías, instaba a sus amigos, entre ellos a Ottoline o a Walpole, a escribirlas, sugiriendo incluso que lo hicieran en varios volúmenes. De todas maneras, despreciaba la omnipresencia del yo y señalaba que su sola mención era en extremo potente: una “profunda mancha violeta... una en una página es suficiente para colorear un capítulo”. Vigilar la propia escritura, impedir que remitiera solo al “Yo”, no impedía que pensara, como le había escrito a Walpole, que “solo la autobiografía es literatura: las novelas son lo que pelamos, y llegamos finalmente al carozo, que es tan solo tú o yo”.

Lo que le recriminaba a Ethel no hacía más que reflejar sus propias preocupaciones. Virginia insistía: “Tu caso consiste en que hay miles de otros. Deja el tuyo fuera del asunto; y el de ellas será mucho, mucho más fuerte”. Ese distanciamiento era esencial, y ella misma lo había experimentado en la escritura de *Un cuarto propio*, forzándose a sí misma a mantener su “propia figura de manera ficticia; legendaria”, evitando decir lo que sin embargo era su verdad: “Mírenme aquí estoy yo sin educar, porque mis hermanos usaron todos los fondos de la familia”. En oposición a la actitud de Ethel, Virginia prefería espejarse en estilos de mujeres como Vita, e incluso Vanessa, que no parecían prestar demasiada atención a la fama. De hecho, aun después del éxito alcanzado con la instalación de una Sala de Música en la Lefevre Gallery, el año anterior,^[408] y a pesar de los numerosos encargos que recibía, Vanessa cultivaba una suerte de anonimato. Por su parte, Virginia se negaba a caer en las redes de la celebridad y de la fama y desconfiaba del prototipo de “gran hombre”, característica del sistema

patriarcal, tema que volvía a estar en el tapete en *The Pargiters*.

Cuando después de regresar de seis meses en Harvard, Tom Eliot, que había decidido separarse de Vivienne,[409] pasó un fin de semana con los Woolf, Virginia lo analizó como si fuera el modelo de escritor consagrado que ella rechazaba. Lo cierto es que Eliot parecía rejuvenecido tras su decisión, “un glorificado niño scout en pantaloncillos y camisa amarilla”, a la vez “hermético y brillante como una cochinilla”. Aunque le gustaba hablar con él, le molestaba que se acomodara a la idea de “ser un gran hombre”, y se asombraba de la “*queer* [extraña] vanidad que había detrás de eso”; también le incomodaba que mencionara los libros que lo nombraban, ya que, por su parte, ella estaba lejos de “citar a Holtby con el mismo candor”.

Si bien los conflictos sociales y políticos eran cada vez más preocupantes, y en octubre Virginia acompañó a Leonard a una conferencia del Partido Laborista, donde se habló de la carrera armamentista de Alemania y de Francia, lo que más parecía inquietarla era lograr armonía entre su necesidad de soledad y de vida social. En la intimidad de su diario, aceptaba:

«“La verdad es que me agrada cuando la gente viene; pero amo cuando se va”. Esta necesidad de calma o aislamiento hallaba expresión en su “filosofía del anonimato”; y con la exigencia de no perder creatividad ni fosilizarse, Virginia se autoimponía: “No seré ‘famosa’, ‘grandiosa’. Seguiré aventurándome, cambiando, abriendo mi mente y mis ojos, rehusando ser etiquetada y estereotipada”».

Incluso a través de una carta publicada en el *New Statesman*, emitió una suerte de documento donde hizo explícita esa necesidad y también propuso medidas para evitar intrusiones. Adelantándose a su era, Virginia hablaba “contra los métodos de publicidad empleados por una cierta sección de la prensa” que acosaba a sus víctimas. Llamadas telefónicas insistentes, cámaras fotográficas indiscretas y omnipresentes, gente sitiada por periodistas y fotógrafos en busca de una noticia: “el cuento” se hacía interminable. Y si bien reconocía que no se podía “culpar a la prensa” por tomar ventaja de la disposición de la gente a buscar reconocimiento,[410] refería también los casos de personas que no deseaban exponerse y podían sucumbir a tanta presión. “Lo que se necesita — decía en su carta— es una sociedad, con fondos, con una oficina y algún título pretencioso —Sociedad para la Protección de la

Privacidad o algo por el estilo—, a la cual puedan pertenecer aquellos que honestamente abominan de semejantes prácticas”. Lejos de aceptar las leyes de la oferta y la demanda, y rechazando convertirse en objeto de consumo para una comunidad de espectadores, Virginia aseguraba que, hasta que no se fundara semejante Sociedad, “no tenemos derecho a quejarnos si la prensa da por sentado que la publicidad es dulce, y nos fotografía mientras nacemos, nos casamos y descendemos a la tumba”.

Parte del acoso de la prensa se debía al enorme éxito de *Flush*, cuestión que también tenía sus aspectos positivos, ya que gracias a las ganancias del libro podía solventar, con placer, ciertas “extravagancias” como el arreglo del viejo estanque en los jardines de Monk’s House y la construcción de uno nuevo, obras que Leonard estaba supervisando. Pero la popularidad también implicaba pedidos de entrevistas, gente que quería conocerla y fotografiarla. Virginia había temido que catalogaran a *Flush* de librito “encantador” y “femenino”, e incluso “popular”; y su energía, ahora que el libro estaba en dominio de los lectores, se concentraba en su nueva novela. Sucedió como si cada circunstancia de su vida estableciera conexiones con *The Pargiters*, incluso una reseña que escribió para un ballet de Lydia Lopokova,[411] la mujer de Maynard Keynes, o los textos que leyó en una reunión del Memoir Club.[412] Pero además, durante todo ese año, después de revisar sus diarios y aspectos de su autobiografía, Virginia comprobó que el pasado la atraía, no ya desde una posición melancólica o de revisión individualista, sino como posibilidad de proyectarlo en su novela. En ese sentido, visitar una muestra homenaje por el bicentenario del pintor Burne-Jones, amigo de sus padres —en la que ratificó que ni por poco era uno de sus pintores preferidos—, le sirvió para recordar, con cierto romanticismo, la ceremonia del té que tenía lugar en Hyde Park Gate.

Las escenas de 1880, en *The Pargiters*, convocaban esos fantasmas. Y Virginia tenía la sensación de que todo parecía confluir en su escritura: desde la vida de Mrs. Parnell,[413] que le interesaba lo suficiente como para pensar que podría escribir sobre ella, hasta la lectura ávida y confesa de una novela de Vera Brittain,[414] en la que esta relataba sus experiencias en la guerra. Todo era material para el nuevo libro, al que a principios de septiembre le buscaba un nuevo nombre. Evitando competir con otras sagas[415] familiares, pensó en diferentes títulos, entre ellos: *Here & Now*, también lo llamó: *Sons & Daughters*, *Daughters & Sons*, *Ordinary People*. Incluso, antes de que alcanzara el título definitivo, *Los años*, y mientras no encontraba uno que se ajustara a lo que

deseaba, fue el libro “sin nombre”.

Por entonces, Virginia tuvo una experiencia tan extraña como interesante, protagonizada por la autora de un plagio que pasó inadvertido a Bunny Garnett, editor literario del *New Statesman*. Una jovencita de catorce años había enviado una carta al periódico, con un fragmento, que había incluido como suyo, de *Un cuarto propio*. Cuando se hizo público el plagio, se pensó que la niña no existía, pero una sobrina del editor la conocía, y el embrollo terminó con Virginia llamando a la madre, angustiada porque su hija había “deshonrado el apellido de la familia”. Era este tipo de episodios, asociados con la fama y el éxito de sus libros, y no la vida social que elegía a conciencia, lo que sentía que conspiraba con su deseo de “ser completamente privada”.

“Esto es la muerte: la pérdida del CONTACTO HUMANO”

Al mismo tiempo que le molestaba cualquier invasión a la privacidad, Virginia reforzaba su dependencia de los viejos afectos. Una gripe de Leonard podía preocuparla, lo mismo que cualquier problema de salud que sufrieran los integrantes de su familia. Cuando su sobrino Quentin, con un diagnóstico de tuberculosis, viajó a Suiza y vio cómo se perdía de vista el avión en el que también viajaba Nessa, tuvo una sensación de angustia: “Esto es la muerte, dije, sintiendo cómo se perdía completamente el contacto humano”. Días después esperaba ansiosa el llamado de Vanessa confirmando su regreso, pero debido a la neblina el avión se retrasó y, como el llamado no llegaba, no pudo evitar pensar que hubiera habido un accidente.

Respecto del “contacto humano”, a Virginia le sucedía algo similar a lo que experimentaba con el trabajo: era difícil establecer las graduaciones e intensidades y poner límites cuando uno y otro amenazaban con convertirse en situaciones invasivas o atormentadoras. Por lo que se ve en sus cartas y diarios, su vida social era intensa: estaban las obligaciones, como asistir junto con “22 judíos y judías” a la celebración del cumpleaños de la madre de Leonard, ante quienes lució un magnífico vestido de terciopelo púrpura; y “una verdadera fiesta”, como la que dio Mary Hutchinson en su casa, a la que acudió con el

mismo vestido. Ese era el tipo de reuniones que prefería, relacionadas con el círculo más íntimo de sus afectos, cuyo relato solía volcar en sus diarios y correspondencia. Por entonces, intercambiaba novedades con Quentin y le informaba que Barbara Hutchinson — la hija de la que había sido amante de Clive— estaba a punto de casarse con Victor Rothschild, “el joven más rico de Inglaterra”. Después de conversar con los novios —¿eran prejuicios lo que la inducían a pensar que ese matrimonio fracasaría?—, concluyó que él no le caía en gracia.^[416]

Este era uno de los casos en los que podía mostrar sus prejuicios y preconceptos. La diversidad, lo diferente, la otredad no tenían lugar en su horizonte, actitud que conectaba indirectamente con su autoproclamada necesidad de anonimato. Anclada en sus hábitos y valores, Virginia era poco propensa a entender y aceptar la diversidad. Son muchas las cartas a Ethel en las que insiste en cuán opuestas eran: “Somos fatal e incorregiblemente distintas”. Las peculiaridades de su amistad con Ethel favorecían que Virginia pusiera en perspectiva lo fluida y fácil que era su relación con Vita. Pero ni siquiera este tipo de relaciones escapaba a la intrusión de extraños; y cuando Virginia se enteró de que la madre de Vita le había dicho a su nieto, Ben Nicolson, que Vita mantenía relaciones lésbicas con Virginia y otras mujeres, y que su padre tenía relaciones con hombres, “escuchó... con la cabeza agachada” y luego dijo: “Deberían matar a la anciana de un tiro”.

Por otra parte, Virginia asumía que el deseo de conocer gente o mantener relaciones interesantes era constitutivo de su personalidad social y de su identidad como escritora. El material que obtenía en esas ocasiones era disparador de numerosas reflexiones, como tuvo ocasión de comprobar a mediados de noviembre, después de posar para Nessa. O cuando asistió con ella a una muestra del pintor Walter Sickert. “Siempre he sido un pintor literario, gracias a Dios, como todos los pintores decentes. Sé la primera en decirlo”, le dijo Sickert, y ella aceptó el desafío y al año siguiente publicó el ensayo “Walter Sickert: A Conversation”, texto que revela la importancia que Virginia le daba al elemento visual. Allí destaca que Sickert se encontraba entre “los mejores biógrafos”, porque mientras estos “se enredan con esa miríada de estorbos miserables que llamamos realidades”, él lograba que los rostros de sus retratos, reflejaran “la totalidad de la vida que se ha vivido”. Sus cuadros, agregaba, podrían considerarse novelas, compuestos “al milímetro [,] con el mismo esmero de Turguenev al cual no pocas veces recuerda”.

Aunque Virginia se sentía mucho más atraída por el mundo creativo

de artistas y escritores que por el mundo académico, al que consideraba limitante y algo estéril, un antiguo y adolescente respeto por la educación superior, que le había sido vedada por ser mujer, todavía podía tentarla a aceptar la invitación de su primo Herbert Fisher, director del New College de Oxford, y en diciembre, Virginia se alojó en la Warden's Lodgings, residencia oficial del director desde 1370.

Allí pudo comprobar, otra vez, cómo la gente que “acepta las convenciones” halla en ellas “una cierta fuerza”. Mientras su primo contaba sus recuerdos del gabinete y rememoraba la época en que había trabajado junto a Arthur Balfour y a Churchill, Virginia reconocía que “cuando una está con ellos, acepta sus estándares”. Sin embargo, lejos de sentirse cómoda, ni siquiera estuvo a gusto rodeada de jóvenes estudiantes con los que no sabía de qué conversar y a los que solo se le ocurría preguntar qué año cursaban. No le gustaban esos institutos, “donde un timbre anuncia la cena, y un timbre anuncia las plegarias”, y su primo llegó a parecerle “tan hueco como la vaina del maíz”. Como hecho destacable, pero sin detenerse mucho, registró en su correspondencia que conoció al “gran Isaiah Berlin, un judío portugués por sus rasgos, la principal luz de Oxford; un comunista, creo”.

Días después de esa visita al mundo reglado, casi inmutable, de la universidad, Virginia caminaba por la calle cuando leyó en un afiche que había muerto un notable novelista. Como en idioma inglés no hay un artículo femenino y otro masculino, tuvo la intuición de que podía tratarse de Walpole, pero enseguida supo que Stella Benson había fallecido de neumonía en China. “¿Por qué?” —se preguntaba—. “¿Por qué no mi nombre en los afiches?”. Volvía a su mente la imagen de Katherine Mansfield. Recordaba que había recibido a Stella Benson en Rodmell, y que en la puerta de la casa, cuando se despedían, le había propuesto un trato más informal: “Nada me gustaría más”, contestó la otra escritora, a la que vio por última vez. Virginia evocaba sus finos y pacientes ojos, su débil voz, y el sentimiento de opresión que transmitía una mujer con quien, de no ser por la muerte, habría podido establecer una amistad.

Pero dados sus progresos con *The Pargiters* —cuyo título provisorio era *Aquí y ahora*—, apenas cabía espacio para la melancolía, o para dejarse abrumar por la fragilidad de la vida. A mediados de diciembre, Virginia se permitió una mañana contemplativa y dedicada a la relectura de sus diarios de la Primera Guerra, y al borde de las lágrimas recordó sus peleas y reconciliaciones con Leonard. Refrescaba su memoria para el capítulo 1914 de su novela y luego pensaba en el

presente: “Somos muy felices”. La vida brotaba a su alrededor, los jóvenes escritores querían conocerla y concluía: “En suma, hicimos algo bueno con ese extraño preludio”.

Antes de partir a Monk’s House, y mientras dejaba que el capítulo de la guerra se cocinara “a fuego lento”, Virginia se recluía en una intimidad propicia y creativa. Y el 21 de diciembre escribía la última entrada del año en su diario, “Un día de muestra” (Specimen Day): Goldsmith por la mañana; pasear a Pinka; compras en Oxford Street; en casa a las cuatro. Y finalmente, después de una visita a Nessa —“Angelica estaba recortando animales de papel plateado”—, el regreso y la cena; la lectura de un manuscrito; una sinfonía de Haydn; y luego a la cama.

CAPÍTULO XXXVII - 1934

Conflictos domésticos

DESPUÉS de tres semanas en Monk's, exultante, "divinamente feliz" y "rica en ideas", Virginia disfrutaba de la "corriente" que beneficiaba a *The Pargiters* o *Aquí y ahora*, como llamaba por entonces a su libro. En ese estado, enterarse de la muerte de una de las hermanas de Leonard, Clara, con quien no tenía mucha relación, no la perturbó demasiado. Dado que no se permitía la presencia de las mujeres en la sinagoga durante el servicio fúnebre, Virginia recibió a su suegra en Tavistock Square y debió de conmoverse cuando la anciana le dijo en un susurro: "Ella le pedía tan poco a la vida". Observadora más o menos desapegada, durante el entierro contempló a sus parientes políticos, que, "sin mucha esperanza de inmortalidad" y vestidos de negro, le recordaron "exactamente" a los antiguos profetas hebreos.

A principios de febrero, amenazada por lo que le parecía un brote gripal, intentaba seguir con *The Pargiters*, pero debía conciliar la escritura con las demandas de amigos y de la familia. En tanto aceptó posar para Nessa, declinó la oferta de la National Portrait Gallery, que había solicitado su retrato. Eran muchos los ofrecimientos que rechazaba: desde escribir una biografía sobre Leslie o conceder fotos y entrevistas, hasta formar parte de un comité asesor para la BBC. Lo cierto es que no era su intención aceptar honores ni posiciones oficiales. Finalmente, después de tres semanas de pausa debida a sus jaquecas, Virginia retomó su novela. Su deseo era crear a su alrededor un "mundo mágico" y "vivir fuerte y silenciosamente allí durante 6 semanas", pero la dificultad era la usual: "cómo ajustar los dos mundos". Mientras en el universo de los Pargiters era importante dilucidar cuán abiertamente se

podía escribir acerca de la relación de “una mujer y un sodomita” —el personaje al que primero llamó Elvira y luego Sara tiene un amigo homosexual—, el mundo real presentaba otro tipo de interrogantes. En el Partido Laborista se veía con preocupación el creciente número de partidarios de la Unión de Fascistas Británicos, liderada por sir Oswald Mosley, por lo que más o menos seriamente por entonces Virginia decía que había llegado a contemplar la posibilidad de emigrar.

En otro orden de cosas, las dificultades domésticas protagonizadas por Nelly llevaron a nuevos enfrentamientos. A mediados de febrero, Virginia decidió que serían los últimos. Habían discutido porque Nelly se rehusaba a aceptar cocinar en un horno eléctrico; también, acerca de los días francos y sobre el exceso de trabajo que aparejaba una serie de arreglos que se hacían en la casa. Luego de montar una escena, Nelly los dejó plantados, sin dejar nada cocinado en su día libre, por lo que debieron comer afuera, detonante que hizo que Virginia se prometiera a sí misma liberarse de ella después de Pascua. No sería una cuestión fácil porque, a pesar de tener la casa llena de obreros, electricistas, pintores y yeseros[417] luego de esos días de tensión, Nelly cambió de actitud y estaba solícita, “alegre y charlatana como una alondra”.

A la luz de la grave situación europea, estos problemas domésticos debían de ser particularmente irritantes. El viejo orden de cosas se desmoronaba, el rey de Bélgica moría al escalar una montaña, en tanto en Austria estallaba la guerra civil, y John Lehmann, recién llegado de Viena, informaba de primera mano lo que estaba sucediendo. “Es el principio del fin”, auguraba Virginia, que temía que Inglaterra también cayera bajo el dominio de los fascistas. Agotados, corridos por el polvo y el desorden causados por la reforma en su casa, los Woolf se alojaron unos días en la de dos hermanas solteras de Lytton, en Gordon Square. Y en tanto Virginia no cejaba en su intento de continuar escribiendo, también cumplía con sus compromisos: asistía a una muestra de Nessa, al ballet sobre *Casa de muñecas* de Ibsen protagonizado por Lydia Keynes y a la *Misa en Re* de Ethel Smyth, presentada en el Albert Hall, en el marco de un homenaje en honor a la compositora, que contó con la asistencia de la reina Mary.

Después de unos días en Monk’s House, plantarse frente a Nelly se le hacía cada vez más difícil; era una situación que “pesaba en [su] espíritu”. Intuyendo que algo sucedía, Nelly le dijo: “Usted no demuestra confianza en mí; no me trata como a una mucama”; lo que irritó a Virginia, que debió contenerse para no despedirla ahí mismo. En realidad, su plan era despedirse y despedirla antes de partir hacia

Rodmell. “Lo peor está por venir”, escribió en su diario, sintiéndose a la vez verdugo y víctima. Finalmente, cuando la “gran escena con Nelly” tuvo lugar, fue menos violenta de lo que esperaba. Virginia dio su “discurso correctamente”, logró cortar los intentos de respuesta de su empleada, y le dio un cheque que ella se negó a recibir diciendo: “Usted no me debe nada”. Aunque luego hubo lo que Virginia llamó “una tormenta de abuso y disculpas, e histerias y ruegos y amenazas maníacas” durante la cual Nelly rehusaba a irse, le devolvía su cheque e incluso les decía que su imagen quedaría dañada frente a las otras mucamas del vecindario, los Woolf no se replegaron ni retractaron. Virginia optó por salir a caminar, y finalmente el día que partieron a Rodmell tuvo lugar “la batalla final”. Lágrimas mediante, Nelly se negó a estrechar la mano que Leonard le tendía “y así la dejamos — escribió Virginia—, aferrando un trapo mojado en el fregadero y mirándonos, y así nos fuimos, y todavía dice que no se irá. ‘No, no, no, no los dejaré’ la escuché vociferar, y le dije, ‘Ah, pero debes hacerlo’, y así dimos un portazo”.

Pasadas las Pascuas, y de regreso en Londres, Virginia anotó en su diario que se sentía orgullosa de sí misma, había manejado correctamente la situación, y la invadía un sentimiento de “libertad y calma”. Nunca más sería parte del “mundo de Nelly”^[418] Finalmente, la casa de Tavistock Square estaba lista: habían reformado y modernizado instalaciones, renovado el cableado eléctrico, la caldera, el estudio lucía pintado y luminoso, y a eso se sumaba la libertad que otorgaba tener empleadas con retiro. No cabía duda, se habían roto las últimas cadenas de dependencia victoriana que la separaban del mundo moderno.

Ese verano, también efectivizaron reformas en Monk’s House. Y si bien la placidez del campo estuvo perturbada por la inevitable realidad política, los Woolf disfrutaron de las comodidades de la casa y la incorporación de nuevas empleadas:^[419] Mabel era “un tesoro”, y Louie siempre estaba alegre y de buen humor. Por entonces, Virginia también hizo algunas modificaciones en sus hábitos: redujo sus seis o siete cigarrillos matinales a uno, tomó clases de francés con Janie Bussy, una sobrina de Lytton, y cambió su viejo plumón por una lapicera estilográfica. Pero lo más significativo fue la incorporación de un nuevo y particular integrante en el hogar. Durante una de sus visitas a la casa de Victor y Barbara

Rothschild en Cambridge, los Woolf conocieron a Mitz, una monita tití que se sintió particularmente atraída hacia Leonard y permaneció

largo tiempo con él. Antes de partir de viaje, los Rothschild les pidieron que asilaran al animalito, que llegó en bastante mal estado y gradualmente se recuperó gracias a los cuidados de Leonard. No pasó mucho tiempo hasta que él y Mitz se hicieron inseparables. La monita, escribía Virginia, siempre tenía el aspecto de ver al mundo “como si fuera una interrogación”. Y si bien tan pronto la divertía como la irritaba, era evidente que había conquistado a Leonard, quien en sus memorias la evoca con cariño, cuenta que Mitz lo seguía a todas partes y que era en extremo celosa. [420]

El misterio irlandés

El 22 de abril, los Woolf volvieron a Rodmell, desde donde, llevando consigo a su perra Pinka, iniciaron un viaje con destino a Irlanda. A pesar de sus planes, Virginia comprobaba que su libro no estaría listo en los plazos previstos y, antes de viajar, escribió informando al respecto a su editor norteamericano Donald Brace; tiempo después y por los mismos motivos, el libro seguía demorándose, posponiendo la entrega, otra vez, en noviembre.

Después de conducir hasta Gales, los Woolf llegaron al embarcadero de Fishguard el 27 de abril y pernoctaron en un hotel, ya que al día siguiente debían tomar el ferry hasta Cork. Esa noche, un temporal que le hizo temer que no volvería a posar sus “ojos sobre Inglaterra” mantuvo a Virginia en una suerte de vigilia, con el temor, como le escribió a Ethel, de “cumplir [tus] expectativas; quiero decir, ver a Dios”.

No es extraño que Virginia pensara en Dios en vísperas de viajar a Irlanda. De hecho, poco antes de partir, en presencia de Maynard Keynes, Tom Eliot, Julian Bell y la escritora irlandesa Elizabeth Bowen, había discutido cuestiones referidas a la fe y moralidad en una reunión en Tavistock Square. También se refirieron al último libro de Eliot, *After Strange Gods...* [421] El caso es que mientras Maynard Keynes sostuvo que la moral de su generación tenía una deuda con la religión que habían profesado sus padres, Julian Bell alegaba que su generación abrevaba en el escepticismo y psicologismo de los suyos. Por su parte, si bien Virginia desafió a Eliot a definir su creencia en Dios, el poeta logró escabullirse. La fe de Eliot le era tan ajena como la actitud de una

pareja de ingleses que observó la noche del temporal, en el hotel de Fishguard, en vísperas de tomar el ferry a Irlanda. En su imaginario, el matrimonio que leía noticias deportivas sobre cricket, en *The Times*, representaba una burguesía satisfecha de sí misma, estructurada y poco creativa, pero a la que en ocasiones podía envidiar: “Dios, cómo desearía ser como ellos! [...] perfecta adecuación, que parece probar que el mundo es lo que ellos dicen, y todas nuestras alarmas son un mero aturdimiento”.

A pesar del penoso clima, los Woolf, su automóvil y su perra llegaron sanos y salvos a la costa de Irlanda. Virginia admiró la belleza de un paisaje que le parecía que combinaba los encantos de Grecia, Italia y Cornwall, pero también le impresionaron la pobreza, los tristes villorrios y las grandes extensiones de costa virgen, que le recordaban la Inglaterra de la época isabelina. Lo cierto es que en la década del treinta Irlanda era todavía un país pobre y desolado. En Lismore, la mesonera le dijo: “Todos se han ido, dejaron sus casas, nada se sostuvo desde la guerra”. Además de la soledad y la belleza de los parajes, “hay una gran melancolía en esta tierra desierta, si bien la belleza permanece intacta” Virginia reparó en el carácter de los irlandeses y su peculiar don de conversación. A todos les gustaba hablar. “Todos hablan con todos”, contaba en sus cartas. A su vez, la casa de la escritora Elizabeth Bowen en Cork, donde pasaron la noche, le pareció una alegoría de la vida irlandesa. Se trataba de “una gran caja de piedra” llena de mantelería italiana y destartalados muebles del siglo XVIII, muy a tono con el espíritu irlandés. Desolación, pobreza, “carácter y encanto” no fueron lo único que Virginia percibió en el comienzo de su viaje; se tratara o no de la influencia de lo que habían dicho antes tantos escritores ingleses, [422] característicamente señalaba: “Todo es como debería ser: pomposo, pretencioso, imitación y ruina”. Tampoco encontraba interés en la religiosidad ni en las antiguas supersticiones y, cuando antes de dejar la casa de Elizabeth Bowen visitaron un pozo de los deseos, Leonard la hizo reír al pedir que Pinka dejara de tener olor. Finalmente, los Woolf continuaron el viaje hacia Waterville. Como inglesa curiosa visitando Irlanda, Virginia trataba de discernir el carácter de los irlandeses y, a través de los velos y las apariencias, inferir cuáles eran los sentimientos que los nativos de esa isla tan castigada abrigaban hacia los ingleses. Es así como en su diario recordaba a aquellos que se declaraban partidarios de los ingleses “aunque ustedes siempre nos han tratado muy mal”. Lo cierto es que Virginia visitó Irlanda a la luz de la poesía de Yeats, a quien había conocido en casa de Ottoline, y de la

obra de Swift, escritor predilecto de Leslie, pero es evidente que no alcanzó a profundizar en los meandros de la mente irlandesa tan caros a Joyce; y es poco probable que los irlandeses se mostraran expansivos con ingleses desconocidos.

Sea como fuere, Virginia infería que había algo fascinante en ellos. Además de pasar el tiempo charlando y riendo, los irlandeses hacían gala de una particular camaradería; y halló la “perfección” entre las conversadoras en Mrs. Ida Fitzgerald, la dueña del Hotel Glenbeigh. Aunque admiró “la riqueza y facilidad del lenguaje” —hablar para ella era una suerte de “intoxicante”—, Virginia sentía que había algo “despiadado” en los irlandeses que no llegaba a descifrar. “¿Por qué — se preguntaba observando la destreza con la que manejaban el lenguaje — no son estas personas los mejores novelistas del mundo?”. Los vestigios de una tierra asolada y sufrida emergían en las historias que contaban sus habitantes, y si bien no sabemos si Virginia escuchó los poemas de sus canciones, sí sabemos que en Dunraven Castle oyó los relatos de su guía, que había perdido un brazo en uno de los levantamientos. En esos tiempos Galway tampoco escapaba a la pobreza general, y aunque Virginia vio dos librerías, le pareció que se trataba de un sitio salvaje, pobre y sórdido. Aun así, las magníficas Islas de Aran, con sus imponentes y misteriosos acantilados, lograron conmoverla. Ese fue uno de los mejores paseos; los bellos paisajes se daban en un marco de “gente juntando algas y apilando carros. Extrema pobreza”. Para conocer más del alma irlandesa, los Woolf se remitieron a George D. Thompson, un Apóstol de Cambridge que daba clases en la Universidad de Galway. Él les dijo que los irlandeses “pasaban su vida charlando, [y que] no les importaba mucho la pobreza”. También les recomendó visitar un sitio imperdible en Dublín: la fábrica de la cerveza Guinness.

Una vez en esa ciudad, mientras comían en el tradicional Hotel Shelbourne, los Woolf coincidieron con el equipo de filmación de la película *Men of Aran*. [423] Un grupo de isleños, “en densos pantalones de tweed, [,] cantaban lo que podrían ser himnos” y Virginia escuchó, en ese fin de viaje, y por primera vez, hablar en gaélico. Irlanda la desconcertaba. Luego de asistir al teatro, [424] escribió en su diario que había sentido “una repentina sensación de estar en el medio de la historia... la de estar en un inquieto, ferviente lugar”. “Cualquier cosa podría suceder”, anotó. Pero su conclusión era que, a pesar de su belleza, no podría vivir en Irlanda, porque “toda la mente de una se escaparía en charla”.

Aunque conocía a Bernard Shaw, había leído la vida de Parnell y

estaba más o menos al tanto de las diferencias entre unionistas e independentistas, Virginia no llegó a identificarse emocionalmente con los irlandeses contemporáneos, y parecía más impresionada al leer las “tremendas palabras” que Swift[425] había escrito para su propio epitafio en la catedral de San Patricio: “Aquí yace el cuerpo de JS, deán de esta catedral, en un lugar en que la ardiente indignación no puede ya lacerar su corazón. Ve, viajero, e intenta imitar a un hombre que fue un irreductible defensor de la libertad”.

El cuidador de la catedral les contó a los Woolf que un obispo había trasladado la placa que conmemoraba a Stella, la mujer que había sido pupila de Swift y con la que tal vez se había casado en secreto. (Una “mojigatería” de parte del obispo, enmendada por otro obispo en 1935). Qué querían los irlandeses era la pregunta que la perseguía, y Virginia intuía que había elementos que se le escapaban. Tal vez por eso, cuando pisó otra vez Inglaterra —a pesar de que Leonard insistió en que no lo hiciera—, se quedó mirando fijamente a unos hombres que bebían té. Es probable que esos “ingleses reales” le resultaran menos enigmáticos.

EL ENCANATO DE SHAKESPEARE

Durante su viaje a Irlanda, a través de un anuncio fúnebre publicado en *The Times*, Virginia se enteró de la muerte de su hermanastro George Duckworth.[426] Si bien tuvo la sensación de que con él desaparecía parte de su infancia —“no, no estoy seriamente apenada, solo egoístamente, mi pasado está ahora más lejos y la tumba, cerca, supongo”—, apenas le dedicó unas líneas en su diario donde recordó las cosas buenas que solían compartir, los paseos y las risas de la infancia. Como le confesó por entonces a Nessa, sentía más afecto por la “pobre vieja criatura” que el que había experimentado diez años atrás. De todas maneras, después de leer unos recuerdos de infancia escritos por su hermana, concluía: “Pero tus recuerdos me sumergen en el horror y no puedo ser indiferente en ese tema. Dios quiera que alguien haya ido al funeral; ojalá yo hubiera podido asistir”. Su viaje la había preservado de vivir esa experiencia y le había posibilitado otras. Antes de regresar a Londres, los Woolf pasaron por Stratford-on-Avon, lugar ideal para balancear el sentimiento de inadecuación que había acompañado a Virginia en Irlanda. De hecho, a pesar de la opinión de sus

“detractores”, disfrutó de la aldea de Shakespeare y, conquistada por los influjos del lugar y la mística del escritor, se sintió en su elemento en esa “ciudad buena, natural”. Si bien la casa en la que se supone que habría vivido Shakespeare no se conserva, el jardín en flor y el sonido de las campanas de la iglesia la invitaban a reconstruir una escena: la del escritor sentado en su ventana, contemplando las flores y escribiendo *La tempestad*. La “extraña impresión de luminosa impersonalidad” que percibía en esos parajes coincidía con su filosofía del anonimato. Los pocos trazos que se conocen de la vida de Shakespeare, de quien apenas se atesoran una firma y datos dispersos, convalidaban lo misterioso de su presencia, que estaba “serenamente ausente y presente; ambas cosas a la vez, irradiando alrededor de uno, sí, en las flores, en el viejo hall, en el jardín, pero jamás se lo puede sujetar”. En la iglesia, y contemplando el busto del escritor y la lápida que exhorta a no remover sus cenizas, Virginia cavilaba que a pocos centímetros yacían “los pequeños huesitos que han desperdigado a lo largo del mundo esta vasta iluminación”. Aunque sintió que podría obtener de New Place[427] más “canturreos y melodías” que muchos “biógrafos zoquetes”, nunca llegó a escribir sobre Shakespeare.

Si bien ansiaba continuar con su novela, un par de días después del regreso a Tavistock Square, una de sus gripes invernales le impidió continuar con su trabajo; la enfermedad diluía cualquier ambición[428] tenía un efecto “esponja húmeda” y exigía paciencia, tiempo y tranquilidad para desaparecer. De todas maneras, como solía suceder, luego de verse abrumada por “la rigidez y la nada” surgía una “tenue llamita” La gripe se transformaba en un escollo que estaba a punto de saltar; aunque se sentía “a millas” de distancia de sus personajes, creía que estaba consiguiendo “el tono adecuado de voz”. Para ello debía permitir “al suave mundo inconsciente poblarse”; no apresurar las cosas. Tenía suficiente dinero “como para durar un año” y ya no había necesidad de “forjar hacia adelante, ya que la parte narrativa” estaba terminada. Se trataba de “enriquecer y equilibrar”. La última parte del libro debía igualar en extensión e importancia a la primera “para dar realidad al otro lado, el lado sumergido, de aquello”. Mientras se recuperaba, Virginia leía las memorias de Edith Wharton y admiraba *Sodoma y Gomorra*, de Proust, pero también pensaba que, en comparación, su libro era irremediabilmente maloe incluso conversó con Leonard acerca de la posibilidad de quemarlo.

Además de sus gripes y jaquecas, Virginia solía tener problemas dentales; ya había sufrido varias extracciones y ese año se deprimió

bastante ante la perspectiva de perder otros dos dientes. Con la edad, las preocupaciones de salud aumentaban. Duncan Grant tampoco pasaba por un buen momento. Lo habían operado de hemorroides y requería la presencia ininterrumpida de Nessa. Verla convertida en “una tía Mary”, presa de lo que llamaba “sumisión pasiva”, enojaba a Virginia, quien por otra parte se aburría de su rol irreal de “buena tía de cuento de hadas”. Celosa porque Nessa no podía dejar a Duncan ni un momento solo, Virginia no se daba cuenta de que con esa actitud su hermana buscaba ser indispensable para él. De todas maneras, poco después recuperaba a Nessa y la recibía en Monk’s House.

Un día, mientras Virginia y Clive caminaban por el parque, Nessa atendió el teléfono e inmediatamente salió trastornada a la terraza y, con un grito desgarrador que Virginia recordaría mucho tiempo, anunció: “¡Ha muerto!”. Roger Fry, que había resbalado y se había roto la cadera un par de días antes, y estaba internado en el Royal Free Hospital, había sufrido un infarto. La reacción visceral, el shock que dejó en un grito y sin palabras a Vanessa impactó en Virginia. Un “delgado velo negruzco” cubría todo, se sentía aturdida, sin capacidad de expresarse ni escribir, con la “cabeza entumecida”. Pero lo que más la impresionaba era la sensación de no estar instalada en el dolor “como todo el mundo”. Haciéndose eco de las palabras de Maupassant, compartía el temperamento del escritor que no puede “sufrir, pensar, amar, sentir” como las demás personas, francamente, sin analizar cada alegría, cada sollozo. Como cuando falleció su madre, Virginia volvía a tener la sensación de desapego, de no estar sintiendo “bastante”. Los sentimientos “simples” se convertían para ella en “objetos de observación” y todo pasaba a ser analizado, como si diseccionara cada emoción. Esto podría explicar por qué, durante el servicio fúnebre, sintió que la ausencia de discursos era liberadora: “Todo muy simple y digno. Música”. La música de Bach decía más que cualquier palabra. Un “tremendo” sentimiento se apoderó de ella en esos momentos. La sensación de que la vida, a pesar de los esfuerzos y las luchas de cada uno, sería vencida por una “indiferente” fuerza exterior le hizo temer su propia muerte. Pensar que alguna vez su cuerpo, como el de Roger, se deslizaría en la tumba, la asustaba: sentía lo vano de la “perpetua lucha”.

Días después, en una fiesta organizada por Angelica, la demudada presencia de Vanessa, su evidente pena, convertía a su hermana en una suerte de “estatua” con “algo congelado en ella”. Las hermanas estaban desconsoladas, pero también lo estaban los hijos de Nessa, quienes

habían querido especialmente a Roger. Todos estaban conmocionados y tal vez por eso Virginia sintió que su muerte era todavía “peor que la de Lytton”. Una gran parte de su vidase iba con él. “Odio que mis amigos se mueran”, le escribía a Ottoline; y a Vita: “Querida mía, ¿por qué los amigos deben morir?”.

A finales de septiembre, después de la tragedia y a pesar de todas las interrupciones y tristezas, Virginia terminaba las últimas líneas de su libro “sin nombre”. A partir de entonces tendría que “compactar una vasta masa”, pero aun así podía considerar que la tarea estaba terminada. “Sea como fuere —escribía en su diario—, si muero mañana, la línea está allí”. Un verano signado por la escritura, los hechos políticos y las pérdidas llegaba a su fin. Había disfrutado como nunca de “la alegría de caminar”, ya que muchas páginas de su libro habían surgido de sus paseos por los *downs*, cuando probaba la sonoridad de sus frases, recitándolas en voz alta.

Mandriles lamiendo un papel dulce

En consonancia con la época, las preocupaciones de Virginia no eran solo literarias. A principios de julio, había leído en el diario sobre la matanza ordenada por Hitler con el objetivo de eliminar a su antiguo amigo y luego opositor, Ernst Rohm, así como al grupo de camisas pardas que lideraba. Ese mismo caluroso día de verano, ella había ido al zoológico con Leonard, uno de sus hermanos y sus hijos. En su diario, Virginia relacionaba ambas situaciones: “Entre tanto, esos brutales matones van encapuchados y enmascarados, como niñitos disfrazados, actuando ese pandemonio idiota, sin sentido, brutal y sangriento.

[...] Es como mirar al mandril en el Zoo, pero él lame un papel con helado, que habían tirado, y ellos disparan sus revólveres”. Las caras que había visto en los periódicos la perseguían; “por primera vez en [su] vida se sentía, honestamente, y sin exagerar, horrorizada de los alemanes” y por el poder alcanzado por Hitler. La alarma era general y la política se filtraba en todas las conversaciones. Tanto visitar la lujosa casa de Victor Rothschild, como ver a los Hutchinson, daba ocasión para que Leonard expusiera el estado del debate en las filas del Partido Laborista, o se embarcase en discusiones acerca de la posición que debía tomar Inglaterra. Según él, no se podría estar mucho tiempo sin tomar

partido, y Virginia comenzaba a hacerlo, aunque solo fuera “leyendo los periódicos”.

Mientras tanto, su vida social se hacía cada vez más exigente, debía aceptar algunos compromisos y denegar otros, como una invitación de lady Colefax. Enojada, la célebre anfitriona le escribió una “violenta carta”. Esos eran los riesgos que corría al defender su intimidad, pero también había situaciones más difíciles de eludir, como ver a la viuda de su hermanastro George Duckworth: “Una curiosa escena: un poco de sinceridad manando después de todos estos años indiferentes”. Poco después, cuando se enteró de que había recibido un legado de cien libras de George, Virginia volvió a enfurecerse con él. ¿Qué haría con ese dinero que no necesitaba? Le repelía esa condescendencia póstuma en alguien que solo había dejado “7000 libras o algo así”. Pensar que su hermanastro no había generado obras ni capital la llevaba a reflexionar sobre sus logros y sobre los ingresos apreciables de sus libros y de la Hogarth, que incluso le permitían destinar una mensualidad para los gastos personales de su sobrina Angelica.

Pero no solo se trataba de sus ingresos; también la fama y el reconocimiento aumentaban; y por entonces, el joven escritor Stephen Spender[429] le decía que *Al faro* era la única novela, aparte de *La guerra y la paz*, que había leído cuatro o cinco veces. Otro admirador, R. C. Trevelyan,[430] le dedicaba un poema. Quizás, escribía Virginia en su diario, el poema acertaba al llamarla “la más afortunada”; sentía que como escritora se había esforzado por decir lo que pensaba, y que de alguna manera había logrado “romper cada molde y encontrar una forma fresca de ser, es decir de expresión”. Semejante realización le daba la “sensación de estar enteramente energizada”, y si bien el costo era alto, los “constantes esfuerzo, ansiedad y riesgo” valían la pena. De hecho, Virginia sentía que en “*Aquí y ahora* [estaba] rompiendo el molde” de *Las olas*. Lamentablemente, esa sensación de logro podía desaparecer y verse opacada por las dudas acerca de “la inmensa longitud, y el perpetuo flujo y reflujo de la invención”. Finalmente, aunque decretó un plan de trabajo que consistía en revisar 10 páginas por día, lo que implicaría 90 días de labor, demoró más de lo previsto. Y ante las constantes oscilaciones de su ánimo, escribió una “advertencia a otras Virginias”: esa era la forma en la que funcionaban las cosas: “arriba abajo, arriba abajo... y Dios sabe cuál es la verdad”. Evidentemente no podía ser por siempre “la más afortunada” y los días malos no se referían solo a los problemas que le planteaba su libro. En Charleston, mientras enfrentaba a una molesta lady Sybil Colefax,

ofendida por su rechazo, percibía que su reacción tenía que ver con “una gota del veneno de Clive”. Pero lo más duro fue enterarse de que otro de sus amigos, Francis Birrell, iba a ser nuevamente operado, y Virginia concluyó que no debería dejarse tentar, como lo había hecho, por “la ilusión de una perfecta felicidad”. Con la necesidad de circunscribir el área de sus afectos más cercanos, por entonces se dedicaba a diferenciar entre quienes formaban parte de su “clan” y los que solo eran su “clientela”, grupo en el que ubicaba a sus admiradores de la nueva generación, como William Plomer y Lyn Lloyd Irvine. En cuanto al “*petit clan*”, Virginia incluía a sus amigos y afectos más antiguos, con quienes compartía una visión del mundo. El contacto con esa gente era tanto más necesario en una época política y socialmente convulsionada, pero, además, ella percibía una extraña sincronía entre lo que relataba en su novela y las preocupaciones actuales de su entorno.

En agosto, poco después de que Maynard hubo regresado de Norteamérica, donde había sido invitado por la Universidad de Columbia, los Keynes, inefables miembros del “*petit clan*”, tomaron el té en Rodmell. Si bien durante la conversación Virginia estuvo pensando “todo el tiempo” en el fin de su novela y en “cómo hacer la transición de lo coloquial a lo lírico, de lo particular a lo general”, también prestó atención a los comentarios de Keynes acerca de la economía germana. Días después, en otra reunión que incluía a los Keynes, los amigos se planteaban —“como en mi libro esa mañana”, escribió Virginia en su diario— el “futuro de la civilización”^[431] En la escena a la que se refería, Peggy reflexiona acerca de la inanidad de escribir “un librito y luego otro librito [...] en vez de vivir de una forma diferente, diferente”. La pregunta acuciante era la misma que Virginia comenzaba a hacerse y que la acompañaría por el resto de su vida: “¿Cómo se puede ser ‘feliz’ en un mundo rebosante de desdichas? En todos los carteles de todas las esquinas se encuentra la muerte; o peor, la tiranía, la brutalidad, la tortura, la decadencia de la civilización, el fin de la libertad”.

Como si fuera poco vérselas con las crueldades del mundo, también su tranquilidad personal volvía a estar amenazada. Uno de sus detractores, Percy W. Lewis^[432] volvía al ataque. Ya señalamos que la hostilidad del crítico era legendaria. En 1930 había publicado la novela satírica *The Apes of God* donde ridiculizaba a los integrantes de Bloomsbury. Y ahora volvía sobre el tema en *Men without Art*, libro que, siguiendo su “razón e instinto”, Virginia se dijo que no leería. De todas

maneras, lamentaba ser “públicamente demolida” en Oxford, Cambridge y cualquier lugar donde los jóvenes leyeran a Lewis. Amparándose en Keats, copió en su diario una cita en la que el poeta decía que su “propia crítica casera” le había provocado más aflicción que la que los críticos pudieron infligirle. Pero para Virginia, los ataques de la crítica no solo invocaban pensamientos acerca de la celebridad póstuma —“¿Tendré alguna vez un lugar entre los novelistas ingleses después de mi muerte?”—, se preguntaba—; también le producían terror sus efectos inmediatos. Le resultaba insoportable que se rieran de ella, ser despreciada, ridiculizada, y sentía que tampoco era bueno experimentar “el extraño irrefutable placer” de convertirse en una “figura”, una suerte de “mártir”. Mortificada por la crítica de Lewis —“una flecha en el corazón”—, retornó varias veces sobre el tema en su diario; pero finalmente llegó a la conclusión de que ninguna crítica la haría cambiar de rumbo. Entre tanto, además de usar “cada onza” de su “escritura creativa” en el libro sobre los Pargiters, intentaba infructuosamente escribir el proyectado libro de crítica basado en su artículo “Facetas de la narrativa”, publicado en 1929.

Reuniones sociales, como una exitosa fiesta en Rodmell en la que se mezclaron los del “*petit clan*” y la “clientela” —de hecho, un joven amigo de Julian departió con Saxon Sydney-Turner, la tía Mary Fisher y la escritora Rose Macaulay, entre otros—, le brindaron la oportunidad de retomar un tema que la obsesionaba. Así pues, durante esa reunión, Virginia conversó con Rose Macaulay acerca de cuánto la afectaba la crítica de sus libros. Poco antes había confesado su admiración por Vita, a la que llamaba la más modesta de las escritoras, porque no se había ofendido cuando le dijo que consideraba que su último libro —*The Dark Island*— era malo. Siempre atento a que estas situaciones pudieran desequilibrarla, mientras paseaban por el Serpentine y los jardines de Kensington, Leonard insistió en que lo mejor era abstenerse de leer las críticas, también le aconsejó que las mañanas en que no pudiera escribir las dedicara a la lectura. Incluso hablaron de hacer un viaje “a gran escala”, volar a Norteamérica o tal vez ir a la India o a China.

Su depresión era evidente. Leyendo sus diarios, Virginia comprobaba que su estado de ánimo era similar al que había experimentado al término de *Las olas*, e incluso la asaltaban los pensamientos suicidas que recordaba que habían seguido a *Al faro*.^[433] Sentirse además “fea” y “vieja” no mejoraba las cosas. Sin embargo, tenía sus defensores. El joven poeta Stephen Spender salió al cruce del libro de Lewis en el *Spectator* acusándolo de escribir unas páginas “cargadas de malicia [...]”

dedicadas a atacar a Mrs. Woolf. La contestación de Lewis no se hizo esperar y, con una crítica anónima sobre “Walter Sickert: A Conversation”, ahondó la devastadora sensación de Virginia de estar “en la luz nuevamente, justo cuando estaba sumergiéndome en mi populosa oscuridad”.

Además de los “extravagantes altibajos de la reputación”, la tristeza por la muerte de Roger no desaparecía. Por su parte, Vanessa pensaba que Margery Fry, ejecutora de los papeles de su hermano, le pediría a Virginia que escribiera sobre él. A ese pedido se le sumó el de Helen Anrep, la última pareja de Roger. Si bien en principio no se sintió preparada para la tarea, Virginia comenzó a darle vueltas al asunto. Incluso se le ocurrió que varias personas que habían conocido a Roger podrían escribir acerca de las diferentes etapas de su vida. Finalmente, la venció la tentación de zambullirse ella misma en su biografía, convencida de que escribirla libremente sería “una espléndida y difícil oportunidad”.

Exóticas apariciones

“¿Por qué el cristianismo es tan insistente y tan triste?”, le preguntaba Virginia a Ethel, irritada por el sonido de las campanas de la iglesia de Rodmell. Desde joven, no soportaba la moralidad impuesta y la hipocresía de algunos que se decían piadosos, y ahora el conflicto se extendía al fervoroso Eliot: el “pobre viejo Tom”, que a su entender hacía proselitismo religioso en sus poesías y se estaba “petrificando en sacerdote”. Lo cierto es que, a pesar de sus peleas, [\[434\]](#) la compositora fue una de las últimas personas que logró incluirse entre sus amistades más cercanas; Virginia reservaba su intimidad a unos pocos, no parecía permeable a nuevas adquisiciones en materia de amistad y delimitaba las áreas de cercanía con precisión quirúrgica.

Su idea del cielo era la de un lugar de “continua y no cansadora lectura”. Concepción que reafirmaba al leer la vida de uno de sus ancestros, Venn, que había sido sacerdote y que comentaba lo iluminador que fue para una mujer tragarse un alfiler, porque después reflexionó acerca de la muerte y dejó de “batir sus alas” en fiestas y frivolidades, convirtiéndose a partir de allí en una “reluciente luz”, una suerte de ejemplo de virtud. Virginia encontraba en este relato ocasión

propicia para descargarse con Ethel a quien le espetaba: “¡Piadosa ella, se tragó un alfiler! ¿Cómo puedes pertenecer a semejante credo hipócrita?”. De nada sirvió que Ethel defendiera su fe y alegara que le resultaba una gran ayuda en la lucha contra su arraigado egoísmo, pero lo que definitivamente empeoró las cosas fue que dijera que muchas veces se había preguntado si Virginia hubiera perdido el sentimiento religioso de no haberse casado con Leonard. La contestación de Virginia fue fulminante; en principio, se dedicó a derribar *La solitaria dama de Dulwich*, la novela de Maurice Baring que Ethel había comparado con la *Carmen* de Mérimée: si esta era “como un roble”, aquella no pasaba de ser “una pieza de sogá masticada”. Por otra parte, a pesar de que le confesó que años atrás había detestado casarse “con un judío” y nunca perdía ocasión de señalar lo pesados que eran sus parientes políticos, era evidente que no toleraría los comentarios de su amiga:

«Tengo menos egoísmo en todo mi cuerpo, Ethel, que alguien a la que le gusta que toquen su música, en sus deditos hinchados. Hinchada de egocentrismo, eso es... ¿Gota, lo llamas? Pídele a tu doctor la próxima vez que te purgue de tu egotismo. [...] Mi judío tiene más religión en una uña del pie; más amor humano, en un cabello».

Punto seguido, como era evidente, Ethel debió disculparse y asegurar que no era su intención ofender a Leonard, pero las discusiones sobre religión continuaron. Virginia estaba a la defensiva y tampoco soportó que Ethel hiciera alusiones sobre la “integridad” de Vita, por entonces refugiada en Sissinghurst, y que Virginia imaginaba en “su torre color rojo rosado donde se sienta con miles de palomas arrullando sobre su cabeza”. Si bien su relación con Vita se hacía más distante, y detestaba la influencia de su nueva amante,[435] Virginia era leal con esta amiga que se enamoraba “de cada mujer bonita, tal y como un hombre”. La pasión de Vita era tan misteriosa como la fe de Ethel. De hecho, ambas exaltaban sentimientos que ella desconocía. Pero como su rechazo y curiosidad incluía cierta envidia hacia los creyentes, Virginia siempre estaría interesada en indagar en sus mentes, en un intento de explicarse el resorte oculto que disparaba su fe. Eso fue lo que ocurrió durante una conversación en casa de Ottoline, donde William Yeats, con su habitual franqueza y simplicidad, ratificó su creencia en “lo oculto”. Halagada porque el poeta la nombraba en su último libro,[436] Virginia lo escuchó manifestar que había fenómenos que revelaban lo que no podían ni la ciencia ni la religión. Además de

creer en la astrología, Yeats consideraba que se debía consultar el horóscopo para tomar decisiones:

«Él había corroborado esta teoría porque había visto una percha emerger de su armario y moverse a lo largo de los pies de su cama; la noche siguiente volvió a emerger, con una de sus chaquetas colgando; la tercera noche, una mano emergió de una de las mangas; la cuarta noche: “¡Ah! Sra. Woolf, esa sería una larga historia; suficiente con decir que finalmente recuperaré mi potencia”».

En un terreno de mayor coincidencia, Yeats se refirió a los griegos, dijo que “todo” estaba en Plotino, argumento que estimuló una vuelta a los griegos de parte de Virginia, quien escribió en su diario que *Antígona* le provocaba “una emoción distinta de cualquier otra”. Entusiasmada, en tanto una intensa vida social signaba el fin de ese año, se propuso seguir con Plotino, Heródoto y Homero. Pero además, tenía que ver a Vita, y a su cuñada y amante Gwen St. Aubyn, sin olvidar a otros escritores, entre ellos: Stephen Spender, Rosamond Lehmann y Aldous Huxley. También asistió a una representación de *Sweeney Agonistes*, la obra de Tom Eliot. Sentada a su lado, Virginia percibió algo “sórdido, emocional, intenso” en él, y pensó en Crippen, un hombre que había sido colgado en 1910 por envenenar a su mujer. Si, como le sucedía a Yeats, ella hubiera tenido alguna tendencia a relacionar algunos hechos con las ciencias ocultas, se habría sorprendido al comprobar que tiempo después de su intuición, en 1939, Eliot se disfrazó de Crippen en una fiesta de disfraces organizada por Adrian Stephen.

A finales de noviembre, otro tipo de resortes ocultos determinaron que conociera a una escritora muy especial.

Invitados por Edward McKnight Kauffer,^[437] artista y diseñador que realizó la cabeza de lobo que la Hogarth Press utilizó como logo alternativo a partir de los años treinta, los Woolf concurren a una muestra del fotógrafo Man Ray. Allí estaba la escritora y editora sudamericana Victoria Ocampo, a quien Aldous Huxley le había informado que existía la posibilidad de que Virginia asistiera y que deseaba fervientemente conocerla.

La Ocampo tuvo suerte. Virginia fue a la muestra de Man Ray y Huxley las presentó. En sus memorias, la escritora argentina recordó que Virginia llegó “con un gran sombrero adornado con plumas”. “Yo —continúa Ocampo— la miré con admiración. Ella me miró con

curiosidad. Tanta curiosidad por una parte, y admiración por otra, que enseguida me invitó a su casa”. La relación que establecieron entonces no se apartaría de esos parámetros. La apasionada Victoria la admiraría cada vez más, mientras que Virginia observaría a la sudamericana con curiosidad entomológica. De hecho, desde que Sylvia Beach[438] le había recomendado *Un cuarto propio* diciendo “Estoy segura de que usted sueña con este libro”, Victoria soñaba con ese encuentro, que algo de onírico tuvo; al menos, así se deduce de la imagen que Virginia hizo de ella en su diario:

«Una rasta[439] sudamericana... ¿era así como Roger llamaba a estos opulentos millonarios de Buenos Aires? [...] muy madura y rica; con perlas en las orejas, como si una gran falena hubiera dejado caer cúmulos de huevos, el color de un damasco bajo vidrio; ojos brillantados creo por algún cosmético; pero allí nos quedamos y hablamos, en francés e inglés, sobre la Estancia, las grandes habitaciones blancas, los cactus, las gardenias, la riqueza y opulencia de Sudamérica; así como de Roma y Mussolini, a quien ella acababa de ver».

Sin que tuviera que moverse de su isla, Victoria Ocampo le permitía proyectarse en los viajeros ingleses que observaron la realidad americana. Pero como sugiere una carta que dirigió a Hugh Walpole, donde la llamaba “Baronesa Okampo”[440] y la presentaba como una suerte de Sybil Colefax de la Argentina, Virginia no consideraba seriamente a Victoria, al menos no desde el punto de vista de su escritura. Según cuenta la propia Victoria, lo que a Virginia le llamaba la atención era el elemento “exótico” que ella representaba en su imaginario. Lejos de sentirse ofendida, la argentina sacó provecho de esta curiosidad para conocerla mejor y comenzar una relación. Y si bien Victoria se sintió “una impostora al explotar esta primera impresión”, no es de suponer que Virginia la cambiara con el transcurso del tiempo. De hecho, sorprendida porque la argentina le enviaba orquídeas y rosas, le contaba a Walpole: “Es una mujer generosa. Se deshace de orquídeas tan fácilmente como si fueran florcitas silvestres”. Ante tanto derroche, bastante azorada, Virginia le pidió que no le enviara más regalos. Pero Victoria, que en 1931 había iniciado Sur, su propia aventura editorial, y deseaba publicar sus libros en la Argentina, no se daría por vencida fácilmente. Cartas y conversaciones mediante, finalmente[441] consiguió que Virginia le sugiriera, en principio, tres títulos para traducir y publicar en la Argentina: *Un cuarto propio*, *Orlando* y *Al faro*.

Por su parte, divertida con su exótica adquisición, y con el fin de azuzar la curiosidad de Vita, recluida en su “torre rosa”, Virginia le escribía: “Estoy enamorada de Victoria Okampo” o “He tenido que pedirle a Victoria Okampo que cesara de enviarme orquídeas”.

A pesar de pertenecer a continentes diferentes, estas dos mujeres tenían más en común de lo que se apreciaba a simple vista. Escritoras, editoras, criadas en el seno de familias tradicionales en sus respectivos países, defensoras de los derechos de las mujeres, incluso compartían lecturas. Victoria recordaba que había leído que Darwin, durante su viaje a Sudamérica, había quedado hipnotizado por las mujeres de Buenos Aires, a las que comparó con sirenas. Por eso, la primera vez que fue a casa de Virginia, intentó conseguir un efecto similar. Apareció vestida con “un traje bordado con medias lunas de lentejuelas plateadas y doradas, lo más aproximado a las escamas que corresponden a la mitad pez de toda sirena respetable”. En sus recuerdos, Victoria rememoró su actuación, mientras comían un lenguado cocinado por la propia Virginia:

«Como ante un chico que sigue con los ojos un sonajero, o un trompo que gira, agitaba, para interesarla, un mundo de insectos, de pumas, de papagayos, de floripondios, de “señoritas” (mis bisabuelas) envueltas en mantillas de finísimos encajes (como las vio Darwin), de ñandúes veloces, de indios mascando coca, de gauchos tomando mate, todos deslumbrantes de color local; en fin, la rodeé del torbellino humano, animal y vegetal de Hispanoamérica. Así pagaba el lenguado comido con los Woolf y entraba en su intimidad, coronada por la fama y la flora de todo un continente».

Victoria Ocampo tuvo una intuición salvadora: se presentó no como una escritora más, a quien por otra parte Virginia no podría leer, ya que desconocía el castellano, sino como un ser extravagante, una rareza. “Se me ocurre —escribió sin inmutarse— que al principio Virginia sentía cierto asombro al comprobar que yo podía articular palabras”. Ese era el camino más sencillo para llegar a su intimidad; entre tanto, un miembro del “*petit clan*” equivocaba sus pasos. Julian Bell, que insistía en ser reconocido como escritor, había enviado sus poemas a la Hogarth, pero ni Leonard ni Virginia consideraron publicarlos, lo que desencadenó una tensión considerable entre ellos y Vanessa. Irritada por “la religión y superstición de la maternidad”, Virginia creía que su hermana alborotaba “como una gallina” y su “parcialidad maternal” le desagradaba profundamente.

Aun así el agua no llegó al río, y a finales de diciembre, mientras seguía con sus correcciones y leía a Dante, Virginia terminó de poner a punto *Freshwater*, la obra de teatro ideada años antes y que tendría a su sobrina Angelica en el papel de Ellen Terry. Era un fin de año agitado y de realizaciones. Leonard terminaba *Quack Quack*, su libro contra el fascismo, y en Rodmell demolían el pabellón del jardín y construían uno nuevo. En ese contexto, muy afligida y preocupaba porque Francis Birrell estaba muriendo, Virginia apenas se sintió afectada por las críticas que lanzaba otro de sus detractores: C. E. M. Joad. [442]

La muerte de los amigos volvía a cuestionar los propios paradigmas, y luego de conversar con Francis Birrell, asombrada de su entereza sin esperanzas, Virginia otorgó “un crédito para el ateísmo”. Pero también recordaba a Roger, y cavilaba: “No puedo pasar por todo aquello nuevamente”. Días después, cuando volvió a visitar a Birrell, lo encontró anhelando el desenlace. Después de despedirse de él, conmovido, Leonard le dijo a Virginia: “El alma merece ser inmortal”, y ambos se sintieron “contentos de estar vivos”.

El 21 de diciembre los Woolf partieron hacia su refugio de Rodmell.

El nuevo pabellón de Virginia estaba listo. Y si bien avanzaba en sus correcciones, y se sentía feliz, no dejaba de recordar a Francis Birrell “negociando su muerte” en un sanatorio. Tampoco se olvidaba de Roger y pensaba que, de convertirse en su biógrafa, ansiaba “remover las brasas [...] hacer la mayor cantidad de fuego posible”.

CAPÍTULO XXXVIII - 1935

Freshwater y otros proyectos

ADEMÁS de corregir *Los años* y revisar la gran cantidad de material de que disponía para escribir la biografía de Roger Fry, Virginia deseaba comenzar un nuevo libro que tituló provisoriamente *On Being Despised* y que terminó siendo *Tres guineas*, aunque antes tuvo otros títulos tentativos: *Professions for Women*, *The Open Door*, *Opening the Door*, *Men Are Like That*, *P&P*, *The Next War*, *What Are We to Do?*

Como *Los años*, este libro era el resultado de una idea que se le había ocurrido en 1931, mientras tomaba un baño antes de brindar una conferencia en la London and National Society for Women's Service, cuando pensó que debería escribir un libro “acerca de la vida sexual de las mujeres” como continuación de *Un cuarto propio*. Su proyecto inicial consistía en agrupar, en un solo texto de ficción, citas librescas, hechos y noticias de periódicos. Pero la idea no había funcionado, y ante el peligro de que en *Los años* la ficción estuviera “peligrosamente” cerca de la propaganda, Virginia decidió desarrollar la novela por una parte, y lo que sería *Tres guineas*, por otra.

Entre tanto y estimulada por Ethel, siempre dispuesta a sumarla a la comunidad de creyentes, leía a san Pablo y contemplaba la posibilidad de comprar un Antiguo Testamento para iluminar “ese punto oscuro” de su lectura. A pesar de que se había enterado de la muerte de Francis Birrell, Virginia comenzaba el año con optimismo y proyectos, y, como solía suceder, establecía calendarios de trabajo. “Los 53-54-55 están sobre mí”, escribía en su diario; pero no parecía deprimirse por eso, estaba llena de ideas; debía terminar de revisar *Freshwater*, el divertimento teatral que sería representado[443] en el cumpleaños 16

de Angelica, y además se imponía una agenda que incluía cuestiones ajenas a la escritura, como participar de un Comité antifascista invitada por la princesa Bibesco.[444]

Si bien *Freshwater* era una comedia teatral que había pensado como entretenimiento para familia y amigos, y Virginia dudaba de que pudiera interesarle a personas ajenas a su círculo,[445] los ensayos en Charleston generaron una fuerte expectativa. Finalmente, *Freshwater* se representó ante ochenta invitados en Fitzroy Square, el estudio de Vanessa, “a las nueve y media de la noche del viernes 8 de enero”. Se trata de una sátira en tres actos, cuyo personaje principal es Julia Margaret Cameron, la tía abuela fotógrafa, muy admirada por la familia, que fue representada por Vanessa. En tanto Leonard hizo el papel de su marido, Charles Hay Cameron, a Julian Bell le tocó representar a Alfred Tennyson, Angelica Bell cubrió el rol de Ellen Terry y Duncan Grant, el del pintor G. F. Watts. Y mientras Ann Stephen — hija de Adrian— interpretó el papel del teniente John Craig, a Eve Younger, una amiga de Angelica, le tocaron los de la reina Victoria y de una mucama;[446] y Judith Stephen, la hija menor de Adrian, debió representar a una marsopa. El reparto manifestaba la predilección de Virginia por Angelica, cuya belleza y distinción siempre halagaba, pero también habría que señalar, que, a diferencia de sus primas, ella pensaba dedicarse a las tablas. La obra incluía un mono tití, por lo que se incluyó en el reparto a Mitz, la monita de Leonard.

Mientras que el personaje del teniente es totalmente imaginario, los otros remiten a personalidades reconocidas e ilustres, que Virginia se tomó la libertad de recrear con atrevida familiaridad. La acción se desarrolla en *Freshwater*, en la casa de los Cameron en la Isla de Wight, donde Julia retrasa un viaje a la India porque no quiere partir hasta que arriben dos ataúdes que está esperando.

En la primera escena, mientras ella lava la cabeza de su marido, Watts retrata a su joven esposa, la actriz Ellen Terry, y Tennyson lee pasajes de *Maud*. Enseguida, es Julia Cameron quien reclama a Ellen como modelo para su “arte inmortal” y se prepara para fotografiarla. En el segundo acto, Ellen ha ido a la playa para encontrarse con el teniente Craig con quien espera fugarse y luego vivir en Bloomsbury (*sic*). Al final de la escena aparece una marsopa que luce hambrienta, y Ellen, a falta de otra cosa que darle de comer, le arroja su anillo de boda. En el último acto llegan los ataúdes, y los Cameron se disponen a partir. Entonces, Ellen anuncia que se marcha con su amante, abandonando a Watts que, junto a Tennyson, se queda con la sola compañía de su arte y

gloria. Finalmente aparece la reina Victoria y les otorga a ambos artistas, representativos de su época y reinado, sendos honores.

En su pequeña obra, Virginia retomaba la época victoriana, pero esta vez desde la ironía y el guiño al espectador cómplice que reconoce los personajes. Al final de la representación, ella misma salió a saludar luciendo una cabeza de burro, que había alquilado en una tienda de disfraces, “a modo de decir ‘Esta es la obra de un burro’”. Aunque los gritos y risotadas de Clive Bell y su hermano Cory habían hecho imposible escuchar todos los diálogos, la obra fue un gran éxito, y Virginia disfrutó de los aplausos de la concurrencia entre la que, además de su familia, estaban Bunny Garnett, Elizabeth Bowen, David Cecil y Oliver y Marjorie Strachey.

Fue una velada llena de risas y diversión, pero también de sobreexposición, por lo que al día siguiente sintió que tenía la “cabeza deshecha” y que solo podía usar su diario como almohada. De todas maneras, se proponía “enjuagar y refrescar [su] mente, y hacerla trabajar sobriamente en algo duro”, como “Dante y Renan” El pequeño recreo había terminado. Además de leer a los clásicos, seguía atenta a sus contemporáneos: la última novela de Huxley le parecía mala: “Todo crudo, sin cocción [...] el interés por las ideas; transforma a la gente en ideas”. En cambio, como le gustó *The Harsh Voice*, de Rebecca West, decidió escribirle una carta que no recibió respuesta. Herida en su vanidad por una autora que, en su opinión, tenía “todas las cualidades que me faltan y temo”, Virginia estuvo obsesionada con el tema durante bastante tiempo.

El 4 de febrero, Tom Eliot, otro de los escritores que temía, visitó a los Woolf. Hablaron de la guerra, y Virginia percibió una nueva faceta de su personalidad. Eliot se había separado, lucía más distendido y le escribía divertidas cartas; en esta ocasión, además, el evasivo poeta se permitió alguna confidencia. Hablaron de la inmortalidad, y finalmente, como Virginia venía esperando desde hacía mucho, “reveló su pasión”: se trataba de “un alma religiosa: un hombre infeliz; un hombre solitario muy sensible, cubierto de fibras de autotortura, duda, vanidad, deseo de calidez e intimidad”. Ese mismo año, Eliot le confesaría que, a diferencia de lo que experimentaba Joyce, él no sentía confianza en sí mismo. Virginia, siempre atravesada por constantes mareas de inseguridad, sabía de lo que se trataba; y como por entonces Rebecca West seguía sin contestar su carta, sentía que “una vasta pena” sobrevolaba el invierno. El canto XI del *Purgatorio* parecía hecho a medida de la situación; mil años eran un corto espacio de la eternidad,

un simple parpadeo, y desairada por la West, exclamaba: “¡Oh vana gloria de los poderes humanos!”.

Pero no debía temer mayores desprecios. Las fiestas y ocasiones sociales se sucedieron durante todo el año, y en una comida en honor de la pintora Ethel Walker pudo constatar que su propia fama la catapultaba, a pesar de llegar tarde, a que la ubicaran en un lugar de privilegio, en tanto Duncan y Vanessa debieron conformarse con comer solos y alejados. Los primeros meses del año, Virginia asistió a una seguidilla de encuentros y reuniones. Se encontró con el escultor Henry Moore, con la escritora Elizabeth Bowen, cuya relación profundizaba, y también con Hugh Walpole, que había estado en Hollywood escribiendo una adaptación de *David Copperfield* para la Metro- Goldwyn-Mayer. Si bien Virginia lo halló más viejo, él le agradaba y apreciaba “su capacidad para el renacimiento milagroso. Seis meses en Hollywood lo [habían] cambiado por completo”.

Cada vez más solicitada, Virginia sabía que su escritura debía mucho a los encuentros con la gente y poco después de acudir con Ethel al Queen’s Hall, donde ejecutaron parte de su ópera *The Wreckers* junto con obras de Wagner, Berlioz, Beethoven y Schubert, ambas asistieron a una fiesta ofrecida en honor de la compositora. Aunque disfrutó de la reunión, e incluso sintió que ella misma había sido un éxito, también comprobó que un exceso de vida social podría hacerla perder “el uso de las palabras”. Como siempre, Leonard intentaba poner dique a una vida social que consideraba perjudicial para su equilibrio, y aunque la tendencia de Virginia era respetar sus opiniones, también se daban situaciones conflictivas. Ese era el contexto de muchas de sus discusiones matrimoniales, pero también estaban las que tenían algún tipo de relación con Monk’s House. Que ella sugiriera, un tormentoso día de invierno, que podían postergar la ida a Rodmell, podía desencadenar “una pequeña escaramuza” o un enojo “desmedido” de Leonard. Sus indicaciones, bienvenidas o no, eran inevitables: él exigía que cumpliera con determinadas horas de sueño, que descansara apropiadamente o que bajara el consumo de cigarrillos; en fin, Leonard podía ser “duro”, y Virginia lo sabía.

La lucha antifascista en la vida COTIDIANA

En otro orden de cosas, Virginia había aceptado, invitada por la princesa Bibescoy a pesar de ciertos resquemores, formar parte del comité de la exposición antifascista organizada por el Cambridge Anti-War Council. Cuando le preguntó por qué la “cuestión de las mujeres” había sido omitida, la respuesta de la princesa fue tajante: la gravedad de la situación era tal que el planteo feminista no tenía lugar; también le advirtió que seguramente había mujeres liderando las filas nazis. Virginia no quedó satisfecha con su contestación, pero pronto la cuestión se coloreó con nuevos matices. Ella le había propuesto a Clive que apoyara dicha organización, pero considerando que el grupo estaba dominado por los comunistas, él escribió al presidente del Comité, lord Ivor Spencer-Churchill, dejando a Virginia en una situación incómoda. Incluso un miembro de la comisión fue a verla y le dijo que Clive tenía intención de publicar la carta que había escrito, y en la que citaba una suya. Virginia le exigió a su cuñado que no lo hiciese ya que se trataba de una carta privada. También le explicaba:

«No guardé una copia, por supuesto, pero hasta donde puedo recordar lo que dije fue “favorecer la causa de la libertad que es la verdad, ya que la verdad es luz de luna,[447] y ¿dónde brilla la luna por siempre?” lo cual era una cita de Freshwater y se suponía que fuese graciosa».

La “absurda y pomposa” carta de Clive trajo como consecuencia llamados y pedidos de explicaciones, y también dejó en claro que la participación política implicaba riesgos. Además, si bien Virginia no se consideraba a sí misma una mujer de la política, sentía que era indispensable participar de una manera que resultara más afín a sus convicciones, ya que creía que la comisión dejaba afuera la denuncia de otras tiranías. Finalmente, con la idea de escribir un panfleto antifascista, recurrió al consejo de Leonard, cuyo conocimiento político le era de gran ayuda. La sugerencia de él, que subrayó que no debía dejar de lado la cuestión económica, sería un requisito difícil de cumplir. De todas maneras, Virginia tenía acumulados, entre sus recortes de diarios y sus lecturas y entrevistas, suficiente material como para argumentar las relaciones que detectaba entre el sistema patriarcal y el fascismo; ese era su objetivo principal, y la sorprendió tomar conciencia de la avalancha de “hechos” recolectados a través de los años para ilustrar sus argumentos. Entre todo ese material, abundaban las anécdotas acerca de la discriminación que sufrían las mujeres.

A principios de marzo, Virginia dejó constancia en su diario de una conversación con Janet Vaughan, la hija de su prima Madge, quien había sido despedida de una asociación médica regida por hombres, porque decidieron que “ninguna mujer podía hacer trabajo de investigación”. Este era el tipo de cosas que derivaban en lo que Virginia llamaba una “fructífera discusión” para su libro. Encontraba allí argumentos sobre varias cuestiones: “los celos del varón médico: intereses establecidos; [...] no les gusta la competencia; [es] en parte que se aferran al *statu quo*”.

Su diario, además de servir como elemento de transición y “puente” entre los Pargiters y la lectura de Dante, o refrescar su mente después del arduo trabajo cotidiano, constituía un buen reservorio de su anecdotario. Además, en ellos realizaba una suerte de catarsis y expresaba los sentimientos que le provocaba la escritura de sus libros más experimentales, en los que sentía que quebraba su propio molde; libros que le exigían una entrega y disposición mental y física casi exclusivas. En sus diarios, también acumulaba material para su nuevo libro antifascista, como el relato de una visita a la Torre de Londres, durante la cual Virginia no se detuvo en el resplandor de las joyas de la Corona ni en lo pintoresco de los guardias, sino en registrar sus impresiones acerca de ese lugar “sangriento, militar, gris cuervo”, “donde disparábamos y torturábamos y encerrábamos”. Le pareció que las joyas expuestas lucían como baratijas, pero se conmovió al leer los nombres de los prisioneros grabados en la piedra de sus celdas. De fondo, los guardias marchaban y un sargento “ladra”; “todo preciso, inhumano, fanfarrón; una degradante, una pasmosa visión”.

El “patriotismo es el diablo”, aventuraba Virginia después de escuchar que Austen Chamberlain proclamaba que había que tratar a Alemania como a una esclava. Era llamativo cómo la vida proveía constantemente material para su nuevo libro; incluso contemplaba la Torre de Londres como parte de la maquinaria patriótica y a los soldados, como engranajes. Lo mismo pasaba con el discurso de Chamberlain. Virginia percibía la acción sincrónica entre este tipo de maquinaria del sistema patriarcal y otro tipo de situaciones relacionadas con la exclusión de las mujeres. Para ella, nada de lo que sonara a lugar de poder establecido escapaba a las exigencias y exclusiones del sistema patriarcal; cuestión que tuvo ocasión de comprobar cuando se encontró con Morgan Forster en la London Library y él le comentó que la comisión directiva de la biblioteca había discutido la posibilidad de incorporar mujeres. Mientras conversaban,

Virginia tuvo la intuición de que le ofrecerían integrar dicha comisión, y mientras le recordaba a Forster que su padre la había presidido y buscaba cómo excusarse, comentó que, en tiempos de Leslie, entre los integrantes había una mujer, Mrs. Green,[448] con la que él llegó a tener una buena relación y con quien solía tomar el té. De pronto, Morgan interrumpió sus divagaciones, sus palabras la desconcertaron, pero el diálogo le pareció lo suficientemente interesante como para transcribirlo en su diario: “Y sir Leslie Stephen dijo que nunca más. Ella era tan problemática. Y yo dije, ¿acaso no han mejorado las señoras? Pero todos estaban bastante decididos. No, no, no, las damas son bastante imposibles. No querían ni oír hablar de ello”.

Virginia escuchó con impotencia a Morgan y pensó que tal vez él había sugerido su nombre, rechazado luego por los otros miembros del Comité.[449] Aunque podía sentirse herida en su amor propio, ese material resultaba exquisito para su trabajo sobre el género despreciado. Esas “broncas” eran muy buenas para su libro, ya que podía transformarlas “en hermosa, clara, razonable e irónica prosa”. Y si bien no era fácil resistirse a los cantos de sirena del poder, se mantenía firme en su decisión de no aceptar honores. Como señalará en *Tres guineas*, durante dos mil años las mujeres habían trabajado sin obtener retribución alguna, y ella creía que no debía dejarse sobornar con pequeñas excepciones que hipócritamente permitieran solo el ingreso de algunas mujeres en los templos de poder masculino. Ese tipo de cuestiones la llevaban a preguntarse cuán lejos podría ir en su panfleto antifascista. La cuestión tomaba forma, aunque antes debía atender otra más urgente y de alguna manera relacionada con su proyecto literario: los preparativos para un viaje con destino a Holanda, Alemania y finalmente Italia, donde se encontraría con Nessa.

Pero el fascismo también se infiltraba en la vida cotidiana, y Virginia debía intervenir en la relación de Leonard con Mabel, su empleada doméstica. La “poca simpatía”, el despotismo que su marido podía ejercer con los empleados, “su extrema rigidez de mente”, sorprendían a Virginia. Aunque pensara que no se comportaba así con ella, concluía que estas características, junto con no ser un *gentleman*, con su deseo de dominar y con su “amor al poder”[450] complicaban sus relaciones con la gente. También le molestaba que su intolerancia y tozudez quedaran demasiado en evidencia, principalmente entre aquellos que aun respetándolo, como Nessa, no dejaban de notarlo. Por otra parte, aunque su cariño por Nessa era invariable y ansiaba encontrarse con ella en Italia, se daba cuenta de que cualquier crítica que hiciera a sus

sobrinos generaba entre ellas una tensión indescriptible. La intransigencia se filtraba en las relaciones, y era tan difícil que Leonard cambiara sus hábitos o que tratara de otra manera a Mabel como que Virginia conciliara posiciones con su sobrino Julian, que le recriminaba su “brutalidad”. Este tipo de cosas hacía que sintiera que, a pesar de los méritos de los jóvenes, la relación entre tía y sobrino era incómoda. Imponiéndose una actitud menos espontánea pero más diplomática, después de asistir a una muestra de *collages* de Quentin, donde conoció a Malraux, se decía a sí misma: “Traté de ser agradable con Quentin”.

La intolerancia era una suerte de mal del momento, y a finales de marzo Virginia debió afrontar otra de las situaciones típicas de su amistad con Ethel. Esta vez, la polémica amiga le había escrito a Vita, criticando la relación amorosa que llevaba con su cuñada, Gwen St. Aubyn, quien además la ayudaba a escribir una biografía de Juana de Arco. En su carta, Ethel llegó a afirmar que, debido a su vida privada, no estaban a la altura para abordar la vida de la santa. Si bien Virginia concordaba[451] con la opinión de Ethel— en cuanto a las relaciones de Vita—, atinó a no inmiscuirse en la intimidad ajena y obtuvo del embrollo “una lección, no escribir cartas de enojo”.

De todas maneras, ella también había escrito una. Sucedió que a las críticas de Frank Swinnerton[452] y del príncipe Mirsky se sumaban las de W. Lewis, y otra vez tanto ella como Bloomsbury eran ridiculizados. Virginia sentía el horror de tener que exponer su mente “abierta e intensificada como [estaba] por el fuego de la creación a los ataques del mundo exterior”. Por eso, después de atravesar una noche tormentosa, escribió una carta pública para contestar esas ofensas, pero Leonard le aconsejó que no la enviara. Apenas “dos segundos” de reflexión bastaron para convencerla de que él tenía razón. Para su sorpresa, no pasó mucho tiempo hasta que otros se encargaron de resguardar su reputación. La primera defensa fue una carta anónima publicada en *The Times* y luego apareció otra firmada por R. Ellis Roberts,[453] quien se refirió a ella como la novelista de “mente más original” de los últimos veinte años. Finalmente, Virginia coligió que la mejor manera de defenderse y de decir lo que pensaba de Bloomsbury era escribir la biografía de Roger Fry. A su muerte, también había pensado escribir la de Lytton, pero, en su caso, las cartas con referencias hirientes a personas que estaban vivas, y las relaciones homosexuales que su amigo había protagonizado, ponían en juego la necesidad de algún tipo de censura, lo que dificultó la concreción del proyecto.

Entre la Alemania nazi y “La JOYA DEL mundo”

Entrar en la Alemania nazi “ocultando la nariz de Leonard” convertía el viaje en “un *tour* gigante” a “heroica escala”. Antes de decidirse, los Woolf consideraron oportuno informarse acerca de la situación del país, por lo que consultaron a Ralph F. Wigram, miembro del Ministerio de Relaciones Exteriores que había sido asesor del ministro en Berlín. Después de escucharlo relatar los horrores que se sucedían en Alemania, brindar un perfil de Hitler y señalar lo poderosa que era la fuerza aérea alemana, Virginia concluyó:

«Aquí en Inglaterra ni siquiera hemos comprado nuestras máscaras de gas. Nadie se lo toma en serio. Pero después de haber visto a este perro loco, los delgados y rígidos ingleses están realmente asustados. Y si solo tenemos agradables muchachos de escuela pública como W para guiarnos, creo que hay motivos para esperar que Oxford Street se vea inundada de gas venenoso uno de estos días. ¿Y entonces qué? Alemania tendrá sus colonias».

Comenzaba una época de presentimientos y temores que la acompañarían hasta el final de su vida. Como ella, muchas personas veían que la guerra era inminente, y eran conscientes de la gravedad del tema, pero la mayoría de los ingleses solo parecían ocuparse de los festejos del Jubileo por los veinticinco años de reinado Jorge V y las calles principales de Londres se preparaban para el desfile del rey. Mientras tanto, una fiebre de consumo se reflejaba en la afluencia de público a tiendas como Fortnum & Mason’s, y Virginia contemplaba con disgusto a la multitud y la exhibición de objetos de lujo “del peor gusto”. Mujeres vestidas de negro con los labios pintados de rojo paseaban por esa “atmósfera de una tienda rica y principesca [que no le era] simpática”. Se trataba de “gente de tienda, pseudoaristocracia: un intento de seducir y corroer”. En sus descripciones, está implícita la denuncia a la sociedad de consumo que se insinuaba antes de la guerra: en ese tipo de tiendas, “la lámpara de la chimenea costaba 26 chelines con 6 peniques en vez de [...] 18 chelines con 9 peniques” que valía en los pequeños negocios. Pero lo peor era el alboroto que causaba el Jubileo. Mareada por el “sumiso y superficial” acontecimiento, Virginia perdía el deseo de escribir.

Sentía que era patético el contraste entre ese tipo de situaciones y lo

grave del escenario político, tema de conversación obligado con sus amigos y parientes. Así pues, durante una visita de Julian analizaron las posibilidades de que estallara la guerra. A su vez, Virginia le escribía a Quentin acerca de la amenaza de ser “envenenados por los alemanes” e imaginaba una escena en la que caminaba por Oxford Street: con el humo amarillo de los gases sobre ella, se hundía en una zanja y luego “la corriente de Teutones pasará y pasará engullendo lo que una vez fue Bloomsbury pero será, supongo, una Platz con una estatua del Líder”. Haciendo caso omiso de esos presentimientos, y con la idea de atender especialmente la advertencia de Wigram, que les había dicho que debían evitar los actos nazis, y con una carta del príncipe Bismarck del Ministerio de Relaciones Exteriores británico recomendando a los alemanes que los trataran “con respeto”, el 1° de mayo, los Woolf emprendieron el viaje a Alemania acompañados por Mitz, su monita tití. Partieron en el momento justo para evitar las celebraciones del Jubileo. Ese día, en Holanda, además de ver “los mejores Rembrandt del mundo, y Vermeer”, Virginia constató que las vacas usaban “abrigos” y observó a millones de ciclistas que iban en “manadas como estorninos, juntándose, deslizándose”. La cantidad de bicicletas y las calles estrechas dificultaban la conducción del automóvil, pero la presencia de Mitz creaba a su alrededor un muy buen ambiente, y en cada población, los lugareños los recibían como si se tratase de “estrellas de cine”. Una pequeña multitud rodeaba al auto, niños y viejas, todos se mostraban amables, tal era su “amor por los monos”^[454]

El viaje por Holanda fue agradable; los Woolf no notaron signos de crisis o de guerra, y sí de prosperidad. Pero pronto las cosas cambiaron. Mientras que pasar la aduana holandesa había sido un rápido trámite, no sucedió lo mismo con la alemana. Un auto con la esvástica pasó a su lado justo cuando Virginia, sentada al sol fuera de la oficina de aduana, se preguntaba, si después de 10 minutos de esperar a Leonard, que estaba adentro realizando los trámites, debía ir a buscarlo. La confianza de antes de emprender el viaje se disipaba. Le había escrito a Margaret L. Davies: “Dicen que podríamos resultar impopulares por ser judíos. Pero no pienso que sea peligroso, y va a ser de lo más divertido”. Su ingreso en Alemania hizo que cambiara de opinión. Cuando Leonard salió por fin de la oficina, le contó que el oficial de la aduana había increpado a un hombre porque permaneció con el sombrero puesto en presencia del retrato de Hitler, que colgaba de la pared. “Esta oficina es como una iglesia”, dijo el oficial al tiempo que le ordenaba quitarse el sombrero. Tal vez su objetivo había sido amedrentar al inglés con

aspecto de judío que tenía enfrente; lo cierto es que desde ese momento las demostraciones de autoridad y el autoritarismo fueron constantes. Virginia tuvo la sensación de que en esas ocasiones se volvían serviles, asustadizos, y que solo suspiraban, aliviados, cuando los oficiales, en evidente gesto de distensión, le sonreían “a Mitzi”.

Las cosas fueron peores en Bonn. Mientras daban vueltas con su auto, los Woolf cayeron justo en medio de una calle donde se realizaba un acto nazi. Las banderas, la multitud que esperaba la llegada de sus líderes, los carteles con leyendas del tipo “El judío es nuestro enemigo” invadían las calles. Virginia pensó que se trataba de un acto del propio Hitler, pero en realidad el gentío estaba esperando a Goering. En tanto, aprovechando que niñitos con banderas y una gran cantidad de gente festejaba el paso de Mitzi, los Woolf lograron pasar, y mientras saludaban con la mano se alejaron del perímetro de acción de la “dócil e histérica multitud”. En sus memorias, Leonard evocó que condujo el auto, milla a milla, en un alto grado de tensión, rodeado por la muchedumbre, que al grito de “*Heil, Hitler!*” hacía el saludo nazi en dirección a ellos. Finalmente, agotado por la experiencia, logró llegar a un hotel en las orillas del Rhin. Los Woolf eran los únicos huéspedes, y el propietario del hotel, que había trabajado como mozo en Londres, les confió “con lágrimas en los ojos” lo imposible que se le hacía la vida bajo el régimen nazi.

Al día siguiente y dejando atrás al desconsolado hombre, a su mujer y al camarero que los había atendido —y que deseaba emigrar a Norteamérica—, se dirigieron a Heidelberg, de ahí siguieron a Stuttgart y a Ulm, para finalmente llegar a Munich y alcanzar la frontera con Austria. En su autobiografía, Leonard recordó que fue “siniestro y amenazante” atravesar el país viendo a su paso los grandes carteles que anunciaban que los judíos no eran bienvenidos. Pero fue la “inmensa popularidad” de Mitzi, que viajaba sobre su hombro, más la carta de Bismarck que nunca llegaron a utilizar, lo que hizo que nada grave sucediese: “Era obvio incluso para el más antisemita guardia de asalto que nadie que tuviera sobre su hombro tan ‘adorable cosita’ podía ser judío”. Finalmente, monita y compañía llegaron a Italia, donde se reunieron con Nessa, Quentin y Angelica. Virginia sintió que volvían a su mente las escenas del viaje de 1908. La memoria de Roger, e incluso el recuerdo de Violet Dickinson, llegaban con frescura, como si el tiempo no hubiera pasado; y allí estaban, además, “las mismas mujeres ardientes, bronceadas por el sol”. En sus memorias, Leonard explicó por qué, a pesar de la situación política reinante y del poder fascista, en

Italia era posible recuperar ese tipo de imágenes. Según él, existía una clave que hacía que el fascismo italiano no pudiera compararse con el nacimos alemán:

«Bajo la superficie de la vida italiana, el vulgar salvajismo de Mussolini y sus matones, que asesinaron a Rosselli era, sin duda, casi igual al de Hitler o Goering. Pero mientras que la historia alemana nunca ha permitido que la civilización penetre profunda ni vastamente en el pueblo alemán, la historia italiana ha estado civilizando a los habitantes de Italia tan profunda y perpetuamente por más de 2000 años, que ningún salvaje, desde Alarico y sus hordas alemanas hasta Mussolini y sus nativos fascistas, han logrado hacer a los italianos tan incivilizados como los alemanes».

Inmersa en sus evocaciones, lejos de analizar, como lo hacía Leonard, la idiosincrasia de los europeos según como trataran a Mitz, [455] Virginia convocaba visiones de sus viajes anteriores. Una vez en Francia, sintió que veía, como si se tratase de una presencia fantasmal, a la Vanessa de los primeros tiempos de su matrimonio: triunfante, rodeada por Clive, Roger y por ella misma. Pero la presencia de Angelica, que agobiaba a Nessa con sus reclamos y requerimientos, la hacía volver a la realidad. Por otra parte, la actitud desenvuelta de su hermana reavivaba la vieja competitividad, sus temores de “no gustar” y de que la gente se riese de ella. En ese orden de cosas, Virginia anhelaba volver a su casa para reemprender la escritura, y vivió con ansiedad el regreso a través de Francia, acompañada por una persistente lluvia y por su deseo de “alimentar” su cerebro nuevamente. Gracias a un breve paso por Chartres, donde contempló la imponente catedral, y a una comida servida por el camarero con “infinito cuidado y respeto, como si estuviera manejando algo precioso”, Virginia recuperó el placer del viaje y supo homenajear la magnífica mole y sus vidrierías. Los cristales azules refulgían enmarcados por la estructura de los arcos de piedra. La construcción lucía “melodramática”; era como ver “el esqueleto y ojos de la catedral brillando. Meros huesos, y los ojos azules rojos”. En un extremo, una “joya, ardiendo”, la gran rosa de la catedral, se disponía como atributo sobre un vasto cuerpo de mujer: “la joya del mundo”. Llamativamente, Virginia terminaba las anotaciones de ese viaje, que había comenzado con todos los signos de la barbarie, rescatando, como centro y joya del mundo, una maravilla de la civilización: la catedral de Chartres, cuyos vitrales, durante la Segunda Guerra, desarmaron los franceses en pocas horas, para evitar cualquier

riesgo que pudieran sufrir durante los bombardeos.

La muerte, la soledad y la política

Cuando los Woolf finalmente llegaron a Inglaterra, Percy, el jardinero, les dio una triste noticia: su perrita cocker, Pinka, había muerto el día anterior y yacía sin vida en su canasta en Monk's House. Aunque el más afectado fue Leonard, Virginia también sintió el golpe: “Y la intensidad de la sensación de muerte... incluso para un perro... qué extraño”. Por otra parte, bastaba que viera las huellas de la mascota impresas en sus papeles y en sus vestidos, y que recordara a su compañera de caminatas, para lamentar una pérdida que implicaba el duelo de una parte del “lado privado de la vida... el lúdico” También la situación europea amenazaba esa privacidad. Y tampoco era fácil conciliar a la persona privada, anónima, la *outsider* que deseaba ser, con la escritora en busca de lectores y con su ser social.^[456] Además, siempre corría el riesgo de sucumbir ante las críticas o de preocuparse por lo que dijeran acerca de su obra en los trabajos académicos; y después de leer *Virginia Woolf: a Study* de la norteamericana Ruth Gruber, volvía a tener la sensación de que nada la angustiaba tanto como ver su “cara reflejada en el espejo”.

Por entonces, Leonard lucía más triste por la pérdida de Pinka que preocupado por la repercusión de su libro *Quack Quack*. El duelo por su mascota permitía que también diera cauce a la desazón y la tristeza que siguieron a su viaje por la Europa nazi y fascista. Poco a poco, Virginia sintió que durante la estadía en Rodmell los sombríos pensamientos de muerte se iban “suavizando lentamente” y, ya en Londres, la “usual depresión” o pensamientos del tipo “deseo la muerte” no impedían que sintiera que la escritura era otra vez posible.

Entre tanto, el teléfono volvía a sonar insistente y un aluvión de personas pugnaban por ser vistas. Alivios como caminar por Regent's Park, o ir al teatro para ver *La flauta mágica*, se veían “arrasados” por la sensación de que todo se hacía cuesta arriba. El trabajo de reescritura era “muy duro”, pero también la vida se complicaba; una amenaza inevitable se cernía sobre Europa y, en momentos como esos, volver sobre los viejos problemas podía resultar una buena alternativa para no enfrentarse abiertamente con el terror. Se reeditaban así antiguas competencias. En su viaje, Virginia había reforzado la recurrente

impresión de que al lado de Vanessa era una persona incompleta, percepción que brotó nuevamente cuando Clive le contó que el pintor modernista André Segonzac había afirmado que Nessa era la mejor pintora inglesa viva, y que superaba a Duncan. Aunque se proponía no sentir celos, Virginia se preguntaba: “¿Acaso no es extraño pensar en sus dotes? Quiero decir, ya tiene todo lo demás”. Días después, en tono de broma, le pedía un libro a Ethel, porque Nessa tenía el suyo y comentaba: “Su holganza con los libros es prodigiosa: me recuerda siempre a la gestación y copulación de los elefantes. ‘No, no puedo decir que he leído más de una frase... pero cuando leo, leo’. Y eso es cierto. Le tomaré seis meses. Así que préstame otro”.

Hubiera sido posible que debido a la rivalidad con su hermana, o en tren de competencia con otros escritores, Virginia cayera en la tentación de aceptar honores que no dejaran dudas acerca del reconocimiento que alcanzaba. Pero lo cierto es que siguió resistiéndolos. Durante su viaje, el primer ministro le había enviado una carta en la que le ofrecía que formara parte de una comisión en homenaje al cumpleaños del rey. Al rechazar dicho honor, que se le antojaba ridículo, Virginia tuvo la oportunidad de mofarse de Ethel, muy orgullosa de haber sido nombrada Dama del Imperio Británico.

En otro orden de cosas y pese a que E. M. Forster le escribió diciendo que consideraba importante su presencia en la conferencia antifascista que André Malraux organizaba en París, de la que también formaban parte Aldous Huxley y John Strachey, Virginia decidió no asistir.^[457] Tampoco aceptó suceder a H. G. Wells en la presidencia del PEN

Club, sociedad cuyo objetivo era poner a los escritores en contacto entre sí. Convencida de la inutilidad de ese tipo de asociaciones, Virginia se preguntaba cómo alguien podía inventar esos cargos, o en todo caso, a quién podía ocurrírsele aceptarlos, cuestiones todas que trataría de manera inequívoca en *Tres guineas*. Por lo pronto, dado que la Hogarth Press publicaba a muchos de sus contemporáneos, su relación con los escritores era lo suficientemente asidua como para que no sintiera la necesidad de formar parte de algún grupo. Además, una cosa era conocerlos y otra alcanzar algún tipo de intimidad con ellos, como quedó en evidencia en una comida en casa de Rebecca West.

Después de explicarle que no había respondido su carta porque había estado enferma, Rebecca West la había invitado a una comida. Virginia debió reconocer que se había preocupado por nada, pero finalmente, cuando se encontraron, no se sintió a gusto y pensó que ni

siquiera comiendo noche tras noche en su casa llegarían a “conocerse mejor los unos con los otros”. Algo similar le sucedía con Eliot, encantador por cierto, pero “a su bastante oscura manera”. Que estas personas le interesaran como escritores no implicaba que franquearan el límite de la intimidad más profunda, aquella que había reservado para pocos, una frontera que se sellaba y que tal vez por cuestiones de edad, no volvería a permear. Por eso, a pesar de la armonía de sus relaciones, o del intercambio epistolar en que Virginia se esmeraba, un fondo de reticencia se interponía entre ella y los escritores contemporáneos. Además, la sensación de que se trataba de competidores hacía que le resultara difícil juzgar sus libros. Por entonces leía *The Destructive Element*[458] de Stephen Spender, un joven al que apreciaba, aunque pensaba que corría el riesgo, como otros escritores de su época, de tender a la denuncia o a la predicación, cosas que a toda costa quería evitar en sus propios libros.

“¿Por qué siempre procuro evitar a mis contemporáneos? —se preguntaba—. ¿Cuál es el punto de vista femenino en realidad? ¿Por qué creo que estas cosas están en el aire? Pero reconozco mis limitaciones: no soy muy buena razonando, me decía Lytton. [...] Ningún escritor creativo puede soportar a otro”.

De la misma manera que rechazaba los honores, Virginia detestaba mostrarse en público; por eso se sintió molesta cuando Margery Fry le pidió que escribiese unas palabras para la apertura de una muestra en Brighton que reunía obras de su hermano Roger. De todas formas, sin valor para resistirse, Virginia se presentó allí el día más caluroso del año y, tutelada por una foto sonriente de Roger, cumplió con el aborrecible deber ante un público de “200 corpulentos burgueses”. Ocasiones como aquella, o una escapada de fin de semana para cumplir con una visita a Susan Buchan,[459] la llevaban a reconocer las facetas antagónicas de su personalidad, e incluso encontraba en extremo interesante lidiar con las diferentes partes de sí misma: identidades a veces contrapuestas que reclamaban unas veces de manera desconcertante soledad y anonimato y otras suspiraban por la vida social.

La disyuntiva entre el deseo de soledad y de compañía, entre la introversión y la extroversión, se daba en una escala que no implicaba grandes variantes. Lo desconocido, la otredad, la diferencia, lo que escapara al marco insular inglés, incluso europeo, no formaba parte de su cosmovisión, y escasamente le interesaba o resultaba comprensible. De hecho, Virginia nunca fue una aventurera ni se tomó demasiado en

serio sus sueños de conocer tierras lejanas. Tal vez por eso se sorprendió mucho cuando su sobrino Julian le contó entusiasmado que había obtenido un puesto para enseñar durante tres años en China. Tía y sobrino hablaron “por primera vez” íntimamente acerca de sus respectivos pasados y de sus vidas. Ella intuyó que se trataría de la “primera experiencia real” para Julian, y que su decisión respondía a un rasgo de independencia y a la necesidad de encontrar su lugar en el mundo. De hecho, Julian consideraba que la política estaba “en la conciencia de toda su generación” y sentía que no podía permitirse “ser meramente un poeta, un escritor”. Después de conversar profundamente, y a solas, Virginia sintió que comprendía “su dilema”: “Así que él se va, y yo lo siento. Tres años. Tendrá treinta, y yo 56, ay”.

Por entonces las interrupciones sociales y las conversaciones políticas se habían hecho una constante, y si bien hubo períodos en los que apenas pudo escribir, el 17 de julio terminó un “primer salvaje” tipeo de su novela, reducida ahora a 740 páginas, que a su vez requerían ser condensadas. Lo cierto es que el trabajo sobre su “eterno libro imposible” era agotador, y entraba en conflicto con el deseo de abordar *Tres guineas*. En ese contexto, Virginia sentía que solo con “indomable coraje” podría comenzar la biografía de Roger Fry. A la sensación de que su cabeza era un “*pudding*, algo que late suavemente” y que no podía “engendrar ni una palabra en toda la mañana”, se sumaban los temores: la “guerra [parecía] inevitable”.

Mientras tanto, las clases medias, favorecidas por el desarrollo industrial y el consumo de bienes y servicios hasta hacía poco desconocidos, disfrutaban, según Virginia, sin registrar la peligrosa situación política europea. Una visita a Peggy Belsher, la secretaria de la Hogarth Press, que había contraído matrimonio recientemente, confirmó su opinión. Los recién casados le mostraron toda la casa — salvo el retrete—, y Peggy exhibió su vestido de novia. Virginia accedía a la domesticidad de una clase media apegada a los objetos de la modernidad, gente que tenía “el mundo que [deseaba]”, de acuerdo con su gusto, poblado de “gramófonos y estuches de cubertería y centros de mesa”, y que disfrutaba sin timidez de una vida materialmente “mucho más libre y fácil que la [de] Hyde Park Gate”. Pero el sueño del consumo y modernidad sería interrumpido; a principios de septiembre, Virginia registraba en su diario: “El día más crítico desde el 4 de agosto de 1914. Eso dicen los diarios”. En efecto, Mussolini había invadido el territorio africano de Abisinia, y todo el mundo hablaba sobre el tema. Se trataba de una pesadilla que recién comenzaba y que quedaría

asociada a visiones espeluznantes, como la que tuvo un lluvioso día de otoño, cuando vio cómo una serpiente engullía un sapo; “tenía medio sapo adentro, medio afuera; succionaba de vez en cuando. El sapo desaparecía lentamente. L. la pinchó en la cola; la serpiente estaba harta del sapo reventado”. La agonía del sapo se confundía con la de su devoradora, que se ahogaba con su presa, y esa imagen junto con la del sueño que tuvo esa noche —“hombres suicidándose y pude ver los cuerpos arrojándose al agua”— marcaban el tipo de pesadilla y cuestiones de las que no podría escapar en los siguientes años.

Entre una cosa y otra, los Woolf vivieron un verano agitado y poblado de visitas, y aunque Virginia reconocía que las de unas sobrinas de Leonard mostraban “lo agradable que son las personas: los niños, siempre”, sentía que sacrificaba demasiado tiempo a la vida social. Además, escribía en su diario:

«Las mañanas no son celestiales, sino una mezcla de infierno y de éxtasis: nunca había tenido semejante globo caliente en mi cabeza como durante la reescritura de *Los años*, porque es tan larga; y la presión es tan terrible. Pero usaré todo mi arte para mantener mi cabeza cuerda».

Con la conciencia de que no le sucedía como a otro tipo de escritor que vivía “en el temor de devenir estéril”, se preguntaba: “¿Tendré alguna vez el tiempo suficiente para escribir todo lo que está en mi cabeza?”. Por entonces sentía que le sobraban temas, pero le preocupaba el tiempo que cada obra requería. Se consideraba “una escritora muy lenta”, pero es probable que fuera lo amenazante de los tiempos, y no otra cosa, lo que inconscientemente percibía como un obstáculo. Por otra parte, sentirse en la obligación de acompañar a Leonard a la Asamblea del Partido Laborista en Brighton la sacaba de su propio ritmo y la dejaba en un estado en el que la escritura era imposible. El contacto con la cruda realidad la anulaba; necesitaba tiempo para estar a solas, para leer; pero no tuvo “ni una semana tranquila en todo el verano”. Cuando Virginia vio que los argumentos pacifistas eran desestimados y contempló, con lágrimas en los ojos, que el líder del Partido, George Lansbury, era atacado en su posición pacifista por el vehemente Ernest Bevin, sintió que todo estaba perdido. Sin embargo, tampoco confiaba en la sinceridad de Lansbury: “Estaba posando, sentí... actuando, inconscientemente, el rol de abatido cristiano”. Al recordar la escena, terminó asociando a “Bevin, [con] una serpiente que tragó un sapo”. La agresividad inusitada de Bevin[460] se

daba en vísperas de las elecciones de noviembre, y Virginia se preguntaba cuál era su “deber como ser humano”. “Felizmente —concluía—, sin educación y sin voto no soy responsable por el estado de la sociedad”. Pero también tenía conciencia que de nada valía evadirse. Era entonces cuando recurría a Leonard, a quien preguntaba, tal vez porque sabía que la liberaría de ese compromiso, si no deberían estar todos “comprometidos con alterar la estructura de la sociedad”. Consciente de lo que significarían para ella presiones adicionales a su escritura, él respondía, tranquilizador, que “la política debe estar separada del arte”.

De todas maneras, en adelante, la política no podría separarse de la vida. Ya no podría considerarla un espacio ajeno, ocupado por personas como Leonard, que ella podía visitar circunstancialmente, comprometiéndose solo en la medida de su deseo. En el nuevo orden de cosas, Virginia no podía dormir de noche, “pensando en la política”. Todos hablaban “de política, política”; ella misma se veía arrastrada en una corriente de patriotismo, y no podía dejar de pensar en su país.

La maldita política y las misteriosas extranjeras

A todo esto, las visitas no cesaban de llegar. No podía evitar charlar con Rose Macaulay de 4 a 6.30, y luego con Elizabeth Bowen de 8 a 12, pero el resultado era que al día siguiente apenas podía articular sus propias ideas. Después de estas jornadas, comparaba su cerebro con un estropajo y sentía que solo con un par de días de reposo podría contrarrestar los efectos.

En octubre, en las cartas que le escribía a Julian, ya instalado en China, Virginia prefería evitar la política. Incluso, con la idea de que su punto de vista podría ser inexacto o parcial, concluía: “Maldita sea toda la política”. La visión desacreditada de la política y su poca fe en ese tipo de compromiso no eran bien vistas en una época de crisis; pero también estaban quienes, como Aldous Huxley, sostenían que todo ese “canturreo antifascista no pasaba de ser un parloteo”. Añorando un estado de cosas pasado, Virginia revisaba los papeles de Roger Fry y sentía que fraguaba una “rara amistad póstuma”, más íntima que cualquiera que hubiese tenido en su vida. La distancia impuesta por el viaje de Julian también modificaba la relación con su sobrino, a quien

le escribía cariñosas cartas en las que sugería que colaborara con ella en la biografía de Fry.[461] Extrañaba a Julian y deseaba, adelantándose a su tiempo, “que la televisión estuviese ahora instalada y pudiera prenderla y verte”.

A finales de octubre, los Woolf concurren a una conferencia organizada por el National Peace Council, en la que había representantes de África, la India y de países tropicales, y donde se trató la problemática colonial y la cuestión de la paz. Otra vez Virginia se dejaba ganar por el cinismo: aquello estaba lejos de lo que consideraba como propio de la civilización y, desencantada, contemplaba “bastantes intelectuales con cara de mandril; y algunos negros y negras anhelando, tristes, vestidos de verde, [...] como chimpancés” arrancados “de sus cocoteros para tratar de dar sentido a nuestras pálidas obviedades”. Tras el cinismo y la ironía de este comentario, apenas se oculta el dolor que le provocaba ver caer las últimas barreras de la civilización amenazada por el fascismo. También, aunque en sus libros principales no abordó en profundidad la cuestión, a diferencia de sus ancestros, esbozaba una visión desencantada del colonialismo.

En sincronía con esa sensación que borraba los límites entre lo civilizado y lo primitivo, lo humano y lo animal, tuvo lugar la irrupción de un elemento exótico y desconocido en su vida cotidiana. “Dos misteriosas extranjeras”[462] llegaron a Tavistock Square y murmurando “algunas musicales pero incomprensibles observaciones acerca de ‘dárselo en sus propias manos’ [y...] se esfumaron”.

Las extrañas mujeres habían ido a visitarla a pedido de Victoria Ocampo, quien al tanto de su fascinación por las mariposas le enviaba una caja con especies del Brasil. Durante la comida, mientras observaba la caja de mariposas multicolores, Virginia pensaba “en la diferencia entre dos mundos”, se permitía una suerte de ensueño escapista y se sentía tentada a conocer ese otro mundo. Poco después, le escribía a Victoria:

«Solo que no sabes cuán firmemente estamos atados a Inglaterra, incluso al 52 de Tavistock Square, por la Hogarth Press: por política (ahora son las elecciones generales), por la necesidad en la que estoy de terminar una corpulenta y muy obstinada novela: creo que la he terminado, y luego se abalanza en mi propia cara, como una zarzamora, toda espinas, y debo comenzar nuevamente, cortando y podando».

Para ella, Sudamérica era un mundo tan remoto como imposible, al que había tenido acceso a través de las lecturas de los antiguos relatos de viajeros ingleses y de naturalistas que, como Darwin, seguramente poblaban la biblioteca de su padre. Virginia imaginaba una tierra de fantasía, y se refería a Victoria como habitando un sitio encantado; una especie de Miranda, la protagonista de *La tempestad* shakesperiana:

«Cuán remota y hundida en el tiempo pareces, allí, en las vastas. ¿cómo las llamas, esas inmensas tierras azul grisáceas con el ganado salvaje y el pasto de las pampas y de las mariposas? Cada vez que salgo por la puerta me hago otra imagen de Sudamérica: y sin duda te sorprenderías si pudieras verte en tu casa como yo la imagino. Siempre hace un calor de asarse, y hay una mariposa posada en una flor plateada».

En su mente, Sudamérica era aún más misteriosa que Asia o la India, territorios que sus ancestros habían colonizado. La visión imaginativa de Sudamérica logró distraerla[463] aunque fuera momentáneamente, de ese otoño londinense donde poco después los conservadores ganaban las elecciones generales. El clima de intolerancia era palpable, y los Woolf lo vivieron en carne propia cuando, una noche, escucharon bajo su ventana los gritos en alemán de un hombre que insultaba a Leonard por haber escrito *Quack Quack*. No es extraño que hubiese días en los que Virginia encontrara que le era imposible escribir, pero eso pasaba: “Tengo la sensación de que he llegado a la tierra de nadie que ando buscando; y que puedo pasar de lo exterior a lo interior, y habitar la eternidad. Una extraña y muy feliz sensación de libertad, que no he tenido al terminar ningún otro libro”.

Después de atravesar un momento crítico, creía haber comenzado una nueva etapa en su “progreso como escritora”:

«Veo que hay ¿4? dimensiones; todas pendientes de ser producidas; en la vida humana; y eso conlleva a un agrupamiento y proporción mucho más ricos: quiero decir: yo: y el no yo: y lo exterior y lo interior... no, estoy muy cansada para decir: pero lo veo: y esto afectará mi libro sobre Roger. Muy excitante: andar a tientas de esta manera. Nuevas combinaciones en psicología y cuerpo, bastante como pintar.

Esta será la nueva novela, después de Los años.»

Pero la presión social y asistir a fiestas minaban la sensación de libertad de la que decía disfrutar. El dilema acerca de qué vestido usar en una recepción de Ethel Sands tuvo su correlato en una conversación con Nessa, quien le aseguró que tampoco ella podía trabajar tras una de esas fiestas y que había decidido no asistir a ninguna más donde tuviera que ir especialmente vestida. “Lo mejor de nuestra notoriedad — concluía Virginia — es que podemos ver a quien queramos aquí en nuestros propios términos”.

Con la fama, aumentaba la cantidad de gente que pugnaba por ser recibida, y las reuniones a las que debía asistir. Por entonces, en nombre de una vieja amistad volvió a ver a Ka Arnold- Forster, lo que resultó un encuentro irritante. Tampoco había disfrutado de reencontrarse con Gerald Brenan o, a pedido de Tom Eliot, recibir a su amiga Emily Hale, una “rica y esnob norteamericana”. Después de esos encuentros quedaba agotada; a eso se sumaba la revisión de *Los años*, y se sentía “casi extinta, como el plumero de una mucama”. De todas maneras, Virginia se proponía volver sobre su manuscrito y aguzarlo, condensarlo, cortarlo, para después dejar que su subconsciente se fuera separando de él y preparar “otro humor creativo” que le evitara hundirse “en aguda desesperación”. Sabía que la separación sería dolorosa y que su libro dejaría de pertenecerle una vez que fuera editado; y en ese humor que caracterizaba el final de la escritura de sus novelas, mientras pensaba en la biografía de Roger Fry, le escribía a su sobrina Angelica: “¿Crees que es posible escribir la vida de alguien? Lo dudo; porque las personas están en todos lados. Aquí estás tú, por ejemplo, caminando por las Tullerías; y comprando collares; y viendo el atardecer; y escribiéndome; ahora bien, ¿cuál eres tú? ¿Eh?”

CAPÍTULO XXXIX - 1936

Días sumergidos

EN RODMELL, entre la lluvia y el mal tiempo, Virginia pasó los tres primeros días del año “enteramente sumergidos”. Comenzar la revisión final de *Los años* adquiriría carácter de urgencia ya que, por primera vez en mucho tiempo, Leonard le advirtió que no había producido suficiente dinero como para pagar su parte de los gastos. Lejos de desentenderse de la responsabilidad contraída, como pensaba que intentar hacer dinero con el periodismo sería en esos momentos “una brutal interrupción”, consideró sacar dinero de sus ahorros y así completar el presupuesto familiar. Por otra parte, su deseo de trabajar en lo que sería *Tres guineas*, la lectura de los papeles vinculados a la biografía de Roger y la revisión de *Los años* exigían una cuidadosa planificación; era cuestión de organizarse y de estar atenta. Había prometido entregar su novela a mediados de febrero, pero restaba mucho por hacer; “a decir verdad”, sentía que su cabeza explotaba: “Un movimiento en falso [significaba] desesperación galopante, exaltación, y todo lo demás de esa desdicha conocida: esa larga escala de infelicidad”.

Aunque pensaba que *Los años* ya no requería un trabajo de creación, sino emplear “solamente [su] oficio”, no podía mantener la calma y caía en los más oscuros tormentos. De hecho, el 16 de enero escribió en su diario: “Rara vez he sido más desdichada que anoche alrededor de las 6.30, releendo la última parte de *Los años*”. El libro le parecía una suma de “tonterías insignificantes”, una especie de “cuchicheo trasnochado [...] alarde de [su] propia decrepitud”. Con esa sensación, después de dejarlo sobre la mesa corrió escaleras arriba, al encuentro de Leonard, quien la tranquilizó recordándole que sentía lo mismo cada

vez que terminaba un libro. Sin embargo, Virginia creía que nunca la desesperación había sido tan completa y pensaba que dejar constancia de ello en su diario era una manera de protegerse por si en el futuro llegaba a estar “en el mismo estado tras otro libro”.

Mientras tanto, la vida social en Londres se transformaba en un “problema crónico”. En ese sentido, su siempre nutrida correspondencia le permitía mantener contacto con los amigos y también servía para posponer encuentros. En las cartas que por entonces le escribía a Ethel, a Elizabeth Bowen y a Julian, Virginia daba cuenta de sus achaques, contaba que sus dolores de cabeza no desaparecían, pero que se obligaba a continuar con su “maldito” libro; la presión y el fastidio eran tales que decía que debía “revolcarse en [su propio] estiércol”. En ese marco, solo se permitía alguna que otra distracción. En una de esas ocasiones conoció a Charlotte Wolff, una médica judía alemana que había huido de su país, y era experta en quiromancia.^[464] Invitada por el escritor Aldous Huxley y su mujer, Virginia dejó que le leyera la mano. Tras pagar sus dos guineas, escuchó escéptica, más interesada en analizar a la quiromántica que en ser analizada por ella. Si bien Leonard opinó que se trataba de una farsa desagradable —lo mismo pensaban Nessa y Clive—, Virginia se preguntaba si acaso no era posible que existiera una suerte de comunión entre los seres que no pudiera ser explicada. ¿No intentaba hacer algo así en sus libros, con sus personajes? Por su parte, en su libro *Studies in hand-reading*, Charlotte Wolff escribió que había leído, en la mano de Virginia, su esfuerzo por mantenerse a la defensiva; también que era una persona “repleta de contradicciones reales y aparentes”, con el “deseo de escapar de la realidad”.

Sea como fuere, la realidad se imponía. Por entonces, Virginia dejó constancia en su diario de la muerte del escritor Rudyard Kipling, y de los últimos días del rey Jorge V. Pero lo que realmente la alarmó fue escuchar un cierto tono en la voz de Nessa, cuando la llamó por teléfono. “No puedo atenderte ahora”, le dijo su hermana, lo que llevó a que imaginara un sinnúmero de catástrofes, cuando en realidad solo se trataba de una crisis en la reunión del London Group. Este tipo de cuestiones la distraían del obsesivo trabajo de corrección, que ocupaba unas tres horas de sus mañanas y un par más a la tarde. También leía “por sexta vez con casi completa satisfacción” *David Copperfield*. Además, recibía una lluvia de pedidos, reclamos e invitaciones. Así pues, fue convidada a viajar a Buenos Aires para asistir a una reunión del PEN Club,^[465] pero, como le escribió a Victoria Ocampo, sentía

que esa no era su “línea”. Creía, más que nunca, que debía trabajar y producir buena literatura y decía que no deseaba “lanzar un chorro de [...] tinta sucia” — es decir, trasladar las riñas entre escritores— “al otro lado del Atlántico”.

Lo cierto es que nada podía rescatarla del “perpetuo condensar y reescribir” en el que se obstinaba hacía más de un año, y solo ansiaba terminar la tarea para volver a una escritura libre y creativa. Asistir a la proyección de *Tiempos modernos* o ir al teatro a ver *Casa de muñecas*, donde Lydia Keynes interpretaba el papel de Nora, no llegaban a distraerla de su objetivo; incluso en el caso de la pieza de Ibsen, veía allí “una obra interesante” porque echaba luz sobre sus “propios esfuerzos”.

Al mismo tiempo, Virginia intentaba conciliar su trabajo como escritora con la difícil situación reinante. Nunca había trabajado “tan duro en ningún libro”, pero además la actividad política de Leonard aumentaba y, consciente de que la situación europea era cada vez más seria, ella escribía en su diario: “H[itler] ha roto su palabra nuevamente”. En efecto, en violación al Tratado de Versailles las tropas alemanas habían entrado en la zona desmilitarizada del Rhin y Hitler imponía nuevas condiciones. Los intelectuales se movilizaban, pero algunos se mostraban reticentes. Era el caso de Aldous Huxley, que se había negado a firmar una petición de sanciones contra los alemanes y decía que se consideraba a sí mismo un pacifista: “También lo soy yo”, aseguraba ella, aunque no dejaba de escuchar las explicaciones de Leonard, para quien se trataba del peor momento en 600 años, y que apoyaba una posición decidida de la Liga de las Naciones. Los Woolf atravesaban “la más ferviente” semana política que habían tenido en mucho tiempo. Virginia acompañaba a Leonard, firmaba petitorios y tenía la sensación de que había pasado toda su vida protestando por esto o por aquello. La perseguía la idea de que la guerra y las armas irrumpirían en cualquier momento en la vida cotidiana; podía “verlas y escucharlas rugir”, y aun así continuaba “como un ratón condenado, royendo [su] página diaria”. La vida se había reducido a trabajar en *Los años* y a estar pendiente de las cuestiones políticas: “Qué más hay por hacer... excepto atender los incesantes teléfonos, y escuchar lo que L. dice. Todo se va por la borda. Felizmente hemos cancelado todas las cenas y demás, a favor de *Los años*.”

Con Leonard enteramente “sumergido” en política, se veía a sí misma como la criada del primer ministro. Pero también la reclamaban otras cuestiones. Era una escritora famosa, e incluso las personalidades

más llamativas del momento querían conocerla. Sin embargo, intentaba mantenerse firme, y de la misma manera en que se había negado al ofrecimiento de lady Oxford, que quiso presentarle a Wallis Simpson, “la nueva ramera real”, otras peticiones corrían el mismo destino. En esos tiempos, los escasos minutos de intimidad con Leonard eran bienvenidos, ya que sentía que podían crear a su alrededor un espacio y la “tranquilidad que es favorable a la diversión privada”. Pero la intensa actividad política de él la abrumaba, y no dejaba de quejarse, en cartas a amigos y parientes, de las reuniones políticas que se celebraban en su casa. De todas maneras, los *meetings* en el cuarto continuo no la movilizaban tanto como la realidad cuando se presentaba sin mediatizar, imponiendo la fuerza de las cosas más allá de todo discurso.

“Todo se estiliza cuando escribo”

Un día, mientras esperaba a la costurera, Virginia sintió un golpeteo en la ventana:

«Pero era, ay, una muchacha, desmayándose. ¿Puedo tomar un poco de agua? Apenas podía caminar. Se sentó en los escalones del zaguán mientras fui a buscarlo. Luego la hice entrar: llamé a L.: calenté sopa. Pero fue algo horrible. Ella había estado caminando todo el día para conseguir trabajo, tenía neuritis... no podía coser, había tomado una taza de té para el desayuno, vivía sola en una habitación en Bethnal Green. Al principio apenas podía hablar, “Tengo hambre”, dijo. Gradualmente se avivó. Medio adormecida. Dijo Parecen hermano y hermana, ambos tienen narices largas. Yo soy judía; un curioso énfasis en la palabra como si fuera una confesión. También él le dije yo. Luego ella se estimuló un poco. Pero mi Dios, nadie quien la ayude, dijo.

¿Amigos? Oh, tan solo piensan en pasarlo bien. ¿Puedo llevarme esto a casa? Tomando un panecillo. Le dimos lengua, 2 huevos y 5 chelines. Hizo esto usted misma —por la sopa—. Puede costearlo —por el dinero—. Y un mero susurro — 22— sufriendo. Nunca vi la infelicidad, la pobreza tan tangibles. Y sentí que era nuestra culpa. Y se disculpó. Qué podíamos hacer. Habré de quedarme en cama si me siento mal y luego iré a la Bolsa de Trabajo. Pero no puedo conseguir ningún trabajo. Piensen en uno de nuestra “clase”: y eso es lo que

exigimos. Ahora está lloviendo, y supongo... ¿bueno, de qué sirve pensar? Como de costumbre lo que era tan vívido durante toda la tarde se estiliza cuando escribo. Algún horror se vuelve visible: pero en forma humana. Y ella puede llegar a vivir 20 años... Qué sistema».

Sensible a las injusticias del sistema y sus exclusiones, Virginia encontró en la escritura la manera de canalizar las denuncias de un estado de cosas que estaba lejos de ser ideal. Desde muy joven había establecido conexiones entre los sistemas político y patriarcal, siendo a este último al que apuntaba con seguridad y convicción sus dardos de denuncia. Eso es lo que había intentado en *Un cuarto propio*, y ahora sentía la urgencia de denunciar las conexiones entre sistema patriarcal, guerra y política, tarea que realizaría en un libro cuyo título provisorio era *Dos guineas*. Pero antes debía prestar especial atención a lo que le estaba sucediendo con su mente: “Debo bordear muy de cerca la locura, creo. Me sumerjo tanto en este libro que no sé lo que hago. Me encuentro a mí misma caminado por la Strand hablando en voz alta”. Además de la tensión que implicaba terminar *Los años*, la perseguía la sensación de que el mundo se transformaba en un “mundo de horror”, y a mediados de marzo escribía que desde *Fin de viaje* nunca había vuelto a sufrir tan “aguda desesperación” al releer un libro.

Significativamente, incluso Duncan y Vanessa, que cultivaban la imagen de artistas desconectados del mundo, siempre al margen de esos problemas, comenzaban a tomar conciencia de la grave situación política. Un tanto alarmada, Virginia le contaba a su sobrino Julian: “Como puedes imaginarte, estamos todos bajo la sombra de Hitler en este momento... incluso Nessa y Duncan comienzan una conversación diciendo ¿Cuál es tu opinión, Leonard, del fulano ese? Hacen preguntas inteligentes acerca de las colonias”.

Aunque para ella era cada vez más difícil contrarrestar la tensión que se respiraba en el ambiente, comprobaba que la mayoría de la gente, tal vez guiada por un instinto de negación y autopreservación, se aferraba a los viejos rituales, se movilizaba y buscaba sociabilizar, lo que la contrariaba al punto de escribirle a Ethel:

«Londres se está poniendo rápidamente tan intolerable que creo que habré de huir en busca de paz. Dime ¿qué debería hacer con el conglomerado de viejos amigos de familia que han hecho de mi vida un mero espasmo esta semana pasada? Cuando Mrs. Grosvenor dice que

está vieja y que era amiga de mi padre, cuando Miss Elizabeth Robins dice que era amiga de mi madre, cuando Gerald Duckworth dice que está muy melancólico y que era mi medio hermano... ¿debo, oh, debo correr de un lado al otro a verlos a todos? Y luego — todo en esta semana— viene un anticuado primo hindú, cuyo hijo intuyo se está yendo rápidamente al demonio. ¿Y por qué los atraigo? No puedo resolver este acertijo: pero desbarata mis días y me hace planear un vuelo: la verdad es que no puedo resistir el teléfono, y así arruino mis días.[466] Mientras tanto, aquí estoy en la última etapa [de *Los años*], y piadosamente anestesiada del todo y no sé ni me importa si es el peor libro o el mejor».

Pronto se hizo evidente que necesitaba “dormir y silencio”. En efecto, como le contó en una de sus cartas a Victoria Ocampo, estuvo más de un mes enferma. En esas condiciones, a principios de mayo, le informaba a Sybil Colefax, que estaba harta del “detestable” Londres, de las multitudes y de lo árido, sórdido e inhumano de la ciudad. Ante la amenaza del quiebre ostensible que se cernía sobre ella, y en contra de lo que acostumbraban, Leonard leyó las galeras de *Los años* que llegaban de la imprenta, mientras Virginia enviaba las últimas páginas mecanografiadas.[467] La tarea le parecía aborrecible, y comprobaba con horror que todavía restaba afrontar “600 páginas de frías pruebas”. No había leído el libro completo y se planteaba la posibilidad de “romperlo todo”.

Próxima a colapsar, se decía a sí misma que esta sería su última novela, y oscilaba entre tirar *Los años* a la basura y considerarlo su mejor libro. Debido al agotamiento, durante dos meses interrumpió la escritura de su diario; los síntomas eran los de siempre: dolores de cabeza e insomnio. En ese estado de cosas, se permitió pasar cuatro semanas —casi todo abril— de convalecencia en Rodmell: allí, “completamente ausente e insípida”, yacía sobre un par de sillas, que solo abandonaba para ir a la cama. Su único alivio era que su editor norteamericano posponía la edición del libro hasta octubre. Sentada frente al fuego, Virginia leía una compilación de las poesías de Eliot; “semejante resplandor surge de las palabras que no puedo acercarme a ellas”. Pero “maldecida con jaquecas”, carecía de la capacidad de expresar sus impresiones, y esperaba recuperar su entendimiento para desmenuzar el libro “con mil navajas de bolsillo”[468]

Finalmente, el 3 de mayo, se encontraba otra vez en Londres, pero el 27, luego de almorzar con Vita, no pudo dormir. Pasó la noche en vela

mientras contemplaba una botella de cloral — hidrato de cloro— prohibiéndose tomar otra dosis, y conectando esos momentos con anteriores crisis en las que no había tenido control de sí misma. Debido a su extrema sensibilidad, una visita de Ethel fue cancelada, no así la correspondencia que mantenía con ella. El colapso nervioso que Virginia atravesó entre abril y junio no tenía precedentes en los últimos años, y cuando se recuperó escribió en su diario: “Dos meses de lúgubre y peor, casi catastrófica enfermedad... nunca ha estado tan cerca el precipicio [...] desde 1913” También Leonard se refirió a este período en sus memorias. Allí subraya que entre 1920 y 1930 la salud mental de Virginia había sido estable, y que solo al finalizar cada libro la amenazaban sus crisis de “negra desesperación”. Pero coincidiendo con el final de la escritura de *Los años*, estas crisis se hacían cada vez más “profundas y peligrosas”, y ambos vivieron tiempos aterradores. De todas maneras, hay que destacar que, a diferencia de las etapas en que había perdido el control de sí misma, en esta oportunidad Virginia conservaba la conciencia de su estado, e incluso se torturaba pensando que sus crisis preocupaban a Leonard. En ese contexto, su médica le aconsejó un cambio de panorama. Los Woolf viajaron a Cornwall y se quedaron unos días en casa de Ka y Will Arnold- Forster. Enamorada del paisaje, Virginia se preguntaba: “¿Por qué no pasamos siquiera una parte de nuestras cortas vidas en Sussex, Kent o Londres?”. También le escribía a Vanessa resaltando, como un hecho sugerente e inspirador, que el oeste de Inglaterra se mantenía como en los días de Jane Austen.

Ultima vez en Cornwall

Virginia no había regresado a Cornwall desde su último viaje en 1930, y esta sería la última vez que visitaría los paisajes que tanto amaba. Durante el viaje, pasaron por Devon, y ella y Leonard recordaron tiempos pasados; en tanto él rememoraba los días que había compartido con Lytton y el filósofo Moore en 1912, poco después de regresar de Ceilán, ella se remontó más lejos en el tiempo; recordó la casa donde había pasado las vacaciones en 1898, y a Thoby corriendo al galope por el patio.

Un atardecer, los Woolf se acercaron al jardín de Talland House. Virginia — escribió Leonard en sus memorias— se asomó a contemplar,

a través de las ventanas de la planta baja, los fantasmas de su niñez:

«No sé si, como Heine, ella vio al Doppelganger y escuchó el apenado eco de la canción de Schubert: ‘Corazón, ¿recuerdas aquella casa vacía?, ¿recuerdas quién solía vivir aquí? ¡Ah, alguien viene! ¡Retorciendo sus manos! ¡Terrible! Soy yo misma. Puedo ver mi propia cara. ¡Hola, Fantasma! ¿Qué significa? Qué haces, burlándote de lo que viví aquí hace ya tantos años’».

El emotivo viaje concluyó a finales de mayo con una estadía de doce días en Rodmell. Aunque parecía que se encontraba mejor y retomó las pruebas de *Los años*, cuando visitó a su médica en Londres, esta le indicó que debía volver al campo y descansar. Le sugirió que debía pasar todo el verano allí con órdenes de no trabajar “más que % de hora por día”. Durante los siguientes tres meses y medio, Virginia estuvo recluida en Monk’s House.[469] De nada valía que Ethel le ofreciera reunirse con la princesa de Polignac, que había conocido a Proust; antes que nada, debía cuidar su delicado equilibrio. En vista de ello, descubrió un “nuevo estilo telegráfico” para redactar sus cartas, y volvió a un ritmo de lecturas que le recordaba el de su juventud. Descubrió con placer a Colette, y aunque quería corregir las pruebas de *Los años*, su “cabeza era casi como un pudín hervido y decorado con nervios calientes y rojos”. La corrección implicaba “vivir como un gato pisando huevos”, y se sentía agobiada por la “sensación de completa desesperación y fracaso”.

La vida resultaba como aplanada y todo debía ser cuidadosamente planificado.[470] Recostada en un sillón, recibía contadas visitas entre el té y la cena, y tenía mucho tiempo para reflexionar sobre ese extraño verano en el que descubría “nuevas emociones: humildad: alegría impersonal: desesperación literaria. Estoy aprendiendo mi oficio en las condiciones más feroces”. Durante ese período, halló consuelo leyendo las cartas de Flaubert: “Oigo mi propia voz gritar en alto ¡Oh arte!”. Como creía que debía ser el caso del escritor francés, Virginia concluyó que poca gente estaba sometida a semejantes torturas a la hora de escribir. También reconoció que su cerebro se había convertido en una máquina que solo podía hacer funcionar diez minutos cada vez y, abandonando la exigente tarea de escribir, se dedicó a la lectura. De todas maneras, se trataba de una lectura crítica. En efecto, después de leer la biografía de Juana de Arco escrita por Vita, concluyó que si bien se trataba de un sólido y respetable trabajo, edificado piedra sobre

pedra, con gran acopio de hechos, al personaje principal le faltaba vuelo.[471] Su lectura fue la de una escritora que siente que con ese material hubiera escrito otro libro:

«Cómo desearía que escribieras otro capítulo sobre la superstición: lo que el campesino francés creía en aquel entonces. No puedo evitar pensar que el estado mental en general era tan distinto del nuestro que voces, santos, venían, no de Dios, sino de una psicología común: ¿por qué todos eran capaces de escribir poesía; tallar estatuas; pintar cuadros? entonces, y no ahora. De modo que ellos creían como nosotros no podemos. O más bien, nuestra creencia es difícilmente perceptible para nosotros, pero lo será para aquellos que escriban sobre nuestras vidas en 600 años. [...] ¡Cuán angélicamente te comportaste con la Hogarth Press! Generosa, humana, adorable. En la época de Juana ninguna de esas cualidades existía. Por lo tanto oían voces celestiales ya que sin duda la vasija humana es tan limitada que solo puede contener unos pocos sentimientos exaltados, desasidos e impersonales cada vez. Como psicólogo, Proust es mucho más avanzado que Ronsard. Tu percepción o la mía es mucho más fina que la de las mujeres de 1456. Por otra parte, las campanas de la iglesia de Rodmell no generan en mí nada más que antipatía por la religión cristiana... más aún cuando ponen a ladrar a los perros de Miss Emery».

Después de unas pocas anotaciones, entre el 23 de junio y finales de octubre Virginia volvió a abandonar su diario personal. Pasó la mayor parte de ese tiempo en Rodmell, descansando, caminando, leyendo esporádicamente y escribiendo su correspondencia. Que no estuviera en su mejor momento de alguna manera la disculpa por no haberse mostrado gentil con su sobrino Julian. Tanto ella como Leonard estuvieron de acuerdo en rechazar una carta que había escrito sobre Roger y que deseaba que se publicara en la Hogarth Press. Mientras Julian vivió en China, tía y sobrino mantuvieron un fluido intercambio epistolar. En la correspondencia que mantenía con él, Virginia tenía un interlocutor polivalente que se interesaba sin distinción en las cuestiones familiares, artísticas, literarias o políticas. Cabía tanto contarle que Angelica tenía una desconcertante pasión por la ropa, como referirse a los paneles que Duncan pintó para decorar el *Queen Mary*[472] y que fueron rechazados, o decirle que nunca había soñado tan a menudo con la guerra. Las cosas se complicaban cuando expresaba, con cruda franqueza, lo que pensaba de sus escritos y de su

poesía. Esta vez, Virginia no evitó señalar que juzgaba que su trabajo sobre Roger Fry era demasiado personal. Como era de esperar, el asunto trajo cola: Julian y Vanessa se sintieron, cada uno a su manera, enojados y despreciados. Nessa le escribió a su hijo diciendo que debido al estado precario de los nervios y la mente de su hermana, esta no estaba capacitada para dar cuenta del “mérito real” de otros autores. [473] Pero no perdonaba tan fácilmente a Leonard, y señaló que su cuñado podía mostrarse “curiosamente estrecho y limitado en sus apreciaciones”, ya que a diferencia de Roger, era “incapaz de aceptar cualquier cosa que no hubiera sido hecha según sus reglas”.

Podría decirse que Virginia se mostró tan dura con Julian como lo venía siendo consigo misma. La tarea de revisión de las pruebas de *Los años* era ardua, avanzaba lentamente y recién pudo terminarla al final del verano. Incapaz de someterse al estrés adicional de asumir alguna participación en política, y alegando que Leonard podía hacer el trabajo de los dos —“o incluso el de una docena”—, por entonces renunció al Comité antifascista del que ambos eran miembros. [474] Aun así, se sumó a la Asociación de Escritores para la Defensa de la Cultura, firmó una carta con otros intelectuales solicitando el apoyo del gobierno inglés al gobierno español, que apareció en diferentes periódicos, y en diciembre publicó en el *Daily Worker* una nota en la afirmaba que era importante que los artistas tomaran parte en política.

Ethel vs. Bloomsbury

La crisis de salud que atravesó Virginia, y que se extendió más allá de la primera mitad del año, tuvo consecuencias en su relación con Ethel. Si bien ella reconocía que Virginia la había estimulado a escribir el último tomo de sus memorias, y se lo dedicó, las amigas no paraban de discutir acerca del valor de sus respectivos grupos y amistades. El caso es que Virginia diferenciaba entre el estilo literario de Ethel —decía que escribía “como un viejo pavo esparciendo la gravilla con sus patas traseras”— y las cosas interesantes que tenía para contar. Incluso le recomendó a Vanessa que leyera sus memorias, señalando que podría ver allí un vivo retrato de los amigos de Ethel, un personaje que calificaba de shakesperiano, cuyo “genio” era a su manera inefable [475] Pero a diferencia de Ethel, que defendía a capa y espada

a su adorado amigo Maurice Baring, Virginia no dudaba en criticarlo de la misma manera que ella hacía con los integrantes de Bloomsbury. En la correspondencia que ambas sostuvieron ese verano, la discusión se reiteraba tanto que incluso Vita fue llamada a contemporizar. Su posición respecto de Bloomsbury no admitía críticas y, con el ánimo de una sobreviviente, leal y apasionada, Virginia le escribía a Ethel:

«Un joven me envió un libro el otro día en el cual perpetuamente utilizaba ‘Bloomsbury’ como una convención para todo lo tonto, barato, indecente, vanidoso y demás. Tras lo cual le escribí: Toda la gente que más respeto y admiro han sido lo que llamas ‘Bloomsbury’. Así, aunque tienes todo el derecho de despreciarlos y aborrecerlos, no puedes esperar que yo esté de acuerdo. Es más, utilizar un término general como este, sin dar casos ni nombres, para que la gente de la que te burlas pueda defenderse, me parece un subterfugio cobarde, del cual deberías avergonzarte. De todos modos, nunca vuelvas a visitarme a mí, que vivo en Bloomsbury. [...] Y como tú has pisado nuevamente ese dedo —admito que todos los periodistas baratos, desde que Roger y Lytton murieron, han estado saltando sobre él—, veo rojo: color que no es favorable para la crítica, arte que debería ser impersonal; de modo que no te diré lo que pienso de tu artículo, también por este segundo motivo. El primero, sin embargo, es el más importante (para emplear una palabra de Bloomsbury): he leído casi todo Baring; y resumir nuestras diferencias sería, como digo, utilizar más tiempo y poder cerebral de los que poseo».

En ese estado de cosas, y para evitar que Virginia se alterara, Leonard intervino y se cancelaron los encuentros con Ethel. Marido y amiga entraban en conflicto. En tanto Ethel insinuaba que Leonard arrastraba a Virginia a los comités políticos, cuestión que ella negaba si bien admitía que ese era “el hobby y la pasión de Leonard”, él estaba convencido de que la vieja dama era más nociva que el zumbido de las reuniones políticas que, puerta de por medio, alteraban a Virginia. De hecho, entre las pocas distracciones que jalonaron ese verano, Leonard sólo permitió aquellas que creía que no alterarían ni perjudicarían el delicado equilibrio de su mujer. Así pues, el 30 de agosto asumió el riesgo de asistir junto con ella a una representación teatral familiar en Charleston.

La *performance* comenzó con una canción entonada por una amiga de Angelica, recostada en una mesa y con vestimenta eduardiana, cuya

gracia consistía en tomar unos tragos de gin cuando olvidaba la letra. Luego Janie Bussy, profesora de francés de Virginia, recitó en acelerado e ininteligible francés; y finalmente Angelica representó tres pequeñas piezas. En una de ellas personificó a una joven escritora que visita a la reconocida autora Virginia Woolf, y encuentra, en boca de la monita títí de Leonard, el manuscrito que le había enviado para que leyera. Otro de los momentos fuertes de la noche fue cuando Duncan apareció en escena, extrañamente caracterizado: “con una simple máscara y una mantilla negra, con una figura de mujer desnuda hecha de cartón atada a su cuerpo mientras hacía piruetas, ocultando a medias sus partes privadas con su mantilla y abanico”.

Finalmente, Quentin representó el papel de una mujer norteamericana, que junto con una francesa interesada más que nada en ver dónde estaba el cuarto de baño, realizaban un *tour* guiado por Charleston en el año 2036. Un guía uniformado señalaba a las turistas las piezas de mobiliario, relacionadas emblemáticamente con los presentes: una caja fuerte representaba a Maynard Keynes; un escritorio, a Clive; unas bibliotecas, a los Woolf. Según parece, los miembros de Bloomsbury estaban intrigados por imaginar cómo sería su reconocimiento póstumo. El caso es que Virginia se divertía con esas ocurrencias, y los encuentros familiares y el descanso en Rodmell tuvieron efectos positivos. En septiembre, con fuerzas renovadas, experimentó “un brote de salud”. Consciente de que su cerebro no se percataba de términos medios —era “sequía o inundación”—, aprovechó su mejoría para corregir las pruebas de *Los años*. Las “viejas prescripciones de Savage” habían resultado y se reponía paulatinamente; así pues, a finales de ese mes consideraba que había pasado lo peor y el 11 de octubre pudo regresar a Londres.

“¿Soy una esnob?”

El 30 de octubre Virginia retomó su diario: no deseaba detenerse a analizar el extraordinario verano que había vivido; le parecía “más útil y saludable escribir escenas; tomar mi pluma y describir acontecimientos actuales”. La decisión implicó dejar en blanco cuatro meses y evitar describir la etapa de “desesperación suicida” que había atravesado. Eludiendo ese tipo de temas, volvió a su diario relatando

situaciones menos conflictivas. Con ese talante describió una visita a lady Colefax, quien había enviudado y debido a problemas económicos se había visto forzada a abandonar Argyll House, la casa de sus famosas recepciones, y también estaba rematando otras pertenencias. Esas notas de su diario sirvieron como base para el interesante texto autobiográfico-confesional “¿Soy una esnob?”, que Virginia leyó a principios de diciembre, en una reunión del Memoir Club, y que fue publicado póstumamente.

Si bien estaba mucho mejor, el 1° de noviembre, a poco de ponerse a revisar las pruebas de *Los años*, entró en pánico. El libro le parecía “tan malo” que decidió “llevar las pruebas, como un gato muerto, a L. y decirle que las quem[ara] sin leerlas”. Lo hizo con la impresión de que se sacaba un gran peso de sus hombros; no se sentía “Virginia, la genio” sino un ser insignificante, cansado, viejo, pero feliz de continuar “100 años con Leonard”. Preocupado, él comenzó a leer sin decir palabra. Mientras tanto, Virginia experimentó una suerte de “depresión activa”:

«Caí en uno de mis tórridos calores y profundos sopores,^[476] como si se me hubiera ido la sangre de la cabeza. De pronto L. bajó su prueba y dijo que la consideraba extraordinariamente buena, tan buena como cualquiera de ellas. Y ahora continúa leyendo, y cansada con el esfuerzo de escribir estas páginas subo a leer».

Un día más tarde, Leonard hizo un alto en la lectura para decirle que el libro era “extraordinariamente bueno: muy extraño; muy interesante; muy triste”. Después de terminar de leerlo, agregó que incluso era mejor que *Las olas*. Virginia sintió que se había producido un “milagro”:

«L. bajó la última hoja alrededor de las 12 anoche; y no podía hablar. Estaba llorando. Dice que es “un libro muy notable... le gusta más que *Las olas*” Y no tiene ni la mínima duda de que deba ser publicado. Yo, como testigo, no solo de su emoción, sino de su absorción, ya que leyó y leyó, no puedo dudar de su opinión: ¿qué hay de la mía? De todos modos el momento de alivio fue divino. Apenas sé aún si estoy sobre mis talones o cabeza... tan asombroso es el cambio total desde el martes por la mañana. No he tenido semejante experiencia antes».

Años después, en sus memorias, Leonard contó las cosas de manera

diferente. Consciente de que una mala crítica a su libro podría haber amenazado la recuperación de Virginia, decidió mentir. Si bien su obligación como editor era exponer los méritos y defectos del texto y definir si se publicaría, como marido sabía que se trataba de una “difícil y peligrosa tarea” que ponía en riesgo la salud de su mujer.

Leonard subrayó que hasta ese momento siempre había dado una “opinión absolutamente honesta”, y aunque el libro no era tan malo como su autora pensaba, él tampoco lo consideró de los mejores: “Fue en muchos sentidos un libro notable y muchos autores y la mayoría de los editores se hubieran alegrado de publicarlo como estaba. Yo lo consideré bastante largo, particularmente en el medio, y no tan bueno como *Las olas*, *Al faro* y *La señora Dalloway*”. A pesar de todo, elogió el libro y Virginia se sintió aliviada, aunque no podía superar las dificultades que presentaba la corrección y sufría intensamente. Torturada y agobiada, se prometía no volver a escribir otro libro tan extenso. *Los años* había resultado tan agotador “como un largo parto”. Finalmente, después de trabajar arduamente con las pruebas de galeras, cortó “dos enormes pedazos”, hizo correcciones en casi todas las páginas, y el 31 de diciembre entregó las pruebas corregidas a la imprenta.

Mientras esas intensas batallas se desarrollaban en su aparato psíquico, Europa continuaba en crisis. Franco había bombardeado Madrid, pero la ciudad resistió hasta principios de noviembre. Durante varios meses, debido a su estado físico y mental, Virginia había evitado anotar en su diario los acontecimientos políticos. Cuando estuvo lo suficientemente bien como para registrarlos, decidió intervenir de alguna manera, y publicó un artículo en el diario comunista *Daily Worker*, en el que declaraba que en épocas de crisis, como la que estaban viviendo, los artistas debían sumarse a la vida política, salir de sus estudios y talleres para bien de la comunidad. Aun así, durante una comida con Adrian en la que el tema principal fue el psicoanálisis, sintió alivio por “no tener que hablar siempre de política”.

De política sí habló con lord Cecil, presidente de la Unión de la Liga de las Naciones, que defendía la propuesta rearmamentista de Churchill con la idea de que con eso se fortalecería la autoridad y efectividad de la Liga. Para lord Cecil, la postura “aislacionista” de Bertrand Russell — con la que Virginia se sentía identificada — [477] era una completa locura. “¡Decirnos que debemos someternos a Hitler!”, había exclamado ofuscado lord Cecil. La política amenazaba con invadirlo todo, incluso la Hogarth Press, ya que entre 1933 y 1936 las publicaciones políticas

superaron en número a las literarias. Al tiempo que leía los panfletos pacifistas que publicaban, Virginia se anoticiaba de la postura de Russell. Si bien por inclinación coincidía con el enfoque de Huxley, [478] se sentía obligada a considerar la posición de Leonard, que, cada vez más convencido de la necesidad de favorecer un fuerte sistema de alianzas internacionales, apoyaba el rearmamentismo.

Las marchas antifascistas estaban a la orden del día y la guerra civil española era un hecho, pero una de las cosas que más impresionó a Virginia fue ver las fotografías de niños españoles muertos tras los bombardeos. De todas maneras, se trataba de tragedias de algún modo lejanas, y en Londres la vida cotidiana continuaba sin que su rutina se viera afectada. Es así como a mediados de noviembre Virginia retomó su vida social y, reconciliada con *Los años*, escribió en su diario que no debía sentirse desdichada, ya que se trataba de un libro intenso, verdadero y tenaz; diferente, más “real” y con “más sangre y huesos” que los otros. Además de proponerse no preocuparse por la opinión de los críticos, reconocía que el libro le había enseñado a construir escenas:

«De hecho halago a esa mujer terriblemente deprimida, yo misma, cuya cabeza le dolía tan seguido; que estaba enteramente convencida del fracaso; ya que a pesar de todo creo logró salir de eso, y debe ser felicitada. Cómo lo hizo, con su cabeza como un trapo viejo, no lo sé».

La amante del Rey

El año 1936 también fue de crisis para Inglaterra. La muerte de Jorge V el 20 de enero, había generado expectativas en el público inglés, muy atento, además, a los mecanismos sucesorios. Estas cuestiones ocuparon buen espacio en el diario personal de Virginia. La noche del deceso del monarca, ella se había acercado en auto a Buckingham y, como otras personas que daban vueltas por el lugar, le preguntó a un policía acerca del último boletín oficial. “La vida de Su Majestad se está aproximando a un pacífico fin”, le contestó el uniformado sin demasiada convicción, como si estuviera recitando una oración aprendida. El lugar bullía de gente y agitación; pero el desenlace no se hizo esperar demasiado, y al día siguiente todos pudieron conocer las últimas palabras del monarca: “Le había dicho a su secretario ‘¿Cómo se encuentra el Imperio?’... una

expresión extraña. ‘El Imperio, señor, se encuentra bien’; tras lo cual se durmió”.

Aunque se confesaba atraída por la aristocracia y le encantaba que las duquesas la admiraran, Virginia no dejaba de ser crítica con la monarquía y con los sentimientos que la muerte del rey despertaba en el público inglés: “Una curiosa supervivencia de barbarie, emoción, heráldica, clericalismo, pura sentimentalidad, esnobismo, y algún sentimiento para el hombre común que era tan parecido a nosotros mismos”. De todas maneras, el poder democratizante de la muerte se imponía sobre cualquier diferencia social, incluso sobre viejos rencores. Por eso, al enterarse del fallecimiento de la madre de Vita, Virginia sintió que ya no tenía en común con la “pobre vieja infeliz” que tanto la había injuriado.

En cuanto al rey, quedaba claro que a rey muerto, rey puesto, y ella misma sentía curiosidad por el sucesor aunque opinaba, después de escuchar fuentes cercanas a la realeza, que Eduardo era un “sinvergüenza barato de segunda cuyos únicos buenos puntos” eran que tenía “dos amantes y que no se casará ni formará un hogar”; y que se reunía a tomar el té con las esposas de los mineros.

Bastante antes de que la opinión pública estuviera al corriente de las implicancias del *affaire* entre el sucesor al trono y la dos veces divorciada Wallis Simpson, los Woolf conocían los detalles que les suministraba, entre otros, su amigo Kingsley Martin,^[479] editor del *New Statesman and Nation (NS&N)*. Finalmente, el 2 de diciembre un periódico publicó que el obispo de Bradford se había referido a la asistencia irregular del rey a la iglesia. A partir de entonces, la relación entre el rey y la señora Simpson invadió los periódicos. Virginia escribió en su diario que todo Londres se encontraba “excitado” y agregaba: “No podemos tener una Simpson por reina, esa era la sensación. Ella no es más real que tú o yo, es lo que dijo la jovencita del almacén”. Aun así, al principio, una oleada de simpatía romántica apoyó el *affaire* real. Eran varios los que opinaban que las convenciones victorianas debían quedar en el pasado y que había que dejar que Eduardo se casara “con quien quisiera”, pero en ambientes como el exclusivo club al que asistía Clive Bell, la mayoría de los nobles expresaban sus temores y denunciaban que la monarquía estaba en crisis. Lo cierto es que este asunto había cambiado el centro de atención: “España, Alemania, Rusia... todos fueron apartados a codazos”. La época de los *paparazzi* comenzaba: Wallis Simpson era fotografiada bajando de su automóvil; también fotografiaban su equipaje. Pronto las simpatías que despertaba

el *affaire* fueron cambiando de signo. Virginia fue una de las primeras en cansarse:

«De hecho estamos todos hablando hasta por los codos; y pareciera que ese insignificante hombrecito hubiera movido la piedrita que desplaza una avalancha. Cosas, imperios, jerarquías, moralidades... nunca volverán a ser lo mismo. Sin embargo hoy hay una cierta sensación de que el botón ha sido presionado demasiado fuerte: la emoción ya no se ofrece tan generosamente. Y el rey puede mantenernos a todos esperando, como un niño malcriado en el cuarto de niños, mientras se sienta, tratando de decidirse».

El 10 de diciembre, según consta en su diario, Virginia siguió con atención las alternativas que parecían culminar con la abdicación del rey. El grupo de Bloomsbury tenía preferenciales contactos e informantes cercanos a la realeza, entre ellos Mary Hutchinson, que tenía amigos en la corte y conocía lady Diana Cooper, invitada por el rey a un crucero que compartió con Mrs. Simpson. También recibían chismes del secretario privado de la princesa Mary, amigo de Duncan Grant. Todo eran especulaciones acerca de qué pasaría y Virginia encontraba emocionante que cada día amaneciera con noticias nuevas. Pero con el paso de las horas, la actitud de la gente había cambiado y ella constataba que “la jovencita de la tabaquería” había dicho que el rey “debería sentirse avergonzado”. Por su parte, Virginia era de la opinión de que “la pequeña mente burguesa trastornada del rey” era de temer, y se preguntaba por qué deseaba casarse cuando “podría haber continuado con Mrs. S. como amante hasta que ambos se enfriaran: nadie objetaba”.

Como le había sucedido a principios de año, ante la inminencia de la muerte de Jorge V la tarde del 10 de diciembre Virginia sintió la necesidad de ir a Westminster. Allí se encontró con Ottoline y Bob Trevelyan. Mientras recordaban el Jubileo de Diamante de la reina Victoria, ocurrido cuarenta años antes, Ottoline señaló la ventana a la que se asomó Carlos I, poco antes de que le cortaran la cabeza; entre tanto Virginia tuvo la sensación de estar en el siglo XVII, conversando con una de las cortesanas que lamentaba “no la abdicación de Eduardo [...] sino la ejecución de Carlos”. Luego, Ottoline se lamentó del estado de cosas presente y criticó al rey: “Pobre niño tonto. Nunca pudo controlar su mal genio. Nadie podía decirle nada que le desagradara”. Con la sensación de sentir la “presión” de todos los reyes de Inglaterra y

de las glorias de la Corona sobre sus cabezas, ambas se alejaron en un taxi. Por entonces, la noticia de la abdicación ya estaba en los titulares de los periódicos.

Ese mismo día, Virginia escuchó al príncipe Eduardo, anunciando por radio su renuncia al trono:

«Con una forzada voz acerada, como si estuviera parado con la espalda contra la pared, el rey (pero eso ya está desvaneciéndose y aferrándose a York) comenzó: “Al fin... puedo hablarles. La mujer que amo... Yo, que no tengo ninguna de esas bendiciones...”. Bueno, uno se puso en contacto con la carne humana, supongo. También con una decidida mente obstinada y acerada... un joven muy común; pero la cosa nunca había sido hecha a esa escala. Un hombre instalado en la Torre Augusta en Windsor dirigiéndose al mundo de parte suya y de Mrs. Simpson. Afuera en la plaza había un vacío total».

Finalizado el asunto de la abdicación y con Jorge VI como nuevo rey, Virginia volvió a sus asuntos: los Woolf partieron a Monk's House, donde pasaron la Navidad. El 31 de diciembre, ella anotó en su diario que se sentía aliviada por haberse liberado de su libro. Bueno o malo, estaba terminado.

Sentía una “absoluta necesidad” de trabajar, se encontraba capaz y con la habilidad suficiente para encarar la biografía de Roger Fry y *Tres guineas*; también lista para escribir unos artículos para Norteamérica, y sobre Gibbon, al cumplirse el centenario de su nacimiento.

El difícil año terminó con un magnífico regalo. Como si con ello demostrara que todo lo grande está en medio de la tempestad,^[480] Violet Dickinson le envió dos volúmenes, tipados y encuadernados, que reunían cerca de 350 cartas que Virginia le había escrito desde su juventud. Un regalo que incluso tienen que agradecer los lectores, ya que estas cartas ocupan más de la mitad de las que forman el primer volumen de su correspondencia. Se trataba de un obsequio espléndido y conmovedor que le permitió acceder a la escritura, los pensamientos y sentimientos de la joven que había sido. De todas maneras, Virginia concluyó que no estaba segura de que le gustase “aquella muchacha” y se sintió feliz de que Angelica no tuviese que “pasar por todo lo que su tía pasó a su edad”. Esas cartas tenían, como ningún otro testimonio, la capacidad de evocar “ráfagas de su trágico pasado” y traían a su memoria muchas cosas que había olvidado.

CAPÍTULO XL - 1937

Analizar las propias intensidades

A principios de enero murió Stephen Tomlin,[481] el joven escultor que en 1931 había realizado el busto de Virginia que hoy se encuentra en Monk's House.[482] Ella lamentó el fin de esa vida trágica y “desperdiciada”, y esbozó una semblanza de Tomlin en la primera anotación de enero, en su diario, pero enseguida, y como si se tratara de un recuerdo más amable, describió una visita a Elizabeth Robins,[483] actriz y escritora que había conocido a sus padres y que vivía en Brighton con la joven médica Octavia Wilberforce.[484] Aparte de admirar la vitalidad de Robins, quien por entonces tenía cerca de setenta y cinco años, y de escuchar sus interesantes experiencias, Virginia disfrutó de una velada amena, y también le agradó Octavia, que elogió *Un cuarto propio* y relató su lucha por convertirse en médica.

Poco después, otra vez en Londres, los Woolf supieron que la encargada de la Hogarth Press desde 1933, Margaret West, estaba muriendo a causa de una neumonía. Ambos creían que había sido su empleada más eficiente, y cuando finalmente murió debieron enfrentar la pesada tarea de buscar y enseñar a su reemplazante. Pero antes, cuando Virginia asistió a su funeral y vio en acción a las amigas de Miss West, tuvo la sensación de que su muerte hacía desplegar sentimientos malolientes de hostilidad y celos asociados con el “safismo”, y que un “nido de víboras” rodeaba a su difunta empleada.[485]

Los fantasmas de la enfermedad y de la muerte sobrevolaban los primeros meses del año, e incluso Leonard estuvo bastante enfermo. Como no daban con un diagnóstico, Virginia se confesaba “diabólicamente ansiosa” y preocupada. Solo después de numerosas

consultas médicas, él comenzó a mejorar y quedaron descartados los peores pronósticos que iban desde problemas de próstata a diabetes; y ambos sintieron alivio, una “deliciosa tranquilidad y contento, como si otro espacio de vida [les] hubiera sido otorgado”. A partir de su mejoría, Leonard siguió un tratamiento con el doctor F. M. Alexander, [486] gracias al cual llegó a dominar el temblor de las manos que lo acompañaba desde los cinco años. Para Virginia se trataba de una característica que había determinado su personalidad: “L. está temblando menos y menos — puede tomar su café firmemente— y, a los 56, ha podido curar una enfermedad que, adivino, moldeó erróneamente su vida desde los 5. Toda su timidez, su sufrimiento en sociedad, su dureza y determinación, podrían haber sido suavizados”.

En febrero, aligerada de la preocupación causada por la salud de Leonard, Virginia preparaba una charla para la BBC que dio en abril, y continuaba muy ocupada, leyendo manuscritos y trabajando en *Tres guineas*. En ese contexto, las distracciones no eran bien recibidas, y consideró que había perdido una de sus pocas “solitarias noches” conversando con Marguerite Yourcenar, traductora de *Los años* al francés. Aunque no se detuvo demasiado en describirla, la joven escritora le pareció una mujer dueña de un pasado, “intensa; una francesa trabajadora” e intelectual. Preocupada por sus propias intensidades, más que por conocer gente nueva, Virginia no intimó con quien sería miembro de la Academia francesa y muy apreciada escritora, dueña además de gran erudición. Durante los primeros meses del año, intentó elaborar un sistema que le permitiera reaccionar positivamente ante situaciones que históricamente la habían desbordado. Se acercaba la publicación de *Los años* e intuía que por un largo período la crítica no le sería favorable, pero pensaba que si seguía viva, y escribiendo, en otros quince años los críticos cambiarían “su tonada”. En ese sentido, concluía que debía deshacerse de la necesidad de defenderse y concentrarse en “forjar hacia delante, sobre [sus] propias líneas”. El remedio, o la respuesta, era trabajar siempre en algo y lograr “un nuevo tipo de indiferencia”. Por otra parte, frente a los conflictos políticos y sociales, Virginia advertía “cuán poco la bondad o maldad de [sus] libros afectan al mundo”. Evidentemente, las cosas habían llegado a un punto crucial y los libros no alcanzaban para detener el fascismo. Eran muchos los intelectuales y escritores dispuestos a tomar medidas activas. Entre ellos, el joven Stephen Spender que, en vísperas de viajar a España para hacer unas transmisiones radiales, pensaba que se debía impedir que los fascistas se

apoderaran de ese país, y agregaba: “Luego será Francia; luego, nosotros”. Spender consideraba que el Partido Comunista, al que se había afiliado, deseaba que “muriera, para que hubiera otro Byron”. Dejando de lado las implicancias políticas de su discurso, Virginia focalizó su interés en esta frase que le daba la oportunidad de elaborar “la psicología de la vanidad”.

Como siempre, las cuestiones relacionadas con el egotismo, las ínfulas y la vanagloria de los escritores le interesaban en cuanto le brindaban una imagen espejada de su propia autorreferencialidad. Con *Los años* próximo a ser publicado, la cuestión se actualizaba. Sus emociones eran “peculiares y desagradables” y se sentía tentada a describirlas. La sacudía “una sensación física [...] redoblando levemente en las venas” que la dejaba impotente y aterrorizada.

Si bien a finales de febrero todo parecía marchar mejor y decía estar “imbuida” en *Tres guineas*, un par de días después volvía a sentirse “sin protección” y escribía en su diario: “Leonard salió a comer. Nessa tiene a Quentin y no me necesita”. Se actualizaban los viejos fantasmas del abandono, y también la perseguía la visión de que la gente y los críticos se reirían a sus expensas. Virginia se sentía observada e, incapaz de rechazar estas sensaciones, su psiquis y todo su cuerpo se resentía. Al mismo tiempo lograba una suerte de desdoblamiento que le permitía observarse a sí misma:

«Y esta ansiedad y esta nada me rodean con un vacío. Afecta los muslos sobre todo. Y quiero romper en llanto, pero no tengo nada por qué llorar. [...] Y sé que debo continuar haciendo esta danza sobre ladrillos candentes hasta morir. Esto es un poco superficial, lo admito. Porque puedo refugiarme y mirarme a mí misma expuesta de esa ridícula manera y siento una completa calma submarina: un tipo de calma además que es tan fuerte como para levantar todo el peso: puedo obtener eso de a momentos; pero los momentos de exposición son aterrorizantes. Miré mis ojos en el espejo una vez y los vi definitivamente aterrados».

A principios de marzo, Virginia consideró oportuno registrar la evolución de sus síntomas físicos y psíquicos e incluso dibujó gráficos en sus diarios. Por varios días, su temperatura se mantuvo alta sin motivo aparente y, como venía sucediendo desde el año anterior, temía la cercanía de la locura. Finalmente, sintió que trabajar en *Tres guineas* era un rescate eficaz, una “absorción genuina” contra “la fría locura”. Además de analizar su salud en su diario, seguía eligiendo a Ethel

Smyth como destinataria predilecta de sus cartas. En efecto, a la hora de confesar sus estados de ánimo, poco importaban sus diferencias y que no coincidieran en sus gustos literarios. En un intento de restar importancia a lo que dijera el público y la crítica, en una de esas cartas Virginia manifestaba que detestaba verse “arrastrada hacia la superficie cuando [su] morada natural [estaba] en la oscuridad de las profundidades” y se comparaba con Ethel:

«Lo que me gustaría decir es cuán valiente te considero. ¿Por qué pienso eso? ¿Cuándo? A medianoche ayer, estando insomne pensé en ti con un aplauso de admiración, paseando el perrito, escribiendo el libro; pensé en ti como un botecito de remolque pensaría de un majestuoso barco que viaja por el mar abriéndose camino, asistido por fuentes y rodeado de delfines... forjando más y más. Y yo me sacudo y tambaleo en tu espuma. Ahora creo que el coraje es la mayor de las virtudes humanas, y el único don que podemos impartir. [...] La vida es de una dureza que francamente todavía me aterroriza».

Sea como fuere, Virginia logró armarse de ese coraje que tanto admiraba, pudo detener la crisis que se avecinaba, e incluso llegó a postularse a sí misma como un objeto de estudio: “También mi propia psicología me interesa. Me propongo anotar cada una de mis idas y venidas, para mi propia información. Y así objetivada, el dolor y la vergüenza enseguida se tornan menores. Y he demostrado para mi propia convicción que puedo escribir con furia, éxtasis, y aun con absorción”.

Los años y el precio de la fama

En marzo, cuando finalmente aparecieron los primeros comentarios de *Los años*, Virginia se encontró gorjeando de alegría: la consideraban una “novelista de primer nivel y una gran poeta lírica”; y si bien sus dudas persistían, se decía a sí misma: “Pero ahora, mi querida, tras toda esa agonía, soy libre, entera; redonda”. Las reseñas auguraban un éxito de ventas y económico. Y aunque lo hubo, las críticas menos favorables — en el diario comunista *Daily Telegraph* dijeron que se trataba de “un cansado y anémico libro de clase media”— no alcanzaron a deprimirla. Reconocía que el triunfo de su libro era tan evidente como increíble.

Pero aunque había meditado y establecido estrategias de comportamiento para acompañar la salida de la novela, nunca saldría indemne del estrés que le producía publicar. Ni siquiera la estadía en Rodmell, donde los Woolf pasaron unos días a finales de marzo, logró impedir que cediera al abatimiento y experimentó una recaída que Leonard registró en su diario lacónicamente: “V migraña”.

En ese estado de hipersensibilidad, incluso la belleza de Rodmell, que otras veces era un antídoto para cualquier malestar, se convertía en “demasiado para un solo par de ojos”. Aun así, disfrutaba de la visión de la combinación del “jardín, con la iglesia, y la cruz de la iglesia negra contra la colina de Asheham”, que conformaban un conjunto acabado, un todo donde aleatoriamente se habían juntado elementos que confluían en una visión “de lo inglés” apropiada a su sensibilidad. Ese paisaje reunía, sin esfuerzo, los elementos de la identidad inglesa sobre la que había trabajado en *Los años*. Feliz por la repercusión de su libro, Virginia anotó en su diario: “Ese es el logro [...] de mis 55 años”. Sus peores temores no se habían cumplido, nadie se burlaba de su trabajo y había logrado su mayor objetivo: “dar una imagen de la sociedad como una totalidad”; mostrar personajes en un trasfondo social y “exhibir el efecto de las ceremonias”. También sugerir que no existía ruptura entre presente y futuro, “sino un desarrollo continuo, posiblemente una recurrencia de algún patrón; del cual desde luego nosotros los actores somos ignorantes”. La respuesta de los lectores fue contundente y ese año el libro se convirtió en *best seller*.^[487]

De todas maneras, lejos de instalarse en el exitismo, Virginia admitía que “el tema había sido demasiado ambicioso”. También se lamentaba de haber recortado a los personajes, enmudeciéndolos en orden a “mantenerlos de cara a la sociedad”, “errando por completo las proporciones”. El caso es que, con calma y gracias a los buenos comentarios de la crítica y a la excelente recepción de los lectores, logró desapegarse del libro cuya corrección le había traído tanto sufrimiento y consiguió trabajar con entusiasmo en sus nuevos proyectos. Por otra parte, al mismo tiempo que su celebridad aumentaba, el periodismo insistía en asediarla. Así pues, un día la apacible vida en el campo se vio alterada por la irrupción de un reportero de *The New York Times*, al que le había negado una entrevista y que no tenía más permiso que para mirar, desde afuera, la fachada de la casa. La escena de la invasión tuvo lugar una tarde, cuando desde la cocina Virginia observó que se aproximaba un Daimler negro:

«Luego un impecable hombrecito con un abrigo de tweed apareció en el jardín. Alcancé la sala de estar; lo vi parado ahí, mirando alrededor. L. no advirtió su presencia. L. estaba en la huerta con Percy [Bartholomew, *jardinero*]. Luego adiviné. Tenía un anotador verde y se paró mirando alrededor anotando cosas. Agaché mi cabeza; casi me atrapó. Por fin L. se dio vuelta y lo enfrentó. No, Mrs. W no quería ese tipo de publicidad».

Entre furiosa y fóbica —tenía la sensación de que una chinche caminaba por su piel y no la podía aplastar—, Virginia encontró una salida a su enojo, escribiendo un texto divertido que podría encuadrar en los estudios culturales: “La Fantasía acerca de un caballero que convirtió sus impresiones de una casa particular en dinero contante y sonante”. Como siempre, periodistas y extraños provocaban sus recelos, pero ella también temía las críticas de sus amigos. En esta oportunidad, se sintió aliviada a finales de abril, cuando en una reunión del Memoir Club Maynard Keynes elogió *Los años* y dijo que se trataba de su mejor libro. Contenta con sus logros, Virginia registró en su diario: “Morgan dijo: estoy tan orgulloso de todos, que casi lloro... creo que dijo eso. De todos modos, fue un gran éxito”.

La recepción de la novela le deparaba una sorpresa tras otra: recibió elogios entusiastas de William Faulkner y, aunque preveía críticas destructivas de las nuevas generaciones, Stephen Spender la felicitó por su novela. Pronto *Los años* figuró en la cabeza de la lista de libros más vendidos del *Herald Tribune* y batió su récord de ventas con cerca de 25.000 ejemplares. Con todo, y recordando lo que había padecido escribiéndolo, Virginia dudaba de que pudiera escribir otra novela larga a menos que se encontrara bajo una “gran compulsión”, como la que había signado *Los años*.

La decisión de Julian

El 13 de marzo, los Woolf asistieron a una reunión familiar en Charleston para celebrar el regreso de Julian. Vestido con ropajes chinos, él distribuyó obsequios entre los presentes. Varios motivos lo habían decidido a regresar: un profesor de origen chino, colega suyo en la universidad, había descubierto el *affaire* que sostenía con su esposa,

la escritora y pintora Ling Su-Hua. Además, cada vez más convencido de que era necesario actuar en política, Julian insistía en alistarse en la Brigada Internacional, el ejército antifascista de España. Su resolución, que no admitía discusiones, preocupaba a Nessa, y Virginia la encontró sumergida en una “extraordinaria profundidad de desesperación”. En cuanto a Julian, Virginia percibió que el joven que había partido a China se había convertido en todo un hombre dueño de sí mismo; pero también sintió que, aunque afectivo y cariñoso, había algo trágico en su tristeza, y lo encontró “tirante, tenso, a la defensiva, sin espontaneidad”. De pronto, Julian se convirtió en el personaje del momento y todo comenzó a girar en torno de su decisión. Lo cierto es que Leonard no estuvo cómodo durante el encuentro y, además de sentirse molesto “por el intenso ‘egocentrismo’” de la familia de su mujer, acusó a Nessa de no escuchar a su hijo. Si bien Virginia asociaba su enojo con lo que llamaba el “complejo familiar” de Leonard, reconocía que había cierta verdad en sus apreciaciones.

En efecto, al tiempo que ella continuaba con su ensayo sobre Gibbon y *Tres guineas*, las cosas se complicaban en el ámbito familiar. La decisión de Julian parecía irrevocable. A mediados de abril, y con intención de disuadirlo, los Woolf lo invitaron a comer junto con Stephen Spender y Kingsley Martin, dos expertos en el tema. Spender, que había regresado de España, dudaba de la utilidad de unirse a las Brigadas Internacionales y sostenía que debían advertir a Julian que España era un “infierno... de estrechez y dogmatismo político”. En contra de lo que esperaban, la conversación confirmó a su sobrino en su resolución y desconcertó a Virginia, que pensaba: “¿Cuál es nuestro deber? ¿Qué ha de hacer un hombre responsable como KM? No puede ser un pacifista; los irresponsables pueden. Me senté ahí separando mi posición de la de ellos, evaluando lo que decían, convenciéndome de mi propia integridad y justicia”.

Si bien hasta 1935 Julian se había identificado con el movimiento pacifista, e incluso editó una serie de ensayos de objetores de conciencia, titulados *We Did Not Fight* (No peleamos),³⁷ con el tiempo se había distanciado de esa posición. Convencido de que la causa antifascista, tanto a nivel nacional como internacional, justificaba la acción violenta, deseaba enrolarse cuanto antes. El joven aspirante a poeta y escritor, que había fallado dos veces en obtener su *fellowship* y que hasta ese momento no parecía encontrar su lugar en el mundo, hacía gala de una determinación irrevocable. A pesar de haber sido elegido Apóstol en la universidad, Julian no había podido seguir con la

carrera académica y tampoco había logrado que la Hogarth Press publicara sus trabajos. Con las mujeres corría una suerte diferente, conquistando tanto a solteras como a casadas. En China, cuando el marido de Ling Su-Hua descubrió la relación que mantenían, sacó a su mujer de la ciudad. Mientras tanto, Julian pidió la renuncia a su puesto alegando motivos personales y empezó un romance con la inglesa Innes Jackson. Una vez en Inglaterra, comenzó a frecuentar una nueva conquista: Jill Rendell. Pero los asuntos del corazón no apagaban su fuego. Por fin, las presiones familiares lo disuadieron de integrar la Brigada Internacional, y entre todos, pensando que era más seguro, lo convencieron de trabajar como chofer de ambulancias en España. Apuntando a ese objetivo, Julian comenzó a estudiar mecánica y a conducir un camión ambulancia.

La decisión de Julian ensombrecía a Virginia, pero no la dejaba inactiva. Por entonces y como ya lo había hecho en otras oportunidades, habló por radio para la BBC.[488] Esa primavera sería productiva en varios aspectos: no solo preparó cuidadosamente su alocución sino que trabajó también en *Tres guineas*, un par de ensayos sobre Gibbon y también escribió sobre Congreve[489] y su “espléndido inglés duro”. Como sucedía en su novela *Los años*, tenía la impresión de que el pasado, el presente y el futuro formaban un entramado que los actores apenas comprendían. Tal vez por eso volvía a recordar el día en que falleció su madre, hacía ya cuarenta y dos años. Leslie también se hacía presente en su memoria, sobre todo porque Desmond MacCarthy brindó una conferencia sobre él en Cambridge.[490] Significativamente, Virginia evocaba a sus padres cuando, en plena rebelión, Julian se oponía a sus mayores y hacía oídos sordos a las angustias de quienes querían detenerlo. Además, no solo parecía amargado, sino que se quejaba de “la educación de B[loom]sbury”. Tía y sobrino volvieron a conversar íntimamente, y cuando ella le recordó que le había sugerido que fuera abogado, él se lamentó de que no hubiera insistido demasiado, señalando que se encontraba “a los 29 sin ningún entrenamiento especial”. Desconcertada por la actitud de su sobrino, un joven que en opinión de ella había tenido todas las oportunidades que podían brindarle los privilegios de su clase social, género y educación, Virginia creía advertir que el “pobre viejo Julian” atravesaba “un momento loco de su vida”.

“Mi escritura es una especie de médium”

En mayo, unos días en Francia supusieron una suerte de *impasse* o recreo a sus preocupaciones. Mitz volvió a acompañarlos y, como ya había sucedido antes, su presencia facilitó el contacto con la gente que se acercaba curiosa a ver al monito. Salvo un momento de ansiedad al enterarse de que Maynard Keynes estaba muy delicado de salud, los Woolf tuvieron un viaje muy placentero.

Otra vez, Virginia escribía entusiastas cartas preguntándose por qué razón no vivían en Francia. El Dordogne era “el más adorable de todos los ríos”, y la comida, el vino, los paseos, todo contribuía a un estado de placidez. Sabía que *Los años* era *best seller* en los Estados Unidos, y con ese éxito como telón de fondo disfrutaba del turismo cultural: “Me metí en Nohant y vi el mismísimo piano que Chopin le dio a George Sand, y [...] una fascinante opacada casa, llena de los muebles de su abuela, y un pequeño teatro donde Flaubert y Turguenev actuaban”.

El 1° de junio, otra vez en Monk’s House, Virginia retomó el ritmo que deseaba darle a la escritura de *Tres guineas*⁴⁴ y hacía planes para el futuro:

«Si yo fuera otra persona, me diría a mí misma, Por favor escribe crítica; biografía; inventa una nueva forma para ambos; también escribe alguna ficción completamente informal: corta: y poesía: el Destino tiene puesta una mano en esto, ya que cuando haya terminado *Tres guineas*, que espero haber escrito, aunque no así publicado, en agosto, tengo intención de poner el guión a un lado y escribir Roger».

Con esos objetivos, Virginia sumaba aportes inspiradores o informaciones que pudieran servir a la escritura de *Tres guineas*, como la visita de lady Simon, miembro del cuerpo directivo del Newnham College. Asimismo, una vez en Londres debió adaptarse a un ritmo frenético de compromisos. Entre las visitas más sugerentes o extrañas, recibió a Ann Watkins, agente literaria de Nueva York que le propuso mil libras y gastos pagos por dar tres conferencias semanales durante tres meses en esa ciudad. La mujer le había subrayado que el tema no era importante —cuanto más personal, mejor sería recibido—, pero Virginia rechazó el ofrecimiento pensando en “Aldous y Gerald Heard, estos apóstoles de la vida interior y paz y bondad, [que estaban] de gira por los Estados Unidos haciendo esto en dueto” Divertida por el

“mercantilismo perfectamente franco. Dinero... dinero... dinero” de esa mujer, Virginia no pudo evitar interesarse por la editora, “tan gorda, áspera, como una bañista todavía despeinada y desaliñada por el mar”. Como consideraba que tanto ella como su editor norteamericano deseaban que exhibiera su persona con el fin de ganar dinero para ellos, con ironía se preguntaba: “¿En qué gastarían las recaudaciones de mi personalidad? Tragos, diría, mirando las mejillas de Ann. Don probablemente le compraría a su hija un nuevo vestido”.

Las visitas, las cenas y todo el acostumbrado y afanoso ajeteo social comprometían su atención y dedicación a la escritura, y Virginia se veía obligada a “drenar la sangre” de su “cerebro hacia otra parte”. Además, la tentaban nuevas ideas, como escribir un relato basado en un sueño acerca de la cumbre de una montaña, pero debía contenerse: “No más largos y pesados trabajos: solo repentinas intensidades”. De todas maneras, la máquina de la creatividad estaba en movimiento; de nada servía repetir sus “viejos experimentos: deben ser nuevos para ser experimentos”. En julio, inmersa en *Tres guineas*, deseaba — pero también era consciente de que era dudoso que lo consiguiera— terminar el libro en agosto. Virginia se sentía “en el medio de [su] burbuja mágica” y con cierta pulsión a describir una visión del “pálido y desilusionado mundo” que venía asociado a pensamientos relacionados a la decisión de Julian y a lo que sucedía en Madrid. Ecos de la tragedia española alcanzaban a los ingleses, que veían circular por la ciudad grupos de refugiados de esa nacionalidad, en los que abundaban los niños en fatigosa y exiliada marcha. Viéndolos, Virginia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Y aunque era poco lo que podía hacer, entre otras cosas, concurrió a un encuentro para recaudar fondos para los refugiados de Bilbao. Esa noche, la estrella fue el actor y cantante norteamericano Paul Robeson, retratado por Virginia como “un negro compasivo, maleable, expresivo, desinhibido, con toda la calidez y los vapores calientes de los bosques africanos”.

A todo esto, como la vida social seguía siendo agitada, en tren de limitarse, Virginia decidió no asistir a una reunión a la que estaba invitado el pintor francés Matisse, alegando que no podía “soportar celebridades y cócteles”, aunque se tratara de ver al que por entonces pasaba por ser “el gran dios de los jóvenes; solo que tan vano, tan respetable, tan lento”. Por entonces, con Europa convulsionada y amenazada de disolución, Janet Case, su antigua profesora de griego, una pionera que la había ayudado a escapar del orden cerrado de su juventud y a la que había amado especialmente, estaba muriendo.[\[491\]](#)

Conocedora de sus obligaciones, Virginia sabía que escribiría su necrológica para *The Times*. Pero ¿importaba quién la escribiera? De todas maneras, concluía: “Creo que la escritura, mi escritura, es una especie de médium”.

La relación entre ellas se había tornado remota y esporádica, pero la lealtad llevaba a Virginia a reconocer que “ni Leonard siquiera” sabía lo que tenía que agradecerle. Como había previsto, cuando Janet Case murió, Virginia escribió su nota necrológica, pero no quedó contenta con el resultado, ya que le pareció rígida y amanerada. Sí apreció el discreto funeral, que se desarrolló según la voluntad de Janet, sin discursos y con el fondo de un adagio de Beethoven y donde se leyeron unas palabras que ella había escrito antes de morir, sobre la gentileza y la fe. Virginia anotó en su diario que, de haber conocido antes el texto, lo hubiera hecho imprimir. También recordó con afecto a su profesora, “anclada en alguna fe privada [...] pero extrañamente inarticulada”, que “no estaba dotada para las palabras” y “cómo la amaba, en Hyde Park Gate” y cómo corría a su encuentro. “Qué grandiosa parte visionaria ha jugado en mi vida — escribió—, hasta que la visión se tornó parte de la vida ficticia, no de la vida real”. La muerte de Janet no afectó su vida cotidiana, sentía que había algo apropiado, completo y consumado en la vida y la memoria de su antigua profesora. De pronto, con el orden europeo amenazado, y frente a la decisión de Julian, las reflexiones acerca del destino parecerían más pertinentes que nunca.

El grito de Nessa

El 6 de junio, Julian viajó finalmente a España. Nessa no ocultaba su desesperación, y Virginia temía lo que pudiera pasarle. Aun así y comparado con el desquiciante verano anterior, sentía que podía disfrutar de sus caminatas en Rodmell. Tampoco le molestaban demasiado las reuniones del Partido Laborista que tenían lugar en Monk’s House, y en las que por supuesto se abordaban las posibilidades de que Inglaterra entrara en guerra. Las reuniones de comité se sucedían, y la del 19 de julio fue tan tediosa, que, debido al largo, aburrido e inarticulado discurso, según anotó Virginia en su diario, “L. lo resumió en un vuelo magistral [...] Q. y yo estábamos atontados”. Ninguno de ellos tomaba en serio lo que estaban diciendo, y se

sustrajeron al discurso, como si hubieran presentido la incongruencia entre esas palabras vacías y la terrible noticia que tuvieron que afrontar al día siguiente, cuando se enteraron de que Julian había muerto.

Desde su llegada a España, el joven había demostrado gran coraje y voluntad. Dueño de una energía infatigable, asumió variedad de tareas; trabajaba cerca de doce horas diarias y, debido a su valerosa disposición, fue destinado a uno de los sitios más peligrosos en el frente de batalla. La fatalidad lo alcanzó a poco más de un mes de su arribo a España, durante unos bombardeos aéreos, cuando, refugiado bajo su ambulancia, fue herido gravemente por la metralla en el pecho; unos minutos después, mientras lo trasladaban, intentó escribirle a Nessa, pero solo alcanzó a dibujar unas pocas palabras. Julian llegó al hospital todavía consciente, pero como había perdido mucha sangre debieron hacerle una transfusión; después de una interconsulta, cuatro médicos, dos ingleses y dos españoles, decidieron operarlo. Aunque solo un milagro podría ayudarlo, los médicos le aseguraron que había un ochenta por ciento de posibilidades de que la operación resultara exitosa; y si bien pudieron remover las balas, después de la operación Julian entró en coma, se lo escuchó hablar en francés y cuatro horas después murió.

El grito de Vanessa, cuando el 20 de julio recibió el llamado telefónico en el que le anunciaron la terrible noticia, conmocionó la casa. Esa noche, Duncan fue el encargado de transmitirle a Angelica, que estaba en el teatro donde formaba parte del ballet basado en *Los desastres de la guerra*, de Goya, que su hermano había muerto. Víctima de una severa depresión nerviosa, Vanessa permaneció varios días recluida en el 8 de Fitzroy Square. Solo Virginia lograba aproximarse a ella; perdida en su dolor, su hermana era incapaz de hablar o de comer.

“¿Por qué tuvo que empacarse con ir a España?”, se preguntaba Virginia, entre el enojo y la desesperación. Unos días después acompañó a Vanessa a Charleston; y cuando pudo retomar su diario, apenas encontró palabras que pudieran “decir algo sobre la muerte de Julian” o expresar lo que habían sido esos días: “un completo bache; casi un vacío; como un golpe en la cabeza: un marchitarse”. Sentada, escuchando a Vanessa, Virginia había asociado “la muerte de un hijo” con “nuevamente un parto”, y aunque intentaba darle sentido, o ver la “grandeza” que había tras la decisión de Julian, lo que Nessa sufría la hacía “dudar” de que algo en “el mundo valga la pena”. Por su parte, el único consuelo que Virginia encontraba era la sensación de ser necesaria; de “perder por completo el aislamiento, la actitud de

espectador”. Escribió en su diario que una de las “cualidades específicas” de esa muerte era “cómo acerca el inmenso vacío, y nuestra carrerita hacia la insensatez”. Sin embargo, ella no se dejaba vencer, prevalecía su “intención de combatir”, de no ceder ni una pulgada, y abocarse al trabajo, “por supuesto” y a la “vieja fricción del cerebro”.

La muerte de Julian también hizo que Virginia revisara su decisión de rechazar sus escritos sobre Roger Fry; y sin duda se sintió aliviada cuando supo que Eliot también había recusado sus textos. Aparte de lo culpable que pudiera sentirse al respecto, o de sus intentos de analizar los motivos que la habían llevado a objetar los escritos de Julian, lo más terrible era escuchar a Nessa decir: “Estaré alegre, pero nunca volveré a ser feliz”. En el pasado, muchas habían sido las ocasiones en que Vanessa había sido el soporte emocional de Virginia; esta vez le tocaba a ella sostener a su hermana. Pero esa tarea se convertía en una dura carga, la vida entraba en un cono de sombras y su escritura era “la única llama” que encendía el día. La tensión que implicaba lograr “que las cosas fluyan” —es decir, recibir a Angelica y Quentin, jugar con ellos a las bochas, entretenerlos— tenía algo de “irreal” y propiciaba que una vez solos, después de haberse esforzado tanto, Leonard y Virginia se tornaran “algo pendencieros” y discutieran entre ellos. Nada de esto impedía que Virginia fuera todos los días a Charleston, pero las peores visitas eran aquellas en las que el “ánimo sumergido” de su hermana la sumía en “una atmósfera de profundas aguas grises; yo aleteando en la superficie como un pez ruinoso”, tal como escribió en su diario. Lo cierto es que hubo momentos, en el transcurso del año, en los que apenas pudo soportar pensar en ella, o estar a solas con Vanessa.

En medio de todo ese dolor, a Virginia le seguían lloviendo propuestas y ofrecimientos: le pedían artículos para diarios y revistas; también cuentos, y aunque se preguntaba cuál era el objeto de hacer dinero, encontraba consuelo en el trabajo o en sus caminatas. Pero incluso en medio de esas distracciones, de pronto la imagen de Julian se hacía presente, y Virginia discutía con ella. Aunque fuera doloroso o la atormentara, sentía que podía convivir con el fantasma de su sobrino, pero era insoportable percibir como el dolor avejentaba a Nessa. Un día, al verla caminando del brazo de Quentin, le recordó a su padre, cuando tras la muerte de Julia se prendía del brazo de Thoby. Era evidente que “Julian tenía algún extraño tipo de poder sobre ella... el amante tanto como el hijo. Él le dijo que jamás podría amar a una mujer como la amaba a ella”.

Lo cierto es que el lazo que unía a Vanessa con su hijo rozaba los

límites de lo no convencional: ella había sido su confesora en asuntos amorosos, e incluso, sin que mediara el pudor, Julian le había enviado su poema *“Post Coitum”* y detalladas descripciones de las prostitutas chinas. Por su parte, Virginia reconocía que su relación con Julian no había sido sencilla. Desde su nacimiento, se había convertido en un competidor que le disputaba el afecto de Nessa. De todas maneras, debido al cariño que sentía por él, pocos días después de su muerte sintió la necesidad de escribir sobre Julian cuando aún el tiempo no había arrastrado lo que llamaba “la real presencia personal” de su sobrino. El resultado fue un relato conmovedor, en el que recordó una de las últimas conversaciones que tuvieran a su regreso de China, ocasión en la que Virginia dijo que en su testamento le legaría los papeles de Roger: “Mejor los legas al Museo Británico”, contestó él, y ella pensó: “Esto es porque piensa que lo van a matar”. Virginia apenas rozaba esa “certeza dormida y no expresada”, que creía que provenía de la muerte de Thoby. Un legado de pesimismo que había “decidido no analizar nunca”.

En cuanto a la “maldita cuestión literaria” que los había enfrentado, ella la adjudicó en parte a celos generacionales —él escribía de una manera en que ella no podía escribir— y en parte, y aquí intervenía Leonard, a que “sentíamos celos de Nessa, sospecho, por un hijo así”. Para Virginia, parte del “complejo familiar” de Leonard pasaba por creer que ella admiraba más a sus sobrinos que a los de él; en cuanto a Julian, concluía:

«Pensé que era muy descuidado, no era “un artista”, demasiado personal en cuanto escribía y “demasiado abierto”. Esto es algo que lamento en nuestra relación: el hecho de que podía haberlo animado más como escritor. Pero de nuevo, este es mi carácter, y siempre me siento forzada, a pesar de mis celos, a ser honesta al final».

Los medios materiales para la felicidad, pero no la felicidad

Finalizaba agosto y ocuparse de contestar cartas de condolencias, visitar a su hermana, distraer a Quentin y Angelica no parecía restarle energías ya que Virginia seguía escribiendo, e incluso encontraba oportunidad de

disfrutar de algunos descubrimientos como ver —a través de un telescopio que habían adquirido— la luna o los anillos de Saturno, que lucían como “un collar de cartón”. La vida continuaba, y la energía de su mente actuaba como una especie de narcótico, pero se preguntaba si seguiría funcionando en el caso de que Leonard o Nessa murieran. En esos momentos, el trabajo mental y aferrarse a las pequeñas delicias de la vida eran un antídoto a la melancolía, y jugar a los bolos se convirtió “en una pasión”. Sin embargo el 26 de septiembre, dos meses después de la muerte de Julian, Virginia escribió en su diario:

«No es un verano feliz. Es decir, están todos los materiales para la felicidad; y nada por detrás. Si Julian no hubiera muerto —una frase que todavía es increíble escribir— nuestra felicidad podría haber sido completa. ‘Nuestra’, la de L. y la mía, ahora que Los años ha vendido entre 40 y 50.000 en Norteamérica; ahora que salimos a flote financieramente, y quizá traslademos la imprenta y tomemos una nueva casa, y privadamente somos tan felices y plenos como se podría ser... pero su muerte — esa extraordinaria extinción— le drena la sustancia. No me permito pensar. Eso es un hecho. No puedo enfrentar del todo el significado. Cierro mi mente a todo excepto al trabajo y a los bolos».

En ese marco de desolación, dedicaba tres horas de la mañana a *Tres guineas* y, lejos de desentenderse del libro, que sería una especie de homenaje a Julian y su respuesta personal a la lucha antifascista, sus días solían incluir una caminata de casi cinco kilómetros durante la cual continuaba elaborando su libro:

«[Tres guineas] me ha conducido como un motor en la cabeza por las colinas hasta Piddinghoe etc. cada tarde de 2 a 4. Luego jugamos a los bolos de 5 a 6. Luego leemos. Luego preparar la cena. Luego radio. Luego leer. Luego chocolates. Luego cama. Y así comienza de nuevo.

Pero ha habido tantas interrupciones, que el día espécimen [\[492\]](#) es la excepción».

En octubre Virginia volvió a hacer un balance del pasado verano, y otra vez subrayó la sensación de que tenían “los medios materiales para la felicidad, pero no la felicidad”. Lo más difícil seguía siendo acompañar a Nessa. Además de visitarla, Virginia le escribía a su

hermana decenas de cartas para distraerla. La temática era variada: por ejemplo, luego de una larga visita de un miembro del Partido Laborista, escapaba a su cuarto para escribirle: “No puedes concebir cómo es la mente de un líder del Partido Laborista, en comparación... George [Duckworth] es avanzado, Saxon [Sydney-Turner] es arrebatado, y Barbara [Bagenal] ampliamente imaginativa. Y sus cuchillos chirrían contra sus platos.

Nunca permitas que Angelica se case con un líder laborista: por otra parte no le digas esto a Leonard, ya que vive en la ilusión de que son buenos hombres”.

En otra de sus cartas, Virginia contaba que, con motivo de los 25 años de casados que llevaban con Leonard, su suegra había enviado una enorme torta:

«Es algo como el Albert Hall; y tiene tres guirnaldas de hojas que la cruzan, una verde: “cómo eran” (escrito en chocolate), una plateada: “cómo son”. Una dorada, “cómo serán”. Luego 1912-1937. Ahora bien, la vieja pensó en todo ella sola: y luego contrató a Lyons; y han hecho lo mejor posible; solo que no hay ni una ciruela a la vista; lo cual le parte el corazón a Leonard. Pero como el transcurso de nuestra vida matrimonial ha sido puro, también habrá de serlo nuestra torta».

Las anécdotas y los chismes brillaban en sus cartas; además de los ejemplos precedentes, valen los comentarios acerca del chofer de Maynard Keynes que había matado al perro de un vecino y Virginia proponía que “deberíamos mandarle a Maynard una carta colectiva, todos nuestros nombres protestando en un círculo, con el perro blanco muerto dibujado”. Pero más importante que las ocurrencias brillantes era la actitud de devota admiración que expresaba cuando le confesaba a Nessa: “Oh, ¿por qué eres la única persona que no me canso nunca de ver?”. O cuando asumía: “Realmente pienso que estoy más unida a ti de lo que las hermanas deben estar”. Por primera vez, lejos de sentirse contrariada por las expresiones de afecto y demandas de Virginia, Vanessa sintió que sus cartas y visitas eran el único momento placentero del día. Incapaz de confesárselo directamente, ella le escribía a Vita: “No puedo decir cómo me ha ayudado Virginia. Quizás algún día, no ahora, deberás decirle que es verdad”. Cuando finalmente Vita se lo hizo saber, ella consideró que se trataba de un “mensajito” muy conmovedor de su hermana, “aunque mandado secretamente”. Pero ni siquiera en esos momentos la tensión y el recelo de Nessa disminuían, y el éxito de Virginia activaba la vieja competencia y sus quejas. Por su

parte, Virginia se sentía un poco avergonzada “en comparación con las ventas de Nessa”. “Pero luego reflexiono —escribió—: pongo mi sangre vital en escribir, y ella tuvo hijos”.

A pesar de las rivalidades, entre ellas primaban el afecto y las vivencias compartidas de toda una vida; por eso, tanto Vanessa como Virginia asociaban la muerte de Julian con la de Thoby. Pero a diferencia de la de Thoby, a quien habían perdido cuando tenían su misma edad, en el caso de Julian, Virginia se sentía como “la anciana” que no podía hacer encajar esa “muerte no natural [...] en ningún lado”.

Dedicarle gran parte de sus energías a su hermana no impidió que tuviera alguna reserva, y desistió de acompañarla a París, donde también estaban Vita y su cuñada y amante, Gwen St. Aubyn. De todas maneras, obedeciendo el deseo de Nessa, la mantenía al tanto sobre la edición del libro de ensayos y poemas de Julian, que finalmente la Hogarth publicaría el año siguiente. La decisión de no emprender el viaje a París podía tener que ver con su matrimonio, ya que Virginia escribía en su diario: “Luego dimos una vuelta a la manzana haciendo el amor; tras 25 años no podemos tolerar estar separados. Luego caminé alrededor del lago en Regent’s Park. Luego... ya ven, es un enorme placer, ser deseada: una esposa. Y nuestro matrimonio es tan completo”.

“Leonard [estaba] en su puesto” y ella en el suyo, como el día en que estacionaron el auto frente al mar y, contemplando las olas, Virginia vivió uno de esos raptos que colmaban todas sus “aspiraciones religiosas”. En esos momentos, tuvo un impulso al que intentó referirse con humor, pero que no deja de ser significativo: “Debo hacer un gran esfuerzo para no arrojarme [al agua], una extraña rapsodia animal, refrenada por L” Al asumir la fascinación que ejercían sobre ella las profundidades, Virginia también reconocía, una vez más, la función contenedora de Leonard.

Mientras tanto, y durante varios meses, los Woolf se preguntaron cuál sería el futuro de la Hogarth Press. John Lehmann, su antiguo empleado, que buscaba nuevo editor para su exitosa revista *New Writing*, recurrió a Leonard. Si bien cinco años atrás no se había despedido en muy buenos términos, los Woolf intuyeron que era buena ocasión para que “los jóvenes cerebritos tomen la editorial como compañía corporativa (John [Lehmann]; Isherwood; Auden; Stephen)”. Virginia tenía cierta esperanza en vender la Hogarth y escapar “reptando”, pero en definitiva, como los jóvenes escritores no reunieron las seis mil libras que ellos pedían, a principios del año siguiente, la

situación se resolvió de otra manera. Lehmann compró la parte de Virginia, convirtiéndose en socio de Leonard. La sociedad tuvo sus altibajos y, lejos de librarse de los problemas de la Hogarth, o de mantenerse al margen, muchas veces ella debió intervenir para calmar los ánimos de ambos. En el plano literario, el resultado de la asociación fue beneficioso ya que estrechó el contacto de Virginia con la nueva generación de escritores —incluso conformó con ellos un *board* asesor de la Hogarth—. [493] En 1937, la Hogarth publicó *Sally Bowles*, de Isherwood, y aunque Virginia mantenía cierta distancia con los escritores jóvenes y los retrataba críticamente en su diario, es indudable que la lectura de sus libros le dio acabada idea de los intereses de la nueva generación. Así pues, llamar “brillante pajarito” a Isherwood no le impedía destacar que se trataba de un verdadero escritor; y a pesar de señalar el egotismo de Auden —“un hombrecito de pelo áspero como terrier”— o de Spender, se sentía halagada de que todos ellos se declararan sus admiradores.

En noviembre, encaminada la cuestión de la Hogarth Press, los Woolf festejaron el cumpleaños 87 de la madre de Leonard. Pero la prioridad la tenía Nessa; y por eso, la muerte de Gerald Duckworth, cuya viuda recibió una visita de los Woolf en noviembre, pasó casi inadvertida en el diario de Virginia. Si bien a finales del año ella le escribía a Vita añorando épocas más felices, también se preguntaba qué sentido tenía decir “*antaño* Virginia” cuando lo importante era que estaba viva, “viva aquí y ahora”. El caso es que agotada porque el “condenado año 1937” no los dejaba “huir de sus garras”, Virginia tuvo una de sus “pequeñas zambullidas en el inframundo”, seguida de los síntomas habituales, alta temperatura y el consecuente reposo, asociados, esta vez, con nuevos temores respecto de la salud de Leonard. “El gran gato está jugando con nosotros nuevamente”, escribió ella en su diario, afirmando que el “único refugio” era el trabajo. Poco antes, mientras leía “A Shooting Party”, un cuento que habría de publicar la revista *Harper’s Bazaar*, sintió que tomaba fuerza “la forma de una nueva novela”. Y el 18 de diciembre, en la última anotación del año en su diario, se preguntaba: “¿Cuánto me importa la muerte? [...] en un sentido podría aceptar el fin con calma”. De todas maneras, concluía, pocas personas estaban “más inmensamente interesadas en la vida y más felices”.

CAPÍTULO XLI - 1938

Mantener el paso

EL 9 de enero Virginia inició su diario con una admonición: “Sí, me obligaré a mí misma a comenzar este maldito año”. Había terminado el último capítulo de *Tres guineas*, pero no estaba tranquila y se preguntaba cómo describir la ansiedad que la acompañaba desde diciembre, cuando Leonard no se había sentido bien y encontró sangre en su orina. Mientras que los médicos no precisaban el diagnóstico —decían que podía sufrir problemas de próstata o de riñón—, la vencía la ansiedad. Combatirla con trabajo, como tras la muerte de Julian, resultó un recurso efectivo, pero los Woolf recién recuperaron lo que Virginia llamaba una jornada “espécimen perfectamente normal” cuando, estudios mediante, el 12 de enero finalmente dieron de alta a Leonard.

Los médicos le indicaron reposo, y él debió seguir una estricta dieta libre de proteínas y alimentarse a base de arroz con leche en el almuerzo, el té y la cena. Pero nada evitó que Leonard entrara de lleno en las negociaciones que convirtieron a John Lehmann en socio de la Hogarth Press. En efecto, se ocupó de dictarle a Virginia la carta donde se estipulaban los términos de la sociedad: al comprar la parte de ella, Lehmann adquiriría el cincuenta por ciento de la Hogarth, se convertía en socio de Leonard y en su contraparte a la hora de decidir qué publicar. Además debía asumir la dirección de gestión y hacerse responsable de la oficina y de los empleados.

Abocada a la corrección de *Tres guineas*, Virginia se sentía reconfortada al escuchar, de boca de Leonard, que había demostrado “gran sentido común en la emergencia”. La cuestión era cómo seguir así, más aún cuando, ante la inminencia de la fecha del cumpleaños de

Julian, reconocía los sentimientos ambivalentes que la embargaban. Descripto por psicólogos y especialistas, el enojo forma parte de las etapas del duelo. El caso es que Virginia no podía evitarlo y lo dirigía hacia el joven del que pensaba que, a pesar de tener el mundo a sus pies gracias a las luchas de las generaciones precedentes, imbuido de un “deseo innato” de autoafirmación y “de ser una figura”, había hecho “su elección”. Por supuesto, evitaba que su enojo hacia Julian se hiciera patente en las cartas que le enviaba a Nessa, por entonces recluida en Francia, donde además de recordar cariñosamente a su sobrino, subrayaba: “Sabes que haría cualquier cosa que pudiera por ayudarte, y es tan desagradable no poder hacerlo: excepto adorarte como lo hago”. A vuelta de correo, pese a su reticencia a la hora de expresar sus emociones, Vanessa finalmente reconoció que “no podría seguir adelante si no fuese por ti”.

Pero a pesar del dolor de todos, la vida continuaba y a principios de febrero Leonard leyó las pruebas de *Tres guineas*. Mientras él leía, Virginia calmaba su ansiedad pensando que era inevitable que se produjera una “disminución de fuerza” entre lo que había querido expresar como autora y el efecto, “mucho más leve que el esperado”, que obraría el libro en el lector. En efecto, eso es lo que sucedió con Leonard, que consideró que la sátira era suave y, aunque dijo que se trataba de un “análisis extremadamente claro”, no se mostró emocionado con el trabajo y señaló que no estaba a la altura de sus novelas. Las críticas de su marido no la descorazonaron; más que nada, Virginia apreciaba el “valor práctico innegable” del libro que había terminado en medio del dolor, como si fuera un diálogo con su sobrino desaparecido, y se sentía satisfecha con lo que llamó un “trabajo de mula”. *Tres guineas* había sido “una espina” que la había atormentado el último verano, pero también había sido un sostén; y la urgencia del tema se había impuesto como una obligación moral, posibilitándole expresar lo que pensaba de la guerra, aun antes de que se declarara.

La sensación de estar a las puertas de un gran conflicto bélico era agobiante. Por eso, a medida que la guerra parecía ineludible, Virginia registraba su impotencia y su angustia en sus diarios; y el 12 de marzo anotaba: “Hitler ha invadido Austria: a las 10 anoche su ejército cruzó la frontera, sin resistencia”. Y agregaba: “Este hecho [...] combina con los juicios rusos, como gotas de agua sucia que se mezclan”. La invasión de Hitler, que había sido vivada por las multitudes que lo aclamaban en las calles de Viena, quedaba asociada, en su imaginario, con los juicios de traición a través de los que Stalin eliminaba a sus oponentes.

Mientras tanto, en su casa, las reuniones políticas estaban a la orden del día; el Partido Laborista atravesaba un período de desconcierto y Kingsley Martin hablaba de emigrar. Virginia creía que en cualquier momento se anunciaría la guerra “e Inglaterra [sería] humillada”. Solo era cuestión de esperar: “Cuando el tigre, es decir Hitler, haya digerido su cena atacará de nuevo”.

Como paradoja, en esos tiempos de desaliento, los Woolf comprobaban el éxito de la Hogarth Press. *Los años* había ganado una buena suma, y también era un éxito de ventas *Pepita*, la biografía de Vita sobre su excéntrica abuela española. Por otra parte, las publicaciones de Isherwood, Upward y Libby Benedict eran bien recibidas por los lectores, y lo mismo esperaban de un nuevo libro de Rose Macaulay. Poco después, las “prodigiosas” ganancias de la imprenta que habían creado veinte años atrás en la sala de estar de la Hogarth House impresionaban incluso a Lehmann.

A principios de abril y mientras esperaba las últimas pruebas de *Tres guineas*, Virginia comenzó a escribir la biografía de Roger Fry. Estaba convencida de que las pruebas serían una suerte de “horrible anticlímax”, un “baño frío de desilusión”, que a duras penas podría sobrellevar, después de lo que había sido una escritura por momentos compulsiva. De todas maneras se sentía liberada: “Tómenlo o déjenlo, yo me despojé de ello; libre para aventuras frescas... a los 56 años”. Lo cierto es que intentaba mantener su espíritu más allá de las desgracias personales o públicas. Poco antes, en los días de una fría Pascua en Rodmell, los Woolf recibieron la noticia de la muerte de lady Ottoline Morrell. No hacía mucho, y como había sucedido diez años atrás, Virginia había recibido una carta de su marido, Philip Morrell, donde él le declaraba su amor. En su misiva, Philip recordaba los años de Garsington, elogiaba *Noche y día* y proponía un encuentro a solas. Después de enviarle una respuesta cortés, lejos de desear verlo sin testigos, Virginia había bromeado con Vita: “Tengo un amante. El esposo de una dama de alto linaje. Quiere encontrarse conmigo clandestinamente. Pongo esto para ver si puedo provocar celos [...] ¡qué extraño, una flor roja en un árbol gris! (Él es gris: yo también)”.

Dos meses después, Virginia asistía al servicio fúnebre de Ottoline. La “falta de intensidad” de la ceremonia no la conmovió, pero sí tuvo una aguda y personal percepción del vacío que entrañaba esa muerte: “Es extraño cómo la sensación de pérdida adquiere esta forma bastante privada: alguien que no leerá lo que escribo”. Pero no solo perdía lectores, sino que frecuentemente tenía la penosa obligación de escribir

los obituarios[494] de sus amigos. Esta vez, a pedido de Philip, redactó sin ganas el de Ottoline para *The Times*. Se trataba de una tarea deprimente que no le deseaba a nadie; y por eso, en una carta a John Lehmann, nuevo socio de la imprenta, le proponía “ser el invitado del fantasma de Virginia Woolf... el fantasma de la Hogarth”; y agregaba: “¡Y, por Dios! Cuando muera, no le pidas a nadie que escriba unas palabritas sobre mí en *The Times*”.

Tras el funeral, Virginia visitó a Philip. En su testamento, Ottoline había pensado en ella, y él deseaba que escogiera algunas de sus pertenencias. Embargada por la “sensación de ser un buitre”, eligió con reticencia algunos objetos personales de su amiga. Tiempo después, la muerte de Ka Cox convocó sentimientos diferentes. En los años veinte su relación había declinado; Virginia no había sostenido una amistad que podría hacerla sentir “avergonzada; recordando que ella me había visto loca”. Pero si bien intentaba salvaguardarse, incluso fingir indiferencia ante tantas pérdidas, reconocía en una carta a Ethel que “no [podía] ir al ritmo de todas esas muertes”. La pérdida de los seres queridos y la crisis europea la reafirmaban en su convicción de que, como le proponía a la escritora china que había sido amante de Julian, “el trabajo es la única manera en que uno puede vivir en este momento”.

Es así como durante abril y mayo Virginia sostuvo a rajatabla sus dos proyectos: una nueva novela y la biografía de Roger Fry. Pero ambas presentaban dificultades. Su intención con la novela era mantenerse ligera, ansiaba dedicarse a algo “azaroso y tentativo” que le permitiera distraerse de Roger, pero que no la obligara a seguir un esquema estricto, ni invocar “las inmensidades cósmicas” que exigirían forzar su “agotado y tímido cerebro”. Aun así, el plan no dejaba de ser ambicioso: rechazando el “yo” y el “nosotros”, buscaría un “todo unificado” que apuntara a un centro: la literatura inglesa discutida con humor:

«“Nosotros”... compuesto de tantas cosas... nosotros, toda la vida, todo el arte, los pobres e indefensos... un enmarañado, caprichoso, pero de alguna manera unificado entero. [...] Y la campiña inglesa; y una teatral casa vieja... ¿y una terraza donde pasean enfermeras? Y gente pasando... y una perpetua variedad y cambio de intensidad de la prosa».

Mientras tanto, la biografía de Roger generaba otros problemas. ¿Cómo podía lidiar con los hechos, “tantos, tantos y tantos”, que surgían de sus papeles? “Por Dios, ¿cómo se escribe una biografía?”, se preguntaba Virginia, con la evidente tentación de eludir los documentos, pero rechazando la idea de ser “meramente ficticia”.

Tres guineas: “el parto más apacible que haya tenido”

A finales de mayo, mientras esperaba con expectativa la recepción crítica de *Tres guineas*, Virginia era plenamente consciente de lo que sucedía en Europa y de cómo la situación política podía afectar su ensayo: “Hitler [...] está masticándose ese bigotito [...] todo tiembla: y mi libro podrá ser como una falena danzando sobre una hoguera... consumida en menos de un segundo”.

Sin embargo, la gente seguía publicando sus libros. May Sarton solicitaba su opinión acerca de su primera novela, *The Single Hound*, [495] y ella eludía el tema diciendo que había “perdido toda fe en las críticas... incluso las mías” y que se sentía “cada vez más reticente a escribir lo que tan solo es un disparo en la oscuridad”. Que desestimara su opinión acerca del libro de otra persona no impedía que temiera lo que pudieran decir de los suyos. Virginia estaba nerviosa, pero afortunadamente las primeras reseñas de *Tres guineas* la tranquilizaron y la liberaron de sus temores de caer del “pedestal de la fama”. Gracias a la buena recepción del libro, también superó el mayor de todos los miedos: ser considerada una “encantadora charlatana”, y pudo exclamar aliviada: “Este ha sido el parto más apacible que haya tenido”. De todas maneras, estos alumbramientos podían complicarse, ya que poco después de su publicación *Tres guineas* recibía todo tipo de comentarios. Bastante preparada para afrontarlos, Virginia recordaba que Leonard le había advertido que debía esperar “muchas críticas enojadas de los hombres” y ella había agregado que muchas mujeres también las harían. En efecto, como ambos anticiparon, las aguas de la crítica se dividieron entre aquellos a quienes el libro no les gustó, y se burlaron de él y de su autora, y aquellos otros que lo consideraron un testimonio estimulante y conmovedor. [496]

La reacción de los lectores estuvo íntimamente relacionada con la

estructura del ensayo. *Tres guineas* responde al formato de una carta dividida en tres partes en la que la narradora contesta a un abogado que le pide apoyo para evitar la guerra. Firmar una carta para los periódicos, unirse a su sociedad y hacer una donación económica son cuestiones que ella meditará en su respuesta, donde además de citar que ha recibido otras doce cartas con pedidos de ayuda, dará cuenta de los motivos por los que finalmente posterga, hasta último momento, la donación de la guinea[497] requerida. Después de la publicación del libro, muchos se sintieron compelidos a enviar sus propios comentarios en cartas que Virginia coleccionó como una “valiosa contribución a la psicología”[498] de sus lectores. Con algunos de ellos, incluso, continuó sosteniendo correspondencia hasta su muerte.

En el primer capítulo, o primera carta, Virginia retoma uno de sus temas predilectos: establece un paralelo entre diferencias de educación y de género. Cita la biografía de Mary Kingsley, en quien ve una representante de todas las “hijas de hombres con educación” que durante generaciones sacrificaron su propia instrucción, contribuyendo a sostener la costosa escolarización de sus hermanos. Virginia llama FEA (fondo de educación para Arthur) al “receptáculo voraz” que sostuvo durante generaciones los privilegios de la educación masculina en Oxford y Cambridge. Paralelamente, hijas y hermanas sufrían privaciones: “ropa interior con agujeros, piernas de carnero frío [...] mientras el portero cierra la puerta de la universidad en nuestras narices”. Según la voz narradora, estas diferencias en la educación tienen su correlato en la dispareja mirada sobre la guerra de hombres y mujeres. Considera que mientras que el instinto de lucha o de matar es característico de los hombres, las mujeres, cuya única profesión hasta 1919 fue el matrimonio, comprenden tanto como ellos la psicología humana. Tras investigar las distintas opiniones de los hombres sobre la guerra en numerosas biografías, autobiografías y periódicos, y comprobar que tampoco la Iglesia presenta una sola voz al respecto, recurre a unas fotografías de la guerra civil española, que muestran cadáveres de hombres, mujeres y niños. Ante este testimonio definitivo, concluye: “La guerra ha de evitarse a toda costa”. Identificada con una mujer común, la narradora siente que tiene escasas posibilidades de acción: no tiene influencia política, ni poder[499] económico o religioso. De ahí que sienta la necesidad de estudiar la “influencia” que históricamente se les ha atribuido a las mujeres y finalmente analizar los cambios producidos a partir de 1919. Si bien reconoce que desde entonces se había abierto la posibilidad de que ellas accedieran a

nuevas profesiones, y las mujeres cuentan con nuevas casas de estudio, destaca que hasta el momento, en Cambridge, “los colegios universitarios femeninos [...] no pueden ser miembros de la universidad”. Además de hacer un llamamiento a las mujeres, urgiéndolas a que se nieguen a recibir distinciones que perpetúen el sistema jerárquico patriarcal, e incluso invitándolas a no lucir uniformes porque entiende que hay relaciones entre “el atuendo y la guerra”, la narradora dice que debe donar su primera guinea a un colegio de mujeres que le ha solicitado una contribución. Si bien esta donación es incondicional, advierte que considera que los colegios de mujeres deberían apuntar a una educación experimental que no perpetuara las convenciones, las competencias ni las jerarquías. En ese cambio radical intuye la verdadera solución al problema de la guerra, ya que cree que solo así se podrá revertir un proceso iniciado en 1914, cuando gracias a la guerra las mujeres lograron salir del círculo opresivo de la educación hogareña, dispuestas a hacer cualquier trabajo con tal de escapar de la opresión: “Conscientemente, deseaban ‘nuestro espléndido imperio’; inconscientemente, deseaban nuestra espléndida guerra”.

En la segunda carta se plantea un tema de actualidad. Se considera que, como sucede con los hombres que se desempeñan en “la esfera pública”, las amas de casa deben recibir un sueldo del Estado por su desempeño en “la esfera privada”. También se refiere al difícil acceso de las mujeres a las profesiones, a las dificultades que encuentran en sus carreras y a que, por el mismo trabajo que realizan los hombres, reciban sueldos menores. La narradora esgrime, contra la guerra, la posibilidad de que las mujeres ingresen en las profesiones adquiriendo “el arma de la opinión independiente basada en los ingresos independientes”. Como señaló en *Un cuarto propio*, la independencia económica y el acceso a las profesiones son más importantes, a su entender, que haber obtenido el voto. Por otra parte, advierte el riesgo de que el fin de “la gran lucha victoriana entre las víctimas del sistema patriarcal, de hijas contra padres”, conduzca a las mujeres a convertirse “en las adalides del sistema capitalista”, sumándose así a “la procesión” masculina, y convalidando un sistema que lleva a la guerra. Virginia Woolf se vale de la *Antígona*^[500] de Sófocles para ejemplificar “cuáles son las lealtades irreales que debemos despreciar y cuáles son las lealtades reales a las que debemos rendir culto”. “Por libertad con respecto a lealtades irreales se entiende que debe despojarse, ante todo, del orgullo de nacionalidad; también del orgullo religioso, del orgullo de la universidad, de escuela, de familia, de sexo y de todas las lealtades

irreales de ellos dimanantes”, escribe.

La segunda guinea es para ayudar a las mujeres a “ganarse la vida mediante las profesiones”, ya que considera que solo a través de una educación que no responda a las jerarquías y valores que reciben los varones, modificando “las tradiciones y la educación del hogar”, renunciando a las “lealtades irreales” y accediendo a las profesiones, las mujeres tendrán “una influencia independiente y desinteresada” que promueva evitar la guerra.

Finalmente, en la tercera carta señala que una vez adquirida la deseada educación y libertad intelectual, las mujeres no deberían usar las mismas armas que los hombres. Por el contrario, les propone constituir una “Sociedad de *Outsiders*” negarse a prostituir sus mentes o a cometer “adulterio cerebral”, advirtiéndole, por ejemplo, que “cada periódico está financiado por un grupo diferente” y que “si quienes escriben los periódicos fueran personas cuyo único objetivo al escribir consistiera en decir la verdad sobre política y la verdad sobre arte, no creeríamos en la guerra y creeríamos en el arte”. El objetivo de la sociedad de *outsiders* sería alcanzar la igualdad, la libertad y la paz “por los medios que un sexo diferente, unas diferentes tradiciones, diferente educación y valores diferentes han puesto a nuestra disposición”. En ese sentido reivindica a las feministas[501] y llama la atención de su interlocutor advirtiéndole que ellas no luchaban solo por los derechos de las mujeres sino por los de todos, “eran la vanguardia de su movimiento, señor. [...] Luchaban contra la tiranía del Estado patriarcal de la misma manera que usted lucha contra la tiranía del Estado fascista”.

En *Tres guineas* Virginia establece un interesante paralelo entre las dictaduras y persecuciones sufridas por los judíos y otros grupos acosados por el fascismo, y las mujeres. Así pues, señala: “Ahora ustedes sienten, en su propia persona, lo que sintieron sus madres cuando se las encerraba y se las hacía callar, por ser mujeres. Ahora a ustedes se les encierra y se les hace callar porque son judíos, porque son demócratas, por su raza, por su religión”.

La persecución y el exterminio de los judíos perpetrados por el nazismo hicieron que, como muchos de sus contemporáneos, Virginia revisara sus propios prejuicios y la visión estereotipada de los judíos que caracteriza sus diarios de juventud. Sus prejuicios también se reflejaron en su insistencia, al comprometerse con Leonard, en advertir a sus amigas acerca de su condición judía. Ese afán revisionista se daba ya en 1930, cuando recordaba, en una carta a Ethel Smyth: “Qué esnob

que era” y “como odié casarme con un judío”. Pero no era fácil destrabar prejuicios tan arraigados. Incluso en 1937, su editor norteamericano rechazó su narración “La duquesa y el joyero”[502] alegando que, a causa de los extendidos prejuicios raciales en los Estados Unidos, su cliente había rechazado publicar “un estudio psicológico de un judío”. Después de una relectura y de las sugerencias de Leonard, Virginia intervino el texto, cortó y modificó la historia que finalmente fue publicada en 1938 en la *Harper S Bazaar* en Londres y Nueva York.

Para Virginia, negarse a someterse a “lealtades irreales” era el paso necesario para luchar contra las tiranías tanto en la esfera privada como en la pública. En efecto, consideraba que en ese rechazo estaba la clave que permitiría dejar atrás las tiranías del sistema patriarcal, en el que señalaba el importante papel de lo que llamó la fijación infantil de los padres hacia sus hijas[503]. Su convicción era inapelable: “El mundo público y el mundo privado están inseparablemente relacionados, [...] las tiranías y las servidumbres de uno son las tiranías y servidumbres del otro”. Por eso, con relación a la guerra, invita a preguntarse: “¿Es que no tenemos que ayudarla [a la mujer] a aplastar a este dictador en nuestro país, antes que nos ayude a aplastarlo en el exterior?”. Por otra parte, al advertir que no podemos disociarnos de la figura del dictador, “ya que nosotros somos esta figura”, *Tres guineas* anticipa al escritor Julio Cortázar, que muchos años después invitó a sus lectores a vigilar al enano fascista que todos llevamos dentro.[504] Finalmente, la voz narradora concluye que la mejor manera de ayudar a evitar la guerra es “hallar nuevas palabras y crear nuevos métodos” que se adecuen a las nuevas realidades y, desde su posición de *outsider*, otorga “libremente” la última guinea al solicitante.

Ya que lo que se debatía allí eran argumentos políticos y feministas, tanto los lectores comunes como los amigos y críticos se posicionaron ideológicamente frente al libro. Además, la fervorosa exposición repleta de ejemplos históricos y actuales, resultado de los recortes de periódicos, extractos de sus lecturas, fotografías y cartas[505], resultó perturbadora. Virginia no podía esperar que su pacifismo a ultranza —cualquier cosa era peor que la guerra— fuera aceptado sin discusión en un momento en el que estaban en juego valores humanos universales, opuestos al racismo y a los planes de exterminio de Hitler. Por eso no podía llamarle la atención que las reseñas cubrieran un amplio espectro que abarcaba desde la condescendencia hasta el entusiasmo, pasando por las decididamente negativas. De hecho, en tanto la editora del

semanario feminista *Time and Tide* celebró el libro y el TLS llamó a Virginia la más brillante panfletista de Inglaterra, en el *Spectator* Graham Greene señalaba que, aunque brillante, se trataba de un ensayo algo anticuado y provinciano. Pero como cabía esperar, la crítica más agresiva fue la de Queenie D. Leavis en *Scrutiny*, que calificó *Tres guineas* como un libro con “dialéctica nazi, sin la convicción del nazismo”. Además de desatender esta crítica, aduciendo que la autora[506] se sentía desairada por los integrantes de Bloomsbury, Virginia aseguró que no la leyó hasta el final, y la desestimó totalmente cuando recibió una carta elogiosa de la doctora Janet Harriet Walter, que había reseñado *Tres guineas* en el *Journal of the Medical Women 's Federation*.

OUTSIDER

Despreciar a los críticos, esas “pobres viejas prostitutas”, era más sencillo que sentir que sus propios amigos le hacían “el vacío”. Y si bien tenía la sensación de que, comparada con la de otros escritores, su reputación era “ambigua”, Virginia consideraba que ser una *outsider*, hacer su trabajo “contra la pared”, escribir a “contracorriente” “en cierto modo [significaba] un alivio”. Era muy propio de ella identificarse a sí misma con una *outsider*, categoría ambigua que se problematiza si pensamos que, dado que pertenecía a la burguesía, tenía rentas y hasta su propia imprenta donde expresar sus opiniones e influir sobre la opinión pública, su posicionamiento social e intelectual distaba mucho de ser marginal o periférico. En todo caso, es interesante señalar que siempre sería una *outsider* si tomaba como parámetro de exclusión la educación universitaria que le había sido negada; por ello, desde una perspectiva biográfica, muchas de sus obras, especialmente *Un cuarto propio* y *Tres guineas*, podrían entenderse como reivindicaciones que expresaban un resentimiento nunca del todo superado. Así pues, tras una visita en la que Maynard Keynes no dijo nada de su libro pero Lydia le contó que a él no le había gustado, Virginia se instó a sí misma a mantenerse firme y a no dejarse influenciar: “Ahora hay que recordar que soy un ser humano independiente y perfectamente posicionado: nadie puede patotearme: y a su vez nada me reducirá a una mártir o a una amarga persecución maníaca [...] me yergo sobre mis propios pies.

Maynard y el resto solo pueden resoplar”.

Pararse sobre sus propios pies significaba asumir plenamente a la mujer y a la escritora en que se había convertido. Pero algunos de sus lectores y críticos objetaron que el libro, centrado en la problemática de lo que Virginia llamó “las hijas de hombres con educación”, había dejado de lado a las clases trabajadoras.^[507] La respuesta de los varones no fue homogénea, pero el libro no pasó inadvertido. Mientras que incluso al año siguiente un soldado le escribió desde el frente, elogiándolo, otros, como su sobrino Quentin Bell^[508] y Nigel Nicolson, el hijo de Vita, fueron sumamente críticos. A Virginia no se le escapaba que a esos jóvenes privilegiados el libro les resultaba revulsivo; por eso, tiempo después, dispuesta a mostrar hasta dónde quería llegar con sus propuestas subversivas, le señalaba a Nigel que en *Un cuarto propio* y en *Tres guineas*: “[había hecho lo que pudo] por destruir a los Sackville y a los Dufferin” Esta bravata también podía irritar a Vita, que había dicho que se trataba de un libro “muy provocativo”. Aristócrata al fin, *Tres guineas* no le había gustado, e incluso llegó a escribirle: “En un momento encantas con tu adorable prosa y en el siguiente exasperas con tus argumentos engañosos”. Pero Vita también decía que no discutiría sus argumentos públicamente. “Siempre perdería por puntos en la esgrima —argumentaba—, aunque si se tratara de boxeo yo podría llegar a noquearte. Mientras juegues como un caballero, con la técnica de los caballeros, tú ganas”. Que se pusiera sobre el tapete la cuestión de su honestidad excedía lo que Virginia estaba dispuesta a conceder; como escritora, lo había subrayado más de una vez en sus textos, siempre había intentado ser honesta; y ciertamente amargada por las insinuaciones de Vita respondía:

«Si yo dijera que no estoy de acuerdo con tu concepción del personaje de Juana de Arco, sería una cosa. Pero si yo dijera que tus argumentos acerca de ella son “engañosos” ¿no estaría diciendo Vita ha cocido los hechos de una manera deshonesta para producir un efecto que ella sabe que es falso? Si a eso te refieres con “engañosos” entonces deberemos encarar el tema, sea con espadas o con puños. Y no creo que con cualquiera que usemos, tú puedas, como dices, noquearme. Puede ser un libro tonto, y no estoy de acuerdo con que sea un libro bien escrito; pero ciertamente es un libro honesto: y me tomó muchas molestias recoger los hechos y plantearlos llanamente. Sin embargo, me atrevo a decir que hay más lecturas que lo acusan de “engañoso” de lo que podría contener. Pero ¡oh, Dios!; cuánto me enferma todo eso

acerca de la “adorable prosa” y encanto cuando todo lo que quería era plantear un muy intrincado caso tan llanamente y legible como pudiera».

Asustada por el cariz que tomaba la discusión, Vita le envió un telegrama (“horrorizada por tu carta”) que ameritó las disculpas de Virginia, quien optó por no continuar la discusión y respondió que releendo lo que ella había escrito, advertía que no había sido la intención de Vita acusarla de deshonesta. Lo cierto es que Vita criticaba la visión de las mujeres que se desprendía de la lectura de *Tres guineas*, señalando que podían ser tan belicosas como los hombres. Por un tiempo Virginia siguió resentida, sentía que su amiga no se había molestado en reflexionar acerca de lo que había querido decir en su libro, y por eso evitó leer el manuscrito de *Solitude*, nuevo poema de Vita que publicaría la Hogarth, pensando que no sería ecuánime[509].

Era evidente que la crisis política y la amenaza de guerra condicionaban la lectura y la recepción pública de *Tres guineas*. Incluso Ethel, que siempre se había declarado su más fiel admiradora, cuestionaba su patriotismo. Virginia reconocía que su ideal de ese concepto no tenía relación con el llamado a las armas, sino con otros elementos. Desde su proclamada posición de *outsider*, ella creía posible salirse de fórmulas trilladas.

«Patriotismo. Mi querida E... por supuesto que soy “patriótica”: eso es inglés, el idioma, las granjas, los perros, la gente. Pero debemos ampliar el imaginario y evaluar las emociones. Y estoy segura de que puedo hacerlo, en parte porque soy una *outsider*; puedo salirme del interés personal incluso mejor que Leonard... que es judío».

Como señala Naomi Black, *Tres guineas* es un libro feminista que, entre otras cosas, intenta que las mujeres tomen conciencia de la exclusión sexista. Si aceptamos que para Virginia Woolf lo sexual es político, entendemos que, al establecer el vínculo entre fascismo y estatus social de la mujer, apunta a lograr cambios radicales en la sociedad. En ese sentido, la guerra no es el tema principal del libro, sino un producto más del sistema de poder y dominación, característicos del sistema patriarcal. El feminismo de Virginia Woolf[510] ha generado análisis complejos; tanto su propia ambivalencia hacia el término, como su decisión de no adscribir ni militar en ningún movimiento o sociedad, le da un carácter singular a sus reivindicaciones de género. Habría que señalar que lo que sus contemporáneos criticaron como una suerte de

anarquismo *naif*, adquiere nueva dimensión en nuestros días. Al señalar las conexiones entre lo público y lo privado —todo es política—, Virginia Woolf fue una precursora de los estudios culturales y como tal fue retomada, a partir de los años setenta, por los estudios feministas y *queer*.

“Inglaterra está prácticamente sin descubrir...”

El 16 de junio, los Woolf partieron en automóvil, junto con su perra Sally, hacia el norte de Inglaterra y a Escocia. Virginia tomó notas durante el viaje y leyó traducciones de poesía griega. Disfrutó de esos paisajes que sentía que poco habían cambiado desde la época de las legiones romanas, admirada por las “millas y millas de soledad color lavanda”. En Haughton Castle tuvo la sensación de estar en la Inglaterra de Shakespeare, e incluso se remontó hasta los tiempos del emperador Adriano. Además de conocer los románticos parajes que circundaban la tumba de sir Walter Scott, visitó la casa de Wordsworth y el lago Ness donde, pese a sus expectativas, no vio monstruo alguno. Tanto ese tipo de tradiciones, como la gente, los paisajes y los monumentos, despertaban su vena patriótica. Le pareció que Crowland Abbey era la más fina iglesia inglesa, y sintiéndose en un entorno propicio y poético, exclamaba: “Inglaterra está prácticamente sin descubrir y es increíblemente adorable”.

A principios de julio, de regreso en su hogar, Virginia consideraba que *Tres guineas* y *Los años* formaban parte de un solo libro, y se sentía liberada de los seis años de mucha agonía y algún éxtasis por los que había transitado escribiéndolos. Deseaba otra vez “ser privada, estar a solas, sumergida”.^[511] Pero las demandas de sus amigos y los extenuantes “minúsculos detalles” que leía en los papeles de Roger la agobiaban al punto de pensar: “Es extraño cómo los amigos la atormentan a una”. Y si bien por entonces Virginia apenas registró el casamiento de Anne, una de sus sobrinas, el fantasma de Julian siempre estaba presente. La Hogarth Press trabajaba en la publicación de un libro suyo, pero Nessa no estaba de acuerdo con las modificaciones que había sugerido John Lehmann y, enfurecida con él, creía que el trabajo de su hijo quedaría desmerecido. Aunque de otra índole, Virginia también tenía conflictos con Lehmann. El socio de la Hogarth le había

pedido una contribución para su revista *New Writing*, pero aduciendo que era una “incorregible *outsider*” y que solo deseaba escribir para la Hogarth Press, Virginia pudo eludir el compromiso por un tiempo. Lo cierto es que desconfiaba del propósito que podría esconder la mencionada revista. Insistente, Lehmann no se dio fácilmente por vencido, y por fin, un par de años después, consiguió publicar *La torre inclinada*.

En agosto y durante sus vacaciones en Rodmell, Virginia analizaba la biografía de Roger: “¡Qué proyecto! Las 2 vidas de R. alcanzan para hacer 6 libros: emoción y arte”. Aunque muchas veces había dicho que las memorias y biografías eran sus lecturas favoritas, escribirlas podía ser un trabajo arduo. La tarea resultaba extenuante y no cumplía su promesa de no dejarse absorber demasiado por el libro; es posible que tanto apuro y ansiedad tuvieran que ver con la sensación de que debía hacer el trabajo sin dilaciones, ya que reflexionaba: “Tengo ya 56 años; y pienso que Gibbon se concedió 12 años y murió instantáneamente”. Era evidente que el trabajo y la guerra amenazaban su necesidad de un “período de aguas tranquilas” y mera contemplación, y después de escuchar a Harold, el marido de Vita, que anunciaba por radio que se estaba a un paso de la guerra, concluía: “Esto será la total ruina no solo de la civilización en Europa sino de nuestros últimos años”. En ese contexto, la visión de los tanques bajando por las colinas la exasperaba, sentía que había “niñitos jugando juegos idiotas por lo que [ella pagaba]”.

Mientras tanto, las tropas de Hitler desplegadas en los montes Sudetes amenazaban invadir Checoslovaquia. Si eso sucedía, los tratados internacionales obligarían a Francia, Inglaterra y Rusia a intervenir. Asumiendo, como había señalado en *Tres guineas*, que como mujer común no le correspondía ningún poder de decisión, Virginia escribía en su diario: “Una deja de pensar en ello... eso es todo. Continúa discutiendo la nueva habitación, nueva silla, nuevos libros. ¿Qué otra cosa puede hacer un mosquito sobre una brizna de pasto?”.

La bucólica visión de Inglaterra que había tenido durante su viaje se desvanecía y, a pesar de que en ocasiones contemplaba extasiada el cielo y las colinas de Rodmell, Virginia tenía sentimientos encontrados hacia los aldeanos. El accionar político de Leonard y las reuniones del Partido Laborista contribuían a que existiera un contacto frecuente con los pobladores de Rodmell, y a ella le agradaba que Leonard, dispuesto a sociabilizar con la gente del pueblo, ayudara al viejo cartero a hacer su testamento. Pero mientras Virginia rechazaba la estrechez de miras,

las convenciones y los prejuicios de algunos de sus vecinos, muchos de ellos, sobre todo los conservadores, no veían con buenos ojos las reuniones políticas que se realizaban en Monk's House. Por su parte, la gente de Rodmell sabía que Virginia era una escritora reconocida y solían verla atravesar el pueblo y los campos vecinos durante sus largos paseos, tal vez gesticulando o diciendo frases en voz alta. Pero por el momento, había paseantes más perturbadores: a mediados de agosto, una pobre mujer a la que querían desalojar de la granja donde vivía, y que tras la muerte de su hijo vagaba por las colinas con su perro, se suicidó tirándose al río después de haber matado al animal. Su cuerpo apareció cerca de Piddinghoe, uno de los “paseos habituales” de Virginia. Si bien la historia la impresionó fuertemente, el flujo de los acontecimientos europeos apenas permitía detenerse en los destinos individuales, por más trágicos que fueran. Todos los ingleses estaban en vilo, y un aterrado Kingsley Martin llamaba a Leonard instándolo a que regresara a Londres a escribir artículos. “¡Como si los artículos importaran!”, escribía Virginia en su diario, más preocupada por entender: “¿Qué significaría la guerra? Oscuridad, tensión: supongo que posiblemente la muerte. Y todo el horror de los amigos: y Quentin... Todo eso yace sobre el agua en el cerebro de ese ridículo hombrecito. ¿Por qué ridículo? Porque nada encaja. No encierra realidad alguna”.

Frente a ese “fárrago de irrealidad”, frente a ese amargo compás de espera, jugar a los bolos, [\[512\]](#) arreglar un ramo de dalias naranjas que refulgían en la noche oscura, contemplar la nueva habitación vidriada de Monk's House eran cosas mínimas pero significantes. Pero nada, ni siquiera trabajar su biografía de Roger Fry, evitaba a Virginia tener que “escuchar [la] loca voz vociferando”, la de Hitler transmitida por la radio.

Huir hacia adelante

Lo incierto del futuro invitaba a refugiarse en el pasado, y es así que en una reunión del Memoir Club, donde evitaron hablar de política, Nessa apareció luciendo un gran sombrero “más ella misma que nunca antes”, mientras que Maynard Keynes impresionó a Virginia con sus recuerdos de Cambridge. Como Nessa, sus hijos y Duncan, que adictos a su refugio francés planeaban un nuevo viaje a Cassis, todos intentaban continuar

con sus vidas según sus costumbres, pero las noticias eran más que preocupantes. El 13 de septiembre los alemanes de los Sudetes causaron disturbios y el gobierno checo declaró la ley marcial. En lo que fue una constante de sus últimos años, Virginia oyó la “voz aterradora” de Hitler; ese “ridículo hombrecito” cuya “loca voz vociferante” los tenía en ascuas. Después de escuchar su discurso hasta el final, anotó en su diario: “Un aullido salvaje como de una persona torturada; luego aullidos de la audiencia; luego una frase más espaciada y moderada. Luego otro ladrido [...] Miedo de pensar en las caras. [...] ¿Cómo puede la gente tolerar estos disparates?”.

El caso es que, en medio de la desesperanza, Virginia sentía que con *Tres guineas* había pagado su deuda con una civilización que la guerra amenazaba; se avecinaba un nuevo “1914, pero sin siquiera la ilusión de 1914”. Y otra vez volvía a soñar con Julian. En su sueño, ella le imploraba que no fuera a España, y él se lo prometía; pero luego veía sus heridas. También aparecía Roger, como si no hubiera muerto; hablaban de Cézanne y ella le decía que admiraba su escritura. Esos sueños nostálgicos, o de despedida, revelaban su deseo de que las cosas hubieran sido diferentes. Pertrechada en sí misma, Virginia intentaba no hacer planes; lo importante, decía, era sentirse libre, pasara lo que pasase durante “los 10 años que quedan”. Y durante unos días pudo conseguirlo: “A un viejo, muy viejo, ritmo de lectura regular, primero este libro luego aquel, [le seguía] Roger toda la mañana; caminar de 2 a 4; bolos de 5 a 6.30; luego Madame de Sévigné; cenar 7.30; leer Roger; escuchar música; conectar el *Candide* de Eddie; leer Siegfried Sassoon, y así a la cama a las 11.30 más o menos”.

Ella no era la única que no se sentía preparada para aceptar la guerra. La mayoría de los ingleses querían evitar el conflicto, incluso los políticos. Por eso, aun a costa de sacrificar a los checos y permitir la autodeterminación de los alemanes de los Sudetes, el primer ministro Chamberlain viajó a Alemania a negociar con Hitler. Esto generó una fuerte oposición de parte de Churchill, y también de parte del Partido Laborista, ya que consideraban que ceder era una invitación a que los checos “se suicidaran”. Entre tanto, un desesperado Kingsley Martin insistía en que Leonard regresara a Londres para mediar entre los liberales y los laboristas. Finalmente, bajo una copiosa lluvia, los Woolf emprendieron el viaje y el 25 de septiembre llegaron a la ciudad. Mientras esperaban el resultado de la entrevista entre Chamberlain y Hitler, los londinenses conseguían máscaras de gas, veían cómo se construían refugios antiaéreos y se cavaban trincheras en los parques.

Esa noche Kingsley Martin comió con ellos; melodramático e histriónico, aseguraba que el plan de Hitler era bombardear Londres con intervalos de veinte minutos durante cuarenta y ocho horas, y destruir caminos y ferrocarriles. En tanto iba de un lado a otro de la habitación insinuando que se suicidaría, llamaba a un contacto que tenía en la BBC para enterarse de las últimas novedades.

Al día siguiente, Virginia fue a la Biblioteca de Londres a buscar material para la biografía de Roger. Estaba leyendo las reseñas de *The Times* para la muestra postimpresionista de 1910, cuando un empleado le dijo gentilmente: “Nos están diciendo que nos probemos nuestras máscaras”. Si bien ella creyó que el ataque aéreo había comenzado, en realidad, hasta entonces solo se trataba de una voz que por altoparlante se dirigía a la gente, urgiéndola a buscar sus máscaras de gas. La voz del megáfono la acompañó hasta la Galería Nacional, donde “un agradable viejito brindaba a una atenta audiencia, una conferencia sobre Watteau” “Supongo que todos estaban dando un último vistazo”, escribió a su hermana. Sintomáticamente, ella, como tantos otros, volvía a los escenarios privilegiados de su civilización, perfectible pero la única que tenían, para dar ese “último vistazo”. Pero también debía ocuparse del futuro de la Hogarth Press y de sus empleados. Antes de regresar a su refugio de Rodmell, los Woolf se reunieron con ellos y les aseguraron que les pagarían sus sueldos hasta que les fuera posible. Virginia tuvo la sensación de que no había mucho más que pudieran decir, y le pareció que abandonaban a aquella gente a los peligrosos bombardeos que temían que se cernieran sobre Londres. Aunque se sintió “bastante cobarde”, intentó tranquilizarse recordando el pedido del gobierno: todos los que pudieran abandonar la ciudad debían hacerlo. Con Lehmann a cargo de la Hogarth, los Woolf partieron otra vez bajo la lluvia. Solo se llevaron una máquina de escribir y un abrigo, y Virginia tomó las cartas que Roger le había enviado a Vanessa. Una vez en Rodmell se probaron sus máscaras de gas. Como se esperaba que cerca de “9000” niños del East End arribaran a Sussex y “50” a Rodmell, cabía la posibilidad de que ellos hospedaran algunos en su casa.

Entre tanto, Chamberlain había aceptado la autodeterminación para la región de los Sudetes, pero Hitler iba por más y exigía la anexión del territorio. De no suceder así, ordenaría la invasión el 1° de octubre. Francia e Inglaterra ordenaron la movilización: la guerra era una certeza. El 28 de septiembre, la BBC daba instrucciones para evacuar Londres. También informaban que pensaban matar a todas las serpientes y animales peligrosos del zoológico, y Virginia tuvo la visión

de una Londres estragada por “cobras y tigres”.

Paz sin honor

Un día antes, el 27 de septiembre, los Woolf habían sintonizado la radio para escuchar al primer ministro Chamberlain. Esperaban que dijera “que se había declarado la guerra. Sin embargo ‘Mr. Chamberlain hizo un anuncio sensacional. Herr Hitler [lo invitaba] a encontrarse con él [al día siguiente], junto a Signor Mussolini y Daladier en Munich. La movilización se [posponía] por 24 horas’”. Desde su lugar en el Parlamento, Harold Nicolson había presenciado la escena: mientras Chamberlain daba su discurso, recibió una nota que transformó su rostro. Se trataba de la invitación de Hitler para reunirse con él en Munich. El 29 de septiembre se firmó allí un acuerdo del que ni los checos ni los rusos participaron, donde se decretaba la cesión y ocupación de los Sudetes por parte de los alemanes. Con la sensación de que era como “la vida después de la muerte”, Virginia intentaba convencerse a sí misma que de esa manera se evitaba una gran masacre; que podría viajar libremente; y que su vida cotidiana continuaría sin sobresaltos. Atrás quedaba su idea de que vivirían a base “de manzanas, miel y repollo”; y si bien consideraba, como gran parte de los ingleses, que después del acuerdo Hitler se volvería más poderoso, no podía “evitar estar contenta con la paz”. Por su parte, desde Francia, Nessa y su familia esperaban las noticias que ella enviaba: “Nunca, nunca, ha habido tiempos semejantes”.

La paz obtenida era inestable, y aunque Virginia evitaba leer los diarios y deseaba “paz para nuestra vida: ¿por qué no intentar crearlo?”, pronto sus ilusiones se desvanecían: “El residuo es ahora enojo y vergüenza, por encima del puro alivio cobarde”. Y si bien Leonard advertía que el acuerdo les daría “paz sin honor por seis meses”, en Monk’s House ella intentaba sostener la ilusión:

«Gracias a Dios; estaremos solos; jugaremos a los bolos; luego leeré a Sévigné; luego comeremos jamón a la parrilla y hongos en la cena; luego Mozart... y por qué no quedarnos aquí por siempre, disfrutando de este ritmo inmortal, en el cual tanto el alma como el ojo descansan. Dije esto, y por primera vez L. dijo; No eres tan tonta como pareces.

Estamos tan sanos; tan felices; y luego, entré; puse la pava en el fuego; corrí escaleras arriba, miré los cuartos; todo listo; el hogar a leña estaba precioso, [...] y estaba a punto de llamar a L. para que bajara de la escalera arrimada al árbol alto, donde se veía tan hermoso que mi corazón se detuvo con orgullo de que se hubiera casado conmigo».

Todavía era posible creer que todo seguiría igual o ilusionarse con un viaje a Cassis, para reunirse con Nessa.

Pero además, Virginia seguía escribiendo e imaginaba la posibilidad de juntar en un solo volumen sus “innumerables notas para el *TLS*: considerarlas material para alguna especie de libro de crítica: ¿citas?, ¿comentarios? abarcando toda la literatura inglesa: tal y como la he leído y anotado durante los últimos 20 años”.

A mediados de octubre, pocos días después de un nuevo regreso a Londres, escribía en su diario: “Sabía que el corte sería discordante, pero no que sentiría la mezcla de humillación y disolución que siento hoy, tras una píldora para dormir”. De hecho, era difícil sostener la actividad social de preguerra y seguir con la biografía de Roger, lo que implicaba recordar una y otra vez el pasado.[513] Así pues, el 30 de octubre se sintió sepultada por “palabras, palabras, palabras, tantas y tantas... que creo son la vocalización de mi pequeña sensación esta mañana”. [514] En el trasfondo de su desesperación podía estar la dificultad de amalgamar ciertos hechos; en efecto, debía resolver cómo presentaría la relación entre Vanessa y Roger, y tanteando su opinión le escribía a su hermana: “Roger mismo es tan magnífico, estoy tan enamorada de él”, “¿Qué he de decir acerca de ti? [...] cómo lidiar con el amor para que no estemos todos sonrojándonos”.

Pero, antes de lidiar con ese tema, tuvo que enfrentar otro, también relacionado con Roger y sus amores. Helen Anrep, la última pareja de Roger, estaba preocupada por su situación financiera y creía tener un descubierto importante.[515] Por eso, en tren de ahorrar, había prescindido de ayuda doméstica y había planteado el problema a sus amigos. En un impulso que después dedujo que era una manera de demostrar su afecto hacia Roger, Virginia ofreció prestarle la suma que necesitaba, pero cuando cayó en la cuenta de que sobrepasaba lo que había imaginado sintió que no podía darse el lujo de ser tan dispendiosa, y durante meses se atormentó pensando que debía ser “más cuidadosa en el futuro”. De hecho, siguió obsesionada por el tema del préstamo hasta el año siguiente, cuando incluso se molestó porque el hijo de Helen compró un automóvil nuevo antes de que le

devolvieran el dinero que había facilitado. Obsesionada con su gesto espontáneo y dispendioso, durante mucho tiempo, mientras buscaba razones que justificaran su accionar, se consolaba pensando que era mejor hacer ese préstamo que “tener que comprar ropa cara”. Por otra parte, para compensar tamaña generosidad, se inducía a trabajar y a escribir más artículos; y se decía a sí misma que escribir la biografía de Roger era una manera de pagar la deuda de afecto y reconocimiento que sentía hacia su amigo: “Ciertamente le debía[516] a Roger £150”.

El asunto del dinero trajo cola, y a finales del año Virginia realizó un balance de su presupuesto. Había dispuesto cerca de 348 libras[517] en gastos o presentes a familia y amigos, incluidas las 150 libras prestadas filantrópicamente a Helen Anrep. Pero a pesar de todo, en términos económicos no se trataba de un mal año: *Tres guineas* había vendido cerca de 8000 ejemplares; Virginia también había escrito artículos, entre ellos unos sobre Walpole, un cuento, “Lappin y Lapinova”[518] para la revista *Harper’s Bazaar*, y el artículo “The Art of Biography” Además y sorteando la “presión de hechos” de la biografía de Roger, avanzaba con su nueva novela a la que por entonces llamaba *Pointz Hall* y que finalmente titularía *Entre actos*.

El acuerdo de Munich otorgó una suerte de *impasse*, en el que la vida social continuaba su curso, todos parecían excitados, como si tuvieran la necesidad de prolongar ese tiempo de paz lo más posible, y en un breve lapso Virginia registró muchísimos encuentros en su diario. Entre los compromisos familiares, asistió a finales de octubre al festejo de los ochenta y ocho años de su suegra. El mundo de los parientes de Leonard le resultaba ajeno, le molestaba lo que llamaba “exposición de ropas viejas”, y repelía la “fealdad” de las Woolf de mediana edad. Muy diferente era la siempre idealizada relación con su hermana, cuyo alejamiento la devastaba. Aun así, su anclaje seguía siendo Leonard, y confesaba: “No tengo circunferencia; solo mi inviolable centro: L” Con la sensación de que no podría afrontar separarse de él, Virginia le explicaba a Nessa que no viajaría a Cassis:

«Somos tan infelices separados que no puedo ir. Ese es el peor fracaso imaginable: que el matrimonio, como por primera vez me di cuenta caminando por la Square, la reduce a una a un odioso servilismo. Es inevitable. Escribiré una comedia al respecto. [...] También, es algo bueno que los Wolves y los Bells[519] estén separados a veces para que cada uno pueda condensar su identidad».

A finales de ese año, la especialista en reuniones Sybil Colefax

brindó una fiesta que ocupó varias páginas del diario de Virginia. Allí se reencontró con Max Beerbohm —que parecía “un gato de Cheshire”—, con quien tuvo oportunidad de hablar sobre Roger Fry. Beerbohm le dijo que “era un líder nato”, un iluminado. También se refirieron a la obra de George Moore, a la escritura de Lytton y a la de la propia Virginia. El famoso caricaturista le contó que, cuando regresaba de las fiestas, solía tomar el pincel y dibujar una caricatura tras otra que, dijo señalándose el estómago, salían de allí “como burbujas”. Beerbohm, que la apreciaba, también la felicitó por el ensayo que había escrito sobre él en 1922. Entre los numerosos invitados, Virginia divisó a Willie Maugham, quien le dijo que Christopher Isherwood, un escritor que a ella le parecía “inescrutable y en guardia”, tenía en sus manos “el futuro de la novela inglesa”.

Huir hacia el pasado o refugiarse en el instante mágico de alguna fiesta no impedía que Virginia registrara en su diario: “Judíos perseguidos, apenas cruzando el Canal”. El año terminaba, y se sumaban dolores íntimos y sinsabores. Jack Hills, quien había estado casado con su hermana Stella, murió a fin de año. También había muerto la actriz, cantante y escritora Viola Tree: “Pienso en Viola yaciendo inerte... Cuán fuera de lugar... innecesario”. De pronto, los temores asociados con la muerte y la “vieja herida de la ansiedad de enero pasado” volvían de manera irracional. Que Leonard apareciera con un molesto sarpullido en la espalda puso a los Woolf en guardia: él pensó que había algo grave detrás de ese síntoma y lo asoció con algún problema de próstata;[\[520\]](#) lo cierto es que ambos se habían asustado y una noche, mientras volvían caminando, trataron de exorcizar sus temores hablando de ellos:

«Hablamos de la muerte en Russell Square. L. dijo que se había convencido a sí mismo de no pensar al respecto. 2 o 3 años antes el miedo a la muerte se tornó una obsesión. Dije que no desearía vivir si él muriera. Pero hasta entonces encontraba la vida ¿qué? ¿Excitante? Sí, eso creo. Él estuvo de acuerdo. Así que no pensamos en la muerte. Dicen que los animales presienten los temores y ansiedades de sus dueños; el caso es que por entonces encontraron muerta a Mitz, la monita tití de Leonard. La enterraron en el jardín, mientras las campanas de la iglesia sonaban acompañando el funeral de una persona, al otro lado de la pared. “Mitz fue encontrada muerta el día de san Esteban creo: su blanco rostro de anciana hacía puchero; ojos cerrados; la cola enroscada alrededor de su cuello. L. la enterró en la

nieve bajo la pared”».

CAPÍTULO XLII - 1939

De este lado de la tumba, conversaciones con Freud

EL 5 de enero, en un nuevo cuaderno, Virginia comenzó las anotaciones de su diario con el “cerebro rodando todavía por el surco de la última frase” de la biografía de Roger; una frase que sabía que volvería a redactar por lo menos una docena de veces.

Ella y Leonard habían llegado a Rodmell quince días antes, después de poner cadenas en las ruedas de su automóvil para poder avanzar a través de la nieve que cubría los caminos. Era un invierno crudo, las cañerías estaban congeladas y no fue fácil poner la casa en marcha. Así y todo, nada impidió que los Woolf pasaran la Navidad en Tilton, junto con los Keynes, y después se dirigieran a Charleston. Finalmente, el clima mejoró y “las largas púas de hielo que colgaban de la ventana de la cocina [con] agua en sus narices” se fueron derritiendo, los caños se descongelaron, y pudieron observar cómo la hierba emergía, otra vez, entre la nieve.

Escribir la biografía de Roger había sido más difícil de lo que ella había imaginado; Virginia sentía que estrujaba su “cerebro hasta dejarlo como el viejo trapo de una lavandera”. Su rutina consistía en escribir alrededor de tres horas por la mañana, pero también leía a intervalos mientras preparaba la comida, y escuchaba las noticias hasta las 11.30. Privada de sus largas caminatas a causa del mal tiempo, ese invierno leyó el segundo tomo de *After the Deluge*, el libro de Leonard que la Hogarth publicaría ese año.

A mediados de enero estaba nuevamente en Londres. Había leído a

Chaucer y a Madame de Sévigné, también los diarios de Delacroix y concluía que era “entre los pintores y no entre los escritores, donde uno encuentra estabilidad, consuelo”. Pero nada permanecía fijo mucho tiempo. España caía en manos de Franco y ella volvía a soñar con Julian. Por entonces, el libro de su sobrino, *Julian Bell, Essays, Poems and Letters*, publicado por la Hogarth, recibía críticas poco favorables en *The London Mercury*, en las que también hacían referencias a la incapacidad del grupo de Bloomsbury de “lidiar con la tragedia humana”. Lo cierto es que la recepción del libro no estuvo acorde con las expectativas de Vanessa, quien señaló amargamente que, en vida de Julian, Virginia tampoco había apreciado su trabajo.

Mejor suerte corría su cuento “Lappin y Lapinova”, aceptado por la *Harper's Bazaar*, por lo que Virginia se sintió confortada, y también dichosa de embolsar cerca de 600 dólares que compensarían el filantrópico préstamo a Helen Anrep. Además, sus obras seguían traduciéndose en varios idiomas; la versión francesa de *Los años* se había editado el año anterior y una entusiasta Victoria Ocampo hacía conocer y traducir sus libros en Sudamérica. Tantos éxitos la alentaban a seguir escribiendo, en “marea alta”, su nueva novela. Virginia tenía la sensación de que, cuando actuaba, su “don creativo” era como una “brújula” inefable que diluía todas las percepciones negativas: en esos momentos, la edad no la preocupaba y las reflexiones acerca de la vejez y la muerte no tenían lugar.^[521] Cuando su don actuaba, su mente se llenaba de imágenes, visiones y figuras que desplazaban cualquier pensamiento trágico y ella se preguntaba: “¿Por qué no cambiar la idea de muerte por una experiencia más excitante... como con el matrimonio en la juventud?”.

Lo cierto es que no era fácil sostener esa suerte de optimismo voluntarista que encubría o negaba su angustia frente a la muerte. La de los amigos, la inminencia de la guerra y una depresión que se hacía cada vez más profunda colaboraban para que los pensamientos sobre la muerte se impusieran y una “inmensa capacidad para el puro placer bajo la manga” quedara inutilizada “de este lado de la tumba”. Durante todo el año, Virginia luchó contra una depresión cada vez más evidente. En ese intento, valoraba especialmente las pequeñas satisfacciones cotidianas, o que su editor norteamericano aceptara publicar la biografía de Roger. Pero cualquier gratificación era pronto empañada por el cauce que tomaban los acontecimientos; y el 24 de enero anotaba en su diario que Franco estaba a las puertas de Barcelona. Aun así, en vísperas de su 57 cumpleaños, ella y Leonard se hicieron tiempo para

visitar una exposición floral de The Royal Horticultural Society; mientras volvían en autobús, Virginia se refirió a su nueva novela, e hicieron planes sobre lo “que debería escribir, si pudiéramos vivir otros 30 años”.

A finales de enero la caída de España bajo la dictadura franquista era una realidad que no se podía enmascarar. Con esa noticia como fondo, los Woolf visitaron a Sigmund Freud, que gracias a las influencias de una de sus discípulas, la princesa Marie Bonaparte, acababa de llegar exiliado a Londres. Si bien la Hogarth Press lo publicaba desde 1924, y la editorial llegó a traducir e imprimir los 24 tomos de su obra completa, en los diarios y reseñas de lecturas de Virginia el padre del psicoanálisis aparece escasamente. A pesar de que esta disciplina había captado el interés de su hermano Adrian y de muchos de sus amigos, ella solo había sido una espectadora más o menos atenta al fenómeno. Finalmente, los Woolf conocieron a Freud y tomaron el té con él en su casa de Hampstead; allí observaron su mesa de trabajo, donde escrupulosamente se alineaban las antiguas estatuillas egipcias que coleccionaba. El “arrugado y encogido viejito: con ojos iluminados como de mono, movimientos de parálisis espasmódica, inarticulado: pero alerta” le regaló un narciso a Virginia, y durante la conversación ella percibió su “inmenso potencial [...] un viejo fuego ahora vacilante”. Hablaron de la fama, una de las obsesiones de Virginia, y Leonard contó un curioso incidente. Habían atrapado a un hombre robando libros de la librería Foyle’s de Londres, entre ellos uno de Freud; y el juez que atendió el caso dijo que si dependiera de él, lo sentenciaría a leer veinte de sus obras. Divertido, Freud advirtió que sus libros lo habían “difamado más de lo que lo habían hecho famoso”.

También hablaron de Hitler y del nazismo. Mientras que Freud aseguró que el “veneno” tardaría una generación en desaparecer, Virginia se refirió a que en su condición de inglesa, sentía, como muchos otros, alguna culpa por haber ganado la guerra de 1914 y por las condiciones impuestas a Alemania, ya que pensaba que de no haber sido así, ni los nazis ni Hitler hubieran existido. Freud la escuchó atentamente, pero puso énfasis al afirmar que de haber ganado los alemanes, todo hubiera resultado mucho peor. “¿Qué van a hacer *ustedes* los ingleses?”, inquirió Freud, y Virginia contestó: la “guerra”.

Leonard quedó fascinado[522] con ese hombre que no solo era “un genio, sino también, a diferencia de muchos genios, un hombre extraordinariamente agradable”. Freud lograba imponer su seducción aun cuando, como Anna Freud hizo notar, todos en la familia

extrañaban Viena. El suyo era un exilio involuntario y Virginia equiparó a los Freud, como a otros refugiados que conocía, [523] con “gaviotas, con los picos abiertos para recibir posibles migajas”.

Pero la guerra también amenazaba ser una suerte de exilio para los ingleses, que continuarían viviendo en su país en condiciones muy diferentes. Escindidos entre los temores por el futuro y el anhelo de continuar como hasta entonces, los Woolf asistieron a una fiesta de disfraces organizada por Adrian, en la que Tom Eliot se disfrazó del Dr. Crippen, colgado en 1910 por el asesinato de su mujer, y Virginia apareció como Cleopatra. Los más jóvenes bailaron hasta las 3 de la madrugada y ella sintió “una cierta liberación causada por usar una máscara, achispamiento y el abandono a no ser lo que una suele ser”.

“¿Es todo polvo y cenizas?”

La situación europea se hacía insostenible y Virginia sentía que nada parecía tener sentido. Cuando el 27 de febrero Chamberlain anunció que el gobierno británico reconocía la legitimidad del gobierno de Franco, ella no pudo menos que pensar: “Y Julian fue matado por esto”. De todas maneras, la posibilidad de escribir y tener cerca a los seres queridos contribuía a que considerara que, a pesar de todo, tenían “los materiales para la felicidad, de nuevo”. A principios de marzo terminó el primer borrador de *Roger Fry*, pero siguió revisando el libro durante la primavera y el otoño. El trabajo era infinito, los amigos seguían descubriendo material y le enviaban nuevos paquetes de cartas, por lo que sentía que su tarea era como hacer un “vestido que siempre tiene un nuevo brazo o una pierna faltante en la falda”. Incluso al final de la escritura sentía que tenía una terrible faena por delante, “dudas interminables” sobre sí misma como autora de biografías e incluso se preguntaba acerca de la posibilidad misma de escribirlas. De todas maneras, era necesario llegar hasta el final, aun dudando: “Quizás haya una chispa de vida... ¿o es todo polvo y cenizas?”.

La misma preocupación —qué pasaría o qué quedaría de la vida— cabía con respecto a la grave realidad política europea. Presionadas por Hitler, las provincias eslovacas declararon su independencia. Checoslovaquia se desmembró y el 15 de marzo, a pesar de que había prometido respetar la independencia checa, Hitler marchó sobre Praga.

Chamberlain solo atinó a decir que aquello no respetaba el Pacto de Munich. En su diario, Virginia concluyó que cualquier comentario era “superfluo” y agregó: “Nos sentamos y miramos”. Solo restaba esperar “como niños obedientes” lo que anunciara el Parlamento.

Pero aun en esos momentos la vida social continuaba y, entre otros compromisos, los Woolf asistieron a la cena por el 25° aniversario de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Mientras escuchaba los discursos Virginia prestó atención a los participantes, admirada por su “increíble verborragia”. También observó a Melanie Klein, con quien comió pocos días después y definió como “una mujer de carácter y fuerza y un cierto sumergido... cómo decirlo... no oficio, sino sutileza: algo trabajando bajo tierra”.

Expulsadas por el nazismo, nuevas e interesantes personalidades hallaban su lugar en la sociedad inglesa. Conocerlas podía ser interesante, pero también era agotador. Mientras tanto, Virginia continuaba trabajando en los dos libros que tenía en marcha, cuestión que no inhabilitaba proyectos que surgían del estímulo que encontraba en el contacto con otras personas. Sobre todo, estimaba los diálogos que se daban en la intimidad, como sucedió cuando Hugh Walpole hizo un “completo informe de su vida sexual” y le confesó que solo amaba “a hombres que no aman hombres”. Él también dijo que, por temor a lo que pudiera pensar la gente que apreciaba, “no tenía coraje para escribir sobre su vida real”. Estos comentarios daban en el blanco de sus propias preocupaciones. Lo cierto es que Virginia había censurado aspectos sentimentales de la vida de Roger, en especial su relación con Vanessa, y temía que esta cuestión, junto con el agotamiento inevitable en la última etapa de escritura, perjudicaran el libro.[\[524\]](#) ¿Acaso no había sido su casi obsesivo repasar una y otra vez “lo que había matado a *Los años*”?

De todas maneras, la cuestión de las memorias, y de lo que se podía o no decir en ellas, resultaba un desafío estimulante. La idea de escribir las suyas iba tomando forma y Virginia se decidió a comenzarlas cuando Nessa dijo que debería hacerlo antes de ponerse demasiado vieja. Al mismo tiempo que recordaba el pasado y se proponía revivirlo en el momento de la escritura, Virginia no dejaba de evaluar los efectos del paso del tiempo, analizar el tema de la edad y pensar en lo que le restaba por vivir, cuestiones que se convertirían en sus máximas obsesiones:

«Sentía que estaba cargando con la parafernalia de la vida y que me

alegraría dejarla hundirse. Me dije a mí misma, Recuerda, esta es la descripción de la edad que vendrá. Estoy en el qui vive para describir la edad: para anotarla. A menudo pienso en las cosas de esta manera, pero las olvido. Y como L. es normal y está despierto, y es una linda mañana, no soy consciente de cargar mi parafernalia, solo algo distraída y no puedo acomodarme».

Como siempre, confiada en que el trabajo era un antídoto contra la rigidez y el estancamiento de la edad madura, leía “profesionalmente” a Madame de Sévigné, y soñaba con escribir “libros rápidos, intensos y cortos. [.] Esta es la forma de evitar la moderación y el enfriamiento de la vejez”. Se trataba de seguir siendo creativa y “de desobedecer todas las teorías preconcebidas”. ¿De qué valía vivir “arrastrándose, siempre midiendo y testeando nuestro poquitín de fuerza y asignándole tareas sencillas para acumular años”? —se preguntaba.

“Con más fuerza que nunca antes”, Virginia sentía “un sentimiento de comunidad: toda Inglaterra pensando la misma cosa —este horror de la guerra— en el mismo momento”; se trataba de sentimientos que afectaban a todos, aunque luego siguiera una sensación de letargo y la caída en la “separación individual”. Cada uno vivía la angustia a su modo y, en el caso de la madre de Leonard, eso significaba apegarse a la vida con tenacidad. Luego de un tétrico encuentro con la anciana, Leonard dijo que tenía la esperanza de morir antes que Virginia, ya que la necesitaba y dependía más de su vida en común de lo que ella dependía de él. Lo cierto es que los dos se sentían amenazados por el fantasma de la muerte, por la guerra y también por cuestiones menos trascendentes, pero muy molestas. Estaban construyendo un gran hotel —el mismo que hoy ocupa toda la cuadra— contiguo a su casa del 52 de Tavistock Square. Muchas de las construcciones vecinas habían sido demolidas, y desde la calle podían verse las huellas de lo que habían sido empapelados y pinturas en las paredes de las habitaciones. Por la noche el ruido del tránsito de los automóviles, silenciado antes por las casas contiguas, no dejaba dormir a Virginia, y durante el día la molestaban los martillazos y el polvo que se colaba por todas partes. Era difícil que pudieran rescindir el contrato de locación antes del plazo fijado, pero Leonard negociaba el alquiler de una nueva casa que también compartirían con la firma de abogados Pritchard.

Estas cuestiones y las charlas con John Lehmann[525] formaban parte de las preocupaciones cotidianas que los Woolf abandonaron por unos días al cruzar el canal para viajar en auto por Normandía y

Bretaña hasta llegar a Bayeux.

En Les Rochers visitaron el castillo de Madame de Sévigné, de cuyas cartas Virginia tanto disfrutaba. Allí apreció una *chaise longue* que se suponía que le había pertenecido, e hizo comentarios al ver la bacinica con forma de sopera — las referencias a cuestiones escatológicas eran comunes en las bromas de Bloomsbury— que siempre la acompañaba. En Bayeux, Virginia quedó “agradablemente impresionada” por las celebraciones católicas de la fiesta de san Juan. Y siempre fascinada por las letras francesas, aunque encontraba dificultades con el argot, leía a Colette, a quien consideraba una “escritora nata” con la capacidad de “recorrer el diccionario como bailando”.

VICTORIA Y VIRGINIA

Después de una ausencia de cuatro semanas, Virginia regresó a Londres el 22 de junio. Deseaba encontrar “las proporciones correctas” para escribir el capítulo sobre las muestras de los postimpresionistas en la biografía de Roger, pero arreciaban las visitas. Entre ellas, la de la escritora, editora y mecenas argentina Victoria Ocampo, descripta en pie de página de la versión inglesa de los diarios de Virginia como una “adinerada argentina fundadora y editora de la revista literaria *Sur*, [...] una extravagante admiradora de VW”.

El 23 de junio, Virginia se refería a ella con un lacónico “Ocampo hoy”. Ese mismo año, en enero, y a pedido de la argentina, le había escrito a Vita contándole que ella estaba en París y deseaba conocerla:

«Una mujer, Victoria Okampo, que es la Sybil [Colefax] de Buenos Aires, escribe para decir que quiere publicar algo tuyo en su revista trimestral *Sur*. Se encuentra en París, ha oído que te diriges allí a dar una conferencia; supongo que quiere conocerte. Le dije que te escribiera, pero que yo te explicaría. Es inmensamente rica, apasionada; ha sido amante de Cocteau, Mussolini... de Hitler hasta donde tengo entendido: llegó a mí a través de Aldous Huxley; me dio una caja de mariposas; y de vez en cuando descende sobre mí, con ojos fosforescentes como los huevos de bacalao: qué hay debajo, no lo sé».

Días después, Virginia le escribió a Vita preguntándole si había conocido e intimado con la “Okampo”. No es fácil imaginar cómo pudo haber sido ese encuentro; sabemos que la espléndida sudamericana le obsequió a Vita un carísimo ramo de orquídeas y también que la paseó en su lujoso automóvil, pero no es probable que la haya impresionado favorablemente, ya que poco después Vita le escribía a Virginia: “Me llegó una carta suya, diciendo cuán ardientemente añoraba el campo y los abiertos y vastos espacios de las pampas, etc. Bueno, pensé, ¿por qué no va allá? ¿Qué la detiene? Si lo anhela tanto como dice, ¿por qué pasa tiempo en París y Londres? No tengo paciencia con semejante patraña”. A vuelta de correo, tomando en broma a la argentina, Virginia subrayaba: “Sí, esa es Okampo; creo que quería un poema; también, que tuvo gases porque venías”.

Es llamativo que tanto Virginia como Vita ironizaran a costa de una mujer que en Buenos Aires representaba lo que ellas en Londres. Victoria pertenecía a la alta burguesía argentina, a una de las familias tradicionales que se consideraban a sí mismas la aristocracia de su país y, como Vita, adoraba la vida de campo. Por otra parte, dispuesta a la aventura editorial y al mecenazgo, fundó su propia editorial, como lo había hecho Virginia, con el propósito de publicar sus obras y la de otros escritores sin censura, y era dueña de cierto esnobismo cultural criticado por muchos intelectuales en su propio país. Lo cierto es que Victoria era una mujer acostumbrada a imponer su voluntad. Según ella misma recordó, el 23 de junio iba por Picadilly para despedirse de Virginia: “El tráfico estaba imposible y el taxi se detuvo a la altura de Fortnum & Mason”. En ese momento, Victoria vio que la famosa fotógrafa Gisèle Freund viajaba en otro taxi y le hizo señas para que se detuviera: “Le grité: Gisèle, voy a ver a Virginia Woolf. Venga conmigo. Tiene que fotografiarla.

Gisèle, encantada (estaba fotografiando a los grandes escritores y no había conseguido incluir a Virginia en su colección)”.

Según puede inferirse de lo anterior, Victoria estaba al tanto de que Virginia no había aceptado que Gisèle Freund la fotografiase, pero, dado su carácter, la argentina no pudo evitar ser intrusiva. “Irrumpió vigorosamente” en la casa de los Woolf acompañada por la fotógrafa y la dejó, a decir de Virginia, “sin escapatoria, con Okampo en el sofá, y Freund ahí en carne y hueso”. “En consecuencia, mi tarde se dispersó de la forma más detestable y abrumadora”, anotó.[526] En sus recuerdos, Victoria reconoció que era evidente que Virginia “se puso tiesa, se

empacó”. De todos modos, se sintió obligada a acordar una sesión de fotos; pero después de que Freund se retirara, el resto de la visita transcurrió entre una mujer “crispada” —Virginia— y otra “inhibida” —Victoria—. Si bien esa fue la última vez que la escritora inglesa se vio con la argentina, durante el intercambio epistolar que siguió a esa visita, Virginia le reprochó a Victoria su actitud. [527] Esa carta recibió lo que Victoria consideró una “muy seca” respuesta suya y luego disculpas por parte de Virginia.

Las fotos, [528] que finalmente Freund logró obtener después de tan inesperada como intrusiva mediación, son un testimonio que los admiradores, los lectores, los críticos y, sobre todo, los biógrafos de Virginia agradecen. A pesar de su enojo, según testimonio de la fotógrafa, Virginia se prestó a “todas [sus] exigencias”, juntas vieron “todos sus vestidos y [eligieron] los colores entre las dos”. Virginia también le pidió que fotografiara a Leonard y finalmente “los dos esposos posaron juntos, con el perrito a sus pies”.

Esas fotos, que Virginia odió tomarse pero que Leonard supo apreciar cuando las vio años después, [529] resultan una conmovedora evidencia, a la luz de los acontecimientos posteriores y como surge de los diarios personales de Virginia, de la gran depresión que atravesaba, ya que es imposible escapar de la sensación de tristeza que transmiten. Pero ninguna de las personas que la rodeaban parecía percibirlo, e incluso cuando le preguntaron a Victoria Ocampo si en esa ocasión había “notado en ella alguna señal de desequilibrio”, aseguró que Virginia “era un fuego de artificio”, siempre chispeante en el trato social. Es muy probable que el ánimo de Virginia mejorara cuando se trataba de conversar sobre arte o literatura, pero además ella sabía por experiencia que, aun en los momentos más dolorosos, las personas podían sostener la máscara de la indiferencia o de la felicidad. Recientemente se había encontrado con el pintor Mark Gertler, que había denunciado “la vulgaridad, la inferioridad de lo que él llamaba ‘literatura’, comparadas con la integridad de la pintura” y que también le dijo que se sentía recuperado tras un intento de suicidio y que se encontraba en un buen momento como pintor. A pesar de ello, poco después Gertler se suicidaba con gas en su estudio. Tanto Nessa como Duncan concordaron en señalar que sus últimas pinturas denotaban un avance notable, y Virginia se preguntaba: “Pero con su intelecto e intereses, ¿por qué la vida personal se volvió tan dolorosa?”

Adiós, señora Woolf

A través de sus cartas y de sus diarios, Virginia fijaba situaciones para elaborarlas y de alguna manera revivirlas, atenuando sus efectos o buscando explicaciones que revalidaran sus propias percepciones. Los personajes favoritos seguían siendo los mismos a través de los años: allí estaba Clive que, guiado por “algún viejo rencor contra Roger”, en una reunión del Memoir Club levantaba “las plumas del cogote”, y allí estaba Nessa, cuya reacción era tornarse “tan marmórea como la piedra. Cuánto más dura se ponía ella, más levantaba él las plumas de su cogote”.

Otra personalidad reiterada, emblemática y que despertaba sus sentimientos más contradictorios era su suegra. A causa de una caída, la madre de Leonard se había fracturado dos costillas, pero seguía aferrándose a la vida con tenacidad y mostraba “una terrible pasiva resistencia a la muerte” como si poseyera “la inmortalidad del vampiro”. Hacía mucho tiempo que Virginia y Leonard pensaban que la madre de él tenía todas las razones para envenenarse, pero la señora Woolf demandaba más y más vida. Lejos de comprender la capacidad de disfrutar de lo que para ellos eran nimiedades, el matrimonio coincidía en definir la vida como “una ilusión que pasaba demasiado rápido” y —recordando a Lytton— Virginia caía en la melancolía y pensaba qué quedaba de la vida “excepto estos libritos” Poco después, contemplando las habitaciones de la nueva casa que habían alquilado en Mecklenburgh Square, en un nuevo arranque de melancolía, no pudo evitar pensar “en cuál de estas habitaciones [habría] de morir”. [530]

Finalmente, anticipándose al momento en que el mundo cambiaría radicalmente, la madre de Leonard falleció. Virginia asistió al servicio fúnebre en la sinagoga, pero sintió que nada de lo que se dijo sobre “Lady”, como le gustaba que la llamaran, se ajustaba a su personalidad; y registró en su diario: “Cada vez que llegábamos, ella preguntaba ‘¿Y Virginia?’. Yo bromeaba diciendo ‘Oculta tu desilusión al verme’. Luego entonces ella reía, me besaba”.

A pesar de la poca intimidad en sus relaciones, habían instalado una suerte de ceremonia o ritual de visitas y Virginia reconocía que “había algo espontáneo” en esa mujer capaz de contar el argumento entero de *Lo que el viento se llevó* y que solía alardear de su familia, de haber criado sola nueve hijos, y que incluso, en contadas ocasiones, le “hacía sentir la emoción de hija”. En los numerosos retratos de su suegra que

abundan en sus diarios, Virginia no se cansaba de señalar que la madre de Leonard vivía en una atmósfera de “falsedad emocional”, y que tenía la particularidad de arrogarse aires de “adorada matriarca, [forzando] a los hijos a adoptar su actitud”. Si bien la anciana señora Woolf solía insinuar que Leonard la descuidaba y que Virginia lo había apartado de su familia, las relaciones entre él y su madre nunca habían sido fáciles, ya que Leonard “no tenía paciencia con su sentimentalidad invencible, optimista”. Además, él creía que, aunque su madre no lo habría admitido nunca, él era el menos amado de sus hijos.

La muerte de su suegra obligaba a Virginia a aceptar una nueva realidad. Con ella se iba la última representante de la vieja generación; para la madre de Leonard, Virginia siempre sería una mujer joven, y con su desaparición sintió que se convertía en una anciana. Tampoco Leonard era una ayuda, ya que además de lo que pudiera significar para él la muerte de su madre, estuvo deprimido porque su libro *Barbarians at the Gate* había sido rechazado por los editores del Left Book Club. Aunque el éxito editorial le fuera esquivo, él seguiría denunciando “la tortura en masa, la persecución, la expropiación, el encarcelamiento o aniquilación de decenas de miles o cientos de miles de personas tachadas o condenadas a muerte por ser socialdemócratas, comunistas, judíos, pastores luteranos, católicos romanos, capitalistas, o kulaks”. Lo cierto es que los editores estaban preocupados por las críticas al gobierno soviético y al comunismo, y trataron de presionarlo para que modificara el libro, que finalmente salió publicado sin cambios.

El gradual advenimiento de la MUERTE

El clima de catástrofe inminente tenía consecuencias en la vida cotidiana y ese verano Virginia y Leonard tuvieron una discusión porque él había ordenado construir un invernadero en el jardín en Monk's House y la construcción afectaba la vista que Virginia tenía desde la cabaña en la que trabajaba.

El uso de este libro —escribió ella en su diario— es transcribir cosas, por lo tanto: el invernadero. Soy tan infeliz. Una palabraportmanteau. Analizado: dolor de cabeza; culpa; remordimiento... La casa, la casa de L.,... oh dios, su hobby, [su peral], que desaparezcan por mi causa.

Lo cierto es que Virginia terminó por interrumpir la obra y recuperó la vista desde su cabaña, pero por un tiempo se sintió culpable, incapaz de leer o de escribir. La lectura de sus diarios personales[531] le sirvió para componerse, superar esa “mañana invernadero”, repensar el conflicto con Leonard y llegar a la conclusión de que, como él no la había consultado, quedaba liberada de toda culpa. Finalmente, aunque se sintió irritada por “la habilidad de Leonard de engendrar culpa”, por “su despotismo”, pronto se reconciliaron: “¿Alguna vez me consideras hermosa ahora?”, le preguntó Virginia, y él contestó: “La más hermosa de las mujeres”. Finalmente, cuando un par de días después Leonard dijo que construiría su invernadero en el fondo del jardín, Virginia tuvo la sensación de que había logrado imponerse solo gracias a un fuerte desgaste emocional y si bien tenía la sensación de “no haber estado nunca tan libre y feliz”, sentía la irrupción de “voces humanas [que] nos despiertan, y nos ahogamos”. Con esas palabras, que surgían de un poema de Eliot, graficaba la sensación de agotamiento que la embargaba. No solo se trataba de tener que contestar llamados telefónicos incesantes o de responder requerimientos sociales; sus propias voces interiores debían ser atendidas. Sentía que eran tiempos difíciles para escribir ficción, y reflexionando acerca de la proliferación de diarios y memorias que se editaban, escribía en el suyo:

«He estado pensando en los Censores [...] Si digo tal cosa, me considerarán sentimental. Si lo otro... me creerán Burguesa. Todos los libros parecen rodeados por un círculo de censores invisibles. De ahí su timidez, su inquietud [...] Como si hubiera que permitirle a la mente asentarse tranquila sobre el objeto para poder producir la perla».

Siempre pendiente del tiempo y de la relativa tranquilidad que necesitaba para escribir, se preguntaba cuáles serían a partir de entonces los temas centrales de su escritura:

«Oh y yo pensaba, mientras me vestía, cuán interesante sería describir el acercarse a la edad, y el gradual advenimiento de la muerte. Como la gente describe el amor. Anotar cada síntoma o fracaso: pero ¿por qué fracaso? Tratar la edad como una experiencia que es diferente de las otras; y detectar cada una de las graduales etapas hacia la muerte

que es una tremenda experiencia, y nos acercamos a ella conscientes de ello, no como al nacimiento».

Lo cierto es que intentaba estilizar una experiencia que temía tanto como rechazaba. La vejez le inspiraba temores concretos, por lo que no mucho después, luego de ver a Ethel Smyth, que había afirmado que a los ochenta y cuatro años se había vuelto a enamorar, escribía en su diario: “Sentí que era patético; también feo, humillante, ver ese viejo bebé haciendo sonar su sonajero”. Ethel, concluía, parecía “el rey Lear, solo que sin ninguna tragedia ni poesía”. Tanto en las reflexiones que abundan en sus diarios como en la descripción de su amiga se percibe cuánto perseguía a Virginia el temor de lo que pudiera depararle la vejez; y poco después, en septiembre, tras la muerte de Freud, tuvo la necesidad de hacerse de nuevos recursos para enfrentar el paso del tiempo. Así pues, creyó que era el momento de leer seriamente al famoso psicoanalista “para agrandar la circunferencia. Para darle a mi cerebro un más amplio alcance: para tornarlo objetivo; para salir. Y así vencer el achicamiento de la edad. Empezar siempre cosas nuevas. Romper el ritmo etc.”. Pero las dificultades de la lectura se complotaban contra su entusiasmo:

«Estoy engullendo Freud. [y al día siguiente] Freud es desconcertante: reduce al individuo a un torbellino; y diría que tiene razón. Si todo queda reducido al instinto, al inconsciente, ¿qué queda del resto, la civilización, el hombre completo, la libertad, etc.? Su salvajismo contra Dios es bueno. La falsedad de eso de amar a nuestro prójimo. La conciencia jugando el papel de censor. Odio... Pero estoy muy embrollada».

En 1939, la Hogarth publicó *Moisés y el monoteísmo* y es probable que por entonces Virginia también leyera *El futuro de una ilusión*, *El malestar en la cultura*, *Psicología de las masas y análisis del yo*. Es interesante destacar que, en paralelo a la lectura de Freud, transcurría la escritura de “Apuntes del pasado”, el texto autobiográfico que ella comenzó en abril de ese año y en el que continuaría trabajando intermitentemente, hasta poco antes de morir. La lectura de Freud podía resultar más que interesante, y un año después, agotada tras una

seguidilla de visitas, escribía en su diario: “Traté de centrarme leyendo a Freud”.

Puede decirse que Virginia respetó el trabajo de Freud, pero que lo conoció demasiado tarde. Ninguno de los adeptos al psicoanálisis que conocía — su hermano Adrian, su cuñada Karin[532] o James y Alix Strachey— lograron estimular su curiosidad. También es cierto que más que interesarse en la terapéutica propuesta por Freud y sus seguidores, Virginia leía sus trabajos en clave literaria, valorando su aporte cultural. La lectura de Freud se encuadraba en su necesidad de seguir avanzando, evitar la melancolía y la rigidez; iniciar nuevos ciclos y proyectos.

Pero además, había problemas que debía resolver con urgencia; tenía que analizar cómo continuar con la Hogarth Press en tiempos de guerra, y se imponía la necesidad de habilitar una residencia en la ciudad. Por eso, el 17 de agosto los Woolf se dirigieron a Londres para mudar sus pertenencias y la editorial a la nueva casa en el 37 de Mecklenburgh Square. La trabajosa mudanza duró varios días, ya que recién el día 24 llegaron sus muebles y objetos personales. Mientras trabajaba, Virginia no podía menos que preguntarse si ya estaban en guerra; la crisis era insostenible, y ese mismo día se conocía que Alemania y Rusia habían firmado un pacto de no agresión. Eso significaba que Hitler podía invadir Polonia de un momento a otro; y como Inglaterra debía honrar las garantías brindadas a dicho país, la invasión desencadenaría inmediatamente la guerra. Sin embargo, escribía Virginia en su diario, la gente parecía indiferente y se apiñaba como un rebaño de ovejas, sin entusiasmo, reunida en “paciente desconcierto”. Los museos estaban cerrados, no había gente en las calles, “como ensayo [de la guerra] general completo”. En esos momentos Virginia sentía: “El sentimiento común cubre lo privado, luego cede. Incomodidad y distracción. Y todo mezclado con el lío en 37”. El 28 de agosto, sin mucho más que esperar, y de regreso en Monk’s House, relataba cómo aguardaba lo inevitable:

«Me quedo aquí afuera, tras jugar a los bolos, para decir... ¿qué? En esta posible última noche de paz. ¿El boletín de las 9 en punto lo terminará todo?... nuestras vidas, oh sí, y todo ¿por los próximos 50 años? Todos están escribiendo, supongo, sobre este último día. Caminé por las colinas; yací bajo un maizal y miré la tierra vacía y las nubes rosadas en cielo de perfecta tarde azul de verano. Ni un ruido. Obreros discutiendo sobre la guerra en el camino: uno a favor, otro en contra. Entonces a jugar a los bolos. Yo jugando a los bolos soy feliz: y fuera del

jardín ¿qué? Entumecida creo. Vita dice que siente terror y horror temprano... revive, luego se hunde. Para nosotros es como estar en una islita. Ninguno de nosotros tiene ningún temor físico. ¿Por qué habríamos de tenerlo? Pero hay una vasta tristeza calma y fría. Y el esfuerzo. Como esperar el veredicto de un doctor. Y los jóvenes, los jóvenes hombres destrozados. Pero el punto es que uno está demasiado entumecido como para pensar. Londres parecía alegre. La mayoría está entumecida y tiene un optimismo superficial. Hugh Slater ayer tuvo la corazonada de que no habrá guerra. El viejo Clive sentado en la terraza, dice “no quiero tener que vivir esto”. Explica que su vida se desvanece. Ha tenido lo mejor. Privadamente estamos tan contentos. Alegría día tras día. Tan contentos cocinando la cena, leyendo, jugando a los bolos. Sin sensación de patriotismo. ¿Cómo seguir entonces, a través de la guerra?: esa es la pregunta. Desde luego que tengo mis viejas espuelas y mis viejos flancos. No, no puedo alcanzarlo... así que ¿cuál es el sentido de mantenerse fuera? Uno merodea por dentro; cena, luego escucha. Los sentidos me dicen que no habrá novedades hasta mañana. Sí, es una adorable y quieta tarde de verano; ni un

sonido. Una golondrina entró en la sala. Hablé con la muchacha que cría sabuesos en la colina, cerca del árbol de hiedra. Moscas de mayo [Mayflies] zumban. Estoy sin mangas en el calor. Sin palabras de Vita que iba a venir. Cuán inesperadamente difícil es escribir».

El momento tan temido

Hitler invadió Polonia el 1° de septiembre. Ese día, en Rodmell, Leonard continuaba con sus labores en el jardín, y mientras el carpintero trabajaba en la casa, Virginia anotaba en su diario: “No sé por qué escribo esto. O qué siento, o debo sentir”. Al día siguiente, cuando fue a hacer las compras a Lewes, se sintió una más entre el torbellino de gente que se agolpaba en las tiendas para abastecerse de comestibles y material para oscurecer las ventanas.

Dado que el 3 de septiembre todavía no se anunciaba oficialmente el inicio de la contienda, Virginia escribía en su diario: “Supongo que esta es nuestra última hora de paz”. La angustia los dominaba y discutió con Leonard mientras pensaba: “Supongo que las bombas están cayendo en habitaciones como esta en Varsovia” El tema de la discusión tuvo que

ver con la actitud de Chamberlain, que tal vez para extender un poco más los tiempos, o para negociar, había postergado dos días la declaración oficial de la guerra. En desacuerdo con esa actitud dilatoria, Arthur Greenwood, el vocero del Partido Laborista lo instó a definirse en un discurso en la Cámara de los Comunes. Leonard estaba de acuerdo con Greenwood, pero Virginia conservaba una remota ilusión y defendía a ultranza su posición pacifista. Finalmente, el 3 de septiembre, a las 11.15 de la mañana, la BBC transmitía al primer ministro anunciando que Inglaterra estaba en guerra con Alemania.

El 6 de septiembre Virginia oyó la primera alarma antiaérea. Sin embargo, el cielo parecía libre de aviones. Mientras tanto, una gran actividad se desplegaba en Monk's House, y en Rodmell, invadidos por londinenses que escapaban, muy en contra de su voluntad, de la ciudad. Virginia recibía a gente en su casa y atendía a un grupo de embarazadas y niños refugiados. Apenas le quedaba resquicio para vivir esa vida mental que le era necesaria; en su diario solo registraba sensaciones físicas de agotamiento, todo parecía vaciarse de significado, y escribía: "Señor, esta es la peor de todas las experiencias de mi vida".

Aunque aseguraba que "no hay dudas de que una puede sobreponerse a esto", se sentía "físicamente" cobarde, y estudiaba las reacciones de su cuerpo: la sensación de frío, la torpeza, el embotamiento de la mente. Leer o acumular notas en su diario podía ser un reaseguro, al menos allí podía repetir "100 veces que cualquier idea es más real que todo el cúmulo de miserias de guerra". Sin dejarse violentar por la amenaza real que la guerra significaba, Virginia se dedicaba a escribir sus "Apuntes del pasado", releía sus papeles personales o proyectaba escribir un artículo a partir de los "15 extraños cuadernos"⁸² de diarios personales acumulados a través del tiempo. En todo caso, debería ser un trabajo fácil, que se diferenciara del empinado asunto de la biografía de Roger.

Todas estas ideas y proyectos surgían como contrapeso ante la omnipotencia de la guerra. Un submarino alemán había hundido un barco canadiense con mil cuatrocientos pasajeros y Virginia reflexionaba acerca de ese hecho "incomprensible... una matanza superficial, como tomar una jarra con una mano, y en la otra, un martillo". En esas circunstancias volvía a recurrir a los auxilios del griego; leer los viejos y queridos textos era una manera de "anclar" su espíritu "con bastante éxito". Pero también debía atender otras cuestiones, como alojar a los evacuados, típicos londinenses que llegaban a Rodmell y se horrorizaban por la precariedad de sus

alojamientos; y que según parece, como preferían “el riesgo de las bombas de Hitler a la vida en el pueblo de Sussex”, no tardaron en regresar a Londres.

El camino de Virginia fue el inverso. El 7 de septiembre los Woolf se dirigieron a la ciudad para organizar su caótica mudanza. Las calles estaban vacías, Londres parecía una “ciudad medieval de oscuridad y bandolerismo”. En esas condiciones, la decisión más acertada parecía instalarse en el campo y volver allí solo esporádicamente. Con alivio, los Woolf regresaron a Rodmell. El 23 de septiembre, pendiente de lo que pudiera suceder, Virginia registraba en su diario que no había ataques aéreos. Mientras tanto, Polonia había sido “engullida” por Rusia y Alemania.

Con la necesidad de “usar [sus] facultades patrióticamente” Virginia decidió que era tiempo de escribir algunos artículos periodísticos. Pero cualquier iniciativa estaba amenazada, incluso por unos empleados de la Hogarth que se quedaron con ellos unos días, contribuyendo a que la casa pareciera una “guarida de refugiados”. Finalmente, el 1° de octubre, después de una noche en la que al fin pudo exclamar: “¡Al fin solos!”, Virginia consignó en su diario, como si se tratase de su primera victoria en tiempos de guerra: “La paz, mi paz personal, recuperada”.

Además de sus paseos por los pantanos y las colinas, y de los juegos de bolos, las lecturas seguían siendo distracciones permitidas y ese año Virginia leyó entre otros a Gide, Platón, Erasmo, Dickens, Sévigné, Proust, Freud y Walpole; también escritos de sir William Rothenstein, [533] artista y crítico amigo de Roger Fry. Y si bien la máxima preocupación y amenaza la constituía la guerra, los Woolf debieron evaluar los problemas económicos que resultarían como consecuencia del conflicto. Era evidente que ya no contarían con los ingresos de la imprenta, y Virginia se preguntaba si podría disponer del dinero necesario para pagar la mensualidad con la que beneficiaba a su sobrina. Como siempre que su independencia económica estaba amenazada, pensaba volver al periodismo, y a principios de octubre leía a Lewis Carroll para escribir un artículo que publicó en diciembre.

Dado que muchos periodistas fueron convocados a filas o tenían trabajos oficiales que les demandaban todos sus esfuerzos, Raymond Mortimer, editor del *NS&N*, pidió colaboración a Leonard y eventualmente a Virginia. La necesidad de organizar su trabajo periodístico logró contrarrestar la sensación de “perfecta nulidad” y el “tedio” de los primeros días de la guerra, que cedió ante una “fabulosa presión de ideas y trabajo; al punto que siento el antiguo latido y

zumbar de mi cabeza y me agota más que nunca”. Por otra parte, el periodismo resolvería preocupaciones financieras que respondían a situaciones reales, y no imaginarias: el alquiler de Mecklenburgh Square debía pagarse, y también el de Tavistock Square, ya que, aunque no vivían más allí, no habían podido rescindir el contrato. También debían afrontar el pago de los impuestos, los gastos de Monk’s House, los sueldos de los empleados, que se habían comprometido a sostener hasta que les fuera posible, y la mensualidad de Angelica.

Mientras tanto, en octubre, habiendo culminado con la campaña contra Polonia, como Hitler todavía creía que Francia e Inglaterra no deseaban entrar en guerra, procuró un plan de paz alternativo. Su propuesta fue rechazada, pero por un tiempo no hubo bombardeos, y los Woolf decidieron pasar una semana en Londres y mejorar el caos de la eterna mudanza. Partieron sin ganas y con malos presentimientos: “Era como si nos precipitáramos a sabiendas hacia una trampa”. La ciudad tenía un aire tenebroso, y Virginia corroboraba una sensación cimentada en la Primera Guerra: “Nunca escapas de la guerra en Londres”.

Oscuridad y desolación reinaban en una ciudad vacía, con pocos autobuses, sin subterráneos, sin niños en las calles y “cada uno carga con su máscara de gas”. Había comenzado el racionamiento de azúcar, manteca, papel y petróleo. Así y todo, las visitas eran incesantes: “Hablabamos en nuestra guarida 6 horas al día”. Se trató de una “semana extraña y morbosa, de muchas sensaciones desagradables”, que incluyó encuentros con personalidades como los Webb. “La vejez es una acumulación de pasado”, concluía Virginia, dividida entre la sensación de que sus nervios y humor estaban sometidos a una dura prueba y la necesidad de “limpiar los cajones, disponer los muebles”, en fin, ocuparse de la nueva casa londinense.

El 1° de noviembre, otra vez en Rodmell, se sentía asentada “muy firmemente en la vida de campo”, mientras que Leonard comenzaba una serie de conferencias sobre la guerra, tarea que tenía que ver también con la publicación del segundo tomo de *After the Deluge*. Finalmente, el 9 de noviembre Virginia tuvo la sensación de que llegaba al fin de su “problema” con la biografía de Roger, pero también se ocupaba de las repercusiones de su panfleto *Reviewing*, publicado por la Hogarth Press en su colección de seis peniques. Aun en esos momentos de tensión mundial, reconocía que no podía responder a las críticas sin “zarandearse como un mono en el zoológico” y se exhortaba a sí misma a continuar siendo una marginal, una *outsider*.

Sea como fuere, la “ambivalencia”, categoría utilizada por Freud que le había llamado particularmente la atención, caracterizaba las sensaciones que vivía cada vez que terminaba un libro, y otra vez reincidía en el deseo de romper y tachar lo que había escrito, ya que consideraba que su biografía sobre Roger era “un fracaso”. De todas maneras, el 17 de diciembre, Virginia hizo la última anotación del año en su diario reconociendo que cualquier preocupación era trivial comparada con lo que estaba sucediendo:

«Oh, el *Graf Spee* [barco alemán de batalla] se apresta a zarpar hoy de Monte Video [*sic*] hacia las fauces de la muerte. Y periodistas y gente rica contratan aeroplanos para contemplarlo desde lo alto. Me parece que esto le da otra perspectiva a la guerra; también nuestra psicología. No hay tiempo para ampliar. De todos modos los ojos del mundo entero (BBC) están fijos en la persecución; y muchas personas yacerán muertas esta noche, o en agonía. Y nos lo servirán en bandeja mientras estemos sentados frente a los leños esta amarga noche de invierno».

El día de Navidad los Woolf fueron en bicicleta a Charleston y días después hicieron la acostumbrada visita a los Keynes. Ciertamente se trató de un invierno frío: el último día del año, Leonard patinó sobre el hielo congelado.

Capítulo XLIII - 1940

La última fiesta

EL primer invierno de la guerra resultó abrumadoramente frío en Rodmell. Sin otra alternativa, Virginia Por seis meses no hubo bombardeos aprovechó esos meses para leer y disfrutar de una soledad que muchas veces reclamaba. Como sería una constante desde ese momento, se sentía “oprimida y distraída”. De todas maneras, como todavía “no había comenzado la austeridad del racionamiento”, la familia decidió festejar a lo grande los 21 años de Angelica. Debía ser una ocasión digna de recordar y, en efecto, esa fue la última fiesta que se dio en Charleston. Todos se esforzaron: Lottie, la cocinera, “trabajó como una esclava” desde quince días antes; Vanessa “pensaba en todo y lo organizaba de la mejor manera”, y, como si supieran que era el fin de una etapa, todos contribuyeron a realzar un “milagro de organización”. Marjorie Strachey, “tan feroz y vitalista como siempre”, encantada de “ser invitada a una fiesta de jóvenes”, divirtió a los asistentes cantando sus procaces versiones de cuentos infantiles. Nunca se cansaban de ella: “Su apariencia, en ocasiones como aquella, era todo un punto a favor: con los dientes amarillos, sórdida, con pinta de ordinaria [...] todo su ingenio y su vitalidad bullían por sus pequeños ojos castaños”. “Su sentido del humor rayaba en lo grotesco y alcanzaba un grado de lascivia —recordó Angelica en sus memorias— como jamás he visto igual”. Lydia Lopokova “bailó por última vez”, y Virginia entonó su versión de *La última rosa del verano*.

Días después, instalada en la nueva casa en Londres, Virginia continuó con su novela —todavía la llamaba *Pointz Hall*— y recibió visitas, entre ellos Hugh Walpole y Sybil Colefax. Disfrutó de la

conversación con la anfitriona londinense, y en cálida intimidad recordaron el pasado y hablaron de los hermanos Duckworth. Que Virginia volviera sobre el tema no es extraño, dado que además de escribir sus “Apuntes del pasado” seguía leyendo a Freud. Volver al pasado y a los lugares queridos era necesario para mantener el ánimo, y por entonces, además de visitar la Galería Nacional —sin cuadros durante toda la guerra—, donde se ofrecían conciertos al mediodía por el costo de un chelín, asistió a una representación de *La importancia de llamarse Ernesto*, “una pequeña obra de arte: quiero decir, su burbuja no se rompe”. Pero la ciudad había dejado de ser la misma, la guerra había oscurecido sus noches, la sometía a sus propias necesidades y, además, como Virginia no se adecuaba a su nueva casa, la elección fue instalarse en Rodmell.

Durante las caminatas por el campo, por el río y las marismas, disfrutaba de una belleza “etérea, irreal, vacía” que parecía “una ofrenda de otro mundo [...] un espécimen contra el fondo de la guerra”. Pero una sensación de vacío la perturbaba: Leonard le había dicho que la renta de la nueva casa en Londres era demasiado alta.

«Y luego el silencio, el silencio puro e incorpóreo, en el cual el perfecto espécimen se presentó; como si se correspondiera al propio vacío que yo había experimentado, caminando calma con el sol en mis ojos, libre de toda presión, de toda urgencia, solo este suelo duro como el hierro y como pintado».

La manera de escapar de los momentos de “desesperación” y “suspense glacial” —a menudo seguidos por una sensación de éxtasis— era apegarse a su “diminuta filosofía”, “abrazar el momento presente” y sumergirse en el trabajo. Virginia vivió ese invierno pendiente de sus polaridades, buscando un punto de equilibrio, dividida también entre la vida del campo invernal, a la que no estaba acostumbrada, y su nostalgia por Londres, la ciudad que la guerra le arrebatava:

«Extraño cuán seguido pienso en la ciudad con lo que creo que es amor: en la caminata hacia la Torre: esa es mi Inglaterra; quiero decir, si una bomba destruyese alguno de esos callejoncitos con las cortinas con abrazaderas de latón y el olor a río y la viejita leyendo sentiría... bueno, lo que los patriotas sienten».

Ese invierno también fue una temporada de transición. Inglaterra no entraba plenamente en la guerra[534] y todos hacían su esfuerzo por seguir viviendo como de costumbre. Por su parte, Virginia presagiaba que durante la primavera se verían “acarreados al altar” del sacrificio, e imaginaba, con “una extraña sensación de suspenso”, bombas cayendo sobre el jardín y las flores.

En febrero una paz relativa le permitió pulir los tres últimos capítulos de la biografía de Roger que debía enviar a Londres a la siguiente semana. Sentía que había “hincado los dientes” en el libro, pero le daba “escalofríos” pensar en mostrárselo a Nessa o a Margery: “No puedo evitar pensar que he capturado bastante de ese hombre iridiscente con mi oh tan laboriosa red de mariposas”. Por entonces también preparaba una “densa y fecunda” conferencia: “La torre inclinada”:

«Se me ocurrió la idea de que la escuela de la Torre Inclinada es la escuela de autoanálisis después de la represión del siglo XIX. Citar a Stevenson. [...] También tengo la idea de la celebración: poesía que no es inconsciente, sino afectada por la irritación superficial, a lo cual contribuye el extraño problema de la política, que no puede ser fusionado. He ahí la falta de poder sugestivo. ¿Es mejor poesía aquella que es más sugestiva, hecha de la fusión de muchas ideas diferentes, de modo que diga más de lo que es explicable? Bueno, esa es la línea; y nos lleva a las bibliotecas públicas: y la sustitución de la cultura aristocrática por lectores comunes. También hacia el final de la literatura de clases: el comienzo de la literatura de personajes; nuevas palabras de nueva sangre; y la comparación con los isabelinos. Creo que hay algo en la idea del psicoanálisis: que el escritor de la Torre Inclinada no podría describir la sociedad y por lo tanto tuvo que describirse a sí mismo como el producto o la víctima. Un paso necesario para liberar a la próxima generación de las represiones. Se necesita un nuevo concepto del escritor: y han demolido el concepto romántico del “genio” del gran hombre, al disminuirse a sí mismos».

Como puede apreciarse en el párrafo anterior, las lecturas de Freud

ejercían su influencia. Pero ni las lecturas ni el trabajo alcanzaban a remediar la sensación de pérdida, y cada viaje a la ciudad era un duelo; las tinieblas, la oscuridad, la ausencia de ventanas iluminadas contribuían a la impresión de que todo Londres yacía “silencioso; un buey grande y tonto recostado”. De todas maneras, la ciudad mantenía su atractivo y eficacia para estrechar los lazos afectivos.^[535] Virginia intentaba aferrarse a situaciones concretas y pensaba: “Son precisamente estos momentos los que obligan a compactarnos, a vivir intensamente; a menos que uno esté a punto de explotar, a lo que me resisto con todas mis fuerzas”. En ese sentido, todo sumaba: conversar acerca del futuro de la civilización con Clive, Saxon y Tom Eliot —“y su gran máscara amarilla de bronce colocada sobre un armazón de hierro”—; o debido a sus “complejos”, comprar ropa casi compulsivamente guiada y persuadida por una astuta empleada: “Desde luego que yo parecía una vieja harapienta y desaliñada”. A todo esto Charleston seguía siendo un enclave familiar, y sin registrar ciertas tensiones relacionadas con Angelica que Vanessa había decidido ocultarle, ese invierno Virginia podía disfrutar de escenas tan cotidianas como amables: “Sally (perro) besó a Leonard. L. me sonrió”.

Roger Fry

Finalmente, el 23 de febrero Virginia envió su manuscrito a Margery Fry, hermana de Roger. Aunque al día siguiente no se sintió bien, fue a Londres, donde los síntomas continuaron, y a su regreso debió guardar cama en Rodmell, con la garganta “como platos de acero áspero”. Los médicos diagnosticaron una “fiebre recurrente con ligera bronquitis”, que duró intermitentemente cinco largas semanas. Un mes después, Virginia escuchaba la opinión de Leonard, que había comenzado a leer las pruebas de *Roger Fry*:

«Era como ser picoteada por un muy duro y fuerte pico. Cuanto más picoteaba, más profundo, como siempre sucede. Al final estaba casi enojado de que yo hubiera escogido “lo que me parece el método equivocado. Es meramente análisis, no es historia. Austera represión. De hecho aburrido para el de afuera. Todas esas citas muertas”. Su punto era que uno no puede tratar así a la vida: tiene que ser vista desde el

ángulo del escritor, a menos que el que vive sea él mismo un observador, lo cual R. no era. Fue un curioso ejemplo de L. en su faceta más racional e impersonal: bastante impresionante; sin embargo tan definido, tan enfático, que me sentí convencida: me refiero al fracaso; excepto por un extraño destello, de que él no estaba dando en el clavo, y persistía por alguna profunda razón... ¿falta de simpatía por R.? ¿Falta de interés en su personalidad? Solo Dios sabe. Anoto esta hebra que se trenza en mi mente; e incluso mientras caminábamos y el pico golpeaba más y más profundo, sentía este desinterés completo por el carácter de L».

En oposición al juicio de Leonard, los de Nessa y Margery fueron tranquilizadores. Nessa le escribió a su hermana: “Desde que Julian murió no he podido pensar en Roger. Ahora me lo has devuelto. Aunque no puedo evitar llorar, no puedo agradecerte lo suficiente”. En cuanto a Margery Fry, su opinión fue contundente: “Es él... infinita admiración”. Conmovida, Virginia le contestó a Nessa: “Tu carta me ha hecho muy feliz. Me acechaba el miedo de que no te gustara. Nunca escribí una palabra sin pensar en ti y en Julian y he anhelado mucho hacer algo que les gustara a ambos. En cuanto a agradecerme... bueno, ya me has dado a Julian y Quentin y Angelica”.

Orgullosa de la concienzuda tenacidad de la que había dado prueba en su libro, Virginia deseaba reconocimiento como biógrafa, porque su reputación como novelista estaba en su punto más bajo, según decía. Entre tanto, la primavera se insinuaba, cumpliendo su ciclo natural, a despecho de la guerra y “de los efectos de la guerra sobre el clima”, en el jardín de Monk’s House:

«Todos los pájaros están sentados sobre L&V.[536] El acarreo de ramitas ha comenzado, y esto sucede mientras todas las armas son apuntadas y cargadas y nadie se atreve a jalar el gatillo. No hay ni un sonido esta tarde que acarree las lágrimas humanas. Recuerdo el profuso chubasco una noche justo antes de la guerra que me hizo pensar en todos los hombres y las mujeres llorando».

A finales de marzo Virginia debió sortear los últimos obstáculos para la finalización de su libro. Margery había sugerido pequeñas correcciones, “los pequeños mordiscones de M. como de hormiga que me infestan; hormigas corren por mi cerebro: enmiendas, tributos,

sentimientos, fechas... y todo ese detalle que tan fácil le parece al que no escribe”. Para liberarse del suplicio que implicaban los últimos retoques, Virginia oponía pensamientos positivos, anticipaba la llegada de la primavera, con sus espárragos y mariposas, también pensaba en el viaje que haría por la costa para vender los libros de la Hogarth; y en la posibilidad de tomar el té en algún lugar especial, mirar antigüedades, tal vez encontrar “una adorable granja... o una callecita nueva... y flores... y jugar bolos con Leonard”. Las anotaciones del 29 de marzo en su diario son las de una mujer que se pregunta: “¿En qué puedo pensar que sea a la vez liberador y refrescante?”. Sin entregarse a la tristeza ni dejarse arrollar por la depresión y a pesar de la guerra, hacía un intento por aferrarse a los logros y encantos de la vida cotidiana. La ilusionaba la idea de comprar nuevos muebles para su dormitorio, dedicarse a la jardinería, imprimir, leer a los isabelinos, dar un paseo por el Támesis, junto al Puente de Londres. “Y dejar que cada cara me conmueva; y cada comercio”. Los comienzos de la primavera coincidían con su intento de ser feliz a pesar de sentirse menos libre, cercenada por la guerra, sin la cual “sería una vida perfecta”.

«Me estoy produciendo un estado de paz y de sentir sensaciones... no sentir ideas. La verdad es que no hemos visto la primavera en el campo desde que estuve enferma en Asheham —1914— y eso tuvo su santidad a pesar de la depresión. Creo que también soñaré un libro en prosa poética, quizás hornearé una torta de tanto en tanto. ¡Vamos, vamos!... basta de escaramuzas en el futuro o de lamentar el pasado. Saborear el lunes y el martes y no aceptar la culpa por la sensación de egoísmo: Dios sabe que he cumplido con mi parte, con la pluma y la palabra, para con la raza humana. Me refiero a que los jóvenes escritores pueden valerse por sí mismos. Sí, merezco una primavera; no le debo nada a nadie».

Cuando a comienzos de abril le entregó sus dos manuscritos a Leonard, Virginia tuvo la sensación de que ambos lucían como oficinistas en día de feriado bancario. Se había sacado un peso de encima y tenía la impresión que le crecían “alas en los hombros”.

Otras actividades la anclaban indefectiblemente a la tierra: era “un miembro activo del Instituto de Mujeres” de Rodmell, y debía colaborar con la producción de una obra de teatro que representarían en la aldea. La inclusión en la vida del pueblo tenía sus bemoles y el contacto permanente al que la obligaban la guerra y la actividad política de

Leonard profundizó los aspectos básicamente polarizados de la relación de Virginia con sus habitantes, por los que sentía admiración, pena o fastidio, según las ocasiones. Registraba las “violentas disputas, las incesantes intrigas”, el “odio por la esposa del párroco”, pero también la reacción de los parroquianos hacia ella y Leonard: “Nos consideran revolucionarios candentes porque el Partido Laborista se reúne en nuestro comedor”.

Cuando el 25 de julio se publicó *Roger Fry*, Virginia constató que sus emociones aparecían por oleadas, y que no podían compararse con lo que le sucedió antes de publicar *Los años*. En su diario anticipaba las críticas de amigos y de los periódicos, creía que variarían entre rangos dispares: “fascinante-aburrido; lleno de vida- muerto”. También preveía las burlas de los que miraban “a Bloomsbury con desdén”. Lo cierto es que el libro apareció en un momento crítico de la guerra, cuando todas las “paredes protectoras y refractarias” desaparecían; en ese momento el público se desdibujaba, e incluso la “tradición se ha tornado transparente”.

Desguarnecida y a pesar de que la crítica del *TLS* fue favorable, esperaba ansiosa la opinión de sus amigos; solo ellos podrían decir si había retratado “el Roger familiar, el humano... ‘nuestro’ Roger”. En cuanto a sus propios sentimientos, concluía:

«Mi relación con Roger es extraña en estos momentos —yo soy quien le he dado una cierta forma tras su muerte—. ¿Era él así? Me siento muy en su presencia ahora: como si estuviera íntimamente conectada con él; como si juntos hubiéramos dado a luz esta visión de él: un niño nacido de nosotros. Sin embargo él no tenía el poder de alterarlo. Y sin embargo por algunos años esta visión lo representará».

Además de ser una asidua lectora de biografías, autobiografías y memorias, y de confesar que la biografía era su lectura favorita, Virginia Woolf experimentó y definió sus aproximaciones a estos géneros desde la perspectiva experimental que caracterizaba su escritura; lejos de las convenciones se preguntaba: “Mi Dios, ¿cómo se escribe una biografía? [...] ¿Cómo lidiar con los hechos? [...] ¿Y qué es una vida?”. Puede considerarse que sus diarios personales responden parcialmente esta última pregunta: “¡Cómo me intereso en mí misma!”, ya que además de ser la principal fuente que nos permite conocer su vida, es el material con el que ella misma pensaba trabajar sus

memorias. Pero también hay que señalar que estas cuestiones estuvieron presentes desde sus primeros relatos. En efecto, sus preocupaciones acerca del género biográfico y autobiográfico pueden observarse en sus relatos “El diario de Joan Martyn” y “Memorias de una novelista”; también en las reflexiones acerca de la biografía en la novela *Noche y día* y, finalmente, pasando por la biografía imaginaria de *Orlando* y la singular recreación *Flush*, en sus recuerdos escritos para el Memoir Club y en las memorias agrupadas en el volumen *Momentos de vida*. [537] Por otra parte, estos temas alcanzaron expresión final en la documentada biografía de *Roger Fry*, y en el texto que escribió casi simultáneamente, “Apuntes del pasado”.

A la alegría inicial que Virginia había experimentado al ser elegida por los parientes y amigos de Roger para escribir su biografía, había seguido el desencanto y la preocupación por cómo exponer públicamente ciertos temas personales que presentaban dificultades. La solución fue una penosa autocensura. No solo evitó incluir cuestiones relacionadas con el despertar de su sexualidad que el propio Roger había confiado en sus lecturas para el Memoir Club —específicamente no utilizó el término “erección”—, [538] sino que también evitó referirse a sus relaciones con mujeres casadas, entre las que estaban incluidas su hermana Vanessa y Ottoline Morrell, y a la relación con Nina Hammett o a la que sostuvo con la joven francesa que terminó suicidándose. Tampoco pudo referirse abiertamente a la relación con Helen Anrep, todavía casada con el artista ruso Boris Anrep, con quien tenía dos hijos.

Las relaciones entre biografía, autobiografía y sexualidad siguieron siendo una cuestión difícil de dilucidar para Virginia, que en 1941 le escribía a Ethel:

«Estoy interesada en que no puedas escribir sobre masturbación. Eso lo entiendo. Lo que me llama la atención es que esa reticencia coexiste con tu magnífica capacidad de hablar abiertamente de todo. [...] Pero tantos aspectos de la vida son sexuales —es lo que dicen— que la autobiografía se limita bastante si se los suprime».

Además de eludir las cuestiones amorosas y sexuales, aunque en 1936 contaba ya con tres corpulentos volúmenes de fragmentos, y a pesar de su decisión de dejar que Roger Fry hablara a través de sus textos y de ese modo lograr transmitir su personalidad, se ha criticado

que no abordara los aspectos técnicos de su desarrollo como artista, influenciada por Vanessa y Duncan, que consideraban que su pintura era mediocre aunque lo admiraban como crítico de arte. Finalmente, aunque esta biografía no escapa a las convenciones del género, Virginia quedó conforme con el resultado y sorprendida por el éxito de ventas y ediciones.

A pesar de que luego de un fuerte bombardeo en Londres las ventas bajaron temporalmente, y tal vez porque el texto evocaba un tiempo y las preocupaciones anteriores a la guerra, el libro alcanzó tres ediciones. Esto era una buena compensación frente al trabajo realizado aun cuando no la embargaba el sentimiento de triunfo “que sentía con las novelas”. En cuanto a la respuesta de los críticos, Morgan Forster y el crítico de arte Herbert Read^[539] lograron desanimarla, pero tuvo halagos de Desmond MacCarthy y de Clive. Finalmente, sostuvo una polémica con Ben Nicolson, el hijo de Vita e historiador de arte que leyó el libro en el frente y le escribió en medio de un ataque aéreo. Él afirmaba que el “paraíso de locos” en el que Roger y sus amigos vivían, y en el que se habían ocultado a todas las realidades desagradables sin dar un paso para impedirlos, había permitido “que el espíritu del nazismo” no tuviera límites y alcanzara su cenit. Además, Nicolson señalaba que el artista debía luchar y que de su éxito o fracaso dependía el futuro del mundo.

Por su parte, Virginia, que le respondió durante un ataque aéreo, defendió a Roger señalando que gente como él había hecho mucho más que los Sackville y los Dufferin para detener el nazismo. Pero Nicolson insistía en señalar lo poco que había hecho Bloomsbury por educar a las masas, y aunque ella señaló que ni Keats ni Shelley habían influido en la sociedad, sintió la necesidad de destacar su propia labor de juventud en el Morley College y su trabajo en el movimiento cooperativo y en la asociación de mujeres de Rodmell.

La torre inclinada

El 13 de abril, tomando la expresión que Winston Churchill había utilizado, Virginia escribió en su diario: “Primer momento crucial de la guerra”. De hecho, el 8 de abril los alemanes habían desembarcado en Noruega, también invadieron Dinamarca y no tardaron en llegar a

Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Los buques y tropas ingleses luchaban en ese frente, plantaban minas, desembarcaban en esas costas, en tanto ella veía sobrevolar los aviones sobre el jardín. Por entonces trabajaba en una conferencia que daría en Brighton para la Asociación para la Educación de los Trabajadores. Su tema eran los jóvenes escritores de izquierda: Auden, Day-Lewis, Louis MacNeice, Isherwood y Stephen Spender. Finalmente el 27 de abril, solo un par de días después de la primera derrota del ejército inglés y con el título “La torre inclinada”, brindó la conferencia que más tarde fue publicada en *Folios of New Writing*. En este texto, Virginia subrayó la pertenencia de clase de los escritores del siglo XIX, miembros de la clase media educados a base de una serie de privilegios negados a otros grupos. Estos escritores estaban “sentados en una torre que se alza por encima de nosotros, una torre construida, en primer lugar, por la posición de sus padres, y después por el oro de sus padres”. En agosto de 1914, señala, todo eso cambió drásticamente, el clima se convulsionó y estallaron revoluciones por doquier. Incluso en Inglaterra las torres ya no eran firmes, se habían inclinado. “Tan pronto nos damos cuenta de que una torre se inclina, tenemos muy aguda conciencia de encontrarnos en una torre”. El ensayo concluye que estos escritores comenzaron a ver la realidad desde una perspectiva sesgada; ya no se sentían como los intelectos de antaño, seguros exponentes de su clase social. Cabe destacar que, debido a su condición de mujer sin educación formal, Virginia no se incluyó en el grupo al que habían pertenecido su padre y parientes varones y, sin que sus oyentes de la clase trabajadora la amonestasen, asumió una posición marginal dentro del campo intelectual. Por otra parte, concluía que, conscientes de la inclinación hacia la izquierda de su torre, los escritores que comenzaron a publicar en 1925 criticaron la condición burguesa sin prescindir de sus beneficios. Virginia veía en el fin de la sociedad de clases “el fin de la novela como la conocemos”. Creía que “la novela de la sociedad sin torres y sin clases habrá de ser mejor que la antigua”. Para ella, era necesario democratizar la literatura, que los lectores accedieran a las bibliotecas públicas con espíritu alerta y crítico, para que, finalmente, aquellos que tenían interdicto el acceso a la Torre, revolucionaran la literatura.

En ese sentido, a pesar de los altibajos, siempre habría creído en la sinceridad de su propio aporte. Lejos de conformarse, su esfuerzo había estado dirigido a extender los alcances de la literatura y los límites de la novela, y algunos, como Hugh Walpole, no podían menos que reconocerlo:

«En cuanto a mi escritura tú y yo somos los extremos opuestos ¿de un mismo maldito *palo*? Tú eres el supremo ejemplo de la conciencia estética; nunca ha habido alguna otra en la ficción inglesa. Pero tú *no* escribes novelas. Lo que escribes necesita un nuevo nombre. Yo soy un *verdadero* novelista, uno menor, pero verdadero. Sé un montón acerca de la novela y un montón acerca de la vida vista desde mi muy retorcido ángulo obsesionado por los niños. Si hubiera sido normal podría haber llegado a ser un gran novelista. Dadas las circunstancias, soy un gemelo siamés».

Profecías autocumplidas

A principios de mayo, Nessa le dio a su hermana una noticia totalmente inesperada y perturbadora. Angelica Bell tenía un romance con David Garnett (Bunny), un hombre 26 años mayor que ella y que había sido amante de su verdadero padre: Duncan Grant. La historia es excesiva hasta para una novela. Hasta poco después de la muerte de Julian, en 1937, Angelica creyó que su padre era Clive, como figuraba en sus papeles.⁸ Según contó en sus memorias, *Una mentira piadosa*, a los diecisiete años era “crédula”^[540] e inmadura emocionalmente. Lo cierto es que había frecuentado a Bunny toda la vida, él estaba casado —su mujer enferma de cáncer, vivía en el campo— y Angelica conocía a su esposa. Por otra parte, “en calidad de hija de Bloomsbury” no le dio demasiada importancia a las “múltiples historias de amor” que él le contaba que había protagonizado. Pero Bunny se cuidó mucho de decirle que había sido amante de Duncan. Tampoco le dijo que en esa época había intentado conquistar a Vanessa —a su vez locamente celosa de su relación con Duncan— y menos aún que, cuando vio a Angelica en su cuna, dijo en voz alta que se casaría con ella.

Solo después de que la mujer de Bunny murió, el romance comenzó a divulgarse. Vanessa intentó mantenerlo en secreto y evitar que Virginia se enterara, pero a principios de mayo no pudo menos que contarle lo que sucedía. Nessa estaba desolada^[541] y Virginia, que intentó consolarla, sostuvo que ese romance, entre absurdo y grotesco, no podía durar. En tanto Bunny y Angelica se dirigían a Yorkshire, ella escribía un equivocado pronóstico en su diario: “Recen a Dios para que

ella se canse de ese oxidado y maleducado perro viejo con sus modales amorosos y su mente primitiva” y aventuraba: “Pronostico una excusa para volver dentro de 5 semanas. Una escena con Bunny: luego un feliz verano aquí, medio arrepentida, como cuando abandonó el escenario”.

Virginia siempre había tenido debilidad por su sobrina, incluso estuvo más feliz que Vanessa cuando supo que había nacido mujer, pero, como toda la familia, se negaba a aceptar que se había convertido en adulta, y ante su relación con Bunny sentía: “La tierra se aleja de mi nave, que se adentra en los mares de la vejez. La tierra con sus hijos”.

Como tía, había planteado la relación de manera poco convencional. Angelica recordó en sus memorias:

«Estaba convencida de que yo habitaba en un mundo de fantasía especial, privativo mío, en el que ella anhelaba entrar. En ese mundo, ella era Witcherina y yo, Pixerina; [542] volábamos sobre los álamos y los prados y los cerros, y nuestra principal intención, si mal no recuerdo, era regresar con informaciones ficticias sobre otros miembros de la familia. Tal como cabe imaginar, este juego le sentaba a Virginia como anillo al dedo, pues le encantaba inventar situaciones improbables en las que pudieran encontrarse Julian, Quentin o Vanessa mientras que yo, aturrida por su virtuosismo, me quedaba sin alas, clavada al suelo».

Sin contar lo atípico de los nuevos conflictos familiares, eran momentos de soledad y contemplación. Virginia seguía con su correspondencia, pero el contacto con los amigos había mermado. Tampoco encontraba disponible a Vanessa, ocupada en Charleston y preocupada porque Angelica persistía en su relación amorosa. Aunque oscilara entre la tristeza, la desesperación y el enojo, no deseaba confrontar directamente con su hija y le consiguió a la pareja “la más perfecta casa en el más perfecto de los lugares”.

Era poco lo que Virginia podía hacer para despertar a su sobrina de lo que consideraba una engañosa ilusión, pero haciendo gala de su sentido del humor, le escribía a Angelica comenzando su carta con un “adorada niña”, la misma frase que usaba su tía Mary Fisher, preguntando qué le hubiera dicho esa tía a David Garnett: “Bueno, ya lo habría perdonado, pero nunca, nunca, nunca te hubiera perdonado a ti. Ella era una mujer casta: 13 hijos, 4 abortos”. Otra manera de llamar la atención de Angelica era recurrir a un retrato cómicamente desesperado de Vanessa: “Mamá está totalmente desconcertada, desconcertadamente

sin sentido [danderrydown flummoxed] —como ella dice— acerca de tu proyecto. Mientras decía esto se peinaba el cabello hacia arriba de manera equivocada. Fue un horrible espectáculo. Así que ¿qué se puede hacer? Ella dice que tú lo sabes”. A pesar de todo, Angelica se fue a vivir con Garnett, con quien terminó casándose un par de años después. [543]

Diario de guerra

Las noticias del romance de Angelica se mezclaban con los primeros desastres de la guerra; lejos quedaban los pronósticos optimistas, como los que había transmitido Maynard Keynes semanas atrás. Tras sufrir su primera derrota, los primeros días de mayo la flota inglesa debió retirarse de las costas de Noruega, recuperada por los alemanes. Disociada entre dos realidades, mientras corregía las pruebas de la biografía de Roger, Virginia consignaba en su diario que la Hogarth pasaba por su peor año y también registraba hechos puntuales referidos a la guerra, como la invasión, por parte de los alemanes, de los territorios neutrales de Holanda y Bélgica.

Durante el mes de mayo se produjo un punto de inflexión; la vida de Virginia nunca fue la misma de antes y esto se ve reflejado en sus escritos más íntimos. De pronto, la guerra y la tensión asociada al temor por una inminente invasión alemana pasan a ser los protagonistas de los diarios de Virginia Woolf, que sin dejar de ser los diarios de una escritora, se convierten tanto en un diario de guerra como en el testimonio fiel de su desesperación y creciente melancolía. Si bien también se refiere en ellos a actividades sociales o familiares, un pequeño resumen, o extracto parcial de los pensamientos asociados a la guerra que registró en esos meses, permite explicar este punto.

13 de mayo: Virginia envió las pruebas de *Roger* a la imprenta, pero “el sentimiento de paz” que experimentaba al liberarse del libro estaba rodeado por “la circunferencia (la guerra)”. De hecho, hacía unos días que se venía librando lo que ella llamó “la batalla más grande de la historia”. Ese mismo día, el primer ministro Chamberlain renunció y Winston Churchill asumió la conducción de un gobierno de coalición nacional. Las múltiples realidades e impresiones se superponían, y como si no pudiese imponerles un orden jerárquico, Virginia escribía en su

diario: “Los manzanos en flor nievan el jardín. Un bolo se perdió en el estanque. Churchill exhorta a todos los hombres a mantenerse unidos. ‘No tengo nada que ofrecerles excepto sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor’. La tensión fue en aumento, Leonard le dijo que tenían ‘suficiente combustible en el garaje como para suicidarse si Hitler ganaba’” y al día siguiente ella admitía en su diario: “Sí, estamos siendo llevados engalanados al altar. [...] Guerra guerra... una gran batalla... este caluroso día, con capullos sobre la hierba”.

Como se temía que los paracaidistas alemanes invadieran Inglaterra, los civiles fueron convocados a alistarse como “Voluntarios para la Defensa Local”, y Leonard hablaba de enlistarse. Si bien Virginia no podía menos que encontrar ridículo imaginarlo con uniforme y fusil, entendía su necesidad de actuar. Fue “una conversación ácida” que no podía ocultar la gran “tensión” de fondo.

15 de mayo: los Woolf volvieron sobre el tema del suicidio “si Hitler nos invade. Los judíos aniquilados. ¿A qué esperar? Mejor, cerrar las puertas del garaje”. La decisión de Leonard era firme, y aunque ella parecía coincidir, también se rebelaba: “No, no quiero que el garaje vea mi final. Deseo 10 años más, y escribir el libro que como de costumbre se clava en mi cerebro”. En un intento de no dejar aflorar el pesimismo, Virginia escribía en su diario que “una viejecita fijando su sombrero en la cabeza” tenía más realidad que esa guerra con la que establecía analogías: “El ejército es el cuerpo: yo soy el cerebro. Pensar es mi lucha”.

20 de mayo: ante un inminente viaje a la ciudad, Virginia presagiaba: “Vamos a Londres a ser bombardeados”. Esa certidumbre estaba asociada a otras; y no es un detalle menor que comparara la guerra y el “terror de las bombas” con una “enfermedad grave” que describía con la misma precisión e idénticos términos con los que acostumbraba registrar sus estados mentales o crisis nerviosas: “Durante un día obsesiona completamente; después desaparece la capacidad de experimentar sensaciones; al día siguiente uno se siente privado del cuerpo, suspendido en el aire”.

25 de mayo: “la peor semana de la guerra”. La BBC informó que Amiens y Arras habían sido capturadas, se había quebrado la resistencia francesa y Boulogne estaba siendo arrasado. “La sensación es que estamos siendo burlados. Son ágiles y temerarios y al tanto de los nuevos trucos. Los franceses se olvidaron de bombardear puentes. Los alemanes parecen juveniles, frescos, inventivos. Nosotros andamos pesadamente detrás”. Esta sensación tenía correlato con la que,

refiriéndose a esos días, Leonard describió en sus memorias:

«Toda la semana estuvo marcada por la conciencia de que nuestro mundito privado estaba amenazado por la destrucción, por la catástrofe general que comenzaba del otro lado del Canal en Francia. Era, desde luego, una semana antes de la capitulación de los belgas, pero la ofensiva alemana había estado operando por diez días, la tensión no se aliviaba, y el recuerdo de la incesante derrota, en los terribles primeros años de la guerra de 1914, obligaba a temer el desastre, de modo que la esperanza era una cierta indulgencia con uno mismo y un autoengaño».

En ese contexto, Rodmell “ardía” con rumores contradictorios. “¿Vamos a ser bombardeados? ¿Nos evacuarán?”, se preguntaba Virginia mientras las ventanas vibraban con cada detonación.

28 de mayo: Virginia escribió en su diario: “Hoy, a las 8, por medio de un comunicado difundido por radio, el primer ministro francés denunció la traición del rey de Bélgica. Los belgas han capitulado”.

29 de mayo: “Mi esperanza revive. No sé por qué. Una batalla desesperada. Los aliados esperan. Cómo me enferma esa expresión”. En tanto asistía a las reuniones del comité de seguridad local y ensayaba la obra que las aldeanas representarían en el instituto de mujeres de Rodmell, Virginia analizaba su aporte:

«Mi contribución a la guerra es el sacrificio de placer: estoy aburrida a morir: aburrida y horrorizada por la banalidad de lugares comunes de estas obras que no pueden representar a menos que ayudemos. Quiero decir, las mentes son tan baratas, comparadas con las nuestras, como una mala novela... esa es mi contribución: que mi mente sea manchada por la mente de la aldea y de la WEA; y tolerarlo, la sonrisa de compromiso».

La guerra daba una nueva dimensión a la vida comunitaria, y aunque colaboraba y trataba de participar de acuerdo con su sentido del deber, con las expectativas de los pobladores e incluso las de Leonard, a Virginia le molestaban la intromisión y los desastrosos efectos que una casa de puertas abiertas tenía sobre su privacidad.

30 de mayo: el mismo día del cumpleaños de Nessa, Virginia vio por primera vez un tren transportando heridos. Poco después, “como un vuelo de patos salvajes, los aviones volaron sobre nuestras cabezas,

maniobraron, tomaron posiciones y sobrevolaron Caburn” Además, circulaban rumores alarmantes, absurdos o distorsionados; se hablaba de espías alemanes disfrazados de monjas, e incluso de que unos jugadores de golf que venían de Flandes habían sido condenados a muerte —después los liberaron— porque los confundieron con paracaidistas. Las clases populares, concluía Virginia, no verificaban ni procesaban la información que recibían. Un “excedente de imaginación no explotada” daba lugar a las más disparatadas versiones. Por otra parte, deploraba las “peroraciones habituales” sobre heroísmo y patriotismo; “¡Ah! Qué daría uno para que de vez en cuando, hubiera una voz que se expresara normalmente [...] lo que uno quiere son hechos”.

Lo cierto es que la situación era desesperante. Debido al avance alemán en Bélgica y considerando lo difícil que resultaría replegar las tropas hacia Francia, el comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria británica ideó un plan para evacuarlas de regreso a Inglaterra. La noche del 26 de mayo, bajo los bombardeos de la Luftwaffe y la artillería alemana, soldados ingleses, belgas y franceses se dirigieron a la playa de Dunkerque, ciudad a diez kilómetros de la frontera franco-belga, siguiendo la estrategia de lo que se llamó Operación Dínamo. Protegidos por una línea de resistencia que impedía el avance de los alemanes, los soldados subían a lanchas, botes pesqueros, barcas de recreo y todo tipo de embarcaciones disponibles que los trasladaban hasta los barcos de la Royal Navy, que a su vez se defendían de los bombardeos alemanes utilizando sus baterías antiaéreas. La operación no pudo llevarse a cabo completamente y finalizó el 4 de junio, con la evacuación de cerca de 340.000 soldados; los restantes debieron rendirse ante los alemanes.

31 de mayo: día clave en Dunkerque; durante un paseo por el campo, Virginia delineó la última escena de *Pointz Hall*. Sus paseos por las colinas seguían sugiriéndole escenas, aunque se preguntaba: “¿Pero esto va a durar?”.

3 de junio: focalizar la atención en su libro podía ser una manera de evadirse de la tensión que se vivía en Rodmell; muchos jóvenes de la villa debían de estar siendo evacuados en esos momentos. Pero al enterarse de la muerte del duque de Northumberland, sintió “la sensación de un muy pesado árbol caído”, muy diferente de lo que pudiera ser la muerte de “un Harry West”. Se refería al hermano de Mabel, su empleada de Monk’s House, que estaba reclutado y días después pudo llegar a Rodmell.

7 de junio: “La gran batalla que decide nuestra vida o muerte continúa”. En Londres, junto con Kingsley Martin y la escritora Rose Macaulay, los Woolf discutieron “seriamente la cuestión del suicidio”. Martin aseguraba que Inglaterra sería invadida en un plazo máximo de cinco semanas.

9 de junio: de regreso en Rodmell, Virginia reflexionaba: “La capitulación significaría entregar a todos los judíos. Campos de concentración. De modo que a nuestro garaje”. Punto seguido, y sosteniendo lo que podía ser el último hálito de vida, Virginia continuaba: “Eso ocupa mis pensamientos, en segundo plano detrás de corregir Roger y jugar a los bolos. Una tantea cualquier fuente de confort. [...] Otra reflexión: no tengo nada de ganas de irme a acostar al mediodía: esto en referencia al garaje”.

10 de junio: “Nuestras tropas abandonaron Noruega”.

11 de junio: “Hoy o ayer, Italia ha entrado en la guerra”.

12 de junio: “Malas noticias. Los franceses se baten en retirada”. Comenzaba lo que los ingleses llamaron la Batalla de Inglaterra (Battle of Britain), la primera gran batalla aérea de la historia, signada por los continuos bombardeos con los que, hasta octubre, Hitler buscó destruir la fuerza aérea británica con el fin de invadir las islas, experiencia que Virginia reflejó en “Thoughts on Peace in an Air Raid”, el texto que escribió para un periódico norteamericano.

14 de junio: “París en manos de los alemanes. La batalla continúa”. Ese día los Woolf y Vita visitaron el castillo isabelino de Penshurst, cerca de Kent.[544] Virginia recorrió el salón de recepciones, se decepcionó con los muebles, conoció al anciano dueño del castillo, vio reliquias isabelinas. La guerra rodeaba la experiencia con un halo de irrealdad.

20 de junio: Churchill aseguraba que, gracias a la armada y a las fuerzas defensivas, estaban en condiciones de contrarrestar la invasión, pero a Virginia le costaba creerlo. Kingsley Martin llevaba morfina en su bolsillo. A diferencia de Ethel Smyth que aseguraba “*Oh por supuesto* peharemos y ganaremos”, Virginia pensaba asegurarse su propia dosis de veneno; su hermano Adrian[545] prometía conseguirles una prescripción para comprarlo. No eran los únicos que especulaban con el suicidio.

Hacía tiempo que le molestaban la imagen publicitaria del “sonriente, el heroico Tommy” y “todos los artículos de periódico y las emisiones de la BBC que apuntan a esta tensión siniestra, falsamente

glorificante, que consiste en forjar héroes”. En contra de esa “falsa emotividad”, Virginia describió al vuelo la verdadera odisea de un soldado común, Harry West, y cómo llegó desde Dunkerque. En principio, Mabel no se dio cuenta de que su hermano era el soldado “sin sombrero, su casaca sangrienta y llena de agujeros, sus botas hechas harapos, yaciendo exhausto afuera de la puerta principal”.

No se sacó las botas por 3 días; la playa en Dunkerque, los bombarderos a nivel de los árboles, las balas como agujeros de polilla en su chaqueta, cómo no peleaban los aviones ingleses; cómo el oficial les dijo que se sacaran los zapatos y pasaran gateando. Luego fue él mismo con una granada y lo reventó. En Dunkerque muchos hombres se disparaban a sí mismos mientras los aeroplanos caían en picada. Harry huyó nadando, un bote se acercó. Dijeron Amigo, ¿puedes remar? Sí, dijo él, se metió, remó por 5 horas, vio Inglaterra, llegó a tierra; no sabía si era día o noche o qué pueblo —no preguntó—, no pudo escribirle a su madre, así que fue despachado a su regimiento. Saqueó un negocio belga y se llenó los bolsillos de anillos, que se cayeron al mar; pero dos relojes enganchados a su chaqueta sobrevivieron: uno está grabado, y da la hora. Mrs. Everest los tiene. Vio a su primo muerto en la playa; y a otro hombre de la calle. Él se encontraba hablando con un tipo, quien le mostró un pañuelo de seda comprado para su amante. En ese momento una bomba lo mató. Harry tomó el pañuelo. Harry ha tenido suficiente guerra, y está seguro de nuestra derrota: no tenemos armas ni aeroplanos; ¿cómo podemos lograr algo?

Los testimonios de los soldados eran desgarradores, y a Virginia le molestaba la visión edulcorada de héroe soldado que los medios y los políticos fabricaban a medida de las necesidades de publicidad. ¿Qué tenía que ver Harry West con ese artificio que la BBC desplegaba para ellos todas las noches?

A finales de junio la tensión y la angustia dejaban pocos resquicios, Virginia trataba de abocarse a sus lecturas, pero todo se vaciaba de sentido. “Siento, si esta es mi última etapa, ¿no debería leer Shakespeare? Pero no puedo. Siento que no debería terminar *P.H.*: ¿no debería terminar yo algo a modo de fin? [...] Esta, pensaba yo ayer, puede ser mi última caminata”.

Los continuos *raids* de julio y agosto atentaban contra sus esfuerzos por conectarse con lecturas, o con su idea de inventar un nuevo método

crítico, veloz y ligero que conservara el “vuelo de la mente”, pero sin perder exactitud. El 4 de julio conversó con Kingsley Martin, que le aseguró que para los próximos días “estaba fijada la fecha para la invasión”.

12 de julio: noticias y rumores, sumados a la exaltación de un patriotismo en el que no creía, la dejaban sin recursos a los que aferrarse: “No me gusta ninguno de los sentimientos que genera la guerra: patriotismo; sentimiento comunitario, etc. todas parodias sentimentales y emocionales de nuestros sentimientos reales”.

Las excursiones aéreas eran incesantes, se construían y camuflaban emplazamientos de armas que Virginia veía en sus caminatas. Desde Rodmell podían contemplarse “las siniestras preliminares a la destrucción” que amenazaba la ciudad de Londres. Primero era el aullido de las sirenas, después el zumbido de los aviones alemanes que, sobrevolando el mar, pasaban sobre Rodmell y Lewes. Por entonces le escribió a John Lehmann: “Podríamos haberte ofrecido una gran variedad de alarmas aéreas, bombas de tiempo, informes de la señora Bleach que ha traído una bomba de estribo (instalada en mi dormitorio) y batallas en alta mar”. Lo cierto es que las sirenas eran tan puntuales como las vísperas y aunque trataba de tomarlas como algo habitual (“todavía no hemos tenido nuestro *raid*, decimos”) e incluso parecía ignorarlas, en lo íntimo de su diario apenas podía con la sensación de infelicidad que sin embargo atribuía a su profesión.

Otro hecho significativo relacionado con la actitud valiente que Virginia se imponía tuvo lugar el 16 de agosto, mientras estaban en el jardín y debieron refugiarse porque un *raid* pasó demasiado cerca:

«Se acercaron mucho. Nos escondimos bajo un árbol. El sonido era como el de alguien serruchando en el aire justo por encima de nosotros. Permanecimos acostados, boca abajo, con las manos detrás de la cabeza. No aprietes tus dientes dijo L. Parecían estar serruchando algo inmóvil. Las bombas sacudieron las ventanas de mi cabaña. ¿Caerá? pregunté. Si es así, nos romperemos juntas. Pensé, pienso, en la nada, estar acostado, mi humor mientras estoy acostada. Algo de miedo supongo. Deberíamos llevar a Mabel al garaje. Demasiado arriesgado cruzar el jardín dijo L. Luego otra vino de Newhaven. Zumbó y serruchó y chifló a nuestro alrededor. Un caballo relinchó en la marisma. Muy bochornoso. ¿Es un trueno? dije. No, armas, dijo L., de Ringmer, camino a Charleston. Luego lentamente el sonido se apaciguó. Mabel en la cocina dijo que las ventanas se sacudieron».

Si bien Virginia renegaba de lo que pudiera relacionarse con el exaltamiento patriótico, una de esas noches, mientras observaba los aviones ingleses que se dirigían a combate, eludiendo el sentimiento comunal “dictado por la BBC”, y respondiendo solo a un llamado individual e instintivo, les deseó “suerte”. Sentía que de alguna manera su país la necesitaba. La Batalla de Inglaterra era considerada el preludio de invasión, el deseo de Virginia tenía sentido; finalmente, la aviación británica anunció que había derribado 496 aviones de la Luftwaffe, y aunque los bombardeos continuaron sobre Kent, Sussex y la ciudad de Londres, el 17 de septiembre Hitler decidió diferir y finalmente cancelar la invasión.

28 de agosto: mientras jugaban bolos en la terraza, Virginia y Leonard vieron que un avión que pensaron que era inglés se acercaba; poco después sintieron una salva de explosivos que, “como bolsitas de papel”, estallaban al mismo tiempo; recién cuando el avión se alejaba alcanzaron a contemplar la esvástica. A eso siguió un zumbido y la visión de dos aviones que se acercaban. Corrieron a buscar refugio en el pabellón, pero distinguieron que se trataba de aviones ingleses que verificaban al avión caído. Una “pacífica” muerte podría haberlos alcanzado mientras jugaban bochas esa “linda, fresca y soleada tarde de agosto”.

31 de agosto: “Ahora estamos en guerra. Inglaterra está siendo atacada. Ayer tuve esta sensación por primera vez y completa. Una sensación de opresión, peligro y horror”. Todo sucedió cuando Vita la llamó desde Sissinghurst para decirle que le era imposible visitarla, “las bombas caían alrededor de la casa” y le preguntaba si podía escucharlas mientras hablaban. Virginia estaba “demasiado hastiada” para expresar las sensaciones después de hablar con una persona a la que podían matar “de un momento a otro”[546]

Leonard escribió en sus memorias que ni él ni nadie que conociera mostraban miedo durante los incidentes aéreos; contagiada de ese espíritu, a pesar de lo que confesaba en su diario, Virginia parecía restar importancia a los bombardeos e incluso bromeaba acerca de la posibilidad de desarmar sin ayuda a “seis pilotos alemanes”. Lo cierto es que admiraba el comportamiento de sus compatriotas, “toda suerte de persona” e incluso de algunos políticos —“Winston al menos”— que

lograban conmoverla.

Tanto la guerra como las sensaciones que Virginia registraba tenían sus treguas e intermitencias, y por un par de días vivieron noches de perfecta calma, que ella aprovechó para escribir *Pointz Hall*, preparar artículos para los Estados Unidos y colaboraciones periodísticas. De todas maneras, no podía escapar de la melancolía: veía las colinas como si las contemplara por última vez.

11 de septiembre: Churchill advirtió que los bombardeos podían ser el anticipo de la invasión en las próximas dos semanas. Entre el 7 de septiembre y el 2 de noviembre los alemanes bombardearon Londres cada noche. Habían decidido no invadir la ciudad, pero deseaban destruirla. En la intimidad de su diario, Virginia sufría la destrucción de su ciudad a la que los bombardeos le impedían regresar.

29 de septiembre: “Una bomba cayó tan cerca que maldije a L. por dar un ventanazo. Estaba escribiéndole a Hugh, y la pluma saltó de mis dedos”.

2 de octubre: “¿Debería pensar en la muerte?”. La noche anterior una bomba había caído con gran estruendo cerca de su ventana, despertándolos de un salto:

«Un avión pasó dejando caer su fruta. Fuimos a la terraza. Baratijas de estrellas desparrramadas y resplandecientes. Todo tranquilo. Las bombas cayeron en Ilford Hill. Hay dos cerca del río, marcadas con cruces blancas de madera, todavía no estallaron. Le dije a L.: No quiero morir aún. Las chances están en contra. Pero están apuntando a las vías del tren y las centrales eléctricas. Se acercan cada vez más».

Con el peligro cada vez más cerca, Virginia no dejaba de trabajar en sus artículos y encontraba ayuda en sus lecturas. También proseguía con su correspondencia. La viuda del ex primer ministro Asquith le escribía comunicándole que por fin habían liberado a Robert Spira, un refugiado judío por el que le había pedido que intercediera; y le preguntaba: “¿Qué es lo que crees?”. Virginia se repitió la pregunta en su diario:

«¿En qué [creo]? No puedo recordarlo ahora. Oh, intento imaginar cómo muere uno por una bomba. Lo tengo bastante vívidamente, la sensación: pero no puedo ver nada excepto una sofocante nulidad después. Pensaré, oh, deseaba otros 10 años, no esto, y no podré, por primera vez, describirlo. Eso... quiero decir, la muerte; no, el crujido y

el caos, la trituración de mis huesos oscurece mi muy activo ojo y cerebro: el proceso de apagar la luz. ¿doloroso? Sí. Aterrorizante. Supongo... Luego un desmayo; una batería; tragar saliva dos o tres veces con la intención de ganar conciencia... y luego punto punto punto».

La proximidad de la muerte la aterraba aun durante un paseo por las marismas con Leonard, cuando vio acercarse a aviones alemanes. Virginia se pegó “prudentemente” a Leonard, pensando si no era mejor que mataran “dos pájaros [...] con una piedra”. “Desearía no sentirme cobarde”, le escribió a Ethel refiriéndose a los sobresaltos que no podía evitar, cuando oía el traqueteo de las bombas, y pensaba que “el zángano que está tejiendo su red encima de mí está por caer”.

A mediados de octubre, a pesar de que extrañaba sus rutinas londinenses y sentía esa “rara [*queer*] contracción de la vida al radio del pueblo”; Virginia concluía: “Vivo con intensidad”. Sus diarios personales permiten inferir que era así; incluso cabría preguntarse si no estaba sometida a una tensión excesiva, compelida a seguir con el tipo de vida y el ritmo de escritura de preguerra en momentos en que se acumulaban los duelos y sobrevivía a bombardeos y batallas. Por otra parte, Leonard marcaba las pautas de una vida política y comunitaria que no había hecho más que aumentar, con lo que en numerosas ocasiones Virginia decía sentirse agotada: “Tener continuamente compañía es tan nocivo como estar confinada a la soledad”.

Réquiem para la ciudad de Londres

El 10 de septiembre los Woolf fueron a Londres. La casa frente al 37 de Mecklenburgh Square estaba reducida a escombros. La policía impedía el paso, la calle estaba rodeada con sogas: una bomba había caído en un cantero y podía explotar en cualquier momento.

Su vecino Mr. Pritchard, que parecía tranquilo, decía que los alemanes estaban equivocados si pensaban que les harían aceptar la paz; aseguró que veía los *raids* por las noches y que dormía “como un lirón”. La flema inglesa se imponía, y Virginia se mostraba imperturbable, como los demás. En su diario, con un estilo casi telegráfico y oraciones cortas y precisas refiere los daños, recorre la ciudad, describe como al pasar a la gente que había quedado enterrada

bajo los escombros. Solo en sus cartas se permite liberar algo de la emoción contenida: “La pasión de mi vida, es decir, la ciudad de Londres; ver a Londres destrozada, también eso acribilló mi corazón”. En su imaginario, Londres significaba la civilización, la identidad cultural, la historia; todo eso estaba amenazado: “Londres se veía alegre y esperanzada, portando sus heridas como estrellas; ¿por qué siempre dramatizo Londres? Cuando veo un gran destrozo, como una caja de fósforos aplastada donde se erguía una casa antigua, saludo con mi mano a Londres”.

En privado, Virginia aceptaba sus temores. “Me había considerado cobarde por sugerir que no debíamos dormir dos noches en el 37”, escribió en su diario, aliviada porque Leonard estuvo de acuerdo con ella. Como si no se sintiera a la altura de las circunstancias, Virginia hacía hincapié en su admiración por Vita o Rose Macaulay, que conducían ambulancias; por lady Colefax, que tenía un hijo en el frente; también por las ancianas “sucias después del ataque aéreo, y preparándose para aguantar hasta el final”. Finalmente, John Lehmann les anunció por teléfono que la bomba de la calle había explotado, los cristales de la casa estaban rotos, habían evacuado Mecklenburgh Square y era necesario trasladar la Hogarth Press a una zona más segura. Los Woolf volvieron a Londres para comprobar los daños. Virginia percibía “una poderosa sensación de invasión en el aire”.

El viaje a la ciudad no fue sencillo, los caminos estaban atestados de camiones y de soldados, y un *raid* los hizo detenerse en Wimbledon, donde conversaron con una familia que buscaba refugio en una pequeña construcción para ametralladoras. Tanto Virginia como Leonard recordaron a ese matrimonio, que, junto con su pequeña hija, conservaba su dignidad con apenas lo necesario: una lámpara, una sartén, té, unas cajas con sus pertenencias. El hombre que había sido imprentero había abandonado su casa y Leonard recordaría que parecía haber aceptado la recomendación de Cristo: “Por tanto, no os preocupéis por el día de mañana; porque el día de mañana se cuidará de sí mismo. A cada día basta su afán”^[547] Virginia también pensaba en su destino: “58 años... no muchos más por delante [...] a veces sueño con una muerte violenta”, pero no se dejaba abatir y elaboraba nuevos proyectos. Un día de septiembre, mientras recogía zarzamoras para la cena, se le ocurrió escribir un libro, *Historia común*, para leer de un extremo al otro la literatura inglesa, incluyendo la biografía, que organizaría a voluntad. Hasta el fin de su vida Virginia trabajó intermitentemente en esta idea de escribir una historia social crítica y

sus efectos en la literatura. [548]

El 18 de septiembre escribió en su diario: “Tenemos que armarnos de todo nuestro valor”; otra bomba había explotado, “todas nuestras ventanas están rotas, los techos caídos, y la mayor parte de nuestras porcelanas pulverizadas en Mecklenburgh Square”. Como describió Leonard en sus memorias, la casa había quedado inhabitable:

«El solar de la Hogarth Press en el sótano y nuestro departamento en los pisos tercero y cuarto eran inhabitables. Todas las ventanas habían estallado; la mayor parte del cielorraso había sido derribado, de modo que, en la mayoría de los lugares, podías pararte en la planta baja y mirar sin interrupciones hasta el techo mientras los gorrones revoloteaban por las vigas de lo que solía ser un cielorraso; las bibliotecas habían sido arrancadas de las paredes y los libros yacían en enormes montones sobre el piso cubiertos con escombros y yeso. En la Press, libros, archivos, papel, la máquina de imprimir y la de tipos se encontraban en un desorden horrible y desalentador. El techo había sido dañado tan severamente que en muchos lugares dejaba entrar la lluvia, y las tuberías de agua habían sido tan sacudidas por el bombardeo que a veces una reventaba de repente y mandaba una catarata por las escaleras, del tercer piso a la planta baja».

Además de disponer la mudanza de la imprenta a Letchworth, Virginia asistió a unas “mujeres con los nervios a flor de piel” tras la explosión de una bomba en Brunswick Square. Tanto ella como Leonard se mostraban estoicos, las desgracias personales estaban inscriptas en un problema mayor que afectaba a toda la comunidad, a toda Inglaterra, por lo que tendían a minimizar sus propias pérdidas.

También los estudios londinenses de Duncan y Vanessa sufrieron los bombardeos y el fuego hizo estragos; solo pudieron rescatar una heladera y una escultura, pero Vanessa lo tomó “filosóficamente” señalando que tenía la capacidad de seguir pintando. Ninguna de las hermanas se resignaba ni se dejaba abatir.

Virginia volvía casi semanalmente a Londres y comprobaba cómo “más de Bloomsbury [había sido] destruido”. A mediados de octubre una bomba destruyó completamente el 52 de Tavistock Square, y aunque sentía alivio por no tener que pagar más la renta de la casa, Virginia le escribió conmovida a Angelica: “Donde solía hamacarte sobre mi rodilla, solo está el cielo de Dios: y no queda nada excepto una

maldita silla y un pedazo de alfombra”.

De todas maneras, nada parecía opacar el carácter fundamentalmente alegre que ella presentaba ante conocidos y amigos, y, según Lehmann comprobó, “ni siquiera los bombardeos sobre Londres ni el incendio de su nueva casa en Mecklenburgh Square, donde también habían instalado la editorial Hogarth Press tras la destrucción de su antigua casa en Tavistock Square, pudieron atenuar su estado de ánimo, que era casi eufórico”.

La destrucción de Tavistock Square fue total, pero los Woolf sentían que debían reponerse, las desgracias personales parecían fruslerías, había personas, niños que hacían largas colas, cargando valijas, a la entrada del subterráneo. Tavistock Square era un “montón de ruinas”, algunos de los paneles pintados por Duncan y Vanessa colgaban de las paredes. De todas maneras, Virginia se consolaba pensando que de haberse quedado allí ninguna de sus posesiones habría sobrevivido. Por su parte, la casa de Mecklenburgh Square había sufrido menos daños. Incluso pudo rescatar cristalería y porcelana; y fundamentalmente sus diarios, los 24 cuadernos que conformaban “una gran masa para mis memorias”. Hasta el fin de la guerra la Garden City Press en Letchworth albergó a la Hogarth y a sus empleados. John Lehmann viajaba para supervisar y manejar las publicaciones, pero los Woolf debieron mudar y ubicar todos los libros y muebles, que finalmente encontraron, como ellos, refugio en Rodmell. “Si yo estuviera en Londres hoy... o hace dos años”, escribía Virginia soñando con volver a la ciudad de sus recuerdos.

Qué hacer mientras no se produce la invasión

A partir de mayo, lo que llamamos “diario de guerra” convivía con el “diario de escritora” característico de Virginia Woolf hasta el inicio del conflicto. De ahí que, conectado o mediado apenas con un punto seguido o una coma, se tocaban cuestiones como la escritura y corrección de *Pointz Hall* y *Roger Fry*, las visitas a Londres y temas personales que podrían resumirse en la frase “qué hacer mientras no se produce la invasión”.

Esa primavera, mientras Churchill pedía resignación a los ingleses diciéndoles que durante los bombardeos al menos le evitaban el fuego a

sus soldados, los Woolf recibieron en Monk's House la visita de George Moore, el filósofo que tanto había influido en los jóvenes de Cambridge de su generación. Si bien no había construido el “monumento filosófico inquebrantable” que todos esperaban, Moore seguía conservando su característica “integridad”, aunque un poco “debilitada”, “con menos energía”. Cierta veneración retrospectiva no impidió que sus antiguos discípulos — entre los que se encontraba Desmond MacCarthy— lo acusaran porque con sus silencios había “reducido al silencio a toda su generación”. El hombre cuyo libro *Principia Ethica* los había hecho “tan sabios y buenos”, “algo consciente de haber abusado de su influencia”, se defendió diciendo: “No deseaba ser silencioso. No se me ocurría nada que decir”.

Más que en los antiguos ídolos de juventud, con la guerra como contexto ineludible, Virginia se interesaba en lo que pudieran decir, o en el comportamiento de sus colegas, y después de ver a Eliot concluía: “Tom me dio la impresión de fosilizarse [...] en ese curioso egocentrismo de los escritores. [...] Pero pobre hombre si esa complacencia le procura una caparazón, sin ninguna duda lo protege contra el sufrimiento”. Pero ella también debía encontrar la manera de protegerse. Los frentes de sobreexposición abundaban; era enervante escuchar las versiones apocalípticas y suicidas de “ese loco de Kot” (Kingsley Martin), y a eso se sumaba la cantidad de gente que vieron o alojaron durante el año. De ahí que Virginia se mostrara ambivalente, tan pronto con deseos de sociabilizar como eludiendo el contacto. Eso fue lo que sucedió después de un incidente que tuvo como protagonista a la escritora Elizabeth Bowen; durante un tiempo Virginia se preocupó porque no le contestaba sus cartas: “Si ella no responde es el fin de nuestra amistad. [...] Y tenemos conversaciones serias. Y es la única mujer de su generación”. Finalmente Elizabeth apareció y Virginia tuvo que admitir que se había dejado llevar por suposiciones falsas. De todas maneras, después de recibirla un par de días en Rodmell, se sintió agotada y escribió en su diario: “Qué difícil es reencontrar el centro, después de todos los círculos que una visita traza en torno de una”.

En un intento de recuperar ese eje, además de leer a Freud, Virginia visitó Charleston. La visita no pasó de ser “otra piedra en el estanque”: el horno no estaba para bollos, nadie se ocupaba de ella mientras Angelica y Bunny paseaban su romance ante la irritación contenida de la familia.[\[549\]](#)

«En este momento con solo *PH [Pointz Hall]* para fijar mi espíritu,

estoy perdiendo anclaje. Por otra parte, la guerra [...] ha quitado nuestro muro de seguridad. Ningún eco regresa. No tengo entorno. Tengo tan poca conciencia de la existencia del público que me olvido de si *Roger* va a ser o no publicado».

Es significativo que Virginia advirtiera que necesitaba contención afectiva, representada por Nessa y por Leonard, y que señalara que la pérdida de ese “eco”, que durante “años y años” dio cuerpo a su identidad, podía precipitarla “al borde de un precipicio... ¿y luego? No puedo concebir que habrá un 27 de junio de 1941” Presa de esos estados de ánimo, ni siquiera podía pensar en lo que haría la próxima semana: “Todo es un gran salto en la oscuridad”.

Hasta el final de sus días, la escritura fue el ancla que le impidió dar el salto, pero también fue una tortura.[550] Cada uno de sus libros, escribía en su diario, “acumula un poco de esa Virginia Woolf ficticia que llevo como una máscara por el mundo”. Sea como fuere, sus libros también le daban satisfacciones. En 1940 terminó de delinear *Pointz Hall*, asistió al éxito de ventas —alcanzó tres ediciones— de la biografía de Roger, que también fue publicada en Norteamérica, y además de planear un libro sobre la historia de la literatura, escribió ensayos[551] y artículos periodísticos. En ese contexto, trabajaba para *Harper's Bazaar* con “concienzuda diligencia de insecto” y también leía a los isabelinos para su libro de crítica. A finales de año, para descomprimir la escritura de la última parte de *Pointz Hall*, Virginia retomó sus “Apuntes del pasado”; finalmente, el 23 de noviembre dio fin a su última novela con la sensación “un poco triunfante” y la satisfacción de haber “intentado un nuevo método”.

Durante todo ese tiempo definido por el temor de una invasión que nunca llegó a producirse, bajo el zumbido de los aviones “como el torno de un dentista”, Virginia, que intentó lograr una suerte de escape, escribía: “Leo hasta adentrarme en un estado de inmunidad”. Entre los autores de los que se ocupaba estaba Coleridge, sobre el que Leslie también había trabajado. Por otra parte, el 24 de julio Virginia leyó una conferencia sobre la broma de *Dreadnoughten* el Instituto de Mujeres de Rodmell. Poco después volvió al tema en una reunión del Memoir Club.

Una gran actividad caracterizó el último año de vida de Virginia. Es llamativo que ni ella ni Leonard presintieran el inevitable agotamiento

al que se precipitaba. Sus diarios reflejan una creciente incomodidad y la característica fobia social que precedía a muchas de sus crisis. En esta oportunidad, Virginia dirigió su enojo principal tanto a los habitantes de Rodmell como a los numerosos visitantes, sobre todo a aquellos protegidos por Leonard, pero también se enfrentó con Helen Anrep, la última pareja de Roger Fry, con quien, como señalamos, ya había tenido inconvenientes a raíz del préstamo de dinero del año anterior. Eso causó un distanciamiento con Nessa.

Virginia registró enojada en su diario que Helen Anrep y “sus dos zoquetes” —se refería a sus hijos— planeaban mudarse a una cabaña disponible en Rodmell. Se imaginaba que con ellos cerca no tendría paz y, como si proyectara en ellos el temido desembarco alemán, la molestaba lo que consideraba una invasión. Ni siquiera podría enviar una carta, sostenía, sin ver “una cara como la de un embrión de bacalao”. Virginia se enojó con Nessa, a la que culpaba por haberles hablado de la cabaña, pero luego reconoció que había tenido una rabietta. “Me enfadé como no lo hacía en años”,² y las hermanas fumaron la pipa de la paz. Se entiende que Nessa pensara que su enojo era exagerado; al fin y al cabo, Helen solo se instalaría en Rodmell quince días.

Lo cierto es que, por el momento, esas reacciones intempestivas no despertaban la alarma de Leonard, absorto como nunca en la actividad política comunitaria y en proyectos como la publicación, en septiembre, de su libro *La guerra por la paz*.

Por su parte, Virginia se sentía más involucrada en la vida de sus vecinos de Rodmell de lo que deseaba, y esto ocasionaba discusiones con Leonard: “Peleamos acerca de nuestra concepción de la vida comunitaria”.³ A pesar de las reconciliaciones y de la voluntad de enmendarse, no pasaba demasiado tiempo hasta que surgía un nuevo conflicto. Ironía no exenta de admiración eran los difíciles ingredientes de una convivencia de la que, como de la guerra, no tenía escapatoria. Virginia asistía a las demostraciones en la alcaldía, donde “nos mostraron cómo el carbón absorbe el gas”, y luego de la “aburrida pero necesaria” lección, veía que “la vieja Miss Green, dejando caer su capa de oficial, luciendo pantalones azules, se lanzó de la ventana de la rectoría”.⁴

Mujeres como esa vieja inglesa lograban conmovérla, admiraba el estoicismo y la practicidad de la gente del pueblo y se condolía con sus pesares: a finales de octubre, cuando unas bombas cayeron en la ruta del autobús escolar, compartió la angustia de todos hasta que los niños

estuvieron a salvo.⁵ Muchos de sus vecinos eran viejos conocidos; entre ellos, Percy Bartholomew, el jardinero; Annie Thompson, durante años empleada en Monk's House, y su familia; Mr. Fears, el cartero, que asistía a las reuniones del Partido Laborista; Diana Gardner,^[552] escritora y miembro del partido; los propietarios de las granjas vecinas; Louie Everest, que trabajaba con ellos desde 1934 y vivía en una casa de su propiedad. Durante años, los Woolf convivieron con sus vecinos y en muchos casos entablaron relaciones de afecto; como en el caso de Louie, conocían a toda la familia. Incluso Leonard intervino para enviar a un asilo a su hermano, que sufría problemas mentales y luego, a pedido de la madre, lo sacó de la institución y lo acompañó de regreso a su casa.

Muchos de sus vecinos se habrán visto reflejados en la variopinta tipología de lugareños de *Entre actos*, entre los que se encuentra “el tonto del pueblo”, que participa de la representación teatral: “¿Y si, de repente, hacía algo horroroso?”.

Conocer a los lugareños era una cosa, pero sentirse integrado a la comunidad no era sencillo. Como laboristas militantes, los Woolf no eran bien vistos por muchos miembros de la alta burguesía local: “Vivimos en el corazón del más bajo mundo aldeano, al cual Leonard le da conferencias sobre papas y política. La alta burguesía no llama”.⁷ Por otra parte, como debido a la guerra y al mal clima podía pasar tiempo sin ver otro tipo de gente (“nuestros amigos están aislados alrededor de sus fuegos invernales”),⁸ Virginia dirigía su enojo y contrariedad contra la gente de Rodmell y todos los que consideraba que demandaban más de lo que quería dar:

«Vampiros. Sanguijuelas. Cualquiera con 500 al año y educación es de inmediato succionado por las sanguijuelas. Nos arrastran a L. y a mí al estanque de Rodmell y nos chupan, chupan, chupan. Comprendo la razón de los succionadores de guineas. Pero nuestra vida, nuestras ideas, esto ya es un poco fuerte. Hemos cambiado lo inteligente por lo simple. Los simples envidian nuestra vida. Anoche la lectura de L. atrajo a Succionadores. Gwen Thompson es una succionadora».

Aunque sus diarios podían ser terreno propicio para descargar tensiones y sin duda algunas crueldades respecto de sus vecinos, Virginia era muy amable^[553] con su entorno que no percibía sus reticencias; de no ser así, Annie Thompson no la hubiera convocado

para que fuera tesorera del Instituto de Mujeres de Rodmell. Un compromiso que seguramente aliviaba la sensación de culpa que acompañaba sus exabruptos con aquella gente, y sus constantes dudas acerca de si estaba haciendo lo suficiente o lo que se esperaba de ella en tiempos de guerra.

La cuestión era que las relaciones, además de numerosas, eran demandantes. Se hacía necesario detenerse a conversar con Mrs. Cavase, la viuda de un médico de Birmingham y presidenta del Instituto de Mujeres, o con Mrs. Ebbs, la criticada mujer del párroco —“Mi pasión, señora Woolf, es el escenario”—, que dirigía las representaciones teatrales y le decía a Leonard que leía los libros de su mujer debido a su bello inglés, pero que no los entendía.

En octubre, cuando Mabel decidió dejarlos, Virginia se dedicó a la cocina y disfrutó de la soledad y la sensación de independencia[554]. Por primera vez en su vida, se quedaba “sin sirvientes en el sentido Victoriano”, es decir, se apartaba del sistema de servicio que había regido su existencia y comenzaba a prescindir de las empleadas domésticas que vivían en la casa. Pero había otros esquemas de los que no se alejaba: horarios de trabajo y lectura, jugar a los bolos o ver a los aldeanos en las puertas de sus casas, algo que se volvía casi “familiar”.

Confinada en Rodmell, Virginia disfrutaba del paisaje y sus paseos. A principios de noviembre, después de unas fuertes lluvias y con sus defensas debilitadas por las bombas, el río Ouse se desbordó, se inundaron grandes extensiones de campo y el agua llegó hasta el jardín de Monk's House. Las marismas se transformaron en “un mar surcado de gaviotas” y Virginia disfrutó de un paisaje pretérito en el que se borraban las huellas humanas:

«El pajar en el diluvio es de una belleza increíble... Cuando levanto la vista veo toda esa agua en la marisma. Bajo el sol es azul profundo, las gaviotas semillas de alcaravea: bolas de nieve:[555] aviador atlántico: islas amarillas: árboles desnudos: techos rojos de cabañas. Oh, que la crecida dure para siempre... un borde virgen; no hay búngalos; como era en un principio. [...] Ahora está gris plomizo con las hojas rojas en frente, nuestro mar de isla. Cabum se ha tornado un acantilado».

En esos días Leonard cayó en cama con gripe y, respetando las normas de seguridad, Virginia se encargó de oscurecer las ventanas de

la casa. Pero como por las noches la luz se escapaba por las rendijas, recibió la visita del alguacil local. La conversación no fue fácil, Virginia sintió que estaba frente a un “matón oficial” que deseaba ponerla en su lugar, darle una reprimenda, y que incluso la amenazó con la prisión, una multa y más. De nada sirvió que desplegara su “batería femenina” o que se excusara aludiendo la enfermedad de Leonard. La guerra cambiaba las pautas de comportamiento, la autoridad conferida al “rudo y áspero” trabajador borraba los modales con que se hubiera dirigido a ella en otras circunstancias, y se hacía evidente que se abría una “brecha” en los comportamientos de clase.

Además de los comportamientos sociales, la guerra alteraba las costumbres de mesa; debido al racionamiento, una pequeña porción de manteca[556] podía considerarse un lujo. De ahí que después de recibir una buena cantidad que Vita le envió de regalo, Virginia le agradecía:

«Te has olvidado qué gusto tiene la mantequilla. Así que te lo diré: es algo entre rocío y miel. ¡Por Dios, Vita! [...] tu lana, y luego encima ¡¡¡tu mantequilla!!! Por favor felicita a las vacas por mí, y a la que ordeña, y me gustaría sugerir que el ternero sea conocido en el futuro (si es hombre) con el nombre de Leonard, y si es mujer, Virginia.

Piensa en nuestro almuerzo mañana: Bunny Garnett y Angelica vienen; en el medio de la mesa pondré la porción entera. Y diré: Coman tanta como quieran, y no puedo interrumpir esta rapsodia, ya que ha pasado un año desde que vi una libra, por decirte otra cosa; no creo que nada más parezca importante».

No hacía mucho que Vita había visitado a su amiga, y es probable que no se le escapara lo que se ve en las fotos de esa época, incluso en las que tomó Gisèle Freund y que muestran a una mujer en extremo delgada y hasta demacrada, y que entonces, consciente o inconscientemente, enviara el succulento alimento. Lo cierto es que tanto ella como Leonard llamaron la atención de la doctora Octavia Wilberforce, la amiga de la actriz norteamericana Elizabeth Robins, que conocían desde años atrás y que también comenzó a enviarles comida de su granja.

La médica admiraba a Virginia e incluso temía su inteligencia, pero eso no le impedía hacer su diagnóstico y le escribió a la Robins —que había vuelto a Norteamérica a causa de la guerra— subrayando: “Los dos se ven delgados y casi muertos de hambre y si alguien debe beneficiarse de mi ganado deberían ser esos desamparados”. Al tiempo

que agradecía la crema que Octavia le enviaba, Virginia decía que solo podía retribuirle con las manzanas del huerto.

Curiosamente, ambas estaban emparentadas. El bisabuelo de Octavia, el antiesclavista William Wilberforce, tenía una hermana que se casó con el bisabuelo de Virginia. Octavia era la octava entre nueve hermanos, pertenecía a la clase media alta y se había criado en una amplia casa de Sussex. “Sus raíces —escribió Leonard— estaban en la historia inglesa y en el suelo inglés”. Por su parte, Virginia admiraba la determinación que la llevó a ser médica: sin los estudios necesarios, se preparó arduamente para los exámenes de ingreso que aprobó contrariando los mandatos familiares, ya que solo se esperaba de ella que se dedicara a actividades como jugar tenis, asistir a bailes “para casarse y criar más señoritas que criarían aún más señoritas en aún más casas de campo”.

A principios de diciembre llegó la mudanza con las pertenencias que habían rescatado en Londres, y Virginia escribió mientras las acomodaba: “Veo lo que es la vida de una mujer trabajadora. No hay tiempo para pensar. Una brisa alborota la superficie. No hay silencio”.

Ocupada en cuestiones domésticas, le costaba concentrarse y sabía que tenía un gran trabajo por delante. Estaba escribiendo un ensayo sobre la actriz Ellen Terry (protagonista de *Freshwater*) para la *Harper's Bazaar*, y la esperaba la ardua tarea de corrección y tipeo de *Pointz Hall*.

Tanto trabajo se acumulaba sobre una realidad que Virginia negaba conscientemente. Su diario de los primeros días de diciembre se refiere en su mayor parte a temas cotidianos y literarios al punto que debe recordarse a manera de advertencia:

«Tengo tan solo 5 minutos tras una lucha con Ellen Terry para decir que la guerra — sí, he dejado solo 5 minutos para llenar esa omisión— que la guerra continúa; en 10 años habré de preguntar, ¿qué estaba sucediendo con la guerra? [...] La guerra lentamente se representa a sí misma en una gran escena: alrededor de nuestra pequeña escena. Pasamos 59 minutos aquí; un minuto allí».

Lo anterior parece más una expresión de deseo que una realidad. Como

se señaló, la guerra y sus efectos tienen lugar protagónico en sus diarios personales, y a finales de año Virginia, que continuaba trabajando para el Instituto de Mujeres, convocó a Vita para dar una charla sobre Persia y a Angelica para hablar de teatro. Entre tanto, el racionamiento de comida y combustible se hacía cada vez más difícil de sobrellevar. Para colmo y debido a la falta de gasolina, Nessa la visitaba solo de paso, cuando hacía sus compras en Lewes. Si las cosas continuaban así, concluía Virginia, “estaremos hambrientos, “¿Qué es lo próximo que Hitler sacará de su manga?”, se preguntaba, atemorizada, mientras los alemanes enviaban tropas a Italia.

Poco antes de Navidad, invadida por la nostalgia, Virginia leyó viejas cartas y recordó a sus padres: “Qué bella que era esa gente antigua —me refiero a papá y mamá—, qué simples, qué claros, qué serenos. [...] Nada turbulento; nada complicado: sin introspección”. Por otra parte, refiriéndose a sí misma constataba:

«Noto con cierto temor que mi mano se está paralizando. Por qué, no podría decirlo. ¿Puedo seguir trazando líneas rectas? Parece que no. Escribo esto a modo de experimento; de hecho está menos paralizada esta mañana, pero luego he estado copiando mi manuscrito de P.H., y estoy intoxicada con palabras... pero no entraré en este tema Es Nochebuena, y no me gustó bajar las cortinas; Leonard y Virginia se recortaban muy negros contra el cielo.

Es necesario escribir. Sí, nuestra vejez no será de una dulce somnolencia en un huerto soleado. Pero bajando la cortina, siento que puedo vivir el momento, lo que es bueno; ¿por qué ceder un momento al arrepentimiento o a la inquietud? ¿Por qué?»

El 29 de diciembre Virginia escribió la última anotación del año en su diario. Hacía un esfuerzo por recuperar el ánimo que flaqueaba. Se lanzaba a los campos, caminaba, leía, buscaba justificaciones para la existencia.

Hay momentos en que la vela aletea. Luego, siendo una gran aficionada al arte de vivir y resuelta a extraer todo el jugo de mi naranja, como una avispa en el capullo, me siento desvanecer, y sucedió ayer; cabalgo por las colinas hasta los acantilados.

Pero cansa el cuerpo y la mente duerme. Todo deseo de escribir un diario aquí ha decaído. ¿Cuál es el antídoto correcto? Debo husmear a

mi alrededor. Creo que Madame de Sévigné. Escribir debe ser un placer diario. Charleston tonto; Leslie vocal. Los Anrep almorzaron. Detesto la dureza de la vieja edad... la siento, raspo, estoy áspera.

El pie menos presto a encontrar el rocío de la mañana, el corazón menos circunscripto a emociones nuevas, y la esperanza, una vez destrozada, menos dispuesta a surgir nuevamente. [...] Yo soy yo; y debo seguir mi surco, no copiar el de otro. Esa es la única justificación para mi escritura y vida.

CAPÍTULO XLIV - 1941

“Mira por última vez todas las cosas hermosas”

EL primer día del año, mientras las ráfagas de viento soplaban sobre Rodmell “como una sierra circular”, Virginia registraba en sus diarios una coincidencia. En el preciso momento en que ella leía acerca del gran incendio de Londres de 1666, la ciudad estaba siendo arrasada por el fuego a causa de los intensos bombardeos, y ella lamentaba: “Londres se estaba incendiando. Ocho iglesias de mi ciudad destruidas”.

Además de estar pendiente de la ciudad devorada por las llamas, Virginia se sentía presionada por sus vecinos y sufría los efectos del racionamiento; la casa estaba helada y ni siquiera le resultaba placentero escribir en sus diarios, por lo que se decía a sí misma: “Voy a ser menos verborrágica, aquí tal vez. ¿pero qué importancia tendría llenar páginas? No hay editor a considerar, ni público”. De pronto, esos mismos diarios personales que habían sido su refugio le parecían un ejercicio de verbosidad y la avergonzaban.^[557] Con su vida social reducida al radio de la aldea, Leonard demasiado ocupado actuando en política y Nessa “aprensiva, a la defensiva” a causa a sus problemas con Angelica, Virginia debía sentir que ni su hermana ni su marido la tenían tan en cuenta como antes. Tal vez por eso, sin perder la conexión con elementos vitales y con la belleza, ligada a los paisajes que le habían dado felicidad, sus descripciones de las colinas de Rodmell estaban teñidas de melancolía:

«Un blanco. Todo congelado. Sigue congelado. Blanco que quema. Azul que quema. Los olmos rojos. No tenía la intención de describir una vez más las colinas nevadas; pero salió. Y no puedo evitar incluso ahora

voltearme a mirar a la colina de Asheham, roja, violeta, azul grisáceo paloma, sobre la que la cruz se destaca, tan melodramáticamente. Cuál es la frase que siempre recuerdo... u olvido. Mira por última vez todas las cosas hermosas.

[...] Bueno, toda la vida es tan bella, a mi edad. Quiero decir, sin que quede mucho más de ella, supongo. Y al otro lado de la colina no habrá nieve roja, azul, rosada».

Lo cierto es que si bien el campo ofrecía espectáculos grandiosos, como el de los olmos “ardiendo naranjas sobre un fondo azul profundo”, Virginia volvía una y otra vez a los pensamientos fatalistas, sentía que nada compensaba la pérdida de la ciudad de Londres y le escribía a Ethel: “¡Qué extraño es ser una campesina después de todos estos años de ser una *cockney*! Es casi la primera vez en la vida que no tengo una cama en Londres”.

Obstinada en recrear placeres del pasado, un día antes de viajar a la ciudad se imaginaba: “Iré al puente de Londres, caminaré a lo largo del Támesis, arriba y abajo, entrando y saliendo de aquellos lugares que solía frecuentar; iré hasta el Temple, y después subiré por el Strand hasta desembocar en Oxford Street”. Pero se trataba de ilusiones que la realidad desbarataba. Lo que vivió al día siguiente de expresar esos deseos no coincidió con sus idealizadas imágenes. Se encontró “vagando por las desoladas ruinas de mis viejas calles: tajeadas, dismanteladas, los viejos ladrillos rojos convertidos en polvo blanco [...] todo completamente ultrajado, demolido”. La destrucción de Londres potenciaba su depresión: “Mi pasión por la ciudad — le escribía a Ethel Smyth— todavía es aquello que, en algún oscuro pliegue de mi mente, representa a Chaucer, Shakespeare, Dickens. Ese es mi único patriotismo”.

De hecho, Virginia se sentía más aislada día a día, sin “eco en Rodmell, solo aire yermo”. Sus manos temblaban, y les explicaba a sus amigos que escribía sus cartas a máquina “[porque] el frío ha reducido mis manos a garras congeladas”. Las sensaciones físicas y una creciente tensión psíquica se asociaban en una sinergia perturbadora, y contemplando los copos de nieve desde su ventana, se lamentaba: “Vivimos sin un futuro. Eso es lo raro, con nuestras narices apretadas contra una puerta cerrada”. La sensación de que la omnipresencia de la guerra hace imposible pensar en el porvenir aparece en *Entre actos*, donde, con “la condena de la muerte repentina pendiendo sobre nuestra cabeza”, William Dodge e Isa sienten cómo “el futuro proyectaba su

sombra sobre el presente”. La seguridad de una hecatombe próxima teñía su actualidad y Virginia intentaba evadirse de las acosadoras visiones de destrucción, rememorando el pasado. Eso fue lo que hizo al enterarse de la muerte de James Joyce, [558] cuando recordó el día en que Miss Weaver, “una solterona abotonada”, les había alcanzado el manuscrito mecanografiado de *Ulises*. Significativamente, Virginia también evocó la conversación que tuvo por entonces con Katherine Mansfield en torno al manuscrito: “Comenzó a leer, burlonamente: luego de pronto dijo, pero hay algo en esto: una escena que supongo debería figurar en la historia de la literatura”. Como si no lograra conectar las emociones de entonces con las del presente, Virginia concluía previendo la canonización de Joyce: “Esto se remonta a un mundo prehistórico. Y ahora todos los caballeros están revisando opiniones, y los libros, supongo, ocupan su lugar en la larga procesión”.

Los diarios de sus últimos meses de vida son elocuentes; no hay día en que no haya comentarios decepcionados o francamente tristes, y tampoco faltan las alusiones a que la ocupación alemana no pasaría de la tercera semana de marzo. Pero si bien Virginia admitía que sostenía “una batalla contra la depresión”, se prometía a sí misma: “Este pozo de desesperación no logrará engullirme, lo juro”. Obligada a aceptar que la *Harper S Bazaar* rechazara su relato “El legado” y un artículo sobre Ellen Terry, aunque se llamaba a seguir trabajando, reconocía que “hay que recordar que una no puede bombear ideas” y, consciente de su estado, terminaba por preguntarse si podría volver a escribir con placer.

A la vista de los demás, Virginia sobrellevaba su depresión enmascarada por una gran actividad: convencía a Angelica y a Vita para que disertaran en el Instituto de Mujeres, recibía constantes visitas y atendía con una sonrisa, pero íntimamente contrariada, a los inevitables habitantes de Rodmell: “Miss Gardner en lugar de Elizabeth Bowen. Una persona insignificante”.

Entre el 11 y el 13 de febrero, ella y Leonard escaparon de sus compromisos de aldea y realizaron una pequeña excursión. Primero fueron a Londres y luego tomaron un tren a Cambridge. Visitaron a Pernel Strachey en el Newnham College y, a la mañana siguiente, la sede de la Hogarth Press en Letchworth. Regresaron a Cambridge para cenar con Dadie Rylands antes de volver a la ciudad y finalmente a Rodmell, donde Virginia se sintió “en las aguas grises, después del torbellino de las últimas semanas”. Allí, mientras esperaba las visitas de Elizabeth Bowen, Vita y Enid Jones, se invitaba a “vivir una de mis mejores vidas. Pero no todavía”. Su universo estaba supeditado a la

guerra, y a principios de febrero, insistía: “La invasión está fijada para la tercera semana de marzo”. Todo su entorno, más que nadie Leonard, compartía temores que lejos estaban de ser infundados:

«De hecho, no podían saber cuán directo era el peligro. Los alemanes no solo tenían planeado lanzar paracaidistas en las primeras horas de la invasión sobre las colinas donde ellos vivían, sino que la Oficina de Seguridad Central de Heinrich Himmler tenía una lista de personas que deberían ser arrestadas inmediatamente: en ella figuraban ‘Woolf, Leonard, Schriftsteller [escritor]’ y ‘Woolf, Virginia, Schriftstellerin [escritora]’».

En marzo de 1941 Inglaterra atravesaba el momento más crítico de la guerra, Francia había caído en manos de los alemanes, los ingleses estaban aislados, y si bien la batalla aérea y los intensivos *raids* sobre Londres habían disminuido, sus tropas luchaban en el norte de África contra los italianos, y en Grecia contra los alemanes. Al tiempo que Hitler se aprestaba a invadir Yugoslavia, los submarinos alemanes (U-Boote) intentaban cortar los suministros de las islas hundiendo barcos mercantes, y las bombas incendiarias atravesaban el cielo como señales luminosas.

En esas circunstancias, Virginia trataba de limitar sus reflexiones, sentía que “comienza a desagradarme la introspección”, y días después: “No: intento no librarme a la introspección”. Como siempre, el trabajo podía remediar esa tendencia, por lo que, después de acompañar a Leonard a Brighton, registraba unas escenas, bosquejos de conversaciones que escuchó en el baño de damas del grill de Sussex y en Fuller’s, y que le sirvieron de base para unos cuentos que dejó inconclusos. Esa mañana, después de terminar la novela que había llamado *Pointz Hall* y *The Pageant*^[559] y que finalmente tituló *Entre actos*, Virginia le alcanzó a Leonard la versión tipiada. No volvió a escribir en su diario hasta diez después.

Entre actos

Es un hecho sugerente que Virginia no registrara en sus diarios, como solía hacerlo cada vez que terminaba un libro, cuál fue la impresión de

Leonard tras la lectura de *Entre actos*,^[560] la novela que transcurre en Pointz Hall, una casa de campo “en el mismísimo corazón de Inglaterra”. Allí viven Isa, una mujer de 39 años, “la edad del siglo”, que siente alternativamente “amor; y odio” hacia su marido, Giles Oliver. Además de los dos hijos de la pareja, la casa alberga un par de ejemplares de la época victoriana: el padre de Giles, Bartholomew Oliver, y su hermana, Lucy; también vive allí un grupo de empleados: cocinera, mayordomo, mucamas y niñeras. Si bien se dice que los Oliver ocupaban Pointz Hall desde “hacía algo más de un siglo”, se señala que no están emparentados con las familias de abolengo del lugar, que “vivían allí desde hacía siglos y jamás habían vendido ni media hectárea”. Durante el transcurso de la novela, Virginia pasa registro a la vida social de una aldea inglesa. El tema es afín a su objetivo de relacionar las vidas de sus protagonistas con la mayor parte de la historia del país; y si bien hay una pequeña escena que tiene lugar la noche anterior, la historia se desarrolla durante el transcurso del siguiente día, con los preparativos y finalmente la representación teatral organizada anualmente por los lugareños en Pointz Hall. Destinada a juntar fondos para instalar luz eléctrica en la iglesia del pueblo, la obra cuenta con un público que incluye a la pequeña nobleza, a la alta burguesía y a los aldeanos, que además de ver la obra comparten un refrigerio.

La autora y directora de la obra es “la señorita La Trobe”, una mujer que “siempre se lanzaba a organizar cosas”, pero sin arraigo en la comunidad, ya que “no cabía presuponer que fuera una inglesa pura”. La obra de La Trobe es ambiciosa: durante la función recrea escenas de la historia de Inglaterra, representando al país a través de una serie de niñas y mujeres que le permiten pasar azarosamente por diferentes períodos: los tiempos de Chaucer, los de la reina Isabel I, personificada por una mujer “que tenía licencia para la venta de tabacos”, los de la reina Ana y la época victoriana, hasta finalmente arribar a los tiempos actuales. El deseo de la señorita La Trobe es que todos se vieran reflejados: “Quería exponerlos, tal como eran, irrigados con la realidad de los tiempos actuales”.

En *Entre actos*, Virginia recrea muchas de sus preocupaciones y temas de su literatura reactualizados por la guerra: su amor por Inglaterra, su particular patriotismo ligado a la tradición literaria y al paisaje inglés, sus planteos acerca de la vida individual y comunitaria, sus temores asociados con la guerra, y también se refiere a su idea de la imposibilidad de comunicación, aun entre personas que se aman. De

hecho, los personajes se unen y se separan consciente o inconscientemente, guiados por afinidades electivas cambiantes, rechazos y atracciones que van dibujando constelaciones que los unifican o los rescatan, al menos momentáneamente, de su aislamiento. Las diferencias de clase, generacionales, sexuales e incluso ideológicas actúan como fuerzas de atracción y repulsión, que afectan a los individuos, aislados en su propio universo.

A diferencia la vieja tía Lucy —“extinguida tenía que estar, puesto que había vivido bajo el reinado de la reina Victoria”—, que se obstina en leer un monumental resumen de historia del que no logra sacar ningún tipo de conclusiones debido a su falta de educación, Isa representa una nueva generación cuya única creencia es que nada es inmutable. Convencida de la inutilidad del conocimiento enciclopedista, temerosa de los libros y de las armas, Isa se dedica a la lectura de los periódicos: “El periódico era [su] libro”. Pero las diferencias generacionales no son las únicas; la crisis también se da en las relaciones. Así pues, mientras que Isa se siente atraída por Rupert Haines, un hacendado vecino que apenas conoce y que comparte su gusto por la poesía,^[561] Giles, su marido, coquetea con Mrs. Manresa. El día de la representación teatral, Pointz Hall se convierte en un campo donde se juegan múltiples atracciones y rechazos. Ese día, Mrs. Manresa llega a la casa inesperadamente con un amigo, William Dodge, que despierta la antipatía de Giles y una actitud opuesta en Isa y la tía Lucy. Encuentros, desencuentros e interrupciones pautan la estructura de una novela cuyo trasfondo es la guerra europea. Desde una perspectiva biográfica, no se puede evitar establecer proyecciones entre escritora, voz narradora y personajes. De hecho, según consta en los diarios y cartas de Virginia, en el momento de la escritura de la novela ella misma experimentaba temores y sensaciones que concuerdan con los sentimientos de Isa ante la guerra: “Oh, si mi vida pudiera ahora llegar a su fin. [...] Con presteza donaría Isa su voz con todos sus tesoros, si con ello pudiera dar fin a las lágrimas”. Por otra parte, la actitud de Giles, que se siente obligado a asistir al espectáculo de los lugareños como si estuviera “encadenado a una roca”, no deja de recordar la impaciencia de Virginia con sus vecinos. Como ella, Giles está obsesionado por la “visión de Europa erizada de cañones, cubierta de aviones”.

En cuanto a la señorita La Trobe, su personaje parece evocar una versión desacreditada de la misma Virginia. Se trata de una autora experimental, que sufre, entre otras cosas, la incompreensión de su

entorno; a pesar de eso, no se priva de mezclar géneros o de intentar movilizar a los espectadores: “Todos se sentían atrapados y enjaulados; presos; contemplando un espectáculo”. Como Virginia, la voz narradora subraya que La Trobe se caracteriza por crear escenas: “No te preocupes de la trama: la trama no es nada”.[562] Finalmente, queda en claro que el objetivo de La Trobe es confrontar a los espectadores con su propia realidad. Para ello se vale, en la última escena, de un innovador artificio: provee a los actores de espejos y superficies pulidas, que reflejan al público y lo hacen exclamar: “¡Nosotros! [...] Allí una falda... Luego, solo pantalones..., Después, quizás una cara... ¿Nosotros? Es una crueldad. Reflejarnos tal como somos, antes de haber tenido tiempo de adoptar... Y, para colmo, solo a trozos... Esto es lo que más deforma e irrita, y, además, es injusto a más no poder”.

Al tiempo que la novela relativiza cualquier imagen de totalidad, tanto en lo referido a la historia como en la descripción de los personajes, se denuncian una serie de prejuicios en un tono por momentos satírico. Así es como Giles, al aludir la homosexualidad de William Dodge, interrumpe sus pensamientos: “Un. Al llegar a esta palabra, que no podía pronunciar en público, apretó los labios”. Por su parte, Isa, que “adivinó la palabra que Giles no había pronunciado”, se pregunta: “¿Qué había de malo? ¿Por qué juzgamos al prójimo? ¿Acaso lo conocemos?”. La denuncia de los prejuicios incluye los de los lugareños, que no incorporan plenamente a los recién llegados —entre ellos, “Cobbet de Cobbs Corner, jubilado, al parecer, después de prestar sus servicios en una plantación de té”— y que también son reticentes con Mrs. La Trobe, porque había vivido con una actriz con la que “había compartido su cama y su bolsillo”.

Además de reunir una multiplicidad de voces individuales y colectivas, incluso un coro, como en los dramas griegos, en *Entre actos* se mencionan canciones y se alude a la música que sale de un gramófono durante la representación, compitiendo con los sonidos de los animales y de la naturaleza, y que interrumpe incluso la voz de un narrador solo por momentos omnisciente. La convivencia de diferentes ritmos, citas, prosa, canciones, teatro y poesía[563] conforma un pastiche y crea una tensión narrativa vinculada a cuestiones de fondo. Además de innovar en el estilo, Virginia intentaba indagar en una problemática de amplio espectro y que abarcaba desde planteos acerca del futuro de la civilización hasta temas específicamente literarios, como la relación entre el autor y su público y los modos de representación, para llegar a cuestiones de orden cuasi metafísico. Así

pues, transcurrida la representación, Lucy intenta arribar a un significado y le pregunta a Isa si está de acuerdo con que todos “interpretamos diferentes papeles, pero somos iguales”. La respuesta de Isa es dubitativa; al fin y al cabo, su generación ya no se refugia en significados últimos, por lo que responde primero afirmativamente y luego que no: “Sí, sí, sí, decía la marea que se le venía encima y la embargaba. No, no, no, contradecía la propia marea”.

La necesidad de alcanzar una visión totalizadora también está presente en los espectadores que quisieran saber qué quiso decir la autora. Esta pregunta actúa solo como disparador de cuestiones que quedan abiertas. De todas maneras, sobrevuela la idea de que el mundo es un escenario en el que se mueven “unionistas” (como Isa o Lucy) y “separatistas” (como Giles y su padre) y que, si bien la música o la naturaleza nos incitan “a reunirnos, a congregarnos”, volvemos a “dispersarnos” nuevamente. La realidad contemporánea obliga a los personajes a vivir en constante tensión, sometidos a fuerzas de sentido contrario y con escasos momentos de paz, una de las tres emociones fundamentales, según se refiere, además del odio y el amor. En ese contexto, cualquier comunicación profunda es una utopía. Condenados a la soledad, los personajes de *Entre actos* solo logran chispazos de entendimiento. Isa y Giles, que durante toda la novela han estado rodeados de gente, y entre quienes hasta el momento no se ha establecido ningún diálogo, cierran la historia:

«Solos por primera vez aquel día, guardaban silencio. Solos, la enemistad quedaba al descubierto; también el amor. Antes de irse a dormir, tenían que pelear; después de pelear se abrazaban. De ese abrazo podía nacer otra vida. [...] Era la noche que los habitantes de las cavernas habían contemplado desde un lugar elevado, entre las peñas.

Entonces se levantó el telón. Hablaron».

La palabra final de *Entre actos* es: “Hablaron”. Giles e Isa, que desde un principio estuvieron pendientes el uno del otro aun sin hablarse, se convierten en figuras arquetípicas. Esa noche, después de la representación teatral, cuando quedan al fin solos, parecen “inmensos”, sus figuras se recortan sobre el fondo de la noche, evocando una época “anterior a la construcción de las carreteras y los caminos, anterior a las casas”. Con ese “hablaron”, palabra que clausura la escena, el final adquiere una nueva magnitud, como si se tratara de una vuelta de

tuerca en un campo inaugural a partir del cual, al tiempo que termina la novela, se levanta el verdadero telón. En esa postergada intimidad graficada sucintamente con un “hablaron”, reside la esperanza de los protagonistas como matrimonio; pero también, como hombre y mujer arquetípicos, sobre ellos recae la posibilidad del futuro de la civilización.

Sabemos que Leonard leyó esta novela un mes antes del suicidio de Virginia. Cabría preguntarse: ¿hablaron? Los diarios de ella hacen alusión a “ácidas conversaciones”, y sus cartas confirman o dan más elementos que permiten entrever las dificultades de comunicación que atravesaban. Es así como, en una carta dirigida a Ethel el 1° de marzo, Virginia da a entender que ella y Leonard manejaban la crisis de manera diferente. También subraya su resentimiento por las constantes interrupciones de los lugareños:

«¿Sientes, como yo, cuando mi cabeza no se encuentra sobre esta imposible piedra pómez, que esta es la peor faceta de la guerra? Yo sí. Le estaba diciendo a Leonard que no tenemos futuro. Dice que eso es lo que le da a él esperanza. Dice que la necesidad de cierta catástrofe lo estimula. Lo que yo siento es el suspenso cuando nada sucede realmente. Pero estoy cruzada e irritable por la fricción de la vida de aldea. ¿No es tonto? Pero no bien me he amarrado a mi libro, y he elaborado esa muy rara indiferencia, entonces alguna vieja viene a tocarme la puerta. ¿Cómo hace para que le crezcan papas o tomates?

Si eso fuese todo, no me importaría. Pero se queda una hora, pinchando su palo en el pasto, una cosa tras otra. Mi teoría al respecto es que debemos pagar el precio a la indiferencia estando todos atados. ¿Acaso las viudas de doctores llegan a tu jardín justo cuando te encontrabas escribiendo... y luego, entonces qué haces?»

Si bien Virginia aceptaba e incluso valoraba el trabajo político de Leonard, estaba lejos de compartir sus objetivos de inserción en la comunidad. Por su parte, aunque él continuaba siendo su primer lector y editor, no se había entusiasmado con sus dos últimos libros: *Tres guineas* y *Roger Fry*. Es posible que a Virginia le molestaran íntimamente sus últimas críticas y que por eso no registrara en su diario lo que Leonard opinó de *Entre actos*. Todas estas señales, difíciles de percibir por los protagonistas en el drama cotidiano y que podemos leer retrospectivamente, minaban y hacían imposible que uno u otro se

sintieran apoyados o contenidos. Los últimos años, Leonard había sufrido el poco éxito de ventas de sus libros, y parecía cada vez más decidido a destacarse en la política. En ese contexto de intereses, él no leyó en profundidad las versiones dramáticas o satíricas en las que, durante los últimos dos años, Virginia venía refiriéndose al matrimonio. El caso es que tanto en las narraciones “Lappin y Lapinova ” y “El legado ”, como en el planteo de la difícil relación de Isa y Giles en *Entre actos*, ella insistió desde diferentes perspectivas en mostrar maridos que están demasiado preocupados en sus asuntos como para considerar la sensibilidad de sus mujeres. Poco atento a lo que pudiera interpretar a partir de los egoístas personajes masculinos de esas obras, o tal vez porque daba por hecho las falencias de los personajes masculinos de Virginia, Leonard no prestó atención a esas señales. Además de estar atiborrado de trabajo, la guerra disparaba sus propios terrores[564] y tal vez porque Virginia no dio ninguno de los síntomas de aviso que anticipaban sus crisis, es decir dolores de cabeza, insomnio, o incapacidad de concentrarse, él no llegó a notar a tiempo la grave depresión que atravesaba.[565] De hecho, en sus memorias, escritas con la perspectiva que da la retrospectiva, Leonard sostuvo que “la depresión y desesperación que culminaron con [la muerte de Virginia], comenzaron recién uno o dos meses antes de su suicidio”.

Lo cierto es que Leonard no percibió la distancia que se había abierto entre ellos. Como le sucede al marido en la narración “El legado”, es posible que al leer los diarios de Virginia después de su muerte, Leonard haya comprobado que su nombre aparecía cada vez menos en los diarios de su mujer. Esos diarios también reflejan sensaciones de aislamiento e incompreensión similares a las que refiere Isa en *Entre actos*. Sugerentemente, aun consciente de que sus esferas de acción e interés diferían, lejos de ponerse en el rol de víctima, cosa que tampoco hacen los personajes femeninos citados, Virginia escribía: “Pobre Leonard, está cansado de mi interés por mi familia y todos los recuerdos que trae”. Mientras ella insistía en anclarse en el mundo privado, Leonard estaba cada vez más comprometido con el mundo público: era el único editor de *Political Quarterly*, se ocupaba de la Hogarth Press, seguía escribiendo y estaba sumamente comprometido con el Partido Laborista, especialmente con su rama en Rodmell.

En cuestiones de trabajo ella no se quedaba atrás. Durante los últimos meses de su vida, batallando con la sensación de no tener “un cuarto propio” en Rodmell y a pesar de sentir que “había perdido todo poder sobre las palabras”, Virginia escribió “El legado ”, siguió con su

texto autobiográfico “Apuntes del pasado”, terminó *Entre actos* y, además de comenzar su libro sobre historia y literatura, escribió artículos, apuntes para posibles relatos y las narraciones cortas “El foco”, “El símbolo” y “El balneario”. Pero toda esta producción no alcanzaba y tenía la sensación de que no podía escribir. A eso se sumaban nuevas preocupaciones de dinero y constantes quejas debido a los inconvenientes causados por el racionamiento de comida y combustible, que hacían que pudiera ver poco a sus amigos. La falta de calefacción, la intrusión de los lugareños y la amenaza constante de invasión alemana conformaban un cuadro de preocupaciones obsesivas del que no podía escapar.

Con Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, Francia, Holanda, Noruega y Polonia invadidas por los nazis, España e Italia ocupadas por los fascistas, y Grecia a punto de caer, lo mismo que Yugoslavia, los ingleses llevaban adelante una guerra que afectaba fuertemente a la población civil. A finales de marzo fuentes oficiales revelaban que 28.959 civiles habían muerto y 40.166 habían sido seriamente heridos en los bombardeos. Mientras esperaba la invasión alemana de un momento a otro, las manos de Virginia no dejaban de temblar. Estaba cada vez más delgada, y según parece, Leonard tampoco lucía en mejores condiciones. Al menos así lo entendió Octavia Wilberforce, que, como señalamos, desde el mes de diciembre del año anterior les enviaba regularmente leche y crema desde su granja. Octavia le escribía a Elizabeth Robins[566] diciendo que sentía que cumplía con su deber abasteciendo a los Woolf, que solo podían retribuirle con manzanas de su huerto, “un esquema de trueque que me parece bien”. Pero Virginia no pensaba lo mismo, y señalaba que “en ese momento, un mes de leche y crema valía por toneladas de manzanas”.

Sin Mabel al frente de la cocina, durante los últimos meses Virginia había comenzado a cocinar más a menudo. El caso es que la comida se convirtió “en una obsesión”, interrumpía sus cartas y su diario para cocinar, preparaba “comidas imaginarias”, consultaba libros de cocina e incluso teorizaba sobre el tema: “Creo que es cierto que uno se apodera un poco de la salchicha y la merluza al escribir sobre ellas”. Como médica, a Octavia Wilberforce le preocupaban las conexiones entre delgadez extrema y depresión, y además registraba que las manos de Virginia estaban “más frías que el hielo”. A mediados de enero, aunque más no fuera por costumbre profesional, Octavia intentaba establecer un “diagnóstico” y a finales de ese mes concluía: “Creo que es una criatura sumamente frágil y ojalá pudiésemos hacerle dar un atracón”.

A finales de febrero, al mismo tiempo que Leonard leía *Entre actos*, Octavia determinaba con ojo clínico: “Virginia tiene mejor color, pero sigue delgada como una hoja de afeitar”. Consumida, demacrada, seguramente débil, ni siquiera se animaba con las visitas de sus amigos, aunque fuera Vita, que, como Octavia, llegaba con provisiones de manteca. ¿Qué quedaba de los que habían sido para ella los placeres de la vida: la amistad, las caminatas, escribir?:

«Hace mucho tiempo que no hay caminatas. Gente a diario. Y un batido en mi mente. Y algunos espacios en blanco. La comida se vuelve una obsesión. Regalo a regañadientes un pastel especiado. Curioso. ¿la edad, o la guerra? No importa. Aventura. Concretarlo. ¿Pero habré de escribir nuevamente una de aquellas frases que me producen intenso placer?

“He PERDIDO EL ARTE”

En un último aliento, antes de abandonarlo para siempre, Virginia hizo un par de entradas en su diario el 8 y el 24 de marzo. Según se aprecia en la primera de esas anotaciones, es evidente que todavía intentaba mantener su equilibrio:

«No: intento no librarme a la introspección. Marco la frase de Henry James: Observar perpetuamente. Observar el advenimiento de la edad. Observar la avaricia. Observar mi propio abatimiento. De esta manera se vuelve útil. O al menos eso espero. Insisto en utilizar este tiempo de la manera más provechosa. Me iré a pique con mis colores volando. Esto, veo, bordea la introspección; pero no encaja lo suficiente. Supongamos que yo comprara un ticket en el Museo; fuera en bicicleta todos los días y leyera historia. Supongamos que yo eligiera una figura dominante en cada era y escribiera al respecto. La ocupación es esencial. Y ahora con cierto placer me doy cuenta de que son las 7; y debo cocinar la cena. Merluza y carne de salchicha».

Hasta último momento, Virginia se aferraba a la vida. Hacia finales de marzo le escribía a distintos correspondientes, entre ellos a lady Cecil y a lady Tweedsmuir; también a sus amigos, a Ethel, a Vanessa, a John

Lehmann.

El 24 de marzo, en la última nota de su diario pensaba en Nessa, que estaba en Brighton y se preguntaba “qué pasaría si pudiéramos comunicar las almas”. Pero también, y esto es importante, proyectaba “una historia de Octavia. ¿La podría englobar en alguna parte? Juventud inglesa de 1900”. Después de registrar que había recibido con gusto un par de cartas, finalmente Virginia escribió las últimas palabras del diario: “L. está arreglando los rododendros”.

Que ese día aludiera a nuevos proyectos, como escribir “una historia de Octavia”, da cuenta de que, en medio de su lucha contra la depresión, todavía pensaba que vivir era posible. ¿Qué fue lo que la llevó a suicidarse cuatro días después? Nadie puede saberlo; solo hay indicios, fragmentos, miradas retrospectivas de sus contemporáneos, notas de suicidio. Sabemos que el 12 de marzo Octavia cumplió con la visita prometida para conversar acerca de sí misma con el fin de que Virginia tomara notas para su “retrato”. Si bien durante el encuentro ella habló de su propia desesperación, lo hizo en un tono neutral, que Octavia tomó como una estratagema para hacerla hablar de sí misma. [567] De todas maneras, le llamó mucho la atención que Virginia insistiera en recordar su pasado; y tuvo la sensación de que al menos por un momento había logrado “rescatar de sí misma [...] a esa genio, dotada, bastante infeliz, obsesionada por el pasado”, que le había confesado: “No recuerdo haber disfrutado nunca de mi cuerpo”.

El 14 de marzo, los Woolf fueron a Londres, donde se encontraron con John Lehmann para una de sus reuniones regulares. Virginia aprovechó la oportunidad para hablar de *Entre actos*. “En un estado de tensión nerviosa inusitada”, le dijo a su socio en la Hogarth que el libro no era bueno y que no valía la pena publicarlo. Lehmann recordaría que sus manos temblaban, y que parecía excitada; también, que Leonard intervino afirmando que no estaba de acuerdo con ella ya que pensaba que *Entre actos* era “una de las mejores cosas que ella había escrito”. El caso es que, viendo que discutían, Lehmann intervino diciendo que él podría leer la novela y dar su opinión. Finalmente, aduciendo que “no tenía nada que hacer”, Virginia le pidió que le facilitara manuscritos para leer. Preocupada porque sentía que no podía escribir, pero con la creencia de que estar ocupada serviría para ahuyentar la desesperación, por un tiempo Virginia se propuso realizar tareas como leer manuscritos, fregar los pisos o catalogar la biblioteca de Octavia.

El 18 de marzo Leonard comenzó a sentirse alarmado, escribió en su diario que Virginia no se encontraba bien; y en sus memorias: “No

tengo la seguridad de que no haya intentado suicidarse los primeros días de la semana siguiente”. De hecho, después de una caminata por las marismas, un día que llovía a cántaros, ella regresó empapada “con aspecto de enferma y temblorosa. Dijo que había caído en uno de los diques”. Para los editores de sus cartas, es probable que ese día haya redactado una de sus tres notas de suicidio. Un par de días después, el 20 de marzo, ella le escribía a Lehmann diciendo que había leído su “así llamada novela” e insistiendo en que no debía publicar *Entre actos* porque era “demasiado insignificante e incompleta”. De todas maneras, en su carta agregaba que Leonard no estaba de acuerdo con ella, por lo que le pedía su “voto decisivo”.

Ese mismo día, Leonard le pidió ayuda a Vanessa, quien, debido a sus problemas familiares y a causa del racionamiento, estaba prácticamente recluida en su casa de Charleston y solo veía a Virginia ocasionalmente. Es probable que Vanessa quedara impresionada tras la visita, ya que después de pasar por Monk’s House, le escribía a su hermana:

«Debes ser sensata. Lo cual significa que debes aceptar el hecho de que Leonard y yo podemos juzgar mejor que tú. Es cierto que no te he visto mucho últimamente, pero muchas veces pensé que te veías cansada y estoy segura de que si te dejas colapsar y no haces nada te sentirías cansada, y te pondría contenta descansar un poquito. Te encuentras en el estado en el cual uno nunca admite cuál es el problema, pero no debes enfermarte ahora. Qué haremos cuando nos invadan si te encuentras indefensa e inválida... qué habría hecho yo estos 3 años si no me hubieras mantenido viva y alegre. No sabes cuánto dependo de ti... Tanto Leonard como yo hemos tenido siempre reputación de honestos así que debes creernos... Te llamaré alguna vez y me enteraré de lo que está sucediendo».

Al día siguiente de la visita de Nessa, el 21 de marzo, Virginia se reunió con Octavia para tomar notas para su retrato, aunque insistía en afirmar: “No puedo escribir. He perdido el arte”. Hasta ese momento, Octavia consideraba que sus visitas eran amistosas, pero una vez que Leonard le hubo advertido que Virginia estaba “al borde del peligro”, consideró que pasaban a ser “parcialmente médicas”. Ese día, Virginia le confesó a la joven doctora que carecía de estímulos y que se sentía “enterrada” en Rodmell. Prevenida por Leonard, Octavia se mantuvo firme, le advirtió que no debería hacer “de la guerra una excusa” y la conminó a seguir trabajando; también le dijo que pensaba demasiado en

su familia y que frases como “la sangre tira” eran “disparates”.

A pesar de los cuidados de Leonard y de la atención de Octavia, la situación empeoraba. El 23 de marzo Virginia le escribió a Lehmann diciendo que apenas podía leer los manuscritos que le había enviado: “Mi cabeza está muy estúpida en estos momentos”. Según los editores de sus cartas, es probable que ese mismo día le haya escrito a Vanessa una de las notas que encontraron tras su suicidio en la que insistía: “Me estoy volviendo loca”.

Ahora sí, Leonard estaba en máxima alerta. Virginia le había confesado que “estaba horrorizada con la locura”; y finalmente él reconocía que “uno se daba cuenta de que podría matarse en cualquier momento”. Dado que no podía convencerla de realizar una cura de reposo,[568] el 26 de marzo, desesperado, Leonard llamó a Octavia, le expuso sus temores y solicitó una entrevista médica.

Mientras tanto, el 27 de marzo, Virginia, que había recibido una carta de Lehmann elogiando[569] entre *actos*, le contestaba: “Antes de que llegara tu carta, había decidido que no puedo publicar la novela así como está; es demasiado tonta y trivial”. Aun así, como si todavía la unieran a la vida los “invisibles hilos” a los que tantas veces se había referido en su literatura, agregó que, si la revisaba, la novela podría estar lista para el otoño. Virginia le mostró la carta a Leonard, que la despachó junto con una nota en la que le pedía a Lehmann que no la contradijera y le explicaba: “Ella está a punto de sufrir un colapso nervioso total y seriamente enferma”.

El 27 de marzo, Leonard y Virginia fueron a ver a Octavia, que había decidido recibirla en su casa porque le parecía que así podría “impresionarla profesionalmente”. La visita fue tensa, Virginia no contestaba con franqueza a las preguntas de Octavia y decía que era “*completamente* innecesario haber venido”. Por fin, “gentil pero firmemente”, Octavia logró que admitiera que no estaba bien y le pidió que se desvistiera para examinarla. Virginia comenzó a quitarse la ropa “como una sonámbula”, y se dejó revisar protestando a cada paso “como un chico malhumorado”. Con su actitud, logró arrancarle a Octavia una promesa: “Lo que te prometo es que no te voy a indicar nada que no consideres razonable”. Finalmente pudieron conversar y Virginia confesó “sus temores. Que el pasado se repitiera, que no pudiera volver a trabajar, etc.”. En ese punto, Octavia tomó sus heladas manos entre las suyas y le dijo: “Si colaboras, sé que puedo ayudarte, y no hay nadie en Inglaterra a quien me gustaría ayudar más”.

Después de revisar a Virginia, Octavia conversó con Leonard en otra

habitación. En sus respectivas memorias, ambos escribieron que unos aviones pasaron sobre sus cabezas antes de disparar un reguero de bombas, pero que, preocupados por el estado de Virginia, ninguno de ellos les dio importancia. Leonard recordó:

«Sentimos que entonces no era prudente hacer más. También era el momento en que se debía correr el riesgo, ya que si no forzábamos la solución —lo cual habría significado constante vigilancia de enfermeras preparadas— era para que no resultara intolerable para ella, en el caso de que uno mismo intentara ese tipo de vigilancia. La decisión fue equivocada y llevó al desastre».

Cabe preguntarse si la gravedad de la crisis tuvo que ver con que Leonard no advirtió el peligro hasta que fue demasiado tarde. O si no se dilató demasiado la visita al médico. Y también, qué hubiera pasado de tener Leonard las fuerzas y el espíritu que había demostrado durante la crisis de 1913. O si no hubiera sido mejor que en lugar de la “tímida” admiradora, como se llamaba a sí misma Octavia, para quien la mente de Virginia era al mismo tiempo terrible y brillante y tenía temor de “aburrir a esa gente tan intelectual y cultivada”, la hubiera visto un médico o médica que Virginia respetara incondicionalmente. Lo cierto es que después de visitar a Octavia, los Woolf durmieron en Monk’s House. A la mañana siguiente, mientras Louie Everest limpiaba el escritorio de Leonard, ambos entraron y él le pidió: “¿Quiere dar un paño a Mrs. Woolf para que la ayude a limpiar esta habitación?”. Como no era frecuente que Virginia hiciera la limpieza con ella, a Louie no le pareció extraño que al cabo de un rato dejara el paño y abandonara la habitación. Más tarde, mientras Leonard creía que Virginia estaba con ella dentro de la casa, Louie la vio salir y dirigirse a su lugar de trabajo, en el pabellón del jardín:

«Al cabo de unos minutos regresó a la casa, se puso el abrigo, tomó su bastón para las caminatas y salió rápidamente por la puerta de la parte alta del jardín. [...] Cuando toqué la campana a la una para anunciarle a Mr. Woolf que el almuerzo estaba listo, él me dijo que subía a escuchar las noticias de la radio y que bajaría en unos minutos. Instantes después bajó corriendo hasta la cocina llamándome: “¡Louie! ¡Creo que a Mrs. Woolf le ha sucedido algo! ¡Creo que ha intentado matarse! ¿Por dónde se ha ido? ¿La ha visto salir de la casa?”. “Salió

hace un momento por la puerta de la parte alta del jardín”, contesté yo. Y entonces aquello fue una pesadilla».

Virginia abandonó su casa el 28 de marzo alrededor del mediodía. Antes, dejó dos cartas, dirigidas a Vanessa y a Leonard, en sobres azules, sobre la mesa del salón. Son las notas de despedida que Leonard encontró al subir a escuchar la radio. Cuando salió a buscarla encontró otra dirigida a él, entre las hojas del cuaderno donde ella estaba escribiendo, en el pabellón del jardín. Las cartas que Virginia dejó en el salón tienen fechas diferentes: la que está dirigida a Vanessa dice “Domingo”; la que dirigió a Leonard, “Martes”. Por otra parte, la que él encontró en el cuaderno, y que tiene algunas diferencias con la que finalmente Virginia prefirió dejarle, no especifica día ni fecha. Es posible que Virginia escribiera las cartas en momentos diferentes, lo que subrayaría la hipótesis de que consideró la posibilidad del suicidio desde varios días antes del desenlace. De todas maneras, y aunque en ellas se refiere a la locura y dice que escuchaba voces, las cartas son claras y precisas, dictadas por una profunda depresión, pero redactadas por una mujer que intentaba, hasta último momento, conservar sus capacidades racionales. De hecho, hay que destacar que a diferencia de crisis anteriores, si efectivamente sufrió de alucinaciones, Virginia las sobrellevó sin que al parecer nadie en su entorno llegara a percibirlo. Al despedirse de las personas que más la ligaban a la vida, Virginia insistió en culparse a sí misma. Como lo dice más de una vez en su carta a Leonard, es evidente que no deseaba convertirse en una carga para él:

«Queridísimo,

Estoy segura de que me estoy volviendo loca de nuevo. Siento que no podemos superar otro de aquellos terribles tiempos. Y no voy a recuperarme esta vez. Empiezo a oír voces y no me puedo concentrar. Por lo tanto, estoy haciendo lo que me parece mejor. Tú me has dado la mayor felicidad posible. Has sido en cada aspecto todo lo que se podría ser. No creo que otras dos personas hayan sido más felices hasta el momento en que sobrevino esta terrible enfermedad. Ya no puedo enfrentarla. Sé que estoy destrozando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás, lo sé. Te das cuenta, ni siquiera puedo escribir esto correctamente. No puedo leer. Lo que quiero decir es que te debo toda la felicidad de mi vida. Has sido totalmente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirte... que todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiera podido salvarme, habrías sido tú. En mí no queda nada más que la certidumbre de tu bondad. No puedo seguir destrozando tu

vida por más tiempo.

No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido».

En su carta a Nessa, Virginia se inculpó nuevamente:

«Queridísima:

No puedes imaginar cuánto me gustó tu carta. Pero creo que he ido demasiado lejos esta vez como para volver nuevamente. Ahora tengo la certeza de que me estoy volviendo loca de nuevo. Es tal y como fue la primera vez, siempre estoy

oyendo voces, y sé que no habré de superarlo ahora.

Todo lo que quiero decir es que Leonard ha sido asombrosamente bueno, cada día, siempre; no puedo imaginarme que alguien haya podido hacer más por mí de lo que él ha hecho. Hemos sido perfectamente felices hasta las últimas semanas, cuando este horror comenzó. ¿Le harás saber esto? Siento que él tiene tanto por hacer que seguirá mejor sin mí, y tú lo ayudarás.

Ya casi no puedo pensar claramente. Si pudiera te diría lo que tú y los niños han significado para mí. Creo que lo sabes.

He luchado, pero ya no puedo más».

El 28 de marzo, algo se precipitó en su mente, y Virginia tomó la decisión final. Un par de lugareños la vieron dirigirse hacia el río en dirección a Southease. Qué pasó entonces, cuáles fueron sus pensamientos; otra vez nos quedamos sin respuestas. Si tuvo vacilaciones, las abandonó en el momento de ponerse una pesada piedra en el bolsillo de su abrigo, dejar el bastón en la orilla y sumergirse en el caudaloso río Ouse. Virginia decidió aquello que estaba prohibido: suicidarse en primavera. No recuperaron su cuerpo sino hasta varios días después, el 18 de abril, cuando unos chicos que hacían una excursión en bicicleta decidieron almorzar en la ribera y, confundiéndolo con un tronco, lo descubrieron flotando en el río. El informe policial dice que su reloj había dejado de funcionar a las 11.45.

El día después

El suicidio de un ser querido puede vivirse como el mayor de los

abandonos. Los sentimientos de los deudos, su amor, su odio, su indiferencia o sus reproches se enfrentan con la nada a la que los obliga el suicida. Su decisión clausura, al menos momentáneamente, la relación entre el yo y el tú a la que alude Martin Buber. La persona que se mata ejerce, queriéndolo o no, un acto de violencia sobre los que quedan vivos. En el caso del de Virginia, las primeras reacciones fueron de dolor, pero con el tiempo sus seres queridos elaboraron e incluso pusieron en acción una serie de estrategias más o menos conscientes, que les permitieran explicarse a sí mismos, a los críticos, a los lectores y al público en general, los motivos de una muerte que pasó a ser, en el imaginario general, un suicidio anunciado. Creemos que a través de esas explicaciones y biografías “autorizadas” se construyó una imagen sutilmente desvirtuada que responde a la necesidad de los que la sobrevivieron, especialmente de Leonard y Quentin Bell, pero que incluye a otros como John Lehmann, de elaborar sus propios sentimientos respecto de la decisión irrevocable de Virginia. A Leonard, que le había consagrado gran parte de su vida, la decisión de Virginia le infligió una herida difícil de superar.

El suicida deja un legado de responsabilidades varias, incluso sociales y civiles. Es común que en un principio, los allegados asuman, aunque más no sea por exigencias de la justicia o de la policía, una responsabilidad adicional a la que sigue a una muerte por causas naturales. Es decir, los sobrevivientes deben dar explicaciones a las autoridades. Tal fue el caso de Leonard, ya que no solo fue de las últimas personas que vieron a Virginia con vida, sino que encontró las notas de suicidio y, mientras la buscaba desesperadamente por los alrededores, encontró su bastón en el río. Pero Leonard no estuvo ese día solo. No bien comenzó la búsqueda, Louie corrió a pedirle a Percy, el jardinero, que diera aviso a la policía de Rodmell. Poco después, mientras uno de los policías lo acompañaba por la ribera del Ouse y se sumergía en el río, una y otra vez, cerca de donde habían hallado el bastón, otros hombres rastreaban los alrededores. Cuando se hizo demasiado tarde para seguir buscando, Leonard debió regresar a la casa. Vanessa, que había llegado de visita, ofreció quedarse para acompañarlo, pero él insistió en estar solo y la llevó de regreso a Charleston. Regresó alrededor de las 6.30 y poco después recibió una llamada de Octavia, que intentaba hacía rato comunicarse por teléfono, a quien le dijo que “había ocurrido una terrible catástrofe”. Ese mismo día, Leonard le escribió a Vita contándole lo ocurrido. Los días siguientes hizo lo propio con John Lehmann y también informó a otros

conocidos. El 29 de marzo Octavia visitó a Leonard en Monk's House y, como registró en sus memorias, intentó consolarlo:

«Cuando salíamos, andando con cuidado por la estrecha escalera, dije sobre mi hombro: “Como doctora me doy cuenta con gran nitidez de una cosa: que usted estuvo inspirado por los Cielos en la manera en que la cuidó, y literalmente nadie más podría haberla sostenido durante tanto tiempo”. Llego abajo, me doy vuelta y me encuentro con su mano extendida y su cara completamente contorsionada y a punto de romper en lágrimas. Se la estrecho con apuro; cuando me estoy yendo le digo que espero que me llame cuando haya noticias. (Tendré que dar evidencia médica)».

Finalmente, el 1° de abril, considerando que ya no había esperanzas de encontrar a Virginia con vida, Leonard le escribió al editor de *The Times* dando cuenta de la situación. El 3 de abril, *The Times* informaba: “Con profundo pesar debemos suponer que Mrs. Leonard Woolf (Virginia Woolf, la ensayista y novelista), que está desaparecida desde el último viernes, se ha ahogado en el río Ouse, en Rodmell”. Esa misma noche la BBC anunciaba su muerte.

Mientras tanto, Leonard comenzaba a recibir las primeras de las alrededor de doscientas cartas de pésame, y los diarios a publicar una serie de obituarios. El 6 de abril Vita publicó el poema “In Memoriam: Virginia Woolf” en el *Observer*.

El 18 de abril, Leonard reconoció el cuerpo de Virginia, y al día siguiente asistió a la pesquisa judicial.^[570] Entregó las notas de suicidio y relató lo que había sucedido los últimos días de su vida. Como le dijo a Vanessa, recordar los últimos días fue “otro shock, por supuesto [...] pero no fue más horrible que todo el resto”. Los horrores no terminarían allí: el 23 de abril, *The Sunday Times* tituló “Ya no puedo más. El último mensaje de Virginia Woolf, transcribiendo un error del informe judicial, que citaba mal la nota de suicidio. Virginia había escrito: “Estoy segura de que, de nuevo, me vuelvo loca. Creo que no puedo superar otro de aquellos terribles tiempos”, pero se la citaba incorrectamente, distorsionando el acento que había puesto en la locura, como si en realidad se sintiera incapaz de afrontar la guerra: “Siento que me volvería loca de nuevo y ya no puedo más en estos terribles tiempos”.

Como había sucedido durante la Primera Guerra Mundial, aunque sus posiciones respecto del actual conflicto eran diferentes, los

integrantes de Bloomsbury y los intelectuales que se habían declarado pacifistas en 1914 estaban siendo atacados por la prensa y en el Parlamento británico. En una nota editorial del 25 de marzo, *The Times*, el diario que sugerentemente citaba mal la nota de suicidio de Virginia, había elogiado un libro donde lord Elton atacaba directamente a Bloomsbury.

Criticando el “deterioro de la responsabilidad social a favor del arte desligado de la vida”, los grupos conservadores se declaraban en contra del modernismo literario.^[571] Para ellos, los intelectuales “ya no debían ser considerados estetas débiles e inaccesibles o elusivos de la guerra, sino verdaderos traidores”.

Sybil Oldfield señala en la edición de *Afterwords. Letters on the Death of Virginia Woolf* que esa situación afectó a quienes escribían los obituarios, que “debían optar entre defender a Virginia Woolf en un contexto político y cultural hostil o bien aceptar que su suicidio corroboraba que la escritora modernista era elitista y egocéntrica, incapaz de participar en la lucha desesperada de los británicos que hacían la guerra”.

De hecho, un par de días después del error de transcripción en *The Times*, ese mismo diario, que llamaba a “cada hombre y mujer de Gran Bretaña” a preguntarse a sí mismo: “¿Estoy haciendo todo lo posible para la victoria?”, publicaba una carta de Mrs. Kathleen Hicks, esposa del arzobispo de Lincoln:

«Señor: leí en su edición del último domingo que el juez de instrucción a cargo de la investigación del caso de Mrs. Virginia Woolf dijo que ella era “sin duda mucho más sensible que el resto de la gente a la bestialidad generalizada de los hechos mundiales actuales”. ¿Quién tiene el derecho de afirmar algo así? Si en verdad dijo eso, menosprecia a quienes se sacrifican a favor de otros. Muchas personas, posiblemente aún más “sensibles”, han perdido todo y presenciado sucesos atroces, pero asumen con nobleza su rol en esta pelea por Dios contra el demonio. ¿Dónde quedaron nuestros ideales de fe y amor? ¿Y dónde estaríamos todos si escuchásemos y nos compadeciésemos de esta clase de “Ya no puedo más”?»

Indignado, Leonard escribió una carta al diario, que publicaron el 4 de mayo, explicando el error de *The Times*. A la muerte de Virginia, él tenía sesenta años. Ni las más de doscientas cartas que recibió y que contestó de puño y letra, ni las visitas de condolencias lo apartaban de

su dolor:

«Ellos decían: “Ven a tomar el té, te consolaremos”. Pero es inútil. Uno debe crucificarse en su propia cruz privada. Es extraño que un terrible dolor en el corazón pueda interrumpirse por un pequeño dolor en el cuarto dedo del pie derecho. Sé que V. no vendrá caminando a través del jardín, desde su cabaña, pero todavía miro en esa dirección, esperándola. Sé que se ahogó, pero todavía espero oírla detrás de la puerta. Sé que esta es la última página, pero todavía intento darla vuelta. No hay límite para la estupidez de uno; ni para el egoísmo».

El 21 de abril, Leonard asistió solo a la incineración, en Brighton. Cierta vez, él le había dicho a Virginia que “si tenía que haber música durante la incineración de uno”, debería ser la cavatina del cuarteto de cuerdas n° 13, *op.* 130 de Beethoven. Pero estaba demasiado agotado para entrar en detalles y, para su sorpresa, debió escuchar “Blessed Spiritis” del *Orfeo* de Gluck. Esa noche, en su casa, Leonard puso en el fonógrafo la cavatina.

«Enterré las cenizas de Virginia al pie del gran olmo al borde del cuadrado de césped en el jardín, llamado el Croft, que mira hacia los campos y las praderas de inundación. Había dos grandes olmos con ramas entrelazadas a los que siempre denominábamos Leonard y Virginia. Durante la primera semana de enero de 1943, un gran vendaval echó por tierra uno de los olmos».

Diez años después, el otro árbol se secó. A su muerte, en 1969, Leonard pidió que esparcieran sus cenizas en el jardín de Monk's House.

Epílogo

“**D**ESPUÉS de la muerte de Virginia, continué viviendo en Rodmell. Varios amigos, creo, sintieron que no debería quedarme solo ahí; se ofrecieron a venir y hacerme compañía o me invitaron a quedarme con ellos”, escribió Leonard en sus memorias. El suicidio de Virginia y los “días horribles” que siguieron a su desaparición tuvieron sobre él “el efecto de un golpe en la cabeza y al corazón. Durante semanas, los pensamientos y las emociones estuvieron entumecidos”. La tragedia reafirmó en Leonard la convicción de que “no puedes huir del Destino, y el Destino, así lo sentí siempre, no está en el futuro, sino en el pasado”. Para él, tomar conciencia del “empedernido, el inmemorial fatalismo del judío” operaba como una forma de rescate; sentía que no poder escapar del pasado tenía como resultado “una resistencia interna pasiva, un silencioso, inquebrantable autocontrol”. Leonard afrontó la muerte de Virginia refugiándose en lo que consideraba, “después de la muerte, el sueño o el cloroformo”, el mejor antídoto para el dolor: “trabajar y trabajar”. A pesar de carecer de los consuelos de la fe y de la creencia en un destino ulterior del alma, [572] él abrevaba en lo que consideraba una herencia ancestral: “El trabajo duro era parte de la religión de los judíos”. De acuerdo con su temperamento reservado, Leonard no escribió acerca de sus sentimientos ni sobre sus sensaciones tras el suicidio de su mujer; su manera de resolver o atravesar el duelo fue reafirmarse en un rígido autocontrol. De hecho, pronto decidió que dividiría su tiempo entre Rodmell y Londres, y llama la atención que refiriéndose a ese período señalara: “La muerte de Virginia, que trastocó toda mi vida, trastocó el ritmo y la rutina de mi trabajo; pero lo que pude hacer y cómo lo hice se vieron muy influidos por el bombardeo de Londres”. En efecto, Leonard tuvo que buscar una nueva residencia en la ciudad hasta que pudo acomodarse en su casa de Mecklenburgh Square dispuesto como estaba, debido a sus múltiples ocupaciones, a

pasar dos noches por semana en Londres. En resumen, hasta el fin de la guerra, él se sumergió, literalmente, en el trabajo.[573] De todas maneras, los veintiocho años que sobrevivió a Virginia estuvieron “lejos de constituir un período de decepción y deterioro”. No pasó mucho tiempo hasta que se puso a trabajar y a organizar los papeles, diarios, cuadernos y manuscritos de su mujer, pero lo que marcó un antes y un después en su vida fue, sin duda, su creciente y particular amistad con Ian y Trekkie Parsons, amistad que con el pasar de los años dio lugar a una relación triangular, al estilo Bloomsbury. Todo comenzó el verano que siguió a la muerte de Virginia, cuando Leonard visitó a Alice Ritchie, una escritora que había publicado un par de novelas en su editorial, había trabajado para la Hogarth Press, y que estando gravemente enferma vivía en Londres junto con su hermana Trekkie y el esposo de esta, Ian Parsons, editor de Chatto & Windus. Tras la muerte de Alice, Leonard continuó viendo a Trekkie, una ilustradora y dibujante nacida en África en 1902, que había diseñado cubiertas para la Hogarth, y de quien se enamoró.

Durante un tiempo ella lo rechazó, pero finalmente se convirtió en su amante sin por ello dejar a su marido. En efecto, se estableció entre ellos una especial convivencia que quedó reflejada incluso en el obituario de Trekkie, publicado en 1995:

«En su casa londinense de Victoria Square, los Parsons tenían por vecino a Leonard desde la muerte de Virginia en 1941; y después de la guerra sus vidas y la de Leonard permanecieron unidas. Dejaron su casa propia y se mudaron a la de él en Victoria Square; Ian y Leonard fueron colegas cuando la Hogarth Press se unió a la Chatto; eran vecinos en Sussex, y Trekkie le hacía compañía a Leonard en Rodmell cuando Ian estaba en Londres. Fue la compañera de Leonard en sus viajes a Francia, Grecia, Israel, y en su memorable regreso a Ceilán en 1960. Hizo que los últimos tramos de su vida fuesen muy felices. “Conocerte y amarte son lo mejor que me pasó en la vida”, escribió él. Ella era su “Queridísimo Tigre”. Él murió en 1969 y legó Monk’s House a Trekkie, quien la cedió a la Universidad de Sussex. Actualmente pertenece al National Trust y está abierta al público».[574]

Vecinos en Londres desde 1943 y en Sussex, después de la guerra, Leonard y Trekkie se veían diariamente y compartieron los viajes ya mencionados y también las visitas a los Estados Unidos y Canadá. Mientras que con ella pudo aventurarse a países que no conocía, su marido, Ian Parsons, ofició como intermediario cuando, según Leonard,

“John Lehmann me amenazó de muerte con la disolución de nuestra sociedad”. Así, Ian Parsons consiguió que la Hogarth se asociara a la editorial Chatto & Windus en 1946.^[575]

Si bien en sus memorias Leonard menciona su amistad con Trekkie, “sus cartas expresan mucho mejor la intensidad de sus sentimientos”. A las cartas que le escribió y que se incluyen en su correspondencia, se suman las publicadas después de la muerte de ella: *Love Letters: Leonard Woolf & Trekkie Ritchie Parsons 1941-1968* (Cartas de amor: Leonard Woolf y Trekkie Ritchie Parsons 1941-1968).

Leonard nunca abandonó la escritura: siguió publicando libros los últimos veinte años de su vida, y escribió y publicó, en 1953, *Principia Politica*. Además de ser miembro de muchas sociedades y ateneos,^[576] su participación en la vida social y cultural no decayó nunca. Una de sus principales ocupaciones fue su autobiografía, que comenzó en 1953 y siguió con interrupciones hasta publicar el primer volumen en 1960, a los ochenta años. Hasta su muerte, en 1969, siguió escribiendo los cuatro tomos restantes “a un ritmo de entre 400 y 600 palabras por día”.

Con todo, nunca descuidó la obra de Virginia. No solo editó tres tomos de sus ensayos y escritos inéditos, también extrajo pasajes de los cuadernos que conformaban sus diarios personales y en 1953 publicó *A Writer's Diary (Diario de una escritora)*, libro que Victoria Ocampo hizo traducir al castellano de inmediato, y fue publicado por *Sur* al año siguiente. Además de ocuparse de recibir investigadores e interesados en la obra de Virginia y de encargarse de contestar las preguntas que le enviaban, Leonard decidió que sus manuscritos debían pertenecer a una colección universitaria, y eligió para eso una universidad norteamericana ya que no hubo interés manifiesto de las universidades inglesas por tenerlos. Si bien en los años cincuenta Leonard consideró la posibilidad de publicar al menos parte de la correspondencia de Virginia, solo dio a conocer un pequeño volumen de cartas de ella y de Lytton, convencido de que el clima hostil y crítico que percibía hacia ella y hacia el grupo de Bloomsbury perjudicaría su reputación como escritora. Muchos atribuyen a esos temores el hecho de que eligiera a Quentin Bell como biógrafo de Virginia.

No es aventurado afirmar que, a pesar de su muerte, Virginia siguió ocupando un lugar central en la vida de su marido; ya no se trataba de que él cuidara de ella, sino de que se ocupara del destino de su obra. En ese intento, convencido como estaba del gran aporte que significaban los libros de Virginia para la literatura moderna, Leonard —y en esto se

trasluce el eficaz gobernador que había sido en su juventud— incluyó en su equipo a Trekkie, a Ian Parsons y a Quentin Bell: una nueva generación que tomaría su relevo.

Leonard también consiguió para sí mismo un espacio de afecto y contención, y hasta el fin de sus días contó con Trekkie Parsons. En 1969, él sufrió un accidente cerebrovascular que afectó brevemente su memoria y su habla: “Cuando Trekkie Parsons le preguntó los nombres de sus hermanos y hermanas, el de su esposa o el de ella misma, él sonrió y murmuró los versos de Swinburne: ‘Y lo mejor y lo peor es/ que nadie tiene la culpa,/ si tú has olvidado mis besos/ y yo he olvidado tu nombre’”.

Cuidado por Trekkie, Leonard se recuperó y pudo continuar con la corrección del último volumen de su autobiografía. Su vida se acercaba al final, pero él siguió ocupándose de su jardín, como era su costumbre; “durante las semanas siguientes su mayor placer fue cuando Quentin Bell lo visitó y le leyó fragmentos del primer manuscrito de su biografía de Virginia. Indignado —colérico— ante la perspectiva de morir, se aferró desafiante a la vida, pero por poco tiempo, ya que en la mañana del 14 de agosto ella lo abandonó”.

VANESSA: ENTRE EL DESCONSUELO Y LAS NUEVAS ALEGRÍAS

La desaparición de Virginia sorprendió a Vanessa. El 28 de marzo de 1941, cuando el jardinero de los Woolf le avisó lo que había sucedido, ella inmediatamente se dirigió a Rodmell a ver a Leonard. A su regreso, se encontró con Angelica, que vivía en pareja con Bunny, cerca de Charleston, y que había ido en bicicleta a casa de su madre y estaba allí con Quentin. A pesar de sus temores, sus hijos la vieron volver “muy calmada y contenida”. Esa noche, al regresar de Londres, Duncan se enteró de lo sucedido y él, Angelica y Vanessa permanecieron juntos “en un momento poco frecuente de intimidad física y emocional”. Tres semanas después encontraron el cuerpo de Virginia, y aunque todos temían que su hermana sufriera una crisis nerviosa, pudo seguir trabajando y ocupándose de su casa, y se mostró más preocupada por Leonard que por sí misma.

La impresión de John Lehmann, cuando por entonces junto con

Leonard la visitó en Charleston, es elocuente: “Vanessa y Clive y Duncan Grant y Quentin se encontraban todos allí. Era extraña la circunstancia de que estuvieran juntos así: aumentaba la impresión que tuve durante todo el fin de semana, de visitar a fantasmas, de entrar en un sueño, en especial porque Vanessa estaba muy callada, evidentemente por el sufrimiento que le causaban tanto la muerte de Julian como la de Virginia. No puede haber tenido más de sesenta y pocos en ese momento, pero parecía mucho mayor”. A pesar de todo, la adorada hermana de Virginia seguía trabajando. Junto con Duncan preparaban unas pinturas para decorar una iglesia en Berwick, a dos millas de Charleston, pero por un tiempo debieron posponer el trabajo y llegaron a pensar que no podrían llevarlo a cabo debido a las objeciones de una parroquiana. Nessa estaba preocupada porque creía que la mujer “iba a denunciarla en público como a una atea que vivía en pecado”. Finalmente nada de eso sucedió y pudieron terminar su trabajo, lo que resultó una manera de elaborar su dolor. “El paralelismo entre la experiencia de María y la suya propia no se le puede haber escapado a Vanessa”, afirma su biógrafa al referirse a su pintura de la Anunciación, que ocupa uno de los paneles de la iglesia. “El gesto de la Virgen transmite una expresión muy sentida de resignación, de sometimiento al componente de alegría y dolor propio de la experiencia maternal”.

Hasta el fin de la guerra, Vanessa continuó pintando paisajes y retratos de sus amigos, y realizó varios proyectos de diseño; también elaboró las cubiertas para los libros de Leonard, incluido el volumen de ensayos póstumos de Virginia publicado con el título *The Death of the Moth (La muerte de la polilla)*. Pero su vida familiar no era sencilla y en 1942 tuvo que aceptar la decisión de Angelica, que se casó con Bunny y que no la invitó —ni a ella ni a Duncan— a la boda. Las relaciones con Bunny fueron tensas hasta el año siguiente, cuando Angelica anunció que estaba embarazada. La reconciliación llegó una vez que Vanessa se enteró de que sería abuela. Enseguida comenzó a confeccionar ropa para su nieta, que nació para la época de Navidad, como Angelica, y a quien llamaron Amaryllis Virginia. Pero para Vanessa los sufrimientos seguían. En agosto de 1944 descubrió un tumor en su pecho y debió someterse a una mastectomía.^[577] Solo Quentin supo de la intervención, y fue él quien la acompañó al hospital. Un año después, en agosto de 1945, Vanessa constató que, aparte del tiempo que se había ausentado debido a su operación, no se había movido de Charleston “por más de dos noches en seis años”.

En mayo de 1945 nació la segunda hija de Angelica, Henrietta

Catherine Vanessa, y al año siguiente sus mellizas Nerissa y Frances. En 1947, con cuatro hijas, Angelica comenzaba a asumir el fracaso de su matrimonio. Mientras tanto, su relación con Duncan y con Vanessa siguió siendo, según sus palabras, “demasiado estrecha”. Angelica sentía que el vínculo que la unía a Vanessa era malsano: “Estábamos sumergidas en la inercia y en la depresión”. Aunque todos atribuían la melancolía de su madre a la pérdida de Julian, Angelica tenía “la sensación de que tan solo había hecho aflorar algo que siempre había estado en ella”, algo de lo que ella “era consciente incluso de niña. Sabía que Vanessa anhelaba una muestra de amor —igual que Virginia, aunque fuese incapaz de pedirla con franqueza—” Por entonces, Vanessa “cedía a la tentación de autodenigrarse” por su apariencia física, “pero sobre todo, y de forma más inquietante, [por] su pintura”. Para Angelica, esa actitud tenía que ver con su relación con Duncan, con una pregunta siempre dirigida hacia él e imposible de satisfacer: “Ella anhelaba el reconocimiento no tanto como pintora, sino como mujer, y eso era algo que él no podía darle”. A pesar de todo, Vanessa siguió encontrando “siempre grandes motivos de disfrute” y según Angelica fueron sus nietas “las que pudieron sacar de ella sus cualidades más humanas y deliciosas”. En las dos mayores, que fueron las que más la conocieron, “dejó el recuerdo indeleble de un amor profundo y un humor inagotable”.

La tendencia de Vanessa a restringir su círculo íntimo a sus conocidos se afianzó con los años. En 1946, la muerte de Maynard Keynes significó otra pérdida importante para la familia. Según parece, Vanessa cambió su actitud hacia Lydia, “que ahora era recibida en Charleston con mayor frecuencia y afecto”.²³ En 1948 falleció Adrian Stephen, y aunque no eran muy unidos ella debió sentirlo. Mientras tanto, debía afrontar el problema de siempre: las relaciones de Duncan Grant con otros hombres. Especialmente importante fue su relación con el poeta Paul Roche, a quien llamaban Don.^[578] Hay que destacar, sin embargo, la larga carta de diciembre de 1948 que Duncan le escribe a Vanessa y en la que intenta dejar en claro cuánto las ama a ella y a Angelica, y las diferencias entre su amor por ella y el que siente por Don. En ese contexto, las nietas fueron un gran consuelo. “Qué bendición es que existan”, le escribía a Angelica, “y qué diferencia tan increíble hacen estas criaturas tan pequeñas en mi vida. Están tan plenas de ella, que parece que la derramaran por todas partes”. En 1952, Vanessa estuvo encantada con el nacimiento de Julian, hijo de Quentin Bell, quien ese mismo año se había casado con Olivier Popham,

con quien tuvo dos hijas más, Virginia y Cressida. Exposiciones, viajes y trabajo formaron parte de la vida de Vanessa en la década del cincuenta, mientras viejos amigos como Saxon Sydney-Turner se recluían en casas para ancianos y otros fallecían, entre ellos Desmond y Molly MacCarthy.

El último viaje que hizo con Duncan a Francia fue en 1960. Angelica pudo acompañarlos; en las cercanías residían Clive y Barbara Bagenal, que se había convertido en su compañera. A pesar de que su madre comenzaba “a tener olvidos, y era llamativo que se olvidara de encargar la comida, o bien que la encargase dos veces”, Angelica recordó que “daba la impresión de que fuese a seguir así como siempre”. Pero a su regreso a Inglaterra la salud de Vanessa se deterioró. En el invierno de 1960 contrajo una neumonía y otra en la primavera de 1961. Finalmente, a los ochenta y un años, dejó de existir. Las palabras de su hija parecen un eco de los sentimientos que albergaba Virginia Woolf hacia su hermana: “Siempre había parecido tan inalterable que no podía yo imaginar el mundo sin ella, y menos aún ese mundo privado suyo, que había creado como refugio lejos de los forasteros y como cobijo para su familia: el mundo en el que nos había nutrido a todos, para nuestra confusión y nuestro deleite”.

Abreviaturas*

AB: ANGELICA Bell AOB: Anne Olivier Bell BB: Barbara Bagenal BH: Barbara Hiles BN: Benedict Nicolson BW: Beatrice Webb CB: Clive Bell CPS: C. P. Sanger DB: Donald Brace DBu: Dorothy Bussy DC: Dora Carrington DG: Duncan Grant

DGa: David Garnett DMC: Desmond MacCarthy DS: Dorothea Stephen EB: Elizabeth Bowen EMF: E. M. Forster ER: Elizabeth Robins ES: Ethel Smyth

ESW: Edward (Eddy) Sackville-West

ESa: Ethel Sands

EV: Emma Vaughan

EW: Edgar Woolf

FF: Frank Fish

FW: Flora Woolf

GB: Gerald Brenan

GD: George Duckworth

GDa: Geoffrey Dawson

GLD: G. L. Dickinson

GR: Gwen Raverat HMA: Helen McAfee HN: Harold Nicolson HW: Hugh Walpole JB: Julian Bell JC: Janet Case JH: Jack Hills JL: John Lehmann JR: Jacques Raverat JS: Judith Stephen KC: Ka Cox

KM: Katherine Mansfield

KMa: Kingsley Martin

LMM: John Middleton Murry

LOM (también OM): Lady Ottoline

Morrell

LPS: Logan Pearsall Smith

LRC: Lady Robert Cecil

LS: Lytton Strachey

LSH: Ling Su-Hua
LSW: Lady Sackville-West
LW: Leonard Woolf
MH: Mary Hutchinson
MHW: Miss Harriet Weaver
MK: Maynard Keynes
MLD: Margaret Llewelyn Davies
MMC: Molly MacCarthy
MS: May Sarton
MV: Madge Vaughan
MW: Marie Woolf
NB: Nicholas Bagenal
NN: Nigel Nicolson
OW: Octavia Wilberforce
PM: Philip Morrell
QB: Quentin Bell
RCT: R. C. Trevelyan
RF: Roger Fry
SC: Sybil Colefax
SS: Stephen Spender
SSi: Shena Simon
SSK: S. S. Kotliansky
SS-T: Saxon Sydney-Turner
SW: Sydney Waterloo
TS: Thoby Stephen
TSE: Thomas S. Eliot
VB: Vanessa Bell
VD: Violet Dickinson
VI: Virginia Isham
VO: Victoria Ocampo
VS: Virginia Stephen
VSW: Vita Sackville-West
VW: Virginia Woolf
WAR: W. A. Robson
WH: Winifred Holtby
WP: William Plomer

* Se indican aquí los nombres de los remitentes y destinatarios de las cartas. El resto de las abreviaturas se consignan en el apartado "Bibliografía".

Bibliografía

AL final de cada una de las obras citadas figura, en mayúscula negrita, la abreviatura utilizada en las notas que integran este volumen.

OBRAS CITADAS DE VIRGINIA WOOLF FICCIÓN, AUTOBIOGRAFÍA, ENSAYO,

TEATRO

En inglés (traducción propia)

Between the Acts. **Estados Unidos**: Harcourt, 2008. **BTA**

Freshwater. A comedy. *Estados Unidos*: Harcourt, 1985. **FR**, I

Hyde Park Gate News. The Stephen

Family Newspaper. Londres: Hesperus Press, 2005. **HPGN**

Melymbrosia. San Francisco: Cleis Press, 2002. **MEL**

Moments of Being. *Estados Unidos*: Harcourt, 1985. **MOB**

Night and Day. *Estados Unidos*: The Design House, 2008. **NAD**

On Being Ill. *Estados Unidos*: Paris Press, 2002. **OBI**

Roger Fry. Suffolk: Penguin Books, RF, I

The Common Reader. Estados Unidos: Harcourt, 1984. *TCR*

The Voyage Out. Nueva York: Barnes & Noble, 2004. *TVO*

The Years. Estados Unidos: Harcourt, *TY*

Three Guineas. Estados Unidos: Harcourt, 2006. *TG, I*

To the Lighthouse. Londres: Dent, 1962. *TTL*

En castellano

Al faro. Madrid: Cátedra, 2006. *AF*

El cuarto de Jacob. Barcelona: Lumen, 1980. *ECJ*

El lector común. Barcelona: Lumen, *ELC*

Entre actos. Buenos Aires: Lumen, 2009. *EA*

Fin de viaje. Barcelona: Luis de Caralt Editor, 1946. *FDV*

Flush. Barcelona: Destino, 2003. *FL* Freshwater. Barcelona: Lumen, 1980. *FR*, II

Horas en una biblioteca. Barcelona: El Aleph Editores, 2005. *HEUB*

La señora Dalloway. Madrid: Cátedra, 2008. *LSD*

La señora Dalloway recibe. Barcelona:Lumen, 1973. *LSDR*
Las olas. Buenos Aires: Lumen, 2006.*LO*

La torre inclinada y otros ensayos. Barcelona: Lumen, 1980. *LTI*
La viuda y el loro. Madrid: Gadir, 2006. *LVYEL*
Londres. Buenos Aires: Lumen, 2005. *LON*

Los años. Barcelona, Lumen: 2009. *LA*

Momentos de vida. Montevideo: Lumen, 2008. *MDV*

Noche y día. Barcelona: Lauro, 1947. *NYD*

Orlando. Barcelona: Edhasa, 2005. *O*

Relatos completos. Buenos Aires: Alianza, 1995. *RC*

Roger Fry. Barcelona: Edhasa, 1984. *RF*, II

Tres guineas. Barcelona: Lumen, 1999. *TG*, II

Un cuarto propio. Buenos Aires: Sur, *UCP*

Viajes y viajeros. Barcelona: Plaza & Janés

CARTAS, DIARIOS Y ENSAYOS

The Letters of Virginia Woolf, Volume One: 1888-1912. Estados Unidos: Harcourt, 1977. Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne (eds.). L, I

The Question of Things Happening. The Letters of Virginia Woolf: 1912-1922. Londres: The Hogarth Press, 1976. Nicolson, Nigel (ed.). L, II

The Letters of Virginia Woolf, Volume Three: 1923-1928. Estados Unidos: Harcourt, 1989. Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne

(eds.). L, III

The Letters of Virginia Woolf, Volume Four: 1929-1931. Estados Unidos: Harcourt, 1981. Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne (eds.). L, IV

The Letters of Virginia Woolf, Volume Five: 1932-1935. Estados Unidos: Harcourt, 1979. Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne (eds.). L, V

The Letters of Virginia Woolf, Volume Six: 1936-1941. Estados Unidos: Harcourt, 1980. Nicolson, Nigel y Trautmann, Joanne (eds.). L, VI

Congenial Spirits. The selected letters of Virginia Woolf. Estados Unidos: Harcourt, 1989. Trautmann Banks, Joanne (ed.). CS

Cartas a Mujeres. Barcelona: Lumen, 1993. CAM

The Diary of Virginia Woolf, Volume One: 1915-1919. Estados Unidos: Harcourt, 1977. Olivier Bell, Anne (ed.). D, I

The Diary of Virginia Woolf, Volume Two: 1920-1924. Estados Unidos: Harcourt, 1978. Olivier Bell, Anne (ed.). D, II

Diarios: 1925-1930. Virginia Woolf. Madrid: Siruela, 1980. Olivier Bell, Anne (ed.). D, III.

The Diary of Virginia Woolf, Volume Three: 1925-1930. Estados Unidos: Harcourt, 1980. Olivier Bell, Anne (ed.). D, IIIa

The Diary of Virginia Woolf, Volume Four: 1931-1935. Estados Unidos: Harcourt, 1982. Olivier Bell, Anne (ed.). D, IV

The Diary of Virginia Woolf, Volume Five: 1936-1941. Estados Unidos: Harcourt, 1984. Olivier Bell, Anne (ed.). D, V

The Essays of Virginia Woolf, Volume I: 1904-1912. Estados Unidos: Harcourt, 1986. McNeillie, Andrew (ed.). E, I

The Essays of Virginia Woolf, Volume II: 1912-1918. Estados Unidos: Harcourt, 1987. McNeillie, Andrew (ed.). E, II

The Essays of Virginia Woolf, Volume 1919-1924. Estados Unidos: Harcourt, 1988. McNeillie, Andrew (ed.). E, III

The Essays of Virginia Woolf, Volume 1925-1928. Estados Unidos: Harcourt, 1994. McNeillie, Andrew (ed.). E, IV

The Essays of Virginia Woolf, Volume 1929-1932. Londres: The Hogarth Press, 2009. Clarke, Stuart N. (ed.). E, V

The Essays of Virginia Woolf, Volume 1933-1941. Londres: The Hogarth Press, 2011. Clarke, Stuart N. (ed.). E, VI

OBRAS CITADAS

Albee, Edward. Quién teme a Virginia Woolf. Madrid: Cátedra, 2000. EA Anderson, Bonnie S. y Zinsser, Judith P. (eds.).

Historia de las mujeres: una historia propia. Vol. 2. Barcelona: Crítica, 1991. BA y JZ Bell, Clive. *Old friends.* Londres: Cassell, 1988. CB

Bell, Quentin. *Virginia Woolf. A Biography.* Estados Unidos: Harcourt, 1974. QB, Vol. I, y QB, Vol. II

Bell, Quentin. *Virginia Woolf.* Barcelona: Debolsillo, 2004. QB, III

Benjamín, Walter. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II.* Madrid: Taurus, 1991. WB

Black, Naomi. *Virginia Woolf as Feminist.* Nueva York: Cornell University Press, 2004. NB

Bloom, Harold (ed.). *Bloom's BioCritiques: Virginia Woolf.* Estados Unidos: Chelsea House Publishers, 2005. HB

Brenan, Gerald. *Memoria Personal 1920/1975.* Madrid: Alianza, 1976. GB

Briggs, Julia. *Virginia Woolf: An Inner Life.* Estados Unidos: Harcourt, JB

Caramagno, Thomas C. *The Flight of the Mind. Virginia Woolf's Art and Manic-Depressive Illness.* California: University of California Press, 1995. TC

Curtis, Vanessa. *Virginia Woolf's Women. Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 2002.* VC

DeSalvo, Louise. *Virginia Woolf. The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work.* Boston: Beacon Press, 1989. LDS

DeSalvo, Louise y Leaska, Mitchell (eds.). *The Letters of Vita Sackville-*

West to Virginia Woolf. California: Cleis Press, 1984. **LDS y ml**

Dunn, Jane. *Vanessa Bell/Virginia Woolf. A very close conspiracy.* London: Virago Press, 2008. **JD, I**

Dunn, Jane. *Vanessa Bell/Virginia Woolf. Historia de una conspiración.* Barcelona: Circe, 1993. **JD, II**

Eco, Umberto. *Historia de la belleza.* Barcelona: Lumen, 2004. **UE**

Ferrari, Osvaldo. *En diálogo II.* Buenos Aires: Siglo XXI, 2005. **OF**

Freund, Gisèle. *El mundo y mi cámara.* Barcelona: Ariel, 2008. **GF**

Forrester, Viviane. *Virginia Woolf: El vicio absurdo.* Buenos Aires: Emecé, 1978. **VF** Gay, Peter. *Freud, una vida de nuestro tiempo.* Barcelona: Paidós, 1989. **PG**

Garnett, Angelica. *Una mentira piadosa. Una infancia en Bloomsbury.* Valencia: Pre-Textos, **AG**

Garnett, Henrietta. *Anny: A Life of Anne Isabella Thackeray Ritchie.* Londres: Chatto and Windus, 2004. **HG**

Gillespie, Diane F. y Steele, Elizabeth (eds.). *Julia Duckworth Stephen. Stories for Children, Essays for Adults.* Nueva York: Syracuse University Press, 1987. **DG y ES** Gordon, Lyndall. *Virginia Woolf. Vida de una escritora.* Barcelona: Seix Barral, 1986. **LG** Holroyd, Michael. *Lytton Strachey: The New Biography.* Nueva York: Norton, 1995. **MHO**

Humm, Maggie. *Snapshots of Bloomsbury: the private lives of Virginia Woolf and Vanessa Bell.* New Jersey: Rutgers University Press, 2006. **Mili'**

Hussey, Mark. *Virginia Woolf A to Z. A Comprehensive Reference for Students, Teachers and Common Readers to Her Life, Work and Critical Reception.* New York: Facts On File, 1995. **MH** Jalland, Pat (ed.).

Octavia Wilberforce. *The Autobiography of a Pioneer Woman Doctor.* Londres: Cassell, 1989. **PJ**

Keynes, John Maynard. *Dos recuerdos.* Barcelona: Acantilado, 2006. **MK** Leaska, Mitchell A. (ed.). *The Virginia Woolf Reader.* Estados Unidos: Harcourt, 1984. **ML, I** Leaska, Mitchell A. *Virginia Woolf. A Passionate Apprentice. The Early Journals 1897-1909.* Estados Unidos: Harcourt, 1992. **ML, II** Lee, Hermione. *Virginia Woolf.* Nueva York:

Vintage Books, 1999. HL Lehmann, John. *Thrown to the Woolfs*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1979. JL, I Lehmann, John. *Virginia Woolf*. España: Thames and Hudson, 1999. JL, II Lehmann, John. *Virginia Woolf*.

Barcelona: Salvat, 1995. JL, III Levy, Paul (ed.). *The letters of Lytton Strachey*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2005. PL

Maitland, Frederic William. *The Life and Letters of Leslie Stephen*. Hawaii: University Press of the Pacific, 2003. FWM Mannoni, Maud. *Virginia Woolf y la femineidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1998. MM Marder, Herbert. *Virginia Woolf: La medida de la vida*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2002. HM Marler, Regina (ed.). *Selected Letters of Vanessa Bell*. Estados Unidos: Moyer Bell, 1998. RM Miller, Alice. *El cuerpo nunca miente*.

Barcelona: Tusquets, 2005. AM Minellono, María. "Literatura e Historia". La Plata: Cuadernos del

CISH, 1997. MMI Moorcroft Wilson, Jane. *Virginia*

Woolf's London. A Guide to Bloomsbury and Beyond. Londres: Tauris Parke Paperbacks, 2000. JMW

Newsome, David. *El mundo según los victorianos. Percepciones e introspecciones en una era de cambio*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 2001. DN Nicolson, Nigel. *Virginia Woolf*. Gran Bretaña: Phoenix, 2000. NN Ocampo, Victoria. *Testimonios: Novena Serie (1971-1974)*. Buenos Aires: Sur, 1979. VO, I Ocampo, Victoria. *Virginia Woolf en su*

diario. Buenos Aires: Sur, 1982. VO, II

Oldfield, Sybil (ed.). Afterwords. Letters on the Death of Virginia Woolf. Nueva Jersey: Rutgers University Press, 2005. SO Poole, Roger. La Virginia Woolf desconocida. Madrid: Alianza, RP

Raitt, Suzanne. Vita & Virginia. The Work and Friendship of V Sackville-West and Virginia Woolf. Nueva York: OxfordUniversity Press, 2002. SR Reed, Christopher. Bloomsbury Rooms.

Nueva York: Yale, 2004. CR Rosenbaum, S. P. (ed.). Virginia Woolf. The Platform of Time. London:

Hesperus, 2008. SPR Rosenfeld, Natania. Outsiders Together. Virginia and Leonard Woolf. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2000. NR Russell Noble, Joan (ed.). Recollections of Virginia Woolf by Her Contemporaries. Ohio: Ohio

University Press, 1994. JRN Shone, Richard. Bloomsbury Portraits. Vanessa Bell, Duncan Grant and Their Circle. Londres: Phaidon, 1999. RS

Showalter, Elaine. The Female Malady. Women, Madness and English Culture, 1830-1980. Londres: Virago, 2007. ESH

Silver, Brenda R. Virginia Woolf Icon. Chicago: The University of

Chicago Press, 1999. BS Smith, Angela. Katherine Mansfield & Virginia

Woolf. A Public of Two. Nueva York: Oxford University Press, 1999.
ASM S ó f o c l e s. Antígona. Buenos Aires: Eudeba, 1997. S Spalding,
Frances. Vanessa Bell.

Gloucestershire: Tempos, 2006. FS Spater, George y Parsons, Ian. A
Marriage of True Minds. An Intimate Portrait of Leonard and Virginia
Woolf. Estados Unidos: Harcourt, 1979. GS y IP Spotts, Frederic (ed.).
Letters of

Leonard Woolf. Estados Unidos: Harcourt, 1989. FSP Stape, J. H.
Virginia Woolf. Interviews and Recollections. Iowa: University of Iowa
Press, 1995. JHS

Stephen, Adrian. La inocentada del acorazado. Madrid: Valdemar,

1999. AS

Stephen, Sir Leslie. Mausoleum Book.

Oxford: Clarendon Press, 1977. LS Strachey, Lytton. Reina Victoria:
símbolo de una era. Buenos Aires: El Ateneo, 2004. LST Willis Jr., J. H.
Leonard and Virginia Woolf as Publishers: The Hogarth Press, 1917-41.
Virginia: University Press of Virginia, 1992.

JHW

Woolf, Leonard. *Sowing: an autobiography of the years 1880-1904*. Estados Unidos: Harcourt, LW, I

Woolf, Leonard. *Growing: an autobiography of the years 1904-1911*. Estados Unidos: Harcourt, LW, II

Woolf, Leonard. *Beginning Again: an autobiography of the years 1911-1918*. Estados Unidos: Harcourt, 1975. LW, III Woolf, Leonard. *Downhill all the Way: an autobiography of the years 1919-1939*. Estados Unidos: Harcourt, 1975. LW, IV

Woolf, Leonard. *The Journey not the Arrival Matters: an autobiography of the years 1939-1969*. Estados Unidos: Harcourt, 1975. LW, V

Woolf, Leonard. *The Wise Virgins. A Story of Words, Opinions and a Few Emotions*. Londres: Persephone Books, 2005. LW, VI

Obras consultadas de Virginia Woolf

Diario de una escritora. Buenos Aires: Sur, 1954.

Escenas de Londres. Barcelona: Lumen, 1986

Granite & Rainbow. Essays. Estados Unidos: Harcourt, 1975.

Jacobs Room. Nueva York: Mundial, 2008.

Journal intégral 1915-1941. Paris: Stock, 2008.

La casa encantada. Barcelona: Lumen, 1983.

La sociedad. Madrid: Valdemar, 1999. L'écrivain et la vie. París: Payot & Rivaes, 2008.

Mrs. Dalloway. Estados Unidos: Harcourt, 2005.

Orlando. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

Room of One's Own. Estados Unidos: Harcourt, 2005.

The Captain's Death Bed and Other Essays. Estados Unidos: Harcourt, 1978.

The Complete Shorter Fiction of Virginia Woolf. Estados Unidos: Harcourt, 2006.

The Death of the Moth and Other Essays. Estados Unidos: Harcourt, 1970.

The Moment and Other Essays. Estados Unidos: Harcourt, 1975.

The Second Common Reader. Estados Unidos: Harcourt, 1986.

The Waves. Estados Unidos: Harcourt, 2006.

Un cuarto propio y otros ensayos. Buenos Aires: AZ Editora, 1993.

Women and Writing. Estados Unidos: Harcourt, 1979.

Otras obras consultadas

Abel, Elizabeth. Virginia Woolf and the Fictions of Psicoanalysis. Chicago: The University of Chicago Press, 1989.

Ash, Russell. Sir Edward Burne-Jones. Londres: Pavilion, 1993.

Berman, Jessica y Goldman, Jane (eds.). Virginia Woolf Out of Bounds (Selected Papers from the Tenth Annual Conference on Virginia Woolf). Nueva York: Pace University Press, 2001.

Bradbury, Malcolm. The Modern

British Novel. Londres: Penguin Books, 1994.

Brenan, Gerald. Personal Record 1920-1972, Nueva York: Cambridge

University Press, 1974.

Caws, Mary Ann. Virginia Woolf. Nueva York: The Overlook Press, 2001.

Chasting, Maxime. La Philosophie de Virginia Woolf. París: Presses Universitaires de France, 1951.

Dick, Susan (ed.). The Complete Shorter Fiction of Virginia Woolf. Estados Unidos: Harcourt, 1989.

Edel, Leon. Bloomsbury. Madrid: Alianza, 1992.

Eribon, Didier. Reflexiones sobre la cuestión gay. Barcelona: Anagrama, 2001.

Fusini, Nadia. Poseo mi alma. El secreto de Virginia Woolf. Madrid: Siruela, 2008.

Goldman, Jane. The Feminist Aesthetics of Virginia Woolf. Modernism, Post-Impressionism and the Politics of the Visual. Reino Unido: Cambridge University Press, 2001.

Goldman, Jane. *The Cambridge Introduction to Virginia Woolf*. Nueva York: Cambridge University Press, 2006.

Hall, Sarah M. The Bedside, Bathtub and Armchair Companion to Virginia Woolf and Bloomsbury. Nueva York: Continuum, 2007.

Hintikka, Jaako. El viaje filosófico más largo. De Aristóteles a Virginia Woolf. Barcelona: Gedisa, 1998.

Humm, Maggie. Modernist Women and Visual Cultures. Virginia Woolf, Vanessa Bell, Photography and Cinema. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2002.

Lee, Hermione. *Virginia Woolf's Nose*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 2005.

Lehmann, John. *Virginia Woolf*. Barcelona: Salvat, 1995.

Light, Alison. *Mrs. Woolf & the Servants*. Londres: Penguin Books, 2007.

Mansfield, Katherine. *Diario*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1978.

Mansfield, Katherine. *Un viaje imprudente*. Buenos Aires: Losada, 2005.

Rampello, Liliana. *Virginia Woolf. La vida en la escritura*. Madrid: Narcea, 2009.

Sackville-West, Vita. Juana de Arco.

Madrid: Siruela, 2003.

Shone, Richard. The Art of Bloomsbury. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1999.

Spalding, Frances. National Portrait Gallery Insights: The Bloomsbury Group. Londres: National Portrait Gallery Publications, 2005. Spalding, Frances. Virginia Woolf. Dardos de papel. Barcelona: Odín, 1991.

Strachey, Lytton. Eminent Victorians.

Londres: Penguin Books, 1971.

Todd, Pamela. William Morris and the Arts and Crafts Home. California: Chronicle Books, 2005.

Tomalin, Claire. Katherine Mansfield. A Secret Life. Londres: Penguin Books, 1988.

Vallejos, Soledad. Virginia Woolf, la voz propia. Buenos Aires: Longseller, 2003.

Williams, Lisa. Letters to Virginia

Woolf. Maryland: Hamilton Books, 2005.

Wolf, Sylvia. Julia Margaret

Cameron's Women. Chicago: The Art Institute of Chicago Press, 1998.

Woolf, Leonard. *La muerte de Virginia*. Barcelona: Lumen, 1975.

NOTAS

[1] Se suprimieron todas éstas. Ver Nota del maquetador.

[2] En Cambridge, llamada a hablar de literatura moderna, Virginia Woolf expresó: “Una menuda figura apareció ante mis ojos, la figura de un hombre, o una mujer que dijo: ‘Me llamo Brown. Atrápame si puedes’” (“El señor Bennett y la señora Brown”, *LTI*, p. 21).

[3] Así lo afirma Louise DeSalvo en la primera línea de su libro *Virginia Woolf. The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work* (LDS, p. 1).

[4] Así, aunque Quentin Bell reconoce que “estaba demasiado unido” a su tía “y de forma constante tenía que desconfiar de un afecto que fácilmente podía derivar en una pérdida de objetividad” (QB, Vol. II, p. 17), no se priva de diagnósticos categóricos; alude a las ocasiones en que su tía “enloqueció” (QB, Vol. II, p. 153) o a su “locura” (QB, Vol. II, p. 318). También resalta que su constitución no era fuerte (QB, Vol. II, p. 173) y que sentía una “divertida aunque resentida” (QB, Vol. II, p. 174) curiosidad respecto de la “privilegiada sociedad masculina de Cambridge” (QB, Vol. II, p. 175); se refiere a su supuesta “temeridad”, “pocos escrúpulos” (QB, Vol. II, p. 194) o “capacidad mitómana” (QB, Vol. II, p. 221). Añade que “su conducta estaba inspirada solo por el deleite de complicar las cosas” (QB, Vol. II, p. 201); que podía “parecer una persona quisquillosa y desagradable” (QB, Vol. II, p. 323); que sentía envidia de su hermana (QB, Vol. II, p. 400); que le gustaba ser admirada pero “en realidad le repugnaba provocar cualquier sentimiento sexual en cualquier persona” (QB, Vol. II, p. 204); cuando se refiere al histrionismo social de su tía dice que “era ella y no la víctima quien daba risa cuando permitía que su fantasía se tomara libertades con la gente” (QB, Vol. II, p. 221). Por su parte, Virginia no se privó en sus escritos personales de tomarse ese tipo de libertades con

su sobrino y biógrafo Quentin, y con el padre de este, Clive Bell, lo que ameritaría cierto resentimiento de ambos. Así, el primero señaló que en sus diarios ella escribió ‘bajo la pasión del momento’, aliviando “sus sentimientos con una ferocidad amarga” (QB, Vol. II, p. 337); y que sus críticas acerca de Clive “no deben tomarse demasiado en serio” (QB, Vol. II, p. 395) ya que, al fin y al cabo, ella era “una esnob” (QB, Vol. II, p. 395).

[5] En su introducción a la obra de teatro de Edward Albee, *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, Alberto Mira se refiere a la motivación que subyace en el título señalando que es “más superficial de lo que muchos críticos han querido ver”. Lo importante, aseguró Albee, es la rima entre “*Big Bad Wolf*” (de una canción infantil del film de Disney, “Los tres cerditos”) y el nombre de la escritora. Añade Mira: “El dramaturgo insiste que ninguna de las características del estilo o la biografía de la escritora son relevantes en la lectura de la obra. El origen está en una frase escrita con jabón en un espejo que Albee dice haber visto en los retretes de un bar de Greenwich Village” (HEA, p. 70).

[6] Además de reseñar biografías, correspondencia, autobiografías y memorias, y de escribir ensayos sobre la vida de muchos autores y personalidades, Virginia Woolf relacionó la biografía con la ficción en sus primeros relatos, ‘El diario de Joan Martyn’ y “Memorias de una novelista”, y fundamentalmente en *Orlando* y en *Flush*. También en “Una novela no escrita” y en “El señor Bennett y la señora Brown”. Por otra parte, en *Un cuarto propio* y en *Tres guineas* utilizó muchas biografías como referencias. También creía que deberían escribirse biografías de personajes corrientes u oscuros. Así como la pregunta “¿por Dios, cómo se escribe una biografía?” acompañó la escritura de su obra sobre Roger Fry, sus ensayos están plagados de referencias al género. Véanse “¿Cómo debería leerse un libro?” (ELC), ‘Yo soy Christina Rossetti’, “Walter Sickert”, “El arte de la biografía”, “La nueva biografía” (HEUB), “The Lives of the Obscure” (E, IV).

[7] Respecto de su preferencia por las autobiografías llegó a afirmar: ‘De hecho, a veces pienso que solo la autobiografía es literatura, las novelas son lo que vamos desentrañando de ellas hasta llegar a la médula, que no es otra cosa que tú o yo’ (VW a HW, 28 dic 1932, L, V, p. 142).

[8] VW a HW, 25 ago 1929, L, IV, p. 83.

[9] Virginia Woolf osciló entre la tentación de darle categoría artística al género y afirmar que el biógrafo realiza un trabajo diferente al no poseer “la imaginación del artista”: “el biógrafo [...] es un

artesano, no un artista, y su obra no es una obra de arte, sino algo intermedio, encabalgado” (HEUB, p. 267).

[10] A propósito de *Diario de una escritora*, Victoria Ocampo percibió el carácter censor presente en él. Así, en *Virginia Woolf en su diario*, aludió en varias oportunidades a su carácter de “texto expurgado”: “Las omisiones no han sido señaladas con puntos suspensivos para no hacer de la lectura una carrera de obstáculos [...] Esta precaución molesta, pues el lector tropieza a cada instante con vallas tanto más manifiestas a la sensibilidad cuanto que están escamoteadas...” (VO, II, p. 13).

[11] A pesar de la llamada muerte del autor, anunciada y teorizada por el estructuralismo, a inicios de la década del setenta Michel Foucault advertía que no era sensato negar la existencia del autor real, del individuo que escribe e inventa. Por su parte, Roland Barthes en “La muerte del autor” (1968) había reconocido que pese los esfuerzos teóricos por separar el texto de la persona que los escribía “el autor reina aún en los manuales de historia literaria, las biografías de escritores, las *interviews* de las revistas, y en la conciencia misma de los ‘littérateurs’ deseosos de encontrar, gracias a su diario íntimo, su persona y su obra” (*El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona: Paidós, 1984, p. 64). Las biografías de grandes escritores que se siguen escribiendo en la actualidad son testimonio de lo acertado de esta afirmación.

[12] Estas reacciones pudieron tener como base las pocas halagadoras referencias a la frivolidad o vanidad de Clive, su padre (D, 23 jul 1927, III, p. 135). Por otra parte, aunque Virginia quería a sus sobrinos y llegó a decir que habían “alcanzado a los 16 o 17 etapas a las que no llegué hasta los 26 o 27” (D, 20 sep 1927, III, p. 142), sus opiniones variaban con el tiempo. En 1924, por ejemplo, comparaba a Quentin desfavorablemente con relación a Julian (D, 15 ag 1924, II, p. 311). Así, pues, podía decir que Quentin “era un petimetre, remilgado y afectado” y festejar que al año siguiente fuera “desaliñado, espontáneo, natural y dotado” (D, 2 sep 1930, III, p. 280). Finalmente, para una familia que valoraba especialmente el genio, la inteligencia y el talento, no debió ser sencillo para los sobrinos de Virginia ponerse a la par de la generación fundadora de Bloomsbury.

[13] “Los lectores no hallarán una valoración crítica de las novelas de Virginia Woolf en este volumen —dice Quentin— *ni ciertamente intento el tipo de teorización* de quien encuentra en todo lo que escribió aquellos sentidos religiosos, políticos y filosóficos que parecen tan evidentes para quienes están decididos a encontrarlos. *Ni siquiera pienso*

que la preocupación de Virginia por la liberación de su sexo, aunque la sintiera de forma importante y profunda, en realidad *se reflejara en cada una de sus obras*" (QB, III, p. 19). Los destacados son nuestros; del primero, surge la negación de cualquier proyecto crítico, en tanto que el segundo es claramente desmentido en los diarios y cartas de la autora.

[14] Solo para citar estudios recientes, véanse Jane Goldman, *The Cambridge Introduction to Virginia Woolf* (2006) y Mary Ann Caws y Nicola Luckhurst (eds.), *The Reception of V W in Europe* (2002).

[15] El rol de las editoriales argentinas en la divulgación entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado ha sido reconocido por los escritores del *boom* latinoamericano, como es el caso de Gabriel García Márquez, que a su vez admitió lo mucho que le impactó la obra de Virginia Woolf.

[16] Respecto de la iconicidad de Woolf, Brenda Silver especifica: "Mis estudios comienzan con la premisa de que la consagración de Virginia Woolf como ícono cultural transgresor y las reacciones contradictorias y a menudo vehementes que provoca obedecen a su lugar en los límites entre la alta cultura y la popular, el arte y la política, la masculinidad y la femineidad, la mente y el cuerpo, el intelecto y la sexualidad, la heterosexualidad y la homosexualidad, la palabra y la imagen, la belleza y el horror, entre otros. Esta división refleja los lugares múltiples y contradictorios que ella ocupa en nuestros discursos culturales"(BS,p.1).

[17] Virginia se refiere al tema en varias oportunidades. Registró en su diario una conversación con lady Strachey, durante la cual esta "contó historias de las hermosas y desaparecidas Pattles" (D, 18 ene 1918, I, p. 107). Volvió sobre la cuestión en 1919, después de leer las memorias de Ethel Smyth; y en las cartas que se escribieron años después: "Si te interesa saber de dónde obtengo, mi (¡ejem!) *charm*, lee la autobiografía de Herbert Fisher. María Antonieta adoraba a mi ancestro: por lo tanto fue exiliado, en consecuencia las Pattles, el barril, Bursa y por fin Virginia" (VW a ES, 12 ene 1941, L, VI, p. 461).

[18] Colección de mármoles procedentes del Partenón griego que el conde de Elgin, diplomático británico, hizo remover de la Acrópolis entre 1810 y 1812, y que fueron trasladados a Gran Bretaña. Aparecen citados en *Noche y día*.

[19] Comedia en tres actos, representada por primera vez en una reunión de amigos y familiares, en casa de la hermana de Virginia Woolf, en 1935, cuyo título alude a la casa de Julia Cameron en la Isla

de Wight. En 1974 se representó en el Stanford Museum of Art, en Palo Alto, California. En 1983, en Nueva York, con la actuación de Eugène Ionesco (como Tennyson), Alain Robbe-Grillet (como Mr. Cameron) y un elenco de reconocidos escritores e intelectuales (MH, p. 93).

[20] “Sería difícil imaginar persona más adorable, más exasperante que Mrs. Cameron. Era una mujer de extremos. Generosa en exceso, abrumaba a sus vecinos, los Tennyson [...]. Cuando Carlyle recibió, como llovida del cielo, una enorme Biblia, supo que solo el diablo o Mrs. Cameron la habrían enviado” (HG, p. 24).

[21] BTA, p. 99 (EA, p. 139, “la voluntad allana la dificultad”).

[22] Término utilizado en Gran Bretaña para referirse a escuelas secundarias privadas; a menudo los estudiantes asisten en calidad de pupilos.

[23] William Wilberforce (1759-1833). Político abolicionista, en 1784 se unió a la Secta Clapham. Enterrado en la Abadía de Westminster, fue antepasado de Octavia Wilberforce, médica pionera en Inglaterra y la última en atender a Virginia Woolf.

[24] Según Caramagno, “si el accidente hubiera sido severo, la manía unipolar podría haber resultado de una lesión cerebral intracraneal, pero James definitivamente oscilaba entre la manía y la depresión. En ausencia de síntomas neurológicos, lo más probable es que el trauma tan solo activara una predisposición genética a los trastornos del humor que James había heredado de la rama familiar Stephen” (TC, p. 103).

[25] En su biografía, Quentin Bell indica, sin dar mayores explicaciones, que debido al acoso de Jim hacia Stella, Julia debió impedir, “por lo menos en una ocasión”, su ingreso en la casa (QB, Vol. I, nota al pie, p. 36).

[26] De Oscar Browning (1837-1923), escritor, historiador y reformista educacional inglés, es la opinión que Virginia Woolf cita en *Un cuarto propio*, acerca de que la mejor de las mujeres es intelectualmente inferior al peor de los hombres.

[27] Dice Caramagno: “En épocas anteriores al litio, la muerte en hospitales de los maníacos no eran inusuales” (TC, p. 102).

[28] Basándose en un poema de Jim, de la colección *Lapsus Calami*, Louise DeSalvo sugiere que James Kenneth Stephen pudo haber violentado sexualmente a Stella (LDS, pp. 5254).

[29] Adrian Stephen, hermano de Virginia, terminó su formación como psicoanalista a los cuarenta y tres años. “Tardamos un siglo en

desarrollar nuestras facultades”, concluyó Virginia (D, 23 jun 1927, III, p. 141).

[30] Dorothea Stephen (1871-1965) criticó severamente a sus primos tras la broma del *Dreadnought* (véase el capítulo XIII: 1910, de esta biografía). También censuró a Vanessa por su anticonvencional matrimonio y relaciones con el pintor Duncan Grant (VW a VB, 13 nov 1921, L, II, p. 491; VW a ES, 18 may 1931, L, IV, p. 332).

[31] En 1868, año en que acompañó a Leslie a los Estados Unidos, Minny había sufrido un aborto. La muerte la sorprendió durante otro embarazo cerca de una medianoche de 1875. Según Henrietta Garnett, “Minny murió de eclampsia, un estado de toxemia aguda, con convulsiones” (HG, p. 181).

[32] Isabella Thackeray pasó gran parte de su vida internada en varios asilos, hasta su muerte en 1893. En vida de Minny, Leslie no consideró que hubiera transmitido genéticamente su enfermedad, pero en *Mausoleum Book* (El libro del mausoleo) sospecha que pudo tener que ver con la de su hija Laura, fruto de su matrimonio con Minny (LS, p. 19).

[33] En adelante, *TLS*.

[34] Anne “perdía trenes, mezclaba los nombres, confundía los números”; “encarnar la extravagancia y crear una armonía encantadora y risueña constituían su genialidad en la vida y en su correspondencia” (E, III, pp. 400-401). q Incluso, a pesar de la diferencia de edad, Anne sobrevivió a su marido. Leonard Woolf escribió su obituario, en 1919. Allí considera que *Old Kensington* fue su mejor novela, pero que será recordada por sus memorias (SPR, p. 81).

[35] Incluso, a pesar de la diferencia de edad, Anne sobrevivió a su marido. Leonard Woolf escribió su obituario, en 1919. Allí considera que *Old Kensington* fue su mejor novela, pero que será recordada por sus memorias (SPR, p.81).

[36] La casa está ahora dividida en diferentes departamentos. Hasta hace poco, una de sus ocupantes rentaba habitaciones a los turistas y ofrecía postales de Virginia Woolf pintadas por una amiga suya.

[37] Virginia escribió un sketch, titulado “The Cook”, en el que con aportes ficcionales recuerda a quien fue la cocinera de la familia por más de cincuenta años (SPR, pp. 207-217).

[38] Podemos pensar que Virginia (*LON*, pp. 5152) se adelantó a Walter Benjamin y su categoría de la casa como “estuche” que delata a su dueño (WB, p. 183).

[39] En la traducción al español de la biografía de Virginia Woolf, de Quentin Bell, el traductor confundió el término “*plump*” (relleno/a, gordito/a, rechoncho/a, etc.) con “*plum*” (ciruela), y por lo tanto puso que Virginia tenía la “cara redonda como una ciruela”. El primer recuerdo claro de Vanessa respecto a su hermana fue el de una “muy sonrosada y rechoncha beba, con brillantes ojos verdes, sentada en una silla alta, en la mesa del cuarto de los niños, tamborileando impacientemente por su desayuno” (JHS, p. 3).

[40] Acerca de sus cuasi padrinos, Vanessa escribió: “Los míos eran muy aburridos, un viejo y decrepito primo de Ceilán, y lady Vaughan Williams, la mujer del juez, a quien yo no podía soportar. Pero Virginia tenía al embajador americano James Russell Lowell, un gran amigo de nuestros padres, que era una figura importante para nosotros” (JHS, p. 5).

[41] Plato para una bebida caliente de leche cortada con vino o cerveza que se usaba como remedio para los resfrios (MH, p. 149).

[42] En las cartas que Lowell le envía a Julia, y que confirman su admiración, la llamaba su Atenea. La misiva, que Virginia le escribió a los seis años, dice: Mi querido padrino: ¿Has ido a los [montes] Adirondacks y has visto montones de fieras y montones de pájaros en sus nidos? Eres un hombre malo porque no has venido aquí. Adiós, tu querida Virginia” (QB, Vol. I, p. 25).

[43] Vanessa escribió que era “exasperante” recibir lecciones de los padres; y que Thoby era el único al que era un placer enseñarle: “Toda su vida Virginia hizo las sumas con sus dedos y yo solo un poco mejor” (JHS, p. 6).

[44] Quentin Bell adapta la anécdota y dice: “Al contestar a una pregunta sobre el significado de la Navidad, Virginia dijo que era para celebrar la Crucifixión y, seguidamente, estalló en tales carcajadas que tuvo que abandonar la habitación” (QB, III, p. 60; QB, Vol. I, p. 27). Supuestamente, se refiere a la historia contada por su madre, en ‘Notes on Virginia’s Childhood’ donde en realidad cuenta que cuando la profesora preguntó si sabían el significado de Viernes Santo “Virginia comenzó a reír”, y también relata que oír a otra de las niñas de la clase explicando de qué se trataba fue demasiado para Virginia, que tuvo que ser “desterrada a toda prisa, chillando de risa” (JHS, p. 7).

[45] Un ejemplo de la dificultad de establecer la autoría de los artículos es “*Advertising for a wife*”. Gill Lowe señala, en sus notas a la edición del *Hyde Park Gate News*, que se trata de una historia cómica de

tono misógino, sobre un soltero con un grueso ingreso que atraía a las mujeres como la miel a las moscas, y recuerda las historias no publicadas escritas por Thoby (HPGN, p. xx)

[46] *Tit Bits* era una revista popular para jóvenes, iniciada en 1881. Incluía chistes, historias, informaciones varias y avisos. También una sección de correo de lectores. En 1890 organizaron un concurso que ofrecía un premio de mil libras. En el más absoluto secreto — salvo para Vanessa—, Virginia envió una historia que fue rechazada (HPGN, p. xxi). Aparentemente, se trataba del viaje de una joven, en el que se ha visto “una versión en embrión de *Fin de viaje*” (JHS, p. 8).

[47] María, la madre de Julia, murió el 2 de abril de 1892. El HPGN lleva la fecha del lunes 4 de abril.

[48] Habitante del East End londinense, asociado generalmente alacriase trabajadora, n Leonard Woolf, su compañero de estudios, dijo que “tenía más encanto personal que nadie que yo hubiera conocido” (LW, I, p. 78). ñ Virginia así lo hizo, y se refiere a esa flor en su última novela: ‘El árbol estaba detrás de la flor; musgo, flor y árbol constituían un todo’ (EA, p. 17).

[49] Leonard Woolf, su compañero de estudios, dijo que “tenía más encanto personal que nadie que yo hubiera conocido” (LW, I, p. 78).

[50] Virginia así lo hizo, y se refiere a esa flor en su última novela: ‘El árbol estaba detrás de la flor; musgo, flor y árbol constituían un todo’ (EA, p. 17).

[51] Aunque Virginia dice que durante todos los años que visitaron St. Ives las sardinas no aparecieron y las ‘barcas sardineras permanecieron inactivas en la bahía’, la madre de Julia escribe en una carta: “Qué bueno que hayan podido ver el gran acontecimiento del año en St. Ives, la pesca de la sardina. Qué lindo por parte de Adrian decir que era una flota ‘de luz’; estoy tan contenta por todos ustedes” (QB, Vol. I, nota al pie, p. 3A,MOB, p. 130).

[52] Shag era un irish terrier que Gerald Duckworth adquirió en 1892. Virginia publicó su obituario en *The Guardian*, el 18 de enero de 1905 (HPGN, p. 237).

[53] En ‘Notes on Virginia’s Childhood’, Vanessa dice que esos cuartos tenían una “atmósfera poco saludable” y que, después de la enfermedad, emergieron “cuatro pequeños esqueletos que fueron enviados a Bath” (JHS,p.5). En ‘Notes on Virginia’s Childhood’, Vanessa dice que esos cuartos tenían una “atmósfera poco saludable” y que, después de la enfermedad, emergieron “cuatro pequeños esqueletos que

fueron enviados a Bath” JHS,p.5).

[54] “Ella era lenta para caminar, lenta para hablar, y lenta, de hecho, para alcanzar todas las etapas importantes de la infancia. Por otro lado, mostraba repentinos ataques de ansiedad, vertiendo torrentes de palabras todas embrolladas, en inglés y en alemán, a semejante velocidad que se tornaban complicadas e ininteligibles. O se ponía a bailar de manera frenética, o a golpear con los puños el piano. Minny parecía comprender, en forma instintiva, que ninguna de esas demostraciones que podrían haber sido interpretadas como actos de voluntad eran culpa de Laura, sino los resultados de su afección” (HG, p. 218).

[55] *EnMausoleum Book*, Leslie escribió que Julia quedó agotada tras cuidar a su tío y que “la afectó mucho el esfuerzo” (LS, p. 64).

[56] Mientras Leslie se dedicaba a su monumental trabajo, el *Dictionary of National Biography*, Julia continuaba con el cuidado de enfermos, y poco después del nacimiento de Adrian, en octubre de 1883, publicaba sus *Notes from Sick Rooms* [Notas de los cuartos de enfermos]. Entre la gran cantidad de amigos y parientes a los que acompañó durante sus enfermedades, en enero de 1884 asistió a su amiga Susan Lushington en sus últimos días,corroborando un patrón: meses después del nacimiento de cada uno de sus hijos menores, Julia corría en socorro de enfermos y moribundos (DG y ES, pp. 87 y 89).

[57] En adelante, *DNB*.

[58] En efecto, en 1890 se vio forzado a dejar su trabajo como editor del *DNB*, obra que su biógrafo llamó “monumento a la era victoriana”. Leslie editó los primeros veintiséis volúmenes (de un total de sesenta y tres) y escribió 378 biografías, entre las 29.120 que lo componen (MH, p. 270).

[59] Haciendo un seguimiento de las cartas que Leslie le envió a Julia después del nacimiento de Virginia, Louise DeSalvo dice que en ellas “hay quejas con respecto a Laura, dudas acerca de ella, sistemas que ellos intentarían para controlarla, estrategias para dominarla. Leslie concebía su lucha con Laura como una batalla: creyó, por un momento, que había logrado quebrar su voluntad pero muchas veces se preguntaba si ella cedería o no” (LDS, p. 22). Su tesis es extremista: según DeSalvo, Laura fue una víctima del sadismo y autoritarismo de Leslie, que se apoyaba en las creencias de la época y hacía lecturas morales de las alteraciones mentales.

[60] *The Lady of the Lake* (La dama del lago) es el nombre con el que

se conoce a varios personajes de las leyendas artúricas, y fue un tema tratado por diversos poetas y escritores, entre ellos Walter Scott en 1810. La madre de Leslie recordaba haberle leído su poema, sorprendida del efecto que le producía: Scott era, para “la cabeza del niño, como vino” (FWM, p. 26). Tennyson también realizó una adaptación de la historia de La dama del lago, en *Idylls of the King* (1859) y Julia Margaret Cameron hizo fotos ilustrando estos poemas.

[61] Virginia se refiere a Laura en los diarios personales que llevaba a los quince años, donde señala que Stella o Leslie la visitaban. En 1904, luego de leer las cartas de su padre recientemente fallecido, Virginia le escribe a Violet Dickinson diciendo que la historia de Laura fue el más trágico episodio en la vida de Leslie. En adelante, solo esporádicamente sus hermanos se refirieron a ella: en 1921, Vanessa alude en sus cartas a los gastos de Laura. También hay una cita, en una carta de George Duckworth, en la que especula que el psicoanálisis (Adrian se había recibido de psicoanalista) podría haber hecho algo por “la pobre Laura”. En “Viejo Bloomsbury”, Virginia Woolf escribe que, luego de desprenderse de Hyde Park Gate, la familia se dispersó y agrega: “Laura finalmente ha sido encarcelada con un doctor en un asilo” (*MOB*, p. 184). En una carta a Vanessa, luego de la muerte de George Duckworth, Virginia comenta que su marido, Leonard Woolf, le señaló que podrían haber compartido el tema de Laura (VW a VB, 4 may 1934, *L*, V, p. 300).

[62] Su madre llevaba un minucioso diario que da cuenta de la ansiedad y preocupación con las que contemplaba a su pequeño hijo de tres años: ‘Es bastante violento en su temperamento, y, si se encuentra disgustado, llorará de lo más fuerte [...] Es muy turbulento y terco y bastante apasionado, pero en un momento se torna a la bondad y al afecto [...] Una palabra precipitada lo hará estallar en ataques de llanto’ (FWM, p. 23).

[63] En su polémico libro *Virginia Woolf. The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work*, Louise DeSalvo sostiene que Laura recibió “el más brutal y sádico tratamiento” y agrega: “La forma en que Leslie maltrataba a Laura no puede ser separada de la llamada tradición de maltrato en las escuelas inglesas, que constituía una manera institucionalizada de abuso infantil” (LDS, p. 31). “Creo que Leslie subrayó la naturaleza subnormal de Laura para justificar el maltrato que le daba”, señala (LDS, p. 34). DeSalvo demoniza a Leslie al punto de decir: “Creo que Leslie siempre buscó un chivo expiatorio en la familia, porque no fue sino hasta que Laura dejó la casa cuando empezó a notar

a Virginia y a interactuar con ella según algunas conductas que tenía con Laura”(LDS, p. 36). Sin emitir un juicio de valor respecto a tales afirmaciones, señalamos que la insistencia en utilizar la fórmula “creo” remite al carácter especulativo de ellas.

[64] Según señala Henrietta Garnett -sobrina nieta de Virginia Woolf y biógrafa de Anne Thackeray Ritchie-, después de la muerte de Anne, su hijo Hester siguió ocupándose de Laura. Belinda Norman-Butler, la nieta de Anne, es la que recuerda haberla visto de niña, compartiendo momentos con su familia (HG, nota al pie, p. 256).

[65] Leslie se refirió en estos términos a Herbert Duckworth: “Un hombre de honor, de justos logros e interés en libros, tenía la talla para ocupar su lugar en cualquier sociedad, sin ser ni por mucho un dandy ni un petimetre: simple, frontal y masculino” (LS, p. 35).

[66] Virginia llegó a decir que le recordaba a un “cachorro mimado y sobrealimentado” (D, 18 mar 1918, I, p. 129).

[67] En español es habitual decir “el duro golpe del destino”, pero hemos optado por desestimar el lugar común a favor de mantener la materialidad y la fuerza del mazazo a las que alude Virginia con “*sledge-hammer force of the blow*” En otras traducciones, se ha optado por “la fuerza de martillo de herrero del golpe” (MOB, p. 93).

[68] En “Agnosticism and Women”, del 7 de abril de 1880, Bertha Lathbury tomó parte en una polémica de la época de la que participaron tanto Leslie, como su hermano Fitzjames Stephen en *Women and Scepticism* (DG y ES, p. 198). Julia Stephen replicó el artículo de Lathbury que aseveraba que, sin los auxilios de la fe, las mujeres no estaban capacitadas para enseñar, para ejercer la enfermería o tareas filantrópicas. En su argumentación reemplazaba “la motivación de la fe por la ética del trabajo” (DG y ES, p. 200).

[69] En la traducción al español de Andrés Bosch se desliza un error en esta frase, pues en inglés dice, textualmente, “... *It was that it made her unreal*”, y la versión publicada en castellano: “transformó a mi padre en un ser irreal” (MOB, p. 129).

[70] Caroline Emelia Stephen expresó esta idea en su libro *The Service of the Poor* [El servicio a los pobres] (1871).

[71] Octavia Hill (1838-1912) fue una de los tres fundadores de National Trust, organización privada cuyo objetivo es la conservación de espacios naturales e históricos que se vieron amenazados como consecuencia del desarrollo industrial de Inglaterra. A esta fundación pertenece hoy la Monk’s House, casa de Virginia Woolf en Sussex.

[72] Aun así Frances Spalding señala que Leslie no pudo elegir mejores profesores para su hija. Vanessa recibió lecciones privadas de Ebenezer Cooke, un reformador en arte y educación que había “absorbido” las enseñanzas de Pestalozzi y Froebel y que trabajó bajo la influencia de Ruskin, quien les decía a sus alumnos que estaba allí “no para enseñar a dibujar sino a ver”. Es probable que fuera Cooke quien le recomendara el libro de Ruskin, *The Elements of Drawing* (FS, p. 27).

[73] Dice Quentin Bell que Virginia “pasó por un período de autocrítica morbosa, en que se culpaba de ser egoísta y vanidosa, se comparaba desfavorablemente con Vanessa y se encontraba, al mismo tiempo, en extremo irritable” (QB, Vol. I, p. 45).

[74] Cuando Stella se casó, en 1897, Virginia y Vanessa dejaron de compartir el cuarto y pasaron a tener cada una el suyo. Luego de describir su nueva habitación, Virginia dice: “Una noche me quedé despierta oyendo llena de horror, tal como yo lo imaginaba, a un viejo obsceno jadeando, gruñendo y murmurando indecencias seniles. Era un gato, me dijeron después; las angustiadas relaciones sexuales de un gato. George, en el piso de abajo, guardaba una caja de viejos focos eléctricos que arrojaba a los gatos... pop, pop, estallaban contra la pared” (MOB, p. 123). También dice que fue en ese cuarto donde por primera vez oyó “esas horribles voces”. Tal vez, a pesar de todo, la crisis nerviosa que siguió a la muerte de su madre no estuvo exenta de alucinaciones.

[75] Arthur Cope tenía una prestigiosa escuela de arte en Kensington. Vanessa comenzó a asistir a sus clases tres veces por semana. Cope preparaba alumnos con gran éxito para ingresar en la Real Academia (FS, p. 28).

[76] Durante esos días Virginia no escribió en su diario; retoma los hechos más tarde, y cuando los relata pone como fecha 15 de julio, adelantándose a los acontecimientos: ‘Nunca volví a verla’, dice (ML, II, p. 114).

[77] El diagnóstico fue impreciso. Caramagno conjetura que, “embarazada, murió de peritonitis, tal vez contraída (a través de las relaciones sexuales) mientras se hallaba de luna de miel” (TC, p. 159).

[78] Virginia tomó lecciones de encuadernación con Miss Power (VW a TS, oct 1901, L, I, p.45; ML, II, p. 159).

[79] Madge y William se conocieron en Hyde Park Gate, y se vieron también en St. Ives. Julia estimuló la relación. Su hija, Janet Vaughan, escribió: ‘Madge fue el temprano gran amor de Virginia, a quien

describe como Sally Seton en *La señora Dalloway*’ JHS, p. 9).

[80] Según el recuento de Quentin Bell, entre el 1° de enero y el 30 de junio de 1897 Virginia leyó: los volúmenes 2 y 3 de *Three Generations of English Women*, el *Carlyle de Froude*, *Queen Elizabeth de Creighton*, *Life of Sir Walter Scott de Lockhart*, *The Newcomers de Thackeray*, *Reminiscences de Carlyle*, *The Old Curiosity Shop de Dickens*, *Essays in Ecclesiastical Biography de sir James Stephen*, *Felix Holt de George Eliot*, *John Halifax*, *Gentleman de Mrs. Craik*, *Among my Books y My Study Window*, de J. R. Lowell, *A Tale of Two Cities de Dickens*, *Silas Marner de George Eliot*, *The Life of Coleridge de James Dykes Campbell*, *The Heart of Princess Osra de Anthony Hope*, tres volúmenes de Pepys, *History de Macaulay*, *Barchester Towers de Trollope*, una novela de Henry James; *French Revolution*, *Cromwell y Life of Sterling*, de Carlyle, una obra de lady Barlow, *Shirley de Charlotte Bronte*, *History of Rome de Thomas Arnold*, y *A Deplorable Affair de W. E. Norris* (QB, III, p. 91).

[81] En 1898 la familia vacacionó en Ringwood, New Forest. En 1899 en la Rectoría de Warboys, en Huntingdonshire, cerca de la casa de lady Stephen. En 1900 y durante tres años más, en Fritham House, Hampshire y, finalmente, en 1904, en Netherhampton House, cerca de Salisbury.

[82] Es interesante destacar que, además, Virginia pegó las hojas de su diario entre las páginas de un volumen de *The Right Use of Reason* de Isaac Watts. Una suerte de “profanación” que encontró divertida (ML, II, p. 160; QB, Vol. I, p. 65)

[83] Clara Pater (1841-1910) era hermana de Walter Pater, un importante crítico victoriano —a quien se nombra en el prefacio de *Orlando*—. Militante por el voto femenino, Clara fue fundadora del Somerville College, un colegio de mujeres. Según Hermione Lee, pudo haber inspirado un relato de Woolf que sugiere lesbianismo: “Los alfileres de Slater no tienen punta”, de 1926 (HL, nota 76, p. 775). También se la ha relacionado con el personaje de Lucy Craddock en *Los años*. Clara Pater (1841-1910) era hermana de Walter Pater, un importante crítico victoriano —a quien se nombra en el prefacio de *Orlando*—. Militante por el voto femenino, Clara fue fundadora del Somerville College, un colegio de mujeres. Según Hermione Lee, pudo haber inspirado un relato de Woolf que sugiere lesbianismo: “Los alfileres de Slater no tienen punta”, de 1926 (HL, nota 76, p. 775). También se la ha relacionado con el personaje de Lucy Craddock en *Los años*.

[84] Leslie sabía que que William Hunt había resuelto un problema

similar casándose en el extranjero (FS, p. 39).

[85] Cuando en 1931 se casó con Mary Grace Ashton, Jack reclamó el legado de Stella, pero a su muerte, en 1938, este les fue restituido. Jack permaneció ligado a los hermanos a la distancia. Incluso en 1915, falto de liquidez económica y debiendo afrontar gastos de enfermeras y doctores a causa de una grave crisis de Virginia, su marido, Leonard Woolf, le escribió para preguntarle si podía adelantar la fecha de pago del estipendio que le había asignado (LW a JH, 7 mar 1915, FSP, p. 211). A la muerte de Jack Hills, Virginia escribió: “De todos nuestros jóvenes directores él era el más tolerante, el menos represivo, el que mejor hubiera encarado los sucesos posteriores si no hubiésemos tomado rumbos diferentes” (D, 9 ene 1939, V, p. 198).

[86] Panfleto político escrito por Thomas Carlyle en 1867.

[87] Según sus biógrafos, la preocupación de Leslie no se basaba en hechos reales, y Leonard Woolf aseguró que “su estado financiero era tan sólido e inexpugnable como la Banca de Inglaterra” (FS, p. 37). Según sus biógrafos, la preocupación de Leslie no se basaba en hechos reales, y Leonard Woolf aseguró que “su estado financiero era tan sólido e inexpugnable como la Banca de Inglaterra” (FS, p. 37).

[88] Aparato que Leslie utilizaba a causa de su sordera.

[89] Las traumáticas experiencias de juventud hallan reflejo en “El vestido nuevo”, escrito en 1924; mientras revisaba *La señora Dalloway*, Virginia anotó en lápiz en el manuscrito: “En el party de la Señora D/ adelanta esta teoría/ la teoría del vestido/ pero muy poco dinero/ esto se relaciona con/ el sexo; estima de sí misma” (LSDR, p. 11).

[90] El telegrama debía decir “She is an angel. Goat” (“Ella es un ángel”, y Virginia lo firmaba con su apodo Cabra); pero por error del correo llegó así: “She is an aged Goat” (Ella es una vieja cabra) (QB, Vol. I, p. 81).

[91] El contraste entre su apariencia y su personalidad hizo que William Rothenstein, maestro de pintura de Vanessa en Slade School, dijera que ella le recordaba las bellas mujeres del cuadro *La escalera de oro*, de Burne- Jones, pero que hablaba con la voz de Gauguin (VC, p. 60).

[92] ‘Las declaraciones de Leonard Woolf y del difunto doctor Noel Richards indican que los avances de George se llevaron a cabo poco después de la muerte de su madre’ (QB, Vol. I, nota al pie, p. 44). Pero según lo que Virginia evoca en sus memorias, es posible que comenzaran más tarde, cuando él insistía en presentarla en sociedad.

[93] En 1925, Virginia le escribió a su amiga: ‘Uno de estos días espero verte, y entonces podremos hablar sobre George [Duckworth], mejor que a través del papel’ (VW a VD, 23 jun 1925, L, III, p. 191).

[94] Las interpretaciones se basan principalmente en tres textos autobiográficos reunidos en el volumen *Momentos de vida*. “Varios biógrafos y críticos se expresaron con eufemismos sobre el incesto que padeció Woolf: por ejemplo, Quentin Bell habla de ‘un avance erótico obsceno’; Joanne Trautmann Banks dice que Woolf fue ‘acariciada sexualmente’; Mitchell Leaska escribe sobre ‘tropiezos sexuales’; Leaska y Phyllis Rose han insinuado que Woolf inventa o exagera su relato del incesto que padeció” (MH, p. 75). En su controvertida interpretación, Louise DeSalvo defiende la tesis de que Virginia Woolf fue “una niña sometida a abusos sexuales, una sobreviviente del incesto” (LDS, p. 1). Por otra parte, basándose en una carta de Fredegond Shove a Vanessa Bell, Hermione Lee sostiene: “La carta [...] sugiere que los abusos de George eran del tipo emocional, más que penetrativos” (*sic*) (HL, p. 156). Nigel Nicolson, quien entrevistó al hijo de George, cree que ‘los instintos de George eran indudablemente incestuosos, no así su práctica. [...] a partir de ese *affaire* Virginia creó un drama, que no está justificado por hechos” (NN, p. 11). Solo para nombrar algunos, entre los muchos autores que abordaron el tema desde el punto de vista biográfico, médico o psicológico, recordamos las publicaciones de Roger Poole, Lyndall Gordon, Alice Miller y Thomas Caramagno que figuran en la bibliografía.

[96] Escribió Leslie en *Mausoleum Book*: “El 26 de noviembre de 1901 me nombraron honorable Doctor en Letras en Oxford; lo mismo en Cambridge (en 1892, creo), y Doctor en Leyes en Edinburgh y Harvard. Soy honorable miembro del Trinity Hall y miembro [...] (o algo) de la American Academy, la Massachusetts Historical Society y la American Society of Antiquaries” (LS, p. 110). Además de ser nombrado KCB en ocasión de la Coronación en 1902, poco antes de morir fue elegido vicepresidente de la Royal Historical Society.

[97] Es probable que Leslie tuviera la iniciativa, y que pidiera a sus hijas que lo acompañaran al estudio de George Charles Beresford (1864-1938), que había abierto sus puertas recientemente en Brompton Road.

[98] Esta foto es una de las postales más vendidas por la National Portrait Gallery. En cuanto a su carácter de ícono, véanse las últimas páginas de la introducción y especialmente *Virginia Woolf Icon*, de Brenda R. Silver.

[99] Virginia solía firmar sus cartas con el apodo “Sparroy”; se cree que en alusión a la palabra “gorrión”, en inglés: *sparrow*. Sobrenombre cariñoso que podría, a su vez, relacionarse con los otros apodos que solía utilizar referidos a animales, como Ape (simio) o Monkey (mono), Goat (cabra), Capra, Goatus, Wallaby, Mandril, etc.

[100] *Snows* en inglés significa “nieves”, pero en este caso está refiriéndose, por medio de un juego de palabras, a Margery Snowden.

[101] En principio, los hermanos Stephen creyeron que tendrían una renta de trescientas libras anuales cada uno, pero no fue así: “Nuestras rentas eran en gran parte imaginarias y dependían del buen arrendamiento de la casa de Hyde Park Gate, que se obstinó en quedar vacía durante años debido a la mala administración de los Duckworth”, descubrieron más tarde (QB, Vol. II, p. 39).

[102] Gerald Kelly (1879-1972) era un pintor inglés que llegó a ser director de la National Portrait Gallery.

[103] Quentin Bell dice: “No sabemos, aunque podemos suponerlo, que había dolores de cabeza, repentinas taquicardias nerviosas y la creciente certeza de que algo andaba mal en su mente” (QB, Vol. I, p. 89).

[104] *Nun* es palabra inglesa que significa monja. Caroline Emelia Stephen formaba parte de los cuáqueros, una sociedad religiosa pacifista y de costumbres sencillas, cuyo culto consiste únicamente en la oración silenciosa y en el testimonio de los fieles... e “Haworth: noviembre de 1904” (VYV, p. 21). f Haldane le escribió a Violet: “Querida Miss Dickinson: Gracias por enviarme el artículo de Miss S[tephen] sobre Haworth, un lugar que, como muy bien sabe, me interesa muchísimo. Cuántas cualidades, pero creo que la autora puede profundizar aún más en el tema. Sin embargo, es un buen principio, y demuestra mucho talento” (QB, Vol. I, nota al pie, p. 94).

[105] En la planta baja se encontraban el comedor, el living y el estudio-biblioteca de Thoby. En el primer piso había un salón y, en los tres siguientes, cuatro habitaciones con sus propias salas. La habitación de Virginia estaba en el piso superior, desde su ventana podía ver las copas de los árboles de la plaza.

[106] Respecto a Watts: “Es *atroz*: mi última ilusión se ha desvanecido. Nessa y yo caminamos por los salones, casi en lágrimas. Parte de su trabajo, de hecho la mayoría, es bastante infantil” (VW a MV, ene 1905, L, I, p. 174).

[107] El artículo sobre su perro apareció en *The Guardian* el 18 de

enero de 1905: “On a Faithful Friend” (E, I, p. 12).

[108] Matanza perpetrada por la Guardia Imperial rusa el 22 de enero de 1905, cuando cerca de 200.000 trabajadores se congregaron pacíficamente a manifestar frente al Palacio de Invierno del zar Nicolás II, en San Petersburgo.

[109] “Informe sobre las clases en Morley College” (QB, Vol. I, pp. 202-204; QB, III, pp. 597-600).

[110] Reuniones iniciadas en Cambridge por Thoby. También las integraban Clive Bell, A. J. Robertson, Lytton Strachey, Saxon Sydney-Turner y Leonard Woolf (GS y IP, p. 25).

[111] El nombre formal era “The Cambridge Conversazione Society”, fundada en 1820 como una sociedad secreta. La selección era muy estricta. Se elegían cerca de tres miembros anuales entre los alumnos nuevos que parecían más destacados intelectualmente y que eran observados y examinados en conversaciones y aseos con los integrantes del grupo antes de ser admitidos como miembros (GS y IP, p. 28).

[112] George Edward Moore (1873-1958) fue un filósofo que influyó en los estudiantes de Cambridge de la generación de Thoby Stephen, Lytton Strachey y Leonard Woolf. Moore también fue elegido en el grupo de los Apóstoles. Fellow de Trinity College (1898-1904), ejerció allí como profesor de Filosofía (1925-1939). Junto con Bertrand Russell, rechazó el idealismo hegeliano. Mientras que Maynard Keynes dijo que su libro *Principia Ethica* fue ‘la biblia de su generación’, Leonard Woolf lo describió como el único gran hombre que había conocido. Virginia lo conoció personalmente en 1914. La convicción de Moore de que la amistad amorosa era un “supremo bien” fue determinante para los miembros de Bloomsbury (MH, p. 166).

[113] Walter Pater (1839-1894) era hermano de Clara Pater, quien fue profesora de Virginia. Harold Bloom retoma la idea de Perry Meisel, quien sostiene que la sensibilidad de Pater se cierne sobre la obra de Virginia Woolf (HB, p. 10). Para Pater -en oposición a su maestro Ruskin-, el arte es independiente de la moral, y en su autonomía busca, a través de la forma, provocar sensaciones y sentimientos de placer. En cierta ocasión, a la pregunta “¿Por qué tenemos que ser buenos?”, respondió: “Porque ¡es tan bello!” (UE, p. 353). Virginia lo cita en el prefacio de *Orlando*.

[114] En “España”, artículo que publicó en 1905, escribió: “Retazos de un español vehemente atravesaron la lona, y al parecer se referían a

nosotros. La española es una lengua feroz y sanguinaria cuando se escucha bajo tales condiciones. [...] fortificados así contra el asalto criminal que esperábamos, nos dormimos vestidos.” (VYV, p. 151).¹ Se trata de un poema anónimo que Virginia incluyó en su carta a lady Robert Cecil: “Aquí yace una pobre mujer que siempre estaba cansada,/ Vivía en una casa donde la ayuda no estaba pagada:/ Sus últimas palabras fueron: ‘Amigos me voy/ a un lugar donde no deberé lavar, ni barrer ni coser; y todo es como yo lo deseo’”.

[115] Para el crítico Richard Stone, el Friday Club era “uno de los grupos expositores más estimulantes que se dieron antes de la Primera Guerra Mundial” (FS, p. 59).

[116] Virginia Woolf alude a la locución latina que aparece en las *Odas*, I, 11, de Horacio: “*Carpe diem quam mínimum crédula postero*”, que podría traducirse como “Aprovecha el día, no confíes en el mañana”.

[117] Anécdota que Virginia recrea en su novela *Fin de viaje*.

[118] Virginia se llama “Apes” (Monos) a sí misma y a sus hermanos varones. “Wombat” podría ser el nombre que le dio a su perro Gurth.

[119] Según parece, Bernard Shaw detestaba la casa; se trata de la única plaza de Londres diseñada por Robert Adams. El barrio recibía el nombre de Fitzrovia, porque allí se encontraba la Fitzroy Tavern, un enclave de artistas que adquirió notoriedad a partir de la década del veinte. También inspiró varias novelas, entre ellas *The Weather in the Streets* (1936), de Rosamond Lehmann.

[120] Duncan Grant recordó que “las habitaciones más animadas eran el estudio de Virginia [...] y el de Adrian en la planta inferior. La habitación de ella estaba llena de libros desordenados y había una mesa alta donde solía escribir de pie. La ventana en ese piso era doble. Ella era muy sensible al sonido, y los ruidos de los gatos y de la calle eran terribles” (JHS, p. 136).

[121] *Melymbrosia*: la palabra puede ser una combinación de las palabras griegas *miel* y *ambrosía*. La novela terminó por llamarse *Fin de viaje*.

[122] A diferencia de lo que ocurrió con sus otros escritos, Virginia consultó con amigos y parientes mientras escribía esta novela. Madge, Violet, Vanessa, Clive y también Lytton estaban al tanto de sus avances.

[123] Mrs. Raven-Hill estaba casada con un ilustrador de la revista *Punch* y fue vecina de los Bell. En el verano de 1899, cuando Clive tenía dieciocho años comenzaron un *affaire* que duró, en forma esporádica,

hasta 1904. Volvieron a encontrarse tiempo después del nacimiento de Julian, y continuaron sus relaciones. En 1910, cuando nació su segundo hijo, Vanessa estaba al tanto de la situación (FS, pp. 55-56, 65, 70, 72, 78, 82, 87).

[124] El grupo llevaba un libro de actas que da cuenta de las actividades que pueden “considerarse como el centro de Bloomsbury en ese período” (QB, Vol. I, p. 123).

[125] En “Mis primeras creencias”, Maynard Keynes explica la influencia de Moore, basada en que “nada importaba salvo los estados mentales”. Para Moore “las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar son ciertos estados de conciencia, que pueden describirse aproximadamente como los placeres de las relaciones humanas y el disfrute de los objetos bellos”. Keynes explicó que la influencia de Moore se convirtió en una religión que reemplazó “las tradiciones, las convenciones y la palabrería” que asociaban al cristianismo; y al mismo tiempo los protegió “de la definitiva *reductio ad absurdum* tanto del benthianismo como del marxismo” (MK, pp. 92, 100, 109).

[126] Aun así, en 1919, en 1923 y en 1929, revisando este episodio de su vida, Virginia se refirió extensamente al carácter de Lytton y se preguntó, en su diario, qué habría pasado si se hubiera casado con él. Su conclusión fue que lo hubiera terminado encontrando “pleitista. Hubiera puesto demasiadas trabas sobre mí y protestado un poquito si una se hubiera desatado” (D, 15 nov 1919, I, p. 311). También dijo que él la habría inhibido y “no hubiera escrito nada” (D, 14 dic 1929, III, p. 273).

[127] Por su parte, Lytton aseguró que lo aterraba pensar que ella pudiera besarlo (PL, p. 174).

[128] Según Michael Holroyd, biógrafo de Lytton, su propuesta a Virginia y las confesiones a Vanessa se daban en el marco de una situación desesperada o “período negro” en la vida de Lytton, que así intentaba romper el “círculo de infelicidad” en el que estaba atrapado durante el tiempo que duró la relación triangular que involucraba a Duncan Grant y a Maynard Keynes (MHO, p. 201).

[129] En el juego, Virginia era Elinor Hadyng; Clive y Vanessa eran James y Clarissa Philips; Lytton era Vane Hatherley; Walter Lamb era Humphry Maitland; Saxon era Mr. Ilchester. Se referían a lady Ottoline Morrell como a Caroline lady Eastnor (QB, Vol. I, nota al pie, p. 142; VW a LS, 1 feb 1909, L, I, p. 382).

[130] A Nessa y a Adrian les legó 100 libras a cada uno (a moneda actual, U\$S 7910), y a Virginia 2500 libras (a moneda actual, U\$S 197.793). La mayor parte de su legado fue para otra sobrina: Katherine Stephen (VB a VW, 10 abr 1909, RM, nota al pie, p. 81), directora del Newnham College Cambridge entre 1911 y 1920. También fue nombrada tutora de Laura Stephen.

[131] Durante la temporada de 1907-1908 Virginia vivió una especie de manía wagneriana guiada por Adrian y “el excéntrico Saxon Sydney-Turner, un wagneriano fiel e informado a niveles microscópicos” (E, I, p. 292).

[132] El principal transmisor del mito fue su sobrino Quentin Bell, también víctima, como su padre, del humor y comentarios ácidos o burlones de Virginia. Identificándose con el rol de víctima, Bell dice que su tía era “maliciosa”, y llegaba a “creer en la realidad del reluciente edificio que tan fácilmente había erigido. A decir verdad, era ella quien resultaba absurda”. También alude a lo que para él era la manera en que la “capacidad mitómana de Virginia podía crear malestar y confusión” a su alrededor (QB, Vol. I, p. 147). En *Interviews & Recollections* (JHS) y en *Recollections of Virginia Woolf by Her Contemporaries* (JRN), el lector puede encontrar distintas opiniones acerca del carácter de la escritora, provenientes de otros familiares y amigos.

[133] A partir de su experiencia allí, escribió “Impresiones de Bayreuth” (VYV, p. 125).

[134] i Virginia también asistió a la representación de *Lohengrin*. Aunque en el programa de Bayreuth de 1909 figura *Gotterdammerung* (El ocaso de los dioses), no hay constancia de que haya asistido a esa función (E, I, p. 293). Su opinión acerca de Wagner varió con los años (VW a BB, 8 jul 1923, L, III, p. 55).

[135] El telegrama que recibió William May, al mando de la escuadra de la Armada Británica en Weymouth, decía: “Visita príncipe Makalen, Abisinia, séquito, 16.20, hoy, Weymouth. Desea ver Dreadnought. Disculpar tardanza avisar. Olvidamos telegrafiar antes. Los acompaña intérprete” (AS, p. 11).

[136] Esa vez Cole había personificado al tío del sultán de Zanzíbar, y Adrian había sido uno de los miembros de su escolta. Los recibió el alcalde de Cambridge y asistieron a una tómbola de caridad. Aunque visitaron algunos colegios universitarios, evitaron la universidad. Finalmente, fueron despedidos en la estación. Adrian recordaba: “En

cuanto llegamos a los andenes, nos arremangamos las túnicas y echamos a correr entre los que aguardaban la llegada de los trenes, hasta que llegamos a la salida de Great Northern. Nos tiramos de cabeza a unos coches de alquiler, y nos fuimos tan rápido como pudimos”. Según Adrian, aunque la mayoría pensaba que “complacerse en el ridículo de las víctimas era un ensañamiento” (AS, p. 85), Cole logró que el Daily Mail publicara la historia, lo que indignó al alcalde, quien pidió —sin éxito— que los responsables fueran expulsados de la universidad (AS, p. 86).

[137] Herbert Fisher y H. A. L. Fisher la llamaron al orden (VW a VD, 3 feb 1927, L, III, p. 324; VW a ES, 6 oct 1932, L, V, p. 108). Por su parte, aunque William Vaughan desaprobaba la vida que llevaban los hermanos en Bloomsbury, en su álbum de recortes, Madge, su mujer, pegó la foto del grupo que apareció en The Times (JHS, p. 9).

[138] Para más información acerca de la broma del Dreadnought, véanse apéndice E en Virginia Woolf. A Biography, de Quentin Bell (QB, Vol. I, p. 215); SPR, pp. 182-202 o apéndice D de la edición en castellano de Bell (QB, III, p. 613). Allí se incluye una conferencia que brindó Virginia en 1940. Adrian Stephen, por su parte, publicó su versión de los hechos en La inocentada del acorazado.

[139] Virginia Woolf se refirió a las opiniones y “ataques” de Bennett en sus cartas (VW a LRC, 18 feb 1916, L, II, p. 81; VW a KM, 13 feb 1921, CS, p. 126; VW a VD, 5 dic. 1926, L, III, p. 305; VW a VSW, 8 dic 1926, L, III, p. 307).

[140] Cuando Vanessa se casó, Lytton le escribió a Leonard preguntándole cuánto tardaría ella en darse cuenta de la falta de inteligencia de Clive (MHO, p. 59). La descripción que Lytton hacía del carácter de Bell y de los niveles o capas de que se componía —que terminaba en el de la estupidez— no era por cierto halagadora (véanse capítulo IX: 1906, p. 206; FS, p. 57).

[141] Categoría de análisis que remite a lo postulado por la feminista Olive Schreiner (véase BA y JZ, p. 457).

[142] Sobre la atribución de características pornográficas a la muestra, véase CR, p. 63.

[143] Poco después, Virginia le escribía a Molly MacCarthy: ‘De nuevo tengo que vestirme como Salvaje del Mar del Sur para aparecer en una fotografía. ¡Es tan molesto!’ (VW a MMC, 11 mar 1911, L, I, p. 455).

[144] El telegrama que recibió William May, al mando de la

escuadra de la Armada Británica en Weymouth, decía: “Visita príncipe Makalen, Abisinia, séquito, 16.20, hoy, Weymouth. Desea ver Dreadnought. Disculpar tardanza avisar. Olvidamos telegrafiar antes. Los acompaña intérprete” (AS, p. 11).

[145] Walter Lamb (1882-1968) publicó con sus amigos el libro de poesía *Euphrosyne*. En 1905 Lytton Strachey le informó a Leonard, por carta, que Lamb sostenía un affaire con su hermano, James Strachey. Lamb se convirtió en Secretario de la Real Academia, en 1913; y posiblemente fue uno de los modelos para el personaje de Hugh Whitebread en *La señora Dalloway*.

[146] En *Vita & Virginia*, Suzanne Raitt señala que aún a principios del siglo XX, “el lesbianismo no era una identidad política [...] Tomado como una orientación sexual o emocional periódica, prosperaba alegremente en los intersticios de la vida heterosexual” (SR, p. 7).

[147] La relación de Virginia y Brooke se enfrió después de que él discutiera con Lytton, y terminó debido a su antisemitismo cuando se enteró de que ella se casaba con Leonard Woolf.

[148] Holroyd señala que el término *Bloomsberries* —mezcla de Bloomsbury [distrito de Londres] y “berries” [frutas pequeñas]— fue acuñado por Molly MacCarthy, la mujer de Desmond (MHO, nota 8, p. 715). Rupert Brooke llamaba así a los Stephens, los Strachey y sus amigos. Por su parte, Virginia había bautizado a Brooke y a los suyos “neopaganos”, término que se utilizó para describir a un grupo de los artistas prerrafaelistas (MHO, p. 125).

[149] En *Beginning Again*, Leonard Woolf habla del “Viejo Bloomsbury” refiriéndose a los años en los que él aparece formando parte del grupo (1911-1914). Allí dice que sus miembros originales eran trece: los tres hermanos Stephen, Vanessa, Virginia y Adrian, Clive Bell, Leonard Woolf, Lytton Strachey, Maynard Keynes, Duncan Grant, E. M. Forster, Saxon Sydney-Turner, Roger Fry, Desmond y Molly MacCarthy (LW, III, p. 22). Otros, como Duncan Grant, se refieren a un momento anterior: “Antes de la muerte de Thoby y del casamiento de Vanessa, fue allí donde para bien o para mal comenzó a existir lo que se dio en llamar Bloomsbury” (JHS, p. 136).

[150] Optamos por este nombre, pero la casa también aparece citada como Asham House o Ascham.

[151] A pesar del rechazo, Sydney Philip Perigal Waterlow (1878-1944) siguió su amistad con Virginia y, aunque su carrera diplomática lo mantuvo fuera de Inglaterra en los años veinte, en 1919

resumió el libro *International Government* de Leonard Woolf, para citarlo en la Conferencia de Paz de París, después de la Primera Guerra Mundial. Las ideas expuestas por Leonard fueron incorporadas en la creación de la Liga de las Naciones, predecesora de la ONU (MH, pp. 347-348).

[152] Así se titula el capítulo 4 de *A Marriage of True Minds*. An *Intimate Portrait of Leonard and Virginia Woolf*, de George Spater y Ian Parsons, uno de los primeros libros en referirse al matrimonio, que contó con la aprobación “oficial” de Quentin Bell y de Trekkie Parsons, quien fue pareja de Leonard Woolf, durante los últimos años de su vida.

[153] A Leonard le había impresionado mucho oír, de niño, que su padre citara al profeta Miqueas: “¿Qué quiere el Señor de ti sino que obres rectamente y ames la clemencia.?” (LG, p. 184).

[154] Uno de los hermanos de Leonard había fallecido durante el primer año de vida.

[155] Aun así, de adulto todavía recordaba el hebreo (VW a MLD, 27 mar 1916, L, II, p. 85).

[156] Edith Stein —como Leonard, hija de padres judíos— fue una filósofa discípula de Husserl. Se convirtió al catolicismo, se hizo monja carmelita, y estaba en un convento de Holanda cuando los nazis invadieron ese país. Por no abandonarlo, fue exterminada con una de sus hermanas en Auschwitz.

[157] Para una historia de la correspondencia amorosa, véanse las cartas que, expresando sentimientos ambivalentes con respecto a una posible unión, Julia le envió a Leslie antes de aceptar casarse con él. También las cartas entre Carlyle y la que se convirtió en su mujer, reseñadas por Virginia en 1909, “*More Carlyle Letters*”, donde señala refiriéndose a Miss Welsh: “Es verdad que ella dudaba, dijo que no estaba ‘enamorada’ de él, y podía imaginar un amor que la arrasara, como un torrente” (E, I, pp. 257-260).

[158] Sobre este juego, dice Lyndall Gordon: “Una era una gran criatura jaspeada, en ocasiones pájaro encantador, de plumaje florido y proclive a un exótico alarde de cortejo, pero con mayor frecuencia Virginia era un mandril, un voluminoso y feroz babuino de África occidental, a quien ellos también llamaban ‘el gran bruto’. Este bruto tomó a su servicio un ratón insignificante o mangosta (Leonard), por lo demás apodado ‘ganso gris’. La imponente criatura concibió entonces una pasión ridícula por su sirviente poco agraciado, con su cuerpo flaco y acribillado de pulgas” (LG, pp. 188-189).

[159] “Uappin y Lapinova” fue publicado en 1938, pero escrito alrededor de veinte años antes. Lo protagoniza un joven matrimonio que logra encauzar su relación a través de un íntimo juego de apodos en el que establecen que él será el rey Lappin, y ella la reina Lapinova, una pareja de conejos: “Así pues, al regresar de su luna de miel se hallaban en posesión de un mundo privado, habitado únicamente por conejos.” (RC, p. 374).

[160] El anuncio en el diario decía: ‘WOOLF: STEPHEN.- El Sábado 10 de agosto, en la Oficina del Registro de St. Pancras; LEONARD SIDNEY WOOLF, hijo del difunto Sydney Woolf, Q.C., y de Mrs. Sydney Woolf, de Lexham, Colinette Road, Putney, con VIRGINIA STEPHEN, hija del difunto Sir Leslie Stephen, KCB” (JHS, p. 25).

[161] Las lecturas de Virginia durante la luna de miel fueron exhaustivas: Rojo y negro, de Stendhal; El transgresor, de D. H. Lawrence; Crimen y castigo, de Dostoievski; El anticuario, de sir Walter Scott, y El heredero de Redclyffe, de Charlotte M. Yonge

[162] En La Virginia Woolf desconocida, Roger Poole, uno de los primeros en presentar una versión alternativa a la biografía oficial de Quentin Bell, cita extensos párrafos de los artículos publicados por Hyslop: “Queriendo que la mujer fuese madre, la naturaleza confirmó su destino. Desviarse de su estado natural para pasar a otro artificial implica para la mujer una lucha cerebral que es perniciosa para la virilidad de la raza. Hoy la niña media [...] está sometida a las presiones de los métodos educativos modernos, que no son adecuados para prepararla para otra cosa que no sea un papel mental o nervioso en la vida” (RP, p. 159).

[163] Incluso debió renunciar al directorio de un diario porque se negó a disculparse. ‘No tenía sentido discutir con él”, aseguraba Maynard Keynes (NR, p. 158).

[164] DeSalvo dice que la reescritura de Fin de viaje le hizo revivir el trauma del incesto, y que es posible que escribir sobre la muerte de Rachel, que muere poco antes de casarse, la haya precipitado en la insania (LDS, pp. 11, 61, 65, 102, 105). Por su parte, en 1936, corrigiendo las pruebas de Los años, Virginia recordó que no había experimentado tan aguda desesperación desde las pruebas de Fin de viaje, ‘Nunca me sentí tan cerca del precipicio como en 1913” (D, 11 jun 1936, V, p. 24).

[165] Margaret Llewelyn Davies (1861-1944) fue elegida secretaria general del Women’s Cooperative Guild en 1889, y desempeñó esa

función durante treinta y dos años. Bajo su tutela, el gremio se convirtió en una organización dedicada a hacer campañas a favor de una gran cantidad de asuntos relacionados con la mujer y sus condiciones de vida. Davies apoyaba a las sufragistas y era una escritora fecunda. Sus artículos y folletos circulaban en las reuniones del gremio y en las sociedades cooperativas, llegando a una enorme cantidad de lectores (el gremio contaba con 72.000 miembros en 1933, cuando se celebró su quincuagésimo aniversario). En su autobiografía, Leonard la describió como una de ‘las mujeres más eminentes que he conocido’ (LW, III, p. 101).

[166] Una gruesa equivale a doce docenas.

[167] Julia Briggs lo llama “el más humano” (JB, p. 45) de sus médicos. Head tomó contacto tempranamente con los trabajos de Freud y junto a W H. R. Rivers realizó experimentos de “regeneración” con sus propios nervios (JB, p. 42).

[168] “En medio de su demencia siempre había cierto sentimiento de culpa, cuya naturaleza y origen nunca pude descubrir, pero estaba relacionado, de un modo peculiar, con la comida y el acto de comer” (LW, III, p. 163)

[169] Es por lo menos curioso que al recordar esa época —en las memorias que escribió después de la muerte de Virginia—, cuando ella ya había hecho público los abusos que había sufrido, Leonard retrata a George como “un hombre amable en extremo, y creo, muy orgulloso de Vanessa y Virginia” (LW, III, p. 159). Se sabe que el abuso no inhibe los comportamientos sociales amables entre abusador y víctima.

[170] Así pues, en diciembre de 1922, le escribió a Jacques Raverat: “Me doy cuenta de que si peso menos de 60 kilos, oigo voces y tengo visiones, y no puedo comer ni dormir” (VW a JR, 10 dic 1922, L, II, p. 592).

[171] En 1913, su período tuvo un intervalo de 98 días (GS y IP, nota al pie, p. 69).

[172] “La novela recibió críticas positivas en la prensa cingalesa al momento de su aparición. Cuando Woolf volvió a Ceilán de visita en 1960, fue calurosamente recibido [...] por varios motivos: ‘El principal era *The Village in the Jungle*’” (NR, p. 184).

[173] La expresión “*the voyage out*” que utiliza Leonard, y que fue traducida como “la travesía”, alude a la primera novela de Virginia.

[174] La novela fue aceptada por la editorial el 7 de febrero de 1914, y salió publicada en octubre. No tuvo buenas críticas ni buena

recepción por parte del público.

[175] Comentando el manuscrito de *Melymbrosia*, y comparándolo con la novela que Virginia finalmente publicó con el nombre *Fin de viaje*, Louise DeSalvo afirma: “En general, con el paso de los años, la tendencia de Virginia fue la de opacar la nitidez y ferocidad de *Melymbrosia*, para volver más ambiguos sus significados, más ingenua y soñadora a Rachel, y menos arrebatada por la cólera. En *Melymbrosia*, las consecuencias del abuso sexual, el amor homosexual (tratado abiertamente en la relación de Rachel y Helen) y la crítica del imperialismo son enfocados con mayor veracidad y agudeza que en la versión posterior. En *Fin de viaje*, los significados son casi mudos; se trata de una obra de arte más mítica y menos sociopolítica” (*MEL*, pp. XXII- XXIII).

[176] Virginia hace un juego de palabras con el significado de la palabra inglesa “web” (el apellido de sus amigos era Webb), en castellano “red”, por eso los describe como “frágiles tejedores”.

[177] Sir Francis Galton (1822-1911), primo de Darwin, consideró la aplicación de la selección artificial para mejorar la raza humana, esgrimiendo para ello la teoría eugenésica.

[178] Cabe destacar, que además de las depresiones de Leslie y Julia, y de las crisis de Virginia, Adrian fue internado en una clínica de reposo en 1911 y Vanessa atravesó una fuerte depresión en 1912. En su libro *The Flight of the Mind*, Caramagno grafica los períodos de enfermedad de la familia Stephen.

[179] Entre octubre de 1913 y octubre de 1915, Virginia aumentó de 119 a 175 libras [de 54 a 79 kg]. Cerca del 50% de su peso (GS y IP, p. 69).

[180] Karl Abraham escribió ensayos sobre la enfermedad maniaco-depresiva en 1912, y lo siguió haciendo en 1916 y 1924. Los tres trabajos fueron publicados por la Hogarth Press en 1927.

[181] Para ver un estudio detallado de los efectos secundarios o no deseados de la medicación que recibía Virginia, véanse Thomas Caramagno (TC, p. 21), Hermione Lee (HL, pp. 184-185) y Julia Briggs (JB, p. 42).

[182] En Virginia Woolf. *The Impact of Childhood Sexual Abuse on Her Life and Work* (Virginia Woolf. El impacto del abuso sexual infantil en su vida y obra) (1989), Louise DeSalvo examina a fondo esta hipótesis, y analiza las biografías y estudios escritos hasta ese momento. Se refiere tanto a los que relacionan el abuso sexual con las crisis

nerviosas sufridas por Virginia, como a aquellos que desestiman el impacto del abuso sexual; y también pasa lista a los autores para quienes el abuso sólo existió en la imaginación de Virginia Woolf. Su libro ha sido cuestionado por otros biógrafos. Para Hermione Lee, se trata de un trabajo “discutible” que “constantemente sobreinterpreta o falsea los hechos” (HL, nota 68, p. 777). La lectura de DeSalvo ha sido cuestionada también en “A question of evidence”, de Ray Longtin, en *The Charleston Magazine*, y por Caramagno, quien refuta la creencia de que el abuso sexual y el incesto conducen necesariamente al colapso nervioso o al suicidio (TC, pp. 7-8). Por su parte, Alice Miller subraya: “poco después de escribir sus recuerdos sobre el incesto, Virginia Woolf leyó a Freud y comenzó a dudar de la autenticidad de sus recuerdos [...] siguiendo a Freud, Virginia se esforzó por dejar de contemplar el comportamiento humano como lo había hecho hasta ese momento, como consecuencia lógica de las experiencias infantiles, y verlo como el fruto de los instintos, las fantasías y los deseos. [...] Siguió las teorías de Freud y sacrificó su memoria negando lo ocurrido” (AM, p. 49).

[183] Hermione Lee señala que la sensualidad de Virginia Woolf no deja de ser compleja y no admite simplificaciones. También discute ‘la imagen estereotipada de Leonard Woolf como un heterosexual viril y apasionado, que opta por el sacrificio en aras del genio de ella’, y agrega: “La mirada simplista del matrimonio Woolf como asexual y siempre en control, producto del abuso sexual infantil y de la locura, con todos los sentimientos eróticos de ella volcados hacia las mujeres, y todos los de él sublimados a través del trabajo y las mascotas, no incluye ni da cuenta de la profunda ternura de las referencias a mi ‘centro inviolable’ y a la ‘presencia de una vida erótica secreta’” (HL, p. 327).

[184] Las dificultades sexuales de la pareja no quedaron circunscriptas al ámbito privado y se convirtieron en una suerte de comidilla para familiares y amigos. En 1919 Clive Bell le escribió a su amante: “Wolf [sic] se la coge una vez a la semana, pero aún no ha tenido éxito en romperle el himen. Hace seis años que están casados. A ella le provoca muy poco placer. Nada podría ser más privado” (HL, p. 326). Por su parte, Vita Sackville-West le escribió a su marido contándole que Virginia no había tenido relaciones con ningún otro hombre, salvo Leonard, y que estas fueron un completo fracaso, por lo que poco tiempo después las abandonaron (VSW a HN, en LDS y ML, p. 20).

[185] Mary Agnes Hamilton (1884-1966) fue escritora y política

laborista, miembro del Parlamento entre 1929 y 1931, delegada para la Liga de las Naciones y editora del periódico socialista *Labour Leader*. Frederic Spotts, editor de las cartas de Leonard, desestima el rumor señalando que, además de ser amiga de Virginia, “por lo que se sabe, las cartas entre Keynes, Strachey [...] no hacen referencia alguna a tal romance, y el rumor no estaría muy difundido, porque Clive Bell lo habría repetido con gran placer, pero eso no fue lo que sucedió” (FSP, p. 163).

[186] La importancia que Virginia le daba a este juego se observa en su relato “Lappin y Lapinova”, donde un matrimonio se relaciona a través de un juego en el que se apodan como un par de conejos que llevan los nombres del título de la narración: “Al regresar de la luna de miel se hallaban en posesión de un mundo privado, habitado únicamente por conejos” (RC, p. 374). La mujer se pregunta cómo habría “podido vivir aquel invierno sin ese mundo” (RC, p. 375). Cuando cumplen sus bodas de oro, el marido se desentiende del juego, decisión por demás dramática; él dice: “[Lapinova] ‘ha caído en una trampa [...] Ha muerto’. Y se sentó a leer el periódico. Y así concluyó este matrimonio” (RC, p. 380).

[187] Probablemente no haya aspecto más discutido en la biografía de Virginia Woolf que su relación con Leonard. Las interpretaciones van desde ‘sin Leonard no hubiera existido Virginia’, [a decir que] ‘Leonard era un patriarca victoriano celoso del éxito de su mujer’. [...] Aparte de los muchos biógrafos de Woolf, las obras de Jane Marcus, Roger Poole, Louise DeSalvo, Susan Kenney y Ellen Rogat han discutido todas el papel que le tocó -o eligió- desempeñar a Leonard en la vida de Virginia” (MH, p. 371).

[188] En el siglo XVIII, después de los inconvenientes para hacer ingresar a los cuáqueros en el servicio militar, Gran Bretaña reconoció el derecho de algunos grupos a no intervenir en los conflictos bélicos.

[189] Exceptuado del servicio militar, Leonard “se incorporó al consejo de redacción del diario *War and Peace*, y publicó el panfleto *International Government* y otro para *Taxation*, del *Women’s Cooperative Guild*” (MH, p. 372). En *The International Theory of Leonard Woolf. A Study in Twentieth-Century Idealism*, Peter Wilson explica que *International Government* tuvo gran influencia en la creación de la Liga de las Naciones; también analiza su pensamiento político, no muy conocido. En el contexto del escenario político del siglo XXI, se percibe una nueva y amplia apreciación de las ideas de Leonard Woolf, tildadas durante décadas de “utópicas”.

[190] Celeste Albaret fue la mujer encargada de llevar adelante la vida doméstica de Marcel Proust.

[191] La casa en Charleston que ocuparon Vanessa, su familia y Duncan Grant es hoy un museo (www.charleston.org.uk).

[192] Entre ellos, Morgan Forster habló sobre la India, Bob Trevelyan sobre la China y Mary Sheepshanks sobre el Perú (QB, Vol. II, p. 35).

[193] Puede inferirse que se trataba de un proyecto que no tomaban a la ligera: a fines de 1916 los Woolf habían decidido convertirse en aprendices de la St. Bride School, pero descubrieron que solo podían inscribirse si pertenecían a un sindicato (LW, III, p. 233).

[194] En “Tres judíos”, dos judíos ingleses de clase media se encuentran en un salón de té y hablan de un tercero, un viejo guardián del cementerio judío que desheredó a su hijo porque se casó con su criada no judía. La historia trata de las tensiones raciales y de clase, la sensación de pertenencia y exclusión, de las que Leonard también se ocupó en su segunda novela.

[195] En sus memorias, Leonard escribió: “Todavía tengo una lista de las 87 personas que compraron las 134 copias, y todos excepto cinco o seis eran amigos o conocidos” (LW, III, p. 236).

[196] A pesar de no verla, Virginia seguía al tanto de lo que sucedía en la vida de la aristócrata e incluso se escribía con Vanessa comentando la rencilla entre lady Ottoline Morrell y Roger Fry. La disputa se remontaba a 1911 cuando Roger acusó a Ottoline de esparcir el rumor de que él estaba enamorado de ella, y luego empeoró cuando Ottoline se enteró de que él hacía comentarios sobre su relación con Bertrand Russell. Aunque en la Pascua de 1916 Ottoline invitó a Roger a su casa en Garsington, parece que sus relaciones nunca se recompusieron del todo.

[197] Mamífero que segrega almizcle constantemente.

[198] Es un hecho singular que las dos escritoras se hayan referido a supuestos “olores” desagradables para adjetivar a la otra.

[199] Virginia se refería a dichos de Dorothy Brett —una pintora sorda amiga de la escritora, en cuyo departamento en Londres (Hampstead) Katherine y Murry vivieron durante seis semanas en 1922—, que aseguraba haber visto su fantasma deambulando por la casa.

[200] En su libro *Snapshots of Bloomsbury*, Maggie Humm señala que en los álbumes fotográficos de Virginia prevalece una narrativa de lo visual asociada a lo autobiográfico. Para ella, Virginia y Vanessa

utilizan sus álbumes de fotos “como narrativas autobiográficas” (MHU, p. 3).

[201] Por su parte, en su diario, Ottoline admiró la belleza e inteligencia de Virginia, pero la acusó de desdeñosa y de no tener contacto con la realidad. Años después, Ottoline revisó sus apreciaciones: “La considero una amiga fiel y muy encantadora. Su intelecto es tan sensible, tan sutil, que le ilumina el mundo con una luz más brillante que la que percibimos nosotros. ¡Qué despiadada puede ser! ¡Pero cuánto la quiero!” (JHS, p. 28).

[202] A fines de año, decía que tenía ingresos de “cien libras al año” (D, 3 nov 1918, I, p. 214). En *Beginning Again*, Leonard Woolf, como siempre específico en esas cuestiones, dice que en 1917 sus ingresos fueron de £95,9s 6d y en 1918 £104,5s 6d (LW, III, p. 231). A fines de año, decía que tenía ingresos de “cien libras al año” (D, 3 nov 1918, I, p. 214). En *Beginning Again*, Leonard Woolf, como siempre específico en esas cuestiones, dice que en 1917 sus ingresos fueron de £95,9s 6d y en 1918 £104,5s 6d (LW, III, p. 231).

[203] Gerald Shove era un economista casado con Fredegonnd Maitland, poeta y pariente de Virginia, egresada del Newnham College.

[204] Virginia no estaba muy contenta de que Leonard se ocupara de los “darkies”, como los llama en su diario (D, 4 mar 1918, I, p. 122).

[205] El 19 de diciembre de 1918, Virginia publicó en *TLS* “The Russian View” (E, II, p. 343), texto que adaptó e incluyó en *The Common Reader* (TCR, p. 173). (En castellano, “El punto de vista ruso”, *LTI*, p. 9.)

[206] En Katherine Mansfield & Virginia Woolf. *A Public of Two*, Angela Smith se pregunta por la reacción y concluye: “La falta de fe en Mansfield ‘como mujer’ es intrigante, ya que Woolf parece ansiosa por distanciarse de la ambivalente sexualidad de la historia, que es la combinación de deseo heterosexual y anhelo homoerótico, posiblemente un miedo que la remitía, a su extraño interior” (ASM, p. 37).

[207] Escribió Leonard: “Murry siempre estaba presto a sollozar sonora y gentilmente por las tragedias del mundo, pero sus ojos me recordaban los del cocodrilo” (LW, IV, pp. 203-204).

[208] El pintor Mark Gertler fue habitué de Garsington durante la Primera Guerra Mundial y estuvo enamorado de D. Carrington. Los Woolf lo invitaron a Asheham en septiembre. Su pintura era admirada por Vanessa, Duncan y Roger Fry, aunque no su personalidad.

[209] Años después, cuando Mary y Clive se distanciaban, la

relación con la sofisticada mujer, amiga de Eliot y modelo de Matisse, se hizo más íntima, y Virginia escribió en su diario: “Mary dice que soy la única mujer que ama” (D, 5 sep 1926, III, p. 107). También le escribía: “Me gusta que las mangostas se besen, pero mientras se besan para morder: y luego para besar” (VW a MH, 6 may 1929, L, VI, p. 527). En ocasiones, Virginia llegó a admitir que “flirteaba” con ella (VW a VSW, 13 nov 1929, CS, p. 257).

[210] En su libro *Bloomsbury Rooms*, Christopher Reed estudia la relación entre domesticidad, decoración y arte que establecieron los miembros principales del grupo. Especialmente Virginia, Vanessa, Duncan Grant y Roger Fry.

[211] En ese sentido le escribía a Vanessa: “¡Pero lo que Julian quiere hacer casi más que nada es aprender el alfabeto griego! Así que se lo enseñaré, y también están muy ansiosos por escribir ensayos y cuentos para que yo juzgue, de modo que seremos muy literarios, y tenemos la esperanza de persuadir a Quentin de ser un escritor y no un pintor cuando crezca” (VW a VB, 31 dic 1918, L, II, p. 312).

[212] Los ballets rusos de Diaghilev fueron un éxito total entre los miembros de Bloomsbury.

[213] Se refiere a las cuatro hermanas Olivier, que formaban parte de los neopaganos.

[214] Mrs. Hamilton era una escritora socialista fundadora del 17 Club. John Hobson, economista, humanista, apoyaba la causa del voto femenino, la Liga de las Naciones y la Union of Democratic Control. Goldie Dickinson, ex Cambridge, era amigo de Roger Fry. Louise Matthaei fue directora de estudios del Newnham College, Cambridge, entre 1909 y 1916.

[215] La categoría flujo o *fluir* de conciencia fue utilizada por primera vez por Mary Sinclair en su reseña: “The novels of Dorothy Richardson” (Las novelas de Dorothy Richardson) en *The Egoist*, en abril de 1918. Richardson prefería hablar de “monólogo interior” (JB, nota 83, p. 419).

[216] El primer volumen de las novelas de Richardson apareció seis meses después de Fin de viaje. En febrero, Virginia hizo la reseña *The Egoistic The Tunnel* (El túnel) para TLS.

[217] ‘Modern Novels’ apareció en TLS el 10 de abril de 1919. El texto revisado fue incluido, con el título ‘Modern Fiction’, en *The Common Reader* (TCR, p. 146). (En castellano véase ELC, p. 59.) La propuesta de describir lo que le sucede a una mente normal en un día

normal alcanza desarrollo en “El señor Bennett y la señora Brown” (1923), conferencia leída a “Los Heréticos” de Cambridge en 1924, que a su vez reelaboró en *Character in Fiction* (E, II, p. 420).

[218] También pensaron en llamarla Susannah, Paula, Claudia. Bunny Garnett, amante de Duncan Grant, y presente en el nacimiento de Angelica, además de predecir que se casaría con ella, sugirió que se llamara Canada o Minerva (FS, p. 170).

[219] En Virginia Woolf: *An Inner Life*, Julia Briggs señala la fascinación que ejercían sobre Virginia Woolf las similitudes y diferencias entre pintura y escritura. Roger Fry y Clive Bell entendían que “la representación” de la vida no era lo principal en el arte. Más aún, Bell consideraba que era un “signo de debilidad en el artista”. Ambos críticos coincidían en que lo importante era expresar la “forma significativa”, categoría difícil de definir, pero universalmente reconocible, que incluye y enlaza diseño, estructura y ritmo (JB, pp. 6970).

[220] En 1918, al final de la guerra, los Woolf recibieron un preaviso: debían devolver Asheham en septiembre de 1919. Por eso, “comenzaron el desesperado intento de encontrar una casa que reemplazara a Asheham” (LW, IV, p. 61).

[221] Para una descripción detallada de la casa, del pueblo de Rodmell y de sus costumbres en esa época, véase *Beginning Again* (LW, IV, pp. 61-67).

[222] Karin Costelloe (1889-1953) se casó con Adrian Stephen en 1914. Estudió medicina y ejerció el psicoanálisis. Prolífica escritora, entre otros textos, publicó *The Misuse of Mind: A Study of Bergson's Attack on Intellectualism* (1922), con introducción de Henri Bergson. Karin se suicidó en 1953.

[223] A través de esta dedicatoria y en sus cartas a Vanessa y a Violet, Virginia reconocía que sin los cuidados y atención de ellas, no hubiera “sobrevivido para escribir” (VW a VB, 9 dic 1918, L, II, p. 302; VW a VD, 27 nov 1919, L, II, p. 402).

[224] Como advierte Julia Briggs, Virginia debía saber que el nombre de su protagonista, Katharine, derivaba del griego “katharos”, que significa pura, inmaculada, y que remitía al significado virginal de su propio nombre (JB, nota 2, p. 409).

[225] Alusión a Thackeray, que se había separado de la madre de sus hijas.

[226] La casa pertenece ahora al National Trust y, al igual que en la

de Vanessa en Charleston, allí pueden apreciarse decoraciones, pinturas y demás obras de arte del grupo Bloomsbury. En “Atardecer en Sussex. Reflexiones sobre cuatro ruedas” (VYV, p. 67) se puede estimar el encanto romántico que esos parajes tenían para Virginia Woolf.

[227] Virginia siempre reconocería la importancia de este relato. En 1930 le escribió a Ethel Smyth contándole que “Una novela no escrita” había sido el gran descubrimiento que le mostró cómo darle forma a todo su cúmulo de experiencias (VW a ES, 16 oct 1930, L, IV, p. 231).

[228] “Una novela no escrita” fue publicada en London Mercury en julio de 1920. Virginiatemió que los críticos se ensañaran con ella y la encontraran pretenciosa: “Una mujer escribiendo bien” y “escribiendo en The Times” (D, 15 abr 1920, II, pp. 29-30). “Una novela no escrita” fue publicada en London Mercury en julio de 1920. Virginiatemió que los críticos se ensañaran con ella y la encontraran pretenciosa: “Una mujer escribiendo bien” y “escribiendo en The Times” (D, 15 abr 1920, II, pp. 29-30).

[229] Virginia solía referirse al egoísmo y al egotismo de los escritores; este último término alude a un rasgo específico de carácter, asociado a la necesidad de alabarse constantemente, sobrevalorarse e incluso despreciar las cualidades de los otros.

[230] Según Leonard, los primeros integrantes del Memoir Club fueron los “originales trece miembros de Bloomsbury” (LW, IV, p. 114). Quentin Bell no está de acuerdo: dice que, de ser así, debería figurar Adrian y tal vez no debería incluirse a Sydney Waterlow (QB, Vol. II, nota al pie, p. 83).

[231] En sus memorias Leonard rescató la calidad de los textos, que en ocasiones podían ser algo más que divertidos, como sucedió con los de Maynard Keynes, que fueron publicados tal cual como habían sido leídos en el Memoir Club (véase MK).

[232] Mientras que en 1919 publicó unos cuarenta y cinco artículos, en 1920 se redujeron a treinta y uno; en 1921, a quince, y en 1922, a cinco.

[233] A mediados de julio de 1918, Virginia le escribió a Nessa pidiéndole su opinión acerca de “Kew Gardens” y ‘Preludio’ y reconociendo: “Dime qué te parece [‘Preludio’]; y si me dijeras que no te gusta tanto como ‘Kew Gardens’, no pensaré menos de ti; pero mis celos, repito, son tan solo una película en la superficie, y debajo solo hay generosidad” (VW a VB, 15 jul 1918, L, II, p. 259).

[234] La alusión a ser invitada a Buckingham esconde una ironía, ya

que refiere a una carta de Madge, del 7 de marzo, donde contaba con orgullo que había sido invitada al palacio y conocido al rey y a la reina (VB a MV, 10 mar 1920, RM, pp. 235-236).

[235] Samuel Solomonovitch Koteliensky (1892-1955) llegó a Londres con una beca en 1910 y permaneció allí el resto de su vida. Enseñó ruso a Leonard y Virginia (MH, p. 140).

[236] Ralph Partridge sirvió, junto con el pintor Gerald Brenan, en la Primera Guerra Mundial. Desde 1919 vivía —en Tidmarsh— una compleja relación triangular con Lytton y Carrington. Ralph se confesaba enamorado de Carrington, que a su vez lo estaba de Lytton, mientras este se sentía atraído por Partridge. Algunos de los aspectos de su relación son tratados en la película *Carrington*, dirigida por Christopher Hampton (Reino Unido-Francia, 1995).

[237] En 1919 Maynard Keynes formó parte de la delegación inglesa que participó de las negociaciones del Tratado de Versailles. En el prólogo del libro donde se publicó su exposición en el Memoir Club, David Garnett señaló que esta “proporciona un análisis extremadamente claro del carácter y la vida de los responsables de la prolongación del bloqueo de alimentos en Alemania, en 1919, meses después de la firma del armisticio”. En dicho volumen también está incluida otra de las contribuciones de Keynes al Memoir Club: “Mis primeras creencias” (MK, p. 81).

[238] Para Leonard, lo que sucedía es que lograron “derretir” barreras formales. Así, en 1922, Eliot aceptaba una invitación a tomar el té en un “nuevo estilo” (LW, IV, p. 244): “Asegúrese de que las Zarigüeyas no puedan rehusar/ con la Sra. Woolf los jueves un té tomar./ Y si sigo viva, con ahínco,/ vendré a tomar el té contigo a las cinco./ Me encantaría venir a las cuatro y media,/ pero un almuerzo de negocios me asedia./ Y siento la responsabilidad/ de antes de mi té trabajar./ Pero, por favor, no dejes la pava silbando/ y una taza y plato ve reservando,/ y mantén el agua sobre la bilis,/ una silla, y (eso espero) una sonrisa”. (El juego de palabras que se establece entre el primero y el tercer verso resulta intraducible. En inglés, existe la expresión “*to play possum*”. “*Possum*” significa zarigüeya, y la expresión “hacerse la zarigüeya”, hacerse la muerta.)

[239] Sodomía, en inglés “sodomy”. Señalamos nuevamente que Virginia nunca escribía la palabra, sino que la disfrazaba de esta manera.

[240] Marica, en inglés “buggef”.

[241] Laura decía frases incongruentes, que Louise DeSalvo relacionó con un presunto abuso sexual: “Le dije que se fuera” o “Bájalo, pues” (VW a VB, 13 nov 1921, L, II, p. 492).

[242] Los Woolf compraron de segunda mano una imprenta Minerva, similar a la que poseía McDermott, y en la que imprimieron Preludio. Leonard siempre agradeció los consejos del imprentero, incluso cuando habiendo instalado la pesada máquina en el comedor les dijo que, por su peso, la máquina podía caer sobre la cabeza de los que estuvieran en la cocina. Después de dismantelar la imprenta, optaron por ponerla en la planta baja, al fondo de la casa (LW, IV, p. 72). En 1930, la Minerva pasó a manos de Vita Sackville-West y hoy se encuentra en la que fue su casa, en Sissinghurst Castle, en Kent.

[243] El año de nacimiento de Thoby era, en realidad, 1880.

[244] Años después, recordando esos momentos, escribía: “Me dijeron que mi pulmón derecho se encontraba enfermo; que mi corazón estaba inflamado; y L. y yo caminamos preparados (eso dijo el hombre) para morir en quince días” (VW a ES, 8 oct 1930, L, IV, p. 227).

[245] Activa socialista que Virginia incluyó en la lista de sus amigos el año anterior.

[246] La extracción de dientes era una práctica común en la época, ya que las infecciones dentarias se relacionaban con trastornos orgánicos de diverso tipo, incluidas las enfermedades nerviosas y mentales.

[247] Refiriéndose a la extrema formalidad de Eliot, Leonard recordó: “Caminaba con Virginia y conmigo a través del campo hacia el río. De pronto sentí ganas de orinar y me retrasé para poder hacerlo. Ninguno de mis acompañantes vio lo que yo estaba haciendo, pero supongo que fue muy obvio. De todos modos, cuando los alcancé, sentí que Tom estaba incómodo, incluso escandalizado. Le pregunté si lo estaba y me dijo que sí, y luego tuvimos lo que poco a poco se tornó en una conversación franca y abierta acerca de las convenciones y la formalidad. Tom dijo que no solo él no podría haber hecho lo que hice, sino que ni siquiera soñaría en afeitarse delante de su esposa” (LW, IV, p. 108). En diciembre de 1923 (D, 19 dic 1923, II, p. 278), Eliot se sintió profundamente abochornado cuando se emborrachó en una reunión a la que había invitado a los Woolf y telefoneó a Virginia al día siguiente para disculparse.

[248] Envió “En el huerto”, una narración corta que Eliot editó en *The Criterion* en 1923. ‘Miranda dormía en el huerto, pero ¿estaba o no

dormida? Su vestido púrpura estaba tendido entre los dos manzanos... ” (RC, p. 213).

[249] Virginia debía intuir lo que pensaba Eliot de la escritura de las mujeres. En una carta a su padre, en 1917, el poeta aseguraba: “Lucho por que la escritura [en *The Egoist*] quede en manos masculinas, porque desconfío de las femeninas cuando tocan la literatura” (HL, p. 433).

[250] Por entonces, escribía en su diario: “La psicología de Tom fascina y desconcierta [...] ¿por qué retorcerse y angustiarse y casi sofocarse con humillación ante la mera mención del Dinero? Va parejo con eso de no orinar delante de tu mujer” (VW a RF, 22 oct 1922, L, II, p. 572).

[251] En “¿Soy una esnob?”, texto escrito para ser leído en el Memoir Club, en 1936, y publicado póstumamente, además de analizar su esnobismo y burlarse de sí misma, Virginia hizo un humorístico relato de sus relaciones con Sybil Colefax (véanse: MOB, p. 203; MDV, p. 292).

[252] Wyndham Lewis (1882-1957) fue crítico, artista y novelista, y lideró junto a Ezra Pound el Movimiento Vorticista, movimiento futurista de vanguardia. Se asoció a Roger Fry en Omega Workshops, pero luego discutió con él y terminó distanciándose del proyecto. A partir de entonces comenzaron sus ataques a Fry y a Bloomsbury. En su novela *The Apes of God* (1930), satirizó a los miembros del grupo. Lo mismo hizo en su libro *Men Without Art* (1934). En su capítulo sobre Virginia escribió que era “un fenómeno puramente feminista” que no sería tomado en serio pasado el tiempo. En otro libro, escrito en 1930 pero recién publicado en 1973, la caricaturizó como ‘la Emperatriz del Londres Pedante, una dama enfermiza y desgarbada que viste muselina victoriana festoneada de intelecto’ (MH, p. 147).

[253] En cuanto a las negociaciones con él, escribió: ‘Diría que Duckworth se encuentra un poco enojado conmigo’. De todas maneras, creía que no le gustaría el libro (VW a VD, 29 oct 1922, L, II, p. 574).

[254] Julia Briggs destaca que, reconociendo la dimensión pictórica de la novela, Carrington afirmaba: “Tus visiones son tan claras y bien diseñadas”. Por su parte, Lytton le aseguraba que las imágenes eran “más como poesía... que como cualquier otra cosa, y por lo tanto las declaro inmortales” (JB, p. 105).

[255] En sus memorias, Leonard afirma que a finales de 1923 habían vendido 1413 ejemplares, con una ganancia de libras 42, 4s. 6d. “Pensamos que nos había ido muy bien” (LW, IV, p. 73).

[256] En una carta a Janet Case, Virginia informa acerca de los votos exactos que obtuvo cada uno de los candidatos (VW a JC, 19 nov 1922, L, II, p. 586).

[257] Virginia recordaba el rostro de Katherine: “Los de ella eran ojos hermosos, bastante perrunos, marrones, muy separados, con una expresión permanentemente triste y fiel. Su nariz era afilada, y un poco vulgar. Sus labios, finos y duros. Usaba polleras cortas” (D, 16 ene 1923, II, p. 226).

[258] Marie Stopes (1880-1958) escribió el manual sexual *Married Love and Wise Parenthood*, publicado en 1918.

[259] Desde el primer momento Virginia invistió a Vita de un halo romántico y con raíces rastreables en el tiempo por lo menos 500 años atrás; cuestión que elaborará finalmente, varios años después, en el Orlando.

[260] Tocada por las críticas de Bennett, Virginia escribió: “No tengo ese don de ‘realidad’. Desrealizo, voluntariamente en cierta medida, desconfiando de la realidad... su baratura” (D, 19 jun 1923, II, p. 248)

[261] Aunque Virginia pudiera llamarlo sospechoso o vano (D, 5 may 1924, II, p. 302), Eliot colaboró en difundir parte de su trabajo, y consideró que “Character in Fiction” era una gran contribución a la historia de la crítica literaria.

[262] Además del protagonismo de la ciudad de Londres en sus libros, Virginia Woolf escribió numerosos artículos sobre su ciudad. Entre ellos, traducidos al castellano, destacan: “El forastero en Londres”, “Londres revisitada”, “Caminatas por las calles: Una aventura londinense”, ‘Estruendo en Wembley’ (VYV, pp. 89-119), ‘Retrato de una londinense’, ‘Eos muelles de Londres’, ‘El oleaje de Oxford Street’, “Casas de grandes hombres”, “Abadías y catedrales”, ‘Esta es la Cámara de los Comunes’, “Historia de ‘Londres’” (LON, pp. 7-89). No es extraño entonces que existan en la actualidad guías turísticas con distintos recorridos woolfianos de la ciudad. Véase *Virginia Woolf's London. A Guide to Bloomsbury and Beyond* (JMW).

[263] Hay dos versiones de *Freshwater*, una de 1923 y otra de 1935, representada ese año en el estudio de Vanessa Bell, cuando Angelica cumplió los diecisiete años.

[264] Que Virginia y Vanessa aceptaran a Lydia fue tan difícil como que aceptaran a Karin, la mujer de Adrian, a Dora Carrington, relacionada con Lytton, o a Mary Hutchinson, la amante de Clive.

Podría decirse que si bien los miembros varones originales de Bloomsbury habían sido amigos de Thoby, y con el tiempo fueron como sus propios hermanos, las dos eran cuñadas celosas respecto de las mujeres de sus hermanos y amigos.

[265] En proceso de psicoanálisis, Adrian se separó temporalmente de su mujer. En tanto que la Hogarth Press comenzó a traducir y publicar los trabajos de Freud en inglés, la cercanía con psicoanalistas ingleses como James y Alix Strachey facilitó en el grupo de Bloomsbury la divulgación de esta teoría.

[266] También existe, en castellano, una edición infantil, con ilustraciones de C. F. Montesinos (LVYEL).

[267] Comenzaba un nuevo cuaderno de sus diarios y escribía: “Ahora, ¿cuánto de esto es sueño, y cuánto, realidad? Me gustaría, y mucho, leer ahora la última página de este volumen en blanco y encontrar allí mis sueños hechos realidad” (D, 3 ene 1924, II, p. 281).

[268] La Queen’s Dolls House, comandada para la reina Mary en 1921 y diseñada por Edwin Lutyens, se terminó de construir en 1924. Es una réplica del palacio de Windsor en escala 1:12 y consta de sistema eléctrico, agua, ascensores, cuadros y garaje. Se dice que es la casa de muñecas más famosa del mundo.

[269] Clive se refería a una mujer bella y de la alta sociedad, hija del 8° Duque de Rutland.

[270] En inglés Kapok. El capoc es un árbol cuyas vainas producen, una vez abiertas, un algodón muy esponjoso, cuya hebra no puede hilarse. Virginia se fabricaba caseramente sus toallas femeninas. En inglés Kapok. El capoc es un árbol cuyas vainas producen, una vez abiertas, un algodón muy esponjoso, cuya hebra no puede hilarse. Virginia se fabricaba caseramente sus toallas femeninas.

[271] Anticipándose a una moda actual, le sugería que escribiera sobre la manera de vestirse elegantemente pero con un presupuestoacotado. Mary declinó la propuesta (VW a MH, 15 feb 1924, L, VI, p. 505).

[272] Elizabeth Ponsonby era nieta del secretario privado de la reina Victoria e hija de Arthur y Dorothea Ponsonby. Su padre fue un político destacado. Murió por envenenamiento alcohólico antes de cumplir los 40 años.

[273] Virginia cita a George Meredith: “More brain, Oh Lord, more brain!”.

[274] Judd Street era una de las calles más pobres de Bloomsbury.

[275] Virginia le escribía a Nessa: “¿Qué hay con Lydia? Ruego a Dios que Maynard se haya contenido (un fatal e irreparable error)” (VW a VB, 28 abr 1923, L, III, p. 33).

[276] En Horas en una biblioteca, Virginia recalca que “el lector verdadero es esencialmente joven” y diferencia al “hombre que ama la erudición y el hombre que ama la lectura” (*HEUB*, p. 13). Allí hace un repaso de sus lecturas de sus 20 años: todo Meredith e Ibsen, un poco de Bernard Shaw, Conrad, Thomas Hardy, Henry James, George Eliot, todas las novelas de Jane Austen —más de una vez—, Thomas Love Peacock, los viajes de Hakluyt. “He peinado la literatura isabelina bastante a conciencia, he leído mucho a Webster, Browning, Shelley, Spencer y Congreve” (*HEUB*, p. 14).

[277] “Me regocijo de coincidir con el lector común; pues el sentido común de los lectores, incorrupto por prejuicios literarios, después de todos los refinamientos de la sutileza y el dogmatismo de la erudición, debe decidir en último término sobre toda pretensión a los honores poéticos” (*ELC*, p. 9).

[278] Había planeado: “Podría haber un capítulo introductorio. Una familia que lee los trabajos. Lo que habría que hacer sería envolver cada ensayo en su propia atmósfera. Situarlos en una corriente de vida, para darle forma al libro; para acentuar una línea principal; pero cuál sería esa línea, solo puedo verlo al leerlos de corrido. Sin duda la ficción es el tema que prevalece” (D, 17 ago 1923, II, p. 261).

[279] Cuando Virginia escribió la introducción de la novela para la edición norteamericana, se refirió al proceso creativo señalando que “en la primera versión, Septimus, quien luego sería su doble, no tenía existencia alguna, y Mrs. Dalloway se suicidaba o quizá simplemente moría cuando finalizaba la fiesta” (*E*, IV, p. 549).

[280] Bernardette Murphy comenzó a trabajar en la Hogarth en febrero de 1925. En julio de ese año fue reemplazada por la señora Cartwright, quien continuó en la imprenta hasta marzo de 1930.

[281] La novela fue bien recibida, aunque Lytton no apreció demasiado el personaje de Clarissa, lo mismo que el Scrutiny, que señalaba que era el retrato de una mujer “privilegiada” escrito por otra mujer “privilegiada” (JB, p. 156). La mayoría de los integrantes de Bloomsbury la aclamaron (Clive Bell, Raymond Mortimer, E. M. Forster). Las reseñas en *TLS*, *Saturday Review* y el *New Statesman* contenían buena parte de elogios. Julia Briggs señala que “la reseña más perspicaz” correspondió al *New York Saturday Review of Literature*, y

agrega: “Sesenta y siete años después, en enero de 1992, Penguin imprimió doce mil ejemplares, y doce meses más tarde, otros catorce mil. Después del éxito del film de Daldry, *Las horas*, *La señora Dalloway* se ha transformado en la más popular de las novelas de Woolf” (JB, p. 157).

[282] El 14 de junio dejó constancia en su diario que había escrito seis historias; “las mezclé desordenadamente y planifiqué, quizá con demasiada claridad, *Al faro*” (VW a ESa, 31 may 1925, L, III, nota al pie, p. 187). Estas historias se reunieron bajo el título de *Mrs. Dalloway's Party* (1973). En *La señora Dalloway recibe (LSDR)* se publicaron, en castellano, una serie de relatos sobre la señora Dalloway, o escritos mientras preparaba la novela y que no fueron incluidos en la misma: “La señora Dalloway en Bond Street”, “El hombre que amaba al prójimo”, “La presentación”, “Antepasados”, “Juntos y separados”, “El vestido nuevo”, “Un resumen”.

[283] “Dadie” Rylands estudió en Eton y Cambridge y fue miembro de los Apóstoles. Trabajó en la Hogarth a finales de 1924 y luego dejó la imprenta para cumplir con su beca en Cambridge. En diciembre de 1925 los Woolf publicaron su poema “Russet and Tafetta”

[284] Edición de mayo de 1924. Uno de los retratos de esta sesión fotográfica apareció también a principios de mayo de 1926.

[285] A finales de junio, Virginia y Nessa comieron con Jack Hills, su cuñado, viudo de Stella, quien de pequeñas las incentivaba en la caza de mariposas y que por entonces buscaba la reelección como diputado conservador. Mientras Nessa le “tiraba de la lengua” recordándole la “dulce cordialidad” que antaño había percibido en su madre, Virginia se sintió algo nerviosa con este encuentro, que seguramente contribuyó a los recuerdos que iluminaron la escritura de *Al faro*.

[286] “On being ill” [Estar enfermo] es un ensayo que también fue publicado en abril de 1926 en Norteamérica y en 1930, revisado, por la Hogarth Press. Comienza con la idea de que, siendo una experiencia común para los seres humanos, la enfermedad no es uno de los temas principales de la literatura. Virginia señala las dificultades del idioma inglés para dar cuenta de la experiencia de la enfermedad en un texto que es conmovedor porque puede leerse como el correlato de sus crisis.

[287] Maynard Keynes fue a Rusia como invitado representante de la Universidad de Cambridge, para las celebraciones del bicentenario de la Academia de Ciencias de Leningrado. También para visitar a la familia de Lydia. Sus reflexiones acerca del régimen soviético fueron

publicadas en N&A y luego por la Hogarth en diciembre de 1925: A Short View of Rusia.

[288] Will-of-the-wisp, o Will o ' the wisp, es el nombre que se da a una visión destellante de luz que aparece en las plantaciones en la oscuridad. Se cree que es un duende maligno que intenta engañar a la gente. En realidad se trata de un fenómeno óptico muy común. En la pampa argentina suele llamarse “luz mala”.

[289] De hecho, Vita no consideró la posibilidad de acompañar a su marido en la vida diplomática. Tampoco estuvo de acuerdo en asumir las obligaciones de esposa de funcionario, aunque sí aceptó reunirse con él entre enero y mayo del siguiente año.

[290] Por entonces la doctora Elinor Rendel (1885-1942), hija de la hermana menor de Lytton Strachey, ejercía en Londres, y fue médica de Virginia en Tavistock Square.

[291] Virginia le recordaría a Vita ese momento en su correspondencia de los años siguientes: Xmas Day 1926 (VW a VSW, Navidad 1926, L, III, p. 308); 5 de febrero de 1927 (VW a VSW, 5 feb 1927, L, III, p. 325); 7 de enero de 1933 (VW a VSW, 7 ene 1933, L, V, p. 147); 14 de febrero de 1933 (VW a VSW, 14 feb 1933, L, V, p. 156) y 13 de diciembre de 1933 (VW a VSW, 13 dic 1933, L, V, p. 260).

[292] Es interesante destacar que Virginia utiliza a menudo la palabra “queer” (rara), término que, como señala Suzanne Raitt, comienza a ser empleado en relación con la homosexualidad alrededor de 1932 en un texto de Auden, y que Vita, probablemente conociendo “la connotación de la palabra”, había utilizado en “The Edwardians” (1930) (SR, p. 105).

[293] Años después y recordando su encuentro en Long Barn, Virginia le escribió: “La noche en la que fuiste emboscada, aquel invierno, en Long Barn (18 de diciembre de 1925)” (VW a VSW, 29 dic 1928, L, III, p. 568).

[294] Recordemos que para referirse a las relaciones homosexuales entre mujeres Virginia utilizaba el término “safista” Suzanne Raitt señala que la primera vez que se utiliza la palabra lesbiana en el Oxford English Dictionary es en 1908; y que Vita la usa en 1929 (SR, p. 2). Como ya señalamos, para nombrar a quienes mantenían relaciones homosexuales masculinas, Virginia siempre utilizó el término “sodomitas”.

[295] El lesbianismo no era una identidad política”, afirma S. Raitt (SR, p. 6) refiriéndose a las mujeres de la década del veinte, y

particularmente a Vita y Virginia.

[296] Dorothy Violet Wellesley [née Ashton] (1889-1956) era poeta y duquesa de Wellington. Luego de su affaire con Vita, fue la amante de la productora radial de la BBC, Hilda Matheson.

[297] En cuanto al presente, el encuentro con Rose Macaulay la perturbó al punto de reconocer en su diario: “Vi mi propia posición, bastante rebajada y disminuida; esto es parte del valor de ver a gente nueva... y aún más de ir a sus casas. Una queda en todo caso, minimizada; aquí, en el eterno Bloomsbury, una tiende, sin darse cuenta, a expandirse” (D, 24 feb 1926, III, p. 64).

[298] ‘Él hizo que yo tuviera una vida decente. Derribó todo el edificio, y nunca supo lo que estaba haciendo. Nunca comprendió que si Dios desaparecía la moralidad le seguiría. Un hombre notable; porque aunque no creía en Dios, era más estricto que quienes sí creían’ (D, 24 feb 1926, III, p. 64).

[299] Refiriéndose a Freda, y con ello al tipo de mujer que representaba, Virginia retomaba la visión idílica de su madre, decía que “había encontrado al verdadero ser humano, algo tan simple y adaptado a su entorno que es casi irreflexivo en Freda. Está más cerca de la humanidad que yo; penetra a mordiscos hasta el corazón de la misma, de una forma que yo no puedo. Sus muslos están cubiertos de miel” (D, 3 mar 1926, III, p. 67).

[300] Es lo que Leonard hizo en Diario de una escritora, antes de que se publicaran los diarios completos. De hecho, Virginia confiaba en su capacidad como escritor al punto de no extrañarle que Phil Noel-Baker pensara “que L. era el mejor escritor vivo y que era una pena que dedicara tanto tiempo al Nation y a la Hogarth” (D, 24 mar 1926, III, p. 71).

[301] “La vida ha sido muy buena con los Leaf. Yo diría que ha sido perfecta. Entonces ¿por qué tantos aspavientos respecto a la vida? [...] Puedes ahondar en la vida de Walter y todo es sólido y satisfactorio. Su hijo le besa y dice ‘Dios te bendiga, papá’. Y él se arrellana en los cojines riéndose entre dientes. Elige un mostachón. Cuenta una historia. Lotta ronronea [?] vestida de terciopelo negro” (D, 9 abr 1926, III, p. 74).

[302] Janet Vaughan recordó que durante la huelga recorría Londres en bicicleta y que una noche se encontró con Leonard y Virginia “a tomar cocoa; Bloomsbury era muy adicto a la cocoa. Virginia estaba fascinada por saber cómo era conocer Londres en bicicleta” (JHS, p.

10).

[303] El arzobispo de Canterbury había iniciado una junta de firmas intentando una conciliación de las partes.

[304] Allí había pasto para uno de los chismorreos preferidos de Bloomsbury. La hija de Ottoline estaba enamorada y quería casarse, pero los padres se oponían, y se rumoreaba que se estaban comportando “escandalosamente”. Por su parte Julian, la hija en cuestión, aseguraba que por el conflicto se veían en Garsington “escenas de horror sin paralelo”. Divertida, al enterarse de la situación, Virginia le escribía a Vanessa: “Innecesario decirlo. Me quedaré allí” (VW a VB, 2 jun 1926, L, III, p. 269). Finalmente, los padres de Julian triunfaron y tiempo después ella se casó con otro hombre, del que a su vez se divorció, para reincidir con su amor contrariado.

[305] El relato “El vestido nuevo” puede leerse como eco o testimonio de las sensaciones de Virginia Woolf cuando se sentía observada o criticada por su atuendo. Pretender ser original se convierte en “una orgía de amor propio, que merecía severo castigo, y que lo tuvo al vestirse de esta manera” (LSDR, p. 58).

[306] Hardy se refería a un cuento de Aldous Huxley que terminaba con un hombre saliendo de una habitación. Después del encuentro, Virginia se preguntaba “cuáles serían sus intereses y actividades secretas —a qué ocupación se fue andando pasito a paso cuando le dejamos— no lo sé” (D, 25 jul 1926, III, p. 95).

[307] ¿Sabría Leonard que Vita estaba al tanto de cómo era su intimidad sexual con Virginia? Lo cierto es que ella le escribía a Harold al respecto: “Nunca vivió con otro hombre más que con Leonard, lo que fue un error, y fue abandonado muy pronto” (SR, p. 160).

[308] Más aún, en 1925 Virginia escribió luego de pasar tres días con Vita en Long Barn: “En parte gracias a él [Leonard] acabé este año herido y enfermo por todo lo alto” (D, 21 dic 1925, III, p. 57).

[309] Vita le escribió a su marido diciendo que, al referirse a lo “oscuro” que había en ella, Virginia había puesto el dedo en la llaga: la había descubierto (LDS y ML, p. 21). Suzanne Raitt señala que la escritura de *Orlando* fue una manera de inyectar “nueva energía y tensión en su relación” (SR, p. 18).

[310] El fin de *Al faro* convocaba imágenes de alumbramiento: “La bendita cosa está llegando a su (fin), me digo con un gemido. Es como un proceso de la naturaleza prolongado, bastante doloroso pero excitante, que uno desea desesperadamente que termine. Oh, el alivio

de despertarse y pensar que está hecho [...] Si mi impresión es correcta, esta es la mayor distancia que he hecho recorrer a mi método, y ha aguantado” (D, 13 sep 1926, III, pp. 101102).

[311] Edmund Gosse (1849-1928), al que Virginia llama “el pulcro horter” que adulaba a Vita durante la conferencia y atacaba a los bolcheviques, era un “hombre de letras, sumo sacerdote de la clase dirigente literaria y dispensador de un evangelio semanal en el Sunday Times” (D, III, 1926, nota 4, p. 328).

[312] De todas maneras, no fue un fin de año triste. Después de un fin de semana junto a Vita en Long Barn, los Woolf fueron a Cornualles y pasaron Navidad con Ka y Will Arnold Forster. Aunque hizo demasiado frío y optaron por volver antes de lo previsto, la visita al lugar de la infancia fue un buen final para Al faro. Una etapa se cerraba.

[313] En Una mentira piadosa, Angelica Garnett dice que primero la enfermedad fue diagnosticada como una neumonía y luego “como fiebre tifoidea, que en aquellos días era una enfermedad mucho más común y más aterradora que en la actualidad” (AG, p. 117).

[314] Cabe señalar que cuando Quentin escribió la biografía de su tía, debió leer estas consideraciones y las tampoco gratas calificaciones con las que se refería a su padre. La insistencia de Quentin en presentar el retrato de un personaje poco confiable en sus relaciones personales, así como también su insistencia en hablar de la “locura” como explicación de conductas y juicios con los que tal vez no concordaba, pueden leerse a la luz de esos pequeños pero reiterados desprecios que surgen de los diarios y de las cartas de Virginia, y que seguramente se percibían en las relaciones entre tía, sobrinos y cuñado.

[315] Por entonces, Vanessa Bell exponía junto con otros artistas, en el 163 de New Bond Street.

[316] Aún entonces, Virginia le escribía: “Pienso en ti como un cuenco de agua dorada que rebosa pero nunca se derrama” (VW a VB, 14 abr 1927, L, III, p. 363). Por su parte, Angelica, hija de Vanessa, también reconoció que su madre poseía “una cualidad monolítica que hacía recordar la implacable sonrisa de una primitiva Afrodita” (JRN, p. 85). Aún entonces, Virginia le escribía: “Pienso en ti como un cuenco de agua dorada que rebosa pero nunca se derrama” (VW a VB, 14 abr 1927, L, III, p. 363). Por su parte, Angelica, hija de Vanessa, también reconoció que su madre poseía “una cualidad monolítica que hacía recordar la implacable sonrisa de una primitiva Afrodita” (JRN, p. 85).

[317] A vuelta de correo, Virginia le envió dos ejemplares de *Al faro* y le dijo a Nessa que esperaba su “buena opinión, que es más de lo que uno puede decir de la mayoría de la gente” (VW a VB, 8 may 1927, L, III, p. 370).

[318] Como se llamaba cariñosamente con sus hermanos y con Leonard, Virginia y Vita también tenían apodos del reino animal. Por eso cuando Virginia le preguntó a su amiga si captaba la broma, lo hizo llamándola “Queridísima Burra West” (Donkey West). Vita le contestó: “Por supuesto que entendí que era una broma ¿o me consideras un verdadero burro?” (VSW a VW, 10 may 1927, LDS y ML, p. 170).

[319] Respecto a la idea de estructura, Virginia le explicó a Roger Fry: “Uno debe tener una línea hacia la mitad del libro para unir todo el diseño. Vi que todo tipo de sentimientos se acumularían sobre esto, pero me rehusé a pensarlos, y confié en que las personas no la volverían el depósito de sus propias emociones... cosa que han hecho, uno creyendo que significa una cosa, otro otra. No puedo lidiar con el Simbolismo excepto de esta vaga, generalizada manera. Si está bien o mal, no lo sé, pero en cuanto se me ha dicho lo que una cosa significa, se torna odiosa para mí”. En esta carta ella también le agradece a Fry el haberla mantenido sobre el buen camino, “en lo que a escribir se refiere” (VW a RF, 27 may 1927, L, III, p. 385).

[320] Ciertos subproductos de Bloomsbury también pugnaban por reconocimiento. Por entonces apareció un libro de Marjorie Strachey, la hermana de Lytton, que Virginia detestó: “Su libro... nos deja a todos como imbéciles, prácticamente con nombre y nos compara con Jos [Wedgwood] y consigo misma, bastante para desventaja nuestra” (VW a VB, 22 may 1927, L, III, p. 381). Aun así, encontraba en el libro ciertos méritos debidos sobre todo a haber adoptado recursos modernos; también le interesaba encontrar lugares y personajes conocidos, lo que la invitaba a seguir leyéndolo.

[321] Otro aspecto de la fama consistió en recibir invitaciones de la BBC, por lo que, a mediados de julio de ese año, Virginia y Leonard fueron a la radio para hablar sobre libros y literatura.

[322] “Gloomsbury”, juego de palabras que une Bloomsbury y el adjetivo *gloom*, melancolía en inglés.

[323] Valerie Taylor, joven actriz del momento.

[324] Por alguna razón, a Virginia le costaba creer en ciertas pasiones que, como la que Lytton atravesaba por entonces, parecían tener efectos devastadores: ‘No veo cómo alguien pueda tomarlo como

un golpe mortal —le escribía a Nessa—, teniendo en cuenta cómo se recupera” (VW a VB, 25 may 1927, L, III, p. 384).

[325] Por alguna razón, a Virginia le costaba creer en ciertas pasiones que, como la que Lytton atravesaba por entonces, parecían tener efectos devastadores: “No veo cómo alguien pueda tomarlo como un golpe mortal —le escribía a Nessa—, teniendo en cuenta cómo se recupera” (VW a VB, 25 may 1927, L, III, p. 384).

[326] Se refiere a la ocasión en la que acompañó a Vita a recibir el premio Hawthornden por su poema *The Land*. Virginia reconoció que los celos por el reconocimiento podían opacar su juicio, pero consideraba dicho poema “tan suave, tan blando” que le desagradaba (D, 23 jun 1927, III, p. 128).

[327] La entrevista apareció en *Nouvelles Littéraires* y la tuvo algo preocupada hasta que se enteró, con alivio, de que para ilustrarla escogieron una foto de su juventud (VW a VSW, 22 ago 1927, L, III, p. 412).

[328] La muerte del joven Philip Ritchie a los 28 años debió influir en su deseo por atrapar en retratos vivos a sus amigos. Al enterarse del trágico suceso, Virginia escribió en su diario: “Sentí que esa muerte me convierte en una vieja rezagada; me hace sentir que no tengo derecho a continuar, como si mi vida fuese a costa de la suya” (D, 20 sep 1927, III, p. 141).

[329] El proyectado libro de crítica demandaba mucha preparación, por lo que durante varios meses Virginia encaró la lectura de Austen, Proust, Radcliffe, Ruskin, Dostoievsky, Sterne, James. También publicó “*The New Biography*” (E, IV, p. 473). El proyectado libro de crítica demandaba mucha preparación, por lo que durante varios meses Virginia encaró la lectura de Austen, Proust, Radcliffe, Ruskin, Dostoievsky, Sterne, James. También publicó “*The New Biography*” (E, IV, p. 473).

[330] A la par que le preguntaba si había leído *Challenge*, Vita aseguraba que conservaba la misma pasión y que “solo [...] la edad, la sobriedad, y el incremento de consideración” hacían que evitara la enorme tentación de viajar por ella a Sussex (VW a VSW, 14 jun 1927, L, III, nota al pie, p. 391). Aunque Virginia contestó que aceptaba el “*challenge*” (desafío) y la esperaba (VW a VSW, 14 jun 1927, L, III, p. 391), Vita no apareció.

[331] El escritor sudafricano no mató a su mujer ni se divorció, pero en *The Georgiad. A Satirical Fantasy in Verse* (1931) satirizó tanto a los

Nicolson como a Bloomsbury.

[332] Nada quedaba librado al azar; hay que recordar que las fotografías de Julia Cameron habían sido tema de conversación cuando Vita y Virginia se conocieron.

[333] Una de las dificultades de reseñar novelas tenía que ver con la reacción de los autores, que incluso podían ser sus amigos. Por ejemplo, en “El Arte de la Ficción” (HEUB, p. 230), Virginia se refiere a *Aspects of the Novel* de Forster, a quien no le agradó lo ambiguo de su crítica. Para contemporizar, ella le envió una elogiosa carta (VW a EMF, 21 nov 1927, L, III, p. 438).

[334] Dado que Julian había satirizado a su tía, Nessa se preguntaba cómo tomaría Virginia la “demasiado dolorosa represalia” (VW a VB, 29 dic 1927, L, III, nota al pie, p. 311). De todas maneras, Virginia le escribía acerca de lo que consideraba bueno y malo en sus poemas (VW a JB, 16 oct 1927, L, p. 431).

[335] Virginia publicó *Thomas Hardy's Novels* en el TLS del 19 de enero de 1928 y *The novels of George Meredith* en el TLS del 18 de febrero.

[336] El premio fue creado por colaboradoras de la revista *Femina Vie Heureuse* en 1904, como contrapartida al otorgado por la *Académie Goncourt* (fundada en 1903), en el que no participaban mujeres como jurados. Contaba con el apoyo de *Librairie Hachette* y se caracterizaba por tener un jurado integrado solo por mujeres, pero los premiados también podían ser escritores. Cuando se lo otorgaron a Virginia, el jurado estaba presidido por la condesa de Noailles.

[337] Según parece, la madre de Leonard se quitaba años: había nacido en 1850.

[338] Vita y Virginia pasaron la noche en Dieppe, donde Nessa y Duncan pintaban la logia o galería de la casa de Ethel Sands.

[339] A pesar de sentirse halagada, en una carta a su marido Vita exponía algunas reservas. Escribe Julia Briggs: “A ella le molestaba un poco que, a pesar de las bromas acerca del matrimonio, Orlando volviera con Shel [pareja de Orlando]: ‘Ella está un poco confundida porque Orlando (1) se casa y (2) tiene un hijo’, le dijo a Harold”. En la carta, Vita también agregaba: “¿Qué significa el ganso? Ese simbolismo es indescifrable”. A pesar de todo, Vita siempre se sintió orgullosa de haber inspirado la obra, versificó algunas líneas en una antología que publicó con Harold durante la guerra, e incluyó párrafos del Orlando en sus libros sobre Knole y los Sackville, y en su guía sobre Knole, escrita

para el National Trust en 1948 (JB, p. 211).

[340] En “La nueva biografía” Virginia comenta, citando a sir Sydney Lee, “quien tal vez haya leído y además ha escrito más vidas que cualquier otro hombre de su tiempo”, que “el objetivo de la biografía [...] es la transmisión fidedigna de la personalidad” (HEUB, p. 269).

Ahí está, según ella, “todo el problema que la biografía nos presenta al día de hoy. Por una parte, lo fidedigno, la verdad; por otra, la personalidad” (HEUB, p. 269). Además de plantear la dificultad de escoger “qué verdades son las que transmiten la personalidad” (HEUB, p. 270), Virginia recorre autores clave de la biografía inglesa, comenzando por Boswell, para arribar, finalmente, a las biografías reunidas en *Some People*, de Harold Nicolson.

[341] Utilizamos la traducción de Borges, pero dejamos esta frase en inglés, porque se ha señalado la conveniencia de revisar dicho trabajo tanto en *Orlando* como en *Un cuarto propio*, ya que podrían detectarse omisiones significativas, incluso antagonismos con la intencionalidad de la autora. Esta oración, por ejemplo, Borges la traduce, como señala Leah Leone: ‘Debemos confesarlo: era una mujer’, y así, el “impacto que el cambio sexual tendría para los lectores se atenúa sustancialmente”; además, la supuesta sorpresa y vergüenza del narrador se pierde. Para Leah Leone, los libros de Virginia Woolf, al “desestabilizar la autoridad de la historia y de la biografía, produjeron una influencia fundamental para la nueva narrativa del boom”, cuyos autores leyeron *Orlando* a la luz de la traducción de Borges. Leone se pregunta “qué recepción habría tenido *Orlando* si Borges la hubiera traducido sin alterar los temas de género” (Leah Leone, “La novela cautiva: Borges y la traducción de *Orlando*”). En <http://www.borges.pitt.edu/documents/2513>. pdf

[342] En cuanto a las repercusiones del *Orlando*, además de la película de ese nombre (escrita y dirigida por Sally Potter, 1992), la historia de Vita y Virginia fue el tema de la obra de Edna O’Brien, *Virginia* (1981). Las cartas entre Vita y Virginia han sido dramatizadas por Eileen Atkins (con ella misma en el rol de Virginia y con Vanessa Redgrave en el rol de Vita). Eileen Atkins también escribió el guión de la película *Mrs. Dalloway* e interpretó la adaptación de *Un cuarto propio* para teatro y televisión (realizada por Patrick Garland, PBC Masterpiece Theatre, 1991). En la Argentina, en 1997, Vita y Virginia fue llevada a escena con las actrices Leonor Benedetto y Elena Tasisto (Premio ACE de oro).

[343] Virginia escribía: ‘Berlín fue muy divertida en varios sentidos: humanos y cuadros. Nunca más, sin embargo. Incluso lo que veo de

Londres desde la ventana tiene una gran distinción” (VW a VB, 7 feb 1929, L, IV, p. 1⁵).

[344] Virginia reconocía esta tendencia en una carta a Duncan, en 1917: “Uno de los gusanos ocultos de mi vida han sido los celos que tengo de mi hermana, y me refiero a los celos de una hermana; para darles de comer, he inventado tal mito en torno a ella que ahora apenas sé diferenciar uno de la otra” (AG, p. 56).

[345] De todas maneras, hay que señalar que lo mismo podía sucederle con otros jóvenes, como el escritor William Plomer, del cual, después de recibir una visita, Virginia escribía: “Qué confusión [...] Yo pretendiendo ser una Tía y luego una contemporánea” (VW a VB, 24 abr 1929, L, IV, p. 41).

[346] Virginia tendría que confesarle a su hermana: “A Leonard le desagrada mucho Cassis, o en todo caso prefiere otros lugares” (VW a VB, 8 nov 1930, L, IV, p. 251).

[347] Respecto de sus ganancias, Virginia escribía: “En el último medio año he ganado más de 1800 libras [...] casi el sueldo de un ministro” (D, 30 jun 1929, III, p. 210). En *Un cuarto propio* sostiene que la mujer debe ganar 500 libras al año, lo que actualmente sería un salario de clase media. Aunque ella tenía sus inversiones y rentas, y hasta 1928 ganaba más como periodista que por sus libros, a partir de ese año llegó a ganar más dinero que Leonard (HL, pp. 449-450).

[348] En Hans Frost, el personaje de Jane Rose es una escritora que recuerda a Virginia (acaba de escribir una novela con un faro y luce como la esposa de un pintor prerrafaelista; Hans piensa que es la mejor novelista inglesa; se trata de una belleza remota que suele repetir la última pregunta que se le hace). Luego de leer la novela de Walpole, Virginia le confesó a Vita que se trataba de un “ensueño, irreal, todo lentejuelas, como un árbol de Navidad” (VW a VSW, 17 sep 1929, L, IV, p. 88). Aunque le había resultado más interesante un libro de Rebecca West, le escribió a Walpole asegurándole que no había podido dejar de leer y disfrutar de su libro.

[349] Julia Briggs se refiere a dicha conexión y señala: “*Al faro* explora los problemas que enfrentan la mujeres artistas en la sociedad patriarcal; *Orlando* los ubica en su perspectiva histórica; *Un cuarto propio* analiza su origen y naturaleza” (JB, p. 216).

[350] Virginia señala que solo disponiendo de tiempo e independencia económica la literatura de las mujeres se transformará, como lo es para los hombres, “en un arte digno de estudio”, “dejará de

ser el vertedero de las emociones personales”, les permitirá acceder a otros géneros: “crítica, historia y biografía”, lo que afirma que será “una ventaja para la novela [...] las mujeres escribirán menos novelas, pero mejores” (LTI, p. 171).

[351] Al respecto, Virginia llega a escribirle a Vita: “¿Por qué deberían importarte las críticas de un diplomático?” (VW a VSW, 1 sep 1929, L, IV, p. 85).

[352] Como se dijo en el capítulo anterior respecto de Orlando, la traducción de Borges —él le adjudicaba, especialmente en *Un cuarto propio*, parte del trabajo a su madre— fue durante mucho tiempo la única disponible en castellano. Actualmente, hay voces que piden una traducción revisada que dé cuenta de posibles neutralizaciones o visiones directamente antagónicas con las intenciones del texto; fundamentalmente teniendo en cuenta que los dos libros son claves en los estudios feministas y queer. En este libro, se ha destacado una “subversión del mensaje feminista” por parte de Borges: por ejemplo, cada vez que aparece la palabra “mind”, si se refiere a una mujer, se traduce como “espíritu”, pero si se refiere a un hombre se traduce como “inteligencia” (véase Leah Leone, “La novela cautiva: Borges y la traducción de Orlando”, ob. cit). Respecto de las opiniones de Borges acerca de Virginia Woolf y su obra, su conocimiento-desconocimiento del tema puede deducirse leyendo las entrevistas que le realizó Osvaldo Ferrari (OF, pp. 11-14).

[353] Esposa de Oskar Kallas, ministro de Estonia en Londres.

[354] Lady Londonderry, esposa del séptimo marqués de Londonderry, “era una anfitriona política conservadora que había encantado al primer ministro laborista Ramsay MacDonald” (D, III, nota 4, p. 351). Lady Londonderry, esposa del séptimo marqués de Londonderry, “era una anfitriona política conservadora que había encantado al primer ministro laborista Ramsay MacDonald” (D, III, nota 4, p. 351).

[355] Aunque solía quejarse del reposo que Leonard y los médicos exigían, Virginia reconocía: “Tuve aquí la extraña experiencia del descanso y la satisfacción perfectos. Todas las bayonetas que me pinchaban se retiraron. Estuve allí tumbada (diría que una hora), feliz. Y la sensación era rara. Ni una ansiedad, ni un movimiento, en ninguna parte. No venía nadie. Nada que hacer. Cesó la tensión. [...] Este ha sido el más raro de todos mis estados de ánimo. No puedo recordar otro igual” (D, 1 mar 1930, III, p. 262). Aunque solía quejarse del reposo que Leonard y los médicos exigían, Virginia reconocía: “Tuve aquí la

extraña experiencia del descanso y la satisfacción perfectos. Todas las bayonetas que me pinchaban se retiraron. Estuve allí tumbada (diría que una hora), feliz. Y la sensación era rara. Ni una ansiedad, ni un movimiento, en ninguna parte. No venía nadie. Nada que hacer. Cesó la tensión. [...] Este ha sido el más raro de todos mis estados de ánimo. No puedo recordar otro igual” (D, 1 mar 1930, III, p. 262).

[356] Sanger era abogado y fue un Apóstol contemporáneo de Bertrand Russell que solía asistir a las reuniones que Virginia y Adrian iniciaron luego de la muerte de Thoby. En el prefacio del Orlando, ella dijo que su “versación en la ley de inmuebles” le había permitido realizar el libro (O, p. 7). Sanger era abogado y fue un Apóstol contemporáneo de Bertrand Russell que solía asistir a las reuniones que Virginia y Adrian iniciaron luego de la muerte de Thoby. En el prefacio del Orlando, ella dijo que su “versación en la ley de inmuebles” le había permitido realizar el libro (O, p. 7).

[357] En su correspondencia de 1919, Virginia le contó a Lytton que estaba leyendo, fascinada, el segundo tomo de la autobiografía de Ethel: “Es una pena que ella no sepa escribir bien. [...] Pero igual me fascina. [...] Por supuesto, el libro es el alma de los noventa” (VW a LS, 30 nov 1919, L, II, p. 405).

[358] Si bien la crítica de ambas se refería principalmente al terreno personal, Virginia también criticaba los libros de Vita. Así pues, el año anterior y en contra de la posición de Harold, la había estimulado para publicar los poemas reunidos King's Daughter; pero The Edwardians, la novela que alcanzó “gigantescas ventas [...] que se aproximan a los 20.000” (D, 16 jun 1930, III, p. 271), y que fue elegida “Libro del Mes” tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, no le pareció una obra destacable.

[359] Refiriéndose a esta publicación, Virginia pensaba: “Tendría una elasticidad y una urgencia que les falta a las hojas periódicas. A veces solo una fotografía. [...] Nada de engendros de aparición regular. [...] Reclutaríamos jóvenes escritores. Artículos firmados. Todo de lo más modesto y nada ostentoso” (D, 22 feb 1930, III, p. 260).

[360] Desde Cornwall, Virginia le escribió a Vita, conmovida. ¿La razón de la conmoción? Haber visto “mi faro, y la puerta de mi casa entre lágrimas, pensando cómo mi madre murió a mi edad” (VW a VSW, 8 may 1930, L, IV, p. 165).

[361] Las dificultades continuaron, lo mismo que la esperanza de Virginia de “librarse” de Nelly. El 12 de noviembre, después de “una

charla extraña, sinuosa, contradictoria, básicamente afectuosa e incluso íntima” (“nunca querré a ninguna señora tanto como a usted... etc.”) y “todas las viejas canciones”, tuvo que aceptar que regresara aunque pensaba: “¿Cómo podré disculparme ante mí misma suficientemente?” (D, 12 nov 1930, III, pp. 294-295)

[362] La relación con su hermana se daba en una atmósfera especial, que contrastaba con la soledad de Rodmell: en Charleston el ambiente era festivo y bohemio. En la fiesta de cumpleaños de Quentin, Virginia disfrutó contemplando a “Nessa vestida de rojo, [que] puso una mampara.[y a] Angelica [que] bailó en torno a la hoguera, girando y zumbando como una vieja bruja chillona”. Sumado a esto, la presencia de los Keynes, especialmente la de Lydia, colaboró para que “durante unos minutos todo lo que se decía [tuviera] la calidad de las frases de una obra de Chejov” (D, 20 ago 1930, III, p. 276).

[363] Annie no llegaba hasta después del desayuno, así que Virginia experimentaba una suerte de libertad desconocida que la hacía prometerse que a todo costo no volvería “a meter la cabeza en un lazo corredizo” y se preguntaba: “¿Por qué hemos soportado esa incomodidad tanto tiempo, esa presencia siempre gruñendo, por lo menos siempre (porque eso es injusto) en un ángulo distinto del nuestro...” (D, 20 ago 1930, III, pp. 275-276).

[364] El 13 de septiembre y en reserva de su identidad, Virginia publicó un aviso en *Time and Tide*: “Se necesita mujer con inteligencia e iniciativa para hacer todo el trabajo de un piso, WC1, para dos escritores. Externa. Imprescindible sea buena cocinera. Podría convenir a dos amigas, medio día cada una. Sueldo a convenir. Largas vacaciones de verano, también en Semana Santa y Navidad. Apartado 8.415” (D, III, nota 4, p. 356).

[365] En su compañía, Virginia decía cosas que no sentía, por lo que estaba perpetuamente esforzándose “para tratar de proporcionarles los pasteles adecuados, las bromas adecuadas; el afecto y las preguntas adecuadas”. Con frecuencia tanto esfuerzo no tenía buenos resultados. Pensaba que su suegra podía ser “la más vanidosa de las mujeres”, siempre demandante de reconocimiento. Agotada de antemano por esas escenas en las que debía maravillarse “ante su asombrosa abnegación y valor” y estar de acuerdo con ella en que “el mal genio de los Woolf [era] solo una prueba de su inteligencia”, Virginia sentía una suerte de rebelión acompañada por sentimientos de compasión hacia la “pobre vieja” (D, 29 sep 1930, III, p. 283).

[366] Ethel hablaba de dejarle las cartas de algunas mujeres que

habían tenido importancia en su vida, como Mary Benson, esposa del arzobispo de Canterbury, y lady Ponsonby, esposa del secretario particular de la reina Victoria. La propia Virginia había hecho su testamento a mediados de año.

[367] Rosenbaum considera el texto “Life as we have know it” un “remarcable alegato de su conciencia de clase y feminismo” (SPR, p. 151). Esta autora da cuenta del trabajo, correcciones y modificaciones que Virginia tuvo que realizar a pedido de las cooperativistas (SPR, p. 151-154).

[368] En *The Apes of God*, Percy Wyndham Lewis (1882-1957) satirizaba a los miembros de Bloomsbury. Raymond Mortimer se tomaba el asunto “muy a pecho”, pero Virginia fingía indiferencia subrayando que se trataba de “las murmuraciones, el encono y las disputas de una vieja criada a quien han despedido y se está desquitando” (D, 15 oct 1930, III, p. 286). En *The Apes of God*, Percy Wyndham Lewis (1882-1957) satirizaba a los miembros de Bloomsbury. Raymond Mortimer se tomaba el asunto “muy a pecho”, pero Virginia fingía indiferencia subrayando que se trataba de “las murmuraciones, el encono y las disputas de una vieja criada a quien han despedido y se está desquitando” (D, 15 oct 1930, III, p. 286).

[369] Beaton ya se lo había pedido en 1927 y también lo había rechazado (VW a VSW, 8 jul 1930, L, IV, nota al pie, p. 186). Ante el rechazo de Virginia a ser fotografiada, el fotógrafo incluyó dos dibujos que hizo de ella en su *Book of Beauty*. Beaton decía que solo la reina Mary y Virginia Woolf se habían negado a posar para él. Cuando vio el libro, Virginia se enfureció —agravaba el hecho que fuera publicado por la editorial de Gerald Duckworth — y envió cartas de protesta que se publicaron en *The Nation*.

[370] Más sobre los celos. En su diario del 11 de noviembre, Virginia escribía: “Vita sufrió considerablemente por celos de Ethel. La alabó resueltamente, pero con amargura” [cuando Vita se enteró de que Virginia había tomado el té con ella]. “Se apoderó de ella tal angustia que no pudo hablar. Y yo no me di cuenta de nada; con mi acostumbrada ceguera, hice mi acostumbrada broma burlona. Eso V se lo tomó en serio y sacó mi carta para que yo la leyera” (D, 11 nov 1930, III, p. 294).

[371] Refiriéndose a ella escribió en su diario: “Tiene una mente clara y dura y se eleva de vez en cuando hasta la poesía; pero como de costumbre me espanta la maquinaria de la narrativa: es mucho trabajo para tan poco resultado. Sin embargo, no veo otra salida para sus dotes.

Y estos libros no importan, lanzan destellos de luz clara aquí y allí; pero supongo que nada más. No obstante, tiene todas las dotes (supongo) de las que yo carezco: puede dar argumento, desarrollo, personaje, etc.” (D, 28 ago 1930, III, p. 278).

[372] Coventry Patmore (1823-1896) fue amigo de la abuela materna de Virginia. Su poema estaba inspirado en la vida de su mujer, a la que él consideraba la perfecta esposa victoriana, sacrificada y pura.

[373] En realidad, esta idea prosperó y Virginia terminó escribiendo dos libros, *Los años* y *Tres guineas*. Mientras trabajó en el primero, se refirió al libro con al menos diez títulos tentativos hasta llegar al definitivo: *The Pargiters, Here and now, Music, Dawn, Sons and Daughters, Daughters and Sons, Ordinary People, The Caravan, Other People 's Houses*, y finalmente *Los años*.

[374] En su diario, Virginia se refirió a su sueño: “Nos encontramos más allá de la muerte y nos estrechamos la mano, diciendo algo acerca de las explicaciones y la amistad. Yo sabía que ella estaba muerta. Parecía una llamativa síntesis de lo que ha sucedido desde que murió” (D, 8 jun 1931, IV, p. 29). En su diario, Virginia se refirió a su sueño: “Nos encontramos más allá de la muerte y nos estrechamos la mano, diciendo algo acerca de las explicaciones y la amistad. Yo sabía que ella estaba muerta. Parecía una llamativa síntesis de lo que ha sucedido desde que murió” (D, 8 jun 1931, IV, p. 29).

[375] En una de las interesantes cartas que Virginia le dirigió a Ethel en este período, repasa etapas y obras clave de su escritura, desde “Una mancha en la pared”, “Kew Gardens”, *Noche y día, Al faro*, “Una novela no escrita”, *El cuarto de Jacob*, hasta *La señora Dalloway* (VW a ES, 16 oct 1930, L, IV, pp. 230-232). En una de las interesantes cartas que Virginia le dirigió a Ethel en este período, repasa etapas y obras clave de su escritura, desde “Una mancha en la pared”, “Kew Gardens”, *Noche y día, Al faro*, “Una novela no escrita”, *El cuarto de Jacob*, hasta *La señora Dalloway* (VW a ES, 16 oct 1930, L, IV, pp. 230-232).

[376] Por entonces, Virginia le escribía a Nessa aduciendo que el posible “encanto místico” que ejercían algunos hombres sobre su hermana era el mismo que ella veía en Vita y que Nessa ni siquiera llegaba a percibir. Y concluía: “Supongo que tiene algo que ver con la ilusión del sexo: el sexo masculino te ilusiona a ti; el femenino, a mí. Así yo veo en su realidad al masculino; tú, al femenino” (VW a VB, 23 may 1931, L, IV, p. 336).

[377] En 1931, Leonard publicó el primer volumen *deAfter the*

Deluge y *Quack Quack!* En septiembre, la Hogarth también reeditó *A Village in the Jungle*, su primera novela.

[378] Pasado el primer entusiasmo de la amistad, cuando Virginia volvió a escucharla en 1935, opinó que la ópera era demasiado larga (D, 4 mar 1935, IV, p. 284); y en 1939 eligió no volver a verla (D, 28 abr 1939, V, p. 216).

[379] La pintura a la que se refiere es *The Nursery*.

[380] En el original, “mi” tiene doble subrayado.

[381] La oposición entre la realidad de la vida mental y las realidades exteriores caracteriza el universo de Virginia Woolf. Poco después de la publicación de *Las olas*, le escribió a Goldie Dickinson, refiriéndose a las elecciones generales: “Trataré de creer en la realidad, y fracasaré; entonces lo intentaré de nuevo, y volveré a fallar” (VW a GLD, 27 oct 1931, L, IV, p. 398).

[382] Paul Ricoeur describe “*Las olas* como el límite de una ‘novela polifónica’; es una ‘novela pura con múltiples voces... ya no una novela en absoluto, sino una especie de oratorio ofrendado a la lectura’” (MH, p. 357).

[383] Aunque la traducción castellana del diario utiliza el término “mariconería”, lo cambiamos por el que solía usar Virginia (D, 22 feb 1930, III, p. 260; D, 4 abr 1930, III, p. 265).

[384] En abril de 1930 después de asistir a una de esas reuniones, en las que un grupo entre los que estaba Lytton admiró una fotografía de Stephen Tennant, Virginia se llevó la impresión de haber “entrado en un urinario de hombres” (D, 4 abr 1930, III, p. 266).

[385] Cuando almorzó con él en noviembre, Virginia lo encontró “increíblemente aburrido” (VW a ES, 20 nov 1932, L, V, p. 128). Por su parte, en su libro *Social Climbers in Bloomsbury*, el conde escribió una sátira con bromas antisemitas a costa de Leonard, que también tenía a Virginia como protagonista (*Social Climbers in Bloomsbury*, Texas, edición privada, 1939) (HL, nota 55, p. 843).

[386] Por entonces Ralph Partridge estaba en relación con Francis Marshall, con quien se casó en 1933.

[387] A finales de 1932 Virginia se unió a la London and National Society for Women’s Service y en febrero de 1933 trató de vender el manuscrito de *Un cuarto propio* en Norteamérica, para obtener fondos para esa sociedad. La Gran Depresión impidió el trato.

[388] Se podría aventurar, proyectando el mito en la vida de Virginia, que ella fue una Perséfone siempre atenta a proyectar el rol de

Deméter, alternativamente, en Julia, Vanessa, Vita y Ethel Smyth. En Las olas, Rhoda recogiendo flores también recuerda a la joven diosa secuestrada por Hades. Por otra parte, varias críticas feministas analizaron Al faro en términos de esta relación madre e hija (MH, p. 69).

[389] Dice, despectiva: “[Su] entera fortuna ha sido gastada en el boleto, y se irán a casa, y dominarán alguna callecita suburbana a fuerza de ‘Yo estuve en Atenas en abril de 1932’” (D, 21 abr 1932, IV, p. 91).

[390] Scrutiny era la publicación en la que Q. D. Leavis y su marido F. R. Leavis criticaban duramente a Bloomsbury y a Virginia en particular. Ambos tuvieron gran influencia en la enseñanza y en la crítica literaria inglesa entre 1930 y 1970, y poseían un “rígido” punto de vista acerca de lo que era “gran” literatura (MH, p. 144).

[391] Durante el viaje a Grecia con los Fry, los Woolf habían comentado el libro de Max Eastman, *The Literary Mind: Its Place in an Age of Science* (1931). Sir James Jeans había publicado en 1930 *The Mysterious Universe*, y en 1929 *The Universe Around Us*. Virginia también intentaba leer *The Emergence of Man* de Gerald Heard y *The Science of Life* (1931) de H. G. y G. P. Wells y Julian Huxley.

[392] Las relaciones con el primo de Vita distaban de ser sencillas. Unos meses después, en una lectura de Vita de su poema *The Land*, el comportamiento de un grupo entre los que estaban Eddy, Stephen Spender y William Plomer, logró enfurecer a Virginia (HL, p. 623).

[393] La escritora Winifred Holtby (1898-1935), nacida en Yorkshire y graduada en el Somerville College de Oxford, escribió el primer estudio de importancia sobre la obra de Woolf.

[394] El desmayo no había tenido mayores consecuencias y después de un día en cama y de cancelar un almuerzo con la viuda de Hardy, se sentía mejor.

[395] Joseph Wright (1855-1930) fue un escritor de origen humilde, que no recibió educación formal y recién aprendió a leer y escribir a los quince años. Llegó a ser profesor de Filología Comparada en la Universidad de Oxford y escribió el *English Dialect Dictionary*. Preocupada por el destino de su obra, Virginia se inclinaba a admirar la de Wright, de quien consideraba que había dejado algo “construido sólidamente y para siempre” (D, 13 jul 1932, IV, p. 116).

[396] Virginia aseguraba que, siendo la hija de un general, se entendía que se hubiese abalanzado sobre el tema sin primero

preguntarle si había escrito el artículo, a diferencia de Vita y Walpole, que habían detectado la imitación. Como remate, Virginia agregaba que Jane Austen no era para nada una de sus favoritas y que si la razón no la obligara a reconocer que era “una magnífica artista”, daría todo lo que Austen escribió “por la mitad de lo que escribieron las Bronte” (VW a ES, 20 nov 1932, L, V, p. 127). Cuando Virginia se enteró que E. M. Forster era el autor del artículo, pidió encarecidamente a su amiga que no repitiera sus opiniones sobre lo que había escrito (VW a ES, 29 nov 1932, L, V, p. 131).

[397] En esos días, Virginia le llevó unas cerezas de su huerto a una de sus vecinas, Mrs. Grey, una anciana inválida, vecina de Rodmell, que había perdido a toda su familia. La pobre mujer le confesó que rogaba a Dios cada día para que ‘la llevara’. Enfrentada de esta manera con la invalidez, la vejez y la impotencia, Virginia consideraba que los “doctores parroquiales” la torturaban manteniéndola con vida (D, 16 sep. 1932, IV, p. 125).

[398] Frases de Macbeth y de El cuento de invierno de Shakespeare (D, 2 oct 1932, IV, p. 126).

[399] Como El lector común, el segundo tomo reúne ensayos críticos en los que Virginia había trabajado mientras escribía Las olas y Flush, “por ejemplo, para probar mis destrezas” (D, 16 feb 1932, IV, p. 77). En las primeras ediciones, se leía en la cubierta: “Un libro de crítica no profesional que se ocupa de libros y personajes con los que se ha topado la autora” (MH, p. 59).

[400] Leonard se quejó de una picazón, producto de su disfraz, y Virginia se burló de la “incurable enfermedad” —él tenía piojos—. Casi frente al consultorio del médico que Leonard consultó estaba la casa donde vivió Flush con su dueña, y aprovechó para visitarla (D, 19 ene 1933, IV, pp. 143-144).

[401] La actriz Virginia Isham era prima lejana de Virginia Woolf, hija de Millicent Vaughan.

[402] *Pomona*: ballet con música de Constant Lambert y coreografía de Frederick Ashton, primera representación en Sadler’s Wells el 17 de enero de 1933 (D, 19 ene 1933, IV, p. 144).

[403] Cuando en una comida dada por una diputada laborista cuyo marido era profesor de la Manchester, la anfitriona expresó cuánto le gustaría a su marido entregarle ese honor, a riesgo de parecer “un poquito tonta, mojigata y quizás extrema” Virginia la interrumpió diciendo que no lo aceptaría (D, 25 mar 1933, IV, p. 148).

[404] Oliver Goldsmith (1730-1774) fue un escritor y médico irlandés, conocido especialmente por su novela *El vicario de Wakefield* (1766), y por ser amigo del Dr. Samuel Johnson. Virginia trabajaba sobre los cuatro volúmenes de *The Miscellaneous Works of Oliver Goldsmith* (1837), de James Prior, que había heredado de su padre.

[405] Tras experimentar en carne propia los beneficios de estos artefactos en las tareas cotidianas, el año anterior le había regalado una heladera a Nessa para su cumpleaños (VW a VB, 24 may 1932, L, V, p. 65).

[406] Turguenev llevaba una suerte de dossier de sus personajes, y en el caso de Bazarov —el protagonista de *Padres e hijos*—, un diario del que se conservaban algunas páginas. Teniendo en cuenta todo el proceso de la escritura, Virginia pensaba que el escritor llegaba “mucho más profundo” y arremetía contra la crítica: “La dificultad con la crítica es que es demasiado superficial. [...] solo la visión del ojo de pájaro desde la cima de un iceberg. El resto, bajo agua” (D, 16 ago 1933, IV, p. 173).

[407] Recientemente Virginia había visto la puesta, en un escenario de Londres, de *The Barretts of Wimpole Street*, y aunque no le agradó la obra, que le pareció “bastante pobre” (VW a ES, 27 jun 1931, L, IV, p. 349), se divirtió con “la asombrosa historia” (VW a HMA, 2 jul 1931, L, IV, p. 351).

[408] Trabajo avalado por Virginia que acordó desembolsar cien libras para ello, comprando y encargando varias piezas. Abierta en diciembre de 1932, en las paredes lucían seis paneles florales de siete por cinco pies, encuadrados por cortinajes pintados y sobre los que había espejos circulares. Completaban la decoración un sofá, un biombo, sillas, una chimenea, un piano y un gramófono, también elaboradas alfombras, almohadones y lámparas: todas piezas intervenidas y decoradas o completamente diseñadas por Duncan y Vanessa. Terminada la muestra, Virginia se hizo de varias piezas (RS, pp. 227-228).

[409] Virginia bromeó con Quentin diciendo que tanto ella como Ottoline corrían peligro, porque Vivienne creía que eran amantes de su marido (VW a QB, 26 jul 1933, L, V, p. 207). Bromas aparte, Virginia estaba lejos de identificarse o de sentir pena por Vivienne, que por su parte creía que los Woolf la apoyarían (VW a LOM, 31 dic 1933, L, V, p. 266). Pero Virginia se diferenciaba de la mujer de Eliot y de sus enfermedades nerviosas, ya que conectaba las suyas con otras características, las asociaba con su genio y con la posibilidad que

siempre había tenido de recuperarse y traducir sus experiencias en palabras.

[410] La fama y el reconocimiento del que era objeto complotaban contra la tranquilidad de su agenda: había días en los que a una comida afuera la seguían una serie de té y de cenas agotadoras (VW a ES, 25 jun 1933, L, V, nota al pie, p. 199). También hubo una exposición de mosaicos de Boris Anrep en un hall de la Galería Nacional, que incluía el retrato de Virginia como Clío, el de Clive Bell como Baco, el de Lydia Keynes como la musa de la música y de la danza y el de Greta Garbo como musa de la tragedia. Como esto se contradecía con su afán de anonimato, Virginia consideró necesario explicarle a Ethel: ‘Te predico el anonimato y luego ponen mi retrato en mosaicos en la Galería Nacional. Sí: pero mi condición era que yo sería Clío, no V W. No es mi culpa si Anrep por su cuenta da todos los nombres a los diarios’ (VW a ES, 25 jun 1933, L, V, p. 200). El mural es casi imposible de fotografiar hoy, porque está en el piso y sobre él pasan, día a día, millares de visitantes al museo.

[411] Lydia Lopokova fue Olivia en el ballet *Twelfth Night*; la reseña de V Woolf apareció en el *New Statesman & Nation (NS&N)* el 30 de septiembre (D, 10 sep 1933, IV, nota al pie, p. 179). Lydia Lopokova fue Olivia en el ballet *Twelfth Night*; la reseña de V Woolf apareció en el *New Statesman & Nation (NS&N)* el 30 de septiembre (D, 10 sep 1933, IV, nota al pie, p. 179).

[412][412] En esta reunión del Memoir Club Virginia probablemente leyó recuerdos de la época de Fitzroy Square que estaba refrescando para *The Pargiters*, así como rememoraba las propuestas matrimoniales de Hilton Young y Walter Headlman (D, 30 jul 1933, IV, nota el pie, p. 170; D, 23 sep 1933, IV, nota al pie, p. 180). En esta reunión del Memoir Club Virginia probablemente leyó recuerdos de la época de Fitzroy Square que estaba refrescando para *The Pargiters*, así como rememoraba las propuestas matrimoniales de Hilton Young y Walter Headlman (D, 30 jul 1933, IV, nota el pie, p. 170; D, 23 sep 1933, IV, nota al pie, p. 180).

[413] Por entonces, leía la vida del político irlandés Charles Stewart Parnell y continuaba con otras lecturas de memorias, autobiografías e historia con las que acompañaba la escritura de *The Pargiters*.

[414] Escritora amiga de Winifred Holtby; el libro era *Testament of Youth*.

[415] Virginia pensaba en La saga de los Forsythe, de Galsworthy, o

en la serie de cuatro novelas referidas a los Herries (Herries Chronicles) de Hugh Walpole, quien acababa de enviarle una copia del cuarto tomo titulado Vanessa (D, 2 sep 1933, IV, nota al pie, p. 176).

[416] Virginia no encontraba cualidades al candidato ('Pero no —ni por todos los rubíes en las minas de África—, no' - VW a QB, 26 nov 1933, L, V, p. 253), que en una simple caja de cartón le había regalado a su novia unas joyas impresionantes y en extremo valiosas. Virginia le escribía a Quentin y le contaba que pensaba invitar a comer a Barbara, no sin antes pedir que la policía reforzara la manzana.

[417] En marzo, el estado de Bedford exigió una remodelación de Tavistock Square.

[418] En una entrevista de la BBC, quince años después de la muerte de Virginia, Nelly se refirió escuetamente a los años que habían pasado juntas. Dijo que a Virginia le gustaban las milanesas con champignones, las buenas sopas y que sus postres favoritos eran la creme brûlée y el helado con chocolate caliente. También que en las ocasiones en las que cocinaba, Virginia utilizaba todos los platos de la cocina y no lavaba ninguno. Recordó que fue muy atenta cuando la operaron llevando al hospital un ananá y abrazándola cariñosamente. Su siguiente trabajo con el actor Charles Laughton, cerca de Gordon Square, le permitió seguir en contacto con las mucamas del vecindario.

[419] En Londres, Nelly fue reemplazada por Mabel Haskins, quien había trabajado para Margery Fry. Su carácter más calmo tal vez contribuyó a que le otorgaran el poco agradable apodo de "la vaca"; y aunque Leonard no se sentía a gusto con ella, fue su cocinera por cerca de seis años. En Rodmell contrataron a Louie Everest, una joven que vivía con su marido y dos hijos en Southeast y que, lejos de sentirse intimidada por los Woolf, continuó trabajando con ellos hasta la muerte de Leonard.

[420] Los celos de Mitz eran tales que en una ocasión en la que se escapó y se subió a un árbol, negándose a bajar a pesar de sus pedidos, Leonard llamó a Virginia y le dio un beso bajo el árbol logrando así que la monita descendiera.

[421] Es el libro en el que Eliot recopiló tres conferencias que brindó en la Universidad de Virginia, donde figuran polémicas referencias a los judíos librepensadores.

[422] Baste con citar solo a Thackeray o a George Eliot: los autores ingleses ironizaban respecto de la pretensión aristocrática de los irlandeses. Al respecto, véase "La mujer de Dennis Haggarty", de

William M. Thackeray.

[423] *Men of Aran* (1934) es una película de Robert J. Flaherty, que documenta ficcionalmente la vida dura que llevaban los pescadores y habitantes de la isla irlandesa.

[424] La obra era *The Old Lady Says "No!"*, de E. W. Tocher (seudónimo de Denis Johnston).

[425] Leslie había escrito la vida de Swift, resaltando la fuerza de la mirada de sus ojos azules "como el cielo". Mientras escribía su biografía, nació la primera hija que tuvo con Julia, a la que llamaron Vanessa, recordando el nombre de la joven que se había enamorado apasionadamente del autor de *Los viajes de Gulliver* y deán de la catedral de Dublín. En sus escritos, Swift no solo había defendido la validez de la moneda irlandesa; también había denunciado la extrema pobreza de la población y redactado una "modesta propuesta" (1729) en la que irónicamente decía que, para evitar la carga que significaban para sus padres y país, los niños irlandeses pobres podrían ser vendidos como carne para los ricos. Convertido en héroe por los nacionalistas irlandeses, la vida sentimental de Swift tiene sus misterios. Los mismos que Virginia intentó explorar en "Swift's Journal to Stella" en *The Second Common Reader* (1932).

[426] George Duckworth falleció en Freshwater, en la Isla de Wight, el 27 de abril de 1934, a los sesenta y seis años.

[427] Así se llamaba la casa de Shakespeare en Stratford-on-Avon.

[428] En su diario Virginia especifica claramente los efectos de la enfermedad: "cuán infinitamente modesta y desilusionada y falta de todo tipo de ambición me vuelvo, y todo a causa de la gripe" (D, 18 may 1934, IV, p. 221).

[429] Por entonces, Virginia consideraba que Stephen Spender era un joven prometedor. Cuando se conocieron, él trató de impresionarla. Después de haber conversado, Virginia reflexionó: "Lo peor de ser un poeta es que uno debe ser un genio". Spender vivía en un barrio preferido por escritores homosexuales, también elegido por E. M. Forster y William Plomer, todos vinculados sentimentalmente con miembros de la clase trabajadora, a los que ella llamaba "Los Lirios del valle", mientras se preguntaba el porqué de esa "pasión por el portero, el policía y el zapatero" (VW a QB, 21 dic 1933, L, V, p. 262).

[430] Robert (Bob) Calverley Trevelyan (1872-1951) era poeta, Apóstol y bachiller clásico. La Hogarth Press publicó varios de sus libros. En *Beelzebub and other Poems* (1935) dedicó un poema a VW.

Robert (Bob) Calverley Trevelyan (1872-1951) era poeta, Apóstol y bachiller clásico. La Hogarth Press publicó varios de sus libros. En *Beelzebub and other Poems* (1935) dedicó un poema a VW.

[431] En esa conversación se comentó el artículo de Leonard publicado en NS&N en el que decía: “No hubo hombre vivo a quien la generación que alcanzó la madurez entre 1900 y 1914 le debiera tanto como a Mr. Shaw”. En ese artículo, Leonard señalaba que solo una guerra mundial pudo evitar que se propagaran sus ideas tendientes a “la verdad, decencia, socialismo, paz y civilización”, dejando paso a que los bárbaros “Hitler, Mussolini, Pilsudski, Schuschnigg y Mosley!” obtuvieran el poder (D, 2 sep 1934, IV, nota al pie, p. 241). En esa conversación se comentó el artículo de Leonard publicado en NS&N en el que decía: “No hubo hombre vivo a quien la generación que alcanzó la madurez entre 1900 y 1914 le debiera tanto como a Mr. Shaw”. En ese artículo, Leonard señalaba que solo una guerra mundial pudo evitar que se propagaran sus ideas tendientes a “la verdad, decencia, socialismo, paz y civilización”, dejando paso a que los bárbaros “Hitler, Mussolini, Pilsudski, Schuschnigg y Mosley!” obtuvieran el poder (D, 2 sep 1934, IV, nota al pie, p. 241).

[432] Véase la nota sobre Lewis en el capítulo XXXIII: 1930, p. 626.

[433] El estado depresivo que siguió a Al faro es manifiesto en las anotaciones del diario de los días 15, 28 y 30 de septiembre de 1926.

[434] En una de estas, Ethel le había dicho que estaba “muerta” para ella, a lo que Virginia respondió con ironía destacando las ventajas que daba convertirse en uno de esos fantasmas de los que la gente habla con respeto (VW a ES, 19 abr 1933, L, V, p. 178)

[435] La nueva amante de Vita era su cuñada Gwen St. Aubyn. Virginia tampoco se sentía a gusto con Hilda Matheson, otra de sus amantes y directora de la BBC. Por su parte, Leonard encontró peligrosamente fantástico el manuscrito de su último libro y, además de señalar que la escena de “una mujer flagelada en una cueva” podía ser más de lo que el público del momento pudiera soportar, también sugirió que reconsiderase un chiste “sobre la glándula prostática” (D, 17 jul 1934, IV, p. 226). A pesar de todo, la Hogarth publicó ese año *The Dark Island*.

[436] Se trataba de la introducción a su obra *Fighting the Waves* (1934) donde Yeats nombra a Virginia Woolf, a Ezra Pound y a James Joyce. Su escritura sugiere una filosofía similar a la de Sankara de la Antigua India: un aluvión de experiencia cayendo sobre nosotros y en

nosotros (VW a VSW, 30 oct 1934, L, V, nota al pie, p. 342; D, 26 oct 1934, IV, nota al pie, p. 255).

[437] Edward McKnight Kauffer (1890-1954) era norteamericano, pero residía en Londres desde 1914.

[438] La norteamericana Sylvia Beach (1887-1962) era dueña de la famosa librería Shakespeare & Company de París. Fue la primera en atreverse a publicar el *Ulises* de Joyce.

[439] Un *rasta* (acortamiento de *rastaquouére*) es un advenedizo social: un nuevo rico que se viste opulenta y exageradamente. *Estancia* en castellano en el original.

[440] Virginia siempre escribió Okampo en sus cartas a Victoria o en las referidas a ella, hasta que comenzó a llamarla por su nombre de pila, después de entrar en confianza, a las pocas semanas.

[441] Victoria Ocampo le envió ejemplares de Lawrence, impresos por Sur, que Virginia agradeció: “Me enorgullecería ver *Un cuarto* así, creo que el *Cuarto* es el mejor para comenzar; luego, si quisieras otro, *Orlando* o *Al faro*” (VW a VO, 28 dic 1934, L, V, p. 358). y Victoria señaló que durante su primer encuentro Virginia le preguntó si había muchas mariposas en la Argentina, creencia que —dice Victoria— pudo haber recogido de “un libro de viajes de Darwin” (VO, I, p. 215). También le preguntó a qué jugaba en la infancia, cuántas hermanas tenía, cómo eran su casa, el campo, mostrándose interesada además por conocer la impresión que le había dado Mussolini. En cuanto a Darwin en Buenos Aires, recordemos que él escribió, refiriéndose a las mujeres que vio durante su estancia allí: “Al principio me sorprendí tanto como si me encontrara entre un grupo de sirenas... No les podía quitar los ojos de encima” (VO, I, p. 215).

[442] C. E. M. Joad (1891-1953) en “The End of an Epoch”, publicado el 1° y el 8 de diciembre en NS&N, postulaba que el reinado supremo de Bloomsbury posterior a la Primera Guerra había comenzado a declinar en 1926. Virginia anotó en su diario: “Nosotros —B[loomsbur]y — estamos muertos; eso dice Joad. Le chasqueo los dedos a eso. Lytton & yo los dos destructores” (chasquearle los dedos a algo es deslegitimarlo abiertamente) (D, 2 dic 1934, IV, p. 265).

[443] Estos espectáculos “se iniciaron con una representación del Comus, de Milton, en una versión asainetada que, en palabras de la misma Virginia, era ‘sublimemente obscena’. Entre las primeras comedias, señala David Garnett [...] hubo una titulada *Don't be Frightened, or Pippington Park*, inspirada en una noticia de prensa

acerca de un adinerado caballero que había abordado con propósitos deshonestos a una joven en el parque. Vanessa Bell hacía el papel de la víctima, y en el último acto interpretaban un pas de deux Lydia Lopokova y Maynard Keynes. Una obra escrita por Quentin Bell presentaba su propia casa, en Charleston, como si se tratase de unas ruinas arqueológicas visitadas por turistas en un futuro remoto. Bell también recuerda un drama cómico en cuplés rimados titulado *The Last Days of Old Pompeii*. Las representaciones se celebraban en los domicilios de unos y otros” (FR, II, p. 12).

[444] La princesa Bibesco, Elizabeth Asquith (1897-1945) era escritora. Virginia la conocía desde 1920.

[445] Sin embargo, en 1974 la obra se representó en el Stanford Museum of Art, en Palo Alto, California, coincidiendo con una exhibición de las fotografías de Julia Cameron. Otra puesta tuvo lugar en 1983 en la New York University. Los intérpretes fueron Eugène Ionesco (Tennyson), Alain Robbe-Grillet (Mr. Cameron), Joyce Mansour (Mrs. Cameron), Florence Delay (Ellen Terry), Jean-Paul Aron (reina Victoria), Tom Bishop (Craig) y Rodica Ionesco (la mucama). Se agregó un mayordomo interpretado por la novelista Nathalie Sarraute.

[446] Cabe señalar que el reparto que figura de puño y letra de Virginia en la edición en castellano y en inglés de *Freshwater* es distinto del que obtuvimos en MH, p. 93 (de mano de Virginia se ve que el papel de Tennyson lo cubriría su hermano Adrian Stephen) (*Freshwater*, Barcelona: Lumen, 1980, p. 60; *Freshwater*, Estados Unidos: Harcourt, 1985, p. XIII). Cabe señalar que el reparto que figura de puño y letra de Virginia en la edición en castellano y en inglés de *Freshwater* es distinto del que obtuvimos en MH, p. 93 (de mano de Virginia se ve que el papel de Tennyson lo cubriría su hermano Adrian Stephen) (*Freshwater*, Barcelona: Lumen, 1980, p. 60; *Freshwater*, Estados Unidos: Harcourt, 1985, p. XIII).

[447] Moonshine, además de su significado literal, “luz de luna”, también puede significar, en sentido figurado, “pamplinas” o “tonterías”.

[448] Leslie Stephen sucedió a Tennyson en la presidencia de dicha comisión en 1892. Mrs. Green, viuda del historiador J. R. Green, era una de las integrantes. Leslie dice en *Mausoleum Book* que, aunque no lo vio así en un principio, con el tiempo llegó a pensar “mejor de ella” y que se trata de “una mujer generosa, una inquebrantable amiga” (LS, p. 108).

[449] De haber existido esta discriminación, no fue sostenida, ya que al año siguiente se eligió a una mujer para integrar dicha comisión.

[450] Virginia detectaba lo paradójico del “amor al poder” que percibía en Leonard, quien por otra parte se especializaba en denunciar esa característica en otros. En defensa de su vínculo y en alianza con él, escribía que, aunque no afectara la relación entre ellos, odiaba que “la gente lo note” (D, 25 jun 1935, IV, p. 326).

[451] Durante una visita a Sissinghurst, Virginia sintió que se había distanciado de Vita, y escribía en su diario: “Mi amistad con Vita se ha terminado. No con una disputa, no con un portazo, sino como cae la fruta madura”. Lo cierto es que Vita optaba por una vida reclusa, y Virginia contemplaba ahora a una mujer distinta de la que había conocido, “muy gorda, muy como la indolente señora de campo, desaliñada”. Aunque compartían algunos intereses, los de Vita parecían remitirse en exclusivo a sus perros, su jardín, su casa. Sin amargura, pero con un “cierto vacío”, Virginia sobrellevaba “la deserción de Vita; la muerte de Roger”, y que ya no surgiera nadie “para ocupar sus lugares” (D, 11 mar 1935, IV, p. 287).

[452] Frank Arthur Swinnerton (1884 –1982) era un novelista, crítico, biógrafo y ensayista inglés.

[453] Richard Ellis Roberts (1879-1953), periodista. Su artículo en defensa de Bloomsbury apareció en el Times, el 15 de abril (D, 15 abr 1935, IV, nota al pie, p. 301).

[454] En esta carta a Vanessa, Virginia se refiere al amor por los “Apes” (simios) haciendo alusión a uno de los sobrenombres que recibía desde niña y a la carta que le había enviado a Vanessa con motivo de su matrimonio.

[455] Escribió Leonard: “Los salvajes nativos de Italia se deleitaban con Mitz de la misma manera infantil en que lo hacían los de Holanda, Alemania y Austria. Es tal vez interesante, desde los ángulos antropológico e histórico, remarcar las reacciones de la gente de Holanda, Alemania, Austria, Italia y Francia hacia Mitz en 1935. En 25 días que pasé en los primeros cuatro países, docenas de holandeses, alemanes, austríacos e italianos me hablaron sobre Mitz. Todos hacían una o dos de cinco o seis preguntas estándares. Las observaciones y preguntas eran banales, infantiles, o a veces increíblemente tontas”. La diferencia la hizo “un extraordinario soldado” que habló de la monita “de manera adulta, inteligente; fue el primer hombre, mujer o niño en hacer eso en 2.469 millas y también fue el primer francés que me habló

sobre Mitz. La reacción de un hombre en la calle ante una monita titi sentada al volante de un auto le enseña a alguno algo, creo, acerca de la tradición intelectual, incluso la civilización, del país al cual pertenece. Hay muchas cosas que no me gustan de la tradición francesa, pero su escepticismo y respeto por la inteligencia me parecen admirables” (LW, IV, pp. 194-195). Escribió Leonard: “Los salvajes nativos de Italia se deleitaban con Mitz de la misma manera infantil en que lo hacían los de Holanda, Alemania y Austria. Es tal vez interesante, desde los ángulos antropológico e histórico, remarcar las reacciones de la gente de Holanda, Alemania, Austria, Italia y Francia hacia Mitz en 1935. En 25 días que pasé en los primeros cuatro países, docenas de holandeses, alemanes, austríacos e italianos me hablaron sobre Mitz. Todos hacían una o dos de cinco o seis preguntas estándares. Las observaciones y preguntas eran banales, infantiles, o a veces increíblemente tontas”. La diferencia la hizo “un extraordinario soldado” que habló de la monita “de manera adulta, inteligente; fue el primer hombre, mujer o niño en hacer eso en 2.469 millas y también fue el primer francés que me habló sobre Mitz. La reacción de un hombre en la calle ante una monita titi sentada al volante de un auto le enseña a alguno algo, creo, acerca de la tradición intelectual, incluso la civilización, del país al cual pertenece. Hay muchas cosas que no me gustan de la tradición francesa, pero su escepticismo y respeto por la inteligencia me parecen admirables” (LW, IV, pp. 194-195).

[456] Virginia se refería a “la dificultad de combinar los dos: el aquí y el allá. Si me abocara a ella, pronto perdería el control de mis palabras” (D, 6 mar 1935, IV, p. 285).

[457] De todas maneras, firmó una carta de apoyo al congreso en el *New Statesman & Nation* del 1° de mayo de 1935.

[458] En *The Destructive Element*, Stephen Spender analiza las fuerzas que amenazaban la civilización, y cómo la obra de autores como Keats, Henry James, James Joyce o Tom Eliot, se inscribe en esa tensión. Su última parte sale en defensa de un sujeto político y expone la importancia de abordar cuestiones político- morales en literatura.

[459] Susan Buchan (1882-1977), de soltera Grosvenor, era novelista y biógrafa. Virginia y ella se conocían desde antes de su matrimonio. El año anterior había enviado un manuscrito que la Hogarth publicó en 1935.

[460] Aunque apoyaba a Bevin, en sus memorias Leonard también recordó impresionado la “casi indecente crueldad” con la que aquel destruyó a un “lacrimoso” Lansbury (LW, IV, p. 245). Aunque apoyaba

a Bevin, en sus memorias Leonard también recordó impresionado la “casi indecente crueldad” con la que aquel destruyó a un “lacrimoso” Lansbury (LW, IV, p. 245).

[461] Que tiempo después Virginia rechazara lo que él escribió sobre Roger Fry no mejoró la relación tía/sobrino y finalmente la llenó de culpa (VW a JB, 1 dic 1935, L, V, nota al pie, p. 447).

[462] En las memorias que escribió después de leer estos comentarios de Virginia, Victoria Ocampo se ocupa de subrayar que las dos mujeres no tenían nada de “misteriosas” ni de “incomprensibles”. Una de ellas era prima de Victoria y hablaba inglés, y la otra, Miss May, “era tan inglesa como Virginia” (VO, I, p. 44). Las cartas que Victoria le escribió a Virginia pueden leerse en el Apéndice de Virginia Woolf en su diario (VO, II, p. 101) y en el primer tomo de Testimonios.

[463] En la misma carta en la que agradecía las mariposas, Virginia hacía alusión a que había sido invitada por el PEN Club a Buenos Aires, con los gastos pagos: “Pero no puedo hablar de literatura, esa no es mi línea”, decía explicando su rechazo. También invocaba que estaba atada a Inglaterra pero “de todos modos, uno de estos días iré” (VW a VO, 29 oct 1935, L, V, p. 439).

[464] Protegida por los Huxley, la lectura de manos se puso de moda. Mrs. Wolff leyó incluso la palma de la mano de Mrs. Simpson, la amante del Príncipe de Gales.

[465] Victoria Ocampo no logró atraer a Virginia a Buenos Aires, pero la reunión contó con la presencia de Aldous Huxley. Veáanse: PEN Club [Buenos Aires] Congreso Internacional de los PEN Clubs (14^a: 1936: Buenos Aires, Argentina) y Congreso Internacional de los PEN Clubs: discursos y debates (Buenos Aires: Talleres Gráficos La Bonaerense, 1937).

[466] Las obligaciones sociales le pesaban al punto de hacer comentarios hirientes respecto de sus visitantes y personas que la requerían. Así pues, su medio hermano Gerald le pareció un “cocodrilo en un tanque, un obeso y obsoleto cocodrilo” (D, 1 abr 1936, V, p. 21); y a la recientemente viuda lady Colefax la vio “no mejorada por la tristeza creo, solo afectada” (D, 9 abr 1936, V, p. 23).

[467] El 8 de abril Virginia envió a la imprenta Clark la última parte de su manuscrito. Según dice Leonard en sus memorias, Virginia hizo las galeras en vez de pruebas de página para “poder tener la libertad de hacer cualquier alteración que deseara en las pruebas” (LW, IV, p. 153).

[468] De todas maneras, en una carta a Julian, sin la necesidad de

mostrarse diplomática, concluyó que Eliot fallaba en su intento de “ser un fornido inglés, con nuestro don para delinear personajes. Ni una pizca de Dickens o Shakespeare en él. Anoche leí Sueño de una noche de verano. Bien, ahí lo tienes: toda Inglaterra, todo mayo en una o dos canciones” (VW a JB, 2 may 1936, L, VI, p. 33).

[469] Le escribía a Vita que le preocupaba lo lento de la corrección de *Los años*: si solo trabajaba % de hora por día, terminaría el libro en 6 años (VW a VSW, 9 jun 1936, L, VI, p. 46).

[470] De hecho, los meses de julio y agosto no fueron fáciles de atravesar. Luego de una extracción dentaria, “los viejos demonios salieron de su morada” (VW a ES, 8 jul 1936, L, VI, p. 52). Los “espectros” atravesaban sus noches insomnes (VW a ES, 20 jul 1936, L, VI, p. 57), Virginia se sentía una “mariquita” (VW a ES, 3 jul 1936, L, VI, p. 52) y se quedaba sola en Rodmell, condenadamente aburrida mientras Leonard estaba en la ciudad (VW a LW, 14 jul 1936, L, VI, p. 55).

[471] El libro de Vita, decía Virginia, carecía de “perfil y contorno: estaba atado por una miríada de pequeños hilos de hechos; y por lo tanto nunca se elevó del suelo” (VW a ES, 20 jul 1936, L, VI, p. 57).

[472] Refiriéndose a los pintores del grupo, Christopher Reed asegura que “en la década de los treinta, Bloomsbury rozaba cada vez más los límites de lo moderno. Esta marginalización tuvo una prueba drástica en 1936, cuando la naviera Cunard White Star rechazó tres grandes paneles que le había encargado a Duncan Grant para el transatlántico *Queen Mary* (CR, pp. 272-273).

[473] Además de decir que esta teoría se la debe a Bunny Garnett, Vanessa agrega: “Por eso ella siempre concede absurdas alabanzas a oscuras mujeres y uno nunca la oye entusiasmada por alguien de su generación, como Lytton o Morgan o Joyce o Eliot...” (VB a JB, 10 oct 1936, RM, p. 424).

[474] En una carta a Ethel, Virginia señala que no debe creer que Leonard la presionase para que participara en política. Decía que eran E. M. Forster, Gide y otros escritores franceses quienes la acosaban (VW a ES, 3 ago 1936, L, VI, p. 62).

[475] En su carta laudatoria a Ethel, Virginia señala que debería seguir escribiendo sin dejar “que esa fuente se cierre” y agrega que desea que escriba su retrato. Pero en una carta del 17 de septiembre de 1938 cambia de opinión y dice que la idea de que Ethel escribiera sobre ella la deja pasmada, y que su deseo es el de ser “privada, secreta, tan

anónima y sumergida como fuera posible” (VW a ES, 17 sep 1938, L, VI, p. 272).

[476] Si bien Virginia le escribió a Ethel en el mes de julio (VW a ES, 25 jul 1936, L, VI, p. 60) que se le había retirado la menstruación, suave e imperceptible “como un cordero” dos años atrás, los calores y sopores pueden asociarse a la sintomatología de la menopausia.

[477] Refiriéndose al “aislacionismo”, Virginia escribió: “Yo sentí que lo fui, por otros motivos, estos meses: pero por diferentes motivos; aquellos que quiero explorar. Pero no aquí” (D, 11 nov 1936, V, p. 33). Por su parte, en el tercer capítulo de su libro *Which Way to Peace?*, Bertrand Russell definió el término como la doctrina por la que Gran Bretaña debería luchar en la defensa del Imperio británico, de su territorio, pero que no debía entrar en guerra por otras razones.

[478] En 1936 Aldous Huxley publicó un texto pacifista que la editorial Sur sacó en castellano ese mismo año. En “¿Cómo lo resuelve usted? El problema de la Paz Constructiva”, dice que el pacifismo es el “único programa realista”, da sus argumentos en contra de las guerras y describe lo que llama pacifismo preventivo y constructivo.

[479] Recomendado por Leonard, Kingsley Martin (1897-1969) fue editor del *New Statesman & Nation* entre 1931 y 1960. Virginia pensaba que era una persona mental y físicamente “poco atractiva” (D, 24 ago 1933, IV, p. 174), una presencia que se imponía demasiado (D, 29 oct 1933, IV, p. 187), a veces “histriónico”, “efusivo” (D, 2 sep 1934, IV, p. 242), pendiente de las palabras de Leonard, a quien hacía “escuchar la historia de su mente dividida. [...] A veces siente que se está volviendo loco” (D, 12 abr 1935, IV, p. 299). Molesta porque Kingsley tomaba a Leonard como su “confesor” (D, 18 abr 1935, IV, p. 302), llegó a decir que su presencia física era “repulsiva”. En sus diarios de la época, arremetió continuamente contra él (D, 23 abr 1935, IV, p. 305).

[480] Cita de Platón, que retoma Heidegger.

[481] Stephen Tomlin (1901-1937) estaba casado con Julia, la hija de Oliver Strachey, pero no convivían. Virginia los nombra en el prefacio de *Orlando* entre los amigos que la ayudaron o inspiraron a escribir el libro. Tomlin, que publicó una novela en la Hogarth Press, tuvo en 1926 un affaire con Dora Carrington.

[482] El busto de Virginia también se encuentra en la Galería Nacional y en Charleston.

[483] Elizabeth Robins (1862-1952) era una actriz que llevó Ibsen a Inglaterra. En 1936 no quiso asistir a la representación de *Casa de*

muñecas, por no ver a Lydia Keynes en “su” rol de Nora. Feminista, escritora —Virginia reseñó dos de sus libros en 1905 y 1920—, había sido presidenta de las escritoras que conformaban la Liga sufragista. Conoció a Leslie y a Julia Stephen, y Virginia se encontró con ella por primera vez en 1928, cuando le otorgaron el premio Femina Vie Heureuse. La Hogarth Press publicó su libro *Ibsen and the actress*.

[484]

[485] Margaret West era amante de una mujer llamada Howlett. Ella y Miss Bevan, su asistente en la Hogarth, rivalizaban en su afecto y según Virginia no pudieron cuidarla durante su enfermedad y precipitaron su muerte (VW a ES, 10 feb 1937, L, VI, p. 105; VW a ES, 1 mar 1937, L, VI, p. 111). La presencia de ellas en el funeral era tensa. Poco después Miss Bevan le contó a Virginia que Howlett la acusó de haber matado a su amiga, y al tiempo renunció a la editorial. El comentario peyorativo de Virginia respecto a las safistas recuerda otros lanzados contra las pasiones desencadenadas entre los sodomitas.

[486] El doctor F. M. Alexander (1869-1955) trató a Leonard cerca de tres veces por semana en junio; había desarrollado una técnica de autoconocimiento llamada “Método Alexander”. Se lo recomendó Bernard Shaw.

[487] A mediados de año era el libro más vendido en los Estados Unidos, competía con el que fue el libro del año: *Lo que el viento se llevó* (D, 27 mar 1937, V, p. 72; D, 2 abr 1937, V, p. 75; D, 14 abr 1937, V, p. 79).

[488] Se trata del único registro grabado de su voz. Según Quentin Bell, la grabación deja mucho que desear y no se aprecia el verdadero tono y los matices de la voz de Virginia, como tampoco su forma de hablar (QB, III, p. 557). Se trata del único registro grabado de su voz. Según Quentin Bell, la grabación deja mucho que desear y no se aprecia el verdadero tono y los matices de la voz de Virginia, como tampoco su forma de hablar (QB, III, p. 557).

[489] “The Historian and the Gibbon” apareció en TLS el 24 de abril; el de Congreve, en TLS el 3 de septiembre.

[490] Virginia consideró que se trató de una “honesta pero superficial conferencia” (D, 1 jun 1937, V, p. 91) y otra vez hablaron de la posibilidad de que MacCarthy escribiera un buen libro. “¿Qué podía hacer con su miserable muñón de vida? Dije escribe tus pensamientos privados, no autobiografía. Y cuéntanos tu vida privada. Él dijo Oh sí, vendré y hablaré contigo. Y lo escribiré. Sentí algo incómodo, tratando

de expresarse; egoísta, débil diría. [...] Es su pujante necesidad de escribir un buen libro para hacerse valer de algún modo antes de que el muñón de vida sea tirado al fuego. Pero ¿hasta dónde soy sincera al pensar que puede?” (D, 1 jun 1937, V, p. 92).

[491] Antes de regresar a Londres, Virginia visitó a Janet Case, ya débil y enferma. La visita resultó “muy interesante” (D, 2 abr 1937, V, p. 76) y Virginia reconoció que tanto ella como su hermana Emphie hacían gala de tanta energía, alegría y encanto como era posible. Mientras Janet descansaba, Emphie se lamentó de que su enfermedad les impidiera disfrutar de la vejez juntas, también dijo que no creía que la muerte terminara con todo. Al fin y al cabo ¿qué eran solo 70 años? Janet no compartía su creencia de la inmortalidad personal, pero creía en una suerte de “vida en común, no como individuos” (D, 2 abr 1937, V, p. 76).

[492] Además de tener como antecedente la autobiografía de Walt Whitman que lleva ese título, Virginia aludía a los “Specimen Days” (días de muestra, o días espécimen) con frecuencia. Se refería en esos términos a los días comunes, anotando en su diario, por ejemplo, “especimen perfectamente normal” (D, 15 ene 1938, V, p. 126). Por su parte, Herbert Marder los define como días “dominados por actividades sociales y profesionales, o, como ha dicho Quentin Bell, especímenes de ‘la distracción, preocupaciones, absurdos, que conforman nuestra vida’” (HM, p. 224).

[493] El board asesor estuvo formado por Auden, Isherwood, Rosamond Lehmann, Spender y Virginia.

[494] En sus ensayos, y especialmente en Virginia Woolf. *The Platform of Time*, es posible apreciar una recolección de memorias y obituarios. Entre ellos, los tres textos que escribió en recuerdo de su padre (SPR, pp. 45- 56), de su tía, Caroline Emelia (SPR, p. 66), de Anne Thackeray Ritchie (SPR, pp. 68-78), de Julia Margaret Cameron (SPR, p. 86). También semblanzas de Rupert Brooke, Jane Maria Strachey, Julian Bell, Roger Fry y Janet Case.

[495] A Virginia el libro le pareció una “imitación” que le hacía detestar su propia escritura (D, 9 may 1938, V, p. 139).

[496] Judith Stephen, Ethel Smyth, Nelly Cecil, Shena Simon, Pippa Strachey, Ray Strachey, la vizcondesa Rhondda, Margaret Llewelyn Davies, Violet Dickinson, la novelista Naomi Mitchison aprobaron Tres guineas. Virginia contestó las cartas de lectores, entre ellas la de un conductor de autobuses y la de una tejedora desempleada, Agnes Smith

(correspondencia que siguió hasta el fin de su vida) (JB, p. 334).

[497] La guinea fue originalmente una moneda de oro, acuñada por primera vez en 1663. Cuando dejó de circular alrededor de 1813, la palabra “guinea” se utilizó para referirse a una cantidad específica de dinero, que regulaba honorarios profesionales o suscripciones para sociedades o instituciones (MH, p. 285). La guinea fue originalmente una moneda de oro, acuñada por primera vez en 1663. Cuando dejó de circular alrededor de 1813, la palabra “guinea” se utilizó para referirse a una cantidad específica de dinero, que regulaba honorarios profesionales o suscripciones para sociedades o instituciones (MH, p. 285).

[498] Muchas de estas cartas están entre los Monk's House Papers en la Universidad de Sussex (MH, p. 294). Más de ochenta han sido editadas por Anna Snaith. En agosto, Virginia escribió a Ethel contándole que cada día recibía un paquete de insultos y alabanzas “de ese histérico e iletrado asno que es el público” (VW a ES, 29 ago 1938, L, VI, p. 267).

[499] Puntualiza que la única cosa que pueden hacer “las hijas de hombres con educación” es rehusarse a tener relaciones sexuales, como Lisístrata, en la obra homónima de Aristófanes.

[500] Antígona “distingue entre las leyes y la Ley”. “No es propio de mi naturaleza unirme al odio, sino al amor”, dice (S, pp. 145-146).

[501] En Virginia Woolf as Feminist, Naomi Black contextualiza el rechazo de Virginia al término “feminismo” y a incluirse entre las feministas, señalando que de todas maneras su feminismo fue radical y debe buscarse, no en el activismo ni en la participación en ninguna de las fracciones del movimiento, sino “en su escritura” (NB, p. 49). “No necesitamos aceptar las definiciones restringidas del término que propone Woolf, ni su insistencia en que ella y las otras no eran feministas porque no anhelaban servir solo a las mujeres, sino a toda la humanidad” (NB, p. 49). En Tres guineas, Virginia recurre al diccionario para dar cuenta del término “feminista [...] esta palabra significa ‘que defiende los derechos de la mujer’”. Y agrega: ‘Como sea que el único derecho, el derecho a ganarse la vida ha sido ya conquistado, la palabra ha dejado de tener significado’ (TG, II, p. 180). Para Woolf, la palabra deja de significar al tiempo que ve hombres y mujeres trabajando por la misma causa; de lo que se trata es de alcanzar ‘los derechos de todos’ (TG, II, p. 181), la “perfecta libertad, sin miedo” (NB, p. 200).

[502] Para publicar “La duquesa y el joyero”, Virginia “eliminó toda referencia directa a que el joyero era judío, así como otros detalles asociados con estereotipos judíos” (RC, nota al pie, p. 353). En la narración publicada, un joyero rico (el más rico de Inglaterra), pero de origen humildísimo, se deja estafar por una duquesa arruinada por el juego, que le ofrece unas perlas falsas. Para evitar que la descubra, la duquesa lo invita a su casa de campo, señalando que su hija —de la que el joyero está enamorado— estará entre sus invitados.

[503] Woolf toma la categoría freudiana “fijación infantil”, pero la refiere a una dependencia de los padres con respecto a sus hijas, a quienes necesitan y reprimen. Ejemplifica con el caso de Charlotte Bronte, a quien su padre impidió casarse por mucho tiempo, y que murió poco después del matrimonio.

[504] Es posible sospechar que Julio Cortázar leyó con atención a Virginia Woolf. Sus bromas acerca de la Kultur, etc., pueden asociarse con el tono irónico de Un cuarto propio o de Tres guineas.

[505] Naomi Black subraya la importancia de los álbumes o cuadernos de recortes y de los 64 cuadernos de lectura (“Reading notebooks”) que Virginia preparó a lo largo de los 36 años de su vida como escritora profesional. Nueve de ellos hacen referencia específica a Tres guineas (NB, p. 52).

[506] En su nota ‘Caterpillars of the Commonwealth Unite!’, publicada en Scrutiny en septiembre, Q. D. Leavis, que había presenciado la conferencia de Virginia en Girton en 1928, escribió: “Este libro no es solo tonto y malinformado [...] contiene algunos peligrosos supuestos, algunos reclamos insólitos y algunas actitudes desagradables” (D, 1 sep 1938, V, p. 165). La reseña de Leavis “cobró peso en el delicado ambiente de 1949 y 1950, dominado en Inglaterra por ella y su esposo F. R. Leavis, y en los Estados Unidos por los New Critics, todos partidarios de un discurso crítico literario que separaba tajantemente el arte de la política” (MH, p. 295).

[507] Una mujer del pueblo llamada Agnes Smith le dijo que no había tratado el problema de las mujeres trabajadoras. Virginia le contestó explicando que se había dirigido a las “hijas de hombres con educación”.

[508] En su biografía, Quentin Bell señala que a Maynard Keynes Tres guineas le pareció “una argumentación tonta y no muy bien escrita”. Por su parte, Quentin sentía inapropiada “la tentativa de relacionar [...] los derechos de las mujeres con la cuestión mucho más

angustiosa e inmediata de lo que íbamos a hacer para parar la amenaza cada vez más creciente del fascismo y la guerra” (QB, Vol. II, p. 205). Para Nigel Nicolson, en octubre de 1939 la posición de ella se oponía a la que exponía en Tres guineas: “Con un sólido bloque de crudos bárbaros en Alemania ¿cuál es el propósito de que nosotros seamos comparativamente civilizados?” (L, V, p. xvii).

[509] El 22 de julio Virginia le escribió a Vita: “Tal como estoy hecha (no como debería estar hecha) siento que no puedo leer imparcialmente tu poema mientras no se expliquen tus acusaciones contra mí” (VW a VSW, 22 jul 1938, L, VI, p. 256). Finalmente le pareció un poema “suave y suntuoso” (D, 30 oct 1938, V, p. 182).

[510] Naomi Black señala que al condenar el término “feminismo” por ser una palabra que considera obsoleta, Woolf contribuyó a dar una visión de sí misma como antifeminista y ayudó a desacreditar el término (NB, p. 23).

[511] Poco después le pidió a Ethel que se abstuviera de escribir sobre ella, y que solo pensar en publicar una descripción de su vida la horrorizaba. Agregaba que deseaba dejar sus papeles y cartas, y que la posteridad decidiera qué hacer con ellas: “Debo ser privada, secreta, cuan anónima y sumergida como fuese posible para poder escribir” (VW a ES, 17 sep 1938, L, VI, p. 272).

[512] En A Marriage of True Minds, figuran los resultados de cerca de los 1200 partidos de bolos que Leonard y Virginia disputaron en la serie que iniciaron en 1935 y que lo tenía, cada vez, a él como ganador (GS y IP, p. 163).

[513] ‘Mis libros se encuentran embrollados [...] hay paquetes de cartas a VB. 1910-1916. paquetes de testimoniales para la Oxford Slade... carpetas interminables...’ (D, 22 sep 1938, V, p. 173).

[514] “Pequeña sensación” es una expresión de Cézanne que Virginia cita en su biografía Roger Fry.

[515] Virginia normalizó el sobregiro de Helen Anrep con un préstamo de £150. Helen devolvió £25 en 1941. Luego se descubrió que el sobregiro era en gran parte imaginario (VW a VB, 24 oct 1938, L, VI, nota al pie, p. 296).

[516] Con obsesiva insistencia siguió refiriéndose a su “impulsividad” o “generosidad” (D, 14 nov 1938, V, p. 186).

[517] Según nuestros cálculos se corresponderían con aproximadamente 14.800 dólares.

[518] Años después, cuando Albee le pidió autorización a Leonard

para titular su obra “Quién teme a Virginia Woolf”, Leonard le preguntó si había leído este cuento (MH, p. 142).

[519] *Wolves and Bells* en el original. *Wolves* es plural de *Wolf*, lobo, que suena igual que *Woolf*. Asimismo, *Bell* significa campana. La frase se leería en inglés Lobos y Campanas.

[520] El problema en realidad serían los nervios, la angustia y una alergia producida por un nuevo pijama, dijeron los médicos.

[521] Esas preocupaciones, sin embargo, reaparecían cíclicamente: “A menudo me encuentro frente a frente, después del té, en momentos extraños, con la idea de la vejez y la muerte” (D, 18 ene 1939, V, p. 200).

[522] Peter Gay cita en su biografía de Freud las memorias de Leonard donde este señala que el cáncer provocaría la muerte del padre del psicoanálisis ocho meses después. No fue “una entrevista fácil. Él era extraordinariamente cortés al antiguo modo (por ejemplo, casi ceremoniosamente le regaló una flor a Virginia)” (PG, p. 708).

[523] Si bien solía sentirse agobiada por la gran cantidad de gente que requería ayuda y de exiliados a los que debía atender (VW a ES, 24 ene 1939, L, VI, p. 311; D, 28 feb 1939, V, p. 205), Virginia no se mostró indiferente con su situación. Incluso donó el manuscrito de *Tres guineas* para recolectar fondos para ellos (VW a MS, 2 feb 1939, L, VI, p. 314).

[524] Asombrada por la franqueza de los diarios de Gide, Virginia reflexionaba acerca de la autocensura que se imponía sobre la vida sentimental de Roger: “Por qué, si él puede decir todo eso, no puedo exponer la comparativamente modesta verdad acerca de Roger y sus affaires? Sí, encuentro a Gide muy tonificante, drástico, y un poco estricto. Tan francés: y aquí somos tan sosos” (VW a DBu, 5 nov 1939, L, VI, p. 368).

[525] Los problemas con John Lehmann continuaban; en diciembre del año anterior los Woolf se habían planteado vender la Hogarth e irse a vivir al campo (D, 1 dic 1938, V, p. 190).

[526] Gisèle Freund recordó que Virginia “fumaba sin cesar”. Cuando la fotógrafa instaló una pantalla y proyectó retratos en color de varios escritores, demostró “un gran interés, especialmente por el significado psicológico que encerraban tales imágenes”. También le regaló a Freund un ejemplar del libro de fotos de Julia Cameron, editado por la Hogarth Press (GF, p. 113).

[527] Virginia consideró oportuno escribirle a Victoria diciendo que

se había sentido forzada a ser fotografiada contra su voluntad. Explicaba que se había rehusado en dos ocasiones al pedido de Freund, y finalmente, encontrando “difícil ser descortés con la gente en la propia casa”, accedió a ser fotografiada “contra [su] voluntad unas cuarenta veces” (VW a VO, 26 jun 1939, L, VI, pp. 342-343). En sus recuerdos, Victoria justifica su “atreimiento porque era importante que quedara una buena foto de Virginia” (VO, I, p. 46).

[528] Respecto del tema, Virginia le contaba a Vita: ‘Estoy furiosa. Ese diablo de mujer Giselle Freund me cuenta impasible que está mostrando esas m-s [malditas] fotografías, y yo había puesto la condición de que no lo hiciera. ¿Piensas que es odioso? Hay que considerar cómo [Ocampo y Freund] birlaron, burlaron y rompieron la puerta... gusanos traidores. Dile lo que piensas si la ves. Odio que me alcen en un palo para que me vea todo el mundo’ (VW a VSW, 19 ago 1939, L, VI, p. 351). Por su parte, Gisèle Freund recordó que Virginia “era la encarnación misma de su prosa. [...] Era alta y espigada, y los rasgos de su rostro, sensuales y ascéticos a la vez, sorprendían por su belleza. Unas cejas prominentes coronaban sus ojos graves de profundas órbitas. Su boca de labios turgentes y tiernos tenía una expresión de tristeza patética. Su nariz recta y fina parecía carecer de carne. Su rostro, como bañado por una luz interior, reflejaba a un tiempo una sensibilidad visionaria y una gran sinceridad” (GF, p. 112).

[529] Cuando Freund quiso mostrarle las fotos a Virginia, ella no estaba en Londres. Luego, se enteró de su muerte. Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, Freund pudo regresar a Inglaterra y se las mostró a Leonard: “Las encontró muy bellas y me pidió varias copias —escribió la fotografía—. Desde entonces, cada vez que viajaba a Londres me recibía en su despacho de la Hogarth Press con gran cordialidad y me daba consejos acerca de qué escritores añadir a mi colección” (GF, p. 114).

[530] También hacía referencia a las palabras de Spinoza que se habían pronunciado en el funeral de Roger Fry: “Un hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría no es una meditación de la muerte, sino de la vida” (D, 13 jul 1939, V, nota al pie, p. 226).

[531] “¿Por qué? Creo que muestra un período, cuando una se pone a rezongar” (D, 28 jul 1939, V, p. 227).

[532] En 1933 Karin Stephen publicó *Psychoanalysis and Medicine. A Study of the Wish to Fall Ill*, libro al que Virginia no prestó demasiada atención, pero que contaba con un prólogo de Ernest Jones que elogiaba

su capacidad de transmitir la teoría psicológica, y en el que Karin recopilaba ponencias presentadas en Cambridge (MH, p. 269).

[533] William Rothenstein (1872-1945) era el pintor que había realizado el controvertido dibujo de Julia, la madre de Virginia, al que nos referimos en la primera parte de este volumen. Escribió también recuerdos y memorias.

[534] Por seis meses no hubo bombardeos, la ciudad estaba íntegra, pero ya había víctimas humanas. “Un barco se hundió —no hubo sobrevivientes—”, escribió Virginia (Z), 31 ene 1940, V, p. 263).

[535] Por entonces, Vita le escribía a Virginia: “Tu amistad significa tanto para mí, de hecho es una de las cosas más importantes de mi vida” (VSW a VW, 24 abr 1940, LDS y ML, p. 364). Inclínada a escribir cariñosas cartas a sus amigos, le preguntaba si no era “un deber, en este tiempo helado, [encontrarse] tan seguido como sea posible? De modo que incluso en las vigiliass nocturnas, cuando todos los esqueletos suenan, podamos mantenernos abrigados la una a la otra?” (VW a VSW, 28 abr 1940, L, VI, p. 394).

[536] “Leonard y Virginia”, los dos grandes olmos al costado de la cancha de bolos y del cuarto de escritura de VW en el jardín de Monk’s House.

[537] Momentos de vida reúne “Recuerdos” (1907), “Apuntes del pasado” (1939), aportaciones al Memoir Club: ‘Hyde Park Gate, 22” (alrededor de 1920), “Viejo Bloomsbury” (1921 o 1922) y “¿Soy una esnob?” (1936). Además de ocuparse de la vida de personalidades relevantes, a Virginia le interesaba inventar o recrear escenas que tuvieran como protagonistas a personas comunes, relegadas, sin importancia u “oscuras”, como puede apreciarse en El lector común, en The Second Common Reader y en la colección de seis tomos que reagrupa sus ensayos. Su idea era que “en el futuro la biografía incluiría a los fracasados lo mismo que a los exitosos, los humildes tanto como los ilustres” (E, IV, pp. 226-227).

[538] El 6 de enero de 1940 Virginia registró en su diario que Maynard Keynes le sugirió no mencionar el término “erección”: “Tal revelación debe estar acorde con su tiempo” (A 6 ene 1940,V,p. 256).

[539] Read elogió el libro, pero señaló que, protegido en su “torre de marfil” (VW a CB, 6 ago 1940,Z, VI, nota al pie, p. 411), Fry no había hecho nada por transformar la sociedad. En relación con este tipo de críticas, en noviembre, Virginia subrayaba que era esencial continuar siendo una outsider “y dar cuenta de [sus] propias creencias” (Z), 18

nov 1940, V, p. 340).

[540] Es probable que, sin embargo, abrigara sospechas; al menos una amiga le había sugerido investigar la cuestión (AG, p. 151). Solo después de la muerte de Julián, Vanessa se sinceró con ella y admitió que Duncan era su padre (FS, p. 292). Angelica recordó en sus memorias: “Me abrazó y me habló del amor: bajo su dulzura se percibía una vergüenza y una falta de tranquilidad de la que tuve aguda conciencia” (AG, p. 213).

[541] Desde abril de 1938 Vanessa seguía la evolución del affaire de su hija y Bunny con la esperanza de que no se convirtiera en algo serio. Duncan pidió a Bunny que reconsiderase la relación, e incluso hizo alusión a las diferencias de edad y de experiencias, y ambos discutieron. En una carta a Vanessa, Bunny admitió que sus sentimientos hacia Angelica estaban confundidos y mezclados con el amor que había sentido por Duncan y por ella en el pasado (FS, p. 287-289).

[542] Apelativos cariñosos; el primero podría ser “Brujilda”, el segundo “Hadita” o “Duendecillo”.

[543] En su libro Una mentira piadosa, y en entrevistas a la BBC, Angelica reconoció que su matrimonio fue un error, (http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/england/74

[544] Leonard escribió en sus memorias que percibía algo absurdo e incongruente, sentado junto a Vita, Virginia y lord De L'Isle en la fea habitación, y pensando en los ancestros de todos ellos: “Sentí en esa habitación que la historia se había derrumbado alrededor de los Sydney y Leicester, los Sackville y los Dorset, mientras afuera, cruzando el Canal, en Francia, la historia se derrumbaba alrededor de todos nosotros” (LW, V, p. 58).

[545] Poco antes de la guerra, Adrian Stephen se dirigió a Berlín para intentar sacar del país a un amigo alemán que tenía problemas con los nazis; después, ante la inminencia de la invasión “dijo que se suicidaría antes de caer en manos de los alemanes”. Tenía un “veneno protector” que ofreció a Leonard y Virginia. También Vita y Harold Nicolson se habían equipado de manera similar (LW, V, p. 15).

[546] Luego de hablar con Vita, Virginia le escribió subrayando la extraña sensación que había experimentado ante el contraste entre lo pacífico que se encontraba Rodmell y las cercanías de la habitación de su amiga, donde caían las bombas, y agregaba: “Qué puedo decir — excepto que te amo y que debo atravesar esta extraña y tranquila mañana pensando en ti, sentada allí, a solas” (VW a VSW, 30 ago 1940,

L, VI, p. 424). En octubre, ambas se reencontraron y Virginia escribió en su diario: “Me alegra que nuestro amor haya capeado la situación tan bien” (D, 10 oct 1940, V, p. 328).

[547] Referencia bíblica: Mateo 6:34.

[548] El proyecto tuvo diferentes nombres: Reading at Random, Turning the Page. El primer capítulo del libro —que no terminó de escribir— se titula “Anón”, y el segundo “The Reader”. Brenda Silver se ocupó de analizar estos manuscritos (VW a ES, 11 sep 1940, L, VI, nota al pie, p. 430; A 23 nov 1940, V, p. 340).

[549] Su sobrina Angélica, adorable, “íntima y madura”, pero presa de su ilusión de amor (A 10 ago 1940, V, p. 310), pasó un par de días en Monk’s House. Durante la visita, Virginia intentó comprender qué era lo que le atraía de Garnett.

[550] Virginia escribió en su diario: “Mis libros solo me dieron dolor, dijo Charlotte Brontë. Hoy estoy de acuerdo” (A 16 ago 1940, V, P 311).

[551] Volvía a redactar por pedido de John Lehmann la Carta a un joven poeta (D, 6 ago 1940, V,p. 310).

[552] Diana Gardner admiraba a Virginia, había elogiado mucho Tres guineas. Virginia la cita varias veces en su diario: “escribe historias cortas” (A 26 ene 1940, V, p. 261), “amigable y loquilla, pero bella”(Z), 21 sep 1940, V, p. 324), “Miss Gardner en vez de Elizabeth Bowen” (Z), 9 ene 1941, V, p. 352).

[553] En noviembre, cuando les robaron su manteca, Louie les aseguró: “Ustedes son muy estimados para que alguien del pueblo la haya tomado” (D, 17 nov 1940, V, p. 339).

[554] Mabel quiso volver, pero finalmente fue a Londres a trabajar con una de las Fry. En su diario, Virginia se refiere a los platos que preparaba.

[555] Es una planta, cuyo nombre científico es *Symphoricarpos albus*. En inglés, su nombre común es Snowberry.

[556] Virginia registra el “momento de gran triunfo hogareño” (Z), 23 nov 1940, V, p. 340) en que espumó mantequilla con Louie.

[557] Respecto de estos sentimientos, Virginia reflexionaba: “¿Quién me avergüenza? Yo misma, leyéndolos” (D, 15 ene 1941, V, p. 352).

[558] Sus propios temores y aprensiones acerca de la muerte hacían que Virginia tuviera presente la edad del escritor irlandés: “Joyce que era unos 15 días más joven que yo” (D, 15 enero 1941, V, pp. 352-353).

[559] En inglés, “*pageant*” es una representación histórica que se

realiza al aire libre.

[560] En todo caso, es evidente que él no hizo analogías que hubieran podido llamar su atención acerca del estado de Virginia y de cómo marchaba su matrimonio. Sí las hizo Mitchell Leaska, que dice, refiriéndose a *Pointz Hall*, el borrador de *Entre actos*, que podría considerarse “la más larga nota de suicidio en idioma inglés” (MH, pp. 29, 216). Ajeno a estas interpretaciones, Leonard observó en una carta a Lehmann, después de la muerte de Virginia: “A mí me parece lo contrario: que es el más vigoroso y acabado de sus libros, muy profundo y conmovedor. También creo que el extraño simbolismo le confiere una profundidad y una belleza casi temibles” (JL, I, p. 102).

[561] Ambos se refieren a la poesía de Edward Thomas (JB, p. 377).

[562] Así como constataba su propensión a crear escenas, en 1930, refiriéndose a la escritura de *Las olas*, Virginia decía que su “dificultad” residía en que estaba “escribiendo privilegiando el ritmo, no la trama” (VW a ES, 28 ago 1930, L, IV, p. 204).

[563] La poesía lamentablemente se pierde en la versión castellana; en cuanto a las citas, Bart cita a Byron y a Swinburne; Mrs. Manresa, Hamlet y a Oliver Goldsmith; William Dodge e Isa, a Keats; también hay citas de Racine, Whitman y otros.

[564] Leonard escribió en sus memorias que, cuando quedó claro que ni Inglaterra ni Francia podían ofrecer resistencia a Hitler, “la vida se convirtió en una de esas pesadillas terribles en las que uno intenta huir de un horror maligno, sin nombre ni forma, y las piernas no responden, así que uno espera desesperado y paralizado por el miedo a que llegue la destrucción” (LW, V, p. 11).

[565] La poca intuición de Leonard recuerda la del marido de uno de los últimos cuentos de Virginia: “El legado”. Allí, un político de derecha lee los diarios de su esposa tras su muerte, supuestamente a causa de un accidente. Los diarios desnudan el revés de la trama de su autocomplaciente matrimonio. Descubre la soledad que ella había sentido, su sensación de que comenzaba a pasar “cada vez más tiempo sola” después de los primeros tiempos de casados; también, que a diferencia de él, “al parecer, para Angela había sido muy doloroso no tener hijos” (RC, p. 403). Finalmente, el marido registra que “su nombre aparecía cada vez menos” en los diarios de su mujer y la aparición de un desconocido, un activista de izquierda, que se convierte en el amante de ella. Y la revelación final: su mujer se había suicidado por amor.

[566] Gracias a que Octavia pensaba que con el relato de sus visitas

a los Woolf podía “levantar el ánimo” (PJ, p. 169) de Elizabeth Robins, que había regresado a Norteamérica, contamos con sus testimonios y observaciones respecto de los últimos meses de Virginia.

[567] ¿No entrañaba esa actitud, una confesión más que una estrategia? Dice Octavia: “Virginia va de la silla a la estufa y dice con tacto (¡qué astuta es V!) que se ha sentido desesperada, deprimida hasta el fondo, que había terminado un cuento. Siempre se sintió así, pero ahora más inútil. El pueblo no le permite siquiera estar de guardia, no podría hacer nada, mientras que mi vida... No, digo con firmeza, y señalo que solo ella puede escribir como lo hace, y todo eso” (PJ, p. 177).

[568] Leonard intentó convencerla, tomó la “terrible decisión” de hablar con ella, “sabiendo que una palabra equivocada, un atisbo de presión, incluso una declaración de la verdad, podían ser suficientes para ponerla al borde del suicidio” (LW, V, p. 91).

[569] Lehmann dijo que la lectura fue impactante: “Fue una experiencia emocionante, que me conmovió. Me pareció que tenía un poder imaginativo inédito, una poesía más perturbadora de lo que ella hubiese escrito hasta entonces, rozando los límites de lo inefable” (JL, I, p. 101).

[570] Periodistas locales estaban presentes. Durante la semana siguiente, se escribieron reportes en Southern Weekly. En todos citaron erróneamente la nota de suicidio; por ejemplo, en el Guardian (HL, nota 101, p. 860).

[571] Cabe destacar que, por supuesto, se referían al modernismo anglosajón, que no debe ser confundido con el movimiento literario latinoamericano del siglo XIX.

[572] En 1967, entrevistado para la BBC por Malcolm Muggeridge, Leonard sorprendió al periodista y a la audiencia al afirmar su “firme incredulidad” y asegurar que no esperaba encontrarse en el cielo con Virginia (FSP, p. 471). Leonard advirtió la popularidad que la entrevista podía brindar: durante varios años, él había abierto sus jardines al público “en apoyo al Queen’s Institute of District Nursing”; hasta 1966, nunca había recibido más de 100 visitantes. Después de la entrevista televisada, escribió: “El número de visitantes que compraron su entrada para visitar mi jardín fue 384 en 1967 y 457 en 1968” (LW, V, pp. 159160).

[573] Sus actividades políticas eran múltiples. “Partido Laborista: secretario del Comité Asesor sobre Asuntos Internacionales. / Secretario

del Comité Asesor sobre temas imperiales. / Sociedad Fabiana: Comité Ejecutivo; presidente, departamento imperial. / Sociedad anglosoviética. / New Statesman: consejo directivo. / Tribunal de Arbitraje del Servicio Civil. / Political Quarterly: miembro del consejo y editor” (LW, V, p. 151).

[574] <http://www.independent.co.uk/news/people/obit-trekkie-parsons-1593726.html>.

[575] Por otra parte, junto con George Spater, Ian Parsons publicó *A Marriage of True Minds. An Intimate Portrait of Leonard and Virginia Woolf* (Un matrimonio de mentes fieles. Retrato íntimo de Leonard y Virginia Woolf).

[576] Solo para citar algunos: Royal Horticultural Society, Glyndebourne Festival Society, Ancient Monuments Society, National Cactus and Succulent Society, Zoological Society of London, Sussex Beekeepers Association, Sussex Country Cricket Club, Indian Club and the Athenaeum; también fue elegido Fellow of the Royal Society of Arts y de la Royal Society of Literature. Formó parte del Council of the Fawcett Library Trust y de la Society of Authors. Por varios años fue presidente del Monday Literary Club of Lewes, secretario del Parish Council of Rodmell y presidente de la Rodmell Horticulture Society.

[577] Angelica escribió al respecto: “Recibí un telegrama de Duncan. Él me dijo que la operación se había llevado a cabo con éxito. Nadie habló de mastectomía, nadie dijo que fuese un cáncer: la severidad de la prueba quedó sumergida bajo un velo de estoicismo y misterio. [...] Vanessa tuvo el infortunio de que en aquella época las enfermedades cancerosas fueran consideradas casi como escándalos de familia...” (AG, p. 249).

[578] Don no solía visitar Charleston, pero Vanessa estaba al tanto de la importancia que había adquirido para Duncan. “En 1954, Paul Roche se mudó a Norteamérica con Clarissa Tanner, quien se convirtió en su esposa y fue madre de sus cuatro hijos. Duncan se mantuvo en contacto con él a través de cartas que le escribía regularmente, a menudo dos veces a la semana, durante el transcurso de siete años. A la muerte de Vanessa, Duncan le escribió y en pocas semanas Paul regresó a Inglaterra, cumpliendo por el resto de la vida de Duncan, el rol que la partida de Vanessa había dejado vacante” (RM, p. 555).